

La ciudad en la historia

Sus orígenes, transformaciones y perspectivas

Lewis Mumford

[pepitas de calabaza ed.]


VENETI A
S. Secondo frati
Iesuati frati
Canale de della Giudeca
La Croce monache
S. Gio Battista frati
La Giudeca
S. Clemente frati
S. Spirito frati
Povegia
Chioza Vescouado e podestaria
S. Maria da chioza
Malamocho Podestari
CVM PRIV
Corno
Secretarii
Cappellanj
Catedra
Cussino
PRINCIPALI
TVTTELE CONTRA PE OVERO
Parochie di Venetia
1 S. Piero da castello patriarcato
2 S. Biasio preti
3 S. Martin preti
5 S. Antonin preti
8 S. Trinita preti
13 S. Gio grisostomo preti
21 S. Felice preti
22 S. Fosca preti
25 S. Lunardo preti
28 S. Paternian preti
29 S. Luca preti
30 S. Fantin preti
32 S. Angelo preti
38 S. Giouanni de rialto preti
40 S. Cassan preti
44 S. Stai preti
47 S. Agnese preti
49 S. Boldo preti
52 S. Stin preti


Torcelo Vescouado e Podestaria
S Bernardo monache
Matthia frati
S. Giac.mo de Palude frati
S. Nicolo de Lio frati
Mazorbo
Buran
S. Franc. del deserto
Muran Podestaria
Lazaretto nouo
S. Andrea da lio frati certosini
S. Helena frati
S. Lazaro
S. Seruolo monache
Lazareto Vecchio Hospedal della sanita
Il Serenissimo
Ombrela
Oratores diuersor. Principum
Ambasiatori di varij Princip.
La Spada
55 S Margherita preti
56 S Barnaba preti
57 S Raphal pti don e il trag.to di lizafosina
58 S Nicolo preti
59 S Tronaso pti qui e il trag.to che buta alla giudeca
60 S Tamao pti qui e vn trag.to che buta a S. Stephano.
61 S Basegio preti
62 S Agnese preti
63 S Vido preti
64 S Saluador frati qui e la scola grande di S todoro.
65 S Bortolamio preti.
66 S Gregoria preti
67 S Marciliano preti
85 S Iustina monache
101 S Lucia monache
109 S Crose monache
ff S Fumia
ALTRE CHIESE
71 Anna monache
72 Leuergine monache
73 Daniele monache
74 Dominico frati
75 Bartolamio hospedale
76 Liepo monache
70 La madona de l'arsenale
80 La ca de dio
81 S Sepulcro monache
82 La pieta
83 La celestia monache
84 S Francesco della vigna frati
85 S. Giouan de furlani priorado
87 S Giorgio di greci preti greci
88 S Lorenzo monache
89 S Zacharia monache
90 S Giouane polo frati
171 Scola grande de san marco
172 S Gio lateran monache
91 L' hospidal di san gioanne polo
92 Madona di miracoli monache
93 I crosichieri frati
94 S Caterina monache
95 S Maria della valuerde detta la misericordia scuola grande et priorado
96 S Maria dell'orto frati
97 S Aluise monache
98 I serui frati
99 S Hieronimo monache
100 S Iob frati
DELLE COSE PIV NOTABILI
131 Arsenale nuouo
132 Arsenale vecchio
133 Porta dell'arsenale
134 Il signor bartolamio coglione
135 La bocca della marzaria sotto il re
136 Le due colonne doue si fa la justitia
137 Il campanil di san marco
138 La percuraria noua de san marco
139 La cecca
140 La pescaria di san marco
141 Il fontego di todeschi
142 I magazini dal sale
143 La doana da mare
144 Ghetto doue stano li hebrei
145 Le case da ca moro
146 Bersaglio doue si essercitan li bóba
147 Pescaria di rialto
148 Il ponte da castello et è di legno
149 Il ponte di bareteri su la marzar
150 Il ponte di rialto è di legno có mo botteghe sopra dall'vna et l'altra parte et si apre due parte
151 Il ponte di canaregio è di legno

La ciudad en la historia

Título del original inglés:
The City in the History.
Its Origins, Its Transformations,
and Its Prospects

Pepitas de calabaza ed.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

Traducción: Enrique Luis Revol

Revisada por Javier Rodríguez Hidalgo

Imagen de cubierta y grafismo: Julián Lacalle, Miguel Ropero y Sergio Pérez de Heredia

ISBN: 978-84-939437-8-3
Dep. legal: LR-109-2012

Primera edición, junio de 2012



La ciudad en la historia

Sus orígenes, transformaciones y perspectivas

Lewis Mumford

ESTE LIBRO COMIENZA con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; termina con un mundo que se ha convertido, en muchos aspectos prácticos, en una ciudad. Al seguir esta evolución he procurado ocuparme de las formas y funciones de la ciudad, así como de los propósitos que han surgido de ella; y confío haber demostrado que la ciudad tendrá que desempeñar en el futuro un papel todavía más significativo que en el pasado, si llega a despojarse de los defectos de origen que la han acompañado en el curso de la historia.

Como en todos mis otros estudios sobre la ciudad, me he limitado, en la medida de lo posible, a ciudades y regiones que conozco de primera mano, y a datos que he analizado durante largo tiempo. Esto me ha obligado a limitarme a la civilización occidental e incluso, dentro de ella, me he visto en la necesidad de pasar por alto regiones relevantes: España y América Latina, Palestina, Europa oriental y la Unión Soviética. Deploro estas omisiones; pero como mi método requiere la experiencia y la observación directas, que no pueden sustituirse con libros, me llevaría otra vida realizarlas.

La ciudad en la historia remplaza, dicho sea de paso, las limitadas secciones históricas de *La cultura de las ciudades:* partes de los cuatro primeros capítulos se encuentran ahora integradas en los dieciocho de la presente obra, que la supera en extensión más de dos veces. Si de vez en cuando el lector tropieza con un fragmento

en ruinas de aquel edificio más antiguo, preservado bajo un edificio completamente diferente, como un fragmento de las murallas servianas de Roma, no me atribuya excesiva piedad. Solo he conservado aquello que no he tenido bastante destreza para mejorar o recursos suficientes para ampliar. El material así preservado tiene por objeto dar al libro una continuidad orgánica y una solidez que tal vez le habrían faltado si hubiera pasado por alto la anterior estructura y si, cual un especulador del suelo, hubiera aplanado todo el terreno. En esto se refleja, con eficacia simbólica, el crecimiento histórico de la propia ciudad.

L. M.
Amenia, Nueva York[1]

---

1 Tenga el lector en cuenta que la edición original de este libro es de 1961. *(N. del e.)*

CAPÍTULO I

Santuario, aldea y fortaleza

1. La ciudad en la historia

¿Qué es la ciudad? ¿Cómo surgió? ¿Qué procesos promueve, qué funciones desempeña, qué propósitos cumple? No hay definición única que se aplique a todas sus manifestaciones y una sola descripción no puede abarcar todas sus transformaciones, desde el núcleo social embrionario hasta las formas complejas de su madurez y la desintegración corporal de su senectud. Los orígenes de la ciudad son oscuros, gran parte de su pasado está enterrado o borrado de modo tal que resulta irrecuperable y es difícil apreciar sus perspectivas en el futuro.

¿Desaparecerá la ciudad o el planeta entero se convertirá en una vasta colmena humana (lo que sería otro modo de desaparición)? Las necesidades y los deseos que han movido a los hombres a vivir en ciudades ¿pueden recuperar, en un nivel aún más elevado, todo lo que Jerusalén, Atenas o Florencia otrora parecieron prometer? ¿Hay una opción viva a mitad de camino entre Necrópolis y Utopía, es decir, la posibilidad de edificar un tipo nuevo de ciudad que, liberada de contradicciones internas, enriquezca positivamente y promueva el desarrollo humano?

Si queremos sentar unas bases nuevas para la vida humana debemos comprender la naturaleza histórica de la ciudad y distinguir, entre sus funciones originales, las que han surgido de ella y

las que aún pueden manifestarse. Sin un prolongado empujón en la historia no llegaremos a tener el ímpetu necesario, en nuestra conciencia, para dar un salto lo suficientemente atrevido hacia el futuro; pues gran parte de nuestros planes actuales, sin excluir muchos que se vanaglorian de ser «avanzados» o «progresistas», son monótonas caricaturas mecánicas de las formas urbanas y regionales que se hallan hoy potencialmente a nuestro alcance.

Puesto que ha llevado más de cinco mil años llegar a lo que solo es una comprensión parcial de la naturaleza y el drama de la ciudad, tal vez requiera un lapso aún más largo la empresa de agotar su potencial todavía no realizado. En la aurora de la historia la ciudad es ya una forma madura. En nuestro intento por llegar a una visión mejor del estado actual de la ciudad debemos otear por encima del horizonte histórico a fin de detectar las tenues huellas de estructuras anteriores y de funciones más primitivas. Tal es nuestra primera tarea. Pero no abandonaremos esta pista hasta que no la hayamos seguido, con todos sus recodos y retrocesos, a través de cinco mil años de historia escrita, hacia el futuro que despunta.

Cuando por fin lleguemos a nuestra época, comprobaremos que la sociedad urbana ha llegado a un punto en que los caminos se separan. Entonces, con una conciencia más aguda de nuestro pasado y con una comprensión más nítida de decisiones tomadas largo tiempo atrás, y que a menudo nos rigen todavía, estaremos en condiciones de examinar la disyuntiva que ahora enfrenta al hombre y que, de uno u otro modo, en última instancia lo transformará, a saber, la de si se consagrará al desarrollo de su propia humanidad más profunda o bien si se rendirá a las fuerzas ya casi automáticas que él mismo ha puesto en marcha, cediendo el lugar a su otro yo deshumanizado: el «hombre posthistórico». Esta segunda opción llevaría aparejada una paulatina pérdida de sentimientos, de emoción, de audacia creadora y, por último, de conciencia.

Muchas ciudades, muchas instituciones educativas y organizaciones políticas existentes han aprisionado ya al hombre posthistórico. Esta obediente criatura no tendrá necesidad de la ciudad: lo que alguna vez fue una ciudad se reducirá a las dimensiones de un centro subterráneo de control, pues, en beneficio del control y del automatismo, todos los demás atributos de la vida serán revocados. Antes de que la mayoría de la humanidad derive hacia la aceptación de esta perspectiva, atraída por mezquinas promesas de «goce neumático» que echan una cortina de humo sobre la amenaza global, no estará de más echar nuevamente un vistazo al desarrollo histórico del hombre, según lo ha configurado y moldeado la ciudad. Con el fin de alcanzar la suficiente perspectiva en cuanto a las tareas urgentes del momento, me propongo remontarme a los comienzos de la ciudad. Necesitamos una nueva imagen del orden, que incluya lo orgánico y lo personal, y que llegue a abarcar todos los oficios y funciones del ser humano. Solo si podemos proyectar dicha imagen estaremos en condiciones de hallar una nueva forma para la ciudad.

2. Dictados y prefiguraciones animales

En pos de los orígenes de la ciudad resulta muy difícil resistir la tentación de buscar solamente sus restos físicos. Pero ocurre lo mismo que con la imagen del hombre primitivo cuando concentramos nuestra atención en sus huesos y sus fragmentos de cerámica, sus herramientas y sus armas, no haciendo justicia a invenciones como el lenguaje y el ritual que han dejado, en el mejor de los casos, pocas huellas materiales. Antes de que surgiera algo que podamos reconocer como una ciudad, ciertas funciones de ella acaso ya se cumplían, ciertos propósitos suyos acaso se satisfacían ya, y algunos de los solares aprovechados más tarde acaso ya habían sido momentáneamente ocupados.

Si solo nos preocupa encontrar estructuras permanentes apiñadas detrás de una muralla, eludimos por completo lo concerniente a la naturaleza de la ciudad. Sostengo que para acercarnos a los orígenes de la ciudad debemos completar la labor del arqueólogo que trata de dar con la capa más profunda en que se pueda reconocer el vago trazado que indique un orden urbano. Para identificar a la ciudad debemos seguir la huella hacia atrás, desde las más cabales estructuras y funciones urbanas conocidas hasta sus componentes originales, por muy remotos que estén en el tiempo, el espacio y la cultura de los primeros *tells* que se hayan excavado. Antes de la ciudad estuvieron el caserío, el santuario y la aldea; antes de la aldea, el campamento, el escondrijo, la caverna y el montículo; y antes de todo esto ya existía la tendencia a la vida social que el hombre comparte claramente con muchas otras especies animales.

La vida humana se mueve entre dos polos: movimiento y asentamiento. Es posible remontar la oposición entre estas dos modalidades a la ruptura inicial entre los protozoos capaces de moverse con mucha más libertad, que formaron el reino animal, y los organismos relativamente sésiles que pertenecen al reino vegetal. Los primeros, como en el caso de las ostras, a veces se adaptan excesivamente a una posición fija y pierden la capacidad de movimiento; en tanto que muchas plantas se liberan, hasta cierto punto, a través de raíces subterráneas prolongadas y, sobre todo, mediante la separación y la migración de las semillas. En cada una de las escalas de la vida se cambia movilidad por seguridad o, a la inversa, inmovilidad por riesgo. Sin lugar a dudas, existe en muchas especies animales cierta tendencia a establecerse en un punto determinado y descansar, a volver a un lugar privilegiado que brinda abrigo o buen alimento; y, según ha sugerido Carl O. Sauer, tal vez constituye un rasgo humano básico la propensión a almacenar y asentarse.

Pero otras contribuciones aún más importantes a la estabilidad y a la continuidad proceden de nuestro pasado animal. Muchas son las criaturas, incluso entre los peces, que viven juntas en manadas y cardúmenes para procrear y criar su descendencia. En el caso de los pájaros se da, a veces, el apego a un mismo nido, estación tras estación, y en las especies rebañegas existe el hábito del establecimiento comunal en la época de cría en zonas protegidas, como pueden ser islas y marjales. El cruce en grupos más grandes, que proceden de diversas extracciones, introduce posibilidades de variación genética que faltan en los pequeños grupos humanos sin mezcla. Estas tierras de cría y alimentación son prototipos obvios de la clase más primitiva de asentamiento humano permanente: el caserío o la aldea. Uno de los aspectos de la población primitiva, su sentido del aislamiento defensivo —junto con su pretensión de «territorialidad», como la que se encuentra entre las aves—, tiene este largo proemio en la evolución animal.

Incluso la complejidad técnica de la población humana no carece de precedentes zoológicos. En ciertas especies, particularmente en los castores, la colonización determina una remodelación deliberada del medio ambiente: tala de árboles, construcción de represas, edificación de pabellones. Estas operaciones de ingeniería transforman una congregación familiar cerrada en una asociación menos rígida de gran número de familias que colaboran en tareas comunes y mejoran el hábitat común. Por más que la colonia de castores carece de muchos de los atributos de un pueblo, ya está cerca de esas primitivas aldeas que también ejecutaban proezas de ingeniería hidráulica.

Pese a ello, lo que más se aproxima a un centro comunal de vida entre los demás animales dista mucho de la comunidad urbana más rudimentaria. Más bien puede encontrarse el fenómeno más próximo tanto a la «vida civilizada» como a la ciudad, cuando se sigue una línea evolutiva completamente diferente, representa-

da por los insectos sociales. Las funciones sociales de la colmena, la termitera y el hormiguero —estructuras que a menudo tienen un tamaño imponente y están trabajadas con destreza— tienen, a decir verdad, tantas semejanzas con las de la ciudad que dejaré de lado otras observaciones al respecto hasta que nos encontremos en presencia de esta última. Incluso la división del trabajo, la diferenciación de castas, la práctica de la guerra, la institución de la realeza, la domesticación de otras especies y el empleo de la esclavitud existían en ciertos «imperios de hormigas», millones de años antes de que se congregaran en la ciudad antigua. Pero obsérvese: aquí no es posible hablar de continuidad biológica. Más bien constituye esto un ejemplo de paralelismo y convergencia.

3. Cementerios y santuarios

En el desarrollo de las instalaciones humanas permanentes encontramos una expresión de necesidades animales que es semejante a las de otras especies sociales; pero hasta los más primitivos comienzos urbanos revelan algo más. Poco después de descubrirse la huella del hombre en los residuos de la más antigua fogata o en el instrumento de sílex tallado se tiene prueba de intereses y angustias que carecen de equivalente entre los animales; en particular, una preocupación ceremonial por los muertos, que se manifiesta en su entierro deliberado, y con pruebas crecientes de piadosa aprensión y terror.

El respeto del hombre primitivo ante los muertos, en sí mismo muestra de fascinación por sus vigorosas imágenes de la fantasía diurna y del sueño nocturno, desempeña tal vez un papel más importante que otras necesidades más prácticas a la hora de impulsarlo a buscar un lugar fijo de reunión y, más adelante, un asentamiento estable. En el penoso vagabundeo del hombre pa-

leolítico, los muertos fueron los primeros que contaron con una morada permanente: en una caverna, en un montículo señalado por unas cuantas piedras o bien en un túmulo colectivo. Se trataba de mojones a los que probablemente los vivos volvían a intervalos, para comunicarse con los espíritus menestrales o para aplacarlos. Aunque la recolección de alimentos y la caza no fomentan la ocupación permanente de un solo lugar, los muertos, al menos, exigen ese privilegio. Hace mucho que los judíos reclamaron como patrimonio suyo la tierra donde estaban situadas las tumbas de sus antepasados; y esa reivindicación bien fundada parece ser de carácter primordial. La ciudad de los muertos es anterior a la ciudad de los vivos. A decir verdad, en un sentido la ciudad de los muertos es la precursora, y casi el núcleo, de toda ciudad viva. La vida urbana cubre el espacio histórico que se extiende entre el más rudimentario cementerio del hombre de la aurora y el cementerio final, la necrópolis, en que una civilización tras otra han encontrado su fin.

En todo esto hay matices irónicos. Lo primero que saludaba al viajero que se acercaba a una ciudad griega o romana era la hilera de sepulturas y tumbas que bordeaba el camino a la ciudad. En cuanto a Egipto, la mayor parte de lo que queda de esa gran civilización, con su jubilosa saturación de toda expresión de vida orgánica, son sus templos y tumbas. Hasta en la congestionada ciudad moderna, el primer éxodo general a una morada más deseable consistió en la migración de los muertos al Elíseo romántico de un cementerio suburbano.

Pero queda todavía otra parte del medio ambiente que el hombre paleolítico no se limitó a usar, sino que a ella volvía periódicamente: la caverna. Abundan las pruebas, en todas partes del mundo, de la ocupación o visita prehistórica de las cavernas. Por ejemplo, en las cavernas de piedra caliza situadas en la Dordoña, Francia, las sucesivas ocupaciones por parte del hombre primitivo pueden ser rastreadas en capas, puesto que la erosión de la roca ha

hecho descender el lecho del río, levantando viejos abrigos y dejando al descubierto nuevas plataformas ubicadas más abajo. Pero más importante que su uso con fines domésticos fue la función que desempeñó la caverna en el arte y en el ritual. Si bien cavernas como las de Lascaux y Altamira no estuvieron habitadas, parece que fueron centros rituales de una u otra clase, del mismo modo que Nippur o Abidos. Todavía en el siglo IV a. C. se encuentra la representación gravada de una caverna dedicada a las ninfas y que muestra las figuras de Hermes y Pan, procediendo este grabado de la gruta de las Ninfas, en el monte Pentélico.

En los recodos interiores de estos centros rituales especiales, a los que, por lo común, se llega por pasajes de poca altura, lo que exige avanzar a gatas, tortuosamente y a menudo con peligro, se encuentran grandes cámaras naturales, cubiertas por pinturas de una asombrosa vivacidad de forma y de gran soltura en el trazo, que por lo general son representaciones delicadamente realistas de animales y, alguna que otra vez, de hombres y mujeres muy idealizados y estilizados. En algunos lugares, este arte ostenta una maestría estética a la que solo se vuelve a llegar en los templos y palacios de un periodo más de quince mil años posterior. Si, como algunos sostienen, el diseño estético solo era un subproducto incidental de la magia, ¿acaso no ejerció una particular magia propia que hizo que los hombres volvieran al escenario de esta primera expresión triunfante?

Estas prácticas, incluso en su forma más primitiva, sobrevivieron a su propio periodo y consiguieron introducirse en la ciudad, fenómeno ulterior. Un dibujo paleolítico en la gruta de Trois Fréres, en Ariège, representa un hombre cubierto con una piel de ciervo y con astas en la cabeza, seguramente un hechicero; mientras que un grabado sobre hueso, que data del mismo periodo y fue encontrado en una caverna de Inglaterra, muestra un hombre cuyo rostro está cubierto por una cabeza de caballo. Aho-

ra bien, según Christina Hole, todavía en el siglo VII de nuestra era las calendas de enero eran observadas por hombres cubiertos con pieles y cabezas de animales, que corrían dando saltos y haciendo cabriolas. Esta costumbre fue prohibida por el arzobispo de Canterbury, quien la trató de «diabólica». Si hay motivos para sospechar cierta tenue continuidad ancestral en esta costumbre, todavía hay mejores razones para considerar que los ritos de las cavernas constituían los impulsos sociales y religiosos que movieron a los hombres a congregarse finalmente en ciudades, donde todos los sentimientos iniciales de pavor, reverencia, orgullo y júbilo se verían aún más magnificados por el arte y multiplicados por el número de participantes favorables.

En estos antiguos santuarios del Paleolítico, lo mismo que en los primeros montículos mortuorios y tumbas, tenemos, como en ninguna otra parte, los primeros atisbos de vida cívica, posiblemente mucho antes de que pudiera sospecharse la existencia de aldeas permanentes. Ya no se trataba tan solo de reunirse en la estación del apareamiento, ni de la vuelta del famélico a una fuente segura de agua o alimento, ni del intercambio ocasional, en un adecuado lugar tabú, de ámbar, sal, jade o tal vez incluso de herramientas. Aquí, en el centro ritual, había una asociación dedicada a una vida más abundante; no solo un aumento de alimentos sino también un aumento de goce social mediante la utilización más cabal de la fantasía simbolizada y el arte, con una visión compartida de rica vida mejor, más llena de significado, al mismo tiempo que estéticamente encantadora; en embrión, una buena vida como la que algún día describiría Aristóteles en la *Política:* el primer atisbo de Eutopía. ¿Pues quién podría dudar de que, en el mismo esfuerzo por asegurarse una mayor abundancia de carne para el alimento —en caso de que tal fuera, en realidad, el propósito mágico de las pinturas y los ritos— la propia ejecución de la obra de arte agregaba algo tan esencial para la vida del hombre

primitivo como las recompensas alimenticias de la cacería? Todo esto tiene su relación con la naturaleza de la ciudad histórica.

La caverna del Paleolítico trae a la memoria muchos otros santuarios venerables que, del mismo modo, encarnaba propiedades y poderes sagrados, y atraían hombres desde lejos a sus recintos: grandes piedras, bosques sagrados, árboles monumentales, pozos santos, como ese Pozo del Cáliz, en Glastonbury, donde se suponía que José de Arimatea había arrojado el Santo Grial. Estos mojones permanentes y estos lugares píos de reunión convocaban, periódica o constantemente, a aquellos que compartían las mismas prácticas mágicas o las mismas creencias religiosas. Todavía hoy recuerdan y cumplen estos objetivos iniciales ciertos puntos como La Meca, Roma, Jerusalén, Benarés, Pekín, Kioto y Lourdes.

Si bien estas cualidades elementales, estrechamente ligadas a rasgos naturales, no bastan por sí solas para fundar o mantener una ciudad, constituyen la mayor parte del núcleo central que dominó inicialmente a la ciudad histórica. Y, lo que quizá no sea menos importante, la caverna le dio al hombre primitivo su primera concepción del espacio arquitectónico, su primer atisbo del poder de un recinto amurallado como medio para intensificar la receptividad espiritual y la exaltación emotiva. La cámara pintada en el interior de una montaña prefigura la tumba de la pirámide egipcia, que, en realidad, es una montaña de factura humana, deliberadamente imitativa. Las variaciones sobre este tema son innumerables; pero, a pesar de sus diferencias, la pirámide, el zigurat, la gruta mitraica y la catacumba cristiana tienen sus prototipos en la caverna de la montaña. Tanto la fama como la finalidad desempeñaron su papel en el desarrollo último de la ciudad.

Al retroceder tanto en pos de los orígenes de la ciudad, no deben pasarse por alto, naturalmente, las necesidades prácticas que hicieron congregarse grupos familiares y tribus, según las estacio-

nes, en un hábitat común, en una serie de campamentos, e incluso en una economía de caza o recolección. También estos factores desempeñaron sus papeles; y ya mucho antes de que las aldeas y pueblos agrícolas se convirtieran en rasgo típico de la cultura neolítica, posiblemente ya habían sido reconocidos los solares adecuados para instalarse con carácter permanente: la fuente cristalina, con su provisión de agua durante todo el año; la sólida colina, accesible aunque protegida por el río o la ciénaga; el estuario cercano, con su abundancia de pescado y marisco. Todos estos elementos intervenían ya en la economía mesolítica de transición en muchas regiones, en sitios donde dan testimonio de su permanencia los enormes montículos de ostras abiertas.

Pero es posible que la instalación humana de carácter permanente sea aún anterior a estos poblados; y así, los restos de construcciones paleolíticas, encontrados en la Rusia meridional, que al parecer formaban parte de un pueblo, advierten contra el peligro de señalar una fecha demasiado tardía para la aparición de la aldea permanente. A su debido tiempo, veremos que el campamento de cazadores se desvanece en un punto de reposo perdurable: un enclave paleolítico dominante separado de las aldeas neolíticas en su base.

Pero obsérvese que dos de los tres aspectos originales del asentamiento temporal están relacionados con cosas sagradas y no solo con la supervivencia física. Se remiten a un tipo de vida más valioso y significativo, con una conciencia que alberga el pasado y el futuro, que aprehende el misterio primitivo de la generación sexual así como el misterio último de la muerte y de lo que puede haber más allá de la muerte. A medida que la ciudad adopte su forma, muchos otros elementos irán añadiéndose; pero estas preocupaciones centrales prevalecen como razón misma de la existencia de la ciudad, inseparables de la sustancia económica que la hace posible. En la primera reunión en torno a una tumba

o a un símbolo pintado, a una gran piedra o a un soto sagrado, se encuentra el comienzo de una sucesión de instituciones cívicas que van desde el templo hasta el observatorio astronómico, desde el teatro hasta la universidad.

Así, incluso antes de que la ciudad sea un lugar de residencia fija, comienza como lugar de reunión al que la gente vuelve periódicamente: el imán precede al receptáculo, y esta capacidad para atraer a los no residentes, para el intercambio y el estímulo espiritual, subsiste, no menos que el comercio, como uno de los criterios esenciales de la ciudad, testimonio de su dinamismo inherente, en oposición a la forma más fija y sofocada de la aldea, hostil al forastero.

El primer germen de la ciudad está, pues, en el lugar ritual de reunión que sirve como meta del peregrinaje: un sitio al que los grupos familiares o clanes retornan, con intervalos estacionales, porque concentra, aparte de todas las ventajas naturales que puede tener, ciertos poderes «espirituales» o sobrenaturales, poderes de potencia más elevada y de mayor duración, de un significado cósmico más amplio, que los procesos corrientes de la vida. Y si bien las representaciones humanas pueden ser ocasionales y esporádicas, la estructura que las sostiene, tanto si se trata de una gruta paleolítica como de un centro ritual de la civilización maya con su alta pirámide, estará dotada de una imagen cósmica más duradera.

No bien se libera de sus necesidades animales inmediatas, la mente empieza a actuar con libertad en toda la gama de la existencia y a dejar su huella tanto en las estructuras naturales, como pueden ser las cavernas, los árboles y las fuentes, como en los de factura humana, elaborados a imagen del hombre. Por consiguiente, algunas de las funciones y finalidades de la ciudad existían en esas estructuras tan sencillas mucho antes de que la compleja asociación de la ciudad alcanzara su existencia y remodelara todo el medio ambiente para darles sustento y apoyo. Pero

esto solo es una parte de la historia, de modo que debemos proseguir la indagación.

4. La domesticación y la aldea

Aunque algunas de las semillas de la posterior vida urbana ya estaban presentes en la cultura paleolítica, faltaba el suelo que las nutriera. La caza y la recolección de alimentos sustentan menos de cuatro personas por kilómetro cuadrado, de modo que, para asegurarse la manutención, el hombre paleolítico tenía necesidad de vastas extensiones y de una gran libertad de movimiento. El azar y la suerte rivalizan con la astucia y la destreza en la economía del hombre primitivo, que unas veces se da banquetes y otras anda famélico; y que, hasta aprender a ahumar y curar la carne, debe vivir al día, reducido a pequeños grupos móviles sin el estorbo de objetos acumulados, sin la traba que representa una morada estable.

El primer requisito necesario para la existencia de una provisión segura y abundante de alimentos surgió en el periodo mesolítico, tal vez hace quince mil años. A estas alturas, el arqueólogo comienza a encontrar huellas claras de asentamientos permanentes desde la India hasta la región del Báltico: una cultura basada en el aprovechamiento de mariscos y peces, y posiblemente también de algas y tubérculos plantados, sin duda complementados con otras fuentes de alimentación menos seguras. Con estos caseríos mesolíticos aparecen los primeros desbroces con fines agrícolas; e igualmente los primeros animales domésticos, los favoritos y guardianes de la casa: el cerdo, la gallina, el pato, el ganso y, sobre todo, el perro, el más antiguo compañero del hombre. La práctica de reproducir las plantas con rampollos —según se hace con la palma datilera, el olivo, la higuera, el manzano y la vid— procede posiblemente de esta cultura mesolítica. El tiempo requerido pa-

ra el desarrollo de los árboles frutales denota, por su parte, una ocupación continua del suelo y un cuidado persistente.

La riqueza de estas fuentes de alimentación tanto más abundantes, una vez que la última glaciación retrocedió, pudo tener un efecto excitante sobre el espíritu y los órganos sexuales. La fácil recolección y la mayor seguridad concedían más tiempo libre; en tanto que el fin de los ayunos forzosos, que, como se sabe desde hace tanto tiempo, disminuyen el apetito sexual, puede haber dado a todas las formas de la sexualidad una pronta maduración, una persistencia y hasta una potencia de la que tal vez carecían en la vida ansiosa y a menudo casi famélica de las poblaciones de cazadores y recolectores. Tanto la dieta alimentaria como las costumbres eróticas de los polinesios, según existían cuando el hombre occidental los descubrió, sugieren esta imagen de la vida en el mesolítico.

Este proceso de asentamiento, domesticación y regularidad en la alimentación entró en una segunda etapa hace tal vez diez o doce mil años. Entonces surgieron la recolección y la siembra sistemáticas de las semillas de determinadas hierbas, la domesticación de otras plantas de semilla, como las frutas y las alubias, y la utilización de animales de rebaño, el buey, la oveja, y, por último, el asno y el caballo. Mediante una u otra de estas criaturas se acrecentaron las fuentes de alimentación, la fuerza de tiro y la movilidad colectiva. Con toda probabilidad, ninguna fase de esta gran revolución agrícola pudo haberse dado entre nómadas crónicos: era necesario algo así como la ocupación permanente de una región, prolongada hasta el punto de que se siguiera todo el ciclo de crecimiento, para mover a esas gentes primitivas a adquirir una idea de los procesos naturales, reproduciéndolos de forma más sistemática. Acaso el acontecimiento central de todo este desarrollo fue la domesticación del hombre mismo, prueba de un interés creciente en la sexualidad y la reproducción.

Al respecto no se puede descartar la sugerencia formulada por A. M. Hocart, según la cual tanto la domesticación como el uso de abonos pueden haber tenido su origen en ritos de fertilidad y sacrificios mágicos, del mismo modo que el uso ritual de decoración corporal y las vestiduras puramente simbólicas precedieron, casi sin lugar a dudas, a la fabricación de ropas como protección contra las inclemencias del tiempo. En cualquier caso, la domesticación general fue producto de un interés creciente en la sexualidad y la reproducción, y ha sido acompañada de un realce del papel de la mujer en todos los terrenos. La rapiña cedió a la simbiosis. Por fortuna para el desarrollo humano, la sexualidad femenina nunca quedó segregada y exagerada en la forma mastodóntica de, por ejemplo, la reina de las termitas, que asumió la función de poner los huevos por toda la termitera.

El fenómeno al que damos el nombre de revolución agrícola fue precedido, muy probablemente, por una revolución sexual: un cambio que dio predominio no al macho cazador, ágil, de pies veloces, dispuesto a matar, implacable por necesidad vocacional, sino a la hembra más pasiva, apegada a sus hijos, de andar pausado para ir al mismo paso que los niños, guardiana y criadora de los pequeños de toda clase, incluso dando el pecho, si era necesario, cuando la madre había muerto, a los cachorros domésticos; la mujer que plantaba las semillas y vigilaba su crecimiento, acaso inicialmente en un rito de fertilidad, antes de que el crecimiento y la multiplicación de las semillas sugiriera la nueva posibilidad de aumentar la cosecha de alimentos.

Permítaseme insistir en la concentración del hombre neolítico en la vida orgánica y el crecimiento: no se trata tan solo del muestreo y ensayo de lo proporcionado por la naturaleza, sino de una selección y propagación con sentido crítico, una empresa llevada a cabo con tanto cuidado que el hombre histórico no ha agregado ninguna planta ni ningún animal de importancia básica

a los que ya eran cultivados o domesticados por las comunidades neolíticas. La domesticación, en todos sus aspectos, implica dos grandes cambios: la permanencia y continuidad en la residencia y el ejercicio de control y previsión sobre procesos que antes estaban sujetos a los caprichos de la naturaleza. Estos cambios van acompañados de hábitos de dulzura, crianza y educación. Al respecto, las necesidades de la mujer, sus cuidados, su intimidad con los procesos de crecimiento, su capacidad para la ternura y el amor, debieron de desempeñar un papel decisivo. Con la gran ampliación de la existencia de alimentos que resultó de la domesticación acumulativa de plantas y animales, la posición central de la mujer en la nueva economía quedó establecida.

Ciertamente «hogar y madre» son palabras inscritas en cada etapa de la agricultura neolítica, sin excluir a los nuevos centros rurales, por fin reconocibles en los basamentos de casas y en sepulturas. Era la mujer la que manejaba la azada, era ella quien cuidaba las cosechas del huerto y quien llevó a cabo esas obras maestras de selección y cruzamiento que convirtieron las toscas especies silvestres en las prolíficas variedades domésticas, de ricas propiedades nutritivas. Fue también la mujer quien hizo los primeros recipientes, tejiendo cestos y modelando los primeros cántaros de arcilla. En cuanto a la forma, también la aldea es su creación; pues, dejando de lado todo lo demás que la aldea pudiera ser, era ante todo un nido colectivo para el cuidado y la crianza de los pequeños. Aquí la mujer prolongó el periodo de atención del niño, de la juguetona irresponsabilidad de la que depende hasta tal punto el desarrollo superior del hombre. La vida estable en la aldea tenía una ventaja sobre las formas de asociación más flojas y errantes en grupos más pequeños, por cuanto proporcionaba las máximas facilidades para la fecundidad, la nutrición y la protección. Mediante la responsabilidad comunal por el cuidado de los pequeños, estos pudieron desarrollarse en gran número.

Sin este dilatado periodo de desarrollo agrícola y doméstico, no se hubiera conseguido el excedente de alimentos y de mano de obra que hizo posible la vida urbana. Y sin la previsión y la disciplina moral consciente que la cultura neolítica introdujo en todas las esferas, es dudoso que hubiera aparecido esa cooperación social más compleja que se desarrolló con la ciudad.

La presencia de la mujer se dejaba sentir en toda la aldea, sin excluir su estructura física, con sus recintos protectores, cuyos posteriores significados simbólicos nos ha dado a conocer tardíamente el psicoanálisis. Seguridad, receptividad, recinto, crianza: todas estas funciones corresponden a la mujer; y asumen expresión estructural en todas las partes de la aldea, en la casa y el horno, el establo y la bodega, en la cisterna, el silo y el granero, y de allí pasaron a la ciudad, con la muralla y el foso, y todos los espacios interiores, desde el atrio hasta el claustro. Casa y aldea, y eventualmente la población misma, son Mujer con mayúscula. Si esto da la impresión de ser una descabellada interpretación psicoanalítica, los antiguos egipcios pueden responder por esta identificación. En los jeroglíficos egipcios, «casa» o «aldea» pueden usarse como símbolos de «madre», como si se tratara de confirmar la similitud de la función de crianza individual y colectiva. En la misma línea, las estructuras más primitivas —casas, habitaciones, tumbas— son por lo común redondas, como aquella vasija inicial que se describe en un mito griego, la cual fue modelada sobre el seno de Afrodita.

La aldea, en medio de sus parcelas de huertos y sus campos, formó un nuevo tipo de asentamiento humano: una asociación permanente de familias y vecinos, de aves y otros animales, de casas, silos y graneros, arraigados todos en el suelo ancestral donde cada generación formaba el abono para la siguiente. La rutina diaria se centraba en el alimento y el sexo: el mantenimiento y la reproducción de la vida. Hasta entrar en los tiempos históricos,

el falo y la vulva descuellan en el ritual de la aldea. En forma monumental, se abren luego camino en la ciudad, no solo disfrazados como obeliscos, columnas, torres y recintos con cúpulas, sino también en formas desnudas, como el enorme pene, roto pero erecto, que aún puede verse en Delos.

En forma primitiva, muchos símbolos y estructuras urbanas estaban presentes en la aldea agrícola. Incluso la muralla existía quizás en forma de empalizada o montículo, si es que puede juzgarse a través de datos mucho mas recientes, como protección contra los animales merodeadores. Dentro de tal recinto, los niños podían jugar tranquilamente, sin otra protección; y, de noche, el ganado descansaba sin ser molestado por el lobo o el tigre. Pero muchos villorrios primitivos, según V. Gordon Childe, eran abiertos; de modo que la misma existencia de estas protecciones indica acaso un periodo ulterior de presión o peligro, en que el circuito estático de la muralla servía, en cambio, como recurso para mantener alejado al merodeador.

Un nuevo orden, una nueva regularidad y una nueva seguridad habían ingresado a esta vida de exuberancia erótica; pues la provisión de alimentos era más abundante que nunca: es casi seguro que nacían y sobrevivían más niños en estas comunidades neolíticas que cuantos pudo mantener cualquier cultura anterior, excepto en circunstancias extraordinariamente afortunadas. Los instrumentos pulidos, que antes eran tenidos como los criterios básicos de la cultura neolítica, dan testimonio de paciencia y esfuerzo sistemático, muy diferente del que se requiere para tallar la piedra o cazar. Todos estos nuevos hábitos y funciones aportaron su contribución a la ciudad, cuando esta finalmente surgió; y sin este ingrediente aldeano la comunidad urbana más vasta habría carecido de una base fundamental para la permanencia física y la continuidad social.

Hasta sin un empujón consciente en esa dirección, esta nueva asociación simbiótica de hombres, animales y plantas fue favorable para el ulterior desarrollo de la ciudad. Originalmente, el perro fue menos un animal para la caza que un guardián y un comedor de carroña: es dudoso que sin el perro y el cerdo la apretujada comunidad hubiera podido sobrevivir a sus desmanes en materia de higiene; a decir verdad, el cerdo sirvió como departamento auxiliar de higiene hasta entrado el siglo XIX, en ciudades tenidas por adelantadas como Nueva York y Mánchester. Asimismo, cuando los cereales abundaron, el gato —y en Egipto la serpiente domesticada— sirvió para mantener a raya a los roedores que transmitían enfermedades y minaban las existencias de víveres. Pero, para ser equitativos, hay que añadir una palabra referente al aspecto negativo: ratones, ratas y cucarachas también sacaron partido de las nuevas instalaciones y formaron un anexo demasiado permanente.

Esta nueva asociación con los animales precedió a su uso como alimento; al igual que en el caso de las vestiduras y las decoraciones corporales, los animales fueron elemento decorativo antes de ser útiles. Pero esta proximidad de hombres y animales debió de tener otro efecto estabilizador sobre la agricultura: convirtió los alrededores de las aldeas, involuntariamente, en una montaña de abono. Hoy el término *fertilization* tiene un doble significado en inglés: fertilización y fecundación; y es posible que esa vinculación sea muy antigua, pues aquellos primitivos labriegos eran sumamente observadores. Si entendían el oscuro proceso de fertilización de la palma datilera, por ejemplo, probablemente también habían observado que ambas formas de «fertilización» contribuían al crecimiento vegetal. El hombre primitivo, lo mismo que los niños pequeños, observa con interés, y hasta con estupor, todas las excreciones del cuerpo: solo la descarga periódica e incontrolable de la menstruación le despierta miedo y le induce a adoptar medidas de precaución. Valora estos productos autoelaborados como pruebas

de una suerte de creatividad espontánea, común al hombre y a sus asociados animales. En la aldea, solo el número hacía abundante el abono, que incluso se mezclaría con barro, para revocar los muros de enrejado de caña de las chozas mesopotámicas.

Así, el acto mismo de instalarse en aldeas contribuyó al automantenimiento de la agricultura, excepción hecha de los trópicos del Nuevo Mundo donde, posteriormente, con métodos más primitivos de cultivo, y recurriendo al fuego para despejar la selva, la aldea careció de estabilidad y los centros rituales a menudo no tuvieron una población permanente. Pero allí donde los excrementos humanos y animales fueron aprovechados cabalmente, como en el caso de China, incluso la ciudad en desarrollo compensó su aniquilación de valiosa tierra agrícola mediante el enriquecimiento de los campos circundantes. Si supiéramos dónde y cuándo se inició esta práctica sabríamos más sobre la historia natural de las primeras ciudades. Los inodoros, las cloacas máximas y la contaminación de los ríos ponen punto final a este proceso: en el orden ecológico esto significa un paso hacia atrás y hasta ahora solo se trata de un progreso técnico algo superficial.

La vida de la aldea está enclavada en la asociación primaria de nacimiento y lugar, sangre y suelo. Cada miembro de ella es un ser humano completo que desempeña todas las funciones apropiadas para cada fase de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, en alianza con las fuerzas naturales que venera y a las que se somete, por más que llegue a tentarle la posibilidad de invocar poderes mágicos, a fin de controlarlos en beneficio de su grupo. Antes de que la ciudad surgiera, la aldea ya había dado nacimiento al vecino, esto es, al que vive cerca, al que se puede llamar por la distancia a que se encuentra, el que comparte las crisis de la vida, vela a los que van a morir, llora a los muertos y participa con júbilo de la fiesta de bodas o el nacimiento de un niño. Los vecinos acuden presurosos

en tu ayuda, según nos recuerda Hesíodo, en tanto que los mismos parientes «pierden el tiempo sobre sus arneses».

El orden y la estabilidad de la aldea, junto con su abrazo e intimidad maternal y su unicidad con las fuerzas de la naturaleza, fueron trasladados a la ciudad: si se pierden en el conjunto de la misma, debido al crecimiento excesivo de esta, subsisten no obstante en el barrio o el vecindario. Sin esta identificación y esta protección maternal dispensada por una comunidad, los jóvenes se desmoralizan; para ser exactos, su misma capacidad para hacerse plenamente humanos puede desaparecer, conjuntamente con la primera obligación del hombre neolítico: la promoción de la vida. Lo que hoy llamamos moralidad comenzó con las *mores*, con las costumbres conservadoras de la vida, propias de la aldea. Cuando estos vínculos primarios se disuelven, cuando la comunidad íntima y visible deja estar identificable y profundamente preocupada, entonces el «nosotros» se convierte en un ruidoso enjambre de «yoes», y los vínculos y las lealtades secundarias se vuelven demasiado débiles para detener la desintegración de la comunidad urbana. Solo ahora, cuando los modos de vida aldeanos están desapareciendo rápidamente en el mundo entero, podemos estimar todo lo que les debe la ciudad en materia de energía vital y crianza amorosa, que hizo posible el desarrollo posterior del hombre.

5. Cerámica, hidráulica y geotécnica

Con la aldea apareció una nueva tecnología: las armas y herramientas masculinas del cazador y el minero —la lanza, el arco, el martillo, el hacha, el cuchillo— fueron complementadas con formas típicamente neolíticas de origen femenino: hasta la misma suavidad de los instrumentos pulidos, a diferencia de las formas talladas, puede ser considerada un rasgo femenino. El hecho

magno de la técnica neolítica es que sus innovaciones principales no consistieron en armas y herramientas sino en recipientes.

Las herramientas y armas paleolíticas estaban dirigidas a movimientos y esfuerzos musculares. Eran instrumentos para quebrar, picar piedra, cavar, horadar, hender, disecar, ejercer fuerza rápidamente a distancia; en suma, todo género de actividades agresivas. Los huesos y músculos del macho dominan sus contribuciones técnicas: hasta su pene fláccido es inútil, en términos sexuales, a menos que se ponga duro como el hueso... como suele reconocer el habla popular. En cambio, en la mujer, los suaves órganos internos son el centro de su vida: es significativo que brazos y piernas sirvan menos para moverse que para acoger y encerrar ya sea a un amante o a un niño. Y es en los orificios y cavidades, en la boca, la vulva, la vagina, los pechos y el vientre donde tienen lugar sus actividades sexualmente individualizadas.

Bajo el dominio de la mujer, el periodo Neolítico es, ante todo, un periodo de recipientes. Es una época de utensilios de piedra y alfarería, de vasos, jarros, tanques, cisternas, cestos, graneros y casas, sin excluir los grandes receptáculos colectivos, como las represas para la irrigación y las aldeas. La singularidad y el significado de esta contribución se han desdeñado con excesiva frecuencia por parte de los estudios modernos, que miden todos los progresos técnicos desde el punto de vista de la máquina.

Según Robert Braidwood, la vivienda más primitiva que hasta ahora se ha descubierto en Mesopotamia consiste en un agujero cavado en el suelo y secado al sol, hasta darle la dureza del ladrillo; y, lo que es más notable, esta primera casa parece ser anterior a cualquier forma de alfarería. Siempre que se debe conservar y almacenar un excedente, los recipientes resultan importantes. Aunque contara con conchas y cueros, el cazador paleolítico no tenía mucha necesidad de recipientes: como el bosquimano que sobrevive en África, hacía que su vientre hinchado le sirviera de

contenedor. Pero no bien la agricultura determinó la aparición de un excedente de víveres y la instalación permanente, los utensilios de almacenaje adquirieron una importancia fundamental.

Sin recipientes herméticos, el aldeano neolítico no podía guardar cerveza, vino o aceite; sin piedra que se pudiera sellar o cántaros de arcilla, no podía preservarlos de roedores o insectos; sin barriles, cisternas y graneros no podía hacer que sus víveres se conservaran de una estación a otra. Sin la casa morada permanente, no era posible mantener juntos ni cuidar tiernamente a los pequeños, a los enfermos y a los ancianos. Fue en el ámbito de los recipientes duraderos donde la inventiva neolítica superó a todas las culturas anteriores: a tal punto, que hoy mismo seguimos usando muchos de sus métodos, materiales y formas. La misma ciudad moderna, pese a todo su acero y su vidrio, es aún, en lo esencial, una estructura pegada a la tierra, propia de la Edad de Piedra. El empleo arcaico de la arcilla cocida para el registro por escrito dio al pensamiento humano una permanencia con la que no puede rivalizar ningún otro medio, tal como lo testimonian todavía las inscripciones cuneiformes de Babilonia. Aunque las ciudades antiguas fueron destruidas a menudo, sus registros definitivos eran a prueba de agua y a prueba de fuego. Con el almacenaje apareció la continuidad, así como un excedente al que podría recurrirse en los años de mala cosecha. La acumulación cuidadosa de semillas no gastadas, para la siembra del año siguiente, fue el primer paso hacia la acumulación de capital.

Obsérvese cuánto le debe técnicamente la ciudad a la aldea. De la aldea proceden, directamente o por perfeccionamiento, el granero, el banco, el arsenal, la biblioteca y el almacén. Recuérdese, también, que la acequia, el canal, el estanque, el foso, el acueducto, el desagüe y la cloaca son también recipientes destinados al transporte automático o al almacenaje. El primero de estos fue inventado mucho antes que la ciudad; y, sin todo este amplio mar-

gen de invenciones, la ciudad antigua no habría podido adquirir la forma que alcanzó finalmente, pues la ciudad sería nada menos que un recipiente de recipientes.

Antes que la rueda de alfarero, el carro de guerra o el arado hubieran sido inventados, esto es, mucho antes de 3500 a. C., todas las formas principales de recipiente tenían ya un largo recorrido a sus espaldas. Karl A. Wittfogel está en lo cierto al subrayar el control colectivo del agua como uno de los rasgos distintivos de los Estados totalitarios que florecieron en la época calcolítica. Pero hay pruebas de que los primitivos aldeanos esparcidos en las márgenes del Nilo y el Éufrates ya habían empezado a dominar este arte. Como saben los niños, el barro y el agua son plásticos y fáciles de moldear. La lección aprendida al modelar la casa y la cisterna, la acequia y el canal, fue transmitida a todas las demás partes del paisaje. De hecho, la domesticación de plantas y animales, la domesticación del hombre y la domesticación del paisaje natural fueron partes de un mismo proceso.

En pocas palabras, la modelación de la tierra fue una parte integrante de la modelación de la ciudad... y la precedió. Esta íntima relación biotécnica es una relación que el hombre moderno, con sus planes para remplazar complejas formas terráqueas y asociaciones ecológicas con sustitutos artificiales comerciables, está desbaratando con peligro para sí mismo.

Cientos, quizá miles de poblados, en partes propicias del mundo, desde Egipto hasta la India, aplican estas artes, de un modo humilde pero decisivo, a cada una de las características de su vida. Así, las tierras boscosas y de pastoreo dieron paso al cultivo manual, y en las proximidades del desierto o de tierras casi desérticas, como en el valle del Jordán, se hicieron visibles pequeños oasis, basados en fuentes seguras de agua, acumuladas en grandes cisternas. Sin ese fundamento, sin ese recipiente, sin ese recinto y ese orden, acaso la ciudad nunca habría sido concebida. Esas funciones neolíticas

fueron básicas para las finalidades emergentes de la ciudad, que las desvió con fines asombrosamente diferentes.

6. La contribución de la aldea

Echemos un vistazo más de cerca a la aldea primitiva, tal como debemos representárnosla en Mesopotamia y el valle del Nilo, entre, digamos, los años 9000 y 4000 a. C. Un amontonamiento de chozas de barro cocido o construidas con barro y cañas, de tamaño reducido, y al comienzo solo un poco mejores que las moradas de los castores. En torno de estas aldeas se encuentran lotes destinados a la horticultura, todos ellos de dimensiones modestas; mas aún no son los campos extensos pero limitados, de forma rectangular, que aparecen con el arado. En las cercanías, en las ciénagas y el río, hay pájaros para atrapar, peces para pescar con redes, complementos de la alimentación que sirven para resolver los problemas que plantea una mala cosecha o para enriquecer la dieta habitual. Pero hasta en el villorrio más primitivo, como puede ser en la aldea del delta en Merimdeh Beni-Salameh, había una «tinaja inserta en el suelo para desaguar el agua de la lluvia que pasaba por el techo», según observa John A. Wilson. Por otra parte, «la aldea tenía un granero comunal, constituido por cestos tejidos hundidos en la tierra».

La mayor parte de lo que se sabe con respecto a la estructura y el modo de vida de los caseríos y las aldeas del Neolítico procede de los toscos restos conservados en ciénagas de Polonia, fondos de lagos suizos, lodo del delta egipcio, o bien de fragmentos de canciones y relatos registrados mucho después en la cultura alfabeta y urbanizada de sumerios, egipcios y griegos. No cabe esperar que la comparación con la vida aldeana entre tribus sobrevivientes, que se suponen primitivas, pueda dar una relación veraz de esa cultura

primitiva entonces en gestación. Pues lo que hoy llamamos primitivo, incluso cuando presenta pocas huellas de contacto reciente con culturas más desarrolladas, tiene tras de sí vínculos continuos y cambios a lo largo de un lapso de historia tan grande como cualquier grupo nacional o unidad urbana más complejo. Tal vez las mejores fuentes de información sobre la primitiva cultura aldeana subsistan en las costumbres y supersticiones que todavía siguen vivas en zonas rurales. Esta cultura arcaica, como la ha llamado André Varagnac, constituye al parecer el estrato invariable que hay por debajo de todas las culturas del Viejo Mundo, por muy civilizadas y urbanizadas que sean.

En todas partes, la aldea es un pequeño conglomerado de familias que oscilan entre una docena y unas setenta, cada una con su propio hogar, su propio dios doméstico, su propio altar, su parcela propia para los entierros, dentro de la casa o en algún cementerio colectivo. Como hablan la misma lengua, se reúnen bajo el mismo árbol o a la sombra de la misma piedra erecta, recorren juntas el mismo sendero trillado de su ganado, todas las familias siguen el mismo modo de vida y participan en las mismas faenas. Si hay una división del trabajo, se trata de una división sumamente rudimentaria, determinada más por la edad y la fuerza que por una aptitud vocacional: quien mira el rostro de su vecino, ve su propia imagen. En su mayor parte, el tiempo ha disuelto la estructura material de la aldea en el paisaje: solo sus vasijas y sus conchas pueden aspirar a la permanencia; pero la estructura social se ha mantenido resistente y duradera, pues se basa en preceptos, proverbios, historias familiares, ejemplos heroicos y mandamientos atesorados y transmitidos, sin deformaciones, de los ancianos a los más jóvenes.

A medida que la rutina de la agricultura neolítica tuvo más éxito, tendió posiblemente a hacerse más fija y conservadora. A fines de este periodo habían menguado, si es que no habían tocado

a su fin, todos los arriesgados experimentos que permitieron distinguir las plantas comestibles de las indigestas o venenosas, así como los que habían llevado a descubrir los secretos de las raíces, las semillas, los cruzamientos y la selección, y los que habían permitido escoger los animales dóciles y mansos que se convirtieron en ayudantes del hombre. Conformidad, repetición y paciencia fueron las claves de esta cultura ya solidificada. Sin duda, le llevó miles de años a la economía neolítica establecer sus límites; pero, una vez que los alcanzó, le quedó poco impulso interno para proseguir el desarrollo. «Aférrate a lo que es bueno y no busques más» fue la fórmula de su satisfacción.

Antes de que el transporte del agua estuviera bien desarrollado, cada aldea constituía, en efecto, un mundo por sí solo, tan separado del resto por la modorra de estar absorto en sí mismo y por el narcisismo, tal vez, como por las simples vallas físicas. Incluso en condiciones primitivas ese conformismo no fue nunca absoluto, esa suficiencia nunca fue completa, esos límites nunca fueron insuperables. Tal vez era necesario ir a otra parte para conseguir una herramienta o «capturar» una novia. Pero el ideal de los aldeanos seguía siendo ese que mucho después describió Laozi en los siguientes términos: «[encontrar] gustosa su propia comida, hermosos sus propios ropajes, apacibles sus propias moradas, deleitables sus propias costumbres». Entonces «los señoríos lindantes estarían a la vista, hasta se oiría el canto de sus gallos y el ladrido de sus perros, [pero] sus gentes envejecerían y morirían sin haberse visitado jamás». Estas aldeas podían reproducirse y multiplicarse sin impulso alguno por cambiar la pauta de su vida: en la medida que la nutrición y la reproducción, los placeres del vientre y los órganos genitales eran los principales objetivos de la vida, la cultura aldeana del Neolítico satisfacía todas las necesidades.

No cabe duda de que esta descripción general requiere aclaraciones. Tal vez hoy sentimos la tentación de exagerar las cuali-

dades estáticas de la aldea neolítica y vemos en sus características más fluidas las estabilidades, repeticiones y fijaciones que se acumularon en el trascurso de miles de años. A lo largo de milenios tiene que haberse producido cierta concentración de elementos nuevos y un crecimiento aventurado. En la forma externa, la aldea neolítica tenía ya muchas de las características de las ciudades pequeñas, como Lagash en Mesopotamia; a decir verdad, como artefactos puramente físicos no se pueden diferenciar los restos de la gran aldea y de la ciudad pequeña. Si fueran visibles más huellas físicas, podríamos encontrar incluso tantas variedades de trazado como las que Meitzen pudo clasificar con respecto a un periodo muy posterior en la Europa central.

Con todo, la estructura embrionaria de la ciudad ya existía en la aldea. Tanto la casa como el altar, la cisterna, la vía pública y el ágora —que no era aún un mercado especializado— se configuraron inicialmente en la aldea. Se trataba de invenciones y diferenciaciones orgánicas que aguardaban su posterior desarrollo en la estructura más compleja de la ciudad. Lo que es válido para la estructura general de la aldea, también lo es para sus instituciones. Los comienzos de la moral organizada, del gobierno, el derecho y la justicia existían en el consejo de ancianos de la aldea. Thorkild Jacobsen ha demostrado que este grupo representativo, depositario de la tradición, censor de las costumbres, juez del bien y del mal, ya era discernible en el cuarto milenio antes de Cristo en Mesopotamia, si bien sus orígenes deben de ser anteriores a todo registro. Este órgano rudimentario de gobierno parece caracterizar a las comunidades aldeanas en todos los periodos. Tan importante era esta institución que dejó su huella tanto en el mito religioso como en el funcionamiento real de la ciudad-Estado de Mesopotamia; después, durante miles de años, un consejo babilónico de dioses prolongaría la arcaica pauta aldeana.

Estos consejos espontáneos, unificados por el uso y la necesidad, expresaban el consenso humano, no tanto mediante la adopción de nuevas decisiones como por la aplicación inmediata de normas aceptadas y de decisiones tomadas en un pasado inmemorial. En una cultura oral, solo los ancianos han tenido tiempo suficiente para asimilar todo lo que es necesario conocer: su influencia se deja sentir todavía en comunidades rurales de África, Asia y Sudamérica; y, a decir verdad, despojados de formas ceremoniales, se han mantenido a menudo activos hasta hoy, como vestigios, en una que otra aldea norteamericana. Los ancianos personificaban la sabiduría atesorada de la comunidad: todos participaban, todos concordaban, todos se unían para restablecer un orden comunal, cada vez que se veía trastornado momentáneamente por la disensión o la lucha. Los antiguos griegos pensaban que su respeto por las costumbres y el derecho consuetudinario, en oposición al capricho tiránico, era un producto singular de su cultura. Pero, en realidad, era testimonio de su continuidad, en relación con una democracia aldeana más antigua que hallamos por primera vez en Mesopotamia: institución que parece preceder a todo ejercicio más refinado de control por una minoría dominante, que impone sus tradiciones foráneas o sus innovaciones de un refinamiento igualmente extraño a una población subyugada y también resignada.

Lo mismo ocurre incluso con la religión, que permaneció en el nivel humano, familiar. Aunque cada aldea pudiera tener su altar y su culto locales, comunes a todos los vecinos, hubo una difusión complementaria del sentimiento religioso a través del tótem y el culto a los antepasados; cada hogar tenía sus propios dioses, como un bien cierto e inalienable, y el jefe de la familia desempeñaba funciones sacerdotales de sacrificio y plegaria, conforme hace todavía hoy durante la Pascua en las familias judías ortodoxas. En general, la aldea contribuía a la difusión del poder y la responsabilidad: las potencialidades de diferenciación y especialización per-

manecieron en gran parte latentes, en tanto que el desapego, la disconformidad, la innovación y la invención quedaban reducidos al más módico mínimo tolerable, cuando no se los extirpaba implacablemente. En esta cercanía e intimidad, viéndose cara a cara todos los días, cada uno de los miembros de la comunidad estaba a la altura de los demás. Solo la edad establecía una precedencia y una autoridad.

En cuanto quedaron establecidas las principales invenciones e instituciones neolíticas, la vida aldeana podía proseguir en ese mismo nivel durante miles de años, contentándose tan solo con mantener sus características. La última gran modificación la produjo el cultivo con arado y el remplazo de las herramientas de piedra por otras de metal. Tiene que haber existido un periodo bastante prolongado durante el cual no hubo nada que mereciera el nombre de ciudad cabal, totalmente diferenciada. Pero las gradaciones entre las aldeas neolíticas y las ciudades neolíticas son tan poco perceptibles, y tantos son los puntos de semejanza, que se siente la tentación de pensar que se trata simplemente de las formas juvenil y adulta de la misma especie. Esto se aplica en gran medida a su forma física, pero no a sus instituciones sociales. Muchos rasgos de la ciudad estaban latentes, y a decir verdad presentes en forma visible, en la aldea; pero esta existía como el óvulo sin fertilizar más que como embrión en desarrollo, pues hacía falta toda una serie de cromosomas complementarios procedentes de un progenitor masculino para dar lugar a los posteriores procesos de diferenciación y desarrollo cultural complejo.

7. El nuevo papel del cazador

Cuando se trata de interpretar la sucesión de culturas se corre el riesgo de tomar demasiado en serio su estratificación. Si bien

el debido respeto a los estratos constituye una necesidad para la arqueología, como modo de precisar las filiaciones culturales y las sucesiones temporales, solo una cultura material que está muerta y enterrada puede permanecer estratificada, sin experimentar desplazamientos y conmociones; en tanto que la cultura no material es de consistencia fibrosa en su mayor parte: aunque sus largas fibras pueden romperse a menudo, atraviesan todas las capas e incluso, cuando se tornan invisibles, pueden desempeñar una parte activa.

Así, aunque basándonos en los datos que hoy poseemos, remontemos con justicia la ciudad física hasta las últimas fases de la cultura neolítica, el surgimiento real de la ciudad se produjo como resultado final de una unión previa entre los componentes paleolítico y neolítico. Si lo que conjeturo es exacto, esta unión fue apoyada, si es que no determinada, por el último gran avance de la revolución agrícola: la domesticación de los cereales y la introducción de la cultura del arado y el regadío. El resultado final fue el enlace de todo el grupo de instituciones y controles que caracterizan la «civilización».

En ese momento, la contribución masculina, reprimida y domada, cuando no rechazada, por los anteriores actos de domesticación, volvió súbitamente con vigor redoblado, trayendo consigo un nuevo dinamismo, expresándose como un deseo de dominar y controlar la naturaleza, de domar y someter animales corpulentos o fogosos —como el asno, el caballo, el camello y el elefante— y, sobre todo, de ejercer, en parte por el imperio de las armas, un poder de presa sobre otros grupos humanos. Ni la cultura paleolítica ni la neolítica fueron capaces de hacer por sí solas lo que ambas consiguieron mediante una unión de sus funciones y talentos complementarios.

Sin lugar a dudas, la noción de que la cultura paleolítica fue totalmente remplazada por la cultura neolítica es una ilusión. Hoy

mismo, en los alrededores de cualquier gran ciudad, en un domingo de primavera, miles de pescadores cubren las orillas de los ríos y las riberas de los lagos, entregados a la antigua ocupación paleolítica de la pesca; mientras que, más avanzado el año y en puntos más distantes, otros individuos practicarán una actividad aún más antigua, pues se dedicarán a recoger hongos, frutas o nueces, a recolectar conchas y maderas arrojadas por el mar o bien cavarán en las playas en busca de almejas; es decir, seguirán haciendo, por diversión, lo que el hombre primitivo hacía para sobrevivir.

Conviene ahora que nos preguntemos qué fue del cazador paleolítico cuando el cultivo con azada y el de los árboles hizo posible la fundación de aldeas. Sin duda fue expulsado de las zonas agrícolas, puesto que si en ellas podía encontrarse caza menor, los aldeanos la harían caer en sus trampas o le darían caza, en tanto que los animales más grandes eran desplazados hacia las ciénagas y las tierras altas; o bien se los consideraría más como un peligro para las cosechas que como una fuente benéfica de alimentación. Con el advenimiento de la agricultura, las oportunidades del cazador se redujeron. Si recordamos la actitud de *Leatherstocking* ante los primeros desbroces agrícolas nos será más fácil entender esta reacción primitiva. Pero, con el tiempo, tal vez las comodidades y amenidades de la vida en la aldehuela despertaron cierto grado de insatisfacción y envidia, por muy desdeñosamente que el cazador rechazara la monótona rutina y la seguridad tediosa que el éxito de la agricultura traía consigo.

Ahora bien, aparte de unas cuantas dudosas pinturas rupestres en las que pueden verse hombres que se enfrentan con sus arcos tendidos, no hay datos primitivos que sugieran que los cazadores se cazaran entre sí. Durante largo tiempo, las únicas víctimas de la caza fueron las aves y otros animales. Pero abundan los datos procedentes de la zoología que corroboran la creencia de que, planteada la opción, las criaturas rapaces prefieren a menudo

una existencia suave a una dura y se acostumbran tanto a la vida más descansada que se entregan al parasitismo, viviendo de un anfitrión que al menos se muestra tolerante, aunque no sea del todo complaciente. Pero, hasta cierto punto, esta puede ser también una eficaz relación simbiótica; pues a cambio de su parte de las provisiones, la criatura rapaz puede proteger el nido de otros enemigos.

Nos faltan los datos concretos relativos a este intercambio de servicios, pues el fenómeno es anterior a los registros históricos; e incluso los sugerentes restos materiales que podrían indicar una nueva relación entre grupos paleolíticos y neolíticos son escasos y se prestan a diversas interpretaciones. Pero antes del surgimiento de la ciudad se tienen ya en Palestina claros indicios de que el campamento momentáneo del cazador se había convertido en una fortaleza cuya ocupación era ininterrumpida. Esta plaza fuerte es sostenida por alguien que el arqueólogo describe, en forma demasiado vaga, como el «jefe local», quien, evidentemente, no actuaba solo sino con el apoyo de una banda de seguidores. Al principio es posible que estos cazadores no solo fueran tolerados sino mirados realmente con buenos ojos, pues el cazador desempeñaba un papel útil en la economía neolítica. Con su dominio de las armas y su destreza en la lanza, podía proteger la aldea de sus enemigos más serios, probablemente los únicos que tenía: el león, el tigre, el lobo y el cocodrilo. El cazador siempre sabía cómo acechar y dar muerte a esas bestias, en tanto que es posible que el aldeano careciera de las armas necesarias y, más aún, de la audacia para cazarlas. Con el trascurso de los siglos, tal vez la seguridad hizo al aldeano pasivo y tímido.

A esta altura, los registros escritos vienen en nuestra ayuda, si bien el primer acuerdo entre aldea y fortaleza debe ser muy anterior a ellos. El arquetipo de caudillo en la mitología sumeria es Gilgamesh, el cazador heroico, el protector vigoroso y, lo que no es

menos significativo, el constructor de la muralla en torno a Uruk. Y en el antiguo relato babilónico de las hazañas de otro cazador, Enkidu, podemos leer que «empuñó su arma: atacaría leones. Se quedaron los pastores acostados por la noche: mató a los lobos y a los leones los echó. Dormían los mayorales: Enkidu es su guarda, un hombre despierto».

No se trata de la alabanza servil a un conquistador sino de la gratitud a un protector amistoso, cuyos servicios todavía fueron necesarios durante largo tiempo. Aún en el siglo VII a. C., una estela erigida por Asurbanipal describe la ferocidad de los leones y de los tigres después que lluvias torrenciales convirtieron la tierra en una selva de cañaverales. Asurbanipal se jacta allí de la eficacia con que erradicó estas bestias de sus cubiles. Pero, a estas alturas de los tiempos, por desgracia, el papel benéfico del cazador ya estaba empañado por la sádica ambición de poder; y, como ya no podía contar con el agradecimiento espontáneo de la comunidad, el rey-cazador cubría el silencio con la autoalabanza.

Es fácil pensar que las aldeas protegidas por el cazador florecieran mejor que aquellas cuyas cosechas podían ser pisoteadas por manadas salvajes o cuyos pequeños podían ser mutilados y devorados por fieras merodeadoras. Pero la misma prosperidad y la misma paz de la aldea neolítica puede haber llevado a sus protectores a cambiar el papel de perros guardianes por el de lobos, exigiendo —por así decir— «pago por protección», en una operación comercial cada vez más unilateral. Tal vez a nuestros abuelos victorianos les resultara difícil comprender esto, pero en los Estados Unidos de hoy, donde uno u otro jefe mafioso controla prósperas empresas comerciales y sindicatos poderosos, estableciendo impuestos inflados aunque subrepticios sobre las diversiones, los transportes y la construcción, sobornando descaradamente a jueces y asociándose con policías, estamos en mejores condiciones para entender el mito de aquellos remotos caudillos. Los aldea-

nos, intimidados, se sometían, para que el protector no mostrara colmillos más fieros que los de las bestias contra las que ofrecía protección. Esta evolución natural del cazador hacia el líder político le allanó posiblemente el camino para su posterior ascenso al poder. Ya en los monumentos protoalfabetos, según señalara Henri Frankfort, «el cazador aparece con las vestiduras y con el tocado distintivo que caracteriza a los jefes, quizás a los reyes».

El mango del cuchillo predinástico, procedente de Gebel el Arak, confirma asimismo este doble papel del cazador. Por un lado, muestra a un solo cazador que somete bestias salvajes, incluyendo leones y elefantes; por otro, a hombres en dura pugna, dos de los cuales esgrimen mazas, arma feroz que tal vez sea responsable de muchas de las lesiones en los huesos que se observan en los esqueletos de este periodo. A diferencia de las primeras armas para cazar, como el cuchillo, la flecha y la lanza, la maza estaba destinada particularmente a herir y matar hombres; así, naturalmente, se convirtió en el símbolo de una autoridad real basada en el dominio militar. Con respecto a este doble papel del cazador-jefe que se transforma en rey, las pruebas procedentes de Mesopotamia y Egipto felizmente coinciden.

Sin embargo, no conviene exagerar el factor coercitivo, sobre todo en los comienzos. Posiblemente, este solo apareció con la mayor concentración de poder técnico, político y religioso que transformó al rústico jefe primitivo en el rey que infundía pavor. Desde el principio, hubo un aspecto benigno en esta relación, tal vez un verdadero desplazamiento del interés que se pusiera en la fiera que era necesario perseguir y matar hacia el animal doméstico que era necesario proteger y mantener en su rebaño; en otras palabras, el paso de la concepción del animal como una presa que se captura, porque se tiene hambre y hay que comerla, al proceso de engordar la futura víctima y esperar el momento oportuno para matarla.

Hay una línea de un arcaico poema mesopotámico que demuestra que el pastor no era mal recibido cuando llevaba a pastar sus majadas al prado del agricultor, tal vez porque este cultivador ya se había dado cuenta de la importancia del abono. La libertad de que goza el pastor para vagar con sus rebaños lo pone, en espíritu, más cerca del cazador que de los labradores, atados a la gleba. Uno y otro aparecen en la fábula como admirables figuras heroicas, en tanto que el campesino productor desempeña un papel mezquino, cuando no representa el mal, como Caín en el Génesis. En su encuentro con el pastor Dumuzi, la actitud del agricultor es conciliadora y se resigna a ocupar un papel secundario. En realidad, el pastor puede ser visto como el hermano espiritual del cazador, como la mejor parte de su ser, que subraya la función protectora en vez de la predatoria. Uno de los reyes arcaicos, Etana, era pastor, como también lo eran los dioses Lugubanda y Dumuzi en la mitología mesopotámica, y asimismo David en Israel, en un periodo muy posterior, mientras que Hammurabi, gran organizador y conquistador, aún se presentaba como el pastor de sus pueblos.

Ambos oficios reclaman capacidad de gobierno y responsabilidad en los que están arriba y exigen docilidad en los que están abajo. Pero el oficio de cazador realzó la voluntad de poder y llegó a trasladar su destreza para cazar los animales salvajes a la más altamente organizada dedicación de disciplinar y dar caza a otros hombres; en tanto que el oficio de pastor tendía a reprimir la fuerza y la violencia, y al establecimiento de cierta medida de justicia que sirviera para proteger incluso al miembro más débil de la grey. Sin lugar a dudas, la coerción y la persuasión, la agresión y la protección, la guerra y la ley, el poder y el amor, estaban solidificados por igual en las piedras de las primeras comunidades urbanas, cuando finalmente tomaron forma. Al aparecer la monarquía, el señor de la guerra y el señor de la ley pasó a ser, también, señor de la tierra.

Si esto constituye una extrapolación necesariamente mítica de los hechos conocidos, sirve no obstante para sugerir cómo las ofrendas voluntarias se convertirían en tributo y el propio tributo se organizaría luego en forma de diezmos, impuestos, trabajos forzados, ofrendas de sacrificio e incluso sacrificios humanos. Sostengo que a estas alturas no se encuentran aún elementos que permitan suponer la existencia de la guerra. En las aldeas neolíticas que han sido exhumadas se nota claramente la ausencia de cualquier elemento que merezca el nombre de arma; y por más que esto constituye una prueba negativa, se ajusta bien a la imagen de comunidades autónomas, demasiado pequeñas, demasiado carentes de excedente de mano de obra, demasiado distantes las unas de las otras y demasiado pobres en medios cómodos de movimiento hasta que se inventaron los barcos, para que tuvieran necesidad alguna de apretujarse entre sí o de hollar el dominio ajeno. La guerra primitiva de «todos contra todos» es un cuento de hadas: el belicoso hombre primitivo de Hobbes tiene aún menos realidad histórica que el buen salvaje de Rousseau. Como ocurre entre las aves, la «territorialidad» pudo resolver amistosamente los problemas de límites que solo más tarde, al hacerse presente un interés más «civilizado» en los bienes y privilegios, llevaría a conflictos brutales.

Los primeros castillos y fortalezas no son indicios de guerra y enfrentamiento entre comunidades opuestas, sino del dominio unilateral de un grupo relativamente amplio por parte de una pequeña minoría. La opresión y el control que impusiera mediante las armas se alcanzaban en el plano de la comunidad, y no desde el principio en luchas contra otras comunidades. En un comienzo, el ejercicio de las armas permitió a los «nobles» alcanzar su legendario poder *sobre sus propios campesinos*. Es posible que tanto la rivalidad como los conflictos, la violencia y el mismo asesinato existieran en diversos grados en todos los grupos, por más que,

posiblemente, la importancia de estos elementos ha sido exagerada por ciertos estudiosos modernos, que atribuyen a los tiempos primitivos las aberraciones y los delitos que les son peculiares, en escala aumentada, a las civilizaciones «superiores». De cualquier modo, el juicio que Bronislaw Malinowski formula a este respecto me parece sensato: «Si sostenemos que la guerra es una lucha entre dos grupos independientes y políticamente organizados, esta no se da en el nivel primitivo».

A mi juicio, la agresión militar colectiva es una invención propia de la civilización, en la misma medida que lo es la expresión colectiva de la curiosidad mediante la investigación científica sistemática. El hecho de que los seres sean curiosos por naturaleza no dio lugar inevitablemente a la ciencia organizada; y el hecho de que sean propensos a la ira y la pugnacidad no bastó por sí solo para crear la institución de la guerra. Esta última, al igual que la ciencia, es un logro histórico, limitado culturalmente; testimonio de un vínculo mucho más tortuoso entre complejidad, crisis, frustración y agresión. En este sentido, las hormigas pueden enseñarnos mucho más que los antropoides... o que el hipotéticamente combativo «hombre de las cavernas», cuyas características, puramente imaginarias, se asemejan curiosamente a las de un empresario capitalista del siglo XIX.

8. La unión paleolítico-neolítica

Sobre lo que realmente sucedió antes del surgimiento de la ciudad solo es posible conjeturar. Quizá los grupos restantes de cazadores paleolíticos y los nuevos pobladores neolíticos, unos y otros igualmente escasos para imponerse, comenzaron a ocupar el mismo territorio y se mantuvieron juntos el tiempo necesario para absorber una parte de las costumbres ajenas e intercambiar

algunas de sus herramientas. Si uno se atreve a llamar a esto el matrimonio de las dos culturas, lo más posible es que, al principio, fueran socios en igualdad de condiciones, pero la relación se torna cada vez más unilateral a medida que las armas y los hábitos coercitivos de la minoría agresora se vieron reforzados por la paciente capacidad de trabajo que mostraban los pueblos neolíticos que pulían la piedra. Como sucede con frecuencia, el elemento rechazado de la cultura anterior (el cazador) se convirtió en el nuevo dominador en la comunidad agrícola, pero ahora tenía que actuar como autoridad de un tipo superior de organización. Las armas ya no solo servían para matar animales sino también para amenazar y mandar a los hombres.

La interacción entre las dos culturas se desarrolló a lo largo de un dilatado periodo; pero, al final, los procesos masculinos se impusieron por puro dinamismo a las actividades más pasivas, gestoras de vida, que llevaban la impronta de la mujer. Los mismos elementos de la procreación fueron sacados de la esfera de la mujer, al menos en el plano imaginativo: uno de los primeros textos egipcios presenta a Atum creando el universo con su propio cuerpo, mediante la masturbación. Difícilmente el orgulloso macho podría haber usado términos más claros para indicar que, en el nuevo plan de vida, la mujer no contaba ya. En la primitiva sociedad neolítica, antes del cultivo de los cereales, la mujer había sido el elemento supremo: el sexo mismo era poder. Esto no constituía una mera expresión de la fantasía, realzada por el deseo físico, puesto que el interés de la mujer en la crianza de los niños y el cuidado de las plantas había convertido la existencia ansiosa, timorata y recelosa del hombre primitivo en una existencia de previsión competente, con una prudente garantía de continuidad, ya no del todo a merced de fuerzas que escapaban al control humano. Incluso en la forma de energía física, la revolución agrícola fue, a través de la domesticación, el paso más importante

hacia el dominio de la energía solar, sin rival hasta las invenciones que comenzaron con el molino hidráulico y que han llegado a su culminación con la energía nuclear. Esto fue algo así como la «explosión de las flores», para usar la bella expresión de Loren Eiseley, que millones de años antes transformó el mundo vegetal. La mujer neolítica tenía tantos motivos para sentirse orgullosa de su contribución como la mujer de la era nuclear los tiene para recelar por el destino de sus hijos y de su mundo.

Si se tuviera alguna duda en cuanto al inicial papel rector de la mujer, podría obtenerse una confirmación en los más antiguos mitos religiosos, pues en ellos su feminidad dominadora manifiesta también atributos extremadamente salvajes, que sugieren que la mujer había adoptado demasiados rasgos del papel masculino. Estos atributos subsisten hoy en la terrible figura de la diosa hindú Kali. Sin lugar a dudas, la más antigua deidad mesopotámica fue Tiamat, la madre primordial de las aguas, tan hostil a sus hijos rebeldes como el clásico patriarca freudiano; en tanto que el culto de Cibeles, la Gran Madre, como amante y feroz señora, dominadora de leones, siguió hasta muy entrados los tiempos históricos en Asia Menor, si bien se la complementó con imágenes más gentiles y maternales, como la de Démeter, madre de las cosechas.

Acaso por ceder este elemento de poderío a dioses más masculinos, la mujer fue capaz de concentrarse en aspectos menos primitivos de su sexualidad, ternura, belleza y deleite erótico: Ishtar, Astarté, Afrodita. Al mismo tiempo, el macho reaccionó excesivamente contra el lado femenino de su propia naturaleza: el nuevo héroe-cazador se envanece de sus proezas masculinas, de sus hazañas musculares, de sus ostentaciones de un coraje animal al despanzurrar fieras mortíferas y aplastar a guerreros rivales; pero, a menudo, volviendo la espalda a la mujer, a fin de mantener su atención más fija en su misión, temeroso de perder su fuerza entre

los brazos de la hembra, como Sansón o como un boxeador de hoy. Así Gilgamesh desdeñó las insinuaciones amorosas de Inanna.

Y, como parte de la misma actitud, bueno es recordar que Enkidu fue vencido al caer en la trampa de tener relaciones íntimas con una prostituta de Uruk; tras lo cual, asqueadas por semejante exhibición de debilidad, las gacelas y las fieras de la estepa huían de él. Tradicionalmente, la virtud específica del cazador-héroe consistía en proezas de audacia y fuerza muscular, como mover enormes rocas, desviar el curso de los ríos y manifestar desdén ante el peligro y la muerte. En su corpulenta figura se produce la primera ampliación general de las dimensiones que tiene lugar con el surgimiento de la ciudad. E igualmente la primera concentración en la proeza física y el poder mecánico como fines en sí mismos.

De modo que la ciudad, si mi interpretación de sus orígenes es justa, fue el principal fruto de la unión entre la cultura neolítica y una cultura paleolítica más arcaica. En el nuevo ambiente protourbano, el macho se convirtió en la figura rectora, y la mujer pasó a ocupar un segundo puesto. Su azadón fue remplazado por el arado, herramienta más eficaz que, tirada por bueyes, podía abrir surcos en el suelo más duro de las tierras bajas. Incluso las diosas femeninas cedieron, hasta cierto punto, ante Osiris y Baco, precisamente en los dominios de la agricultura y las invenciones, donde la mujer había sido más activa. La fuerza de la mujer residió en sus ardides y conjuros peculiares, en los misterios de la menstruación, la cópula y el alumbramiento, en las artes de la vida. Ahora la fuerza del hombre consiste en proezas de agresión y fuerza, en demostrar su capacidad para matar y su propio desdén de la muerte, en superar obstáculos e imponer su voluntad a otros hombres, destruyéndolos si se resisten. ¿No es significativo que, según los egiptólogos, se produjera una mejora en la calidad de las armas afiladas y una disminución en la de los recipientes de piedra y arcilla en el periodo predinástico de Egipto, cuando apare-

cen las primeras pruebas concluyentes de la existencia de guerras, tanto en los túmulos sepulcrales como en las obras de arte?

Como consecuencia de esta unión de las dos culturas, posiblemente tuvo lugar en todos los aspectos la forma más amplia de cruzamiento y mezcla. Esto confirió a la ciudad potencialidades y capacidades que ni el cazador, ni el minero, el ganadero o el campesino habrían sido capaces de explotar, en caso de haber quedado librados a sus solos esfuerzos en su hábitat regional. Allí donde el cultivo con la azada sustentaba caseríos, el cultivo con el arado pudo sostener ciudades y regiones enteras. En tanto que el esfuerzo local solo podía construir pequeños malecones y represas, las obras urbanas cooperativas a gran escala pudieron convertir todo un valle fluvial en una organización unificada de canales y obras de irrigación para la producción de alimentos y el transporte, trasladando hombres, enseres y materias primas según los dictados de la necesidad.

Bien pronto este cambio dejó su huella en todo el paisaje. Más aún, dejó un sello en las relaciones humanas dentro de la comunidad. Los simbolismos y abstracciones masculinos se pusieron de manifiesto: se presentan en la insistente línea recta, el rectángulo, el trazado geométrico bien delimitado, la torre fálica y el obelisco y, por último, en los comienzos de las matemáticas y la astronomía, cuyas eficaces abstracciones se separaron, paulatinamente, de la abigarrada matriz de la mitología. Acaso es un hecho significativo que, en tanto que las ciudades primitivas dan la impresión de ser en gran parte de forma circular, la ciudadela del gobernante y el recinto sagrado están más frecuentemente encerrados en un rectángulo.

En la ciudad, nuevos hábitos, rigurosos, eficaces, a menudo duros y hasta sádicos, pasaron a ocupar el puesto de antiguas costumbres y de una cómoda rutina de ritmo lento. El mismo trabajo quedó aislado de las demás actividades y se canalizó en una «jor-

nada laboral» de faena incesante, bajo la dirección de un capataz: era el primer paso dado en esa «revolución de los gestores» que ha llegado a su apogeo en nuestros días. Lucha, dominación, superioridad y conquista eran los nuevos temas; ya no la protección y la prudencia, la firme adhesión o el aguante pasivo de la aldea. Ni la aldea aislada, ni un millar de aldeas aisladas, podían hacer frente a esta expansión demasiado copiosa del poder: la aldea existía como receptáculo de funciones más limitadas y de intereses más estrictamente maternales y orgánicos. Pero la parte de la cultura aldeana que era capaz de participar en este desarrollo fue trasladada a la ciudad y utilizada sistemáticamente en el nuevo modo de vida.

Pese a todo, los elementos originales de la ciudad no han desaparecido nunca del todo; a decir verdad, cada uno de ellos prosiguió floreciendo por derecho propio, por más que una parte de su existencia pudiera ser absorbida por la ciudad. Así, la aldea se multiplicó y difundió por la tierra entera con más rapidez y más eficacia que la ciudad; y si bien se encuentra ahora al borde del colapso por la urbanización, mantuvo el antiguo estilo de vida popular durante milenios y sobrevivió al continuo ascenso y destrucción de sus rivales más grandes, más ricos y más atrayentes. Como destacó Patrick Geddes, la jactanciosa afirmación de la aldea de Musselburgo tiene una sólida justificación histórica:

> Musselburgo era un burgo
> cuando no había Edimburgo
> y Musselburgo será un burgo
> cuando ya no haya Edimburgo.

También la ciudadela sobrevive. Aunque las formas y funciones del gobierno han cambiado en el curso de los últimos cuatro mil años, la ciudadela ha tenido una existencia ininterrumpida y todavía hoy es visible. Desde el Castel Sant'Angelo al refugio de cemento armado junto al Arco del Almirantazgo en Londres,

desde el Kremlin hasta el Pentágono, y de aquí a nuevos centros subterráneos de control, la ciudadela corresponde todavía tanto a los absolutismos como a las irracionalidades de sus más remotos ejemplares. También el santuario ha conservado una existencia independiente. Algunos de los santuarios más famosos no se convirtieron nunca en grandes ciudades por derecho propio, si bien centros más grandes a menudo les sirven de complemento. En términos religiosos, Londres y Bagdad son secundarias en relación con Canterbury y La Meca; mientras que las ciudades que han formado objetos especiales de peregrinaje, como Santiago de Compostela y Lourdes, no han desarrollado, por lo común, más funciones urbanas que las de atención al santuario. Corroborando lo dicho, cada elemento nuevo de la ciudad ha aparecido inicialmente, por lo común, fuera de sus límites, antes de que la ciudad lo adoptara.

CAPÍTULO II

La cristalización de la ciudad

1. La primera transformación urbana

Teniendo en cuenta sus rituales satisfactorios y sus limitadas capacidades, lo más probable es que un simple aumento en las cifras no bastara para convertir una aldea en ciudad. Este cambio exigía un desafío exterior que apartara a la comunidad, de forma tajante, de los intereses axiales de la nutrición y la reproducción; es decir, un objetivo situado más allá de la mera supervivencia. De hecho, la mayor parte de la población del mundo nunca respondió a este desafío; y, hasta el actual periodo de urbanización, las ciudades solo contenían una pequeña fracción de la humanidad.

La ciudad apareció como un hecho emergente en la comunidad paleoneolítica: emergente en el sentido preciso en que han usado este concepto Lloyd Morgan y William Morton Wheeler. En la evolución emergente, la introducción de un nuevo factor no se limita a aumentar la masa existente sino que produce un cambio global, una nueva configuración que altera sus propiedades. Se hacen visibles entonces, por primera vez, potencialidades que no podrían reconocerse en la fase preemergente, como la posibilidad de desarrollo de vida orgánica a partir de la materia «muerta» relativamente estable e inorgánica. Lo mismo sucede en el caso del salto desde la cultura rural. En el nuevo plano, los antiguos elementos de la aldea fueron conservados e incorporados a la unidad urba-

na; pero, por la acción de nuevos factores, fueron reorganizados en una configuración más compleja e inestable que la de la aldea, aunque en una forma que promovió nuevas transformaciones y evoluciones. La composición humana de la nueva unidad se hizo, asimismo, más compleja; pues, además del cazador, el labriego y el campesino, otros tipos primitivos ingresaron en la ciudad aportando su propia contribución a su existencia: el minero, el leñador y el pescador, que introdujeron así las herramientas, las habilidades y los hábitos de vida constituidos bajo otras presiones. El ingeniero, el barquero y el marino surgieron de este fondo primitivo más generalizado, en uno u otro punto de la sección del valle: de todos estos tipos iniciales, se desarrollarían otros grupos profesionales, como el militar, el banquero, el mercader y el sacerdote. A partir de esta complejidad, la ciudad creó una unidad más elevada.

Esta nueva mezcla urbana dio lugar a una enorme expansión de las capacidades humanas en todas las direcciones. La ciudad efectuó la movilización de la mano de obra, el control de los transportes con largos recorridos, la intensificación de la comunicación a largas distancias en el espacio y el tiempo, un estallido del espíritu inventivo conjuntamente con el desarrollo a gran escala de la ingeniería civil y, lo que no es menos importante, la promoción de un gigantesco desarrollo ulterior de la productividad agrícola.

Esta transformación urbana se vio acompañada, tal vez precedida, por efusiones similares del inconsciente colectivo. En algún momento, según parecería, los dioses familiares y locales, apegados al fuego del hogar, fueron abrumados, en parte remplazados y ciertamente superados en jerarquía por los distantes dioses celestes o telúricos que se identificaban con el sol, la luna, las aguas de la vida, el trueno y el desierto. El jefe local se convirtió en el rey majestuoso y, del mismo modo, se convirtió en el principal guardián sacerdotal del altar, dotado ahora de atributos divinos o poco menos. Ahora se mantendría a la distancia a los vecinos de

la aldea: ya no eran familiares e iguales, sino que habían quedado reducidos a la condición de súbditos, cuyas vidas eran fiscalizadas y dirigidas por funcionarios militares y civiles, por gobernadores, visires, recolectores de impuestos y soldados, quienes eran responsables directos ante el rey.

Hasta los antiguos hábitos y costumbres de las aldeas podían modificarse en obediencia a los mandatos divinos. Al agricultor de la aldea ya no le era suficiente producir bastante para alimentar a su familia o a su aldea: ahora debía trabajar con más ahínco y practicar la frugalidad para mantener una burocracia real y sacerdotal con excedentes más abundantes. Pues los nuevos amos eran ávidos comilones y, sin tapujos, medían su poderío no solo en armas sino en hogazas de pan y cántaros de cerveza. En la nueva sociedad urbana la sabiduría de los ancianos ya no poseía autoridad: fueron los jóvenes de Uruk quienes, contra el consejo de los ancianos, apoyaron a Gilgamesh cuando este propuso que se atacara a Kish, en vez de ceder a las exigencias del señor de dicha ciudad. Aunque las relaciones familiares aún contaban en la sociedad urbana, la capacidad profesional y la audacia juvenil contaban más todavía, si conquistaban el apoyo del rey.

Cuando todo esto sucedió, la arcaica cultura aldeana cedió ante la «civilización» urbana, esa peculiar combinación de creatividad y control, de expresión y represión, de tensión y descarga, cuya manifestación exterior ha sido la ciudad histórica. A partir de sus orígenes, la ciudad puede describirse como una estructura equipada especialmente para almacenar y transmitir los bienes de la civilización, suficientemente condensada para proporcionar la cantidad máxima de facilidades en un espacio mínimo, pero capaz también de un ensanche estructural que le permita encontrar lugar para las nuevas necesidades y las formas más complejas de una sociedad en crecimiento y su legado social acumulativo. La invención de formas como el registro escrito, la biblioteca, el

archivo, la escuela y la universidad, es uno de los primeros y más característicos logros de la ciudad.

Gordon Childe bautizó la transformación que ahora trato de describir con el nombre de revolución urbana. Esta expresión hace justicia al papel activo y de importancia crítica de la ciudad; pero no indica con exactitud el proceso, pues una revolución implica trastrocar las cosas y un movimiento progresivo separado de las instituciones gastadas que se dejan atrás. Con la perspectiva de nuestra época, parece indicar algo semejante al desplazamiento general que tuvo lugar al producirse nuestra revolución industrial, con la misma suerte de énfasis en las actividades económicas. Esto oscurece en vez de aclarar el fenómeno que en realidad se produjo. En lugar de relegar al olvido elementos más primitivos de la cultura, el surgimiento de la ciudad los reunió aumentando su eficacia y su alcance. Hasta el fomento de ocupaciones no agrícolas aumentó la demanda de alimentos y, probablemente, contribuyó a que se multiplicaran las aldeas y a que se ganaran nuevas tierras para los cultivos. En el interior de la ciudad fueron muy pocos los elementos del antiguo orden que en un comienzo se excluyeron; por ejemplo, la misma agricultura en Sumer siguió siendo practicada, a gran escala por aquellos que vivían permanentemente dentro de las nuevas poblaciones amuralladas.

Más bien, con el surgimiento de las ciudades sucedió que muchas funciones que hasta entonces habían estado diseminadas y desorganizadas quedaron reunidas dentro de una superficie limitada y se mantuvo a las partes integrantes de la ciudad en un estado de tensión dinámica e interacción. En esta unión, casi impuesta por el estricto cerco de la muralla de la ciudad, las partes ya bien establecidas de la protociudad —el santuario, la fuente, la aldea, el mercado, la fortaleza— participaron de la ampliación y concentración generales en número, y sufrieron una diferenciación estructural que les dio formas reconocibles en cada una de

las fases subsiguientes de la cultura urbana. La ciudad demostró ser no solo un medio de expresar en términos concretos la exaltación del poder sagrado y secular, sino que, de una manera que iba mucho más allá de la intención consciente, extendió también todas las dimensiones de la vida. Tras comenzar como representación del cosmos, como medio de traer el cielo a la tierra, la ciudad se convirtió en un símbolo de lo posible. La utopía era parte integrante de su constitución original y, precisamente porque se modeló en un comienzo como proyección ideal, trajo a la luz realidades que podrían haber permanecido latentes durante un tiempo indeterminado en pequeñas comunidades regidas con más sobriedad, con aspiraciones más moderadas y renuentes a hacer esfuerzos que trascendieran tanto sus hábitos cotidianos como sus esperanzas mundanas.

Como hemos visto, en este proceso de auge de la ciudad el elemento dinámico no procedía de la aldea. A este respecto, hay que concederles su mérito a los nuevos gobernantes, ya que sus prácticas cinegéticas los habían acostumbrado a un horizonte más amplio del que la cultura aldeana escrutaba habitualmente. Algunos arqueólogos han señalado que existe incluso la posibilidad de que los primeros recolectores de grano, en las mesetas de Oriente Próximo, hayan sido cazadores que juntaban las semillas en sus bolsas de raciones, mucho antes de saber cómo se hacía para plantarlas. La movilidad del explorador, el espíritu de juego y la aceptación de los riesgos, la capacidad para hacer frente a la muerte en sus encuentros con bestias feroces —matar o ser muerto—, todo esto le confería al cazador una preparación especial para ejercer el mando con seguridad. Estos rasgos fueron las bases del dominio de la aristocracia. Enfrentada a las complejidades de la vida de la comunidad a gran escala, la audacia individualista tenía más posibilidades de éxito que las lentas reacciones comunales que fomentaba la aldea agrícola.

En una sociedad enfrentada a gran número de cambios sociales producidos por sus mismos perfeccionamientos mecánicos y agrícolas, que a su vez provocaban graves crisis que reclamaban la pronta adopción de medidas, bajo un mando unificado, resultaba impotente la sabiduría popular acumulada, nacida tiempo atrás de anteriores experiencias en situaciones familiares. Solo el hombre de espíritu aventurero y seguro de sí mismo podía controlar, hasta cierto punto, estas nuevas fuerzas y tener suficiente imaginación como para utilizarlas con fines hasta entonces inconcebibles. Ya no era suficiente la «familiaridad» neolítica. Muchas aldeas, perplejas y anonadadas por los campos anegados o las cosechas arruinadas, debieron de apartarse de sus lentos consejos de ancianos, tan cautelosos, para volverse hacia una sola figura que les hablaba con autoridad y daba órdenes perentorias, como si esperara ser obedecida al instante.

Sintomáticamente, en la epopeya acadia de la creación, según la traducción de E. A. Speiser, Marduk impone la obediencia incondicional como precio por el logro de la victoria sobre el más primitivo Tiamat:

> Reunid la Asamblea, proclamad supremo mi destino.
> [...] Que mi palabra, en vez de la vuestra, determine los destinos.
> Inalterable ha de ser lo que yo traiga a la luz;
> ni revocada ni cambiada ha de ser la orden salida de mis labios.

Sin duda, la imaginación del cazador, no menos que su audacia, estuvieron allí desde un comienzo, desde mucho antes que una y otra se canalizaran políticamente; pues es evidente que hay un sentido estético más imponente en la caverna del cazador paleolítico que en cualquier cerámica o escultura arcaica del Neolítico. Nada comparable con la espléndida sensibilidad estética que hallamos en las cavernas auriñacienses se vuelve a encontrar hasta la época calcolítica. Pero ahora los esfuerzos heroicos, que antes se reservaban principalmente para las cacerías, se aplicaban a todo

el medio físico. Nada proyectado por el espíritu parecía imposible. Aquello que, con el favor de los dioses, un hombre singularmente seguro de sí mismo se atreviera a soñar, una ciudad entera, obediente a su voluntad, podría hacerlo. Ya no solo las fieras serían sometidas: ahora también ríos y montañas, ciénagas y masas de hombres serían atacados colectivamente por mandato del rey y sometidos al orden. Se emprendían ahora esfuerzos agotadores que ninguna comunidad pequeña se impuso, en tanto que la naturaleza había satisfecho sus necesidades habituales: el héroe-cazador, de Gilgamesh a Hércules, dio el ejemplo con sus actos sobrehumanos de fuerza. Al imponerse a arduas tareas físicas cualquier hombre se convertía un poco en héroe, sobrepasando sus propios límites naturales... aunque solo fuera para escapar al látigo del capataz.

La expansión de energías humanas, las ampliaciones del yo humano, acaso por vez primera separado de su envoltura comunal inmediata, la diferenciación de actividades comunes en vocaciones especializadas y la expresión de ese crecimiento y diferenciación en muchos puntos, dentro de la estructura de la ciudad, fueron otros tantos aspectos de una transformación única: el auge de la civilización. No podemos seguir esta transformación en el momento que se produjo, pues, como observa Teilhard de Chardin con respecto a otros cambios evolutivos, las formas que surgen, inestables y fluidas, no dejan huellas tras sí. Pero las cristalizaciones posteriores indican claramente la naturaleza de la evolución precedente.

Para interpretar lo que sucedió en la ciudad es necesario ocuparse por igual de la técnica, la política y la religión, sobre todo del aspecto religioso de la transformación. Si bien en el comienzo todos estos aspectos de la vida estaban inseparablemente mezclados, la religión tomó más tarde el primer puesto y reclamó primacía, posiblemente porque la fantasía inconsciente y las proyecciones subjetivas dominaban todos los aspectos de la realidad, permitiéndole que la naturaleza se hiciese visible tan solo en la

medida en que se la podía bordar en el tejido del deseo y el sueño. Los monumentos y registros que nos han llegado muestran que esta magnificación general del poder fue acompañada por imágenes igualmente exorbitantes, procedentes del inconsciente y trasplantadas a las formas «eternas» del arte.

Como hemos visto, las etapas formativas de este proceso llevaron, tal vez, muchos miles de años; incluso los últimos pasos de la transición entre la población rural neolítica, que era poco más que una aldea crecida en exceso, y la ciudad en pleno desarrollo, el hogar de nuevas formas institucionales, debió de durar siglos y hasta milenios; tanto que muchas instituciones de las que tenemos nítida noticia histórica en otras partes del mundo —como el sacrificio humano ritual— pudieron tener tiempo suficiente tanto para prosperar como para ser extirpadas en Egipto y en Mesopotamia.

El enorme lapso que se extiende entre las primeras fundaciones en el valle del Jordán, si sus dataciones más recientes son exactas, y las de las ciudades sumerias dio tiempo para muchos cambios profundos, aunque no quede constancia escrita de ellos. Pero la erupción final de invenciones que acompañó al nacimiento de la ciudad aconteció probablemente en el plazo de unos pocos siglos, o incluso, como sugiere Frankfort en lo tocante a la monarquía, de unas pocas generaciones. Con bastante seguridad puede afirmarse que tuvo lugar dentro de un periodo de años no mayor que el de los siete siglos trascurridos entre la invención del reloj mecánico y la liberación de la energía atómica.

Conforme a lo que enseñan los registros de que hoy disponemos, el cultivo de cereales, el arado, la rueda de alfarero, el barco de vela, el telar, la metalurgia del cobre, las matemáticas abstractas, la observación astronómica exacta, el calendario, la escritura y otros modos de discurso inteligible en forma permanente, surgieron casi al mismo tiempo hacia el año 3000 a. C., siglo más o

menos. Los vestigios urbanos más antiguos que hoy se conocen, excepción hecha de Jericó, datan de este periodo. Esto constituyó una singular expansión tecnológica del poder humano, cuyo único paralelo es el cambio que ha tenido lugar en nuestra propia época. En ambos casos, hombres súbitamente exaltados se comportaron como dioses; pero con poco sentido de sus humanas limitaciones y debilidades latentes o de sus naturalezas neuróticas y criminales, que a menudo proyectaban libremente en sus divinidades.

Hay, empero, una diferencia sobresaliente entre la primera época urbana y la nuestra, que es una época de una infinidad de adelantos técnicos sin dirección social, sin relación alguna con otro fin que no sea el mismo progreso de la ciencia y la tecnología. Vivimos, de hecho, en un universo inmerso en un estallido de invenciones mecánicas y electrónicas, cuyas partes se alejan con rápido ritmo, cada vez más, de su centro humano y de todo propósito racional y humanamente autónomo. Esta explosión tecnológica ha producido una explosión semejante de la propia ciudad: la ciudad ha estallado esparciendo sus complejos órganos y organizaciones por el paisaje entero. A decir verdad, no solo se ha forzado el receptáculo urbano amurallado; también, en muy buena medida, se lo ha desimantado, y como consecuencia de ello somos testigos de una suerte de degradación del poder urbano que vuelve a un estado de casualidad e imprevisibilidad. En resumen, nuestra civilización está perdiendo el control, anonadada por sus mismos recursos y posibilidades así como por su sobreabundante fecundidad. Estados totalitarios que implacablemente tratan de imponer un control son tan víctimas de sus malos frenos como las economías aparentemente más libres que descienden por el borde de la pendiente y están a merced de sus vehículos sin frenos.

Exactamente lo opuesto sucedió en el caso de la primera gran expansión de la civilización: en vez de una explosión de energías, se produjo más bien una *implosión*. Los múltiples elementos di-

versos de la comunidad esparcidos hasta entonces a lo largo de un gran sistema de valles y a veces por regiones situadas mucho más allá, fueron movilizados y acumulados a presión tras los muros macizos de la ciudad. Hasta las gigantescas fuerzas de la naturaleza fueron sometidas a una dirección humana consciente: decenas de miles de hombres se ponían en acción como una sola máquina bajo un control central y construían acequias, canales, montículos urbanos, zigurats, templos, palacios y pirámides, en una escala hasta entonces inconcebible. Como resultado inmediato de la nueva mitología del poder, la misma máquina había quedado inventada, aunque durante largo tiempo fue aún invisible para los arqueólogos, porque la sustancia de que estaba hecha —los cuerpos humanos— había quedado desmantelada y descompuesta. La ciudad fue el receptáculo que determinó esta implosión y que, a través de su misma forma, mantuvo unidas las nuevas fuerzas, intensificó sus reacciones internas y elevó en conjunto el nivel de realizaciones.

Esta implosión ocurrió en el mismo momento en que la zona de intercambio se extendía considerablemente, a través de incursiones y trueques, de capturas y expropiaciones, de migraciones y esclavizaciones, de recolección de impuestos y una conscripción al por mayor de la mano de obra. Bajo la presión de una institución rectora, la monarquía, una multitud de diversas partículas sociales, largo tiempo separadas y centradas en sí mismas, cuando no mutuamente antagónicas, fue reunida en una zona urbana concentrada. Como ocurre con un gas, la misma presión de las moléculas dentro de ese espacio limitado produjo más colisiones e interacciones sociales en el lapso de una generación que las que se habrían producido en muchos siglos, si hubieran permanecido aisladas en el hábitat aborigen, sin límites. O, para decirlo con términos más orgánicos, las pequeñas células aldeanas comunales, indiferenciadas y simples, cada una de las cuales cumplía por igual cada función, se convirtieron en estructuras complejas orga-

nizadas de acuerdo con un principio axial, con tejidos diferenciados y órganos especializados, y con una parte, el sistema nervioso central, que pensaba por el conjunto y lo dirigía.

¿Qué hizo posible esta concentración y movilización de energía? ¿Qué le dio la forma especial que adoptó en la ciudad, con un núcleo religioso y político central, la ciudadela, que dominaba la estructura social entera y daba dirección centralizada a actividades que antes habían estado dispersas y sin dirección o, por lo menos, autogobernadas localmente? Lo que voy a sugerir ahora como desarrollo clave ya ha sido presagiado, en una etapa mucho más primitiva, por la evidente evolución del cazador protector hacia el jefe recolector de tributos; una figura que se observa reiteradamente, en evoluciones semejantes, en muchos ciclos posteriores de la civilización. Súbitamente, esta figura asumió proporciones sobrehumanas: todos sus poderes y prerrogativas aumentaron de una manera enorme, mientras que los de sus súbditos, quienes ya no poseían una voluntad propia ni podían aspirar a vida alguna aparte de la de su señor, disminuían correlativamente.

Ahora bien, por mi parte casi no me atrevería a formular esta explicación si uno de los más brillantes arqueólogos modernos, el difunto Henri Frankfort, no hubiera proporcionado la mayor parte de los datos necesarios y atisbado inconscientemente, cuando no previsto, esta conclusión. Lo que quiero sugerir es que el factor más importante que intervino en el paso de una economía rural descentralizada a una economía urbana altamente organizada fue el rey o, mejor dicho, la institución de la realeza. La industrialización y la comercialización que en la actualidad asociamos con el crecimiento urbano fue, durante siglos, un fenómeno subordinado, que tal vez apareció incluso en época posterior: la propia palabra mercader no aparece en la escritura mesopotámica hasta el segundo milenio, «cuando sirve para designar al funcionario de un templo que goza del privilegio de comerciar con el exterior».

Yendo más allá de Frankfort, sugiero que uno de los atributos del antiguo dios egipcio Ptah, como revela un documento procedente del tercer milenio antes de Cristo —*el que fundó ciudades*—, es la creación específica y poco menos que universal de los reyes. La misma dependencia de la ciudad y todas sus funciones del poder divino y el control unificado se encuentra afortunadamente registrada en un antiguo himno de Nippur, traducido por el doctor Samuel Noah Kramer. Sin el dios Enlil, nos dice el himno, «no sé construirían ciudades, no se fundarían poblaciones, no podría elevarse a ningún rey ni nacer ningún gran sacerdote [...]. Los trabajadores no tendrían fiscalizador ni capataz». En la implosión urbana, el rey está en el centro: es el imán que atrae al corazón de la ciudad y pone bajo control del palacio y el templo todas las nuevas fuerzas de la civilización. A veces el rey fundaba nuevas ciudades; a veces transformaba viejas poblaciones rurales que, desde mucho tiempo atrás, estaban edificándose, colocándolas bajo la autoridad de sus gobernadores; tanto en un caso como en el otro, su mandato introducía cambios decisivos en su forma y contenido.

2. La primera implosión urbana

Esta gran transformación urbana tuvo lugar al margen de la historia escrita. En la creación final de la ciudad, la «pequeña ciudad», la ciudadela, descollaba por encima de la aldea y arrollaba los humildes usos de la aldea. La simple ampliación de una u otra de sus partes no podría haber convertido a la aldea en la nueva imagen urbana, pues la ciudad constituía un nuevo mundo simbólico, que no solo representaba a un pueblo sino a un cosmos entero y a sus dioses. A través de la ciudad, el hombre y la naturaleza coincidieron en una nueva unidad: a medida que los hombres se volvían más poderosos mediante la cooperación en el dominio de

las fuerzas naturales, la propia naturaleza se tornaba más atenta, más sometida a la marca y el designio del hombre.

También en este caso lo que ocurrió es anterior al registro escrito; pero, si es válida la anterior interpretación de la relación del cazador-jefe con las comunidades próximas, ¿la ciudadela no fue acaso, en su origen, principalmente, un lugar defensivo de refugio para el aldeano amenazado por «nómadas invasores»? Una vez que la guerra pasó a ser una institución establecida, no cabe duda de que la fortaleza desempeñó cada vez más esta función. Pero el hecho de que las ciudadelas estén rodeadas por murallas, incluso cuando no lo están las ciudades, no da necesariamente a sus funciones militares primacía en el tiempo; pues la primera función de la muralla puede haber sido religiosa: la de definir los límites sagrados del *temenos* y mantener a raya a malos espíritus en vez de enemigos humanos.

En la medida que tenía una función casi militar, la ciudadela primitiva era, más bien, un lugar de depósito, donde el botín del jefe, consistente principalmente en grano y tal vez también en mujeres, estaría protegido de las depredaciones puramente locales; es decir, protegido de ataques lanzados por los aldeanos resentidos. El que controlaba el excedente agrícola anual ejercía poderes de vida y muerte sobre sus vecinos. Esa creación artificial de escasez en medio de una creciente abundancia natural fue uno de los primeros triunfos característicos de la nueva economía de la explotación civilizada, una economía hondamente opuesta a las costumbres de la aldea.

Pero tan tosco sistema de control tenía limitaciones inherentes. El mero poder físico, aunque esté respaldado por el terrorismo sistemático, no produce un suave movimiento de circulación de los artículos de consumo hacia un punto de acumulación y menos aún una máxima dedicación comunal a la empresa productora. Tarde o temprano, todo Estado totalitario, desde la Roma imperial

hasta la Unión Soviética, descubre este hecho. Para lograr la obediencia voluntaria, sin un innecesario desgaste por la constante vigilancia policial, el órgano rector debe crear una apariencia de beneficencia y ayuda, suficiente como para despertar cierto grado de afecto, confianza y lealtad.

Es muy posible que la religión desempeñara un papel fundamental en la realización de este cambio. Sin la ayuda de la casta sacerdotal ascendente, quizás el jefe cazador nunca habría alcanzado los poderes más amplios y la autoridad cósmica que acompañaron su elevación a la realeza y extendieron su esfera de control. Al respecto, el curso natural de desarrollo, en una dirección que permite una sencilla interpretación económica, fue acentuado por un desarrollo sobrenatural que modificó el contenido y el significado mismo del proceso entero. Tanto el poder sagrado como el poder temporal se inflaron al absorber las nuevas invenciones de la civilización; y la misma necesidad de un control inteligente en cada porción del medio ambiente confirió más autoridad a quienes se consagraban a la inteligencia o al control, al sacerdote o al monarca, a menudo unidos en un solo oficio.

Así, lo que la fuerza bruta no podía conseguir por sí sola, lo que la magia y el ritual tampoco podían lograr por sí solos, fueron de consuno capaces de llevarlo a cabo en el interior de la ciudad en desarrollo, mediante comprensión recíproca y acción conjunta en una escala que nunca antes habría podido concebirse. Los humildes cimientos de la aldea habían estado en la tierra; pero la ciudad invirtió los valores de la aldea y trastrocó el universo del campesino, pues situó las bases en los cielos. Ahora todos los ojos se volvían hacia el firmamento. La fe en lo eterno y lo infinito, la omnisciencia y la omnipotencia consiguieron, en el trascurso de los milenios, exaltar las posibilidades mismas de la existencia humana. Los que hicieron la mayor parte de la ciudad no lamentaban las limitaciones animales de la existencia humana: trataban

deliberadamente, mediante un acto de concentración de la voluntad, de superarlas.

En qué momento sucedió todo esto, nadie puede decirlo: no hay duda de que hubo muchas uniones parciales o efímeras entre la ciudadela y el santuario, antes de que se convirtieran en una sola cosa. Pero es significativo que, según Childe, «los santuarios ocuparan el puesto central en las aldeas protoalfabetas de Mesopotamia». En un momento dado, el santuario debió de trasladarse a la ciudadela, o bien sus límites sagrados debieron de trazarse alrededor de la ciudadela, convirtiéndola asimismo en un recinto sagrado e inviolable.

Ciertamente, cuando el pico del arqueólogo saca a luz una ciudad identificable como tal, se encuentra un recinto amurallado, una ciudadela, construida con materiales duraderos, aunque el resto de la población carezca de muro o de estructuras permanentes. Esto es válido desde Uruk hasta Harappa: en el interior del recinto el arqueólogo halla por lo regular tres grandes edificios de piedra o de ladrillo cocido, edificios cuya misma magnitud los distancia de las otras estructuras de la ciudad: el palacio, el granero y el templo. La misma ciudadela tiene muchos rasgos del recinto sagrado: es llamativo que la altura y el espesor exagerados de los muros en las ciudades más antiguas, que rivalizan incluso con la Khorsabad del siglo VIII a. C., no guarden proporción alguna con los medios militares que existían entonces para asaltarlas. Solo por sus dioses se esfuerzan los hombres de un modo tan extravagante. Pero lo que al principio estuvo destinado a asegurarse los favores del dios, acaso recompensó luego, en la práctica, como una protección militar más eficaz. Probablemente, el propósito simbólico precedió a la función militar. A este respecto estoy de acuerdo con Mircea Eliade.

En la época en que esta alianza entre los órganos políticos, económicos y religiosos se gestaba, muchas distinciones ulterio-

res no estaban todavía en claro. Cabe suponer un considerable periodo antes de que la monarquía alcanzara sus dimensiones finales, infladas. En el comienzo, jefe, médico brujo, mago, profeta, astrónomo, anciano y sacerdote no eran funcionarios separados ni constituían castas diferentes: las funciones se superponían y la misma persona se encontraba cómoda en distintos papeles. Hasta en tiempos históricos relativamente recientes, los reyes han asumido de buena gana la dirección de iglesias nacionales, del mismo modo que los obispos cristianos y los papas han gobernado ciudades y comandado ejércitos. Pero en algún momento tuvo lugar una gran elevación del monarca y el sacerdote: aparentemente, con anterioridad al año 3000 a. C., cuando se produjo una expansión análoga de poderes humanos en muchos otros dominios. Con esto apareció la diferenciación profesional y la especialización en todos los ámbitos. La ciudad arcaica, en lo que tiene de diferente de la comunidad aldeana, es una sociedad regida por el sistema de castas, organizada para satisfacción de una minoría dominante: no se trata ya de una comunidad de familias humildes que viven mediante la ayuda mutua.

A esas alturas, el poder real reclamó y recibió una sanción sobrenatural: el rey se convirtió en un mediador entre el cielo y la tierra, encarnando en su propia persona la vida y el ser enteros de la tierra y de su gente. A veces el rey sería nombrado por la casta sacerdotal; pero, incluso si se trataba de un usurpador, necesitaba algún signo de favor celestial, a fin de gobernar con éxito, por derecho divino. La antigua lista de reyes de Sumer señala que la realeza «descendió de los cielos». A los cinco reyes nombrados por la deidad se les dieron cinco ciudades «en lugares puros», todos los cuales fueron designados centros de culto: Eridu, Badtbira, Larak, Sippar y Shuruppak.

¿Acaso no indica esto una fusión del poder secular y el sagrado, y no fue este proceso de fusión lo que, como en una reac-

ción nuclear, produjo esa explosión de energía humana que es inexplicable de otro modo? Los datos de que disponemos parecen indicarlo. Cuando Kish fue derrotada en acción bélica, esta misma lista de reyes nos cuenta que la realeza fue trasladada al recinto sagrado de Uruk, donde el nuevo monarca, hijo del dios solar Utu, se convirtió en sumo sacerdote al igual que en rey. Por mi parte, sugiero que de esta unión salieron las fuerzas que unieron todas las partes incoadas de la ciudad y les otorgaron una forma nueva, mucho más visible y más asombrosa que todas las demás obras del hombre. Producido este engrandecimiento, los señores de la ciudadela ya no se limitaron a regir los destinos de la ciudad sino que concretamente impusieron el nuevo molde de la civilización, que reunía la máxima diferenciación social y profesional que fuera compatible con los cada vez más vastos procesos de unificación e integración. La realeza amplió las funciones del sacerdocio y le confirió a la casta sacerdotal un puesto directivo en la comunidad, que se hizo visible en los grandes templos, que solo los reyes podían tener recursos suficientes para edificar. Esta casta sacerdotal medía el tiempo, delimitaba el espacio y predecía los acontecimientos de cada estación. Quienes habían dominado el tiempo y el espacio podían controlar grandes masas de hombres.

De este modo, no solo surgió la casta de los sacerdotes sino una misma clase intelectual, integrada por escribas, médicos, magos y adivinos, así como por «los funcionarios de palacio que moran en la ciudad y han jurado por los dioses», según la cita de una carta que hace Georges Contenau. A cambio de su apoyo, los primeros reyes dieron a estos representantes del «poder espiritual» ocio, seguridad, posición social y viviendas colectivas de gran magnificencia. Al ayudar a convertir un mero santuario en un vasto templo, ellos también dotaron al templo de amplias bases económicas: el trabajo obligatorio de una comunidad entera. Acaso no sea accidental que las más antiguas tabletas encontradas en Erech sean

informes destinados a facilitar la organización del templo como taller y depósito.

¿Fue la construcción del templo, con todos los vastos recursos físicos que ahora dominaba la comunidad, ese acontecimiento crítico que reunió a los jefes sagrados y seculares? Sin duda, la aprobación de los sacerdotes y los dioses era tan necesaria para el ejercicio del poder del rey como su dominio de las armas, y hacía falta su implacable sojuzgamiento de grandes fuerzas para realzar las propias.

La erección de un gran templo, en sí mismo imponente tanto arquitectónica como simbólicamente, selló esta unión. Este vínculo era de tanta importancia para la realeza que, como ha señalado E. A. Speiser, los posteriores gobernantes de Mesopotamia se jactaban de haber reconstruido un templo en Asur, después de pasados muchos siglos. Asurbanipal llegó a recapturar la imagen de la diosa Nan, que había sido llevada de Uruk a Susa, al menos 1.635 años antes. ¿Acaso no sugiere esto que la reconstrucción y restauración del templo antiguo no fue un mero acto formalista de piedad sino un necesario establecimiento de continuidad legal y, a decir verdad, la revalidación del «pacto» original entre el santuario y el palacio? Pues este pacto hipotético, como hemos visto, transformó al jefe local en un emblema colosal de poder tanto sagrado como secular, en un proceso que liberó energías sociales latentes en la comunidad entera. La magnitud misma del nuevo templo, con sus decorados y adornos extravagantes, daría testimonio de los poderes tanto del dios como del rey.

3. Angustia, sacrificio y agresión

El desarrollo histórico de la monarquía parece haber ido acompañado por un tránsito colectivo de los ritos de la fertilidad al culto

más vasto del poder físico. Este desplazamiento nunca fue total, pues Osiris, Baco y Cibeles subsistieron y hasta reclamaron su antigua posición. Pero, en las puertas de la civilización, determinó un cambio de perspectiva, acompañado por una paulatina pérdida de la comprensión de las necesidades de la vida y una crasa y excesiva valoración del papel de las proezas físicas y el control organizado como factores determinantes de la vida comunal; no solo en una crisis sino en la rutina diaria. Respaldada por la fuerza militar, la palabra del monarca era ley. El poder de mandar, de incautarse de los bienes, de matar, de destruir: todos estos eran, y han seguido siendo, «poderes soberanos». Así, una estructura psíquica paranoide fue conservada y transmitida por la ciudad amurallada: la expresión colectiva de una personalidad dotada de una coraza demasiado pesada.

A medida que los medios físicos aumentaban, esta mitología unilateral del poder, estéril y, a decir verdad, hostil a la vida, se abrió camino por todos los rincones del escenario urbano, hallando, en la «nueva» institución de la guerra organizada, su expresión más cabal.

Para entender la naturaleza de esta regresión, que dejó una huella inconfundible en la estructura de la ciudad, es necesario internarse más en los orígenes de la realeza. En este punto, tanto Hocart como Frankfort han reunido muchos datos esparcidos que tienen, en mi opinión, relación con la naturaleza de la ciudad. A la zaga de sir James Frazer, Hocart destaca que en todas partes del mundo se hallan pruebas de ritos totémicos, con fórmulas casi idénticas, destinados a asegurarse la abundancia de alimentos. Estos ritos indican la existencia de un culto de la fertilidad que puede ser aún más antiguo que la práctica de la agricultura. Por doquier, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, el nacimiento y la muerte de la vegetación eran asociados con el nacimiento y la muerte del dios del grano, el señor de las artes humanas del

sembrado y la plantación. Con la realeza, las dos figuras, el dios y el rey, se tornaron prácticamente intercambiables, pues, al asumir poderes divinos, el gobernante mismo personificó las fuerzas penetrantes de la naturaleza al mismo tiempo que personificaba su propia comunidad específica, y aceptó la responsabilidad en lo tocante a su existencia biológica y cultural.

Ahora bien, con el crecimiento de la población bajo la agricultura neolítica, la comunidad protourbana se tornó cada vez más dependiente de fuerzas naturales que quedaban fuera de su control: una inundación o una invasión de langostas podían causar abundantes sufrimientos o muertes en estos centros urbanos iniciales que eran demasiado grandes para que resultara posible evacuarlos fácilmente o proporcionarles alimentos desde lugares distantes. Cuanto más complejo e interdependiente sea el proceso de asociación urbana, mayor será el bienestar material pero, asimismo, mayor también la expectativa de bienestar material y menor la posibilidad de que la gente acepte su interrupción, por lo cual tanto más difundida resultará la angustia con respecto a su posible desaparición.

Para movilizar estas nuevas fuerzas y ponerlas bajo control, el rey se atribuía extraordinarios poderes sagrados; no solo encarnaba a la comunidad sino que, por sus mismas prerrogativas, tenía su destino entre sus manos. Esto trasladó el motivo para el estado de angustia colectiva. Miles de años después de la primera implosión urbana, el nombre del faraón egipcio no podía pronunciarse sin introducir la plegaria: «¡Vida! ¡Prosperidad! ¡Salud!». Conjuntamente con toda esta evolución se desarrolló, al parecer, una conciencia intensificada de las ventajas de la vida o, por lo menos, de las ventajas de prolongarla y evitar la muerte. El hombre urbano buscaba el modo de controlar acontecimientos naturales que sus precursores más primitivos solieron aceptar con muda resignación.

¿Pagó la realeza por este aumento exorbitante de poder mágico? Aquí y allá se encuentran pruebas, demasiado antiguas y demasiado difundidas como para que se las pase por alto completamente, de que los ritos de fertilidad destinados a asegurar el éxito de las cosechas se consumaban mediante sacrificios humanos. En épocas de crisis, a través de la escasez y la inanición, resultaría perentoria la necesidad de ganarse la voluntad de los dioses. Es muy posible que la víctima original del sacrificio fuera el miembro más valioso de la comunidad, el propio dios-rey. Al infligir voluntariamente la muerte, la magia primitiva trataba de evitar la cólera divina y de retomar el control sobre las fuerzas de la vida.

Por desgracia, las culturas urbanas ya estaban demasiado desarrolladas cuando se inventó la escritura, de modo que no queda registro alguno de las primeras etapas de sacrificio humano de la realeza, si bien la matanza religiosa de niños, cautivos y animales se prolongó significativamente a través de la mayor parte de la historia antigua. Solo el babilonio Berosio (siglo III a. C.) ha dejado una relación de los festivales de Año Nuevo, donde indica que, durante largo tiempo, se mantuvo la costumbre de escoger un sustituto del rey, quien, de no ser así, habría sido sacrificado junto con el año agonizante para asegurar el nacimiento de la nueva vegetación en el año venidero.

Frazer destaca irónicamente que la costumbre de sacrificar al rey para asegurar la prosperidad de la comunidad disminuía algo el atractivo de ese noble oficio. En cuanto la destreza y la inteligencia del jefe para la organización se hicieron tan importantes como sus funciones mágicas, despuntó un método más racional: la selección de un «suplente», quien, en primer término, sería identificado con el rey, pues se le trataría con todos los honores y privilegios de la realeza, con el objeto final de ser muerto en su lugar en el altar.

Si tales costumbres prevalecieron alguna vez en Egipto y en Mesopotamia, existieron en una época demasiado distante para

que hayan dejado huellas directas. Se debe admitir que esto constituye un considerable hiato: pues solo en puntos aislados puede vincularse directamente la guerra con el sacrificio humano ritual. Con todo, esos mismos puntos resultan significativos, pues en las pruebas inconfundibles que extraemos de los aztecas también tenemos el testimonio de una comunidad que se hallaba aproximadamente en el mismo nivel general de desarrollo que encontramos en los más arcaicos centros urbanos. Entre los aztecas, la necesidad de víctimas rituales —que llegaban a las veinte mil en un solo año— era la causa principal de las feroces guerras que iniciaba este pueblo.

Como ocurre en el caso de muchas otras instituciones, tanto la guerra como los sacrificios humanos tuvieron, quizá, más de un punto de origen; y tal vez solo en un número limitado de lugares fue causal la relación entre ellos. Es posible que las invasiones para hacer cautivos que habrían de destinarse a la esclavitud fuera, en lugar del sacrificio, una causa independiente de guerras. Las incursiones sumerias por las montañas, en pos de madera y mineral, probablemente dejaban también su saldo de cautivos útiles: es sugerente que el signo sumerio correspondiente a esclavo sea «mujer de la montaña». En un principio, estas incursiones y partidas eran demasiado unilaterales para llamarlas guerra o comercio, puesto que para la lucha hacen falta contrincantes, y hasta que los montañeses aumentaron en número y perfeccionaron sus armas no fueron rivales para los «ejércitos» egipcios ni para los mesopotámicos. Pero, al final, las represalias y las hostilidades bilaterales, amargas y despiadadas, se hicieron poco menos que inevitables; y el dominio de la guerra se extendió sin interrupción. Durante el siglo XIX, los traficantes árabes de esclavos que hacían incursiones en el corazón de África dieron lugar a un ciclo similar de violencia.

Si la ciudad no hubiera servido como centro local para la agresión organizada, no habría sido necesario que la búsqueda

de víctimas para los sacrificios fuera más allá de los límites relativamente inocentes que aún eran visibles hasta el siglo XIX en muchas comunidades tribales primitivas, esto es, como un esfuerzo tortuoso pero selectivo para obtener de otra comunidad unos cuantos cautivos simbólicos. Esta costumbre fue interpretada erróneamente por los misioneros e incluso por los antropólogos; y los historiadores de la ciudad, como Henri Pirenne, dieron por sentado que «la guerra es tan antigua como la humanidad», sin preocuparse nunca por examinar cuidadosamente los datos concretos o por indagar el fundamento de sus propias y gratuitas convicciones. Pero el objeto de los primitivos intercambios de golpes entre hombres armados no era la matanza de una multitud de personas o el saqueo y la devastación de su aldea, sino, por el contrario, la selección de unos pocos cautivos vivos destinados al sacrificio ritual y a su eventual ingestión en un festín caníbal, que, en sí mismo, constituía un rito mágico-religioso.

Una vez que se constituyó la ciudad, con su incremento colectivo de poder en todas las esferas, toda esta situación experimentó un cambio. En vez de las incursiones en busca de víctimas aisladas se impusieron el exterminio y la destrucción en masa. Lo que antes había sido un sacrificio mágico destinado a asegurar fertilidad y cosechas abundantes, un acto irracional que tenía por finalidad promover un objetivo racional, se convirtió en la ostentación de poder de una comunidad, bajo las órdenes de su dios iracundo y su rey-sacerdote, a fin de controlar, someter o exterminar por completo otra comunidad. En gran parte estas agresiones no eran provocadas, y el agresor no las justificaba moralmente; si bien ya en la época en que los registros históricos se hacen claros la guerra adquiriría cierto matiz económico, a causa de las tensiones políticas provocadas por controversia de límites o derechos sobre las aguas. Pero tanto en los tiempos más remotos como en nuestros propios días, las consiguientes pérdidas humanas y

económicas serían absolutamente desproporcionadas en relación con las ganancias tangibles por las que se combatía. La institución urbana de la guerra tenía, así, sus raíces en la magia de una sociedad primitiva: un sueño pueril que, con el ulterior desarrollo del poder mecánico, se convirtió en pesadilla de adultos. Este trauma de la infancia ha subsistido y torcido el desarrollo de todas las sociedades venideras, sin excluir por cierto a la nuestra.

Si hiciera falta algo para hacer plausibles los orígenes mágicos de la guerra, estaría el hecho de que esta, hasta cuando se la disfraza con motivaciones económicas aparentemente solidísimas, infaliblemente se convierte en una acción religiosa; nada menos que en un sacrificio ritual en masa. Como agente central en este sacrificio, el rey, desde los comienzos mismos, tuvo que desempeñar un oficio. Acumular poder, conservarlo y expresarlo mediante actos deliberados de destrucción criminal: he aquí lo que llegó a constituir la obsesión constante de la realeza. Al hacer ostentación de semejante poder, el monarca no podía proceder mal. En virtud del mismo acto guerrero, el rey victorioso demostraba las máximas posibilidades del control real e invocaba el apoyo divino para el futuro, mediante la siembra masiva de muerte. Como nos recuerda Isaías, tal es la carga de Egipto, de Babilonia y de Tiro.

Así, en virtud de un curioso acto de inversión, una ceremonia que comenzó con la invocación de una vida más abundante llegó a convertirse en su extremo opuesto: instigó el control militar centralizado, el latrocinio sistemático y el parasitismo económico, instituciones todas que han actuado contra los aspectos generadores de vida en la civilización urbana y que, finalmente, han llevado a la ruina a una ciudad tras otra. Esto constituyó una ambivalencia final, una última contradicción: pues las muchas ganancias obtenidas mediante las asociaciones más amplias y las colaboraciones laboriosas de la ciudad se vieron debidamente contrapesadas por esa actividad económica negativa que es la guerra. Este desorden

cíclico estaba incrustado en la constitución misma de la ciudad antigua.

Pero ha de concederse lo siguiente: no bien la guerra pasó a ser una de las razones de la existencia de la ciudad, la riqueza y el poder mismos de esta última la convirtieron en un blanco natural. La presencia de prósperas urbes le dio a la agresión colectiva un objeto visible que antes nunca se ofreció a la vista: la misma ciudad, con su acumulación cada vez mayor de herramientas y equipo mecánico, sus montones de oro, plata y joyas, atesorados en los palacios y los templos, sus graneros y almacenes repletos y, tal vez, también, su excedente de mujeres. Si la guerra se había originado en partidas de incursores enviados por la ciudad, la existencia de una nueva casta profesional, los guerreros armados, puede haber apartado cada vez más esas incursiones de las fuentes de materias primas, orientándolas hacia los lugares donde se encontraban almacenados en mayores cantidades los productos terminados. Las ciudades que en un comienzo exigían tributos de las poblaciones más primitivas aprendieron ahora a saquearse mutuamente.

En el ínterin, en cuanto la guerra quedó establecida e institucionalizada del todo, se extendería naturalmente más allá de sus centros urbanos originales. Los pueblos primitivos, otrora de disposición pacífica o, a lo sumo, conformes con expresar su ansiedad y agresividad mediante sacrificios humanos aislados, imitarían las nuevas técnicas y harían uso con más audacia de las nuevas armas: tanto más cuanto que la invasión, el pillaje y la esclavización realizadas por expediciones urbanas movían al grupo más primitivo a vengarse. Al igual que la monarquía y que la ciudad misma, la guerra adquirió difusión universal y fue practicada por pueblos que «no sabían de realeza», como los invasores de Acad, un siglo después de Sargón. Bajo la égida de la ciudad, la violencia pasó a ser cosa normal y se difundió mucho más allá de los centros donde se habían instituido inicialmente las grandes

cacerías de hombres y las orgías rituales. En el curso de la mayor parte de la historia, la esclavitud, el trabajo forzado y la destrucción han acompañado —y castigado— el crecimiento de la civilización urbana.

Por mucho que siempre faltara una prueba más o menos satisfactoria del primitivo vínculo entre la monarquía, el sacrificio, la guerra y el desarrollo urbano, he conseguido unir un número suficiente de fragmentos consistentes como para arrojar serias dudas sobre las hipótesis de una beligerancia heredada biológicamente o de un «pecado original» como causa suficiente para generar la compleja institución histórica de la guerra. Pero aquí, más que en ninguna otra parte, la teoría de la selección natural ha funcionado con exactitud clásica, pues, en el curso de cinco o seis mil años, muchos de los linajes más suaves, gentiles y dispuestos a la colaboración han sido exterminados, o por lo menos tendieron a renunciar a la procreación, en tanto que los tipos más agresivos y belicosos sobrevivían y prosperaban en los centros de civilización. Los éxitos periféricos de la cultura urbana reforzaron su fracaso central, es decir, su adhesión a la guerra como elixir del poder soberano y como remedio más eficaz contra el descontento popular ante ese poder.

Los historiadores, con excesiva soltura, han atribuido la guerra al pasado salvaje del hombre y la han concebido como incursión de supuestos nómadas primitivos, «los que nada tienen» contra centros normalmente «pacíficos» de industria y comercio. Nada más distante de la verdad histórica. La guerra y la dominación, en vez de la paz y la cooperación, se inscribían en la estructura original de la ciudad antigua. No cabe duda de que la sobreabundancia urbana tentaría a las poblaciones más pobres, ya que cada ciudad debió de parecer una presa fácil a los rápidos invasores que irrumpían de las mesetas o las estepas; pero los mismos medios que les permitieron moverse velozmente, con caballos y embarca-

ciones, solo aparecieron después de la fundación de la ciudad. Las instalaciones de tipo urbano más primitivas de Sumer están tan próximas unas de otras que también ellas pueden fácilmente ser fechadas antes de la guerra organizada. En tiempos posteriores, los nómadas podrían apoderarse efectivamente, como en el caso de los reyes pastores hicsos, de un país entero. Pero una vez institucionalizada la guerra, el principal enemigo de la ciudad fue otra ciudad, con otro dios que aspirase a iguales poderes.

No debemos olvidar que con la expansión general del poder también aumentó la capacidad para dar muerte, y la ostentación de poderío militar pasó a ser uno de los atributos más importantes de la realeza. Con sus murallas reforzadas, sus fortalezas y fosos, la ciudad se erguía como una muestra descollante de capacidad de agresión, siempre amenazante, que alcanzaba concentraciones letales de odio vengador y de no cooperación en las proclamas de los reyes. Tanto como sus equivalentes mesopotámicos, los monarcas egipcios se jactaban en sus monumentos y tablillas de sus proezas personales al mutilar, torturar y matar con sus propias manos a sus principales cautivos. Hacían en persona lo que otros paranoicos más enfermos, como Hitler, llevaban a cabo a través de sus agentes. Bajo esta guía, la divinidad urbana local oponía sus potencias mágicas a toda divinidad extranjera amenazadora: el templo se convirtió por igual en el punto de partida y el objetivo de la acción agresiva. Así, incitados por exorbitantes fantasías religiosas, masas cada vez mayores, armadas cada vez con más eficacia para el asedio y el asalto, se vieron arrastradas a los rituales insensatos de la guerra.

En esta evolución, la ciudad actuó con una nueva capacidad: con el dominio del rey sobre toda su mano de obra, la ciudad se convirtió, por así decirlo, en un ejército movilizado permanentemente que se tenía en la reserva. Esta fuerza de masas congregadas le dio a la ciudad, por sí sola, una superioridad sobre las

aldeas de escasa población y muy alejadas entre sí, y actuó como incentivo que fomentó tanto el desarrollo de la superficie interna como el número de pobladores. Para hacer frente a este desafío, es posible que las aldeas aborígenes se reunieran a menudo en unidades urbanas mayores, del mismo modo que, posteriormente, los focenses congregaron sus poblaciones en una sola ciudad, Megalópolis, con objeto de resistir la amenaza de conquista por parte de los lacedemonios.

Al concentrarse la atención en la guerra como el supremo «deporte de los reyes», una porción cada vez mayor de los nuevos recursos de la ciudad para la producción industrial se invirtió en la manufactura de nuevas armas, como el carro de guerra, propio de la Edad de Bronce, y el ariete. La misma existencia de una reserva de fuerza militar, constituida por hombres que ya no eran necesarios para la agricultora, fomentó las fantasías de violencia absoluta entre las clases dominantes, fantasías como las que hemos visto brotar una vez más en nuestra propia época, incluso entre espíritus teóricamente racionales, formados en las ciencias exactas. Cada ciudad se tornó un depósito de fuerza insolente e indiferente ante esos medios humanitarios de conciliación e intercambio que la misma ciudad, con otro ángulo, antes había promovido.

Así, tanto la forma física como la vida institucional de la ciudad fueron plasmadas en no poca medida, desde el comienzo mismo de la implosión urbana, por los propósitos irracionales y mágicos de la guerra. De esta fuente surgió el complejo sistema de fortificaciones, con murallas, almenas, torres, canales y zanjas que siguió caracterizando las principales ciudades históricas, aparte de ciertos casos especiales —que aparecieron, por ejemplo, durante la *Pax Romana*—, hasta el siglo XVIII. A su vez, la estructura física de la ciudad perpetuó el espíritu, el aislamiento y la autoafirmación que favorecieron el desarrollo de la nueva institución.

Pero, más aún, la guerra prohijó normas de regimentación, militarización y aceptación forzosa. La guerra puso una concentración de liderazgo social y poder político en las manos de una minoría que esgrimía las armas, con la complicidad de una casta sacerdotal que ejercía poderes sagrados y poseía un conocimiento científico y mágico, secreto pero valioso. Que la sociedad civilizada no haya superado todavía la guerra, como ha superado en cambio otras manifestaciones menos respetables aún de magia primitiva, como el sacrificio de niños y el canibalismo, en parte se debe a que la propia ciudad, por su estructura y sus instituciones, ha seguido dando a la guerra tanto una forma concreta duradera como un pretexto mágico para su existencia. Por debajo de todos los perfeccionamientos técnicos de la guerra se encuentra una fe irracional, todavía profundamente arraigada en el inconsciente colectivo: que solo puede salvarse la comunidad mediante el sacrificio humano a gran escala.

Si la guerra no tiene una base suficiente en alguna feroz pugnacidad ancestral, debemos buscar sus orígenes en una dirección completamente diferente. Para dar con un paralelo de la guerra debemos mirar hacia el reino animal, a saber, hacia las perversiones y fijaciones de un tipo de sociedad mucho más rudimentaria, como la termitera y el hormiguero. Está claro que en el reino animal se encuentran por igual combatividad y ataque con la intención de matar, pero la primera es casi exclusivamente sexual, se da entre machos viejos y jóvenes, y el segundo es totalmente un problema que atañe a una especie que oprime a otra o mata a sus miembros para obtener alimento. Aparte de las comunidades humanas, la guerra solo existe entre los insectos sociales, los cuales se adelantaron al hombre urbano en la realización de una comunidad compleja formada por partes sumamente especializadas.

En la medida que pueden mostrarlo las observaciones exteriores, no se encuentra ni religión ni sacrificio ritual en estas

comunidades de insectos. Pero todas las demás instituciones que acompañaron el surgimiento de la ciudad están presentes: la división estricta del trabajo, la creación de una casta militar especializada, la técnica de la destrucción colectiva, acompañada por la mutilación y el asesinato, la institución de la esclavitud e incluso, en ciertas especies, la domesticación de plantas y animales. Lo que es más significativo de todo, las comunidades de insectos que exhiben estas características alardean de la institución que he considerado axial en todo este desarrollo: la institución de la realeza. La monarquía, que en el caso de los insectos está reservada a algunas hembras, está incorporada como hecho biológico supremo en estas sociedades animales; de modo que lo que solo constituye una creencia mágica en las ciudades arcaicas, esto es, que la vida de toda comunidad depende de la vida del monarca, es una condición objetiva en la Insectópolis. De la salud, la seguridad y la capacidad reproductiva de la reina depende, efectivamente, la existencia de la colmena. Aquí, y solo aquí, se encuentra una agresión colectiva organizada por parte de una fuerza militar especializada como la que se halla en las ciudades antiguas.

Al seguir estas pistas hasta la aparición de la ciudad, creo que hemos dejado al descubierto los acontecimientos más penosos de la historia urbana, cuya vergüenza aún nos acompaña. Por muchas funciones valiosas que haya afianzado la ciudad, es evidente que también ha servido, a lo largo de la mayor parte de su historia, como receptáculo de la violencia organizada y transmisora de la guerra. Las pocas culturas que durante algún tiempo evitaron esto fueron aquellas que mantuvieron su base aldeana y cedieron sin violencia a un mando central aparentemente benigno.

La cosa puede llevarse aún más lejos. La ciudad amurallada no solo dio una estructura colectiva permanente a las pretensiones e ilusiones paranoides de la realeza, acrecentando las sospechas, la hostilidad, la falta de cooperación, sino que la división del trabajo y

las castas, llevadas al extremo, hizo de la esquizofrenia un fenómeno normal; en tanto que el monótono trabajo obligatorio, impuesto a una gran parte de la población urbana sometida a la esclavitud, reprodujo la estructura de la neurosis compulsiva. Así, la ciudad antigua, por su misma constitución, tendió a transmitir una estructura de personalidad colectiva cuyas manifestaciones más extremas se consideran hoy patológicas en los individuos. Dicha estructura es aún visible en nuestros propios días, por más que las murallas exteriores hayan sido remplazadas por telones de acero.

4. La ley y el orden urbanos

De modo que, desde sus comienzos, la ciudad exhibió un carácter ambivalente que no ha perdido nunca del todo: reunió la cantidad máxima de protección con los mayores incentivos para la agresión; brindó la libertad y la diversidad más amplias que fueran posibles, pero impuso un sistema drástico de compulsión y regimentación que, junto con su agresividad y destrucción bélicas, se han convertido en una «segunda naturaleza» del hombre civilizado, la cual a menudo se identifica erróneamente con sus tendencias biológicas originales. Así, la ciudad tenía tanto un aspecto despótico como un aspecto divino. En parte era un *Zwingburg*, un centro de control real; y en parte era una réplica del cielo, un transformador de poder cósmico remoto en instituciones de acción inmediata. Su centro de gravedad se desplazó del castillo al templo, de la ciudadela al mercado y al vecindario, y luego hizo el camino de vuelta. Ya mucho antes del bíblico Noé, «la tierra estaba llena de violencias». No obstante, que surgieran en cierto grado la ley y el orden es testimonio de la capacidad socializadora de la ciudad.

A fin de comprender los procesos y las funciones de la ciudad, y sobre todo sus propósitos, en términos más concretos, hay

que atravesar el brumoso territorio del periodo prealfabeto, cuando estaba modelándose la nueva institución de la monarquía. Quizá el modo más eficaz de demostrar el papel del rey como constructor de la ciudad consista en remontarse desde los datos históricos posteriores hasta un periodo en que solo un puñado de artefactos y huesos en las tumbas reales proporcionan material para la deducción y la especulación.

La relación que hace Heródoto de cómo Deyoces llegó al poder absoluto sobre los medos se refiere a un periodo muy tardío, en gran parte exento del diluvio de ideas mágicas y religiosas que anegaron la última parte de la Edad de Piedra y los comienzos de la Edad de Bronce; de modo que proporciona una relación muy racionalizada sobre el tránsito de la cultura rural a la cultura urbana. Según nos cuenta el antiguo historiador griego, los medos estaban entonces distribuidos en aldeas. Y, en este caso, a tal punto predominaban el desorden y la violencia que Deyoces alcanzó una gran nombradía entre ellos, como consejero, al ejercer justicia con mano firme y sin miedo. Esta celebridad hizo que se presentaran ante él en pos de justicia los habitantes de otras aldeas cuando estaban en pleito; y la necesidad de sus oficios resultó tan constante que decidieron constituirlo en su gobernante supremo.

El primer acto de Deyoces consistió en edificar un palacio apropiado para un rey y pedir «que velaran por su seguridad con un cuerpo de lanceros». Es justificado suponer que, en otros tiempos, los guardias mismos precedieron o acompañaron la construcción de la ciudadela y el palacio, y que el propio palacio existía como sede visible del poder y custodia de los tributos, antes de que la fundación judicial fuera ejercida por el rey. «Y así que ejerció el poder», Deyoces «obligó [a los medos] a levantarse una sola ciudad, a la cual dedicarían mucha atención, preocupándose menos de lo demás». Quiero hacer hincapié en la última frase: el deliberado establecimiento de un monopolio económico y políti-

co ha sido uno de los requisitos previos para el rápido crecimiento de la ciudad. Y como los medos obedecieron a Deyoces en esto, asimismo «manda edificar unas murallas grandes y poderosas, [...] dispuestas en círculos concéntricos. [...] Deyoces, desde luego, hizo erigir estas murallas alrededor de su residencia en vistas a su propia seguridad, y por lo demás ordenó al resto del pueblo residir extramuros». Tal vez la mejor definición de los habitantes de una ciudad arcaica consista en decir que se trataba de una población agrícola permanentemente cautiva.

Obsérvese que al disminuir la distancia física concentrando población en la ciudad, Deyoces se preocupó de aumentar la distancia psicológica aislándose y convirtiendo en una formidable empresa el llegar hasta su persona. Esta combinación de concentración y mezcla, de aislamiento y diferenciación, es uno de los rasgos característicos de la nueva cultura urbana. En el aspecto positivo tuvieron lugar la cohabitación amistosa, la comunión espiritual, la amplia comunicación y un complejo sistema de cooperación profesional. Pero, en su aspecto negativo, la ciudadela introdujo la segregación de clases, la carencia de sentimiento y la apatía, el secretismo, el control autoritario y la violencia definitiva.

La relación de Heródoto condensa en una sola vida cambios que, posiblemente, tuvieron lugar en una multitud de lugares diferentes, bajo variadas condiciones y en el curso de miles de años; pues hasta la ascensión del jefe a un liderazgo puramente local, basado en el dominio de las armas, fue, acaso, un lento proceso. Frankfort ha observado que no hay sepulturas predinásticas en Egipto que indiquen, a diferencia de lo que ocurre en el caso de tumbas más recientes, el predominio de una sola figura o una sola familia. Pero el cambio crítico que dio lugar a la aparición de la realeza y la ciudad, la primera como encarnación y la segunda como concreción de la «civilización», se produjo, tal vez, dentro de un breve periodo; parte de la liberación general de energía e

implosión de poder que se dio algún tiempo después de la mitad del cuarto milenio antes de Cristo.

No menos importante para la ciudadela que su cercamiento fue su centralismo; uno y otro eran atributos del santuario, antes de pasar a la comunidad urbana más grande. Una vez efectuada la transformación urbana, la ciudad como conjunto se transformó en recinto sagrado bajo la protección de su dios; el mismo eje del universo, como ha puesto en claro Mircea Eliade, pasaba a través del templo; en tanto que la muralla, bajo la presión de la nueva institución de la guerra, era, al mismo tiempo, una barrera para la defensa y un límite espiritual de significado aún mayor, ya que protegía a los que estaban adentro del caos y el mal informe que los rodeaba. La «interioridad» necesaria para el posterior desarrollo humano halló en la ciudad —sobre todo en el recinto sagrado— la forma colectiva que contribuiría a generarlo.

Tras los muros de la ciudad, la vida descansaba sobre un fundamento común, tan profundo como el universo mismo: la ciudad era nada menos que el hogar de un poderoso dios. Los símbolos arquitectónicos y escultóricos que hicieron visible este hecho elevaron la ciudad muy por encima de la aldea o la población rural. Sin los poderes sagrados que estaban contenidos dentro del palacio y del recinto del templo, la ciudad antigua habría carecido de propósito y de significado. Una vez establecidos estos poderes por el rey, que amplió el margen de comunicación y unificó la conducta a través de la ley, la vida prosperó allí como no podía tener esperanzas de prosperar en ninguna otra parte. Lo que comenzó como control terminaba como comunión y entendimiento racional.

Cosa bastante significativa: el texto egipcio que nos aproxima al periodo arcaico de fundación de la ciudad, al describir los poderes de Ptah, la divinidad predominante, señala no solo que «fundó nomos» sino también que *«puso a los dioses en sus altares»*. Los escribas que aún estaban relativamente cerca de estos actos

vieron ambas funciones correctamente, en mi opinión, como partes fundamentales del ejercicio de esos mayores poderes que trajo consigo la civilización.

Sin las potencias religiosas de la ciudad, el muro solo no podría haber conseguido moldear el carácter al mismo tiempo que controlar las actividades de los habitantes de la ciudad. De no ser por la religión, y todos los ritos sociales y ventajas económicas que la acompañaban, el muro habría convertido a la ciudad en una prisión, cuyos reclusos solo hubieran tenido un deseo: destruir a sus guardianes y evadirse. Esto hace notoria otra ambivalencia urbana. En una cultura sin ciudades, como la de los espartanos, que vivían en aldeas abiertas y se negaban a refugiarse tras las murallas, las clases dominantes tuvieron que mantenerse ferozmente alertas y amenazadoras, siempre en armas, por temor a ser derrocadas por los ilotas esclavizados. En tanto que tales gobernantes tenían que respaldar su poder desnudo mediante un terrorismo abierto, en las ciudades con murallas estas mismas equivalían a un ejército entero como control sobre los revoltosos, para mantener vigilados a los rivales y para impedir que los desesperados se escaparan. Las ciudades arcaicas desarrollaron así algo semejante a la concentración del mando que se da en una nave: todos sus habitantes «estaban en el mismo barco», y aprendían a confiar en el capitán y a ejecutar sus órdenes rápidamente.

No obstante, desde el comienzo, la ley y el orden sirvieron como complemento de la fuerza bruta. La ciudad, que adquiría su forma en torno de la ciudadela real, era una réplica del universo hecho por la mano del hombre. Esto abría una atrayente perspectiva: a decir verdad, un atisbo del mismo cielo. Ser residente de la ciudad era tener un lugar en el verdadero hogar del hombre, el gran cosmos mismo, y esta opción era testimonio de la ampliación general de poderes y potencialidades que tenía lugar en todas las direcciones. Al mismo tiempo, el hecho de vivir en la ciudad, a

la vista de los dioses y de su rey, era cumplir la máxima potencialidad de la vida. La identificación espiritual y la participación por persona interpuesta hacía fácil someterse a los mandatos divinos que regían a la comunidad, por inescrutables y arduos de interpretar o de someterse interiormente que fueran.

Aunque el poder en todas sus manifestaciones, cósmicas y humanas, era el puntal de la nueva ciudad, cada vez se modelaba y orientaba más, mediante nuevas instituciones de la ley, el orden y la urbanidad. Esto también queda bien en claro a través de la historia de Deyoces, que pasa por alto los anteriores orígenes religiosos del rey y la ciudad. En un momento dado, el poder y el control se ennoblecieron en la justicia. Con la congregación de personas de una multitud de lenguas y costumbres diferentes en el nuevo centro, el lento proceso de reconciliación y acomodación fue apresurado por la intervención real: la obediencia a un severo mandato exterior era, sin duda; preferible a una pugnaz disconformidad y a la discusión interminable. Hasta los hábitos benéficos tienden a llevar consigo residuos accidentales e irracionales que se tornan tan sagrados como los propósitos humanos más centrales que representa la costumbre. Esta era la debilidad de la aldea. La ley escrita, como el lenguaje escrito, tendió a excluir estos residuos y produjo un canon de equidad y justicia que invocaba un principio más alto: la voluntad del rey, que era otro nombre del mandato divino. La esencia de la ley, como el sabio Wilhelm Ostwald expresó hace medio siglo, es la «conducta previsible» que se hace posible en la sociedad mediante reglas uniformes, criterios de juicio uniformes y penas uniformes para la desobediencia. Estas uniformidades más vastas aparecieron con la ciudad, superando un millar de insensatas diferencias locales.

El desarrollo de la autoconciencia en la ciudad, a través del choque de costumbres aldeanas y diferencias regionales, produjo los comienzos de la moralidad reflexiva; pues el propio gober-

nante egipcio tenía, ya en fecha muy temprana, que responder de su conducta ante los dioses y demostrar que había evitado el mal y favorecido el bien. A medida que la misma sociedad se fue secularizando debido a la creciente presión del comercio y la industria, el papel desempeñado por la ciudad, como sede de la ley y la justicia, de la razón y la equidad, complementó el que desempeñaba como representación religiosa del cosmos. Para apelar a la costumbre irracional o la violencia ilegal, es necesario buscar la protección del tribunal de la ley en la ciudad.

Al poner el poder hasta cierto punto al servicio de la justicia, la ciudad, apartándose del tedioso reinado arcaico de la aldea, introdujo orden con más celeridad en sus asuntos internos; pero dejó una tierra baldía sin ley, sin protección, en la zona situada entre ciudades, en la que ningún dios local podía ejercer el poder o establecer una jurisdicción moral sin chocar contra otro dios. Y a medida que las frustraciones internas aumentaban, las agresiones externas tendieron a multiplicarse: el ánimo adverso al opresor local sería provechosamente vuelto contra el enemigo exterior.

5. De la protección a la destrucción

Siendo en parte una expresión de angustia y agresión intensificadas, la ciudad amurallada remplazó la rica imagen más antigua de paz y tranquilidad rural. Los primitivos bardos sumerios volvían la memoria hacia una edad de oro preurbana, cuando «no había serpiente ni escorpión, ni hiena ni león, ni perro salvaje ni lobo»; cuando «no había miedo ni terror, y el hombre no tenía rival». Por supuesto, esa época mítica no existió jamás y, sin duda, los mismos sumerios tenían oscuramente conciencia de este hecho. Pero los animales ponzoñosos y peligrosos cuya presencia suscitaba sus temores habían adquirido, con el desarrollo del sacrificio

humano y la guerra sin freno, una nueva forma: simbolizaban las realidades del antagonismo y la enemistad entre los hombres. En el acto de extender todos sus poderes, el hombre civilizado les dio a estas criaturas salvajes un lugar en su propia configuración.

El hombre primitivo, inerme, expuesto y desnudo, tuvo la suficiente astucia para dominar a todos sus rivales naturales. Pero ahora, por fin, había creado un ser cuya presencia provocaría una y otra vez el terror en su alma: el enemigo humano, su otro yo y contrapartida, poseído por otro dios, congregado en otra ciudad, capaz de atacarlo como Ur fue atacada, sin provocación.

La misma implosión que había magnificado los poderes del dios, el rey y la ciudad, y mantenido las complejas fuerzas de la comunidad en un estado de tensión, ahondó también las ansiedades colectivas y extendió los poderes de destrucción. ¿Acaso los mayores poderes colectivos del hombre civilizado no se presentaban en sí mismos como una especie de afrenta a los dioses, a quienes solo se apaciguaría mediante la destrucción implacable de las exigencias y las baladronadas de los dioses rivales? ¿Quién era el enemigo? Todo aquel que rendía culto a otro dios; que rivalizaba con el poder del rey u ofrecía resistencia a su voluntad. Así, la simbiosis cada vez más compleja que tenía lugar en el seno de la ciudad y en su vecino dominio agrícola fue contrapesada por una relación destructiva y predatoria con todos los posibles rivales; a decir verdad, a medida que las actividades de la ciudad se hacían más racionales y benignas en su interior, se tornaban, casi en el mismo grado, más irracionales y malignas en sus relaciones exteriores. Esto es válido hasta el mismo día de hoy para los conglomerados más extensos que han sucedido a la ciudad.

El propio poder real medía su fuerza y el favor divino por sus capacidades no solo para la creación sino más bien para el pillaje, la destrucción y el exterminio. «En realidad —declararía Platón en las *Leyes*— «cada ciudad se encuentra en un estado natural de

guerra con todas las demás». Esto era un simple hecho de observación. Así, las perversiones originales del poder que acompañaron los grandes avances técnicos y culturales de la civilización, han minado y con frecuencia anulado los mayores logros de la ciudad hasta nuestros propios días. ¿Es un azar que las más remotas imágenes subsistentes de la ciudad, las que aparecen en las paletas egipcias predinásticas, representen su destrucción?

En el acto mismo de transformar laxos grupos de aldeas en comunidades urbanas poderosas, capaces de mantener un comercio más vasto y de construir estructuras mayores, cada parte de la vida se convirtió en una lucha, una agonía, un choque de gladiadores en que se combatía contra una muerte física o simbólica. En tanto que la sagrada cópula del rey y la sacerdotisa de Babilonia en la cámara divina que coronaba el zigurat recordaba un anterior culto de la fertilidad, consagrado a la vida, los nuevos mitos eran principalmente expresiones de implacable oposición, de lucha, de agresión, de poder ilimitado: los poderes de las tinieblas contra los poderes de la luz, Set contra su enemigo Osiris, Marduk contra Tiamat. Entre los aztecas, hasta las estrellas estaban agrupadas en ejércitos hostiles de Oriente y Occidente.

Si bien las prácticas aldeanas, con un sentido de mayor cooperación, mantuvieron su vigencia en el taller y los campos, es precisamente en las nuevas funciones de la ciudad donde el látigo y la porra —llamada cortésmente cetro— se hicieron sentir. Con el tiempo, el cultivador aldeano aprendería muchas mañas y evasivas para resistir la coerción y las exigencias de los representantes del gobierno; hasta su aparente estupidez sería, a menudo, un procedimiento para no oír órdenes que se proponía no cumplir. Pero los que estaban atrapados en la ciudad casi lo único que podían hacer era obedecer, tanto si eran abiertamente esclavizados como si estaban dominados con más sutileza. Para conservar su respeto por sí mismo, en medio de todas las nuevas imposicio-

nes de las clases dominantes, el súbdito urbano, que aún no era un ciudadano pleno, identificaría sus propios intereses con los de sus amos. Aparte de oponerse con éxito a un conquistador, lo mejor que se puede hacer es unírsele y esperar que a uno le toque algo del botín en perspectiva.

Casi desde su primer momento de existencia, la ciudad, a pesar de su apariencia de protección y seguridad, fue acompañada no solo de la previsión de un asalto desde fuera sino también de una lucha intensificada en su interior: un millar de pequeñas guerras se hicieron en la plaza del mercado, en los tribunales, en el juego de pelota o en la arena. Heródoto fue testigo ocular de una sangrienta lucha ritual con garrotes entre las fuerzas de la luz y las de las tinieblas, que se celebraba en el interior de un templo egipcio. Ejercer el poder en todas las formas era la esencia de la civilización, y la ciudad halló decenas de modos de expresar la lucha, la agresión, la dominación, la conquista... y la servidumbre. ¿Tiene algo de sorprendente que el hombre arcaico volviera su memoria hacia el periodo «anterior» a la ciudad como si se tratara de una Edad de Oro, o que, como Hesíodo, considerara que cada perfeccionamiento de la metalurgia y de las armas era un menoscabo de las perspectivas de la vida, de modo que el estado humano más bajo fue el de la Edad de Hierro? (Él no podía prever cuánto más degradarían al hombre las exactas técnicas científicas del exterminio total mediante agentes nucleares o bacterianos).

Ahora bien, todos los fenómenos orgánicos tienen sus límites de crecimiento y extensión, que se establecen por su misma necesidad de permanecer autónomos, abasteciéndose y dirigiéndose a sí mismos: solo pueden desarrollarse a expensas de sus vecinos si pierden las comodidades mismas con las que las actividades de estos contribuyen a sus propias vidas. Las pequeñas sociedades primitivas aceptaban estas limitaciones y este equilibrio dinámico, tal como los registran las comunidades ecológicas naturales.

Las comunidades urbanas, entregadas de lleno a la nueva expansión del poder, perdieron este sentido de los límites: el culto al poder se regodeaba en su misma ostentación sin freno. Ofrecía los deleites de un juego por puro placer, así como las recompensas del trabajo sin necesidad de la rutina diaria, mediante la rapiña a gran escala y la esclavización al por mayor. El firmamento era el único límite. Tenemos la prueba de este súbito sentido de exaltación en las dimensiones cada vez mayores de las grandes pirámides; del mismo modo que tenemos su representación mitológica en la historia de la ambiciosa torre de Babel, a la que puso fin una incapacidad de comunicación que una excesiva extensión del territorio lingüístico y de la cultura puede haber producido una y otra vez.

Ese ciclo de expansión indefinida de ciudad a imperio es fácil de seguir. A medida que la población de la ciudad aumentaba, se hacía necesario extender la superficie inmediata de producción de alimentos o bien ampliar las líneas de abastecimiento y aprovechar los artículos de consumo de otra ciudad, ya por cooperación, trueque o comercio, ya por tributo forzado, expropiación y exterminio. ¿Rapiña o simbiosis? ¿Conquista o cooperación? Un mito de poder solo conoce una respuesta. El mismo éxito de la civilización urbana sancionó así los hábitos y reclamos belicosos que continuamente la minaron y anularon sus beneficios. Lo que empezó como una gotita se hinchó forzosamente hasta constituir una iridiscente pompa imperial de jabón, imponente por sus dimensiones, pero frágil en proporción a su tamaño. Carentes de una cohesión interna, las capitales más guerreras se veían presionadas para continuar la técnica de la expansión, a fin de que el poder no volviera a la aldea autónoma y los centros urbanos donde floreciera inicialmente. Este retroceso se produjo, de hecho, durante el interregno feudal en Egipto.

Si interpreto correctamente los datos, las formas cooperativas de convivencia urbana se vieron socavadas y viciadas desde el co-

mienzo por los mitos destructivos y fanáticos que acompañaron, y tal vez en parte causaron, la exorbitante expansión de poderío físico y destreza tecnológica. La simbiosis urbana positiva fue reiteradamente desplazada por una simbiosis negativa, igualmente compleja. Tan conscientes eran los gobernantes de la Edad de Bronce de esos desastrosos resultados negativos que a veces contrapesaban sus abundantes fanfarronadas de conquistas y exterminio con alusiones a sus actividades en bien de la paz y la justicia. Por ejemplo, Hammurabi proclamaría orgullosamente: «Puse fin a la guerra; promoví el bienestar del país; hice que las gentes reposaran en moradas amistosas; no permití que nadie las aterrorizara». Pero, apenas salieron de su boca estas palabras, comenzó de nuevo el ciclo de expansión, explotación y destrucción. En los términos favorables que deseaban dioses y reyes, ninguna ciudad podía lograr su expansión a menos que arruinara y destruyera otras ciudades.

Así, la más preciosa invención colectiva de la civilización, la ciudad, a la que solo precede el lenguaje en la transmisión de cultura, se convirtió desde el principio en el receptáculo de nocivas fuerzas internas, orientadas hacia el exterminio y la destrucción constantes. Como consecuencia de tan arraigada herencia, la supervivencia misma de la civilización o, para ser más exactos, de alguna parte considerable e incólume de la especie humana, está ahora en duda; y durante largo tiempo puede seguir en duda, cualesquiera sean los arreglos provisionales que se hagan. Como ya hace mucho destacara sir Patrick Geddes, cada civilización histórica se inicia con un núcleo urbano vivo, la *polis*, y termina en un cementerio común de polvo y huesos, una necrópolis o ciudad de los muertos; colmada de ruinas abrasadas por el fuego, de edificios demolidos, de talleres vacíos, de montañas de residuos inútiles, con la población masacrada o sometida a esclavitud.

Leemos en el libro de los Jueces: «Todo aquel día estuvo Abimélec atacando a la ciudad. Cuando la tomó, mató a la población,

arrasó la ciudad y la sembró de sal». El terror de este episodio final, con su fría miseria y su absoluta desesperación, es la culminación humana hacia la que se dirige la *Ilíada*; pero, ya mucho antes de ese episodio, como demostró Heinrich Schliemann, otras seis ciudades habían sido destruidas; y mucho antes de la *Ilíada* se encuentra un lamento, igual de amargo y sentido, por esa maravilla entre las ciudades antiguas, la misma Ur, un gemido que sale de la diosa de la ciudad:

> Verdaderamente todos mis pájaros y criaturas aladas han volado,
> «¡Ay!, por mi ciudad», es lo que diré.
> «Mis hijas y mis hijos han sido arrastrados lejos,
> ¡Ay! por mis hombres», es lo que diré.
> «Oh ciudad mía que no existes más, mi [ciudad] atacada sin motivo,
> ¡Oh mi [ciudad] atacada y destruida!».[2]

Por último, considérese la inscripción de Senaquerib, sobre la aniquilación total de Babilonia: «La ciudad y [sus] casas, desde los cimientos hasta los techos, yo destruí, yo devasté, yo quemé con fuego. El muro y la muralla exterior, los templos y dioses, las torres de ladrillo y tierra de los templos, todas cuantas había, arrasé y tiré al canal de Arakhtu. Por el medio de esa ciudad cavé canales, inundé su solar con agua, y los cimientos mismos de ella destruí. Hice que su destrucción fuera más completa que si hubiera habido un diluvio». Tanto el acto como su moraleja anticipan las feroces extravagancias de nuestra época nuclear: de lo único que carecía Senaquerib era de nuestra veloz destreza científica y de nuestra gigantesca hipocresía, que nos permiten ocultar, hasta de nosotros mismos, nuestras intenciones.

---

2 A menos que haya indicación contraria, esta y las demás citas de textos mesopotámicos y egipcios proceden de *Ancient Near Eastern Texts*, compilados por James E. Pritchard (Princeton University Press).

No obstante, una y otra vez las fuerzas positivas de la cooperación y la comunión sentimental han hecho que las gentes volvieran a los solares urbanos devastados, «para reparar las ciudades en ruinas, la desolación de muchas generaciones». Es irónico —pero también un consuelo— que las ciudades hayan sobrevivido reiteradamente a los imperios militares que, en apariencia, las destruyeron para siempre. Damasco, Bagdad, Jerusalén y Atenas siguen en los mismos terrenos que ocupaban inicialmente, vivas, aunque poco más que fragmentos de sus antiguos cimientos queden a la vista.

Los desmanes crónicos de la vida en la ciudad bien podrían haber causado su abandono, y hasta podrían haber llevado a una renuncia generalizada de la vida urbana y todos sus dones ambivalentes, de no haber sido por un hecho: el constante reclutamiento de nueva vida, fresca y tosca, procedente de las regiones rurales, vida llena de fuerza muscular elemental, de vitalidad sexual, de celo de procrear, de fe animal. Estas gentes de campo vuelven a llenar las ciudades con su sangre y, más todavía, con sus esperanzas. Incluso hoy mismo, según el geógrafo francés Max Sorre, las cuatro quintas partes de la población del mundo viven en aldeas, funcionalmente más próximas a su prototipo neolítico que a las metrópolis muy organizadas que han empezado a absorber a la aldea hacia sus órbitas y, cada vez con más rapidez, a minar su antiguo modo de vida. Pero no bien permitamos que la aldea desaparezca, este antiguo factor de seguridad se desvanecerá. La humanidad todavía tiene que reconocer este peligro y eludirlo.

CAPÍTULO III

Formas y pautas ancestrales

1. Ciudades de la llanura

Esta indagación sobre los orígenes de la ciudad sería de más sencilla lectura si no fuera porque tal vez la mayor parte de los cambios decisivos se produjeron antes de que se iniciaran los anales históricos. A la altura de los tiempos en que la ciudad es claramente visible, ya es vieja: las nuevas instituciones de la civilización la han modelado con firmeza. Pero se tropieza también con otras dificultades no menos formidables, pues, hasta ahora, no se ha excavado completamente ninguna ciudad antigua, y algunas de ellas, que podrían revelar muchos hechos, prosiguen aún su existencia como centros urbanos, tercamente inmunes a la pala del arqueólogo.

De modo, pues, que resultan desconcertantes las lagunas en nuestro conocimiento del desarrollo de la ciudad: cinco mil años de historia urbana y quizás otros tantos de historia protourbana se despliegan en unas pocas decenas de puntos, explorados solo en parte. Los grandes mojones urbanos, como Ur, Nippur, Uruk, Tebas, Heliópolis, Asur, Nínive y Babilonia, abarcan un lapso de tres mil años, cuya vasta vacuidad no podemos pretender llenar con un puñado de monumentos y unos pocos cientos de páginas de registros escritos. En un terreno tan cenagoso, es posible que hasta el más sólido montículo de hechos resulte traicionero; y con excesiva frecuencia se hace necesario elegir entre quedarse

inmóvil, sin dar un paso más, o dejarse arrastrar a un pantano de especulaciones sin fondo. Queda advertido el lector: ¡actúa bajo su propia responsabilidad!

Además de la imperfección de los restos visibles, las dos grandes civilizaciones en las que probablemente se modeló en un comienzo la ciudad, Egipto y Mesopotamia, presentan contrastes desconcertantes, que no hacen más que volverse más agudos si se incluye a Palestina, Irán y el valle del Indo. Si bien todas estas diferencias destacan alternativas elocuentes en la evolución urbana, hacen difícil dar algo así como una descripción generalizada del origen de la ciudad.

Es necesario señalar ante todo la muy limitada procedencia geográfica de las ciudades aborígenes. Como órgano especial de la civilización, la ciudad parece haber surgido en unos pocos grandes valles fluviales, a saber: el del Nilo, el del Tigris-Éufrates, el del Indo y el del Hwang-Ho. Las aldeas podían existir en todas partes donde hubiera posibilidades de formas rudimentarias de agricultura y cría de ganado. Incluso poblaciones más grandes podían arraigar en regiones como el Negev, en Palestina, no bien se contó con mano de obra suficiente para construir cisternas y depósitos de agua que permitieran pasar los tiempos de sequía. No solo aldeas, sino también poblaciones rurales mucho más amplias, contemporáneas de lo que ha salido a la luz en Jericó, pueden hallarse aún irrecuperablemente hundidas en los deltas fangosos del Nilo y el Éufrates. Con toda probabilidad la mayor parte de los órganos físicos de una población urbana cerrada había adquirido forma antes de que madurara el nuevo complejo cultural que la ciudad unió y transmitió.

Pero el rasgo distintivo de la ciudad es el de que escapa a estas limitaciones rurales y a este horizonte próximo: es el producto de una enorme movilización de vitalidad, poder y riqueza que, en un principio, estuvo limitada necesariamente a unos cuantos

grandes ríos, en regiones excepcionalmente propicias. Una vez que se desecaron las ciénagas y se reguló el nivel de las aguas, la tierra de estos valles resultó muy fértil. Hasta sin abono animal, el rico sedimento depositado en la época de las inundaciones garantizaba cosechas casi cien veces mayores que la semilla original; a veces, dos o tres cosechas por año.

En Palestina, en medio del Creciente Fértil, que va del Nilo superior al Éufrates inferior, el *emmer*, el antepasado silvestre del trigo, fue descubierto y recolectado antes de que el hombre neolítico aprendiera a plantar cosechas de manera sistemática. Dos dioses hermanos, conforme a lo que se lee en una tableta que en la actualidad se encuentra en Jena, llevaron la cebada de las montañas a Sumer, «que no conocía la cebada». Tal vez también llevaron la imagen de la montaña sagrada y la ciudadela amurallada junto con este don tangible. Con el mejoramiento de estos primeros cereales, trigo, cebada y sésamo, solo hacía falta la invención del arado y la domesticación de los animales de tiro para hacer inmensamente productivos los suelos pesados. En posesión de un acopio de granos duros, ricos en proteínas, de fácil conservación si se los guarda en lugar seco, pudo alimentarse por primera vez a grandes poblaciones urbanas. Gracias al cultivo de la palma datilera, la cultura mesopotámica contó con un recurso agrícola todavía más diversificado: pues de este árbol obtuvo alimento, vino, esteras, cestería, techos, troncos para columnas y fibra para sogas.

Los mismos ríos fueron los primeros caminos, una vez que se inventaron los barcos: cinturones móviles de agua, de mil kilómetros de largo en Egipto y Mesopotamia, de mil seiscientos kilómetros en el valle del Indo. Los ríos formaron un sistema vertebral de transporte que sirvió de modelo para la acequia destinada a la irrigación y para el canal; mientras que sus crecidas súbitas o periódicas inundaciones hicieron necesario que los cultivadores rurales se congregaran para reparar los daños causados por las tormentas,

para guiar el agua por sus campos a fin de guardarse de la sequía y para crear por último toda una red de represas, canales y obras de irrigación. La construcción de estas obras demandó un grado de contacto social, colaboración y planificación a largo plazo que la vieja cultura autónoma de la aldea, que aceptaba sus limitaciones con complacencia, no requería ni fomentaba. Las condiciones mismas que hicieron físicamente posibles los grandes asentamientos urbanos los convirtieron también en una necesidad social.

Si bien la cultura aldeana había alcanzado una estabilidad y una armonía internas que solo rara vez conocería la cultura urbana, las poblaciones pequeñas estaban a merced de los elementos: podían ser barridas por una tormenta o morir de hambre durante una sequía, sin que le fuera posible obtener ayuda alguna de su vecino más próximo, a unos pocos kilómetros de distancia. Esta situación cambió cuando la ciudad pudo movilizar mano de obra y ejercer un control centralizado. Con el traspaso de autoridad a la ciudad, el aldeano, sin duda, perdió en no poca medida sus poderes de autogobierno y su sensación de hallarse enteramente en casa en un medio ambiente en que todo ser humano, y casi todo animal, todo pedazo de tierra o curso de agua le eran perfectamente conocidos. Pero en la medida en que se sometió a las nuevas fuerzas que actuaban en la ciudad, e incluso identificó su propia vida con ellas, se vio recompensado con una prosperidad y una seguridad de las que nunca antes había gozado.

Así, la transformación de la aldea en la ciudad no fue un mero cambio de tamaño y escala, si bien estos dos factores intervinieron en el proceso. Fue, más bien, un cambio de dirección y de meta, manifestado en un nuevo tipo de organización.

Tal vez el mayor vínculo entre Egipto y Mesopotamia es que tenían en común condiciones previas de existencia geográfica; pues la desecación del clima, desde el año 7000 a. C. en adelante, que convirtió la tierra de pastoreo en estepa y desierto, abrió los

valles pantanosos de los grandes ríos a la ocupación agrícola. Aquí y allá aparecerían pequeñas poblaciones en la llanura ilimitada, atraídas por la abundancia de aves silvestres, caza menor y pesca, siendo esta última la fuente más común de proteína animal. Los habitantes usaban manojos de junco para construir embarcaciones de la forma más primitiva, a fin de abrirse camino por este desierto de agua; embarcaciones que a James Henry Breasted le deleitó hallar todavía en uso hace medio siglo. Sí, era una vida primitiva, pero no demasiado diferente de la que vivieron hasta ayer los tramperos y los cazadores en los pantanos del bajo Ródano.

Esta lenta desecación de las llanuras fue acompañada por una paulatina contracción de la población en los retazos de tierra sólida que iban apareciendo; y, a medida que pasaba el tiempo, la superficie de estos retazos se multiplicó y los nuevos métodos de cultivo determinaron una ampliación y definición de prado y campo, en tanto que, oportunamente, la llegada de periodos de sequía que amenazaban agostar las cosechas bajo el intenso calor tropical serían combatidos mediante la excavación de canales de agua y, finalmente, con la invención de una máquina (la noria) para llevar agua desde el curso bajo del río a las empinadas riberas.

Aun cuando las poblaciones instaladas en estos valles fluviales vivían en condiciones primitivas, dentro de toscos caseríos, los materiales exóticos que se han encontrado en las tumbas predinásticas demuestran que algún tipo de comercio llegaba incluso hasta Irán, tal vez moviéndose en lentas etapas a través de una cadena de trueques y acarreos de corto alcance. Tuvo que ser a lo largo de las márgenes de los ríos donde la población se hizo más densa. En Egipto, observaba Flinders Petrie, los campesinos cultivaban las tierras ricas junto a los ríos y canales, los siervos de los templos la zona interior más pobre, en tanto que los soldados trabajaban las tierras inundadas, más pobres aún, que eran una mezcla de ciénaga y espesura que iba hacia el desierto.

Ni montañas ni selvas impenetrables se presentaban en densas formaciones cerca de estas llanuras fértiles; y si bien la agricultura no pudo desarrollarse ampliamente hasta que se drenaron los pantanos y se pusieron bajo control las aguas turbulentas de Mesopotamia, mediante esfuerzo conjunto y paciencia el agua podía ser canalizada con la misma facilidad plástica con que un niño riega con agua y construye represas en la playa. A decir verdad, pese a que los pobladores no moldearan la tierra de forma ordenada, la naturaleza procedería a hacerlo a su modo más tosco, mediante la inundación anual de cieno, en el valle del Nilo, o mediante cataclismos e inundaciones furiosas, cerrando pasajes y cambiando el curso fluvial, en el valle del perezoso Éufrates y del turbulento Tigris.

Para evitar los extremos del desierto y el pantano, los habitantes de Mesopotamia, probablemente a partir de aldeas aisladas, empezaron a construir redes locales de acequias y canales para la irrigación, y lugares de vivienda con terraplenes, haciendo uso de la madera y el betún, procedente del valle superior, al norte, a fin de apuntalar e impermeabilizar. Esta administración del agua era el precio de la supervivencia comunal; pues había una amenaza natural de escasez de agua al comienzo de la estación de cultivo y la posibilidad de tormentas e inundaciones en la época de la cosecha. Aquí la productividad agrícola reposaba en una vigilancia incesante y un esfuerzo colectivo.

Al aceptar este arduo desafío, las aldeas, en una fase arcaica, aprendieron las ventajas del apoyo mutuo, de la planificación a largo plazo, de la aplicación paciente a una tarea común, todo lo cual se repetiría estación tras estación. La autoridad del consejo de ancianos, que tanto tiempo había perdurado, indica una muy antigua movilización comunal de la mano de obra bajo una dirección competente, pero local. Este grado de cooperación comunal puede, a su vez, haberle dado a la realeza mesopotámica justamente esas

limitaciones humanas que contrastan con su equivalente egipcio; pero también abrieron el camino para una autoridad más centralizada que podría administrar una superficie más extensa.

Pero en Mesopotamia, cuando el dios de las tormentas quedaba apaciguado —y eludido—, el excedente potencial de alimentos y de vitalidad humano era enorme. Hasta el vellón de las ovejas de estos valles era más espeso y fino que el producto de pastos más secos: los tejidos babilónicos de lana se hicieron tan famosos como los algodones de Egipto. Los riesgos eran grandes, y dolorosos los esfuerzos por superarlos, pero las recompensas eran inmensas.

De modo que es natural que, a partir de esta primera gran producción de excedente sumeria, casi con seguridad, y como sostiene firmemente la mayoría de los arqueólogos especializados en Mesopotamia, esta urbe se situará en cabeza, comenzando por el nido de ciudades en las tórridas tierras del delta próximas al golfo Pérsico. Estas ciudades no solo inspiraron la más remota arquitectura monumental con ladrillo en Egipto, sino que en astronomía, escritura, organización militar, construcción de canales e irrigación, lo mismo que en materia de comercio y manufacturas, se abrieron camino firmemente; y a través del comercio, y tal vez de contactos más íntimos, dejaron su impronta en las distantes ciudades del valle del Indo.

Egipto presenta toda una serie de contrastes con Mesopotamia, que se manifiesta en casi todos los aspectos de su vida y pensamiento: hasta los ríos principales difieren por su naturaleza y corren en sentido opuesto. Bajo las condiciones más suaves existentes en Egipto, con un cielo sin nubes y una crecida anual previsible que avanza sin excesos, una regularidad temperada contrasta con las tormentas y los desequilibrios, el relámpago, los torrentes y las inundaciones catastróficas de la región más oriental, donde las violencias de la naturaleza se reflejaron en las violencias de los hombres. Cuando los nuevos granos y el cultivo con arado se

introdujeron en Egipto, se tuvo allí un excedente de producción en alimentos similar, lo que dio lugar, sin duda, a un excedente de niños. Pero todas las hazañas egipcias de domesticación se llevaron a cabo bajo un cielo tranquilo que no nublaban tormentas ni rozaban sombrías incertidumbres, en un medio que no estaba amargado y desalentado por reiteradas derrotas. La vida era agradable; la vida eterna era el bien más alto que pudiera imaginarse. Incluso en el fragor de la violencia que marcó la caída del Antiguo Reino, Ipu-wer podía decir: «Aún hay bien cuando las manos de los hombres construyen pirámides, cuando se excavan canales y se hacen bosquecillos de árboles para los dioses».

A diferencia de esto, uno de los más antiguos mitos de Mesopotamia revela cómo la hierba que hubiera dado la inmortalidad a Gilgamesh fue devorada por una serpiente, mientras el héroe dormía. El «pueblo de cabeza negra» no tenía mucha fe en la inmortalidad como compensación suficiente para todos sus perpetuos desengaños. Si había una vida de ultratumba, no prometía tanto alegría como algo más que temor. En cambio, los egipcios amaban tanto la vida que hasta abrazaban la muerte: utilizaron todos los materiales y recursos mágicos concebibles para mantener a los muertos vivos en su forma corporal y para asegurarles todas las comodidades y alegrías familiares de la existencia terrenal. Si el faraón era inmortal, por identificación también lo era toda la comunidad. Estas diferencias explican, en parte, los contrastes en sus legados urbanos. En Egipto, por doquier los muertos se elevan benignamente sobre los vivos: hasta los gatos domésticos se momificaban para asegurar su existencia futura.

A pesar de esto, el valle del Nilo dio el mismo salto de una cultura rural de carácter tribal y autónomo a una cultura urbana centralizada, dominada por el templo y el palacio, si bien la ciudad en Egipto asumió una forma diferente. En ambas tierras tuvo lugar la misma implosión de fuerzas y en ambas se produjo la

misma exaltación del poder centralizado y la misma liberación de energías comunales. En ambas, una nueva voluntad de poder, hasta entonces ejercida únicamente en los rituales de la magia, se expresó en exorbitantes fantasías y audaces realizaciones prácticas. Cuanto un dios pudiera hacer en el plano mítico de las hazañas, en una generación lo emprendería un héroe o un rey.

En estas condiciones, el mismo inconsciente liberó entonces fuerzas explosivas. Si a menudo las tramposas diosas y los feroces dioses parecen tan implacables como el hombre civilizado, resultará igualmente cierto que los hombres, en las ciudades, podían convertirse en figuras tan exaltadas como las de los dioses, liberados de inhibiciones conformistas y de un paralizante sentido de su propia pequeñez. Reforzados por la presencia visible de gran número de seres como ellos —número que nunca se vio en ningún conglomerado humano más primitivo—, los reyes, los gobernadores y sus súbditos se unieron en un infatigable asalto colectivo a todos los aspectos del medio ambiente; en un asalto que unas veces modelaría, otras sería expresionista y exhibicionista y aun otras puramente destructivo.

Esta expansión de las fuerzas humanas preparó el camino para la ciudad; pero ya era visible en Egipto en el curso de la época de las Pirámides, es decir, antes de que se edificara ciudad alguna que haya podido reconocerse como tal. Si el legendario Menes, cuando por primera vez unificó las «Dos Tierras» esto es, el Egipto superior y el inferior, construyó la ciudad de Tebas, es cosa que todavía está en tela de juicio; pero parece menos dudoso que modificara el curso del Nilo en este punto. En materia de perfeccionamientos técnicos, la época neolítica de los recipientes unió sus medios con la Edad de Bronce de las máquinas. Las mismas nuevas máquinas han tenido que esperar largo tiempo para ser reconocidas o, mejor dicho, para que se las identificara debidamente. Pues las más primitivas máquinas complejas generadoras de energía no estaban

hechas de madera o metal sino de partes humanas perecederas, cada una de las cuales tenía una función especializada en un mecanismo más amplio, bajo un control humano centralizado. El vasto ejército de sacerdotes, sabios, ingenieros, arquitectos, capataces y jornaleros, esa fuerza que ascendía a unos cien mil hombres y que construyó la Gran Pirámide, formó la primera máquina compleja, inventada cuando la propia tecnología solo había producido unas cuantas «máquinas» simples, como el plano inclinado y el trineo, no habiendo inventado aún los vehículos con ruedas.

Ninguna de las obras de ingeniería civil que el hombre moderno puede hoy concebir, con toda su maquinaria locomotora y elevadora, estaba más allá de la capacidad de estas primeras grandes máquinas humanas. Ni siquiera faltaba la velocidad en esta economía homomecanizada. En tanto que las catedrales de la Edad Media llevaron a menudo siglos hasta su conclusión, muchas fueron las tumbas egipcias que se concluyeron durante la vida del faraón, cuya momia habría de colocarse en ella, a veces en el lapso de una sola generación. Nada tiene de asombroso, pues, que la autoridad central que ponía en movimiento semejantes máquinas pareciera auténticamente divina.

En estos medios naturales y sociales opuestos fue donde los cimientos de la ciudad se superpusieron entonces a las modestas dimensiones de la aldea y la villa rural. La misma hazaña de la edificación de ciudades fue hecha posible por la fertilidad y la productividad de los grandes valles, por las capacidades reproductoras de la pequeña aldea, bien nutrida y plenamente orientada hacia la vida, por el tránsito de medios acuáticos y por la disponibilidad de amplios recursos materiales y de energía para mantener clases enteras exentas tanto del antiguo tutelaje aldeano como de la fatigosa labor manual. El excedente urbano era de carácter multilateral y la prolongación de los sistemas de transporte y de las rutas de comercio se inició mucho antes de que el registro his-

tórico pudiera seguirlos. En la antiquísima Jarmo se encuentran pruebas de la existencia de una industria de la obsidiana, por más que esta piedra fuera importada desde una gran distancia. Junto con este tráfico de largo alcance se produjo una ininterrumpida amalgama de pueblos y culturas, como en el caso de la fusión de las culturas de Ubaíd, Uruk y Jamdat Nasr en la ciudad de Ur.

2. El enigma de las ruinas urbanas

Si bien las ruinas existentes de ciudades proporcionan de vez en cuando una clave para la comprensión de las instituciones y de la vida institucional que las acompañaron, no se cuenta con nada comparable a un registro consecutivo de los cuatro mil primeros años de existencia de la ciudad; e incluso cuando se trata de una civilización tan profusa en monumentos y documentos como la de Roma, quedan grandes secciones en blanco. No obstante, vale la pena considerar por separado los fragmentos dispersos y desmembrados, antes de que tratemos de reunirlos y de estimar su valor y su significado.

Lo primero que observamos, para señalar el tránsito de la aldea a la ciudad, es un aumento en la superficie edificada y en la población. Pero esta diferencia dista mucho de ser decisiva, ya que, en la cultura neolítica más reciente, las aldeas más desarrolladas, en algún punto natural de encuentro entre regiones, pueden haber ganado en población y en tierra roturable sin ninguna otra transformación importante. No es por sí solo el número de personas en una superficie limitada, sino el número que puede ponerse bajo un control unificado, para formar una comunidad muy diferenciada al servicio de propósitos que trascienden la crianza y la supervivencia, lo que tiene una significación urbana decisiva.

Entre las ruinas arcaicas más grandes, Megiddo, en Palestina, cubría una hectárea y media; Gurnia, en Creta, que contenía sesenta casas, medía solo dos hectáreas y media de superficie: ambas eran aldeas, evidentemente, si bien las aldeas primitivas podían ocupar no más de media o una hectárea y dar albergue a menos de una docena de familias. Mucho después, la superficie amurallada de Micenas, la población más rica de Grecia en el periodo que lleva su nombre, abarcaba no más de cinco hectáreas, estando más cerca de una ciudadela que de una ciudad cabal, pues hacia la misma época, Karkemish, situada en Siria sobre el río Éufrates, cubría cincuenta y siete hectáreas, mientras que antes, en el tercer milenio antes de Cristo, Mohenjo-Daro, una de las grandes capitales de la civilización del Indo, cubría doscientas cuarenta y tres hectáreas.

No obstante, la ciudad representaba un nuevo grado de concentración urbana, una nueva magnitud en materia de instalación humana. La antigua ciudad de Ur, el primitivo hogar de Abraham, con sus canales, bahías y templos, ocupaba noventa hectáreas, en tanto que los muros de Uruk cercaban una superficie poco mayor que las quinientas hectáreas. En parte, esto indica una extensión de la superficie dedicada al cultivo de materias alimenticias, y en parte un aumento de sistemas de transporte y otros medios tecnológicos, pues en la Edad de Hierro, con un equipo más eficaz y con mejores herramientas cortantes, y con la utilización del metal para la fabricación de instrumentos agrícolas, además de un sistema más vasto de canales, la superficie abarcada por la ciudad se extendió más aún. En Asiria, Khorsabad, hacia el año 700 a. C., abarcaba unas trescientas hectáreas; un siglo después, Nínive comprendía tal vez setecientas treinta hectáreas; en tanto que después, Babilonia, antes de su destrucción por los persas, estaba rodeada por un mínimo de dieciocho kilómetros de murallas. Si al proporcionar estas estadísticas se incurre en fallos, ello se debe a que las pruebas son muy escasas y confusas.

Lo más arduo es calcular la población de estas antiguas ciudades. Al principio estuvieron limitadas por las mismas dificultades en materia de transportes que las primeras ciudades medievales en Occidente y, al parecer, tenían poblaciones del mismo orden, esto es, que oscilaban entre las dos mil y las veinte mil personas. Es probable que el tamaño normal de una ciudad primitiva fuera aproximadamente el de lo que hoy llamaríamos una unidad vecinal: unas cinco mil almas o menos. Así que al comienzo de la asociación urbana diferenciada, la ciudad conservaba aún las intimidades y solidaridades de la comunidad primaria.

Frankfort, al hacer excavaciones en Ur, Eshnunna y Khafaje, que florecieron hacia el año 2000 a. C., comprobó que el número de casas era aproximadamente de unas cincuenta por hectárea, densidad sin duda superior a la que conviene desde un punto de vista higiénico, pero no peor que la que se encontraba en los barrios obreros más populosos de Ámsterdam en el siglo XVII; tal vez se compensaba un poco, en ambos casos, con la presencia de canales. Incluso cuando Ur fue capital imperial, Frankfort calcula que la población no pasaría de veinticuatro mil habitantes, mientras que Khafaje solo albergaba la mitad de esa cifra. El cálculo hecho por sir Leonard Woolley, en lo tocante a la «ciudad antigua» amurallada de Ur —treinta y cuatro mil habitantes— no difiere considerablemente, si bien este autor destaca que solo se trataba de una sexta parte de la Ur mayor, el posterior centro fabril con su vasto comercio. Según cálculo del propio Woolley, esa metrópoli acaso albergó unos doscientos cincuenta mil habitantes.

Los datos relativos a la densidad y el tamaño de las viviendas son igualmente desordenados; y hasta es posible que las ulteriores investigaciones no permitan, con todo, presentar cifras que sean muy dignas de confianza, ya que mucho depende de la densidad por habitación si se quiere distinguir entre una vivienda familiar decorosa y un tugurio. Sobre estos puntos no parece que sea fácil

obtener datos seguros. Pero resulta interesante observar que las casas pequeñas que se han encontrado en Mohenjo-Daro, las cuales datan aproximadamente de mediados del tercer milenio antes de Cristo, tenían dos pisos y unos nueve metros por ocho, o sea, más o menos las mismas dimensiones de una casa modesta en la Priene griega, hacia el año 200 a. C., que mediría ocho metros por seis. Tampoco habría parecido fuera de lugar en el East End de Londres, en el siglo XVIII; y la casa más vieja que se conoce es, concretamente, un poco mayor que la casa con cinco habitaciones que ocupé en Sunnyside Gardens, Long Island, en un lote proyectado para viviendas modelo.

Lo que es sumamente significativo en estas cifras es su notable constancia a lo largo de un periodo de unos cinco mil años. En lo concerniente a las moradas más espaciosas de las clases más prósperas, expresaban inicialmente las mismas diferencias que hoy observamos, pues van desde casas de diez habitaciones, que oscilan entre los veinticinco metros por diecisiete y los veintiocho metros por ventiuno, en Eshnunna, Babilonia, Asur y Olinto, hasta palacios de múltiples cámaras. Estas cifras abarcan un periodo que se extiende unos dos mil años y que incluye cuatro culturas bien diferenciadas. Pero, salvo unas pocas excepciones, como la de Mohenjo-Daro, al parecer la casa independiente no existía dentro de las poblaciones arcaicas, al igual que en la aldea polaca de Biskupin, que data de la Edad de Hierro y cuyas empalizadas de madera y casas con terraza se han excavado en nuestros propios días. La independencia y la espaciosidad fueron inicialmente atributos del palacio, reservados, junto con muchos otros hábitos y propiedades, para el pequeño grupo de nobles y funcionarios que estaban al servicio de los señores de las ciudades arcaicas. La vida suburbana independiente, instalada en un jardín, aparece desde muy temprano en las pinturas y los modelos funerarios de Egipto.

La manifestación siguiente de la ciudad es la ciudadela amurallada, rodeada por uno o más caseríos. Es probable que el descubrimiento del valor de la muralla como medio de protección del grupo dominante moviera a emplearla para circundar y mantener en orden las aldeas tributarias. Que la muralla sea un elemento esencial en la definición de la ciudad, según ha afirmado Max Weber, constituye un prejuicio provinciano. Pero, con todo, es verdad que la muralla perduró como uno de los rasgos más prominentes de la ciudad en la mayoría de los países hasta el siglo xviii, siendo en este sentido las principales excepciones el Egipto arcaico, Japón e Inglaterra, donde las barreras naturales confirieron a sus ciudades y aldeas, en determinados periodos, una inmunidad colectiva; o bien donde, como en la Roma y la China imperiales, un vasto ejército o un colosal despliegue, a lo largo del país, de barricadas de mampostería hizo innecesarias las murallas locales.

Pero en el tamaño de las ciudades hay un factor condicionante que, con excesiva frecuencia, se pasa por alto: no solo la disponibilidad de agua o alimentos, sino la extensión de los sistemas de comunicación colectiva. Platón limitaba el tamaño de su ciudad ideal al número de ciudadanos a los que pudiera dirigirse una sola voz; aun así, había una limitación más común en cuanto al número que podría reunirse en el interior de los recintos sagrados para tomar parte en las grandes ceremonias anuales. Si bien las ciudades sobrepasaron rápidamente el punto en que todos sus ciudadanos estaban al alcance de la voz de los demás, es probable que durante largo tiempo estuvieran limitadas al número que podía responder rápidamente a una convocatoria de palacio. Las ciudades mesopotámicas tenían un tambor de asamblea, del mismo modo que las ciudades medievales utilizaban una campana en la torre de la iglesia para convocar a sus ciudadanos; y no hace mucho que Inglaterra, frente al peligro de invasión y la posibilidad de una desorganización total de las comunicaciones por telégrafo y

radio, volvió al toque general de las campanas de las iglesias, como señal establecida para el comienzo de un desembarco alemán.

Las primeras ciudades no fueron más allá de los límites impuestos por la distancia que puede recorrerse a pie o dentro de la cual puede escucharse una llamada. En la Edad Media, estar al alcance del sonido de las *Bow Bells* definía los límites de la ciudad de Londres; y hasta que, en el siglo XIX, se inventaron otros sistemas de comunicación para las misas, estos hechos figuraban entre los límites efectivos para el crecimiento urbano. Pues la ciudad, a medida que se desarrolla, se convierte en el centro de una red de comunicaciones: los cotilleos junto al pozo o la fuente, la conversación en la taberna o el lavadero, las proclamas del mensajero y los heraldos, las confidencias de amigos, los rumores de la lonja y el mercado, la relación epistolar entre los sabios, el intercambio de cartas e informes, de billetes y cuentas, la multiplicación de los libros: he aquí otras tantas actividades centrales de la ciudad. A este respecto, el tamaño posible de la ciudad varía en parte con la velocidad y el alcance efectivo de las comunicaciones.

El tamaño reducido de las primeras ciudades nos dice algo en cuanto a una restricción inicial para la vida urbana o, por lo menos, en cuanto a la cooperación voluntaria e inteligente: solo en el palacio y en el templo los medios de comunicación se multiplicaron; y tanto más cuanto que estaban efectivamente segregados del conjunto de la población. El gran secreto del poder centralizado era el secreto mismo. Esto es válido para todos los Estados totalitarios hasta nuestros propios días.

3. Urbanismo y monumentalidad

Quizá porque se trata de una masa relativamente compacta y que casi sin duda es el depósito de las más ricas reliquias artísticas y

técnicas, la ciudadela de la ciudad antigua es el sector explorado con más esmero. Como ya indiqué, la protociudad tuvo los comienzos de su vida institucional en el campamento fortificado y el santuario, los cuales no ocupaban necesariamente un solar común. El rasgo distintivo de la ciudad, permítaseme repetirlo, es la conjunción de estas dos instituciones en un recinto especial apartado del mundo profano. Enkidu buscó así a Gilgamesh en el «sagrado templo, morada de Anu e Ishtar», en Uruk. Si bien en otras partes de la ciudad se encuentran templos subordinados, y, en el caso de Khorsabad, asimismo un palacio subordinado, el gran palacio del rey y el gran templo se mantienen próximos, dentro de la ciudadela, y esto forma parte del sistema dual de gobierno que prevaleció durante tanto tiempo.

El núcleo pétreo de la ciudadela puede reconocerse en más de una ciudad; a decir verdad, es posible que el zigurat todavía se destaque por encima del monte de arena y sus ruinas enterradas, llamadas *tillu* (montón de ruinas) en babilonio antiguo, y que aún hoy reciben el nombre de *tell*, cuya altura llega a veces a treinta metros. Pero la forma de la ciudad que lo rodeaba solo nos es conocida a través de ejemplos más recientes, y los jeroglíficos que quedan, los cuales deberían revelar una forma aún anterior, son desconcertantemente oscuros. Cosa extraña: los caracteres correspondientes a «templo», «torre», «agua», «jardín», «bosques», «carretera» y «mercado» son gráficamente claros en Ur y Kish, tanto en imagen como en símbolos, pero no así en lo concerniente a la ciudad. La tierra cultivada se representa como una figura oblonga de quince cuadrados o como las huellas rectangulares de un arado en un campo con la misma forma, abierto por un costado; pero la ciudad es tanto una figura oblonga con dos líneas verticales interiores como un bloque en forma de L con una corta línea vertical, y es difícil comprender lo que podía significar una u otra figura, a menos que la segunda sea el esquema de una casa sin la puerta y que la estructura más pequeña sostenga a la mayor.

Con el fundamento mismo de la ciudad cabría esperar definiciones y confines, límites de la autoridad sagrada, la jurisdicción real y la propiedad. Por ejemplo, ¿existían tales límites para definir los barrios que servían a los templos secundarios o bien se limitaban a fundirse entre sí, invisiblemente, sin un canal u otro espacio abierto que los separasen? No lo sabemos. Hasta el indagador más superficial puede formular más preguntas pertinentes que las que el más erudito arqueólogo puede contestar hasta hoy.

En la ciudadela, el nuevo rasgo de la ciudad es evidente. Se trata de un cambio de escala, destinado a amedrentar y anonadar al espectador. Aunque la masa de la población estuviera mal alimentada y sobrecargada de trabajo, no se escatimaban gastos para crear templos y palacios, cuyo volumen mismo y cuyo impulso ascendente dominarían el resto de la ciudad. Los pesados muros de arcilla cocida o de sólida piedra darían a las efímeras oficinas del Estado la garantía de estabilidad y seguridad, de poder inexorable y de autoridad inconmovible. Lo que hoy llamamos «arquitectura monumental» es, ante todo, expresión de poder, y ese poder se exhibe en la reunión de costosos materiales de construcción y de todos los recursos del arte, así como en el dominio de toda clase de aditamentos sagrados, grandes leones, toros y águilas, con cuyas poderosas virtudes el jefe del Estado identifica sus propias capacidades más frágiles. El propósito de este arte era producir un terror respetuoso, como se nota en la confesión contemporánea que cita Contenau: «Estoy como muerto, me desmayo tras la visión del Rey, mi señor».

Tanto la ciudadela como sus terraplenes amurallados se iniciaron, posiblemente, en forma más humilde, a partir de prudentes consideraciones prácticas. W. F. Albright observa que, todavía en 1750 a. C., los jefes tribales de Palestina ocupaban fortalezas, en tanto que la mayoría de sus súbditos vivían en caseríos circundantes, trasladándose solamente al recinto fortificado en tiempos

de peligro o bien cuando el invierno los obligaba a salir de los abrigos improvisados de piedra y ramas en que vivían en el verano, sobre todo durante la vendimia. Es probable que así se prolongara el modelo más primitivo; ya hace mucho que Fustel de Coulanges lo caracterizó como la forma primordial de la ciudad.

Una empinada formación rocosa natural o bien una muralla de factura humana protegía de manera uniforme la ciudadela; pero esto no tiene por qué ser así cuando se trata de la aldea primitiva o incluso de la ciudad arcaica. Gertrude Levy observa que Arpachiyeh, un viejo centro productor de cerámicas pintadas, carecía de defensas, y que en sus ruinas no se encuentran armas; de modo que una pequeña población especializada, apenas algo más que una aldea muy desarrollada, podía tal vez, bajo la protección de una poderosa metrópolis como Nínive, renunciar a la edificación de una muralla, incluso en un periodo en que la guerra era constante y siempre amenazadora. Pero con la invención de las artes de exterminio y destrucción colectiva organizada, es evidente que la muralla se convirtió en una necesidad práctica, no ya solo un símbolo, y que impuso una forma precisa a la ciudad. Al parecer, esto ocurrió en las primitivas comunidades próximas al Éufrates y desempeñó un papel en el establecimiento de límites físicos a la fácil expansión urbana. Al mismo tiempo acrecentó los intereses egoístas y las preocupaciones angustiadas del rey o el gobernador de la ciudad, resuelto a poner dentro de las murallas todo lo que quedara fuera de ellas.

De este modo, la muralla sirvió como recurso militar tanto como factor de mando efectivo sobre la población urbana. En el plano estético, trazó una línea cortante entre la ciudad y el campo; mientras que, en el plano social, subrayaba la diferencia entre ciudadano y forastero, entre el campo abierto, sujeto a las depredaciones de animales salvajes, saqueadores nómadas y ejércitos invasores, y la ciudad perfectamente cercada, donde se podía tra-

bajar y dormir con una sensación de absoluta seguridad, incluso en tiempos de amenazas militares. Con una provisión suficiente de agua en el interior y con una cantidad adecuada de grano almacenado en depósitos y graneros, la seguridad parecería absoluta.

Las aberturas en la muralla de la ciudad eran controladas con tanto esmero como las compuertas de un sistema de regadío; y hay que recordar que, excepto en el caso del tránsito cotidiano de ida y vuelta a los campos circundantes, solo un puñado de personas llegaría a la ciudad en barco o con las caravanas. A decir verdad, solo cuando la ciudad alcanzó, con el tiempo, las dimensiones de una metrópolis se planteó algún problema de congestión en torno a las puertas de la ciudad, haciendo que la población mercantil se instalara allí, con posadas, establos y almacenes propios, con lo que se formaría un barrio comercial y sus depósitos, o «puerto». Volveremos a encontrar estas mismas formaciones en la Edad Media.

Las puertas que guardaban estas ciudades ancestrales estaban reforzadas simbólicamente, como el palacio, por amenazadores toros y leones, enormes imágenes mágicas del poder deificado. Estos pórticos de bronce servían para desalentar al ejército atacante y para inculcar respeto al más pacífico extranjero de visita. Desde muy temprano, los baluartes adquirieron la forma que conservarían hasta el siglo XVI de la era cristiana, es decir, con torres y bastiones que sobresalían de un cinturón sólido de mampostería, a menudo de un ancho suficiente como para que tres carros de guerra avanzaran de frente en la extremidad superior, a fin de permitir un uso fácil de armas de contraataque.

Con el desarrollo de la destreza militar y de la desconfianza política, la muralla podría convertirse en un sistema complejo, con recintos concéntricos; de modo que la estratagema y la traición sirvieron más que las máquinas de asalto, tanto en Babilonia como en Troya, para ganar el acceso a la ciudad. Ciertamente, la presencia de fosos y canales circundantes, así como de las mura-

llas, no facilitaba en nada la tarea del ataque. Sin esta gran ventaja para la defensa, las ciudades pequeñas no hubieran podido resistir la captura y la demolición con tanta eficacia como lo consiguieron algunas veces; en tanto que, de no ser por las debilidades humanas —la envidia, las rivalidades internas y la traición— las grandes ciudades podrían haber permanecido invulnerables.

El habitante de la ciudad, que se envanecía de sus poderosos dioses, no era menos orgullosamente consciente de la muralla circundante que todo lo abarcaba: a los contemporáneos les parecía que los mismos grandes dioses habían modelado la ciudad y su templo —«la casa bajada del cielo»— y, sobre todo, «su gran muralla que roza las nubes». Sobre estos dos puntos contamos, por suerte, con datos contemporáneos que son fiables, en diversas versiones de la epopeya de Gilgamesh, la que sintomáticamente presenta a este héroe y rey arcaico como el constructor de la muralla de Uruk y de su gran templo: los dos grandes actos que dieron formas a la «implosión urbana». En este caso, unas cuantas palabras equivalen a grandes montones de mampostería en ruinas:

De la acorazada Uruk edificó la muralla,
de la reverenciada Eanna [el templo de Anu e Ishtar] el puro santuario.
¡Contemplad su muralla exterior, cuya cornisa es como cobre,
observad la muralla interior, que no tiene rival!
Palpad el umbral, que es de antaño.
[...] Subid y recorred los muros de Uruk,
inspeccionad la terraza baja, examinad la albañilería:
¿no es su material el ladrillo cocido?
¿No fueron los Siete [Sabios] quienes echaron sus bases?

Pero aparte de las funciones de defensa militar y control, de unificación religiosa y protección, la muralla tenía que desempeñar aún otra función, a saber: establecía un contraste nítido, categórico, entre ciudad y campo. Árboles, jardines y establos podían existir dentro de la ciudad, pero la muralla, que rodeaba la

superficie edificada, aseguraba un margen permanente de tierra agrícola circundante. Sin duda, esta división cortante produjo un efecto estético igualmente atrevido.

En aquellos amplios valles, tanto en Mesopotamia como en Egipto, las ciudades se erigían a menudo sobre plataformas, con fines de seguridad y defensa, por lo cual Heródoto, cuando habla del paisaje egipcio en la época de las inundaciones, dice que sus ciudades dan la impresión de ser «muy semejantes a las islas del mar Egeo». La misma plataforma de barro, que a veces solo era la base de la ciudadela y otras veces de la ciudad entera, podía elevarse hasta una altura de doce metros: en el templo de Anu dicha base, según Frankfort, cubría unos treinta y ocho mil metros cuadrados. Por encima de ese montículo, los baluartes podrían levantarse treinta metros más, acaso ocultando a la distancia todos los demás edificios, con excepción del templo principal. Por su misma forma, la ciudad era una afirmación de la voluntad colectiva de dominio sobre la tierra, en tanto que, a los ojos del forastero, aparecía como una especie de montaña morena y chata sobre un tapiz de verdura, con sus apiñadas estructuras de arcilla secada al sol, su perfil de almenaje, torre y zigurat, circundado y entrecruzado por canales y acequias, y todo ello adornado de vez en cuando por los penachos de las palmeras, las frondosas acacias y los tamariscos en flor. Si la muralla se guarnecía de torres y las puertas bajaban ásperamente, el paisaje sonreía al otro lado; en tanto que una vez adentro, pasada la muralla, el zumbido de la colmena laboriosa, el color y el brillo de su vida apiñada, contrastaba con las actividades esparcidas y casi invisibles de la aldea.

El orden externo visible de la ciudadela y de su ciudad tendría su equivalente en el orden interno del palacio y el templo, situados a veces a un costado del circuito de las murallas, otras veces en el centro mismo. El poder irradiaba de estas dos fuentes sagradas; y, a su vez, los tributos humanos en todas sus formas,

en oro, plata, cobre, estaño, lapislázuli, alimentos, trabajo diario y la misma vida fluían hacia estos mismos centros. Si bien las casas estaban hacinadas y a veces mal aireadas, en cambio el recinto sagrado era espacioso, con patios interiores rectangulares en los que podía caber una multitud. Aquí venía el arte a establecer y reforzar, con un efecto que excede a las meras palabras, todo lo que el nuevo orden había introducido para alterar las dimensiones del anterior régimen puramente agrícola: por encima de todo, el poder de la misma imaginación disciplinada para traducir lo posible en lo concreto y para extender los hábitos humildes de la vida cotidiana a estructuras opulentas.

Así como las aldeas pueden identificarse por los cimientos de las casas y los tiestos de cerámicas, la ciudad antigua puede reconocerse con más seguridad a través de su abundancia de imágenes monumentales. Las formas del arte urbano indican la transformación total mejor que todo censo de casas o toda medición de la superficie. En sus clásicos *Principios de psicología*, William James describió ajustadamente cómo la casa y los bienes de un hombre se convierten a tal punto en una parte de su personalidad completa como su conocimiento y sus sentimientos, sus opiniones y sus actos. Si esto es válido por lo que hace al individuo, aún es más válido cuando se trata de la comunidad, ya que gracias a sus nuevas estructuras estéticas la ciudad definió la nueva personalidad colectiva que había surgido y contempló con un orgullo renovado su propio rostro. Aunque el rey o el gobernador estuviera demasiado encumbrado y fueran demasiado poderosos para acercarse a ellos, excepto en caso extremo, el habitante más modesto podía, empero, identificarse con la personalidad de la ciudad, en todo su poder y esplendor.

La rutina de la agricultura había atado a los hombres a su tarea diaria: se complacían en el lugar común y estaban acostumbrados a su propia pequeñez y a su corto alcance. En la ciudad, hasta

el individuo más modesto podía participar, por vía interpuesta, en la grandeza, y reclamarla como propia: a todos estaban abiertos los ocios ceremoniosos y el desapego juguetón, a través de los nuevos organismos que dirigía la municipalidad. Una vez más me vuelvo hacia el texto acadio, en pos de una confirmación:

> Ven, pues, oh Enkidu, a la almenada Uruk,
> donde la gente resplandece en vestiduras festivas,
> donde cada día es un día de fiesta.

Tal vez esto era una exageración análoga a las que hoy podrían encontrarse en un folleto de una agencia de turismo, pero, en el fondo, revelaba un sentido del esplendor y la alegría expresados en la música, en las canciones y en las vestiduras, lo mismo que en la arquitectura, que los hombres empezaban a asociar con las ciudades. Sin estas ventajas, difícilmente habrían sido soportables sus muchas realidades sórdidas y deprimentes.

Obsérvese la atracción mágica de la ciudad. La gente acudía a ese lugar sagrado para encontrarse bajo la protección de un dios poderoso y de un rey casi igual de poderoso, que exhibía en su misma persona nuevos atributos —capacidad de mando y comprensión, capacidad de decisión y libre albedrío— que podrían ir en contra de las normas venerables de la tribu. Hasta este momento, el carácter humano había sido moldeado por el grupo local y no tenía ninguna otra identidad o individualidad. Pero en la ciudad, con la institución de la monarquía, la personalidad misma surgió por vez primera: dirigida por sí misma, gobernándose a sí misma, centrada en sí misma y reclamando para el solo «yo» enaltecido, como representante divino de la colectividad más vasta, todo lo que otrora perteneciera al ahora disminuido «nosotros».

Para comprender la importancia de este cambio, se puede confiar, por fortuna, en el filósofo chino Mencio, quien observó: «Cuando los hombres están sometidos a la fuerza, no se someten

en sus espíritus sino tan solo porque su fuerza es escasa. Cuando los hombres están sometidos por el poder de la personalidad quedan complacidos hasta el fondo mismo de sus seres y se someten realmente». El «poder de la personalidad» era lo que proporcionaban la ciudad y sus dioses: esa fue la principal causa de los grandes logros que la realeza misma hizo posibles. Pasarían miles de años antes de que la ciudad entregara este poder personal al resto de sus habitantes.

Privada de esos poderes sagrados, la ciudad antigua solo podría haber sido un montón de piedras o barro cocido, informe, sin objetivo, insignificante; puesto que, sin estas exaltaciones cósmicas, el hombre común hubiera podido vivir una vida igualmente buena, cuando no mucho mejor, en la aldea. Pero cuando la vida se concebía como algo sagrado, como una imitación de los dioses, la ciudad antigua se convirtió en un simulacro del cielo y, como tal, perduró hasta la época romana; hasta su aparente durabilidad, el hecho de que sus edificios sagrados se vieran libres de la decadencia y la ruina que hacían presa de la choza del campesino apretujado, solo la hicieron acercarse más a la pauta eterna, que la creciente conciencia humana del propio cosmos hacía tan atrayente. Así Tebas, centro del culto del dios Sol, en la leyenda sagrada se convirtió en el sitio original de la creación misma.

En las primeras ciudades, la vida y la energía humanas se tradujeron a la forma de arte, en una escala que antes fue inalcanzable. Cada generación podría dejar ahora su depósito de formas ideales e imágenes: altares, templos, palacios, estatuas, retratos, inscripciones, leyendas talladas o pintadas en los muros y las columnas, que satisfacían el más remoto deseo de inmortalidad existente en el hombre, al hacerlo presente en los espíritus de generaciones posteriores. Incluso cuando se veía amenazada por la extinción, el orgullo y la ambición se aferraban a las piedras de la ciudad, pues el arte precedió a la palabra escrita en cuanto a fijar en

formas simbólicas, «eternas», aquello que de otro modo se habría desvanecido. En la versión babilónica de la epopeya de Gilgamesh, a pesar de que reconoce las limitaciones que acosan los días del hombre y sus realizaciones, consciente de que un mero ser humano «no puede escalar los cielos», con todo abriga el pensamiento consolador del nuevo hombre urbano: «Si caigo, me haré una reputación. "Gilgamesh", dirán, [...] "ha caído", mucho después de que mis vástagos hayan nacido en mi casa». La «fama» aguijonea al habitante de la ciudad y le impulsa a llevar a cabo actos destinados a sobrevivir en indeleble memoria.

En la ciudad, los grandes arquetipos del inconsciente, reyes como dioses, toros alados, hombres con cabeza de halcón, mujeres como leones, enormemente engrandecidos, brotaban en arcilla, piedra, bronce y oro. No solo en el teatro siente el espectador que los actores son más grandes que su dimensión humana real. Se trata de una ilusión característica que produce la ciudad, pues el centro urbano es, en realidad, un teatro. Con lo que Adelbert Ames demostró de manera experimental sobre el papel que desempeñan los valores y propósitos subjetivos en la alteración de sensaciones aparentemente neutrales, se hace difícil dudar de que, en medio de la exaltación general de la actividad humana que tuvo lugar en el cuarto milenio antes de Cristo, el rey divinizado o el sumo sacerdote dieran realmente la impresión de ser tan grandes en «la vida real» como en sus representaciones pintadas o esculpidas... por lo menos cuando estaban ejecutando esos rituales sagrados que realzaban todos sus poderes. La separación que Deyoces se procuró con tanto esmero al ser elevado de la posición de consejero de aldea a rey ayuda a comprender esta ampliación, pues la distancia psíquica, prolongada por el anonadamiento, la reverencia y el miedo, amplía el objeto único que se enfoca y encoge y hace borrosa la masa de súbditos urbanos, los cuales quedan «fuera de foco», como objetos fuera del campo de una lente de aumento.

Pero el actor tiene necesidad de un auditorio que refuerce su yo y dé importancia a su papel. ¿Qué actor puede dar lo mejor de sí en una sala vacía? Para que los reyes pudieran ejercer efectivamente los poderes que se atribuían, necesitaban la atención constante y el aplauso de un denso auditorio urbano. De este modo, los que fueran antes participantes activos en el ritual de la aldea pasaron a ser bien pronto el coro pasivo, los espectadores y comentaristas del nuevo drama urbano. En tiempos de la vieja aldea, estos espectadores habían intervenido activamente, en lo que se hacía y podían desempeñar con éxito todos los papeles, siendo sucesivamente actores y espectadores. Ahora, en la ciudad, se habían reducido a la función de supernumerarios. Quizá una de las misiones no menos importantes del arte urbano monumental fuera la de reducir al hombre común a esta posición abyecta, haciéndolo más gobernable, mientras durase la ilusión.

4. Río, camino y mercado

Pero si bien todas las funciones de la ciudadela se dedicaron a concentrar y expandir tanto el poder religioso como el político, probablemente desempeñaron un papel igual en la vida económica de la ciudad. Si al comienzo no puede encontrarse un espacio abierto que merezca el nombre de mercado, esto se debe tal vez a que este espacio era parte del recinto del templo, y solo en fecha posterior encontró un lugar apropiado en los sectores plebeyos de la ciudad. En esto, el mercado se asemeja a aquellas oficinas gubernamentales que pueden haber tenido un lugar asignado en el viejo palacio, tan pronto como empezaron a diferenciarse; pues es indudable que lo que hoy llamamos palacio era también cuartel, prisión, tribunal y conglomerado administrativo.

He dejado para el final el elemento dinámico de la ciudad, sin el cual no podría haber seguido aumentando su tamaño, alcance y productividad: se trata del primer medio eficaz de transporte en masa, la vía fluvial. No es casual que el primer desarrollo de la ciudad tuviera lugar en valles fluviales; y el surgimiento de la ciudad es contemporáneo con las mejoras en la navegación que hicieron avanzar del manojo flotante de juncos o troncos a la embarcación movida por remos y velas. Tras esto, el asno, el caballo, el camello, el vehículo con ruedas y, por último, el camino pavimentado, extendieron el dominio del transporte y le dieron a la ciudad el mando sobre hombres y recursos existentes en zonas remotas. Los transportes permitieron nivelar los excedentes y tener acceso a especialidades distantes: estas fueron las funciones de una nueva institución urbana, el mercado, que en sí mismo fue, en gran parte, un producto de la seguridad y la regularidad de la vida urbana. En las ciudades de las que proceden los registros más antiguos con que contamos, vemos que las funciones del mercado —obtención, almacenaje, distribución— eran desempeñadas por el templo, si bien, como ocurre hoy mismo en la Unión Soviética, es posible que una parte de la producción del campesino pudiera ser consumida o canjeada privadamente, una vez satisfecha la demanda colectiva.

Como los otros componentes primeros de la ciudad, el mercado puede existir como una entidad separada, sin originar más que abrigos provisionales: algo de esta inestabilidad subsiste aún en los mercados semanales de ciertas ciudades europeas, incluso ciudades grandes, con sus caravanas motorizadas de vendedores y sus puestos provisionales. Lo que le da al mercado un lugar permanente en la ciudad es la existencia de una población bastante grande que ofrezca una vida satisfactoria a mercaderes con relaciones distantes y costosos artículos de consumo, y con una productividad local suficiente que permita que el excedente de pro-

ductos urbanos se ofrezca en venta al público en general. Pero estas condiciones son resultado, y no causa original, del crecimiento de la población.

Más importante, a la larga, que la distribución más extensa de los artículos de consumo en el mercado fue el sistema de comunicaciones que creció al mismo tiempo: el registro permanente parece ser, al comienzo, un subproducto de las transacciones mercantiles, y la más grande invención después de las notaciones lingüística y numérica fue la invención del alfabeto, obra de mercaderes fenicios. Con el comercio apareció el intercambio humano en escala más amplia que nunca. Sumer ha sido caracterizada como la «de muchas lenguas» y la difusión y uniformación de idiomas locales le confirió a la ciudad su posición especial como centro de comunicaciones, sede de una literatura común que, eventualmente, llegarían a compartir con otros centros.

Si el transporte constituía el elemento más dinámico en la ciudad, aparte de la guerra, la falta del mismo, o la facilidad con que podía desorganizarlo en el curso de una ruta fluvial una comunidad que negara paso a las embarcaciones, constituyó una amenaza para su crecimiento, e incluso para su existencia misma. No cabe duda de que esto explica la tendencia de las ciudades poderosas a extender sus fronteras y a destruir a aquellas ciudades que pudieran bloquear sus rutas de comercio: era importante mantener a salvo las «líneas de vida». En parte, esto explicaría el camino político del centro urbano hacia el imperio.

En una de las traducciones de S. N. Kramer se encuentra una referencia a «la calle del mercado de Ur», y la lucha de Enkidu con Gilgamesh tuvo lugar en el «mercado de la tierra». El ideograma sumerio que corresponde a mercado, una Y, indicaría, tal vez, que la idea del mercado como encuentro de rutas de tráfico ya era reconocida. No es necesario dudar de la temprana aparición del mercado para ocuparse de las operaciones comerciales locales ya

mucho antes de que surgiera una «economía de mercado» basada en transacciones cuyas finalidades serían la ganancia monetaria y la acumulación de capital privado. Si estas alusiones al mercado pueden interpretarse sin peligro como muestras de un uso más general, las dos formas clásicas del mercado, la plaza abierta y el bazar cubierto, y la calle con tiendas a los lados, habían encontrado su forma urbana posiblemente hacia el año 2000 a. C., como muy tarde. Pero tal vez ambas fueron precedidas por la forma, aún más antigua, del «supermercado», instalado dentro del recinto del templo. En este caso, el mercado era un monopolio del dios y sus sacerdotes, no una corporación para hacer dinero, donde posiblemente todo tipo de producto, agrícola o industrial, sería llevado para que se le aplicara un impuesto directo, antes de su redistribución.

Se diría, en verdad, que en las primeras etapas del desarrollo de la ciudad antigua nos encontramos ante una economía totalitaria controlada, cuyo eje estaría en el templo. No solo se trata de que el dios posee la tierra colindante y exige el servicio de todos, pues una parte del año debe consagrarse al trabajo forzado en beneficio de la comunidad. Además, el mismo recinto del templo no constituía puramente una zona religiosa: también servía como «factoría» donde se manufacturaban productos, y como «centro comercial», donde se los almacenaba y distribuía. Frankfort señala que los almacenes albergaban «una enorme variedad de artículos: grano, semilla de sésamo como materia prima para el aceite, verduras, cerveza, dátiles, vino, pescado (seco o salado), manteca, lana, pieles, grandes cantidades de cañas y juncos, esteras, asfalto y piedra». La esquila, la molienda de grano, el curtido, el hilado y el tejido eran labores que se llevaban a cabo dentro del recinto del templo. Solo con el desarrollo de la población urbana y la creciente complejidad de las operaciones económicas pasó una parte de esa economía a empresas más puramente seculares, en otras partes de la ciudad.

Hasta en la economía más rudimentaria ha de encontrarse algún modo de distribución de los excedentes y de comercializar productos especiales de demanda limitada, ya sea por trueque, don o festín. Los primeros consumidores urbanos no solo dependían de los productos del labrador sino también de las actividades del pescador, el cazador de aves, el alfarero, el tejedor, el herrero y, de hecho, esa concentración exclusiva de una sola actividad constituyó uno de los rasgos distintivos de la nueva economía humana, por más que en aldeas remotas y en fundos rurales pudiera mantenerse en pie un orden más viejo.

Petrie observó que las primeras capitales de los nomos en el Delta y las primeras ciudades de Mesopotamia se hallaban, como término medio, separadas entre sí por unos treinta kilómetros, a veces menos; y bien sensatamente sugirió que esta uniformidad podía atribuirse a la necesidad de un depósito central de grano, cuyo acceso fuera fácil. Mientras los pagos entre comerciantes se hicieron en grano, tanto el almacenaje como el crédito debieron multiplicar los centros de mercado, bajo la protección de uno u otro augusto dios local. Puede ser que la misma proximidad de estas primeras ciudades indique que, en la época de su fundación, existía un estado de seguridad y paz del que no dan testimonio los registros ulteriores de oposición y guerra.

5. Innovaciones y deficiencias técnicas

Aunque el tamaño de la ciudad arcaica típica era modesto y su influencia se reducía casi exclusivamente a la zona colindante, la escala de la ciudadela y sus principales edificios podían estar al borde de lo colosal: ningún sacrificio era demasiado grande con tal de realzar su prestigio y su poder o bien de asegurar su permanencia. Sin embargo, por extraño que resulte, algunas de las ciudades más

antiguas presentan en los barrios residenciales ciertos rasgos físicos que se perdieron en el desarrollo ulterior de la ciudad, aunque los gobernantes podían haberlos conservado todavía. El trazado regular de las calles, las casas alineadas, los cuartos de baño y las letrinas en el interior, las tuberías de cerámica, los conductos de desagüe revestidos de ladrillos en las calles, y las alcantarillas destinadas a llevar el agua de la lluvia son elementos que encuentra el excavador en las ruinas de Mohenjo-Daro y que vuelve a hallar, con variaciones menores, en la pujante Ur o la pequeña Lagash.

La calle ancha apareció antes de la invención de los vehículos de ruedas, puesto que, posiblemente, fue trazada en su origen para procesiones sagradas y desfiles militares. La frecuente orientación de las principales avenidas según los puntos cardinales indica tal vez la creciente dominación ejercida por los dioses celestes; a veces este tipo de trazado prescindía de consideraciones más prácticas, como ser la protección contra el calor o la captación de los vientos predominantes. Pero muchos de estos perfeccionamientos se pierden de vista en el desarrollo posterior de las ciudades y todavía estaban ausentes a comienzos del siglo XIX en muchas grandes ciudades «progresistas» del mundo occidental; me refiero, en especial, a los cuartos de baño, las letrinas en el interior de las casas y las tuberías de cerámica. Esto, en cuanto a la teoría del progreso material continuo.

En las ciudades más arcaicas, según muestran las excavaciones de Ur, era excepcional la calle como un medio de circulación articulado y abierto: la callejuela tortuosa, bien protegida del sol tórrido, constituía el canal corriente del tránsito, por estar mejor adaptada al clima que una amplia calzada. No hay que confundir lo que los especialistas en la civilización sumeria traducen a veces con el nombre de *boulevard* con el posterior *boulevard* del siglo XVII, extraído de un *bulwark* («baluarte») destruido: se trata más bien de una calle ancha, con capacidad suficiente para multitu-

des, a la que se podía ir de paseo al atardecer, para contemplar las danzas, escuchar la música o reunirse para chismorrear, según revela un antiguo documento. En síntesis, que desempeñaba las funciones de la clásica «calle mayor».

La actividad gregaria del paseo se desarrolló, a decir verdad, desde temprano en la ciudad, y no solo en la calle ancha «donde se celebran las fiestas», sino también en las murallas «junto a las puertas» y en los «lugares donde las festividades de la tierra tenían lugar». Si en los rituales del templo uno contemplaba dioses terribles, en el paseo cotidiano hacía lo propio su otro yo en los rostros de los transeúntes. Así, las multitudes de paseantes devolvían algo de la tranquilizadora intimidad física y la identificación con vecinos visibles que se había perdido en parte con el cambio de escala producido al pasarse de la aldea a la ciudad.

La falta de adecuada luz artificial siguió siendo una de las mayores imperfecciones técnicas de la ciudad hasta el siglo XIX. Pero, de cualquier modo, hacia el año 2000 a. C. ya se había creado la mayoría de los principales órganos físicos de la ciudad. Difícilmente un observador del siglo XIX se habría sentido cómodo ante las confusas concepciones mitológicas, las atrevidas obscenidades sexuales o los sangrientos sacrificios rituales de las religiones urbanas predominantes; pero apenas alguna parte de la ciudad física le habría resultado poco familiar. Quienes tenemos suficiente conciencia de la irracionalidad colectiva y de la decadencia de la época actual nos sentiríamos igualmente cómodos —o, mejor dicho, incómodos— en uno y otro territorio.

La apariencia general de estas antiguas ciudades mesopotámicas debió de ser —como señaló Leonard Woolley— muy semejante a la de la actual ciudad amurallada del norte de África: la misma red de calles angostas o, mejor dicho, callejuelas, tal vez de no más de dos metros y medio de ancho, con las mismas casas de uno, dos y tres pisos, las mismas azoteas útiles, los mismos patios

interiores y, por último, la pirámide empinada del zigurat dominándolo todo, al igual que las torres de la mezquita dominan hoy la ciudad musulmana. Más allá del recinto amurallado pero espacioso del templo se extendía una serie de vecindarios más o menos coherentes en los que santuarios y templos más pequeños estaban al servicio del vecino. Al parecer, cada ciudadano en la antigua Mesopotamia pertenecía a un templo determinado y a su dios, y trabajaba para él. La base de la «ciudadanía» residía en esta afiliación religiosa específica. Frankfort señala que una comunidad del templo —con la forma visible de la «unidad vecinal»— comprendía sacerdotes, funcionarios, jardineros, artesanos, canteros, mercaderes e incluso esclavos, es decir, todo el pueblo del dios. Durante un largo tiempo los habitantes fueron súbditos o siervos ligados a su señor religioso, no ciudadanos: recibían órdenes pero, probablemente, no se atrevían a darlas, ni siquiera en la forma en que un consejo de aldea podía impartirlas a sus miembros. La *Descripción de la ciudad de Asur*, que data aproximadamente del año 700 a. C., cuando Asur ya no era una ciudad real, registra la existencia de treinta y cuatro templos y capillas. Todas las características de la ciudad arcaica revelaban la creencia en que el hombre no había sido creado con más propósito que el de alabar y servir a sus dioses. Tal era la razón última de la existencia de la ciudad.

Si bien es probable que sea justa la comparación que hace Woolley entre ciudades antiguas y modernas de Oriente Próximo, toma en consideración la ciudad arcaica en una fase tardía, cuando, como ocurre en el caso de nuestras ciudades del final del medievo, el apiñamiento humano, la congestión de edificios y una insensata acumulación de ruinas eliminaron los espacios abiertos con que empezó la ciudad. Sin embargo, incluso en un punto avanzado de su desarrollo sabemos que había campos abiertos dentro de las murallas de Babilonia; y una gran parte de los habitantes de las ciudades antiguas trabajaban en los campos

y huertos exteriores, como lo hacen aún hoy en muchas poblaciones rurales de Grecia e Italia. Estos «huertos de reparto» agrícola se conservaron tal vez dentro de las murallas durante un largo tiempo, puesto que, junto con el ganado, constituían una garantía contra el hambre durante un sitio prolongado.

Pero, desde temprana fecha, los usos rurales negligentes para la eliminación de la basura y el excremento se convirtieron en una amenaza en los sectores urbanos más populosos, sin que, aparentemente, suscitaran suficientes esfuerzos para el perfeccionamiento de las obras sanitarias y la higiene. Entonces, como ahora en África, señala Woolley, «la basura barrida de los suelos de las casas y el contenido de los depósitos de basura se arrojaba a la calle sin más», tan ininterrumpidamente que, en estas ciudades antiguas, los niveles de las calles ascendían gradualmente y las casas nuevas se construían por encima del nivel sobreelevado de la calle, en tanto que los umbrales de las casas viejas habrían de hundirse bajo ese nivel.

Durante miles de años los habitantes de las ciudades mantuvieron medios sanitarios defectuosos, a menudo absolutamente detestables, revolcándose en la basura y la mugre que, ciertamente, tenían medios para eliminar, pues la faena ocasional de su eliminación apenas podría ser más repugnante que el caminar y respirar con la presencia constante de semejante inmundicia. Si se tuviera una explicación clara de esta indiferencia ante la suciedad y el mal olor que resultan repulsivos a muchos animales, incluyendo a los cerdos, que se preocupan por mantenerse limpios y por mantener limpios sus dominios, también podría tenerse una clave en cuanto al carácter caprichoso y lento del propio perfeccionamiento técnico en los cinco milenios que siguieron al nacimiento de la ciudad.

Pero esta descripción tiene otro aspecto, que se descubre en la descripción bíblica de las nuevas ciudades de los levitas en Palestina y que también se halla en un fragmento aún más antiguo

de un poema que ya he citado. Había más claridad y belleza natural en el *ambiente* urbano de cuanto podemos sospechar a través de las ruinas polvorientas. Cualquiera que fuese la unidad que representaba la palabra *sar*, en Uruk, de acuerdo con Gilgamesh, «un *sar* es población, un *sar* es huerta, un *sar*, pozas de arcilla, medio *sar*, templo de Ishtar». Tres *sar* y el recinto sagrado abarcaba Uruk; así, la mitad de la ciudad estaba dedicada a espacios abiertos. Lo que el traductor llama pozas de arcilla podía en realidad ser un suburbio, con casas separadas y jardines o tal vez un cinturón verde de huertas. Ciertamente, la gran cantidad de tierra cultivada sugiere un fácil acceso al aire libre, la salutífera luz del sol y el espectáculo de cosas en crecimiento. Mientras que la ciudad no pasó de los treinta mil habitantes, su cinturón verde exterior fue más accesible a pie desde el centro de cuanto lo es hoy, incluso en una *New Town* inglesa; y si se exceptúa la expansión exterior de la ciudad, estaba incluso menos expuesta a intrusiones no agrícolas.

6. Reflejos contemporáneos de la ciudad

Hasta las excavaciones parciales de las ruinas le proporcionaron al arqueólogo muchas claves para reconstruir tanto la vida como la forma de las ciudades antiguas: pero cuando trata de juntar los huesos secos e infundirles vida, el modelo gráfico no solo resulta demasiado evidentemente «sintético», sino, lo que es peor, inerte. Hay que volverse hacia el arte antiguo, es decir, hacia las leyendas y las representaciones gráficas para llenar las formas desgastadas que saca a luz la azada del excavador. Pero, incluso entonces, solo se alcanza una imagen estática, un corte transversal, exento de la vida en su fluir y del movimiento de las multitudes; con todo, este corte tiene un deje de la mano palpitante y del ojo que, originalmente, fueron testigos.

Por mi parte, prefiero limitarme a tres fuentes contemporáneas, a saber, los monumentos que Layard desenterró en Nínive, el plano de Nippur, que data del 1500 a. C. y fue descubierto por el profesor Kramer en la colección Hilprecht conservada en Jena, y la descripción clásica de Babilonia que nos ha dejado Heródoto. Los primeros no solo nos muestran edificios, árboles y jardines, sino también hombres en acción: soldados que asaltan una ciudad desde torres móviles; travesías de ríos a nado con toda la armadura puesta, llevadas a cabo con la ayuda de vejigas; matanzas de cautivos, escalamientos de murallas. Si bien no se trata de la vida diaria de la ciudad, hay que convenir en que es la parte de ella que dejó una cicatriz más profunda en todos sus órganos. Las imágenes carecen de todo sentido de las multitudes, esas que podrían encontrarse en el mercado y en el recinto del templo, pero los contornos están allí. Las esculturas de piedra, los azulejos de colores y las descripciones escritas se confirman entre sí.

El plano de Nippur está más próximo a los esquemas trazados por los arqueólogos, pues tal es la naturaleza de los planos urbanos. Pero su misma irregularidad revela un alto grado de destreza técnica y la capacidad para trasladar figuras irregulares a una superficie plana sin reducirlas a un símbolo convencional. Aquí, en «el plano más antiguo que conoce la historia», se tienen los contornos de una auténtica ciudad mesopotámica, con sus murallas y puertas, así como con sus canales, sus templos (en otra parte, el propio dios Enlil es invocado como una montaña, símbolo de protección), su «encumbrado altar» y su «parque central», así denominado, aunque en realidad no está en el centro.

Por desgracia, resulta imposible identificar la ciudadela; pero la posición saliente del parque central podría sugerir que el palacio y el baluarte, que no están señalados de otro modo por el escriba que compuso el plano, estaban allí, aunque el parque rodeaba posiblemente el palacio, como ocurre en el caso del Palacio

Pitti, en Florencia. El canal de veinticinco metros de ancho divide la ciudad, *grosso modo*, en dos partes iguales, indicando la situada al sureste el *temenos* de la Casa de la Montaña, el templo principal. Este mapa urbano no solo señala la disposición de los principales elementos de la ciudad —los canales, los parques, los recintos cívicos— sino también la presencia del tipo de conocimiento y destreza profesional capaces de pensar en abstracciones y de representarlas; de modo que, aunque no supiéramos nada sobre las matemáticas babilónicas, tendríamos que suponer su existencia. Si queremos rellenar estas imágenes arcaicas, hemos de complementarlas con una descripción literaria, esta vez no procedente de un arqueólogo sino de un testigo ocular que solo alcanzó a ver las ruinas, tal vez reconstruidas en parte por tercera vez, de la caída ciudad de Babilonia.

Las observaciones de Heródoto son tanto más importantes cuanto que, en su siglo, el poder y la influencia iban dejando las ciudades madres de Mesopotamia para irse al este, hacia Irán; al norte, hacia Macedonia; y al oeste, al igual que al norte, hacia Roma. La última de las grandes ciudades de esta región, y acaso la más grande de todas ellas, que unió los elementos más antiguos en su civilización, fue Babilonia.

«He aquí —escribe Heródoto— la disposición de la ciudad: está situada en una llanura extensa, cada uno de sus lados mide ciento veinte estadios, su forma es cuadrada. El perímetro de la ciudad arroja ochenta estadios. De manera que la extensión de Babilonia es notable, y fue edificada como no lo ha sido ninguna de las ciudades que conocemos. En primer lugar, la rodea un foso ancho y profundo, lleno de agua, y después tiene un muro de cincuenta codos reales de ancho y de doscientos codos de alto: el codo real tiene una longitud de tres dedos más que el normal. Aquí debo decir además en qué fue utilizada la tierra extraída del foso y cómo fue edificado el muro. Al mismo tiempo que abrían

el foso hacían ladrillos con las tierras extraídas y cuando habían modelado un número suficiente de ellos los cocían en hornos. Usaban como cemento asfalto caliente y a intervalos de treinta hileras de ladrillos intercalaron esteras de cañas. Fabricaron de esta manera primero los paramentos del foso, y luego el muro mismo. En lo alto del muro, arriba de todo, construyeron casamatas de un piso unas encaradas a otras; por el espacio que mediaba entre ellas podía pasar una cuadriga. En el circuito del muro hay cien puertas, todas de bronce; [...] la ciudad tiene dos barrios, porque por su centro la divide en dos el río Éufrates, procedente de Armenia; es muy caudaloso, muy hondo y de curso muy rápido; desemboca en el mar Rojo.

»En ambas orillas el muro tiene estribaciones que llegan hasta la corriente, y desde ella se extiende a lo largo de ambas márgenes un vallado hecho con ladrillos cocidos. La ciudad misma, repleta de bloques de tres y cuatro pisos, está seccionada por calles rectas, unas paralelas al río y otras transversales que conducen a él. Y al final de cada calle transversal hay una poterna abierta en el muro de ladrillo; concretamente, hay tantas poternas como calles transversales. También estas poternas eran de bronce y conducían igualmente hasta el río.

»Este muro es también la coraza de la ciudad, pero un segundo muro corre alrededor de él por su parte interior y no tan recio como el otro, es algo débil, porque es más delgado. En el centro de cada uno de los barrios de la ciudad se levanta un edificio; el de un barrio es el castillo del rey, amurallado con muros fuertes y resistentes, el del otro es el templo de Zeus Belo, que tiene portales de bronce. Este templo existía todavía en mis tiempos [...]. En el centro del recinto del templo hay edificado un torreón macizo, de un estadio de largo y de ancho; sobre este torreón hay edificado otro, y sobre este segundo un tercero, y así sucesivamente, hasta llegar a ocho torreones —en otras palabras, un zigurat, forma que

se conservó sin modificaciones fundamentales durante decenas de siglos—. Por su parte exterior se ha hecho un acceso circular a todos los torreones. Cuando uno está más o menos a la mitad de la subida encuentra un lugar con asientos para descansar; los que suben se sientan en un gran templo; en su santuario hay una cama muy capaz con su paramento dispuesto, y junto a ella una mesa de oro». La antigua ceremonia de la fertilidad mediante la cual el rey divino aseguraba mágicamente la continuidad de las funciones de procreación en toda la naturaleza aún se celebraba bajo auspicios sagrados o, por lo menos, su tradición había perdurado viva en el recuerdo.

Aunque Heródoto solo pudo haber visto las ruinas destrozadas de esta gran ciudad, su proximidad a ella le permitió recoger un último hálito de vida, algo que difícilmente pueden contener ya hasta las más ricas ruinas arqueológicas. Su relato resultaría precioso aunque solo nos describiera cómo una corriente tributaria llevaba al Éufrates los trozos de betún, tan útiles para el calafateo, los cuales flotaban así hasta Babilonia, o bien cómo los comerciantes que llevaban cascos de vino de palma usaron la tradicional balsa redonda, de juncos ligados, con cuadernas de sauce, cubiertas con pieles, para llevar mercancías a la ciudad; tras lo cual vendían las cuadernas —la madera era valiosa en la llanura exenta de árboles—, cargaban los cueros en un burro que habían llevado a bordo y volvían por tierra a las colinas de las que procedían, pues la rápida corriente del Éufrates no les permitía hacer uso de la pértiga para propulsar la balsa contra la corriente.

Tanto en la descripción de Heródoto como en las de los arqueólogos, solo parece difícil descubrir un grupo de los que figuran en la vida urbana. ¿Dónde están los niños? Sabemos que pasaban parte del día en la escuela; los registros de Ur no solo nos muestran una escuela sino que, asimismo, recuerdan un pequeño soborno amistoso al maestro, invitándolo a cenar en casa. De una

carta sumeria, que data del 3700 a. C., recogemos una imagen más clara del adolescente, excusado por un padre demasiado indulgente de trabajar en los campos, llevando juncos, cavando y arando. Sin nada importante que hacer cuando terminan las clases, el ocioso jovencito callejea, según su padre, y pierde el tiempo en la plaza pública. Busca el placer, es algo insolente e indiferente, según parece, a las ocasiones que le brinda su profesión heredada, pues carece de inclinación a seguir la profesión de su padre, la de escriba. Este pequeño toque de vida real, que ha puesto ante nuestra mirada el autor de *La historia empieza en Sumer*, cierra de pronto el abismo de milenios que nos separa de estos primeros habitantes de la ciudad. El drama humano del padre enfadado pero cariñoso y del hijo rebelde que se aburre nos resulta muy de actualidad.

La ciudad, tal como la descubrimos por primera vez, parece pertenecer exclusivamente a la población adulta. Es probable que la mayor parte de la población infantil trabajara en los campos, como indicaría el fragmento precedente, salvándose, mediante su labor agrícola, tanto de la escuela como de la delincuencia. ¿Pero dónde, en estas calles congestionadas, en estas estrechas callejas y estos barrios asfixiantes, juegan los niños normales? Pasarán miles de años antes de que, en el corazón de la ciudad, en los terrenos en torno de la escuela y en los campos de juego próximos —primero en las ciudades medievales, pero sobre todo ahora en las *New Towns* británicas— las actividades lúcidas de los niños reclamen grandes franjas de espacio abierto.

7. Egipto y la ciudad abierta

La historia de la ciudad que se revela en Mesopotamia no puede repetirse en lo concerniente a Egipto sin un gran número de distinciones, contrastes y particularidades. Este hecho subraya una

verdad más general relativa a las ciudades: su marcada individualidad, tan fuerte, tan llena de «carácter» que, desde el comienzo hace que posean muchos de los atributos de las personalidades humanas.

La civilización naciente del cuarto milenio antes de Cristo presenta muchos de los mismos rasgos enérgicos en Egipto que en Sumer; a decir verdad, en sus absolutismos centralizados, en la avasalladora devoción al culto religioso, en su deificación del faraón, quien durante tanto tiempo compartió con los dioses el don de la inmortalidad, esta implosión y esta concentración de poderes y agentes parecen ir más lejos en Egipto que en Mesopotamia.

En Egipto había mucha turbulencia en la superficie cultural, abundancia de dioses grandes y pequeños, una buena provisión de tótems tribales, una mezcla de lo eterno y lo efímero, de lo animal y lo humano, como si todas las manifestaciones de la vida fueran preciosas y ninguna parte de ella que alguna vez hubiera evidenciado vida pudiera ser negada o perdida. Pero todo esto solo son raspaduras y garabatos en un vasto monolito de granito profundamente asentado en el lodo del Nilo, el cual presentaba poco desgaste en sus formas principales desde hacía miles de años. Para los egipcios no había nada tan valioso como la segunda vida, después de la muerte; y la población primitiva debe, al menos, de haber soñado con tener una participación en la inmortalidad antes de que los sacerdotes, como respuesta a una devastadora revolución popular, concedieran a todos la posibilidad de un tránsito al cielo, garantizado por la momificación y los conjuros mágicos. Después de esto, todo volvió más o menos a su situación inicial.

Pero en vano se buscan en Egipto restos visibles de la ciudad comparables con los que se hallan en Sumer y que datan hasta del 2.500 a. C., pese a que las pirámides sean antiquísimas y perdurables de una manera más inconmovible. Un estudioso contemporáneo ha llegado a decir, tal vez en tono de burla, que la

ciudad egipcia no existía hasta el 1500 a. C. Esta afirmación, más que un desafío a futuros excavadores, es un llamamiento en pos de una definición de ciudad más adecuada que la que hasta ahora ha contentado a urbanistas y sociólogos.

Cierto es que no se halla en el valle del Nilo, en un comienzo, la ciudad arquetípica de la historia, la urbe amurallada, con límites claros y sólidamente almenada, construida para perdurar. Con excepción de la ciudad, todo lo demás parecería haber hallado en Egipto una forma duradera. Los templos de Luxor y Karnak han ostentado sus majestuosos contornos a través de los tiempos históricos: las pirámides grandes y pequeñas aún hoy son visibles, pese a que la moda de las pirámides floreció y murió casi con tanta rapidez como la moda de las complejas fortificaciones estrelladas de fines del Renacimiento. No son pocas las muestras de estructuras independientes que atestiguan la exaltación universal del poder al comienzo de la civilización: obeliscos, paseos majestuosos para procesiones, columnatas, esculturas de granito y diorita en escala magna, todo esto atestigua la clase de vida que esperamos encontrar en la ciudad. Pero la ciudad es transitoria. Cada faraón construye su propia capital, sin deseo alguno de proseguir la obra de sus predecesores o de engrandecer su misma ciudad. Su hogar urbano le es tan exclusivo como su tumba... y tal vez por los mismos motivos egoístas. Incluso cuando se respeta el mismo solar general, como ocurre en el caso de Tebas, el desarrollo se lleva a cabo mediante una suerte de negligente acrecentamiento suburbano.

Pero es evidente que, si acierto al pensar que el arte monumental constituye uno de los rasgos más seguros de existencia de la ciudad clásica, la ciudad está inevitablemente «ahí». Del mismo modo podemos observar todas las instituciones especializadas y complementarias de la ciudad en los pequeños modelos de madera que se han sacado de las sepulturas: la carnicería, la barcaza, el

establecimiento del embalsamador, la panadería; y, por supuesto, hay templos y palacios de las mayores dimensiones desde mucho antes del 1500 a. C. Debió haber, también, centros visibles de control, pues el oficio de gran visir apareció ya en la Cuarta Dinastía, con el personaje que se desempeñaba como presidente del tribunal, jefe de los archivos y el tesoro y mayordomo de palacio, es decir, gobernador militar de la ciudadela. Todas ellas son funciones cívicas esenciales.

Ahora bien, si no se puede descubrir la ciudad con la misma forma arquitectónica que encontramos en Mesopotamia antes del periodo relativamente tardío de Tell-el-Amarna (a comienzos del siglo XIV a. C.), esto se debe, tal vez, a que la ciudad amurallada fue, en Egipto, una forma «primitiva» cuyas características militares desaparecieron cuando los grandes faraones establecieron un orden universal y un mando unificado, que se fundaban principalmente en la fe religiosa y el apoyo voluntario, y no en la coerción física. Esta ideología predominó a lo largo del valle del Nilo. Es un hecho seguro, como destaca H. W. Fairman, que, durante el periodo de Negada II, había poblaciones con murallas circundantes de ladrillo. En las paletas de piedra de los tiempos predinásticos tardíos y de las primeras dinastías, las poblaciones aparecen como círculos u óvalos, rodeados por fuertes muros, a menudo provistos de contrafuertes.

Quizás esto explique el de otro modo inexplicable jeroglífico que corresponde al concepto de ciudad: un cercado ovalado o circular, cuyas encrucijadas (si es que se trata de encrucijadas) dividen a la ciudad en cuatro sectores. Si esto constituye en realidad un plano simbólico, se trataría del mejor símbolo posible de la ciudad clásica. El hecho de que este signo se empleara desde el comienzo mismo de la escritura insinúa que tiene un origen todavía más antiguo; a decir verdad, en sí misma la forma circular haría probable una procedencia arcaica, si bien se la encuentra repeti-

da, aparentemente, en poblaciones hititas posteriores y aunque se halle un diseño análogo en antiquísimas vasijas predinásticas. La ciudad de El Kab, en el Alto Egipto, entre Latópolis y Hieracómpolis, se encuentra en una zona rica en tumbas que datan de las Dinastías Quinta y Sexta. La ciudad más grande, encerrada por un muro de unos doscientos metros cuadrados, floreció probablemente hacia 1788-1580 a. C. Pero este muro corta el de una población más primitiva en forma de óvalo o círculo, protegida por un muro doble. Tanto la forma como la fecha resultan significativas.

En Mesopotamia, cada ciudad constituía un mundo separado. En el Egipto faraónico las ciudades no contenían, probablemente, una parte tan grande de la población: las funciones de la ciudad —cercamiento, asamblea, mezcla— las desempeñaba la tierra misma. El desierto y la montaña constituían la «muralla»; los nomos y los grupos totémicos formaban los «barrios», y las tumbas de los faraones y los templos servían de «ciudadelas» de otro mundo. Era el propio faraón, y no la deidad familiar de la ciudad, quien encarnaba a la comunidad: sus poderes divinos se difundían por todo su dominio. Pero en el periodo predinástico y en las dos grandes recaídas en el feudalismo local y la dispersión, si nos atenemos a la descripción de Jacques Pirenne, las ciudades fueron entidades separadas y autónomas, cuyos ciudadanos estaban exentos de las restricciones de la servidumbre, podían viajar a voluntad y estaban en condiciones de emprender negocios privados, por lo menos en el Bajo Egipto. Curiosamente, esta «recaída» en la autonomía ofrece un estrecho paralelismo con una similar evasión del control central y una expresión parecida de independencia municipal en la Edad Media europea, después de la caída del Imperio Romano de Occidente.

¿No es posible, pues, que el éxito mismo del sistema político-religioso de los faraones, después de Menes, eliminara la necesidad del centro de control amurallado? El éxito de las primeras dinastías

en desarrollar una forma religiosa de gobierno, centrada en un rey que era aceptado popularmente como un dios vivo, modificó en dos sentidos el problema de la construcción de la ciudad. Suprimió la necesidad del cercamiento como medio de coerción y control; y creó un tipo singular de ciudad, que solo se desplegó del todo en Egipto: la ciudad de los muertos. Alrededor de las pirámides centrales de Gizeh encontramos una auténtica organización urbana de cadáveres, con las tumbas dispuestas en hileras ordenadas, en calles y callejuelas; las mastabas de los nobles tienen incluso la apariencia de casas. Con una inversión tan costosa para la permanencia en estas estructuras monumentales, no es muy asombroso que la ciudad de los vivos careciera de los medios, y acaso también de la voluntad, para asumir una forma más duradera.

En esta teología invertida, los muertos tenían preferencia sobre los vivos; y de esto se seguía que al campesino se le permitía permanecer en su aldea y su pequeña villa de mercado, y que para las necesidades ordinarias de la vida bastaba con la cultura rural. Por más que esta civilización produjo en abundancia registros escritos y monumentos, por su procedencia están restringidos a las clases dominantes. Excepto en ocasión de las grandes festividades, que atraían enormes masas humanas a las comunidades de los grandes templos, como Abidos, no era necesario arrastrar a aquella población rural dócil y satisfecha a los poderosos centros urbanos. Felices con sus dioses menores y sus obligaciones también menores, en el campo, la casa y la granja, seguían de buena gana al benigno gobierno del faraón. Si sus funcionarios recolectaban una parte de la cosecha, también mantenían en buenas condiciones el sistema de regadíos y restablecían los límites entre las aldeas después de las inundaciones anuales. Esa ley y ese orden aseguraron, a la larga, una mayor prosperidad para la población en aumento.

Hasta que los señores feudales, en sus baluartes locales, y los posteriores invasores extranjeros desafiaron a la monarquía

central, el poder político fue más allá de las limitaciones de la ciudad y no manifestó necesitarla militarmente. Las mismas capitales reales siguieron teniendo un aire momentáneo e improvisado: solo las tumbas y la ciudad de los muertos se construían como para una ocupación permanente. Todavía entre 1369-1354 a. C., la nueva capital de Akhenatón solo fue habitada durante dieciséis años. Pero las ciudades de templos, como Menfis, continuaron siendo comunidades sagradas durante mil quinientos años.

Si no había murallas entre las ciudades predinásticas o las de las primeras dinastías y las del Imperio, ¿algún otro modo de organización produjo las mezclas e intercambios propios de la ciudad encerrada entre piedras? ¿En qué forma existían, si es que existían, estas funciones urbanas después de quedar unificados el Alto y el Bajo Egipto? ¿Es posible hablar, en tal situación, de una implosión urbana, lo mismo que de una estructura urbana?

Hasta aquí, al analizar las partes integrantes de la ciudad, he hecho hincapié en la función esencial del receptáculo cerrado, que concentró los agentes sociales y les dio un campo delimitado que promovió la máxima interacción. Pero la ciudad no es tan solo un recipiente: antes de contener algo ha de atraer a la gente y a las instituciones que prolongan su vida. A este aspecto de la vida de la ciudad, Ebenezer Howard le concedió, en justicia, el nombre de imán; y este término resulta tanto más eficaz para la descripción cuanto que asociamos con el imán la existencia de un «campo» y la posibilidad de acción a la distancia, visible en las «líneas de fuerza social» que atraen hacia el centro partículas de una naturaleza diferente. La religión organizada desempeñó tal función en la ciudad primitiva, pues la religión constituía la mejor parte de la vida; de hecho, a través de la religión los hombres realzaban su propia vitalidad, así como la de sus cosechas y animales; y, a través de la inmortalidad atribuida a los dioses, el hombre se sintió alentado para tomar medidas a fin de asegurar su propia

inmortalidad; en primer término el faraón, pues también él era un dios, pero, más tarde, también todos los hombres que habían obedecido las leyes, asistido a las ceremonias y tratado al prójimo con orden y justicia, conforme con el espíritu de Ma'at.

Aquí apreciamos una diferencia significativa entre Egipto y Mesopotamia desde los primeros tiempos. En Mesopotamia, el rey no era un dios, y los dioses mismos no eran, con unas pocas excepciones, ni amantes, ni razonables, ni admiradores de la virtud cívica: en realidad, más de un registro se refiere a la imposibilidad de complacerlos o de ganar su favor mediante la buena conducta.

«Inseguridad» e «intimidación» son términos que cubren todos los registros mesopotámicos; y hasta en las escuelas se mantenía a un funcionario con un látigo, para que conservara el orden. Estas costumbres dejaron su huella en todos los aspectos de la vida, en reiterados actos de crueldad y violencia, que alcanzaron una culminación indudable con la caprichosa ferocidad del monarca asirio Asurbanipal. Los mismos poderes cósmicos, en vez de dotar a los gobernantes de las virtudes más humanitarias, sancionaban una política de terror, a tal punto que, todavía en los tiempos de Hammurabi, el código mismo de la ley al que debe su fama contenía una interminable lista de delitos, muchos de ellos triviales, punibles con la muerte o la mutilación, con arreglo al estricto principio de ojo por ojo y diente por diente, agregándose, a veces, unos cuantos órganos más de propina. Incluso sin el incesante estallido de guerras, había una corriente subterránea de terrorismo y castigos sádicos en dicho régimen, similar a la que se ha revivido en los Estados totalitarios de nuestra época, que tantas semejanzas tienen con estos absolutismos arcaicos. En tales condiciones, la cooperación necesaria de la vida urbana exige la aplicación constante del poder policial y la ciudad se convierte en una especie de prisión cuyos habitantes están bajo vigilancia

constante: un Estado no solo simbolizado sino efectivamente perpetuado por la muralla y sus puertas atrancadas.

Dos grupos de dioses descollaban sobre el resto del panteón egipcio: Ra y Osiris, Ptah y Hathor. El sol benéfico y las fuerzas de la fertilidad y de toda clase de creación. Como consecuencia, en Egipto, el imán, el centro de atracción y aspiración parece haber predominado desde los días más remotos sobre el receptáculo más compulsivo; y acaso esto explica la forma diferente que allí asumió la ciudad. En la vida egipcia había por igual una unidad externa y una unidad interna. A pesar de las diferencias entre el Alto y el Bajo Nilo, el valle entero constituía una sola unidad, con un cinturón casi uniforme de vegetación, cielos serenos, un ciclo climático previsible y una atmósfera benigna. Bastaba flotar con la corriente del río para llegar a la desembocadura o bien izar la vela, una vez que se inventaron estos aparejos, para remontar el río con un viento que, por lo común, viene de popa. En Mesopotamia había que desafiar a la naturaleza, responder golpe por golpe; en Egipto, era suficiente someterse para garantizar que un año sería felizmente como el otro. Esta armonía estática, este profundo equilibrio interior, simplificaron el problema de esgrimir las nuevas fuerzas técnicas que la civilización trajo a luz: la uniformidad exterior iba acompañada por la unidad interior; o, por mejor decir, por una unanimidad dócil y afable.

Como dios, el faraón encarnaba los atributos amistosos del sol y de la vegetación viva y la fertilidad animal; y, ya en el 3000 a. C., observa Breasted, «mando» y «comprensión» se habían convertido en atributos de Ra, el dios sol, el cual, en una u otra forma, se convirtió en el individuo rector de un vasto panteón que contenía unas cuatrocientas divinidades. Para semejante señor, el templo desempeña un papel más importante que el castillo y la guardia armada. ¿Qué necesidad había de ejercer el terror cuando se obtenía tan fácilmente la obediencia, cuando la presencia de un

dios vivo en el medio garantizaba la abundancia y la seguridad, el orden y la regularidad, la justicia en este mundo y, al menos, una inmortalidad delegada en el otro?

8. De centro ritual a centro de control

Después de la Sexta Dinastía, cuando se produjo una ruptura del poder centralizado y se inició un periodo de separatismo feudal, hubo una notable falta de tensiones, si se considera la formidable organización burocrática y paramilitar que era necesaria para recaudar impuestos, movilizar mano de obra y edificar los grandes templos y tumbas: en suma, para gobernar un país que contaría unos tres millones de habitantes. Si existió la «guerra» entre el ascenso de Menes y la invasión de los hicsos, tuvo un papel secundario: a tal punto que la ausencia de murallas alrededor de las pequeñas villas rurales y las aldeas no sería, lo repito, sorprendente. Lo que pasaba por guerra eran gigantescas expediciones, incursiones unilaterales de las que se volvía con malaquita, cobre, madera y oro.

La unidad que los pueblos mesopotámicos solo alcanzaron a través de la activa imposición de la ciudad fue lograda por los egipcios como un don de la naturaleza en el valle del Nilo. Como se ha señalado antes, la región misma presentaba las características de una ciudad amurallada, pues montaña, mar y desierto sirvieron, durante largo tiempo, como baluartes y mantuvieron a los egipcios prácticamente libres de invasiones. Esta misma uniformidad y armonía explican, tal vez, las otras cualidades duraderas de la civilización egipcia: incluso después de conocer periodos de desorganización social, se limitó a volver a las mismas instituciones, bajo la misma dirección religiosa y política que había conocido en su periodo formativo. En semejantes condiciones, la misma

ciudad adoptó, naturalmente, una forma distinta, más abierta, más difusa: en sustancia constituía un centro ritual, un complejo de palacio, templo y altar, probablemente no amurallado en el sentido militar, aunque tal vez cercado de manera simbólica y rodeado por un grupo de aldeas. Esto no diferiría mucho de los antiguos centros rituales y gubernamentales de la civilización maya. Y solo si se considerara que la ocupación densa de una superficie limitada y amurallada constituye el rasgo decisivo de la ciudad arcaica se podría negarle el título de ciudad a esta formación urbana abierta.

Ahora bien, lo que hay que poner en tela de juicio con severidad es precisamente la definición demasiado particularizada de la ciudad: la congestión, las grandes cifras y la muralla circundante son rasgos accidentales y no esenciales de la ciudad, si bien el desarrollo de la guerra hizo que se convirtieran, en efecto, en rasgos urbanos predominantes y persistentes casi hasta la época actual. Más que una masa de estructuras, la ciudad es un complejo de funciones relacionadas y en constante interacción; no solo una concentración de poder sino una polarización de la cultura.

Como observa Morley respecto a la relación de Landa sobre una nueva colonia imperial entre los mayas, es evidente que «está describiendo una ciudad, incluso en el sentido actual de la palabra. Sin embargo, es necesario reconocer la existencia de dos diferencias importantes: en primer término, los centros mayas de población no eran tan concentrados ni estaban tan densamente apiñados en bloques congestionados como nuestras ciudades modernas. Por el contrario, estaban esparcidos por extensos suburbios, cuya densidad de población era más escasa, como una orla de pequeñas formaciones continuas; es decir, un tipo de ocupación suburbano, a diferencia del tipo urbano más concentrado. En segundo término, los grupos de edificios públicos, templos, santuarios, palacios, pirámides, monasterios, juegos de pelota, observatorios y plataformas de baile no estaban, por lo común, dis-

tribuidos a lo largo de calles y avenidas [...]. Los edificios, en cambio, se levantaban alrededor de patios y plazas, que eran recintos religiosos, sectores gubernamentales y comerciales de la ciudad». Estoy plenamente de acuerdo con esta interpretación más amplia de la ciudad; el núcleo social es más significativo que cualquier manifestación física pues, en este caso, los propósitos humanos ideales prevalecen sobre los agentes y medios preliminares.

Pero en una época más reciente de su desarrollo, y por la misma razón, el tipo de cercamiento de la ciudad mesopotámica parece haber tenido lugar también tanto entre los egipcios como entre los mayas. Pedro Armillas ha señalado que la crisis que se supone tuvo lugar en la sociedad mesoamericana hacia el año 900 de la era cristiana determinó el paso de una organización teocrática a una secular-militarista, «en que la religión siguió siendo una fuerza poderosa de control social, pero los sacerdotes quedaron en una posición subordinada de poder temporal y se produjo un cambio correlativo en la pauta de asentamiento». Antes de esta crisis, casi todos los emplazamientos conocidos estaban en terreno abierto, sin medios naturales y, aparentemente, sin medios artificiales de defensa. Esto explicaría la existencia de una «ciudad» temporal con una pauta abierta y más porosa, con un lugar más amplio para la aldea y con un modo de vida más pacífico y, cabe suponer, cooperativo.

Unos buenos cuatro mil años y una extensión equivalente de millas separan a las ciudades mayas de las ciudades egipcias de las primeras dinastías. Hasta ahora solo ha podido establecerse entre ellas un vínculo vital en sus formas. Unas y otras florecieron, primero, bajo un orden político seguro, del que la guerra estaba ausente o casi ausente, en el que la fuerza se reducía al mínimo y el monopolio del poder sagrado y del conocimiento sagrado por parte de las clases dominantes, los nobles y sacerdotes con múltiples privilegios, fue aceptado sin serias disputas durante un

largo periodo. En estas condiciones, la minoría de la ciudadela no tenía necesidad de protección contra las aldeas vecinas, que eran populosas, más fuertes potencialmente, pero que se sometían. Si estas condiciones hubieran sido universales, la ciudad abierta podría haber sido siempre el tipo predominante: abierta pero, aun así, con sus cohesiones e interacciones, una verdadera ciudad por sus potencias emergentes y su capacidad creadora.

Hasta aquí, lo concerniente a la génesis de la ciudad egipcia. Todos los elementos fundamentales puestos en acción por la civilización estuvieron presentes desde el comienzo, pero, quizás, al principio no los mantuvieron unidos las murallas urbanas que se habían establecido separadamente sino las murallas naturales comunes que rodeaban al país entero, tales como eran polarizadas no solo por la multitud de divinidades y altares locales sino también por la presencia única del divino faraón, en una especie de monoteísmo político que precedió a todo credo teológico de la misma naturaleza. En resumen, el imán era más importante que el receptáculo porque los presupuestos religiosos eran más persuasivos, en comparación con las presiones y coerciones seculares de Sumer y Acad. Es posible que esto no solo liberara de ansiedad neurótica sino que también disminuyera la tensión psicológica. Por ese sentido de distensión general, por esa disminución del ímpetu ambicioso, la ciudad egipcia podría merecer incluso el calificativo de suburbana; o bien podría ser más exacto, al tiempo que más caritativo, decir que conservó, a pesar de sus enormes exaltaciones físicas, la beatífica docilidad y el tierno sentido de la vida que son propios de la aldea.

Con el tiempo, las formas más típicas de la ciudad hicieron su aparición en Egipto, y es probable que Pierre Lavedan esté en lo cierto al pensar que la misma regularidad de trazado y la misma orientación hacia los puntos de la brújula en sus calles principales caracterizaron tanto a la ciudad secular como a las austeras ciu-

dades de los muertos, como las existentes en Gizeh y Saqqarah. El trazado en parrilla que encontramos, por ejemplo, en Tell-el-Amarna y Kahun es, más que nada, una adaptación negativa al clima: en las amplias calles de Tell-el-Amarna, donde la calle del sumo sacerdote, que probablemente era una avenida principal para procesiones, tenía cincuenta y cinco metros de ancho, había un máximo de exposición al sol tórrido.

Pero si la religión fue uno de los motivos para este orden inflexible, queda aún otro motivo más práctico, que reaparecería en las ciudades coloniales de Grecia y Roma, en las comunas medievales y en los pueblos de los pioneros norteamericanos: la velocidad y la mecanización. Alexandre Moret ha llegado a descubrir una reglamentación de «Nuevas Ciudades» con cartas de privilegio en el Antiguo Imperio. En la época de los faraones, la construcción de ciudades era una operación rápida, en una sola etapa: el trazado geométrico simple era un requisito para la edificación veloz, en particular si se considera que los asentamientos principales, cuando no las ciudadelas, estaban en terreno llano. Los planos más orgánicos, que representan las necesidades y decisiones de muchas generaciones, exigen tiempo para alcanzar su riqueza de forma, más compleja y sutil.

Tal vez hubiera un tipo diferente de urbanismo en las antiguas ciudades rurales que salpicaban todavía la zona administrativa conocida con el nombre de *nomo*, equivalente del condado inglés, con sus aldeas, sus pequeñas villas y su capital política, donde tenían su sede el recaudador de impuestos, el gobernador local y el juez. Es posible que estas capitales políticas fueran reliquias de las plazas fuertes feudales, cuyo desarrollo acompañó la dispersión de la autoridad centralizada hacia el año 2625 a. C., después del reinado de Unis, pero en algunos casos fueron, tal vez, nuevos centros construidos especialmente para la administración. No puede descartarse la hipótesis de Gordon Childe, según la cual

el *nomos*, en Egipto, remplaza en buena medida a la ciudad: esta pauta urbanística abierta, familiar en Nueva Inglaterra, es quizá la versión simbiótica de la ciudad: una alternativa viable para el tipo rapaz que aparecía con la guerra y los recintos amurallados. Así, puede ser que en las ciudades egipcias hubiera diversos grados de orden y regularidad, del mismo modo que había, sin lugar a dudas, diferentes grados de esplendor arquitectónico. Pero cualesquiera sean los desacuerdos que subsistan entre los arqueólogos, en cuanto al origen y la naturaleza de la ciudad egipcia, me parece evidente que todos los elementos requeridos para la implosión urbana estaban presentes y que la ciudad, de una u otra forma, cumplía su función específica, a saber, la de un receptáculo complejo destinado a elevar al máximo las posibilidades de comunicación humana y de transmisión del contenido de la civilización.

La carencia de materiales arqueológicos no debe preocuparnos cuando llegamos a la Dinastía XIX (1350-1200 a. C.), pues para entonces no cabe duda sobre la existencia de la ciudad. No obstante, exhala todavía una fragancia de tierra que testimonia la existencia de una floreciente base rural. Considérese el elogio de la ciudad de Ramsés:

«He llegado a Per-Ramsés y la he hallado en muy buen estado; un bello distrito, sin parangón, conforme con el plan de Tebas. Fue el mismo [Ra quien la fundó].

»La residencia es de vida placentera; sus campos están llenos de todas las cosas buenas; está [llena] de provisiones y alimentos todos los días, sus lagunas de peces y sus lagos de aves. Sus prados están verdes de hierba; sus riberas ofrecen dátiles; sus melones son abundantes en las arenas [...]. Sus graneros están [tan] llenos de cebada y *emmer* [que] llegan cerca del cielo. Las cebollas y los puerros son "para alimento", y la lechuga del jardín, las granadas, las manzanas y las aceitunas, los higos de la huerta,

el dulce vino de *ka* —de Egipto, superior a la miel—, el rojo pez *wedj* del canal de la Ciudad Residencial, que se nutre de flores de loto, el pez *bedin* de las aguas de Hari [...]. Uno se congratula de vivir en ella y allí no hay nadie que diga "¡Quién pudiera!". En ella los pequeños son como los grandes».

Esto no dice nada sobre la forma de la ciudad y muy poco en cuanto a su contenido social, excepto que señala, por lo menos, la posibilidad de un alto nivel de bienestar y satisfacción, fenómeno no ajeno a la muy religiosa homogeneidad que acaso explica por igual el éxito incomparable del Estado egipcio y la forma peculiar de sus ciudades. Todo esto corrobora a Frankfort, cuando este autor insiste en que «todos eran pueblo llano ante el trono». De modo que, incluso en la ciudad, la existencia de una división jerárquica de clases y funciones, de la que procedían muchas de las diferenciaciones estructurales de la ciudad, no impidió que por lo menos los pequeños se sintieran como los grandes y que tal vez hasta aprobaran personalmente esa grandeza.

En resumen: probablemente la ciudad amurallada hizo su aparición en Egipto antes de la centralización dinástica del poder; pero es muy posible que hubiera un largo periodo, una *Pax Egyptiana,* que aminoró por igual las tensiones internas y la necesidad de protección externa. Cuando la ciudad amurallada reapareció, se trataba más de un agente de defensa común contra los invasores extranjeros que de un medio de hacer efectiva la coerción local. Pero a partir del interregno de los hicsos, podría aplicarse con ciertas modificaciones gran parte de lo que ya sabemos sobre las ciudades mesopotámicas, incluso como se aplica a otras poblaciones situadas desde Palestina hasta las tierras altar de Irán y aun más allá. La imagen que ofrecen las ciudades del valle del Indo muestra el orden y el régimen inflexibles que son algunos de los índices de la implosión urbana, con su hipertrofia del control. Si conociéramos más detalles, tal vez tendríamos conciencia de mu-

chas vivificantes diferencias internas y externas, como las que el arqueólogo descubre en las ciudades construidas en terrenos irregulares; particularmente en Asur, la antigua capital de Asiria, o en la capital hitita de Boghaz-Keui, donde los constructores, en vez de atenerse ciegamente a un plan abstracto, utilizaron con audacia el terreno para crear una silueta que, posiblemente, no sería menos sorprendente que la de la Durham medieval en Inglaterra.

Cuando ya se han hecho las concesiones necesarias en lo tocante a variaciones y desviaciones, un hecho más vasto empieza, empero, a despuntar: los dos modelos arquetípicos opuestos de vida urbana parecen haberse formado en los grandes valles fluviales de Oriente Próximo. Uno expresa tranquilidad y confianza; el otro, una tempestuosa incertidumbre; uno, acosado por el peligro y la angustia, acumuló símbolos de poder y se fortificó con pesadas murallas, para mantener a raya a aquellos que «estaban tramando el mal»; el otro, confiando en la beneficencia del sol y el Padre Nilo, consciente de que un año sería como el siguiente, impuso orden en nombre de la justicia y entronizó a la muerte con los alegres ropajes de la vida. En uno, la ciudadela formaba el duro núcleo del poder que, por su explosión misma, se destruyó y destruyó su objeto; en el otro, los rituales orgánicos de la aldea suavizaron y humanizaron todas las nuevas fuerzas de que disponía la civilización; en esa ciudad se seguiría escuchando al «campesino elocuente». Estas oposiciones polares, bajo nuevas máscaras, subsisten todavía.

Así, en el comienzo mismo, el legado urbano se bifurcó, y las diferencias entre los dos grandes sistemas de valles siguen siendo visibles, aunque a menudo estén disfrazadas, a lo largo de toda la historia urbana. De hecho, se abrían dos caminos para el desarrollo de la cultura humana, una vez traspuesta la fase que se alcanzó en la comunidad neolítica, a saber, el camino de la aldea o el camino de la ciudadela, o, para decirlo en términos biológicos,

el simbiótico y el depredador. No se trataba de opciones absolutas, pero señalaban direcciones diferentes. La primera era la senda de la cooperación voluntaria, de la adaptación mutua, de la comunicación y la comprensión más amplias: su resultado sería una asociación orgánica, de naturaleza más compleja, en un nivel más alto que el ofrecido por la comunidad aldeana y sus tierras vecinas. La segunda era la de la dominación voraz, que llevaría a una despiadada explotación y, con el tiempo, a un debilitamiento parasitario: el camino de la expansión, con su violencia, sus conflictos y sus angustias, que convertiría a la ciudad misma en un instrumento, como bien observa Gordon Childe, para la «extracción y concentración del excedente». Esta segunda forma ha dominado, en gran parte, la historia urbana hasta nuestra propia época, y en no poca medida explica el aislamiento y el derrumbe de una civilización tras otra.

Ahora bien, había poderosos elementos de coacción incluso en los momentos más suaves de la organización egipcia, así como hubo muchas jubilosas expresiones de cooperación humana y de enriquecimiento intelectual y emotivo hasta bajo el cetro del más implacable de los monarcas totalitarios de Mesopotamia. En uno y otro caso, muchas de las funciones más elevadas de la ciudad fueron fomentadas y extendidas. Así pues, ni la forma egipcia ni la mesopotámica eran puras, ya que el tipo más cooperativo de agrupación local tendría rasgos que suscitan molestos paralelismos con las sociedades de insectos en su tendencia a la fijación y al «autoembrutecimiento»; en tanto que en las comunidades más lesionadas por ansiedades neuróticas e irracionales compulsiones agresivas había, con todo, un cultivo suficiente de los aspectos positivos de la vida que permitiría crear un sistema de ley y ética, con obligaciones recíprocas, y desarrollar cierta medida de moralidad para los de adentro, por más que un número creciente de estos fueran esclavos, capturados en la guerra, o siguieran siendo los

amedrentados habitantes de aldeas, obligados bajo la amenaza del hambre a trabajar como esclavos. Lo dicho bastará en lo que se refiere a las fuerzas que en las primeras etapas de la civilización dieron lugar a la aparición de la ciudad. Enseguida haremos un balance provisional de los resultados culturales.

9. ¿Arquetipos o genes?

Hacia el año 2500 a. C., todos los rasgos esenciales de la ciudad habían adoptado su forma y encontrado un lugar en la ciudadela, si no en el conjunto de la comunidad urbana. El precinto amurallado, la calle, la manzana, el mercado, el recinto del templo con sus patios interiores, el recinto administrativo y el de los talleres eran, sin excepción, elementos que ya existían entonces, por lo menos de forma rudimentaria; y la ciudad misma, como símbolo complejo y poderoso, que engrandecía y enriquecía la potencialidad humana, era visible. La larga vida de estas instituciones y formas es casi tan notable como el amplio margen de variaciones que han sido capaces de experimentar.

Hasta en el otro lado del mundo, entre los mayas, los incas y los aztecas, hallamos, en los tiempos precolombinos, instituciones y hábitos de vida análogos, concretados en estructuras semejantes, asociados con mitos, ideologías, observaciones científicas, ceremonias y costumbres semejantes, e incluso con tensiones y tormentos psicológicos parejos. Como desde hace mucho se sostiene que la inmigración al Nuevo Mundo cesó hace unos diez o doce mil años, esta semejanza plantea un problema importante. ¿Es la ciudad una morada natural, como el caparazón del caracol, o se trata de un artefacto humano deliberado, de una invención específica que surgió en uno o más lugares bajo la influencia de convicciones ideológicas y presiones económicas urbanas? Una predisposición

nativa para la vida social, incluso para el asentamiento colectivo, bien puede caracterizar a la especie humana; pero, ¿pudo esa tendencia general hacer que en todas partes el hombre produjera la ciudad tan inevitablemente como una araña produce su tela? ¿Las mismas propensiones que dieron al campamento o al poblado una distribución planetaria podrían explicar, asimismo, un complejo cultural de tan múltiples facetas como la ciudad?

Si uno se atiene a las premisas aislacionistas de la generación más vieja de antropólogos y arqueólogos norteamericanos, hay que considerar que las formas de las culturas maya, azteca e inca constituyen una invención completamente independiente del Nuevo Mundo. Esto es posible, pero hay muchos hechos que impiden que sea del todo plausible. Si las culturas fueran, en realidad, tan diferentes como las especies biológicas, estas semejanzas podrían estar tan desvinculadas entre sí como las semejanzas no menos sorprendentes que se observan entre la termitera y el hormiguero. Pero lo que se encuentra en el Nuevo Mundo no es tan solo una colección de casas y edificios, que podrían tener el mismo antepasado común en el poblado mesolítico. Más bien, lo que se descubre es una serie paralela de rasgos culturales: ceremonias de la fertilidad muy desarrolladas; un panteón de divinidades cósmicas; un gobernante enaltecido, autoridad central que personifica a la comunidad entera; grandes templos cuyas formas recuerdan estructuras funcionalmente diferentes como la pirámide y el zigurat; junto con la misma dominación de cierto número de campesinos por un grupo de cazadores-guerreros o (entre los antiguos mayas) una casta sacerdotal aún más antigua. Igualmente, la misma división de castas y la misma especialización de grupos profesionales, y los comienzos de la escritura, de la medición del tiempo y el calendario, incluyendo una inmensa extensión de las perspectivas del tiempo entre los mayas, la cual supera en complejidad y exactitud incluso a lo que sabemos sobre

los periodos cósmicos de egipcios y babilonios. Estos rasgos parecen ser demasiado específicos para haberse repetido espontáneamente en toda una constelación.

Hay que reconocer que se dan muchos contrastes entre las ciudades de Sumer y Egipto y las de los mayas de uno o dos milenios después, como también los hay, por cierto, entre las de Perú y México. Pero estas diferencias son, precisamente, lo que cabría esperar en culturas remotas en el espacio y el tiempo, que se comunican solo a través de un tráfico de ideas llevadas por mercaderes, exploradores e incluso misioneros religiosos, y no por una inmigración en masa o por una invasión armada. Bien puede ser que los vehículos para este salto, embarcaciones e incluso islas, se hayan hundido y desaparecido de la vista para siempre, mucho antes de que las ideas mismas llegaran al Nuevo Mundo. Si la dispersión cultural se inició desde muy temprano, bien podría haber incluido la forma arquetípica de la pirámide o zigurat, pero no el arado ni la rueda; pudo traer el recuerdo de la ciudad sin transportar el buey o el asno. Si la escritura mesopotámica indujo a los egipcios a desarrollar la escritura, según creen muchos arqueólogos, la forma de los jeroglíficos egipcios no dista más de su modelo inmediato que los signos mayas de uno u otro. De este modo, es posible explicar las múltiples diferencias entre los centros urbanos egipcios, sumerios, indios, chinos, camboyanos, mayas, incas y aztecas, sin negar sus semejanzas subyacentes y sin establecer ninguna valla arbitraria, ni siquiera el océano Pacífico, contra la posibilidad de su lenta difusión a partir de unos cuantos puntos. Que la forma piramidal fuera usada como tumba y representara la montaña de la creación entre los egipcios, y que se transformara en un templo para las ceremonias religiosas colectivas entre los mayas y los aztecas, no es menos plausible que la transformación del sistema callejero en parrilla a partir de un símbolo etrusco de orden cósmico, hasta llegar a un trazado

conveniente para fundar villas pioneras en los Estados Unidos... o para especular en bienes raíces.

¿Fue este complejo urbano del Nuevo Mundo consecuencia de una predisposición original hacia la vida urbana que se lleva en los genes? ¿O es un ejemplo de un arquetipo colectivo jungiano, que se transmite de forma aún más misteriosa? ¿O bien es el complejo urbano del Nuevo Mundo resultado de una asombrosa conspiración de accidentes cuya convergencia final con los del Nuevo Mundo sería nada menos que un milagro? ¿Acaso no sería más sensato, ahora que la movilidad, incluso marítima, de los pueblos primitivos está poniéndose en evidencia, admitir que la idea de la ciudad puede haber llegado al Nuevo Mundo desde lejos, aunque no sea posible identificar la ruta y aunque tal vez nunca se obtengan pruebas más palpables? Por desgracia, los publicistas de antes, como sir Grafton Elliot Smith, quienes se precipitaban demasiado pronto a dar una respuesta, desacreditaron este punto de vista. Pero el problema perdura; pues tanto el aislamiento como la difusión son hechos antropológicos, y del mismo modo que algunas invenciones son únicas, otras tienen amplia difusión y se repiten independientemente.

Si la ciudad estuviera de hecho destinada a aparecer cuando determinadas condiciones económicas y naturales favorecen el denso asentamiento humano, su existencia en el Nuevo Mundo plantearía un grave problema, como V. Gordon Childe tuvo la franqueza suficiente de reconocer. Pues el hecho es que la mayor parte de estas condiciones externas naturales parecen notoriamente ausentes. Las ciudades del Nuevo Mundo no surgieron en los grandes valles fluviales del Amazonas, el Río de la Plata o el Misisipi, sino en puntos relativamente poco favorecidos, pobres en medios naturales de comunicación y transporte, y exigieran un máximo esfuerzo humano, para despejar la selva o consolidar el suelo, a fin de obtener sus propios alimentos; a diferencia de la

vida relativamente fácil de los cultivadores de grano y palmeras en el Viejo Mundo. Los grandes caminos entre las ciudades mayas e incas no pudieron existir hasta que una autoridad central estableciera la organización colectiva capaz de construirlos. Incluso en sus periodos más prósperos, las ciudades mesoamericanas se basaban en un sistema inestable de agricultura tropical, dependiendo en gran parte de un solo cereal, el maíz: este sistema confiaba en la rotación de las granjas de cultivo y en la quema de maleza para reactivar la tierra exhausta. No había una presión en favor de la organización centralizada que se originara en la necesidad de controlar las inundaciones o los sistemas de regadío. Sin herramientas de metal, animales de tiro, rueda y arado, esta cultura carecía de la mayor parte de los elementos técnicos necesarios para la primera implosión urbana. Si las condiciones naturales favorecían algo, era la aldea aislada, pequeña, primitiva y trasladable.

Pero si bien los fundamentos económicos de la ciudad del Nuevo Mundo eran inadecuados y si bien estaban ausentes las presiones geográficas, en cambio, su núcleo ideal formador estaba presente: la finalidad se impuso a las funciones. Hasta tiempos históricos recientes, se encuentran pruebas de la fusión de poderes temporales y sagrados que acompañó al surgimiento de la ciudad en el Viejo Mundo. La misma falta de un medio ambiente favorable y de perfeccionamientos tecnológicos se limita a hacer más sorprendente la pauta ideal... y más difícil de explicarla como un desarrollo «natural» en circunstancias estrechamente semejantes a las que hallamos en Oriente Próximo. Es significativo que estuvieran presentes las necesarias condiciones culturales: una orientación de la religión hacia lo alto, el reconocimiento del poder predominante del sol y la concentración de ese poder en la persona de un rey, hacia el cual convergía la vida de la comunidad entera. Los logros políticos e intelectuales, incluso los rigurosos cálculos matemáticos y el sentido del tiempo de los mayas, bastaron para

implantar un nuevo orden, basado en perspectivas cósmicas; y a partir de esa energía espiritual concentrada se configuró la ciudad misma, desde Tenochtitlán hasta Chichen-Itzá. ¿Fue original o derivada esta movilización y esta exaltación del poder? Sobre la base de los datos conocidos no es posible dar respuesta, pero creo que al respecto hay que mantener el espíritu exento de prejuicios.

Está claro que solo se trata de atisbos y especulaciones: los datos no indican ni siquiera remotamente el proceso concreto en virtud del cual la imagen de la ciudad y el propósito de estas instituciones pasaron al Nuevo Mundo o, a decir verdad, si tal cosa ocurrió. Pero las pruebas circunstanciales arrojan, por lo menos, una pizca de duda sobre la probabilidad de la invención totalmente independiente de este organismo sumamente complejo, en fecha muy posterior a aquella en que se formaron las ciudades de Mesopotamia y el valle del Indo. Establecida con éxito la ciudad, tanto como receptáculo permanente o como estructura institucional, capaz de almacenar y transmitir el contenido de la civilización, podía (como imagen) llegar muy lejos, y fragmentos aislados de su cultura, transmitidos principalmente por seres vivos, pudieron arraigarse en un suelo demasiado árido para hacer madurar los primeros mutantes urbanos. Con el tiempo, se establecerían ciudades en regiones geográficas tan desfavorables como el Tíbet, Islandia y los altos Andes.

Ya establecidas, las estructuras físicas y hasta el trazado general de la ciudad podrían ser copiados por grupos que se oponían a uno u otro rasgo de su estructura institucional. Así, gránulos de vida urbana, amontonamientos amorfos de edificios y calles, que solo reproducían las exterioridades más escuetas de una ciudad, sus viviendas apiladas y su mercado, se expandirían por doquier, careciendo a menudo, en su reunión fortuita, de las conveniencias sociales que hasta la aldea posee. Estos gránulos urbanos han estado multiplicándose y uniéndose con gran rapidez en nuestra

época, pero, por grande que sea la masa última, solo por extensión del significado se les puede llamar ciudades, pues son, más bien, conglomerados urbanizados. Para definir a la ciudad es necesario buscar su núcleo organizador, reconocer sus límites, seguir sus líneas de fuerza sociales, establecer sus centros secundarios de asociación y comunicación; y analizar la diferenciación y la integración de sus grupos e instituciones. Si bien la ciudad reunió y soldó en una unidad visible la aldea, el santuario, la fortaleza, el lugar de trabajo y el mercado, su carácter se modificó de una región a otra, de época en época, en la medida que uno u otro de sus elementos dominó al resto y lo coloreó. Pero siempre, como ocurre en la célula viva, el núcleo organizador fue de importancia fundamental para orientar el crecimiento y la diferenciación orgánica del conjunto.

Por consiguiente, en cada etapa hay que distinguir la reunión estrecha de estructuras urbanas, frente a un mero aumento de densidad en la población de la compleja organización dinámica de la ciudad, en la que antiguas estructuras y funciones sirvieron para nuevos fines. Pero hay que recordar la definición de Rousseau: «las casas forman la urbe pero los ciudadanos forman la ciudad». La capacidad para transmitir en formas simbólicas y pautas humanas una porción representativa de una cultura es la gran característica de la ciudad: se trata de la condición necesaria para fomentar la expresión más cabal de las capacidades y potencialidades humanas, hasta en las regiones rurales y primitivas que se hallan fuera de ella. Al hacer esto posible, los primeros constructores de la ciudad actuaron, por cierto, mejor de lo que sabían hacer.

CAPÍTULO IV

La naturaleza de la ciudad antigua

1. Desarrollo de las funciones urbanas

Ya no podemos imaginar que la estructura física de la ciudad fuera —al igual que sus remotas fibras culturales— el producto de un crecimiento completamente súbito. Esta suposición, natural cuando solo se habían descubierto las ruinas de Babilonia, ha quedado anulada por el descubrimiento de una ciudad amurallada más pequeña en uno de los estratos más profundos de Jericó, con un santuario y un tipo singularmente sutil de arte del retrato: muchos milenios anterior a todas las ruinas conocidas en otras partes. Las excavaciones revelan la presencia de grandes cisternas destinadas a asegurar un abastecimiento continuo de agua y que aún rinden cuatro mil litros por minuto. Las casas más antiguas que allí se han descubierto timen formas redondeadas, que hacen pensar en los arcaicos complementos «matriarcales» de la domesticación.

Al parecer, es muy posible que una gran parte del caparazón físico sea anterior a la institución de la realeza: al respecto resulta significativo que la palabra *lugal* (gran hombre, rey) no se haya encontrado en los textos protoalfabéticos. Sin embargo, el cambio de énfasis, el paso del jefe al rey, como el paso del cultivo con la azada al cultivo con el arado, pudo haber estado en curso durante un largo tiempo antes de que resultara finalmente la ciudad en sus dimensiones cabales. Este último acto de organización formal podría haberse producido en un lapso tan pequeño como el que

produjo la evolución de la pirámide funeraria egipcia. Pero, sorprendentemente, una vez cristalizadas las estructuras institucionales de la ciudad, la forma ideal o arquetípica de la ciudad experimentó pocas modificaciones. Iniciada como concentración de una mano de obra bajo una dirección firme, unificada y segura de sí misma, la ciudad ancestral fue, ante todo, un instrumento para la regimentación de los hombres y el dominio sobre la naturaleza, orientando a la comunidad misma hacia el servicio de los dioses.

Esa meta divina santificó todo sacrificio y compensó toda abnegación. Cada una de las instituciones superiores que fomentó la ciudad descansaba sobre esta base inicial; y los mismos principios de dirección se aplicaron, a su vez, a otras instituciones. De esto da testimonio la reprimenda del campesino elocuente frente a la injusticia: «Mira que eres una ciudad que no tiene alcalde, como una compañía que no tiene jefe, como un barco en el que no hay piloto, como una confederación sin caudillo». La responsabilidad personal concentrada, con una correlativa libertad de acción, fue uno de los medios necesarios de gobierno en las comunidades complejas que la realeza transmitió a la ciudad. Pero, por debajo de esta organización, persistió afortunadamente, incluso dentro del gobierno urbano más centralizado, un conjunto más antiguo de costumbres, basado en reverencias ancestrales, participación democrática y ayuda mutua, elementos todos que venían de la anterior aldea.

Al hacer un cómputo de las actividades de la ciudad, debe distinguirse entre dos aspectos: las funciones humanas comunes, que se cumplen en todas partes, pero que a veces se ven muy respaldadas y enriquecidas por la constitución de la ciudad, y las funciones urbanas especiales, producto de sus vínculos históricos y de su singular estructura compleja, las cuales solo se realizan dentro de la ciudad. A fin de conservar con más nitidez en la memoria esta segunda serie de actividades, las resumiré en los términos de movilización, mezcla y exaltación. Pero de estos procesos

y funciones surge una capacidad superior para la cooperación y se ensancha la zona de la comunicación y la comunión emotiva; y de estos elementos nacen nuevos objetivos, que ya no están asociados a las necesidades originales que dieron lugar al nacimiento de la ciudad.

Después de empezar como lugar sagrado, al que grupos esparcidos acudían periódicamente para las celebraciones de ceremonias y rituales, la ciudad antigua fue, ante todo, un lugar permanente de reunión. Las cualidades atrayentes y vitalizadoras de la ciudad pueden haberse visto enormemente acrecentadas por la capacidad de las ciudades de Mesopotamia, instaladas en sus grandes montículos, para sobrevivir a las inundaciones que de forma periódica arrasaban la llanura entera y, con ella, la población de sus aldeas: en vez del arca de Utnapishtim pueden haber sido las primeras ciudades, como sugiere Woolley, los principales agentes que aseguraron la supervivencia en una catástrofe casi aplastante.

Pero las nuevas oportunidades para el hombre, así como los peligros naturales, atrajeron hacia las iniciales instalaciones urbanas a otros pueblos procedentes de regiones más remotas. Diferentes linajes raciales, diferentes culturas, diferentes tradiciones tecnológicas y diferentes lenguas se encontraron y entremezclaron. En un periodo muy remoto ya, los hombres del Delta ocupaban puestos de autoridad en la Ciudad Blanca del Alto Nilo. En todas partes el surgimiento de la ciudad va acompañado, al parecer, de un esfuerzo deliberado por romper el aislamiento y la autonomía de la aldea. En cuanto a Grecia, contamos con la relación histórica de cómo Clístenes mezcló los hombres de las montañas, los hombres de la llanura y los hombres de la costa. Es posible que esta movilización y combinación tuvieran incluso particulares ventajas biológicas, pues en la ciudad desaparecieron los peligros de procrear durante demasiado tiempo con una cepa limitada, y tal vez tuvo lugar una vasta hibridización biológica.

Aunque tal vez sepamos demasiado poco sobre este proceso sumamente complejo, como para intentar aunque no fuera más que un balance limitado de su contribución, las analogías con el cultivo de las plantas y la cría de animales sugieren que el mestizaje urbano pudo haber tenido un efecto similar, dando lugar a acertadas variaciones; de modo que tal vez Flinders Petrie tenía razón en su obra *The Revolution of Civilizations*, cuando atribuía, en cierta medida, al vigor biológico del híbrido una parte de los fenómenos dinámicos de la civilización. Pero estas conjeturas no pueden corroborarse con pruebas.

Sin embargo, en lo tocante a los beneficios del mestizaje cultural caben menos dudas: la ciudad terminó con la parsimoniosa autosuficiencia y el amodorrado narcisismo de la cultura rural. Al poner a gentes procedentes de las partes más distantes del valle en el mismo medio, la ciudad dio un lugar de reunión continuo a los que habían vivido una vida nómada y lanzó el desafío de las experiencias «de afuera» a los que vivían en su seno. El excedente de población producido por estas comunidades ribereñas determinó, en sí mismo, más vastos movimientos nómadas o de colonización, exploración o migración, y a no pocos traslados en masa de poblaciones por la esclavización o la conquista.

Así, lo que empezó principalmente, a lo que parecería, como un sistema de servidumbre glorificada, impuesto a grupos agrícolas domesticados que no podían escapar de este control, se convirtió con el tiempo, por lo menos en parte, en un acto voluntario de elección. Cada vez más gente intentaba acudir a la ciudad e incorporarse a ella por voluntaria adopción y participación. En tanto que en un grupo primario como la aldea o el clan la condición de miembro solo se obtiene por el accidente del nacimiento o del matrimonio, la ciudad, tal vez desde sus comienzos, brindó una oportunidad a extraños y forasteros. Pero la impronta de la aldea era tan fuerte que, durante largo tiempo, los griegos mantuvieron

la ficción de que todos los habitantes de la ciudad eran realmente descendientes de un antepasado común.

El *Estudio de la Historia* de Armold J. Toynbee ha proporcionado a nuestra generación una nueva visión del papel que desempeñan los «conflictos» y «desafíos» en el desarrollo de una civilización no menos que en el de un individuo. Pero lo que curiosamente falta en su ensayo, en lo demás casi excesivamente exhaustivo, es la conciencia de que es en la ciudad —y solo en ella a una escala eficaz, con suficiente continuidad— donde tienen lugar estas interacciones y transacciones, estas propuestas y respuestas.

Si el hombre arcaico hubiera tratado deliberadamente de superar el aislamiento y el enquistamiento de una comunidad demasiado estabilizada, fiel hasta la tenacidad a sus hábitos y renuente a violar sus felices rutinas, no podría haber ideado para este problema una respuesta mejor que la ciudad. El crecimiento mismo de la ciudad dependía de trasladar, por conquista o intercambio, alimentos, materias primas, técnicas y hombres de otras comunidades. Al llevar a cabo esta tarea, la ciudad multiplicó las oportunidades de conmoción y estímulo psicológicos.

Por esta razón, el extraño, el forastero, el viajero, el mercader, el refugiado, el esclavo y, sí, hasta el enemigo invasor, han desempeñado un papel especial en todas las fases del desarrollo urbano. En la *Odisea*, Homero menciona a los extranjeros que hasta una simple comunidad «buscaría fuera»: «ya a los que tienen un arte en servicio de todos, ya adivino, ya médico o ya constructor de viviendas o inspirado cantor que recree con su canto». A diferencia de los campesinos y jefes iniciales, he aquí a los nuevos habitantes de la ciudad. Cuando faltaban, la villa rural permanecía hundida en un provincianismo somnoliento.

Durante una gran parte de la historia urbana, las funciones de receptáculo siguieron siendo más importantes que las de imán; pues la ciudad era ante todo almacén, preservador y acu-

mulador. Por su dominio de estas funciones, la ciudad desempeñaba la última, a saber, la de transformador. A través de sus servicios municipales, las energías de la comunidad se canalizaban en formas simbólicas almacenables. Como ha señalado una serie de investigadores, desde Auguste Comte hasta W. M. Wheeler, la sociedad es una «actividad acumulativa»; y la ciudad se convirtió en el órgano esencial de ese proceso.

No es accidental que el auge de la ciudad como unidad autónoma, con todos sus órganos históricos plenamente diferenciados y activos, coincidiera con el desarrollo del registro permanente; con jeroglíficos, ideogramas y letras, con las primeras abstracciones del número y los signos verbales. Para cuando esto ocurrió, la cantidad de cultura que debía transmitirse oralmente excedía la capacidad de adquisición de un pequeño grupo aunque este se caracterizara por su longevidad. Ya no era suficiente que la experiencia acumulada de la comunidad reposara en las mentes de sus miembros más ancianos.

Esta misma necesidad de anotaciones y signos permanentes era aún más evidente en las transacciones de todos los días: hacía falta algún procedimiento extrapersonal para actuar a distancia, a través de agentes y factores, para dar órdenes y hacer contratos. Las tabletas más antiguas de Ur son meras listas y cómputos que registran cantidades de harina, pan, cerveza, cabezas de ganado, nombres de individuos, los dioses y sus templos; en otras palabras, escuetas anotaciones de hechos destinadas a permitir que la comunidad guardara la memoria de cantidades que, de no anotarse, podrían ser dudosas o pasar inadvertidas.

Por fortuna, el control de estas actividades estuvo al principio, en gran parte, en manos de una casta sacerdotal, exenta de la necesidad constante del trabajo manual y cada vez más consciente de las funciones mediadoras de la mente. Por pasos progresivos de abstracción y simbolización, estos sacerdotes consiguieron conver-

tir el registro en un medio para conservar y transmitir ideas, sentimientos y emociones que nunca antes habían tenido una forma visible o material.

Por medio de estos registros, los gobernantes de la ciudad vivían una vida múltiple: una vez en la acción, otras en los monumentos e inscripciones y una tercera más en el efecto causado por los acontecimientos registrados sobre los espíritus de las generaciones siguientes, al facilitarles modelos que imitar, advertencias contra los peligros, incentivos para nuevos triunfos. Vivir «por» el registro y «para» el registro se convirtió en uno de los grandes estigmas de la existencia urbana: a decir verdad, la vida tal como se registra —con todas sus tentaciones de dramatización excesiva, hinchazón ilusoria y deliberada falsificación— tendió a menudo a convertirse en algo más importante que la vida misma. A esto se debieron las perversiones del monumentalismo, que, irónicamente, culminarían con las fanfarronadas de Ozimandias. Esta tendencia se ha acentuado en nuestros propios días con las películas de cine, que presentan actuaciones ficticias, antes o después del acontecimiento real, a fin de dejarle a la posteridad un registro «fiel».

El desarrollo de los métodos simbólicos de conservación aumentó enormemente la capacidad de la ciudad como receptáculo: no solo albergaba a un número mayor de personas e instituciones que cualquier otro tipo de comunidad, sino que mantenía y transmitía una proporción mayor de su vida que cuanto las memorias humanas individuales podían comunicar de viva voz. Esta condensación y este almacenaje, con el propósito de extender los límites de la comunidad en el tiempo y el espacio, constituye una de las funciones singulares que desempeña la ciudad; y la medida en que la desempeña establece, en parte, el rango y el valor de la ciudad; pues las otras funciones municipales, por esenciales que fueran, son en gran medida subsidiarias y preliminares. Como bien observara Emerson, la ciudad «vive de recordar».

A través de sus duraderos edificios y estructuras institucionales, y de sus aún más duraderas formas simbólicas de la literatura y el arte, la ciudad une el tiempo pasado con el presente y el futuro. Dentro de los límites históricos de la ciudad, un tiempo choca con el otro; y el tiempo desafía al tiempo. Como las estructuras de la ciudad sobreviven a las funciones y finalidades que inicialmente las moldearon, la ciudad a veces conserva para el futuro ideas que había desechado o rechazado caprichosamente una generación anterior; pero, en la columna del «debe», transmite a generaciones ulteriores deformaciones que podrían haber sido eliminadas, si no se hubieran materializado en la ciudad y dejado su impronta en ella, exactamente como el cuerpo transmite como cicatriz o erupción recurrente alguna lesión o algún desorden doloroso de tiempo atrás. Nuestra generación tiene la especial obligación de volver a examinar ese resultado de la vida urbana en el peor de los males crónicos: la guerra.

Sin duda pertenece a la naturaleza misma de los buenos recipientes el que no se modifique su composición por la reacción que tiene lugar en su interior; pues si los recipientes se modificaran con tanta rapidez como sus contenidos, unos y otros desaparecerían. No obstante, si el recipiente urbano fuera demasiado rigurosamente selectivo, perdería algunos de sus atributos más importantes, su capacidad social, su facilidad para satisfacer la vida en muchas formas; no sea que, según dice el poeta victoriano, «una buena costumbre corrompa al mundo».

Así, la jarra urbana que, en términos figurados, contuvo primeramente cebada mesopotámica, contendría también aceitunas atenienses, cerveza egipcia o salchichas romanas. En ocasiones la forma urbana se agrietaría y dejaría filtrar su contenido; una y otra vez se vería arrojada al suelo y se rompería, derramándose su contenido, dañado así para siempre. Este daño reiterado explica, tal vez, la relativa escasez de invenciones mecánicas, ex-

cepto en la guerra, desde que despuntó la Edad de Bronce. Pero, por lo menos hasta el siglo XVII, la ciudad perduró sin ninguna modificación decisiva de su forma: es el molde en que se han enfriado y congelado las actividades del «hombre civilizado».

2. Monopolio de creatividad

Desde el punto de vista de la jerga psicosocial vigente, la ciudad es un receptáculo especial para la conservación y la transmisión de mensajes. En el comienzo, todas sus funciones creadoras estaban vinculadas con la religión, y los mensajes más significativos eran de carácter sagrado. Estos mensajes sagrados, inscritos en las estrellas o en las entrañas de los animales, en los sueños, las alucinaciones y las profecías, correspondían al dominio específico de los sacerdotes. Durante largo tiempo monopolizaron las capacidades creadoras, y las formas de la ciudad expresaron ese monopolio.

Por su naturaleza misma, la creatividad es caprichosa e inconstante y con facilidad la trastornan la coacción, el presentimiento, la inseguridad y la presión externa. Una gran preocupación por los problemas de asegurar la supervivencia animal agota las energías y perturba la receptividad del espíritu sensible. La creatividad, tal como se la había alcanzado inicialmente en la ciudad, surgió en gran parte a través de la apropiación de los medios económicos de producción y distribución por parte de una pequeña minoría, asociada con el templo y el palacio. En la epopeya de la creación, Marduk señala con respecto al hombre: «Dejadle cargar las fatigas de los dioses, para que los dioses puedan respirar libremente». ¿Nos equivocaremos mucho si traducimos esto de la siguiente forma: «Que nuestros súbditos carguen con las faenas diarias para que el rey y los sacerdotes puedan respirar libremente»?

Este pequeño grupo solo se anticipó a apoderarse de vastos recursos, pues sus integrantes no se consideraban con obligación alguna de levantar hasta su mismo nivel la vida de la mayoría de los campesinos y artesanos. Primero, al asumir el control de los poderes sagrados en la edificación de altares y en el desarrollo del ritual; luego, al reservarse los registros permanentes o, mejor dicho, los encantamientos mágicos, las anotaciones matemáticas y las observaciones científicas conservadas en los registros, la casta sacerdotal reforzó la autoridad real que, de otro modo, solo contaba con el respaldo de la organización burocrática y militar.

Muchos de los mensajes cifrados en el templo no fueron nunca más allá de la ranura por la que se los arrojaba; una parte de este conocimiento, en el que figuraban las cualidades de sedantes y anestésicos, se perdió, posiblemente más de una vez debido al propio secretismo que se empleaba para transmitirlo; en tanto que la reiterada destrucción de templos en la guerra hizo un daño mucho mayor que el de mutilar o arrasar simplemente grandes obras de arte. Como resultado de esta combinación de secretos durante los tiempos de paz o durante las destrucciones de la guerra, una gran parte de los logros de la nueva comunidad urbana se dilapidaron desenfrenadamente y una parte aún mayor de su potencial nunca llegará a desarollarse.

Si algo demuestra que la ciudad fue sobre todo un centro de control, mucho antes de convertirse en centro de comunicación, las persistentes restricciones ejercidas sobre la extensión y la comunicación del conocimiento apoyarían esta interpretación. Como ocurre en los Estados Unidos y la Unión Soviética actualmente, la gran misión de la ciudadela consistía en «mantener los secretos oficiales». Estos secretos crearon un abismo entre los gobernantes y los gobernados, que casi los convirtió en diferentes especies biológicas; y solo cuando las rebeliones populares pusie-

ron en tela de juicio los avances mismos de la civilización, alguna parte de estos secretos fue compartida.

Se conserva un amargo lamento ante la primera gran sublevación popular en Egipto, que revela la indignación de las clases superiores por que el populacho irrumpiera en sus recintos, sin limitarse a convertir a sus esposas en prostitutas, pues —y esto les parecía tan deplorable como lo otro— se apoderó de conocimientos que les habían estado vedados. «Los escritos del recinto sagrado [el templo] son leídos [...]. El lugar de los secretos [...] es [ahora] develado [...]. Se divulga la magia» (*Advertencias de Ipu-Wer*, ¿2300-2050 a. C.?).

Pero las clases dominantes, por su monopolio mismo de los procesos creadores, habían descubierto un principio de importancia general para el desarrollo humano. Este principio sigue siendo hoy mismo solo entendido caprichosamente y aplicado de modo intermitente. Me refiero al uso de un retiro y desapego deliberados, para romper el ciclo puramente repetitivo de nacimiento, nutrición y reproducción, o bien de producción, intercambio y consumo. Aunque gran parte de los excedentes producidos en la sociedad urbana se dilapidaban en consumos extravagantes y en actos aún más extravagantes de destrucción militar, una parte considerable se dedicaba al ocio, el tiempo no comprometido, liberado de la rutina diaria, dedicado a la contemplación de la naturaleza y la disciplina del espíritu humano.

A medida que la envoltura exterior de la ciudad crecía, por así decirlo, su interior también se expandía por igual: no solo sus espacios interiores, dentro del recinto sagrado, sino también su vida interior. De ese interior brotaron sueños que adquirieron forma, las fantasías se convirtieron en teatro y el deseo sexual floreció en la poesía, la danza y la música. Así, la ciudad misma se transformó en una expresión colectiva de amor, independiente de las urgencias de la reproducción sexual. Actividades que en

comunidades más toscas solo se manifestaban en ocasión de festejos, pasaron a ser parte de la existencia cotidiana de la ciudad. Y lo que empezó como una transformación global del medio ambiente se convirtió en una transformación del hombre.

Es casi innecesario hacer hincapié en que esta liberación de la creatividad no fue uno de los objetivos originales del asentamiento urbano ni tampoco de la misma implosión urbana; y solo ha caracterizado de manera parcial y limitada el desarrollo de las ciudades. Incluso hoy día, solo una pequeña parte de las energías totales de la comunidad se invierten en la educación y la expresión; sacrificamos mucho más a las artes de la destrucción y el exterminio que a las artes de la creación. Pero a través de la ejecución de actos creadores, en el arte, el pensamiento y las relaciones personales, puede reconocerse en la ciudad algo más que una organización puramente funcional de fábricas y depósitos, de cuarteles, tribunales, prisiones y centros de control. Las torres y las cúpulas de la ciudad histórica son recordatorios de esa promesa aún no cumplida.

3. Exudación cultural

Hasta ahora me he detenido en una fase del monopolio del conocimiento y el poder ejercidos inicialmente por los señores de la ciudadela. Pero, en realidad, este monopolio abarcaba la mayoría de las funciones que luego asumiría y distribuiría colectivamente la municipalidad, solo que después de muchos miles de años. A esto se le podría dar el nombre de ley de exudación cultural.

En la guardia de la ciudadela encontramos el primer ejército y los primeros oficiales de policía; y, aunque no podemos reconocer los edificios separados hasta fecha posterior, también el primer alojamiento de estos funcionarios militares, el cuartel. Asimismo, en la ciudadela encontramos el primer departamento de relaciones

exteriores, la primera burocracia, el primer tribunal judicial (en la puerta del palacio) e, igualmente, en el sector del templo, el primer observatorio astronómico, la primera biblioteca, la primera escuela y el primer colegio; y, no menos importante, el primer «teatro». Todos estos establecimientos florecían en la ciudadela antes de que hubiera equivalentes municipales independientes, que dispusieran de un dominio más vasto para ejercer su influencia, y antes de que se planteara toda cuestión de participación democrática.

Este monopolio regio era válido para gran número de innovaciones técnicas que hicieron su aparición en la ciudadela mucho antes de que se difundieran al resto de la ciudad. Fue en la ciudadela donde aparecieron por primera vez los edificios a prueba de incendio, construidos con materiales permanentes; o donde apareció por primera vez el pavimento. También fue en ella, en una u otra parte de ella, donde, anteriormente al 2000 a. C., se construyeron desagües, vías de agua corriente, baños, inodoros, dormitorios privados; y fue en el recinto del palacio, en una época en que el resto de la ciudad se había convertido en una masa compacta de casas, densamente ocupada, donde el rey y su corte gozaban de lo que sigue siendo el mayor y más aristocrático de los lujos urbanos, a saber, la amplitud de espacio abierto, que se extendía por jardines y paseos, más allá de la vivienda propiamente dicha, a veces formando todo un barrio de villas para nobles y altos funcionarios.

Incluso las artes industriales urbanas deben su existencia, en no poca medida, al patrocinio real, hecho remoto que aún se simboliza en Inglaterra con la leyenda «*in appointment to Her Majesty the Queen*». Las expediciones recolectoras en nombre del rey proporcionaron, por primera vez, los frutos del comercio mediante un proceso unilateral de recolección de materias primas: por orden real se hacían las armaduras, se forjaban las armas y se construían los carros de guerra. Para las esposas y las concu-

binas del rey, y para sus nobles, orfebres y joyeros empezaron a practicar sus artes. Cuando, miles de años después, la fina porcelana de China se introdujo en Europa, no fue por accidente que el nuevo producto se hiciera en talleres reales de la porcelana, como Sèvres, Dresde, Meissen y Copenhague. La producción industrial tuvo su comienzo en los artículos de lujo para la corte; y la misma producción en masa no se inició con artículos de primera necesidad sino con imitaciones baratas de productos suntuarios para las clases altas, lo mismo que la joyería en Birmingham en el siglo XVIII y los automóviles en el siglo XX.

Estos datos sobre los orígenes de la ciudad propiamente dicha, dentro de la ciudadela o «pequeña ciudad», parecen ser de importancia fundamental para llegar a una visión inclusiva de sus funciones y propósitos. En la jerga económica corriente, la ciudadela sirvió como proyecto piloto original de la ciudad; y esto explica el hecho de que tantas características actuales de la ciudad y el Estado lleven la impronta de antiguos mitos y aberraciones mágicas, de privilegios arcaicos y prerrogativas fundadas inicialmente en pretensiones reales; como lo testimonia el mito de la soberanía absoluta. Afortunadamente, al unir la aldea y la ciudadela, el santuario y el mercado, la ciudad aprovechaba todavía el apuntalamiento moral de la aldea: los hábitos del trabajo regular y la colaboración diaria en una tarea común, la crianza, la reproducción y la consagración de la vida. Ni siquiera el santuario de la aldea fue nunca absorbido del todo por el centro ceremonial principal, pues cultos y santuarios subordinados formaban el núcleo de parroquias en Mesopotamia. En Khafaje los arqueólogos han encontrado una unidad vecinal de este tipo, cuyas calzadas convergían hacia el templo.

4. División urbana del trabajo

Aunque aplicamos términos como cazador, minero, pastor o campesino a grupos de la Edad de Piedra, lo que así hacemos, en realidad, es trasladar una acepción urbana más reciente a una fase primitiva de la evolución humana. Si pudiéramos recobrar la mentalidad de los pueblos arcaicos, probablemente comprobaríamos que ellos, ante sí mismos, solo aparecían como hombres que pescaban, pulían la piedra o cavaban según lo reclamaran las circunstancias de lugar y tiempo. Tener que cazar o cavar todos los días, limitándonos a un solo punto y llevando a cabo una sola tarea o una sola parte de una tarea, difícilmente se les hubiera ocurrido a ellos como un modo de vida concebible o tolerable. Incluso en nuestros días, los pueblos primitivos desprecian de un modo tal esta forma de trabajo que sus explotadores europeos se han visto obligados a recurrir a todo género de argucias legales para obtener sus servicios.

La noción misma de división estable del trabajo, de fijación de muchas actividades naturales en una sola ocupación de por vida, de limitación a un solo oficio, data, como indica Gordon Childe, de la época de fundación de las ciudades. El hombre urbano pagó con una reducción de vida personal su vasta expansión colectiva de poder y control ambiental. La antigua comunidad de la Edad de Piedra, al ingresar a la ciudad, quedó desmembrada en diversas partes: castas, clases, profesiones, gremios, oficios.

Pero hay que reconocer que las primeras manifestaciones de especialización y división del trabajo pueden remontarse a la época paleolítica, con los poderes especiales que ejercía el mago o director del ritual; y esto puede haberse producido en una época en que también había, tal vez, cierta especialización de trabajo entre los que se entregaban a las faenas de la minería y la talla del pedernal. Hocart sugiere que la división de las tareas fue, en

un comienzo, una división hereditaria de los oficios en el ritual; y como la mentalidad primitiva considera que el ritual no es menos importante que el trabajo, es más, que se trata de la forma más eficaz de trabajo, no hay ninguna necesidad de suponer que las dos formas de especialización fueran excluyentes: por el contrario, cabría esperar que se hallaran mezcladas y confundidas, del mismo modo que los ritos mágicos de la fertilización se confundían con las tareas prácticas de la siembra y el riego de las cosechas.

Ya antes de que la ciudad adquiriera forma, puede haber existido cierta fijación en castas y ocupaciones especiales mediante la transmisión, en el seno de una familia específica, del conocimiento secreto de procedimientos o técnicas ancestrales. Pero es probable que los primeros especialistas urbanos auténticos fueran los miembros de bandas armadas de cazadores, que desdeñaban el rutinario trabajo diario hecho con las manos, y los guardianes del altar, quienes posiblemente estaban exentos de las faenas manuales.

En las comunidades primitivas, el mismo trabajo es una actividad parcial, que resulta imposible separar por entero de las demás funciones de la vida, como la religión, el juego, el roce comunal e, incluso la sexualidad. En la ciudad el trabajo especializado se convirtió, por primera vez, en ocupación para el día entero y a lo largo de todo el año. Como consecuencia de esto, el trabajador especializado, una mano, un brazo o un ojo amplificado, alcanzó excelencia y eficiencia en lo parcial, en una medida que sería imposible lograr, sin esa especialización; pero perdió contacto con la vida en conjunto. Este sacrificio ha sido uno de los fracasos crónicos de la civilización; tan universal, que se ha tornado una «segunda naturaleza» en el hombre urbano. La bendición de una vida variada, plenamente humanizada y exenta de coacciones profesionales fue monopolizada por la clase dirigente. Los nobles reconocieron este hecho; y en más de una cultura se reservaron para sí el título de «verdaderos hombres».

Desde Adam Smith, todo el mundo tiene conciencia de las ventajas en materia de productividad que asegura el trabajo especializado, mucho antes de la invención de máquinas complejas. El hecho de que la cultura urbana desarrollara esta especialización no fue una de las causas menos importantes de la acumulación de capital y de la elevación de la renta que acompañó el surgimiento de la ciudad, antes de que en las invenciones mecánicas hubiera adelantos comparables. En tanto que muchos de los habitantes de las ciudades arcaicas trabajaban en los campos del templo o tenían granjas en las afueras, una proporción creciente de la población practicaba otros oficios y profesiones; al principio, como servidores del templo y, luego, como artesanos de dedicación parcial o de dedicación exclusiva, que trabajaban directamente por encargo o bien para el mercado.

En la llamada *Sátira de los oficios*, que puede remontarse al segundo milenio antes de Cristo, en Egipto, el autor menciona unos dieciocho oficios diferentes, aparte del suyo propio, el de escriba; pero omite las profesiones más elevadas, de sacerdote, soldado, médico y arquitecto, que debió de considerar reverentemente como muy por encima de la crítica o la denigración; pues, en realidad, si valoraba el oficio que él mismo había elegido era en parte por el privilegio de encontrarse con tan augustas figuras. Los oficios que menciona el escriba van desde el barbero hasta el embalsamador, desde el carpintero hasta el remendón y el curtidor; y en cada caso el escriba hace hincapié en sus penurias, sus mutilaciones y deformaciones profesionales, en comparación con las oportunidades brindadas al escriba, quien vivía con comodidad y se mezclaba con los grandes.

En la ciudad fue posible, por primera vez, pasar una vida entera dedicado a una ocupación fragmentada: el trabajador era una parte remplazable y uniforme en un mecanismo social complejo, una parte fijada en la misma posición, repitiendo las mismas

operaciones, reducida al mismo sector, a lo largo de toda su vida. Petrie observa que, incluso fuera de la ciudad, en el dominio de la minería, «sabemos, gracias a las inscripciones de las momias, con cuánta minuciosidad estaba subdividido el trabajo. Cada detalle era asignado a la responsabilidad de un individuo; un hombre cateaba, otro ponía a prueba la roca, el tercero se hacía cargo de los productos. En las expediciones mineras se enumeran más de cincuenta condiciones y grados diferentes de capataces y obreros».

Estas divisiones estaban arraigadas en la naturaleza misma de la ciudad, puesto que solo mediante su capacidad para movilizar y dividir la mano de obra podían llevarse a cabo, en todos los sectores de la economía, estas operaciones entrelazadas. Por los días en que Heródoto visitó a Egipto, en el siglo v a. C., la división general del trabajo y la minuciosa subdivisión en especialidades había alcanzado un punto comparable con el que ha vuelto a alcanzar en nuestros propios días; pues Heródoto deja constancia de que «unos médicos son para los ojos, otros para la cabeza, otros para el vientre, y otros para desórdenes internos».

Así, a la par que la nueva forma urbana congregó y unió un grupo de personas en interacción mayor que todo lo que se había conocido hasta entonces, también las dividió en franjas separadas de modo estricto, cada una de las cuales estaría profundamente teñida por sus valores profesionales. El sistema entero del trabajo especializado fue llevado hasta un extremo caricaturesco en la India, donde las castas, e incluso minuciosas divisiones en el interior de cada casta, se hicieron hereditarias; pero en tiempos de Platón, esta división había arraigado a punto tal en el pensamiento que, como la esclavitud misma, casi se interpretaba como un hecho de la naturaleza. Toynbee caracteriza la casta y la especialización profesional como rasgos sobresalientes de una «civilización detenida», pero, en diversos grados, esta detención es característica de todas las comunidades urbanas. Incluso hoy muchas personas

siguen siendo incapaces de imaginar un posterior desarrollo humano que rebase esta situación. Liberadas del trabajo físico por máquinas automáticas, aplicarían las mismas fijaciones y limitaciones profesionales a los deportes, los juegos, los estudios humanistas y la investigación científica.

La estratificación profesional y de castas produjo en la ciudad antigua una pirámide urbana, que tenía su cúspide en un señor absoluto: el rey, el sacerdote, el guerrero y el escriba formaban la punta de la pirámide; pero solo el rey, en el punto más alto, atrapaba todos los rayos del sol. Por debajo de él, las capas se ensanchaban: primero venían los mercaderes, luego los artesanos, los labriegos, los marineros, los sirvientes domésticos, los libertos, los esclavos, la capa más baja sumida en perpetua oscuridad. La propiedad o la falta de bienes destacaba y agudizaba estas divisiones en diversos grados; y las divisiones se expresaban también en la vestimenta, en los hábitos de vida, en la alimentación y en la vivienda.

A su vez, las funciones económicas separadas y los roles sociales diversos crearon recintos equivalentes en el interior de la ciudad: no el menos importante de ellos, si es que no el primero, fue el mercado. Si el templo local era el imán para los residentes de todo un vecindario, habría asimismo un muro profesional, en parte visible, reconocible por los tipos de casa que serviría como envoltura de cada clase. Esa tendencia se da hoy en la agrupación espontánea de determinadas ocupaciones incluso sin la presión de ninguna ordenanza municipal sobre la distribución por zonas. Por ejemplo, en Filadelfia, que es la ciudad donde en este momento escribo estas palabras, los médicos se congregan en una pequeña zona, cuyo eje es la calle Spruce, en tanto que los agentes de seguros ocupan todo un barrio situado entre Independence Hall y el distrito de los almacenes mayoristas. Harley Street, Madison Avenue y State Street no solo son expresiones taquigráficas correspondientes a otras tantas profesiones, sino también a todo el modo de

vida que en esas arterias se concreta. Sin duda Roma y Antioquía, y posiblemente Nínive y Ur, tenían sus propios equivalentes.

La división del trabajo y la segregación de las funciones precedió a la economía monetaria: en un sentido, fue una prolongación de la práctica del sacrificio, por el abandono o postergación de la diversidad de funciones y de roles intercambiables libremente, a fin de concentrarse en una sola actividad en beneficio del rey, del dios y de la ciudad. Sea o no la prostitución la profesión más antigua del mundo, es notable que las especialistas en el juego sexual hicieran, desde muy pronto, su aparición en los textos que se refieren a la vida urbana. Así leemos que, mientras «Gilgamesh convocó a los artesanos y los armeros», Ishtar reunió a «las muchachas de vida alegre y las prostitutas del templo».

Esta temprana especialización sexual sugiere que, en las ciudades antiguas, pudo existir un número desproporcionado de individuos solteros de sexo masculino; pero, asimismo, pone en evidencia un proceso más general, en virtud del cual funciones que antes se hallaban unidas en la unidad doméstica rural —dormir, beber, comer, conversar, procrear, educar—, con el tiempo fueron separadas, amplificadas y segregadas en determinados edificios y barrios de la ciudad. Tanto la posada como la taberna, el mercado, el templo, la escuela y el prostíbulo quedarían bajo los auspicios de profesionales de dedicación exclusiva. En este sentido, la ciudad se convirtió en la ampliación de una casa colectiva. Esta diferenciación fue acompañada de cierta soltura: todas las funciones necesarias, incluso las corporales, adoptaron una forma risueña, ejerciéndose y prolongándose más por sus oportunidades para la sociabilidad que por sus fines prácticos.

El acto de segregar funciones especializadas y diferenciadas de la matriz de la vida común se vio afianzado por la aparición de la escritura y el dinero; pues con el desarrollo del comercio a larga distancia, los variados valores humanos, que solo se habían

expresado hasta entonces en términos de un vivir inmediato se trasladaron a un medio neutral que podía cambiarse, guardarse y usarse como fuente de poder para ordenar el trabajo de otros hombres.

Originalmente, las principales formas de especialización urbana comenzaron, tal vez, en el templo, con el primer desarrollo de la racionalización y la reglamentación de esa vecindad sagrada. Es posible que la prostitución misma deriva del empleo de sacerdotisas en los ritos de la fertilidad; ya que la costumbre de la prostitución en el templo no solo se ha conservado hasta nuestros días, en países como la India, sino que también los templos de las diosas del amor, Ishtar, Afrodita, Venus e Isis fueron, tradicionalmente, los lugares favoritos para las citas de los amantes. La prostitución en el templo escandalizó a Heródoto, pues en Babilonia exigía, al parecer, la conscripción de todas las mujeres, incluso de las casadas, al menos durante un día al año: y las reclutas más feas tenían que permanecer indefinidamente en el templo hasta que alguien se apiadara de ellas y requiriera sus servicios.

Todo esto subraya una característica más general de la ciudad: de qué modo impartió una forma especializada, abstracta, profesional y colectiva a necesidades humanas a las que nadie, hasta entonces, había pensado dedicar toda una vida para satisfacerlas.

Ahora debemos destacar nuevamente el papel contradictorio y ambivalente desempeñado por la ciudad. Biológicamente, el hombre se ha desarrollado más que otras especies porque no se ha especializado: es omnívoro, semoviente, cabal, «mañoso», competente en todo, pero siempre algo informe e incompleto, no adaptándose nunca por entero a una determinada situación, por más que esta se prolongara tanto cuanto el último periodo glacial. En vez de entumecer sus actividades mediante el desarrollo de órganos especializados que aseguraran una adaptación eficaz, el hombre invirtió, por así decir, todo su capital orgánico en un

rasgo del desarrollo animal que podría inventar sustitutos de esos órganos especializados: el sistema nervioso central. Gracias al mayor desarrollo del cerebro, muy superior a todas las necesidades funcionales inmediatas, el hombre fue capaz de extrapolar nuevos órganos fuera del cuerpo sin quedar reducido, como en otras adaptaciones orgánicas, a su perpetuación indefinida. Al seguir siendo no especializado, el hombre se abrió un millar de nuevas sendas para su ulterior desarrollo.

La civilización, tal como se desarrolló en la ciudad, invirtió en parte este proceso. Los tipos urbanos más acertados fueron aquellos que se entregaron a la especialización; y sus vidas parciales dependían de que engranara armoniosamente toda una organización, en la que cada grupo aceptaba las limitaciones del papel que le había sido asignado. Al artesano egipcio arcaico le estaba prohibido cambiar su oficio hereditario; y el aprendizaje y el acostumbramiento desde los primeros años de la vida hicieron casi innecesaria esta disposición legal. En todas partes el trabajador era siempre un trabajador, el esclavo siempre un esclavo y el noble siempre un noble... por lo menos hasta que el esclavo se rebelaba o compraba su libertad o bien el noble era capturado en el campo de batalla y perdía la suya.

Así, desde temprana fecha, la ciudad recobró el polimorfismo de la colmena: por medios sociales, alcanzó el equivalente de las diferenciaciones fisiológicas que acompañan la integración de las sociedades de insectos. Cierto es que esta división del trabajo permitiría una movilidad interna mucho mayor que la conocida en las comunidades de insectos. La misma prostitución, pese a que condenaba a toda una clase a un comercio sexual lleno de sinsabores, no llegó nunca al punto de engendrar una clase única de reproductoras sexuales, segregadas para procrear (tal vez ese horror queda reservado para el día que triunfe el hombre posthistórico).

No obstante, el paralelismo entre las sociedades humanas y de insectos se aplica incluso a la vida laboral; ya que, en el lapso de una vida, las diferencias entre oficios causan todavía enfermedades e incapacidades características y hasta cambios en la estructura corporal. Estas diferencias influyen aún sobre el promedio de mortalidad y el lapso de vida de cada una de las ocupaciones principales.

5. Propiedad y personalidad

Con el crecimiento de la población y el aumento de la riqueza en la ciudad se planteó otro género de división: la división que se da entre ricos y pobres, que apareció con la institución de la propiedad, la siguiente gran innovación de la vida urbana. En el sentido civilizado de la palabra, la propiedad no existía en las comunidades primitivas: en todo caso, la gente pertenecía a su tierra en lugar de ser la tierra lo que pertenecía a la gente, y compartía sus productos, tanto en el festín como en la hambruna. Le quedaría reservado a la civilización crear hambrunas artificiales, a fin de mantener al trabajador encadenado a su tarea, de modo que la superproducción pudiera asegurar el banquete del rico.

En el tránsito de la aldea a la ciudad se encuentran otros datos que confirman esta interpretación del modo de vida comunal, pues la tierra y toda su producción pasaron a ser propiedad del templo y su dios. Incluso los labriegos que la trabajaban pertenecían al templo, así como todos los demás miembros de la comunidad pertenecían a la tierra y estaban obligados a ceder parte de su trabajo a las faenas colectivas de cavar, hacer terraplenes y edificar. Con la extensión de los poderes seculares de la realeza, estas posesiones se convertirían en bienes de la corona; y la identificación del dominio común con el poder soberano quedaría tan arraigada que, incluso en los Estados modernos más agudamente

conscientes de los derechos de la propiedad privada, el Estado mismo es el propietario último y el heredero universal, provisto de ese poder de expropiación e imposición que, en última instancia, es el poder de poseer o destruir.

La propiedad privada no comienza, según pensaba Proudhon, con el robo, sino con el trato de toda la propiedad común como si fuera la posesión privada del rey, cuya vida y cuyo bienestar se identificaban con los de la comunidad. La propiedad era una prolongación y una ampliación de su personalidad, como representante único de la totalidad colectiva. Pero una vez aceptada esta pretensión, por primera vez podría enajenarse la propiedad, esto es, separarla de la comunidad por regalo individual del rey.

Esta concepción de las posesiones regias perduró en su forma inicial hasta bien pasados los días de Luis XIV. El Rey Sol, un poco intranquilo por los grandes impuestos que deseaba establecer, convocó a los sabios doctores de París para que decidieran si sus exacciones eran moralmente justificables. La teología de los doctores estuvo a la altura de la ocasión. Explicaron que todo el país era del rey por derecho divino, de ahí que, al establecer esos nuevos impuestos, el rey solo se gravaba a sí mismo. Esta prerrogativa pasó, intacta, al «Estado soberano», el cual, en las emergencias, recurre sin escrúpulos a la magia y a los mitos de los antiguos.

La separación y división de la propiedad comenzó con el otorgamiento de dádivas por parte de los gobernantes absolutos a sus compañeros de la nobleza, sus allegados y sus servidores, en recompensa por los servicios prestados. Una vez separada la propiedad del dominio común, podía ser transmitida, subdividida o aumentada. Desde muy temprano, hacia el año 1700 a. C., cuando fue promulgado el Código de Hammurabi, se cuenta con leyes detalladas que se refieren a la propiedad privada, su traspaso, préstamo y legado, que revelan el desarrollo de esta nueva entidad legal.

Dentro de la ciudad, los derechos de propiedad adquieren una santidad especial, y a medida que las diferenciaciones de clase aumentaban, se hacían correlativamente más importantes; a decir verdad, a menudo más sagrados que la misma vida humana. Para proteger estos derechos, los señores arcaicos no titubearon en mutilar el cuerpo del delincuente. Pero el abismo general entre los ricos y los pobres también se dejó sentir en este terreno: había diferentes grados de castigo para cada clase.

Estas formas de violencia legalizada no eran residuos de un régimen primitivo aún más feroz, según preferían creer los antiguos apóstoles del progreso; más bien eran, como la misma guerra, un nuevo tipo de ferocidad propio de la cultura urbana, es decir, lo que Giambattista Vico caracterizó, con justicia, como la «barbarie de la civilización».

La especialización, la división, la compulsión y la despersonalización produjeron una tensión interna en el seno de la ciudad. Esto determinó, en el curso de la historia, una corriente de resentimiento encubierto y de rebelión abierta que acaso nunca se registró del todo, ya que solo aparecía claramente a la vista por momentos, cuando una rebelión de esclavos, como la de los Gracos, fuera sofocada con una sangrienta matanza de los rebeldes.

Pero el hecho de que la ciudad se ha basado desde el comienzo en el trabajo forzado, y que el trabajo forzado se producía no solo mediante la esclavización sino también mediante el monopolio de los víveres, parece estar indiscutiblemente grabado en los muros de la ciudad antigua. La escasez planificada y la amenaza recurrente del hambre desempeñaron desde el comienzo un papel en la regimentación eficaz de la mano de obra urbana. Por eso no ha de asombrarnos que sir Mortimer Wheeler estuviera tan alborozado cuando, por fin, consiguió identificar el gran granero en la ciudadela de Mohenjo-Daro; pues los guardianes del granero, con el apoyo de una soldadesca armada, esgrimían pode-

res de vida o muerte sobre la comunidad entera. No sin motivos, este gran depósito se hallaba «dentro» de las fuertes murallas de la ciudadela, «protegido de los habitantes de la ciudad».

¿Qué ha hecho que la división del trabajo, pese a todas sus cualidades limitadoras de la vida, haya sido tolerada, aunque no del todo tolerable, a lo largo de tantos siglos y milenios? Hay varias maneras de explicar su aceptación; para comenzar, creó la primera economía de la abundancia, cuyas ventajas, en un principio, se reconocerían con más facilidad que sus defectos y debilidades últimos. He aquí unos hechos, entre otros, que asocian la exaltación neolítica tardía del poder humano con cambios semejantes a los que han tenido lugar en nuestra época. A pesar de los monopolios regios y sacerdotales, cierta parte de la vasta cantidad de productos elaborados se filtraban, de hecho, hasta los niveles inferiores de la pirámide social; y el habitante de la ciudad, por muy pobre que fuera, obtenía una porción mayor que el trabajador del campo, aunque solo fuera por hallarse más próximo a la fuente de abastecimiento. Ciertamente, el habitante de la ciudad no podía beber de la fuente real, pero, a diferencia del aldeano, estaba cerca de ella y conseguía algo de lo que rebasaba de la misma.

Por suerte, la constitución social de la ciudad contribuyó a superar sus constricciones y compulsiones humanas. Si por una parte desmembraba al hombre total y le obligaba a pasar toda una larga vida dedicado a una sola tarea, por otra parte lo recomponía en una nueva entidad colectiva; de modo tal que, si bien su vida individual podía ser estrecha y oprimida, la sustancia urbana que así se tejía resultaba de una textura tanto más rica en razón de las variadas hebras que la formaban. No solo ocurriría que cada grupo específico hallaría más miembros de su clase en la ciudad: cada cual pudría descubrir, en el vaivén de las relaciones cotidianas, una riqueza de potencialidades humanas que permanecía invisible en un nivel más humilde.

Si es posible que aparezca una persona de capacidad excepcional en cada generación, entre, digamos, diez mil personas, un grupo constituido solamente por mil personas puede tener que esperar muchas generaciones antes de contar con la ventaja de un espíritu superior; y ese espíritu, por su propio aislamiento, puede carecer del estímulo de otros espíritus que le ayuden a encontrarse a sí mismo. Pero cien mil personas, en Sumer o Babilonia, en Jerusalén o Atenas, en Bagdad o Benarés, podrían producir, por lo menos, cincuenta espíritus excepcionales en el lapso de una sola generación; y estos espíritus, por la proximidad misma de la comunicación urbana, estarían abiertos a una variedad mucho mayor de desafíos y sugestiones que si hubieran aparecido en una comunidad más pequeña.

Por último, si el hombre urbano subdividido, o *Teilmensch*, renunciaba a la integridad inconsciente del tipo rural más sencillo, lograba, al menos sustitutivamente, un nuevo sentido de la personalidad individual al salir de la crisálida de la tribu, el clan, la familia y la aldea. Pues en el polo opuesto del especialista profesional, se erguía ahora una persona individual en el papel del monarca: el faraón de Egipto o el *lugal* de Sumer. Allá, en lo más bajo, podía haber esclavitud y compulsión; pero en la cúspide —durante un largo tiempo solo en la cúspide— había libertad, autonomía, elección, todos ellos atributos emergentes de la personalidad, prácticamente imposibles en un régimen basado en la intimidad familiar y en la unanimidad tribal.

Según destacara Frankfort, el mandato regio dio a las acciones de una comunidad entera los atributos de una persona integrada: la voluntad de asumir riesgos, de tomar decisiones, de perseguir metas distantes y difíciles. Cualesquiera fueran las privaciones y penurias impuestas por una organización urbana a gran escala, el miembro más modesto de la comunidad participaría indirectamente en la ampliación de las funciones del rey y en la contempla-

ción de atributos aún más divinos, en los que, como ciudadano de una ciudad nada modesta, él también participaría. En este sentido, la ciudad entera pertenecía al habitante más humilde.

En el rey, lo repito, apareció por primera vez la persona, en una posición de responsabilidad superior a la del grupo, separada de su matriz comunal. Con el surgimiento de la ciudad, el rey encarnó una nueva idea del desarrollo humano y la ciudad se convirtió nada menos que en la manifestación concreta y colectiva de la idea que se modelaba. Uno tras otro, los privilegios y prerrogativas de la realeza fueron traspasados a la ciudad y a sus ciudadanos. Fueron necesarios miles de años para efectuar este cambio; y cuando quedó consumado, los hombres habían olvidado dónde y cómo se inició.

Así, la ciudad se convirtió en un medio ambiente especial, no tan solo para sustentar reyes sino para producir personas: seres más plenamente abiertos a las realidades del cosmos, más dispuestos a trascender las pretensiones de la sociedad y las costumbres tribales, más capaces de asimilar viejos valores y de crear otros, de adoptar decisiones y de tomar nuevas direcciones, que sus congéneres en situación más limitada. La primera prerrogativa regia que, más bien a regañadientes, se traspasó a los demás miembros de la comunidad fue la inmortalidad, según la concebían los egipcios, pero, con el correr del tiempo, fue seguida por otros atributos.

Al final, la ciudad misma se convirtió en el principal agente de transformación del hombre, en el órgano para la expresión más cabal de la personalidad. A la ciudad va una larga procesión de dioses; de ella salen, con largos intervalos, hombres y mujeres que se hallan cómodos en su mundo y que son capaces de trascender las limitaciones de sus dioses. Pero si los hombres modelaron originalmente la ciudad no fue pensando en esta posibilidad final. El poder y la propiedad habían preparado, sin saberlo, un nido para

la personalidad. Y con el correr del tiempo, la personalidad minaría sus vanidosas pretensiones.

6. Ritmo de desarrollo

Los grupos de organismos pueden ocupar un medio ambiente común y aprovecharse mutuamente de sus actividades sin que ningún organismo llegue a su pleno desarrollo o alcance las máximas potencialidades del mismo. De hecho, pueden vivir juntos durante un largo tiempo mientras experimentan un sostenido empeoramiento, caracterizado por deformaciones físicas, disminución de la resistencia a la enfermedad y un lapso de vida más breve. En sí mismo, la supervivencia no indica nada en cuanto al desarrollo o el rango del organismo que sobrevive.

En la formación original de la ciudad, la simbiosis positiva de la comunidad aldeana del Neolítico fue en gran parte remplazada, o por lo menos minada, por una simbiosis negativa que se basaba en la guerra, la explotación, la esclavitud y el parasitismo. La primera había alcanzado la estabilidad en un equilibrio preservado con demasiada firmeza para que pudiera permitir el crecimiento. Con la aparición de elementos predadores-parasitarios en la comunidad urbana en formación, advino un nuevo estímulo para el crecimiento, que explica la desmedida ampliación de todas las funciones de la ciudadela. Pero los mismos medios para alcanzar este crecimiento orientaron a la comunidad hacia el sacrificio, la construcción de la vida, la destrucción y la muerte prematuras.

El hecho es que el parasitismo que ejercerían los gobernantes de la ciudadela fue en aumento y se hizo cada vez más exorbitante en su demanda de riqueza y poder visibles; en vez de someter estas pretensiones a la prueba de la realidad y de compartir con sus conciudadanos una mayor proporción de los bienes que

monopolizaban, aumentaron sus exigencias, de modo tal que rebasaron la posibilidad de su satisfacción local.

Solo la ampliación de la zona de explotación podría satisfacer estas imposiciones, de modo que el crecimiento de las grandes capitales, como Nínive, Babilonia y Roma, se efectuó aumentando únicamente las dimensiones del interior tributario y produciendo una simbiosis negativa, basada en el terror ante la posibilidad de destrucción y exterminio.

«Es perfectamente claro —señala Contenau— que la inmensa riqueza del imperio asirio-babilónico, por no hablar de otros, dependía en gran parte de la institución de la esclavitud». Del mismo modo, debería estar igualmente claro que dicha riqueza habría sido mucho mayor y que el poder desplegado habría sido más duradero si los gobernantes de esos imperios no hubieran dado rienda suelta a su insensato sadismo. Pero esta región ampliada de explotación era también una región de potencial asociación e intercambio constructivo. Todas las energías de la ciudad creciente —de no ser absorbidas por las tareas de infligir y reparar daños— se dedicaron a la elaboración de un tipo más vasto de coparticipación.

Pese a sus negaciones, la ciudad produjo una vida significativa que, en muchos puntos, superó magníficamente los propósitos originales que le dieron existencia. Aristóteles expresó la naturaleza de esta transición desde los procesos urbanos preparatorios hasta las metas humanas emergentes, en términos que sería difícil mejorar: «los hombres tienden a la convivencia. No obstante también la utilidad común los une, en la medida en que a cada uno le impulsa la participación en el bienestar». Definir la naturaleza de la ciudad en cualquier marco cultural específico equivaldría, en parte, a definir tanto las cualidades locales como las más universales de la buena vida.

Pero hasta para las clases que eran especialmente beneficiarias de este esfuerzo, la vida del hombre civilizado según se la vi-

vía en las grandes ciudades se convirtió, reiteradamente, en algo vacío y odioso. ¿Es un accidente que tanto la cultura egipcia como la mesopotámica nos hayan dejado dos diálogos clásicos sobre el suicidio, causado por la desesperación debida a la vacuidad de la vida civilizada? Estos diálogos revelan que el hombre urbano, al superar las limitaciones de la comunidad aldeana, no ha conseguido dejar atrás, empero, el debilitamiento de su fe animal, fomentado por su apartamiento de las fuentes de la vida y por su concentración exclusiva en el poder y la riqueza. Incluso las civilizaciones arcaicas de Oriente —tal vez estas «en especial»— padecieron ese vicio que ahora amenaza con aplastar nuestra civilización en mitad de su avance técnico: el materialismo sin sentido. La vida urbana se vio detenida, en fecha temprana, por el error de tratar la materialización como un fin en sí mismo.

Toynbee ha demostrado que no existe una relación uniformemente favorable entre el creciente dominio ejercido por el hombre sobre su medio físico, con una creciente complejidad de aparatos técnicos, y la calidad de la cultura humana. En todo caso, la relación que existe es inversa: pues culturas que permanecen estáticas e improductivas en la esfera humana promueven a menudo ingeniosas adaptaciones e invenciones técnicas, en tanto que las culturas más creadoras transmutan sus energías en formas más elevadas y refinadas; de modo que incluso su bagaje técnico se desmaterializa progresivamente, disminuye de volumen o peso y se simplifica en diseño o funcionamiento. A este proceso Toynbee le da el nombre de «eterealización».

Compárese el vasto mecanismo rechinante del reloj medieval que hay en la Marienkirche de Lubeca con un buen reloj suizo moderno, fracción infinitesimal del peso y el tamaño de aquel, pero casi infinitamente superior en cuanto a precisión. Esta transformación tiene lugar, en diversos grados, en todos los órdenes. En el

caso de las estructuras urbanas, esto significa un adelgazamiento del recipiente y un fortalecimiento del imán.

Cuando se produce el proceso de eterealización, una parte cada vez mayor del medio ambiente, tanto en el espacio como en el tiempo, queda disponible para el ulterior desarrollo humano, precisamente porque se lo ha concentrado en forma simbólica. En tanto que otros organismos solo necesitan del pasado la parte que transportan en sus genes, y de su medio ambiente la porción que está concretamente presente, la capacidad del hombre depende de que tenga acceso a acontecimientos más remotos, recordados o proyectados, y a partes remotas o inaccesibles de su entorno. Cuando el proceso de la eterealización se detiene, nada que pueda constituir una cantidad equivalente de experiencia puede conseguirse mediante esfuerzo directo, dentro del lapso de una sola vida.

Toynbee no saca esta conclusión, pero parece evidente que la eterealización constituye una de las principales justificaciones de la ciudad —pese a que se trata de una justificación emergente que no contemplaron sus creadores originales— y que aún hoy no es apreciada cabalmente. El arte y la ciencia, en todas sus múltiples expresiones, constituyen los símbolos más fáciles de reconocer de esta liberación. En una simbiosis positiva, estas funciones se refuerzan entre sí y brotan en una gran variedad de actividades; pues la vida consiste en vivir y hasta los derivados más elevados de la vida solo son incentivos para modos más intensos de vivir, no sustitutos del mismo. Por consiguiente, todos los sacrificios que han contribuido a dar existencia a la ciudad quedan reducidos a nada si la vida que aquella hace posible no constituye su propia recompensa. Ni el poder acrecentado ni la riqueza material ilimitada pueden compensar por un día que carece de un atisbo de belleza, de un destello de júbilo, de un deseo de camaradería compartido.

Pero, además, la ciudad desempeña otra función igualmente importante que ya he descrito en otra parte: la función de materialización. Por más que Toynbee pase por alto este aspecto del proceso social, lo vemos palmariamente al hacer un recorrido por la ciudad, pues los edificios hablan y actúan no menos que la gente que habita en ellos; y a través de las estructuras físicas de la ciudad, acontecimientos del pasado, decisiones tomadas largo tiempo atrás, valores formulados y alcanzados, permanecen vivos y ejercen una influencia.

El ritmo de la vida en las ciudades parece estar constituido por una alternancia entre materialización y eterealización: la estructura concreta, independizándose debido a una reacción humana, adquiere un significado simbólico, uniendo al conocedor con lo conocido; en tanto que las imágenes subjetivas, ideas e intuiciones, solo en parte formadas en su expresión original, asumen igualmente atributos materiales, en estructuras visibles, cuyo tamaño, posición, complejidad, organización y forma estética extienden la superficie del significado y el valor, inexpresables de otro modo. El diseño urbano es así el punto culminante de un proceso socialmente adecuado de materialización.

Incluso cuando una idea se encarna en una personalidad humana, la influencia de esa personalidad no depende solo de la relación directa y la imitación. Para completar su propia integración, para perdurar más allá de su propia vida y su círculo reducido, la persona necesita el respaldo colectivo de instituciones y edificios. La traducción de las ideas en hábitos y costumbres colectivas, de las opciones y los designios personales en estructuras urbanas, constituye una de las funciones primordiales de la ciudad.

Conforme a esta interpretación, tanto la eterealización como la materialización son indispensables para el desarrollo humano progresivo. Cuando la vida prospera, un proceso se alterna con el otro con tanta naturalidad como la aspiración y la espiración

en la respiración. El crecimiento no es, como querría hacernos creer Toynbee, un proceso unitario de desmaterialización paulatina, una transposición de la vida terrenal a un simulacro celestial. No sin motivo, las piedras de construcción del universo son elementos duraderos, en tanto que si preponderaran los elementos más «etéreos», esos que tienen una vida de contados segundos, harían imposible todo género de continuidad. Tanto la estabilidad como la constante creatividad son necesarios, y esa combinación ha constituido el don supremo de la ciudad.

El cielo y la utopía tienen por igual un puesto en la estructura de las ciudades antiguas; pero en la medida en que los mejores planes humanos pueden fracasar y que los más felices sueños humanos pueden, en razón de su mismo éxito, sucumbir a perversiones internas, también el infierno ingresó en ellas como parte de la estructura formadora. La forma material consiguiente sobrevivió a menudo al ideal que inicialmente la inspirara; como es natural, cuando se trata de recipientes, los viejos edificios y las vías públicas pueden servir, con cambios menores, para contener un nuevo sueño. Pero esto constituye un desarrollo tardío. Tan importante era el símbolo mismo para los primeros gobernantes urbanos que más de una ciudad fue totalmente arrasada para ser reconstruida luego por el destructor sobre el mismo solar. No hay regla de sentido común o de economía que pueda explicar semejante actitud.

7. El drama urbano

Las actividades características de la ciudad antigua tienen, por último, una cualidad especial: existen en un estado de tensión e interacción que avanza periódicamente hacia una crisis o una culminación. Esto se encuentra caracterizado en una fase primitiva del desarrollo urbano por un arte nuevo, el arte teatral. Hay, por lo

menos, dos fuentes de la tragedia que preparan su aparición en la ciudad. Una de ellas fue indagada admirablemente por Jane Harrison en su obra *Ancient Art and Ritual*. En ella la autora muestra cómo el teatro, la «cosa ejecutada», se originó en los arcaicos ritos rurales correspondientes a los ciclos de la naturaleza, ritos en los que intervenían como actores todos los aldeanos. La noción misma de desempeñar una parte, de representar un papel, puede, en realidad, haber tenido su comienzo en el ceremonial mágico y religioso, antes de asumir cualquier otra forma.

Estos ritos reflejaban las cualidades estáticas de la comunidad aldeana. Con el traslado de los ritos a la ciudad, los papeles se ampliaron; y si bien los temas permanecían próximos a los mitos y leyendas originales, una creciente conciencia de sí mismo, tanto en el autor teatral como en el actor, estimularía las improvisaciones y las desviaciones. Ese tránsito del ritual al teatro, de lo estable y repetido a lo dinámico, lo aventurado, lo racionalmente crítico, lo consciente de sí mismo y reflexivo, y hasta cierto punto no conformista, constituyó uno de los marcados logros de la ciudad.

Al ingresar a la ciudad, el teatro recibió el refuerzo de otra ceremonia tribal, la lid o *agon*, que unas veces era un torneo de ingenios y otras veces una exhibición competidora de fuerza corporal y destreza. Originalmente, estas competiciones pueden haber acompañado ceremonias religiosas, como los juegos funerarios. Ciertamente, cuando los dioses hicieron su aparición en la historia, los acontecimientos cósmicos que simbolizaban se presentaban en proporción muy considerable como enfrentamientos, como entre la Luz y las Tinieblas, el Agua y la Tierra, el Campo y el Desierto o el Bien y el Mal. Estas maquinaciones y luchas quizás aparecieron por primera vez, como impulsos y deseos inconscientes, antes de encontrar en la ciudad un teatro de acción.

El aspecto lúdico de esta lucha no fue nunca absorbido del todo por el aparato económico y político de la ciudad: las competi-

ciones atléticas y las peleas entre gladiadores coexistieron con luchas más agresivas por el poder, no siendo tanto, por consiguiente, una sublimación de los impulsos agresivos como un aprendizaje preliminar del arte, como en el caso de la niña que juega con su muñeca. Tal vez la primera función del ágora o del foro consistió en formar un círculo de espectadores en torno de los actores en pugna, y la costumbre de celebrar estas competiciones pasó a ciudades más recientes. Como señala W. S. Ferguson, en la Atenas del siglo v la *ecclesía* era un gran *agon* o lid de estadistas; y había lides de alfareros, según nos informa una jactanciosa lápida, lo mismo que lides de criadores de caballos, de cantores, compañías militares, compositores y dramaturgos. La costumbre de escoger jefes y «tomar partido» fue una de las primerísimas formas de diferenciación social. La ciudad agrandó este proceso y multiplicó sus oportunidades.

Aparte del texto del misterio representado en Abidos, entre los más remotos textos literarios urbanos que conocemos figuran los de los sumerios, que son simples controversias entre personajes opuestos, el rudimentario blanco y negro que es propio del teatro y la dialéctica primitivos. Se trata de controversias entre el Verano y el Invierno, entre el Arado y el Pico, entre el Pastor y el Agricultor. Junto con la autoconciencia urbana aparece también un sentido más agudo de las diferencias, que se expresa al principio en toscos contrastes pero, con el tiempo, en todos los matices delicados y líneas incisivas que configuran el «personaje», que se forma en parte por el papel, en parte por infinitas variaciones individuales sobre el tipo común.

Tal vez este fenómeno va acompañado de un goce más elevado en el encuentro mismo, es decir, la confrontación y lucha entre hombre y hombre, como la propia esencia de la existencia urbana; y paralelamente a esta mayor tensión se desarrolló una agresividad más feroz, de modo que los contrincantes se lanzan

improperios y juramentos que hubieran sido tenidos por ofensas mortales, de no ser por el sentido de excepción del teatro mismo, de que todo esto corresponde al papel, de que la vida «como se la representa» es una especie de ilusión. En la medida que la ciudad desempeña sus funciones esenciales, mantiene limitadas la lucha y la tensión, y da realce a su significado.

La ciudad antigua es, pues, sobre todo un teatro, donde la vida corriente asume las características de un drama, elevado por todos los artificios del vestuario y el escenario, pues el propio marco amplifica la voz y aumenta la estatura aparente de los actores. Esta vida urbana, por muy entregada que se halle aún al ritual, está llena de nuevas situaciones, para las que ya no son adecuadas la sabiduría proverbial y las reacciones veneradas a lo largo de los tiempos. Si nos remontamos a los orígenes de los elementos de este drama, comprobamos que cada uno de ellos, y no solo el teatro, deriva de la religión; y del mismo modo que las primeras contiendas registradas fueron las de los dioses y los héroes, así también los primeros dramas bien definidos fueron representados en el templo.

Situación, trama, conflicto, crisis y solución: he aquí los términos en que el drama representado traduce la nueva vida que se vive en la ciudad, y, como reflejo del símbolo, las tensiones y excitaciones de esa vida asumen, a su vez, una mayor significación. A medida que la lista de personajes se extendía, la trama se hacía más complicada y el final se volvía cada vez menos previsible.

La «reelaboración del hombre fue obra de la ciudad». Esta observación de Robert Redfield, sabio estudioso de culturas nativas más primitivas, cala más hondo que lo que han concedido la mayoría de los sociólogos y psicólogos, con la excepción de J. L. Moreno. Ciertamente, las comunidades primitivas rehicieron al hombre, pero cuando encontraron su molde especial, común al conjunto, trataron de evitar o limitar la posibilidad de nuevos cam-

bios. Por el contrario, la elaboración y reelaboración de personalidades constituye una de las funciones principales de la ciudad. En todas las generaciones, cada periodo urbano proporciona una multitud de nuevos papeles y una igual diversidad de nuevas potencialidades. Estas determinan cambios correlativos en las leyes, costumbres, valoraciones morales, vestimentas y arquitectura, y, por último, transforman la ciudad como conjunto vivo.

Esta individuación del carácter, con su supresión de la máscara tribal o comunal, tiene lugar conjuntamente con el desarrollo de otras funciones superiores; pues no solo ocurre que la inteligencia se aviva mediante la observación y el recuerdo sistemático, sino que los sentimientos se suavizan y las emociones se refinan y disciplinan por su constante interacción con las de otros hombres, sobre un trasfondo de arte. Aquí, mediante la acción y la participación, y también mediante el desapego y la reflexión, el hombre urbano puede conceder a una porción mayor de la vida el beneficio de un continuo juego de la mente y el espíritu colectivos. Lo que empezó siendo una lucha exterior contra fuerzas naturales hostiles culmina en un drama interior cuya solución no consiste en una victoria física sino en una más íntima comprensión de sí mismo y en un desarrollo interior más rico.

Las rutinas diarias de la ciudad, los quehaceres domésticos, el trabajo artesanal y profesional, pueden realizarse en casi cualquier parte; e incluso cuando asumen una forma sumamente especializada, pueden llevarse a cabo en un enclave independiente, situado fuera de la ciudad, como vuelve a empezar a ocurrir en nuestros propios días con tantas grandes organizaciones casi feudales. Pero solo en una ciudad puede congregarse todo un reparto de personajes para la representación del drama humano; de ahí que solo en la ciudad existan diversidad y competencia suficientes como para dar brío a la trama y llevar a los actores hasta el grado más elevado de participación diestra e intensamente consciente.

Elimínense las ocasiones dramáticas de la vida urbana, las de la liza, el tribunal, el proceso, el parlamento, el campo de deportes, la reunión del consejo y el debate, y la mitad de las actividades esenciales de la ciudad se desvanecerá, y más de la mitad de sus significados y valores disminuirá, si es que no se reduce a cero. Del ritual y la acción dramática, en todas sus formas, surgió algo todavía más importante: nada menos que el diálogo humano. Acaso la mejor definición de la ciudad, en sus aspectos más elevados, consiste en decir que es un lugar destinado a ofrecer las mayores facilidades para la conservación significativa.

El diálogo es una de las expresiones últimas de la vida en la ciudad: la delicada flor nacida de su largo crecimiento vegetativo. El diálogo se desarrolló con dificultad, por cierto, en caso de que se haya desarrollado en realidad, en el seno de la ciudad arcaica; pues las primeras comunidades urbanas se basaban, más bien, en el monólogo del poder, y una vez que el precepto sacerdotal o la orden real estaban dados, no era prudente responder.

El diálogo fue, en realidad, el primer paso que se dio fuera de ese conformismo tribal que constituye tanto un obstáculo para la conciencia de sí mismo como para el desarrollo. Al adquirir confianza por la adhesión de un gran número de habitantes, el diálogo desafió la unanimidad mortífera que fomentaba un absolutismo centralizado. Es posible que el «Lamento del campesino elocuente» no se repitiera a menudo en Egipto; pero esta primera respuesta causó un cambio de atmósfera tan sobrecogedor que la historia fue copiada y contada durante miles de años, aunque solo fuera porque anticipaba el advenimiento de un diálogo genuino y más general.

Al igual que tantos otros atributos emergentes de la ciudad, el diálogo no formaba parte de su plan o función original, pero lo hizo posible la inclusión de la diversidad humana dentro del anfi-

teatro urbano. Esto convirtió el diálogo en drama. Por su mismo desarrollo de ocupaciones y personajes diferenciados, la ciudad dejó de ser una comunidad de seres que pensaban absolutamente igual y eran absolutamente obedientes a un control central. «No existe ciudad que sea de un solo hombre», dice Hemón en la *Antígona* de Sófocles. Solo donde las diferencias son valoradas y donde la oposición es tolerada puede la lucha convertirse en dialéctica; de modo que, en su economía interna, la ciudad es un sitio donde —torciendo el sentido de la afirmación de Blake— se desalienta la guerra corporal y se promueve la guerra mental.

Esta función especial de la ciudad fue expuesta con concisión clásica por aquel eficaz observador de ciudades que fue el isabelino John Stow: «Por esta proximidad de conversación, los hombres son apartados de la fiereza y la fuerza bárbaras, se ajustan a cierta suavidad de modales y a la humanidad y la justicia, con lo cual se contentan con dar y tomar lo que es justo, lo mismo cuando se trata de sus iguales como de sus inferiores, y a escuchar y obedecer a sus jefes y superiores».

Y si una de las funciones más importantes de la ciudad consiste en crear las condiciones necesarias para el desarrollo del diálogo y el drama, en todas sus ramificaciones, una clave para el desarrollo urbano debe resultar evidente: se trata de ensanchar el círculo de aquellos que son capaces de participar en el diálogo, hasta que, al final, todos los hombres lleguen a tomar parte en la conversación. En este proceso, los papeles originales diseñados para los hombres en las ciudades, con toda una vida dedicada a un solo oficio, deben ser reconocidos como lo que siempre fueron: limitaciones impuestas contra la plena significación del drama humano, impedimentos institucionales al libre y pleno desarrollo de la personalidad. Al someterse con demasiada docilidad a esta limitación, el hombre del Viejo Mundo dejó una tarea inconclusa para sus sucesores.

No es casualidad, pues, que más de una ciudad histórica haya llegado a su culminación en un diálogo que resume su experiencia total de la vida. En el *Libro de Job* se ve Jerusalén; en Platón, Sófocles y Eurípides, Atenas; en Shakespeare y Marlowe, Dekker y Webster, el Londres isabelino. En un sentido, el diálogo dramático constituye, al mismo tiempo, el símbolo más cabal y la justificación definitiva de la vida de la ciudad. Por la misma causa, el símbolo más revelador del fracaso de la ciudad, de su misma inexistencia como personalidad social, es la ausencia de diálogo, que no es necesariamente un silencio sino el ruido igualmente fuerte que hace un coro que pronuncia las mismas palabras con un conformismo acobardado, por más que sea complaciente. El silencio de una ciudad muerta tiene más dignidad que las vocalizaciones de una comunidad que desconoce tanto el desapego como la oposición dialéctica, tanto el comentario irónico como la disparidad estimulante, tanto un conflicto inteligente como una activa resolución moral. Un drama así está condenado a tener un final trágico.

CAPÍTULO V

Surgimiento de la *polis*

1. El baluarte de Minos

Cuando pasamos de los valles fluviales, donde las ciudades se multiplicaron por primera vez, a las islas rocosas del Egeo y a las masas de montañas y las vastas llanuras de la península balcánica, al comienzo encontramos más asombroso el cambio de medio físico que el de todas las instituciones urbanas fundamentales. Pero tanto las condiciones geográficas como los objetivos humanos determinaron gran número de modificaciones en la forma externa de la ciudad. Aquí, como en todas partes, el suelo, el clima, la formación geológica, la vegetación, la matriz regional entera, dejaron su huella hasta en la salud de los habitantes, al igual que en sus actividades económicas y en su visión general de la vida.

Si las antiguas ciudades de Mesopotamia fueron centros movilizadores para el control fluvial y para hacer frente a los perjuicios causados por las tormentas, en cambio, en las poblaciones del Egeo nada podía promover esa especie de cooperación y unificación a gran escala: el terreno mismo no admitía una remodelación humana de envergadura. ¿Hasta qué punto podía una cantera causar impresión en la isla de Paros, cuando la montaña entera era una masa de mármol? Pero si, aparte de las diferencias entre norte y sur, predominaban condiciones bastante uniformes entre las ciudades de la llanura, el caso era exactamente el opuesto en estas

comunidades egeas. Dentro de un estrecho espacio que se extendía tal vez más de treinta kilómetros desde el mar hasta la cima de la montaña, la naturaleza presentaba una gran variedad de climas y tipos de vegetación. Si las cosechas de cereal eran abundantes en los suelos pesados de los valles inferiores, los árboles frutales, los nogales y los olivos liberaban en parte a los ahorrativos pobladores de la esclavitud de un trabajo incesante. En el Egeo hasta los campesinos podían conocer el ocio y gozar de sus frutos.

En Creta y Grecia pasamos de una cultura de la cebada y la cerveza a una cultura del vino y el aceite: de gordas ovejas, que mantienen la fertilidad de un suelo ya rico, a enjutas cabras que comen vorazmente las semillas en los flancos de las montañas y que, eventualmente, dejan expuesta a la erosión la débil capa de suelo que las cubre. Al mismo tiempo, las profundas hendiduras de las montañas, con sus ríos espasmódicos, imponían el aislamiento comunal. Si el Nilo y el Éufrates fueron útiles autopistas para el hombre arcaico, el mar era casi tanto un obstáculo para estas comunidades egeas como los mismos pasos de las montañas; e incluso después de la invención de los botes y los barcos, la navegación era una ocupación para el buen tiempo, que se abandonaba en invierno, pues los marineros se abrían camino a través del mar recamado de islas, de promontorio en promontorio, sin alejarse nunca de los puntos de desembarco. En vez de seguir la corriente hasta el único destino posible, el mar reclamaba un esfuerzo audaz, una elección atenta.

Las montañas sumergidas que forman estos penachos isleños y el ininterrumpido sistema orográfico de la península balcánica son de una topografía fabulosamente escabrosa. Si bien sus masas de piedra caliza proporcionaban admirables materiales de construcción, una piedra que no era demasiado dura como para que se la trabajara con dificultad ni demasiado blanda como para que no durara, la superficie de la tierra no podía ser modelada y

delimitada del mismo modo que los terrenos de aluvión del Nilo o el Éufrates podían ser delimitados por terraplenes y canales; a lo sumo, con un esfuerzo realmente agotador, los empinados flancos de las colinas podían ser transformados en terrazas para su cultivo. Nadie tuvo la audacia de pensar en una modelación de mayores proporciones hasta los días de Alejandro, cuando Deinócrates, su arquitecto, propuso tallar su imagen en una escultura superheroica en el monte Athos. Ocurría no solo que las islas del Egeo presentaban otros tantos escalones aislados, sino que también cada valle, en las islas más grandes y en la parte continental, constituía una suerte de pináculo invertido, tan insular como cualquier isla natural y aún más inaccesible. Pocas de las condiciones que favorecieron el desarrollo de la ciudad aborigen estaban presentes: ni siquiera se contaba con solares adecuados para la edificación. Se arañaba un espacio urbano en un arrecife de roca casi pelada, como en Delfos. Incluso en las llanuras el cultivador cedía la tierra arable para la edificación urbana con una renuencia justificable.

El desarrollo urbano en esta parte del mundo comenzó en Creta. Las fértiles tierras bajas de Creta admitían la agricultura neolítica: y en las laderas de las montañas el nogal, la higuera, el olivo y la vid completaban una dieta de cereal de las tierras bajas y de pescado de agua salada. Según Gordon Childe, estas aldeas primitivas formaron comunidades distintas, que no estaban sujetas a un sistema común de control, «sin fundirse aún para formar un solo pueblo con una cultura homogénea. Pero parecen haber vivido lado a lado pacíficamente, ya que no se han encontrado fortificaciones, y como miembros de un solo sistema económico, si tenemos en cuenta la uniformidad en los tipos de herramientas metálicas, vasos de piedra, etc.». Se han hallado las ruinas de una de estas aldeas neolíticas, las cuales forman un *tell* de más de cinco

metros de altura —prueba de una prolongada ocupación—, debajo del nivel minoico más antiguo de Cnossos, en la Creta central.

También en Cnossos podemos reconocer el núcleo de la ciudad primitiva, la ciudadela, con el templo mismo embutido aparentemente en el palacio. Pero, en realidad, ¿qué era en sí misma esta isla montañosa, cercada por el mar como por un foso, sino una vasta ciudadela? La inmunidad de Creta a las invasiones bajo las condiciones primitivas le confirió esa misma clase de aislamiento pacífico de que alguna vez gozó Egipto y que más tarde conocerían Islandia y Gran Bretaña. Así, Creta disfrutaba de cierta falta de miedo, de una ausencia de tensiones disgregadoras, y esto permitió que la vida floreciera durante las primeras fases de la cultura minoica. La isla entera de Creta, entregada ahora a pastores y labradores, estuvo otrora tachonada de aldeas, ciudades, graneros y cementerios monumentales. A partir de este solo hecho se podría deducir, sin necesidad de otros datos, que los señores de la ciudadela, los reyes del mar, en la Edad Minoica Media, comandaban grandes flotas, tanto de guerra como mercantes, capaces de reprimir a los piratas y de llevar víveres y materias primas al igual que productos elaborados a estas poblaciones bien protegidas, puesto que eran plazas fuertes dentro de una plaza fuerte. Los muros de piedra y los conductos enlosados que se han hallado en Cnossos nos hablan de una concentración de mano de obra y de una técnica de la ingeniería comparables a las que sirvieron para construir Sumer; y los accesorios interiores del palacio corroboran esa historia.

Aunque ruinas cretenses como las de Gurnia proporcionan poca información sobre la naturaleza de la ciudad que no haya sido revelada ya por los hallazgos hechos en Mesopotamia, hay un fragmento sorprendente —una serie de placas de cerámica encontradas en el palacio de Minos— que da a conocer más sobre el carácter y la apariencia de la ciudad minoica que lo que puede

sacarse en claro de los palacios que hasta ahora han sido desenterrados.

Estas placas fueron descubiertas por sir Arthur Evans; y no es posible describirlas mejor que con sus propias palabras: «Los rasgos centrales —señala— consistían en las torres, las casas y una villa fortificada. Hay, empero, abundantes restos de mosaicos de otra clase, que representan árboles y agua, cabras y bueyes, guerreros en marcha, lanceros y arqueros, armas y bagajes, la proa de un barco, aparentemente, y curiosas figuras negroides [...]. Acaso lo más asombroso es la apariencia de estas fachadas de casas, con sus buhardillas de dos o tres pisos y sus ventanas de cuatro y hasta de seis paneles. Que existieran en esta época ventanas de cuatro y hasta de seis paneles, que mantenían algún sustituto del vidrio, es otra prueba de la extraordinaria anticipación de los usos civilizados modernos a que se había llegado en los grandes días de la historia minoica; anticipación que no es menos marcada en sus instalaciones hidráulicas y sanitarias». Evans consideraba que estas placas datan, probablemente, al menos de la segunda mitad del siglo XVIII (a. C.).

En parte, el misterio de este descubrimiento, desde que se dio con él, ha sido aclarado en el trascurso de la última mitad del siglo XIX. A medida que los arqueólogos vencían su preocupación, natural pero profesionalmente miope, por el hallazgo inmediato, han comenzado a ver los detalles de una u otra cultura en el contexto más amplio de las rutas de transporte, las invasiones, migraciones, conquistas y trueques que han resultado ser muy anteriores y mucho más vastos en su procedencia que cuanto sospechaban los estudiosos decimonónicos. Hoy las «curiosas figuras negroides» no parecen tan extrañas: si bien eran demasiado oscuras para ser la población de pelo negro de Sumer, o sus descendientes, pueden haber sido númidas de África. El diseño avanzado de la vivienda o la técnica igualmente ingeniosa

de obras sanitarias que se encuentran en los palacios recuerdan nítidamente a Sumer. Las fachadas complicadas de las casas sugieren que ellas, lo mismo que los palacios, pueden haber tenido accesorios interiores igualmente perfeccionados y que tal vez contaban con conductos y desagües internos, posiblemente hasta con inodoros, semejantes a los que se conocen de ciudades del Indo, como Harappa y Mohenjo-Daro, y que, según Wheeler, son anteriores al año 1500 a. C.

Pero la gran novedad en Creta es la ventana, pues en esto Cnossos deja atrás las oscuras viviendas sin ventanas de Sumer, las cuales contaban, a lo sumo, con la iluminación proporcionada por un angosto patio o clerestorio. Esto resulta tanto más significativo —y tanto más misterioso desde el punto de vista de la historia tecnológica—, cuanto que las ventanas deben haber estado cubiertas por un material trasparente, cuya naturaleza se desconoce todavía, y que podía producirse en cantidades relativamente grandes. Además, el palacio de Festos tiene una alcantarilla y tuberías de agua potable hechas de terracota; y estas tuberías implican la existencia de una fuente en la montaña y tal vez la existencia, asimismo, de acueductos de piedra y depósitos.

Solo ayer, por así decir, Lewis Farnell llevó a cabo una audaz indagación sobre las religiones de Babilonia, Anatolia y Grecia, para poner a prueba, a la luz de los datos con que se contaba en 1911, la sugerencia formulada por Morris Jastrow y otros estudiosos de Mesopotamia, según la cual la primitiva religión griega procedía de la babilónica, del mismo modo que, ulteriormente, saldría de esta fuente la astrología griega. Al final, Farnell descartó las semejanzas entre las dos religiones; pero el mismo hecho de haber planteado el problema redunda en beneficio de este investigador. En la actualidad, la insistencia de Heródoto en la deuda de Grecia con Egipto no parece cosa tan absurda, o más bien tan irritante, como solía parecerles a los eruditos helenistas del siglo

XIX, quienes erróneamente consideraban la cultura griega como fenómeno excepcional o, mejor aún, como un fenómeno único o, más bien, sin orígenes. Si investigadores más recientes, como F. M. Cornford, siguiendo la inspiración de Farnell, han trasladado la parte religiosa de la deuda de Egipto a Babilonia, equiparando a un dios con otro, remplazando un mito por otro, en las dos teologías, esto solo nos lleva a buscar más semejanzas entre las culturas mesopotámicas y egeas, por más que una surgiera del río, como un hipopótamo, y la otra, como Afrodita, del mar.

La documentación procedente de Creta es rica pero fragmentaria y, por lo tanto, nos llena de curiosidad, sobre todo en lo tocante a la ciudad. Si los cretenses subían a la cima de las montañas para venerar a su dios, uno de los principales elementos de la ciudad no descendió tal vez nunca al centro. Aparte de las pinturas urbanas cretenses, que evidentemente son la culminación de un largo desarrollo técnico y urbano, unos mil quinientos o dos mil años de historia urbana siguen siéndonos desconocidos, excepto en contornos confusos y entrecortados. Incluso si todas las escrituras minoicas llegan a descifrarse finalmente, no es probable que nos den a conocer muchos datos más que los que ya poseemos sobre la ciudad, pues los restos literarios de estas culturas primitivas nunca son obra de sociólogos urbanos o de lúcidos generalistas como Aristóteles; incluso es leve la posibilidad de que llegue a traducirse un primitivo Heródoto cretense. En Creta, lo mismo que en otras partes, pueden sacarse a la luz cartas y cuentas de mercaderes, leyes y fanfarronadas de gobernantes, prescripciones mágicas y rituales religiosos; pero si bien todos estos materiales pueden hacernos saber algo sobre el contenido de la vida urbana, lo más probable es que nos digan poco en cuanto al receptáculo mismo.

Hablando en términos figurados, Creta es otra Atlántida, pues súbitamente «desaparece en el mar». O, lo que es casi la misma cosa, sus hábitos de vida refinada, su seguridad aparentemente

inexpugnable, pueden haber engendrado, con el correr del tiempo, una clase señorial decadente; y unos cuantos siglos después de un devastador terremoto, todas sus creaciones fueron barridas por las bandas guerreras micénicas, las que, probablemente, operaban desde sus propias plazas fuertes, en particular Micenas y Tirinto. Cabe conjeturar que los nuevos conquistadores eran semejantes a los varones intrépidos y fanfarrones que se encuentran más tarde en la *Ilíada:* individuos prontos para trabarse en combate, esmerados en la cacería, diestros en la violencia y el robo, audaces en la piratería y que incluso hacían incursiones por el litoral egipcio; pero conservaban el antiguo desdén del aristócrata de pura cepa ante el trabajador honrado, y no menos ante el comercio honrado. Su ocupación prolongada de Creta convirtió a esa isla en una suerte de fósil político del Estado militar, caro a Platón.

Con la destrucción al por mayor de ciudades y palacios cretenses, las actividades urbanas quedaron reducidas a las magras ocupaciones de la ciudadela, el *Zwingburg,* mientras los conquistadores armados mantenían la vista vigilante sobre la población ilota que trabajaba la tierra. Hasta los días de Platón, Creta siguió siendo una contrapartida de Esparta, y por eso el filósofo las consideró igualmente admirables. ¿Acaso él no introdujo a un cretense, en vez del entonces odioso espartano, como uno de los principales participantes de su diálogo utópico final? Sin lugar a dudas, no tenía nada de accidental que la guerra y los ejercicios atléticos destinados a prepararse para la guerra constituyeran los elementos principales en el adiestramiento de la élite en los dos países. La mesa común de que tanto los cretenses como los espartanos se jactaban podía tener una pata en el templo, pero la otra estaba en el cuartel.

Algunos de los hábitos fomentados por esta aristocracia micénica y por sus sucesores aqueos y dorios, cuyo espíritu era semejante, debieron de ingresar en la ciudad griega cuando esta

se configuró alrededor del siglo VII a. C. Aunque sus plazas fuertes se convirtieron en remansos urbanos, su existencia y poder mismo pueden haberle dado al legendario Teseo una visión del papel que la ciudad podría desempeñar como punto de reunión, de hecho también como residencia permanente de invierno para los campesinos y pescadores que, de otro modo, se hallarían en una situación inerme.

Por tal motivo, hay que tomar nota en especial del preludio en la Creta minoica, pese a que, aparentemente, fuera tan poco lo que se transmitió de ella. En cuanto a los asentamientos micénicos, recayeron en una forma urbana más primitiva, aunque es posible que con grandes conglomerados de casas, en viviendas donde se apiñaba la gente, en villas más próximas a los estratos más profundos de Jericó que a las sofisticaciones elegantes de Cnossos. Pero, al parecer, el ascendiente micénico no desarrolló nunca las fuerzas urbanas permanentes que son de importancia fundamental para el crecimiento ulterior: el código de ley escrita, los controles burocráticos y el sistema impositivo que le habrían asegurado su continuidad durante un milenio. El poder, que dependía principalmente de la fuerza personal, se desmoronó muy pronto.

Entre los siglos VIII y VI a. C., una nueva estructura urbana comenzó a entretejerse por todo el Egeo. Se trata del periodo caracterizado por la introducción del alfabeto y, hacia el año 650 a. C., por la invención de la moneda acuñada; y marca este periodo una devolución de poder hecha por la ciudadela a la comunidad democrática de base aldeana, así como el ascenso de la misma aldea a un nuevo grado de conciencia de sí misma y de visión cósmica, de lo que son testimonio tanto *Los trabajos y los días* como la *Teogonía* de Hesíodo. La mezcla que hay en Hesíodo de visión práctica doméstica y de mitología y especulación religiosa estableció el tono del nuevo orden urbano; y ambos aspectos de la vida llegaron a alcanzar conciencia más cabal en la *polis* griega. Los

poderes de fabulosos reyes y guerreros belicosos que ocupaban la acrópolis pasaron a la ciudad. Entonces, comenzando por la Jonia continental, sobre el mar Negro, las ciudades surgieron, se multiplicaron, florecieron y colonizaron. Ya en el año 734 a. C., Corinto fundó Siracusa y Corcira; y durante más de un siglo, aproximadamente entre el año 734 y el 585 a. C., un enérgico programa de colonización por parte de grupos representativos, que llevaban todas las instituciones y herramientas fundamentales de la ciudad madre, propagó ampliamente y hasta lejanas tierras la *polis* griega y la cultura griega, desde Naucratis, en Egipto, hasta Marsella, en la Galia, desde Sicilia hasta las playas más remotas del mar Negro. Al principio, este movimiento se debió a una presión agrícola más que a una ambición comercial, y difundió el modo de vida helénico mucho más allá del Egeo.

El desarrollo urbano griego introdujo muchas innovaciones institucionales promisorias con respecto a la pauta inicial de la ciudad, tal como esta se había desarrollado, tanto en Mesopotamia como en el Egipto del imperio. Por lo que parece, los griegos se habían liberado hasta cierto punto de las humillantes fantasías de poder ilimitado que se habían nutrido de la religión de la Edad de Bronce y de la técnica de la Edad de Hierro: sus ciudades estaban más cerca de la medida humana y se hallaban exentas de las pretensiones paranoicas de monarcas casi divinos, con todas las correspondientes compulsiones y reglamentaciones del militarismo y la burocracia. Los griegos quebraron las rígidas divisiones de casta y oficio que habían aparecido con la misma civilización, aunque, a decir verdad, hasta entonces casi no las habían desarrollado; en ese momento inicial tenían la flexibilidad y la inventiva del aficionado que no está dispuesto a sacrificar una parte excesiva de su vida a una competencia especializada.

A medida que la ciudad se desarrollaba, los hábitos democráticos de la aldea se trasladarían a menudo a sus actividades ante-

riormente especializadas, con una rotación constante de funciones humanas y deberes cívicos, y con una participación plena de cada ciudadano en todos los aspectos de la vida colectiva. Esta parca cultura material, que en muchos lugares era solo un poco mejor que un régimen de subsistencia, dio lugar a un nuevo tipo de economía de abundancia, pues abrió territorios vírgenes de la mente y el espíritu que apenas habían sido explorados, no digamos ya cultivados. El resultado no fue solamente un derrame torrencial de ideas e imágenes en el teatro, la poesía, la escultura, la pintura, la lógica, las matemáticas y la filosofía sino una vida colectiva más cargada de energía, más elevada en su capacidad de expresión estética y apreciación racional que todo lo que se hubiera alcanzado hasta entonces. En un par de siglos, los griegos descubrieron más sobre la naturaleza y las potencialidades del hombre que cuanto, al parecer, habían descubierto los egipcios y los sumerios en otros tantos milenios. Todos estos logros estaban concentrados en la *polis* griega y, en particular, en la más grande de estas ciudades, en Atenas.

Suprema en todos los dominios, excepto en el de la colonización, Atenas fue la encarnación de todas estas nuevas promesas. Pero si bien Atenas creó un legado cultural al que todas las épocas sucesivas le han debido algo, también procuró atribuirse por vanagloria la prioridad sobre los bienes a que todas las demás ciudades habían contribuido a participar y en los cuales tenían iguales derechos. Pese a conservar y hasta cultivar los beneficios de la democracia interna, Atenas optó por actuar como reina sobre las ciudades menores, reclamando homenajes y tributos, de modo tiránico, a cambio de su protección. El excremento de la civilización arcaica —la guerra, la explotación, la esclavitud, el exterminio en masa— se acumuló sobre Atenas, como si viniera de una remota cloaca. Al final, estas fuerzas se impusieron a un movimiento hacia un mayor compañerismo, con objetivos más humanitarios, que ya era visible en el siglo VII. Si los jefes

intelectuales de Grecia hubieran discernido las implicaciones de este universalismo, podrían haber liberado a la cultura urbana de su crónica participación en la práctica del sacrificio humano con fines perversos e irracionales.

En un momento decisivo, fue la negativa de Atenas a conceder la libertad a sus ciudades tributarias, y no el truculento desafío de Esparta, lo que dio lugar a la fatídica guerra del Peloponeso. Al hacer resaltar las potencialidades que nunca llegaron a florecer del todo, así como las frustraciones y las derrotas que fueron la consecuencia del desafío no aceptado, de la vida no vivida, Atenas bien puede servir como ejemplo de todas las otras grandes ciudades, igualmente variadas y sumamente individuadas. De hecho, esta oportunidad es también una necesidad, pues además de hallazgos arqueológicos, que por su parte aún son escasos o incompletos, la mayor parte de los documentos sobre el desarrollo de la ciudad griega proceden de Atenas. Sin embargo, lo que es válido para Atenas probablemente puede afirmarse también, con diversos grados de modificación, respecto de la mayor parte de las otras ciudades griegas, en momentos similares de su desarrollo. La principal diferencia sería de carácter cuantitativo, ya que muchas ciudades hermanas de Grecia, destacadas en la historia, nunca tuvieron más de tres o cuatro mil habitantes. Pese a las convicciones de los especialistas en estadísticas, lo que define a una ciudad no es el número sino su arte, su cultura y su propósito político.

2. La voz de la aldea

Si uno encuentra fugaces retratos de los palacios y ciudades micénicos y posmicénicos en Homero, en *Los trabajos y los días* de Hesíodo descubre el fondo de la cultura rural que creció en la capital egea y sus colonias. La escena pasa de Creta a la parte occiden-

tal del Egeo, aunque el desarrollo más pleno de la ciudad, antes del siglo v, tuvo lugar concretamente en Jonia, en los puertos que servían como salidas hacia el Asia Menor y provincias más lejanas.

Como ya hemos señalado, estos valles encerrados entre montañas no proporcionaban medios fáciles de subsistencia y solo podían mantener una magra población rural. Al aumentar el número de habitantes, las llanuras de Tesalia y Beocia facilitarían el grano al comienzo. Pero en términos urbanos contaban como partes atrasadas de Grecia. Aunque pobres en cebada y trigo, las aldeas próximas al mar sacaron de este una fuente suplementaria de alimentación: el pescador se convirtió en marinero y el marinero en mercader; por más que la perfidia o el infortunio pudiera convertirlos a los tres, llegado el caso, en piratas, y que la piratería, con sus ricos botines y sus raptos, pudiera llevar a la guerra. Las aldeas que estaban situadas a unos pocos kilómetros en el interior, bajo la sombra de una empinada colina, tenían una doble protección contra las incursiones piratas; y a diferencia de las ciudades mediterráneas, como Micenas y Esparta, fueron las poblaciones con acceso al mar, aunque separadas de este por una franja de tierra, como Atenas y Corinto, las que se convirtieron en grandes metrópolis.

El trazado de una fortaleza natural, con laderas abruptas y escarpadas, que son de fácil defensa sin el añadido de fortificaciones, y rodeadas por un grupo de aldeas, es un rasgo común de Grecia e Italia, desde Asia Menor hasta Sicilia y Etruria. Los restos de estos asentamientos, que a menudo recaían en su estado más primitivo, son hoy visibles. Estos terrenos de defensa natural tienen, por lo común, una característica que los hizo más deseables, a saber, una fuente; y la fuente misma podría poner el lugar bajo la protección de un dios y la guardia permanente de una sola familia. Si en los tiempos de peligro los aldeanos apiñados resistían eficazmente los ataques, el altar común se haría tanto más venerable.

Las aldeas, antes aisladas, conservarían su asociación religiosa cuando ya había pasado la necesidad militar: cuando no era la presencia del peligro, sería el deseo de evitarlo mediante prácticas piadosas lo que les haría volver a la acrópolis natural. En ella se encendería y se mantendría el fuego sagrado, completando el del hogar doméstico —ambos cultos simbolizan el vínculo común—, en tanto que el altar mismo atraería a su proximidad otros altares domésticos y aldeanos e incluso los absorbería en el culto más amplio. Es significativo que ningún hombre que descuidara el terreno donde yacían sus muertos pudiera retener las principales magistraturas en Atenas. La ciudad helénica es, típicamente, una unión tal de aldeas o *sinoecias*, que a veces se producía por acción democrática voluntaria y otras veces, como en el caso de la propia Atenas, por compulsión regia. Pero la adhesión nunca era completa y el dominio de la ciudad nunca fue absoluto.

Entre los helenos, los ingredientes originales para la institución de la realeza y la edificación de la ciudad eran, en gran parte, los mismos que hemos encontrado en Mesopotamia, pero con una diferencia. Porque en Grecia la abundancia de lugares naturalmente defendibles disminuía la dependencia de la destreza en obras de ingeniería: un puñado de valientes podía defender con éxito un paso de la montaña frente a tropas al parecer aplastantes por su número, y contaban con una ventaja análoga en las laderas rocosas de su ciudadela natural. Por otra parte, una población rala no puede ser reglamentada en masas o mantenida en orden a una enorme distancia de sus gobernantes. Independizados por su aislamiento, habituados a su pobreza, «los de abajo» no aceptarán una paliza de sus superiores sin pegar dentelladas a su vez: hasta Tersites, en la *Ilíada*, aunque sin amigos y en desventaja, convertido en verdad en un objeto de desprecio, no titubeó en mandarlos a paseo.

Los campesinos y pastores pobres, si estaban dispuestos a vivir frugalmente, podían subsistir sin someterse a una vasta or-

ganización colectiva; y como faltaban los tentadores excedentes, no era tan fácil engatusarlos con pan y circo. Si así había menos oportunidad de una explotación unilateral, también había menor necesidad de un control estricto y generalizado. Acaso por esto se desarrolló una forma de organización más blanda, menos formalista, menos rígidamente distribuida en una jerarquía. Con esto apareció la independencia personal, tanto en el juicio como en la acción: la independencia y la confianza en sí mismo estaban tan arraigadas en la Grecia preimperialista como en la Nueva Inglaterra de Emerson; con orgullo se repetía el viejo dicho: «Grecia y pobreza son mellizas». Las ciudades griegas, en sus mejores días, no tenían grandes excedentes de productos; lo que tenían era un excedente de tiempo, es decir, ocio, libre y sin trabas, no comprometido —como hoy ocurre en los Estados Unidos— por un excesivo consumo materialista sino disponible para la conversación, la pasión sexual, la reflexión intelectual y el deleite estético.

¿Es casual que en el corto «Juramento del efebo» se formule dos veces la promesa de que se cumplirá el deber «*sin ayuda* o con el apoyo de todos»? El alarde de flexibilidad y de libertad de las constricciones de la especialización, que Tucídides pone en boca de Pericles como un atributo especial de los atenienses, hundía sus raíces en la aldea. Atenas no tenía la patente de estas virtudes: quienes viven en aldeas y aprecian sus intimidades no confunden el tamaño con la importancia. El coraje solitario desempeñó un papel que la obediencia en masa a las órdenes del jefe no podría igualar jamás. Ese coraje produjo héroes del espíritu al igual que en el campo de batalla, y a menudo en la misma persona.

En su periodo de formación, las ciudades griegas nunca perdieron sus vínculos con sus aldeas o el campo; con las estaciones se producía un movimiento rítmico de entrada y salida en la ciudad. Todavía en el año 400 a. C., según Elizabeth Visser, las tres cuartas partes de los ciudadanos de Atenas eran propietarios de al-

guna tierra en Ática. En muchos lugares, el elemento rural arcaico parece ser mucho más poderoso que el elemento de la ciudadela. Con cierta justificación histórica, Aristóteles asociaba los lugares montañosos fortificados con la monarquía y la oligarquía, en tanto que equiparaba las ciudades de las tierras bajas con la democracia; pero en el funcionamiento concreto, los dos tipos no estaban tan separados y la línea divisoria no era demasiado rígida. El autor de *La constitución de Atenas* observaba oblicuamente que los atenienses «en todas partes conceden más peso a la clase menos elevada», ¿y qué podría ser más típico de la democracia aldeana?

La medida rural predominó en el desarrollo de las ciudades griegas hasta el siglo IV a. C.; las dimensiones modestas de la estela y la lápida, las leyendas delicadas y sentenciosas, los toques de humor; todo esto dista mucho de lo grandioso, lo monumental, lo hinchado. En estas comunidades, la pobreza no era un estorbo: si de algo se sospechaba, era de las riquezas. Ni tampoco la pequeñez era un signo de inferioridad. Las costumbres democráticas de la aldea, sin una clase fuerte ni divisiones profesionales, fomentaron el hábito de celebrar concejo conjuntamente. La mejor excusa para la ciudad, como aldea más grande, consistía en que ampliaba el círculo de posibles oradores. Si los espartanos fueron excepción, sus hábitos lacónicos de conversación fueron engendrados tal vez por la necesidad de mantener secretas sus intenciones, desconocidas por los pueblos que con tanta brutalidad mantenían en la esclavitud: así, a ellos no les servía la ciudad.

Estas costumbres rurales hicieron que los griegos poshoméricos desconfiaran del poder regio y del gobierno centralizado; y hasta en Troya se hizo evidente este hecho. La mística de la realeza no encajaba bien ni con su provincionalismo ni con su ínsito respeto de sí mismos: los griegos valoraban la astucia intelectual de un Odiseo no menos que el coraje juvenil de un Aquiles y, aunque rendían culto a los dioses, no alentaron nunca, como tam-

poco lo hicieron sus rivales persas, la noción de que el gobernante pudiera ser un dios. Agamenón reprocha a Clitemnestra por su efusividad servil en el lenguaje: «Como a hombre, no como a un dios, hónrame». La ilusión de divinidad en el gobernante fue un producto de su decadencia cívica.

Incluso el desarrollo del imperialismo en el siglo v a. C., por más que convirtió a Atenas en implacable explotadora de ciudades griegas menores, no dio lugar a la restauración de la monarquía o a que se extendiera el dominio de los dioses del Olimpo. Muy al contrario: los griegos no solo desecharon las pretensiones más supersticiosas de la realeza, haciendo que sus jefes dependieran del apoyo popular y reduciéndolos a dimensiones humanas, sino que sus dioses están representados como si fueran de la misma constitución física que las figuras humanas, como en el friso del Partenón, o bien como criaturas ligeramente más grandes pero hechas en el mismo molde. Hacia el siglo v a. C., hasta hicieron a sus dioses un poquito ridículos, cuando no despreciables, al insistir en sus debilidades eróticas y sus rivalidades amorosas.

Solo cuando Alejandro, bárbaro macedonio, emprendió sus conquistas, revivieron las primitivas pretensiones del rey divino; signo este, acaso, de que el antiguo culto se había refugiado en las montañas, tal como más adelante haría el maniqueísmo. Cuando los tiranos asumían el poder en las ciudades griegas, recurrían con frecuencia al expediente de abogar por causas populares y desafiar a la antigua oligarquía feudal de las «mejores familias», es decir, los terratenientes que no solo pretendían una parte mayor de riquezas, sino que eran los únicos que heredaban los oficios sacerdotales y que podían desempeñar algunas de las funciones municipales más elevadas.

Este mantenimiento de los antiguos vínculos con la granja y la aldea, esta conservación de las asociaciones tribales y familiares, constituiría una fuente de energía para las ciudades griegas en las

épocas de confusión. Pero también tendía a restringir sus ventajas. Cuando la población de la ciudad aumentaba mediante el comercio y la inmigración, reducía una proporción cada vez mayor de sus habitantes a la posición de ciudadanos irresponsables de segunda clase, que estaban de hecho excluidos de los cargos públicos y hasta de algunos de los festivales cívicos importantes.

Cierto: hasta el siglo IV, una parte más o menos considerable de la población de una ciudad griega podía estar integrada por extranjeros, carentes del derecho de poseer tierras; y a esa altura de los tiempos las guerras habían enviado ya a muchos ciudadanos nativos al exilio perpetuo o la esclavitud. Pero las raíces de la vida aldeana eran tan profundas que hasta las víctimas desalojadas de una conquista salvaje podían, a veces, sobrevivir a la destrucción de la ciudad. Por ejemplo, cuando los espartanos obligaron a los habitantes de Mantinea a destruir su propia ciudad —refinamiento de crueldad comparable con el de los nazis cuando obligaban a sus víctimas a cavar sus propias tumbas—, este desgraciado pueblo se retiró a su *demes* rural, del que nunca se había separado por completo.

A decir verdad, en tanto que las ciudades griegas siguieron siendo pequeñas, el campo estaba a tan corta distancia que podía recorrerse a pie: el mar de casas que hoy se extiende entre Atenas y el Pireo era entonces tierra de cultivo, como el campo a lo largo del camino sagrado a Eleusis, que ahora está invadido por fábricas de cemento. Hasta en la Atenas creciente, era natural que Sócrates y Fedro salieran, en un día caluroso de verano, a caminar fuera de la ciudad, chapoteando en el poco profundo Iliso, a la sombra de los plátanos, para encontrar paz rural y soledad. Las familias terratenientes enviaban su aceite, su vino, su miel, sus higos y su lana del campo a su casa en la ciudad, manteniéndose así, en parte, independientes del mercado y de la necesidad de gastar dinero. Eso debió de acentuar su desdén hacia los extranjeros que tenían que

dedicarse a ganar dinero a fin de comprar tales productos. Como Emil Kuhn señalara ya hace mucho tiempo en su notable obra *Staedte der Alten,* la ciudad y el campo formaban una unidad entre los griegos y no dos modos antagónicos de vida.

Esta proximidad al modo rural de vida explica en parte, sin duda, lo rudimentario de las comodidades del alojamiento y de las instalaciones sanitarias que caracterizó a las ciudades griegas aún en el siglo IV, y todavía más tarde. Las casas estaban construidas ligeramente, con madera y arcilla secada al sol: sus paredes eran tan débiles que, para un ladrón, el modo más rápido de entrar a una casa consistía en abrir un boquete en el muro. En términos residenciales, las ciudades más grandes apenas si eran algo más, al comienzo, que aldeas hipertrofiadas; a decir verdad, precisamente en razón de su hipertrofia y densidad de ocupación del suelo, eran por cierto mucho peores, puesto que carecían de los espacios abiertos del corral y el campo circundante.

Así, la más alta cultura del mundo antiguo, la de Atenas, llegó a su culminación en lo que, desde el punto de vista del urbanismo y de la higiene, era una municipalidad deplorablemente atrasada. Las variadas instalaciones sanitarias de que se enorgullecían Ur y Harappa dos mil años antes, apenas existían en forma de vestigios en la Atenas del siglo V. Hasta los tiempos helenísticos, las calles de cualquier ciudad griega eran poco más que callejones; y muchos de estos callejones solo eran pasajes de no mucho más de un metro de ancho. Restos y basuras se acumulaban en los suburbios de la ciudad, invitando a las enfermedades y multiplicando las víctimas de la peste. La imagen de la «ciudad medieval», cliché que en buena medida es falso y que aún aceptan muchas personas que deberían estar mejor enteradas, sería, en realidad, una imagen fiel de muchas de las ciudades en desarrollo de la Grecia de los siglos VI y V, en particular en Ática y en el Peloponeso. Desde luego, sirve mucho mejor para estas ciudades que

para muchas poblaciones de la Europa occidental en el siglo XIII de la era cristiana.

Mientras la ciudad griega siguió siendo pequeña, este primitivo modo de vida rural no fue necesariamente pestífero ni amenazador para la salud: el sol es un antiséptico eficaz, la tierra abierta constituye una acumulación de abono que es aceptable, y los cerdos y perros comen la carroña con entusiasmo. Pero abundan los datos que nos indican que todo género de suciedades se acumulaba en los límites de la ciudad; en estos basureros del municipio se abandonaban, en Atenas, los recién nacidos no deseados, para que murieran allí. Nada tiene de asombroso, pues, que Aristóteles, en su *Política*, recomendara el nombramiento de inspectores oficiales de higiene, quienes ejercerían un control de la basura de la ciudad; pues el cambio cuantitativo de aldea a ciudad había producido un cambio cualitativo al que no podían hacer frente ni la naturaleza ni las viejas costumbres aldeanas.

Por fortuna, el modelo rural no se desorganizó de pronto, ya que la mayor parte de las ciudades griegas, en los días de su formación, no aspiraba a contar con un gran número de habitantes ni con vastos dominios. Ciudades que solo tenían unos pocos miles de habitantes establecerían colonias mucho antes de estar superpobladas. Incluso en caso de que la ciudad hubiera aspirado a tener una población mayor, los límites de la tierra arable y de una provisión suficiente de agua habrían contenido siempre su crecimiento. Probablemente Atenas, en el siglo v, por más que estaba rodeada por un terreno de aluvión relativamente rico, no albergaba más de cien mil habitantes, incluidos los esclavos, y es dudoso que Mileto o Corinto, por mencionar dos capitales prósperas, hubieran podido abarcar mucho más, por lo menos hasta que esas ciudades fueron reorganizadas por ingenieros romanos. Pocas ciudades, como señala R. E. Wycherley, tenían más de diez mil hablantes.

Más adelante volveré sobre el problema del tamaño de la ciudad, que los griegos trataron racionalmente por primera vez. Pero si hiciera falta algo más para probar que las ciudades de Grecia eran, entre los siglos VII y IV a. C., pequeñas a la par que relativamente dueñas de sí mismas, aunque dependientes en gran parte de sus campos adyacentes para la obtención de alimentos y materiales de construcción, bastaría la historia de la colonización griega. Pues estas ciudades egeas enviaron colonias en todas las direcciones, y en particular a Sicilia y a Italia: las colonias se extendieron desde Marsella, en la desembocadura del Ródano, hasta Naucratis, en el delta del Nilo, y por Oriente hasta las playas del mar Negro. En las ciudades etruscas, prescindiendo de toda consideración sobre sus orígenes remotos, se encuentran un arte y un estilo de vida que unen estrechamente esta cultura aparentemente independiente con la del Egeo.

Las principales ciudades colonizadoras fueron los grandes centros comerciales, como Rodas y Mileto en Asia Menor, y se supone que esta última ciudad instaló setenta colonias urbanas. Este hecho prueba que, por una parte, se producía un constante aumento de población y que, por la otra, no existía el deseo, incluso después que el comercio abriera distantes líneas de aprovisionamiento, de modificar la naturaleza de la ciudad mediante el fomento de un desarrollo excesivo. El límite no era simplemente la falta de tierras donde edificar, si bien en muchas zonas este problema debió de tener su peso. El agua y los alimentos ejercieron controles positivos sobre el crecimiento; incluso más, tal vez, el sentido de la familia y de la fidelidad a la aldea fomentó el deseo de contar con una unidad íntima.

Es un hecho significativo que Atenas, con su sistema de explotación imperialista y su comercio de ultramar en cerámica y aceite, no figurara entre las grandes ciudades colonizadoras. Manteniendo a sus ciudadanos cerca del hogar, esta ciudad sobre-

pasó los límites del crecimiento prudencial y aumentó su dependencia de la guerra y de los tributos para el mantenimiento de su continua «prosperidad». Pero hasta los más audaces conquistadores militares tuvieron que reconocer los límites naturales de la ciudad. Cuando el principal arquitecto de Alejandro ofreció construir la ciudad más grande de todos los tiempos, el líder, que sabía de logística tanto como de estrategia, desechó perentoriamente la idea: «¡Esa ciudad sería imposible de abastecer!».

El paso de la aldea a la *polis*, el lugar donde las personas se reúnen no solo por nacimiento y hábito sino conscientemente, en busca de una vida mejor, tiene lugar ante nuestros ojos en Grecia. Debió de haber muchos centros potenciales donde el poder del señor y la aristocracia feudal se habían debilitado y donde se diría que el odio de los aldeanos a la guerra, recordada con tanta amargura por Hesíodo, se trasladaría a la constitución y a las prácticas diarias de la ciudad. Ciertamente, la aldea griega solo pedía que se la dejara tranquila en su medio autónomo: no quería conquistar ni ser conquistada. ¿Podía la ciudad florecer —podía incluso existir— en los mismos términos? El hecho de que Atenas, al igual que muchas otras ciudades, no construyera murallas que la rodearan por entero hasta después de la primera invasión persa muestra que los centros urbanos, en las condiciones que subsistieron hasta el siglo v, tenían cierto sentido de seguridad interna. Y la primitiva ausencia de murallas puede explicar precisamente esas cualidades humanas que, en un principio, distinguieron a las ciudades egeas de las de Oriente Próximo: su libertad y su falta de prejuicios. En Atenas la construcción de la muralla vino como una reconsideración; casi hasta el final, Esparta la rechazó, considerándola indigna de una casta guerrera.

Pero, obsérvese, de la aldea procedían ciertos rasgos negativos: el aislamiento, la envidia, la suspicacia frente al extranjero, el provincianismo, o sea, la faz más oscura de la confianza en sí

mismo y de la autosuficiencia. Con excesiva facilidad, esta independencia se convertía en pugnacidad, en oposición al gusto de oponerse. Incluso dentro de la ciudad podría haber tenido un efecto anarquizante: no sin motivo, Aristófanes dedicó una comedia entera a vapulear sin piedad a los atenienses por su afición excesiva al litigio. Este aislacionismo provinciano queda ejemplificado clásicamente por el hecho de que las ciudades griegas, a pesar de los esfuerzos de Delfos, no llegaron nunca a tener un calendario común. Incluso comenzaban sus años en fechas diferentes.

Este incorregible ensimismamiento que se nota en la aldea griega solo podía quebrarse en momentos de peligro, ante la aparición de un enemigo visible. Evidentemente, tal unión política momentánea difiere del tipo de unificación estructural que fue necesaria en Mesopotamia y en Egipto para el control de las inundaciones o para la redistribución anual de las tierras; lo que Mary Austin llamó «colectivismo de la ventaja indivisible» no tenía aplicación en Grecia. La topografía y las costumbres aldeanas servían como vallas contra la unificación, a pesar de todo cuanto hicieron el idioma, la literatura, el arte y la mitología para ligar las ciudades griegas entre sí.

Pero aunque el provincianismo empezaba en la aldea, tenía también otras causas; y no se debe olvidar que los griegos instituyeron los juegos olímpicos en la era en que las ciudades de Grecia estaban más próximas a sus orígenes aldeanos, cuando las más grandes solo podían jactarse de unos pocos miles de habitantes. Esa circulación y congregación a gran escala de la élite redujo, por la presión de la voluntad humana, la distancia entre las comunidades que habían parecido imponer las condiciones naturales. Asimismo, fue Hesíodo, el aldeano, quien odió y denunció la guerra, en tanto que Platón, el filósofo urbano, la alabó como algo esencial para desarrollar las virtudes humanas.

Un último rasgo tenía su origen en las aldeas. Sin duda, del campesino, y no solo de la aristocracia terrateniente, surgió la desconfianza frente al comerciante, el banquero, el intermediario comercial, el prestamista de dinero y el tenedor de hipotecas; de hecho, frente a toda la gente de negocios que, a fin de extender el comercio y promover la riqueza, estaba creando la nueva economía monetaria, tan hostil a los antiguos hábitos rurales y la vieja escasez ática.

Estos comerciantes y banqueros, respaldados por manufactureros y artesanos, fueron los nuevos organizadores de la ciudad; a partir del siglo VI, pusieron en peligro el poder de los aristócratas y de los guerreros del comienzo. Pero el problema de la incorporación de estos nuevos grupos comerciales a la comunidad, poniéndolos activamente a su servicio y atribuyéndoles responsabilidad, no preocupó nunca seriamente a los grandes espíritus de Grecia. Hasta en las constituciones de las ciudades comerciales se consideraban inexistentes los negocios. Por definición, un ciudadano no podía tomar parte en las actividades comerciales. Si optaba por esta carrera, le era necesario emigrar y establecerse como extranjero en otra ciudad. Solo unas cuantas ciudades, como Egina y Quíos, permitían que sus ciudadanos tomaran parte en el comercio.

No obstante, de las ciudades comerciales de Jonia, y a decir verdad de los mismos mercaderes en persona, como en el caso de Tales, surgió todo un mundo de ideas nuevas. Si bien estas ideas diferenciaron a los filósofos y hombres de ciencia griegos de sus predecesores sacerdotales de Babilonia y Egipto, hasta el siglo IV las formas y los valores de la ciudad no se modificaron por este hecho. Cuando por fin estos nuevos agentes fueron incorporados, lo fueron en gran parte bajo la influencia reaccionaria de los nuevos emperadores, «reyes divinos» y «salvadores» a su propia usanza.

Ya a esta altura de las cosas, la cantidad y la organización se habían convertido en fines en sí mismos, y los atributos más preciosos de la *polis* desaparecieron. Las supersticiones del poder resurgieron con el ejercicio del poder militar excesivamente centralizado. En la incapacidad de la *polis* helénica para ensanchar suficientemente el horizonte de la aldea reside, en parte, la responsabilidad de su caída final. Por extraño que parezca, los grandes espíritus de la Hélade no se esforzaron intelectualmente por superar su medio geográfico y cultural.

3. Olimpia, Delfos y Cos

Como órgano de cultura, la ciudad griega llegó a su madurez en el siglo v, antes de haber alcanzado una rica organización de la forma física, excepto en la acrópolis. A estas alturas, sus propósitos cívicos se habían desprendido de sus funciones municipales originarias, y estaban mucho más desarrollados. Sobre su herencia dual —la plaza fuerte posmicénica y la aldea de la montaña— se estableció un nuevo conjunto de instituciones, de naturaleza más universal y de asociación más espontánea; y muchas veces estas instituciones más libres parecieron hallarse a punto de crear una nueva clase de organización urbana, menos cerrada, menos divisiva, menos rígida y opresora que la que había dado forma a la ciudad amurallada. Me propongo examinar estos nuevos elementos —acaso más visibles para nosotros que para los griegos— antes de proceder a describir la estructura concreta de la ciudad del siglo v.

Pausanias, observador tardío de las ciudades griegas, desechó una ciudad de los focenses, diciendo que apenas merecía ser llamada ciudad porque carecía de oficinas de gobierno, de gimnasio, teatro, mercado y agua corriente. En su opinión, estos edificios e instalaciones eran los elementos que diferenciaban una ciudad de

un mero amontonamiento de casas de aldea. Pero el germen de la ciudad griega ya estaba bien desarrollado en la aldea: lo que tuvo validez en la transición neolítica seguía teniendo validez. ¿Qué es la asamblea de magistrados, en el *pritaneo* o ayuntamiento, sino la forma urbana del antiguo consejo de ancianos, que es probablemente la más vieja de las instituciones políticas seculares? ¿Qué es la plaza establecida en el mercado *(ágora)* sino el mismo espacio abierto donde los ancianos se reunían, con las dimensiones adecuadas para dar cabida a toda la aldea congregada, y donde los vecinos podían, de paso, exhibir sus productos sobrantes para cambiarlos por otros? ¿Qué es la fuente entubada sino una forma más segura del manantial sagrado, cuya taza levantada hacía menos probable la contaminación de su agua por los orines de los perros o los pies embarrados de los hombres? En cuanto al teatro, también este existía de forma embrionaria en los ritos de fertilidad de la aldea, celebrados para la primavera y la cosecha: el suelo circular de la era se convirtió en el escenario del nuevo teatro y los propios aldeanos, separados de los protagonistas como coro, ya no eran actores, pero todavía eran demasiado activos y locuaces para que se les llamara simples espectadores.

Hacia el siglo VIII a. C., posiblemente, la ciudad griega comenzó a adquirir una fisonomía propia. Como otros centros de la antigüedad, la ciudad griega fue, desde el comienzo, la morada de un dios. Aunque muchas ciudades podían pretender la misma divinidad, en especial las poblaciones coloniales, que tan a menudo emigraban bajo la égida de Apolo, la divinidad local mostraría algún rasgo particular que lo vinculaba ya a los antiguos dioses del hogar, ya a algún decisivo acontecimiento histórico. Hasta tal punto estaba esto estereotipado.

Sin embargo, ya en el siglo VI, en la época de Solón, un viento fresco parece soplar a través de estas ciudades, desde los confines egeos orientales hasta los septentrionales del Mediterráneo; pero,

sobre todo, en el Ática: brumas de confusión y superstición se disipan ante el sol de la mañana y sus rayos empiezan a penetrar en la caverna más profunda. La mente, con una recién adquirida concienca de sí misma y de sus poderes, se entrega a la contemplación de su propia imagen; y la sonrisa de las estatuas griegas, que con demasiada ligereza es desdeñada como una convención arcaica, puede, en verdad, revelar esta confianza e iluminación interiores. Por tosca que fuera la vida de aldea en la base de la ciudad, quien trepara a las acrópolis vería, en las cortantes laderas de la montaña y en el cielo luminoso, el reflejo de un espíritu que se había convertido en la medida de todas las cosas, juzgando las viejas costumbres y las viejas leyes con una regla independiente, abierta a la razón. Los dioses tenían ahora que satisfacer normas humanas.

Como resultado de esta transformación, durante uno o dos siglos la *polis* griega, en particular Atenas, se convirtió en un símbolo de todo cuanto era auténticamente humano. La misma vida natural resultó ser más maravillosa, con sus limitaciones medidas, que las insolentes exaltaciones y las confusiones de la fantasía mitológica. Ser humano era ser más divino que los antiguos dioses. ¿Qué fuerzas llevaron a cabo esta transformación?

La explicación más fácil de la cultura urbana helénica sería aquella que identificó sus vivaces aciertos con sus principios democráticos, oponiendo la *polis* a las grandes capitales hipertrofiadas de los despotismos orientales. Era natural que los griegos establecieran esta oposición, en el entusiasmo de la derrota infligida a los invasores persas; pero los datos concretos no corroboran del todo esta explicación.

Si los griegos obtuvieron un notable éxito en la empresa de eliminar la institución de la realeza, la cual apenas había ido más allá de las pretensiones de los primeros jefes tribales, su logro de la democracia siguió siendo lento, parcial, caprichoso y nunca llegó a ser eficaz del todo. No solo ocurrió que las oligarquías terratenien-

tes y las tiranías continuaron durante largo tiempo en el poder en muchas regiones, sino que incluso allí donde la democracia se impuso finalmente, como ocurrió en Atenas, conservó los antiguos principios de segregación y monopolio. La democracia ateniense excluía al forastero y al esclavo: aunque estos no representaban una pequeña parte de la población total. (Ominosamente, la *polis* tenía necesidad de mil doscientos arqueros escitas para mantener el orden en la asamblea y los tribunales). Si bien después de Pericles los artesanos y mercaderes llegaron a menudo a los cargos más altos de la ciudad, tanto la libertad como la igualdad de las que se jactaba la democracia ateniense estaban sometidas a muchas restricciones. Debemos buscar en otra parte las fuerzas del espíritu que parecían dispuestas a abrir una brecha en las murallas invisibles que habían limitado al rey y a sus nobles los nuevos atributos de la personalidad, reduciendo las posibilidades de un desarrollo humano general en la ciudad antigua.

Para dar con el secreto propio de la ciudad griega es necesario apartar la mirada de los centros más grandes. Y si se quisiera resumir en tres nombres lo que diferenció decisivamente la cultura urbana griega de la de sus predecesores, se podría decir simplemente: Olimpia, Delfos, Cos. La contribución de estos centros es lo que elevó a tanta altura la capacidad de realización del hombre.

Ninguna de estas poblaciones pretendía ser una gran ciudad. En realidad, cada una de ellas representa un tipo especializado de ciudad, con un poder de atracción que hacía converger a los hombres, ocasional o periódicamente, desde las regiones más remotas de la Magna Grecia, devolviéndolos luego, tras haber puesto en tela de juicio las limitaciones provincianas, y con un aspecto relevante de su vida renovado y elevado a un nivel más alto.

Lo que el transporte y el intercambio de mercancías había hecho para estimular la vida cotidiana de la ciudad mesopotámica, las visitas personales a Olimpia, Delfos o Cos lo hicieron en

cuanto al desarrollo religioso, político, literario y atlético de los griegos. La primera era la sede de los juegos olímpicos; la segunda encerraba el altar principal y el oráculo sagrado de Apolo, la única gran influencia unificadora civil y religiosa, comparable en esto con el Vaticano en relación con los países católicos; en tanto que la tercera era un gran centro de curación, donde un nuevo grupo de médicos, los precursores y sucesores de Hipócrates (460-375 a. C.), procuraba curar las enfermedades y promover la salud mediante una comprensión racional de la naturaleza.

De estos tres centros fluían corrientes de energía vital, transmitidas por peregrinos y participantes, quienes viajaban a pie y en barco; una energía vital que llevó a todas las ciudades griegas un verdadero torrente de ideas y normas de vida unificadoras y autotrascendentes. El trabajo característico de cada uno de estos centros se proseguía en muchas otras ciudades: Cnido y Epidauro, punto de origen del culto de Esculapio, rivalizaban con Cos; y el santuario apolíneo de Delos convirtió esa isla pelada en un refugio de peregrinos al mismo tiempo que en un centro bancario y comercial internacional, a pesar de su traicionero acceso por agua. Del mismo modo, una vez que se iniciaron los juegos interurbanos, muchas otras ciudades compitieron con Olimpia. A través de la influencia de estas instituciones, los miembros más emprendedores de la *polis* entraron en contacto directo con otras ciudades, otros pueblos y otros modos de vida; y los participantes experimentaban ese proceso de «retirada y retorno» que, según han demostrado históricamente tanto Patrick Geddes como Arnold Toynbee, constituye un modo esencial de desarrollo humano. Estos festivales y congregaciones desafiaban el arraigado provincianismo de la *polis*. Los cuatro grandes festivales panhelénicos —el olímpico, el pitio, el ístmico y el nemeo— atraían a griegos de todas partes de la Hélade, los cuales llegaban por los caminos sagrados, donde los caminantes eran inmunes a los ataques en

esas estaciones. Esta movilización y congregación predice un movimiento aún más libre en un mundo cada vez más vasto.

Olimpia representaba el cuerpo como expresión física activa, a través del juego disciplinado, del espíritu humano. Cualesquiera fueran los ulteriores pecados del dualismo griego, en los días de formación de su cultura, los griegos clásicos nunca identificaron el desarrollo espiritual con lo incorpóreo y menos aún con un desdén porfírico hacia el cuerpo o un monacal placer masoquista en degradarlo o cortejar la enfermedad. Delfos representaba, a través de su oráculo, la combinación del inconsciente, en sus profundidades, accesible a través de la oscuridad, el sueño, las drogas y la embriaguez, con una inteligencia despierta y una previsión que iba lejos: sus dioses mellizos, como nos recuerda Werner Jaeger, eran Apolo *y* Dionisos, no solo el ordenado y lúcido Apolo, en sí mismo símbolo de iluminación solar y espiritual. Aquellos a quienes hacía dormir la sacerdotisa recibían la visita del dios en sueños; probablemente bajo la influencia del hipnotismo o la de un somnífero, incluso quizás la de un anestésico, pues una noticia procedente de ese centro hace saber que le fue extirpada una catarata a un paciente durante la noche, sin que él se enterara.

Fue una de esas sacerdotisas délficas, Diótima, quien ordenó a Sócrates que escuchara a su *daimon*; de modo que cuando el pensamiento racional dejó el templo para recoger el guante de la experiencia corriente en el mercado, lo hizo acompañado por un vívido recuerdo de sus comienzos cósmicos prerracionales en las cavernas, las grutas y los ritos animales. Los maestros de la tragedia griega nunca olvidaron esa lección. No sin motivo Delfos, en la leyenda griega, lo mismo que Jerusalén en los mapas cristianos de la Edad Media, ocupaba el centro exacto de la tierra. Esta era su posición exacta en la mente griega. La función original del sacerdocio griego consistía en determinar el orden correcto de los festivales religiosos, y es muy probable que Delfos, ya en el siglo

VII, tratara, aunque sin éxito, de propagar por el mundo griego su reconocimiento de un tipo uniforme de calendario.

Por último, Cos era el gran centro del que se irradió un nuevo concepto de la salud; era al mismo tiempo un sanatorio, un hospital y un centro de investigación médica en el que, como ha señalado George Sarton, el pensamiento médico maduró. Pero estos centros no eran simplemente una colección de edificios utilitarios, mitad fábrica y mitad hotel, como nuestros hospitales modernos. Poseían también los serenos atributos del claustro; en ellos, quizá por vez primera, la función de este último, el retiro y la dedicación interior, se evadió de los confines del templo, por mucho que el templo de Esculapio estuviera a un paso.

Los médicos de Cos conocían las cualidades curativas de la reclusión y la belleza, el espacio y el orden: instalaron sus sanatorios en una isla pequeña, famosa por sus vides y sus moras, y por su seda extraordinariamente fina, con una amplia vista sobre el mar: un noble paisaje liberado del apiñamiento, el desorden, los olores y los ruidos de la ciudad griega.

Tal vez nadie ha expresado estos ideales con tanta eficacia, pese a que lo hiciera en forma absolutamente inconsciente, como Henry James en su alegoría onírica *Un lugar espléndido*. La gente recorría cientos de millas por tierra y por mar para estar bajo el cuidado de estos médicos tan consagrados, atados a su noble juramento y que trabajaban en un medio ambiente tan curativo. En virtud del mismo acto de desapego que implicaba el viaje, el paciente daba el primer paso hacia su curación; y el hallazgo psicosomático de las propiedades curativas de un cambio de escenario puede haber sido una contribución de la sabiduría hipocrática, basada en mejorías que los médicos observaban en los recién llegados ya antes de que les aplicaran sus remedios positivos. ¿Cabe dudar de que el orden que apareció en las nuevas ciudades del siglo IV registraba, de forma colectiva, algunas de las lecciones que

esta gran escuela de curadores e higienistas aplicaba al paciente? Ese sentido del espacio y la armonía, en la naturaleza y de la naturaleza aunque sobrepasándola a través del esfuerzo ordenado del hombre, dejó su huella en ciudades más recientes.

Los juegos olímpicos fueron fundados en el año 776 a. C. y siguieron celebrándose durante casi mil años. No fue del todo casual que estos juegos surgieran en la pequeña Olimpia, hogar de los dioses, rival de la montaña del norte donde la familia olímpica se originó. Los juegos y las disputas tienen un origen religioso, por más que no siempre tengan una salida religiosa inmediata: Heródoto nos describe una competición anual con clavas a la entrada de un templo egipcio, la cual es probable que reflejara un rito mucho más antiguo que se celebraba entre los que representaban a Osiris y los que representaban a Set. En Grecia, antes ya de los juegos olímpicos había juegos funerarios, a cuyos vencedores se les entregaban coronas de la hierba sagrada, el perejil, y que estaban consagrados a celebrar la vida y muerte de un jefe o de un héroe. Pero el mérito singular de los juegos olímpicos consistió en establecer, cada cuatro años, un estado de paz política durante el cual los habitantes de todas las ciudades podían viajar con entera libertad bajo la protección de Zeus, sin temor a ser detenidos o lesionados. Atacar a uno de estos peregrinos constituía un acto sacrílego.

En Olimpia, las ciudades se encontraban, por así decir, en persona, y los torneos se interesaban en el cuerpo como expresión del espíritu humano. A estos juegos acudían por igual poetas y atletas; y unos y otros se sentían impulsados a dar lo mejor de sí a la competición, ya que su auditorio no estaba formado tan solo por sus conciudadanos, sino por los representantes congregados de una comunidad más vasta, la dilatada Hélade.

Bajo el ímpetu de estos juegos, una nueva institución apareció en la ciudad helénica, una institución a la que fue necesario darle un lugar: la palestra o campo de lucha. A su vez, con el correr

del tiempo, este se desarrolló más y se convirtió en el gimnasio, un campo de deportes cercado, que a menudo estaba situado en un bosquecillo de plátanos y se destinaba a todo tipo de competiciones o exhibiciones atléticas. Un centro de este tipo contaría con baños, vestuarios y, por último, aulas; pues, conforme con el precedente olímpico, no se permitía que el espíritu permaneciera apático y ocioso debido a un ejercicio físico demasiado violento. Al gimnasio acudían los jóvenes y los viejos para amistosos encuentros de lucha y boxeo, para correr carreras y lanzar el disco o la jabalina. De tres bosques sagrados de este tipo, ya fundados en el siglo VI, surgieron tres célebres escuelas de sabiduría: el Liceo, la Academia y el Cinosargo.

Si la plaza del mercado había sido, tal vez, un centro improvisado para tales actividades antes del siglo VI, no bastaba este espacio cuando la ciudad empezó a crecer. De modo que encontramos el gimnasio en las afueras de la ciudad, donde había terrenos sin edificar, aptos para actividades al aire libre. En todas partes de la ciudad, pero en el gimnasio en particular, había estatuas de los dioses y de los héroes. Estos recordatorios de «atletas perfectos y de perfectas madres de atletas» impusieron una norma pública de gracia y vigor físicos. Este arte plástico influyó en la juventud de las ciudades griegas del mismo modo que las fotografías y anuncios de estrellas de cine establecen normas de belleza femenina en la civilización contemporánea. En el periodo de la adolescencia, cuando el narcisismo y la conciencia del cuerpo aparecen por primera vez, no puede valorarse en exceso la influencia de estos modelos. Personalmente, puedo dar testimonio del efecto que tuvo en mi desarrollo físico una obra romana que ni siquiera es importante, la representación de un atleta con un estrígil.

En uno o dos siglos, con el desarrollo del espíritu mercantil en la sociedad griega, los objetivos religiosos y culturales de los juegos olímpicos fueron ensombrecidos por un sórdido profesio-

nalismo y por la comercialización; esto coincidió con el establecimiento de certámenes rivales en otras ciudades. La mera proeza física, como puede ser la de Milón de Crotona, remplazó a la fuerza llena de elegancia, de dinamismo y de fortaleza imperturbable; a decir verdad, la obtención de premios por parte de atletas profesionales se había convertido, al igual que en nuestros días, en un fin en sí mismo hacia el siglo IV a. C.; y Teágenes de Tasos se jactaba de haber ganado quinientos premios.

Pero, en un comienzo, tan arraigado estaba el sentido deportivo que hasta las guerras entre ciudades asumían a veces la forma de un certamen deportivo, haciéndose antes por honor que por intereses más perversos. De esto es testimonio la «guerra» entre Calcis y Eretria, en el siglo VII, que se llevó a cabo como si solo fuera una competición deportiva, prohibiéndose en ella el uso de toda arma arrojadiza: jabalinas, hondas y flechas. Esas ciudades habían salido de la depravación bárbara de la guerra total y habían sublimado la agresión brutal.

Al trasladarse a la ciudad, sus moradores habían dejado atrás muchos pasatiempos rurales saludables así como muchas ocupaciones corporales vigorosas: por eso fue misión de los juegos olímpicos restaurar estas virtudes rurales como parte de la rutina diaria de la ciudad, en forma de ejercicios desinteresados y estilizados, divorciados de la antigua matriz de la granja, los campos de pastoreo y las cacerías en el bosque.

Los derivados espirituales de esta nueva institución resultaron ser tan importantes como sus beneficios para la salud; pues con ella viejos y jóvenes se encontraban en una situación de compañerismo constante, no como padres e hijos o ni siquiera como maestros y alumnos, sino como compañeros en discusión, dirigidos por los miembros de más edad; en discusión aún más estimulante debido a las diferencias de edad y a la liberación de la autoridad puramente paternal. A veces esta intimidad incitaría a una homosexualidad es-

téril, al provocar enamoramientos apasionados sin ninguna amenaza de vástagos; pero también esta sería, como nos recuerdan los diálogos platónicos, una contribución a la educación superior. ¿Poseía una casta sacerdotal autoritaria algo de valor comparable que pudiera ofrecer en materia de método? Y en tanto que el gimnasio convidó a los ejercicios físicos, contribuyó a superar la debilidad corporal que con excesiva frecuencia era el precio que había que pagar por la adaptación al medio urbano sedentario y estrecho.

Se hace más difícil describir el papel desempeñado por el altar de Delfos, sobre todo porque este culto no dejó tras de sí más documentación legible que sus tesoros y sus monumentos votivos. Aunque el culto de Dionisos llegó tal vez mucho más lejos, fue posiblemente gracias a la sanción de Delfos, que reunía de manera constante la mesura y la claridad apolíneas con la oscuridad y el éxtasis dionisiacos, como el teatro se apoderó de la ciudad griega. A estas alturas conviene que hagamos un alto para considerar el teatro como una institución urbana que se introdujo en la ciudad griega más o menos al mismo tiempo que el gimnasio, presentándose inicialmente en el ágora en graderías improvisadas de madera, según puede verse en tres vasos arcaicos del siglo VI. Pero enseguida, debido a las muchedumbres que asistían al espectáculo en la ciudad en crecimiento, el teatro se estableció en la ladera de una colina, en las afueras, al aire libre.

Los festivales que dieron nacimiento al teatro eran religiosos, y desde mucho tiempo atrás se celebraban en la aldea; y los sacerdotes del templo ocupaban la primera fila de la «platea». Si la comedia ática surgió de antiguos ritos de fertilidad, arraigados en el pasado neolítico, la tragedia luchaba con el problema del desarrollo humano que se planteaba con la aparición del nuevo orden urbano: las cuestiones del destino, el azar y el libre albedrío. A medida que la ciudad se desarrollaba, el teatro se fue despojando de ambos aspectos de su herencia religiosa: la diversión puramente cerebral

remplazó los ritos obscenos y las payasadas, lo mismo que la arquitectura monumental. Este proceso se acompañó de una pérdida de sentido cósmico. En el momento mismo en que su orgullo y su confianza se hacían presuntuosos, el yo humano empezaba a encogerse. Separado de su sentimiento de lo cósmico y de lo divino, parecería cada vez más presa de cambios sin sentido y del capricho exterior. En su propio desarrollo, el teatro simbolizaba así el curso del desarrollo urbano, a medida que lo vulgar, lo trivial, lo sórdido y lo espectacular desalojaban los sacramentos del nacimiento, la ciudadanía, la vocación, el matrimonio y la muerte.

No obstante, en su fase postrágica, cuando el vínculo religioso ya estaba disuelto, el teatro siguió siendo uno de los rasgos distintivos de la ciudad clásica, visible hasta en la población más distante que se construyera para los colonizadores y pensionados del Imperio. Hoy mismo, en la colina de Fiésole, cerca de Florencia, el semicírculo de bancos de piedra que mira al valle que se extiende abajo y a las montañas que se elevan más allá, revive la forma casi universal del teatro griego y exhala un débil hálito de la cultura original que lo produjo. La belleza del espacio ordenado dentro de un cosmos ordenado.

Si una indicación del fin de la ciudad clásica es el fin de los juegos olímpicos, la otra es el abandono del teatro. Pues era en el teatro donde el ciudadano griego se veía y obedecía la máxima délfica: conócete a ti mismo. Lo mejor de todo era que, como nos revelan las implacables comedias de Aristófanes, este ciudadano aprendía a verse de una forma distorsionada, tal como otros lo veían, castigado por sus dolorosas risotadas. Pero al mismo tiempo contemplaba, en las figuras más grandes de los dioses y los héroes, personalidades potenciales cuya imitación, en los momentos de crisis, le ayudaría a sobreponerse a la mediocridad de lo seguro y lo habitual. La autoconciencia y la comprensión de sí mismo, incluso la autotrascendencia, pasaron a ser las nuevas características

de la personalidad urbana, o, por lo menos, de una minoría más consciente.

Pero, de forma todavía más directa y práctica, Delfos determinó otro cambio en el desarrollo de la ciudad griega. Dado que la fundación de la ciudad era para los griegos, como lo fuera para culturas anteriores, ante todo un acto religioso, Delfos asumió, naturalmente, la responsabilidad de las nuevas fundaciones; y, en particular en el periodo primitivo de colonización, el Apolo pítico daba consejos específicos que hacían salir nuevas colonias en todas las direcciones, bajo la égida del mismo Apolo. Pocas eran las ciudades que emprenderían una expedición de esta naturaleza sin consultar previamente al oráculo. Así, en un momento en que el crecimiento de la población podría haber provocado la congestión en el interior de la ciudad, la emigración al azar o los conflictos por la tierra arable en las regiones más densamente pobladas, Delfos, de fuerza o de grado, examinó el problema demográfico y dirigió un programa de dispersión organizada.

Mediante este programa, los guardianes de ese altar aminoraron, por una parte, la acerba competencia económica y las guerras de conquista, en tanto que, por la otra, difundieron la cultura y la *polis* griegas hasta las ralas comunidades aldeanas situadas en la periferia. El control del crecimiento urbano mediante una colonización ordenada, que se repetía tan a menudo como lo exigiera el número de habitantes, constituyó el primer reconocimiento práctico de un límite orgánico al crecimiento urbano. Durante el siglo en que fue practicado más ampliamente, cuando se mantuvo la norma, la ciudad griega resultó un medio sumamente favorable para el desarrollo humano. La doctrina délfica del justo medio era tan válida para las ciudades como para los hombres. Obsérvese que los que dieron lugar a este movimiento de colonización fueron la persuasión religiosa y la acción voluntaria, no el control militar centralizado. Este apareció con Alejandro Magno, cuando la

autoridad religiosa se había derrumbado y se habían desvanecido las normas cívicas.

Cos, Cnido y Epidauro tenían tanto de símbolos del interés griego en la integridad y el equilibrio como los juegos olímpicos o el altar délfico; y las lecciones que ellas impartieron desempeñaron su papel en el urbanismo posterior, por más que hasta el día de hoy no hayan sido asimiladas del todo.

Uno de los más célebres tratados hipocráticos es el que indaga *Sobre los aires, aguas y lugares*. Se trata de una obra que trazó las líneas maestras de la higiene pública en relación con la elección de emplazamientos y la planificación de ciudades. Por más que el amor griego hacia los objetos concretos indujo a estos perspicaces médicos a descuidar las fuerzas y los organismos que están por debajo del umbral corriente de lo visible, por lo cual, aparentemente, no sospecharon nunca que las enfermedades pudieran ser transmitidas por agentes invisibles. Con todo, hicieron plena justicia a asuntos que se descubren con más facilidad y que también con más facilidad se manipulan, como son: la orientación de los edificios y las calles de la ciudad para evitar el sol estival y recibir los vientos refrescantes; la necesidad de evitar las tierras pantanosas y los ambientes insalubres; la urgencia de procurarse fuentes de agua pura, cosa doblemente necesaria en el caso de pacientes, a quienes el vino, por lo regular, se les debe prohibir.

Estas prescripciones no se impusieron rápidamente. Les era más sencillo a los ricos y a los ociosos visitar un sanatorio distante cuando estaban enfermos que a un municipio proporcionar el capital necesario para grandes obras de ingeniería que permitirían hacer llegar agua pura desde las montañas, establecer amplios espacios abiertos para la recreación dentro de la ciudad, abrir los congestionados barrios residenciales y asegurar la circulación del aire, si no mediante una disminución del apiñamiento residencial, al menos cortando cada manzana de casas, a intervalos frecuentes,

con calles y callejuelas. Resulta paradójico que las grandes ciudades, las que poseían los capitales necesarios para estos desembolsos, eran las menos capaces de «permitirse» las mejoras imprescindibles, por mucho que el propio número de habitantes hiciera tanto más urgente en ellas las mejoras en materia de higiene.

Por consiguiente, la teoría hipocrática no se convirtió en práctica urbana hasta que se edificaron las nuevas ciudades helenísticas, primero en Grecia y luego en las colonias romanas. Pero la reiteración de estos principios por el arquitecto y urbanista romano Vitruvio, en el siglo I de la era cristiana, mostró que permanecían vivos y activos, del mismo modo que una parte nada desdeñable de la medicina hipocrática siguió viva en Galeno.

La comprensión de la importancia del agua pura no solo proporcionó un incentivo para las mejoras municipales sino que promovió también la investigación de las propiedades curativas de los manantiales minerales; de modo que de los centros iniciales de tratamiento médico salieron sus descendientes en línea recta, los centros de salud que se especializaron en baños naturales calientes y fríos y en la copiosa ingestión de agua. La misma Bath, en Inglaterra, fue uno de estos centros romanos; y la fe en los baños, incluido el aprecio por los de agua salada, renació en el siglo XVIII como consecuencia directa del resurgimiento clásico-romántico, es decir, un siglo antes de que el aire fresco y la luz del sol llegaran a ser considerados el método natural, científicamente fundado, de combatir el raquitismo y la tuberculosis.

La insistencia hipocrática en la importancia del aire, el agua, el suelo y el emplazamiento no obtuvo una fácil victoria; pues una antigua tradición de edificación apiñada, la tolerancia de la suciedad y de la putrefacción, y un deseo ávido de aprovechar cada migaja de tierra disponible contribuyeron a transmitir sin reforma alguna las contravenciones médicas e higiénicas de los primeros constructores de ciudades. Pero, gradualmente, los mandamientos

hipocráticos llevarían a la ciudad agua pura para beber y bañarse y parques espaciosos para ejercicios y rejuvenecimiento espiritual. Se trataba de equivalentes urbanos esenciales de las instalaciones naturales a las que la ciudad había dado la espalda. Sin embargo, sorprende la ausencia de un aspecto de la higiene: la escuela médica no ha dejado texto alguno sobre alcantarillado público, y no hay referencias al modo correcto de eliminar los excrementos.

Estas fueron, pues, las contribuciones decisivas que, reuniéndose periódicamente en centros especiales, hicieron los griegos a la cultura de las ciudades: el gimnasio, el sanatorio y el teatro. Estas contribuciones no se limitaron a remodelar la forma de la ciudad sino que cada una de ellas introdujo un motivo para una circulación más amplia, así como para un mayor intercambio cultural mediante viajes y peregrinaciones. Esto constituyó una influencia panhelénica. Con los poemas de Tirteo, recitados en los juegos olímpicos, hasta la ruda Esparta hizo su contribución a la cultura literaria común.

Las personas que se aventuraban a ir, en pequeñas cantidades o en corrientes caudalosas, a Olimpia, Delfos, Cos y a sus ciudades hermanas, se separaban momentáneamente del mundo cerrado en sí mismo que era la *polis*. Se convertían en miembros de una unidad más vasta, reunidos, no por encierro e inclusión, sino por una viva atracción. En el punto de reunión superaban el particularismo y el provincianismo de su ciudad natal y contemplaban un horizonte más vasto. Los caminos sagrados que llevaban de Elis a Olimpia, o de muchos otros lugares a Delfos, servían como vínculo visible de esta unidad.

Potencialmente, estas prácticas encerraban en su seno la base de un nuevo tipo de política urbana, basada en la organización federada, que ejercería su acción sobre zonas más extensas, no por mando centralizado sino a través de transacciones voluntarias y servicios mutuos. Si estos esfuerzos hubieran sido comprendidos

en forma más cabal y apreciados más conscientemente por los pensadores políticos de Grecia, aun en el siglo IV, todavía podrían haber dejado su huella en la ciudad. Pero la práctica griega estaba mucho más adelantada que la teoría griega; a decir verdad, la teoría acentuaba lo separado, lo particular, lo estático, lo arcaico, y pasaba por alto las nuevas tendencias hacia el intercambio cultural dinámico y la federación política. Aristóteles examinó las constituciones de ciento cincuenta y ocho ciudades griegas, cada una de ellas suficientemente diferentes como para merecer un análisis por separado; pero no ha quedado constancia alguna de que prestara atención a los esfuerzos por crear una liga general de ciudades, pese a que estos habían comenzado ya en el siglo VI, y antes de que Roma borrara hasta el último vestigio de la libertad griega, Grecia había producido unas veinte confederaciones de este tipo.

McDonald observa muy a propósito que la mayoría de estas ligas tuvieron como punto de partida un festival religioso común y la organización necesaria para proteger y fiscalizar un culto determinado. Y con demasiada demora se introdujeron dos nuevos procedimientos de gobierno urbano: el principio de la «isopolítica», en virtud del cual una ciudad daba su ciudadanía a otra ciudad aunque permaneciera separada y autónoma; y el de la «simpolítica», por el cual una ciudad pasaba a integrar un grupo cooperativo, bajo una autoridad coordinada, en la que cada ciudadano manifestaba una doble fidelidad. En un mundo pacífico, estos esfuerzos podrían haberse multiplicado y llegado a su plenitud.

Hasta quienes poseen un conocimiento de Grecia tan exhaustivo como el de Toynbee se inclinan a atribuir la divisibilidad de las ciudades griegas a su situación topográfica, a los celos y la rivalidad, al enamoramiento narcisista de su propia imagen. Nadie puede dudar de que todos estos factores desempeñaron su papel: pero el hecho de que se hicieran tantos esfuerzos por alcanzar la federación pone en evidencia la existencia de múltiples pre-

siones en sentido contrario. El primer Estado federal de Grecia, para el que J. A. O. Larsen halla una descripción adecuada, fue la confederación beocia del periodo 447-386 a. C.. La apreciación de ese esfuerzo data solo del descubrimiento del papiro helénico de Oxirrinco, que se llevó a cabo en 1908.

Tal vez esta innovación fue favorecida por la ausencia de barreras de montañas y ciudades poderosas en esa llanura vasta y fértil; pero, a pesar de su reputación ática de torpeza mental, Beocia había creado, en realidad, un sistema federal bien organizado, con una junta de magistrados, un amplio consejo representativo, un tesoro y el control de una renta, e incluso un tribunal o tribunales federales; y tenía la fuerza suficiente para imponer gobiernos locales uniformes a las ciudades miembros. En conjunto, se trataba de una brillante innovación.

Este logro de un gobierno, federal y representativo, con su combinación de unión y autonomía local, constituyó un cambio político de no poca magnitud. No lo hizo fracasar el inveterado particularismo de las ciudades griegas, algo fatalmente inherente a su carácter y constitución, sino que, por el contrario, este sistema federal fue destruido por un brutal acto específico, a saber, la «paz del rey», del año 386, que estipuló que las ciudades griegas habían de ser «libres». Bajo el dominio espartano, esto significaba que no eran libres para congregarse en una unión federal. Todo esto ocurrió antes de que Demóstenes tratara de agrupar a las ciudades amenazadas para hacer frente a Filipo de Macedonia. Si el federalismo beocio hubiera prevalecido sobre el aislacionismo espartano, las ciudades de la Hélade habrían podido parar el golpe fatal asestado en Queronea.

Si la fuerza y la confianza en sí mismas de las ciudades griegas no hubieran sido destruidas por la serie de guerras que estallaron entre ellas, sus posteriores esfuerzos federalistas, nacidos en gran parte de la desesperación, podrían haberles dado mejores

posibilidades frente a los imperios que finalmente las barrieron. Pero el concepto más amplio de una política urbana federal, el cual hubiera rectificado las fallas tanto del aislamiento urbano como de la política imperialista y la expansión cultural, nunca tuvo un recorrido bastante prolongado como para crear una pauta radicalmente nueva de vida cívica. La guerra arrastró nuevamente a la *polis* al sistema más regresivo de las primeras ciudades centradas en su rey, y, finalmente, solo dejó un vestigio de su independencia y autonomía. De modo que, como refugiados conquistados, súbditos y esclavos, y no como ciudadanos libres, transmitieron los griegos las lecciones de Olimpia, Delfos y Cos al resto del mundo.

4. El viejo templo y el nuevo dios

Nos hemos aproximado a la ciudad griega desde el exterior, pues fue en las afueras de la ciudad donde las nuevas instituciones, partiendo de tipos antiguos, encontraron un hogar. Pero en el centro de la ciudad griega, cuando esta finalmente tomó su forma en el siglo v, se hallaban las instituciones características de la antigua ciudadela, casi intactas. Allí estaba el templo que mantenía vivo el antiguo culto, con sus residencias próximas para los sacerdotes y las sacerdotisas. También allí estaba el antiguo palacio, que fue convertido en ayuntamiento cuando se dividió el poder real entre los magistrados electos, con un señor de la guerra, un señor de la ley y un señor del altar; aunque, como nos recuerda Robert J. Bonner, el jefe religioso del Estado era conocido aún con la designación de *archon basileus*, es decir, rey principal. En cuanto al lugar de reunión de la aldea, ya fuera ágora o mercado, a menudo estaba situado en la base de la ciudadela, pero el desarrollo de la función mercantil llevaría con frecuencia, cuando una ciudad se extendía o reconstruía después de la destrucción en tiempo de

guerra, a su traslado al borde del agua, por conveniencia para el trasbordo, el intercambio y el almacenaje.

Las actividades diarias de una ciudad griega se cumplían al aire libre, a menudo bajo un sol radiante, a veces en el frío del lluvioso otoño o el nevado invierno. Este hábito de la vida a cielo descubierto compensaba, en parte, las estrecheces del ambiente doméstico, en especial para los miembros masculinos de la comunidad. El cercamiento parcial apareció como uno de los lujos novedosos del periodo helenístico: cuando los ciudadanos perdieron la libertad, se consolaron con comodidades físicas, como nuevamente lo hace hoy la gente en la sociedad casi totalitaria en que vivimos. Pero la acrópolis siguió siendo el centro espiritual de la *polis*, y, a partir del siglo VII, su estructura culminante ya no era el castillo sino el templo.

Como casa del dios de la ciudad, el templo adoptó la forma de la tradicional mansión palaciega, un gran salón con vestíbulos y un pórtico frontal: una estructura como la de los graneros, con un techo de gablete cuyos montantes de madera se transformarían, con èl correr del tiempo, en las robustas columnas de mármol de los órdenes dórico o jónico. Este edificio albergaba, por lo común, la imagen esculpida del dios o de la diosa, cubierta de oro, tal vez con una cabeza de marfil y ojos de pedrería, como en la célebre imagen de Atenea hecha por Fidias; mientras que, en el exterior, las esculturas y las decoraciones geométricas estarían pintadas con fuertes tonos brillantes, todo ello con una pesada sobrecarga de significado simbólico. El gran templo solo sería uno entre muchos templos y santuarios más pequeños distribuidos por la ciudad, en lugares que no se escogían tanto por su importancia estética como por las asociaciones o los acontecimientos sagrados que otorgaban a esos puntos una santidad especial. Tanto el desarrollo lógico como el orden estético ocupaban puestos secundarios en relación con los sentimientos arraigados por el tiempo.

En las ciudades más grandes, y a diferencia de lo que ocurría en las de la Edad Media del cristianismo, el templo no tenía nunca un tamaño suficiente para albergar a un mismo tiempo una parte considerable de la comunidad: esto distaba mucho de sus propósitos. Pues los principales ritos y ceremonias se celebraban fuera de este edificio, aunque dentro del recinto sagrado. Para la época en que se construyeron los grandes templos, en los siglos v y iv a. C., los dioses mismos habían experimentado una transformación: ya no serían la imagen sobrehumana de los señores y señoras de la ciudadela, contemplados desde lejos; más bien se habían convertido en encarnaciones de cualidades específicas o virtudes humanas, encarnaciones de la justicia, la sabiduría o la pasión sexual. Esto formaba parte de ese carácter «libre de necedad» que Heródoto consideraba, junto con la inteligencia griega, el rasgo que distinguía a los helenos de los bárbaros.

Ya en el siglo v a. C. había un elemento consciente de ilusionismo en la religión griega. En el curso de toda la oración de Pericles para conmemorar a los atenienses muertos no se hace ni una sola referencia a los dioses. ¿Se hubiera atrevido Aristófanes, ese acérrimo conservador, a describir, aunque lo hiciera en son de broma, el bloqueo del cielo por las aves si las creencias tradicionales en las divinidades olímpicas no hubieran estado ya gastadas? Cierto es que Sócrates, en fecha posterior, fue condenado a muerte por suponerse que alejaba de los antiguos dioses a los jóvenes de Atenas. Pero esto ocurrió en un estallido de sospechas y resentimientos democráticos, en el fragor de una guerra que se estaba perdiendo, más o menos con el mismo espíritu con que una comisión investigadora del senado, si los EE.UU. hubieran sido derrotados por los nazis, habría podido condenar a Charles Beard por minar la fe popular en los padres de la Constitución, o a John Dewey por modificar la enseñanza rutinaria de las primeras letras.

El hecho es que, para el siglo VI, un dios nuevo había tomado posesión de la acrópolis y, por un tránsito imperceptible, se había fundido con la divinidad original. Este nuevo dios era la *polis* misma; pues las gentes que edificaron estos grandes templos estaban poseídas por el éxtasis de un culto colectivo a sí mismos. Acaso nunca se dieron cuenta de que era su propia imagen del orden, la belleza y la sabiduría lo que habían puesto en lo alto de una colina y que para conseguir los medios de crear esas estructuras mostraban a menudo un orgullo exorbitante y una desagradable dureza moral. Si quería salvarse la ciudad, hacía falta un examen de conciencia humilde y lúcido. Uno de los más majestuosos entre estos edificios, el Partenón, fue una de las obras públicas proyectadas por el propio Pericles: y lo hicieron posible actos cada vez más evidentes de injusticia flagrante y terrorismo deliberado, perpetrados por Atenas sobre sus vecinos y aliados más débiles. Esto culminó en el exterminio masivo de los varones de Melos, incluso después de la rendición de sus habitantes. Acaso estas complicadas obras públicas proporcionaron trabajo al excedente de población de Atenas; pero el dinero que las hizo posibles estaba manchado de sangre, un dinero que degradaba a quien lo tomaba.

La oración fúnebre de Pericles cuenta una historia diferente de la que los helenistas han extraído de ella, una vez liberados de la hipnosis ejercida por la retórica de Tucídides. Cubierta por una afable máscara de modestia y moderación, esa oración es, en realidad, un himno de complaciente culto de sí mismo: en ella se tratan ideales realizados solo en parte, como si fueran sólidos hechos, y apenas hay atisbos de injusticias demasiado palpables, y menos aún de arrepentimiento.

Si hicieran falta más pruebas de esta insidiosa hinchazón del yo colectivo, las presentaría el propio Partenón: la debilidad moral no es menos visible porque se haya materializado en una impecable imagen estética. Porque ¿qué es el friso panateneico

sino una representación idealizada de la procesión real que recorría las angostas calles de la ciudad y trepaba hacia el *temenos* de Atenea, contemplándose los miembros en las figuras esculpidas que aparecían ante sus ojos, al mismo tiempo que, saliendo a la ladera abierta debajo de los peldaños, hacían reverencias a su guardiana de la sabiduría, con su ave totémica común, el búho? Así, el yo contemplaba con admiración el yo que contemplaba el yo: un estado de extático narcisismo. Este enamoramiento de la propia imagen se ahondó entre los atenienses, sin duda, en razón de su triunfo final sobre los persas, que determinó la restauración del altar que estos habían destruido en el año 480 a. C. Incluso en el año 336 a. C., dos años antes de la fatídica derrota de Queronea, los ciudadanos de Atenas inscribieron en una estela el texto de una ley contra la tiranía... ¡y el relieve que la acompaña representa a la democracia coronando al *demos* de Atenas!

Durante un tiempo, el orgullo de los griegos por su humanidad sin ataduras tuvo, posiblemente, un efecto humanizador sobre la religión: determinó, como ha señalado Gilbert Murray, una moralización del Olimpo, en un esfuerzo por poner los dioses al menos a un nivel humano de conducta, y por tapar, como indignos de la divinidad, los amoríos escandalosos y las tretas canallescas que los miembros del panteón griego habían heredado de los delincuentes cósmicos de tiempos anteriores. El propio Olimpo debía ser convertido en una *polis* de ciudadanos respetables. Así, el menos divino de los dioses, el herrero Hefestos, se encontró con un templo edificado para él, a fin de celebrar sus sólidas virtudes artesanales, en tanto que Prometeo, aquel a quien Hesíodo había caracterizado con el adjetivo de «taimado», se convertía, en la tragedia de Esquilo, en un ser moralmente superior a Zeus. Aunque Atenas ofrece la mayoría de los más fáciles ejemplos de deificación de la *polis*, este mismo espíritu dominaba en todas partes. El dios, la ciudad y los ciudadanos se convirtieron en una compacta manifestación del yo.

Este culto a la *polis*, entronizado en el mito y la leyenda, labrado en costosas obras arquitectónicas, alimentado por una sucesión de rituales hipnóticos, tuvo un efecto pernicioso sobre la ciudad. Lo que se iniciara como colectivo respeto por sí mismos, como confianza en poderes puestos a prueba bajo la presión externa, se transformó en el culto de una imagen congelada del yo comunal. Al final, la *polis* quedó minada y enfrentó la destrucción por su excesiva entrega a las artes y los rituales que la habían fortificado en la hora de su derrota y que habían celebrado sus éxitos. Bien hacía Platón al observar en las *Leyes* que la mayor plaga de la ciudad no era «la facción, sino más bien la distracción».

En el siglo IV, con el que se inicia un gran periodo de ampliaciones urbanas y embellecimientos cívicos, los atenienses insistían, como viene a ser típico, en gastar en sus juegos y festivales públicos los fondos que necesitaban con urgencia para rehacer su armada y para mantener a raya a los conquistadores macedonios. La oración de Demóstenes «Sobre la armada» constituyó, en realidad, una contra-oración fúnebre. El luto de Demóstenes no era por los guerreros que habían muerto en batalla: era, más bien, por la ciudad orgullosa que agonizaba en una fatua paz. Pero, ay, era el cadáver cerúleo de la ciudad, cubierto de afeites y perfumado, lo que él trataba de resucitar. La angustia de Demóstenes ante sus contemporáneos amantes de las diversiones y enemigos de las responsabilidades es el comentario final sobre las fanfarronadas de Pericles. Los atenienses estaban demasiado enamorados de sus habituales excitaciones y distracciones, de sus deportes, juegos y espectáculos, así como de su nuevo interés por la buena cocina, que nos revela Aulo Gelio, para estar dispuestos a hacer frente a las realidades de vida o muerte que exigían sacrificio.

Una vez más, la sólida estructura física ocultaba la posibilidad de podredumbre espiritual que había tras ella. Al exaltar todo lo que la riqueza y el poder militar pueden aportar, los atenienses

olvidaron las asociaciones de la ciudad, esencialmente simbióticas y cooperativas, y que solo florecen cuando, por una parte, están equilibradas por dentro y, por la otra, en concordancia con un medio ambiente más vasto. Porque no fueron las perfecciones acabadas de la época que siguió a Pericles sino las potencialidades inconclusas del periodo entre Solón y Pericles lo que hizo a Atenas tan grande, es decir, ese momento fecundo en el que los edificios no habían pasado a ocupar el lugar de los hombres. Entonces, un espíritu de improvisación y creación brillantes influyó sobre todas las funciones urbanas.

Por sus grandes templos y monumentos, la ciudad griega no era única. Karnak y Heliópolis, Babilonia y Nínive, sin lugar a dudas, también podían decir lo suyo al respecto. La verdadera fuerza de la ciudad griega era de otro orden: consistía en no ser demasiado pequeña ni demasiado grande, demasiado rica ni demasiado pobre; y de este modo impedía que la personalidad se viera disminuida por sus propias obras colectivas, en tanto que utilizaba plenamente todos los agentes urbanos de cooperación y comunión. Nunca ciudad alguna, por grande que fuera, albergó y estimuló a semejante multitud de personalidades creadoras como las que se congregaron en Atenas quizá durante un siglo. Este es el hecho más importante al respecto; pero si nos faltaran los documentos escritos, las piedras de Atenas no contarían la historia.

5. Ayuntamiento y mercado

Llegamos ahora al centro dinámico de la ciudad griega: el ágora. Casi desde el comienzo se había ido desarrollando la separación entre el ágora y el recinto del templo, es decir, el modesto lugar de encuentros para los negocios seculares y el augusto lugar dedicado a los sacrificios y a las plegarias a los dioses. En Grecia

esta separación se produjo antes que en Mesopotamia, pues, por lo menos en los tiempos poshoméricos, el comercio y la industria nunca se habían desarrollado bajo la dirección inmediata del templo. En vez de un arcaico capitalismo de Estado, con una base teológica y surgido de una concentración regia del poder, ocurrió exactamente lo opuesto: la contribución voluntaria de dádivas a un altar como el de Apolo en Delos convirtió esa isla yerma en un próspero centro bancario, que desempeñó un papel considerable en el desarrollo comercial helenístico. Si en la economía del siglo v bien podía decirse que el ágora era una plaza de mercado, su función más antigua y persistente fue la de lugar de reunión comunal. Como de costumbre, el mercado fue un subproducto de la congregación de consumidores, quienes, aparte de hacer negocios, tenían otros motivos para reunirse.

Como tantas otras manifestaciones de la *polis* griega arcaica, se encuentra el ágora descrita en la *Ilíada*, en la primera descripción adecuada de la actividad diaria de una comunidad griega, esto es, la que Homero concentró en las imágenes de oro y plata en el fabuloso escudo de Aquiles. El ágora aparece allí como un «lugar de asamblea», donde «las gentes de la ciudad se congregaban» y la finalidad de la congregación, en este contexto, era decidir si un asesino tenía que pagar una compensación adecuada en sangre a la parentela del muerto. Los ancianos, «sentados sobre piedras pulidas en medio del círculo reverenciado», daban a conocer su decisión.

Hasta la comunidad más primitiva tiene que hacerse cargo de sus asuntos colectivos y examinar sus conflictos comunes, rompiendo tensiones insostenibles de ira, miedo y suspicacia, y restableciendo el equilibrio social roto por la agresión y la venganza, por el robo y la reparación arbitraria. Un lugar así para reunirse debió de existir desde mucho tiempo atrás en la aldea, posiblemente bajo un árbol sagrado o junto a un manantial, en una superficie bastan-

te grande como para que también pudieran llevarse a cabo en ella las danzas o los juegos de la aldea. Todas estas funciones del ágora pasarían a la ciudad y adquirirían formas más diferenciadas en el complejo patrón urbano. Pero en su estado primitivo, el ágora era, sobre todo, un lugar para hacer uso de la palabra; y no hay posiblemente plaza de mercado urbana en la que el intercambio de noticias y opiniones no desempeñase, al menos en el pasado, un papel casi tan importante como el intercambio de mercancías.

Lo cierto es que las funciones del mercado como centro de transacciones personales y de entretenimiento social solo se perdieron del todo cuando se introdujeron en los Estados Unidos, a mediados del siglo XX, el automatismo y el carácter impersonal de los «supermercados». Incluso en este caso, la pérdida social ha sido solo en parte compensada por el desarrollo del centro de compras más grande donde, con el estilo característico de nuestra época supermecanizada, diversos medios de comunicación para las masas sirven, por lo menos, como sustituto —bajo el astuto control de los guardianes del mercado, los publicistas— de las comunicaciones directas y cara a cara (en las dos direcciones) entre comprador y vendedor, entre vecinos y colegas comerciales.

El ágora primitiva tenía una forma amorfa e irregular. Si era a veces una plaza abierta, en una población como Thera podría ser poco más que el ensanche de la calle principal, una calle ancha, exactamente como ocurría, por elegir solo uno entre un centenar de ejemplos, en la población inglesa de High Wycombe. Primordialmente, el ágora es un espacio abierto, de propiedad pública y que puede ocuparse con fines públicos, pero que no tiene por qué ser cerrado. A menudo los edificios contiguos están dispuestos en un orden irregular, aquí un templo, allá un monumento a un héroe o bien una fuente; o, tal vez, en una hilera, un grupo de tiendas de artesanos, abiertas al transeúnte; mientras que, en el medio, los puestos provisionales podrían indicar el día de mercado cuando el

campesino llevaba sus ristras de ajo, sus verduras o sus aceitunas al pueblo y se marchaba con un cacharro o se hacía arreglar el calzado por el remendón.

Sin embargo, a partir del siglo VII, con la introducción de las monedas acuñadas de oro y plata como nuevo medio de intercambio, el comercio se convirtió en un elemento más importante en la vida de la ciudad y las funciones económicas del ágora siguieron extendiéndose. Ahora, un grupo creciente de personas, dedicadas en gran parte a la exportación y a las transacciones mayoristas, empezó a trabajar, no solo para vivir mejor sino en pos de riquezas abstractas; eran personas que aspiraban a hacerse tan ricas como el famoso Creso, el rey de Lidia, sin que la prudencia les intimidara por el hecho de que este tuvo un mal fin. En realidad, estas nuevas funciones económicas presionaban tanto sobre las acciones políticas y jurídicas del ágora que, a fines del siglo VI, por lo menos en Atenas, la asamblea popular, necesitando espacio, abandonó el ágora y se refugió en el *Pnyx*.

Con todo, aún en la época de Solón, el Ágora de la Cerámica estaba trazada deliberadamente de modo tal que sirviera igualmente como mercado, como lugar de asamblea y de festivales, y si bien una parte del ágora estaba reservada a menudo para las amas de casa, era sobre todo un recinto para hombres. A decir verdad, el ágora servía como una especie de «club» extraoficial, donde, si uno se quedaba dando vueltas el tiempo suficiente, se encontraría con los amigos y los compañeros de diversiones. Pero, incluso en el siglo V, como señaló Aristófanes en *Las nubes*, los terratenientes preferían holgazanear en el gimnasio, donde solo se encontrarían con gente de su misma clase.

Esta función social del lugar abierto ha persistido en los países latinos y, así, la plaza, el campo, la *piazza* y la *grand' place* descienden en línea recta del ágora, pues es en el lugar abierto,

con sus cafés y restaurantes circundantes, donde se producen encuentros espontáneos y cara a cara, conversaciones y flirteos que no son oficiales, aunque sean habituales. Incluso las funciones deportiva y dramática del ágora original no desaparecieron nunca del todo: a fines de la Edad Media, en el norte de Europa, todavía tenían lugar torneos caballerescos en las plazas de los mercados y a estos los sucedieron en el siglo XVII las exhibiciones militares. En ellas, el ágora, dicho sea de paso, recibía el nombre de hipódromo; y carreras de caballos, semejantes a las que en otros tiempos se llevaban a cabo allí, se siguen corriendo todos los años en el célebre Palio de Siena, carreras que culminan en la plaza frente al ayuntamiento. Como en el ágora se reunían tantas funciones urbanas importantes —la ley, el gobierno, el comercio, la industria, la religión, la sociabilidad— nada tiene de extraño, como observa Wycherley, que siguiera ganando terreno a expensas de la acrópolis, hasta que al final pasó a ser el elemento más vital y distintivo de la ciudad. A decir verdad, en la ciudad helenística llegó a apoderarse, con el nuevo templo o el teatro vecino, de algunos de los antiguos ocupantes de la acrópolis.

Con el tiempo, el ágora se convirtió en un recipiente indiferenciado, no muy distinto del posterior foro romano. Eubolo, poeta griego del siglo IV, observaría que «en Atenas todo se encuentra en venta en el mismo lugar: higos, testigos de citas judiciales, racimos de uvas, nabos, peras, manzanas, informantes, rosas, nísperos, potaje, panales, garbanzos [...] mecanismos de clasificación, flores de lis, lámparas, relojes de agua, leyes, denuncias». Allí, un templo o un santuario estaba instalado entre un amontonamiento de tiendas, y el campesino con su burro podía empujar a un filósofo cavilante, como Platón debió de cavilar a menudo mientras observaba a un alfarero o a un carpintero entregado a su trabajo ante su taller abierto, exactamente como todavía hoy puede verse a los artesanos atenienses.

Pero si bien la continua expansión del ágora indica el cambio producido en la economía griega, el paso del comercio rural entre vecinos al tráfico de ultramar, conviene señalar un hecho singular respecto de este crecimiento, pues el mismo revela una falla decisiva en la constitución de la *polis*. Esa falla contribuyó casi tanto como sus actividades bélicas a minar toda esta civilización urbana. Aparte de los artesanos, quienes podían ser ciudadanos de poca monta, forasteros libres o esclavos, los medios mercantiles en expansión del ágora estaban en manos de extranjeros, de «metecos», según se les llamaba. A esta gente se le negaba, excepto en circunstancias excepcionales, el privilegio de la ciudadanía: no podía contribuir a hacer las leyes, transmitir decisiones legales, poseer tierras o incluso, cuando no eran griegos, casarse con personas nativas de la ciudad. En síntesis, se trataba de una minoría que estaba excluida políticamente y cuya única ocupación consistía en hacer dinero: personas que, por necesidad, invertían todas sus energías en ganar dinero y adquirir las cosas que podían comprarse con él.

Desgraciadamente, el comercio y la industria estaban fuera de la esfera de la educación griega o *paideia:* de hecho, según observara Heródoto, para los griegos «los artesanos y sus descendientes son mucho menos apreciados que el resto de los ciudadanos. El que se ha librado de trabajos corporales es considerado noble». Esto se oponía al espíritu de la época de Solón, cuando, según Plutarco, «el trabajo no era ningún oprobio» ni un oficio comportaba mala reputación; el comerciante hasta tenía prestigio. Excepto en las ciudades comerciales de Jonia, que habían abandonado las costumbres aristocráticas de la Grecia homérica y que ya no equiparaban los mayores bienes de la vida con los que procedían de la caza y de la guerra, los ciudadanos griegos rechazaban el comercio como modo posible de la buena vida. Robar y engañar, si podemos juzgar a través de Homero, no eran incompatibles con las virtudes

aristocráticas; pero la simple transacción comercial, basada en el valor dado y recibido, era tratada como algo más innoble que la expropiación unilateral por la fuerza. Solo los corintios tendrían suficiente orgullo de su éxito como mercaderes para quedar exceptuados de este prejuicio. Este desmoralizado «hacer dinero» abrió el camino para otras formas de desmoralización.

El desdén griego por el mercado fue una actitud suicida: la buena fe y la reciprocidad necesarias en todas las formas de comercio a larga distancia, dependientes del crédito, nunca pasaron de los negocios a la política; es más, lo que ocurrió fue exactamente lo contrario, pues Atenas se convirtió en una explotadora implacable de los desvalidos y en la enemiga sistemática de sus rivales económicos, en un momento en que su propio aumento de población reclamaba el ensanche de todo el campo del esfuerzo conjunto por el bien colectivo. Al edificar su imperio, Atenas recurrió a los métodos violentos de la nobleza, con un añadido de brutalidad civilizada a fin de reclamar en exclusividad el excedente que habría enriquecido a toda la Hélade.

En su bosquejo biográfico de Pericles, Plutarco trató de defender la política de obras públicas seguida por ese estadista, en términos muy semejantes a los que mucho después usarían otros para defender la política de Napoleón III y Haussmann, en el mismo aspecto. Como la ciudad contaba con «todas las cosas necesarias para la guerra, podía dedicar el excedente de sus riquezas a las empresas que, ulteriormente, una vez llevadas a feliz término, le darían honor eterno y que, de momento, mientras se desarrollaban, hacían vivir en la abundancia a todos los habitantes». Plutarco se detiene a mencionar los diversos materiales que se utilizaban en el templo —la piedra, el bronce, el marfil, el oro, el ébano, la madera de ciprés—, los diversos oficios que los trabajaban, las actividades de los mercaderes y marinos, que trasladaban los productos, por no hablar de los «fabricantes de carros, ganaderos,

carreteros, fabricantes de cuerdas, trabajadores del lino, zapateros, curtidores, trabajadores camineros y mineros». Así, concluye Plutarco, «la ocasión y los servicios de las obras públicas distribuyeron mucho, a través de todas las edades y condiciones».

Por supuesto, todo esto era una forma de construir pirámides, tanto en el sentido egipcio como en el reciente sentido keynesiano de la expresión; si es que, en realidad, uno y otro sentido no fueran intercambiables desde un comienzo. Y dice mucho respecto del decoro moral de un gran conjunto de ciudadanos atenienses que, pese a la magnitud del soborno —¡empleo constante!, ¡economía en expansión!, ¡nunca habíamos vivido mejor!—, ninguna parte de su política fue criticada más agriamente que esta en las asambleas populares. Los enemigos de Pericles señalaban que Atenas había ensuciado su reputación al financiar este enorme programa con el tesoro común de los griegos guardado en la isla de Delos, al sacarlo de ella y utilizarlo en beneficio exclusivo de los atenienses. En comparación con este tipo de expropiación unilateral, hasta el modo más inescrupuloso de comerciar presentaba ventajas morales. No siendo partidaria de la federación o del gobierno representativo, no siendo experta como Mileto y Rodas en materia de colonización, Atenas procuró monopolizar tanto las ventajas económicas como las culturales, en vez de aplicar sus grandes talentos a hacerlas etéreas y distribuirlas profusamente. No debe asombrarnos, pues, que la ruda Esparta tuviera a Delfos de su lado.

A medida que el número de mercaderes extranjeros crecía en proporción a la prosperidad financiera de la *polis*, el número de habitantes que no tenían intereses directos en su vida aumentaba correlativamente. Se trataba de aquellas gentes que, si buscaban educación, la podían obtener rápidamente, mediante retribución, de esos estudiosos ambulantes, los sofistas, maestros cuyo pecado principal consistía en que afirmaban estar en condiciones de enseñar, en unas cuantas lecciones breves, a cambio de una paga, lo que

a la ciudad helénica, con la colaboración de todas sus instituciones, le llevaba en realidad toda una vida impartir a sus ciudadanos.

Por consiguiente, incluso cuando la ciudad griega se convirtió en una «democracia», sus ciudadanos constituían una clase aparte, una «minoría dominante». Cuanto más vastas se hacían las actividades económicas de la metrópolis en expansión del siglo v, más firmemente se extendía el abismo entre los ciudadanos y los que no lo eran. No menos que los mercaderes, los artesanos importados podían venir de tierras no habituadas al gobierno autónomo e incapaces de apreciar la libertad y la autonomía de la *polis*. Recordemos que Aristófanes menciona, incluso, albañiles egipcios. Estos hombres podían ser «libres», pero no podían asumir una ciudadanía activa.

Muchos de los ciudadanos de Atenas carecían de los medios para vivir la descansada vida aristocrática que su constitución presuponía. A fin de disponer del tiempo libre requerido para el desempeño de sus funciones como legislador o como jurado, el ciudadano ateniense se veía obligado a solicitar del tesoro el apoyo público durante su periodo de mandato. Cuando Pericles introdujo la remuneración de dichos servicios, las antiguas familias de terratenientes, que vivían de rentas y de productos de sus campos, consideraron que esta paga era poco más que una limosna o un soborno. Pero lo que realmente era escandaloso es que hiciera depender la libertad de la ciudadanía de la esclavización de comunidades más débiles.

El comercio siguió siendo para el ciudadano griego un intruso indeseable en la *polis* ideal, opuesto tanto al modo de vida aristocrático como al agrícola. Esta prevención fue transmitida a romanos como Cicerón, quien en *Sobre la república* escarneció a aquellos que se alejaban de sus hogares tentados por «esperanzas y sueños elevados» de lucro; a decir verdad, Cicerón atribuiría

la caída de Corinto y de Cartago a su «ansia de comercio» y a la dispersión de sus ciudadanos. En el ínterin, los hombres de negocios se volvían cada vez más indiferentes en cuanto a la forma de gobierno, siempre que el gobierno les permitiera proseguir con sus empresas y sacar ganancias. Esta indiferencia debió de ejercer una influencia perniciosa en quienes todavía trataban de practicar el gobierno democrático. El poder económico, por muy oculto que esté, no puede pasarse por alto. A fines del siglo IV, el centro económico de gravedad se había trasladado decididamente de la tierra al comercio; de la antigua oligarquía frugal y austera a los mercaderes astutos, ostentosos de sus ganancias, con quienes un gobernante absoluto podría hacer negocios.

En la economía griega del siglo v el mercader extranjero desempeñó un papel similar al que tendría el judío en la economía cristiana de la ciudad medieval: hacía falta, pero no se lo quería. El mejor cálculo sobre la población de la ciudad griega que pueden hacer hoy los estudiosos revela la debilidad de esta forma contraída de participación cívica. En su momento culminante, Atenas tenía, según Wycherley, cuarenta mil ciudadanos de pleno derecho (de sexo masculino), posiblemente unas ciento cincuenta mil personas libres (metecos, mujeres y niños) y tal vez cien mil esclavos. Las proporciones son correctas, probablemente, si bien es casi seguro que las cifras son demasiado elevadas. En otras palabras, menos de uno de cada siete de sus habitantes eran ciudadanos con todos los privilegios de la ciudadanía; e incluso entre estos ciudadanos, una proporción creciente estaba representada por artesanos y comerciantes que carecían del sentido de obligación pública que las familias de terratenientes, comparables en esto con la aristocracia rural inglesa, fomentaban entre sus miembros. Los dirigentes políticos que siguieron a Pericles fueron, sucesivamente, un traficante de cáñamo, uno de ovejas, uno de cuero y uno de salchichas: hombres que, por una parte, carecían del orgullo de

la vieja aristocracia y que, por la otra, carecían de la competencia educada de la nueva clase comercial marítima.

La incapacidad para moralizar el comercio y para incluir sus bienes en las restricciones adecuadas, en la esfera de la buena vida, fue tal vez una causa tan importante de la desintegración helénica como la difusión de la esclavitud o la incapacidad para hacer frente a los sucesivos ataques de imperios ensoberbecidos. Casi desde el momento mismo en que se creó la *polis*, el griego no fue nunca capaz de rectificar la imagen de una vida noble y descansada tal como, esencialmente, la vivía la aristocracia homérica. Esta imagen excluía al comerciante, al banquero, al trabajador manual, al tendero y, de hecho, a todos los que eran necesarios para producir el excedente económico por otros medios que no fueran la explotación y el latrocinio sin tapujos. Ahora bien, sin este excedente no podían florecer ni la vida descansada ni la democracia.

Incapaces de convertir al hombre de negocios en ciudadano, los griegos, con el correr del tiempo, convirtieron al ciudadano en algo peor que un hombre de negocios: primero, en conquistador y explotador insolente; luego, en sujeto subordinado, en pedagogo rastrero, haragán y adulador, un parásito refinado, cuyo nombre se convirtió en sinónimo de cosa despreciable entre los romanos, por mucho que admirasen y copiasen a los griegos clásicos.

Pero si las funciones comerciales del ágora se multiplicaron a partir del siglo VII, esto no significa necesariamente que las actividades políticas de la ciudad dejaran de tener lugar allí. El rasgo primero de democratización, en ciudades cuyos descendientes reclamaron una distribución más amplia del poder político, fue la desaparición del palacio original, como el que el rey Erecteo había hecho construir en Atenas sobre la Acrópolis.

Esta separación del poder político y el poder religioso constituyó un vuelco decisivo en la historia de la ciudad helénica. Y es

significativo que el ayuntamiento, término con el que se puede traducir el vocablo griego *prytaneion*, mantuviera en la modesta escala de las posteriores ciudades griegas algunas de las características originales tanto del palacio como del templo: siguió considerándose el hogar del rey y allí se mantenía encendido el fuego sagrado, dedicado a Hestia. También era el lugar donde se recibiría a los emisarios extranjeros o donde tendría lugar un banquete oficial. Naturalmente, los documentos más antiguos sobre asuntos políticos y civiles eran guardados en el *prytaneion*.

A menudo, la casa del consejo *(bouleuterion)*, un local bastante grande donde trabajaba un conjunto importante de ciudadanos, permanecía en el ágora o estaba próxima a ella.

Esta mezcla de funciones, pese a que era característica de la ciudad helénica, perturbaba el pulcro espíritu clasificador de Aristóteles: preconizó la construcción de un ágora política separada, bien aislada de la comercial, no solo con el objeto de segregar formalmente las funciones políticas, sino también para mantener alejados, incluso como espectadores casuales, a los no ciudadanos.

Diversas ciudades griegas hicieron esfuerzos a fin de aplicar la democracia al gobierno a gran escala, y sus esfuerzos deberían ser tan instructivos para nuestra época como lo fueron para los autores de los *Federalist Papers*. Pues los griegos intentaron devolver a la compleja organización de la ciudad el sentido de responsabilidad y participación directas del ciudadano que había existido en el gobierno de la aldea. En Atenas, el «Juramento del efebo» expresó, con no poca belleza, ese esfuerzo periódico de dedicación cívica. Basándose en la teoría según la cual todos los ciudadanos son iguales, distribuían los cargos menores por sorteo y los rotaban anualmente, o en periodos más breves, para que prestaran servicios en el ayuntamiento o cumplieran las obligaciones de jurados. Como las principales consultas y decisiones las realizaban

personas que se dirigían unas a otras directamente, cara a cara, la elocuencia se tornó un instrumento capital de la política, y la capacidad para convencer a un auditorio se hizo más importante para la conducción política que la capacidad para desempeñar las tareas. A menudo se harían sospechosos los que desempeñaban sus tareas demasiado bien, como Temístocles o Arístides.

Nada parecido a una administración pública eficiente o a un poder judicial independiente podía surgir en semejantes condiciones. El consejo de la ciudad, como señaló W. Warde Fowler, era tan solo un gran comité de todo el pueblo, que se renovaba por elección todos los años; y el cual, a su vez, preparaba todos los asuntos para la aún más extensa *ecclesía* o asamblea general. Las funciones que requerían conocimientos prácticos o profesionales, como el control del ejército, la administración de las finanzas, la construcción y el mantenimiento de los muelles, se confiaban a juntas, más o menos del mismo modo que el Senado de los Estados Unidos confía estas funciones a comisiones permanentes.

Este sistema minó eficazmente la influencia de las familias de terratenientes, con su desgraciado hábito de utilizar el poder público para promover la familia. Pero era igualmente una conspiración contra la aristocracia del talento, pues solo por accidente se situaba a aquellos con dotes especiales en cargos en que se utilizaran; e incluso en el caso de que demostraran su mérito, tenían pocas posibilidades de permanecer en sus funciones. Como consecuencia de esto, la revocación o el exilio de sus jefes más capaces constituyó una de las debilidades crónicas de la política ateniense. Ni siquiera Pericles se vio al margen de la tendencia popular a sacrificar al jefe como chivo expiatorio cuando las cosas salían mal. El proceso de Sócrates revela la misma prevención contra aquellos cuyas capacidades despertaban la oposición de la mediocridad envidiosa o despechada.

A medida que la población de la ciudad aumentaba, y con ella las complejidades de la vida económica y política, se revelaban igualmente las limitaciones de la democracia como sistema exclusivo de gobierno. La democracia pura exige la intimidad del encuentro cara a cara, que solo es posible cuando el número de habitantes es pequeño; además, supone las restricciones tradicionales y los procedimientos ordenados. El mismo Platón tuvo que reconocer las ventajas de esta proximidad, pues en las *Leyes* observó que «no hay mejor bien para la ciudad que el que los demás resulten conocidos para uno». Con un gran número de habitantes la democracia es, evidentemente, ineficaz, excepto en el sentido reducido del referéndum popular. Ahora bien, a medida que la población de la ciudad helénica crecía, no solo había una proporción creciente de no votantes en relación con los votantes, sino que también el pequeño conjunto de ciudadanos privilegiados se tornaba demasiado grande y sus integrantes perdían el contacto directo entre sí. Como consecuencia, se desarrollaron los comités, los partidos y las facciones, todos los cuales fueron elementos que limitaron la influencia directa de una mente sobre la otra.

Probablemente el mayor fracaso político de las ciudades griegas fue su incapacidad para pasar de la democracia directa al gobierno representativo; esto las dejó ante la mezquina opción de escoger entre oligarquías irresponsables o tiranías y las democracias relativamente responsables pero incompetentes y sobrecargadas. Incluso en la confederación beocia el consejo federal incluía seiscientos sesenta miembros. No solo suponía esto un titubeo, aparentemente, ante la posibilidad de delegar la autoridad, sino que los griegos, en todas sus grandes asambleas populares, parecían tratar de recobrar, por lo menos, la apariencia de una reunión de aldea en la que todos tomaban parte.

Pese a todas sus dotes para la abstracción lógica, los griegos no confiaban de buena gana el poder a nadie que estuviera fuera

del alcance de su vista. Tal vez esto es otro signo de su amor por lo concretamente perceptible y definible, sobre el que Spengler llamó la atención. Pero en su origen también estaba, posiblemente, el sentido de que los atributos esenciales del hombre no pueden delegarse y de que todas las funciones importantes deben desempeñarse en persona, así como los propios reyes hacían el camino a Delfos para enterarse de la voluntad del dios. ¿Impidió esta limitación que las ciudades griegas mantuvieran relaciones políticas activas hasta con sus propias colonias?

El problema del gran número de habitantes acosó a los grandes teóricos de la política, Platón y Aristóteles; resulta significativo que Aristóteles, quien sabiamente creía en un sistema mixto de gobierno, tratara empero de solucionar este problema limitando el tamaño de la ciudad. Su razonamiento era excelente: pero no era aplicable a ciudades como Atenas y Corinto, las cuales, en su crecimiento, habían superado de lejos el número que el filósofo consideraba conveniente, a menos que se llevaran a cabo radicales cambios constitucionales y estructurales. En esto Aristóteles reveló que tenía tan poco sentido de la sabiduría política representada por el plan de dispersión urbana de Delfos como la que tenía de las innovaciones de la confederación beocia. El primer enfoque válido de este problema no se expondría hasta que Ebenezer Howard lo considerase, a fines del siglo XIX, en el libro que llevaría el título *Garden Cities of Tomorrow.*

Cualquier respuesta más o menos adecuada no requiere tan solo limitación; también impone la necesidad de un nuevo método de reorganización y redistribución de la población cuando esta sobrepasa la norma deseada, o sea, la descentralización y la federación regional. Ahora bien, a veces los griegos liquidaban pequeñas unidades para formar una *polis* más grande, como se supone que hizo Teseo en el caso de las aldeas y villas esparcidas de Ática para crear la gran Atenas; y como hicieron los focios al fundar Mega-

lópolis en el siglo IV. Pero estos no fueron más allá. Y así, cuando la democracia se debilitó, acosada por las facciones y hundida en la incompetencia, no atinaron a otra cura más que a aferrarse a la congestión y reclamar los servicios de un tirano o emperador, quien actuaría en persona representando al embrollado conjunto e impondría una unidad exterior.

Sin lugar a dudas, el fracaso de la democracia griega caló más hondo que su fracaso en la tarea de solucionar el problema del gran número de habitantes. Pero la historia de las comunidades posteriores demuestra hasta qué punto es difícil conseguir que sus jefes acepten una responsabilidad pesada sin que, por su parte, reclamen al mismo tiempo la ampliación de su autoridad y el aumento de recompensas tangibles; menos aún atenderán los funcionarios las abrumadoras minucias del gobierno, día tras día, si carecen del estatuto profesional que otorga un salario. Fue una gloria de Atenas —y acaso el secreto de sus dos siglos de actividad intensa— que tratara de mantener un gran conjunto de ciudadanos que no acarreaban distinción cívica por su posición familiar, sus riquezas o sus papeles profesionales. A fin de desempeñar sus múltiples papeles como ciudadano —servicio militar, deliberación política, función de jurado, ceremonias públicas, actuación como cantor o como actor—, el ateniense eludía, al mismo, tiempo, las penas y las perfecciones de la especialización profesional.

El sistema griego poseía, por lo tanto, sus propias virtudes específicas. El mismo desagrado ante la inteligencia y la competencia especializada, que tanto desdén inspiró a Sócrates, corresponde a cierta flexibilidad y aptitud para hacer frente al momento; otras cualidades que vinculan al caballero-ciudadano de Grecia con sus admirados equivalentes en una Inglaterra más reciente. Pero las actividades a largo plazo exigían una atribución de poderes también a largo plazo, con una duración que permitiera llevar a su término un programa entero. Así, fue sobre todo durante el gobierno

de los tiranos cuando se adelantó, en el siglo v, el capital económico necesario para la plantación de olivares: una inversión que no produce utilidades ni siquiera parciales hasta los veinte años y que solo ofrece una compensación total a los cuarenta años. Y a medida que la ciudad crecía, se hacía necesario para mantenerla en orden una mayor cantidad de esfuerzo reiterado y sistemático, con informes y cuentas exactas. Estas funciones se dejaban, en gran parte, a cargo de los esclavos. Si las ciudades de Grecia hubieran sido en realidad democracias, en el sentido de incluir a todos sus habitantes adultos, la organización entera se hubiera hundido en el fango mucho más rápido, por pura influencia del peso de los habitantes.

Las posibilidades y dificultades de la democracia urbana, bajo la presión de la expansión demográfica, se exploraron en la Atenas del siglo v. Pero las contradicciones entre la profesión política, la política militar y la necesidad económica eran demasiado grandes para que fuera posible superarlas. En el mismo acto de buscar una fuente segura de abastecimiento de grano para sus muchas bocas, Atenas se convirtió en una explotadora imperialista. Estos aspectos de la vida se cerraron en un nudo gordiano; y la espada que finalmente lo cortó deshizo la comunidad entera.

CAPÍTULO VI

Ciudadano frente a ciudad ideal

1. Ciudad y ciudadano

A fines del siglo VI la ciudad helénica había comenzado a adquirir forma; pero aún era rústica, a menudo tosca, y la vida que contenía era más significativa que el recipiente. Hasta el siglo IV, la más orgullosa de las ciudades griegas en el Ática, cuando no en Asia Menor, era poco más que una población rural, tanto por el trazado de sus calles como por sus edificios. Solo a fines del siglo, cuando uno levantaba la vista hacia la Acrópolis y contemplaba la columnata del peristilo y el frontón esculpido del nuevo Partenón, podía creer que algo más ocurría allí: que, una vez más, el espíritu despuntaba sobre el caos.

La imagen de la ciudad helénica real, que nos llega con cierta amplitud de evidencias literarias de Atenas, contrasta con el albo esplendor que J. J. Winckelmann y sus sucesores tendían a descubrir en toda la escena; pues los helenófilos dotaban a la ciudad física de una castidad marmórea y de una pureza y una racionalidad que se desplegaba, tal vez, en las matemáticas de Pitágoras o en la lógica de Parménides, pero que nunca caracterizó ni siquiera a los sectores sagrados de la antigua *polis*. Como el muy admirado Laocoonte, esas fueron virtudes del siglo III. Del mismo modo, el siglo V contrasta con nuestra propia imagen residual del espíritu griego en ese periodo, si insistimos demasiado en su

orden interno, su amor por la perfección abstracta y olvidamos todos los aspectos violentos, irracionales y atormentados de la vida griega que encontramos en los dramaturgos o en las toscas payasadas y las obscenidades con que tropezamos en Aristófanes.

Sí, la ciudad visible y tangible estaba llena de imperfecciones: de desórdenes del crecimiento, de fermentaciones y secreciones de la vida, de residuos, de formas gastadas y sin enterrar que ni siquiera habían sido apartadas con decoro, de reliquias de costumbres rurales que aún no se habían ajustado a las pruebas y los desafíos continuos de la vida urbana. Una ciudad así podía presentar concentraciones momentáneas de forma significativa, cuando uno trepaba por la empinada senda que llevaba a la Acrópolis de Atenas y, por fin, contemplaba la vasta llanura desde una elevación de unos ciento cincuenta metros; pero no cabía abrigar la esperanza de un orden prolongado o de armonías sostenidas. Pero el canto interior de deleite que podía sentirse cuando las rocas de la Acrópolis se desvanecían y por fin se contemplaba el Partenón era acaso tanto más vivo por su contraste con el amontonamiento fortuito y la dispersión de la ciudad situada abajo. No fueron anémicas estelas ni burócratas mezquinos quienes produjeron estos violentos contrastes visuales o estas grandes intensidades cromáticas que hoy solo sobreviven en la roca, el cielo y el mar. Atenas fue la obra de hombres, «prestos —como dijera Alceo— a usar todos sus recursos».

El equivalente más aproximado de la forma arquitectónica de la ciudad helénica no estaría representado en las propias estructuras subsistentes, sino en el *Banquete* de Platón. En este diálogo, un marco racional, articulado y lógico, su autor mantenía en jaque los desafíos burlones y las palabras pomposas, las declaraciones apasionadas y la tambaleante entrega, propia de la bebida. Los mantenía en jaque... solo para permitir que la tensión estética desfalleciera al final, del mismo modo que desfallecía en la ciu-

dad a medida que se descendía de la Acrópolis a la plaza del mercado o que uno elegía su camino, por instinto más que por guía visible alguna, a través de la maraña de callejuelas amuralladas y de callejones sin salida que llevaban hasta el lugar de destino.

¿Es la ciudad de Parménides y Platón la de la «bella bondad», en la que el espíritu, según decía Anaxágoras, «dispone ordenadamente las cosas» y las formas del arte reflejan una perfección supraterrenal? ¿Es, pues, todo esto nada más que una ilusión? Entonces, ¿las formas de Fidias se irguieron sobre esta especie de corral, sobre este amontonamiento de talleres, tiendas, establos, santuarios y fuentes, entre estas chozas de barro que apenas merecerían el nombre de casas? ¿En la ciudad exterior no hay equivalente del orden y la claridad del espíritu griego?

No hay mejor lugar que la *polis* griega, sobre todo Atenas, para enfrentar la relación paradójica entre el espíritu y el cuerpo a través del cual se expresa el cuerpo social que se convierte en un paisaje humanizado o una ciudad. Un aspecto del orden que hallamos en el espíritu griego se transmitió, en verdad, a la ciudad durante la posterior época helenística; pero lo que encontramos en la ciudad del siglo v es algo más profundamente orgánico, más próximo a la médula viva de la existencia humana. Ese orden había surgido como idea en los siglos VII y VI, siendo una extraña unión de contradicciones: de restricción y exuberancia, de disciplina apolínea y delirio dionisíaco, de inteligencia racional y ciega intuición, de vuelo al cielo y traspiés en el barro: el extremo opuesto de lo que hoy se caracterizaría como clásico. El producto más elevado de esa experiencia no fue un nuevo tipo de ciudad sino un nuevo tipo de hombre.

En un lapso un poco más extenso que el de una generación —entre los años 480 y 430 a. C. lo situaría yo, *grosso modo*— la *polis* asumió, por primera vez, una forma ideal que la diferenciaba de todas las aldeas y ciudades anteriores: una forma ideal que no

fue primordialmente de piedra sino de carne y hueso. En una gran sucesión de ciudadanos el nuevo orden urbano, la ciudad ideal, se hizo visible, trascendiendo sus contornos arcaicos, sus rutinas ciegas, sus fijaciones complacientes. Porque los griegos añadieron un nuevo elemento a la ciudad, desconocido por las culturas anteriores, peligroso para todo sistema de poder arbitrario o autoridad secreta: introdujeron el ciudadano libre. Como los héroes solitarios de Sófocles, era un rey, si es que no un dios, por derecho propio: actuaba solo y trataba, mediante el ejercicio de su inteligencia, de «mantener una mano levantada sobre el destino».

Cuanto poseyera la ciudad, el ciudadano lo consideraba suyo por derecho de nacimiento: entre ciudadanos, como entre amigos, no debía haber secretos, ni muros profesionales, ni presunción de desigualdad. El ciudadano nacido en libertad no le debía nada al favor del príncipe o a su función económica u oficial: recuperaba el puesto que otrora tuviera en la cultura de la aldea, el de ser, ante todo, un hombre, dotado de todas las dimensiones humanas y para quien todas las partes de la vida estaban abiertas y eran accesibles. Este era, por lo menos, el ideal. Y por su capacidad para formular este ideal —no por su incapacidad para realizarlo— apreciamos aún hoy, como es de justicia, la ciudad griega.

2. La forma de la ciudad helénica

Antes de examinar al ciudadano ideal en persona, observemos más atentamente esa ciudad, muy alejada de lo ideal, que contribuyó a alumbrarlo. Este examen puede modificar nuestras concepciones previas sobre lo que es un medio favorable para el desarrollo humano. Descubriremos, tal vez, que el tipo de perfección acabada que, por lo común, consideramos favorable, puede ser, en realidad, un artificio para obstaculizar o detener ese desarrollo.

El corazón de la ciudad, el centro de sus actividades más valoradas, la esencia de su existencia total, era la Acrópolis; pues la Acrópolis era, sobre todo, el hogar de los dioses de la ciudad y en ella todos los oficios sagrados derivaban de la naturaleza y la historia. Con un criterio demasiado excluyente se ha limitado la imagen de la Acrópolis ateniense a sus edificios culminantes, sobre todo el Erecteo y el Partenón; pero, por debajo de estos edificios, había una fuente de su poder estético al igual que de sus actividades: la poderosa roca que levantaba estos edificios hacia el cielo, una roca cuyos tintes azules y rosados contrasta con el mármol de arriba y cuyos escabrosos contornos, incluso cuando los remata un muro escueto, contrastan con la geometría sublime de los templos.

Realmente era esta una montaña santa y sus primitivos atributos originales contribuían a que así fuera: las cavernas, las tumbas, las grutas, los manantiales, no menos que los posteriores altares, los recintos sagrados y las fuentes. Incluso ya antes de que se edificara el primer templo o palacio, había en la Acrópolis un verdadero enjambre de dioses y ninfas, los mismos dioses de lo terrenal y del mundo humano subterráneo que marcaron a Delfos como lugar sagrado y que aún no han perdido del todo su poder mágico o su misterio. Contemplar la Acrópolis de noche, bajo la luna, u observar las empinadas laderas de Delfos, desde el estadio más elevado y pasando por los olivares hasta llegar al mar, incluso a la luz del día, es una experiencia religiosa que está más allá de toda formulación consciente.

Allí, reunidas en la Acrópolis, están las verdaderas fuentes de la ciudad antigua, desde el manantial y la caverna del Paleolítico hasta la muralla y el recinto sagrado del Neolítico, desde el palacio real y la fortaleza hasta el templo cósmico, desde el campamento fortificado y la aldea hasta la ciudad orgullosa y potente. Esta combinación de ventajas naturales y artefactos elaborados por el hombre no se presta a imitación: no en todas partes dejó la imagen

de la ciudad una impronta tan profunda en el espíritu como en Atenas. Un templo de la misma forma, macizamente construido en estilo dórico, como es el templo de Paestum, que data del siglo vi, no se presta por sí solo, por más que haya sido más imitado y mejor conservado que los de la Acrópolis ateniense, a producir una impresión análoga, pues Paestum se encuentra en la llanura y las montañas que podrían haberle prestado su magia solo se levantan al fondo.

Desde el comienzo, Paestum debe haber sido más de una sola pieza que Atenas en cualquier época, incluso en sus últimos días helenísticos; pero por esa razón carecía, precisamente, de los contactos con sus bases más primitivas, que Atenas conservó siempre y de los que hizo el uso más pleno, tanto en los mitos de las tragedias como en el orden arquitectónico de la Acrópolis, donde las rocas primigenias no presentan señales de haber estado cubiertas nunca, excepto por edificios. Así, las fuentes primitivas más profundas y las expresiones estéticas más elevadas se unían en la Acrópolis, del mismo modo que se unirían en las criptas, las gárgolas y las bóvedas altísimas de las catedrales góticas. Esto explica, en buena medida, la vida de la ciudad así como la forma que esa vida confirió a sus edificios; incluso lo informe de los barrios residenciales que, como el amontonamiento de una aldea neolítica, escapaban a este orden superior. Se trata de una formación compleja pero arquetípica.

Trepemos por las empinadas laderas de la Acrópolis y observemos la distribución de sus espacios abiertos y edificios originales, aunque sea tanto lo que se ha mutilado o arrasado a esta altura de los tiempos.

Sus laderas rocosas se prestaban más a la defensa que a la edificación; por lo cual la tarea del arquitecto no consistiría en debilitar sus contornos o en facilitar el movimiento, sino en explotar las

ventajas fortuitas de salientes y plataformas, disponiendo edificios y monumentos sin preocuparse por lograr una coherencia visual o una secuencia culminante, excepto en el emplazamiento del templo más importante, en el extremo superior. Ni eje, ni continuidad, ni progresión visual: ningún intento de simetría, tampoco, excepto en el edificio en sí, expuesto a la vista y terminado por los cuatro costados, de forma cambiante con la variación de puntos de vista. A menudo diversos recintos sagrados obstaculizaban el paso hacia arriba; a veces estos recintos encerraban un altar; otras, la estatua de un dios o un héroe; otras aún, un pequeño edificio como el monumento corágico. Durante largo tiempo perdurarían estas estructuras en sus emplazamientos, pese a que impidieran un uso más adecuado de la superficie. Solo cuando las concepciones urbanistas de la época helenística se impusieron y cuando ya la antigua fe se había debilitado en parte, se trasladaría, con un respeto de anticuario, piedra por piedra, a otro sitio. Hoy, el monumento corágico de Lisícrates (334 a. C.) se encuentra entronizado en un parquecillo situado en la base oriental de la Acrópolis.

Que —dentro de los límites establecidos por la tradición— había una suerte de intención consciente en la colocación y el diseño de los edificios en la Acrópolis es cosa poco dudosa. Tal vez, según se ha sugerido recientemente, hubo incluso una explotación sofisticada de las posibilidades visuales de un acceso irregular y tortuoso. Pero la forma geométrica de los edificios mismos, de trazado circular o rectangular, no fue ejecutada con un criterio general y sistemático: cada estructura era, más bien, autónoma, igual e independiente, sin estar subordinada a ningún tipo jerárquico de orden. Esto tuvo un valor simbólico en no poca medida.

Si bien estas estructuras centrales de la Acrópolis de Atenas eran todavía, a fines del siglo VI, sumamente sencillas, a menudo indudablemente toscas, incluso cuando estaban construidas en piedra, hay que atribuir una sencillez y una tosquedad aún ma-

yores a los tenderetes, las casetas y los talleres del ágora, donde el vendedor de salchichas y el platero, el mercader de especias, el alfarero y el cambista de dinero desarrollaban sus actividades. Si la Acrópolis representa la ciudad en profundidad, hasta sus más hondas fuentes primordiales, el ágora la representa en extensión, llegando más allá de sus límites espaciales visibles. Excepto por la amplitud misma, el ágora no expresaba unidad: podía desempeñarse allí casi cualquier función, y casi cualquier clase de edificio podía encontrarse en ella. Los comienzos de un orden más establecido, con un nuevo criterio de espacio y belleza de marco, y a decir verdad con una nueva conciencia de deleite en estas mismas cualidades, solo tuvo lugar en los suburbios de la ciudad. Allí el nuevo gimnasio encontró su sitio, y allí despuntó un orden verdaderamente urbano, no entre el apiñamiento sino en un espacio arbolado.

Estas nuevas estructuras, en particular el teatro, se iniciaron como simples modificaciones de las formas terrestres: el teatro convirtió la falda ahuecada de una colina en un anfiteatro semicircular, con un círculo alisado frente a los espectadores sentados en bancos, creando así el escenario donde actuarían los bailarines o los actores. Todo esto sucedió con rapidez: Tespis introdujo el primer actor en un teatro en Icaria, en la primera mitad del siglo VI; y el teatro, en una interacción de inventiva formal y de creatividad espiritual, alcanzó su expresión culminante en el lapso de un siglo. Solo Sófocles escribió un centenar de obras teatrales, y en el curso del siglo que concluyó en el año 406 a. C. se escribieron y representaron mil doscientas piezas. La multiplicación de los gimnasios fue igualmente rápida. Una vez que estas funciones se independizaron, la religión y la política conservaron los puestos centrales de la ciudad; pero la presencia de recuerdos históricos y de usos tradicionales obstaculizó su libre explotación del lugar. Aunque Pausanias informa sobre la existencia de un edificio para

prepararse para las procesiones, situado en la base de la Acrópolis, solo había una entrada a esta, y la gran vía panateneica era tan angosta que solo cinco personas de frente podían marchar por ella.

Si el trazado de la Acrópolis expresaba más una acumulación de relaciones tradicionales que un nuevo orden que todo lo abarcara, ¿qué puede decirse del amontonamiento de casas que se extendía en su base; de casas construidas con ladrillo sin cocer, de techos de teja, o hasta de barro y estera con techos de paja, en las que todavía podía apreciarse la tosquedad aldeana? Estas casas constituían la mayor parte de la ciudad basta el siglo IV y todavía después, ya que en algún momento entre los siglos II y I a. C. Dicearco pudo observar: «El camino a Atenas es agradable y corre en todo su trayecto entre campos cultivados. La ciudad es seca y está mal provista de agua. Las calles no son nada más que miserables pasillos viejos, las casas son mezquinas y entre ellas hay unas cuantas que son un poco mejores. Al llegar por primera vez, al forastero le resultará difícil creer que sea esta la Atenas de la que ha oído hablar tanto».

Lo mejor que puede decirse sobre la situación de la vivienda en Atenas es que, en ella, los barrios de los ricos y de los pobres estaban pared con pared y que, excepto quizá por su tamaño y su mobiliario, apenas podían distinguirse las unas de las otras; en el siglo V, una pobreza noble era más estimada que la innoble riqueza, y los honores públicos y el prestigio familiar contaban más que la riqueza privada. Las casas, de un piso y con techos bajos, debían de dar a los barrios residenciales un aspecto semejante al de una población atrasada del Mediterráneo de hoy, pero, probablemente, carecían incluso de los muros blancos que se encontrarían en esta.

Nada que mereciera la calificación de sistema vial coherente caracterizaba al distrito residencial de estas ciudades arcaicas; ante un criterio moderno, darían la impresión de ser tan orien-

tales como la reclusión de las mujeres, que los atenienses también practicaban. Las callejuelas dejarían, tal vez, espacio para un hombre con un asno o una cesta para las compras, pero era necesario conocer el barrio a fin de llegar a destino. Esta ausencia misma de sistema y orientación era apreciada como un medio de defensa en caso de que el enemigo atravesara la muralla exterior, y fue preconizada por Aristóteles y alabada luego por Plutarco, quien veía las ventajas de causar así confusión en el enemigo, incluso en la época helenística.

Pero no había pavimento que impidiera la propagación del lodo en primavera o del polvo en verano; en la zona central no había jardines interiores ni parques bordeados de árboles y solo existían los comienzos de los paseos públicos con arcadas. En las ciudades más grandes del siglo v, la escasez, cuando no la falta absoluta de instalaciones sanitarias, era escandalosa, casi suicida: hecho que puso en evidencia la gran peste durante la guerra del Peloponeso, que hizo que se apiñaran los refugiados en Atenas. A decir verdad, hacia el año 432 Atenas estaba tan congestionada de edificios que los refugiados se vieron obligados a acampar en la Acrópolis, desafiando las sensatas advertencias que procedían de la propia Delfos contra esta inmunda concentración.

En tanto que las ciudades siguieron siendo relativamente pequeñas, con campos abiertos cercanos, sus deficiencias sanitarias fueron tolerables. Los solares urbanos de quince a cuarenta hectáreas y las poblaciones de dos a cinco mil habitantes podían permitirse cierta medida de negligencia rural en cuestiones como el destino de la basura y los excrementos humanos. El crecimiento urbano reclamaba un mayor esmero. No obstante, al parecer, no había letrinas públicas ni siquiera en las grandes ciudades.

En lo tocante a las letrinas privadas, el testimonio de la pala y el de la palabra son contradictorios e incluso la palabra es algo ambigua. Los excavadores modernos no han desenterrado elementos

que indiquen la existencia de instalaciones sanitarias dentro de la casa helénica. Al parecer, esto quedaría corroborado por un fragmento de *Las asambleístas*. En ella Aristófanes presenta al morador de una casa ciudadana que se despierta de su sueño, buscando a su alrededor un lugar apropiado para hacer sus necesidades y termina por sentarse en cuclillas para evacuar, con diversas observaciones escabrosas de carácter cómico sobre sus acciones, todo esto a plena vista del auditorio. Esto revela, por una parte, la ausencia de una instalación elemental y, por otra, la ausencia de todo sentimiento de vergüenza corporal; y lo segundo es nuevamente confirmado por las notas de Jenofonte sobre el especial refinamiento y el decoro de los persas para evitar la exhibición pública de las funciones excretorias.

Esta combinación de pruebas negativas y positivas podría parecer decisiva si no fuera por la existencia de datos contrarios, en particular otro pasaje de la *La paz* de Aristófanes, en que Trigeo dice: «Ordena a todos los hombres que se mantengan en silencio, que cierren sus desagües y letrinas con tejas nuevas y que detengan sus propios agujeros de desahogo». Esto indicaría que, por lo menos, algunas de las casas tenían instalaciones sanitarias privadas, si bien en ninguna parte he encontrado referencias al destino posterior de los excrementos. El mismo asunto no estaba, sin duda, alejado de la conciencia del ateniense, pues toda la pieza de la que he tomado citas gira alrededor de un simbólico escarabajo estercolero en un montículo de estiércol en un corral; y, en otro pasaje, se hace referencia a «un hombre que vacía su vientre en el Pireo, cerca de la casa donde están las chicas malas», de modo que no queda duda en cuanto a la negligencia así como a la impudicia en la ejecución de estas funciones corporales.

En cuanto a los baños, los testimonios resultan de interpretación igualmente difícil. Se han descubierto cuartos de baño en Olinto, una ciudad de unos quince mil habitantes. Si los baños

privados hubieran sido comunes, el solo deseo griego de sociabilidad habría dado origen a baños públicos, que existieron en Atenas. Pero es dudoso que la mujer ateniense, apartada y recluida, hubiera concurrido a esos baños públicos —dejando que su marido sacara partido de su ausencia para besar a la bonita doncella tracia, como hace uno de los personajes de Aristófanes— si las bañeras hubieran sido comunes en las casas. Con todo, debía de haber bañeras privadas porque, también en *La paz*, Trigeo ordena: «Pero apresúrate, lleva a esta jovencita a mi casa, limpia el baño, calienta un poco de agua y prepara el lecho nupcial para ella y para mí». Esto hace parecer que el baño privado fuera un rito reservado para ocasiones especiales, lo que resultaría natural en una comunidad en la que el agua escaseaba, donde no se contaba con un suministro privado por tuberías y donde sería necesario transportar toda el agua a mano, probablemente desde una fuente. En general, se diría que los medios higiénicos y sanitarios de la ciudad del siglo v eran reducidos y de mala calidad.

Esto parece una triste imagen de una gran ciudad, hasta que recordamos que nos estamos ocupando de un pueblo que no estaba oprimido por muchos otros requisitos corrientes de la civilización, liberado en grado insólito de las atareadas rutinas de comprar y gastar: nada dado a la gula y al exceso en la bebida, que no hacía esfuerzos exagerados a fin de obtener comodidades y lujos, muebles y tapicerías, que vivía una vida atlética y, a decir verdad, abstemia, y que realizaba todas sus transacciones al aire libre. La belleza era barata y las mejores cosas de esta vida, pero sobre todo la ciudad misma, estaban allí, al alcance de quien las pidiera.

3. La *polis* encarnada

Para comprender el logro total de la *polis* helénica es necesario, pues, apartar la vista de los edificios y considerar más de cerca al ciudadano. Pese a toda la tosquedad del marco urbano, todavía en el siglo v, el ciudadano griego había dominado el gran secreto de Emerson: ahorra en los niveles inferiores y gasta en los más elevados. Lo que con excesiva ligereza consideramos un obstáculo desgraciado puede, en realidad, ser parcialmente responsable del origen de la grandeza de Atenas.

El ciudadano griego era pobre en comodidades, pero era rico en una gran variedad de experiencias, precisamente porque había conseguido dejar de lado muchas de las rutinas desvitalizadoras y de las compulsiones materialistas de la civilización. En parte había logrado esto echando una gran porción de la carga física sobre los esclavos, pero más aún reduciendo sus necesidades puramente físicas y ampliando el dominio de su espíritu. Si no veía la suciedad que le rodeaba era porque la belleza cautivaba su vista y encantaba su oído. En Atenas por lo menos las musas tenían un hogar.

Lo que distinguía a la *polis* griega en su etapa de desarrollo era el hecho de que ninguna parte de su vida estaba fuera de la vista o fuera de la mente. No solo todas las partes de la existencia estaban al alcance de la vista; únicamente se le negaban al ciudadano las actividades serviles más mecánicas: en la mayor parte de las ocupaciones, el hombre libre trabajaba codo con codo junto al esclavo, y el médico recibía la misma paga que el artesano. Todo cuanto los hombres hicieran podía ser inspeccionado, tanto en el mercado como en el taller, el tribunal, el consejo o el gimnasio; y todo lo que fuera natural era aceptable, por lo cual el cuerpo desnudo se exhibiría con orgullo en los certámenes atléticos, y ni siquiera los procesos físicos más repulsivos estaban excluidos de la conciencia. En ese sentido, el griego tenía un espíritu completamente abierto. Hasta Pericles, la escala humana íntima se mantuvo en todos

los barrios; y la red entera de actividades urbanas tuvo forma y relaciones visibles: incluso su confusión ocasional estimulaba la inteligencia y promovía una nueva búsqueda de orden.

Durante una breve generación, en Atenas, las particularidades de los dioses, las de la naturaleza y las de los hombres estuvieron próximas a alcanzar un punto común: fue como si pudieran llegar a superarse las detenciones y las fijaciones, las aberraciones y perversiones incrustadas, casi desde el comienzo, en las piedras mismas de la ciudad antigua. Y no era solo en las figuras de Fidias o Polignoto donde había cobrado forma un nuevo ideal de la forma humana, a decir verdad, de la personalidad plenamente desarrollada en cada una de las etapas emblemáticas de la vida: esto solo representaba la cristalización de un momento más vital, cuya solución venía asegurada por la vida misma. En la generación que rechazó las invasiones persas, una nueva concepción de la integridad humana tomó posesión de esta sociedad y embebió a todos los seres. En las actividades de la *polis*, si no en todas sus estructuras arquitectónicas, la naturaleza humana adquirió, de pronto, una estatura más plena.

En dos hombres, cuyas vidas superpuestas abarcan todo el siglo v, se encarnó el nuevo ideal de integridad, equilibrio, simetría y autodisciplina: Sófocles y Sócrates. Y no por casualidad, cada uno de ellos fue, a su modo, un maestro del diálogo; pues mediante la lucha y la oposición, y no solo por un crecimiento simétrico, se elevaron en toda su estatura.

Sófocles, el mayor de los dos, de cuerpo y rostro hermosos, director de la danza, diestro en la guerra como general, que transmitió a través de sus tragedias la nueva forma del teatro, la cual, por su parte, se había liberado súbitamente del arcaico ritual de la aldea: he aquí un hombre como los que Solón había anticipado por primera vez, desapegado de todas las celosas preocupaciones del poder. Sófocles era el extremo opuesto del especialista arquetí-

pico, de ese ser tullido y fragmentario, moldeado por la civilización para que desempeñe su pequeño papel y sirva, con ciega devoción de insecto, a las necesidades de la colmena. Era justamente lo contrario: en él hallamos una personalidad capaz de hacer frente a la vida en todas sus dimensiones, hasta en sus furiosas irracionalidades y oscuras compulsiones; un hombre que se encontraba cómodo en cualquier ambiente, que estaba a la altura de todas las circunstancias, presto a asumir la responsabilidad moral por sus opciones, hasta cuando la comunidad entera se lo opusiera. «En solitario o con el apoyo de todos».

Al lado de Sófocles se levanta la figura opuesta de Sócrates, parecido en su vejez a un Sileno, con su nariz aplastada, lejos de ser hermoso, pero con una magnífica estructura física y una constitución resistente a los rigores de la guerra y a los extremos climáticos; sereno en el fragor del combate, lúcido en la bebida cuando otros rodaban ebrios; introvertido y extrovertido: tan capaz del éxtasis mental solitario como de la interminable interrogación en la charla. Como otros hombres libres, era cantero de oficio, e hijo de dos trabajadores, un cantero y una partera, pero se sentía como en casa en cualquier parte de la *polis*: era atleta entre los atletas, soldado entre los soldados y pensador entre los pensadores.

Estos hombres solo eran dos de los representantes sobresalientes de la nueva ciudad, de la ciudad que estaba latente como idea, pero que nunca se realizó debidamente con el ladrillo o el mármol. Estos hombres no estaban solos porque los rodearan figuras de dimensiones similares, como Arístides y Esquilo, Temístocles, Tucídides, Eurípides o Platón. Por su misma existencia, estos espíritus demostraban esa mutación repentina que produjo, entre unos cuantos millones de personas, en un periodo de menos de dos siglos, un florecimiento mucho más rico del genio humano que cuanto registra la historia en otros periodos, quizá con la excepción de la Florencia renacentista.

No fue el menor de los logros de Atenas el establecimiento de un medio dorado entre la vida pública y la privada; y con esto se produjo un traspaso a gran escala de la autoridad de los funcionarios asalariados, al servicio del rey o el tirano, a los hombros de los ciudadanos comunes, quienes desempeñarían por turnos las funciones públicas. El ciudadano no solo cumplía el servicio militar al ser convocado, contribuyendo con su propio equipo, sino que servía también en la asamblea y los tribunales; y si no intervenía en uno u otro de los certámenes deportivos, si no actuaba en el teatro o cantaba en el coro, tendría por lo menos un sitio, cuando le tocara, en la gran procesión panatenaica. Casi todos los atenienses de sexo masculino tenían, en uno u otro momento, que participar en los negocios públicos, como miembros de la *eclesía* o asamblea, y para asegurarse de que sus decisiones fueran ejecutadas debidamente. Como subraya Fowler, tareas que hoy son desempeñadas por jefes de departamento, secretarios permanentes, inspectores y magistrados, eran desempeñadas por el ateniense común, de forma rotatoria y en secciones de cincuenta.

La participación en las artes formaba parte de las actividades del ciudadano tanto como el servicio en el consejo o en los tribunales, con sus seis mil jueces. Cada festival de primavera daba lugar a un concurso entre dramaturgos: esto requería doce obras de teatro nuevas al año, con la participación de ciento ochenta cantores corales y bailarines, en tanto que cada concurso de comedias reclamaba dieciséis obras nuevas por año y ciento cuarenta y cuatro cantores corales y bailarines. En los cien años del imperio, nos dice Ferguson, se escribieron y representaron en Atenas dos mil obras teatrales de calidad escogida, a la par que se creaban y presentaban seis mil composiciones musicales.

Estas actividades estéticas reclamaban una participación a escala aún mayor que los misterios y milagros de la Edad Media: se ha calculado que cada año unos dos mil atenienses tenían que

aprender de memoria las palabras y practicar la música y las figuras de danza de un coro lírico o dramático. Esto constituía una disciplina intelectual así como una experiencia estética del orden más elevado; y, como resultado incidental, una proporción no pequeña del auditorio estaba constituida por antiguos actores, jueces expertos y críticos, así como por espectadores embelesados.

De este modo, la vida pública del ciudadano griego exigía su atención y participación constantes, y estas actividades, en vez de reducirlo a un oficio o a un sector limitado, lo llevaban del templo al Pnyx, del ágora al teatro, del gimnasio a la bahía del Pireo, donde se resolverían sobre el terreno asuntos relativos al comercio o la marina. No solo mediante reflexión y contemplación frías, según aconsejaban erróneamente los filósofos, sino mediante acción y participación, movidos por fuertes emociones, y por observación atenta y contacto directo cara a cara, estos atenienses orientaban su vida.

Este mundo abierto, perpetuamente variado y animado, produjo un espíritu correlativamente libre de trabas. Tanto en las artes como en la política, Atenas había superado en gran parte los vicios originales de la ciudad: su conducción por un solo hombre, su segregación de actividades, su estrechez laboral y, lo que era peor, su burocratización; y lo había hecho, durante una generación por lo menos, sin renunciar a la destreza ni disminuir el canon de excelencia. Por un momento, ciudad y ciudadano constituyeron una unidad y ningún aspecto de la vida parecía quedar fuera de sus actividades formadoras, plasmadoras de sí mismas. Esta educación del hombre total, esta *paideia*, como la ha llamado Jaeger, para diferenciarla de una pedagogía más mezquina, no ha sido nunca igualada por otra comunidad tan vasta.

Del recto Solón, quien arrojó, como si fuera una prenda sucia, el poder político que había reunido entre sus manos, al sinuoso Pericles, quien empleó palabras tejidas con las hazañas de

hombres libres para disfrazar una política de explotación «colonial», de esclavización y de exterminio implacable, entre estos dos polos opuestos no llegó a extenderse el lapso de un siglo. Pero en ese breve periodo Atenas fue más rica en ciudadanos que ninguna otra ciudad hasta entonces.

Pasado ese momento, los edificios empezaron a ocupar el lugar de los hombres. El secreto para crear ciudadanos como los que la *polis* produjo durante un breve lapso de tiempo fue buscado anhelosamente por filósofos y educadores, desde Platón hasta Isócrates; pero nunca fue analizado con acierto o revelado, y no cabe duda de que gran parte de él se nos escapa aún hoy. Por los días en que Platón estaba preparado para analizar este problema, la sinergia original se había convertido, en parte, en una concentración de piedra, y un sector de ella se había dispersado con el desgaste de la guerra: la respuesta al problema que planteó el propio Platón revelaba solo el valor de la desesperación.

En cualquier caso, esa ciudad potencial que encarnaron Sócrates y Sófocles no llegó nunca a la fase ulterior de la realización comunal. Aquellos que proyectaron y construyeron la ciudad helénica tardía y la posthelénica no consiguieron desarrollar los usos, las costumbres, las leyes y las nuevas formas urbanas que habría transmitido la experiencia del día dorado de Atenas y perfeccionado un entorno capaz de moldear la nueva personalidad. Lo que Platón no sospechó jamás, aparentemente, fue que la Atenas de Solón y Temístocles era, por sí misma, una escuela mayor que cualquier comunidad imaginaria que él fuera capaz de forjar en su mente. Fue la ciudad misma la que formó y transformó a estos hombres, no solo en una escuela o academia especial sino en todas las actividades, en todos los deberes públicos, en todos los lugares de reunión y encuentro.

Como consecuencia, los filósofos que sucedieron a Platón y a Aristóteles, por más que persiguieran todavía el equilibrio y

la plenitud de la vida, ya no se atrevían a buscarlos en la ciudad. Traicionaron su propio credo al escabullirse de sus responsabilidades cívicas o al volverse hacia un imperio idealizado o a una política puramente celestial, en pos de una confirmación; en tanto que aquellos que asumían las cargas del comercio, de la política y de la guerra no tenían tiempo, en su turbia rutina, para las posibilidades más elevadas de desarrollo personal. Los monumentos del arte griego que ahora atesoramos eran expresiones válidas de esta vida en sus momentos más altos. Pero en parte eran, asimismo, sustitutos materiales de un espíritu que, si hubiera conocido el secreto para perpetuarse, podría haber hecho una contribución más valiosa aún al urbanismo y al desarrollo humano.

Nunca estuvo la vida ciudadana de los hombres tan significativamente animada, nunca fue tan variada y enriquecedora, y nunca tan poco perturbada por mecanismos y compulsiones exteriores, como en el periodo que he tratado de caracterizar brevemente. El trabajo y el ocio, la teoría y la práctica, la vida privada y la vida pública estaban en interacción rítmica, mientras que el arte, la gimnasia, la música, la conversación, la abstracción, la política, el amor, la aventura e incluso la guerra, abrían todos los aspectos de la existencia y los ponían al alcance de la misma ciudad. Cada parte de la vida fluía a otra: ninguna fase estaba segregada, monopolizada, apartada. O así por lo menos debía de parecerles a los ciudadanos de pleno derecho, por dudosa que pudiera resultarles esta afirmación a sus esclavos o a sus mujeres.

En semejante constelación humana, el ritual del templo podría convertirse en tragedia y las ruidosas bromas y las toscas payasadas del mercado podrían convertirse en comedia satírica; en tanto que el gimnasio, en un comienzo punto de reunión de atletas, se convertiría en la Academia de Platón, en el Liceo de Aristóteles o el Cinosargos de Antístenes, el lugar de encuentro de una nueva clase de escuela, una verdadera universidad, donde el saber se tornó

responsable socialmente, vinculado a un sistema moral que había llegado a ser autocrítico y racional. Pero esa unificación interna nunca produjo del todo una forma exterior que reflejara y sustentara, en el mismo grado, la vida que la había traído a la existencia.

La función de la *polis* era admirable: todas las partes de la ciudad habían adquirido vida en la persona del ciudadano. Pero el culto de esa institución y de esa función era un obstáculo para el desarrollo posterior, pues por grandes que fueran las realizaciones alcanzadas por Atenas, no podían permanecer fijas en una imagen estática de perfección. Ninguna institución humana, sea *polis* o papado, puede pretender en su propio ser una perfección última, digna de culto. El crecimiento y la muerte se cobrarán su parte. En la división que tuvo lugar en el siglo VI entre la filosofía natural, que consideraba que el cosmos era una cosa o un proceso aparte del hombre, y la sabiduría humanista, que consideraba al hombre capaz de existir en un mundo autónomo y fuera del cosmos, se perdieron en gran parte las intuiciones más antiguas sobre la condición del hombre, más ciertas, aunque también fueran más confusas.

Incluso en Sócrates, al menos en el Sócrates de Platón, las limitaciones del culto a la *polis* se hicieron patentes, justamente en el punto en que deberían haber desaparecido, en respuesta a las críticas. Pues la preocupación exclusiva por la *polis* agrandó más la distancia entre la inteligencia del mundo natural y el control de los asuntos humanos. En el *Fedro*, Sócrates declara que las estrellas, las piedras y los árboles no pueden enseñarle nada; lo que él buscaba solo podía aprenderlo de la conducta de los «hombres de la ciudad». Era una ilusión de urbanita: un olvido de la deuda visible de la ciudad hacia el campo, no solo en materia de alimentos sino de mil manifestaciones más de la vida orgánica, igualmente nutritivos para la mente; y no menos un olvido, como hoy sabemos, de la dependencia posterior del hombre de una vasta red de relaciones

ecológicas que ligan su vida con criaturas tan oscuras y al parecer tan remotas como las bacterias, los virus y los mohos; y, en última instancia, con fuentes de energía tan remotas como las radiaciones de estrellas distantes. La superstición babilónica estaba más cerca de la verdad en sus asociaciones erróneas entre los movimientos de los planetas y los acontecimientos humanos que el racionalismo griego en su disociación progresiva de hombre y naturaleza, *polis* y cosmos. Conocerse a sí mismo, como aconsejaba Sócrates, es saber que uno no es un espíritu desencarnado ni un habitante encerrado en una ciudad, sino parte integrante de un cosmos envolvente, en que por fin brilla la conciencia de sí mismo.

Ni la *polis* griega ni el cosmos griego aprehendieron la medida total del hombre: tanto una como otro se concebían como una imagen estática que prescindía del tiempo y del desarrollo orgánico. Al hacer de la ciudad su dios, los griegos en general y los atenienses en particular perdieron el control del don más grandioso de la divinidad, a saber, el de trascender las limitaciones naturales y aspirar a objetivos situados más allá de todo logro inmediato. Aunque los años que van de Pisístrato a Pericles asistieron a un extraordinario brote de poderes humanos, el ciudadano del siglo v no encontró el modo de producir una ciudad capaz de continuar el proceso mismo: solo trató de ajustarse al molde ya conseguido. Pero la *polis* no podía convertirse en cosmos, y un cosmos que prescindía del cambio, de la trascendencia y de la transformación no podía producir un orden más elevado en la ciudad.

En esto tenemos, tal vez, una explicación de por qué la concepción griega de la integridad y de la «bella bondad», encarnada en grandes personalidades que florecieron durante la guerra persa e inmediatamente después de ella, no creó nunca del todo una ciudad a su imagen y semejanza. Lo que ocupó el lugar de tal imagen fue la ciudad helénica: higiénica, ordenada, bien organizada y estéticamente unida, pero crasamente inferior, en su capacidad,

para fomentar la actividad creadora. A partir del siglo IV los edificios empezaron a desplazar a los hombres.

4. Regresión a la utopía

Había muchos síntomas, ya antes del desastre de la guerra del Peloponeso, que indicaban que las ciudades griegas estaban llegando a un punto muerto en su desarrollo. Las ciudades griegas ya no podían ir más lejos en sus empresas de colonización sin correr el riesgo de conflictos sangrientos, y no podían protegerse de los amenazadores imperios que las rodeaban sin formar una estrecha unión política, para seguir, sobre una base de ayuda mutua, alimentando una población más numerosa. Ya las montañas no podían servir de murallas y, por otra parte, las dimensiones pequeñas y la oscuridad topográfica no bastaban para impedir que una ciudad fuera tenida en cuenta y arrasada por Estados más poderosos.

Aunque las ciudades griegas habían evitado, por los mismos accidentes de nacimiento y topografía, muchas de las paralizadoras fijaciones y reglamentaciones de los imperios orientales, había algo radicalmente errado en la *polis*, pues no tenía una meta ideal que trascendiera de su limitada existencia. Sócrates expone, en parte, esta dificultad en un fragmento del *Gorgias:* «Del mismo modo procedes tú ahora, Calicles, exaltando a las personas que dieron bien de comer y beber a los atenienses y satisficieron sus pasiones sirviéndoles cuando apetecieron. Aquellos hicieron grande al Estado, dicen los atenienses, pero no ven que dicho engrandecimiento no es más que una hinchazón, un tumor lleno de podredumbre; porque de una manera descabellada estos antiguos políticos han llenado a la ciudad de puertos, arsenales, murallas, impuestos y otras tonterías semejantes sin unir a estas obras la moderación y la justicia».

La reacción contra este Estado no asumió, al comienzo, una forma de desesperación suicida, como en Egipto y Babilonia. Se manifestó, en cambio, en un movimiento de retirada por parte de la élite. En vez de desprender una colonia entera para fundar una nueva ciudad, un jefe intelectual como Pitágoras reuniría un grupo de personas que pensaban del mismo modo e intentaría —suerte de *polis* dentro de la *polis*— establecer un nuevo régimen y una nueva disciplina. Bajo la influencia monástica del budismo, ligado a Grecia por las conquistas de Alejandro, ese impulso se extendería más adelante.

El otro síntoma de este bloqueo urbano es la aparición de un nuevo tipo de literatura: la literatura que trataba de bosquejar la naturaleza de una comunidad ideal. Hasta entonces, la ciudad existente había sido idealizada; ahora se hacía un esfuerzo —que de hecho realizó dos veces Platón, en Siracusa— por poner en práctica una ciudad ideal. En parte, este esfuerzo denota confianza en la capacidad de los procedimientos racionales para imponer mesura y orden a todas las actividades humanas: nunca, desde los días de la magia primitiva, había estado la mente humana tan segura de los poderes que controlaba. ¿Y no podría ser la ciudad tratada como una obra de arte, sujeta a designio y reconstrucción deliberada? La utopía no era nada más que un nuevo ejercicio de efectiva geometría, basado en el supuesto de que todos los hombres racionales estaban dispuestos a convertirse en estos geómetras sociales. Metón, el topógrafo y urbanista de quien Aristófanes se burla en *Las aves* es, en realidad, el urbanista arquetípico, desde Hipodamo hasta Haussmann; es, en otras palabras, el organizador de las funciones humanas y del espacio urbano.

«Aplicando una regla —dice Metón— tomaré la medida para que tengas un círculo cuadrado y en el medio un mercado, al cual llevarían caminos rectos justo hasta su centro, como en una estrella, [...] sus rayos refulgen rectos a todas partes». En ninguna parte

hallamos muestras antiguas de este tipo de planificación, pero el feroz chiste de Aristófanes se convirtió, dos mil años después, en el modo característico del pensamiento barroco.

En parte, los ensayos utópicos marcaron cierto desapego respecto de los valores predominantes de la *polis* y la desilusión frente a las realizaciones visibles. Durante algún tiempo, esta nueva literatura, que oponía lo existente a lo posible o a la abstracción ideal, parece haber sido una forma corriente, pues Aristófanes hace burla de ella en más de una sátira, como también se mofa de los diversos planes socialistas que, al parecer, circulaban por entonces. Y no carece de significación el hecho de que el primer exponente de este nuevo modo de pensar fuera, según Aristóteles, un urbanista profesional: Hipodamo.

Aristóteles atribuía a Hipodamo una capacidad de innovación en materia de urbanismo práctico que, en realidad, este no puede pretender, pues si bien es posible que Hipodamo popularizara el tipo de trazado en parrilla, hasta entonces impopular en la conservadora Ática, esta forma había sido corriente en Jonia desde el siglo VII. Es más probable que, como sugiere Lavedan, Hipodamo introdujera el ágora formal, cerrada, al proyectar el Pireo. Su verdadera innovación consistió en darse cuenta de que la forma de la ciudad era la forma de su orden social, y que remodelar la una implicaba introducir necesariamente cambios correlativos en la otra. Parecería, también, que se percató de que el urbanismo no debía tener tan solo una finalidad práctica inmediata, sino que debía proponerse una meta ideal de mayores dimensiones, y que concebía su arte como medio de concretar formalmente y de clarificar un orden social más racional.

Cómo debía ser ese orden nos lo dice demasiado sucintamente Aristóteles en su *Política.* Aparentemente, tenía una base matemática que partía de la creencia de Hipodamo en los ternos; pero ni las alusiones literarias ni los restos arqueológicos sugie-

ren la realización de alguna nueva experimentación en materia de agrupación de edificios o de trazado de barrios o calles en grupos de a tres. Su ciudad, observa Aristóteles, era «de diez mil hombres, divididos en tres grupos: uno de artesanos; otro de agricultores y, el tercero, de defensores en posesión de las armas. Dividía también el territorio en tres partes: una sagrada, otra pública y otra privada. Sagrada, aquella en donde se hicieran los dones acostumbrados a los dioses; pública, aquella en la que vivieran los defensores, y privada, la de los agricultores». Un momento de reflexión le hubiera demostrado a Hipodamo que la clase trabajadora viviría en una pobreza opresiva si se le imponía sostener en el ocio a la tercera parte de la población y a entregar las dos terceras partes de la riqueza.

Ocurre que no solo era Hipodamo un economista apático, sino que la división de la sociedad en tres clases no sugiere ninguna originalidad en su análisis de las funciones sociales. Y el hecho de que una de estas clases fuera la arcaica casta guerrera indica, tal vez más que nada, el dominio que los viejos clichés micénicos y dóricos ejercían todavía sobre el espíritu griego emancipado, incluso en un momento de innovación deliberada. El propio Aristóteles admite esto: pues el filósofo destaca que «no parece ser un descubrimiento, ni actual ni reciente, de los que filosofan sobre el Estado, que debe separarse por clases la ciudad y ser distinta la clase militar de la de los agricultores. En Egipto, este estado de cosas existe aún ahora y también en Creta».

Si bien no tenemos un libro de Hipodamo que nos guíe, las diversas incursiones de Platón en el terreno de la utopía resultan esclarecedoras. Pero también desalientan, pues poner en evidencia que uno de los más grandes espíritus que hayan florecido jamás, espíritu a un mismo tiempo profundo y juguetón, era incapaz de comprender la causa de sus propias grandes cualidades. Menos aún apreciaba Platón, con algo que se aproximara a la justicia, los valores que sus antepasados y predecesores habían

creado o los que sus contemporáneos, de contar con una mejor guía, todavía hubieran podido crear.

Así como Pericles estaba ciertamente autohipnotizado en su elogio de los atenienses como «amantes de la belleza sin extravagancia y amantes de la sabiduría sin afeminamiento», Platón era igualmente ciego en un sentido inverso. Cuando menospreciaba las artes de Atenas y exaltaba las virtudes cretenses y espartanas, ejemplificadas en las sombrías leyes de Licurgo, condenaba algunas de las principales fuentes de sus propias cualidades admirables; pues ame uno a Platón o lo odie —¡y participo de ambos sentimientos!—, una cosa es segura: solo las oportunidades brindadas por Atenas podrían haber permitido que tal espíritu, tan amplio, bello hasta en su terquedad, hasta cuando se empecinaba en sacar conclusiones deformes, llegara a su plena madurez.

La debilidad de la interpretación que hace Platón del papel positivo de la ciudad se mostró ya en el libro primero de la *República* y perduró en su pensamiento, intacta, hasta que, en su vejez, escribió las *Leyes*, que tiene toda la tediosa claridad de un testamento definitivo. Esto resulta tanto más digno de atención cuanto que él inició su análisis sociológico con una relación, simplificada pero históricamente válida, de la vida limitada pero autónoma y fundamentalmente tranquila de la comuna agrícola aldeana, fundada en una economía de necesidades.

Remontó el desarrollo de la ciudad, con sus hábitos de competencia y sus propósitos agresivos y bélicos, al deseo de lujos que no se hallaban en la zona rural inmediata y al creciente afán de poder. Así, no sucumbió nunca a nuestra infundada ilusión contemporánea de que la guerra es causada por las reclamaciones de los «de abajo» por la riqueza que poseen los «de arriba». Platón sabía, pues, que el orgullo, la avidez y el exceso, no la pobreza y la envidia, estaban en su origen, suponiendo que la guerra sea realmente explicable en términos racionales.

Platón observó que, en el desarrollo de la comunidad, la desigualdad de las capacidades ingénitas establecía una base de especialización profesional que contribuía a la interdependencia. Todos prosperaban cuando el zapatero limitaba sus esfuerzos a hacer zapatos, el herrero a martillar el metal y el campesino a cuidar sus cosechas. Del hecho natural de que los hombres son diferentes, Platón saltaba a la conclusión gratuita de que los hombres debían seguir viviendo así y de que hasta les correspondía ahondar sus diferencias originales dedicando sus vidas enteras a la especialización.

Puesto que la especialización asegura la perfección en el desempeño de la función, la justicia exige, según Platón, que cada miembro de la comunidad sea adiestrado para que desempeñe la función específica que corresponde a su disposición natural, y que se lo mantenga en esa tarea. Esta conclusión le parecía tan inevitable que no se preocupó nunca por examinarla críticamente; por cierto, no llegó nunca a considerar siquiera, como ha hecho en nuestro tiempo C. G. Jung, la posibilidad de que en los intereses de una vida mejor podría estar el desarrollo de las funciones más débiles y no promover un desarrollo asimétrico que lleve a una especie de armonía orgánica más profunda. Para Platón, la integridad y el equilibrio no se encontrarían en los seres humanos individuales, sino solamente en la colmena. En bien de su *polis*, estaba dispuesto a sacrificar la vida del ciudadano: a decir verdad, estaba dispuesto a sacrificar en la personalidad individual las cualidades admirables que habían empezado a surgir de su vida: armonía, moderación, aplomo, simetría y equilibrio orgánico.

Platón no podía, teóricamente, concebir el logro de la perfección sin semejante sacrificio. Aún menos era lo bastante imparcial para preguntarse si la perfección que buscaba era, en realidad, un atributo de la vida orgánica. La imagen de la ciudad que le cautivaba era un absoluto geométrico. Aunque al llegar a él trataba, con su lógica, de emanciparse de los accidentes históricos, en realidad

lo que hacía era aferrarse al receptáculo histórico arquetípico, y en uno de los pocos pasajes en que da una imagen vívida y concreta de la ciudad, en su descripción de la fundación de Atlántida, es evidente que su ideal es enteramente retrospectivo.

Si Pericles rendía culto sin la debida reserva a la *polis* viva que ya estaba empezando a desintegrarse, Platón, por su parte, rendía culto a una *polis* muerta, a un nonato de su propio espíritu. La imagen embalsamada de la segunda no valía más que la corrupción dinámica de la primera. Es evidente que el mundo del arte, el mundo de las imágenes pintadas y las estructuras estáticas, goza de una perfección que no puede alcanzar ningún ser vivo. Pero en un ser vivo hay un millar de potencialidades que no posee ninguna obra de arte, incluso la potencialidad para reproducir otros seres humanos y para crear otras obras de arte.

Ahora bien, la insistencia de Platón en el principio de la perfección funcional a través de la división del trabajo y la fragmentación de los papeles sociales constituía una negación de todo cuanto la Atenas del siglo v podría haberle enseñado. Con singular inconsciencia de lo que estaba haciendo, pone en boca de Sócrates un himno a un orden social «ideal». Por desgracia, ¡ese orden social habría impedido que el propio Sócrates llegara a existir! Si la sociología de Platón fuera exacta, Sócrates, una vez cumplido su aprendizaje de cantero, hubiera debido quedar reducido a esa condición por el resto de sus días; por otra parte, habría tenido que transferir su periodo de servicio militar activo en calidad de ciudadano soldado a un sustituto profesional, adiestrado, desde la adolescencia, única y exclusivamente para este oficio; y, por último, nunca podría haberse atrevido a oponer su talento a los mejores espíritus de su tiempo, en un papel pedagógico tan diferente del cantero.

Según el análisis del propio Sócrates, el único conocimiento sólido que poseía era el de cómo trabajar la piedra; y esto no le

daba ni siquiera permiso para formular preguntas con respecto a ningún otro interés humano. La opción es simple: o bien Sócrates es culpable de contradicción de sí mismo y de decir estupideces o bien el propio Platón queda completamente refutado por el ejemplo vivo de su maestro... por fortuna, tan opuesto a las arcaicas concepciones de Platón. La sabiduría de Sócrates no habría podido manifestarse nunca si él hubiera vivido su vida con arreglo a la filosofía de Platón.

Cuando Platón dio la espalda al desorden y a la confusión de Atenas, a fin de reorganizar las funciones sociales de la ciudad, conforme con una pauta anticuada, también le daba la espalda, por desgracia, a la vida esencial de la ciudad misma, con su capacidad de entrecruzar, entremezclar y armonizar oposiciones, de crear nuevas síntesis, de suscitar nuevos propósitos no predeterminados en la estructura petrificada. En suma, rechazaba la potencialidad —no desvinculada de lo que Platón habría estimado una confusión inadmisible— de trascender la raza y la casta, y de superar las limitaciones vocacionales. No veía modo de unificar los «yoes» divididos del hombre sin congelarlos entre otras tantas partes fijas, graduadas y clasificadas de la *polis*.

Tan estrictamente separaba Platón las clases en su ciudad ideal, los filósofos, los guerreros, los artesanos y los agricultores, que volvió al orden de una comunidad de insectos, cuyas adaptaciones sociales están selladas en estructuras biológicas que han permanecido inmutables durante decenas de millones de años. Lo que aparentemente no sospechaba era que este cielo geométrico podría convertirse, desde el punto de vista de las potencialidades suprimidas del hombre, en un infierno vivo.

Hasta ahora la humanidad se ha salvado del sueño de Platón por su inocencia tecnológica... y su impotencia. Pero hoy nosotros, poseedores de los medios de lograr la ambición de Platón sin haber sondeado todavía sus horribles consecuencias, haríamos

bien en detenernos a examinar la perspectiva. Si en ciencia y tecnología continuamos por el camino que hoy seguimos, sin cambiar de dirección, sin disminuir la velocidad y reorientar nuestros mecanismos hacia objetivos humanos más válidos, el fin ya está a la vista. La cibernética, la psiquiatría médica, la inseminación artificial, la cirugía y la quimioterapia han dado a los gobernantes de los hombres el poder de crear autómatas obedientes, sometidos a control remoto, a quienes solo les quedará la dosis de inteligencia suficiente para remplazar la máquina cuando su costo se haga prohibitivo. El nombre cortés de esta criatura es «hombre del espacio», pero la denominación que le corresponde en realidad es la de «hombre desorbitado».

Otro siglo de un «progreso» semejante puede causar daños irreparables a la especie humana. En vez de crear deliberadamente un entorno más eficaz que la ciudad antigua, a fin de sacar a luz el máximo número de potencialidades humanas y la mayor complejidad significativa, nuestros métodos actuales limarán las diferencias y reducirán las potencialidades, creando un estado de inconsciencia insensata en que la mayor parte de las actividades características del hombre solo serán desempeñadas por máquinas. Incluso en el caso de que no se recurra a las infames armas nucleares y bacterianas, que ya amenazan con un exterminio total, el hombre histórico, el que vive en un tiempo y un espacio culturales, el que recuerda, prevé y toma decisiones, desaparecerá.

5. El desafío de la dialéctica griega

Cabe describir la *polis* de Platón como una prisión amurallada, en la que no queda espacio para las auténticas actividades de la ciudad dentro de su patio carcelario. Pero más de una vez modificó Platón sus audaces premisas y sus conclusiones ingenuas: las indignadas

protestas de los interlocutores de Sócrates y, en verdad, el hecho mismo de recurrir al diálogo, ya eran una especie de admisión de las reservas del propio Platón, pese a que su lógica inflexible hace que una y otra vez pase por alto el sentido común, con triunfos verbales baratos y falsos. Por ejemplo, ¿podría hallarse algo más ridículo que la demostración de Sócrates según la cual los dirigentes políticos del pasado no conocían su oficio en Atenas, ya que por definición eran pastores de hombres, y que, si su rebaño se les volvía en contra o si los perros que tenían adiestrados les mordían las manos, esto era señal de que su gobierno había fracasado?

Todo lo que demuestra este argumento es la incapacidad de Platón para comprender el carácter humano: una incapacidad tan honda como la de los anticuados psicólogos conductistas que hoy evidencian una confianza igual en su destreza para condicionar a los hombres. Es precisamente la distancia psicológica entre hombres y perros, entre los dirigentes políticos y los adiestradores de perros, lo que convierte todo sistema despótico de acondicionamiento, tarde o temprano, en una farsa, como algunos de los líderes del comunismo ruso que, con recursos mucho mayores a su alcance que los de los guardianes de Platón, quizás empiezan ahora a advertir. El hecho es que la obediencia canina no es compatible con el desarrollo humano o incluso, si se trata de un periodo largo, con la existencia humana. La libertad para la autodirección es necesaria para el crecimiento, por más que conlleve la posibilidad de pecado, de error, crimen, imperfección y fracaso: el precio que los vivos deben pagar por romper los vínculos civiles que los mantendrían en la seguridad y sin posibilidad de desarrollo, es decir, de fácil manipulación y modelación.

También en esto el espíritu perceptivo de Platón enfrentó su rigidez teórica con sus sentimientos arcaicos. Tenía conciencia de que hombres buenos pueden aparecer en cualquier punto; a decir verdad, en sus años de vejez observó que «suele haber algunos,

no muchos, hombres inspirados por la divinidad con los que desde luego vale la pena tratar; y que esto no ocurre más en las ciudades bien regidas que en las que no». Si Platón hubiera proseguido esta observación, habría descubierto la dinámica de la auténtica maduración, y con ella una moralidad más firme que la basada en un prorrateo fijo e inalterable de las funciones humanas.

Platón confundió puntos ideales de la brújula con metas reales. Para él el bien y el mal eran ideas eternas, inmutables y separadas: una vez establecidas, no era necesario que cambiaran nunca. Mediante leyes sabias, la censura estricta, una firme disciplina y controles totalitarios aislados por el secreto, se proponían eliminar el mal y conservar el bien. No se daba cuenta de que, en realidad, los mismos instrumentos que escogía invertirían este proceso. Además, lo que no entendía era que, aunque el bien y el mal son puntos fijos en la rosa moral de los vientos, las corrientes de la vida misma invertirían a menudo su polaridad. «El mal bendecirá —como decía Emerson— y arderá el hielo». Un bien buscado con demasiada inflexibilidad puede convertirse en un mal granítico, que pone un límite al ulterior desarrollo, en tanto que el error y el mal, al ser reconocidos y enfrentados, pueden, en el rechazo mismo, proporcionar energía para un movimiento de avance.

Como un fabricante de botones, Platón quería modelar la vida en un molde prefijado: la vida de oro en uno, la de bronce en otro, la de mezquino plomo en un tercero. No había en él nada del jardinero o del biólogo experimental que selecciona la semilla, la siembra en el suelo apropiado, en la dirección que corresponde, limpiando en torno y protegiendo la planta; proporcionándole los nutrientes de que el suelo puede carecer; en suma, cooperando con la naturaleza mientras procura mejorar sus formas silvestres para el consumo humano, en vez de buscar la perfección en un sustituto mecánico, medido y conformado arbitrariamente.

Platón menospreciaba los estímulos vitales para el crecimiento y los desafíos a este: la variedad, el desorden, el conflicto, la tensión, la debilidad e incluso el fracaso momentáneo. Cada uno de ellos, a menos que se endurezca convirtiéndose en un molde fijo, puede producir una comunidad mucho más conveniente que cualquier modo de conformismo, y dará lo mismo que ese conformismo sea impuesto por los filisteos que dirigen un moderno organismo gubernamental o una corporación comercial con ayuda de ordenadores electrónicos, o que sea impuesto por el mayor pensador y escritor que Atenas contribuyó a producir. Esta oposición dialéctica de bien y mal no es —¡con el permiso de maniqueos y marxistas!— la totalidad de la vida; pues hay procesos de cambio y maduración fisiológica, de desgarramiento y erupción psíquica, que tienen poca relación con ella. Pero pasar por alto el lugar de la dialéctica en la *polis* equivale a pasar por alto la función principal de la ciudad: la dilatación en la conciencia humana del drama de la vida misma, a través de cuya representación la existencia revela nuevos significados que no son dados por un análisis momentáneo o por un orden estadístico repetido.

Entre los siglos VI y IV las ciudades griegas se encontraron agobiadas por la penurias de dos graves conflictos: en primer lugar, un intento de definir los límites de la ley, la justicia y la ayuda mutua, en oposición a las pretensiones del hogar y la parentela; en segundo lugar, y no sin relación con el proceso anterior, un esfuerzo por liberar el intelecto mismo a través de la lógica, las matemáticas y la moralidad racional, por liberarlo de las representaciones salvajes del inconsciente. Como vemos claramente en las tragedias, procuraron abandonar los sacrificios humanos, la venganza de sangre, la orgía sexual e incluso sus equivalentes civilizados más corrompidos. Audazmente se propusieron aplastar la serpiente devoradora y el sátiro de pezuña hendida, pero aun así dándole el debido lugar a los elementos oscuros de la vida que se oponen a la razón y al deseo

consciente: los hados y las furias y el ciego azar *(tyché)*, que pueden anonadar al virtuoso y enaltecer al impío.

Mas obsérvese: el único drama que Platón admitió, tanto en la *República* como en las *Leyes*, fue el drama de la guerra. Con esa concesión demasiado generosa, reimplantaba en la vida esencial de la clase dirigente la más antigua institución de la ciudadela, la guerra, no como juego ritual sino como lucha a muerte con otras ciudades, con la finalidad de destruirlas. No obstante, aunque su concepción entera de la ciudad ideal se basaba en el autoaislamiento, solo en la guerra podía soñar Platón con una especie de federación o unión de ciudades griegas, y también en esto sus premisas eran anticuadas.

Llegamos por último a la concreción física de la ciudad de Platón, sobre la cual es poco lo que se puede decir ya que escribió menos al respecto. Si bien sus diálogos están llenos de toda especie de vívidas imágenes extraídas de la vida diaria, su visión de la *polis* carece de un cuerpo arquitectónico. Cuando habla de la antigua ciudad de la Atlántida, no describe en realidad la *polis* platónica sino la nueva ciudad helénica, con sus jardines, gimnasios e hipódromos, su agua caliente y fría, sus canales, su palacio real contiguo a la morada del dios, la ciudadela guardada por el agua y la propia ciudad circundada por una muralla. Su *polis* no aspira a estas suntuosas instalaciones o grandes dimensiones. Las principales condiciones son que debe ser pequeña, aislada, completa en sí misma, encerrada como otras ciudades griegas en un valle guarecido, viviendo con rigor puritano de los productos de su propio suelo.

En las *Leyes*, Platón va un poco más lejos, pero con vaguedad: «es preciso, ante todo, establecer la población en un lugar lo más céntrico posible del territorio, pero no sin que el paraje elegido tenga también todas las demás ventajas que puedan beneficiar a la comunidad, ventajas que no son difíciles ni de comprender

ni de enumerar» (qué desgracia que él diera por sentado precisamente lo que nosotros quisiéramos saber); «después de esto, [hemos de] delimitar doce partes, pero estableciendo primeramente un lugar consagrado a Hestia, a Zeus y a Atenea que será llamado ciudadela y rodeado de una cerca de partir de la cual será dividida en doce partes la ciudad misma y con ella el territorio entero. Y es menester que las doce partes sean iguales en el sentido de que sean pequeñas las de buena tierra y mayores las de tierra peor. Y se delimitarán cinco mil y cuarenta lotes y cada uno de ellos será dividido en dos partes y con estos dos pedazos emparejados se harán otros lotes de modo que cada uno de ellos tenga una parte más cercana y otra más lejana [...]; y después de esto se harán doce lotes para doce dioses, y la parte que haya correspondido a cada dios le será consagrada [...]. Y también se repartirá la población en doce sectores de la misma manera en que dividíamos el resto del territorio, y a cada ciudadano le tocarán dos viviendas, la que esté cerca del centro y la próxima al final».

Más adelante, Platón añade unos cuantos detalles relativos al centro cívico: «los templos hay que edificarlos en torno a toda la plaza, y también circularmente alrededor de la ciudad entera y en los lugares más altos, con vistas a la mayor facilidad para cercarlos y a la limpieza». Aunque en este pasaje Platón rechaza la muralla alrededor de la ciudad, es notable que, anteriormente, la mantuviera alrededor del antiguo recinto sagrado. Pero, al final, a regañadientes concede a la muralla una función municipal y dice al respecto: «si es inevitable que los hombres tengan fortificaciones, es menester que desde un principio se planeen de tal modo que la ciudad entera sea una sola fortificación, pues las casas en su conjunto formarán un buen recinto gracias a su homogeneidad y a la igualdad entre unas y otras y en relación con las calles, y la ciudad en sí tendrá el mismo aspecto, nada desagradable de contemplar, que si fuera una sola casa, lo cual será excelente por

todos conceptos en lo que toca a la mayor facilidad en la custodia con miras a la defensa».

En conjunto, en sus últimas palabras sobre la ciudad Platón se aparta muy poco de la imagen concreta que ya nos es familiar; y cuando agrega, al final, las disposiciones necesarias no solo para el ágora sino también para «estos edificios, y los de en torno a la plaza, y los de los gimnasios, y todo cuanto hay en punto a escuelas, [...] ya dispuesto a los habituales como a los espectadores», se ve que, pese a sus exigencias radicales, todo lo que él deseaba hacer era encerrar la vida y la disciplina militares de Esparta dentro del caparazón de la *polis* ateniense.

El único punto que parece desentonar con este híbrido ateniense-espartano es su elogio de la colonización, pues Platón decía que nada tendía tanto como la guerra y la colonización al perfeccionamiento de la humanidad. Su principal objeción a la secesión en colonias era, a decir verdad, que las colonias que son de esta índole homogénea, basadas en la amistad y la comunidad de raza, idioma y leyes, se rebelarán posiblemente contra toda forma constitucional que difiera de la que tenían en su lugar de origen; y cabe suponer que esto constituiría un obstáculo formidable para el legislador ideal, que Platón veía en sí mismo, pues estaba ávido de establecer leyes, costumbres y rituales radicalmente diferentes para una nueva comunidad. Si bien a Platón le desagradaba el *demos* ateniense, que presuntuosamente hacía nuevas leyes sin haber dedicado toda una vida a su estudio, por otra parte compartía su fe en el proceso legislativo como principal medio, aparte de la educación, de perfeccionamiento social. En esto prolongaba, implícitamente, la antigua convicción de la realeza.

El número de ciudadanos en la *República* quedaba limitado a cinco mil cuarenta. Estos, cabe suponer, son miembros de la clase de los guardianes, en la que hombres y mujeres parecen estar sobre una base igual, como en Esparta. Este número dejaría solo un

muy pequeño grupo de guerreros, alrededor de mil, para proteger la ciudad sin amurallar; y establecería una población total a lo sumo de entre veinticinco y treinta mil almas, que, cosa bastante extraña, es el número que luego escogerán Leonardo de Vinci y Ebenezer Howard para sus ciudades ideales. Ahora bien, el de cinco mil era tal vez el mayor número de ciudadanos al que podía dirigirse, en un teatro adecuado, un solo orador. Pero en un Estado que no fuera gobernado por votación popular sino por la sabiduría de un pequeño grupo de guardianes presididos por el rey-filósofo, quienes con frecuencia actuarían criminalmente en secreto, como en la realidad ocurrió a menudo con el Consejo de los Diez en la Venecia medieval, no parece muy necesaria, en verdad, la reducción de la población a las dimensiones adecuadas para la reunión cara a cara y para la votación democrática. Acaso Platón temía que resultara más arduo mantener bajo control estricto a una población más numerosa. Posiblemente tenía razón, pese a que el gran número se presta a la opresión despótica. Quizá fuera el deseo de mantener a la población reducida al límite en que pudiera vivir con el abastecimiento local de alimentos, sin depender del grano de ultramar, lo que movió a Platón a proponer esta cifra.

Lo que Platón no preguntó nunca fue algo que un filósofo, cuando no un economista, bien podía haberse preguntado: ¿de qué magnitud sería la porción de la cultura griega, con su inmensa productividad en todos los dominios del arte y del pensamiento, que podría mantenerse en existencia en una pequeña comunidad aislada como esta?

Si bien Platón impuso un límite estricto al tamaño de su ciudad, no explicó cómo se mantendría, es decir, si para ello se recurriría a la colonización, el infanticidio y el aborto, a los matrimonios tardíos o a algún otro método. Incluso hay dudas sobre el matrimonio comunal, y no se sabe bien si este queda reservado a los guardianes exclusivamente o si es para la población entera,

por más que las guarderías comunales parecen haberse proyectado para todas las clases, aunque solo fuera para poder escoger con más libertad los «mejores» niños. La mayor parte de las sugerencias concretas que se encuentran tanto en las *Leyes* como en la *República* son de carácter negativo: ni poetas, ni música apasionada, ni apegos maritales, ni solicitudes paternales, ni mezcla de profesiones, ni lujo, ni contacto con el extranjero. Restrictivo, puritano y autoritario: tal era su ideal. Ninguna ciudad podría haberse reducido a la forma deseada por Platón sin dejar de ser una ciudad. Si sus ideas hubieran prevalecido, Platón habría convertido el diálogo urbano en el estéril monólogo del poder totalitario, por más que los que empiezan por hablar solos terminan no teniendo nada que decir.

Pero Platón acertaba cuando creía que había que examinar y modificar de nuevo la constitución básica de la ciudad. Dar por sentada la vida política y económica de la ciudad, tratar de hacer mejor algo que acaso no debería hacerse de ningún modo, constituye el error con frecuencia reiterado de los reformadores políticos y planificadores. Platón tuvo hasta el buen sentido de advertir que el cambio radical que contemplaba tendría lugar con más facilidad bajo la presión del infortunio o de la colonización.

Para que las funciones de la ciudad no fracasen, debe invocarse el principio de la aristocracia; no solo para imponerse a la mediocridad sino para sofocar la fuerza bruta, es decir, el poder de las armas, del dinero, del número. También en esto tenía razón. El error de Platón consistió en confundir la naturaleza del principio aristocrático, interpretándolo como posesión exclusiva de una clase o de una profesión. Lo que hacía falta era, en cambio, una transfusión de inteligencia responsable y de dedicación a las tareas, incluso las más humildes, de la vida cotidiana.

Platón tuvo sus auténticos discípulos en espíritu casi mil años después: los monjes benedictinos. Pero cuando san Benito creó su

utopía monacal tuvo la inteligencia de invertir todos los preceptos de Platón, remplazando la guerra por la paz y la no resistencia y suavizando la austera sabiduría y la santificación cotidiana del monasterio con la disciplina del trabajo diario, uniendo así, cada cual de acuerdo con su capacidad, todas las funciones de la vida que con tanto esmero había aislado Platón. Además, el sistema benedictino acumuló fuerza al formar una cadena de comunidades semejantes que intercambiaban sus productos a lo largo y ancho de Europa, en vez de someterse al aislamiento.

Asombra la ceguera de Platón. La cultura griega había llegado en su tiempo a un grado de desarrollo que hacía necesario desafiar las formas arcaicas hasta entonces representadas en la ciudad: sobre todo, debía hacer frente a la esclavitud y a la explotación unilateral de las que había llegado a depender a tal punto su vida económica. Estas eran las nociones que despuntaban en los grandes espíritus del siglo v. Platón no desempeñó ningún papel en esta revaloración del «modo de vida griego» tradicional. Al rechazar las convenciones de la propiedad privada y las preocupaciones de los negocios, las despreció demasiado con demasiada pasión para tratar de infundirles el principio aristocrático.

En vez de moralizar al mercader, Platón procuró el abandono del comercio mismo. Los ciudadanos, como amigos, deberían poner todas las cosas en común, hasta las esposas. Su moralidad, al igual que su racionalidad, estaba destinada exclusivamente al consumo de la clase superior. A los otros miembros de la población había que adiestrarlos y someterlos, convirtiéndolos en seres inofensivos como otros animales domésticos. En su casa ideal no tenía necesidad de aire fresco procedente del exterior; en cambio, ideó una cámara sin ventanas a la que se podía bombear aire purificado artificialmente, bajo un estricto control. En ese sentido, anticipó en dos mil cuatrocientos años los absurdos de cierto tipo de espíritu moderno.

Así, aunque Platón estaba dispuesto a introducir los cambios más radicales en lo tocante a la propiedad, las relaciones sexuales y maritales y la educación, dejó intactas las instituciones primitivas de la ciudadela; de hecho, extendió todas sus posibilidades maléficas. Dejó intactas la explotación económica, la esclavitud, la guerra y el trabajo especializado de por vida. La *polis* de Platón esperaba su carne y su leche diaria en estas vacas sagradas pero enfermas. Increíblemente, a pesar de su emancipación de las creencias vulgares, obtenida a través de la lógica y de las matemáticas, Platón conservaba todas las supersticiones de su clase social, incluso la creencia de que las ocupaciones manuales son bajas por naturaleza. Ese prejuicio retardó largo tiempo el desarrollo de las ciencias naturales, hasta que la doctrina y la práctica de la Edad Media tardía superaron, por último, este dualismo sacerdotal.

Estas fijaciones le impidieron a Platón vislumbrar las dificultades reales de la ciudad: su prematura cristalización en las formas arcaicas de la ciudadela. En última instancia, todo su esfuerzo se redujo a una tentativa por hacer más segura la ciudadela misma frente a los avances de la ciudad democrática, devolviéndole para ello su antiguo monopolio de la religión, la ciencia y el poder militar, con el respaldo de la reserva y la mentira infame. ¡Vaya una ciudad ideal!

CAPÍTULO VII

Absolutismo helenístico y vida urbana

1. La transición aristotélica

La transición de la *polis* helénica a la metrópolis helenística, y de esta a la megalópolis alejandrina, no destacó por sus cambios súbitos, pues las instituciones y las formas de esta última ya habían sido prefiguradas en las ciudades comerciales del Asia Menor, y hasta que Roma puso punto final a la lucha, la *polis* desarrolló una larga y desesperada acción de retaguardia, que prosiguió incluso después de la derrota de Demóstenes, a fin de conservar su existencia y restaurar los valores que la hicieron grande.

Ambos aspectos de la vida helenística se hacen visibles en la vida y obra del más alto espíritu que estudió con Platón: Aristóteles. El hecho de que aceptara la invitación a trasladarse a la corte de Filipo de Macedonia y que se desempeñara como maestro de ese prodigioso joven que llegaría a ser Alejandro Magno lo hace típico de su tiempo. Su interés por las ciencias naturales igualaba a su interés por las humanidades; pero los dos dominios permanecían separados en gran parte en su espíritu, lo mismo que seguirían, con desgraciadas consecuencias para ambos, durante los dos milenios siguientes. Sin embargo, aunque Aristóteles estuvo al servicio de los gobernantes de un imperio en expansión, nunca comprendió del todo que el crecimiento humano requiere tanto una extensión como una profundización del proceso entero de asociación; por

ello nunca se abrió camino a través de las divisiones internas de la *polis*, de esclavo, forastero, comerciante y ciudadano, ni apartó el muro invisible que separaba al griego del bárbaro.

No obstante, el examen que hizo Aristóteles de las ciudades ideales fue, en muchas direcciones, más lejos que el de Platón, pues era un naturalista lo bastante formado como para aceptar con más indulgencia que Platón la necesidad de variedad y pluralidad. Pero las diferencias políticas que lo separaban de su maestro no eran tan decisivas como a él le parecían ni como luego pensarían muchos de sus intérpretes. Aparte de rechazar con cordura la comunidad de esposas y de señalar las ambigüedades en el ordenamiento platónico de las clases, se limitó a sistematizar el pensamiento de Platón y lo acercó más al terreno de la práctica. Aristóteles compartía incluso la desconfianza platónica frente al cambio; porque, si bien reconocía que los cambios en las otras artes y ciencias habían sido benéficos, como por ejemplo en la medicina, y que muchos avances habían tenido lugar al alejarse de antiguas costumbres bárbaras, no estaba muy dispuesto, en cambio, a considerar las ventajas de estos avances en la esfera de la política.

Pero, precisamente porque la filosofía de Aristóteles era sobre todo la de un biólogo más que la de un matemático, introdujo en el estudio de las ciudades algo de lo que Platón carecía: el conocimiento de la inmensa variedad de especies y la apreciación de las infinitas manifestaciones creadoras de la vida. A esto lo acompañaba la comprensión de la naturaleza teleológica, buscadora de metas, y autorrealizadora de todos los organismos, así como de los límites naturales que definen el crecimiento normal. Para Aristóteles, el ideal no era una forma racionalmente abstracta que se impondría arbitrariamente a la comunidad; era, más bien, una forma ya potencial en la naturaleza misma de la especie, a la que solo era necesario sacar a la luz y desarrollar.

Aristóteles no tenía el lastre de la concepción restringida de la causalidad que impuso la física del siglo XVII al pensamiento moderno, con el objeto de mantener todos los cambios en el plano de lo exterior y lo observable. Tenía conciencia, y tal vez una generación futura vuelva a tenerla, de que el «propósito» está arraigado en todos los procesos naturales, que no lo añade el hombre, aunque no admita más explicación ulterior que la que admite la causalidad. Pero, en su día, la naturaleza del proceso teleológico era tan oscura y sobrepasaba hasta tal punto los recursos de la descripción científica, que se vio forzado a recurrir a un término abstracto, entelequia, para describir los elementos determinantes de la forma; de este modo convirtió un proceso observable en una entidad extraña e inobservable. Pero la terminología estática de Aristóteles no debe movernos a pasar por alto los hechos familiares a que se refiere. El empleo de la palabra «mecanismo», cuando se enfrenta la necesidad de reconocer un proceso teleológico, equivale a desdeñar el hecho de que las máquinas mismas constituyen ejemplos supremos de propósito.

Aristóteles aplicó debidamente a obras humanas como la ciudad la importante lección que había aprendido del mundo orgánico: la lección del crecimiento controlado. En todas las especies biológicas hay un límite para el tamaño, y Aristóteles destaca que esto es igualmente cierto cuando se trata de artefactos humanos. Si un bote es demasiado pequeño no puede desempeñar las funciones de un bote, es decir, trasladar pasajeros o carga; si es demasiado grande, no se puede dirigir o mover. De esto se sigue que hay un margen de tamaño que es apropiado para el arte de la navegación. Otro tanto ocurre con la constitución de ciudades. Si una población es demasiado pequeña, por muchas pretensiones arquitectónicas que tenga, y con independencia de su estatuto jurídico, sigue siendo una aldea. Si excede los límites de crecimiento y absorbe más gente que la que en debida forma puede alojar,

alimentar, gobernar o educar, deja de ser una ciudad, pues la consiguiente desorganización le impide desempeñar las funciones de una ciudad.

Cierto es que Aristóteles criticaba el número de la población ciudadana de Platón, no porque fuera demasiado pequeño para proporcionar la suficiente variedad, sino porque exigiría «una región como Babilonia o alguna otra extensión desmesurada, de la que puedan mantenerse cinco mil hombres ociosos», pero, en general, el punto de vista de Aristóteles no solo es más sensato que el de Platón, sino que también es más sensato que el de la mayoría de nuestros actuales urbanistas, quienes aún no han llegado a una definición funcional de la ciudad, y que no se percatan de que el tamaño y la superficie no pueden aumentarse indefinidamente sin destruir la ciudad o bien sin introducir un nuevo tipo de organización urbana, para el que deben encontrarse una forma adecuada, en pequeña escala, y una pauta vital, a gran escala.

El mero aumento de tamaño tiene tan poca relación con el perfeccionamiento, o incluso con la adaptación, como la expansión técnica con una buena vida. El mismo dinamismo del crecimiento, como el paso de las armas de mano a la bomba de hidrógeno, solo aumenta el campo de destrucción posible.

Está claro que a Aristóteles le habría resultado fácil reforzar su definición del tamaño recurriendo a la definición de la muralla de la ciudad; pero el filósofo evitó esa trampa. En cambio, se dice: «en el caso de que la población habite el mismo lugar, podemos preguntarnos, ¿cuándo debe considerarse que la ciudad es una? No será, ciertamente, por sus murallas, pues una sola muralla podría rodear el Peloponeso. Tal es quizá el caso de Babilonia y de toda la población que tiene el perímetro más bien de una nación que de una ciudad. De Babilonia dicen que al tercer día de haber sido tomada, una parte de la ciudad no se había enterado». Lo que hace una a la ciudad es, en realidad, el interés común en la justi-

cia y el propósito común de seguir la buena vida. «En cuanto a la extensión de la propiedad, [...] debe ser suficiente como para vivir con moderación, que es como si se dijera para vivir bien».

Los griegos habían llegado empíricamente a esta conclusión mucho antes que Aristóteles: de la ciudad griega en el periodo helénico arcaico no se puede proporcionar mejor definición que decir que era una comunidad decidida, por su propio bien, a seguir siendo pequeña. Las limitaciones naturales contribuyeron a llevar a los ciudadanos a esta conclusión, pero incluso ciudades comerciales como Mileto, que podrían haber resuelto el problema del crecimiento extendiendo el margen de sus exportaciones y de sus compras de grano, no eligieron ese camino. La buena vida, según la entendían y practicaban, dependía de la intimidad y el pequeño número. Cuando la *polis* enviaba una colonia al exterior, no hacía un esfuerzo, al parecer, por extender su dominio territorial ni su dominio económico: solo trataba de reproducir condiciones análogas a las de la ciudad madre. Entre el crecimiento por acumulación, que se volvió socialmente inorgánico y en última instancia llevó a la desintegración, y el crecimiento por colonización, que mantenía la integridad y el sentido, los griegos optaron por la colonización, al igual que las pequeñas poblaciones de Nueva Inglaterra en el siglo XVII. Habían dominado el arte de reproducir ciudades. Si hubieran tenido igual éxito en el arte de unirlas...

Aristóteles expone múltiples razones, tanto prácticas como metafísicas, para limitar el tamaño de la ciudad, pero el límite final es el que toma de la experiencia política. «Pues, tanto los gobernantes como los gobernados —observa— tienen deberes que cumplir y las funciones especiales del gobernante son las de dirigir y juzgar. Pero si los ciudadanos de un Estado han de juzgar y distribuir los cargos conforme con el mérito, deben conocer mutuamente sus caracteres; cuando no posean este conocimiento, tanto las elecciones para los cargos como los fallos en los juicios serán

equivocados. Cuando la población es muy grande, evidentemente se los resuelve en forma fortuita, lo que está claro que no debiera ocurrir [...]. Por consiguiente, el mejor límite de la población de una ciudad es el número máximo que basta para los propósitos vitales y que puede ser apreciado de un solo vistazo».

De un solo vistazo: he aquí una concepción tanto estética como política de la unidad urbana. Esta visión sinóptica o global que le permitía al ciudadano, desde la altura de la acrópolis, contemplar su ciudad entera con la misma facilidad con que podría apreciar la figura y el carácter de una persona, era la nota griega fundamental. Esto diferenciaba la ciudad helénica, por congestionada que estuviera, de la ilimitada dispersión de la megalópolis hipertrofiada, que la precedió en Mesopotamia y la sucedió en Italia, África y Asia Menor.

Lo expuesto se refiere a la contribución válida de Aristóteles. Pero, en su prejuicio contra artesanos y mercaderes, Aristóteles era tan cerrado como Platón. Cuando Aristóteles, definía la *polis* no solo como una comunidad de seres vivientes sino como una comunidad de iguales que aspiraban a la mejor vida posible, excluía deliberadamente la vida de «artesanos o mercaderes, pues semejante vida es innoble y enemiga de la virtud»; a decir verdad, esas clases ni siquiera pueden desempeñar un oficio sacerdotal, «pues los dioses solo aceptarán el homenaje de ciudadanos». La idea de que la comunidad entera debe participar de la vida de la aldea estuvo siempre tan ausente en el espíritu de Aristóteles como lo había estado en el de Platón. La buena vida solo podía hallarse en el ocio noble; y este significaba que el trabajo era cosa de otros.

Esta exclusión de la ciudadanía de una gran parte de sus habitantes explica, en parte, el desastre de la ciudad griega. Al mantener a la mayoría de ellos fuera de la política, de la esfera de la ciudadanía plena, la *polis* les daba licencia para ser irresponsables. Y lo que era igualmente pernicioso, no les daba otra ocupación que

la actividad económica en beneficio propio, eximiéndolos de todo fin u obligación moral, hasta en los asuntos que podían manejar. Así, movió a los mercaderes, según palabras de Platón, «a buscar ganancias excesivas, y teniendo a la gente a su merced, aprovecharse de ella».

Así, el movimiento que en realidad se había iniciado con Sócrates y con su seguidor de clase baja, Antístenes, que había tenido por objeto dar la oportunidad de la mejor vida posible incluso al trabajador manual, al tiempo que le confería todos los beneficios del desarrollo espiritual, se detenía en el pensamiento como se detuvo en la acción. Si bien Antístenes llegó hasta el punto de iniciar un gimnasio para pobres, el Cinosargos, no podía abrigar la esperanza de reivindicar toda la *polis* o de ver el día en que las clases superiores e inferiores se encontraran en un terreno común, sobre la base de sus intereses comunes y sus capacidades iguales.

Por fortuna, Aristóteles poseía una cualidad particular de la que Platón carecía. Trasladó sus principios a la estructura física de la ciudad, y aquí lo viejo se combinó con lo nuevo. Previó lo necesario para la orientación de la ciudad, a fin de promover la salud; sabemos, a través de Jenofonte, que la orientación había pasado a ser una consideración importante, pues representa a su Sócrates preconizando acertadamente la orientación hacia el sur como la más ventajosa, noción de sabiduría práctica que la población del hemisferio septentrional ha perdido y redescubierto una y otra vez en el trascurso de miles de años. Asimismo, Aristóteles insistió en la importancia de contar con abundantes manantiales y fuentes, o, en su defecto, con estanques y cisternas que permitieran recoger el agua de la lluvia. Las máximas de la escuela hipocrática aquí se aplicaban conscientemente, por fin, al urbanismo.

Si bien algunas ciudades griegas se jactaban aún de que no les hacían falta murallas, a Aristóteles le parecía que esto constituía un rasgo de locura, desde el punto de vista militar; en realidad,

el filósofo estaba tan preocupado por la necesidad de oponerse a la invasión que trató de combinar la nueva moda del trazado de las calles con manzanas rectangulares y la manera más antigua de construir, en forma irregular y con calles serpenteantes que seguían contornos o viejos senderos, pues este último trazado impedía que los forasteros rapaces salieran de la ciudad o que los asaltantes se abrieran camino en ella. Tal vez recordaba la experiencia de los tebanos que entraron en Platea, según nos cuenta Tucídides, y que perdieron tan completamente el camino que cayeron prisioneros con facilidad. «No toda la ciudad —destacaba Aristóteles— debe estar trazada en líneas rectas sino solamente ciertos barrios y regiones; así, la seguridad y la belleza quedarán reunidas».

En otros puntos, Aristóteles era igualmente conservador. Por ejemplo, deseaba separar el ágora como mercado del ágora como tribuna política. Esta segunda quería establecerla, conforme con el ejemplo de Tesalia, como un ágora de los hombres libres, de la que quedarían excluidos todos los oficios y mercaderes, a menos que los magistrados los convocaran. Pensaba que sería encantador que los ejercicios gimnásticos de los hombres más viejos tuvieran lugar allí; de este modo trataba de reincorporar al corazón de la ciudad, al menos, una parte del gimnasio.

Si bien aquí como en otras partes Aristóteles, teóricamente, especulaba sobre una ciudad ideal, es evidente que le resultó difícil no considerar la ciudad antigua, con su marcadísima división de clases, como un ideal. Tanto en él como en Platón, lo que parecen innovaciones son, a menudo, recaídas en las comunidades urbanas más primitivas de los cretenses, los espartanos e incluso los cartagineses; en tanto que ambos filósofos consideraban que la mayor parte de los procesos y funciones sociales de época más reciente, que se oponían a la antigua norma militar, eran simplemente una pestilente basura social, cuya cantidad había que disminuir y mantenerla tan lejos de la vista como fuera posible.

Me temo que lo que dijo Lavedan sobre la influencia de Platón y Aristóteles en el urbanismo y el orden municipal posteriores tal vez fuera demasiado generoso: «Consistió en preparar el espíritu para aceptar cierto número de restricciones dictadas por el interés colectivo». Pero el hecho es que ellos no fueron, por ninguna supuesta anticipación, ni apologistas ni propagandistas del nuevo orden, el cual modeló las crecientes ciudades helenísticas sin ayuda de ellos y con escaso respeto de sus opiniones.

Ni Platón ni Aristóteles tuvieron una visión que pueda llamarse justa del momento feliz que había vivido Atenas, y, en cierto modo, todas las demás ciudades griegas, desde la época de Solón hasta la de Pericles: por consiguiente, sus ciudades ideales no preveían lo necesario para la prolongación y el fortalecimiento de estas fuerzas creadoras.

No tuvieron la visión de una *polis* más grande, que incorporara los principios ideales de Cos, Delfos y Olimpia, y los elaborara en las generosas complejidades de una ciudad abierta. Su ciudad ideal seguía siendo un pequeño recipiente estático, sometido a la adusta dirección de la ciudadela; para el sustento, solo contaba con una economía cerrada sobre sí misma, y apoyada, por lo menos en el caso de Aristóteles, por una sólida clase media. El centro cultural de gravedad de una ciudad de esta naturaleza estaba dentro de su propia base; pero, en tales términos, el espíritu en capullo de la *polis* real se habría marchitado.

«Hace falta una sociedad entera para obtener la simetría a que aspiramos», observaba Emerson. Aristóteles y Platón buscaron esta simetría en menos de la mitad de una sociedad, en lo que ni siquiera constituía una *polis* completa, sino tan solo un segmento de clase congelado en una imagen arcaica. Ni Atenas ni Corinto, por sí solas, ni Esparta o Delos, podían florecer separadas de sus vecinas. Y, a decir verdad, ninguna de las ciudades de la Hélade podía representar concretamente el ideal griego de vida sin recurrir

a hombres, ideas e instituciones que ninguna de ellas podría atribuirse con exclusividad. Menos aún podía una u otra clase alcanzar por separado la noble simetría a que aspiraban estos filósofos. Como consecuencia de esto, la *polis* en crecimiento, con su fluidez y su desorden, hinchándose de modo tal que sobrepasaba todos los límites conocidos, hizo más justicia a las posibilidades ideales de la sociedad urbana que estas proyecciones utópicas, pese a su perfección cristalina.

Esta incapacidad para comprender la dinámica del desarrollo humano como clave de la forma urbana no fue superada por ulteriores progresos de las ciencias naturales después de Aristóteles. Con gobernantes tiránicos es más prudente dedicarse a las ciencias físicas que al estudio de la naturaleza y la sociedad humanas. La *polis* helénica se vio detenida por otra debilidad: su incapacidad para comprender la contribución humana del esclavo, el trabajador industrial, el extranjero y el bárbaro, es decir, el resto de la humanidad. Los bienes que los griegos habían imaginado y creado eran bienes humanos, no limitados por su origen o su destino solo a los griegos. Platón podría reconocer, después de sus viajes a Egipto, que los sacerdotes egipcios acopiaban un conocimiento esotérico que superaba todo el que había estado a su alcance; pero el hecho es que otros pueblos —los judíos, los persas, los babilonios— podían enseñar mucho a los griegos y debió haber sido posible abordar estas cosas de otro origen sin que a uno se lo tuviera por renegado o traidor. Que los griegos no repararan nunca el error de la esclavitud, que algunos de sus mejores espíritus no pudieran ni siquiera admitir que se trataba de un error, evidencia con cuánta facilidad aceptaban la parálisis, hasta qué punto estaban alejados de lo genéricamente humano, en su concepto de democracia.

Al convertir la ciudad, el artefacto que ellos mismos habían creado, en su dios, los griegos perdieron el dominio del más elevado don de la experiencia divina: la capacidad para trascender las li-

mitaciones naturales. La ciudad invisible, que hasta entonces solo estuvo encarnada en un puñado de grandes ciudadanos, cuyas nuevas líneas magnéticas de fuerza habían surgido de Olimpia, Delfos y Cos, no adoptó nunca una estructura política y física más eficaz. Cuando esa ciudad se hallaba todavía en estado de fluidez, modeló hombres de mayor estatura, de potencialidades más elevadas, que cuantos se hubieran congregado antes, en tal número, en una población tan pequeña. Pero cuando llegó el momento de pasar de la ideación y la encarnación individuales a la realización colectiva, la ciudad, enamorada de sí misma, volvió a una forma anterior, sumamente organizada y ordenada, higiénica, abundante en riquezas y hasta suntuosamente bella, pero, por desgracia, inferior a la *polis* incipiente del siglo v en cuanto a su capacidad de creación.

Excepto en el dominio de las ciencias físicas, en las disciplinas eruditas más cuantitativas, así como en la producción de bienes materiales, nada prosperó en la ciudad poshelénica, pues a medida que la organización tecnológica y la riqueza aumentaban, los objetivos ideales de la ciudad no hallaban ya una expresión en la vida cotidiana. Incluso el espíritu se debilitaba, y no por falta de alimento sino por estar sobrecargado de una dieta magra y estéril. El museo y la biblioteca se antepusieron a la vida y la experiencia; el academicismo remplazó el equilibrio orgánico de la academia original; la recolección y la clasificación pasaron a ser los principales caminos de la actividad intelectual. Como es justo, la proliferación del conocimiento desvitalizado, de un conocimiento considerado como remplazante de la acción responsable y no como un instrumento de la vida, recibe su nombre de la gran metrópolis de Alejandro. El «alejandrismo» llevó ese conocimiento a alturas con las que solo pueden competir las producciones vacuas y remilgadas que fomentan los grandes establecimientos educativos de nuestros días. Este conocimiento académico y esté-

ril debe dar a menudo una inmunización completa, como si fuera un peligroso virus prudentemente diluido, contra el pensamiento original o la experiencia fresca; una inmunización para todo el resto de la vida. No obstante, como ocurre también con otros diversos rasgos de la ciudad helenística, algo de valor permanente —cierta paciencia, cierto orden, cierta disciplina, cierta capacidad para manipular mecánicamente grandes cantidades— pasó a través de los tortuosos canales de la erudición clásica a posteriores ciudades de la Europa occidental.

Pero la expansión cuantitativa no se redujo al mercado o el museo: todas las partes de la ciudad experimentaron el mismo proceso. Las calles se alargaron y ensancharon, los edificios se hicieron más grandes y la reglamentación externa se tornó más opresivamente evidente. Pero la ciudad griega respondía al aumento de eficacia de los controles centralizados de los grandes imperios, apartándose más y más de sus premisas iniciales y —lo que es todavía más importante— de su promesa inicial. Sea como fuere, después del año 300 a. C., la *polis* ya no tenía fuerza suficiente en su interior para hacer frente, aunque no fuera más que en el pensamiento, a la opresión política, las divisiones de clase y los sacrificios irracionales, y a la guerra fútil, el pillaje y la destrucción, que caracterizaban la ciudad antigua.

2. Del «desorden» flexible a la elegancia reglamentada

A partir del siglo VII, las ciudades griegas se desarrollaron en dos direcciones diferentes: una en gran medida espontánea, irregular y «orgánica» en la parte continental de Grecia y sus islas, y otra más o menos sistemática y rigurosa, en las *polis* jónicas de Asia Menor. En la primera predominó el espíritu de la acrópolis; en la segunda,

el del ágora. Una se aferró a las antiguas creencias religiosas, solo para terminar aplastada por fuerzas internas y externas que era incapaz de entender y que no supo controlar. La otra organizó un nuevo modo de vida, en el que la agricultura estaba en un lugar secundario en relación con el comercio. Pero tanto una como otra se vieron constantemente socavadas y desintegradas por la guerra y la conquista.

En el curso de este periodo inicial de desarrollo las ciudades jónicas fueron reiteradamente destruidas por los ataques y reconstruidas de nuevo: la primitiva historia de Troya se repitió una y otra vez. Si bien estas nuevas ciudades pueden haber presentado al comienzo múltiples rasgos residuales heredados de un periodo anterior de dominio militar y religioso, sus nuevos trazados urbanos eran la expresión directa de una sociedad esencialmente mercantil. El principal filósofo del siglo VI, Tales de Mileto, uno de los Siete Sabios de Grecia, fue tal vez el primer estudioso sistemático de la naturaleza cuyo pensamiento no tuviera un fundamento religioso: es decir, el arquetipo del físico. Pero sus conciudadanos le tenían admiración porque era un astuto mercader que, al observar en la estación un brote extraordinariamente abundante de aceitunas, acaparó las prensas de aceite antes de la cosecha y así se hizo rico.

Las bases de la ciudad helenística, que floreció por todas partes desde el siglo IV, se sentaron en Asia Menor durante el siglo VI; tal vez, en realidad, ya en el siglo VII pues la nueva colonia comercial de Naucratis, en Egipto, mostraba una regularidad y un orden característicos en su trazado. Si el lento crecimiento orgánico de las ciudades del Ática se debió a sus limitaciones topográficas y a su pobreza económica, el rápido desarrollo de las ciudades de Oriente se debió no solo a su interior más rico, en el que se multiplicaban los recursos económicos y las oportunidades, sino también al hecho de trasladarse el interés, hasta entonces con-

centrado en las conquistas militares y la piratería lisa y llana, a las manipulaciones y atracciones especulativas del comercio.

Esta situación produjo una próspera clase media, acostumbrada a comodidades físicas y lujos de los que, durante largo tiempo, carecerían las ciudades del Ática e Italia. Su modo de vida se generalizó en las ciudades más prósperas de Grecia después del siglo IV: los contemporáneos de Menandro habían perdido los toscos modales aldeanos y reclamaban perfumes, pequeños objetos de arte como las exquisitas figurillas de Tanagra y una cocina abundante y refinada, como lo atestigua Aulo Gelio. Se procuraban pequeñas delicias para consolarse por una vida políticamente vacía. Cada vez más, perdieron la voluntad de luchar por la libertad así como los incentivos que hubieran dado sentido a esa lucha; y ocultaron su vacuidad, su inercia moral y su ansiedad reclamando, en número creciente, los artículos que podían adquirirse con dinero. Aquellos que eran lo bastante prósperos y ociosos terminaron siendo víctimas del insomnio, por motivos evidentes hasta para un dramaturgo contemporáneo: «¿Insomnio? Pues sí... y he aquí el motivo. ¿Cómo vives? Una caminata por el mercado y de vuelta a casa, fatigadísimo. Luego, un delicioso baño caliente. Comes cada vez que tienes ganas. ¿Sueño? Tu vida es un sueño». He aquí una nueva versión de la mejor vida posible, menos familiar entre los griegos que para nosotros, en los Estados Unidos de hoy, mecidos hasta dormirnos por una economía de mal dirigida abundancia.

Pero en el siglo VI, esta jaula dorada de la prosperidad mercantil no se había armado aún: sus barrotes brillaban aún porque no estaban firmemente ajustados. Allí, en Jonia, hacia el siglo VII, se pusieron en circulación dos nuevos inventos: la moneda acuñada, que llegó acaso de Asiria o Lidia, y el alfabeto escrito. Esos refinamientos del número y la escritura fueron herramientas primordiales de la mente, si bien se habían desarrollado en un

comienzo como anotaciones esenciales para el comercio a larga distancia y la contabilidad comercial.

Incluso aparte de su aptitud para el comercio, las ciudades de Jonia debieron de estar influidas, aunque solo fuera de tercera mano, por el legado municipal de los imperios hitita, asirio y babilónico, por no hablar de Creta, antes que medos y persas llegaran al poder. El nuevo tipo de planificación que apareció en esta región era, en realidad, el antiguo tipo que encontramos en Mesopotamia; y como sería erróneo llamarle planificación hipodámica, seguiré a Roland Martin y le llamaré milesio, por Mileto, su principal punto de origen.

Debemos asociar este trazado milesio con una nueva regularidad y un nuevo sistema en los negocios. Dicho orden no se limitaba en absoluto al Asia Menor, puesto que Cirene, fundada en 630-624 en Libia, se jactaba de sus calles en línea recta que se cruzaban en ángulo recto; en tanto que Nápoles y Paestum, colonias griegas establecidas en Italia en el siglo VI, exhiben un verdadero plan integral de damero. Este trazado milesio introdujo, casi automáticamente, otros dos elementos: las calles de ancho uniforme y las manzanas urbanas de dimensiones también bastante uniformes. La ciudad estaba compuesta por estas unidades estandarizadas de manzanas: sus espacios abiertos rectangulares, utilizados como ágora o templo, eran, a su vez, simplemente manzanas vacías. Si este orden formal se veía quebrado por la presencia de una colina o de una bahía curva, no se hacían esfuerzos para adaptarse a ello, modificando a tal fin el plan. A este plan corresponde una clarificación de las funciones y cierto respeto por las conveniencias: así, el ágora se extendía hacia los muelles, a fin de estar cerca de los barcos que llegaban y de los almacenes.

Establecido el orden geométrico en el plan general de la ciudad, impregnaba también sus concepciones arquitectónicas. De Mileto, posiblemente a través de la labor de Hipodamo, salió el

nuevo tipo de ágora, rectángulo formal rodeado por una muralla de tiendas, al menos por tres costados. No resultaba fácil aplicar este plan geométrico a solares de topografía irregular; pero poseía una ventaja que le dio vigencia en el siglo VI y volvió a universalizarlo en el siglo III a. C.: proporcionaba un método sencillo y equitativo para dividir la tierra en una ciudad nueva creada por colonización.

Esa virtud no pertenecía a una época o a una cultura determinadas. Si los arquitectos de Alejandro Magno la utilizaron en sus setenta fundaciones urbanas, otro tanto hicieron los romanos al establecer sus propios centros de colonización para veteranos del ejército: a decir verdad, fue la base sobre la que levantaron sus campamentos provisionales. Este trazado fue utilizado luego en la construcción de ciudades de guarnición *(bastides)* en la Francia meridional, durante el siglo XIV de nuestra era, y en Irlanda en el siglo XVII; por otra parte, sobre la base del trazado en parrilla, con una plaza abierta en el centro, trazaron los españoles sus ciudades coloniales en el Nuevo Mundo. Por último, el mismo tipo de plano, que ya tenía más de dos mil años de uso en la Europa occidental, se convirtió en la base del urbanismo y la ampliación urbana en los Estados Unidos, desde la fundación de Filadelfia, New Haven y Savannah en adelante.

En realidad, el trazado uniforme en parrilla era un elemento esencial en el equipo de herramientas que el colono llevaba consigo para uso inmediato. El colono tenía poco tiempo para indagar las características del terreno o para explorar los recursos de un lugar: simplificando así el orden espacial, consiguió una distribución rápida y más o menos equitativa de los lotes para edificar.

La misma debilidad del trazado milesio —su indiferencia ante los contornos de la tierra, las fuentes, los ríos, las líneas del litoral, los grupos de árboles— solo lo hacía mucho más admirable porque establecía una mínima base de orden en un terreno

que, durante largo tiempo, los colonos no tendrían medios para explorar debidamente. En el más corto lapso de tiempo posible, todo quedaba bajo control. Este orden mínimo no solo ponía a todos en paridad de condiciones: sobre todo, hacía que los forasteros se sintieran tan en su casa como los habitantes más antiguos. En una ciudad comercial, siempre llena de marineros y de mercaderes extranjeros, esta facilidad de orientación e identificación constituía una no pequeña ventaja. Nada tiene de asombroso, por lo tanto, que hasta la conservadora Atenas, cuando se propuso reconstruir su puerto, recurriera a Hipodamo para que lo trazara con arreglo al plan milesio.

Todo esto constituía algo más que un ejercicio abstracto de inspección y distrubicón, aunque aquí había una estrecha relación entre el pensamiento y la práctica, pues, además de los contornos generales, la ubicación del ágora, los muelles y los depósitos exigían un conocimiento profesional; y cuando se presentaban ante el concejo municipal problemas que imponían juzgar sobre estos puntos, sus miembros se trasladaban a los muelles y adoptaban su decisión sobre el terreno. Además, con el hábito de trazar así la ciudad entera como una unidad, hasta la más modesta de las nuevas ciudades griegas contaría, desde el comienzo, con espacios públicos adecuados para estructuras públicas; y su ubicación dentro de la parrilla rompía la monotonía que implicaba la existencia de un solo tipo de manzana, repetido indefinidamente. No fue la monotonía del plan en sí mismo sino la ulterior falta de esta diferenciación y de este énfasis funcional lo que dio al plan rectangular, en el siglo XIX, una reputación tan innecesariamente mala.

El orden geométrico establecido por el plan milesio tenía otra ventaja más, a saber, la de dividir la ciudad en vecindarios definidos o, por lo menos, de dar a esa definición líneas visibles de límites. En el nuevo trazado de Turio (443 a. C.), fundada con la ayuda de Pericles como gesto panhelénico de reconciliación con las

comunidades que Atenas había agraviado, esta influencia milesia se adelantó al hábito helenístico más generalizado de un periodo posterior. Turio estaba dividida, por cuatro arterias longitudinales y tres transversales, en diez unidades vecinales o supermanzanas, para cada una de sus tribus integrantes: con una destinada a los antiguos habitantes de Síbaris, para quienes se construía la nueva ciudad —la suya había sido destruida por Crotona en el año 510—, y otra para los edificios públicos.

Se trata, dicho sea de paso, del primer ejemplo histórico, en la medida de mi conocimiento, de unidades vecinales fabricadas deliberadamente, si bien abundan pruebas que evidencian que, desde los tiempos más remotos, existieron unidades vecinales naturales, formadas alrededor de un santuario o de un templo. Pero constituye una demostración algo infortunada del principio, ya que, como la anterior división de Naucratis en un barrio griego y otro egipcio, se basaba en el principio de la segregación social. Con manzanas tan grandes, cuesta dudar de que, como en Filadelfia después del siglo XVII, se desarrollara un sistema secundario de callejones para proporcionar un medio de tránsito más rápido para los peatones.

Con la aplicación del trazado en parrilla, la calle comenzó a existir por derecho propio, ya no como un tortuoso pasaje que a regañadientes se dejaba entre una acumulación más o menos desordenada de edificios. Una vez que la ciudad alcanzó este grado de independencia, la idea de ensancharla para dar cabida a conjuntos mayores de personas se abrió paso naturalmente, sin presión alguna por parte del tráfico de vehículos. Las ciudades mayas e incas nos proporcionan ahora pruebas independientes de que las calles anchas e incluso las carreteras no son un mero subproducto de los carros o carruajes. Tanto las procesiones religiosas como los desfiles militares tienen necesidad de ellas. Este ensanchamiento de las calles tuvo lugar en las ciudades helenísticas del siglo III, incluso cuando no estaban bajo la influencia del sistema religioso

romano que consistía en orientar las calles principales según los puntos de la brújula. La necesidad militar era tan evidente para un contemporáneo que el historiador Polibio llegó a comparar la ciudad helenística con el campamento de una legión romana, con dos calles principales que se cruzaban en ángulo recto.

El mismo sentido de orden y de continuidad visual se abrió camino en el ágora. Esto dio lugar, sobre todo después del siglo IV, a la construcción de *stoas* —columnatas o pórticos cubiertos—, destinadas unas veces a proteger las tiendas del sol, otras veces a servir al peatón. Un lateral podía estar formado por un muro, que proporcionaba una superficie para la ejecución de pinturas murales, como las que aún pueden encontrarse, por afortunado accidente, en ciudades etruscas, o para la inscripción de leyendas que recordaran conquistas, donaciones, las leyes de la ciudad o incluso una doctrina filosófica, como en el caso del bondadoso y expresivo mensaje que grabó Diógenes de Enoanda, pensador epicúreo, en el muro de un pórtico de Capadocia (aproximadamente en el año 200 de nuestra era), para que el caminante lo leyera; mensaje que Gilbert Murray reproduce en su obra *La religión griega*.

La misma *stoa* se originó, posiblemente, en un periodo muy anterior. Parece haber un ejemplo minoico en Hagia Triada, con tiendas en la parte trasera, fiel al estilo «helenístico». Pero se hizo común en estas ciudades, con su esfuerzo general por aumentar la comodidad urbana. Fue a la sombra de la *stoa* donde Zenón de Citio y los demás filósofos estoicos del siglo III, y más tarde aún, expusieron sus doctrinas. Su filosofía de una ley universal, de un orden fijo e inalterable, de una inflexible devoción al deber, pase lo que pase, corresponde ideológicamente a la nueva estética del plan urbano, igual de partidaria del orden e igual de inflexible.

La continuidad formal que se logró así en el ágora se extendió, con el desarrollo de la ciudad helenística, a otras partes del escenario urbano: expresiones de la misma fueron la larga avenida

y la arcada abierta y continua, a veces con grupos de columnas para formar un punto terminal para la vista, en las grandes calles transversales, más o menos con el mismo sentido con que más tarde se recurriría a los obeliscos en las ciudades barrocas. Podían encontrarse estas arcadas en Turín (Augusta Taurinorum) o en Bolonia ya en los siglos III y II a. C.; y este rasgo ha seguido siendo uno de los grandes atractivos estéticos de la ciudad mediterránea: incluso las modernas arcadas de Turín, por no hablar de las arcadas genovesas del Renacimiento tardío, se cuentan entre las obras maestras del urbanismo, no solo en virtud de su utilidad sino también de su noble escala.

No se contó entre los menores servicios prestados por la calle en el plan helenístico uno que sirvió también, posteriormente, en el trazado norteamericano en parrilla: establecía una escueta ración mínima de espacio público abierto —abierto aunque fuera árido— en los sectores residenciales, por otra parte tan congestionados de edificios. La calle desempeñaba de este modo un papel que más adelante correspondería a los parques y jardines públicos, si bien muy pocas veces en una escala coincidente con la necesidad que hubiese de ellos. Hasta ciudades helenísticas muy tardías no presentan patios abiertos entre las casas, en los sectores residenciales; y falta clamorosamente algo que se parezca a los generosos jardines que se extendían detrás de las casas medievales en hilera de la Europa occidental. Acaso el deseo de luz y aire así como de libertad de movimientos fue determinante del ensanchamiento de las calles principales. Esto reforzó la demanda creada por el uso más frecuente de vehículos con ruedas y palanquines, y por la presencia de multitudes cada vez más densas.

Ya en la ciudad alejandrina se aumentó la anchura de cuatro metros de la antigua calle griega; probablemente el ancho, en la propia Alejandría, de cinco metros y medio, se hizo común, en tanto que la calzada principal, la calle Canópica, tenía treinta metros

de ancho. Pero, en realidad, la escala de todas las estructuras urbanas aumentó durante el periodo helenístico, como nos recuerda el altar de Pérgamo que se conserva en Berlín. Esto formaba parte de una expansión cuantitativa general que afectó tanto a la superficie de la ciudad como a la altura de los edificios. Se levantaron construcciones de dos y hasta de tres pisos, desconocidos desde los días de Cnossos. Con el aumento de volumen —como correspondería después con la inflación de la cúpula— un edificio podría dominar la ciudad sin estar situado en una colina: por esto los grandes templos y tribunales estaban generalmente situados en la parte baja, en el ágora o en sus cercanías, y no en las alturas.

Pero, en tanto que se admiten otras necesidades, no debe dejarse tampoco de lado la importancia creciente de la circulación en el plano de la ciudad. Esto no solo se debió al transporte de mercancías y alimentos para un mayor número de personas sino también a las necesidades de grandes ejércitos de ocupación y no ya de una dispersa fuerza ciudadana. Con el movimiento ordenado aparecieron dos rasgos arquitectónicos de los que la ciudad helénica no había manifestado conciencia alguna: la perspectiva y el eje prolongado. En vez de obtener una vista global de la ciudad entrando en ella, dando vueltas poco a poco, subiendo a la acrópolis en zigzag y apreciándola así desde todas las direcciones y en todos los niveles, la avenida proporciona un corte transversal uniforme de la ciudad en un solo nivel. La fachada ininterrumpida, los pórticos o edificios de la misma altura y las columnas de los frentes reiteradas a lo largo de la avenida producen exactamente la misma impresión estética en cualquier punto. Si se va más lejos, solo se encuentra la misma cosa.

El acceso a los monumentos y templos de la acrópolis era posible desde muchos ángulos, por diversos movimientos, así como uno se acerca a una escultura, viendo una sucesión de rostros y perfiles. Pero el acceso al edificio público helenístico tiene lugar

necesariamente por una avenida principal; incluso si se cierra esa avenida, se lo puede apreciar cuando uno se detiene a respetuosa distancia: cuando uno se acerca, cambia su tamaño, pero ninguna de sus cualidades, excepto en los detalles, que en sí mismos también son invariables. Con este tipo de planificación, la ciudad helenística asumió un aspecto romano ya antes de que los romanos hubieran conquistado efectivamente la Magna Grecia. A decir verdad, desde el punto de vista de la forma abstracta se hace difícil distinguir entre la ciudad helenística y la romana: donde la diferencia se manifiesta de verdad es en el contenido social y ornamental, efecto de tradiciones y hábitos anteriores. Como destaca Wycherley, las nuevas ciudades fundadas en Mesopotamia por los monarcas seléucidas —como pudo ser Dura-Europos junto al Éufrates— eran unificadas para la exportación: una especie de *polis* producida en serie.

La vida urbana se había iniciado en Grecia como una animada conversación y degeneró en un rudo *agón* o lucha física. Con una sucesión de conquistadores reales e imperiales, la conservación cesó; como observaría Eurípides, es destino del esclavo «no decir lo que piensa». Con ello la lucha también llegó a su fin. Lo que quedaba del antiguo drama urbano era un mero espectáculo, un espectáculo de variedades representado ante un auditorio pasivo, con sus monstruos profesionales, sus contorsionistas y sus enanos, que usurpaban los lugares que otrora ocuparan los ciudadanos que se respetaban.

Ciertamente, la proporción de espectadores en relación con los actores se alteró bajo un sistema de gobierno más servil; y este cambio radical se expresó en las formas de la ciudad. En la antigua *polis*, cada ciudadano desempeñaba un papel activo; en el nuevo municipio, el ciudadano recibía órdenes y hacía lo que se le indicaba, mientras la activa tarea de gobernar estaba en manos de profesionales tentados por el botín o alquilados por una paga y a

menudo en pos de ambas cosas, como en el caso de los tristemente célebres recaudadores de impuestos y publicanos de Roma. Incluso allí donde los romanos mantuvieron las formas del gobierno propio, estas solo se aplicaban a una oligarquía hereditaria.

De este modo, la ciudad dejó de ser un escenario para un drama significativo en el que cada cual tenía su papel, y cada cual decía lo suyo; pasó a ser, en cambio, un pomposo lugar de exhibición del poderío, y sus calles, como correspondía, solo presentaban fachadas bidimensionales que servían de máscara a un sistema rampante de regimentación y explotación. Lo que se ostentaba como urbanismo en la época helenística no dejaba de estar relacionado con el tipo de pulidas mentiras y de insidiosas perversiones que se presenta con el nombre de relaciones públicas y publicidad en la economía norteamericana de hoy.

Podemos seguir esta elegante petrificación de la ciudad helenística, a través de Mileto y sus comunidades urbanas conexas, hasta las ciudades que cayeron en poder de los diversos Estados centralizados que eventualmente dominaron las regiones del Egeo y el Peloponeso: los absolutismos macedónico, seléucida, pergamínico y ptolomaico. Al seguir esta evolución de la arquitectura y del urbanismo, nos encontramos cara a cara con una de las más enigmáticas contradicciones del desarrollo humano: la tantas veces reiterada falta de armonía, por no decir de duro conflicto, entre el orden estético y el orden moral.

A medida que la vida interior de la ciudad griega se desintegraba, su aspecto exterior ofrecía un grado mucho más elevado de orden formal y coherencia. No cabe duda de que la ciudad helenística era más higiénica, y a menudo más próspera, que la ciudad helénica. Si bien estaba más severamente regimentada, también era, por lo menos para una mirada superficial, más hermosa. Ni la ciudad del siglo VI ni la del siglo V, sino la del siglo III, sería el sueño del urbanista moderno; es decir, no la ciudad de los hombres libres

sino la ciudad del poder insolente y la riqueza ostentosa. Hasta Marcel Poète alabó lo «moderno» del urbanismo helenístico.

¿Es esto una reflexión sobre el arte y la política de la ciudad helénica? En cierta medida, sí, porque muestra una incapacidad parcial para comprender y para orientar acertadamente las fuerzas del desarrollo urbano. No se pueden ocultar las debilidades de la primitiva edificación municipal. Pero tal vez el sueño del urbanista convencional merece aún más ser sometido a un severo examen crítico; pues, con excesiva frecuencia, la envoltura física refinada es la expresión definitiva de un organismo cívico frustrado y debilitado espiritualmente.

Ninguna ciudad del siglo v, ni siquiera la Atenas de Pericles, estaba en condiciones de invertir tanto en obras públicas como estos reinos e imperios rapaces y sumamente organizados que contaban con una base económica mucho más amplia. Aunque estos nuevos Estados dilapidaban vitalidad humana y riqueza económica en las artes de la guerra, a menudo coronaban sus éxitos reuniendo esclavos y acumulando tributos que gastarían con esplendidez en costosas obras públicas de todo género. Con frecuencia las democracias son demasiado mezquinas a la hora de gastar dinero con fines públicos, pues sus ciudadanos sienten que se trata de su propio dinero. Las monarquías y las tiranías pueden ser generosas, ya que con entera libertad meten mano en los bolsillos ajenos.

Esta fácil generosidad quedó señalada por el aumento en la escala, así como en la masa, de los edificios públicos y por el gusto por lo grande en razón de su aspecto imponente, como lo atestigua el Coloso de Rodas, una de las siete maravillas del mundo antiguo, figura esculpida que dominaba el puerto. Lo que pródigamente se invierte en nuestros días en cohetes espaciales se gastaba, tal vez con una recompensa algo más visible, en una arquitectura igualmente monumental y casi igual de exenta de beneficio para los hombres. En uno y otro caso, el poder paranoide aprendió a «racio-

nalizar» la expresión de su irracionalidad mediante su homenaje al arte o a la ciencia.

De modo que la ciudad helenística se convirtió en una galería donde se exhibía el poder de los gobernantes, dinásticos o mercantiles, tanto para amedrentar como para divertir a los súbditos. Quizá para curar la profunda herida causada por la pérdida de libertad política efectiva y de creatividad cultural en la ciudad griega, los nuevos gobernantes proporcionaron belleza, como una suerte de bálsamo o de analgésico, y el conjunto de la ciudad exhibió un donaire que, aunque no alcanzara el nivel de los mejores ejemplos del orden arquitectónico helénico, logró, no obstante, un nivel general al que ni siquiera aspiró nunca Atenas en la época de Pericles. La propia Atenas no fue la que salió menos beneficiada: los reyes de Pérgamo siempre fueron particularmente afectuosos con ella.

Dadas estas oportunidades, los arquitectos y urbanistas de la época helenística sacaron de ellas todo el partido posible. Deliberadamente se ocuparon de conseguir magníficos efectos estéticos, no solo en edificios separados sino también estableciendo una relación más estrecha de los edificios entre sí y de los edificios con el terreno. Con la organización de dilatadas perspectivas ininterrumpidas, la aparente disminución de la altura de las columnas uniformes, a medida que retrocedían a la distancia, daba una atrayente sensación de perspectiva, ordenada matemáticamente. ¿Es casual que este orden estético, que encontramos por primera vez en las avenidas para procesiones hacia el templo en el antiguo Egipto, y que volveremos a encontrar en la Europa del siglo XVII, surgiera conjuntamente con la monarquía absoluta y la supervisión burocrática a gran escala? Los burócratas están habituados, por su profesión, a la monotonía. Los Médicis, el papa Sixto V, Luis XIV y Napoleón III se encuentran con sus equivalentes de la antigüedad en un terreno común. Pero algunos de los

mecanismos del orden y el poder tienen otros usos o propósitos, además de los que originalmente pueden haber determinado su invención: tal es la antigua lección del receptáculo. Y así el orden visible de la ciudad helenística subsistió como un incentivo para el diseño urbano mucho tiempo después de haberse perdido en el olvido los edictos tiránicos y los arbitrarios actos de conquista.

Si la unidad estética urbana, en la escala helenística, fue un logro que el despotismo pudo transmitir, con las necesarias modificaciones, a sistemas más prudentes de gobierno, por otra parte hay que evitar la tradicional hipnosis ejercida por todos los logros griegos sobre generaciones y generaciones de estudiosos, a fin de apreciarla debidamente. Y, para hacerle justicia a este orden, tal vez correspondería recordar que el propio déspota era un instrumento en un movimiento más vasto de civilización: sus deseos arbitrarios, o incluso los de sus agentes burocráticos, no eran los únicos factores determinantes del nuevo plan.

Por los medios más ciegos y chapuceros, encaminándose hacia metas de las que solo los más raros gobernantes, como un Asoka o un Marco Aurelio, llegarían a tener plena conciencia, estos imperios en expansión estaban derribando, en realidad, los embrutecedores provincianismos de las sociedades urbanas tradicionales. Las mismas migraciones de prisioneros, esclavos, refugiados y personas desalojadas ampliaron los vínculos de asociación humana. Mediante ese acto, comunidades que no tenían un vínculo cívico que las entrelazara crearon, para beneficio común, un lazo personal que trascendía la *polis*; y, en el mismo momento del espíritu, una gran parte de lo que antes había sido conocimiento secreto y sagrado fue aprehendido por las empresas seculares de las ciencias, al alcance de todos aquellos que dispusieran de tiempo libre y contaran con la capacidad para cultivarlas. En esta situación anticívica, el espíritu, independizado de responsabilidades políticas, liberado de deberes militares, trabajó con más ener-

gía que nunca en sus tareas privadas; y sutilmente la ciudad reflejó esta reorganización, a través de su uniformidad, de su anonimato y de su orden externo.

El periodo helenístico ha ganado entre los estudiosos de nuestra época muchos admiradores, entre los que se cuentan, en primera fila, los eruditos alemanes que reverencialmente identificaron el carácter implacable de Alejandro y otros señores absolutos con el de sus propios jefes, denigrando como a meros sentimentales a quienes, como Demóstenes, tuvieron la osadía de oponérseles. Cada época tiende a alabar la parte del pasado que le devuelve su propia imagen; y, en ese sentido, la Grecia pergamínica está más próxima a nuestros contemporáneos que la época de Solón. Al igual que nuestro tiempo, aquel periodo fue más rico en ciencias que en sabiduría; pues esa fue la época de Euclides, Arquímedes y Herón de Alejandría, de los matemáticos y físicos cuyos teoremas y experimentos sentaron las bases de la estructura científica y técnica que, en realidad, no se erigió hasta el siglo XVII de nuestra era.

Aparte de esto, fue un periodo de organizadores y clasificadores en todos los dominios del pensamiento: esos espíritus enciclopédicos que se congregaron en la gran Biblioteca de Alejandría. El conocimiento, otrora asimilado principalmente a través de un contacto directo entre maestro y discípulo —Platón, si es auténtica la carta que informa sobre esto, nunca puso sus pensamientos más profundos por escrito—, se exteriorizaba ahora en bibliotecas y museos, casi liberado del orden hierático del templo. Pero tan fuerte era la asociación inicial entre la academia y el templo que cuando Ptolomeo Filadelfo fundó el museo de Alejandría, hizo que formara parte del palacio, sustentado por una contribución del tesoro y lo puso bajo la dirección de un sacerdote designado por el rey.

Sin orden y sistema nadie podría haber utilizado estas vastas acumulaciones de capital económico e intelectual, a menos que

la justicia y el amor hubieran modificado todo el plan de distribución. A falta de una tan radical transformación, la ciudad helenística perfeccionó su vida ocupada y ordenada, pero interiormente llena de angustia y desequilibrio, con sus ramas intelectuales, que proliferaban en todas las direcciones, con sus artes que florecían con muchos y vivos colores... mientras sus más hondas raíces humanas se secaban. En términos cuantitativos, todos estos avances eran enormes y, a decir verdad, también vacilantes. La nueva escala se aplicaba por igual al poder político, a la capacidad intelectual y a la superficial atracción estética, pero enmarcaba una vacuidad social y personal que las meras cifras no podían cubrir.

El monumentalismo fue el atributo estético predominante en la ciudad helenística; y la expansión de este monumentalismo fue, como ha observado con justicia Roland Martin, un *fait du prince*. Este fue el vínculo que unió los esfuerzos urbanísticos de los tiranos del siglo VI con los de los «salvadores» del siglo III, como más de un emperador se autodesignó. Cabría decir, sin demasiada injusticia ni desmedro excesivo, que los nuevos déspotas contribuyeron a mantener su forma peculiar de desfalco público mediante una nueva especie de deslumbramiento estético; o, mejor dicho, que resucitaron una vieja forma, demasiado bien conocida en Egipto, Asiria y Persia. La misma magnitud de sus obras públicas, que daban empleo a clases tan diferentes de mano de obra a gran escala, sirvió tal vez, en cierta medida, para aplacar el descontento popular. Los grandes contratistas y los flacos jornaleros hicieron causa común. La ciudad helenística, con su red sistemática de calles, sus agregados sucesivos de teatros y baños, su mejor provisión de agua, que a menudo se llevaba por tuberías desde las montañas, elevó el nivel físico general de la población.

No era esto poca ventaja, y sería una tontería desdeñar su importancia. Tampoco faltaron las innovaciones en materia de planificación, aparte de las que se introdujeron para facilitar la

circulación del tráfico desde el puerto hasta los almacenes y que extendieron el alfombrado púrpura del poder. Para compensar por la extensión de la ciudad, que hacía cada vez menos accesible el campo circundante, se plantaron árboles dentro de la zona edificada; e incluso se utilizaron macetas con plantas como forma de decoración callejera. Dicha moda continúa hoy en muchas ciudades de Europa. Lo que hoy denominamos «mobiliario urbano», aunque no fuera por completo invención de la ciudad helenística, en cualquier caso fue en ella objeto de una atención asidua.

Hubo, además, una constante acumulación de templos, altares, fuentes y ofrendas votivas, asociadas tanto con los vivos como con los muertos: en todas partes estos monumentos sirvieron como depositarios del recuerdo y de los sentimientos, recordando actos benéficos, victorias o la momentánea presencia de la grandeza; de modo tal que los posteriores viajes de Pausanias por Grecia no son tanto una guía de los edificios como una *Busca del tiempo perdido*. Esto resultaba doblemente valioso en una cultura que, para una parte nada desdeñable de la población, estaba muy distante de los libros. La definición de Victor Hugo según el cual la catedral es el libro de piedra de la humanidad se aplicaría mejor aún a la ciudad antigua.

El lazo con nuestro tiempo procede menos de estos detalles que de la perspectiva de culturas centradas en el poder. El mayor espacio abierto creado por el ágora más grande y por las calles más anchas y largas le dio a la ciudad helenística una apariencia «moderna». La calle Canópica de Alejandría, fundada en el año 331 a. C., tenía un ancho más de cinco veces mayor que el de la calzada corriente y un largo de seis kilómetros y medio. Con esta innovación, todas las ciudades podían jactarse, al menos en sus barrios más recientes, de una *plataea* o calle ancha.

No hay duda de que la ciudad helenística desempeñó sus funciones comerciales con más eficacia, o por lo menos más sis-

temáticamente, que la ciudad helénica: era, sobre todo, un «emporio». Pero tal vez su función magna fue la de servir como arena para espectáculos de masa, es decir, como recipiente para espectadores. Este énfasis puesto en el espectador, este tratamiento de la vida misma como un espectáculo, constituyó una debilidad crónica de la noción de cultura en la vieja clase ociosa, como si fuera algo incompatible con el trabajo y que pudiera corromperse por la acción. No se trata aquí de una mera aberración de una posterior cultura decadente, puesto que ya había sido enunciada la idea en el apogeo de la sociedad griega, antes de Platón. ¿Acaso Pitágoras no había comparado la vida misma con los Grandes Juegos, adonde «unos acuden para competir; otros, por el comercio, pero los mejores, como espectadores»? En la ciudad helenística el papel de espectador era el más elevado, en él se unían ahora ricos y pobres, nobles y plebeyos.

Considérese la clase de «arena» urbana que fue necesaria para la coronación de Ptolomeo Filadelfo, monarca de tipo bastante frecuente de este periodo en sus mejores momentos. Para montar ese espectáculo fueron necesarios cincuenta y siete mil soldados de infantería, veintitres mil de caballería, innumerables carros de guerra, cuatrocientos de los cuales llevaban vasijas de plata y ochocientos estaban llenos de perfumes; una gigantesca carroza de Sileno, arrastrada por trescientos hombres, era seguida por carrozas arrastradas por antílopes, búfalos, avestruces y cebras. ¿Qué circo más reciente puede compararse con este prototipo? Semejante desfile no podría haber pasado por las calles de la Atenas del siglo v aunque sus integrantes rompieran filas.

A decir verdad, posiblemente esta procesión ocupaba más espacio para tráfico que el que hubiera usado la población entera de Atenas unos cuantos siglos antes. Hacía falta todo el largo y el ancho de las avenidas más amplias como marco para este despliegue de poder, e incluso debió de hacer falta una gran franja de te-

rreno, fuera de las murallas de la ciudad, para poner en semejante ejército el debido orden. Hay que entender los contornos principales de la ciudad helenística en términos de estas procesiones y desfiles públicos, presentados en diversas formas y repetidos a menudo, y no como respuesta ante necesidades prácticas. Lo que buscaban tanto el gobernante como el urbanista era un tamaño que impresionara.

Una vez establecido este orden en la gran ciudad, los centros más pequeños lo imitarían. Sabemos hasta qué punto era general la norma gracias a una población pequeña como Priene, nada notable y en realidad vulgar, sacada irónicamente de su natural oscuridad por ser accesible a la pala del arqueólogo. Su misma pequeñez y su misma falta de importancia histórica hacen de Priene un ejemplar mucho más completo. Su fundación a medio camino entre las ciudades jónicas y las pergamínicas exhibe todos los elementos comunes, excepto la magnitud y la extensión.

No cabe duda de que la estructura física de la ciudad helenística mejoró a medida que aumentaban los medios tecnológicos: la hazaña acometida por Arquímedes al destruir las naves del enemigo mediante el uso del sol y de un espejo para dar fuego a sus velas puede servir como un símbolo del género de actividades ingeniosas que empezaron a apoderarse de esta cultura clásica agonizante, en tanto que ella repetía, sin cesar, los viejos mitos y reproducía los antiguos movimientos, cada vez más inútiles, durante el plazo de todo un milenio.

Porque en cuanto a la vacuidad y la trivialidad de su vida caben pocas dudas. La antigua *polis* estaba muerta. Miedos de pesadilla y augurios supersticiosos anonadaban a los hombres en el momento mismo en que las ciencias se hacían más rigurosas en su método, y cuando partes cada vez mayores del mundo físico parecían estar «bajo control». Hemos visto resurgir las mismas sombrías fantasías, en condiciones análogas, en nuestros días.

3. Bajo la superficie urbana

La forma exterior de la ciudad helenística no dejaba aparecer, en realidad, ni un indicio de lo que ocurría bajo la superficie de su vida. Pues una contracorriente del espíritu, desafiando todos los supuestos del poder civilizado, estaba cogiendo ímpetu por lo menos desde el siglo VI. Este movimiento surgió en las clases que la antigua *polis* había excluido de la ciudadanía, es decir, entre las mujeres, los esclavos y los extranjeros, por no hablar de los ciudadanos desafectos y marginados. A medida que la vida común de la *polis*, aparte de los espectáculos, se hacía más vacua —y tal vez el «espectáculo» era en sí mismo la más vacua de todas las manifestaciones—, una nueva vida surgió, privada, oculta, en círculos, sociedades de amigos, agrupaciones de entierros y fraternidades; pero, sobre todo, en aquellas congregaciones secretas que se reunían para rendir culto a Baco, dios del trigo y de la vid, y a Orfeo, dios de la lira, o incluso más tarde a la más antigua diosa frigia del sexo y la fertilidad, la propia Gran Madre, una reliquia de los tiempos del matriarcado. La mayor parte de estos círculos, según W. W. Tarn, eran pequeños y ya un número de cien miembros resultaba poco común; por lo regular se congregaban en torno de un pequeño templo y, aparentemente, a menudo, a partir del año 200 a. C., eran asociaciones familiares, destinadas a perpetuar la memoria de la familia. Con la *polis* en disolución, estos círculos formaron, por así decir, una *polis* privada que satisfacía las necesidades de extranjeros excluidos y a veces hasta de esclavos.

No eran para estos nuevos cultos los antiguos santuarios y templos con sus rituales a la luz del día y sus sacrificios sangrientos. Las religiones mistéricas, en un principio exentas de local, sin lugar a dudas, cuyos adeptos se reunían muy lejos de la ciudad,

en las laderas boscosas de las montañas, finalmente dieron nacimiento a una nueva forma urbana, un sala cerrada, cuya oscuridad correspondía a la oscuridad del submundo de donde Baco renacía y donde Orfeo buscaba a Eurídice. Ya no se trataba de un templo, mantenido por sacerdotes, sino de una casa de reunión (sinagoga), edificada para dar cabida a una congregación. Los que estaban purificados y creían en el nuevo dios eran iniciados en los misterios y se salvaban; en otras palabras, formaban una nueva *polis*, más universal que todos los imperios, pero una *polis* que no era «de este mundo». Por muy dura que fuera la opresión ejercida por la vida sobre los creyentes, estos contaban con la promesa de una vida más allá de la sepultura, una vida real y no como la de las plúmbeas sombras en los dominios de Plutón.

De este modo, al parecer, se evadieron los participantes en los misterios de las limitaciones de la antigua *polis*: cada uno de ellos se encontraba convertido en miembro de una sociedad más vasta que no reconocía fronteras temporales ni geográficas. Una sabiduría política de la que carecían los miembros más sabios de la ciudad antigua, una sabiduría desconocida para Tucídides o Aristóteles, para Sócrates o Platón, se constituyó en credo activo de cultos mistéricos. Las clases y los grupos que habían sido rechazados por la *polis* pasaron a ser los miembros principales de la Gran Sociedad. Pero, aparte de sus lugares formales de reunión, como el gran Telesterion, o «sala de los misterios», en Eleusis, hogar de uno de los nuevos cultos, la nueva *polis* solo existía en la mente. Quienes buscaban la salvación renunciaban a la ciudad terrenal: dejaban tras de sí el cuerpo fugaz y corrupto de la *polis*, yendo únicamente en pos de esos momentos de éxtasis o iluminación que podrían compensar toda una vida de frustraciones.

A partir del siglo VI a. C., este nuevo espíritu comenzó a manifestarse por todas partes, a través de nuevas religiones y nuevas filosofías, y por igual en China, la India, Persia, Oriente Próximo

y Occidente. Cualesquiera fueran sus acentos individuales, estas ideologías axiales revelaban un profundo desencanto ante las premisas fundamentales de la civilización: su excesiva insistencia en el poder y los bienes materiales; su aceptación de la jerarquía, el rango y la división profesional como categorías eternas; y, juntamente con esto, la injusticia, el odio, la hostilidad, la perpetua violencia y la fuerza destructora de sus instituciones clasistas predominantes.

Pero aquellos que buscaban invertir las polaridades de la vida civilizada no podían hacerlo y permanecer al mismo tiempo en el seno de la ciudad que había contenido inicialmente y acrecentado el potencial de todo este poder destructivo. Para alcanzar una nueva vida, los que tienen la nueva visión deben desertar de la ciudad: deben establecerse en el interior rural, en el bosque solitario o en la caverna de la ladera, o, por lo menos, en los suburbios de la ciudad, en gimnasios o en colonias con jardines, en pequeños grupos de unas docenas o de unos centenares, apenas lo justo para constituir una aldea. Testimonios de esto son Pitágoras y Epicuro, al igual que los seguidores de Laozi y de Buda, el maestro de la rectitud. Si ingresan en la ciudad, deben formar una sociedad secreta y actuar clandestinamente, a fin de sobrevivir.

Sostengo, por mi parte, que el movimiento que llevó a la creación de estas nuevas religiones y cultos debe interpretarse como una rebelión profunda contra la misma civilización; contra su afán de poder y de riqueza, contra su expansión y su hartazgo materialistas, contra su degradación de la vida sometida a la servidumbre del cuerpo, contra su destrucción de la espontaneidad por una rutina vacía y contra la injusta apropiación de los más altos bienes de la vida por una minoría dominante.

Todo esto comenzó mucho antes del siglo VI a. C., pues la vacuidad de la civilización que no tiene otras metas que su propia existencia se había hecho visible, como he señalado, ya mucho an-

tes: vanidad de vanidades, todo es vanidad bajo el sol. El espíritu que se expresaba en las nuevas religiones ya se había manifestado antes en la tableta asiria sobre Utnapishtim, el *alter ego* de Noé:

> Renuncia a las posesiones, y busca la vida;
> abjura de los bienes [mundanos] y mantén viva el alma.

Como las nuevas fraternidades y los nuevos grupos religiosos no participaban en la ciudad y no podían conservar su hacienda o la ciudad con seguridad, se vieron movidos, como compensación, a hacer del alma su principal objeto y a conservar de la ciudad solo aquello que pudiera servir para su culto. La *polis*, reducida ahora a una iglesia, podría por fin, con la gran dispersión de emigrantes, refugiados y colonos, expandirse más allá de las murallas de la ciudad.

Lo cierto es que hubieron de pasar muchos siglos hasta que las nuevas religiones fueron capaces de superar su alejamiento original de la ciudad y todas sus obras. Y un lapso aún más largo tiene que transcurrir todavía antes de que intenten superar, incluso en la teoría, el dualismo entre cuerpo y espíritu, entre la ciudad terrenal y la celestial, que yace en el fondo de esta alienación, al igual que de este sistema especial de salvación.

Así, antes de que las religiones proféticas y los misterios dejen su impronta sobre la ciudad, la escena cambia. Roma conquista a los conquistadores helénicos y somete a las ciudades libres o semilibres del Mediterráneo y el Egeo que aún subsisten. En el mundo romano, los principios del urbanismo helenístico se extendieron y combinaron con otros elementos urbanos derivados de municipios más remotos de África y Asia. La cultura muscular y cerebral de los griegos cedió ante la cultura macizamente visceral de los romanos: la frugal dieta ática fue remplazada por festines diarios a escala colosal. Lo que les faltaba casi completamente en sus ciudades a los griegos orales, incluso en los mejo-

res días helénicos, fue adquirido por los romanos anales con una abundancia asfixiante. Lo que los griegos tenían inicialmente en abundancia, los dones de la improvisación y de la creatividad espontánea, cualidades tan visibles en las pequeñas dimensiones de un epigrama o una lápida como en una epopeya o un templo, los estreñidos romanos no pudieron mostrarlo en realidad, al menos tras la muerte de la República, excepto mediante la imitación y la pompa vulgares.

CAPÍTULO VIII

De Megalópolis a Necrópolis

1. El legado extranjero de Roma

Cuando se piensa en la antigua ciudad de Roma, se piensa al punto en el Imperio: Roma con sus símbolos de poder visible, sus acueductos y sus viaductos así como sus caminos que cortan valles y colinas sin desviarse, que saltan por encima de ríos y pantanos, que avanzan en formación cerrada como una legión romana victoriosa. A esta Roma la conservaba unida una organización administrativa más bien difusa que utilizaba una anotación aritmética demasiado tosca para llevar una contabilidad eficaz pero que, en parte, compensaba su falta de destreza matemática abstracta con su capacidad para manipular objetos sólidos y su aptitud más generalizada para la unificación y ordenamiento de grandes masas. Por encima de todo, los romanos tenían un respeto empírico por todo orden establecido, aunque contradijera el suyo: rasgo este que también le sirvió a otra raza de constructores de imperios: los británicos.

El Imperio Romano, producto de un solo centro energético urbano en expansión, fue, por su parte, una vasta empresa de construcción de ciudades: dejó la huella de Roma en todas partes, en Europa, en el África septentrional y el Asia Menor, modificando el modo de vida en antiguas ciudades y estableciendo su tipo particular de orden, a partir de cero, en cientos de nuevas fundaciones, ciudades «coloniales», ciudades «libres», ciudades sometidas al derecho municipal romano y ciudades tributarias: cada una

de las cuales con un estatuto distinto, si no una forma diferente. En una relación general del Estado romano, en el periodo que precedió inmediatamente a su ruina, el autor lo consideraba integrado por cuerpos cívicos separados cuyo número llegaba a 5.627. Incluso después del saqueo de la ciudad de Roma, en el siglo v, el poeta Rutilio Namaciano podía decir, con admiración intacta: «Una ciudad hiciste de la dilatada tierra».

Bien merecía Roma este homenaje. Pues, en la culminación de su poder protector, no serían restauradas las antiguas murallas ni se las pasaría por alto al proseguir la construcción de las ciudades, en tanto que las nuevas ciudades se construían sin murallas. Durante el Imperio, quizá por primera vez desde la fundación de las ciudades, la humanidad occidental pudo atisbar fugazmente cómo sería más o menos vivir en un mundo completamente abierto, donde el derecho y el orden imperaban por doquier, y donde la ciudadanía, en todos los sentidos, constituía la herencia humana común.

El mismo método y la misma disciplina que inicialmente dieron su poderío a Roma introdujeron en sus municipios constituyentes igual principio de orden. A decir verdad, las virtudes romanas eran más notorias en las ciudades coloniales recién fundadas que en la vieja capital, pues el orden que Roma destilaba para el consumo lejano y que vertía en botellas nuevas se hallaba mezclado, en el viejo recipiente, con heces y sobras que nunca se habían extraído.

Las piedras basales de la ciudad romana procedían principalmente de las canteras de otras dos culturas, a saber; la etrusca y la helénica. De los etruscos, ese pueblo todavía enigmático que civilizó el norte de Italia, procederían los elementos religiosos y supersticiosos del desarrollo urbano de Roma. La acrópolis de la ciudad etrusca siempre estaba situada, al igual que en el Egeo, sobre una colina: allí era donde se hacían los augurios sagrados, previos a la

fundación de una ciudad. Según Varrón, los romanos ejecutaban ritos etruscos al fundar nuevas ciudades: no solo empezaban por un augurio, para estar seguros del favor de los dioses, sino que el trazado del contorno de la ciudad lo realizaba un sacerdote, quien guiaba el arado.

A diferencia de la ciudad griega, en la que la muralla era a menudo una idea tardía, la ciudad romana comenzaba por una muralla; y la ciudad, en parte por motivos religiosos y en parte por motivos utilitarios, adoptaba una forma de rectángulo, estableciéndose así el trazado modelo del campamento provisional que el legionario romano aplicaría más tarde. Es posible que de esta determinación religiosa de la ciudad surgiera otro rasgo, el *pomerıun*, cinturón sagrado por dentro y por fuera de la muralla, donde no podían erigirse edificios. La ventaja militar que esta norma representaría para los defensores de la ciudad puede haber agregado una fuerza complementaria a la sanción religiosa.

Este trazado rectangular formaba parte de una tradición mucho más antigua que había arraigado en la Italia septentrional y que bien puede datar de los comienzos del Neolítico. Las aldeas lacustres del valle del Po estaban proyectadas del mismo modo que el *castrum* romano lo estaría más tarde, aunque solo fuera porque los troncos de árboles y los postes, siendo largos y rectos, se prestan para una estricta disposición rectangular, y a decir verdad prácticamente la exigen. Pero, aparte de la naturaleza del paisaje, es dudoso que haya alguna vinculación directa entre las instalaciones en *terremare* y las poblaciones romanas. En realidad, la representación de una aldea rodeada por una empalizada de troncos, en la columna de Trajano, podría sugerir que la ciudad romana tuvo otras fuentes, que todavía se recordaban o eran visibles. Sin embargo, el talento de los romanos para la ingeniería parece estar directamente en deuda con los etruscos, si bien el campesino italiano, hombre siempre ducho con el pico y la azada,

ha hecho suya esta tradición en todas partes. Pero, aparte de su contorno sagrado, la ciudad romana estaba orientada de modo tal que armonizara con el orden cósmico. El rasgo típico que la diferencia de las ciudades helenísticas con un mismo carácter general es el trazado de sus dos calles principales, el *cardo*, que corre de norte a sur, y el *decumano*, que va de este a oeste.

Este tipo axial de población, con sus dos calles principales que se cortan en ángulo recto cerca del centro, es una forma antigua: de ella encuentra Badawy los ejemplos más remotos registrados en las fortalezas construidas en las islas rocosas o las riberas del Nilo durante la Dinastía XII. La fortaleza, el campamento y la ciudad tienen una base común en la regimentación militar.

Las calles principales estaban trazadas de modo tal que se cruzaran en el medio de la ciudad; allí se cavaba una base para las reliquias sagradas y también ese era el lugar habitual —o por lo menos el ideal— para el foro, equivalente romano de la acrópolis y del ágora a un mismo tiempo. Aunque el principio de orientación tenía un origen religioso, podían modificarlo la topografía y los accidentes de un uso anterior, factores que asimismo podían modificar el trazado en parrilla, que acompañaba a este principio de orientación, cuya existencia se prolongó, como si fuera un fósil de una cultura anterior, largo tiempo después de haber perdido casi toda su significación cósmica. Ya en tiempos de Vitruvio, las consideraciones de higiene y comodidad alteraron aún más el trazado de la ciudad romana, y así este autor llegaría a sugerir que las calles secundarias o callejuelas estuvieran orientadas de modo que bloquearan los desagradables vientos fríos y los vientos calientes e «infecciosos» pero, como había ocurrido con tanta frecuencia, la práctica religiosa llamó la atención sobre el mismo principio de orientación.

De la ciudad helenística, la romana recibió una pauta de orden estético que descansaba sobre una base práctica; y a cada una

de las grandes instituciones del urbanismo milesio —el ágora formalmente cercada, con sus estructuras continuas, la calle ancha e ininterrumpida, a cuyos lados se alineaban edificios, y el teatro— los romanos le dieron un giro propio y característico, superando al original en ornamentación y magnificencia. Los lugares donde se encontraron estas dos corrientes de influencia fueron las ciudades africanas y sirias, a menudo muy desarrolladas como ciudades manufactureras especializadas y como centros comerciales, o centros militares de colonización, fundados para que actuaran como avanzadas del Imperio, permanentemente provistos de legionarios a quienes podía llamarse nuevamente a las filas.

Estas poblaciones militares servían también como centros urbanos de reposo a donde podían retirarse los veteranos de las guerras de conquista de Roma para dedicarse a los negocios o para disfrutar en sus años de descanso de los resultados de la conquista y el pillaje.

Timgad, que ha sido exhumada en tiempos recientes, constituye un ejemplo del arte romano para la planificación en toda la gracia de sus últimos días. Siendo una pequeña población, como Priene, proyectada y construida dentro de un periodo limitado, tiene la misma sencillez diagramática, exenta de los desplazamientos ulteriores y las renovaciones que suelen mostrar las ciudades más bulliciosas, sometidas a las presiones del crecimiento. El trazado regular en damero, dentro de un límite rectangular, los paseos con galerías, el foro, el teatro, la arena, los baños y los lavabos públicos (demasiado costosos y demasiado adornados) eran elementos de rigor. Todos ellos pueden encontrarse en Timgad. Formas similares se repiten de un extremo al otro del Imperio: desde Chester, en la parte occidental de Inglaterra, que aún tiene una calle comercial «romana», elevada y cubierta, hasta Antioquía y Éfeso en el Asia Menor. Los nuevos mercados en Coventry y Harlow, con sus hileras superiores de tiendas y oficinas, son, no

menos que la galería de tiendas construida a comienzos del siglo XIX en Providence, Rhode Island, tan solo una recuperación del admirable plan multinivel romano.

Si se exceptúa el esmero de los baños públicos y el tamaño exagerado del circo (que incluso en una ciudad pequeña podía dar cabida a veinte mil personas), ninguna de estas instalaciones era nueva. Lo que hizo Roma fue universalizarlas, estableciéndolas, según diríamos hoy con términos más o menos romanos, como «equipamiento estándar». Pero, como en la descripción que Tomás Moro hace de las ciudades de Utopía, quien conoce una de sus poblaciones, las conoce todas. Roma fue la gran máquina de hacer salchichas que convirtió a las demás culturas, con toda su diversidad de forma y contenido, en eslabones uniformes. Cuando los romanos dejaban cierto grado de libertad municipal no lo hacían para fomentar la variedad sino para mantener la desconfianza y los celos de antaño entre ciudades vecinas, para asegurarse, mediante la división incesante, el dominio indiviso de Roma.

Aquí también, como tan a menudo sucede cuando se trata del desarrollo de la ciudad, hay que hacer una distinción entre el recipiente y el contenido. En las ciudades romanas, sobre todo en la propia Roma, como veremos luego, el contenido era a menudo repugnante, a veces una verdadera letrina de degradación e iniquidad humana. Pero, en términos estéticos, el recipiente solía ser una maravilla de dignidad formal y de compostura magistral. En el transcurso de los siglos III y II a. C., Roma dejó sus huellas características en una serie de nuevas poblaciones para emigrantes romanos y regionales. Aparte de las doce ciudades iniciales de Toscana y de las treinta ciudades del Lacio, el Estado romano había sembrado, para los días de Augusto, unas trescientas cincuenta ciudades más en la Italia peninsular y otras ochenta en la Italia septentrional.

Estas poblaciones estaban cortadas con el mismo patrón, eran de escala modesta y de trazado sencillo: casi exactamente lo opuesto de la ciudad madre que se desparramaba en desorden. El arquitecto romano Higino consideraba que «la ciudad [...] ideal debería tener setecientos por quinientos metros, ya que toda longitud mayor podría poner en peligro la defensa de accesos discretos a lo largo de sus murallas». Tanto Turín como Aosta cumplían estos requisitos, la primera casi exactamente; si bien las superficies variaban, de hecho, entre las cinco hectáreas correspondientes a Basilea, y las veinte hectáreas, aproximadamente, de Estrasburgo y Orleans, hasta llegar a las ciento treinta y seis de Londres, las doscientas de Autun y las doscientas setenta y tres de Nimes. Si bien Vitruvio votó por una muralla circular que hiciera más fácil la defensa, esa prescripción se oponía demasiado tajantemente a los precedentes y al hábito para que fuera aceptada.

Hasta ahora no se ha prestado la suficiente atención a las nuevas poblaciones que se construyeron en los primeros días del Imperio como puestos avanzados en las tierras conquistadas. Por extraño que resulte, incluso quienes han apreciado sus méritos como ejemplos de urbanismo bien ordenado han hecho caso omiso de su multiplicación sistemática. No obstante, la misma escala de su construcción implica la existencia de lo que, echando mano del actual precedente inglés, cabe llamar una política gubernamental de «Nuevas Ciudades». Acaso porque Roma quería proclamar aún su singularidad y su predominio, no hizo ningún esfuerzo por establecer una segunda Roma, hasta que se designó a Bizancio como capital oriental, y todo el centro de gravedad del Estado romano se desplazó hacia las provincias orientales. Pero el objetivo de estas fundaciones coloniales seguía siendo de carácter práctico: Cicerón llamó a Narbona, en la Galia meridional (aproximadamente 118 años a. C.), «colonia de ciudadanos romanos, atalaya del pueblo de Roma, baluarte contra las tribus salvajes de la Galia».

Todas las nuevas ciudades parecen haber sido proyectadas para una población limitada, de unos cincuenta mil habitantes. Ese debió de ser el límite conveniente de población. Plecentia (Piacenza) y Cremona fueron establecidas en el mismo año, con seis mil familias cada una de ellas. Esta cifra abarcaría, incluidos los esclavos, más o menos a la población habitual; lo cual, dicho sea de paso, implicaba una proeza nada desdeñable en materia de edificación y emigración organizada. Incluso el floreciente puerto de Ostia no pasaba probablemente de los cincuenta mil habitantes, y el cálculo más elevado para Ostia no pasaría del doble de esa cifra. Es probable que Bolonia tuviera menos habitantes en tiempo de los romanos que en la Edad Media. Así, aunque el Imperio podía exhibir muchas ciudades históricas que se habían hinchado, debido a las manufacturas y al comercio exterior, alcanzando un tamaño mayor, las nuevas fundaciones seguían siendo de modestas dimensiones. A decir verdad, gran número de ciudades nuevas no llegaron nunca a los cincuenta mil habitantes; y la población total de todas ellas juntas no alcanzaba quizás los diecisiete millones y medio. Si no hubiera existido una política deliberada de vasta dispersión, en subordinación a Roma, esa población podría haber formado una docena de Romas. Pero obsérvese lo siguiente: en el preciso momento en que Roma se aproximaba a los límites superiores de congestión y desorganización se detuvo la práctica de la dispersión urbana local seguida por la República. El establecimiento de colonias en la misma Italia casi cesó después del año 68 de la era cristiana.

Haber establecido estas nuevas ciudades constituyó un logro social más valioso que todos los beneficios que Roma se confirió a través de sus rapaces monopolios. Las nuevas ciudades compensarían sus modestas dimensiones con calidad, e incidentalmente con autosuficiencia, pues en tiempos normales, en la Galia o Aquitania, estas ciudades podían sacar la mayor parte de sus ali-

mentos de la región circundante: y así mantendrían el equilibrio entre la ciudad y el campo que rompían otras poblaciones más grandes, en razón de su propio crecimiento. En muchas regiones, la colonización fue acompañada por un orden similar de planificación del paisaje, trazado de caminos y división de los campos en largas parcelas rectangulares que aún hoy son visibles desde el aire y a las que se respeta en el uso diario. Este sistema de «centuriación» caracteriza a grandes partes de las tierras bajas de Italia, de Dalmacia y África.

Sin lugar a dudas, por más que carezcamos de pruebas activas, el espíritu previsor y una política consciente no debieron de faltar en la fundación de nuevas ciudades romanas. Todas las instituciones y todas las artes de que Roma se jactaba estaban a mano en estos lugares: hasta los sangrientos rituales del circo eran facilitados por filántropos locales, quienes buscaban ganarse así un monumento público por su generosidad y su riqueza. Cuanto era deseable en la vida urbana estaba allí presente, excepto la inmensidad de Roma, su variedad, su concentración en unos cuantos kilómetros cuadrados de los recursos de un imperio entero, desde el Nilo hasta el mar del Norte.

Para el romano de las clases altas, las ciudades de provincia no existían, al parecer: el prestigio de Roma las tenía atrapadas, del mismo modo que Londres y París atrapan hoy a los grupos similares. Para vivir bien, había que estar en Roma o, cuando la residencia en ella se volvía momentáneamente insoportable, debido a la peste o a las fatigas de la temporada social, debía cambiar Roma por una villa en el campo. Pero, ciertamente, este romano no se sentía movido a acogerse a los hábitos menos exigentes y a los beneficios menos contradictorios de las pequeñas ciudades de provincia. ¿No se descubre, quizás, en el silencio de los autores latinos con respecto a las ciudades nuevas —en tantos aspectos más habitables y más humanamente deseables que Roma— algo

de ese esnobismo de moda que se encuentra en círculos similares de Inglaterra con respecto a las Nuevas Ciudades que actualmente salpican el paisaje alrededor de Londres? Hubieran preferido estar muertos en Roma antes que vivos en Turín o Pavía. (¡Léase Harlow o Crawley!).

Pero, en la literatura de los siglos v y vi de la era cristiana puede leerse una historia diferente. A esa altura de los tiempos, las toscas ciudades nuevas se habían pulido y cada una de ellas adquirió un carácter propio, ese carácter que solo surge con sucesivas generaciones y los sedimentos sutilmente matizados que dejan los acontecimientos históricos. A partir de sus limitaciones aceptadas, habían creado la floreciente vida provincial de la que puede captarse más de un feliz reflejo en los poemas contemporáneos de un Ausonio de Burdeos. Esas ciudades mantuvieron vivo lo que era precioso en la vieja cultura de la *polis*, del mismo modo que ciertas ciudades, como Aix-en-Provence, mantienen vivas hasta hoy cualidades galas, todavía alentadas en el siglo xviii, que han sido encerradas en vitrinas en los museos de París pero que ya no son visibles en sus avenidas congestionadas.

Mas Roma nunca tuvo la imaginación necesaria para aplicar los principios de limitación, moderación, distribución ordenada y equilibrio a su propia existencia urbana e imperial; y por desgracia fracasó en crear las bases de una economía estable y un sistema político equitativo, en que todos los grupos hubieran estado efectivamente representados y que hubiera hecho posible una vida mejor para la gran ciudad. Sus mejores esfuerzos por establecer una comunidad universal solo consiguieron dejar un equilibrio de privilegios y corrupciones.

Aún hoy se puede reconocer la huella de Roma en toda una serie de ciudades de Italia y otros países: Nápoles, Bolonia, Parma, Piacenza y Ostia figuraron entre las primeras fundaciones de la República, en tanto que, en el siglo i de nuestra era, Como,

Pavía, Verona y Florencia las siguieron. Todas estas ciudades fueron proyectadas como unidades, con manzanas de unos setenta y cinco metros cuadrados, y con sus espacios abiertos y sus edificios públicos debidamente ubicados, al comienzo, en relación con las principales arterias. Aunque la propia Roma, con sus siete colinas, fue una «ciudad de acrópolis», formada por la unión de sus propias aldeas, cada una de ellas habitada originalmente por una tribu diferente, resulta notable que en las nuevas ciudades, incluso cuando se tenía relativamente a mano una colina al otro lado del río, como en el caso de Turín, la ciudad se establecía en terreno llano junto a la orilla, en pos de la libertad de circulación y de un trazado más regular.

Las *piazzas*, los campos y las arcadas de la posterior ciudad italiana son una consecuencia directa del urbanismo romano; y si bien las plazas de mercado medievales diferían funcional y arquitectónicamente del foro romano, sería absurdo considerarlas como una innovación absolutamente independiente. Los espacios abiertos de la ciudad no asumieron, en realidad, una forma radicalmente nueva hasta el siglo XVII.

Teniendo en consideración la destreza de Roma para la construcción de carreteras, uno vuelve la vista hacia las nuevas ciudades para ver si dicha habilidad produjo alguna modificación en el plano milesio corriente: tanto más cuando se considera que las congestiones de tráfico fueron objeto de reglamentaciones municipales, comenzando en Roma en el siglo I a. C. y luego en las provincias. Se podría pensar que la experiencia habría sugerido la necesidad de una neta diferenciación entre las avenidas principales y las calles secundarias; o incluso que los ingenieros romanos, conscientes de la congestión del tráfico en Roma, que se estaba contagiando a las ciudades de provincia, se habrían adelantado a las propuestas de Leonardo de Vinci para separar las vías de tráfico rodado y las calzadas para peatones, poniéndolas a otro

nivel. Pero en la medida de lo que ha podido descubrirse hasta el presente, se mantuvo con fidelidad el precedente griego: el *cardo* y el *decumano*, unidos a las carreteras de provincia, llevaban el tránsito principal a un punto de encuentro en el centro de la ciudad, en vez de tocar la red callejera en una tangente en las afueras o, por lo menos, de formar un gran cuadrado vacío, exento de tráfico, cerca del centro y a un lado de la avenida. Así, el anticuado cruce en el centro producía un máximo de congestión innecesaria. Y aunque la ciudad podía estar dividida en *vici* —vecindarios o barrios, con sus propios centros y mercados secundarios—, no había nada en la red callejera que sirviera para identificar esta unidad o para hacer más coherente su vida.

En lo que se refiere a ciertas innovaciones del urbanismo romano, no se encuentran ejemplos de ellas en la metrópolis sin plan ni en las bien planeadas ciudades nuevas; en cambio, hay que volverse hacia ciudades más remotas de Siria y Asia Menor, algunas de las cuales, en los últimos días del Imperio, rivalizaron con la misma Roma en población y complejidad social. Lo que sucedió en Palmira, Gerasa y Filipópolis, o bien en Antioquía y Éfeso, probablemente tuvo poco o ningún efecto sobre el curso ulterior del urbanismo en la Europa occidental. Pese a lo cual, algunos de los rasgos visibles en estas ciudades, en fecha tardía, merecen ser consignados aquí, aunque solo sea porque anticiparon el espíritu y la forma de la ciudad «moderna» —esto es, de la ciudad comercial y burocrática— aún más claramente que los ejemplos helenísticos que impresionaron a Poète.

En primer término, la gran vía comercial, que se extendía indefinidamente hacia el horizonte, con su longitud acentuada a menudo por columnatas, era un rasgo típico de estas ciudades. Aparentemente por primera vez, este tipo de calle pasa a ocupar el lugar del mercado abierto concentrado, si bien la avenida principal, como ocurre en Palmira, puede dilatarse en una plaza cir-

cular. Estas avenidas comerciales existían en Damasco —«la calle Recta», a la que se hace referencia en los Hechos de los Apóstoles— y en Jerusalén; e incluso pueden remontarse hasta la «calle ancha», a la que algunas veces se llama *boulevard* en las traducciones inglesas de textos sumerios. Su extensión estaba a menudo interrumpida, visualmente, por arcos de cuatro direcciones en los puntos de intersección de las principales calles. En lo que atañe a Antioquía —según Libanio, en su oración sobre Antioquía que data más o menos del año 360 de nuestra era—, dicha ciudad tenía veinticinco kilómetros de calles con columnatas, con la misma especie de mezcla de edificios privados y públicos que en la actualidad se encuentra en Piccadilly o en la Quinta Avenida. Libanio era consciente del valor de estas vías públicas, pues hace explícitamente la apología de ellas cuando dice:

«A medida que se las recorre se encuentra una sucesión de casas privadas y edificios públicos distribuidos entre ellas a intervalos: aquí un templo, allá un establecimiento de baños, a distancias tales que resultan accesibles para cada barrio y en todos los casos la entrada está en la columnata. ¿Qué significa eso y cuál es el propósito de esta dilatada descripción? Bueno, a mi parecer, el aspecto de la vida humana más placentero y, sí, más provechoso es la sociedad y el contacto humano; y que, por Zeus, es realmente una ciudad donde estos se encuentran con más abundancia. Bueno es hablar y mejor es escuchar, y lo mejor de todo es aconsejar, simpatizar con las experiencias de los amigos, compartir sus alegrías y sus pesares y recibir el afecto de ellos. Estos e incontables beneficios más proceden de la reunión de un hombre con sus congéneres. En otras ciudades que no tienen columnatas ante sus casas, la gente se mantiene apartada a raíz del mal tiempo; teóricamente, viven en la misma ciudad, pero en realidad están tan distantes los unos de los otros como si vivieran en ciudades diferentes [...]. En tanto que las gentes de las ciudades pierden el

hábito de la intimidad cuanto más apartados viven, en cambio entre nosotros el hábito de la amistad madura al calor del contacto constante y se desarrolla aquí tanto cuanto disminuye allá».

Existen tan pocos testimonios directos sobre las características de la vida en las ciudades antiguas, fuera de Atenas y Roma, incluso en poemas y novelas que trascurren en el medio urbano, que resultan preciosas las observaciones de Libanio: tanto más cuanto que, al igual que había hecho Aristóteles previamente, pone la función social de la ciudad por encima de sus necesidades y servicios utilitarios y secundarios.

Pero algo más, igualmente «moderno», caracterizaba a Antioquía y la diferenciaba de Roma, donde, incluso en el apogeo del Imperio, las calles eran oscuras por la noche y la gente solo se aventuraba con riesgo de su vida, expuesta a los matones de las clases bajas y a los tunantes y bravucones de las clases superiores, al igual que en Londres en el siglo XVIII. Esta distinción consistía en el alumbrado de las calles. En Éfeso, en el siglo V de nuestra era, la calle Arcadia estaba iluminada por cincuenta luces, «hasta llegar al Monumento del Jabalí», pero, según Amiano, incluso a mediados del siglo IV «el resplandor de las lámparas por la noche igualaba a menudo a la luz del día». Libanio completa el testimonio: se jacta de que los ciudadanos de Antioquía «se han liberado de la tiranía del sueño; aquí, la lámpara del sol es sucedida por otras lámparas, que sobrepasan la iluminación de los egipcios; entre nosotros, la noche solo difiere del día por la clase de iluminación. El comercio sigue como antes; algunos practican sus oficios mientras otros se entregan a la risa y las canciones».

¿Qué significa esto? Tal vez nada más que el hecho de que el espíritu comercial produce sus propias formas características, sin respeto hacia otros rasgos de la norma cultural, del mismo modo que el espíritu militar, tal como se expresaba mecánicamente en una falange sumeria o macedonia, aún hoy se entiende fácilmen-

te y fue conservado en formas semejantes por un ejército del siglo XVIII que usaba armas radicalmente diferentes. Pues se ha observado que es con la multiplicación de las luces en las calles y del alumbrado de comercios como se anuncia el nuevo espíritu comercial en Londres, a comienzos del siglo XIX. Esto constituyó un cambio tan acentuado que el fatuo príncipe Von Pückler-Muscau pudo imaginar, al pasar a través de Londres la noche de su llegada, que se había ordenado en su honor una iluminación especial. En suma, que el mercado de «día y noche» produce casi automáticamente la Gay White Way (Alegre Vía Blanca) de Broadway. ¿Fue este alumbrado nocturno el factor que inicialmente fomentó la siesta en las cálidas ciudades meridionales o tan solo impuso un horario más largo al proletariado?

Lamentablemente no poseemos descripciones equivalentes sobre las ciudades industriales del Imperio Romano, si bien Rutilio, volviendo a su hogar en la Galia, a comienzos del siglo V, observaba, al avistar Elba, que era «famosa por su minería, tan rica como Nórico con sus almacenes de hierro, o Biturex, donde se templa el acero». Nuestra representación del orden clásico bien podría modificarse si conociéramos el trazado o el contenido humano de estos lugares. Solo al llegar a nuestra Edad Media contemplamos claramente la industria como parte integrante y reconocida de la ciudad.

2. Cloaca y acueducto

Hasta ahora nos hemos ocupado de los aspectos de la ciudad romana que los romanos tomaron principalmente de los pueblos que conquistaron y aplastaron; pues, hasta el año 751 a. C., fecha en que, según Cicerón, fue fundada Roma, los propios romanos solo habían sido aldeanos. La misma política de las «Nuevas Ciudades» no constituía una innovación: ¿qué era sino la tendencia

jónica del crecimiento mediante colonización, practicada más sistemáticamente, pero, al mismo tiempo, restringida con más celo?

En las poblaciones más pequeñas de la Galia, justamente en virtud de su modesta escala, en ciudades como Marsella, Narbona u Orange, en la Francia meridional, con sus bases independientes en la cultura helénica que se remontaban a muchos siglos atrás, la tradición griega debió de predominar tanto política como arquitectónicamente. La contribución particular de Roma al urbanismo estuvo representada, sobre todo, por una ingeniería vigorosa y un exhibicionismo presuntuoso: el gusto de nuevos ricos, orgullosos de su *bric-à-brac* procedente del pillaje, de sus numerosos obeliscos y estatuas, robados o copiados meticulosamente, de sus adquisiciones imitativas, de sus costosas decoraciones recién encargadas. Pero en las provincias helénicas, ya fuera en la Galia o en Sicilia, no faltarían los refinamientos griegos del gusto y el estilo. Ciertamente la famosa *Maison Carrée* de Nimes, amada por Thomas Jefferson, constituye una de las más exquisitas obras que el arte ático podría haber alentado en su mejor periodo. Hasta cuando era nuevo, este edificio debió de ofrecer una sensación de fragilidad, así como hoy, en su fragilidad, parece curiosamente recién construido.

Pero Roma no dejó su huella en el urbanismo a través de sus obras derivadas ni de su pomposa inflación de los órdenes clásicos. Para averiguar qué representaba Roma, tanto en sus mejores aspectos físicos como en sus peores aspectos humanos, debe centrarse la atención en la propia ciudad de Roma: allí fue donde se estableció la nueva escala; allí fue donde el soldado y el ingeniero aunaron sus fuerzas no solo para crear murallas y fosos sino también malecones y estanques, a una escala ciclópea. Allí fue donde, en sus grandes estructuras públicas, Roma intentó no solo resolver los problemas planteados por la gran cantidad de personas que había congregado, sino también dar a su cultura de

masas, por lo demás degradada, un atuendo urbano apropiado, que reflejara la magnificencia imperial.

Para investigar esta contribución es necesario fortalecerse como para una prueba; para gozar de ella, es necesario mantener los ojos abiertos, pero aprender a cerrar la nariz al hedor, los oídos a los alaridos de angustia y terror, y la garganta a las arcadas. Por encima de todo, hay que mantener el corazón en el hielo y reprimir cualquier impulso de ternura y piedad con una estolidez verdaderamente romanas. Todas las magnitudes se medirán en Roma, y no menos la magnitud de la degradación y el mal. Solo un símbolo puede hacer justicia al contenido de esa vida: una cloaca abierta. Y por la cloaca vamos a comenzar.

Sin duda no es casual que el monumento más antiguo de la ingeniería romana sea la Cloaca Máxima, construida en el siglo VI en una escala tan gigantesca que sus constructores debieron de ver con clarividencia, desde el primer momento, que esta acumulación de aldeas se convertiría en una metrópolis con un millón de habitantes, o bien debieron de dar por sentado que la principal función y el fin último de la vida consiste en el proceso fisiológico de la evacuación. Tan sólida era la construcción en piedra, tan amplias sus dimensiones, que esta cloaca sigue hoy en uso. Con su hoja de servicios ininterrumpidos durante más de dos mil quinientos años, esa estructura demuestra que, en la planificación de ciudades, los costos iniciales bajos no denotan necesariamente economía; porque si la instalación necesaria ha sido concebida y construida sólidamente, lo que realmente cuenta es el costo final, considerado a través de toda su perspectiva de vida. Desde este punto de vista, la Cloaca Máxima ha resultado ser una de las obras de ingeniería más baratas que conoce la historia, si bien rivalizan con ella algunos de los ulteriores viaductos y puentes que todavía están en uso, como puede ser el magnífico Pont du Gard, en Provenza.

El geógrafo griego Estrabón observó que mientras que los griegos prestaban atención sobre todo a la belleza y la fortificación, a las bahías y el suelo fértil, al proyectar sus ciudades, los romanos destacaban en el pavimento de las calles, la provisión de agua y las cloacas. De modo que esta característica ya estaba plenamente desarrollada hacia el siglo I de nuestra era. Dionisio de Halicarnaso confirma esta observación casi con las mismas palabras, y ese consenso ha perdurado. Los logros capitales de Roma, en más de un dominio, podrían resumirse con estas palabras que una vez empleó un gran hombre de ciencia para referirse a una presuntuosa interpretación arquitectónica de sus conceptos sumamente revolucionarios sobre el espacio y el tiempo: «Mal digerida pero magníficamente evacuada».

La Cloaca Máxima precedió al entubamiento de agua procedente de manantiales y corrientes distantes, acaso porque la provisión local de agua de pozos resultó adecuada hasta el año 109 de nuestra era, fecha en que el acueducto de Trajano llevó agua, por primera vez, a la orilla derecha del Tíber, para calmar la sed de una población creciente. La pavimentación de las calles apareció ya antes de las cañerías maestras, pero fue aplicada a los caminos fuera de la ciudad antes de usarse a cualquier escala en el interior de la misma, pues Roma todavía se revolcaba en el barro, en su suelo cenagoso, propio de humedales, cuando, en el año 312 a. C., Apio Claudio construía el primer camino romano auténtico: la Vía Apia. A decir verdad, las sátiras de Juvenal revelan que la pavimentación no pudo estar generalizada en Roma, incluso en tiempos del Imperio, si bien no hay duda de que su uso era muy frecuente en las ciudades más nuevas y pequeñas, como el de muchas otras innovaciones en cuyo empleo Roma se quedó rezagada. En Pompeya el peatón disponía incluso de una acera elevada y de vados en piedra a través de la vía pública.

Los tres ejemplos apuntados, las cloacas, las cañerías maestras y los caminos pavimentados, innovaciones regias de la ingeniería no desconocidas en ciudades y regiones más antiguas, se convirtieron en grandes formas colectivas puestas al servicio de las masas urbanas. Pero, como sucede a menudo con las aplicaciones vulgares de la ingeniería, las ventajas físicas se vieron limitadas por cierta pobreza de imaginación al ejecutarlas. La plétora de ingeniería era inadecuada porque —como también ocurre hoy en proporción tan elevada en las imponentes carreteras de los Estados Unidos— la finalidad humana perseguida no se percibía con claridad o se aceptaba con excesiva renuencia como guía definitiva. Así, exactamente como ocurre en el caso de nuestras autopistas, que no se articulan con los sistemas callejeros locales, tampoco las grandes cloacas de Roma estaban conectadas con letrinas más arriba del primer piso. Peor aún, no estaban conectadas en absoluto con las congestionadas viviendas de alquiler.

En pocas palabras, donde la necesidad era mayor, las instalaciones mecánicas eran menores. Si bien la masa de la población podía acudir de día, pagando una pequeña suma, a los retretes públicos del vecindario, depositaban la basura doméstica en cisternas cubiertas, situadas al fondo de los pozos de las escaleras en sus populosas casas en alquiler, de donde la extraerían periódicamente los estercoleros y basureros. La misma extracción puntual nocturna apenas disminuiría el hedor que sin duda imperaba en los edificios. (La orina, recogida en jarros especiales, era utilizada por los bataneros para trabajar los paños). A diferencia de la eliminación de las aguas, el abono de estiércol tenía la ventaja de reabastecer el suelo de las granjas circundantes con una sustancia rica en nitrógeno, ya que tanto entonces como ahora los inodoros dilapidaban un fertilizante potencial y contaminaban las aguas. Pero la carga de excremento procedente de esta vasta población de tugurios debió de ser mayor que lo que podía soportar la tierra

vecina; pues hay constancia de cloacas abiertas y pozos negros en los barrios residenciales, que serían por último cubiertos, pero no eliminados, en fecha posterior.

La misma combinación antieconómica de refinados artificios técnicos y de planificación social rudimentaria era válida en el caso de la provisión de agua. Las fuentes públicas de agua eran abundantes, a tal punto que las vastas cantidades invertidas en los baños no las encarecieron, aparentemente. Pero el baño privado era un lujo de los ricos; y los edificios exhumados en Roma no muestran tuberías que indiquen el uso de agua más arriba del primer piso, si bien se contaba a veces con esta comodidad en una pequeña ciudad de provincia como era Pompeya. En otras palabras, en los altos edificios residenciales de Roma, tanto el agua pura como las aguas servidas tenían que ser transportadas a mano, la primera hacia arriba, las segundas hacia abajo, del mismo modo que se transportaban en los edificios residenciales igualmente altos de la Edimburgo del siglo XVII. A este respecto, Roma, pese a toda su destreza en ingeniería y su riqueza, fallaba miserablemente en los rudimentos de la higiene municipal. Como consecuencia de ello, el peligro de que a uno le vaciaran un orinal en la cabeza eran tan grande como en Edimburgo («¡Agua va!»), aunque los tribunales romanos se preocupaban por descubrir y castigar a los culpables en los casos de esta índole que eran llevados a su consideración por la policía municipal.

En suma, en las grandes proezas de ingeniería en que Roma descollaba, en los acueductos, las cloacas subterráneas y las vías pavimentadas, su aplicación total era absurdamente parcial e ineficaz. Por su rapacidad y su enorme tamaño, Roma se derrotó a sí misma y nunca consiguió satisfacer sus propias necesidades. Por lo que parece, caben pocas dudas de que las ciudades más pequeñas de provincias estaban mejor administradas en estos aspectos, precisamente porque no habían superado la medida humana.

No es posible dejar el tema del destino dado a las aguas servidas sin destacar un rasgo más que arroja serias dudas en cuanto a la inteligencia y la competencia de los funcionarios municipales de Roma, que registra una marca tan baja en materia sanitaria e higiénica, a la que nunca descendieron otras comunidades más primitivas. Faltaban las precauciones más elementales contra las enfermedades en la distribución de la gran masa de basura y desperdicios que se acumula en una ciudad populosa; y Roma, en la cima del Imperio, debió de contar aproximadamente con un millón de habitantes, unos cientos de miles más o menos. Si el acarreo de la materia fecal en carros y su depósito en zanjas abiertas era un atentado desde el punto de vista higiénico, ¿qué decir de la costumbre de abandonar otros residuos y basuras en pozos abiertos? Por ejemplo, la acumulación indiscriminada de cadáveres humanos en fétidos agujeros, esparcidos por las afueras de la ciudad, formando, por así decirlo, un *cordon malsanitaire*.

Incluso sin esta invitación a la fiebre tifoidea, el tifus y el cólera, el predominio del paludismo hizo de Roma y la *campagna* circundante una de las zonas más insalubres del mundo, hasta entrado el siglo XIX, como los lectores de *Daisy Miller* de Henry James aún tienen motivos para saber. Para compensar la carencia de estadísticas sobre la salud pública, un gran número de santuarios dedicados a la diosa de la fiebre dan testimonio de la amenaza crónica de contagio palúdico, en tanto que constan las repetidas embestidas de las pestes, virulentas y devastadoras, que dejaron saldos de miles de muertos por día. ¿Tiene algo de asombroso que Roma, hasta en los días más florecientes de la gloria imperial, fuera visitada por una serie de plagas devastadoras, en los años 23 a. C. y 65, 79 y 162 de nuestra era?

Como medida de emergencia para posibilitar esas inhumaciones en masa, los pozos a que me he referido pudieron estar justificados, pero, como cosa de todos los días, dan testimonio del

desprecio crónico de Roma hacia la vida. La cantidad de materia muerta que de este modo se acumulaba día tras día podría, en verdad, haber amedrentado a una organización técnica aún mejor que la que los romanos llegaron a desarrollar; pues, cuando se montaban los grandes espectáculos circenses, hasta cinco mil animales, incluyendo bestias tan corpulentas como los elefantes y los búfalos de la India, podían ser sacrificados en un solo día, por no hablar de los cientos de seres humanos que de modo semejante recibían la muerte en la arena. Los datos son tan increíbles que prefiero citar directamente a uno de los estudiosos que los ha examinado de primera mano, el arqueólogo Rodolfo Lanciani, quien dice: «Es difícil concebir la idea de un *carnarium* romano, un conjunto de pozos donde se tiraban en desorden hombres y animales, cuerpos y carroña, y todo género de restos inmencionables. Hay que imaginarse lo que debieron de ser las condiciones de esos horripilantes distritos en tiempo de peste, cuando noche y día se mantenían abiertos los pozos *(puticuli)*, y cuando estos se llenaban hasta los topes, el foso que rodeaba las murallas servianas, entre la colina y las puertas Esquilinas, quedaba lleno de cadáveres, arrojados allí como si fueran carroña, hasta que se alcanzaba el nivel de las calles adyacentes».

En sus excavaciones, Lanciani encontró aproximadamente setenta y cinco pozos o bóvedas, de cuatro metros cuadrados y nueve de profundidad, llenos de una «masa uniforme de materia negra, viscosa y untuosa», y recuerda que el día del hallazgo del tercer pozo se vio «obligado a relevar la cuadrilla de trabajadores de vez en cuando, pues el hedor de esa montaña de podredumbre, abierta después de un lapso de veinte siglos, era insoportable, incluso para hombres habituados a todo género de penurias, como eran los excavadores».

Bajo el providente Augusto, al comienzo del Imperio, tuvo lugar una reforma parcial, que determinó el remplazo de la in-

humación —difícilmente se le podría dar el nombre de entierro decoroso— mediante la cremación. Pero esto no solucionó el otro grave problema, el del destino de la basura.

Si el alcantarillado y la provisión de agua de Roma, por grandiosa que sea la impresión superficial de su ingeniería, no salen bien librados de una inspección esmerada, otro tanto puede decirse del sistema de calles, que, en grandes zonas, presenta las huellas de primitivos senderos y carreteras que nunca se ensancharon suficientemente para dar cabida al tráfico rodado. También a este respecto puede decirse que solo en las pequeñas ciudades provincianas y coloniales prevaleció lealmente el orden romano. En ellas se descubren generosas aceras para los peatones, comodidad que, si bien era conocida en Roma, nunca se tornó común en todas partes de la ciudad, pues las tiendas siguieron desparramándose por las vías públicas secundarias. Según Jerôme Carcopino, durante la República solo dos calles podían aspirar al nombre de *viae*, es decir, de calles cuyo ancho era suficiente para que por ellas pasaran dos carros: la Vía Sacra, que era una calzada para las procesiones, y la Vía Nova, que, como su mismo nombre lo indica, era una innovación. Una de ellas cruzaba y la otra bordeaba el foro romano. Las carreteras romanas oscilaban entre los cuatro y un máximo de siete metros de ancho en algunas partes de las grandes vías públicas principales; pero el ancho corriente era de cuatro metros y medio, aproximadamente. En otras palabras, las dos grandes avenidas de Roma no eran nada más que una prolongación de las grandes calzadas; y el mismo sistema no penetró en el resto de la ciudad.

No bien el aumento de población creó la demanda de tránsito de vehículos con ruedas en Roma, la congestión se hizo intolerable. Uno de los primeros actos de Julio César al tomar el poder consistió en prohibir el tráfico de estos vehículos por el centro de Roma durante el día. Naturalmente, como consecuencia se produjo tal ruido por la noche, cuando las ruedas de madera o

revestidas de hierro retumbaban sobre los bloques de piedra del pavimento, que la baraúnda atormentaba a todos los que querían dormir; en fecha muy posterior, le produciría insomnio al poeta Juvenal. Del mismo modo que, en la actualidad, las congestiones de automóviles afectan por igual a las ciudades pequeñas que a las grandes, también el aumento de los vehículos de tracción animal impedían la circulación por todas partes. De aquí que Claudio extendiera la prohibición de César a los municipios de Italia, y más tarde Marco Aurelio la aplicó sin distinción mediante su estatuto municipal a todas las ciudades del Imperio, mientras que, para completar el cuadro, Adriano (117-138 de nuestra era) limitó el número de troncos y cargas de los carros que podían entrar a la ciudad, rebajando incluso el tráfico nocturno en origen. En un siglo y medio la congestión había ido de mal en peor.

El hecho de que estas normas se aplicaran incluso a ciudades nuevas, provistas de calles rectas relativamente cómodas, indica que estaba en la naturaleza de este nuevo orden urbano generar un tránsito mayor que el que podía digerir la red vial. Y el motivo de esta incapacidad era precisamente el mismo que hace que las actuales reglamentaciones, con el ensanchamiento y la multiplicación de las arterias de tránsito, resulten tan fútiles e ineptas, a saber, que no se hacía ninguna tentativa por controlar la congestión del territorio o por reducir la densidad de la población alojada en sus edificios. Absurdamente, los factores generadores del tránsito quedaban fuera del plan de control. Como si no bastara con la densidad de los edificios de gran altura, la pobreza y la falta de espacio arrendable, según Marcial (92 de nuestra era), hacía que muchas calles estuvieran atiborradas de puestos y tiendas de carniceros, taberneros, barberos y mercaderes.

Así, en vez de conseguir una justa proporción entre vías públicas y edificios, entre densidades de tránsito y densidades de vivienda, Roma hizo precisamente lo contrario. El municipio permitió, y

a decir verdad por su constante despreocupación hasta fomentó, el alojamiento de la vasta masa de su población en casas de inquilinato atiborradas, que formaban enormes bloques llamados *insulae* o islas. Estas *insulae* rivalizan con los pozos de basura de Roma como ejemplos clásicos de pésima administración municipal.

Roma presenta en contraste diagramático la relación entre una clase explotadora y un proletariado degradado; y, como bien dice Petronio en *El satiricón*, «el pueblo humilde padece, pues para las mandíbulas de los más ricos siempre es fiesta de Saturno». En tanto que un puñado de patricios, aproximadamente unas mil ochocientas familias, ocupaban grandes mansiones privadas, a menudo con amplios jardines y casas de tales dimensiones que podían contener todo un séquito de sirvientes libres y esclavos, siendo muchas de estas casas verdaderos palacios, los miembros de la clase media, incluso funcionarios, mercaderes y pequeños jefes de industrias, vivían probablemente en casas de apartamentos como las que se han excavado en el vecino puerto marítimo de Ostia. Estos alojamientos eran decorosos, quizás, pero sus ocupantes pagaban en la época de César un alquiler que, según Ludwig Friedländer, era aproximadamente cuatro veces superior al de otras ciudades de Italia. La gran masa del proletariado, en deplorable contraste, vivía en unas cuarenta y seis mil casas de alquiler, que debían dar cabida, como promedio, a cerca de doscientas personas cada una de ellas.

Entre estas casas de alquiler y los espaciosos palacios y baños de la ciudad existía la misma relación que entre los pozos negros abiertos y la Cloaca Máxima. La edificación de estas *insulae*, lo mismo que la edificación de las casas de alquiler en Nueva York, constituía una empresa especulativa cuyas mayores ganancias correspondían, por una parte, a los contratistas deshonestos, quienes elevaban frágiles estructuras que apenas podían sostenerse en pie, y, por la otra, a los caseros explotadores, que habían apren-

dido a subdividir viejos alojamientos en células todavía más estrechas para dar techo a artesanos aún más pobres, con un alquiler mayor por unidad. (Cabe observar, no sin una sonrisa cínica, que el único tipo de tránsito de vehículos con ruedas permitido de día en Roma era el de los empresarios de la construcción).

Craso, quien hizo una fortuna fabulosa con propiedades de casas de alquiler, se jactaba de que nunca gastaba dinero en edificar: resultaba más provechoso comprar viejas propiedades, en parte averiadas, a precios de liquidación y alquilarlas con magras reparaciones. Naturalmente, planes sistemáticos de eliminación de tugurios, como el que llevó a cabo Nerón con su gran incendio, aumentaban la escasez de viviendas y afianzaban el dominio de los caseros rapaces. Así, una dieta tradicional de esclavo, la ración más escasa que mantuviera vivo su organismo, tenía un equivalente en su alojamiento de esclavo igualmente depresivo: un alojamiento destartalado y fétido donde se apiñaba la gente. Estos eran los aposentos destinados a los «ciudadanos libres» de Roma.

Hasta en la más rudimentaria aldea neolítica, la casa fue siempre algo más que un mero abrigo para el cuerpo; era el lugar de reunión de una familia; su fogón era el centro de ceremonias religiosas, así como una ayuda para cocinar; era el hogar del dios doméstico y el local de la entidad familiar, un receptáculo de valores morales inconmensurables en términos de dinero. Todas estas asociaciones y tradiciones fueron arrancadas de la *insulae* romana: para estrujar la ganancia máxima de un edificio tambaleante y de un espacio congestionado, bastaba con el simple techo; y reconocer la existencia de otros valores hubiera equivalido a disminuir las posibilidades de extorsión.

Todas las piadosas costumbres domésticas, todos los valores sentimentales atribuidos a la familia misma por autores como Cicerón, se aplicaban única y exclusivamente a las casas patricias. Nadie iba a pretender que los habitantes de los tugurios de Roma

tuvieran esos espíritus guardianes que los favorecieran ni que pudieran participar en comidas ceremoniales y ritos familiares. Bien dijo Tiberio Graco, según Plutarco: «Los animales del campo y los pájaros del aire tienen sus agujeros y escondrijos, pero los hombres que luchan y mueren por Italia solo gozan de las bendiciones de la luz y el aire». Durante el Imperio, hasta la luz y el aire faltaban en Roma. Los pisos se superponían como nunca, en los anales históricos, había ocurrido hasta entonces. Escribiendo en el siglo II de la era cristiana, Juvenal exclamaba:

> Contempla la magnitud descollante de la mansión
> en que piso sobre piso hasta el décimo se eleva.

Las casas de los patricios, espaciosas, aireadas, salubres, provistas de cuartos de baño y retretes, calentadas en invierno mediante hipocaustos, que llevaban aire caliente a través de cámaras en los pisos, fueron, posiblemente hasta el siglo XX, las casas más cómodas que se edificaran en parte alguna para un clima templado: un verdadero triunfo de la arquitectura doméstica. Pero las casas de alquiler de Roma se llevan holgadamente la palma como los edificios más congestionados e insalubres con que haya contado la Europa occidental hasta el siglo XVI, cuando la congestión de construcciones en los solares y el apiñamiento en las viviendas se volvieron cosa corriente desde Nápoles hasta Edimburgo, e incluso la Londres isabelina sucumbió, por un momento, a las mismas fechorías de los especuladores. No solo carecían esos edificios de calefacción, de tuberías de desague y de retretes, aparte de que no se prestaban para cocinar en ellos, y no solo comprendían un número excesivo de habitaciones sofocantes, groseramente superpobladas, sino que en ellos escaseaban todas las instalaciones que contribuyen a una decorosa vida diaria; además estaban tan mal construidos y eran tan altos que no ofrecían medios seguros de evacuación cuando, como era frecuente, estallaban incendios. Y si sus moradores conseguían librarse de la fiebre tifoidea, el tifus o

el fuego, fácilmente podían encontrar la muerte en un derrumbe de toda la estructura. Tales accidentes ocurrían demasiado a menudo. Las *insulae* estaban construidas tan a la ligera que, para decirlo con palabras de Juvenal, «se agitaban con cualquier ráfaga de viento que soplara». Palabras que nada tienen de licencia poética.

Estos edificios y sus moradores constituían la médula de la Roma imperial; y esa médula estaba podrida. A medida que Roma crecía y que su sistema de explotación se hacía cada vez más parasitario, la podredumbre atacaba masas cada vez más grandes de tejido urbano. La mayor parte de la población de la ciudad que se jactaba de sus conquistas mundiales vivía en alojamientos estrechos, ruidosos, sofocantes, fétidos e infectos; pagaba alquileres exorbitantes a caseros implacables, soportando diariamente indignidades y terrores que los insensibilizaban y embrutecían, y que, a su vez, reclamaban escapes compensatorios. Estas evasiones llevaron aún más lejos la brutalización, en una orgía ininterrumpida de sadismo y muerte.

Pero antes de examinar las principales recreaciones del proletariado, mediante las cuales aliviaba sus propios sufrimientos deleitándose lascivamente con el espectáculo de seres humanos a quienes se les hacía padecer torturas y degradaciones aún peores, echemos un vistazo a los mejores aspectos de Roma. Porque Roma poseía atributos más humanos; y presentaba a las masas que explotaba, hasta en sus peores momentos, asombrosas visiones de belleza cívica y orden, aparentemente no contaminadas por la violencia y la codicia.

3. Foro, vomitorio y baños

Según la tradición, Roma estaba constituida por la unión de diversas tribus extranjeras de las colinas vecinas, bajo la jefatura de los

propios romanos, encaramados en el Palatino. El símbolo de esta unión, como nos recuerda Lavedan, era la fundación de una plaza de mercado común (el foro), con un lugar de asamblea o *comitium*, que también se usaba en los primeros tiempos para competencias de atletas y gladiadores. No cabe duda de que un templo constituía una parte fundamental y original del foro, pues la «paz del mercado», tan necesaria para la libre transacción, se preservaba otorgándole un carácter sagrado a la zona misma.

El foro no era simplemente una plaza abierta. Tal como se desarrolló en Roma, era más bien un perímetro entero, de trazado complejo, en que desempeñaban su papel los santuarios y los templos, las salas de justicia y las casas de consejo, así como los espacios abiertos enmarcados por majestuosas columnatas. Dentro de estos espacios abiertos, los oradores podían dirigir la palabra a grandes muchedumbres, mientras que, cuando reinaba el mal tiempo, las grandes salas, las basílicas, desempeñaban múltiples funciones. Como observa August Mau respecto de Pompeya, todo cuanto tenía lugar en la plaza del mercado podía darse también en la basílica, si bien esta estaba dedicada principalmente a las transacciones comerciales y a la administración de justicia. La sencillez del foro lo hacía apto para diversos fines: entre ellos, y en un lugar nada secundario, el de la congregación religiosa.

La transformación del mero espacio abierto en el recinto completo del foro se inició en fecha temprana. Roma, según Friedländer, lentamente iba perdiendo el aspecto de una población rural hipertrofiada ya antes del año 310 a. C., ya que los puestos de madera de los carniceros habían sido remplazados en el foro por escritorios de cambistas de moneda, en tanto que los mercados de alimentos se hacían más numerosos y más especializados. Ya en el año 179, Catón el Censor le dio a Roma un gran mercado central de alimentos, con un matadero abovedado en el centro y tiendas que irradiaban de él. En los días en que Vitruvio empezó

a codificar las costumbres vigentes, prescribió que el tesoro, la cárcel y el concejo estuvieran contiguos al foro.

A medida que los sucesivos emperadores hicieron ampliaciones directamente en el foro o, como Julio César, fundaron uno nuevo en la vecindad, multitudes cada vez mayores acudirían al centro para hacer compras, ofrecer sacrificios, chismear o participar, como actores o espectadores, en los negocios públicos o en los litigios privados. La nueva calzada que pasaba a través del foro, el *argiletum*, que lo unía con los barrios de los artesanos y mercaderes, fue transformada en su entrada al recinto, en un pasaje monumental, el foro de Nerva.

Vitruvio tenía ideas muy precisas en lo tocante a su tamaño ideal, ideas que se adelantaron a los principios expresados en forma tan admirable por Winston Churchill en sus prescripciones para el plan de reconstrucción de la Cámara de los Comunes, en Londres. «La magnitud del foro —señala Vitruvio— se proporcionará a la gente, para que por mucha no sea pequeño, o por poca no sea sobrado. La anchura se determinará dándole dos tercios de la longitud: así saldrá oblonga su figura, y muy proporcionada para los espectáculos».

Allí, en el foro romano estaba el centro de la vida pública, no solo de la propia Roma sino de todo el imperio, aunque naturalmente había centros semejantes pero subordinados en otras partes de la ciudad. Allí, entre la colina Capitolina y el solar del Palacio Áureo de Nerón o el posterior Coliseo, estaba el gran lugar de asamblea. Allí se congregaban enormes muchedumbres para contemplar el paso en carrozas de sus jefes militares, que hacían desfilar sus trofeos o sus cautivos reales atados a las ruedas de las carrozas, y pasaban bajo arcos triunfales que servían como entradas formales y arquitectónicas a lo que, en realidad, era un recinto sin muros. La escala monumental y el orden espacial imperaban

allí, con la pizca suplementaria de vitalidad que introdujeran los accidentes del tiempo o la topografía.

Allí, pues, la nueva Roma de realidades y hechos audaces, la Roma de los soldados que saqueaban, de los esclavos serviles y de los crasos especuladores del suelo, quedaba oculta bajo los pliegues de la toga de esa Roma tradicional de aspiraciones patrióticas y sueños estoicos: ¿Quién podía dudar allí de la realidad de esa Roma ideal que proclamaba el derecho y la paz, haciendo que el orden fuera orden, la justicia fuera justicia y la eficacia fuera eficacia, y no máscaras de la rapacidad, la avidez, la lujuria y la crueldad a una escala gigantesca? En el foro uno podría recordar, sin reservas irónicas, y de hecho con sincera admiración, las meditaciones morales y las actividades regidas por el deber de un Cicerón o un Marco Aurelio. Y allí también se podrían olvidar fácilmente los fétidos pozos del *carnarium*, o la orgía de torturas que diariamente tenía lugar en las arenas vecinas. Como el foro romano era, en efecto, una combinación de ágora y acrópolis, no presentaba ningún rasgo radicalmente nuevo que resultara imposible reconocer en su prototipo helenístico. Lo que se encuentra, tal vez, es una mayor concentración de actividades diversas, un mayor grado de orden formal, una expansión y una exaltación de los temas ya presentes en otras partes de la ciudad helenística.

Este nuevo orden, una vez establecido en el centro, se difundió por doquier, particularmente en los magníficos pórticos y columnatas con que a Augusto le complacía enriquecer la ciudad; pues, en menos de veinte años, el *Campus Martius*, el solar del anfiteatro flaviano, fue cubierto de columnatas que se extendían desde el pie de las colinas hasta el río mismo, columnatas que no solo eran de piedra sino también de altos muros de árboles, que aislaban remansos de espacio abierto donde uno podía descansar, contemplando las figuras esculpidas o la galería de pinturas murales e incluso, en el Pórtico de la Septa, un enorme museo de

curiosidades, antigüedades y manufacturas del Lejano Oriente. Se ha calculado que en la época de Augusto el número total de calles con columnatas llegó a pasar de veinte kilómetros. Estos pórticos subsistieron basta el siglo IX como verdaderos arroyos y estanques de solaz estético, rodeados de hierba y piedras.

Coincidió con el plan axial la tendencia a organizar simétricamente los edificios en relación con el eje, incluso cuando esta disposición estaba tan eficazmente escondida como los ábsides del foro de Trajano quedaban ocultos por las columnatas que tenían al frente. Esta clarificación general del espacio debía de impresionar al visitante en el centro de la ciudad. En una gran parte de la metrópolis creciente las calles seguían siendo un amontonamiento de pasajes angostos, atiborrados por el contenido desordenado de las tiendas y tabernas que había a sus costados, oscurecidos por las altas casas de alquiler; en ellas solo un retazo aislado de diseño urbano, un templo, una fuente, un pórtico o un jardín despertaba un noble eco del centro de la ciudad. Pero donde la munificencia pública y la propiedad municipal de la tierra dejaban al arquitecto la libertad de proceder según sus propios designios, el espíritu romano se ponía a la altura del desafío que lanzaba el número de habitantes y establecía una escala y un método para controlar las idas y venidas de las masas, que probablemente tuvo pocos rivales en los tipos anteriores de ciudad.

Si bien Roma conoció mejor que otras ciudades provincianas más modestas el oprobio de la congestión, también supo del lujo del espacio público, generosamente esculpido en las grandes estructuras; sin este, lo cierto es que aquel hubiera podido ser insufrible. En el desarrollo de la antigua cúpula y la bóveda de Egipto y Siria, los romanos llegaron a una nueva altura arquitectónica. El firmamento no era tanto su límite como su modelo. Le dieron al baño o a la basílica, en el momento de uso más populoso, una calidad que hacía inofensiva la presencia de tantos cuerpos, pues

el espacio de arriba aliviaba la presión de las masas congregadas abajo. Al levantar la vista se podía respirar y ver en libertad. Hoy mismo, un edificio modelado sobre la base de los baños romanos, como la estación Pennsylvania, en Nueva York, retiene esta noble cualidad... o por lo menos la conservaba hasta que esa estructura fue transformada por sus preclaros guardianes en un vasto fonógrafo automático, disfrazado de taquilla, destruyendo así, de un solo golpe vandálico, su forma estética y su capacidad para albergar masas con eficacia.

El elemento arquitectónico que sintetizó este nuevo dominio del espacio urbano para la reunión y el movimiento en masa constituyó una especial contribución romana. A este elemento los romanos le dieron un nombre particularmente adecuado, como reflejo de su carácter y de sus prácticas: el *vomitorium*. Vomitorio significa dos cosas en el léxico latino: en el orden privado, era una habitación especial, contigua al comedor, donde los glotones que habían engullido demasiados alimentos pesados y exóticos podían devolver el contenido de sus estómagos a fin de regresar aliviados a sus lechos y gozar así del placer de ingerir más comida. La tarea de facilitar la rápida evacuación de alimentos fue trasferida simbólicamente a los grandes pasajes y aberturas de un anfiteatro, a través de los cuales la muchedumbre saciada podía salir con bastante rapidez y sin atropellarse.

La escala del vomitorio público, necesariamente gigantesca, establecía las dimensiones de las otras partes del edificio. Al ocuparse de masas que hormigueaban, que se contaban en miles y docenas de miles, la imaginación romana adquiría un esplendor casi poético, que, con excesiva frecuencia, se perdía al ocuparse de detalles. Al contemplar hoy las ruinas desmanteladas de un gran edificio romano, como los Baños de Caracalla o el mismo Coliseo, gozamos de una ventaja, con la que, ciertamente, los romanos no contaban del todo: contemplamos esas estructuras en su severidad

desnuda, despojadas de casi todos sus ropajes caros y osten
(Algo de esta primitiva austeridad resurgió, posiblemente e
de economía, en los templos de Diocleciano y Constantino).

Esa desnudez puede haber estado aún próxima a la Ro
Escipión el Africano: pero, a medida que los romanos se en
cían, perdieron el gusto por ella, del mismo modo que no gu
la costumbre griega de la desnudez en los juegos olímpicos
los romanos la desnudez era un acompañamiento de la defec
o un preludio a la lujuria: preferían todo género de embelleci
to decorativo. Mármoles y ónices costosos, intrincadas mol
el orden corintio antes que el dórico o el toscano, complicad
bujos ornamentales en los mosaicos de los suelos y, sobre to
dorado, dorado en grandes cantidades; dorado suficiente, e
caso, para hacer de techo a toda una arena. Tal vez solo aquell
tre nosotros que recuerden la catedral católica de Westmins
como era una generación atrás, antes de que los muros de la
de su sereno interior románico fueran cubiertos de decorac
podemos tener una noción suficientemente vívida de la dife
entre la casta sinceridad de la ingeniería romana y la apar
voluptuosa de las estructuras terminadas. A la hora de su m
Augusto se jactaría de haber encontrado una ciudad revesti
ladrillos que dejaba cubierta de mármol. Es posible que su h
no tuviera tanto mérito como él le atribuía.

Así pues, en la arquitectura pública romana la escala
todo: el arquitecto romano sabía encontrar una forma ade
para todas las ocasiones colectivas de la vida, tanto en el me
como en el anfiteatro, los baños y el hipódromo; y algunas d
formas fueron transmitidas a la ciudad más de mil años des
como, por ejemplo, en la pista oblonga con recodos agudos c
convertiría en la plaza Navona. Pero también los espacios ab
de Roma desempeñaban un papel más amplio que en la m
parte de las ciudades anteriores. Los parques que rodeaban

lacio Imperial, si bien inicialmente estaban destinados al uso privado, se cuentan entre los primeros espacios abiertos dedicados al uso recreativo *dentro* de la ciudad, aunque, por supuesto, siempre se había contado con esto fuera de las murallas de la ciudad. La donación pública que hizo César de sus jardines es uno de los primeros casos que constan de traspaso a la comunidad de un privilegio privado de esta naturaleza. Por desgracia, Roma no se puso nunca al día en lo tocante a la necesidad de estos lugares de diversión en los barrios de tugurios, que era donde más falta hacían.

Quizá la contribución más característica de Roma a la higiene urbana y a la forma urbana fue el baño. En la historia de los grandes baños se lee la historia condensada de la misma Roma. Este pueblo se inició como una nación de vigorosos labriegos, apegados a la tierra, abstemios, laboriosos, excavadores y canteros musculosos, que se convirtió, en virtud de su misma capacidad para soportar penurias y recibir golpes, en el pueblo más fuerte de la antigüedad. Pero su fuerza misma y su industriosidad incansable los transformaron en una nación de saqueadores y haraganes que vivían de sus vecinos, que convirtieron su ciudad madre en una boca y un estómago gigantescos que absorbían alimentos, botín, obras de arte, esclavos, religiones, dioses y pedazos de conocimiento, y que convirtieron todos los refinamientos de la cultura, todo decoro de la vida diaria, en algo que era a la vez fantástico y brutal, sensacional y repugnante, presuntuoso e insensato.

El baño, tal como fue conocido por Escipión el Africano, era una pila de agua en un lugar resguardado donde el sudoroso agricultor iba a lavarse. Séneca recordó melancólicamente esa época, antes de que los baños de sol y en general el cuidado mimoso del cuerpo se pusieran de moda. Pero, ya en el siglo II a. C. se había establecido en Roma el hábito de ir a los baños públicos; y en el año 33 a. C., Agripa introdujo baños públicos gratuitos en la forma que esta institución asumiría finalmente: un vasto recinto con

capacidad para una gran concurrencia de personas, con una sala monumental tras otra, baños calientes, baños tibios y baños fríos, salas para masajes y salas para recostarse y comer en compañía, con gimnasios y campos de juego anexos, a disposición de los que quisieran un ejercicio activo, así como bibliotecas, para los más estudiosos o más perezosos.

Por su gran escala y por su combinación de diferentes instalaciones, ya que no en otros aspectos, el baño romano es semejante al actual centro comercial norteamericano, aunque este último no gane en la comparación. Pero mientras que la vida es para el norteamericano corriente, con una economía compulsiva de expansión, una vacuidad cubierta de aparatitos ingeniosos, rellena de artículos de consumo, inflada para sacarle provecho, en Roma las adquisiciones estaban en gran parte restringidas a las clases superiores y a sus agentes financieros, mientras que, para la mayoría, la vida consistía principalmente en un problema de hallar sustitutos y compensaciones costeados por el erario público.

Lo que se inició como una necesidad de higiene en el agricultor se convirtió en un ritual ceremonioso para cubrir la vacuidad de un día de ocio. Si bien los romanos causaron un estado de inflación en la moneda teológica al inventar un dios especial para cada momento de la vida, el único dios supremo al que realmente le rendían culto era el cuerpo. En este sentido, más de una lápida puede dar testimonio, con sus alabanzas a la glotonería del ocupante de la sepultura como su principal título para ser recordado piadosamente por sus sucesores igualmente dignos. La religión del cuerpo fue lo más próximo a una religión que tuvieron los romanos, después de perder sus iniciales lares y penates; y el baño público era su templo. Un ambiente ideal para haraganes, parásitos, mirones y exhibicionistas, es decir, para toda la gama de adoradores del cuerpo.

Los propios edificios proclaman este hecho: arquitectónicamente se encuentran entre los logros supremos de Roma, y solo

el Panteón puede contarse como su rival. Adonde iba el romano, llevaba consigo la concepción del baño público; y así, en el activo Boulevard Saint Michel, en París, los restos de uno de estos baños públicos hacen recordar todavía a aquellos ocupantes anteriores de Lutecia. Ciertamente, el ritual tenía un aspecto práctico: este hábito de limpiar el cuerpo esmeradamente contribuyó tal vez a aminorar la gravedad de los atentados higiénicos y sanitarios de la ciudad en otros sectores, mientras que, en sí misma, la magnificencia espacial de estos edificios contribuyó a un estado de compostura psicológica, que en cierta medida compensó el tráfago y la chabacanería de la existencia doméstica.

Pero a pesar de estos benéficos efectos secundarios, tan elevadores del espíritu, el ritual del baño ocupaba una parte desproporcionada del día y orientaba una cantidad excesiva de energía humana hacia el servicio del cuerpo, tratado como un fin en sí mismo. Que había, probablemente, una diferencia reconocida entre el ritual religioso y estético del baño y sus usos higiénicos prácticos parece atestiguarlo la existencia de un gran número de baños privados en la ciudad.

Sin embargo, no debe hacerse caso omiso de la relación entre el baño y la vida sexual de Roma. En el baño, el cliente se recuperaba de la orgía de la noche anterior y se preparaba para la próxima. Y aunque se adoptaron algunas medidas, según Carcopino, para separar a los bañistas de uno y otro sexo mediante el establecimiento de horarios diferentes, estas reglamentaciones cayeron en desuso. En los días de san Jerónimo, ya durante el imperio del cristianismo, el santo tuvo que prevenir a las mujeres contra las exhibiciones lascivas y los mirones de los baños como un grave peligro para el alma. Sin lugar a dudas, los baños eran lugares favoritos para hacer citas: en esto se adelantaron a una de las costumbres que dio mala fama a las casas de baños a fines de la Edad Media. Incluso en los tiempos modernos, los llamados baños turcos, ese último

vestigio del baño romano, mantuvieron la antigua asociación con la embriaguez y el libertinaje sexual.

4. Muerte al atardecer

Quienes edificaron el poderío de Roma se vieron movidos a ensanchar las fronteras del Imperio: su temor a la invasión, así como sus obligaciones cada vez mayores de proteger sus líneas de abastecimiento y sus fuentes de alimentos y materias primas fomentaron el sueño de un orden político universal. Durante la *Pax Romana*, ese sueño duró aproximadamente dos siglos. En la medida en que esta paz fuera real, las conquistas podrían justificarse en parte, incluso para los conquistados, pues una sociedad universal, libre de guerras o de la amenaza de guerras, basada en la justicia y no en la opresión o el terrorismo, no había sido lograda hasta entonces entre los hombres. Para esto, millares de buenos romanos habían conspirado y maquinado planes, habían batallado, ocupado puestos distantes en las fronteras, soportado exilio voluntario y llenado sus días con la rutina de los cargos públicos: las reglamentaciones administrativas, los códigos jurídicos, las listas de impuestos, los registros de propiedades. Estos funcionarios romanos cumplían su deber a pesar de las penurias y del aburrimiento, recordando a la hora de la muerte los pensamientos fríos pero reconfortantes de Zenón de Citio, de Terencio o de Virgilio... «Soy humano y nada humano me es ajeno».

Como Imperio, Roma tuvo más éxito que Atenas, la cual nunca poseyó fuerza suficiente para proteger, ni siquiera durante una generación, las zonas que explotaba. Pero Roma, en realidad, no tuvo éxito. Pues la ciudad de los sueños de Escipión y Cicerón se desvaneció aun antes de que los durmientes despertaran; a decir verdad, no existió nunca. Tanto el orden de Roma como la

justicia de Roma y la paz de Roma estaban edificadas sobre una explotación y una aniquilación brutales. En su punto culminante de desarrollo, Roma era un roble cuyas extendidas ramas escondían la podredumbre que devoraba desde dentro la base del tronco: los cerdos podían hozar la tierra en busca de trufas, las que crecen mejor bajo los robles enfermos, pero debajo de esas ramas no crecería ninguna clase de alimentos más nutritivos. El Imperio que había hecho retroceder a las tribus bárbaras que amenazaban sus fronteras erigió una barbarie mayor en el corazón mismo de su dominio, en la propia Roma. Allí, la perspectiva de destrucción y exterminio en masa de que escapó la ciudad, gracias a las armas romanas, reaparecía en la representación de fantasías aún más patológicas. El éxito rapaz aseguraba un repugnante fracaso parasitario.

La misma palabra «parásito» fue una invención romana necesaria para describir una relación humana que hasta entonces nunca había asumido una forma tan reconocible, indudablemente patológica. Durante largo tiempo los patricios romanos se habían jactado de la procesión de clientes que iban a presentarles sus respetos y reforzaban sus egos. Originalmente, el cliente era un hombre respetable, que se mantenía por su propia cuenta, tal vez como agricultor arrendatario o aparcero de un gran terrateniente, de quien solo dependía para la asignación de unas tierras, pero muy capaz de ganarse su propia vida. El parásito había descendido mucho más: ya no tenía ninguna relación económica positiva con su patrón; era el gorrón adulador, el pedigüeño inveterado que no tenía otro medio de vida que las dádivas y los favores de su protector. Al pegarse a un rico, perdía toda posibilidad de locomoción o de sostén independientes. Hay muchos precedentes de esta conducta en el reino animal.

En la naturaleza, este parasitismo es, a menudo, tan ruinoso para el anfitrión como para la criatura que medra a sus expensas: si esta pierde la capacidad de movimiento libre o de autoabaste-

cimiento, el anfitrión, por su parte, se torna dependiente y debe esforzarse más para mantener viva a la criatura aparentemente más débil. Los ricos y los poderosos se encontrarían a menudo en esta situación: a cambio de la vida decorosa que se negaban a dar a las clases inferiores en términos económicos, se veían obligados a ceder en estallidos de generosidad pública indiscriminada. Ahora bien, el parasitismo romano fue inicialmente introducido y literalmente alimentado por los mismos éxitos de Roma en materia de conquistas voraces; y terminó por producir en forma más general la misma vida sin función, vacua y dependiente tanto para ricos como para pobres, llenos de apetitos insaciables y de angustias insuperables.

En Roma, toda una población, que ascendía a cientos de miles, asumió el papel parasitario durante una vida entera; y el Imperio en expansión fue convertido en un aparato destinado a asegurar sus existencias, manteniéndolos «en el estado a que se hallaban acostumbrados», sobornando para ello descaradamente al ejército, que era el único factor que garantizaba la afluencia de tributos, esclavos, cautivos y animales salvajes que engullían incesantemente las fauces de esta ciudad insaciable.

Tan vitales son las actividades autónomas del organismo, tan necesarias para mantenerlo íntegro, que toda cesión de independencia tiene hondas repercusiones psicológicas. En particular, el sentimiento infantil de dependencia, prolongado hasta la edad adulta, suscita desconfianza de sí mismo y autoodio, lo cual impone un deseo suicida de venganza. Los impotentes desarrollan un deseo vehemente de poder virtual, cuando no activo, en tanto que aquellos que no han vivido su propia vida experimentan el violento deseo de imponer a otros una muerte humillante. Para expiar las limitaciones de una existencia parasitaria, el parásito trastrueca los valores de la vida, de modo que todos sus actos asumen una forma negativa. El odio que el parásito siente contra sí

mismo lo proyecta sobre víctimas adecuadas y chivos expiatorios, a quienes cubre con su propia desesperación, con su propio asco por sí mismo, con su propio deseo de muerte.

Al darle una forma municipal a este parasitismo o, mejor dicho, al darle una sólida base colectiva mediante la dádiva dual de pan y circo, Roma consolidó los errores fatídicos de explotación política de otras tierras y ciudades. Irónicamente, al ceder al parasitismo renunció, al mismo y tiempo, a la vitalidad rapaz que lo había hecho posible. Hundiéndose bajo las soporíferas ilusiones de la *Pax Romana*, los viejos jefes patricios perdieron su asidero. Incluso fuera de Roma, la autonomía del gobierno desapareció paulatinamente bajo el Imperio: los municipios otrora autónomos eran regidos por magnates locales que representaban los intereses de los hacendados o de los comerciantes, nominalmente funcionarios del Estado, que se mantenían en el poder, en compañía de su parentela, mediante los mismos métodos descarados que se habían desarrollado en Roma. La paz y la justicia de que se jactaban los romanos tenía más o menos el mismo grado de realidad que la «competencia» que funciona bajo el actual control monopolizador y el consumo forzado que imponen los negocios en los Estados Unidos. Era una ficción descarada. La pretensión misma de ley y orden fue una y otra vez minada por las asesinas intrigas palaciegas, la extorsión rapaz y los levantamientos militares que acompañaban la elección de cada sucesivo emperador. Para la guardia pretoriana era preferible un perro depravado como Cómodo que su digno y honorable sucesor Pertinax, que bien pronto fue asesinado por aquella.

La existencia de una economía parasitaria y de un sistema político voraz produjo una institución urbana típicamente romana que abarcó ambos aspectos de su vida y les dio un marco espectacular: la antigua práctica del sacrificio religioso sangriento adquirió una nueva forma secular en el circo.

La vida romana, pese a todas sus pretensiones de paz, se centraba cada vez más en los rituales imponentes del exterminio. En pos de sensaciones suficientemente agudas como para tapar momentáneamente la vacuidad y la falta de sentido de su existencia parasitaria, los romanos recurrieron al expediente de organizar representaciones con carreras de carruajes, espectaculares batallas navales en lagos artificiales y pantomimas teatrales en las que se ejecutaban en público actos de *strip-tease* y otros entretenimientos sexuales más obscenos. Pero las sensaciones debían ser aguijoneadas constantemente porque el público se acostumbraba a ellas; de este modo, todo el esfuerzo llegó a su culminación con los combates de gladiadores; en ellos los agentes de este régimen aplicaron una inventiva diabólica a la tortura y al exterminio humanos.

Los habitantes de las metrópolis modernas no están demasiado distantes de Roma como para que les resulte imposible apreciar esta nueva forma. Tenemos nuestros propios equivalentes en las dosis diarias de sadismo que acompañan, como cápsulas de vitaminas contaminadas, a nuestra deficiente alimentación prosaica: las descripciones periodísticas, las noticias de la radio, los programas de televisión, las novelas y los dramas dedicados a representar, tan gráficamente como sea posible, todas las variedades de la violencia, la perversión, la bestialidad, la delincuencia y la desesperación nihilista. Así, para recobrar la sensación escueta de estar vivo, el populacho romano, alto y bajo, tanto gobernantes como gobernados, acudía en tropel a las grandes arenas para participar personalmente de semejantes entretenimientos, presentados con más realismo y puestos en escena con mayor crudeza. Día a día, en la arena, los romanos presenciaron actos de aberrante tortura y de exterminio en masa, semejantes a esos que siglos después idearían Hitler y sus agentes, para participar de forma indirecta en ellos aunque, al parecer, no tuvieran estómago para gozarlos con regularidad en persona.

Ya antes de que Roma hubiera pasado de la República al Imperio, la ciudad se había convertido en una vasta cámara de tortura colectiva. Allí, al principio so pretexto de asistir al justo castigo de los criminales, toda la población, como observara Séneca, se castigaba diariamente a sí misma. Tan absolutamente entregada a este mal estaba Roma que incluso la adopción del cristianismo como religión oficial del Estado no eliminó esta práctica. Cuando los vándalos cargaban contra las puertas de Hipona, la ciudad de Agustín, los gemidos de los moribundos defensores de las murallas se confundían con el rugido de los espectadores del circo, más preocupados por su disfrute diario que por su seguridad personal.

Con su afición al exterminio, tan hondamente arraigada durante muchos siglos, no ha de asombrarnos que los romanos consideraran que el atletismo griego era un poco afeminado y aburrido: las meras competencias deportivas no tenían la dosis necesaria de sangre, agonía y espanto. Interiormente, se corrompió la vida que tomara forma en Roma después de que fuese sofocada la rebelión de los esclavos bajo los Gracos y de la derrota de su gran rival comercial, Cartago, después de la segunda Guerra Púnica. A partir del siglo I a. C., Roma entró en esas fases de la existencia humana que Patrick Geddes caracterizara como «parasitópolis» y «patolópolis», o sea, la ciudad de los parásitos y la ciudad de las enfermedades. Así, Roma se convirtió en un receptáculo de vida negativa, de una vida que se volvía contra sí misma en actividades perversas y destructivas. En esto, Roma perpetuó y extendió los males a que todas las civilizaciones parecen exponerse, puesto que dio con una forma arquitectónica y con un ritual público que favorecía la expresión constante de estas negaciones. Como ocurre con nuestros preparativos para la exterminación nuclear y bacteriana, esta forma les dio una salida «normal» y aceptable a algo que, de otro modo, eran actos psicóticos indecibles e inexpresables privadamente. En una civilización que se desintegra,

la sanción de la mayoría convierte en «normales» la locura y l criminalidad. El padecimiento de la enfermedad universal se con vierte entonces en criterio de salud.

La base económica de este ritual sádico era el hecho de qu el proletariado de la ciudad de Roma se sostenía mediante una li mosna: es decir, mediante la dádiva regular, a unas doscientas mi personas, de pan procedente de almacenes públicos, situados en diversas partes de la ciudad. La tentación de llevar una vida indus triosa, con la esperanza de mejorar de situación económica, se de bilitaba, en particular en la privilegiada Roma, en virtud de que la principales necesidades de la existencia, como el pan y el circo, s tenían gratuitamente o, como en el caso de los baños, casi gratis.

Para hacer más fácil aún la asistencia de estos espectáculos ya en los días del reinado de Claudio, ciento cincuenta y nueve día estaban marcados como días de fiestas públicas, y nada menos qu noventa y tres, es decir, la cuarta parte del año, se dedicaban a jue gos costeados por el Estado. Enormes fortunas se invertían en or ganizar cada uno de estos eventos. He aquí la justificación popula de la rapacidad de los ricos y de la rapiña de los jefes militares También en esto el modo de vida romano, lo mismo que el norte americano actual, no conocía límites cuantitativos. Uno de los sig nos de indulgencia imperial era la creación inesperada de nuevo días de fiesta para celebrar victorias, y en vez de reprimirse est hábito cuando el poderío de Roma comenzó a decaer, el númer de días marcados en rojo aumentó constantemente. En el año 35 se contaron ciento setenta y cinco días de juegos, casi el doble qu los señalados en la época de Claudio, en tanto que el número tota de días de fiesta llegó a doscientos, o sea más de la mitad del año.

Ningún conjunto de ciudadanos, ni siquiera los ateniense en el apogeo de su imperio, tuvieron nunca tal abundancia d tiempo libre para llenar con ocupaciones idiotas. Ni siquiera lo Estados Unidos mecanizados, con la semana de cinco días, pue

den compararse con Roma; porque, además, después del mediodía, los trabajadores romanos, que sin duda se habían levantado al alba, no sufrían nuevas exigencias sobre su tiempo. Llevó siglos la transformación de la vida activa y útil de la primitiva ciudad republicana a la vida pasiva y parasitaria que por último la dominaría. Pero al final, la concurrencia a los espectáculos públicos terrestres y náuticos, humanos y animales, se convirtió en la principal ocupación de la existencia de sus ciudadanos, ocupación que todas las demás actividades alimentaban directa o indirectamente.

Exactamente del mismo modo en que hoy, para muchos millones de personas, la vida «real» solo existe en la pantalla de televisión, y todas las manifestaciones inmediatas de vida son secundarias, accesorias, casi exentas de sentido, para el romano la rutina entera del espectáculo se volvería algo obligatorio: «¡El espectáculo debe continuar!». No estar presente en el espectáculo era estar privado de vida, de libertad y de felicidad. Séneca, el maestro y compañero del joven Nerón, consideraba que su propia presencia en los encuentros de gladiadores era todo un engorro, pero iba de todos modos. El hábito de concurrir regularmente a los espectáculos era algo que ni siquiera el más melancólicamente cuerdo de los emperadores romanos, Marco Aurelio, podía romper sin temor a una reacción pública hostil. Era peligroso para el emperador evidenciar, hasta con su ausencia, su desagrado personal.

La necesidad de estas diversiones de masas se hizo imperativa en proporción con la inutilidad del resto de la existencia. Incluso la vida intelectual de Roma, que nunca fue tan aguda como la de las ciudades griegas, exhibía una insustancialidad y una vacuidad análogas. Por más que Roma no llegara a inventar los concursos de preguntas y respuestas, tan amados por las audiencias televisivas, la gente se interesaba en preguntas vanas de la misma índole: ¿cuántos hombres remaban en la galera de Eneas? O bien:

¿qué alimentos tomó Escipión para desayunar antes de conquistar a los cartagineses?

Llegamos, pues, a una nueva forma urbana: el circo. Era un recinto con gradas, abierto al firmamento, donde decenas de miles de romanos se congregaban para contemplar los espectáculos, y algunos para pasar el día entero allí, pues la representación empezaba por la mañana. Fue allí donde la maestría romana en materia de ingeniería llegó, tal vez, a su cúspide: fue allí donde el deleite romano ante el logro cuantitativo concibió una forma arquitectónica cuyo éxito mismo depende de la masa y la escala, con los espectadores distribuidos, grada sobre grada, en una pendiente angular y empinada.

La nueva forma se prestaba para muchos propósitos diferentes. El espectáculo estaba tan hondamente arraigado en la vida romana que hasta el teatro se apartó de su inicial trazado semicircular para convertirse en un círculo completo. Con ese cambio, el antiguo drama de estilo griego fue remplazado por una forma de ópera, que dependía de efectos espectaculares, y la ópera se convirtió en pantomima, lo cual, sin duda, era necesario para que un público demasiado grande pudiera escuchar claramente las palabras al aire libre.

Roma se había convertido en el circo de circos, donde las actividades habituales de una ciudad estaban supeditadas a la producción en masa de sensaciones violentas derivadas de la lujuria, la tortura y el asesinato. De todas las representaciones, las más inocentes eran las carreras de carros, si bien la posibilidad de que el vehículo volcase y el conductor quedara aplastado debía de saciar la avidez ilícita de sangre, como ocurre con la misma posibilidad en las actuales carreras de coches. Pero el espectáculo supremo del circo, aquel que le dio a la ciudad un sello especial en su degeneración característica, fue la lucha de gladiadores.

Los juegos de gladiadores fueron introducidos por vez primera en Roma, en el año 264 a. C., por el cónsul Décimo Junio Bruto, en ocasión de los funerales de su padre; pero los romanos les dieron un giro más utilitario al emplear estas competiciones letales como medio popular para el castigo público de criminales, cabe suponer que al comienzo tanto para escarmentar como para entretener. Por desgracia, demasiado pronto las ordalías del prisionero se convirtieron en la diversión bienvenida del espectador, y no bastó vaciar las cárceles para proporcionar un número suficiente de víctimas que satisficiera la demanda popular. Al igual que en el caso de los sacrificios religiosos de los aztecas, se organizarían expediciones militares destinadas a proporcionar suficiente número de víctimas, humanas y de animales. Allí en el circo, tanto profesionales degradados, adiestrados a conciencia en su oficio, como hombres y mujeres completamente inocentes, eran torturados, para deleite del público, con todos los artificios imaginables que pudieran mutilar los cuerpos e infundir terror. Y allí se descuartizaban animales salvajes, sin que se procediera a comerlos, como si se tratara de meros seres humanos.

Las instituciones características que contribuyeron a hacer memorable la ciudad helénica, el gimnasio y el teatro, derivaban en última instancia de una fuente religiosa, los juegos funerarios y los rituales de primavera y de cosecha. Cabe decir otro tanto en el caso de Roma, pero con una diferencia. En Roma, la muerte trágica, concebida religiosamente, generadora de piedad y de una sobria introspección, se convirtió en asesinato en masa, que vomitaba un terror ilimitado sin un toque salvador de piedad; en tanto que, del mismo modo, la saludable picardía de la antigua comedia ática, con todo su tosco humorismo sexual, se convirtió en un obsceno jugueteo con los órganos genitales de la colectividad, en un juego en el que la impotencia recurría al sadismo para falsificar y exacerbar el deseo sexual. En el espectáculo romano hasta los honestos impulsos animales eran deformados y maculados.

La excusa inicial que justificara el remplazo de la ejecución a secas de los criminales por los choques de gladiadores —con su posibilidad de indulto— fue arrollada por la demanda en masa de asesinatos inexorables, sin que importara quién pudiera ser la víctima. Entre estos horrores, no era el menos popular la matanza en cadena, en la que se designaba a una víctima para que fuera muerta por otro, a quien a su vez se desarmaba y mataba, y así sucesivamente a lo largo de la fila. La utilización ulterior de doncellas cristianas como ofrendas especiales en el espectáculo daba un atractivo adicional: el de la virginidad inocente, que se dejaba desnuda antes de ser arrojada a los leones. Con estricta justicia, permítaseme agregar que consta que la muchedumbre reclamó la liberación de Androcles, cuando el león, de cuya garra había extraído una vez una espina, se negó a comerlo. Semejante exhibición de espíritu deportivo era algo demasiado poco frecuente para que, incluso entonces, se la dejara pasar por alto.

El primero de los grandes circos, el Circo Flaminio, edificado en el Campo de Marte, al borde del Tíber en el año 221 a. C., era ya una gran estructura. Esta forma primitiva se desarrolló a partir de la simple pista plana de carreras, con los asientos para los espectadores situados en las colinas vecinas, sistema este que data del siglo IV. Pero fue Julio César quien reconstruyó el más antiguo y grande entre los circos, el Circo Máximo —estructura que misteriosamente elude las excavaciones hasta la fecha—, y este era tan vasto que contenía, según una autoridad del siglo IV, 385.000 asientos para los espectadores, si bien Carcopino reduce la cifra a 255.000 y Curcio a «solo» 80.000.

Pero aunque las carreras de caballos perduraron más que los encuentros de gladiadores, aunque solo fuera porque resultarían la forma de competición más aceptable para la Bizancio cristiana, fue en el teatro destinado a la tortura en masa donde la forma arquitectónica alcanzó su desarrollo máximo. El Coliseo, iniciado

por Vespasiano, terminado por Tito y decorado por Diocleciano, se convirtió en modelo de obras similares en ciudades más pequeñas, en tanto que sus cuarenta y cinco mil asientos fijaron una norma de magnitud que no se superó, excepto en la propia Roma, hasta nuestros días.

Aunque se acepte una cifra baja por cada unidad, se diría que casi la mitad de la población de Roma podía tener cabida simultáneamente en sus circos y teatros, proporción mucho mayor que la posible en otras ciudades hasta que la comunicación electrónica extendió indefinidamente el alcance de la representación y el número de espectadores. Hasta en una pequeña ciudad de provincia como era Pompeya, el anfiteatro podía contener veinte mil personas: probablemente más de la mitad de su población adulta total. La misma gran capacidad caracterizaba los baños, si se añaden los cientos de instituciones privadas a los baños públicos más gigantescos.

El circo y el baño fueron, en realidad, la nueva contribución romana al legado urbano, contaminándolo el uno y purificándolo el otro: concebidos ambos como estructuras colosales para el entretenimiento de las masas, en una época en que la organización colectiva exigía gran densidad espacial y gran densidad de ocupación. Estas dos formas surgieron al mismo tiempo y desaparecieron al mismo tiempo; y en el curso de su existencia absorbieron intereses y energías que podrían haberse dedicado, si se los hubiera orientado en forma más benéfica, al enriquecimiento de la vida común y al restablecimiento de la actividad autónoma. Puede colegirse la importancia adquirida por las exhibiciones de gladiadores a través del hecho de que Constantino, quien se atrevió a convertir el cristianismo en la religión oficial del Estado romano, no abolió los espectáculos y ni siquiera los juegos de gladiadores. A lo sumo, en el año 326, puso fin a la costumbre de arrojar criminales a las fieras, y solo en el 404, seis años antes de que los

ejércitos bárbaros de Alarico saquearan Roma, prohibió Honorio los combates de gladiadores.

A esa altura de los tiempos, iban apagándose una a una las antiguas luces del mundo clásico. En el año 394 se celebraron los últimos juegos olímpicos; y en el 537 dejó de afluir agua a los baños de Caracalla, aunque los carros cargados de madera destinada a calentar el agua habían cesado de llegar regularmente desde hacía ya muchos años. Más significativo es todavía que la contribución máxima que hizo Grecia a esta vida, por cierto excesivamente corporal, a saber, la Escuela de Atenas, se cerró en el año 529. Así, se desvanecieron al mismo tiempo tanto la antigua cultura helénica del cuerpo bien cultivado y del espíritu perfectamente encarnado como la cultura romana del cuerpo en gran parte embrutecido, servil ante sus propias sensaciones y parasitario de su propio poder.

Pero el destino fatídico del modo de vida romano y del legado urbano de Roma debía de ser ya visible en los grandes anfiteatros desde fecha muy anterior, al menos para aquellos que sabían ver las cosas. A medida que la vida diaria se tornaba más horrible, a medida que el terror, el sufrimiento y la muerte avanzaban sobre la ciudad, pues ya no era posible mantenerlos encerrados en el circo, aquellos que estaban atentos a sus realidades o que eran sensibles a sus males debieron alejarse de esas repugnantes diversiones. Dejarían sus asientos vacíos y visibles en el circo; y los claros serían cada vez más extensos, a medida que la población misma disminuía de número. Parasitópolis se había convertido en Patolópolis; y, más aún, Patolópolis se había convertido en Psicopatolópolis, donde el señor absoluto era un Nerón o un Calígula. A esa Patolópolis ya no se la podría salvar de ningún modo, por más que se convirtiera en Tiranópolis y tratara de lograr seguridad y continuidad mediante la jerarquía fija y la residencia fija. El mero ímpetu del hábito, la inercia del gran número, aumentó la

velocidad de su descenso. «¡Sálvese quien pueda!». Solo quedaba una etapa más del desarrollo urbano, la cual llegó pronto: Necrópolis, la ciudad de los muertos.

En el siglo v el espectáculo había terminado en el centro, si bien se prolongó durante un milenio más en el borde oriental del Imperio, donde Bizancio, mediante un inmenso esfuerzo de voluntad, modificó suficientemente el contenido de la vida romana para preservar sus instituciones en un estado de desarrollo esmeradamente detenido, que es notable, sobre todo, por los perfeccionamientos logrados en las artes militares. Algo de ese arte y de esa vida es aún visible en Rodas.

Pero cuando los anfiteatros quedaron convertidos solamente en cáscaras vacías, los antiguos actores no desaparecieron súbitamente. Se los encontraría rodando por las carreteras de aquel viejo mundo romano, deteniéndose en una corte bárbara atrayendo una muchedumbre en la feria: el levantador de pesas, el acróbata, el audaz equilibrista hípico, el hombre del oso bailarín. Como una imagen póstuma en el espíritu europeo, acaso en el vínculo vivo de la carne, de generación en generación, transmitiendo sus artes de padres a hijos, siendo a veces muy intrépida pero ya no entregada a la muerte, la vieja gente del circo continuó, tal vez, sus representaciones. Las crónicas de los monjes no darían noticia de ellos ni hubieran podido siquiera identificarlos aun en caso de que fueran conscientes de su existencia. Pero, como sombra o como sustancia, el circo siguió existiendo, y con el correr del tiempo volvió a la vida en la ciudad moderna. Expurgados sus pecados romanos, los circos y jardines zoológicos recuerdan todavía el modo de vida romano. También recuerdan que la propia Roma fue en otro tiempo «el espectáculo más grande del mundo».

5. Inventario urbano del siglo IV

Por su vastedad física y su acumulación de riquezas, Roma se asemejaba al imperio que había conquistado. Para hacer justicia a sus posesiones, hay que enumerarlas y catalogarlas. Desde el comienzo, todo fue colosal en Roma: ese era el genio mismo de la ciudad antes de que superara en mucho la condición de aldea; pues cuando el rey Servio trazó la primera gran muralla, abarcó más de cuatrocientas hectáreas, como para incitar al desarrollo que todavía no había tenido lugar. Esa muralla tenía quince metros de ancho, más de lo necesario para que la recorrieran dos carros de guerra a la vez. Si bien, considerando la primitiva tecnología militar para el asedio, el espesor de las primitivas murallas de Jericó resulta difícil de explicar, tampoco hay una explicación racional para el espesor de las de Roma.

La superficie y la población de Roma siguieron aumentando ininterrumpidamente hasta el siglo III de nuestra era. Después del cercamiento por la muralla de Aurelio, en el año 274 d. C., Roma abarcaba 1.344 hectáreas en su interior, en tanto que la superficie total edificada, incluida la zona construida inmediatamente después de la muralla, cubría unas dos mil hectáreas, según Carcopino: una ciudad formidable, incluso para los tiempos modernos.

El primer inventario del contenido de Roma es, por desgracia, tardío, pues se halla en un catastro oficial que data de los años 312-315. Pero la mera enumeración del contenido ayuda a rellenar los confusos contenidos de las ruinas subsistentes. Helo aquí: 6 obeliscos, 8 puentes, 11 baños públicos, 19 «canales de agua», 2 circos, 2 anfiteatros, 3 teatros, 28 bibliotecas, 4 escuelas de gladiadores, 5 espectáculos náuticos para combates marinos, 36 arcos de mármol, 37 puertas, 290 almacenes y depósitos, 254 panaderías públicas, 1.790 palacios y 46.602 casas de alquiler (viviendas).

A esto, Lanciani prefiere añadir 926 baños pequeños de administración privada —en cualquier momento, según su cómpu-

to, 62.800 ciudadanos podían usar los baños—, 18 *fora* o plazas públicas, 8 *campi* o paseos cubiertos de hierba todo el año, usados por la multitud, según señala Estrabón, para «jugar a la pelota, con el aro o a la lucha libre»; asimismo, unos 30 parques y jardines, trazados inicialmente por ciudadanos ricos para su comodidad privada, pero posteriormente pasados al dominio público. Esto deja aún de lado las 700 pilas públicas y las 500 fuentes, cuya provisión de agua procedía de 130 depósitos de abastecimiento cuya existencia señala T. G. Tucker. Estos últimos, dicho sea de paso, constituyen tal vez el más deslumbrante legado de la antigua Roma a la ciudad moderna, como lo testimonia hasta el presente la Fontana de Trevi.

Añádase a esta ciudad de los vivos otra ciudad de los muertos. No me refiero únicamente a los cementerios y monumentos conmemorativos. Había, además, una vasta multitud de estatuas; 3.785 eran de bronce, y en total, unas diez mil figuras; observaba Casiodoro que Roma tenía una segunda población de piedra y bronce, en muchos aspectos mejor situada que la viviente. Esa tradición ha sido conservada. Los parques de la Roma moderna apenas se quedan atrás con respecto a los de la ciudad antigua —y le llevan ventaja a cualquier rival, que yo sepa— en el número de bustos y estatuas de que se jactan.

«A ti —observaba Arístides en su *Loa a Roma*— llegan de todas las tierras y de todos los mares lo que nace de las estaciones y lo que los climas producen, lo que ríos y lagos, y la artesanía de heleno o bárbaro hacen. De modo que quien quiera contemplar todo esto, debe recorrer el mundo entero o bien quedarse en esta ciudad. Pues el trabajo y el esfuerzo de otros pueblos se tiene aquí siempre a mano, y en abundancia».

He aquí la apología clásica de la ciudad hipertrofiada: por su solo contenido público, este recipiente rebosaba, al parecer, hasta el punto de estallar, pues había hecho de la falta de selectividad

el principio mismo de su existencia. Hasta que la metrópolis del siglo XVIII inventó el museo con su forma especial, la ciudad misma sirvió de museo.

Pero hay otro modo de describir esta vasta miscelánea urbana, donde todo estaba en exhibición o en venta; y esa crítica aclaratoria procede de Luciano. «Un hombre que ama las riquezas y que se extasía ante el oro y mide la felicidad por la púrpura y el poder, que no ha gustado la libertad, probado el derecho a la palabra ni contemplado la verdad, cuyos compañeros constantes son la adulación y el servilismo, un hombre que ha entregado sin reservas su alma al placer y que ha decidido no tener otro señor que este, aficionado a las comidas extravagantes, al vino y a las mujeres, dado a la añagaza, el engaños y la falsedad»; un individuo así «debe vivir en Roma, porque en ella cada calle y cada plaza están llenas de las cosas que más aprecia».

Después de exagerar todo lo posible el mérito del logro urbano de Roma, queda siempre, en su vastedad y confusión, la encarnación cabal del materialismo insensato: una especie de supermonumento a Víctor Manuel, mucho antes de que se erigiera ese coloso del mal gusto.[3] Por su propio tamaño, desafiaba a quien quisiera apreciarla en conjunto, desde lo alto de una sola colina, como podía apreciarse Atenas; por su profusión que casi asquea hacía difícil la selectividad y la dirección disciplinadas. Aún hoy, su colección más antigua de edificios en permanente uso, su mayor colección de monumentos conmemorativos y tesoros —por ejemplo, la Ciudad del Vaticano— sigue siendo una acumulación tan asfixiante de estructuras como su gran predecesora, si bien su congestión resulta estéticamente tolerable, fiel en esto a la usanza romana, por la espléndida columnata de Bernini.

---

3 Mumford alude aquí al Altar de la Patria, más conocido por los habitantes de Roma como la Máquina de Escribir por su forma. *(N. del t.)*

Como símbolo de la posibilidad máxima de confusión urbana, de lo ordenado y lo accidental, de lo racional y lo caprichoso, de lo noble y lo degradado, Roma ha seguido siendo única durante más de dos mil años. Como Londres, en la actualidad, tiene algo para cada cual; y acaso, también como Londres, estaba llena de cosas buenas inesperadas de las que no han quedado huellas.

Es evidente que Roma sufría elefantiasis megalopolitana. Ahora bien, al considerar un organismo atacado por una grave enfermedad, que se ha vuelto crónica, se tiene una tendencia natural a identificar la condición patológica, cuyo efecto es a menudo invasor, con la vida entera del organismo vivo. Es evidente que esto constituye un error: mientras un organismo permanezca vivo, sus órganos principales deben seguir funcionando más o menos con normalidad o, por lo menos, suficientemente bien para mantenerlo. Esto, sin lugar a dudas, ocurría en el caso de Roma. Si bien contenía un número mayor de células patológicas que el que debe tolerar un cuerpo sano, la mayor parte de ella podía seguir funcionando como una comunidad humana: los amantes se intercambiaban los dones del amor, los padres protegían a sus hijos, gozaban con sus alegrías y hacían planes para ellos, los artesanos, esclavos o libres, ejecutaban sus faenas propias con interés y fidelidad, y solo cuando, hacia el fin del imperio, sus vocaciones quedaron convertidas en ocupaciones forzosas y hereditarias, trataron de escapar de la ciudad y de su régimen sombrío.

Más todavía: aparecieron nuevas instituciones para compensar la decadencia de las instituciones cívicas y de la vida familiar. Ya antes de que las religiones mitraica, maniquea o cristiana contaran con adherentes, una nueva agrupación cívica, el colegio, había hecho su aparición. Estos colegios eran los sociables sucesores de las ocho corporaciones económicas originales —que nunca habían gozado del favor de la autoridad pública— y los precursores de los gremios artesanales que resurgirían, según los documentos

escritos, en la primera parte de la Edad Media. Pues aunque los grupos que se reunían regularmente, y sobre todo si lo hacían en secreto, eran considerados con negras sospechas por las autoridades, se hizo necesario, en el siglo II de nuestra era, conceder licencia a los colegios como instituciones sociales que fomentaban la obligación de dar entierro decoroso a sus miembros fallecidos y de proporcionar una contribución mensual a los vivos.

Los esclavos tenían permiso para incorporarse a estos colegios: les proporcionaban un vínculo de camaradería para superar el anonimato así como la anomia, es decir, el desarraigo espiritual y la soledad de la ciudad hipertrofiada. Estos grupos mantenían, por así decir, las antiguas ceremonias familiares, cuya posibilidad había sido eliminada por el apiñamiento en las viviendas. Las leyendas y los monumentos que han dejado oscuros artesanos y mercaderes en todos los lugares del mundo romano indican satisfacción por su trabajo, así como respeto por sí mismos: el herrero con su martillo, el tonelero con su barril, tenían el orgullo de que en sus lápidas se grabaran sus efigies. Si no hubiera subsistido esta vasta base de existencia sólida y normal, Roma se había derrumbado mucho antes.

Sí: una vez dicho lo peor sobre la Roma urbana, debe añadirse una palabra más: hasta el final, los hombres la amaron, incluso san Jerónimo. Cuando ya solo era una sombra de lo que había sido, arrugada y grisácea, como la vieja cortesana de Rodin, seguía recordando su enorme vitalidad y el encanto de su madurez, si no la manchada inocencia de su juventud. Nada que el hombre haya amado alguna vez puede ser del todo vil; y lo que el hombre ha seguido amando a través de los siglos ha de tener, a pesar de todas las apariencias, algo digno de ser amado.

Es más, los herederos cristianos de Roma, a pesar de sus candentes recuerdos del circo y de su humillante retirada a las catacumbas, escogieron esta ciudad como piedra basal para erigir

una nueva civilización urbana. Cuando los cultos de Mitra y Manes habían pasado —ambos vivían aún en la época de Agustín— y los cristianos emprendieron la tarea de poner toda su vida sobre una base nueva, vieron en la misma ciudad agonizante el centro de un mundo nuevo. Con el paso de los siglos, Roma sobrevivió como ciudad, mejor que Hipona, Belén o Antioquía. De Roma, finalmente, salieron las hermandades cristianas que recolonizarían espiritualmente el antiguo Imperio y extenderían su dominio colonial. Así, Roma subsistió como represa humana. Fuentes mucho más puras, como la de Jonia, no pudieron llevar sus aguas tan lejos ni despachar sus mensajeros por caminos tan bien construidos.

6. Límites del crecimiento urbano

Roma es, pues, el ejemplo clásico de lo que el perspicaz biólogo W. M. Wheeler llamó *Abbau* o proceso de «de-construcción».[4] La desintegración de Roma fue el resultado final de su hipertrofia, que determinó una parada de funcionamiento y una pérdida de control sobre los factores económicos y agentes humanos que eran esenciales para su existencia continua. En algún momento, la organización romana debió de volverse etérea y capaz, mediante la educación, de mantener el orden sin recurrir abiertamente a la fuerza ni detener a nadie. Pero no alcanzó nunca ese punto, pues Roma no se convirtió para los demás en un modelo conveniente de cooperación cívica disciplinada, sino en un ejemplo amenazador de expansión sin control, explotación inescrupulosa e hinchazón materialista.

---

4 La particular traducción que hace Mumford del término *Abbau* (desmantelamiento) no tiene nada que ver con la «deconstrucción» de Derrida. *(N. del t.)*

Al plan romano le faltó un sistema interno de control, aplicado en el centro tanto como en las nuevas ciudades coloniales. Si Roma hubiera logrado este sistema y ejercido este autocontrol, habría podido proveer, con su gran capacidad para la ley y el sistema, un elemento universal necesario del que careció el sistema jónico de colonización. A falta de ello, la principal contribución de Roma al desarrollo urbano es la lección negativa de su hipertrofia patológica; lección que, al parecer, es de tan difícil aprendizaje que, una ciudad tras otra, han interpretado la mera expansión física y económica como testimonio de su prosperidad y cultura.

Por tal motivo, me he detenido en la caótica salubridad de Roma, en su régimen parasitario de vida y en sus rituales compensatorios de exterminio. En la reiterada decadencia y caída de una civilización tras otra, después de haber logrado el poder y el control centralizado, puede verse una incapacidad para llegar a una solución orgánica del problema de la cantidad. Todo centro megalopolitano hipertrofiado de hoy, y toda provincia exterior tocada por la vida de este, exhiben los mismos síntomas de desorganización, acompañados de síntomas no menos patológicos de violencia y desmoralización. Quienes cierran sus ojos a estos hechos repiten, con perfecta mímica, las palabras y los actos igualmente ciegos de sus predecesores romanos.

Cuando se busca el punto en que el crecimiento de Roma podría haber sido controlado, se advierte que la respuesta reside en la totalidad del sistema político. Porque el problema de Roma consistía, fundamentalmente, en inventar un medio para difundir su poder y su orden, de modo tal que todo el Imperio se convirtiera en un sistema equilibrado e intercomunicado, en el que hubiera intercambio y cooperación bilaterales entre todas las partes integrantes, urbanas y regionales. Hubo, como ya he señalado, un comienzo de esto en el trazado de las nuevas ciudades

italianas de colonización en los últimos años de la República, y tal vez también en las africanas.

Por desgracia, este movimiento nunca llegó al punto de intentar hacer que las ciudades o las provincias fueran más democráticamente autónomas y más autosuficientes, pues una proporción excesiva de sus excedentes estaba destinada a volver al centro, a través de los muy permeables canales de los recaudadores de impuestos y gobernadores militares. A menudo se les dio a las ciudades cierto grado de independencia dentro de este sistema; pero lo que hacía falta era un método para fomentar su interdependencia y para dar a sus regiones una representación efectiva en el centro. Esta posibilidad parece haber rebasado los límites de la imaginación romana, pese a toda la fidelidad, de puertas para afuera, al concepto de Zenón sobre la humanidad unida. Sus dioses eran trasladados a Roma y se les hacían altares en el Panteón; pero no había lugar para sus representantes vivos en el Capitolio.

Cicerón, en su tratado *Sobre las leyes*, observaba que «todos los naturales de ciudades italianas tienen dos patrias», la una por naturaleza y nacimiento; la otra, por ciudadanía. Pero no existía paridad entre estas dos patrias, incluso en Italia; en tanto que, al otro lado de los Alpes, los romanos llegaban a prohibir a los nativos de la zona, en los días de Cicerón, que plantaran olivares y viñedos, «a fin de que nuestros olivares sean más valiosos». Así, Roma prolongó las antiguas tendencias monopolistas de la ciudadela antigua, tendencias que han demostrado ser, a lo largo de tres mil años, aún más hostiles a una unión duradera y a una política de cooperación que el particularismo de las pequeñas ciudades-Estado del Egeo.

El secreto del predominio de Roma estaba en la fórmula «divide e impera». Para impedir que las ciudades menores se unieran contra Roma, esta socia principal fomentaba, de hecho, la rivali-

dad, para que una provincia entera no pudiera aunar fuerzas y oponer la suma de su poderío a Roma. En realidad, esto no habría sido necesario en caso de que el sistema romano se fundamentara en la justicia y en la igual participación en las responsabilidades y los beneficios. En el caso de miembros distantes del Imperio, como Rodas, se admitía, es verdad, un grado considerable de autogobierno y de autonomía cultural; la ayuda activa solo se exigía en caso de guerra. Pero, por lo general, la relación era de control unilateral y sumisión; de hecho, a medida que la economía romana se tornaba progresivamente más parasitaria, y por lo tanto más dependiente de campos y fábricas distantes para su aprovisionamiento de grano, metales, tejidos, papiro y cerámica, más unilateral y monopolista se volvía la relación. Lo que hacía falta era, como destacó W. E. Heitland, algo absolutamente diferente: una auténtica «consolidación de sus fuerzas que permitiera al poder central y a sus partes separadas trabajar conjuntamente como un todo orgánico».

Esto no hubiera significado tan solo autogobierno urbano y autonomía regional: asimismo, hubiera conllevado el final de la enfermiza hipertrofia de la propia Roma. Al parecer, se había logrado este estado en la Galia hacia el siglo v, con la ayuda de las mismas fuerzas que estaban haciendo insostenible la situación de Roma. La lucha contra el excesivo poder de Roma en el seno de la Iglesia cristiana, representada por la aparición de una herejía tras otra en las provincias, desde Inglaterra hasta África, también puede ser interpretada como un esfuerzo por expresar, a través de convicciones religiosas, la independencia que el Estado romano les había negado de otro modo. Pero este desafío se lanzó demasiado tarde. A Roma le faltaba la base para una relación bilateral, ya que al final no podía ofrecer a cambio un equivalente. Y al hacer dependientes a las ciudades del Estado central para sus privilegios de gobierno propio, Roma las comprometió en las debilidades acumulativas de ese Estado.

Durante el periodo de la Pax Romana, estas graves fallas quedaron ocultas en parte. Se edificaron nuevas ciudades sin murallas y se permitió que se derrumbaran las de las antiguas. Pero, cuando los bárbaros empezaron a infiltrarse a través de las obras de defensa excesivamente extensas —incluso en la época de Horacio los ejércitos imperiales estaban siendo vergonzosamente hostigados—, la necesidad de murallas locales se hizo urgentísima. Entonces se alentó a ciudades tan próximas a Roma como Ostia para que construyeran murallas destinadas a la defensa propia, por más que, para llevar a cabo esta labor, fuera necesario derribar sus templos a fin de disponer de una existencia suficiente de piedra trabajada que permitiera solucionar el problema con inmediatez. Era autonomía con contrapartida: no se trataba del voluntario traspaso de poder a quienes eran más capaces de utilizarlo, sino de una confesión de impotencia imperial hecha de mala gana.

Roma nunca hizo frente al problema de su hipertrofia, pues, para hacerlo, hubiera tenido que desafiar por igual la base política y la económica de todo el régimen imperial. En vez de fortalecer la posición económica y militar de las ciudades más pequeñas, en especial en Germania, Britania y Galia, Roma enfrentó el desafío de su hipertrofia mediante ese acto de fisión que dejó dos imperios autónomos, el de Occidente y el de Oriente. Bajo el régimen de Constantino y sus sucesores, la Roma oriental, Bizancio, se convirtió en una contrapartida sofisticada y algo purificada del original, con un grupo más industrializado de artesanos, un ejército más disciplinado y una rutina más establecida. Durante un millar de años convirtió en virtud el desarrollo detenido.

Quienes todavía sostenían en el siglo IV que al Imperio Romano le quedaban otros mil años de vida tenían razón, en la medida que identificaran a Roma con la nueva ciudad de Constantino. Pero Bizancio, al superar el parasitismo y el desorden de Roma, creó un caparazón en el que, siglo tras siglo, la criatura viva disminuiría de

tamaño, volviéndose cada vez más difíciles sus movimientos. En efecto, el Imperio oriental se encogió hasta las dimensiones de una provincia; y la provincia, hasta las de una región urbana: al final, esa región misma se contrajo hasta los límites de la ciudad, dentro de cuyas murallas, en terrenos baldíos, se volvió a producir alimentos para dar de comer a los últimos residuos de su población, antes de que se rindieran a los turcos. Muchas cosas que eran glorias de Roma se mantuvieron en Bizancio en un estado de elegante fosilización: las Pandectas de Justiniano, la Antología griega, el arte de los mosaicos pintados. Rávena y Torcello revelan aún el resplandor de las ascuas oscuras de ese fuego agonizante.

Con suficiente conciencia de su situación real, con suficiente inteligencia para actuar sobre la base de esa conciencia, Roma podría haber hecho por todo el mundo mediterráneo lo que Lisias instara a Alejandro a hacer por Grecia. Roma podría haber mantenido y difundido la economía de la ciudad autónoma, introduciendo al mismo tiempo esas ciudades y regiones en un círculo más amplio de unión política e intercambio económico. En realidad, tal parecía ser el camino que el Imperio estaba dispuesto a seguir en un comienzo, hasta que la ferocidad de la segunda Guerra Púnica causó una desmoralización general de su liderazgo. Pero los romanos nunca se hicieron cargo de estas realidades culturales y cívicas: cada vez más, persiguieron el poder y los emblemas materiales del poder como valores en sí mismos; y, a decir verdad, en pos de los segundos perdieron incluso las ásperas virtudes que afianzaban al primero.

Tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista del urbanismo, Roma perdura como una significativa lección de lo que hay que evitar: su historia presenta toda una serie de señales clásicas de peligro para prevenir y enseñar cuándo la vida se mueve en dirección equivocada. Allí donde las muchedumbres se reúnen en masas asfixiantes, donde los alquileres se elevan empi-

nadamente y empeoran las condiciones de la vivienda, donde una explotación unilateral de territorios distantes elimina la presión para lograr equilibrio y armonía en lo que se tiene más a mano, donde ocurren estos fenómenos, los precedentes de la construcción romana resurgen casi automáticamente, como podemos ver en la actualidad: el circo, los altos edificios de viviendas, las competencias y exhibiciones de masa, los campeonatos de fútbol, los concursos internacionales de belleza, el *strip-tease* que se ha vuelto ubicuo a través de la publicidad, la excitación constante de los sentidos a través del sexo, el alcohol y la violencia: todo esto con fidelidad al estilo romano. Así, también, la multiplicación de los cuartos de baño y el gasto excesivo en amplias autopistas; y, sobre todo, la concentración colectiva en masa con motivo de hechos efímeros de toda índole, ejecutados con una suprema audacia técnica. Estos son los síntomas del fin: exaltaciones del poder desmoralizado, reducciones de la vida. Cuando estas señales se multiplican, la Necrópolis está próxima, por más que todavía no haya rodado ni una sola piedra. Porque el bárbaro ya ha capturado la ciudad desde dentro. ¡Ven, verdugo! ¡Venid, buitres!

CAPÍTULO IX

Claustro y comunidad

1. La ciudad del cielo

En el siglo v la sangre manaba de las venas abiertas de Roma y las manos que en otro tiempo habían gobernado un Imperio ya no podían mantener un control seguro en ningún lugar. Al relajarse la presión de la mano en que habían estado retenidas, las partes se desmoronaron.

Pero la agonía fue un proceso lento, y en medio de la decadencia urbana brotaba una vida nueva, como las semillas de la basura acumulada en un montículo de abono. La nueva visión religiosa que hizo posible esta vida confirió un valor positivo a todas las privaciones y derrotas que habían experimentado los pueblos romanizados: convirtió la enfermedad física en salud espiritual, la presión del hambre en el acto voluntario del ayuno, la pérdida de bienes terrenales en mayores perspectivas de redención celestial. Hasta el pecado ofrecía un camino hacia la salvación.

Al renunciar a todo aquello que el mundo pagano deseara y buscara, el cristiano dio los primeros pasos hacia la construcción de una nueva estructura a partir de los escombros. La Roma cristiana fundó una nueva capital, la Ciudad Celestial; y un nuevo vínculo cívico, la comunión de los santos. He ahí el prototipo invisible de la nueva ciudad.

Muchos motivos se han atribuido al triunfo del cristianismo, pero el más evidente de ellos es que la previsión cristiana de un mal radical —pecado, dolor, enfermedad, debilidad y muerte— estaba más cerca de la realidad de esta civilización que se desintegraba que cualquier credo basado en las antiguas imágenes de «vida, prosperidad y salud». Todo el drama de la vida derivaba, para el cristianismo, de su método para ir al encuentro de las privaciones. En tanto que en todas las civilizaciones más antiguas los hombres habían sido sacrificados sin reservas a sus dioses, en el caso del cristianismo, su dios había asumido la forma humana y había aceptado el sacrificio, a fin de redimir al hombre pecador y liberarlo de la angustia y la culpabilidad que resultaban de su condición.

En vez de eludir las feas realidades de su tiempo, el cristiano las abrazaba. Al hacer voluntariamente lo que los paganos se empeñaban en evitar, neutralizaba y en cierta medida superaba las fuerzas que lo amenazaban. Visitaba al enfermo, consolaba a la viuda y al huérfano, redimía las ignominias del hambre, la enfermedad y la escualidez al convertirlas en ocasión de compañerismo y amor. En vez de aferrarse a la seguridad y la sensación de comunidad en la presencia de grandes muchedumbres, aceptaba su dispersión y buscaba el solaz en una unión más íntima en que dos o tres personas solas se reunían en nombre de Cristo: de hecho, los más santos se retiraban juntos, en busca de silencio y soledad.

Todas estas transformaciones internas dejaron su impronta, durante los mil años siguientes, en las ciudades de Europa occidental. Pero antes de que Roma cayera, a decir verdad ya en el siglo III, la secta cristiana había comenzado a anticipar lo peor; y sus miembros, amenazados con persecuciones y matanzas, habían empezado a establecer para sí un nuevo orden de vida en las cuevas que perforan las colinas de Roma, donde daban cristiana sepultura a sus hermanos de fe, excavando capillas y altares subterráneos, así como tumbas. El nuevo sentido de compañerismo

que se expresara primeramente en las religiones mistéricas griegas encontró ahora una expresión más cabal.

En el curso del Imperio, el cristianismo fue, durante largo tiempo, un movimiento clandestino, considerado oficialmente, hasta el año 313 de nuestra era, como una actividad subversiva. Así, no fue casual que, en Tréveris y Metz, los cristianos establecieran inicialmente sus capillas en las viejas murallas romanas y en cámaras subterráneas de los circos. En Metz, la primera iglesia cristiana estaba en el interior del antiguo anfiteatro. He aquí una nueva clase de *ecclesía* o asamblea, para la que ni el templo clásico ni el propio foro proporcionaban una forma urbana adecuada.

No solo se trataba de que los viejos edificios romanos eran espiritualmente detestables, con sus imágenes y sus símbolos paganos: muchos de ellos se volvían funcionalmente ineficaces, como el teatro, el circo y el baño, ya que contradecían de lleno el modo de vida cristiano. Solo los viejos templos y basílicas, construidos para que dieran cabida a muchas personas, fueron convertidos fácilmente en refugios para las congregaciones cristianas; así, el templo de Antonio y Faustina, en Roma, se convirtió en la iglesia de san Lorenzo, y el edificio del Senado, en la iglesia de san Adrián; y hacia el siglo XIV de nuestra era, casi la mitad de las mil o más iglesias existentes en Roma indicaban todavía, por sus nombres o su estructura visible, su origen pagano. Pero los baños ya no se usaban como baños, ni los circos como circos. Su inutilidad permitía prever su ruina posterior.

Ciertamente, Roma no murió de muerte repentina ni las ciudades del Imperio se derrumbaron y se hicieron inhabitables en poco tiempo. Las invasiones bárbaras habían comenzado, en realidad, en el siglo III, y en un sentido continuaron, esporádicamente, durante más de mil años. Incluso en el siglo XX un arqueólogo italiano explicaría las dificultades del ejército italiano para parar a los austríacos y a los alemanes en el Piave recordando

que esa fue la abertura a través de la cual habían llegado los godos y los hunos, mucho tiempo atrás. En realidad, las ciudades son como los árboles: una vez establecidas, se hace necesario destruirlas hasta las raíces para que dejen de vivir; de otro modo, incluso cuando se derriba el tronco, nuevas ramas se formarán alrededor de la base, como ocurrió en Jerusalén, después de su destrucción en el año 70 de nuestra era. Lo que Lavedan llama «ley de persistencia del plan» podía incluso extenderse con la designación de «persistencia del arquetipo urbano individual».

Así ocurrió en el caso de Roma y de las ciudades que ella había colonizado o gobernado: mermó la población que albergaban; sus actividades se redujeron; sus vidas quedaron, cada vez más, expuestas a invasiones contra las que ya no podían protegerse; las mismas carreteras, que en otros tiempos les llevaban seguridad y riqueza, ahora solo servían para facilitar el paso de los conquistadores bárbaros. Con un ejército invasor, un viaducto roto y una serie de malas cosechas locales, la población restante optaría por marcharse a las montañas. Todo esto anunciaba el fin del urbanismo romano, repitiendo la triste historia que Pausanias contara cuando visitó las regiones devastadas y desiertas de Grecia, cuyas ciudades se habían convertido en caparazones rotos. A medida que la vida urbana empeoraba por falta de mano de obra que se hiciera cargo de las rutinas habituales, los edificios antiguos serían saqueados en busca de piezas sueltas de mobiliario y vajilla, al modo de esas familias necesitadas que fueron ricas en otros tiempos y que van vendiendo, una a una, sus viejas posesiones. Pero un escondrijo en el campo bien valía un palacio en la ciudad.

En el interior de la propia ciudad de Roma se dio una transformación que se estaba produciendo en todas partes. Entre los siglos VIII y XII, uno de los primeros indicios de la nueva ciudad medieval fue el traslado del mercado del foro a la colina capitolina, de más fácil defensa. Con el mercado se trasladó el gobierno mu-

nicipal mismo, de modo que ya mucho antes del año 1145, cuando fue reconstruido casi por completo, este último quedó establecido en esa empinada colina. Pero los viejos hábitos también se adhieren firmemente. A medida que la vida se tornaba más insegura, os frentes de las tiendas también serían recubiertos de ladrillos para protegerlos; pero el tipo más antiguo, por completo abierto a la calle, y el nuevo tipo amurallado pasaron a la Edad Media en Italia, del mismo modo que las casas de alquiler del siglo XIV conservaron en Florencia la forma de las *insulae* romanas. Ni el modo de vida romano ni las formas romanas desaparecieron del todo, como ha demostrado Axel Boëthius. Todavía en el siglo XV, os carniceros estaban instalados en el foro de Nerva y bajo las arcadas inferiores del teatro de Marcelo.

Durante los primeros quinientos años, los cambios de hábitos, costumbres y leyes fueron más notables que los cambios en as estructuras circundantes: estos últimos estuvieron señalados por la invasión de hierbas y matorrales, la caída de piedras, la acumulación de escombros y la destrucción del pavimento, más que por la construcción de nuevos edificios. Sin lugar a dudas en el campo se pudieron apreciar los mismos efectos aún con más rapidez que en las ciudades. Pues si una parcela desmontada de tierra, en la estación agrícola experimental inglesa de Rothamsted pudo convertirse en un monte salvaje en el lapso de un siglo, el mismo retorno de la hierba y los árboles silvestres debió de producirse a través de Europa occidental, en particular después del siglo VII. Hacia el siglo XI se planteó un grave problema de desmonte de tierras: el drenado de pantanos, el talado de los bosques y la construcción de puentes reclamó una nueva camada de pioneros. En esto, como en otros dominios, las disciplinadas órdenes monásticas tomaron la iniciativa.

Se carecerá de una clave para la comprensión de la nueva forma urbana si se hace caso omiso del papel desempeñado por

la vida monástica: fue una influencia formadora. Pues la retirada más completa de Roma no fue la de los refugiados que trataban de poner a salvo sus cuerpos, sino, sobre todo, la retirada de los devotos que aún deseaban salvar sus almas. Los grandes espíritus que encabezaron esta retirada no desconocían todas las alegrías y virtudes que dejaban tras sí: tanto Agustín como Jerónimo tendrían la sinceridad suficiente para confesar que, por lo menos en sueños, eran tentados y atormentados por las imágenes sensuales de Roma. Pero, en el siglo III, el retiro había entrado en una fase colectiva: grupos de ermitaños, que compartían la soledad y desarrollaban una nueva rutina de vida, se reunían, al principio al borde de una gran ciudad como Alejandría, cara al desierto, y después más lejos, en cumbres rocosas, como Montecasino o el monte Athos o, posteriormente, en el elevado monte Senario, próximo a Florencia (1233 de nuestra era), donde el aire fragante de los pinos es aún hoy más dulce que cualquier incienso.

El monasterio constituía, en realidad, una nueva especie de *polis*: era una asociación o, mejor aún, una compacta fraternidad de personas que pensaban del mismo modo, que no solo se reunían en ceremonias ocasionales sino para cohabitar permanentemente, en un esfuerzo por alcanzar en la tierra una vida cristiana, puesta únicamente al servicio de Dios. Agustín, obispo de Hipona, fundó una orden de esta naturaleza en el siglo IV, y en el siglo VI Benito de Nursia le dio la forma que influiría, por impacto directo o por estímulo y desafío indirectos, en todas las ulteriores órdenes monásticas.

He aquí el punto nodal de una nueva clase de cultura religiosa. Esta cultura procuraba trascender las limitaciones de las civilizaciones anteriores, alejándose para ello de sus instituciones típicas; en principio, negaba la propiedad, el prestigio y el poder. Quienes aceptaban la pobreza como forma de vida redujeron todo

el aparato físico para el sostén del cuerpo y ennoblecieron el trabajo, convirtiéndolo en una obligación moral.

La colonia monástica pasó a ser, en realidad, la nueva ciudadela: un baluarte religioso que impedía que la retirada general se convirtiera en una derrota. Pero se trataba de una ciudadela del alma y su palacio era la iglesia abacial. Este paralelismo no es inexacto. Si fue en el palacio real donde los instrumentos seculares de la civilización urbana se modelaron inicialmente, fue en el monasterio donde los objetivos ideales de la ciudad quedaron clasificados y donde se los mantuvo vivos y se renovarían con el correr del tiempo. Fue allí, también, donde se estableció el valor práctico de la moderación, el orden, la regularidad, la honradez y la disciplina interior, antes de que estas cualidades fueran transmitidas a la ciudad medieval y al capitalismo posmedieval, en forma de invenciones y prácticas comerciales: el reloj, el libro de contabilidad, la jornada regulada.

Al margen de las confusiones del mundo exterior, el monasterio estableció, dentro de sus muros, una fuente de orden y serenidad. Nadie dudaba de que allí se encarnaban los valores esenciales de una vida cristiana, pese a que no todos los hombres tuvieran las condiciones necesarias para vivir con un grado tal de concentración y devoción: ni siquiera, según podría verse, los monjes más afortunados. Tan atrayentes eran estas manifestaciones de la vida cristiana que Joaquín de Fiore, en el siglo XII, preveía un periodo final del desarrollo humano, el periodo del Espíritu Santo, en el que toda la humanidad estaría unida en el Monasterio Universal, como hermanas y hermanos monásticos. En el mismo siglo, para Bernardo de Claraval el claustro constituía el baluarte del paraíso, y llegó a acuñar la expresión *paradisus claustralis.*

De modo que el vínculo más estrecho entre la ciudad clásica y la ciudad medieval no lo formaban los edificios y costumbres subsistentes sino el monasterio. Fue en el monasterio donde los libros

de la literatura clásica, contenidos en papiro que se desmembraba, fueron trasladados al resistente pergamino; fue allí donde el latín se hablaba en la conversación diaria, eludiendo en parte la diversificación y la incomprensión mutua del italiano, el castellano, el francés, el rumano, junto con sus incontables dialectos regionales y variantes aldeanas; por lo menos en las abadías benedictinas se mantuvieron las prácticas adelantadas de la agricultura romana y de la medicina griega, con un correlativo aumento de la productividad y de la salud.

La Iglesia secular estaba enredada en responsabilidades terrenales, a merced de gobernantes mundanos, sometida a la tentación de pactar con creencias e instituciones paganas, como en el caso del culto de los santos. Bajo la amenaza de la anarquía, los obispos se vieron impulsados a ejercer una autoridad política e incluso a asumir la jefatura militar, cuando los otros poderes fallaban. Como gobernadores municipales, los obispos unieron los oficios de sacerdote y gobernante, a la antigua usanza romana.

Pero los monasterios mantuvieron viva la imagen de la ciudad celestial. Cuando las nuevas comunidades urbanas empezaron a adquirir forma, después del siglo x, el monasterio dejó una impronta más profunda en su vida, en un comienzo, que el mercado. Allí estaban la paz y el orden, la quietud y la vida contemplativa, amadas por los cristianos. Las abadías de Westminster, de Clairvaux y Saint Denis, Montecasino y Fulda ejercieron un dominio sobre la vida urbana, incluso sobre sus formas arquitectónicas, totalmente desproporcionada respecto a su número. Cuando Rabano, el célebre abad de Fulda, se refería a «la vida común» como una característica de las ciudades, trasladaba a la ciudad la función específica del monasterio. En realidad, el monasterio, en su forma ideal, era la sociedad de los iguales concebida por Aristóteles, iguales que aspiraban a la mejor vida posible. Esa vida común era factible en la pobreza, y hasta atrayente. ¿Sería igualmente viable en la prosperidad?

2. Necesidad de protección

Era necesario que la antigua vida se desintegrara todavía más para que una vida nueva pudiera modelarse en la Edad Media. Pero este cambio no fue repentino ni uniforme.

Pocas dudas caben de que en general la vida, a través de toda Europa, se tornó más tosca y caótica; y ya antes de que el Imperio se desintegrara, las fuerzas formativas no eran «romanas». Allí, las naves que transportaban papiro desde Egipto serían interceptadas por los piratas; aquí, se extinguiría el servicio postal; o, más allá, un viejo patricio romano que iba en camino de convertirse en el funcionario más importante de Roma desaparecería de la escena, para reaparecer, después de cuatro años de silencio, en un monasterio hispano. El hambre y las enfermedades redujeron la población; probablemente, disminuyó la natalidad, aunque resulta difícil decir hasta qué punto. Sin lugar a dudas, quedaba menos gente en las ciudades; y las antiguas poblaciones dejaron de funcionar como centros de producción y comercio.

Debido a la abundancia de fuentes bibliográficas, tenemos una imagen más clara de lo que ocurrió en la Galia que en otras partes. Y no hay duda de que las ciudades que consiguieron fortificarse contra los bárbaros ocupaban una superficie mucho más pequeña que la que abarcaban anteriormente. Burdeos quedó reducida, por sus murallas, a una tercera parte de su tamaño anterior; y Autun, fundada por Augusto, se encogió en forma tal que de una ciudad de doscientas hectáreas pasó a ser una aldea de diez.

Poseemos una imagen más clara aún de lo que sucedió en Nimes y Arlés, en Provenza. En Nimes, el antiguo anfiteatro fue transformado por los visigodos en una pequeña población, con dos mil habitantes y dos iglesias: después de cerrar las entradas del tea-

tro, los pesados muros de mampostería sirvieron como fortaleza. Y aunque las murallas de Arlés habían sido reconstruidas por Teodorico, quedaron nuevamente en ruinas en el curso de la lucha entre Carlos Martel y los árabes; tras lo cual, también el anfiteatro de Arlés sirvió de fortaleza, desarrollándose en su interior una pequeña población medieval, más hacinada que la mayoría, como todavía nos muestra un grabado del siglo XVII; pues los edificios de este pequeño centro no se destruyeron hasta comienzos del siglo XIX.

La nueva cultura cristiana que surgió en estas circunstancias no adquirió forma urbana hasta el siglo XI. Pero sus semillas ya estaban plantadas en la iglesia y el monasterio; ya que la arquitectura subsistente expresa las necesidades de esta época de confusión, con su insistencia en el cercado, la protección, la seguridad, la durabilidad y la continuidad. Así lo atestiguan San Stefano Rotundo, Albi o Durham.

Pero, entre los siglos VI y XI, cuando por fin las ciudades de Occidente surgieron a la vida y comenzaron a crecer y multiplicarse, se extiende un periodo «románico» cuyos aspectos contradictorios se hace necesario comprender. Las nubes que surcaban el horizonte eran oscuras y turbulentas; pero entre ellas, de vez en cuando, se abrían claros y pasaba la luz, como en el caso de la gran creatividad monástica de Irlanda, en particular en Iona. Pero entre los siglos VIII y XI, las sombras se hicieron más tupidas; y el periodo inicial de violencia, parálisis y terror empeoró con las invasiones de sarracenos y vikingos. Todo el mundo buscaba seguridad. Cuando a cualquier ocasión podía producirse un infortunio, cuando cada momento podía ser el último, la necesidad de protección se antepuso a cualquier otra consideración. El aislamiento ya no garantizaba la seguridad. Si el monasterio había dirigido la retirada, la ciudad encabezaba el contraataque.

Ahora bien, en Italia y Francia las viejas costumbres no desaparecieron nunca del todo, por más que decayeran. A esto se de-

ben las subrepticias tendencias paganas existentes en esa vida, sutiles pero tan profundas que las Venus negras y blancas conocidas en el mundo romano reaparecerían más adelante en las imágenes negras y blancas de la Virgen María. El fenómeno que ha dado en llamarse «renacimiento del siglo XII» fue, más bien, el retorno a la plena conciencia de algo que nunca había sido desalojado u olvidado por entero. ¿Acaso Juan de Salisbury no citaba a Platón siglos antes de que los filósofos platónicos volvieran a Italia?

¿Y qué es el Campo Santo de Pisa, que data del siglo XII, sino un grupo de edificios públicos separados, que se levanta dentro de su espacioso recinto, más acrópolis o foro que mercado medieval? Cierto que los arquitectos, según Varesi, se inspiraban en parte en las antigüedades y sarcófagos que las naves de Pisa traían de Oriente, pero esta admiración por la antigua labor romana no era el producto de un humanismo posterior; era, más bien, la reconstrucción de un legado viviente que, debido a desgraciados accidentes, se había visto privado de sus mejores ejemplos locales. ¿Acaso el baptisterio mismo no procede, en parte, del baño romano, siendo una suerte de baño purificado y espiritualizado para una ablución ceremonial, pero de escala igualmente noble? Quizá no sea un accidente que el baptisterio alcanzase singular magnitud como edificio separado, sobre todo en la tierra que originalmente produjo el prototipo romano secular.

Pero, incluso allí donde la antigua vida subsistió como planta perenne aparentemente muerta, ennegrecida por la escarcha invernal, no se puede negar la disminución general de energía y creatividad. La vida fue cayendo hacia un nivel de subsistencia: aunque solo fuera por seguridad personal, alegremente se sometía la protección de las gentes a algún jefe bárbaro; a decir verdad, en tanto que la ciudad se desintegraba, sus diversas partes originales reaparecían por separado: así reaparece el antiguo jefe, con su banda de guerreros, en su baluarte fortificado, gobernando un

nido de aldeas. Ahora podemos documentar sobre el terreno, en cualquier parte de Europa, transformaciones urbanas sobre las que solo es posible especular con cautela cuando se trata de Palestina y Mesopotamia.

Si bien el cerco sarraceno al Mediterráneo apresuró el tránsito de la organización imperial uniforme a una economía de producción y trueque locales, con una mezcla de costumbres regionales y leyes y jurisdicciones rivales, el golpe final llegó del otro extremo de Europa, con las invasiones nórdicas del siglo IX. El golpe final y el primer paso hacia el restablecimiento. Estas incursiones frenéticas se efectuaban en pequeñas embarcaciones que traspasaban hasta el corazón de los campos, entre Bretaña y el Elba; ninguna comarca era inmune a sus saqueos, incendios y matanzas. El temor a estas tropelías creó, tal vez, un nuevo vínculo de interés entre el jefe feudal y sus tributarios campesinos. Pero también demostró la inferioridad técnica de las dispersas bandas guerreras locales que acudían a pie para hacer frente a los ataques lanzados por aquellos señores del mar, de movimientos veloces y especializados en la guerra.

La pura necesidad llevó al redescubrimiento de esa antigua protección urbana que es la muralla. Contra las súbitas incursiones resultaba más útil un muro guardado en todo momento que la mayor cantidad de coraje militar. La firmeza y la seguridad de un baluarte instalado en una roca empinada podía reproducirse incluso en las tierras bajas, siempre que los habitantes de una aldea construyeran un muro de mampostería o, por lo menos, una empalizada. Poseemos pruebas de la existencia de estas empalizadas en Polonia, posiblemente ya en el siglo V a. C., aunque no se sabe a ciencia cierta si se las levantaba para guardar el ganado y los niños o bien para protegerse de los merodeadores. Pero un pesado muro de piedra, en especial si estaba rodeado por un foso, mantenía a raya al atacante.

Por terror a los invasores, los habitantes de Maguncia, por ejemplo, restauraron finalmente sus derruidas murallas romanas. Y, por encargo del emperador alemán Enrique I, se levantaron murallas incluso alrededor de los monasterios y conventos de monjas para defenderlos de los ataques paganos. Dos veces en el curso del siglo IX, en los años de 860 y 878, el monasterio de Saint Omer fue arrasado por invasores nórdicos. Pero cuando estos vikingos volvieron, en el año 891, se encontraron con que, por fin, la abadía había levantado murallas y podía hacerles frente. Tanto éxito tenía, en realidad, este modo renovado de lograr seguridad que ya en el siglo X el monasterio de Saint Omer se había convertido en una pequeña ciudad.

En el año 913, la *Crónica anglosajona* consigna, por su parte, que la edificación de fortalezas y murallas en torno de las poblaciones era una de las actividades principales del ejército del rey. Con esto se tienen nuevas pruebas, si es que hacían falta, del papel desempeñado por los reyes como constructores de ciudades en razón de su capacidad para movilizar mano de obra suplementaria. Pero la misma *Crónica* muestra que, ya en el año 855, Rochester estaba amurallada y defendida con éxito por sus vecinos, en tanto que al año siguiente el mismo rey Alfredo fortificó la ciudad de Londres. El servicio militar se convirtió en una exigencia de la ciudadanía e incluso es posible que la capacidad para proveer a un ejército permanente y reparar las murallas de la ciudad fuera, según sugiere Frederick William Maitland, uno de los requisitos necesarios para el privilegio urbano del gremio.

El recinto amurallado no solo dio protección contra la invasión exterior: desempeñó una nueva función política, pues resultó un arma de doble filo. Invirtiendo el precedente de la ciudad antigua, podía utilizarse la muralla para mantener la libertad en el interior. Por medio de la muralla, una pequeña población, que antes se hallaba desvalida incluso ante el ataque de una mínima

fuerza armada, se convertiría en un baluarte. Las gentes acudirían en tropel a estas santas islas de paz, del mismo modo que en un comienzo se habían sometido, desesperadas, a los caudillos feudales, convirtiéndose en vasallas y siervas a cambio de un mendrugo de tierra y seguridad; o bien, como habían abandonado todas las esperanzas de felicidad doméstica, para encontrar un refugio estéril en el monasterio o el convento.

Una vez levantada la muralla, el número significaba seguridad. La vida aislada en el campo, incluso bajo la sombra de un castillo, próximo, dejó de ser tan atractiva como la vida en la ciudad populosa. La misma participación en la labor de construcción de la muralla resultaba un precio bajo como pago por la seguridad y la regularidad en el comercio y el trabajo. Si bien el derecho de edificar murallas siguió siendo, sintomáticamente, una prerrogativa real, la Paz de Constanza, en el año 1184, cedió este derecho a las ciudades libres de Italia.

Obsérvese la secuencia. En primer lugar, el campo a la defensiva, con su producción local y su comercio de trueque, casi exclusivamente local. Solo las abadías y los dominios reales comerciaban con su vino, su grano y su aceite a grandes distancias. Todo tráfico que llegaba a una población desde la distancia era caprichoso e inseguro. Pero, cuando una población quedaba circundada por su muralla, aparecerían otros atributos normales de la vida urbana: el receptáculo, reconstruido, se convertía asimismo en imán. La prolongación de la muralla desde el castillo o la abadía hasta la aldea vecina solía marcar el comienzo físico de la ciudad, aunque los plenos privilegios jurídicos de una corporación municipal activa solo podrían conseguirse mediante arduas negociaciones con el obispo o el propietario feudal que poseía la tierra.

El mayor privilegio económico, el de celebrar un mercado regular una vez por semana, que reunía para el intercambio de sus

productos a los labriegos, pescadores y artesanos de las proximidades, dependía, por una parte, de la seguridad física, y, por la otra, del refugio legal. Así, al igual que en la antigua Grecia, quienes acudían a él quedaban protegidos, durante las horas de funcionamiento del mismo, por la paz del mercado, simbolizada por la cruz de la plaza. Allí, una nueva clase gozaba de protección contra los robos y los tributos arbitrarios, una nueva clase que empezó a establecerse con carácter permanente, en un comienzo apenas al otro lado de las murallas: los mercaderes. Cuando estos se volvieron miembros permanentes de la corporación municipal, se inició una nueva era, que contribuyó a la reapertura de las antiguas vías de comunicación terrestres y acuáticas.

Que los mercaderes representaban una nueva clase puede deducirse de su situación topográfica en el «suburbio» recién trazado, el cual estaba ubicado justamente al otro lado de las murallas. Si bien en un comienzo el castillo o el monasterio fueron el centro urbano, a partir del siglo XI las nuevas actividades de la comunidad empezaron a trasladarse hacia la plaza del mercado; y la incorporación de mercaderes y artesanos, en calidad de ciudadanos libres, quedaría marcada, en más de un sitio, por la prolongación de la muralla alrededor de su suburbio. Resulta interesante señalar que, como observa Hegel, el barrio *nuevo* de Regensburg, en el siglo XI —para distinguirlo de los barrios real y religioso—, era el de los mercaderes.

En la ciudad medieval, estos poderes, los espirituales y los temporales, con sus órdenes profesionales, el guerrero, el mercader, el sacerdote, el monje, el bardo, el erudito, el artesano y el tendero, llegaron a una especie de equilibrio. Ese equilibrio siguió siendo delicado e inestable; pero el esfuerzo por mantenerlo era constante y su efecto, concreto, ya que cada uno de los componentes sociales era sopesado y cada uno de ellos estaba debidamente representado. Hasta fines de la Edad Media —y, en realidad, este

es uno de los síntomas de su fin—, ningún elemento tenía fuerz suficiente como para imponer permanentemente su propio domi nio sobre todos los demás. Como consecuencia, tanto en el plan físico como en el político, la ciudad medieval, aunque recapitulab muchos de los rasgos del anterior orden urbano, era, en alguno aspectos, una creación original. En ninguna ciudad medieval s alcanzaron plenamente la libertad, la igualdad corporativa, la par ticipación democrática y la autonomía; pero en todas ellas hubo acaso, una medida mayor de estas cualidades que la que se hubie ra exhibido antes en cualquier parte, incluso en Grecia. Por u momento, la *communitas* se impuso al *dominium*.

Entre los siglos XI y XIV, la práctica de conceder libertad las ciudades constituía, en realidad, una renuncia por parte de lo señores de la ciudadela a los mismos tributos y exacciones qu originalmente dieron nacimiento a la ciudad. Aunque el castill a menudo se erguía sombríamente sobre la ciudad, amenazand siempre retomar sus prerrogativas iniciales, en las ciudades libre el señorío feudal ocupó un lugar semejante al de cualquier otra en tidad semicorporativa: el primero entre iguales; si bien unos poco siglos después, debido al desarrollo de los absolutismos centraliza dos, los príncipes recuperaron el terreno que habían perdido e in cluso lo ampliaron considerablemente. Sin embargo, se comprue ba hasta qué punto debía ser completa la renuncia original cuand se considera el caso del otorgamiento de la libertad a Barcelona acto en virtud del cual el rey decretaba que ni los aduaneros n los recolectores de impuestos ni ningún otro funcionario podían impedir o detener el movimiento de sus ciudadanos o de sus fun cionarios, de sus mensajeros, sus productos o sus mercancías.

Este movimiento urbano, que surgió de la inseguridad y e desorden de la Europa románica, tuvo una existencia multicolor marchó bajo diversas banderas, levantadas en diferentes circuns tancias, y produjo resultados diversos.

A veces, los señores feudales fomentaban la urbanización deliberadamente y procuraban aumentar sus rentas mediante el aprovechamiento de los alquileres de terrenos urbanos, tomando una parte de los peajes en el mercado local y haciendo uso de un vasto conjunto de consumidores para aumentar el valor de los productos de sus tierras que no se consumían en ellas. A menudo, también, los propietarios feudales se opondrían al reclamo de independencia por parte de las ciudades: esto se vio, sobre todo, en el caso de los obispos, más temibles que los señores de la guerra porque eran los agentes de una institución de gran alcance y tenían bajo su control inusitados recursos, tanto materiales como espirituales. En ciertos países, como en Inglaterra y Francia, la libertad municipal fue promovida por una coalición momentánea con el poder central, como medio para debilitar a los nobles feudales que desafiaban el dominio del rey. Pero, resistida o alentada, la población afluyó a estos centros protegidos, los construyó y reconstruyó, y elevó partes descuidadas de su vida a un nuevo grado de actividad y productividad. En unos pocos siglos, las ciudades de Europa recuperaron, en gran parte, el terreno perdido con la desintegración del Imperio Romano.

3. El aumento de población y de riqueza

El resurgimiento del comercio es interpretado a menudo, incluso por excelentes estudiosos como Pirenne, como la causa directa de la construcción urbana y las actividades civilizadoras que tuvieron lugar en el siglo XI. Pero, para que esto pudiera ocurrir, hacía falta la existencia previa de un excedente de productos rurales así como de un excedente de población, de modo que se contara, por una parte, con mercancías para la venta y, por la otra, con una clientela que las comprara. Si los comerciantes hubieran sido los

principales ocupantes de las nuevas ciudades, no les habría quedado más remedio que comerciar entre ellos.

El papel desempeñado por la Iglesia siguió aumentando su importancia a medida que las poblaciones bárbaras de la Europa septentrional y central se convertían al cristianismo, acaso más atraídas por sus mitos y supersticiones deslumbrantes que por sus intuiciones sobre la condición humana. La protección brindada por los obispos rivalizaba con la de los condes feudales, y la expansión del poder económico de la Iglesia, como propietaria de tierras, adquiridas por compra o por donaciones piadosas, le dio a aquella una posición que hasta los reyes tenían que respetar. Al sacar el mayor partido posible de estas condiciones de distensión y oportunidad, las órdenes monásticas sirvieron como promotoras; a decir verdad, encabezaron todo el desarrollo urbano, ofreciendo protección a los refugiados y abrigo hospitalario al viajero fatigado, construyendo puentes y estableciendo mercados. Ya en fecha temprana, el convento de Gernrode, en Alemania, recibió el nombre de *Kloster und Burg;* y muchos otros conventos sirvieron también como doble lugar de refugio.

Por fortuna, la celebración regular de un mercado en lugar protegido actuó en beneficio del señor feudal o del propietario monástico. Mucho antes del grandioso resurgimiento del comercio en el siglo XI, vemos que en la época de Otón II (973-983) se concedía permiso a la viuda Imma, quien pretendía fundar un convento en Kärntern, para establecer un mercado y un troquel, así como para cobrar impuestos sobre ellos: estipulaciones que eran típicas en cartas de privilegio muy posteriores para las nuevas ciudades. En la época de Otón, como también señala Hegel, la mayor parte de los privilegios del mercado eran conferidos a propietarios religiosos y no a señores temporales.

En Lombardía, donde ya existían ciudades, todas las propiedades y pertenencias de las viejas municipalidades, con los derechos

de jurisdicción, se traspasaron automáticamente al obispado, cuyo obispo asumió, efectivamente, las antiguas funciones del prefecto municipal. Una concesión de esta naturaleza se hizo en el caso de Módena en el año 892 y en el de Bérgamo en 904. Solo con gran renuencia consentiría la Iglesia, que encabezaba el movimiento para establecer seguridad y orden, en traspasar sus funciones municipales, a su vez, a las corporaciones de mercaderes y artesanos.

La paz del mercado no podía romperse sin riesgo de graves penas. Dicha paz ya había sido reconocida como un factor fundamental para el comercio en los días de Homero y, de hecho, es posible que desde mucho antes: y en los países que estaban bajo la égida real se creó una ley especial que se aplicaba a ferias y mercados, y contaba con un tribunal exclusivo que tenía jurisdicción sobre los comerciantes. En Inglaterra, este tribunal recibió el nombre de tribunal de *Pie Powder*, deformación inglesa de la expresión normanda de «pies polvorientos». Así, las diversas formas de seguridad brindadas por la religión, la jurisprudencia y las prácticas económicas uniformes, así como por la ingeniería arquitectónica, se unieron para contribuir a la fundación de las ciudades medievales.

Pero obsérvese: el mercado regular, que se celebraba una vez por semana, y a veces dos, bajo la protección del obispo o del abad, era un instrumento de la vida local, no del comercio internacional. De modo que no ha de sorprender que, ya en el año 833, cuando el tráfico a larga distancia estaba casi totalmente suspendido, Luis el Piadoso, en Alemania, diera permiso a un monasterio para construir un troquel para un mercado ya existente. El resurgimiento del comercio en el siglo XI no fue, pues, el acontecimiento decisivo que sentó las bases del nuevo tipo medieval de ciudad: como he mostrado, muchas nuevas fundaciones urbanas son anteriores a ese hecho, y otras pruebas podrían aportarse al respecto. El celo comercial fue, más bien, el síntoma de un resurgimiento más vasto

que estaba produciéndose en la civilización occidental; y este era, en parte, un síntoma de la nueva sensación de seguridad que la ciudad amurallada había contribuido a crear.

Si bien el comercio es un síntoma de ese resurgimiento, la unificación política de Normandía, Flandes, Aquitania y Brandeburgo es otro; las tierras reclamadas y los bosques despejados por las órdenes monásticas, como la de los cistercienses (fundada en 1098) son un tercer síntoma; y el enorme programa de edificación que cubrió a Europa con un «blanco manto de iglesias» —los edificios no son artículos de comercio— debe contarse como un cuarto. La exageración de la importancia del mercado como elemento generador de las ciudades procede, en parte, de que los historiadores han atribuido motivos e incentivos de hoy a situaciones del pasado; y, en parte, también, procede de su incapacidad a la hora de distinguir las diferentes funciones de los mercados locales, regionales o internacionales. Toda esta evolución fue erróneamente interpretada por Pirenne porque le negaba el título de ciudad a la comunidad urbana que no favoreciera el comercio a larga distancia y no albergara una nutrida clase media mercantil; una posición absolutamente arbitraria.

Los mercados internacionales tienen poca influencia en la fundación de ciudades. En la Edad Media las grandes ferias internacionales tenían lugar, a menudo, con motivo de festivales religiosos, cuando acudían peregrinos de muchas partes del país a un altar sagrado: era la concurrencia de peregrinos lo que atraía momentáneamente a los mercaderes viajantes a uno de esos lugares. Pero esas ferias tenían lugar, a lo sumo, cuatro veces al año, y cuando los peregrinos se alejaban, los comerciantes se marchaban también. Este comercio internacional era demasiado reducido para mantener en pie una ciudad durante el año entero; a decir verdad, a través del ejemplo reciente de Nizhni Novgorod, sabemos que la ciudad que brotaba como un hongo alrededor de la feria quedaba

casi desierta durante el resto del año. El comercio internacional no produjo ciudades medievales, pero fomentó su desarrollo, como ocurrió en los casos de Venecia, Génova, Milán, Arras y Brujas, cuando ya habían sido establecidas con otros fines.

En general, el motivo del papel secundario del comerciante resulta claro: el resurgimiento del comercio con un criterio capitalista quedó limitado a los artículos de lujo, procedentes de todas partes de Europa e incluso, después de las cruzadas, de Oriente. Pero la ciudad en sí era un lugar de intercambio de la producción local, agrícola y artesanal: de modo que incluso en un periodo posterior al siglo XI, los comerciantes y sus dependientes solo representaban, según Georg von Below, una pequeña parte de la población de la ciudad. Por importante que llegara a ser el comercio, en la ciudad medieval eran los productores quienes constituían, aproximadamente, las cuatro quintas partes de la población, en comparación con un quinto o menos posiblemente en la ciudad actual.

Sin lugar a dudas, ciudades como Chartres, con sus diez mil habitantes y su famosa catedral, brindaban comodidades que atraían tanto a los peregrinos como a los comerciantes, confiriéndoles algo así como la situación de una feria internacional. Las ganancias suplementarias que dejaba esta invasión momentánea —como sucede en el caso de una nutrida convención en una ciudad moderna— beneficiaban a los carniceros, los panaderos y los vendedores de vino, no menos que a los fabricantes de ropajes religiosos; y esto fue lo que les permitió a esas corporaciones, como nos recuerda Von Simson, proporcionar las cinco grandes vidrieras en el *chevet* dedicado a la Virgen.

De modo que la verdad se encuentra precisamente en el extremo opuesto de la interpretación de Pirenne: el resurgimiento de la ciudad protegida fue lo que contribuyó a la reapertura de las rutas regionales o internacionales de comercio y llevó a la circu-

lación transeuropea de los excedentes de artículos de consumo, en especial de esos artículos suntuarios que podían venderse con gran beneficio a príncipes y magnates, o bien aquellos artículos cuya existencia local era suficientemente pequeña como para imponerse a buenos precios: las lanas finas de Inglaterra, vinos del Rin, especias y sedas del Oriente, armaduras de Lombardía, azafrán y mercurio de España, cueros de Pomerania, tejidos acabados de Flandes y no menos iconos religiosos y objetos de devoción procedentes de diversos centros de arte.

Las ciudades formaban los peldaños en esta marcha de las mercancías: de Bizancio a Venecia, de Venecia a Augsburgo y al otro lado del Rin; y así, también, de Marsella y Burdeos a Lyon y París, o de las ciudades del Báltico como Danzig y Stralsund hasta el Mediterráneo. El famoso mazapán de Lübeck atestigua tanto por su nombre (pan de san Marcos) como por su composición (almendras y agua de rosas) esta relación con Venecia y Oriente. Con ese paso de mercancías, ciudades establecidas inicialmente sobre una base de producción local aumentaron su población y su riqueza; y la población mercantil creció naturalmente con ellas.

Cuando ya la provisión de alimentos era más abundante y los establecimientos urbanos se habían vuelto más seguros, el comercio actuó también de otro modo como estímulo para el desarrollo: había que pagar con dinero los lujos extranjeros. A medida que la demanda de artículos suntuarios aumentaba, y a medida que hacía falta más dinero para pagar los equipos de la tropa feudal, sobre todo las costosas armaduras de los propios caballeros, los señores feudales tuvieron un incentivo especial para transformar sus dominios rurales en zonas urbanas, cuyos alquileres producían una renta en dinero mucho mayor. Es posible que los alquileres urbanos exclusivamente no proporcionaran los fondos para las empresas capitalistas, pero, en cambio, la empresa capitalista estimuló, sin lugar a dudas, el deseo de alquileres urbanos. Este tipo de em-

presa empezó a brotar después de las cruzadas, a partir del siglo XI, y despertó un apetito de lujos orientales, hasta entonces casi desconocidos en una economía que era en gran parte agraria.

Esta necesidad impuso al propietario feudal una actitud ambivalente hacia la ciudad. En tanto que el poder cesaba de estar representado en su mente en términos puramente militares, sentía la tentación de renunciar a un mínimo de control sobre sus inquilinos y dependientes, a fin de disponer de su contribución colectiva responsable, en forma de pagos en dinero contante y alquileres urbanos: exigencias que el siervo atado a la tierra no podía satisfacer en razón de su pobreza. Esto constituyó un considerable motivo secundario para la edificación de nuevas poblaciones y para el otorgamiento de nuevos privilegios a los centros urbanos en que iban convirtiéndose las meras aldeas, por puro crecimiento de la población. Por otra parte, la relativa renuencia de los obispos a conceder libertades urbanas puede explicarse como resultado de que ellos contaban con amplios ingresos sin tener que renunciar a la tierra o al control político.

No obstante, en sí mismo, el capitalismo primitivo resultó más una fuerza desintegradora que integradora en la vida de la ciudad medieval, pues el capitalismo precipitó el paso de la antigua economía protectora, basada en la función y la jerarquía, con la seguridad como objetivo, moralizada hasta cierto punto por los preceptos religiosos y por un marcado sentido de los vínculos y deberes familiares, a una nueva economía comercial, basada en la empresa individual, azuzada por el deseo de beneficio monetario. La historia económica de la ciudad medieval es, en gran parte, la historia del traspaso del poder detentado por un grupo de productores protegidos que se ganaban la vida modestamente y alcanzaban un estado de relativa igualdad, a un pequeño grupo de privilegiados comerciantes al por mayor, amigos y rivales de los príncipes, dedicados a negocios a gran escala, que solían cu-

brir grandes distancias, y cuya finalidad era obtener enormes ganancias. Coincide con este traspaso de poder la elevación de una nueva jerarquía, en la que el rango y la posición se basan principalmente en el dinero y en el poder que puede dar el dinero.

A su vez, la actitud de protección y sumisión, que en términos ideales caracterizaba al superior y el inferior bajo el régimen feudal, cedió ante la expropiación hostil, por una parte, y ante la agitación revolucionaria y las reacciones desafiantes, por la otra: en pocas palabras, ante la guerra de clases, en que no se daba ni se esperaba cuartel; es decir, precisamente en el sentido clásico que hubiera sido grato a Karl Marx.

Durante un tiempo, quizá dos o tres siglos, los dos órdenes se mezclaron en las mismas ciudades, a veces con lastimosos resultados para su vida económica, como ocurrió en Flandes, en 1336, cuando Louis de Nevers, por lealtad a su señor francés, ordenó la detención de los representantes ingleses y provocó una represalia por su parte que arruinó el comercio de tejidos que proporcionaba sus ingresos al conde. Además, esa acción desencadenó un levantamiento de los gremios de Gante, encabezado por Jacques Artevelde. Pero, al final, el dinero prevaleció en todas partes sobre el sistema de protección feudal, y sobre el de los gremios. Porque el dinero era capaz de movilidad, concentración y multiplicación; en tanto que las otras formas de poder eran fijas, rutinarias, de difícil reunión. Hasta los más poderosos monarcas se hallaban bajo un control cada vez más estricto de los capitanes de las finanzas.

Este paso de una economía de protección mutua a una economía de explotación capitalista unilateral no tuvo que esperar, como por desgracia Max Weber ha inducido a creer a muchas personas, al surgimiento del protestantismo del siglo XVI; ya que el propio protestantismo había empezado, en cambio, en el siglo XIII con los valdenses —véase *La condición del hombre*— como

una protesta cristiana contra las nuevas prácticas del capitalismo. La economía capitalista ya se destacaba claramente en el horizonte cuando Chaucer escribió su melancólico elogio de *La época anterior,* cuando «no había beneficio, no había riquezas». Al proporcionar un nido donde el cuclillo del capitalismo pudiera poner sus huevos, la ciudad amurallada posibilitó muy pronto que sus vástagos se vieran forzados a marcharse debido a la presión ejercida por la presencia del jactancioso recién llegado que albergaba.

Por debajo del resurgimiento industrial y comercial que tuvo lugar entre los siglos XI y XIII había un hecho de importancia más fundamental: la inmensa extensión de tierra arable existente en toda Europa y la aplicación de métodos de producción agrícola más adecuados, incluyendo la aplicación sistemática del abono urbano a los campos vecinos. A este respecto, la concentración de una población urbana puede crear una pauta ecológica beneficiosa que proporciona renovación del suelo y mejoramiento de las cosechas, siempre que se base en el abono de la tierra y no en su esterilización. Las regiones boscosas de Alemania, que eran una verdadera jungla en el siglo IX, cedieron ante el arado; los pantanosos Países Bajos, que solo habían sustentado a un puñado de curtidos pescadores, se transformaron en uno de los suelos más productivos de Europa. Ya en el año 1150, los primeros *polders,* tierras recuperadas a las ciénagas o al mar por medio de diques, se habían establecido en Flandes. Hombres libres, como los pescadores frisones, se alistaron voluntariamente para faenas que hasta entonces solo se habían ejecutado bajo una severa compulsión militar y bajo la regimentación colectiva. Sin la dirección de un sacerdote o de un rey, con la pala como única herramienta, construyeron diques de gran altura y grandes plataformas de tierra en las que podía asentarse una ciudad entera. Estas proezas de la mano de obra libre sirvieron de preludio al estallido de energía industrial que llegó a una culminación casi explosiva en el siglo XVII.

El riego agrícola ya se practicaba en Milán en 1179, y cerca de Rochefort du Gard, en Provenza, un lago entero fue desecado por los monjes para convertirse en grandes viñedos. Junto con esto se desarrolló mejor la raza caballar, se produjo la invención de un arnés perfeccionado y el uso de herraduras, la difusión de los molinos de agua y los molinos de viento. Estos perfeccionamientos dotaron a las nuevas comunidades urbanas de fuentes relativamente importantes de poder y les dieron superioridad económica en relación con los campos, menos favorecidos. Otras invenciones mecánicas no solo transformaron la minería y la metalurgia e hicieron de la vidriería una de las artes principales, sino que eliminaron la necesidad de mano de obra servil y proporcionaron un exdecente de energía y mercancías mucho mayor del que podía crear una economía esclavista bajo el látigo del hombre. Con esta pleamar de esfuerzos, el comercio, que había quedado varado durante el periodo románico, volvió a flotar y desplegó sus velas.

También en este aspecto fue vital, como ha mostrado Bertrand Gille, la contribución del monasterio. Precisamente porque los monjes trataban de eliminar el trabajo innecesario, a fin de contar con más tiempo para el estudio, la meditación y la plegaria, tomaron la iniciativa en la introducción de fuentes mecánicas de energía y en la invención de artificios para ahorrar esfuerzos. Las reglas cistercienses favorecían la edificación de los monasterios en las proximidades de ríos que pudieran proporcionar energía hidráulica; hasta qué punto importaba esto puede verse en la descripción de la abadía de Clairvaux, que se encuentra en Migne, tal como era en los días de san Bernardo.

«El río entra en la abadía cuanto lo permite la cisterna que actúa como tope. Corre primero por el molino del trigo, donde se utiliza muy activamente para moler el grano bajo el peso de las ruedas y para agitar el fino cedazo que separa la harina del salvado. Luego pasa al siguiente edificio y llena el caldero donde se calienta

para preparar la cerveza que beberán los monjes, en caso de que la fecundidad de la viña no recompense el esfuerzo del vinatero. Pero el río no ha terminado aún su trabajo, pues enseguida se lo hace pasar por los batanes que siguen al molino del trigo. En el molino prepara el alimento de los hermanos y ahora le corresponde servir para hacer sus vestimentas [...]. Así, alternativamente, hace subir y bajar los pesados martillos y mazos [...] de los batanes [...]. Ahora, el río entra a la curtiduría, donde dedica mucho cuidado y labor a preparar los materiales necesarios para el calzado de los monjes; luego se divide en muchos ramales menores y, en su curso atareado, pasa por diversos departamentos, buscando por doquier a aquellos que reclamen sus servicios para una u otra labor, ya sea para cocinar como para hacer girar, aplastar, regar, lavar o moler [...]. Finalmente, para hacerse merecedor un agradecimiento pleno y no dejar nada sin hacer, se lleva la basura y deja todo limpio».

Todo este equipo mecánico no era inusitado en los monasterios; pero requirió tiempo y capital introducirlo, aunque solo fuera de forma más desarticulada, en la ciudad medieval. La ciudad solo poseería en los siglos XIII y XIV lo que el monasterio ya podía jactarse de tener hacia el siglo XI.

En el curso de tres siglos, la Europa que hoy conocemos fue abierta y reabierta para su asentamiento. Esta proeza puede compararse exactamente con la apertura del continente norteamericano entre los siglos XVII y XX. A decir verdad, la conquista de Norteamérica puede ser considerada como continuación del proceso inicial de instalación en un nuevo suelo, ya que la colonización de Nueva Inglaterra, en todo caso, se llevó a cabo con un criterio urbanista medieval, así como la de la Virginia caballeresca y la de la Nueva York holandesa se efectuó conforme con una pauta aún más antigua de corte feudal y basada en una economía solariega, con esclavos y sirvientes obligados por contrato (siervos temporeros).

Esta ampliación de la base agrícola y este aumento del poder físico fueron, a su vez, los factores que hicieron posible el aumento de población. Según el cálculo de Prosper Boissonade, la región situada entre el Rin y el Mosela aumentó diez veces su población entre los siglos x y xiii. Los condados ingleses, que contaban 1.200.000 almas en 1086 —cifra exacta que proporciona el *Domesday Book*— alcanzaron un total de 2.355.000 hacia 1340. En todas partes, si no era mayor la natalidad, lo era, sin lugar a dudas, el número de personas que sobrevivían y vivían lo suficiente para reproducirse.

Este aumento no se limitó a los territorios recién abiertos en el norte. Italia había progresado de tal modo en su economía agrícola que contaba con una población de, por lo menos, diez millones de almas en el siglo xiv. Asentada con más solidez sobre su antigua base, más próxima a las civilizaciones superiores de Oriente, Italia fue el dirigente natural en el resurgimiento urbano. En el siglo xiii, Venecia ya era un municipio sumamente organizado; por esa fecha, tanto Venecia como Milán tendrían poblaciones de más de cien mil personas. Aunque la mayor parte de estas cifras sobre la población son aproximadas y no del todo dignas de confianza, por otra parte caben pocas dudas en cuanto a la dirección de la curva de la población, hasta llegar a los días de la Peste Negra, en el siglo xiv.

Las ciudades germánicas, con excepción tal vez de la antigua población romana fronteriza de Viena, tenían un promedio de población mucho más bajo. Pero no faltaba energía en el movimiento germano de colonización o en el proceso de urbanización, puesto que en el curso de cuatro siglos se fundaron dos mil quinientas ciudades; y el marco municipal que se forjó entonces perduró en lo fundamental hasta el siglo xix; los contornos originales del territorio permanecían a menudo sin modificación, si bien en el ínterin la ciudad había colmado su cinturón agrícola normal.

Durante los años culminantes del movimiento, no solo se multiplicó el número de ciudades sino que aumentó la población y, en la medida en que se puede calcular, llegó a ser comparable, *grosso modo*, con la del siglo XIX en Europa. Por ejemplo, a fines del siglo XII, París tenía aproximadamente cien mil habitantes; y a fines del siglo XIII, unos doscientos cuarenta mil. En 1280, Florencia tenía cuarenta y cinco mil habitantes y, en 1339, más o menos noventa mil; en tanto que en los Países Bajos, Brujas y Gante mostraban cifras comparables. Las estadísticas sobre el aumento de ocupación urbana por zona son igualmente impresionantes. En cuanto a los veinte años de azote de la Peste Negra, la cual a veces llegó a matar a la mitad de la población de una ciudad, solo causaron un receso momentáneo.

Comercio, producción industrial, mecanización, organización, acumulación de capital: todas estas actividades contribuyeron a la edificación y la extensión de las ciudades. Pero estas instituciones no sirven para explicar la alimentación de las bocas hambrientas ni tampoco el intenso sentido de vitalidad física que acompañó todo este esfuerzo. La gente no vive del aire, pese a que «el aire de la ciudad emancipa», como rezaba un dicho alemán. La vida floreciente de estas ciudades estaba arraigada en el mejoramiento agrícola del campo: no es nada más que una burda ilusión separar la prosperidad de la ciudad de la del campo.

Pese a que la relación de las familias ciudadanas de mercaderes con los campesinos a los que alquilaban tierras pudiera seguir estando cargada de sospechas, ya que era unilateral, por no decir mutuamente hostil —y las *Crónicas de una familia florentina* ofrecen testimonios en este sentido—, el contacto era estrecho y constante. Los viñedos en terrazas, los campos bien cuidados y protegidos por muros contra el viento, el tráfico de frutas y vegetales hacia la ciudad, el acarreo al campo y la preparación para abono de la basura y la bosta, incluso los desperdicios de paño de

Florencia, todo esto le daba a la ciudad, aun si estaba hipertrofiada como Florencia, un interés en el campo. Este era tan marcado, en algunas ciudades italianas que cada barrio «adoptaba» una determinada aldea del exterior como su propia provincia rural.

En ciudades más pequeñas, como nos consta a través de los maravillosos atlas urbanos de los siglos XVI y XVII —Blaeu, Merian, Speed— las mejoras agrícolas y los encantos rurales fueron transportados al corazón de la ciudad, como lo testimonian los jardines interiores, los espacios abiertos cultivados, e incluso los paseos cubiertos de césped, situados en el interior de la ciudad o bien apenas al otro lado de las murallas. La ciudad medieval típica, excluidas las pocas metrópolis infladas de Italia, las cuales distaban mucho de ser típicas, no solo estaba en medio del campo sino que era del campo; y, como en la antigua Mesopotamia, algo de comida se cultivaba en ella, aunque solo fuera para impedir el hambre durante los asedios.

A decir verdad, las faenas agrícolas y rurales, como la cría de aves y la pesca, formaban parte de la vida diaria de la ciudad. Aún en el siglo XIV, en Inglaterra, los ciudadanos debían colaborar por ley, sin distinción de clases, en la época de la cosecha en la recolección. El éxodo veraniego de los habitantes del este de Londres a los campos de lúpulo de Kent es, quizá, la última supervivencia de esa costumbre medieval. Muchos pequeños centros de Francia y Suiza, estancados en su crecimiento desde hace largo tiempo, muestran aún esos espacios abiertos en los que nunca se ha edificado y que se usan todavía como jardines, como ocurre en esa encantadora y pequeña ciudad sobre el lago Leman que es Nyon. Hasta en centros populosos como París, donde los alquileres elevados determinaron la reducción continua de los espacios abiertos originales, los conventos y monasterios, así como las mansiones de la aristocracia, conservaron grandes superficies para jardines y huertas.

4. Ciudades con fuero y fortalezas coloniales

Si los métodos nuevos o renovados de protección militar —la muralla y el ejército ciudadano— aseguraron una nueva popularidad a las ciudades como lugares de residencia y de trabajo protegido por la sociedad, hubo, empero, un conjunto específico de motivos económicos que explica los progresos que hizo este movimiento. La emancipación de las ciudades fue un paso dado hacia el ordenamiento eficaz de la vida económica: el remplazo del trueque por el intercambio monetario y del servicio para toda la vida por el trabajo por pieza o el contrato temporal. En resumen, para usar la vieja distinción de sir Henry Maine, el paso de la jerarquía al contrato.

El mito del siglo XVIII del contrato social fue una racionalización de la base política de la ciudad medieval, cuya supervivencia en Ginebra conocía el ciudadano Jean-Jacques Rousseau, y cuya independencia y respeto de sí misma valoraba, ya que la ciudad corporativa a menudo se basaba, en realidad, en un contrato social entre el terrateniente y los pobladores o habitantes: aparecía como consecuencia de una transacción en que ambas partes daban y recibían valores, y no en primer término como resultado de la conquista militar, como ocurría en los ejemplos más antiguos. Esto, si no me equivoco, constituyó otro hecho nuevo en la historia urbana. La misma corporación, según ha observado F. W. Maitland, «apareció con la vida urbana».

El movimiento de las ciudades, desde el siglo X en adelante, es una historia de antiguas poblaciones urbanas que se convierten en ciudades más o menos autónomas y de nuevas poblaciones que se constituyen bajo los auspicios del señor feudal, dotadas de privilegios y derechos que servían para atraer grupos permanentes de artesanos y mercaderes. Los fueros urbanos, otorgados a

ambos tipos de ciudad, constituían un contrato social; la ciudad libre gozaba de seguridad tanto jurídica como militar, y el hecho de vivir en una ciudad corporativa durante un año y un día eliminaba las obligaciones de la servidumbre. De ahí que la ciudad medieval se convirtiera en un ambiente selecto que recogía en su seno la parte de la población rural que era más diestra, más audaz, más destacada, y, por esto, probablemente la más inteligente. La ciudadanía misma y la libre asociación remplazaron los antiguos vínculos de sangre y suelo, de la lealtad familiar y feudal. El grupo profesional especializado complementaba ahora, en un nuevo conjunto de relaciones y deberes, los grupos de la familia y el vecindario: todo tenía su lugar en la nueva ciudad.

El interés político en el periodo medieval se centra, por lo común, en la lucha por el poder entre la burguesía urbana y sus señores: los condes, los obispos y los reyes. De este modo se tiende a descuidar el papel que desempeñó el propio feudalismo en el fomento del desarrollo de las ciudades. Muchos de los conflictos en los antiguos centros se debieron a intentos de imponer duras condiciones a los nuevos ciudadanos y no a una resistencia absoluta al otorgamiento de todo privilegio, pues los grandes propietarios fundaron ciudades nuevas a gran escala en todas partes de Europa, sobre todo en las proximidades de las fronteras. Si bien muchas aldeas que alcanzaron prematuramente la condición jurídica de ciudad no crecieron nunca lo suficiente como para justificar el título, más sorprendente resalta el número de ciudades que partieron de la nada. En un artículo sobre los burgos escoceses, J. M. Houston señala que las pruebas existentes no muestran una evolución paulatina de las comunidades agrícolas a las ciudades: los fueros de Ayr, Dumbarton, Canningate y Saint Andrew implican que los privilegios de los ciudadanos estaban supeditados al establecimiento en la tierra situada dentro del burgo. Era una especie de sistema de plantación urbana. También en este caso era la ciu-

dad *un fait du prince.* Muchas de las nuevas ciudades eran puestos de frontera, como en Gascuña, Gales y Pomerania; y, en su modo de ocupación, se asemejaban a las fundaciones muy posteriores en América, por cuanto permitían que gentes descontentas con las condiciones existentes en partes más pobladas de Europa se desentendieran de ellas y empezaran de cero.

Sobre el aspecto político, citaré a Thomas Frederick Tout, cuyo estudio sobre la planificación urbana medieval constituyó un hito en la bibliografía en inglés en este campo. «La necesidad política de formar ciudades apareció antes que la necesidad económica. En los modestos comienzos de las nuevas ciudades de la Edad Media, las consideraciones militares eran siempre primordiales. Un señor poderoso conquistaba una zona contigua a sus antiguos dominios o deseaba defender su frontera contra un enemigo próximo. Construía rudimentarias fortalezas y alentaba a sus súbditos a vivir en ellas, de modo que pudiera asumir la responsabilidad de su defensa permanente».

En un sentido, estas poblaciones, al igual que en el caso de las colonias militares, eran un sustituto barato de un ejército permanente. Al otorgar al nuevo ciudadano el derecho a portar armas, el señor eludía la necesidad de tener que hacerle otro pago por su uso. Como el siervo, después de todo, tenía un título permanente sobre la tierra a la que estaba atado, hacía falta algún otro cebo para alejarlo trescientos o quinientos kilómetros. Por primera vez tenía capacidad para negociar y el propietario se veía obligado a satisfacer a medias las condiciones solicitadas por el posible poblador. En general, la pertenencia a la comunidad urbana incluso en una ciudad tan insignificante como Lorris, en Francia (que no obtuvo un derecho general al autogobierno), equivalía a verse liberado de hacer pagos forzosos así como del servicio militar feudal y, también, a tener libertad para vender los bienes que se tuvieran y marcharse a otra parte. La ciudadanía daba a su poseedor la movilidad

ambos tipos de ciudad, constituían un contrato social; la ciudad libre gozaba de seguridad tanto jurídica como militar, y el hecho de vivir en una ciudad corporativa durante un año y un día eliminaba las obligaciones de la servidumbre. De ahí que la ciudad medieval se convirtiera en un ambiente selecto que recogía en su seno la parte de la población rural que era más diestra, más audaz, más destacada, y, por esto, probablemente la más inteligente. La ciudadanía misma y la libre asociación remplazaron los antiguos vínculos de sangre y suelo, de la lealtad familiar y feudal. El grupo profesional especializado complementaba ahora, en un nuevo conjunto de relaciones y deberes, los grupos de la familia y el vecindario: todo tenía su lugar en la nueva ciudad.

El interés político en el periodo medieval se centra, por lo común, en la lucha por el poder entre la burguesía urbana y sus señores: los condes, los obispos y los reyes. De este modo se tiende a descuidar el papel que desempeñó el propio feudalismo en el fomento del desarrollo de las ciudades. Muchos de los conflictos en los antiguos centros se debieron a intentos de imponer duras condiciones a los nuevos ciudadanos y no a una resistencia absoluta al otorgamiento de todo privilegio, pues los grandes propietarios fundaron ciudades nuevas a gran escala en todas partes de Europa, sobre todo en las proximidades de las fronteras. Si bien muchas aldeas que alcanzaron prematuramente la condición jurídica de ciudad no crecieron nunca lo suficiente como para justificar el título, más sorprendente resalta el número de ciudades que partieron de la nada. En un artículo sobre los burgos escoceses, J. M. Houston señala que las pruebas existentes no muestran una evolución paulatina de las comunidades agrícolas a las ciudades: los fueros de Ayr, Dumbarton, Canningate y Saint Andrew implican que los privilegios de los ciudadanos estaban supeditados al establecimiento en la tierra situada dentro del burgo. Era una especie de sistema de plantación urbana. También en este caso era la ciu-

lad *un fait du prince*. Muchas de las nuevas ciudades eran puestos le frontera, como en Gascuña, Gales y Pomerania; y, en su modo le ocupación, se asemejaban a las fundaciones muy posteriores n América, por cuanto permitían que gentes descontentas con as condiciones existentes en partes más pobladas de Europa se lesentendieran de ellas y empezaran de cero.

Sobre el aspecto político, citaré a Thomas Frederick Tout, uyo estudio sobre la planificación urbana medieval constituyó n hito en la bibliografía en inglés en este campo. «La necesi-ad política de formar ciudades apareció antes que la necesidad conómica. En los modestos comienzos de las nuevas ciudades e la Edad Media, las consideraciones militares eran siempre pri-nordiales. Un señor poderoso conquistaba una zona contigua a us antiguos dominios o deseaba defender su frontera contra un nemigo próximo. Construía rudimentarias fortalezas y alentaba sus súbditos a vivir en ellas, de modo que pudiera asumir la esponsabilidad de su defensa permanente».

En un sentido, estas poblaciones, al igual que en el caso de s colonias militares, eran un sustituto barato de un ejército per-nanente. Al otorgar al nuevo ciudadano el derecho a portar armas, l señor eludía la necesidad de tener que hacerle otro pago por su so. Como el siervo, después de todo, tenía un título permanente bre la tierra a la que estaba atado, hacía falta algún otro cebo para lejarlo trescientos o quinientos kilómetros. Por primera vez tenía apacidad para negociar y el propietario se veía obligado a satisfa-er a medias las condiciones solicitadas por el posible poblador. n general, la pertenencia a la comunidad urbana incluso en una udad tan insignificante como Lorris, en Francia (que no obtuvo n derecho general al autogobierno), equivalía a verse liberado de acer pagos forzosos así como del servicio militar feudal y, tam-ién, a tener libertad para vender los bienes que se tuvieran y mar-harse a otra parte. La ciudadanía daba a su poseedor la movilidad

personal. ¿Es necesario que haga hincapié en cuán indispensal fue esto para el surgimiento de una clase mercantil, lo mismo q para los artesanos quienes perfeccionaban su arte trabajando cor oficiales con diferentes maestros, en otras ciudades?

Por la fuerza de las armas, mediante acuerdos, por comp directa o mediante una u otra combinación de estos diversos m dios, las ciudades conquistaron el derecho a celebrar un merca periódico, el derecho a estar sujetas a una ley especial del mer do, el derecho a acuñar moneda y a establecer pesas y medidas, derecho de los ciudadanos a ser juzgados en sus tribunales lo les, según sus leyes y ordenanzas locales, y el derecho, no men digno de atención, de portar armas. Estas facultades, sobre las q en otro tiempo tuvo prioridad la ciudadela, pertenecían ahora a ciudad y cada ciudadano tenía su responsabilidad en ejercerlas.

Es probable que el derecho del ciudadano a portar arm contribuyera mucho más que la invención de la pólvora a redu el poder de la nobleza feudal: ¿acaso los burgueses de Flandes derrotaron a la flor de la caballería francesa en el campo de bata sin contar con la pólvora? Se encuentra un último eco de esa n particular en materia de libertad urbana en la disposición cons tucional de los Estados Unidos de América, que consigna que se privará al ciudadano de su derecho a portar armas, si bien es la democrática Suiza, con su vigorosa tradición municipal, don aún se sustancia este derecho mediante la norma de entrega cada miembro de la reserva del ejército, cuando se le licencia, fusil y sus pertrechos. En lo que atañe a los fueros mismos, d ron lugar a la ficción legal, que aún se conserva reverentemen de que la propia ciudad es una criatura del Estado y que existe p conocimiento tácito. En los hechos, todas las actuales ciudad históricas de Europa son más antiguas que el Estado que sostie legalmente estos derechos y tenían una existencia independie antes de que se reconociera su derecho a existir.

Todos estos derechos podían o no llevar a una completa autonomía local, exenta de todo género de injerencia, como en las grandes ciudades hanseáticas de Hamburgo, Bremen y Lubeca, que funcionaron orgullosamente como ciudades libres hasta la época de Bismarck. Pero, en cualquier caso, dotaban a la comunidad local de la mayoría de los rasgos de eso que hoy recibe el nombre de Estado soberano; y por esto mismo transmitieron, a su tiempo, a las entidades nacionales más vastas que las engulleron, los celos y las rivalidades que distinguieron a la ciudad amurallada.

Cuando un señor feudal deseaba dinero para crear un ejército, para participar en las cruzadas o para gozar de los nuevos lujos que llegaban a Europa, contaba con una fuente económica principal de riqueza: sus tierras. Conforme con la costumbre feudal, no podría trasferir la propiedad de la tierra o venderla; pero, dividiéndola, fomentando el crecimiento de las viejas poblaciones mediante la concesión de la autonomía, y fundando nuevos centros, podía aumentar sus rentas anuales. Pese a que, en razón de los acostumbrados arriendos a largo plazo, las rentas aumentaran lentamente para el propietario original, sus herederos, en cambio, se beneficiarían, con el correr del tiempo, por el inmerecido incremento del crecimiento y la prosperidad de la ciudad. No debe olvidarse que, incluso en Londres, y eso hasta nuestros propios días, unos cuantos propietarios feudales, como el duque de Bedford, el duque de Westminster y la Corona, han detentado títulos sobre las zonas más intensamente explotadas. En el derecho germánico, la tierra estaba colocada en una categoría especial que la separaba de los edificios y de los bienes personales; y una vez que la propia tierra pasó a ser objeto de comercio, comprable y vendible como cualquier otro bien, la ciudad medieval, como institución corporativa, quedó sentenciada.

Casi tan importantes como la renta de la tierra en los centros urbanos eran las fuentes especiales de renta urbana en que tenía

una participación el propietario de la tierra: los derechos de pea en los puentes y el mercado local, los impuestos de aduana y l multas de los tribunales, todos los cuales se multiplicaron a m dida que aumentaba la población de la ciudad. Algunos de est antiguos tributos subsistieron en Europa —como, por ejemplo, impuesto a los carros y vehículos entrantes— hasta pleno siglo x incluso en la metropolitana París. Inicialmente, en una poblaci pionera podría resultar necesario liberar de impuestos al reci llegado, siempre que edificara una casa: la exención de impue tos para promover la construcción de viviendas es un treta m antigua.

Como sucede con todas las empresas especuladoras, un ciudades podrían rebasar las esperanzas de sus señores; en tan que otras, como muchas de las poblaciones fortificadas *(bastid* en el sur de Francia, podrían permanecer tanto económica com socialmente amodorradas. Aïgues-Mortes, el otrora activo puer de embarcación para las cruzadas, solo subsiste como una pieza museo. Pero la construcción de ciudades fue en sí misma una las principales empresas industriales en la temprana Edad Med

Ahora podemos comprender, tal vez, la actitud del feudal mo ante este movimiento. La ciudad libre constituía una nue fuente de riqueza, pero la desafiante confianza en sí misma y la i dependencia de la gente que se sumaba a la comuna era una am naza para la totalidad del régimen feudal. La ciudad concentra mano de obra, poder económico y armas de defensa: sus ejércit ciudadanos, mucho más que los siervos que solo servían a su am tenían algo que defender. Estaban dispuestos a combatir por libertad que habían ganado, los hogares que habían levantado, ciudad que habían contribuido a crear. Mientras que el campo batalla, el torneo y la cacería eran los puntos centrales de la vi feudal, la ciudad brindaba recursos económicos y culturales que siquiera los más grandes castillos podían ofrecer. En Italia, las p

sibilidades de vida civil atrajeron a los nobles y a los terratenientes menores a las ciudades; si bien no adoptaron la residencia urbana espontáneamente, a veces lo hicieron bajo compulsión municipal, de modo que los burgueses pudieran vigilarlos. Pero en la Europa septentrional esta clase se mantuvo durante largo tiempo alejada de la ciudad, fiel a las cacerías de osos y a la «berrea del ciervo», a la vida al aire libre y los humeantes salones solariegos, permaneciendo más emparentados con los campesinos que oprimían que con los habitantes de las ciudades, a quienes habían emancipado.

Hasta en Italia se ensanchó el espacio entre estos dos aspectos del ambiente. A medida que las ocupaciones urbanas, por su mismo éxito, alejaban cada vez más las ocupaciones rurales que la ciudad hasta entonces albergaba, el antagonismo entre la ciudad y el campo se agudizó; puesto que la ciudad era una sociedad excluyente, basada en la asociación voluntaria con un objetivo común, todo ciudadano, ante los campesinos pegados a la tierra, tenía algo de estirado, con ese estiramiento propio del advenedizo y el nuevo rico. Este hecho contribuiría, a su debido tiempo, a desbaratar la libertad urbana y el autogobierno. Por excluir el campo de sus privilegios, la ciudad se encontró, a partir del siglo XVI, enfrentada con un competidor económico, cuya misma falta de protección y reglamentación convidaba a nuevas empresas económicas y a un tipo turbulento de desarrollo urbano.

5. El predominio de la Iglesia

Las ideas e instituciones de la civilización medieval solo nos interesan aquí en la medida que influyeron en la estructura de las ciudades y el desarrollo de los órganos de su vida cultural. Pero, a menos que se entiendan estas ideas, quedará sin explicación la

preponderancia de grandes estructuras cívicas consagradas a oficios religiosos.

En la Europa occidental, después de la caída del imperio Romano, la única asociación poderosa y universal era la Iglesia. La pertenencia a dicha asociación era voluntaria en la teoría y obligatoria en la práctica. Quedar excluido de comulgar en ella constituía un castigo tan grande que, hasta el siglo XVI, incluso los reyes temblaban ante la amenaza de excomunión. Desde la más pequeña aldea con su iglesia parroquial hasta la ciudad más grande con su catedral, sus múltiples templos, sus monasterios y santuarios, la presencia de la Iglesia era visible en toda comunidad: sus agujas eran lo primero que veía el viajero en el horizonte y su cruz era el último símbolo que se exponía a los ojos de los agonizantes.

En una cultura caracterizada por asombrosas variedades de dialecto, ley, cocina, pesos y medidas y moneda, la Iglesia ofrecía un hogar común; a decir verdad un refugio universal: el mismo credo, los mismos oficios, las mismas misas, celebradas con los mismos gestos, en el mismo orden, con el mismo propósito, desde un extremo de Europa hasta el otro. La estricta uniformidad romana nunca sirvió más a la humanidad que en este periodo. En los oficios más importantes de la vida, la más modesta aldea estaba a la misma altura de una metrópolis. La Iglesia universal daba a todas las comunidades, grandes o pequeñas, un objetivo común; pero la unidad conseguida de este modo alentaba la diversidad y la particularidad en vez de suprimirlas.

Las divisiones políticas fundamentales de la sociedad, subyacentes a todos los demás vínculos y lealtades, eran la parroquia y la diócesis: no se trataba de zonas abstractas marcadas en un mapa, sino que cada una de ellas tenía, en su centro, una morada común para el culto y una autoridad espiritual nombrada que representaba al Papa. En Inglaterra, según G. G. Coulton, había una iglesia parroquial por cada cien familias, y había muchas aldeas y

poblaciones en que mucho menos de cien familias tenían iglesia. La forma universal de impuesto era el diezmo, una décima parte de la renta anual, dedicada al sostén del gran establecimiento de Roma, en parte para el mantenimiento y en parte para nuevas inversiones.

Naturalmente, los funcionarios residentes en las iglesias, aparte de los establecidos en monasterios, formaban un sector nada reducido de la comunidad. En 1314, la pequeña población de Cirencester, en Inglaterra, contaba con ciento cinco acólitos, ciento cuarenta subdiáconos, ciento treinta y tres diáconos y ochenta y cinco sacerdotes: unos cuatrocientos sesenta y tres en total. Una buena parte de las actividades económicas de la comunidad se dedicaban al sostén del clero y de los que estaban al servicio del clero, en tanto que, análogamente, una gran parte de su capital, desviada por la Iglesia de otras posibles empresas, se destinaba a la construcción y mantenimiento de edificios eclesiásticos, como catedrales, iglesias, monasterios, hospitales, casas de caridad y escuelas, con toda su riqueza de estatuas, imágenes y pinturas.

La principal ocupación de esta comunidad no consistía en el comercio, por muy ávidamente que se entregaran los mercaderes, en su calidad de individuos, a amasar fortunas: la principal ocupación era la veneración y la glorificación de Dios, y, al borde de la muerte, si no en medio de su vida orgullosa, codiciosa, taimada y dominadora, tanto el mercader como el señor recordarían esa obligación al dar destino a sus bienes.

La propia Iglesia era una institución multilateral; y el edificio de la iglesia desempeñaba muchas funciones que ulteriormente serían separadas y asignadas a instituciones seculares especializadas. Pero, hasta en su nivel más modesto, en la parroquia de la ciudad, la iglesia era un centro vecinal, un foco de la vida diaria de la comunidad; y ningún barrio era tan pobre como para carecer de su iglesia, a pesar de que en el centro de la población se levan-

tara una vasta catedral, con capacidad suficiente para dar cabida a todos sus ciudadanos en las ocasiones solemnes o festivas.

En sí, la Iglesia local podía ser a menudo un «museo de la fe cristiana», así como un hogar del culto. La presencia de un santo ermitaño, encerrado en su celda cerca de sus puertas, o incluso los huesos y reliquias de un santo de esta índole, resultarían una atracción para las gentes piadosas: tanto más si tenía reputación de poseer poderes milagrosos. Iglesias y monasterios que disponían de tales reliquias se convertían en metas de peregrinación: cosas como los huesos de Tomás de Becket en Canterbury o la sangre de san Genaro en Nápoles atraían hombres a las ciudades, no menos que las posibilidades de libertad, política o de comercio provechoso.

En un sentido muy preciso, a pesar de sus múltiples orígenes y de sus resultados ambivalentes, la ciudad europea medieval puede ser descrita como una estructura colectiva cuyo objetivo principal era vivir una vida cristiana. Ese objetivo coloreaba incluso instituciones que, como la guerra, estaban en flagrante contradicción con el espíritu cristiano, y reprimía otras prácticas, como la usura, a las que solo podía recurrirse mediante subterfugios y con mala conciencia. Pero, sobre todo, la concepción cristiana de la vida, con su afirmación del padecimiento y su voluntad de prestar socorro, creó organismos de los que no hay ejemplos en las civilizaciones urbanas anteriores.

Se establecieron así, en escala considerable, hospitales para la atención general de enfermos y achacosos. El sanatorio ya no era un centro de salud apartado de la ciudad y destinado principalmente a aquellos que podían permitirse el lujo de viajar, sino que ahora era un lugar en el corazón de la ciudad, situado a mano, disponible para todos aquellos que lo necesitaran, bajo la atención de hombres y mujeres dispuestos a llevar a cabo todas las faenas repulsivas que exigían las enfermedades, las heridas y las interven-

ciones quirúrgicas. Tanto el hospital como la sala de aislamiento fueron contribuciones directas del monasterio; y con ellos apareció un tipo más general de hospitalidad para las personas sanas necesitadas de descanso nocturno y alimentación. En el curso de todos los siglos en que faltaron posadas y hoteles, cuando el alojamiento privado era escaso y pésimo, el hospicio monástico proporcionó gratuitamente un albergue decoroso.

El establecimiento de hospicios fue, asimismo, una institución municipal medieval, pues el cuidado de los pobres y desvalidos era una obligación de la caridad cristiana; y, en la ciudad medieval tardía, los hospicios no figuraban entre los edificios menos hermosos, si bien su misma existencia demuestra que la pobreza se desarrollaba al mismo ritmo que la riqueza. Finalmente, también por primera vez, florecieron en la ciudad medieval tardía las instituciones para el cuidado de ancianos: a veces, como en Brujas, Ámsterdam y Augsburgo, pequeñas unidades vecinales, con sus jardines públicos y su capilla: hasta nuestros días verdaderas lagunas de donaire cívico.

En ningún punto se separaban estas instituciones urbanas de la Iglesia; como tampoco la propia Iglesia se separaba o era separable en ningún punto de la comunidad, puesto que las estructuras necesarias eran construidas mediante contribuciones obligatorias y voluntarias, procedentes de toda la comunidad. Todo aquello que el Estado territorial trata ahora de hacer a gran escala fue realizado por vez primera, en forma más íntima y a menudo tal vez con más sentimiento de la circunstancia humana, en la ciudad medieval.

En el siglo XVI, una institución más se añadiría a las anteriores, principalmente por el esfuerzo de una orden monástica más reciente, la de los jesuitas: me refiero al asilo de niños expósitos. En ningún tipo anterior de ciudad se encontrarían estos establecimientos para los desdichados. En ninguno se tradujeron actos individuales de socorro en edificios públicos tan hermosos.

Siguiendo a Rabano (siglo IX), podríamos describir la ciudad medieval como una unión de la Iglesia y la comunidad en pos de la vida santa. Hasta cuando se quedaba deplorablemente rezagada en relación con el ideal cristiano, esta unión produciría, empero, instituciones y edificios destinados a promoverlo.

Aunque la Iglesia se hallaba en todas partes en su ministerio, el efecto cívico más importante de sus intereses ultraterrenales fue, por hábito cuando no por intención consciente, el hecho de que universalizó el monasterio. La práctica de la abstinencia y del retiro para la plegaria, el espíritu de inclusión y protección, dejó su huella en toda la estructura de la ciudad medieval. En tanto que el complejo medieval se mantuvo intacto, una corriente constante de mujeres y hombres de mundo desilusionados se volvió de la plaza y el campo de batalla hacia el monasterio y el convento, en busca de una tranquila rutina contemplativa. Incluso cuando las órdenes de predicadores llevaron el espíritu del claustro al corazón de la ciudad, tratando activamente de convertir al pecador urbano y de socorrer a los necesitados mediante el ejemplo diario de su pobreza y su humildad, también este «retorno» tomó en poco tiempo la forma antigua y se instaló en hermosos edificios. Así, la nueva libertad introdujo una espaciosidad rural en el corazón de la ciudad, en el momento en que la presión de la población, en los centros comerciales más activos, devoraba los espacios abiertos situados en la parte trasera de las casas privadas. Los jardines cercados de los nuevos conventos de frailes endulzaron el aire de la ciudad más congestionada.

La concentración diaria en la vida interior tuvo sus efectos compensatorios: las vulgares percepciones de la vigilia fueron iluminadas por las alucinaciones apasionadas del sueño; ante el ojo interior, las figuras resultaban tan reales como las que caían periféricamente sobre la retina. Y aunque en el siglo XVI el protestantismo desconfió de las extravagancias visuales, conservó para

uso privado los hábitos del claustro: la plegaria repetida y la comunión interior en un «gabinete» privado.

En el último medio siglo, la arquitectura pasó del encierro a la exhibición. Se trata, prácticamente, del remplazo de la pared por la ventana. Hasta en la vivienda privada, como Henry James notó en seguida al visitar los Estados Unidos en 1905, todo sentido de vida íntima y privada estaba abandonándose al insertar un cuarto en otro, a fin de crear una especie de espacio público a la vista para cada momento y para cada función. Quizás este movimiento ha llegado ya al término natural de todas las interpretaciones arbitrarias de las necesidades humanas. Al abrir nuestros edificios al resplandor inmoderado de la luz del día, nos hemos olvidado, con peligro y pérdida para nosotros, de la necesidad coordinada de contraste, de quietud, de oscuridad, de intimidad y de retiro interior.

Esta lección debe aplicarse al trazado de las ciudades no menos que a los edificios. El claustro, tanto en su forma pública como en su forma privada, tenía una función constante en la vida de los hombres de las ciudades; y demostrar este hecho no fue una de las menores contribuciones de la ciudad medieval. Sin oportunidades estables, de aislamiento y contemplación, oportunidades que exigen un espacio cerrado, a salvo de ojos curiosos y distracciones, hasta la vida más extrovertida debe resentirse con el tiempo. Un hogar sin estas celdas no es otra cosa que un cuartel; la ciudad que no las posee solo es un campamento. En la ciudad medieval, el espíritu tenía abrigos organizados y formas aceptadas de evasión de la intromisión mundana en el convento o la capilla; uno se podía retirar por una hora o por un mes. Hoy, la degradación de la vida interior está simbolizada por el hecho de que el único lugar a salvo de la intrusión es el retrete.

6. El servicio de la corporación

Mientras la Iglesia universal centraba su interés en el alma individual, la comunidad medieval se basaba en la existencia de clases y rangos dentro de un orden limitado y local, feudal o municipal. Durante la Edad Media, el individuo sin ataduras era un condenado, o a la excomunión o al exilio: estaba próximo a la muerte. Para existir era necesario pertenecer a una asociación, una familia, un solar un monasterio o un gremio. Se vivía y se moría en el estilo propio de la clase y de la corporación a la que se pertenecía.

Fuera de la Iglesia, la manifestación más difundida de la vida corporativa era el gremio: las dos bases del compañerismo, el trabajo en común y la fe común, estaban unidas en la ciudad medieval. Cuando por vez primera se encuentran los gremios o corporaciones de oficios en Inglaterra, en el periodo anglosajón (antes del año 892), se trata, ante todo, de una fraternidad religiosa que se reúne bajo el patronato de un santo con fines de consuelo o júbilo fraternal, asegurando a sus miembros contra los tristes accidentes de la vida y proporcionándoles decoroso entierro. Así, incluía rasgos asombrosamente semejantes a los de su predecesor, cuando no antepasado directo, el colegio funerario romano, y a gran distancia ha transmitido esas características a instituciones análogas recientes, como la English Friendly Society y la Order of Freemasons, o los American Elks and Odd Fellows, con su mezcla de sociabilidad y seguros.

La corporación no perdió nunca su tinte religioso. Siguió siendo una hermandad jovial, adaptada a faenas económicas y responsabilidades comerciales específicas, mas sin dedicarse única y exclusivamente a ellas. En muchas ciudades, la *conjuratio*, el juramento de socorro mutuo, constituía un elemento fundamental de la asociación. (Nada tiene de asombroso, por lo tanto, que Kropotkin recurriera con tanta frecuencia a la Edad Media

en busca de ejemplos de apoyo mutuo). Los hermanos comían y bebían juntos periódicamente; formulaban ordenanzas para el ejercicio de su oficio; planeaban, costeaban y representaban sus misterios, para edificación de sus conciudadanos. En las etapas de prosperidad construían capillas, subvencionaban coros, fundaban escuelas de primeras letras —las primeras escuelas laicas desde el fin de la antigüedad— y, en el auge de su poderío, edificaban las sedes gremiales, que no pocas veces resultaron tan espléndidas como la Lonja de los Paños, en Ypres. Con su oficio como centro, estructuraban toda una vida, en rivalidad amistosa con otros gremios, y, como hermanos, guarnecían las murallas contiguas a su barrio, para hacer frente al enemigo.

Estas uniones y fraternidades habían existido, como ya hemos visto, entre los artesanos urbanos del Imperio Romano y, a decir verdad, aún antes, en la Grecia del siglo III, y se prolongaron en Bizancio. Si bien los vínculos siguen siendo oscuros, debido a la carencia de documentos escritos, sabemos que el recuerdo de acontecimientos remotos, como las espectaculares conquistas de Alejandro, permaneció vivo en la mitología popular entre los analfabetos durante el dilatado interregno románico; y la idea, e incluso el ejemplo, de estas fraternidades de oficio, posiblemente no desapareció del todo. El hecho de que el más antiguo ejemplo germano de organización de gremio, las cartas reales de Worms (897-904), mencione como miembros a los trabajadores del transporte, podría indicar un vínculo con las anteriores corporaciones romanas. Aparte de esto, los primeros gremios de que se tiene constancia en Alemania, excepto las asociaciones de entierros, son las de los tejedores de Maguncia, de 1099, en tanto que ya antes, en 1010, Pavía se enorgullecía de contar con una, y Saint Omer, en Francia, tenía otra hacia el año 1050.

Si en general el desarrollo de los gremios de mercaderes se adelantó en medio siglo, más o menos, al desarrollo de los de ofi-

cios, conviene recordar que, excepto cuando se trataba del comercio internacional, la línea divisoria entre artesano y mercader no estaba trazada netamente; pues el artesano que hacía trabajos por encargo, podía, asimismo, vender el excedente de su producción. En el curso de un periodo inicial, los artesanos, según Charles Gross, eran admitidos en las corporaciones comerciales y probablemente constituyeron la mayoría de los miembros; del mismo modo que miembros posteriores del orden feudal, o bien estudiosos que deseaban participar en el gobierno de la ciudad, tenían que incorporarse como miembros de una corporación como la de los boticarios o los pintores, a fin de poder ocupar cargos.

La corporación de mercaderes era una organización general que reglamentaba la vida económica de la ciudad en conjunto: fijaba las condiciones de venta, protegía al consumidor de la estafa tanto como al artesano honrado de la competencia deshonesta, y protegía a los comerciantes de la ciudad cuando influencias externas amenazaban desorganizar su mercado. Por su parte, los gremios de oficios constituían asociaciones de maestros que trabajaban unidos sus productos, a fin de regular la producción y fijar normas de calidad artesanal. A su tiempo, cada una de estas instituciones halló su expresión en la ciudad: la corporación de mercaderes en el ayuntamiento o la bolsa, y las de oficios en el palacio de la corporación, edificado a veces por un solo gremio, como ocurre en el caso de los muchos palacetes de las corporaciones de Venecia, y otras veces en un gran edificio construido mediante el esfuerzo conjunto. Es probable que los primeros edificios de las corporaciones fueran casas modestas o cuartos alquilados, hoy desaparecidos desde hace tiempo, tal como ocurrió en el caso de los antiguos colegios, de los cuales poseemos algunos datos seguros. Pero los que han subsistido rivalizan a menudo en magnificencia con el ayuntamiento o la catedral. W. J. Ashley observa que el costo de estos edificios fue «una de las circunstancias que determinaba y

parecía justificar la exigencia de elevadas cuotas de ingreso»; esto, a su vez, llevó a la restricción de la calidad de miembro a los más ricos de la comunidad. Y no se trata de la primera ni de la última vez en que la pompa de un gran caparazón arquitectónico haya destruido a la criatura que soportó el peso de su creación...

La importante función desempeñada por la corporación en la ciudad medieval, hasta el siglo xv, indica una elevación general de la jerarquía del trabajo, en especial del trabajo manual, y también eso fue en buena medida uno de los grandes logros de la Iglesia, en parte al jerarquizar las ocupaciones de los pobres y los humildes, pero, más aún, en la orden benedictina, al aceptar las labores manuales como un elemento fundamental en una buena vida: «trabajar es orar». La vergüenza del trabajo, aquel lastimoso legado de las culturas serviles, desapareció gradualmente; y las frecuentes proezas de esos trabajadores urbanos en la guerra desbarataron las pretensiones de las clases feudales, las cuales despreciaban todas las formas de labor, excepto las de la caza y del campo de batalla. Una ciudad que podía jactarse de que la mayoría de sus miembros eran ciudadanos libres, que trabajaban codo con codo en condiciones de igualdad, sin el refuerzo de esclavos, era, lo repito, un hecho nuevo en la historia urbana. Con esto se produjo una aplicación de la inteligencia a los procesos técnicos que no había alentado jamás ningún sistema esclavista. El precepto y la práctica medievales proporcionaron así la condición fundamental cuya ausencia arruinó la organización «democrática» de Grecia, restringida y apoyada en la esclavitud.

Obsérvese, además, la diferencia entre la comunidad medieval y la ciudad moderna. En la industria, a partir del siglo xviii, es la organización del proceso económico lo que ha asumido una nítida forma corporativa en la fábrica, la corporación comercial, la cadena de almacenes y la organización cooperativa. Durante largo tiempo, asociaciones políticas como las cámaras de comercio,

las asociaciones de industriales y los sindicatos no formaron parte integrante de la organización económica: surgieron tardíamente en los márgenes, solo incluían a una parte de la población interesada y en ningún caso, ni siquiera en el del sindicato, pretendieron abarcar una proporción considerable de la vida cultural de sus miembros.

En la ciudad medieval la organización efectiva de la industria era sencilla y directa, entre maestro y oficial en el taller, entre vendedor y comprador en el mercado. Pero el hecho primordial era la asociación. En cumplimiento de sus propósitos sociales, la corporación se convirtió, mediante su propia ayuda, en sociedad de protección de la salud y de seguros para la vejez, en grupo teatral y en fundación educativa. Solo en el curso del último medio siglo, al esforzarse por proporcionar seguridad económica, muchos sindicatos han comenzado a recuperar algo de los intereses y facilidades sociales del gremio medieval. Por desgracia, el mismo principio de protección, aplicado por la administración de las grandes industrias a su personal, proporcionándole teatros, campos de deportes, pistas de bolos, clínicas médicas y bibliotecas, amenaza ahora con introducir una nueva suerte de feudalismo comercial. Bajo este régimen, el vínculo con la fábrica, o por lo menos con el gran consorcio financiero que la dirige, se vuelve casi tan estrecho como el vínculo del siervo con su tierra, aunque solo sea para que el obrero, invisiblemente encadenado, pueda cosechar sus dividendos en beneficios para la vejez. Por arduo que les resultara a los economistas liberales del siglo XIX comprender los principios de la sociedad de los gremios, no cabe suponer hoy que existan obstáculos psicológicos para que los comprendamos.

No bien el motivo económico se aisló y pasó a ser la meta exclusiva de las actividades de la corporación, esta institución decayó: en su seno surgió un patriciado de ricos maestros que transmitían sus privilegios a sus hijos y que, al imponer abultadas cuo-

tas de ingreso, trabajaban para excluir y poner en situación de desventaja al artesano pobre y al proletariado creciente. En los días en que los conflictos religiosos del siglo XVI destruyeron la propia fraternidad en la Europa septentrional, su naturaleza económica cooperativa ya estaba minada: una vez más, los gordos medraban a expensas de los flacos.

Si de hecho la corporación surgió con la ciudad medieval, por lo mismo se hundió con ella: las corporaciones solo eran la ciudad en su aspecto económico, así como la ciudad era las corporaciones en su aspecto social y político. Tanto la propia envoltura física como las prácticas de la corporación subsisten, apenas modificadas, hasta el siglo XVIII, cuya «ilustración» estuvo tan considerablemente dedicada a su demolición. Incluso en el Nuevo Mundo, la Carpenters' Company de Filadelfia funcionaba como una corporación medieval, al igual que muchos otros vestigios semejantes, y las reglamentaciones medievales del mercado subsistieron en todas partes, en cierto grado, hasta el fin del citado siglo. El uso de la palabra medieval, como término difamatorio para lo que es bárbaro e ignorante, data del siglo XVIII. Las personas atrasadas en materia de conocimientos históricos suelen concebir la Edad Media según ese cliché denigrante.

El centro de las actividades municipales era el ayuntamiento, el cual a veces también servía de lonja. Al comienzo, el ayuntamiento era un edificio independiente situado en la plaza del mercado, por lo común de dos pisos y provisto de dos grandes salones, utilizándose inicialmente el del piso inferior para las mercancías más delicadas que era necesario proteger del tiempo y que, por lo tanto, no podían dejarse en los puestos que rodeaban la propia plaza. Con frecuencia, como en el caso de la lonja que aún se levanta en Milán, la estructura se apoyaba en columnas que dejaban completamente abierta la planta baja, un ejemplo de construcción en pilotes con un motivo sensato, siglos antes de que Le Corbusier

la empleara como una suerte de vulgar marca de fábrica del diseño moderno y haciendo caso omiso de su necesidad funcional.

Por lo común, los constructores de la Edad Media tenían muy presentes consideraciones más prácticas: uno de los grandes mercados de Brujas, el centro comercial del norte, antes del siglo xv era el Wasserhalle, así llamado porque se extendía sobre un canal y permitía que las cargas llegaran directamente en barcazas al mercado desde abajo. La sala superior del ayuntamiento se reservaba para las reuniones del alcalde y el concejo, para la administración de justicia, la recepción de embajadores y las periódicas fiestas y comilonas. Residuos de estas últimas subsisten, por cierto, en el Londres actual, junto con los fantasmas de las antiguas Livery Companies, en la famosa fiesta del Guildhall que sigue a la elección anual del nuevo *Lord Mayor* y en la procesión del mismo.

Hacia el ocaso de la Edad Media, las principales familias, procedentes principalmente del círculo más rico de los mercaderes mayoristas, solían celebrar también en el ayuntamiento sus bailes y recepciones, para envidia del resto de la población. De hecho, se convirtió en una especie de palacio colectivo para el patriciado; y por esto se le daba a menudo el nombre de *theatrum* o coliseo. En él podían celebrarse las bodas con la pompa debida. Esta característica ha sobrevivido, haciendo genuflexiones a la democracia, hasta el mismo día de hoy. Considérese el reconocimiento del antiguo régimen en las dos cámaras especiales para las bodas, de primera y de segunda clase, en el ayuntamiento de Hilversum, en Holanda. En *Los Buddenbrook*, Thomas Mann nos ha dado una última visión de esa vida patricia ya vacilante.

El hecho de ser miembro del municipio permitía eludir los impuestos feudales directos: se asumían responsabilidades de ciudadano. No solo se imponía el servicio militar a los individuos de sexo masculino que no eran funcionarios de la Iglesia sino que también las fuerzas policiales de la ciudad se escogían origi-

nalmente, por rotación, entre los ciudadanos: era la obligación de vigilar y guardar. En 1523, Enrique III estableció las rondas nocturnas para las ciudades y las villas; y Stow señala la existencia de dos tipos de ronda en la época de la reina Isabel de Inglaterra: la «ronda permanente» destinada a funciones serias y la «ronda en marcha» para las celebraciones. En las comunidades modernas solo se impone este servicio en caso de guerra o de una catástrofe repentina, pero en la ciudad medieval formaba parte de la rutina diaria. Constituye un problema importante saber si el hecho de dejar estas funciones de protección a cargo exclusivo de una policía profesional no ha debilitado el sentido de responsabilidad y eliminado un medio eficaz de educación cívica.

Todavía en 1693, por ordenanza del Ayuntamiento de Londres, se estipularía que más de mil vigilantes estaban constantemente de servicio en esa ciudad, entre el ocaso y el amanecer, y que todo habitante debía participar en este servicio. Para mantener un cuerpo de esta índole es necesario inculcar un elevado sentido de las obligaciones cívicas, nutriéndolo constantemente con ejemplos extraordinarios de devoción y con recompensas especiales; por falta de estos, la ley prescribió en el siglo XVIII. Pero los bomberos voluntarios y los trabajadores de las ambulancias que prestaron tan heroicos servicios en Londres —así como en muchas otras ciudades— en el trascurso de la segunda guerra mundial se limitaban a reanudar el ejercicio de una antigua libertad medieval.

Muchos de ellos han atestiguado personalmente que la camaradería promovida por el cumplimiento de esos deberes compensó con creces las terribles experiencias que padecieron: de modo tal que esas noches figuran entre sus recuerdos más hermosos.

En este, lo mismo que en casi todos los demás ámbitos, hay una gran diferencia entre las condiciones existentes en los siglos X y XI, todavía pobres, reducidas y precarias, y las del siglo XVI, cuando la riqueza afluyó a las ciudades europeas más prósperas.

En un comienzo, la ciudad se esforzaba, como unidad social nueva, por establecer su existencia misma: la constante inseguridad promovía el esfuerzo vecinal y hasta una solidaridad general entre los diversos rangos y ocupaciones. Se necesitaban entre sí y, bajo esta presión, se formaban espontáneamente grupos voluntarios de vecinos, más o menos como se forman en la actualidad en las aldeas de Nueva Inglaterra, donde el servicio de bomberos y la ambulancia de hospital están a cargo de voluntarios.

Una vez conquistados los privilegios, aparecieron grandes diferencias de fortuna entre la «gente de éxito» y los «fracasados»; entonces la riqueza, al igual que la posición social, se heredaban y a su vez creaban una nueva jerarquía, no menos imponente por ser hasta cierto punto etérea, basada en los modales, la crianza y el acento. Entonces, la burla silenciosa entre las clases, provocada por una abrupta caída del nivel, pasó a ser más importante que los intereses comunes o la valla protectora que antes hiciera de la ciudad medieval una unidad social orgánica.

A fines de la Edad Media, individuos ricos comenzaron a fundar escuelas, construir asilos para los ancianos y los huérfanos, asumiendo funciones que antes desempeñaba el gremio, precisamente como los nuevos déspotas asumían para el país, en conjunto, los privilegios políticos y las reglamentaciones de las ciudades libres, convirtiendo el particularismo urbano en un particularismo y un mercantilismo nacionales. Pero, cuando se intenta generalizar sobre todo el periodo, aún se puede repetir a Gross, por muy imbuido que estuviese este autor de desconfianza victoriana frente al gremio cerrado y a sus normas protectoras, que anteponían la seguridad al riesgo y las mayores ganancias: «Con exclusión de los habitantes de los *sokes* privilegiados [...] la población era más homogénea que la de las ciudades actuales; había en las primeras menos distinciones de clase, más igualdad de riqueza y más armonía de intereses que en las segundas».

Tratándose de palabras de alguien que no era un admirador del sistema económico medieval, este juicio tiene mayor peso. Y es posible afirmar todo esto sin olvidar muchas sombrías excepciones, como el estado servil de los tejedores flamencos en el siglo XIII o las feroces revueltas que este acarreó; revueltas a las que las clases gobernantes responderían a su vez con una represión y un exterminio feroces. Sí: la inseguridad, la violencia y la tortura hallaron albergue dentro de estas murallas: algunas de las criaturas mutiladas que se ven en los cuadros de Brueghel el Viejo habrán sido tal vez víctimas de la ley, y no solo de la guerra o la naturaleza, como habrían podido serlo en la antigua Babilonia. Pero la asociación voluntaria y el esfuerzo, la ayuda voluntaria y el socorro, habían producido un hábito político que contribuiría poderosamente a hacer frente a esta ferocidad en días más cercanos a nosotros; pese a que sabemos, a través del resurgimiento de la tortura y la aniquilación a gran escala en nuestra propia generación, que esta victoria nunca es, o por lo menos que no ha sido hasta ahora, de carácter permanente.

Las actividades sociales de la ciudad medieval no fueron reduciéndose a medida que se desarrollaba la nueva economía capitalista; más bien, se desplazaron de la ayuda mutua a la limosna y la filantropía mediante las fundaciones, y finalmente, por necesidad, pasaron a la ayuda estatal. Fuera de la Iglesia, una institución sobrevivió de las antiguas corporaciones y hasta acrecentó su poder e influencia: quizá la institución más importante que, como hecho separado, haya producido la cultura medieval. Con reconocimiento instintivo de su importancia, el nombre de esta institución fue, originalmente, la designación común de todas las corporaciones en el siglo XII: *universitas.*

La *universitas* se convirtió en *el* gremio. Como otras formas de asociación por oficios, el objetivo de la universidad era preparar para el ejercicio de una profesión y reglamentar las condiciones en

que sus miembros llevarían a cabo su trabajo. El nuevo saber, la medicina griega y arábiga procedente de Salerno, la compilación reciente del derecho romano e incluso el reto a la teología que presentaban Averroes, Avicena y, sobre todo, Aristóteles requerían un nuevo órgano cívico. Cada una de las grandes escuelas que constituyeron inicialmente la universidad, las escuelas de jurisprudencia, medicina y teología, tenían un carácter profesional; si bien contaban con un sistema de estudios generales, su humanismo residía en su vida más que en sus estudios especializados de la literatura antigua; a decir verdad, la formación «humanista» general que empezó a imponerse con el colegio renacentista, en particular en Inglaterra, fue un injerto de las clases superiores en el árbol inicial. Hasta la fecha, la diferenciación entre la universidad y el colegio se basa en la existencia de las escuelas profesionales.

Comenzando con Bolonia, en el año 1100; París, en 1150; Cambridge, en 1229, y Salamanca, en 1243 —si bien hubo comienzos básicamente análogos pero menos solemnes en las escuelas de las catedrales, en el siglo XII—, la universidad estableció una organización cooperativa de conocimientos sobre una base «interregional». De todas partes de Europa acudían estudiantes a estos centros; y, a su vez, los maestros estudiaban y enseñaban en centros distantes, como antes lo habían hecho en las escuelas de monasterios y catedrales. La combinación de conocimientos, sacro, científico y político, que brindaba la universidad a través de sus facultades no tuvo paralelo estricto en ninguna otra cultura.

No cabe duda de que los gérmenes de la universidad estaban latentes en los templos egipcios y babilónicos y que ya eran más claramente visibles en la academia de Platón y en la escuela-biblioteca de Alejandría o en el sistema de conferencias de los municipios romanos. Pero, en la universidad, la búsqueda del conocimiento fue estructurada en una forma duradera, que no dependería ya

de un determinado grupo de sacerdotes, de eruditos o de textos para la continuación de la empresa. El sistema de conocimiento era más importante que la cosa conocida. En la universidad, las funciones de compilación cultural, difusión e intercambio, y prolongación creadora —acaso las tres funciones más esenciales de la ciudad— se desempeñaban en su debida forma. Y así como el claustro y la biblioteca del monasterio podrían ser descritos como una universidad pasiva, podría decirse que la universidad, por su parte, era un claustro activo; porque hizo explícita, por derecho propio, como función secular, una de las actividades necesarias de la ciudad: el alejamiento de las responsabilidades prácticas inmediatas y la apreciación crítica y la renovación de la herencia cultural mediante el contacto directo entre maestro y alumno. En el trazado original de los colegios de Oxford y Cambridge, el urbanismo medieval hizo sus contribuciones más originales al diseño cívico: la «supermanzana» y el recinto urbano aislado de la antigua red de calles y callejuelas.

He aquí una invención social de primer orden: por sí sola, bastaría para realzar la corporación medieval. La misma independencia mantenida por la universidad con respecto a las normas del mercado y la ciudad afianzó la forma especial de autoridad que ejerció: la sanción de la verdad verificable, ratificada por los métodos de la lógica y la dialéctica, el saber autorizado por los textos y el método científico, tales como estos, a su vez, se habían desarrollado y acumulado de una época a otra. Los vicios de este tipo de organización pueden ser muchos, y sus servicios durante los siglos trascurridos desde su aparición no han sido de igual valor, ya que la universidad comparte aún hoy algo de la exclusividad y la norma conservadora profesional del sistema corporativo. Con excesiva frecuencia, las principales contribuciones al conocimiento, desde Newton hasta Einstein, desde Gilbert hasta Faraday, se han realizado fuera de los muros de la universidad.

No obstante, la ampliación y la transmisión del legado intelectual habrían sido inconcebibles, en la escala establecida concretamente a partir del siglo XIII, sin la intervención de la universidad. Al dejar de ser la Iglesia depositaria de valores nuevos, la universidad asumió paulatinamente una parte de esta función. Este hecho favoreció la búsqueda de la verdad por sí misma como valor vital predominante y, en gran parte, contribuyó a que se hiciera caso omiso de los dominios de la estética y la moral. Así, la universidad se ha convertido en un ejemplo clásico de esa superespecialización y limitación de las funciones que reprime hoy el desarrollo de la humanidad y hasta amenaza su supervivencia.

7. Peregrinaje, procesión y desfile

En la nueva libertad de movimiento que surgió con las libertades corporativas reclamadas por la propia ciudad medieval, la misma vida se expresó como un peregrinaje. Peregrinaje solitario a través del infierno, el purgatorio y el paraíso, para Dante; peregrinaje en compañía, para Chaucer, que se encaminaba al templo de Canterbury. Hasta en el mismo sedimento del periodo medieval la vida aún es vista bajo la imagen de un «progreso del peregrino».

Al margen de las necesidades prácticas, la ciudad medieval era, sobre todas las cosas, en su vida atareada y turbulenta, un escenario para las ceremonias de la Iglesia. En ellas residía su drama y estaba su consumación ideal. Así como en la época industrial la imaginación se mostraría en su nivel más elevado en una estación de ferrocarril o un puente, en la cultura medieval la realización práctica llegaba a su culminación, por un movimiento opuesto, al servicio de un gran símbolo de salvación. Hombres que tenían poco que llevarse a la boca daban una parte de ese poco para decir plegarias y misas, encender cirios y construir una poderosa obra

donde la leyenda, la alegoría, el dogma y el conocimiento se cristalizaban en la nave y el altar, en tabiques y muros pintados, en el pórtico y el rosetón. En ocasiones aisladas de gran exaltación religiosa, como la que describió Henry Adams en *Mont-Saint-Michel and Chartres,* ricos y pobres por igual llegarían a llevar las mismas piedras necesarias al sitio donde estaba levantándose el templo.

Ni el estudioso sedentario que contempla esta arquitectura en fotografías ni el observador superficial que adopta una posición cómoda e intenta reconstruir el plano de los ejes y las relaciones formales están en condiciones de captar este escenario urbano siquiera en su aspecto puramente estético. Pues la clave de la ciudad visible está en el espectáculo en movimiento o la procesión; y, sobre todo, en la gran procesión religiosa que da vueltas por las calles y las plazas antes de ir a desembocar, finalmente, en la iglesia o la catedral para la celebración de la gran ceremonia propiamente dicha. No se trata aquí de arquitectura estática. Repentinamente, las masas se dilatan o se desvanecen, según se acerque uno a ellas o se aleje; una docena de pasos puede alterar la relación del primer plano y el fondo o el margen inferior y superior de la línea de visión. Los perfiles de los edificios, con sus gabletes empinados, sus líneas de techos cortantes, sus pináculos, sus torres, sus tracerías, ondean y fluyen, se rompen y solidifican, se levantan y caen, con no menos vitalidad que las estructuras mismas. Como sucede en el caso de una buena escultura, los contornos son, a menudo, de una variedad inagotable.

Dentro de la norma general de la Edad Media, a lo largo de cinco siglos, tuvieron lugar profundos cambios en el sentimiento. Experiencias vitales radicalmente diferentes separan la confiada sobriedad de los grandes edificios románicos, tan sólidos como fortalezas y tan solemnes como el canto llano, del humanismo de las magníficas iglesias de Nuestra Señora, audaces y jovialmente experimentales, en las que la tumba emparedada que simboliza-

ba la aceptación de la muerte se convertía en una linterna celestial con su promesa de resurrección; en tanto que el pomposo sentido estético de los siglos xv y xvi, con su desenfrenado bordado de ornamentos, cuenta por su parte otra historia, de fe menguante e interés creciente en las frivolidades de la vida diaria o bien, como compensación, en mortificaciones excesivas de la carne, como relata Johan Huizinga.

Pero, a través de todos estos cambios, el propio marco mantuvo su estructura colectiva: incorporó momentos sucesivos del espíritu sin perder su forma. Las torres de las iglesias y los campanarios levantaban los ojos hacia el cielo; sus masas se erguían, en rango jerárquico, sobre todos los símbolos menores de riqueza y poderío terrenal, siendo las primeras sin discusión, y a través de sus rosetones la luz estallaba en aureolas de colores puros con formas de dibujos abstractos. Desde casi cualquier parte de la ciudad eran visibles los dedos admonitorios de las agujas, espadas arcangélicas con puntas de oro: si por un momento quedaban ocultas, súbitamente reaparecerían al separarse los tejados, con la fuerza de un toque de trompetas. Lo que en otro tiempo quedaba encerrado dentro de los muros del monasterio, ahora era visible dentro de la ciudad medieval entera.

Los cortos accesos a los grandes edificios y las perspectivas interrumpidas aumentaban el efecto de verticalidad: uno no mira a derecha o izquierda a lo largo de un vasto panorama, sino hacia el firmamento. Este recinto mudable era una parte tan orgánica del movimiento procesional y de la relación de las estructuras entre sí que no necesitaba el énfasis suplementario que le dio el gótico perpendicular de Inglaterra. Series horizontales de ventanas eran comunes en las casas y las nervaduras horizontales, audazmente acentuadas, rompen el movimiento vertical de las torres en Salisbury o en Notre Dame de París, no menos que en el Duomo de Florencia. Pero, pese a esto, el movimiento habitual de

la vista va hacia arriba y hacia abajo y la dirección del movimiento del caminante, siempre movediza, contribuiría a crear formas espaciales tridimensionales y dinámicas a través de cada pasaje sucesivo, con una sensación de contracción en las calles angostas y de liberación al llegar de repente al atrio o a la plaza del mercado. Aunque los detalles arquitectónicos son tan diferentes en Lubeca, con sus gabletes y pináculos, y en Florencia, con sus techos poco inclinados o chatos y sus vastos aleros, el efecto estético total, producido por el trazado mismo de la ciudad, es de igual orden.

Los que caminaban por la ciudad en razón de sus obligaciones cotidianas, o los que marchaban en una procesión religiosa o en un desfile militar, experimentaban estas sensaciones estéticas, y en las vueltas mismas que daban aquellos que los precedían podían, por así decirlo, verse por anticipado, como en un espejo, observando las otras partes de la procesión: de este modo, el participante y el espectador eran uno mismo, lo que nunca puede ocurrir en un desfile ordenado en una calle recta.

Asistamos ahora a una procesión medieval a través de los ojos de un contemporáneo, quien nos ha legado una descripción detallada. Fuera de las páginas de Stow, no sé de ninguna descripción que dé una sensación más vívida de la ciudad medieval. La fecha es de comienzos del siglo XVI; el lugar es Amberes; y el testigo es Alberto Durero.

«El domingo después de la Asunción de Nuestra Cara Señora, vi la Gran Procesión desde la Iglesia de Nuestra Señora, en Amberes, cuando la ciudad entera, de todo oficio y rango, estaba congregada, vestido cada uno con sus mejores prendas según su categoría. Y todos los rangos y corporaciones tenían sus enseñas, por las que se los podía reconocer. En los intervalos, se sostenían grandes y costosos cirios y tres largas y antiguas trompetas francas de plata. También había, a la usanza germana, muchos flau-

tistas y tambores. Todos los instrumentos eran soplados y tocados ruidosamente.

»Vi pasar la procesión. Por la calle, la gente distribuida en hileras, se sucedían de cerca. Pasaron los orfebres, los pintores los albañiles, los encajeros, los escultores, los ebanistas, los carpinteros, los marineros, los pescadores, los carniceros, los curtidores los pañeros, los panaderos, los sastres y los cordeleros; es decir, trabajadores de todas las clases, así como muchos artesanos y comerciantes que tienen que trabajar para vivir. Igualmente estaban allí los tenderos y los mercaderes junto con sus dependientes de toda clase. Después de ellos venían los tiradores con armas de fuego, arcos y ballestas, y también los soldados de caballería y de infantería. Seguía luego la ronda de los Señores Magistrados. Luego venía una hermosa tropa, toda de rojo, noble y espléndidamente ataviada. No obstante, antes que ellos, pasaron todas las órdenes religiosas y los miembros de algunas fundaciones, muy devotamente, todos con sus vestiduras diferentes.

»Una compañía muy extensa de viudas tomó también parte de la procesión. Se sostienen con sus propias manos y observan una regla especial. Todas iban vestidas de pies a cabeza con ropajes de lino blanco, hechos expresamente para la ocasión, y ofrecían un espectáculo muy doloroso. Entre ellas vi a algunas personas muy majestuosas. Por último, pasó el Capítulo de la Iglesia de Nuestra Señora, con todos los miembros de su elevo, así como los escolares y limosneros. Veinte personas portaban la imagen de la Virgen María con Nuestro Señor Jesucristo, adornados en la forma más costosa, para honrar a Dios Nuestro Señor.

»En esta procesión se mostró una gran cantidad de cosas encantadoras, preparadas con la mayor esplendidez. Así pasaron arrastrados carros con mascaradas sobre navíos y otras estructuras. Después de ellos pasó la Compañía de los Profetas en su orden, y escenas del Nuevo Testamento, como la Anunciación, los

tres Reyes Magos montados en grandes camellos, y en otras raras bestias, todos muy bien dispuestos [...]. Desde el comienzo hasta el fin, la Procesión duró más de dos horas antes de que terminara de pasar frente a nuestra casa».

Considérese el gran número de personas que formaba parte de esta procesión. Como en la iglesia misma, los espectadores también comulgaban y participaban: intervenían en el espectáculo, observándolo desde dentro, no solo desde fuera: o, mejor dicho, sintiéndolo desde dentro, actuando al unísono, no como seres desmembrados y reducidos a un solo papel especializado. Plegaria, misa, procesión, bautismo, boda o funeral: la misma ciudad era escenario para estos actos separados del drama y el propio ciudadano, incluso cuando representaba sus diversos papeles, seguía siendo un hombre entero, unificado por la visión cósmica y mantenido en tensión por el drama humano de la Iglesia, en imitación del drama divino de su fundador. No bien se rompió la unidad de este orden social, todo lo que formaba parte de él cayó en la confusión: la propia gran Iglesia se convirtió en una secta pugnaz, ambiciosa de poder, y la ciudad pasó a ser un campo de batalla para culturas rivales y modos de vida opuestos.

CAPÍTULO X

El orden doméstico en la ciudad medieval

1. El escenario doméstico

En casi todos los aspectos de la vida medieval prevaleció el gremio cerrado. Pero, en comparación con la vida moderna, la familia urbana medieval constituía una unidad muy abierta, pues incluía, como parte del orden doméstico normal, no solo a parientes carnales sino también a un grupo de trabajadores industriales, así como a miembros del servicio doméstico, cuya situación era la de parientes secundarios. Esto era válido para todas las clases sociales, ya que los jóvenes pertenecientes a las clases superiores adquirían su conocimiento del mundo sirviendo como camareros en familias nobles; lo que observaban y oían de pasada durante las horas de las comidas formaba parte de su educación. Los aprendices, y a veces los oficiales, vivían como miembros de la familia del maestro del oficio. Si acaso el casamiento de los hombres se aplazaba más que en nuestros días, ni siquiera el soltero carecía totalmente de las ventajas de la vida de hogar.

El taller era una familia; y otro tanto puede decirse respecto de las oficinas del mercader. Los miembros comían juntos en la misma mesa, trabajaban en los mismos cuartos, dormían en el mismo salón común, que se convertía por la noche en dormitorio, participaban de las oraciones familiares y de las mismas diversiones en común. La castidad y la virginidad eran siempre estados ideales,

tal como había proclamado san Pablo, pero el lector de Boccaccio o
Chaucer no exagerará la importancia de su reinado. El mismo gre
mio era una especie de familia patriarcal, que mantenía el orden
en su propia organización doméstica, multando y castigando las
faltas menores contra la fraternidad, con entera prescindencia de
municipio. Hasta las prostitutas formaban corporaciones; para ser
exacto, en Hamburgo, Viena y Augsburgo los burdeles se encon
traban bajo la protección de la municipalidad. Cuando se recuerda
que la sífilis solo apareció bien a las claras, por lo menos de forma
virulenta, en el siglo xv, se comprende que hasta la prostitución
constituía una amenaza menos grave para la salud física que en
los siglos siguientes.

La íntima unión entre domesticidad y mano de obra, que hoy
solo sobrevive en la ciudad en pequeñas tiendas o, de vez en cuan
do, en casa de un pintor, un arquitecto o un médico, determinaba
las principales providencias dentro de la propia casa de familia
medieval. Por supuesto, entre las toscas chozas y los recintos de
piedra pelada del siglo x y las primorosas casas de mercaderes
que se edificaron entre los siglos xi y xvi, había una diferencia
tan grande como la existente entre una morada del siglo xvii y un
edifico de apartamentos metropolitano de hoy. No obstante, per
mítasenos intentar una selección de ciertos factores comunes en
este desarrollo. Algunos de ellos dejaron una huella permanente
visible aún en el siglo xx.

Las casas —que en un comienzo solo llegaban hasta los dos
o tres pisos— estaban edificadas por lo común en hileras ininte
rrumpidas en torno al perímetro de sus jardines traseros; a veces
en grandes manzanas formaban patios interiores, con un jardín
privado al que se llegaba a través de un solo portón que daba a la
calle. Las casas aisladas, innecesariamente expuestas a los elemen
tos, que ocupan un exceso de terreno aledaño y son más difíciles
de calentar, eran relativamente escasas; hasta las alquerías solían

formar un bloque sólido que comprendía los establos, pajares y graneros. Los materiales necesarios para la edificación de las casas procedían del suelo local y variaban según las regiones: unas veces cañas y argamasa, otras piedras o ladrillo; así como unas tenían techos de paja (peligrosos por los incendios) y otras tejas o pizarra. La hilera continua de casas que formaba el perímetro cerrado de una manzana, con acceso vigilado en la planta baja, formaba una muralla doméstica: una auténtica protección contra las violaciones del domicilio en tiempos de confusión.

Las casas más primitivas tenían pequeñas aberturas para las ventanas, con postigos para protegerse de las inclemencias del tiempo; más adelante, contaron con ventanas permanentes de tela aceitada, papel y, más tarde, vidrio. En el siglo xv, el vidrio, hasta entonces tan costoso que solo se utilizaba en los edificios públicos, se hizo más frecuente, al principio solo en la parte superior de la ventana. En la anunciación que pintó Joos van Cleve en el siglo xvi (Museo Metropolitano de Nueva York), se puede ver una ventana doble, dividida en tres paneles: el panel de más arriba, fijo, es de vidrio dividido en cuadrados; los dos paneles siguientes tienen postigos que se abren hacia adentro; de este modo, podía controlarse el grado de exposición a la luz del sol y el aire, pero en los días inclementes podían cerrarse las dos series de postigos, sin eliminar del todo la luz. Desde el punto de vista de la higiene y la ventilación, este tipo de ventana, que era común en los Países Bajos, resultaba superior a la ventana enteramente de vidrio que la sucedió, puesto que el vidrio excluye los rayos ultravioletas que son bactericidas. De modo aún más categórico, era superior al muro de vidrio herméticamente cerrado que la actual moda arquitectónica ha impuesto a una época que se supone ilustrada, desafiando todo precepto científico de higiene o fisiología.

En el siglo xvi, el vidrio ya era barato y resultaba de fácil obtención; y por esto ese dicho popular en Inglaterra, que se refiere

a Hardwick Hall —«más vidrio que muro»— era igualmente válido con respecto a las casas de burgueses. Pero, por extraño que parezca, la ventilación era a menudo inadecuada en Inglaterra. ¿Acaso no sugirió Erasmo de Róterdam, en una carta al médico de Wolsay, que la salud de los ingleses andaría mejor si los dormitorios tuvieran ventanas en dos o tres paredes?

En la región del mar del Norte, lo más frecuente era que se extendiera una ancha fila de ventanas a lo largo de toda la casa, en cada piso, tanto en la parte delantera como en la de atrás, compensando así, efectivamente, la tendencia a oscurecer la casa. Pero en las partes meridionales de Europa, el calor sofocante del verano puso freno a esta innovación, excepto en los sectores constituidos por los cuartos de estar. Si bien los interiores medievales tenían, por lo tanto, una iluminación amortiguada, cuando no eran sombríos, según nuestras normas, sus constructores procedían con audacia para conseguir luz donde la necesitaban; y así, las viejas casas inglesas de los tejedores en Sudbury, Inglaterra, tienen ventanas de dimensiones superiores a las normales en el piso superior a fin de dar luz al telar; y cuando no se conseguía luz suficiente con ese procedimiento, los trabajadores se trasladaban afuera, como aún lo hacen las viejas encajeras de Brujas, sentadas a sus puertas.

Los medios de calefacción se perfeccionaron constantemente. Este hecho explica, en parte, la explosión de energía humana en el norte; el invierno dejó paulatinamente de ser un período de amodorramiento. El fuego encendido en el centro de un piso de piedra, procedimiento que apenas llegaba a ser tan eficaz como el utilizado en las tiendas de los indios, fue remplazado por el hogar y la chimenea. Conjuntamente con esta evolución se desarrolló el aprovechamiento de materiales a prueba de fuego, pues, en un comienzo, los burgueses más pobres, a falta de los materiales adecuados, cedieron a la tentación de experimentar con chimeneas de madera: ocurrencia optimista desatinada que se reiteró en

las primeras colonias de Nueva Inglaterra y Virginia. En 1276, se promulgó en Lubeca una ordenanza que exigía el uso de techos a prueba de incendios y de paredes medianeras incombustibles; y en Londres, después del gran incendio de 1189, se acordaron privilegios especiales a aquellos que edificaran con piedras y tejas; en tanto que, en 1212, se ordenó el blanqueado de los techos de paja, a fin de hacerlos más resistentes al fuego.

En cuanto a la planta de la casa, varió según la región y el siglo; pero ciertos rasgos se mantuvieron comunes. Viollet-le-Duc nos ha mostrado el plano de una casa francesa, que presenta una tienda en la planta baja, comunicada por una galería abierta con la cocina, que se ubica en la parte posterior. Las dos formaban un patio, donde el pozo ocupaba una esquina. Había una chimenea en la cocina y en el cuarto de estar o *grande salle*, sobre la tienda; desde ella se tenía acceso a los dormitorios, situados arriba. El plano que presenta Moritz Heyne de una vieja casa de Núremberg no es fundamentalmente distinto; pero, al igual que en las casas del siglo XVII que se conservan, hay más habitaciones interiores, una cocina y un cuarto pequeño en la planta baja, una habitación caldeable sobre la cocina y cierto número de cámaras, con un cuarto de baño en el segundo piso que está situado directamente encima del cuarto de baño del primero.

En Italia, el deseo de estar cómodos en verano, tal vez unido a un amor innato por lo grandioso o un sentido romano de la escala, hizo elevar la altura del cielo raso desatinadamente, tanto en Génova como en Florencia, a partir del siglo XVI; pero los edificios que han perdurado desde el siglo XIII, como la morada de Dante, indican dimensiones más moderadas, más adecuadas para vivir todo el año. En el desarrollo de la casa, el aumento de la calefacción artificial coincide con la expansión del espacio interior y la elevación del cielo raso, pero rara vez la calefacción pudo competir con el frío del invierno en Italia. La escala «brutal» de tantos palacios

de los siglos XVI y XVII era, en realidad, tan brutal para el cuerpo como para la vista. Los pisos de techos bajos para la servidumbre debían ser más acogedores, al menos durante el invierno, que los aposentos llenos de corrientes de aire de los señores.

Las únicas formas de pasadizo moderno eran la galería abierta o bien las escaleras angostas, por lo común de caracol. La galería constituía un rasgo generalizado en las viviendas, y sobrevive en el diseño de antiguas posadas, donde un medio de circulación era particularmente necesario, y el corredor interno, debido a la carencia de luz artificial, no constituía una solución atrayente, por lo menos hasta que se pudo cubrir todo el patio interior con una claraboya, como en algunos hoteles y mansiones del siglo XIX. Las líneas generales de este tipo de casa perduraron hasta entrado el siglo XVII e incluso hasta después.

A medida que se descendía en la escala económica, menos diferenciada estaba la distribución y más reducido era el espacio. El apartamento de una sola habitación para una familia entera, en una casa de muchos pisos, común todavía hoy entre los pobres de muchos países, tuvo su origen, posiblemente, en las ciudades más industrializadas de la Baja Edad Media: incluso en el campo, donde por cierto no escaseaba la tierra, Coulton señala el caso de una vivienda familiar para tres personas de siete metros de largo y solo tres metros y medio de ancho. Tanto en la ciudad como en el campo, la falta de espacio era debida puramente a la pobreza.

El hecho de que la casa del burgués sirviera como taller, almacén y escritorio impedía toda parcelación municipal entre estas funciones. La competencia en pos de espacio entre el sector doméstico y el laboral, a medida que el negocio se desarrollaba y se acrecentaba la escala de producción, fue causante, sin lugar a dudas, de la invasión de los jardines traseros por cobertizos, barriles y talleres especiales. Pero todavía existe en Brujas una cervecería, que actualmente ocupa casi todo un costado de la Walplaats, cons-

truida a la misma escala que la residencia de al lado: la carga se lleva a cabo en el patio que hay detrás. En ella, el depósito, los cobertizos y el garaje tienen amplio espacio; pero su escala sigue siendo medieval. Excepto cuando la industria era pequeña y ruidosa, en cuyo caso se la instalaba a menudo en los límites de la ciudad o fuera de las murallas, esta íntima relación de la vida industrial y doméstica se mantuvo normalmente durante largo tiempo: la antítesis exacta del actual barrio residencial, segregado y legalmente esterilizado.

La producción en masa y la concentración de telares en grandes cobertizos ya era conocida, de hecho, en Flandes en el siglo XIV: y faenas como las de molienda, fabricación de vidrio y fundición de hierro exigían un tipo más aislado de taller, a veces rodeado por talleres relacionados, que se dedicaban, por ejemplo, a batanar, teñir, tejer y encoger. En estas industrias se produjo la primera ruptura entre la vida doméstica y el trabajo, tanto en espacio como en función. Pero, en un comienzo, la pauta familiar dominó la industria, exactamente del mismo modo que dominó la organización del monasterio benedictino. Vestigios de este régimen subsisten todavía en cada una de las ciudades históricas de Europa: el hábito de «convivir» largo tiempo conservado por los pañeros londinenses, con los hombres y las mujeres divididos en dormitorios, era un vestigio típico de la Edad Media.

En la distribución y la especialización de las habitaciones en la Edad Media, las costumbres de la aristocracia se infiltraron, aunque lentamente, entre el resto de la población. Comodidades de que solo gozaban señores y señoras en el siglo XIII no pasaron a ser privilegios populares hasta el siglo XVII. En esto se podría ver otro ejemplo de la «ley de infiltración cultural»: la elaboración de innovaciones por una minoría favorecida y su lenta infiltración, con el correr de los siglos, en clases económicamente más bajas. El primer cambio radical, que modificaría la forma de la casa medieval, fue el desarrollo del sentido de la vida privada. Esto

significaba, en efecto, el retiro a voluntad de la vida común y de los intereses comunes de los propios compañeros. Dormir en privado; comer en privado; ritos religiosos y sociales en privado; y, por último, pensar en privado. Esto se produjo conjuntamente con una definición y una separación de las funciones que se extendió, en la Francia del siglo XVII, hasta la cocina.

En los castillos del siglo XIII se observa la existencia de un dormitorio privado para sus nobles propietarios; y también se encuentra, no lejos de él, asentado sobre el foso, un cuarto de baño privado, que es el primer atisbo del lujo de un cuarto de baño privado para cada familia, propio del siglo XIX, o de la extravagante exigencia norteamericana de un cuarto de baño privado para cada dormitorio. En 1362, Langland, en su *Pedro el Labrador*, refunfuñaba contra la tendencia del señor y la señora a retirarse de la sala común para hacer sus comidas en privado, y divertirse en privado. Debió de prever el final de la relación social recíproca entre los estáticos rangos superiores e inferiores del régimen feudal; una relación que había mitigado sus formas de opresión, puesto que compartían las mismas instalaciones. El deseo de una vida privada marcó el comienzo de esa nueva alineación de las clases que anunciaba ya la implacable competencia entre ellas y la autoafirmación individualista de tiempos posteriores: porque cuando las conciencias se ablandan, resulta más fácil ser inhumano con aquellos a quienes no se ve.

La separación entre la cocina y el comedor no es característica, probablemente, de la mayoría de las casas en ningún país actual; a decir verdad, en los Estados Unidos, gracias a la falta de servicio doméstico, se está restableciendo rápidamente la unión funcional de estas dos partes. Esa separación se originó en el monasterio, debido a la escala en que había que cocinar; y, con el tiempo, se copió en el salón solariego, en el colegio y en la casa de familia distinguida. Pero las instalaciones comunes ofrecían un incentivo

a la convivencia social: eran las únicas que, por lo común, gozaban de calefacción. Que la casa medieval fuera fría en invierno, apenas un poco menos en el sur que en el norte, explica, tal vez, el desarrollo de habitaciones interiores, aisladas de los muros exteriores por aire, como sin duda explica el desarrollo de la alcoba para el lecho o de los cortinajes alrededor de la cama, para hacer que el calor encerrado de los cuerpos calentara el aire viciado.

Pero el frío no podía ser insoportable porque, si no, la gente se hubiera puesto camisones o bien habría conservado una camisa, en vez de «ir a sus camas desnudos» según los representan innumerables ilustraciones. La idea del dormitorio privado apareció inicialmente en Italia, entre las clases superiores: así lo testimonia el cuadro de Carpaccio *La visión de santa Úrsula*, que representa un dormitorio que todavía hoy resultaría cómodo y atrayente. Pero el deseo del dormitorio privado se desarrolló, al parecer, casi tan lentamente como los medios para satisfacerlo. Por ejemplo, en algunas ocasiones, Miguel Ángel dormía con sus operarios, cuatro en una misma cama. Todavía en el siglo XVII, las doncellas de servicio dormían a menudo en camas rodantes que de día se metían debajo de la cama grande, a los pies del lecho de sus amos; en tanto que, tres siglos antes, Thomas Hoccleve se refiere en un poema a un conde, una condesa, su aya y la hija del matrimonio, todos los cuales dormían en el mismo cuarto.

Hasta que se inventó la cama con dosel, las relaciones sexuales debieron desarrollarse, en la mayoría de los casos, bajo las mantas y, tanto si la cama tenía cortinas como si no las tenía, en la oscuridad. La cama privada precedió al dormitorio privado, porque, incluso en grabados del siglo XVII sobre la vida de la clase media alta —y en Francia, país renombrado por su refinamiento—, el lecho aún ocupa a menudo una parte del cuarto de estar. En tales condiciones, el ritual erótico debía ser corto, y hecho casi en secreto, con una escasa excitación preliminar a través de la vista,

la voz o los movimientos libres. Pero el sexo tenía sus estaciones abiertas, sin lugar a dudas, en particular la primavera; pues los calendarios astrológicos de la tardía Edad Media, que representan este despertar, muestran a los amantes que se entrelazan al aire libre con sus ropas puestas. En pocas palabras, la pasión erótica resultaba más atrayente en el jardín o en el bosque, o bien junto a un cerco, a pesar del rastrojo y de los insectos, que en la casa, sobre un colchón cuya paja vieja o sus plumas nunca estaban del todo libres de moho o pulgas.

En la casa medieval, los meses de invierno debían de ser una gran manta húmeda para los amantes. Pero, por espíritu de ecuanimidad, en contra de esta interpretación algo desfavorable, hay que citar el juicio del poeta medieval François Villon:

> Pero si les place dormir bajo el rosal.
> ¿Qué les importa un lecho con dosel?
> ¿Qué opináis? ¿Vale la pena discutirlo?
> No hay tesoro como vivir a gusto.

Para resumir lo relativo a la casa medieval, cabría decir que se caracterizaba por una ausencia general de espacio funcionalmente diferenciado. En las ciudades, sin embargo, esta falta de especialización interna se veía compensada por un desarrollo más completo de las funciones domésticas en instituciones públicas. Aunque la casa podía carecer de un horno propio, había uno público en casa del panadero vecino o en la tahona. Aunque podía carecer de un cuarto de baño privado, había en el barrio una casa municipal de baños; aunque podía carecer de los medios necesarios para aislar y cuidar a un miembro enfermo, había gran número de hospitales públicos, de modo tal que, en su *Utopía*, Tomás Moro pudo llegar a concebir que en su comunidad ideal la gente preferiría ser atendida en una institución de esa naturaleza. Y, aunque los amantes podían carecer de un dormitorio privado, podían «acostarse entre

los campos de centeno» a la salida de las murallas... «con gran alborozo».

Es evidente que en la casa medieval apenas si había atisbos de dos importantes necesidades domésticas de la época actual: privacidad y comodidad. Y la tendencia en la Edad Media tardía a profundizar la casa angosta, bajo la presión de la congestión, privó a los que permanecían más tiempo en el interior, esto es, a la madre, los sirvientes y los niños pequeños, del aire y la luz necesarios con que siempre podían contar las gentes de campo en sus cabañas mucho más rudimentarias.

Tómese nota de esta paradoja de la prosperidad. En tanto que las condiciones fueron rudas —cuando la gente vivía a la intemperie, orinaba tranquilamente en el jardín o en la calle, compraba y vendía también al aire libre, abría sus postigos y dejaba que entrara de lleno el sol—, los defectos biológicos de la vivienda medieval eran mucho menos graves que cuanto lo fueron más adelante, bajo un régimen más refinado. En cuanto a sus virtudes, la casa no era durante el día un pabellón de aislamiento sexual: las mujeres tenían una participación íntima en todos los intereses familiares y comerciales, y la presencia constante de la mujer, por más que distrajera algunas veces, tuvo, probablemente, una influencia humanizadora sobre la vida laboral: una influencia que se llevó a alturas ideales en el siglo XIII con el culto a la Virgen.

La estimación y el realce de la maternidad contribuirían al mejoramiento de la atención del niño. No fue la falta de preocupación por los niños lo que hace tan sombrío el promedio de mortalidad infantil en el periodo medieval, en la medida en que podemos calcularlo. En grabados del siglo XVI hallamos representaciones de cunas, caballitos de juguete y hasta andadores para los pequeños que todavía no habían aprendido a caminar. Aquellos querubines eran tratados con amor; y conviene recodar que Andrea della Robbia realizó algunas de sus más encantadoras esculturas en ce-

rámica para un hogar de niños en la Piazza SS. Annunziata de Florencia.

Pero el ambiente doméstico, bajo la presión del apretujamiento y de los alquileres altos, se volvió cada vez más problemático a finales de la Edad Media; y las enfermedades que se propagaban por el contacto o la respiración debieron de tener las máximas oportunidades para asolar a las familias en la casa medieval del periodo tardío. La morada urbana era, a decir verdad, el eslabón más débil en la organización sanitaria medieval, una vez que los espacios abiertos naturales quedaron alejados debido al crecimiento de la población y que se empezó a edificar en los espacios abiertos internos. En otros aspectos, las normas existentes eran mucho más adecuadas que lo que creyó la mayoría de los comentaristas victorianos, y de los que aún hoy algunos se hacen eco de sus prejuicios y repiten dócilmente sus errores.

2. Aire, espacio y saneamiento

Hasta aquí, lo que se refiere a la vida doméstica: ¿pero qué es lo que sabemos sobre la más vasta economía de la ciudad? Voy a comenzar por ocuparme del dominio donde el error y el prejuicio han reinado durante más de dos siglos: el saneamiento medieval.

Como ocurre cuando se trata de cualquier otra caracterización de la ciudad medieval, resulta difícil tratar la cuestión del saneamiento en razón de la gran diversidad que existe no solo entre países sino también entre municipios separados unos de otros por un día de marcha a pie. No solamente hay marcadas diferencias entre las propias ciudades durante un mismo periodo sino también en la misma ciudad en diferentes periodos. Por otra parte, debemos recordar que prácticas que resultan absolutamente inocuas en una pequeña población rodeada por campo abierto en abun-

dancia se convierten en inmundicias cuando el mismo número de personas se apiñan en una sola calle. Sirva de testimonio el caso de Cambridge, donde, según Coulton, se permitía que se acumularan montones de excremento. A caso no haya sido accidental que una sesión del parlamento celebrada en Cambridge, en 1388, promulgara la primera ley de saneamiento urbano en Inglaterra.

Con toda probabilidad, la aldea o la ciudad de comienzos de la Edad Media, a pesar de toda la tosquedad de las instalaciones sanitarias dentro y fuera de la casa, gozaba de condiciones mucho más saludables que sus sucesoras más prósperas del siglo XVI. Ocurría no solo que la población guardada entre las murallas era tan pequeña que podía tener rápido acceso a la tierra abierta; sino también que una buena parte de la población tenía jardines privados detrás de sus casas y practicaba ocupaciones rurales dentro de la ciudad, del mismo modo que ocurriría en la típica ciudad norteamericana hasta 1890, y como aún hoy ocurre en muchas partes.

Por otro lado, los burgueses tenían sus huertas y viñedos en los suburbios y guardaban vacas u ovejas en los campos comunes, al cuidado de un pastor municipal, e incluso obtenían parte de su provisión de leña del bosque de la villa. Cerca de esta, los cazadores de aves y de conejos podían cobrar sus piezas. William Fitz Stephen observó que los ciudadanos de Londres tenían derecho a cazar en las regiones vecinas de Middlesex y Hertfordshire, los Chiltern Hundreds y parte de Kent: durante largo tiempo, Epping Forest constituyó un coto favorito de los londinenses. En los arroyos próximos a la ciudad, la pesca se practicaba diligentemente; por ejemplo, Augsburgo destacaba por sus truchas y, hasta 1643, muchos de los funcionarios de la ciudad recibían su paga en truchas.

Esta fuerte influencia rural puede observarse en los primitivos planos de las ciudades: la villa medieval típica se acercaría más a lo que hoy llamaríamos aldea o centro rural que al congestionado centro comercial de hoy. Muchas de las ciudades me-

dievales cuyo crecimiento se detuvo antes del siglo XIX muestran todavía jardines y huertas en el corazón de la ciudad, justamente como pueden hallarse en los grabados del siglo XVI. La norma de generosidad espacial que se alcanzó en villas residenciales modelo, como Bournville y Port Sunlight, a fines del siglo XIX, no era, probablemente, mayor que la gozada por la clase media en muchos lugares. Goethe, en su obra *Poesía y verdad*, describe uno de estos hermosos jardines traseros, existente en la vieja Fráncfort, tan favorables para la vida de familia.

La gente de la Edad Media estaba acostumbrada a vivir al aire libre: tenían campos para ejercitarse en el tiro al blanco y campos para jugar a la petanca; tiraban al cesto y pateaban la pelota, corrían carreras y practicaban la arquería; todas estas posibilidades les eran ofrecidas por espacios abiertos que tenían muy a mano. Cuando los espacios vacíos se llenaron, observa Giovanni Botero, Francisco I facilitó un prado cerca del río a los estudiantes de la Universidad de París; lo cual prueba que entre la Universidad, en la Rive Gauche, y la Île de la Cité la tierra estaba mucho menos urbanizada. Dicho sea de paso, del espíritu de este juego entusiasta y espontáneo está aún hoy repleto el más alegre y tal vez el más hermoso de todos los parques urbanos formales, el Jardin du Luxembourg.

En suma, en lo que concierne a los espacios abiertos utilizables, la ciudad medieval típica tuvo, en el momento de su fundación y a lo largo de casi toda su existencia, un nivel mucho más elevado para la masa de la población que todas las formas posteriores de la ciudad, hasta llegar a los primeros suburbios románticos del siglo XIX. En los casos en que se conservaron estos espacios abiertos colectivos, según sucedió en particular en Leicester, formaron la base de parques públicos, que rivalizan con las tierras reservadas para la realeza.

Para formarse una noción de las normas medievales de espacio abierto en la edificación, hay que volver los ojos a ciertos

edificios semipúblicos sobrevivientes, como los Colegios de Abogados *(Inns of Court)* de Londres, los colegios de Oxford o Cambridge o los hogares para ancianos, como los que todavía se encuentran en Holanda, Bélgica e Inglaterra. Y no se deben juzgar las calles angostas entre las casas sin recordar el verdor del césped o los jardines primorosamente matizados que, por lo común, se extienden tras ellas.

Insisto en el carácter persistentemente rural de la ciudad de la Edad Media porque la falsa imagen opuesta se ha establecido desde hace largo tiempo como una idea fija, cuya irracionalidad está demasiado anclada como para poder eliminarse mediante la exposición de los hechos concretos. Hay gente que todavía confunde los escombros acumulados, que fueron llenando los espacios verdes, con la estructura inicial, que era abierta y sólida. Mientras subsistieron estos espacios abiertos, las rudimentarias disposiciones sanitarias de la pequeña ciudad medieval no eran necesariamente tan ofensivas como se las ha representado. Quejas como la que formularon los frailes predicadores en Béziers, en 1345, en razón de los malos olores que despedía una curtiduría, difícilmente se habrían hecho si los malos olores hubieran sido constantes y universales.

Con el tiempo, la población creciente, a menudo incapaz de expandirse más allá de las murallas de la ciudad, cubrió los espacios internos abiertos; y entonces se cometieron graves atentados en materia de higiene. Se puede saber cómo ocurrió esto a través de un caso típico que relata Stow. La iglesia parroquial de Saint Mary-le-Bow, en Londres, necesitaba espacio en su cementerio para dar sepultura a los muertos. Pero a mediados del siglo XV estaba encerrada entre casas. En su testamento, John Rotham legó cierto jardín en Hosier's Lane para que sirviera como cementerio. Después de cien años, la capital repleta de gente no podía siquiera permitirse el lujo de contar con espacios abiertos para los

muertos, de modo que también en esa franja de terreno se edificó. Jardín, cementerio, lote para vivienda: he aquí la sucesión. Finalmente, en el siglo XVII, también se construiría en el patio trasero, y la consiguiente confusión antihigiénica, atiborrada de escombros en el trascurso de los años, sería considerada por un apóstol del progreso del siglo XIX como «el típico apiñamiento medieval».

No cabe duda, empero, de que los cadáveres en descomposición, sujetos al debido entierro cristiano, se convertían en una amenaza para la salud pública en la ciudad medieval, no bien tenían la posibilidad de contaminar, por infiltración, la provisión de agua. Y a medida que la población aumentaba, la acumulación de los muertos en el corazón de la ciudad aumentaba el peligro. Naturalmente que era conveniente, tanto para el entierro como para los ulteriores actos de rememoración piadosa, tener a los muertos a un paso de los vivos: pero esta práctica, en poblaciones que debían confiar en pozos y fuentes para el abastecimiento de agua potable, fue una de las más graves infracciones de la ciudad medieval en materia de higiene.

En cuanto al destino dado a las deyecciones, esto ha sido siempre la bestia negra de los centros urbanos populosos; y sigue siéndolo. En la actualidad, la mayoría de las ciudades grandes, en todas partes del mundo, ha mostrado no tener suficiente eficacia técnica para solucionar este problema, pues, con su confianza en el inodoro, contamina sus corrientes y despilfarra los preciosos materiales nitrogenados que podrían enriquecer el suelo. Cuando, en días más remotos, los granjeros y jardineros vecinos sacaban partido de la proximidad de la ciudad y sistemáticamente recolectaban excremento humano para abonar la tierra, tanto la ciudad como el suelo salían beneficiados: cuanto más grande era la ciudad, más rica era la tierra en sus proximidades y más lucrativas las actividades de los hortelanos.

Lo que hay que destacar, cuando se trata de pronunciar un juicio sobre las ciudades medievales, es que el saneamiento rudimentario no equivale necesariamente a mal saneamiento; pues una alquería medieval, en la que el montón común de excremento era el único retrete doméstico, no resultaba una amenaza tan grave para la salud de sus habitantes como la ciudad progresista del siglo XIX antes de Pasteur, bendecida con elegantes inodoros en todas las viviendas de la clase media y maldecida por una provisión de agua potable procedente del mismo río en el que se volcaba todo el excremento de la ciudad.

Ya en 1388, el parlamento inglés promulgó una ley que prohibía arrojar suciedades y residuos en las acequias, los ríos y otras aguas. El poeta Lydgate, en su *Troy Book,* iría más lejos, pues habló de un río, «abundante en pesca», destinado a arrastrar la suciedad y los residuos por conductos de desagüe:

Con lo cual la ciudad quedaba a buen seguro
de engendrar toda corrupción,
del aire malo y la infección
que a menudo causa por su violencia
mortandad y gran pestilencia.

Al igual que la legislación, este pasaje reconoce, por una parte, la existencia de un grave mal y, por la otra, señala el remedio. En el siglo XVI, estas disposiciones especiales destinadas a asegurar el control sanitario y el decoro habían adquirido gran difusión. Así, Stow menciona una ordenanza de Londres que señala que «nadie enterrará bosta o basura dentro de los fueros de Londres» ni «acarreará basura alguna hasta pasadas las nueve de la noche», es decir, después de la hora de acostarse. William Stubbs menciona que, en 1543, la ciudad de Bunzlau, en Silesia, poseyó el primer sistema de cloacas y aguas corrientes públicas. Si bien señala, asimismo, que las cloacas llegaban por conductos a cada zona de destino, lo cual hace pensar en una moderna granja regada con

aguas residuales, no explica cómo esta enigmática innovación se adelantó a la invención inglesa del *water closet*, en 1596. Pero ya un siglo antes, Alberti, en su capítulo sobre el alcantarillado, distingue entre las cloacas que vierten «a un cauce de agua, a un lago o al mar las aguas a ellas arrojadas» y las que no van a parar a otro lugar, «sino que se consumen enterradas en el seno de la tierra». Este autor añadía que «las alcantarillas destinadas a recoger la orina deben construirse [...] lejos de los muros».

Si nuestros conocimientos sobre el alcance de las enfermedades infecciosas en períodos anteriores fueran mayores, dispondríamos de una imagen más eficaz del saneamiento medieval. Pero nada demuestra que las visitas de la peste fueran más severas o más frecuentes que los repetidos ataques de la fiebre tifoidea o el cólera en las ciudades norteamericanas o europeas de comienzos del siglo XIX; como tampoco hay pruebas suficientes de que solo las malas instalaciones sanitarias fueran responsables del origen o la virulencia de las epidemias medievales. Pero entonces como hoy, la carencia de instalaciones adecuadas para el lavado podría explicar la disentería a través de la contaminación de los alimentos e incluso la elevada mortalidad infantil, respecto de la cual no caben dudas. Pero el peligro más grande para la salud estaba representado, simplemente, por la negligencia en el cuidado de la casa, por ejemplo, por el hábito generalizado de cubrir los pisos con juncos, sin renovarlos con frecuencia; costumbre que en Inglaterra censuró Erasmo con severidad, quien aludía irónicamente a la acumulación de paja enmohecida, suciedad y huesos, por no hablar de los vómitos y orines, así como de las defecaciones de los animales domésticos.

Pero incluso con normas mucho más elevadas de higiene municipal así como de higiene doméstica, las ciudades se ven azotadas periódicamente por olas de gripe y poliomielitis: es más, la mortalidad causada por la gripe en la gran epidemia de 1918 es-

tuvo a la altura de todas las pestes medievales, excepto la peor de ellas, la mismísima Peste Negra. Si en el momento del nacimiento era poca la esperanza medieval de vida, la dieta defectuosa, en especial la dieta invernal, puede, tal vez, haber tenido casi tanta culpa de ello como la despreocupación en cuanto al destino dado a la materia fecal; y la falta general de jabón fue, posiblemente, aún más responsable de la mortalidad infantil.

En estos puntos, como destacó el profesor Lynn Thorndike, las pruebas favorables a muchas ciudades medievales son incontrovertibles. Cita el elogio de Florencia hecho por Bruni, quien señala que «algunas ciudades son tan sucias que todas las inmundicias que se hacen por la noche se dejan por la mañana ante los ojos de los hombres para que se camine sobre ellas, siendo imposible imaginar algo más repugnante. Porque, aunque haya millares viviendo en ella, riqueza inagotable e infinitas muchedumbres, siempre condenaré a una ciudad tan puerca y nunca tendré un alto concepto de ella». De una forma análoga, Leland, observador más reciente, en sus viajes por Inglaterra, hizo especial mención de la suciedad cada vez que dio con ella; lo cual pone en evidencia que era lo bastante poco común para merecer comentarios. Alberti observaba que Siena, situada en la ladera de una montaña y que era célebre por carecer de desagües, hedía a todas las horas del día. En síntesis, los datos conocidos no justifican ni una condena general ni una absolución general.

Pero un cambio que empeoró la situación se produjo, sin lugar a dudas, hacia el *final* de la Edad Media, a pesar de las reglamentaciones sanitarias. Esto se debió a la erección de viviendas de alquiler con muchos pisos, a menudo con cuatro o cinco, y a veces con alguno más en ciudades como Edimburgo. Estas viviendas altas no alentaban el uso de las instalaciones exteriores: la misma distancia entre los pisos más altos y la calle tentaba a la gente y la movía a la negligencia y la suciedad al vaciar sus orinales. En

estos casos, la carencia de un procedimiento técnico adecuado se hizo tan monstruosa como lo había sido en las antiguas *insulae* romanas. Pero esto fue un cambio tardío, consecuencia de los alquileres elevados y de la concentración urbana. Hasta que empezó el apiñamiento, los olores normales de una ciudad medieval no eran, probablemente, más ofensivos que los de una granja; y el siglo XIX, con sus espantosas infracciones en materia de higiene, no estaba en condiciones de censurar ese período anterior. Las cloacas abiertas de un «centro progresista de civilización» como era Berlín, tal como la conoció el doctor William Osler en 1873, eran probablemente también ofensivas para el olfato y, como observó el mencionado autor, igualmente nocivas para la salud.

Lo que es válido para los excrementos humanos se aplica también a la basura. Las sobras eran comidas por los perros, pollos y cerdos, que actuaban como basureros de la ciudad. Una miniatura de 1317, reproducida por Poète, muestra una oveja y un cerdo que atraviesan un puente en París, que era entonces la mayor metrópolis de Europa. En el siglo XVI, en las ciudades bien administradas que habían adoptado disposiciones para la limpieza de las calles, también estaba en vigor la prohibición de tener cerdos en cualquier parte de la ciudad, incluso en los jardines situados detrás de las casas. Pero en los primeros tiempos, el cerdo era miembro activo del servicio de limpieza de la localidad. Como muchísimas otras instituciones medievales, perduró en centros más atrasados hasta mediados del siglo XIX.

Sin duda era más difícil deshacerse de los desperdicios no comestibles: las cenizas, los desechos de las curtidurías y los huesos grandes; pero, desde luego, estos desperdicios eran mucho más escasos que en la ciudad moderna, ya que las latas, el hierro, los vidrios rotos, las botellas y el papel eran escasos o incluso inexistentes. En su mayor parte, la basura medieval estaba constituida por materia orgánica, que se descomponía y mezclaba con la tie-

rra. Y, en el ajuste final de cuentas, no se debe olvidar el germicida municipal decisivo: el fuego. En aquellos nidos de estructuras de madera, en particular durante los primeros siglos, estallaban grandes incendios, famosos en los anales de todas las ciudades. Esto sometía a calles y a barrios enteros al más poderoso de todos los desinfectantes. Esa función no dejó de ser reconocida. Stow señala que la costumbre de encender fogatas en los días festivos de verano no solo daba ocasión para reconciliarse con los enemigos, sino que también tenía «la virtud que tiene una gran hoguera de purificar la infección del aire». Así, fue el ostentoso blindaje de las ciudades medievales hecho con ladrillo y piedra lo que pérfidamente minó la aplicación rudimentaria del fuego como germicida.

3. La limpieza y los cinco sentidos

Nos queda por examinar otros dos puntos estrechamente relacionados con la higiene: el baño y el suministro de agua potable.

Ya en el siglo XIII había hecho su aparición el baño privado. Una de las damas cuyas andanzas relata Boccaccio prepara un baño para su amante, y cuando este no aparece, la propia dama, para no desperdiciarlo, se baña. A veces el baño estaba instalado en un tocador, como nos hace saber el libro doméstico de un mercader de Núremberg del siglo XVI; mientras que en el apartamento de tres habitaciones que describe Johann Andreae en Cristianópolis, su ciudad ideal, el cuarto de baño cuenta como una de ellas, junto con una cocina y un dormitorio. De hecho, en 1417 los baños calientes en las casas de familia fueron autorizados especialmente por el municipio de Londres. Pero si faltara algo para dejar en claro la actitud hacia la higiene personal, en la Edad Media, bastaría señalar la abundancia de casas de baño.

Las casas de baño eran instituciones características de todas las ciudades del norte de Europa y era posible encontrarlas en todos los barrios. Guarini llegaría a quejarse de que los muchachos de ambos sexos de diez a dieciocho años corrían descaradamente desnudos a través de las calles, rumbo a un establecimiento de baños. El baño era un placer familiar. Dichas casas de baño eran administradas, a veces, por individuos privados; más a menudo, tal vez, por la municipalidad. En Riga, ya en el siglo XIII, se menciona la existencia de casas de baño, según Von Below; en el siglo XIV había siete establecimientos de este género en Würzberg; y al finalizar la Edad Media había once en Ulm, doce en Núremberg, quince en Fráncfort del Meno, diecisiete en Augsburgo y veintinueve en Viena. En realidad, ya en 1387 Fráncfort tenía veintinueve patrones de casas de baño. Tanta difusión tuvo el baño en la Edad Media que la costumbre se extendió hasta los distritos rurales, a cuyos habitantes acusaron los autores de los primitivos *fabliaux* de ser puercos inmundos. Lo que básicamente constituía el baño medieval ha subsistido hasta hoy en las aldeas rusas o finlandesas.

Los baños públicos eran para sudar y exhalar vapor, para lograr una limpieza casi antiséptica. Esta purga de la epidermis era habitual por lo menos cada quince días y a veces todas las semanas. El acto mismo de reunirse en una casa de baños fomentaba la sociabilidad, al igual que había ocurrido en tiempos de los romanos, sin que se sintieran cohibidos por exhibir el cuerpo al desnudo, según muestra claramente Durero en uno de sus grabados. El baño era un lugar donde la gente chismorreaba y comía, y donde, ciertamente, a veces uno se metía sociablemente en una bañera con un compañero del sexo opuesto; y, además, servía como centro semimédico, al que se recurría por asuntos más serios: por ejemplo, para la aplicación de ventosas.

A medida que los solteros se multiplicaban en la ciudad en crecimiento, y quizá mientras la vida de familia se echaba a per-

der, las casas de baños se convirtieron en centro de reunión de mujeres de vida alegre en busca de clientes y de libertinos, en pos de placeres sensuales. Ya en 1438, Tafur, noble español de visita en Brujas, quedó escandalizado por el baño mixto en las casas de baños «que consideran tan honrado como nosotros el acto de ir a la iglesia», pues este espectáculo era una de las cosas excitantes que se enseñaban a los forasteros. De resultas de esto, la palabra medieval inglesa para designar la casa de baños, *stew* (literalmente, estufa), ha quedado como sinónimo de prostíbulo, y ya en este sentido aparece en *Pedro el Labrador*. Acaso fue solo justicia divina el hecho de que muchas ciudades del siglo XIX, orgullosas de todos los aspectos en que habían progresado en comparación con la suciedad y el desorden atribuidos a la vida medieval, dieran el primer paso para subsanar la absoluta falta de instalaciones de baño en los barrios más pobres mediante la construcción de casas públicas de baños. No cabe duda de que a sus funcionarios les habría chocado enterarse de que se limitaban a seguir, en escala lamentablemente reducida, un precedente medieval bastante común.

El aprovisionamiento de agua potable constituía también una función colectiva de la ciudad. En primer término, la preservación de un pozo o un manantial, en un recinto adecuado; luego, el establecimiento de una fuente en la plaza pública principal, y de surtidores y fuentes en los barrios, a veces situados en la misma manzana y, otras, en la vía pública: una de las primeras cosas que hizo el papa Martín IV al asumir el regreso al Vaticano, después del Gran Cisma, consistió en restaurar uno de los acueductos rotos de Roma, a fin de proporcionar agua a su creciente población. A medida que esta aumentaba, se hacía necesario, con frecuencia, dar con nuevas fuentes, así como distribuir las antiguas en un territorio más extenso. En 1236, se otorgó una patente para una cañería de plomo destinada a llevar agua desde Tyborne Brook hasta la ciudad de Londres; en Zittau, se instalaron cañe-

rías en 1374; y en Breslau, en 1479, el agua ya se bombeaba desde el río y se llevaba por cañerías a través de la ciudad. Es probable que estas cañerías fueran de madera, hechas con troncos huecos, como las que pueden verse reproducidas en la obra *De Re Metallica* del doctor Georg Bauer y que estuvieron en uso en la isla de Manhattan, por ejemplo, hasta entrado el siglo XIX. Todavía en el siglo XV, el establecimiento de cañerías para el agua era, en Londres, un problema que se dejaba a cargo de la filantropía privada, al igual que los hospitales y los asilos.

Como ocurre en el caso de los baños, el bombeo de agua por cañerías hasta fuentes públicas desde las que se la distribuía a pulso a las casas no resultaba tan conveniente como la extensión de un sistema común a todos los moradores. Pero el agua llevada por tuberías desde la distancia, suministrada por compañías privadas, solo empezó a circular en el siglo XVII; y rara vez en la cantidad necesaria. Para compensar su incomodidad, la fuente desempeñaba dos funciones importantes, que luego tenderían a desaparecer con el aumento de la eficacia técnica: la fuente pública era, a menudo, una obra de arte que alegraba la vista, aparte de calmar la sed, sobre todo en las ciudades de Italia y Suiza; y era, además, un centro de sociabilidad que facilitaba las ocasiones para reunirse y chismear, ya que la fuente o la bomba, no menos que la taberna, cumplían la función de noticiario de barrio. En la actualidad, los higienistas e ingenieros que tratan de extender sus conocidos beneficios mecánicos a países atrasados y que para ello prolongan la distribución del agua hasta cada casa, en aldeas que son primitivas en los demás aspectos, a menudo desorganizan lastimosamente la vida social de la comunidad sin ofrecer una compensación suficiente.

En un sentido, la propia imperfección del aprovisionamiento de agua en la ciudad medieval constituía una causa de su fortaleza para defenderse, pues era, por lo menos, autosuficiente. Cuando, a partir del siglo XVII, las ciudades, cada vez más grandes, se vie-

ron obligadas a buscar agua más allá de sus fortificaciones, se pusieron a merced de los ejércitos que podían dominar en el campo abierto y cortar su aprovisionamiento: de modo que, finalmente, también sus ejércitos se veían arrastrados a los campos de batalla. Pero las ciudades grandes siguieron creciendo con más rapidez que sus recursos técnicos o económicos; y esto movió a aceptar una provisión más escasa de agua o a extraerla sin mayores escrúpulos de fuentes contaminadas por las cloacas o envenenadas por productos químicos. Esto explica en buena parte la pérdida de los hábitos medievales de limpieza en las metrópolis en desarrollo así como las alarmantes carestías de agua que se sumaron a las otras miserias agudas de las nuevas ciudades industriales del siglo XIX.

Contrariamente al prejuicio todavía corriente, muchas ciudades medievales, en sus medidas sanitarias de carácter curativo o preventivo, estaban muy por encima de sus sucesores de la época victoriana. Los hospitales públicos fueron una de las indiscutibles contribuciones cristianas a la ciudad. Jerónimo relata que, en el año 360, Fabiola abandonó su villa para dedicarse a atender a los enfermos necesitados, a quienes, por lo común, se dejaba morir miserablemente en las calles de Roma. A partir de esa fecha, y con gran rapidez después del siglo XI, las órdenes religiosas fundaron hospitales en casi todas las ciudades: en la mayoría de las ciudades germanas había por lo menos dos, uno para leprosos y otro para distintos tipos de enfermedad, según Heil; mientras que en las ciudades «grandes» como Breslau, que tenía treinta mil habitantes en el siglo XV, llegaba a haber quince, o sea, uno por cada dos mil habitantes. ¿Qué ciudad moderna puede presentar algo comparable en materia de instalaciones adecuadas para la atención de los enfermos?

Y obsérvese que lo dicho se refiere a la norma y no a la excepción. En 1262, había en Toulouse siete leprosarios y trece hospitales; y uno de estos hospitales tenía cincuenta y seis camas;

en tanto que Florencia, en el siglo XIII, según consigna Giovanni Villani, con una población de noventa mil personas, aproximadamente, tenía treinta hospitales con un total de más de mil camas. También al respecto, tanto por su número como por su modesta escala doméstica, la ciudad medieval todavía puede enseñarle algo a su elefantiásica y deshumanizada sucesora.

Los funcionarios médicos municipales hicieron su aparición en el siglo XIV, incluso antes de la Peste Negra: en Constanza, ya en 1312. En Venecia se creó una magistratura sanitaria permanente en 1485, a la que en 1556 se le añadieron la inspección y el mecanismo de aplicación que durante largo tiempo sirvieron de modelo al resto de Europa. En cuanto a las enfermedades infecciosas, dicho sea de paso, por lo común se las aislaba fuera de las murallas de la ciudad. El valor de las salas de aislamiento, con cuartos de baño separados, ya había quedado demostrado desde hacía mucho tiempo por los monasterios mejor equipados. Por último, el establecimiento de la cuarentena, para las personas que entraban y salían de las ciudades procedentes del extranjero, fue una de las principales innovaciones de la medicina medieval. Por mucho que los viajeros la detestaran, esta práctica se basaba en sensatas observaciones empíricas, errando solo en cuanto a cautela al extenderse más del triple del período necesario de incubación.

La reducción de las enfermedades infecciosas y la extirpación paulatina de la lepra en Europa, gracias a la misma política de aislamiento estricto, fue todo un triunfo de la medicina preventiva. Los médicos racionalistas de comienzos del siglo XIX, que confiadamente pensaban que el contagio y la infección sin contacto directo eran invenciones supersticiosas de la imaginación medieval, no fueron, en realidad, observadores tan agudos de las causas y los efectos como sus predecesores medievales.

De modo que, en general, la ciudad medieval no era tan solo un complejo social estimulante; era, asimismo, un ambiente

biológico más próspero que lo que se podría sospechar al considerar sus restos putrefactos. Había que soportar habitaciones con humo, pero también había perfume en el jardín situado en el fondo de la casa de los burgueses, pues estaba muy difundido el cultivo de flores y de hierbas fragantes. Había olor a establo en la calle, que disminuyó en el siglo xvi, aunque la presencia de caballos fue cada vez mayor. Pero también estaba el olor de las huertas florecientes en primavera o el aroma del grano recién segado, que flotaba por los campos a comienzos del verano.

Los urbanitas podrán fruncir la nariz ante esta combinación de hedor y fragancia, pero a ningún amante de la vida de campo le arredrará el olor del estiércol de vaca o de caballo. ¿Acaso son más gratas las vaharadas de los tubos de escape, el olor acre de la muchedumbre en el metro, el repugnante aroma saturador de un vertedero de basura, las humaredas sulfúricas de una fábrica de productos químicos, la ferocidad del ácido fénico en un baño público o, ya que estamos, la exudación clórica que despide un vaso de agua corriente? Aun cuando se tratara de olores, la dulzura no está enteramente de parte de la ciudad moderna; pero, como estos olores son nuestros olores, muchos dejamos dócilmente de percibirlos.

En cuanto al ojo y al oído, no cabe duda de por qué lado se inclina la balanza. En estos aspectos, la mayor parte de las ciudades medievales era enormemente superior a las ciudades edificadas durante los últimos doscientos años: y, a decir verdad, ¿no es sobre todo por su belleza por lo que la gente aún hace peregrinaciones a ellas? A uno le despertaba en una ciudad medieval el canto de un gallo, los gorjeos de los pájaros que anidaban bajo los aleros o el toque de la hora en el monasterio situado en las inmediaciones, tal vez el repiqueteo de campanas en el nuevo campanario de la plaza que anunciaba el comienzo del día de trabajo o la apertura del mercado. La música brotaba con facilidad de los

labios, desde el canto llano de los monjes hasta los estribillos del cantor de baladas en el mercado, o los del aprendiz y la doncella de servicio entregados a sus faenas. Cantar, representar, bailar, eran todavía actividades del tipo de «hágalo usted mismo».

Aún en el siglo XVII, la capacidad para participar en un canto coral doméstico era calificada por Pepys como cualidad indispensable en una doncella de servicio; y, hasta sus días, la música medieval fue compuesta principalmente para voces, dirigida a los cantores más que a los oyentes. En el unísono polifónico, cada voz tenía su parte, repetía la misma melodía en su propio tono, del mismo modo que cada corporación y cada oficio tenían su parte en el seno de la ciudad, uniéndose una voz a la otra y siguiendo con la tonada, del mismo modo que una hermandad tras otra se unía a la procesión, con pendones y carrozas. En la rutina diaria, había cantos de trabajo, diferentes para cada oficio, compuestos a menudo al compás de los movimientos propios de cada artesanía.

Por doquier, los ruidos de la naturaleza se mezclaban con los del hombre. En el siglo XII, Fitz Stephen consignaba que el ruido del molino de agua resultaba placentero entre los verdes prados de Londres. Por la noche reinaría un completo silencio, a no ser por los animales bulliciosos y por el canto del sereno que anunciaba las horas. En la ciudad medieval era posible un profundo sueño, inmune a las tensiones hirientes de los ruidos humanos o mecánicos.

Si había incitaciones para el oído, el ojo se deleitaba aún más profundamente. Todas las partes de la ciudad, empezando por las mismas murallas, estaban concebidas y ejecutadas como obras de arte: e incluso partes de una estructura sagrada que podían permanecer invisibles eran terminadas con tanto esmero como si estuvieran plenamente a la vista, según observó Ruskin hace ya largos años: por lo menos Dios sería testigo de la fe y la alegría del artesano. El trabajador que había recorrido los campos o los

bosques vecinos en un día de fiesta volvía a su trabajo en piedra, su talla en madera, su tejido o su orfebrería con una rica cosecha de impresiones para trasladar a su trabajo. Los edificios, muy lejos de ser tristes y «originales», eran tan brillantes y límpidos como una miniatura medieval, aunque solo fuera porque generalmente estaban blanqueados a la cal, de modo que todos los colores de los creadores de imágenes, en vidrio o madera policroma, danzaban reflejados sobre los muros, incluso cuando las sombras palpitaban como ramajes de lilas sobre las fachadas y las tracerías de los edificios adornados más ricamente.

La disciplina estética podía carecer de nombre, puesto que no estaba separada nunca del simbolismo religioso o de las necesidades prácticas; pero sus frutos eran visibles por doquier. Y el deseo de belleza no era inconsciente: como señala Braunfels, se extendían las calles «para embellecer la ciudad». ¿Acaso no votaron los ciudadanos de Florencia el tipo de columna que debía usarse en su catedral? Las estatuas talladas, los muros pintados, las repisas, los trípticos y los cortinados decoraban por igual la iglesia, el edificio de la corporación y la casa del burgués. El color y el diseño eran, en todas partes, el acompañamiento normal de las labores diarias. La disposición de la mercancía en el mercado abierto aumentaba la excitación visual: terciopelos y brocados, cobre y acero brillante, cuero repujado y cristal refulgente, por no hablar de los productos alimenticios, ordenados en sus cestos bajo el cielo abierto.

¡Vaguemos entre los vestigios actuales de estos mercados medievales! Ya sean tan grisáceas como el mercado dominical de Whitechapel, tan vastas coma la del Plain Palais de Ginebra o tan bellamente entronizadas como el Mercado de Paja de Florencia, todavía les queda algo del encanto humano de sus prototipos medievales. La automatización plastificada del supermercado norteamericano, con su espectral iluminación fluorescente, sus recipientes chillones y sus trampas astutamente armadas («compra

impulsiva»), sus venenosas formas de antisepsia conservante, sus alimentos congelados y sin sabor, en su putrefacción ingeniosamente paralizada, presenta un contraste que denuncia tanto una pérdida estética y fisiológica como social.

Esta educación constante de los sentidos constituye la base elemental de todas las formas superiores de educación. Cuando existe en la vida diaria, una comunidad puede ahorrarse la obligación de organizar cursos de apreciación del arte. Y cuando no existe, esos esfuerzos son en gran parte triviales y autodestructivos, ya que se dedican principalmente a los clichés que en el momento están de moda y no a las realidades subyacentes. Cuando falta un entorno de este tipo, hasta los procesos racionales están escuálidos: la maestría verbal y la precisión científica no pueden compensar esta desnutrición sensorial. Si esta es la clave, como descubrió la señora Montessori hace largo tiempo, de las primeras etapas de la educación del niño, sigue siendo válida incluso en un período posterior, pues la ciudad tiene un efecto más constante que la escuela institucional.

La vida florece con esta dilatación de los sentidos. Sin ella, los latidos del corazón son más lentos, el tono de los músculos es más bajo, la postura carece de aplomo, faltan las distinciones más delicadas de la vista y el tacto, y quizá la misma voluntad de vivir queda derrotada. Hacer pasar hambre a la vista, al oído, a la piel y al olfato es un modo tan eficaz de cortejar la muerte como negar alimentos al estómago. Aunque la dieta era a menudo magra en la Edad Media, aunque muchas comodidades del cuerpo faltaban hasta para quienes no se imponían privaciones en penitencia, ni el más mísero ni el más ascético podían cerrar del todo los ojos a la belleza. La propia ciudad era una obra de arte siempre presente; y las mismas vestiduras de sus ciudadanos en los días festivos eran como un jardín florido. Hoy todavía puede percibirse algo de esa sensación si se sigue la procesión nocturna del día de san

Juan, en Florencia, desde Santa Maria Novella hasta la Piazza della Signoria.

4. Principios del urbanismo medieval

Hacia el siglo XIII ya estaban fijadas las formas principales de la ciudad medieval; lo que vino después fue un refinamiento de los detalles. Pero las nuevas instituciones que empezaban a dominar la ciudad redujeron la influencia más antigua de la abadía y del castillo, y el tema de los tres siglos siguientes no fue la autoridad, el retiro y la seguridad, sino la libertad, la participación, el desafío y la aventura. Las cruzadas, las misiones y las exploraciones abrieron un mundo más vasto.

Entraron a la ciudad nuevos elementos dinámicos, creando tensiones y presiones que quedaron bien simbolizadas en la estructura de las nuevas catedrales góticas, las cuales sacrificaron la estabilidad de los muros a fin de abrir el interior a una catarata de luz. Se podía contemplar este dinamismo en la periferia, en las baterías de los molinos de viento que rodeaban las ciudades, y también en el mismo centro, a medida que las nuevas órdenes predicadoras y los legos protestantes, orientados hacia la vida urbana, establecían sus monasterios y sus *beguinages* en los espacios abiertos que quedaban.

Echemos un vistazo al nuevo contenido de la ciudad; una muestra aquí y allá revelará la nueva estructura social y la nueva distribución de los grupos urbanos. En Carcasona, en 1304, la población era de 9.500 personas, aproximadamente. Esta se dividia en 43 casas nobles, 12 mercaderes lombardos y 30 judíos, 63 notarios, 15 abogados, 40 soldados, policías y mensajeros, 9 médicos formados en universidades, 9 sacerdotes y 250 miembros del clero. En Florencia, en el siglo XIV, con una población de 90.000

habitantes, había 25.000 hombres cuyas edades oscilaban entre los quince y los setenta años y que eran «aptos para portar armas» 1.500 magnates, 75 caballeros, 1.500 extranjeros, mercaderes y visitantes, entre 8.000 y 10.000 niños y niñas en las escuelas de primeras letras, 110 iglesias, 200 talleres del Arte della Lana (industria textil de la lana), 30.000 trabajadores en el ramo textil, 80 cambistas de moneda, 600 notarios y 60 médicos y cirujanos.

En 1288, fray Bonvesin della Riva, en su panegírico *Sobre las maravillas de la ciudad de Milán*, calculaba que ya había doscientas mil personas en la ciudad y su zona dependiente; y todas sus demás cifras corroboran la descripción de una gigantesca formación urbana que, en su exuberancia, ya había superado la escala medieval. La ciudad estaba dividida en unas ciento quince parroquias, varias de las cuales llegaban a tener entre quinientas y mil familias. «Fuera de la muralla del foso hay tantas casas suburbanas que ellas solas bastarían para constituir una ciudad». La presión de la población y la pobreza explican, tal vez, el volumen de servicios sociales, que describe en los siguientes términos:

«En la ciudad, incluidos los suburbios, hay diez hospitales para los enfermos, todos debidamente dotados con suficientes recursos temporales. El principal de ellos es el Hospital del Brolo, fundado en 1145 por Goffredo de Bosero [...]. Hay más de quinientos pacientes pobres en las camas y otros tantos que no están acostados. Todos ellos reciben alimentos a expensas del hospital. También, aparte de ellos, no menos de trescientos cincuenta lactantes o más, con un aya para cada uno después del nacimiento [...]. Asimismo, los pobres que necesitan atención quirúrgica la reciben con diligencia por parte de tres cirujanos, asignados especialmente para esta tarea; estos cobran un salario de la Comuna [...].

»Hay también casas de la Segunda Orden de los Humiliati de uno y otro sexo, que en la ciudad y el país llegan al número de doscientos veinte; en su interior hay un gran número de personas

que viven la vida religiosa mientras trabajan con sus propias manos». Estas órdenes legas, que perseguían la práctica de una vida cristiana en el corazón de la ciudad, sin el retiro físico y espiritual prescrito por los antiguos monasterios, formaban parte de un esfuerzo organizado para infundir los principios cristianos en todos los aspectos de la existencia. Pero, en vez de ver con beneplácito este esfuerzo por alcanzar la Cristianópolis, los jefes de la Iglesia veían en él un peligroso desafío a su autoridad profesional, por lo cual el movimiento fue condenado y reencauzado por los viejos canales, respaldados por el dominio y el orgullo.

La gran mayoría de las ciudades medievales estaba más próxima a Carcasona, tanto por tamaño y escala como por contenido, que a Milán; pero, pequeñas o grandes, abarcaban una gran variedad de instituciones y brindaban oportunidades para una vasta diversidad de talentos y aptitudes especiales. Estas cualidades se expresarían por igual en sus trazados y en sus edificios.

En general, las ciudades medievales pueden clasificarse en tres grandes tipos que corresponden a sus orígenes históricos, sus peculiaridades geográficas y su modo de desarrollo. Detrás de estas pautas urbanas había otras, rurales y aún más antiguas, como las que encontramos en la aldea longitudinal, la aldea en encrucijada, la aldea común y la aldea redonda, que podrían representarse gráficamente con los signos =, +, # y o.

Las ciudades que perduraron desde el tiempo de los romanos conservaron, por lo general, su sistema rectangular de diseño de manzanas, en el centro inicial, modificado por la construcción de una ciudadela o de un monasterio, el cual podría alterar la división uniforme en parcelas. Las ciudades que crecieron lentamente a partir de una aldea o de un grupo de aldeas, al pie de un monasterio o un castillo, se ajustaban más estrictamente a la topografía, cambiando lentamente de generación en generación y conservan-

do a menudo ciertos rasgos de su trazado que eran productos de los accidentes históricos y no de la elección consciente.

Con frecuencia se considera que este segundo tipo de ciudad es el único auténticamente medieval: algunos historiadores llegan a negarle el título de plan a su configuración real. Quienes se refieren a las calles sinuosas de esas ciudades considerando que son meras huellas de las sendas seguidas por el ganado no se percatan de que el hábito de las vacas de seguir los contornos produce, por lo común, un trazado más económico y sensato, en los terrenos montañosos, que cualquier sistema inflexible de calles rectas. Por último, muchas ciudades medievales se proyectaron por adelantado para la colonización; frecuentemente, pero no siempre, estas serían trazadas con un estricto plano en damero, con una plaza central que se dejaba abierta para el mercado y la reunión pública. Los tres tipos son igualmente medievales. Separándose o combinándose produjeron una variedad infinita de formas.

En los comienzos mismos de la Edad Media se descubre, a decir verdad, cierta preferencia por el plano regular y geométrico, con el rectángulo como base de subdivisión: véase el plano ideal para el monasterio de Saint Gall, en el siglo IX. Kenneth Conant ha mostrado, asimismo, que los edificios iniciales de Cluny estaban dispuestos en orden rectangular, dentro de un cuadrado de noventa metros. Es evidente que la interpretación de Oswald Spengler, según la cual el plano en damero es única y exclusivamente producto del endurecimiento final de una cultura que se ha convertido en civilización, constituye una generalización insostenible. Pero aunque un trazado geométrico fue más característico de las ciudades recién fundadas, no se desprende de esto que, como en la clásica *bastide* de Montpazier, estuviera unido a un trazado rectangular para la ciudad en conjunto; a veces, como en Montségur o Cordes, en Francia, un plan básicamente rectangular era adaptado con inteligencia a los contornos y límites naturales del terreno.

Hago hincapié en estos puntos porque el trazado en damero o parrilla ha estado sometido a un constante torrente de engañosas especulaciones e interpretaciones. A veces estos planes son citados como tipos peculiares de Norteamérica o del Nuevo Mundo; a veces, haciendo caso omiso de la brillante Pekín precomunista, como sinónimo de pesadez. Incluso teóricos del urbanismo han cometido estos errores, en gran parte debido a su incapacidad para apreciar la diferencia, tan conocida por los estudiantes de biología, entre formas homólogas y análogas. Una forma similar no tiene por qué poseer un significado idéntico en una cultura diferente; y a la inversa, funciones similares pueden producir formas completamente diferentes. Como ya hemos visto, el rectángulo tenía un significado para el sacerdote etrusco, otro para Hipodamo, un tercer significado para el legionario romano que preparaba su campamento para pasar la noche y un cuarto para los comisionados del Plan Urbano de Nueva York, de 1811, quienes procuraban establecer, por adelantado, el número máximo de lotes para la edificación. Para el primero, el rectángulo podía simbolizar la ley cósmica; para los últimos, significaba lisa y llanamente las posibilidades más favorables de especulación con bienes raíces.

Lo cierto es que hay un buen motivo para pensar que los planos medievales eran, por lo común, más irregulares que regulares. Se debía a que con más frecuencia se utilizaban terrenos escabrosos y rocosos, ya que estos tenían ventajas decisivas para la defensa hasta que en el siglo XVI se consolidó una artillería eficiente. Como las calles no estaban adaptadas al tránsito de vehículos con ruedas y no era necesario prever la instalación de cañerías de agua o de cloacas, resultaba más económico seguir los contornos de la naturaleza que tratar de nivelarlos; recuérdese el declive de la ancha plaza del mercado en Siena. Por otra parte, al construir en sitios áridos y montañosos, los ahorrativos ciudadanos no inva-

dían las tierras más ricas, situadas en lugares más bajos y destinadas a la agricultura.

En la planificación orgánica, una cosa lleva a la otra, y lo que empieza como captación de una ventaja accidental puede promover un elemento enérgico en un diseño, elemento que un plan *a priori* no podría prever y que, muy probablemente, pasaría por alto o descartaría. Muchas de las irregularidades sobrevivientes en las ciudades medievales se deben a arroyos que han quedado cubiertos, a árboles que más tarde fueron derribados y a viejas lomas que antaño limitaban los campos. Es difícil borrar las costumbres y los derechos de propiedad cuando quedan fijados en forma de lotes, límites y derechos de tránsito permanentes.

La planificación orgánica no parte de un objetivo preconcebido: va de una necesidad a otra, de una oportunidad a otra, en una serie de adaptaciones que se hacen cada vez más coherentes y significativas, de modo que generan un complejo diseño final que es casi tan unitario como un plan geométrico prefijado. Ciudades como Siena ilustran a la perfección este proceso. Si bien la fase final de un desarrollo de esta naturaleza no está presente de manera nítida al comienzo, como ocurre en un orden «ahistórico» y más racional, esto no significa que las consideraciones racionales y el espíritu previsor hayan dejado de gobernar cada una de las características del plan o que no pueda resultar de esto un diseño deliberadamente unificado e integrado.

Quienes desdeñan los planes orgánicos por considerarlos indignos del nombre de planes confunden el mero formalismo y la regularidad con la intención, y la irregularidad con la confusión o la incompetencia técnica. Las ciudades de la Edad Media refutan esta ilusión formalista. Pese a toda su diversidad, representan una pauta universal; y, por lo común, sus mismas desviaciones e irregularidades no son tan solo sensatas, sino también sutiles, por su combinación de necesidades prácticas con intuición estética.

Cada ciudad medieval surgió de una situación única, presentó una constelación única de fuerzas y produjo, en su plan, una solución única. El consenso es tan total en cuanto a los propósitos de la vida urbana que las variaciones en los detalles no hacen más que confirmar la pauta. A ese consenso se debe la impresión, cuando uno observa sucesivamente cien planos medievales, de que en realidad una teoría consciente hubiera orientado este urbanismo. La coincidencia era de raíz más profunda. Pero, a fines de la Edad Media, los principios racionales de esta planificación fueron expresados por la reflexiva inteligencia de León Bautista Alberti en su *De Re Aedificatoria.*

Alberti era, en muchos aspectos, un urbanista medieval típico. En su preocupación por el funcionalismo, la localización de los diversos intereses y las calles curvas «no hizo otra cosa —según observa Lavedan— que registrar su aprobación por lo que veían sus ojos». Incluso cuando Alberti justifica la calle que se curva continuamente, con sus perspectivas suavemente obstruidas pero siempre cambiantes, se limita a expresar conscientemente algo que también sus predecesores reconocieron y valoraron. La curva lenta es la línea natural del caminante, como cualquiera puede observar si se da la vuelta y echa un vistazo a sus huellas en la nieve, cuando atraviesa un campo, a menos que haya tratado conscientemente de sobreponerse a esta tendencia. Pero el placer en esa curva, una vez trazada por el peatón, es lo que da carácter a la edificación medieval, por ejemplo en una obra tan consumada de construcción de fines de la Edad Media y del Renacimiento como es High Street, en Oxford. En ella un solo árbol cuyas ramas se despliegan más allá de la línea de edificación enriquece la imagen más que toda una arcada de calles.

La otra causa de las curvas orgánicas en la ciudad medieval era el realce de su núcleo central. Lavedan llega a decir que «el dato esencial del urbanismo medieval es la constitución de la ciu-

dad de forma tal que todas las líneas convergen hacia un centro y que el contorno es, por lo común, circular: esto es lo que los teóricos contemporáneos denominan sistema radioconcéntrico». Desgraciadamente, el término radioconcéntrico evoca una telaraña. Lo que más bien se encuentra en la mayoría de las ciudades es un barrio o núcleo central, rodeado por una serie de anillos irregulares, que tienen el efecto de encerrar y proteger ese núcleo, al mismo tiempo que, por pasajes tortuosos, se acercan más a él. Cuando hay algo que se aproxima a una calle circular continua, se trata casi con seguridad del anuncio de que se ha derribado un muro. Incluso en una ciudad pequeña como Bergues, tal como se la ve en el gran atlas de Blaeu, con su precisión casi geométrica en su núcleo central, solo tres calles se juntan en el centro. El plano consiguiente es generado por las dos fuerzas opuestas de la atracción y la protección: los edificios públicos y los lugares abiertos encuentran seguridad tras un laberinto de calles, que el pie del conocedor atraviesa no obstante con facilidad. Solo con los urbanistas barrocos que se esforzaron por vencer la pauta medieval se arroja la calle al centro de la ciudad, como ocurre en el plano en forma de asterisco; aunque el propio Alberti, para ser exacto, anticipó este nuevo trazado, que simbolizaba la acumulación del poder público en una institución centralizada o un príncipe despótico.

Los elementos determinantes del plan medieval son válidos por igual para una vieja ciudad de base romana, como Colonia, o para una ciudad nueva como Salisbury. La muralla, las puertas y el núcleo cívico determinan las principales líneas de circulación. En cuanto a la muralla, con su foso, canal o río exterior, convirtió a la ciudad en una isla. Como símbolo, la muralla era tan apreciada como las agujas de las iglesias; no se trataba, pues, tan solo de su utilidad militar. Al espíritu medieval le daba sosiego un universo de definiciones cortantes, murallas sólidas y vistas limitadas; hasta el cielo y el infierno tenían sus límites circulares. Las murallas

de las costumbres limitaban a las clases económicas y las mantenían en sus respectivos lugares. La definición y la clasificación estaban en la esencia misma del pensamiento medieval: de modo que el nominalismo filosófico, que desafiaba la realidad objetiva de las clases y ofrecía un mundo de átomos inconexos y acontecimientos dispersos, resultaba tan destructivo para el estilo medieval de vida como resultarían las balas de cañón para las murallas de la ciudad.

No debe olvidarse la importancia psicológica de la muralla. Cuando se levantaba el rastrillo y se cerraban las puertas de la ciudad a la puesta del sol, la ciudad quedaba herméticamente separada del mundo exterior. Este encierro contribuía a crear una sensación de unidad, así como de seguridad. Resulta significativo —y algo inquietante— que en una de las escasas comunidades contemporáneas en que ha vivido la gente en condiciones análogas, es decir, en la comunidad de investigaciones atómicas establecida en Oak Ridge, los resguardados habitantes de la población llegaran a valorar la vida «segura» de dentro, exenta de todo género de invasión de extraños o incluso de la cercanía de personas no autorizadas; pese a que ello significara que las idas y venidas de los pobladores de Oak Ridge estuvieran bajo constante vigilancia y control militar.

Pero, una vez más, en la comunidad medieval la muralla estableció un fatal sentido insular: tanto más cuanto que el mal estado del transporte vial acrecentaba las dificultades de la comunicación entre ciudades. Como ya había ocurrido tan a menudo en la historia urbana, la unidad defensiva y la seguridad invirtieron su polaridad y se convirtieron en ansiedad, miedo, hostilidad y agresión, en especial cuando parecía que una ciudad vecina podía prosperar a expensas de su rival. ¡Recuérdense los descarados ataques de Florencia a Pisa y Siena! Este aislacionismo era, de hecho, tan autodestructivo que dio su sanción a las fuerzas de explotación

y agresión, tanto de la Iglesia como del Estado, que trataban, por lo menos, de establecer una unidad más invasiva, convirtiendo para ello la muralla perfectamente sólida en una línea de frontera más etérea que delineara una provincia mucho más vasta.

No es posible dejar de considerar la muralla sin señalar la función especial de la puerta de la ciudad; que, mucho más que una mera abertura, era un «lugar de encuentro de dos mundos», el urbano y el rural, el conocido y el extraño. La puerta principal ofrecía el primer saludo al mercader, al peregrino o al caminante común; era a la vez aduana, oficina de pasaportes y punto de control de la inmigración, así como arco del triunfo, cuyos torreones y torres rivalizaban a menudo, por ejemplo en Lubeca, con los de la catedral o el ayuntamiento.

Siempre que el río del tráfico se hace más lento, tiende a depositar su carga: de modo que era por lo común cerca de las puertas donde se edificaban los almacenes y donde se congregaban las posadas y las tabernas, mientras que los artesanos y mercaderes instalaban sus tiendas en las calles contiguas.

Así, la puerta produjo, sin normas especiales de distribución en zonas, los barrios económicos de la ciudad; y como no había solamente una puerta, la naturaleza misma del tráfico procedente de diferentes regiones tendió a descentralizar y diferenciar las zonas comerciales. Como consecuencia de esta disposición orgánica de las funciones, la zona interior de la ciudad no estaba recargada por tráfico alguno, pues solo circulaba el generado por sus propias necesidades. El significado original de «puerto» deriva de este portal; y a los mercaderes que se establecían en este «puerto» se les solía llamar «porteros», hasta que transmitieron el nombre a sus sirvientes.

Por último, no hay que olvidar una antigua función de la muralla, que reapareció en la Edad Media: servir como paseo abierto

para la recreación, sobre todo durante el verano. Incluso cuando las murallas no tenían más de seis metros de altura, ofrecían un punto de ventaja sobre el campo circundante y permitían gozar de las brisas veraniegas que, tal vez, no entraban en la ciudad.

5. Núcleo cívico y vecindario

Ningún plano urbano puede ser descrito debidamente en términos de su sistema bidimensional; pues solo en la tercera dimensión, a través del movimiento en el espacio, y en la cuarta dimensión, a través de la transformación en el tiempo, adquieren vida las relaciones funcionales y estéticas. Esto es especialmente válido cuando se trata de la ciudad medieval, porque el movimiento que generaba conducía no solo a través del espacio horizontal sino hacia arriba; y para comprender el plan es necesario considerar la masa y el perfil de sus estructuras dominantes: sobre todo la distribución de sus componentes nucleares, como el castillo, la abadía o el monasterio, la catedral, el ayuntamiento y la sede gremial. Pero si hay un edificio que puede ser considerado la estructura clave en el trazado de la ciudad medieval, es la catedral; a tal punto que Braunfels llega a sugerir que los maestros de obras a cargo de la catedral ejercían también, de hecho, una influencia invasora sobre los demás edificios públicos.

Aparte de algunas excepciones notables, los edificios medievales dominantes no existían en espacios vacíos; menos aún se acercaba uno a ellos por un eje establecido. Ese tipo de espacio apareció en el siglo xvi, por ejemplo, por el acceso a Santa Croce, en Florencia, y solo en el siglo xix los «reformadores» urbanos que eran incapaces de apreciar el sistema medieval de trazado de ciudades eliminaron las estructuras menores que se apiñaban alrededor de las grandes catedrales, a fin de crear una vasta franja

parecida a un parque, como la que hay frente a Notre Dame en Pa
rís: una desabrida futesa. Ello socava la esencia misma del acces
medieval: la reserva y la sorpresa, el súbito desplegarse y sentirs
elevado, la riqueza de los detalles esculpidos, destinados a ser vis
tos desde cerca.

Estéticamente, una ciudad medieval es como un tapiz de su
época: la mirada, desafiada por la rica complejidad del diseño, va
y viene por toda la textura, se deja cautivar por una flor, un anima
o una cabeza, se detiene donde quiere, vuelve sobre sus pasos, re
haciendo su camino, aprehendiendo el todo únicamente median
te la asimilación de las partes, en vez de dominar el diseño de un
solo vistazo. Para el ojo barroco, esa forma medieval es tortuosa
el esfuerzo por abarcarlo resulta tedioso; por su parte, para el ojo
medieval la forma barroca hubiera resultado brutalmente direct
y excesivamente unificada. No hay modo «correcto» de acercars
a un edificio medieval: la fachada más hermosa de la catedral d
Chartres es la del sur; y si bien es posible que la mejor vista d
Notre Dame sea la que se obtiene desde el otro lado del Sena
por atrás, esa vista, con su cinturón verde, no fue abierta hasta e
siglo XIX.

Pero hay excepciones. Hay un puñado de basílicas —por n
hablar de innumerables iglesias de aldea— que son edificios ais
lados, engarzados en medio de una franja verde, absolutament
separados de la atareada vida de la ciudad: Salisbury y Canterbur
son casi periféricas por su uso libre del espacio y el verdor, en
tanto que el Campo Santo de Pisa es igualmente independiente
abierto. Con frecuencia, un cementerio inicial explica este carác
ter abierto.

En general, la gran iglesia es el elemento central de la ciu
dad, en todo sentido, excepto el geométrico; y como congregab
las mayores muchedumbres, requería un atrio con suficiente ca
pacidad para la entrada y salida de los fieles. Dada la orientación

teológica de la iglesia, con su altar apuntando hacia el oriente, el edificio estaba puesto en un ángulo discordante con un trazado callejero más regular. Cuando se descubre que la plaza del mercado se extiende frente a la catedral, o que se abre una cuña o un cuadrado en las cercanías, no se les debe asignar a estos datos el mismo valor que tienen hoy: el mercado era ocasional, en tanto que los servicios de la iglesia eran constantes y regulares. Al igual que en el caso del crecimiento inicial de la ciudad, el mercado se asienta cerca de la iglesia porque es allí donde los habitantes se reúnen más a menudo.

En realidad, hay que concebir la iglesia como ahora concebimos un «centro comunal»: algo no tan sagrado, como para poder servir como salón comedor en caso de grandes festividades, como teatro para la representación de obras religiosas, como tribuna donde los estudiantes de las escuelas eclesiásticas podían celebrar certámenes de oratoria y llevar a cabo sus eruditas controversias en día de fiesta, o incluso, en los primeros tiempos, como caja fuerte, tras cuyo altar mayor se podían depositar escrituras o tesoros, a buen recaudo de todos, excepto de los perversos incorregibles.

De una u otra manera, una constante procesión de personas, a solas o por docenas o millares, se abría camino hasta los portales de la iglesia. He aquí la meta que uno se había fijado al partir; he aquí a donde se volvía. Si no fuera así, ¿cómo podrían explicarse las riquezas prodigadas para la construcción de un Bamberg o un Durham, un Amiens, un Beauvois o un Asís, en comunidades que tenían, como mucho, diez mil habitantes? Hoy por hoy, a esas mismas comunidades les resultaría ardua empresa, con todas nuestras facilidades mecanizadas y acumulaciones de capital, reunir fondos para la edificación de una casa parroquial prefabricada y comprada con descuento.

En cuanto a los espacios abiertos de la ciudad medieval, las mismas grandes plazas de mercado y plazas de catedral no tenían

nada de rectangulares. Las más de las veces, en ciudades de crecimiento orgánico, la plaza del mercado era una figura irregular, a veces triangular, a veces multilateral u oval, ora dentada, ora curva, aparentemente de forma arbitraria porque las necesidades de los edificios circundantes tenían preferencia y determinaban la distribución del espacio abierto. Aunque de vez en cuando el mercado no es más que una calle ensanchada, hay otros ejemplos, en Bruselas o Bremen, en Perusa o Siena, donde las proporciones de la plaza son vastas: con capacidad suficiente no solo para muchos puestos sino también para reuniones y ceremonias públicas. En realidad, la plaza del mercado recobró la función que en tiempos muy anteriores tuvieron el foro o el ágora.

En la plaza del mercado, las corporaciones levantaban sus tablados para la representación de los «misterios»; allí tenía lugar el castigo feroz de criminales y herejes, en el patíbulo o la pira; allí se celebraron los grandes torneos, en el ocaso de la Edad Media, cuando las graves ocupaciones del feudalismo quedaron convertidas en deportes urbanos. A menudo una plaza del mercado se abriría sobre otra plaza subordinada, conectada por un angosto pasaje: de esto Parma es un ejemplo entre muchos otros. El mercado de paños y quincallería estaba por lo común separado, y por motivos muy naturales, del mercado de provisiones. Muchas son las plazas que hoy admiramos única y exclusivamente por su noble engarce arquitectónico, como la Piazzetta de San Marcos, en Venecia, que originalmente fueron construidas con un propósito utilitario; en el caso mencionado, para un mercado de carne.

Aparte de la catedral, y a veces del ayuntamiento, en que la masa y la altura eran importantes atributos simbólicos, el constructor medieval tendía a atenerse a modestas dimensiones humanas. Se fundaban asilos para siete o diez hombres; los conventos solían comenzar por la docena apostólica; y en vez de edificar un solo hospital para toda la ciudad, era más común establecer uno pe-

queño por cada dos o tres mil personas. Así, también, las iglesias parroquiales se multiplicaban por toda la población en desarrollo, en vez de permitir que unos cuantos edificios descollaran en el centro. En Londres, en el siglo XII, según Fitz Stephen, había trece iglesias conventuales y ciento veintiséis más pequeñas, para una población que llegaba posiblemente a los veinticinco mil habitantes; y Stow consigna, unos tres siglos después, cifras que oscilan entre dos y siete iglesias en cada uno de los veintiséis distritos.

Esta descentralización de las funciones sociales básicas de la ciudad no solo impidió el hacinamiento institucional y la circulación innecesaria: también mantuvo a la ciudad entera en la misma escala. La pérdida de este sentido de la proporción, en las casas demasiado grandes de los burgueses del norte, o en la loca rivalidad de las torres de las fortalezas de Bolonia y San Gimignano, constituyó un síntoma de patología social. Estructuras pequeñas, un reducido número de habitantes, relaciones íntimas: estos atributos medievales conferían a la ciudad atributos cualitativos especiales, en comparación con el gran número de habitantes y las organizaciones en masa, que pueden contribuir a explicar su creatividad.

La calle ocupaba en la ciudad medieval un lugar muy diferente al de una época de transporte de vehículos con ruedas. Por lo común, pensamos en casas urbanas dispuestas a los lados de una línea de calles preestablecidas. Pero en los terrenos medievales, menos regulares, las cosas sucedían a la inversa: grupos de artesanos o de edificios institucionales formaban barrios autónomos o «islas», sin que guardara relación la disposición de los edificios con las vías públicas. En el interior de estas islas, y a menudo fuera de ellas, los senderos señalaban las idas y venidas cotidianas de sus habitantes. La noción de «red de tráfico» estaba tan ausente como el propio tránsito constante de vehículos. Las «islas» formadas por el castillo, los monasterios o colegios y la sección industrial especializada de las ciudades más adelantadas, como el Arsenal, en el

caso de Venecia, interrumpían el dibujo más denso de las manzanas residenciales de pequeña escala.

En las nuevas villas medievales, las actas de fundación distinguían a menudo entre las calles de tránsito —que consistía principalmente en carros— y las calles menores; y en la villa uniforme de Montpazier, como sucedería también siglos después en Filadelfia, las casas daban a dos calles, a saber, una fachada a una calle ancha, de siete metros, y otra a un callejón de dos metros de ancho. Pero, en general, la calle era una línea de comunicación para peatones y su utilidad para el transporte de vehículos era secundaria. No solo ocurría que las calles eran angostas y a menudo irregulares, sino también que eran frecuentes las vueltas bruscas y los cercados. Cuando la calle era angosta y sinuosa, o cuando iba a terminar en un punto muerto, el trazado rompía la fuerza del viento y reducía la superficie de barro.

No por casualidad, el hombre de la ciudad del medievo, buscando protección contra el viento invernal, evitó crear esos crueles túneles de viento que pueden ser las calles anchas y rectas. La estrechez misma de las calles medievales hacía más cómodas sus actividades al aire libre en invierno. Pero, igualmente, en el sur, la calle angosta con aleros amplios protegía al peatón tanto de la lluvia como del resplandor directo del sol. Las pequeñas variaciones en la altura y el material de construcción, así como el perfil del techado y las variaciones en aberturas para las ventanas y puertas le daban a cada calle su fisonomía propia.

Aunque Alberti era partidario de las calles rectas y anchas para las ciudades nobles y poderosas, a fin de aumentar su aire de grandeza y majestad, escribió una apología muy inteligente del anterior tipo medieval de calle en curva, con estas palabras: «en el interior de la ciudad conviene que no sea directa sino sinuosa, con curvas suaves hacia uno y otro lado como los cauces del agua. En efecto, aparte de que cuanto más larga parezca la calzada, mayor

sensación de espaciosidad dará la ciudad, es seguro que contribuirá a la belleza, a la funcionalidad, a la comodidad y a satisfacer eventuales necesidades. Y, en efecto, ¡qué importante es que les vayan surgiendo gradualmente a los paseantes perspectivas nuevas de los edificios; que la salida y la fachada de cada casa arranquen del centro mismo de la calzada; que, mientras que en otros lugares la excesiva longitud es antiestética e incluso insalubre, exista aquí la ventaja de la amplitud!». Nadie, ni siquiera Camillo Sitte, ha sido más justo con respecto a la estética del urbanismo medieval.

La ciudad medieval tenía de este modo, en sus barrios residenciales, un carácter del que sin duda carecían, por ejemplo, los muros desnudos de una ciudad griega clásica. Pero la ciudad gozaba, además, de otra característica feliz, tal vez heredada de la ciudad antigua; porque, frecuentemente, la calle estaría bordeada por una arcada, que formaba el extremo abierto de una tienda. Esto daba incluso mejor protección que una angosta calle abierta; y conviene aclarar que se trata de un recurso arquitectónico que no solo se encuentra en Francia e Italia, donde realmente podría ser una prolongación o una reanudación consciente del pórtico clásico, sino también en ciudades como Innsbruck, en Austria, en la calle que lleva a Das Goldene Dachl. No se debe olvidar cuán importante era la protección física contra las inclemencias del tiempo, ya que en general las tiendas y los puestos de artesanos y comerciantes solo se pusieron tras vidrieras a partir del siglo XVII; de hecho, la mayor parte de los quehaceres de la vida, hasta el de cocinar, se hacía más o menos al aire libre. La calle angosta y cerrada, el frente con arcada, y la tienda al descubierto eran, de hecho, elementos complementarios. Solo cuando el vidrio barato protegió a la segunda pudo la primera abrirse a nuevas concepciones del urbanismo.

Una característica más de la calle merece ser destacada: su pavimento. Unos tres siglos antes de que los vehículos con ruedas se hicieran comunes, perdió la calle su revestimiento natural. La

pavimentación para el peatón apareció ya en 1185, en París; en 1235, en Florencia, y en 1310 en Lubeca; ya en 1339, Florencia entera estaba pavimentada; en tanto que hacia fines del siglo XIV hasta en la algo atrasada Inglaterra William Langland podía recurrir al tropo «tan común como el pavimento para cualquier caminante». A menudo, estas mejoras solo se aplicaban a una calle importante, y el movimiento se propagó con tanta lentitud que no llegó a Landshut, en Baviera, hasta 1494, si bien esa otra gran innovación técnica, el vidrio para las ventanas, era ya usada por los granjeros del sur de Baviera, según Heyne, en el siglo XIII. En manos del empedrador medieval, la pavimentación se convirtió en un arte, que a menudo repetía en la piedra el modelo de la hoz del segador; mientras que, en Venecia, el color y las líneas del pavimento se suman a la magnificencia de la misma plaza de San Marcos.

La pavimentación y el esmero puesto en ella recuerdan otro rasgo propio de la administración de la ciudad medieval: también en este caso era la asociación lo que tenía una base pública, mientras que la organización física se realizaba casi siempre sobre una base privada. Esto se aplica, por cierto, a la pavimentación, el alumbrado y el abastecimiento de agua por cañerías. Para el siglo XVI, los dos primeros eran obligatorios, por lo regular; pero los proporcionaba específicamente el propietario de la casa para su uso privado. Del mismo modo, la limpieza de las calles siguió siendo, durante largo tiempo, un asunto privado; costumbre esta que perduró en Londres, aún después del siglo XIX, con la institución del *crossing sweeper*,[5] que solo desapareció con la expulsión

---

5 Literalmente, «barrendero de cruce». Individuos muy pobres que se ganaban la vida barriendo el suelo por delante de personas pudientes para que no se ensuciaran con las inmundicias del suelo, como las bostas de caballo. Dickens se inspiró en estos individuos para crear el Jo de *Casa asolada*. *(N. del t.)*

del caballo (práctica medieval que, curiosamente, aún se aplica, por lo común, a la construcción y el aseo de las aceras). Conforme con la ordenanza de pavimentación que regía en Northampton en 1431, las autoridades municipales estaban facultadas para ordenar a los propietarios de inmuebles que pavimentaran y mantuvieran en buen estado la calle al frente de sus casas y las propiedades anexas, pero «a ningún propietario se le obligaba a extender el pavimento de la calle más de treinta pies, de modo que quedó como obligación del municipio pavimentar el mercado y otros espacios amplios semejantes».

Obsérvese una característica más: la unidad vecinal y el distrito funcional. En un sentido, la ciudad medieval era un cúmulo de ciudades pequeñas, cada una de las cuales gozaba de cierta autonomía y estaba formada tan naturalmente sobre la base de necesidades y propósitos comunes que solo contribuía a enriquecer y completar el conjunto. La división de la ciudad en barrios, cada uno con su iglesia o sus iglesias, a menudo con un mercado local, y siempre con su propio abastecimiento local de agua, consistente en un pozo o una fuente, constituía un rasgo característico; pero a medida que la ciudad crecía, los barrios solían convertirse en sextas partes o incluso en fracciones menores de la totalidad, sin por ello disolverse en la masa. A menudo, como ocurrió en Venecia, la unidad del barrio estaría identificada con la parroquia y tomaría su nombre de la iglesia parroquial; una división que perdura hasta hoy.

Esta integración en unidades residenciales primarias, compuestas por familias y vecinos, estaba complementada por otro tipo de división en distritos, basada en la profesión y los intereses; así, tanto los grupos primarios como los secundarios, tanto la *Gemeinschaft* como la *Gesellschaft* adoptaron la misma pauta urbana. En Regensburg, ya en el siglo XI, la ciudad estaba dividida en un distrito clerical, un distrito real y un distrito comercial, correspondientes por lo tanto a las principales profesiones, en tanto que

los artesanos y labriegos ocuparían el resto de la ciudad. A esta constelación, ciudades universitarias como Toulouse y Oxford agregaban también sus recintos universitarios, cada uno de ellos relativamente autónomo; en tanto que, a medida que los monasterios y conventos se atraían a la ciudad, movimiento que se desarrolló sin interrupción entre los siglos XIII y XVIII, se produciría del mismo modo un florecimiento de distritos conventuales, independientes del distrito catedralicio, los cuales sumarían sus jardines y espacios abiertos, por muy privados que fueran, al total de los espacios abiertos de la ciudad. En Londres, los colegios de abogados o *Inns of Court*, como The Temple, constituyeron otro tipo más de distrito cerrado.

La significación del distrito funcional ha sido reconocida muy tardíamente, incluso por los teóricos del urbanismo: en realidad, tal vez los primeros urbanistas modernos que han hecho justicia a la forma histórica o a sus variaciones modernas fueron Henry Wright y Clarence Stein. Pero estos distritos constituían la primera traducción de las cualidades espaciales del recinto sagrado de la ciudad inicial al idioma corriente de la vida cotidiana. En el momento actual, cuando la existencia misma de la ciudad se ve amenazada por el desarrollo excesivo del tráfico de vehículos, la tradición del distrito medieval, independizado de la calle y de la principal arteria de tráfico, resurge como una forma nueva en un punto más alto de la espiral del desarrollo.

No es posible dejar la ciudad medieval, con su unidad y diversidad, sin formularse una pregunta final en lo tocante a su planificación: ¿hasta qué punto se llevaba esta a cabo como un esfuerzo consciente por lograr el orden y la belleza? Al proponer una respuesta, es fácil valorar en exceso tanto la espontaneidad como el buen aspecto accidental, y olvidar el rigor y el sistema que constituían cualidades fundamentales en la formación tanto del docto como del artesano. El logro de la unidad estética de la ciudad

medieval requirió, al igual que sus demás instituciones, esfuerzos, luchas, vigilancia y control.

No cabe duda de que la mayor parte de la vigilancia era personal; es posible que casi todos los acuerdos resultaran de discusiones cara a cara entre las partes interesadas, de las que no ha quedado constancia. Pero sabemos que, en el siglo XIV, cuando se edificó el ayuntamiento de Siena, el gobierno municipal ordenó que los nuevos edificios que se levantaran en la Piazza del Campo debían tener ventanas del mismo tipo, y aunque es mucho lo que resta por hacer en los archivos medievales para sacar a luz todas las funciones del arquitecto municipal, también sabemos que, en Italia, ese cargo data de remotos tiempos.

No es necesario dudar de Descartes cuando, en su *Discurso del método*, observa que «en todo tiempo ha habido, sin embargo, funcionarios encargados de cuidar que los edificios particulares sirvan de ornato público».

Lo que, en el siglo pasado los admiradores del arte medieval consideraban resultado de una espontaneidad sin esfuerzo y de una inconsciencia sin arte, fue ejecutado, en realidad, con método e intención consciente en materia de urbanismo, precisamente como cualquier otra de las artes. Cierto que Lavedan, en su admirable apreciación de la ciudad medieval, se inclina a considerar que su belleza es un mero subproducto de sus intereses prácticos y simbólicos, pero la ciudad no era más inocente en cuanto al orden estético intencional que respecto al orden geométrico, si bien su disciplina tenía suficiente flexibilidad como para aceptar lo nuevo, lo espontáneo y lo diferente.

Por esto, un mismo plan de ciudad «medieval» podía, hacia el siglo XVIII, dar cabida a estructuras románicas, góticas, flamígeras, renacentistas y barrocas que con frecuencia se codeaban en una misma calle, sin que se amortiguara el impulso estético; es más,

justamente con el efecto opuesto. La mezcla estética se correspondía con el complejo histórico y social. Se trataba de un modo de planificación que satisfacía las necesidades de la vida y que cedía a los cambios y a las innovaciones sin quedar aplastado por estos. En el sentido más profundo de estas palabras era funcional e intencional, pues las funciones que más contaban eran las de significación para la vida superior del hombre.

Bajo este canon urbanista, nadie sentía la tentación de negar la forma antigua que todavía cumplía bien su función ni de negar la forma nueva que representaba una nueva intención; y, en vez de edificios de estilos diferentes a fin de remplazarlos con otros, proyectados conforme al cliché de la moda del instante, el constructor medieval trabajaba lo viejo y lo nuevo hasta conseguir una pauta aún más rica. El esteticismo bastardo de la uniformidad estilística, establecida en el seno de un plan urbano rígido, que congela arbitrariamente el proceso histórico en un momento determinado, quedaría para un período más reciente, que ha apreciado la uniformidad más que la universalidad y el poder visible más que los procesos invisibles de la vida.

6. Control del crecimiento y la expansión

Son muchos los que piensan que la vida medieval era lenta y que la ciudad medieval era estática. Pero aunque el ritmo era diferente al del siglo XIX, cuyo dinamismo ha sido a menudo desorganizador y autodestructivo, la Edad Media fue un período de cambios constantes y con frecuencia violentos. Las ciudades crecieron y se multiplicaron, entre los siglos X y XV, de modo que cabe preguntarse cómo hospedó la ciudad medieval a su población creciente y cuáles, si existían, eran los límites del crecimiento.

Inicialmente la ciudad física fue delimitada por la muralla. Pero en tanto que una simple empalizada o una modesta obra de albañilería bastaba para la defensa militar, la muralla no fue un obstáculo real para la extensión de la ciudad. Técnicamente, todo lo que había que hacer era derribar la muralla y extender los límites de la ciudad, a fin de proporcionar espacio interior; y las calles circulares de muchas ciudades medievales testimonian, lo mismo que los anillos circulares de los árboles, los sucesivos períodos de crecimiento, marcados por extensiones de la muralla. Por ejemplo, Florencia extendió por segunda vez su circuito de murallas en 1172, y apenas un siglo después edificó un tercer circuito de murallas, que abarcaba una zona aún mayor. Por así decirlo, cuando la presión del vientre demasiado lleno se hacía incómoda, el municipio florentino aflojaba su cinturón.

A medida que los suburbios se extendían, la muralla los rodeaba. Esta fue la práctica corriente en ciudades en expansión hasta el siglo XVI, cuando el sistema de fortificaciones exigido por el fuego certero de la artillería hizo imposibles estas formas simples de extensión urbana. Pero, hasta en los casos de mayor extensión, la ciudad medieval no pasaba, por lo común, de más de ochocientos metros a partir del centro; es decir, que cada institución necesaria, cada amigo, pariente o socio era, efectivamente, un vecino próximo, establecido a una distancia que se cubría fácilmente a pie. De modo que uno estaba obligado a encontrar por casualidad, todos los días, a muchas personas a las que en una ciudad más grande no se vería, si no fuera citándose previamente. La Milla Histórica de Edimburgo se extendía entre los límites extremos del remate del castillo y la Abadía de Holyrood en las afueras. Cuando se sobrepasaban estos límites, la ciudad medieval, considerada como órgano en funcionamiento, cesaba casi por definición de existir ya que toda la estructura de la comunidad constituía un sistema de limitaciones y fronteras; y su derrumbe en la ciudad revelaba una ruina aún más vasta en todos los aspectos de la cultura.

Las restricciones al crecimiento de la ciudad medieval se debían en parte, por supuesto, a condiciones naturales y sociales, más que al cinturón de la muralla. Se debían, así, a limitaciones del aprovisionamiento de agua y de la producción local de alimentos; a limitaciones establecidas por las ordenanzas municipales y las reglamentaciones corporativas, que impedían la instalación incontrolada de forasteros; a limitaciones de los transportes y las comunicaciones, que solo fueron superadas en ciudades adelantadas, como las de los Países Bajos, que contaban con canales, en vez de caminos, para el tránsito pesado. Solo por razones prácticas, los límites de la expansión horizontal se alcanzaban rápidamente. Debido a esto, en los primeros siglos del desarrollo urbano medieval se atendían las necesidades del excedente de población mediante la fundación de nuevas comunidades, a menudo cercanas, pero siempre concebidas como unidades independientes y autosuficientes. Esta tendencia fue seguida aún en el siglo XVII en Nueva Inglaterra. Así, de Charleston salió Woburn, de Dedham Medfield y Cambridge Belmont, cada una de las cuales no era una mera dispersión de casas sino una comunidad cívica y religiosa, con una casa central para las reuniones religiosas y un sistema local de gobierno. Todavía en el siglo XIX, Ipswich fundó Marietta, en Ohio.

En síntesis, las limitaciones de superficie y población no hacían estática la ciudad medieval; eso es una ilusión. No solo se hicieron millares de nuevas fundaciones urbanas en el curso de la primera parte de la Edad Media, sino que también las poblaciones que se encontraron físicamente obstaculizadas o inconvenientemente situadas se trasladaban con arrojo a mejores lugares. Así, Lubeca cambió su situación original, a fin de mejorar sus medios de comercio y defensa, y Old Sarum dejó su primer solar en una incómoda colina azotada por el viento para instalarse en Salisbury, junto al río. En general la edificación de las ciudades se llevaba a cabo con un generoso desembolso de energías y con un celo

constructivo del que hay pocos paralelismos recientes, excepto en zonas devastadas. Pero este vasto movimiento urbano no estaba regido por la avidez de los actuales especuladores en bienes raíces, en pos de ganancias rápidas y desproporcionadas. Hasta para las inversiones urbanas interesaba más la seguridad a largo plazo que la ganancia rápida; y la concepción feudal de la tierra, como mayordomía y fideicomiso, en una categoría diferente a las formas más móviles de propiedad, estaba tan profundamente arraigada que, en Europa, no ha desaparecido nunca del todo.

Por consiguiente, la pauta general del desarrollo urbano medieval era radicalmente diferente a la del período de concentración y consolidación en torno a grandes capitales políticas que la siguió inmediatamente. La pauta medieval era la de muchas ciudades pequeñas y aldeas subordinadas en asociación activa con las ciudades vecinas, distribuidas con amplitud por el horizonte. De hecho, Elisée Reclus descubrió que el mapa de las aldeas y ciudades de Francia podía ser trazado con asombrosa regularidad, siguiendo el patrón de un recorrido diario, de ida y vuelta a pie, desde el punto más distante hasta el mercado. En otras palabras, predominaban las necesidades del peatón: todo aquel que podía usar sus piernas tenía acceso a una ciudad. La pauta urbana se ajustaba a la económica; y ambas eran favorables a la unidad pequeña y a la comunicación directa, cara a cara.

En cuanto a la distribución de la población, los datos son claros. La ciudad medieval tenía una población que variaba entre unos pocos miles y los cuarenta mil habitantes que formaban la población de Londres en el siglo xv. Las poblaciones de más de cien mil habitantes, número al que llegaron primero París, Venecia, Milán y Florencia, fueron sumamente excepcionales hasta el siglo xvii. A fines de esta época, Núremberg, que era úna ciudad pujante, tenía aproximadamente veinte mil habitantes, en tanto que Basilea, ciudad nada desdeñable, tenía más o menos ocho

mil. Incluso en las tierras productivas de los Países Bajos, sostenidas por las industrias textiles muy organizadas, bajo un riguroso sistema de explotación capitalista, la misma limitación es válida: en 1412, Ypres tenía solo 10.376 habitantes, y Lovaina y Bruselas, a mediados del mismo siglo, tenían entre 25.000 y 40.000. La más grande de ellas, Brujas, tenía posiblemente 70.000. En lo tocante a Alemania, en ella la vida urbana estaba concentrada en unas 150 ciudades «grandes», la mayor de las cuales no pasaba de los 35.000 habitantes.

Cierto que todas estas estadísticas datan del siglo siguiente a la Peste Negra, que en algunas provincias se llevó a la mitad de la población, pero aunque se duplicaran las cifras correspondientes a las ciudades, seguirían siendo, en términos de acumulación moderna de población, pequeñas y esparcidas. Solo en Italia, en parte debido a las antiguas bases romanas y en parte a que allí el capitalismo se inició antes, hay que ampliar estas cifras. El apiñamiento humano y la congestión de edificios, con los alquileres cada vez más abusivos y el espacio para habitación cada vez más reducido —así como la expansión y la dispersión suburbanas—, solo se hicieron comunes cuando disminuyó considerablemente la capacidad para construir nuevas ciudades. Más adelante, en otro capítulo, examinaré las causas de esta disminución del vigor urbanista.

CAPÍTULO XI

Quebrantos medievales y anticipos de la vida moderna

1. Cristianópolis: sombra y sustancia

El monasterio, el gremio y la iglesia sirvieron de elementos formativos de la ciudad medieval. Con más eficacia que Cos, Delfos y Olimpia en la Hélade, modelaron todos los sectores de la ciudad y moldearon una vida común que prometía imponerse a las instituciones rudimentarias inicialmente atrincheradas en la antigua ciudadela. La cooperación voluntaria, las obligaciones contractuales y los deberes recíprocos remplazaron, en parte, a la obediencia ciega y a la coerción autoritaria. En el momento en que estas nuevas estructuras se hicieron visibles, funcionando conjuntamente, puede decirse que la ciudad medieval arquetípica adquirió forma. Esto no implica que todas esas instituciones estuvieran presentes en cada una de las ciudades o que tuvieran igual importancia: pues el espíritu mercantil era marcadamente hostil a la universidad, y ciertas ciudades medievales, como Brujas o Lubeca, no se jactaron nunca de poseer centros de esa naturaleza, mientras que otras ciudades, como Venecia o Bristol, durante largo tiempo opusieron resistencia a esta innovación.

Sin embargo, en la primera Edad Media, hasta los negocios y la religión tenían una relación orgánica: a tal punto que los negocios copiarían a las instituciones religiosas en la organización

de sus bases comerciales. Por ejemplo, las colonias comercial de la Liga Hanseática seguían el modelo monástico y exigían misma clase de devoción estricta, no ya para ganarse el cielo si para ganar más dinero; y, por otra parte, una de las principal funciones de los caballeros templarios era la de servir como com sionistas, expedidores y banqueros. Pero hacia las postrimerías la Edad Media —y este es uno de los síntomas decisivos del fin— las mismas cuestiones de religión adquieren un tinte mundan La religión cedía ante el comercio, la «fe» ante el «crédito».

Pero el mismo establecimiento de las actividades comercial sobre una base capitalista tenía un origen teológico; pues la do trina del tesoro de la salvación, según la exponían los escolástico anticipaba la teoría del ahorro capitalista con miras a una recon pensa futura, prometiendo buenas utilidades finales y crecid ganancias; en tanto que la justificación de la propia ganancia, e oposición a un justo *quid pro quo*, había sido expuesta por Vicen de Beauvais.

¿Cabe, pues, hablar de la ciudad medieval como una ciuda cristiana, la encarnación del modo de vida cristiano, tanto en u plano político corporativo como en sus edificios? ¿Era una verd dera ciudad de refugio, exenta de las contradicciones y frustraci nes que hemos encontrado en todas las culturas urbanas que precedieron? Por desgracia, la ciudad medieval no era ni la realiz ción feliz de la esperanza cristiana que verían a veces los piados apologistas del siglo XIII ni el injustificable cúmulo de ignoranci suciedad, brutalidad y superstición que hallaron en ella much comentaristas posmedievales.

Para evaluar la ciudad medieval es necesario que evitem ambos errores. Por supuesto, tenemos que dejar de lado la enca tadora tapicería de la Edad Media compuesta por Pugin, Ruski Morris y otros autores semejantes: a menudo trataron las inte ciones como si fueran hechos consumados y los ideales como

fueran realizaciones, pues espontáneamente atribuyeron al contenido bullente de la vida medieval toda la belleza que es visible aún hoy en el recipiente. Pero si rechazáramos la cultura medieval en conjunto, debido a la sala de torturas y a las hogueras públicas para quemar a herejes y criminales, correspondería que negáramos todas sus pretensiones de civilización a nuestro propio tiempo. Porque ¿acaso nuestra época ilustrada no ha restablecido la tortura civil y militar, inventado el campo de exterminio y quemado o hecho volar en pedazos a los habitantes de ciudades enteras? Las contradicciones de la vida medieval eran pequeñas en comparación con las que escondemos en nuestros propios pechos.

En determinados aspectos, la ciudad medieval consiguió cosas vedadas a todas las culturas urbanas que la precedieron. Por primera vez, la mayoría de los habitantes de una ciudad eran hombres libres: con excepción de grupos especiales, como los judíos, en ella eran sinónimos habitante de la ciudad y ciudadano. El control externo se había convertido en control interno, lo que implicaba autorregulación y autodisciplina, según se practicaba entre los miembros de cada gremio y cada corporación. El *dominium* y la *communitas*, la organización y la asociación, se fundieron entre sí hasta que no pudo distinguirse la una de la otra. Desde los días de las grandes dinastías, en Egipto, nunca había existido tal unidad religiosa en el propósito bajo tal diversidad de intereses y planes locales. Si bien la estructura social de la ciudad siguió siendo jerárquica, el hecho de que el siervo pudiera convertirse en un ciudadano libre había destruido toda segregación biológica de las clases, dando lugar a una creciente medida de movilidad social.

Se trataba, sin duda, de grandes logros, pero la fe y el dogma que los hicieron posibles constituían obstáculos que impedían otras innovaciones que desafiaban su autoridad y sus objetivos tan de este mundo. La verdad es que mientras la Iglesia, a través de su presencia y su misión universales, dominó todos los aspectos de la

vida medieval, el mismo éxito de dicha institución la enredó en las cosas terrenales. Como precio de su propio ministerio ininterrumpido, la Iglesia aceptó los mismos compromisos fatídicos que empujaron a todas las civilizaciones urbanas anteriores, tanto a un Asurbanipal como a un Pericles, a su ruina final. La preocupación ideal de la Iglesia por la otra vida, único dominio en el que pretendía plena autoridad, se vio minada por su propia materialización, que la llevó a buscar una contrapartida visible de sus privilegiadas posesiones sagradas, más magníficas que todo lo que pudieran permitirse sus rivales terrenos. Esta traición a sí misma fue denunciada por un Padre de la Iglesia medieval tras otro, desde Bernardo de Claraval hasta Francisco de Asís. Más de un santo señalaría que el edificio servía demasiado fácilmente como sustituto del espíritu que, según se suponía, albergaba. En la época en que se edificó Notre Dame de París, hacia el año 1180, Pedro el Cantor escribía, en su *Summa Ecelesiastica*: «Los ábsides de nuestras iglesias deberían ser más humildes que sus cuerpos, en razón del Misterio que simbolizan; pues Cristo, que está a nuestra cabeza —la cabeza de su Iglesia— es más humilde que su Iglesia». En cambio, observa, los ábsides «se construyen cada vez más altos».

¿Qué estaba en juego en una realización de la ciudad cristiana? Sostengo que nada menos que un rechazo absoluto de la base inicial sobre la que se había fundado la ciudad: la renuncia al monopolio de poder y conocimiento que se mantuvo durante tantísimo tiempo; la reorganización de las leyes y los derechos de propiedad en bien de la justicia, libre de coerción; la abolición de la esclavitud y del trabajo obligatorio para beneficio de una minoría gobernante; y la eliminación de crasas desigualdades económicas entre clase y clase. Desde este punto de vista, los ciudadanos podrían hallar sobre la Tierra, al menos en cierta medida, esa caridad y esa justicia que les eran prometidas, al arrepentirse, en el Cielo. Se supondría que en la ciudad cristiana los ciudadanos tendrían

la oportunidad de vivir juntos, fraternalmente y ayudándose los unos a los otros, sin acobardarse ante el poder arbitrario o sin prever constantemente la violencia exterior y la muerte súbita. El rechazo del antiguo orden que impuso en sus orígenes la ciudadela constituía la base mínima de la paz y el orden cristianos.

Desde el momento mismo en que la Iglesia Católica se convirtió en la religión oficial del Estado romano, en el año 313 de nuestra era, ese programa estuvo en peligro y la Ciudad de Dios se alejó cada vez más. Un retazo de paz y orden cristianos siguieron siendo visibles en los monasterios, y no poco de ese espíritu entró a la ciudad por los fraternos oficios de los gremios. Pero la concepción cristiana floreció mejor en la adversidad, y con el éxito tuvo que soportar una serie de reveses que culminaron en el siglo XIII. En tanto que la vida misma estaba orientada hacia la muerte y el sufrimiento, la intención cristiana, en no poca medida, halló su cauce en actos de compasión y caridad, los cuales asumieron su forma institucional adecuada en la ciudad. En ninguna cultura urbana anterior hubo algo comparable al gran esfuerzo institucional que se hizo en la ciudad medieval en favor de los enfermos, los ancianos y los sufrientes. Pero estas conquistas filantrópicas eran algo semejante a los logros intelectuales de los escolásticos: la estructura parecía inamovible, siempre que no se observaran cuidadosamente los cimientos.

Demasiado pronto dio la Iglesia al César no solo lo que es del César sino también cosas que son de Dios. La Iglesia no se limitó a abstenerse de tocar los antiguos fundamentos del poder político y militar, de la propiedad privada y del monopolio intelectual. Lejos de rechazar estas aspiraciones opuestas a la vida santa, las aceptó y las hizo suyas; cuando fue necesario, trató de conseguir, mediante las amenazas y el ejercicio de la fuerza, lo que no podía obtener por adhesión espontánea y libre donación. Ya en los días de Dante, a quien se considera la culminación de la síntesis medieval, este

soñaba con un emperador que gobernara la cristiandad y que fuera capaz de rescatar al mundo de las pretensiones de un papa inicuo y rapaz.

Como la Iglesia preveía el sufrimiento humano y era inmune a él, su clero trataba las negaciones y frustraciones de la vida, sus fracasos y sus tragedias sin amedrentarse ante ellas. Pero cuando la vida refluyó hacia toda esta cultura, a medida que el comercio prosperaba y se acumulaban las riquezas, la Iglesia empezó, cada vez más, a utilizar para su propio orgullo y su propio poder todas las prácticas no cristianas o anticristianas reinantes, de modo que hasta sus más venerables dogmas asumieron a menudo una forma supersticiosa. Si bien la Iglesia protegía los cadáveres humanos de las violaciones hechas por los médicos que trataban de adquirir conocimientos científicos sobre el cuerpo a través de la disección anatómica, accedía con gentileza, por otra parte, a que los cuerpos de los vivos fueran diabólicamente mutilados como castigo, en cumplimiento de su propio juicio de los heréticos. Una vez que se inició la Inquisición, en el siglo XIII, inventó incluso ingeniosos artificios mecánicos de su propia cosecha para torturar a sospechosos de herejía, a fin de obligarlos a confesar.

En el siglo XIII, la riqueza, el lujo y el poder terrenal encarnados en las principales ciudades medievales habían socavado los postulados radicales de la cristiandad, a saber: la pobreza, la castidad, la no resistencia, la humildad y la obediencia a un mandato divino que trasciende toda consideración de seguridad corporal o de satisfacción material. La propia Iglesia, en su carácter de institución más rica en la cristiandad, fue el escenario mismo de esta sórdida revolución. Dejando de lado el número de santos que pudieran seguir saliendo de su seno, el caso es que su propio ejemplo terrenal no era de índole tal que sirviera para corregir a aquellos que buscaban riquezas cada vez mayores en el mercado, poder en el campo de batalla o botín y tesoros en una ciudad con-

quistada. Tal vez esto explica por qué el cristianismo no creó una Cristianópolis.

La culminación de la arquitectura gótica, y en general de la cultura medieval, tuvo lugar en el siglo XIII. Ya en el siglo siguiente pudo verse que las fuerzas que podrían haber reclamado la ciudad medieval para un modo de vida cristiano no encontrarían, al principio, su oposición más seria en la plaza del mercado sino dentro de la Iglesia misma. El gran símbolo del esfuerzo por restaurar el espíritu cristiano original —y, asimismo, de su derrota decisiva— es Francisco de Asís. Fue Francisco, hijo de mercader, quien trató de remplazar los procedimientos corrientes del alquiler y la compra por el servicio cristiano voluntario, y el espontáneo intercambio de dones. Los que trataran de vivir como los primeros cristianos, pensaba Francisco, ya no se alejarían de la vida como los monjes primitivos, sino que irían entre los hombres, ofreciendo un sonriente ejemplo de amor cristiano, predicando con los actos tanto como con las palabras, trabajando para otros, viviendo en la pobreza sin un abrigo permanente y sin pensar en el mañana. Todo trabajo había de ser trabajo de amor: la vida, en vez de estar encerrada en edificios y entre muros, sería una «Canción del camino abierto» y sus exigencias materiales serían improvisadas, así como Francisco improvisó la gran reunión de hermanas y hermanos cristianos en Porciúncula, con un éxito en materia de aprovisionamiento voluntario que dejó estupefacto a su rival Domingo.

En el sueño de Francisco, esta nueva orden de hermanas y hermanos no contaría con ningún edificio propio, carecería de posesiones permanentes que ataran el espíritu a la posesión misma. Ello supondría una tentativa más, en armonía con Laozi y Jesucristo, para derribar las murallas del ego movido por el poder, enquistado en la riqueza, y para desmantelar definitivamente la ciudad amurallada, esa máxima expresión colectiva de dicho ego.

En pocas palabras, emanciparse del receptáculo cerrado: una ete-realización auténtica y cabal.

El papado sofocó esta herejía con tanta dureza como la que puso para extirpar la de Pedro Waldo (aproximadamente en 1170), el piadoso mercader que fundó la primera de las grandes sectas protestantes con un propósito análogo. No sin astucia de estadista, el papa insistió en convertir la orden franciscana en un instrumento del poder papal, y se aseguró su subordinación, y aun su subversión interna, alentando una gran inversión en edificios conventuales apropiados en el mismo lugar de nacimiento de la nueva orden, porque no hay modo más expeditivo para matar una idea que «materializarla» demasiado pronto; la gloria de las pinturas de Giotto en la Iglesia Superior de Asís oculta la traición a Francisco, quien solo se hubiera sentido a sus anchas en la Iglesia Inferior. Poco tiempo después, por bula del papa Juan XXII, la fe reavivada en el comunismo cristiano, en la noción de que los primeros apóstoles, según se refiere en el Nuevo Testamento, habían compartido sus bienes y medios de vida, fue anatematizada como herejía.

Pero el deseo de crear una ciudad cristiana cautivó durante largo tiempo el espíritu medieval, desde los días de Waldo y Langland hasta los de John Bunyan y Johann Andreae. El mismo Cielo, hemos de recordarlo, era un artefacto urbano: una ciudad donde las almas inmortales se encontraban y contemplaban la Presencia inefable por toda la eternidad. El anhelo de una ciudad cristiana siguió despuntando, tímidamente, a pesar del empeño papal, en las órdenes legas, como la de las beguinas, que florecieron en especial en los Países Bajos; y se inflamó hasta llegar al punto del esfuerzo revolucionario entre los anabaptistas de Münster y otras partes. Pero el único poder que podría haber hecho de Cristianópolis algo más que un sueño utópico, es decir, la propia Iglesia, se oponía firmemente a ella.

Si en el comienzo la ciudad medieval estuvo realmente modelada por necesidades e intereses cristianos, nunca fue transformada del todo por el desafío cristiano: los antiguos poderes y príncipes estaban demasiado firmemente instalados detrás de sus murallas. Los celosos dioses que presidieron el nacimiento de la ciudad en Mesopotamia y Egipto eran más persistentes y persuasivos que el nuevo maestro de Palestina que, como Buda, había dado la espalda a todos los símbolos de permanencia material y a todos los formalismos autoalienantes. El ritual reiterado del antiguo templo, la violencia coercitiva de la antigua ciudadela y las barreras y aislamientos hostiles que dieron una forma permanente a antiguas aberraciones mágicas fueron instituciones que permanecerían en el corazón mismo de la ciudad medieval. Aunque se vieron amenazadas reiteradamente por la invasión del exterior, por los hunos, los sarracenos, los mongoles y los turcos, el peor daño infligido a las ciudades medievales era el que una comunidad cristiana perpetraba contra otra, en una interminable cadena de guerras urbanas feroces e implacables. Ante ese escándalo y esa vergüenza, la voz de la Iglesia permaneció monótonamente silenciosa. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? Los propios actos de Roma habían sofocado sus palabras premonitorias.

Para esta deformación de la ciudad medieval, la teología cristiana tenía su respuesta: la doctrina del pecado original. Esta presupone una falla radical en la constitución del hombre, que procede de la desobediencia de Adán, y convirtió su pecado original en un achaque orgánico y hereditario: una perversa tendencia a dejar de lado los propósitos de Dios al anteponer su propia naturaleza egoísta. Tan inveterada es esta tendencia, según la teología cristiana, que en el mismo acto de combatirla el hombre puede cometer lo que está tratando de evitar; la única escapatoria consiste, por lo tanto, en el reconocimiento del fracaso crónico y en la esperanza del arrepentimiento y la gracia.

El hecho es que el pecado había pasado a ser la princi
fuente de ingresos terrenales con que contaba la Iglesia. Solo po
rendir ganancias suficientes el monopolio de salvación que te
la Iglesia si extendía esta esfera e inflaba estas deudas. Así, cuan
los bienes de la civilización volvieron a abundar, a partir del si
x, sus males fueron restaurados en su debida proporción, por
mismísima institución que debería haberse consagrado a reduc
los. Ya en el siglo xvi observaría Maquiavelo, en sus *Discursos*,
sin justicia, que «cuanto más próximas están las gentes a la Igle
de Roma, que es la cabeza de nuestra religión, menos religios
son». Cuando por fin el Concilio de Trento examinó esta situació
era demasiado tarde para retrasar la desintegración del comple
urbano medieval.

De modo que, fuera lo que fuese la ciudad medieval, se red
a ser el pálido simulacro de Cristianópolis. El esquema de esa ci
dad tenía la fuerza necesaria para suscitar esperanzas de un nue
orden urbano, basado en las premisas religiosas y sociales de
más difundida entre todas las religiones axiales. Pero, con el cre
miento mismo de la ciudad, la sustancia espiritual tendía a desa
recer. Una vez más nos encontramos frente a la misma paradoja
la materialización unilateral y estática que ya hemos observado p
primera vez al estudiar el desarrollo de la ciudad griega.

2. Venecia y Utopía, frente a frente

En las postrimerías de la Edad Media una ciudad despuntaba
Europa sobre todas las demás en razón de su belleza y su rique
La roja Siena, la blanquinegra Génova, la grisácea París y la m
ticolor Florencia podrían sostener por igual sus derechos al títu
de ciudades medievales arquetípicas, y sin duda Florencia se ele
por encima de todas las otras ciudades de Europa, entre los sig

XIII y XVI, con motivo de la austera magnificencia de su arte y de la vivacidad de su vida intelectual. Pero la dorada Venecia tiene un derecho especial para atraer nuestra atención. Ninguna otra ciudad muestra, en forma más diagramática, los elementos ideales de la estructura urbana medieval. Además, ninguna otra dio mejor muestra, en su propio desarrollo interno, de la nueva constelación urbana que prometía trascender del recipiente amurallado, tal como había existido desde el fin de la fase neolítica.

Las glorias estéticas de Venecia nunca han sido olvidadas o menospreciadas, excepto quizá por sus habitantes harapientos en ese triste periodo en que las bases económicas de Venecia han sido minadas y el edificio entero ha comenzado a desmoronarse. Pero el nuevo ejemplo que establecía Venecia en materia de urbanismo no fue nunca entendido, y mucho menos imitado, por otras ciudades. En caso de tenerse conciencia de la singularidad del plano de Venecia: se trataba como un mero accidente de la naturaleza y no como una serie de audaces adaptaciones que, si bien se basaban en la singularidad de los rasgos naturales, eran de aplicación universal. He aquí por qué me propongo examinar el plano de Venecia ahora; porque Venecia impulsó aún más allá, hasta nuestra propia época, la organización en barrios y distritos cuya recuperación actual, como unidad celular fundamental del urbanismo, es una de las medidas más importantes que pueden adoptarse para restablecer una nueva forma urbana.

Venecia fue creada por un grupo de refugiados de Padua, en el siglo V de nuestra era, quienes huían del invasor a través de las lagunas. Las aguas bajas del Adriático ocuparon el lugar que como protección le había correspondido hasta entonces al muro de piedra, y las ciénagas e islas, solo conectadas por el agua, sugirieron el dragado de canales para rellenar las tierras vecinas, así como para establecer vías de transporte. La góndola (que ya aparece mencionada en el año 1094) constituía la adaptación técnica perfecta a

estas vías de agua angostas y de escasa profundidad. Aunque a Venecia le fue necesario construir cisternas para recoger el agua de las lluvias, a fin de complementar el aprovisionamiento que llegaba en embarcaciones desde la parte continental, solucionó el problema siempre irritante de la salubridad con mayor facilidad que sus rivales continentales, al serle posible arrojar sus desperdicios directamente al mar, donde la acción de la sal y la luz del sol, unida a los movimientos de la marea, parece capaz de neutralizar considerables concentraciones de bacterias nocivas.

En el corazón de Venecia está la Piazza San Marco: un espacio abierto al frente de su antigua iglesia bizantina, inicialmente la huerta de San Marco. En el año 976, cerca de donde por primera vez se edificó el Campanile, en el siglo XII, se estableció un albergue para peregrinos que hacían el camino hacia la Tierra Santa. Tal fue el comienzo del posterior barrio de las posadas. Ya en el siglo XII una *piazza*, cubierta de puestos de mercado, estaba adquiriendo forma allí, pues en el año 1172 la plaza fue ensanchada. Los edificios que en la actualidad se levantan en torno a ella registran un desarrollo continuo que se inició con la reconstrucción de la misma, en 1176, con la erección del antiguo Campanile en 1180, la iniciación del Palacio Ducal en 1300 y del antiguo Palacio del Procurador en 1520. Siguió a esto el edificio que cierra un costado de la *piazzetta*, la Biblioteca, diseñada por Sansovino en 1536, en el terreno de las antiguas panaderías. Pero obsérvese: el añadido final de la plaza actual, que la convirtió en una totalidad estética al completar el extremo opuesto a la catedral, no se hizo hasta el año 1805.

Tanto la forma como el contenido de la *piazza* eran, en resumen, producto de propósitos urbanos acumulativos, modificados por la circunstancia, la función y la época: productos orgánicos que ningún genio humano podría producir a solas y en unos cuantos meses en la mesa de dibujo. Paulatinamente, las funciones políti-

cas y sociales de la *piazza* hicieron retroceder las iniciales funciones rurales y comerciales; y estas, paso a paso, fueron trasladándose a otras parroquias de la ciudad, dejando tan solo restaurantes, cafés, tiendas y hoteles cerca del sitio de la primera posada para peregrinos.

En resumen, el plano de Venecia no fue en absoluto un diseño estático que representara las necesidades de una sola generación y que descartase arbitrariamente las posibilidades de crecimiento, readaptación y cambio; más bien, en Venecia se tuvo la continuidad en el cambio y la unidad que surgía de un orden complejo. Es significativo que, en una ciudad regida por un patriciado de mano férrea, implacable en su concentración de poder y responsabilidad, los miembros del Consejo de los 480 estaban descentralizados: se veían obligados a residir en las parroquias que representaban. Del mismo modo, los Magistrados del Arsenal tenían sus residencias en ese barrio industrial especializado de la ciudad. Esto impidió la excesiva concentración de residencias de la clase superior que, con tanta frecuencia, lleva a tolerar el desorden urbano en los distritos más remotos de una ciudad. Si bien los grandes palacios ocupan los sitios aireados sobre el Gran Canal, de cara a la brisa marina, también tienen sus conexiones con el barrio que hay detrás.

De lo que el turista ocasional no se da cuenta generalmente es de que la pauta de San Marco se repite en menor escala en cada una de las parroquias de Venecia. Cada una de ellas tiene su *campo* o plaza, que es a menudo de una curiosa forma trapezoidal, con su fuente, su iglesia, su escuela y con frecuencia su propio edificio de la corporación, pues la ciudad estaba dividida, originalmente, en seis vecindarios, cada uno de los cuales albergaba una de las seis corporaciones de la ciudad. Los canales, que ahora ascienden al número de 177 en total, sirven como límites entre estos vecindarios y al mismo tiempo de vínculo entre ellos. Son simultáneamente cinturones hidráulicos y arterias de tránsito, y desempeñan funcio-

nes análogas a las de los cinturones verdes y carreteras de tránsito ligero en una ciudad moderna bien diseñada, si bien no dilapidan tanto el espacio urbano como ocurre frecuentemente con los cinturones verdes de las *New Towns* inglesas o con las autopistas norteamericanas. Alrededor de la ciudad, las grandes lagunas sirven de tentador paseo acuático y de «parque», con el paisaje urbano y el agua, que remplazan el paisaje corriente. Desde el siglo xv, ninguna otra ciudad tentó a tantos pintores a reproducir su imagen.

Muchas de estas características de Venecia pueden compararse con las de otras ciudades medievales. Lo que nunca estuvo expresado con tanta claridad en otras partes fue el sistema de división funcional en zonas: un sistema establecido más fácilmente en Venecia, debido a la distribución de las islas mayores y menores en torno de la ciudad central. Venecia convirtió esta aparente desventaja en una posibilidad.

Según su situación y tamaño, cada una de las islas de Venecia halló su función adecuada, y no es la menos importante la que se asignó al convento de San Giorgio, al lado de San Marco. El primer distrito funcional fue el de Torcello, islote con iglesia y cementerio situado a once kilómetros y donde se daba sepultura a los muertos. El siguiente distrito fue un barrio industrial, el del Arsenal, erigido en el año 1104, ampliado en 1473 y, por segunda vez, en el siglo xvi: un astillero, centro de abastecimiento de naves y fábrica de municiones, que en el siglo xv empleaba a dieciséis mil trabajadores y albergaba a treinta y seis mil marineros. Otra de las principales industrias de Venecia, su industria del vidrio, fue establecida por ley del Gran Concejo, en la isla separada de Murano, en el año 1255.

Ahora bien, estas fueron las primeras zonas industriales a gran escala que se separaron de los usos mixtos de la ciudad medieval corriente. Si hubiera habido ojos para ver e inteligencia para apreciar, Venecia podría haber dado la pauta para el despliegue de la industria pesada en los centros urbanos en desarrollo

a partir del siglo XVI; y a medida que aumentaban los medios de transporte rápidos, el plan nuclear pero abierto de Venecia se habría impuesto, en caso de ser seguido, a la tendencia a resolver los problemas de la extensión mediante el apiñamiento y el desparramamiento, al modo de otras ciudades en expansión.

En otras palabras, al sacar el mayor partido posible de sus oportunidades, los venecianos, no cabe duda que sin proponérselo, inventaron un nuevo tipo de ciudad, basado en la diferenciación y «zonificación» de las funciones urbanas, separadas por vías de tránsito y espacios abiertos. Se trataba de una división en zonas llevada a cabo en la más grande escala y practicada de una manera racional, que reconocía la integridad de los vecindarios y que reducía al mínimo el derroche del «desplazamiento al trabajo». Tan natural de la ciudad era este sistema que prosiguió, incluso en el siglo XIX, cuando la isla Lido se convirtió en playa de recreo, es decir, en distrito de diversión.

Los vecindarios y las zonas industriales de Venecia, en vez de destruir la unidad de la ciudad, solo sirvieron para impedir que el barrio central se congestionara innecesariamente. Pero en los días de fiesta pública, como en el magnífico festival de las aguas para celebrar las bodas de la ciudad con el Adriático, la Piazza San Marco, la Piazzetta y los muelles próximos congregaban a la ciudad entera, y el Palacio Ducal, acaso el más bello ejemplo de arquitectura municipal existente en el mundo, constituía el escenario dominante de este ritual colectivo.

El orden político de Venecia se basaba en una combinación, en última instancia desmoralizadora, de violencia y reserva: sus gobernantes utilizaban delatores privados y el asesinato secreto como instrumentos corrientes de control. Este sistema debió de obstaculizar todo género de trabajo honrado, de juicio sincero y de colaboración veraz, haciendo que aquellos que estaban en su centro se embrutecieran, como los miembros de cualquier siste-

ma totalitario actual, debido a sus propias fantasías y alucinaciones morbosas. Hemos visto, incluso con nuestro gobierno oficialmente democrático de los Estados Unidos, que todo grupo que actúa en secreto, ya se trate de una Comisión de Energía Atómica (CEA), de un Consejo de Seguridad Nacional (NSC) o de una Agencia Central de Inteligencia (CIA), pierde su contacto con la realidad por los mismos términos en que actúa. Lo que empieza como supresión de una oposición crítica termina con la supresión de la verdad y la eliminación de toda alternativa de la política aceptada, por muy patentes que sean sus errores, por muy psicóticos que sean sus planes y por muy fatídicos que sean sus compromisos.

En los hechos, el estado político de Venecia tuvo menos éxito que lo que suponían sus forjadores, a pesar de su prosperidad y continuidad. Pero se mantenía a la comunidad urbana en cierta medida de equilibrio en razón de que su grupo gobernante pagaba, al menos, el precio por su sistema, como hacen hoy los Estados totalitarios, al trocar la libertad por la seguridad: de este modo facilitaron durante muchos siglos empleo industrial seguro, servicios sociales de muchas clases y deslumbrantes festivales públicos. Así, como es típico, no eran los trabajadores sino los miembros rivales de las clases gobernantes quienes, por lo común, amenazaban con la traición o la rebelión.

Pero el orden físico creado por la república de Venecia era incluso mejor de lo que pensaron sus forjadores, quienes, en realidad, y sin ninguna conciencia aparente de su logro, habían ideado un nuevo tipo de receptáculo urbano, marcado por la volatilización de la muralla. Hasta sus restos arruinados y congestionados señalan hoy una organización urbana radicalmente diferente de las antiguas y todavía persistentes imágenes y pautas de la Edad de Piedra. Lo que Venecia consiguió hacer en una ciudad que no contó nunca, en sus días más gloriosos, con más de doscientos mil habitantes, podría hacerlo para una comunidad diez veces

mayor un municipio de nuestros tiempos, contando con nuestros rápidos medios de comunicación y transporte. Curiosamente, fue necesaria la aparición del plan de Radbum, en 1928, para que por fin algún que otro urbanista se abriera lo suficiente para ver las innovaciones que Venecia había llevado a cabo plenamente cinco siglos antes. Pero la similitud asombrosa, la separación entre el peatón y los otros modos de tránsito y transporte —si bien estaba construida en Venecia mucho antes de que Leonardo da Vinci hiciera la misma propuesta para remediar la congestión del tráfico en Milán—, solo es una pequeña parte de la contribución total que hizo Venecia al arte del urbanismo.

La propia Venecia había surgido de las sombrías realidades de la inmigración forzada, de la guerra, el conflicto, la piratería y el comercio. Si bien inspiraba la adhesión de los hombres, generación tras generación, en virtud de su esplendor y de su orden, no tenía pretensiones de ser una ciudad ideal: era tan solo lo mejor que pudo concebir una sucesión de mercaderes e industriales enérgicos que buscaban dinero y poder, así como los lujos que el dinero y el poder pueden adquirir. Comparémosla ahora a una ciudad cuyo inventor procuraba, en realidad, presentarla como modelo ideal. Me refiero a Amaurota, la capital de la *Utopía* de Tomás Moro, libro aparecido en 1516, precisamente en el momento decisivo para la fortuna de Venecia.

Amaurota, situada en el centro de la isla de Utopía, es una entre cincuenta y cuatro ciudades o villas rurales, ninguna de las cuales está a menos de treinta y ocho kilómetros de la siguiente, si bien tampoco «ninguna está tan aislada que no se pueda ir de ella a otra marchando a pie una jornada». La propia Amaurota, la capital, tiene un trazado cuadrangular, está situada junto a un río con marea, como Londres, para que entren las embarcaciones que vienen del mar. Las calles, con seis metros de ancho, «están bien trazadas, tanto para el tránsito como para evitar los vientos»,

y cada casa tiene puerta de calle y puerta de jardín; a decir verdad, la dedicación de los habitantes de la ciudad a la jardinería «es acrecentada no solo por el placer que les proporciona sino también por la aguda competencia entre las calles para tener los jardines mejor cuidados». Este cinturón verde en el exterior y esta espaciosidad en el interior son reforzados por dos años de vida en el campo, obligatorios por ley para todos los habitantes. De este modo se asegura Moro su ciudad jardín, educando ciudadanos jardineros.

Cada ciudad utópica está dividida en cuatro barrios. En el centro de cada barrio está la plaza del mercado, rodeada de tiendas y almacenes. Pero la organización más íntima, el vecindario, se basa en la familia. Cada treinta familias eligen un magistrado y el conjunto del cuerpo de los magistrados elige el alcalde, y todas las ciudades envían representantes a la legislatura utópica. La base de todo este sistema de gobierno representativo son las treinta familias del vecindario, cuyos miembros cenan juntos regularmente en uno de los espaciosos salones comedores que se alinean en las calles. Allí, el magistrado principal y su esposa presiden desde la Mesa Alta.

Es posible que esta innovación de Moro no se perdiera del todo: anticipa la de las comunidades de Amana, en Iowa, con sus salones comedores comunes que ahora se usan como restaurantes públicos. La agrupación de hogares que concibe Moro cuenta con una guardería infantil colectiva; incluso en una época en que el servicio doméstico era cosa común, Moro no desconoció las ventajas de este alivio ocasional del cuidado familiar. Así, la forma primaria de organización no es la corporación sino la familia y el vecindario; o, mejor dicho, lo que el planificador francés Gaston Bardet llamó el «escalón patriarcal». En las instituciones comunales restablece Moro la participación y la generosidad que eran habituales en las comunidades simples, antes de la introducción de una economía monetaria.

Quizá la mayor innovación de Moro consistió en proporcionar apoyo institucional al amor del vecino de la ciudad medieval por la vida rural y los deportes. Decretó que la agricultura debía ser la única faena común de hombres y mujeres: a todos se los adiestra en ella desde sus primeros años, en parte mediante una enseñanza regular en la escuela y en parte llevándolos a tierras contiguas a la ciudad, como entretenimiento, donde no solo observan las actividades rurales sino que, cuando se presenta la ocasión, efectúan la labor concreta.

Como la participación en el trabajo es universal, los utópicos solo trabajan seis horas al día. Esto les da una economía de abundancia y todos los ocios necesarios, y dedican estos últimos principalmente a aprender, mediante el estudio en privado y las conferencias públicas. En la Utopía de Moro no hay sitio para los ricos ociosos, los esbirros fanfarrones ni los mendigos saludables; ni tampoco lo hay para la «grande y ociosa compañía de sacerdotes y los llamados religiosos». Moro, hombre devoto, dispuesto a morir en el patíbulo por su honor y su Iglesia, conocía muy bien la vacuidad que ocultaba gran parte de la ostentosa devoción religiosa del final de la Edad Media.

En algunos aspectos, al parecer, la ciudad imaginaria de Moro no solo representa un gran paso adelante en comparación con Venecia sino que, por su deseo de igualdad, por su esfuerzo para difundir los bienes y los ocios, por su conversión del trabajo en una forma de juego, y de ambos en un medio para sustentar el espíritu, se anticipa a las potencialidades sociales que nuestra propia época ha empezado a bosquejar. En Amaurota, el servicio colectivo y la asociación amistosa han suavizado las formas rígidas del poder. Allí, en débil bosquejo por lo menos, está la ciudad social del futuro, del mismo modo que Venecia, en forma mucho más audaz y clara, prefigura tal vez la ciudad física del futuro. Las

grandes ciudades del mundo todavía tendrán que recorrer mucho camino para llegar a estas dos metas.

Pero precisamente en el momento en que Moro debe traducir sus mejoras sociales en formas materiales, su imaginación se detiene, como se detuvo la de Platón también. O, mejor dicho, las imágenes de Moro se petrifican en las formas de su propia época, que apenas comenzaban a salir del orden medieval. Así, su escala no es ya la escala pedestre de la Edad Media: la ciudad tiene aproximadamente cinco kilómetros cuadrados; y la distribución de las personas, que cuentan entre diez y dieciséis adultos por familia, con un total de seis mil familias, eleva la población total a más de cien mil personas. A esta altura, cierto es, pone un límite, pues, tras cubrir la población que falta en las ciudades que están por debajo de este nivel, Moro prevé la colonización fuera del país.

Con esta nueva escala espacial se da una nueva uniformidad, por cierto, y una grisura y una monotonía también nuevas. «Quien conozca una de las ciudades —observa— las conocerá todas, tan exactamente iguales son, excepto donde lo impide la naturaleza del suelo». El mismo idioma, los mismos modales, las mismas costumbres, las mismas leyes. La misma similitud de apariencia: ninguna diversidad en la forma urbana. Ninguna diversidad en la vestimenta, ninguna diversidad de color. Tal era la nota nueva: la nota de la uniformidad, la reglamentación y el control colectivo: gris cuáquero o gris carcelario. ¿Es esto *Eutopía*, el «buen lugar»?

¿Estaba Moro a tono, por anticipado, con la época del despotismo que se avecinaba, pese a que estaba dispuesto a desafiar personalmente al déspota que tenía más cerca? ¿Qué le hizo pensar que la falta de variedad y opción fuera, en algún sentido, un requisito ideal? ¿Sospechaba acaso, con más intuición todavía, el precio que nuestra época tendría que llegar a pagar por su producción mecanizada y su economía de la abundancia? ¿Y estaba por consiguiente dispuesto, en nombre de la justicia abstracta, a pagar ese

precio, por elevado que fuera en términos de otros bienes, igualmente esenciales para la vida humana? No nos ha dejado ninguna clave para la respuesta.

Como el lector observará, en ciertos aspectos la Utopía de Moro apuntaba contra los defectos e incapacidades radicales de la ciudad medieval: la preponderancia de las riquezas privadas y la excesiva especialización de los oficios y profesiones en un orden estricto y jerárquico, a menudo mutuamente hostil y no comunicante. Al dar a los ciudadanos urbanos una educación rural y al imponerles un periodo de servicio agrícola obligatorio, Moro trataba de eliminar las disparidades y las hostilidades latentes que existían entre los dos dominios. Así también, restauró y extendió el jardín en la ciudad, como parte vital del plano urbano, en el momento que empezaba a contraerse y cuando ya había desaparecido por completo en ciertas partes.

El deseo de espaciosidad interior que manifiesta Moro fue reiterado, dicho sea de paso, en las grandes manzanas previstas en el plano que trazó William Penn en 1688 para Filadelfia; pero ya en el siglo XVIII, como nos recuerdan Elfreth's Alley y muchos callejones análogos, las generosas manzanas originales fueron subdivididas en casas y callejones que redujeron las residencias a las dimensiones de casas de muñecas, quedando los espacios abiertos correlativamente encerrados y asfixiados. Se diría que, sobre todas las cosas, trató Moro conscientemente de «ahorrar todo el tiempo que fuera posible del servicio del cuerpo para consagrarlo a la libertad y al cultivo del espíritu», no solo para una clase sino para la comunidad entera. Y, no obstante, incluso en sus sueños aparentemente sin trabas, este hombre humanitario seguía atado a las antiguas murallas de la ciudadela: en castigo por sus crímenes, los delincuentes quedaban relegados a la condición de esclavos y desempeñaban las tareas más viles de la comunidad, y la guerra, si bien odiosa para los utópicos, seguía siendo

parte integrante de su vida institucional. De hecho, los utópicos eran expertos en materia de propaganda y subversión como instrumento bélico y solo recurrían a los golpes físicos para dar el golpe de gracia. Una vez más: ¿es esta la Eutopía?

Si Venecia fue el producto más elevado de la práctica medieval, Utopía fue quizás, en lo concerniente a la constitución y la organización de las comunidades urbanas, el ejemplo más pleno del pensamiento medieval tardío. ¿Pero quién estaría dispuesto a cambiar Venecia por la pesada reglamentación y la uniformidad de Amaurota? Y, sin embargo, ¿quién cambiaría el decoro cívico de Amaurota por la tiranía furtiva, las sospechas y los odios enconados, las difamaciones, los atentados a mano armada y los asesinatos que hay tras el comercio próspero y el arte festivo de Venecia? El error que había pasado de civilización en civilización, a través del recipiente urbano, aún era visible en ambas ciudades. Cuando admiramos la forma externa que ha sobrevivido, no debemos olvidar la subsistencia del trauma interno, que es el trauma de la civilización misma, de la asociación de señorío y esclavitud, de poder y sacrificio humano.

3. Vestigios y mutaciones medievales

Los mejores ejemplos de una cultura no siempre son los más característicos, puesto que lo más típico también es lo que está más circunscrito en el espacio y el tiempo. Dekker y Chapman son característicos del Londres de fines de la Edad Media, en tanto que Shakespeare, aunque participaba de ese ambiente, lo rebasaba en cien puntos. Otro tanto puede decirse de la cultura de las ciudades. En los siglos XVI y XVII surgieron ciertas formas urbanas nuevas: no eran características ni de la Edad Media que se alejaba ni de la economía mercantil y el régimen absolutista nacientes. Y estas

nuevas formas urbanas no eran «de transición», puesto que caminaban en su propia dirección, hacia sus propias metas ulteriores. Pero tienen hoy, para nosotros, más significado que los especímenes predominantes de la época, que consideraré bajo el título general de barroco.

En tanto que muchos centros medievales más antiguos, abandonados por el comercio de ultramar, se iban secando como un río durante la sequía, dejando tan solo el lecho tallado por las aguas antaño impetuosas, y en tanto que el militarismo y el mercantilismo iban imponiendo una pauta de crecimiento más mecánica, el campo experimentaba una mejora y un rejuvenecimiento orgánicos. Por fin las instituciones de la ciudad medieval refluían al campo y producían aldeas y villas rurales cuya urbanidad resultaba realzada por su situación campestre. Esta mejora se expresó con máximo acierto en las aldeas de la Europa central y septentrional, desde Baviera hasta los Países Bajos, y de allí pasó a Inglaterra, directamente a los condados del oeste. Su resultado fue la transformación de los pequeños establecimientos malolientes de los tiempos medievales, constituidos a menudo por una congregación de chozas de tamaño diminuto y construidas con materiales de desecho —aún visibles en muchos grabados del siglo XVII—, en pequeñas comunidades elegantes, compactas y bien ordenadas, construidas con piedra o ladrillo, cuyos pequeños locales de la corporación o del mercado estarían debidamente embellecidos por pinturas o esculturas no muy inferiores a las que se encontraban en los grandes centros urbanos: una ciudad medieval en miniatura, también con jardines amplios detrás de las hileras de casas.

Algunas de las más hermosas aldeas que hay en Inglaterra —Burford, Bybury, Chipping Camden— datan en su forma definitiva del periodo que se extiende entre los siglos XVI y XVIII: un lapso que es necesario describir, cuando se trata de las poblaciones corporativas más numerosas, como un periodo principalmente de

decadencia. La causa de esta renovación de la aldea fue probablemente, en el fondo, de carácter económico: la paulatina evasión de los oficios de la ciudad gremial, demasiado protegida y demasiado controlada, y la situación cada vez más igualitaria del artesano rural, quien contaba con una huerta para complementar sus ingresos, en relación con el trabajador urbano, que vivía en un alojamiento congestionado, con un alquiler elevado y con poca protección sindical efectiva, en especial en las nuevas industrias. La mayor eficiencia de la producción agrícola a partir del siglo XVI también desempeñó un papel, sin lugar a dudas, particularmente en los Países Bajos, donde el sistema de la granja mixta, que contaba con vacas, caballos y cerdos para que proporcionaran abono, elevó la horticultura a un nivel que tal vez solo se había alcanzado en China.

La desaparición del sistema *three-field*[6] y la unificación de franjas dispersas en parcelas de mayor extensión corrieron paralelas a la unificación del sistema feudal en grandes entidades nacionales: y ello produjo el paisaje más unificado de la Europa posmedieval, a veces, como ocurría en Inglaterra, con marcas y cercos fronterizos bien nítidos, y otras veces, como ocurría en Bavaria, Suiza y Holanda, con las formas abiertas más antiguas. La aldea antes feudal, estimulada por la nueva transfusión de industria manual y por un aprovisionamiento de víveres más abundante, obtuvo casi su primera oportunidad de comerciar con la ciudad en nivel de igualdad y, por lo tanto, de encargar artículos de consumo al mundo exterior.

En la actualidad, de estas aldeas supervivientes se pueden sacar las nociones más exactas sobre el trazado de las primeras poblaciones medievales, las cuales ahora están irreparablemente

---

6 Sistema por medio del cual la tierra era dividida en tres parcelas que se cultivaban en forma rotativa a razón de una o dos por año. *(N. del t.)*

confundidas en sus formaciones con los restos de media docena de épocas culturales diferentes. En lugares como Bybury, hasta se encuentran sustitutos de las casas en hilera, con las pequeñas agrupaciones que se adelantaron y, de hecho, contribuyeron a dar forma a los esfuerzos más meritorios de Raymond Unwin y Barry Parker. Por otra parte, la producción mecanizada no trastornó este nuevo orden: más bien lo afianzó, ya que el uso cada vez más difundido del molino de agua y el molino de viento le dio a la aldea una fuente de energía que, con bastante frecuencia, por el hecho mismo del crecimiento urbano había llegado a ser insuficiente en el centro congestionado.

En estas innovaciones de corte localista, las contribuciones holandesas fueron especialmente significativas. Su influencia, como la de los horticultores progresistas con sus invernaderos, se sintió en toda Europa, pues la granja y el jardín holandeses se convirtieron en modelos de la agricultura adelantada. Y este dominio sobre el agua se registró en el interior de la ciudad al igual que en los *polders*, ya que los dos estaban en intercambio constante: esto le dio a la villa rural o a la aldea de canal ordinarias, tanto como a Ámsterdam, no solo una fachada limpia y un marco de verdor, sino también un interior extremadamente limpio, semejante al que podía crearse en el barco más aseado, con ayuda de la arena o la piedra de cubierta y el agua de mar. Las grandes ventanas de la pequeña casa holandesa del siglo XVII, repetidas más de doscientos años después tanto en la arquitectura del revolucionario Oud como en la del conservador Granpré-Molière, introdujeron en la vivienda una cantidad de luz solar y aire fresco que correspondía con la que Johann Andreae había representado en su ciudad ideal de Cristianópolis, que, por su parte, no era más grande que una aldea.

En general, el trazado y las comodidades de la vivienda rural holandesa de ladrillo, correspondiente a este periodo, no estaban

tan solo sobre la vivienda coetánea de la clase superior en otros países: siguen estando por encima del nivel que hasta ahora ha sido alcanzado en casi todas partes por los reformadores contemporáneos de la vivienda. El resultado no era del todo ideal, como veremos al ocuparnos de Ámsterdam, pero tanto la democratización de la ciudad medieval como la descentralización de la industria seguían el buen camino, favoreciendo los juicios locales, el control humano y la escala humana.

Un cambio análogo tuvo lugar en el Nuevo Mundo, pues fue allí donde el orden medieval se renovó a sí mismo, por así decir, mediante la colonización. En América del Sur las nuevas ciudades coloniales se diseñarían por adelantado, de conformidad con los principios establecidos en las Leyes de Indias, codificadas en 1523, en la época de la conquista de México. Pero estas nuevas ciudades miraban hacia atrás y no hacia adelante, ya que seguían la pauta uniforme de la *bastide* y llevaron aún más lejos la uniformidad al prever la creación de un foro o plaza, idealmente de ciento veinte por trescientos sesenta metros, en el centro de la ciudad, con una iglesia dominando a un costado y dejando abierta la plaza propiamente dicha. Las manzanas de casas eran de forma cuadrada y las calles eran anchas: tan anchas, según Robert Smith, que el obispo italiano Geraldini, al llegar a Santo Domingo, en 1520, elogió las ciudades, diciendo que eran más anchas y más rectas que las de su Florencia natal. Aunque las ciudades coloniales portuguesas estaban trazadas a menudo con mayor irregularidad y se hallaban más próximas a la pauta medieval más orgánica, en ninguna parte se encuentra algo equivalente a un proyecto barroco ideal como el de Palma Nuova.

Si la ciudad colonial española del Nuevo Mundo era una reliquia militar, la aldea de Nueva Inglaterra constituía una mutación feliz. En el establecimiento de la colonia de Back Bay, los aventureros puritanos, aunque estaban más familiarizados con el comercio

y la artesanía que con la agricultura, resistieron fácilmente la tentación de apilar su población en el puerto de Boston. Por fortuna, en al comienzo dependían de la agricultura, y esto los obligó a correr el riesgo de esparcir sus plantaciones en pequeño número, a fin de ocupar la tierra. El corazón de sus nuevas ciudades y aldeas era el *common*, es decir, una superficie abierta, con frecuencia mayor que la de la plaza española, donde sus vacas y ovejas podían pastar tranquilamente, bajo las miradas de un funcionario municipal, el *cattle reeve* (magistrado del ganado). Desde un comienzo, los edificios públicos se levantaron alrededor del *common*: la casa de reunión, el ayuntamiento y después la escuela. Estas instituciones sirvieron como puntos de congregación de la comunidad y el *common* prestó sus servicios como campo de entrenamiento de la milicia local: otra institución medieval. El ideal medieval de autogobierno, cumplido tan imperfectamente en Europa a causa de la oposición persistente de los señores, obispos y magnates burgueses, floreció aquí plenamente, ya que la congregación protestante ejercía tanto el control de la iglesia como el de la ciudad.

A cada miembro de la comunidad se le asignaba, al comienzo, su porción de tierra, que por lo común oscilaba entre un cuarto y media hectárea dentro de la aldea, si bien el ministro podía llegar a tener hasta cuatro hectáreas, en tanto que los lotes destinados a la agricultura se hallaban en las afueras, más allá de las empalizadas primitivas, a veces a tanta distancia que se justificaba la construcción de una casa de verano, como en la ciudad medieval. Según William Weeden, las primeras reglamentaciones no permitían a nadie vivir a más de media milla (ochocientos metros) de la casa de reunión, para que no pudiera eludir, por el rigor de los inviernos en Nueva Inglaterra, sus obligaciones sociales como miembro de la Iglesia.

Unas veces era el *common* una ancha franja de cuarenta y cinco o sesenta metros, que se extendía a lo largo de la aldea,

como en el caso de Sharon, Connecticut; otras veces era oblongo o cuadrado. Alrededor de esta superficie se levantaron, a partir del siglo XVIII, las casas separadas, con tablones blancos de madera y postigos verdes, independientes, decorosamente separadas de las vecinas, con profundos jardines al fondo, de tamaño suficiente para dar cabida a un pequeño huerto y un establo, así como con una parcela destinada al cultivo de verduras. Grandes olmos o arces a cada lado del camino daban sombra para defenderse del tórrido sol del verano y también servían, parcialmente, como protección contra el viento de invierno; su arcada de follaje unificaba las casas esparcidas: era un perfecto equilibrio del hombre y la naturaleza. Todavía en el siglo XIX se mantenían estas admirables características en el trazado de algunas de las primeras aldeas de Ohio, como Gallipolis. Solo en los suburbios de la clase media superior, en el siglo XIX, se tendría como algo aproximado al orden y la belleza que se lograban con este trazado abierto.

En un momento en que la ciudad medieval se enquistaba, cuando verdaderos enjambres de seres humanos se apiñaban detrás de fortificaciones macizas, aceptando como ambiente normal de la vida urbana una ciudad sin árboles ni jardines e incluso sin viviendas separadas para cada familia, en los Estados Unidos se mantenía vivo el orden más abierto de la ciudad medieval; a decir verdad, se ampliaba y enriquecía: una espaciosidad principesca con propósitos democráticos. Este orden se basaba en el hecho de que la villa de Nueva Inglaterra se negaba deliberadamente a crecer de forma tal que rebasara la posibilidad de socializar y asimilar a sus miembros: de este modo consiguió, y en muchos lugares lo mantuvo durante dos siglos, un equilibrio entre las ocupaciones rurales y urbanas, así como un equilibrio interno de población y tierra utilizable.

Cuando la superficie asignada estaba plenamente ocupada y amenazaba congestión, los miembros excedentes de la comu-

nidad escogerían un nuevo pastor y se trasladarían a una nueva plantación, para construir una nueva casa de reunión, cercar un nuevo *common*, formar una nueva aldea y procurarse nuevos campos. Salir en bandadas hacia nuevos centros era algo que quitaba las ganas de apiñarse en los ya existentes; y la nueva división de la tierra entre todos los miembros de las comunidades recién fundadas, en términos de necesidad familiar así como de riqueza y rango, daba cierto grado básico de igualdad a los miembros o, por lo menos, garantizaba un mínimo básico de subsistencia al individuo diligente y ahorrativo. Cada familia tenía sus derechos en la tierra común; cada familia tenía campos en las afueras, así como jardines más cerca de sus hogares; todo individuo de sexo masculino tenía el deber de participar en los asuntos políticos de la población a través de la reunión anual. Era una organización política democrática, y también el medio ambiente más saludable y atrayente, mientras se mantuvo a una escala reducida. En cada una de sus fibras esta forma medieval remozada contrastaba no solo con su propio pasado autoritario, sino también con todas las arrogancias antidemocráticas del nuevo orden barroco.

El crecimiento continuo de la villa de Nueva Inglaterra, por la división del núcleo social central en nuevas células, cada una de ellas con su propia vida independiente, recuerda el precedente de Grecia. Pero las villas de Nueva Inglaterra añadieron una característica que no ha sido nunca apreciada debidamente ni tan copiada como merecería: la *township*, es decir, una organización política que abarca un grupo de villas, aldeas y caseríos, conjuntamente con la superficie rural abierta que los circunda: desempeña las funciones de gobierno local, e incluso se ocupa del establecimiento de escuelas y del cuidado de los caminos locales, sin aceptar la división tradicional entre ciudad y campo. Dentro de los límites de la *township* —que comprende a veces una superficie de unos veinte kilómetros o más en cada dirección— sus habitantes

reconocieron la necesidad de instalaciones descentralizadas, con la escuela primaria de una sola aula o el almacén general. En la pauta de la *township*, el crecimiento de la población y el desarrollo de servicios sociales no quedaban limitados a un solo centro sino que se lograba algo así como un equilibrio local, dentro de una pauta regional igualmente equilibrada.

No ha de menospreciarse la importancia política de esta nueva forma, por más que la incapacidad para apreciarla y mantenerla —en realidad, para incluirla en la Constitución Federal así como en las constituciones estatales— fue una de las trágicas imprevisiones del desarrollo político tras la indenpendencia. Así, el sistema político abstracto de la democracia careció de órganos concretos. Nadie valoró con más lucidez la importancia del sistema de la *township* que Emerson, cuando escribió en su *Diario*, en 1853: «La ciudad es la unidad de la república. Los Estados de Nueva Inglaterra fundaron sus constituciones en ciudades y no en comunidades, que es a lo que nos lleva el sistema de los distritos. Y así, la política es la escuela del pueblo, el juego que todos aprenden a jugar. Y por consiguiente tienen todos destreza en California, o en la isla de Robinson Crusoe, para erigir instantáneamente un gobierno que funciona, capacidad de la que carecen franceses y alemanes. En los estados del Oeste, lo mismo que en Nueva York y Pensilvania, el sistema de la ciudad no es la base y, por ende, los gastos de la legislatura no son económicos sino pródigos. Por el distrito, o por el organismo que entregue la elección en manos de los comités, son reelegidos hombres que no obtendrían los votos de aquellos que los conocen».

Pero este ejemplo no se perdió del todo al establecerse más tarde otras comunidades. La dispersión de los habitantes en aldeas y villas situadas en el seno del campo abierto persistió en Ohio y Wisconsin, con rasgos generales muy parecidos a los que hallamos en Nueva Inglaterra; y esta amplia difusión aminoró la

tendencia a concentrar la población en unos cuantos grandes centros, como ocurre hoy en Australia y en el noroeste del Pacífico.

Después del siglo XVIII, las características sociales de la aldea y de la ciudad rural de Nueva Inglaterra solo se repetirían en comunidades utópicas: muy particularmente en las aldeas Amana de Iowa, una «verdadera inspiración» que prosperó durante casi un siglo. La comunidad Amana abarcaba unas diez mil hectáreas de tierra y estaba formada por siete aldeas agrícolas, cada una de las cuales contaba con su iglesia y su escuela propias, su panadería, su lechería, su bodega de vinos, su oficina de correos y su almacén de ramos generales. Estas comunidades distaban unas de otras entre dos kilómetros y medio y seis kilómetros; pero todas estaban dentro de un radio de diez kilómetros de la vieja Amana.

Las aldeas, constituidas por un conglomerado de casas cuyo número oscilaba entre las cuarenta y las cien, estaban dispuestas a la manera de las aldeas longitudinales alemanas, contando con una larga calle dispersa y diversos ramales irregulares. En un extremo de la aldea estaban los graneros y cobertizos; en el otro extremo, las fábricas y los talleres; a cada lado se hallaban los huertos, los viñedos y los jardines; en tanto que en las superficies que se extendían entre las comunidades, unos bosques plantados con esmero proporcionaban gran parte de la madera necesaria para la fabricación local de muebles, antaño tan célebre como las mentas de Amana, el tocino y el jamón de Amana y el refrigerador de Amana. La arquitectura de estas aldeas, y su trazado general, un agradable estilo local en ladrillo desnudo, era superior al tipo habitual de edificación en la segunda mitad del siglo XIX: en todo, excepto en inventiva arquitectónica, rivalizaba con el de las anteriores comunidades de los *shakers*.

Estos adelantos prácticos y de sentido común en materia de desarrollo urbano, aunque se llevaban a cabo a escala aldeana, eran en realidad tan importantes por su contribución potencial a

la edificación de ciudades como por su éxito concreto en su marco total. Su crecimiento nuclear dentro de una pauta abierta pero unificada era ejemplar. Ambos participaban de una cultura general que, en parte por buena suerte y una concatenación favorable de circunstancias, y en parte por planificación consciente, había alcanzado una economía equilibrada.

Esta cultura «eotécnica» se incorporó a una multitud de pequeñas ciudades y aldeas, comunicadas por una red de canales y caminos de tierra complementados después de mediados del siglo XIX por cortas líneas férreas, aún sin conectar en unos cuantos sistemas troncales destinados únicamente a aumentar el poderío de las grandes ciudades. Con viento y energía hidráulica para las necesidades de la producción local, era esta una economía equilibrada; y si se hubiera mantenido su equilibrio, si de hecho se hubiera buscado conscientemente, podría haber surgido una nueva pauta general de desarrollo urbano. Pero esta posibilidad se vio sofocada por la ideología predominante, la cual estaba en favor de la especialización intensiva y de la centralización del poder económico en unos pocos grandes centros, a los que debían quedar sometidas las pequeñas unidades urbanas.

En mi obra *Técnica y civilización* destaqué cómo la invención más temprana de máquinas generadoras de energía más eficaces, como la turbina hidráulica de Fourneyron y la turbina de viento, tal vez habría creado, para las minas de carbón y las minas de hierro, importantes rivales técnicos que podrían haber mantenido la existencia de este régimen descentralizado hasta que se hubiera sacado partido del descubrimiento de la electricidad y de la producción de los metales ligeros. Con el desarrollo coordinado de la ciencia, esto podría haber llevado directamente a esa integración más humana de «campos, fábricas y talleres» que Piotr Kropotkin bosquejaría una vez más en la última década del siglo XIX. Aunque sea inútil demorarse entre estas posibilidades ya desapareci-

das, es ceguera desconocer que alguna vez existieron y que fueron factibles durante un periodo mucho más largo que el que cree la mayoría de la gente. En países que aún están insuficientemente desarrollados desde el punto de vista industrial, sigue abierta la posibilidad de realizar esta pauta superior; pero, por desgracia, sus asesores occidentales, ya sean capitalistas o comunistas, están aferrados a la organización en masa centralizada para la producción y carecen por igual de la perspicacia técnica y de la perspectiva histórica necesarias para promover una economía más a la medida del hombre.

Hoy se ven con otros ojos todas estas mutaciones, en particular la aldea holandesa del siglo XVII y la aldea de Nueva Inglaterra, expresiones ambas de una nueva clase de equilibrio ecológico dinámico, superiores tanto a los monopolios urbanos de la Edad Media como al desparramamiento desenfrenado, industrial o suburbano, que las sucedía. Así como en la penetrante psicología de un Spinoza o un Rembrandt encontramos un espíritu más útil para el futuro que en el agudo análisis mecánico de un Descartes o en los retratos más típicos de los pintores cortesanos como Van Dyck, así también en estas formas urbanas encontramos un temprano anticipo empírico de la pauta necesaria para un ambiente dinámicamente equilibrado, urbano y rural, como el que habremos de crear en algún momento en los términos de nuestra propia cultura, para una civilización entera.

¿No es evidente que los arquitectos urbanistas y los concejales de aldea de Holanda, lo mismo que los gobernadores y predicadores de Nueva Inglaterra, tenían una comprensión mucho más honda de la vida de los hombres en las ciudades que los príncipes barrocos, quienes solo buscaban un espejo para su vanidad? La síntesis que lograron era más amplia y orgánica; y en términos de una vida auténtica, es a Luis XIV y a Le Nôtre a quienes debemos considerar ahora provincianos. Versalles fue, en esencia, el

juguete gigantesco de un niño malcriado, del mismo modo que su política dinástica fue, considerada en términos realistas, un juego de niños. El gusto de Luis XIV de jugar con soldados —en su vejez confesó, de modo algo apologético, que tenía una excesiva afición a la guerra— hubiera sido más digno de haberse satisfecho con soldaditos de plomo, en vez de hacerlo con seres de carnes y hueso. ¿En qué consistía semejante arte de gobernar, sino en un infantilismo de adulto que se pavoneaba como si representara los intereses nacionales y se disfrazaba con la magnificencia arquitectónica? Sin lugar a dudas, siguieron una tradición más seria esos planificadores que recuperaron el Zuyder Zee, extendieron Ámsterdam y reconstruyeron Róterdam, y los arquitectos que han construido una multitud de bien entrelazadas comunidades modernas sobre la faz de ese gran jardín que es Holanda.

4. Desgarramiento y fosilización

Así como la noción, característica del siglo xix, del cambio incesante y el «progreso» nos plantea hoy el problema de la estabilización y el equilibrio, también la noción medieval de seguridad planteó, a partir del siglo xiv, el problema de cómo tendrían lugar la vida, el crecimiento y el movimiento en un mundo regido por las ideas de la costumbre fija y el privilegio heredado. ¿Debía derribarse la muralla? ¿Había que desprenderse de la coraza? ¿O bien esa civilización tenía la capacidad necesaria para seguir creciendo a partir de su propio centro y para llegar así, sin desintegrarse, a una síntesis más vasta? He aquí un problema para sus dos instituciones centrales, es decir, para la Iglesia y la ciudad medieval: pero ni una ni otra podían resolverlo sin ir más allá de sus limitaciones heredadas.

En lo que concierne a los hechos que siguieron, poco es lo que hay que discutir. Ambas instituciones fracasaron y la civiliza-

ción moderna pagó lo que correspondía por ese fracaso. Después del siglo XVI, la ciudad medieval tendió a convertirse en una concha: cuanto mejor se conservaba la concha, menos vida quedaba en su interior. Tal es la historia de Carcasona o de Rothenburg ob der Tauber, entre otras ciudades. Allí donde la forma exterior se vio modificada rápidamente por la presión de la población y por nuevas medidas de orientación económica, se transformó asimismo el espíritu interior. A veces la vieja ciudad trató de reflejar la nueva vida mediante una adaptación puramente externa, mediante un cambio de fachada: a lo largo del siglo XVIII, los tejados con gabletes y las fachadas de ladrillo de rica textura de las viejas casas burguesas serían con frecuencia revestidos de yeso, a veces con una ampliación de las ventanas o un toque de decoración clásica en las cornisas, los dinteles o las puertas. El barrio elegante de Brujas, el Ridderstraat, cuyo nombre mismo revela su índole aristocrática, presenta aún ese aspecto. Pero las viejas formas, incluso con cambios internos secundarios, no expresarían la nueva vida: así, la ciudad medieval se convirtió, en realidad, en un museo del pasado; y sus habitantes, si no se redujeron al papel de conservadores, solo podían desempeñar un papel limitado en la nueva cultura. Aún hoy se encuentran dispersos por Europa estos charcos de vida medieval, a veces desecados, otras veces fétidos por su putrefacción.

La economía protegida de la corporación medieval estaba, en su origen, basada en la superioridad corporativa de la ciudad amurallada sobre la vida bárbara e insegura del campo abierto. Tan grandes eran sus ventajas para el adiestramiento de los hombres en el esfuerzo económico ordenado, al estimular la destreza mediante toda clase de emulación y ganancia, que la industria, durante largo tiempo, no sintió la tentación de buscar los salarios bajos del campo ni de aceptar el bajo nivel ni el rudimentario equipo técnico del artesano rural. Las restricciones municipales podrían resultar onerosas para los empresarios más especulado-

res; pero eran más fáciles de soportar que las exacciones feudales, y como se basaban en el consentimiento general expresado a través de la ley, resultaban menos caprichosas. Incluso la nobleza apreció estas ventajas urbanas: la vida y los bienes de la vida, con todo el sabor de la variedad y el desafío de lo imprevisto, estaban concentrados en las ciudades.

En términos políticos, hacia el siglo XVI la disparidad entre la ciudad y el campo había quedado parcialmente eliminada. El perfeccionamiento de los transportes por agua había acortado la distancia entre ciudad y campo; y como los tributos feudales, incluso en los distritos rurales, se habían convertido en pagos en dinero en muchas regiones, la gente podía permanecer en el campo abierto o ir y volver sin peligro de caer en la condición de siervos o vasallos. Prueba de esta nivelación es el número de diálogos escritos por caballeros en el siglo XVI en los que se sopesan las ventajas de los dos ambientes: los dos modos de vida estaban por lo menos tan próximos que era posible compararlos y escoger entre ellos.

Esta nueva paridad era fomentada por el hecho de que la seguridad se establecía paulatinamente en el campo debido al surgimiento de una autoridad central en los Estados recién consolidados. Cuando los reyes sofocaban a los nobles belicosos, la industria podía prosperar fuera de los municipios organizados. Protegida por el poderío simbólico del gobierno nacional, la industria podía brotar hasta en aldeas sin fuero propio, más allá de los límites de todo anterior gobierno municipal. Los mercaderes que tenían suficiente capital para adquirir las materias primas y los instrumentos de producción —máquinas de tejer, por ejemplo— podían dar en arriendo su trabajo a los campesinos, pagándoles salarios de subsistencia en vez de las tarifas urbanas, eludiendo las normas relativas a empleo y calidad que establecían las corporaciones, fijando precios sin competencia en relación con los de la ciudad y, en general, haciéndole diabluras al mercado regulado. Bajo este ré-

gimen apareció la mano de obra infantil. Ya en el siglo xvii, en los «progresistas» Países Bajos, John Evelyn observaba que se hacía trabajar en cosas útiles a niños de cinco años. La economía urbana protegida no podía mantenerse en pie frente a esta competencia despiadada.

Por otra parte, hacia las postrimerías de la Edad Media, las industrias de la minería y el vidrio desempeñaban un papel mucho más importante que el que tuvieron en los comienzos. Estas industrias, con sus desperdicios y su suciedad, su necesidad de madera y amplio espacio de almacenaje, estaban por lo común situadas fuera de los límites de los primitivos poblados. Desde un principio habían adquirido la mayoría de los rasgos de la posterior industria capitalista, y por las mismas razones que luego serían decisivas: la maquinaria para la producción era demasiado costosa para que la adquiriera un solo hombre o para que la accionara una unidad familiar; y los métodos mismos requerían la contratación y la organización de cuadrillas enteras a las que se empleaba, por lo común, como trabajadores asalariados, quienes solo podían ser ocupados por un empleador que dispusiera de capital de explotación suficiente para mantenerse entre la estación de producción y el momento en que, finalmente, se hicieran las ventas. Proporcionalmente, una parte mayor de la población industrial pasó a ganarse la vida fuera de los municipios incorporados. Incluso si estas industrias daban origen a nuevas fundaciones urbanas, no fomentaban «libertades» municipales y siguieron siendo competidoras de los centros protegidos por las corporaciones.

Los antiguos monopolios se habían obtenido por la acción cooperativa de los burgueses en beneficio de la ciudad. A partir del siglo xvi, los nuevos monopolios establecidos en Inglaterra y Francia no eran monopolios de las ciudades sino comerciales: estaban destinados a beneficiar a individuos privilegiados que controlaban el comercio, sin importar dónde estuvieran instalados. Para esos

monopolios productores, el país entero constituía una provincia; y sus promotores, como sir Richard Maunsell, el fabricante inglés de vidrio, procedían de la nobleza o se elevaban a ella rápidamente. La gran industria, la banca de inversiones y el comercio mayorista no se efectuaban sobre la base de una sola ciudad: llegaban a todas partes, a través de alianzas matrimoniales, participaciones en los negocios y agentes. Incluso dentro de los municipios corporativos, los antiguos gremios y corporaciones se derrumbaron, primero en Italia y luego en otros países, ante los embates de grupos financieramente más poderosos que, con frecuencia, usurpaban las funciones del gobierno de la ciudad, derrocando a los funcionarios elegidos mediante su capacidad para contratar mercenarios.

La importancia creciente del comercio internacional a partir del siglo xv se benefició de debilidades que eran inherentes al gremio y a la ciudad amurallada. La primera debilidad era que una y otra tenían bases exclusivamente locales. Para ejercer el control monopolista dentro de sus murallas, era de importancia fundamental que pudieran gobernar también la comarca circundante, lo cual representaba una política de armonización de sus propios intereses con los del sector rural que eventualmente generaría una organización federada de regiones urbanas.

Pero, en los hechos, la política que siguieron las ciudades medievales más poderosas y dinámicas apuntaba decididamente en la dirección opuesta. Venecia obligaba a los habitantes de la parte continental, de quienes dependía para su aprovisionamiento de productos alimenticios, incluso a los de Bérgamo, a comerciar exclusivamente con el mercado veneciano. Florencia, que había negociado de forma razonable con Pistoia, ganándose su amistad, atacó en cambio, del modo más feroz, a Lucca, Pisa y Siena, y las convirtió para siempre en enemigas juradas. De vez en cuando, los gremios de una ciudad podían ayudar a los de otra, como ocurrió cuando los de las cercanías de Colmar apoyaron al de pana-

deros de esta ciudad en una huelga que duró diez años. Pero, en general, la corporación solo podía ejercer su autoridad sobre aquellos que efectivamente pasaban a trabajar dentro de las murallas de la ciudad; y las propias ciudades estaban regidas por los celos crónicos y por la miopía en sus relaciones entre sí.

Tras las debilidades de las corporaciones se ocultaba un defecto más profundo de la política urbana de la Edad Media. La ciudad medieval era un baluarte burgués; y si bien estuvo integrada en sus inicios por campesinos y artesanos que habían huido del campo, irónicamente se convirtió, con el tiempo, en un mecanismo tiránico para la explotación de aquellos que se quedaron en las granjas y las aldeas. Literalmente, los burgueses minaron el suelo bajo sus propios pies. En términos ecológicos, ciudad y campo constituyen una sola unidad. Si uno de estos dos elementos puede pasárselas sin el otro, ese es el campo y no la ciudad, el agricultor y no el hombre del burgo.

Pero los triunfos de las artes y de la invención que se lograron en la ciudad hicieron que esta desdeñara doblemente a sus atrasados vecinos rurales: al campo se lo trató como a un protegido medio idiota o, lo que era aún peor, como a un extraño. En Italia las municipalidades negaron a los campesinos los privilegios de la ciudadanía, y en Alemania, el *Bannmeilenrecht* obligó a los campesinos más cercanos a facilitar a la ciudad alimentos y materias primas para la industria. En vez de crearse aliados en el interior, que podrían haber contribuido a cortar las raíces del poder feudal, se crearon una hosca muralla de enemigos; y la conducta seguida por sus ejércitos en sus expediciones contra otras ciudades probablemente no contribuyó a hacerlos más gratos.

Todos estos hechos indican el abandono de una economía urbana protectora, con su seguridad y sus limitaciones económicas aceptadas, y el establecimiento de una economía expansionista, que concentraba los privilegios, recompensaba a quienes no

valoraban demasiado la seguridad y rompía el estado de tensión jerárquica entre los grupos, transformándola en una guerra de clases declarada. El sistema medieval basado en rangos sociales jerárquicos desconocía, por supuesto, la igualdad económica. Pero en la primera parte de la Edad Media, cuando la tierra urbana estaba dividida con bastante ecuanimidad y los medios de producción eran sobre todo las herramientas y las habilidades individuales, la movilidad del trabajador adiestrado, una vez terminado su aprendizaje, era un seguro contra la explotación. Puesto que era dueño de sus herramientas, podía regir su subsistencia. No era esta la garantía menor de la libertad y la autonomía medievales, ya que impedía una separación demasiado extensa entre los rangos superiores e inferiores, mientras no abundara demasiado la mano de obra profesional.

En la industria textil de Flandes y el norte de Italia, la escisión característica entre operario y patrones se produjo ya en el siglo XIII. El torno de hilar y el telar, recién introducidos, ejercieron una influencia comparable a la que tuvieron, cinco siglos después, la máquina para hilar y el telar mecánico. En Colonia, los tejedores consiguieron, momentáneamente, derrocar al patriciado, entre 1370 y 1371; y otro tanto ocurrió en Gante bajo el mando de Artevelde. Pero la suerte no favorecía a las corporaciones: sus victorias fueron breves. En tanto que ellas actuaban sobre la base local, sus contrincantes estaban unidas sobre una base europea, a través de matrimonios y alianzas familiares ducales, reales y episcopales. De ahí que las clases gobernantes pudieran ejercer múltiples formas de presión y autoridad en un solo punto.

Resultado de esto fue que, si bien el poder de las aristocracias feudales y las dinastías principescas tropezó con cierta oposición, nunca se vio, en cambio, desplazado eficazmente durante un periodo considerable de tiempo por una u otra combinación de ciudades europeas. Cuando las ciudades aunaban fuerzas con

el rey, a fin de aminorar las exigencias de los nobles o de los eclesiásticos, lo único que conseguían era remplazar a un tirano local por otro más ubicuo, aunque también a menudo más indulgente. Pronto se vieron reducidas a la condición de súbditas del Estado omnipotente que habían contribuido a crear. Solo ciudades tan grandes y ricas como Londres eran capaces de hacer frente a su señor real en términos más o menos de igualdad y, a decir verdad, cuando se las obligaba a ello, eran capaces de derrocarlo. La principal dificultad consistía en que, en la sociedad medieval, la unidad política, la unidad económica y la unidad religiosa no estaban en una relación simétrica, y en que el marco común que las unificaba era el Estado dinástico.

El poder, los privilegios y las antiguas costumbres habían transformado el mapa político de Europa en algo así como una estrafalaria colcha de retazos: retazos de jurisdicciones rivales, de fidelidades divergentes y de particularismos sin sentido. Si bien en la teoría política medieval estaba implícito —como destacara Gierke— el concepto de una unidad visible de la humanidad en la Iglesia y el Imperio, esta unidad no era «ni absoluta ni exclusiva»; era, en cambio, «un sistema múltiple y graduado de organismos parciales, cada uno de los cuales, si bien es en sí mismo una totalidad, reclama necesariamente la vinculación con una totalidad mayor». Por desgracia para la aplicación de esta teoría, las partes nunca estuvieron debidamente articuladas; y por eso, según también destaca Gierke, «a medida que pasaba el tiempo vemos que justamente esta construcción federalista del Conjunto Social estaba cada vez más expuesta a ataques que procedían de una tendencia centralizadora. Podemos ver que esto ocurre primero en la esfera eclesiástica y luego en la temporal». Cuando este proceso centralizador imponía una nueva pauta, el localismo y la autonomía medievales quedaban eliminados. Y cuando se restableció la protección, esta entró en vigor con el mercantilismo de las mo-

narquías absolutas, creando monopolios estatales para alimentar el tesoro central.

En realidad, se hicieron diversas tentativas de confederación entre ciudades conexas. Aparte de la dinámica y relativamente duradera unión de las ciudades hanseáticas, hubo una Liga de Ciudades de Suabia, en 1376, y una Liga Renana, en 1381, en tanto que Inglaterra contó con la Unión de los Cinco Puertos. Pero la debilidad de estas confederaciones, así como la de las ciudades griegas, sirvió de advertencia a los astutos autores de los *Federalist Papers*. En general, el movimiento hacia la unidad no provino de las ciudades libres ni tuvo la firmeza ni la generosidad necesarias para imponerse. En Italia, durante el siglo XIV, Lombardía, Romaña, Toscana, Umbría y las Marcas estuvieron fragmentadas entre ochenta ciudades-Estado o, para decirlo en los términos de Toynbee, en una mitad de la Italia del año 1300 de nuestra era había más Estados autónomos que los que podían contarse en el mundo entero en 1933. Pero el sector a quien incumbían los cuidados del gobierno era demasiado estrecho, demasiado aislado. En el curso de los dos siglos siguientes, la unificación redujo estos municipios italianos a diez unidades políticas: como las propias ciudades no habían tomado la iniciativa de establecer una unión federal, este proceso necesario fue acompañado por una pérdida de libertad, autonomía y poder.

Fue en Suiza y Holanda donde realmente se solucionó el problema de la unificación federal de las ciudades corporativas y el campo, sin socavar la integridad política de la unidad urbana; y hay que volver la vista hacia las ciudades suizas y holandesas para hallar tal vez los ejemplos más felices de la transición del orden medieval al moderno. Que los suizos lograran la unidad sin despotismo o sumisión a las formas arbitrarias de la autoridad centralizada evidencia que la hazaña era técnicamente posible: es más, respalda la idea de que era humanamente practicable sobre una

base europea más vasta, puesto que los tres grupos lingüísticos existentes en Suiza, con sus barreras de montañas dificultando el transporte y el contacto humano, imponían al país casi tantos obstáculos contra la unidad como los que podría presentar Europa entera con sus más variados territorios. La prueba era legítima, pero el ejemplo no resultó contagioso. En otras regiones la vida práctica seguiría un curso político diferente.

Ahora bien, la unificación territorial, la paz interna y la libertad de movimientos eran condiciones sumamente necesarias para el nuevo sistema de la industria capitalista. El poder centralizado se desarrolló en Estados como Francia e Inglaterra, contando por lo menos con la connivencia pasiva de las corporaciones y comunidades subyacentes, en razón de los beneficios tangibles que afluían como consecuencia del establecimiento de la Paz del Rey, la Justicia del Rey y la Protección del Rey, que garantizaba la seguridad del viajero en el Camino del Rey. Desde el punto de vista del comercio, los transportes y los viajes, las condiciones habían ido empeorando a partir del siglo XII: hecho este que contradice la voluble hipótesis victoriana del progreso automático. Por ejemplo, a fines del siglo XII solo había diecinueve puestos de peaje a lo largo del Rin; en el siglo XIII, se añadieron otros veinticinco; y en el siglo XIV, veinte más, de modo que al *final* de la Edad Media el total pasaba de sesenta. Las paradas y las gravosas tarifas podían repetirse cada diez kilómetros: una situación intolerable.

Pontazgos y portazgos por aquí y por allá: las exacciones económicas se habían multiplicado precisamente en el momento en que se extendían las rutas comerciales y cuando la circulación constante de mercancías empezaba a hacerse más importante para la existencia de un mercado económico estable. Además, la falta de uniformidad monetaria, conjuntamente con las dudosas políticas inflacionistas del gobernante o de la ciudad que pasaba apuros económicos, ofrecían otro obstáculo contra el comercio. Si se excep-

túan las provincias mencionadas, las ciudades de Europa demostraban ser demasiado ensimismadas, demasiado celosas de sus privilegios especiales para solucionar estos problemas mediante la adopción de medidas conjuntas. Aquí intervino la conformidad externa, implantada por el poder militar del Estado, para realizar la tarea donde no se habían puesto a prueba los métodos cooperativos o donde solo se experimentó con ellos parcialmente y a regañadientes, con el consiguiente fracaso. La ineptitud del gobierno propio y la miopía de políticas fiscales que llevaban a la bancarrota ofrecieron a menudo las oportunidades para que la autoridad central tomara cartas en el asunto y ordenara las cosas; eso sí, con el sacrificio de las libertades urbanas, como ocurrió en Francia.

Nosotros, que vivimos en un mundo todavía corroído por una locura similar, que ahora abarca el planeta entero y no solo el continente de Europa, podemos comprender este atolladero fatídico, sin sentido alguno de irónica superioridad. En vano trataron las corporaciones medievales de resolver dentro de las murallas de la ciudad problemas que solo podían ser tratados como se debía si se derribaban las murallas y si, deliberadamente, combinaban su soberanía y su control en una unidad más vasta. Cada uno de los aspectos de la vida europea estaba en juego en esa reorientación. No se trataba sencillamente, como pensó Dante, de poner un papa o un emperador a la cabeza del reino temporal. Precursora en tantos renglones políticos del «Estado nacional soberano», la ciudad medieval transmitió al Estado todas sus limitaciones, pero muy agrandado su diámetro. Al desplazar la ciudad, al rehusarse a hacer uso de sus funciones corporativas, el Estado, a su vez, contribuyó a debilitar y rebajar la vida municipal.

El recipiente urbano sellado demostró la imposibilidad de hacer frente a la situación mediante ajustes locales, encaminados al autoabastecimiento, cosa que también deben descubrir, por grandes que sean, los estados nacionales de nuestra propia época. Los

Estados amurallados de hoy coquetean con el caos y la destrucción universales por los mismos motivos que destruyeron a la ciudad medieval. Los cuerpos autónomos no pueden prosperar a menos que afiancen los procesos unificadores y universales, participando activamente en ellos.

En la Edad Media solo una institución fue capaz de ir más allá de este mezquino provincialismo y de estos fútiles esfuerzos monopolistas: la Iglesia universal. Pero el decreciente universalismo de la Iglesia, su tendencia a encogerse en su antiguo caparazón romano, subrayando su autoritarismo y su absolutismo, su costumbre de asignar principalmente a italianos los puestos más altos de la jerarquía, costumbre favorecida por el nepotismo de los papas del Renacimiento, fue orgánicamente una fase de la enfermedad general que socavó la cultura medieval. A partir del siglo XIII, la Iglesia, si bien no perdió inmediatamente en cuanto a autoridad espiritual, ganó en el dominio terrenal; y este es el modo más seguro de minar la autoridad espiritual. Los ricos dignatarios de la Iglesia, cuyo magnífico boato dejaba en la sombra a los príncipes seculares, también eclipsaban a su propio Príncipe, burlándose de aquel cuyo reino no es de este mundo. Hacia el siglo XV se encontraba con más frecuencia el renunciamiento ascético en el escritorio comercial que en el monasterio; y, asimismo, una norma más alta de conducta personal y de probidad económica.

Si la Iglesia hubiera seguido siendo desinteresada en lo económico, tal vez podría haber aunado fuerzas con las ciudades y proporcionado un marco para su unión. Pero aunque las órdenes dominicana y franciscana habían aparecido en el siglo XIII y se habían abierto paso rápidamente hacia la ciudad, la Iglesia propiamente dicha seguía arraigada en el modo feudal del pasado y solo lo abandonó para asumir el poder de los nuevos césares. Cuando trascendió del modo feudal, sucumbió a los mismos hábitos y fuerzas que condenaban sus enseñanzas fundamentales.

Así, en el siglo xvi, y a decir verdad ya en el siglo xiv, la autoridad de la Iglesia estaba gravemente minada desde su interior: ya no era el árbitro excelso ni la fuerza universal que sostenía la justicia. La corrupción hedía tanto en Roma como en otros municipios y ducados despóticos; y, en el siglo xvi, la bendición misma de la Iglesia, la indulgencia, fue arrendada, sobre una base de participación en las ganancias, al principal banquero, Jacob Fugger.

En pos de un juicio final sobre el régimen entero con el que la Iglesia estaba profundamente implicada, me vuelvo hacia el testimonio coetáneo de Tomás Moro, quien ahora es santo canonizado de esta misma Iglesia: «Cuando considero y me detengo a analizar el estado de todas las comunidades prósperas de hoy, y Dios me ayude, lo único que consigo ver es una confabulación de los ricos, quienes persiguen su propia ventaja so pretexto de beneficiar a la comunidad. Inventan y urden todos los medios en virtud de los cuales puedan conservar, sin el temor de perderlo, todo cuanto han amasado con sus malas prácticas, y en seguida puedan comprar, por el precio más bajo posible, el trabajo y los esfuerzos de los pobres, abusando de ellos».

Si el orden religioso internacional de la cristiandad era incapaz de conservar el régimen medieval mediante una renovación desde dentro, el protestantismo, que descansaba sobre una base nacional y se manifestaba en una iglesia sostenida por el Estado, sería aún menos capaz de satisfacer las necesidades de las ciudades. Con el surgimiento del protestantismo moderno, la antigua camaradería se debilitó: las fisuras en materia de observancia religiosa aumentaron el desorden económico y debilitaron más, particularmente en el Norte, la posibilidad de restablecer una comunidad de metas universales. Incluso en las comunidades protestantes, la continua proliferación de sectas disidentes, como los cuáqueros, los unitarios y los anabaptistas, creó herejías en el seno de las herejías, y más divisiones entre los ya divididos. En las vie-

jas ciudades, tras fachadas de casas idénticas, podían encontrarse enconados enemigos religiosos que vivían pared con pared: más hostiles en esa relación de vecinos que cuando vivían a leguas de distancia. En ese momento, el vecindario dejó de ser una forma tolerable de asociación, y solo floreció la vida privada.

Al final, con la validez de la Iglesia universal puesta en duda y con la realidad del grupo negada, solo quedaba el individuo atomizado, quien buscaba, mediante su esfuerzo individual, la salvación o su ganancia; y de ser posible un poquito de las dos, a expensas, llegado el caso, de sus conciudadanos.

Este desastre aparece resumido en las cáusticas líneas de Robert Crowley, quien escribía en el siglo XVI:

> Y esto es una ciudad
> de nombre, pero de hecho
> es una banda de pícaros
> que busca el lucro.
> Pues funcionarios y demás
> sobre la riqueza del común
> lo que buscan es su ganancia.
> Nadie hace nada.
> E infierno sin orden
> bien puedo llamarlo,
> donde cada cual solo mira por sí
> y no hay hombre alguno que mire por todos.

Lo que Langland había predicho en el siglo XIV en su larga arenga sobre las artimañas y perfidias de Lady Meed (Doña Lucro), finalmente, en un lapso de dos siglos, era una realidad en toda la sociedad europea. La ciudad casi había dejado de ser una empresa común para el bien común; y ni la autoridad local de la corporación municipal ni la autoridad universal de la Iglesia bastaban para orientar en beneficio de la comunidad las nuevas fuerzas que avanzaban con ímpetu a lo largo de la civilización europea.

En el siglo xix, cuando se empezaron a construir nuevas ciudades, el último precedente en el que alguien hubiera pensado habría sido el de la ciudad medieval. Lentamente, la vida de las viejas ciudades se fue marchitando, sus muros se convirtieron en conchas vacías que encerraban instituciones que también eran conchas vacías. Y hoy, solo si, por así decir, se apoya suavemente la concha contra el oído, como se hace con una caracola de mar, se percibe en la pausa siguiente el rumor apagado de la antigua vida que antaño se vivió, con dramática convicción y solemne propósito, dentro de sus murallas.

CAPÍTULO XII

La estructura del poder barroco

1. Disolución de la Edad Media

Las culturas humanas no mueren en un momento dado como si fueran organismos biológicos. Aunque a menudo parecen formar un conjunto unificado, es posible que sus partes hayan tenido una existencia independiente antes de integrarse en el conjunto y, por la misma razón, tal vez aún sean capaces de seguir existiendo cuando ya ha dejado de funcionar la totalidad en que otrora prosperaron. Tal es lo que ocurrió con la ciudad medieval. Los hábitos y las formas de vida medieval seguían activos tres siglos después de su «cierre», si se considera que el siglo xvi fue ese punto decisivo. Hoy mismo la Iglesia de Roma, que dominó en Europa occidental por espacio de mil años, con su peculiar combinación de centralización autoritaria, absolutismo romano, autonomía local, elasticidad política y rigor moral teórico, sigue actuando sobre la base dogmática de la teología de Tomás de Aquino, dentro del marco político de Gregorio el Grande: todavía se considera como única depositaria de una verdad y de una fe esenciales para la salvación humana.

De hecho, algunas instituciones medievales se renovaron en el siglo xvi mediante la adopción del estilo de su época: así, el monacato cobró nueva vida al reorganizarse con un criterio militar, con obediencia absoluta al jefe de la orden, quien acertadamente

se llamaría director general en la Compañía de Jesús; y esta sociedad, que ya no se contentaba simplemente con dar un ejemplo de piedad o con predicar, satisfizo las nuevas exigencias de la educación mediante la creación de un nuevo tipo de escuela, el colegio secundario, intermediario entre la escuela primaria y la universidad. En cuanto al contenido arquitectónico, no hubo una verdadera ruptura entre la construcción gótica y la neogótica. En Inglaterra el constructor provinciano llegó al siglo XVIII con modos tradicionales de construcción que los caballeros instruidos, desconocedores de la vida que había fuera de los círculos que frecuentaban, estaban comenzando a revivir una vez más como decoración y entretenimiento, como en el castillo de Walpole en Strawberry Hill. ¿Es gótica o neogótica la torre Tom de Wren, en Oxford? Se pueden encontrar motivos igualmente buenos para calificarla de una u otra forma.

Esta mezcla de lo viejo y de lo nuevo es visible en toda Europa. Buena parte de la nueva edificación, incluso en el siglo XVII, y prácticamente toda la edificación «renacentista» antes de dicho siglo, se llevó a cabo sobre trazados de calles medievales, dentro de las murallas de ciudades esencialmente medievales, erigidas por los gremios y las corporaciones que seguían organizados con criterios medievales. La abadía de Telema, imaginada por Rabelais, con su mezcla del viejo monasterio y de la nueva casa de campo aristocrática, tenía su contrapartida en la ciudad. Incluso en el Nuevo Mundo las más antiguas leyes medievales del mercado permanecieron en vigor en las ciudades durante el siglo XVIII. Así, solo en las ciudades recién fundadas, creadas para residencia del príncipe o para la colonización, crearon las instituciones posmedievales un estricto orden lógico, enteramente propio.

2. El nuevo complejo urbano

Entre los siglos xv y xviii se configuró en Europa un nuevo complejo de rasgos culturales. En consecuencia, tanto la forma como el contenido de la vida urbana quedaron radicalmente alterados. El nuevo modelo de existencia surgió de una nueva economía, la del capitalismo mercantilista; de un nuevo marco político, principalmente el de una oligarquía o un despotismo centralizado, que se concretaba por lo común en un Estado-nación; y de una nueva forma ideológica, que procedía de la física mecanicista, cuyos postulados subyacentes habían sido formulados, mucho antes, en el ejército y el monasterio.

Hasta el siglo xvii todos estos cambios fueron confusos y titubeantes, restringidos a una minoría, solo eficaces aquí y allá. En el siglo xvii el foco se hizo repentinamente más intenso. A esta altura, el orden medieval empezó a resquebrajarse debido a una absoluta corrupción interna; y, en adelante, la religión, el comercio y la política siguieron caminos separados.

Para llegar a comprender a la ciudad posmedieval, hay que precaverse de esa interpretación, todavía en boga, que hace del Renacimiento un movimiento hacia la libertad y el restablecimiento de la dignidad del hombre. Porque el auténtico renacimiento de la cultura europea, la gran época de construcción de ciudades y triunfos intelectuales, fue la que se inició en el siglo xii y que alcanzó una apoteosis simbólica con las obras de un Tomás de Aquino, un Alberto Magno, un Dante y un Giotto. Entre ese resurgimiento y el resurgimiento clásico del siglo xv había tenido lugar un gran desastre natural: la Peste Negra del siglo xiv, que eliminó entre una tercera parte y la mitad de la población, según los cálculos más moderados. Ya en el siglo xvi estas pérdidas estaban reparadas, pero la ruptura de la continuidad que determinó la peste fue acentuada por una merma de la vitalidad comunal, como la que se produce después de una guerra agotadora.

En el periodo de desorganización social que siguió, el pod pasó a manos de quienes controlaban ejércitos, rutas comercial y grandes acumulaciones de capital. Con el auge de los despot mos militares vino la supresión de la libertad académica en l universidades y la concienzuda supresión de la independencia los poderes espirituales, en beneficio de los gobernantes tempo les. Hoy todo esto resuena en nuestros oídos como cosa famili se asemeja a los acontecimientos producidos en Rusia, Aleman Italia y otras partes de Europa después de la Primera Guerra Mu dial y con lo que ha ocurrido, incluso en los físicamente remot Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Se lle a cabo de forma ininterrumpida la transformación de las univer dades medievales, que pasaron de ser asociaciones internacion les de estudiosos a organizaciones nacionalistas, serviles ante l nuevos déspotas, impenetrables a los «pensamientos peligrosos sujetas por juramentos de fidelidad; y este fenómeno se repitió los casos de la Iglesia y la ciudad.

En el curso de unos pocos siglos todas las más antiguas in tituciones medievales daban pruebas de su desmoralización pr funda. Huizinga, en *El otoño de la Edad Media,* ha documenta este cambio con abundantes ejemplos. En el siglo xv, según V Below, tuvo comienzo el juego organizado en Alemania, en garit facilitados por las municipalidades. Y las mismas tendencias ap recieron en la Iglesia: no solo la compra de investiduras y la ven de bendiciones sino el recrudecimiento general de la supersticić La creencia en la hechicería, rechazada por san Bonifacio en el glo vii, obtuvo sanción definitiva de la Iglesia en el año 1484, aca porque, efectivamente, se había producido un recrudecimiento arcaicos cultos paganos de la fertilidad que invertían los término de la moral cristiana. Y fue en el siglo xvii, marcado por la apa ción de los métodos exactos de las ciencias físicas, cuando se pop larizó la persecución de las brujas. Al respecto, algunos de los ofe

sores más malignos se encontrarían entre los propios hombres de ciencia y filósofos de nuevo cuño; en personas como, por ejemplo, Joseph Glanvill, quien, casi al mismo tiempo, pasaba a predecir la total transformación del mundo físico por la ciencia y la técnica.

Pero la misma conmoción de la Peste Negra produjo también una reacción completamente diferente: una tremenda concentración de energías, ya no en la muerte, la seguridad, la eternidad y la estabilidad, sino en todo aquello que la audacia humana pudiera aprehender y dominar dentro de los límites de duración de una sola vida. De la noche a la mañana, seis de los siete pecados capitales se convirtieron en virtudes cardinales; y el peor de todos ellos, el pecado del orgullo, se convirtió en el rasgo distintivo de los nuevos caudillos de la sociedad, tanto en el escritorio comercial como en el campo de batalla. Producir y ostentar riquezas, aprehender y extender el poder pasaron a ser los imperativos universales: se practicaban desde tiempo atrás, pero ahora se los reconocía abiertamente como principios rectores de una sociedad entera.

Hubo un tránsito de cuatro o cinco siglos entre las antiguas y las nuevas constelaciones, de la universalidad medieval a la uniformidad barroca, del localismo medieval al centralismo barroco, del absolutismo de Dios y la Santa Madre Iglesia Católica al absolutismo del soberano temporal y el Estado nacional, como fuente de la autoridad y como objetivo del culto colectivo. No dificultemos la comprensión de la naturaleza fundamental de este cambio refiriéndonos solo a sus acompañamientos estéticos. La exhumación y la medición de monumentos clásicos, el descubrimiento de Platón y de Vitruvio, la reverencia ante los cinco órdenes de la arquitectura, el deleite sensorial ante los ornamentos antiguos y las estatuas recién sacadas a la luz: todo esto arrojó un manto de decoro estético sobre la tiranía y el libertinaje de los poderes gobernantes. Conocedores como Hippolito Vitellesco podrían abrazar sus estatuas clásicas y hablarles —lo cuenta John

Evelyn— como si fueran seres vivos; pero estaba convirtiéndose a seres humanos en autómatas que obedecían únicamente las órdenes de afuera: un recrudecimiento de las arcaicas prácticas de las ciudades centradas en el rey.

La tendencia subyacente de este nuevo orden no se hizo del todo visible hasta el siglo XVII: entonces todos los aspectos de la vida se apartaron del polo medieval y se reunieron bajo un nuevo signo, el signo del príncipe. La obra de Maquiavelo sobre *El príncipe* proporciona más de una clave para la comprensión tanto de la política como del plano de la nueva ciudad; y Descartes, más tarde, reinterpretará el mundo de la ciencia en los términos del orden unificado de la ciudad barroca. En el siglo XVII, las intuiciones de precursores como Alberti se realizaron finalmente con el estilo barroco de vida, el plano barroco, el jardín barroco y la ciudad barroca. Hasta mediados del siglo XIX se proyectaron nuevos barrios urbanos para la clase media, de un rancio buen gusto, según el modelo barroco de la aristocracia. Lo que ahora forma el barrio, principalmente pensiones y hoteles, de South Kensington, Londres, es la exhalación victoriana agonizante de aquel fresco hálito de poder y orden.

3. Despliegue y clarificación

Antes de que la organización barroca se hiciera con el control de casi todos los aspectos de la escena hubo una etapa intermedia en la que lo nuevo y lo viejo se entremezclaron y ganaron recíprocamente, por su contraste y posición. Por desgracia, a esta fase se la sigue llamando «el» renacimiento: término demasiado firmemente establecido para que resulte fácil desecharlo, pese a lo cual es, por sus connotaciones, casi tan equívoco como «la» revolución industrial. A esta altura del proceso de construcción urbana, el

recinto ya sin sentido, y el desorden y el hacinamiento que caracterizaron a menudo la ciudad medieval tardía se habían vuelto intolerables. Hasta por razones prácticas, las calles retorcidas y las oscuras callejas se habían hecho sospechosas como cómplices del delito; y así, en el año 1475, el rey Fernando I de Nápoles señaló que las calles angostas eran un peligro para el Estado.

A fin de que se volviera a respirar libremente, los nuevos proyectistas y constructores apartaron los muros atestados, volteando cobertizos, puestos y casas viejas, atravesando las callejuelas torcidas para trazar una calle recta o una plaza rectangular y abierta. En muchas ciudades la gente debió de tener la impresión de que se abrían de repente los postigos de una habitación mohosa y cubierta de telarañas.

Pero darles el nombre de «re-nacimiento» a estos cambios de los siglos XV y XVI equivale a entender mal tanto el impulso como el resultado. Lo que observamos es más bien una especie de clarificación geométrica del espíritu, que ya se venía desarrollando desde hacía muchas generaciones y que no buscaba un cambio global sino una modificación fragmentaria de la ciudad histórica. En ciudades como Florencia y Turín, cuyos contornos romanos iniciales eran aún invisibles, el nuevo estilo fue tan profundamente orgánico que parece una prolongación de su propio pasado, en vez de una renuncia a él. La Loggia dei Lanzi en Florencia, por ejemplo, fue terminada en el año 1387. Si bien conforme con el calendario corresponde a la Edad Media, por su forma es categóricamente del «renacimiento», pues es abierta y serena, con sus tres arcos redondos y sus columnas clásicas. ¿Un re-nacimiento? No: una purificación, un intento de volver al punto de partida, así como un pintor suele pintar sobre las formas y los colores confusos de su lienzo a fin de recuperar las líneas del boceto inicial.

Si se emplea el término con precisión, no hay ciudad renacentista. Pero hay fragmentos de orden renacentista, aperturas y

clarificaciones, que modifican bellamente la estructura de la ciudad medieval. Y si bien los edificios nuevos, con su gravedad impersonal y su decorosa regularidad, rompieron la armonía del modelo medieval, también establecieron una relación en contrapunto que da realce, por contraste, a cualidades estéticas de las calles y los edificios más viejos, las que, de otro modo, no se notarían, siendo a menudo invisibles. El tema propiamente dicho siguió siendo medieval, pero se agregaron a la orquesta nuevos instrumentos, y tanto el ritmo como la tonalidad de la ciudad cambiaron.

Los símbolos de este nuevo movimiento son la calle recta, la línea ininterrumpida y horizontal de tejados, el arco de medio punto, y la repetición en la fachada de elementos uniformes, de la cornisa, el dintel, la ventana y la columna. Alberti sugería que las calles «resultarán mucho más nobles si se construyen todas las puertas conforme con un mismo modelo y si las casas, a cada lado, se levantan en una línea uniforme, sin que ninguna sea más alta que las demás». Esta claridad y esta sencillez fueron realzadas por la fachada bidimensional y el acceso frontal; pero el nuevo orden, mientras tuvo vida, nunca fue practicado con una coherencia excesiva, dejando de lado cualquier otra consideración, como lo haría el siglo XVII, con sus reglas estrictas de composición, sus avenidas interminables y sus reglamentaciones legales uniformes. A decir verdad, es precisamente en esta flexibilidad, en esta ausencia de reglamentación, donde los nuevos constructores renacentistas pusieron en evidencia su deuda con el orden medieval. La altura de la nueva biblioteca de Sansovino, en la Piazza San Marco, no es exactamente la del Palacio Ducal; y, del mismo modo, solo aproximadamente tienen la misma altura los edificios que rodean la Piazza Santissima Annunziata, en Florencia. Por estricto que sea el orden de la calle renacentista, no llega a hacerse rígido o asfixiante.

Una de las primeras entre estas nuevas calles, la construida por los Cuatro Grandes en Génova, llevaba concretamente el nom-

bre de Strada Nuova: fue proyectada, según nos cuenta Vasari, por Galeazzo Alessi de Perusa, con el propósito de que fuera la calle más magnífica de Italia; tenía a sus costados enormes palacios, separados entre sí, también proyectados por él, con jardines en las laderas de la parte de atrás, de dimensiones suficientes para albergar un ejército privado, y con habitaciones correlativamente altas. Pero esta nueva calle audaz, si bien es más ancha que los antiguos pasajes y callejas, con todo solo tiene seis metros de ancho y menos de doscientos metros de largo. Así, en un comienzo, el modelo de la ciudad vieja no se modificó sustancialmente, incluso bajo las órdenes de magnates poderosos e implacables. La mayoría de los palacios renacentistas de Florencia fueron construidos en angostas calles romanas y medievales; una de las grandes excepciones es el Palazzo Pitti al otro lado del río, es decir, en una ubicación suburbana pero, con todo, cerca de la antigua Vía Romana.

No solo eran todavía reducidas y modestas las ambiciones de los nuevos proyectistas urbanos del siglo XVI: fue esta modestia misma la que sacó a luz lo mejor que había tanto en el antiguo como en el nuevo orden. Los nuevos proyectistas no intentaron armonizar sus diseños con las viejas pautas medievales, lo cual hubiera sido autodestructivo. Pero como todavía seguían en pie tantas de las cosas viejas, los nuevos edificios crearon un orden rico y complejo, a menudo más satisfactorio estéticamente que las composiciones uniformes, con una sola inspiración, de periodos más próximos a nosotros. Constituye el ejemplo clásico de este logro visual la calle recta y angosta que forman los dos lados de los Uffizi, en la Florencia renacentista. Se trata de una suerte de ejemplificación diagramática del nuevo orden. La composición clásica de estos edificios, con sus motivos reiterados y sus líneas horizontales convergentes, se volvería bien pronto tediosa si no dieran paso, poco después, a una clase diferente de construcción: la torre del viejo Palazzo della Signoria, en la plaza que está más allá.

Cuando el planificador obtuvo la libertad de diseñar una ciudad entera conforme con los mismos principios de la Strada Nueva o los Uffizi, se pusieron en evidencia las limitaciones estéticas de esta reglamentación global del espacio, y de esta falta de atención igualmente global de la diversidad de las funciones humanas. En el primer caso, el orden era todavía un instrumento de vida; en el segundo, la vida se había convertido en un instrumento del orden. Pero, en pequeñas dosis, el nuevo orden del diseño renacentista acrecentó a menudo la belleza de la ciudad medieval, confiriéndole, por ejemplo en la Piazza Santissima Annunziata, algo del reposo espacial interior del claustro monacal. Más adelante examinaremos la extensión de este principio de los espacios abiertos a la edificación de residencias, con lo que aportó un nuevo elemento al vocabulario del diseñador.

Hasta el siglo XVII la nueva tradición en materia de arquitectura, con el uso otra vez de antiguas formas clásicas para expresar intuiciones y sentimientos nuevos, produjo una fresca sensación de apertura, claridad y orden formal. La confusión visual tolerada en la ciudad antigua fue remplazada por una vestidura oficial. Lugares sin encanto o pelados, como la colina Capitolina de Roma, fueron revestidos de piedra, y se convirtió el empinado sendero de cabras en una gran escalinata. De hecho, la decoración de la calle constituyó una de las contribuciones no menos importantes de la tradición renacentista: el pavimento de piedra y de ladrillo, las escaleras de piedra, las fuentes esculpidas y las estatuas conmemorativas. Por su sentido del movimiento vertical, el juego ascendente de la fuente y la subida de los peldaños, estas innovaciones agregaron vivacidad espacial a las funciones que desempeñaban. En Roma, la escalinata de la plaza de España, que es al mismo tiempo mercado de flores, arena y acceso para penitentes a la Trinità, que está en lo alto, desempeña un servicio de liberación que no debe medirse por la superficie ocupada sino por la intensidad de uso.

Algo de este espíritu quedó en las mejores obras del periodo barroco, particularmente en las fuentes esculpidas y las plazas de Bernini, en Roma. Pero estos fragmentos de belleza y orden ganan no poco en virtud del contraste con la aglomeración que hay en torno. No bien el orden barroco se difundió y se hizo uniforme y absoluto, de modo que ya no fueran posibles ni el contraste ni la evasión, sus debilidades quedaron al descubierto. La clarificación fue remplazada por la regimentación, la amplitud por la vacuidad, la grandeza por la grandilocuencia. La voz de solista del diseñador podría ampliarse en volumen; pero no podría remplazar jamás a la de todos los cantores en un coro cívico que sigue la partitura en contrapunto mientras cada cual se reserva su propia parte.

Dentro del mundo cerrado de la crítica de arte especializada, e incluso del estudio del diseño urbano, con frecuencia se interpretan estos tránsitos del periodo renacentista al barroco como si solo hubieran sido cambios de gusto o apreciación estética: pero lo que les dio la influencia que han ejercido efectivamente en la planificación de ciudades fue el hecho de que se basaban, en todos sus aspectos, en profundas transformaciones políticas y económicas. Las fuerzas que inicialmente dieron nacimiento a las ciudades reales del mundo antiguo reaparecieron una vez más, apenas con algún cambio, con la excepción quizá de que los nuevos motores del poder eran aún más eficaces, y los consiguientes planes urbanos todavía más implacables, unilaterales y no cooperativos; aún más indiferentes a las lentas y complejas interacciones, y a los pacientes ajustes y modificaciones, mediante la experimentación y la selección, que caracterizan a los métodos más orgánicos de desarrollo urbano. Para comprender el plano barroco que se consolidó finalmente hacia fines del siglo XVII, creando nuevos barrios urbanos e incluso nuevas ciudades residenciales para realizar, es necesario seguir los cambios, en materia de autoridad y poder, que tuvieron lugar a fines de la Edad Media.

Como todas estas tendencias culminaron finalmente en ciudad barroca, opté, hace largo tiempo, por emplear este términ —inicialmente despectivo— para la descripción de la sociedad ya no en una limitada acepción arquitectónica. El concepto de b rroco, tal como se configuró en el siglo XVII, es particularmen útil porque contiene en sí los dos elementos contradictorios de época. En primer término, el aspecto matemático y metódico ab tracto, que se expresa a la perfección en sus rigurosos trazados calles, sus disciplinados planos urbanos y sus jardines y diseñ paisajistas ordenados geométricamente. Y al mismo tiempo, en pintura y la escultura de la época, abarca el aspecto sensual, reb de, extravagante, anticlásico y antimecánico, que se expresa en s vestimentas y en su vida sexual y su fanatismo religioso, así com en su locura por gobernar. Entre los siglos XVI y XIX, estos d elementos coexistieron, actuando unas veces por separado y otr manteniéndose en tensión dentro de un conjunto más vasto.

Al respecto cabría considerar las primeras formas renacenti tas, con su pureza, como protobarrocas, y las formas neoclásica desde Versalles hasta San Petersburgo, como propias del barro «tardío»; en tanto que el mismo romanticismo despreocupado sin control que caracteriza al resurgimiento gótico podría ser vi to, paradójicamente, como una fase del capricho barroco. Nada esto tiene sentido si se concibe el barroco como un solo mome to en el desarrollo del estilo arquitectónico. Pero en el trascur de la última generación se ha ido extendiendo el significado d término; y este uso más generalizado del mismo se ve corrob rado por cierta vaguedad y contradicción iniciales en el epítet Desde el punto de vista de la ciudad, las formas renacentistas s los mutantes y las formas barrocas son los dominantes, en tan que las formas neoclásicas son los elementos persistentes en es compleja transformación cultural.

4. Territorio y ciudad

Desde el comienzo de la Edad Media, dos poderes habían competido por la primacía en Europa occidental: uno de ellos era la corona y el otro el municipio. Incluso en los grandes tiempos de las ciudades libres hubo partes de Europa donde el poder real se consolidó más rápidamente y mantuvo a las ciudades en un estado de vasallaje feudal: Inglaterra, Aquitania, Sicilia y Austria.

Allí donde el poder real e imperial era más débil, como en la Italia septentrional, la ciudad alcanzó su grado máximo de independencia como entidad política. Pero hasta donde era fuerte, como en Aragón, el poder de la corona distaba mucho de ser absoluto: «Nos, que cada uno de nosotros somos igual que vos y todos juntos más que Vos, te hacemos Rey si cumples nuestros fueros y los haces cumplir, si no, no».

La consolidación de los Estados feudales dispersos y la creación de campos continuos de administración política dentro de un marco definido claramente eran importantes para el bienestar de las comunidades interesadas. El problema real consistía en decidir si se emprendería esta consolidación en beneficio de una pequeña clase privilegiada o bien si se conseguiría a través de una unión libre de ciudades y regiones. Por desgracia las propias ciudades, como ya hemos visto, no eran inmunes a las tentaciones de una vida rapaz y parasitaria, posibilitada por la posesión de instrumentos de guerra: se lanzaron a explotar por la fuerza tanto los territorios nacionales como comarcas más distantes, en aventuras imperialistas que repetían alternativamente los errores políticos de espartanos y atenienses, cuando no de los romanos.

A menudo las ciudades más poderosas trataron de conquistar a sus vecinos más débiles, aunque no fuera más que para suprimir

un mercado rival: y en tiempos de guerra, desde las postrimerías del siglo XII en adelante, en Italia traspasarían gran parte del poder ejecutivo a un funcionario especial, el *podestà*, quien en casos de emergencia quedaba exento de las ataduras de la ley. A veces las ciudades empleaban mercenarios profesionales para afirmar su dominio sobre sus rivales: los pisanos figuraron entre los primeros que contrataron soldados profesionales para su guerra contra Florencia; y el éxito por ellos obtenido fue tan humillante que esta última ciudad comenzó a perder la fe en su alabado ejército ciudadano. Florencia, ciudad libre, accedió por contrato a renunciar por segunda vez a su libertad, en 1322, en favor del rey de Nápoles, a cambio de la protección de este.

Bajo la impresión de los reveses militares, los municipios de Italia fueron los primeros en invertir el proceso para alcanzar la libertad; y aunque consideraban con esperanza que el empleo de profesionales feudales o mercenarios constituía una medida provisional, con excesiva frecuencia comprobaron que el nuevo *condottiere*, como precio de la victoria, se convertía en gobernante de la ciudad para cuya protección se le había contratado. Pronto la imagen del «hombre a caballo», el nuevo tirano principesco, estaría a solas en la plaza del mercado. Era el símbolo de la nueva técnica y del nuevo poder, si bien, exceptuando el caballo, casi tan antiguo como la ciudad misma.

En la política democrática medieval había otra debilidad interna más bien semejante a la que se dio en Atenas. La vasta división del poder y la responsabilidad ocupaba gran parte del tiempo de cada ciudadano; y si bien la rápida rotación en el mandato —los seis priores de Florencia solo ocupaban sus cargos durante periodos de dos meses, los demás durante un año solamente— constituía una garantía contra la corrupción, por otra parte también minaba la eficacia y constituía un obstáculo para el desarrollo de una política a largo plazo. Braunfels ha calculado que más o me-

nos unas mil personas eran convocadas por año para el servicio de Florencia, bajo el sistema de las corporaciones y los partidos; y en ciudades más pequeñas, como Siena, Pisa (veinte mil habitantes), Pistoia y Arezzo (diez mil habitantes) haría falta una proporción aún mayor. En el siglo xiii, el Gran Consejo de Lucca, ciudad con una población de quince mil habitantes, contaba con quinientos cincuenta miembros.

Mientras fue reducida la población de la ciudad, el sistema democrático resultó viable. Pero con el crecimiento urbano aparecieron la irresponsabilidad, la ineficacia, la división de intereses y el letargo político, factores que allanaron el camino para que un dictador tiránico acumulara todo el poder en sus manos. Cuando el aficionado deja su puesto, pasa a desempeñarlo el profesional.

En suma, a fin de alcanzar un poder despótico sobre sus vecinas, las ciudades aceptaron, paso a paso, la pérdida de su propia libertad interna; y lo que es más, perdieron su litigio moral con otras formas de despotismo. Las únicas partes de Europa donde las corporaciones cívicas y el Estado territorial se unificaron sin pérdida de libertad civil fueron, como ya he indicado, la confederación de cantones suizos y los Países Bajos.

En los comienzos de la Edad Media, los grandes señores feudales habían conseguido alimentar a sus subordinados, recaudar sus alquileres y asegurar un mínimo de paz y orden en sus dominios solo mediante un movimiento continuo de un dominio a otro. La corte era un campamento móvil: la vigilancia y el movimiento eran el precio del poder. Esto era tan válido para los reyes como para los nobles menores. Los ministros reales, los jueces y todo el aparato de gobierno y control fiscal eran, esencialmente, una estructura móvil: la autoridad se mantenía mediante vigilancia personal. Durante el siglo xiv, en las grandes monarquías de Francia e Inglaterra este proceso se detuvo. Los anales de las cortes, los pergaminos, los registros, los archivos y la correspon-

dencia, por no hablar de los funcionarios mismos, se habían hecho demasiado numerosos y abultados para que resultara posible trasladarlos. A medida que aumentaba el tamaño del territorio y el número de habitantes, la fiscalización personal directa se hacía impracticable: la administración impersonal y la autoridad delegada se volvieron necesarias.

Aunque el movimiento popular en favor del control parlamentario no se mantuvo con mucho éxito, excepto en Inglaterra, el Estado moderno comenzó a adquirir forma en el siglo XIV. Sus rasgos distintivos son: burocracia, archivos, registros y edificios permanentes, situados más o menos en el centro, para la gestión de los asuntos oficiales. Tout ha descrito bien este proceso. «En la época del reinado de Enrique II —observa este autor— el rey de Inglaterra había centralizado a tal punto la autoridad bajo su jurisdicción inmediata que todos los hombres acaudalados tenían frecuentemente ocasión de acudir en pos de justicia o de solicitar favores en la corte». Este movimiento o, mejor dicho, este *asentamiento*, tuvo lugar, en primer término, en la administración financiera, que tenía su sede especial en Westminster; y paulatinamente se extendió a todas las demás oficinas del Estado. Y el proceso mismo era de carácter recíproco: la centralización de la autoridad exigía la creación de la ciudad capital, en tanto que la ciudad capital, al controlar las principales rutas del comercio y los movimientos militares, fue una poderosa contribución hacia la unificación del Estado.

Este traspaso de poder fue acompañado por el surgimiento de una burocracia oficial. El señor errante de comienzos de la Edad Media, quien a menudo estaba ausente de su castillo o de su capital, en la guerra o en las cruzadas, ahora se había asentado: tenía suficiente fuerza para hacer que sus vasallos más poderosos acudieran a él. Con el establecimiento de los archivos, de los registros de escrituras e impuestos en la capital, surgió un regi-

miento de empleados y funcionarios permanentes, los funcionarios del nuevo «Departamento del Circunloquio», que no estaban supeditados a las elecciones municipales.

Bajo la organización despótica no podía hacerse nada dentro de la municipalidad sin contar con un permiso especial; y hacer y deshacer normas se convirtió en una fuente de ingresos para el príncipe. La recaudación de impuestos, la imposición de multas, la promulgación de leyes y reglamentos, así como la entrega de pasaportes, eran grano para el molino burocrático. En el siglo XIV se estableció un sistema de pasaportes en Padua; y en Ferrara, el duque inspeccionaba personalmente la lista diaria de viajeros que los posaderos tenían la obligación de presentar. Esta reglamentación bizantina, que concretamente se originó en Constantinopla, se universalizó muy pronto. El mismo castigo, esa arma necesaria del poder arbitrario, se convirtió también en una fuente de ingresos: un príncipe italiano decía, según Jacob Burckhardt, que las disputas de sus súbditos le rendían más de doce mil ducados en concepto de multas.

Para alojar todas estas nuevas funciones burocráticas debía erigirse un nuevo tipo de edificio: el edificio de oficinas. El modelo original de esta clase de estructura es el que diseñó Vasari en Florencia, los Uffizi (los oficios), cuyo interior estuvo, en otros tiempos, coronado por una *loggia* de techo descubierto. He aquí el cliché original de la arquitectura burocrática en su mejor momento, por suerte a escala reducida, pesado sin ser formidable, destinado a ser reproducido con variaciones menores y a una escala monumental, con machacona insistencia, en las estructuras burocráticas de París, San Petersburgo, Berlín, Washington y sus imitadores. Las repeticiones y reglamentaciones del sistema burocrático dejaron sobre la ciudad una huella todavía más profunda que el nuevo ejército. Bajo este régimen tal vez se obtuvo a menudo cierta ganancia inmediata en eficacia municipal; pero siempre

hubo una pérdida de autonomía. Hoy por hoy, con el triunfo de la jerarquía administrativa, tanto la estructura como la función tienen ese carácter de pesadilla que describe Kafka en *El proceso*.

Obsérvese que la ciudad capital tenía que desempeñar tanto un papel social como político. En la capital, los hábitos, las costumbres y los dialectos de provincias se fundieron y remodelaron a imagen de la corte real; esto se convirtió en la llamada imagen nacional, nacional por prescripción y moda imitativa más que por su origen. Hicieron falta siglos para llevar a cabo la unificación, hasta en actividades tan extrapersonales como la reglamentación de pesas y medidas: solo en 1665 propuso Colbert «poner la totalidad del reino de Su Majestad dentro de los mismos estatutos y dentro del mismo sistema de pesas y medidas». Hasta la seguridad de la vida y los bienes tardó en afianzarse en todos los rincones del nuevo dominio nacional: aún en 1553, en la *Guide des Chemins de France* hay avisos sobre «salteadores» o «bosque peligroso» en los espacios abiertos entre las ciudades.

La consolidación del poder en la capital política fue acompañada por una pérdida de poder e iniciativa en los centros menores: el prestigio nacional significó la muerte de la libertad local del municipio. El mismo territorio nacional se convirtió en el eslabón de unión entre diversos grupos, corporaciones y ciudades: la nación era una sociedad que lo abarcaba todo y en la que se ingresaba en el momento del nacimiento. Como señala Gierke, los nuevos teóricos de la ley se vieron impulsados a negar que las comunidades locales y los gremios tuvieran una existencia propia: la familia era el único grupo, fuera del Estado, cuya existencia se consideraría válida en sí misma, el único grupo que no necesitaba el gracioso permiso del soberano para ejercer sus funciones naturales.

Una vez consolidado de este modo el poder político, los individuos obtendrían los privilegios económicos del príncipe y no de la ciudad que, por lo regular, podrían ejercer en cualquier parte

del reino. A partir del siglo xvi, por lo tanto, las ciudades que aumentaron más rápidamente su población, su superficie y su riqueza fueron aquellas que servían de sede a una corte real: la fuente del poder económico. Aproximadamente doce ciudades alcanzaron velozmente un tamaño al que, en la Edad Media, no había llegado ni siquiera un puñado: en poco tiempo, Londres contaba 250.000 habitantes; Nápoles, 240.000; Milán, más de 200.000; Palermo y Roma, 100.000 cada una; Lisboa, puerto de una gran monarquía, más de 100.000, y otro tanto Sevilla, Amberes y Ámsterdam; mientras que París, en 1594, tenía 180.000 habitantes.

En tanto que los grandes Estados del mundo moderno se consolidaban, las capitales seguían monopolizando la población. En el siglo xviii, las ciudades con más de 200.000 habitantes incluían a Moscú, Viena, San Petersburgo y Palermo, mientras que en la categoría de ciudades de 100.000 habitantes figuraban Varsovia, Berlín y Copenhague. En las postrimerías del siglo xviii, Nápoles tenía 433.930 habitantes, París aproximadamente 670.000 y Londres más de 800.000; y las ciudades comerciales como Bristol y Norwich, o las ciudades industriales como Leeds, Mánchester, Iserlohn y Paderborn seguían siendo, en su mayor parte, de pequeñas dimensiones: es decir, con menos de 50.000 habitantes.

La ciudad comercial de Hamburgo y la ciudad industrial de Lyon, ambas con sólidas bases medievales y una ininterrumpida vida económica, son las principales excepciones, pues a comienzos del siglo xix ambas tenían más de 100.000 habitantes; pero, hasta entonces, no habían representado las formas predominantes de poder político y financiero. El aumento de tamaño y escala en las operaciones financieras y políticas se extendió a otras esferas: Roma se jactaba de poseer un hospital con cabida para 450 expósitos, 500 niñas y 1.000 camas para pacientes, en un solo departamento, o sea, una pérdida total de la escala humana, con una correlativa mecanización de las relaciones personales.

A diferencia del régimen medieval, el poder y la población ya no estaban dispersos y descentralizados. Solo en los países germánicos se mantuvo, efectivamente, el tipo anterior de economía municipal e incluso allí la consolidación de Brandeburgo-Prusia, en el siglo XVII, cambió la situación. El Estado creció a expensas de las partes integrantes: la capital creció desproporcionadamente en relación con las ciudades del interior y en no poca medida a su costa. A medida que las municipalidades adquirían importancia se hizo necesario complementar el control local mediante una legislación nacional y, finalmente, ya nada podría hacerse sin la ayuda y la sanción de la autoridad central. Aunque las capitales naturales estaban, por lo común, situadas en puntos particularmente ventajosos para el comercio y la defensa militar —siendo estos elementos los que se consideraron inicialmente para hacer su selección— los gobernantes barrocos presionaron con todos los poderes del Estado para confirmar estas ventajas. Cuando faltaba el centro natural, imitaban a distancia el colosal capricho de Pedro el Grande al fundar San Petersburgo.

En resumen, la multiplicación de ciudades cesó o, por lo menos, dicha actividad se trasladó en gran parte, entre los siglos XVI y XIX, al Nuevo Mundo. La construcción de ciudades ya no era, para una clase ascendente de pequeños artesanos y mercaderes, un medio para obtener la libertad y la seguridad. Más bien era un medio de consolidar el poder político en un centro nacional único que se hallaba directamente bajo la vigilancia del rey y un medio de impedir que tal desafío a la autoridad central se lanzara en otra parte, en centros dispersos, de más arduo control. La era de las ciudades libres, con su cultura ampliamente difundida y sus modos de asociación relativamente democrática, cedió su puesto a la era de las ciudades absolutas: unos cuantos centros que crecían desmedidamente, dejando que las demás ciudades aceptaran el estancamiento o se embrutecieran con desesperados gestos de imitación servil.

5. Instrumentos de coerción

En el desarrollo del Estado moderno, el capitalismo, la técnica y la guerra desempeñan un papel decisivo; pero resulta imposible asignarle un papel previo a ninguno de los tres factores. Cada uno se desarrolló por presiones internas y en respuesta a un medio común; y el Estado se desarrolló conjuntamente con ellos.

¿Cómo surgieron las doctrinas modernas del poder político absoluto? ¿Por qué, de las concentraciones de capital económico y de autoridad política que tuvieron lugar en la ciudad italiana del siglo XIV, en la que más de una corporación y más de una familia se disputaban la posición, salió tan fácilmente ganador el déspota político? ¿Cómo se difundió por Europa la moda del despotismo, que creó grandes déspotas como los Tudor y minúsculos déspotas como los príncipes menores de los Estados germanos, déspotas que tienen sus equivalentes, y a veces sus orígenes, en los nuevos hombres de negocios y financieros? Queda otro nombre para esta fe creciente en el poder absoluto: se la podría llamar la ilusión de la pólvora.

Esa vieja sentencia de que la pólvora determinó la bancarrota del feudalismo dista mucho de ser cierta. Si bien la independencia feudal no pudo resistir la centralización del poder en las monarquías nacionales, la pólvora tuvo como efecto darles a los aristócratas feudales un nuevo lapso de vida, liberándolos de la presión de las ciudades amuralladas; puesto que la pólvora aumentó el alcance, el poder y la movilidad de los soldados profesionales, y la guerra era la profesión de siempre para el señor feudal. No obstante, y en un sentido muy real, la introducción de la pólvora a comienzos del siglo XIV, ese siglo que minó tantas instituciones medievales, hizo sonar el toque de difuntos de las ciudades libres.

Hasta ese momento la seguridad se había basado principa
mente en el foso y la muralla, que eran defensa suficiente contr
los guerreros expedicionarios, quienes no llevaban pesados instru
mentos de asalto. Una ciudad bien fortificada era prácticament
inexpugnable: aun en los días de Maquiavelo, este podía observa
que las «ciudades de Alemania [...] están fortificadas de modo ta
[...] que conquistarlas resultaría una operación larga y difícil, pue
cuentan con todos los fosos y bastiones necesarios, así como co
artillería suficiente, y siempre guardan en los almacenes público
alimentos, bebidas y combustibles para un año».

Hasta llegar al siglo xv, la defensa se imponía al ataque. E
moderno tratado de urbanismo de Alberti (1485) no cuenta co
la existencia de la artillería, y el nuevo arte de la fortificación sol
desempeña un papel secundario en la obra. A decir verdad, l
artillería era tan imperfecta y en un comienzo se la utilizó con ta
poca destreza que, como observa Guicciardini, el asedio de ciu
dades era lento e inseguro, y estas estaban en igualdad de condi
ciones o, mejor dicho, en términos más que iguales con los ejér
citos atacantes hasta la invasión francesa de Italia, a las órdene
de Carlos VIII, que se llevó a cabo con un número de tropas sin
precedentes (sesenta mil hombres), provistas de balas de hierro
no de piedra para sus cañones y moviéndose tamaña fuerza co
una velocidad entonces inaudita. En adelante las condiciones s
invirtieron: en tanto que una bala no explosiva de piedra o hierro
que los cañones de los defensores también podían emplear, y cau
saba poco daño cuando caía entre compañías de soldados, podía
provocar un gran destrozo cuando se la usaba en el asedio para
abrir una brecha en la muralla o al caer sobre un techo. La nueva
artillería de fines del siglo xv hizo vulnerables las ciudades; y su
vieja forma de defensa, la ubicación en una colina o un risco in
accesible, solo servía para convertirlas en blancos más fáciles; de
modo que la ciudad «inexpugnable» de comienzos de la Edad Me
dia era aún más sencilla de someter que su sucesora fortificada.

En el intento por igualar las condiciones militares, desde ese momento, las ciudades se vieron obligadas a abandonar su viejo sistema de murallas simples, defendidas en su mayor parte por tropas ciudadanas. Debieron alquilar soldados, a fin de poder organizar salidas y hacer frente al enemigo en el campo abierto; y, después de la victoriosa defensa de Milán por Prospero Colonna, en 1521, estuvieron forzados a adoptar los nuevos métodos de fortificación que allí habían desarrollado los ingenieros militares italianos. Perusa, con sus torres salientes «como los dedos de la mano de un hombre» había dado el ejemplo, según dice Alberti.

Estas nuevas fortificaciones eran mucho más complicadas que las antiguas murallas: tenían obras exteriores, salientes y bastiones en forma de punta de lanza, que permitían tanto a la artillería como a la infantería armada barrer las filas de las fuerzas atacantes, cualquiera que fuera el lado desde el que se acercaran. Al llevar los mosquetes de los defensores a las posiciones más avanzadas, teóricamente les fue posible poner la ciudad misma, cuya circunferencia estaría muchos cientos de metros más atrás, fuera del alcance del cañón más poderoso del enemigo. Durante unos dos siglos, estas ingeniosas defensas parecieron prometer seguridad pero, como tantas otras formas de protección militar, impusieron una tremenda carga social a la población protegida y, en última instancia, fueron responsables en muchas ciudades de esas deplorables condiciones de hacinamiento que tan a menudo se le han reprochado a la ciudad *medieval*.

En vez del simple muro de mampostería, que podía proyectar o construir un albañil corriente, se hizo necesario crear un sistema complejo de defensa que exigía grandes conocimientos de ingeniería, así como un gran desembolso de dinero. Difíciles de construir, estas fortificaciones eran aún más difíciles de modificar si no era a un precio prohibitivo. Las antiguas murallas podían extenderse para que incluyeran un suburbio: no impedían

el crecimiento natural ni la adaptación. En cambio, las nuevas fortificaciones impedían la expansión lateral. En las ciudades de los siglos XVI y XVII, la fortificación debió de tener sobre las finanzas el mismo efecto que tan a menudo ha tenido la construcción de subterráneos y autopistas sobre la metrópoli moderna: imponían una carga intolerable a la municipalidad y la dejaban en manos de la ayuda exorbitante del financiero.

Incluso bajo un régimen centralizado, como el de Francia, los habitantes de Metz ofrecieron sus servicios gratis, a fin de llevar a cabo, con un gasto de veinticinco mil libras, una obra que de otro modo habría costado cincuenta mil: un esfuerzo voluntario para eludir pesadas imposiciones financieras. Pese al uso frecuente del trabajo forzado, en Francia, el costo social no era pequeño. Los desembolsos de capital improductivo, que apartan la energía de la producción de artículos de consumo, agotan los recursos de un pueblo, incluso cuando el costo no se expresa en términos monetarios. Acaso una de las grandes ventajas de las ciudades inglesas, a partir del siglo XVI, que ayudó a Inglaterra en la carrera por la supremacía comercial, fue que solo ellas quedaron libres de esta exacción de sus recursos.

No menos desastrosos que los gastos financieros para la construcción fueron los resultados directos sobre la población misma. En tanto que la ciudad de viejo estilo estaba dividida en manzanas y plazas, y luego rodeada por una muralla, la nueva ciudad fortificada estaba proyectada ante todo como fortificación, y la ciudad propiamente dicha debía caber dentro de esta camisa de fuerza. El espacio ocupado por las nuevas fortificaciones era, por lo común, mayor que el ocupado por la ciudad entera. En Estrasburgo, durante la Edad Media, según Eberstadt, se hicieron no menos de cuatro ampliaciones de la muralla de la ciudad, entre los años 1200 y 1450. Pero la población se triplicó entre 1580 y 1870, sin cambio alguno en su trazado. Vieja o nueva, sus posibilidades de expan-

sión estaban terminadas. En adelante el crecimiento solo podría tener lugar verticalmente, y ningún burgués prudente edificaría su casa fuera de las murallas, en una posible «tierra de nadie». Para ser exactos, los administradores como Richelieu ordenaron que se derribara toda construcción situada en el territorio circundante de una ciudad fortificada: la ciudad se levantaba, como ocurría en el caso de París hasta anteayer, en medio de un erial de tierra no edificada, expuesta al fuego de artillería.

Las nuevas fortificaciones no solo alejaron demasiado de la ciudad los suburbios, los jardines y las huertas, relegándolos a distancias a las que solo podrían llegar cómodamente los ricos, que podían permitirse el lujo de andar a caballo: los espacios abiertos en el interior fueron rápidamente cubiertos por la edificación, ya que la población era expelida de las tierras adyacentes por el miedo y la ruina o bien por la presión del cercamiento y el monopolio de la tierra. Esta nueva congestión determinó la destrucción de las normas medievales de espacio para la edificación, incluso en algunas de las ciudades que conservaron su forma medieval y que la mantuvieron durante más tiempo. De hecho, el hacinamiento se había iniciado en las capitales ya antes del siglo XVII. Stow observa que en Londres se procedió a remplazar edificios de piedra por otros de madera, a fin de ahorrar el espacio ocupado por los más pesados muros de piedra; y los edificios de cinco pisos ocupaban el lugar de los de dos pisos (el paso de la mampostería a la construcción con estructura de acero se produjo por el mismo motivo en la ciudad norteamericana de fines del siglo XIX). Pero, en el siglo XVII, estas prácticas se universalizaron: se inició la construcción sistemática de altos edificios de viviendas, que tenían cinco o seis pisos en la vieja Ginebra o en París, y a veces ocho, diez o más en Edimburgo.

Esta presión de la competencia por el espacio obligó a aumentar los precios de la tierra en las capitales políticas. Los ele-

vados precios de la tierra, por ejemplo en Berlín desde los días de Federico el Grande, se concretaron en un mal patrón para la vivienda: amontonamiento, ausencia de lugares de juego para los niños, falta de luz, aire y capacidad interior, alquileres elevados. El alojamiento en tugurios de una gran parte de la población, y no tan solo de los mendigos, ladrones, trabajadores ocasionales y otros descastados, se convirtió en la modalidad característica de la ciudad en crecimiento del siglo XVII. La existencia de esos tugurios vició los elevados principios de arquitectos y constructores; del mismo modo que el uso frecuente de los corredores de Versalles como mingitorios colectivos vició las exorbitantes pretensiones estéticas de esa corte.

Hacia el siglo XVI, las normas establecidas por los ingenieros italianos regían la construcción urbana. El tratado de Durero sobre la fortificación de la ciudad presta escasa atención a la ciudad propiamente dicha; y en la mayoría de los libros y planes sobre el tema, la ciudad se trata como un mero apéndice de la forma militar: es, por así decirlo, el espacio «desocupado» que queda. Leonardo da Vinci, al igual que Palladio, abordó en sus cuadernos la ciudad propiamente dicha, sugirió la separación de las vías de peatones y las arterias de tránsito pesado y llegó a instar al duque de Milán a que promoviera la producción en masa de casas estandarizadas para obreros. Pero, a pesar de estas propuestas proféticas, su contribución al arte de la construcción urbana sigue siendo magra y accidental, en comparación con su extraordinario celo por el perfeccionamiento del arte de la fortificación y el asedio. Resulta fácil ver de qué lado estaban tanto la oportunidad como la energía creadora.

Con el tiempo el nuevo movimiento llegó a su culminación con los tipos de fortificación ideados en el siglo XVII por el gran ingeniero Sébastien Vauban: un trazado tan formidable que requirió un nuevo cuerpo en el ejército, los mineros y zapadores, orga-

nizado también por Vauban, para socavarlo y demolerlo. Aunque el arte de la fortificación había impuesto interminables sacrificios, se desmoronó poco después de haber desarrollado esta forma final. Una innovación técnica, el catalejo, permitió mejorar el fuego de artillería; y la mayor movilidad de los abastecimientos, a través de canales y caminos, así como la organización de un esmerado servicio de intendencia, dio ímpetu al ejército móvil. Mientras tanto, el propio Estado territorial había pasado a ser la «ciudad» que era necesario defender. El derroche económico de esta perversión militar no tendría rival hasta el insensato desarrollo de las bombas nucleares y los cohetes en nuestra época.

6. La guerra como constructora de la ciudad

Con el desarrollo del arte de la fortificación, el énfasis en materia de construcciones pasó de la arquitectura a la ingeniería, del diseño estético a los cálculos materiales de peso, número y población: un preludio de las técnicas más vastas de la máquina. Pero, en particular, modificó la imagen urbana. Se pasó del mundo de corto alcance de la ciudad medieval, con sus distancias que se recorren a pie, sus perspectivas cerradas y su espacio hecho de retazos, al mundo de largo alcance de la política barroca, con su fuego de artillería de largo alcance, sus vehículos con ruedas y su deseo creciente de conquistar el espacio y hacerse sentir en el otro extremo del globo.

Dentro de la vieja concepción medieval, la ciudad crecía horizontalmente: las fortificaciones eran verticales. En el orden barroco, la ciudad, limitada por sus fortificaciones, solo podía crecer hacia arriba en altas casas de alquiler, después de cubrir sus jardines traseros: la fortificación fue lo que siguió expandiéndose, tanto más cuanto que los ingenieros militares habían descubierto,

después de unos cuantos experimentos, que el medio más eficaz para contrarrestar el fuego de artillería con proyectiles no explosivos era una sustancia dúctil como la tierra, en vez de la piedra o el ladrillo; de modo que las obras exteriores de fortificación exigían más espacio que el baluarte, el bastión y el foso tradicionales. En tanto que en fortificaciones barrocas anteriores la distancia desde el fondo del talud hasta el exterior de la explanada era de veinte metros, en el clásico fuerte de Neuf-Brisach, proyectado por Vauban, era de doscientos diez metros. Este perímetro inutilizable representaba no solo un derroche de valiosa tierra urbana: era un obstáculo espacial para llegar fácilmente al campo abierto en busca de un poco de aire fresco. Así, esta expansión horizontal era una expresión orgánica del derroche y de la falta de interés por la salud que caracterizó a todo este régimen.

Buena parte de la nueva táctica de la vida surgió de un impulso hacia la destrucción: la destrucción de largo alcance. La piedad cristiana y la avidez capitalista aunaron sus fuerzas para lanzar a los nuevos conquistadores a través de los mares para saquear la India, México y Perú; mientras, el nuevo tipo de fortificación, el nuevo tipo de ejército y el nuevo tipo de taller industrial, cuyos mejores ejemplos se encontrarían en los vastos arsenales y fábricas de armas, conspiraban para trastornar los hábitos relativamente cooperativos de la ciudad protegida y para destruir su escala. La protección cedió ante la explotación implacable: en vez de seguridad, los hombres buscaban la expansión aventurera y la conquista. Y el proletariado interno estaba sometido a una forma de gobierno que no era menos implacable y autocrática que la que pulverizó las civilizaciones bárbaras de las dos Américas.

La guerra apresuró estas transformaciones; marcó el paso que seguirían todas las demás instituciones. Los nuevos ejércitos permanentes, vastos y poderosos y no menos temibles en tiempo de paz que en la guerra, transformaron esta última de actividad espas-

módica en actividad continua. La necesidad de fortalezas de guerra más costosas puso a las ciudades en manos de oligarquías usureras que financiaban las dañinas empresas políticas del gobernante, vivían suntuosamente con lo que obtenían del botín de guerra y trataban de perdurar en sus posiciones respaldando el despotismo que surgía. En caso de crisis económica, ante el primer síntoma de rebelión, podían volverse las armas de la soldadesca contra los súbditos miserables. (Los ingleses, al igual que los holandeses, escaparon de la pauta barroca antes que otros países al pagar con la misma moneda a sus gobernantes despóticos).

En la Edad Media, el soldado se había visto obligado a compartir su poder con el artesano, el mercader y el sacerdote. Ahora, con la política de los Estados absolutos, toda ley se había convertido en ley marcial. Cualquiera que pudiera financiar el ejército y el arsenal estaba en condiciones de convertirse en señor de la ciudad. Las descargas de fusilería simplificaron el arte de gobernar: era un modo rápido de poner término a una discusión molesta. En vez de aceptar los medios corrientes que aseguran la expresión saludable de las variedades de temperamento, intereses y creencias, las clases gobernantes podían pasarse sin estos métodos de «toma y daca»: su vocabulario solo reconocería el «daca».

Las armas de fuego, la artillería y el ejército permanente contribuyeron a producir una raza de gobernantes que no reconocía más ley que su propia voluntad y capricho; esa hermosa raza de déspotas, a veces imbéciles, talentosos otras, que elevaron la suspicacia y las fantasías descabelladas del Estado paranoide a la jerarquía de ritual obligatorio. Sus imitadores totalitarios y semitotalitarios de la actualidad, cuyas quimeras no son menores pero poseen mayor capacidad de destrucción, amenazan ahora la existencia misma de la especie humana.

La transformación del arte de la guerra dio a los gobernantes nacionales una poderosa ventaja sobre las corporaciones y los

grupos auténticos que integran una comunidad. Contribuyó, m
que cualquier otra fuerza por separado, a modificar la constituci
de la ciudad. El poder se hizo sinónimo del número. «La granc
za de la ciudad —observaría Botero— está, según se dice, no en
amplitud del terreno o el circuito de las murallas sino en la mu
titud y el número de habitantes y su poder». El ejército, reclutac
para hacer la guerra permanente, se convirtió en un nuevo fact
en el Estado y en la vida de la capital. En París y Berlín, así con
en otros centros menores, estos ejércitos permanentes crearo
una demanda de formas especiales de alojamiento, puesto que
se podía hospedar permanentemente a los soldados en las vivie
das de la población sin provocar una sensación de agravio.

Los cuarteles militares, en el orden barroco, ocupan casi
mismo lugar que el monasterio en el medieval; y los campos
desfile —como el nuevo Campo de Marte en París, por ejemplo
destacaban tanto en las nuevas ciudades como el propio Ma
en la pintura renacentista. El cambio de guardia, los ejercicios
los desfiles se convirtieron en uno de los grandes espectáculos
masas para el populacho, cada vez más servil: el toque de clar
y de tambor fueron sonidos tan característicos en esta nueva fa
de la vida urbana como lo había sido el repique de las campan
en la ciudad medieval. El trazado de las grandes *Viae Triumphal*
avenidas por las que un ejército victorioso podía desfilar con
efecto máximo sobre el espectador, constituyó un paso inevitab
en el reordenamiento urbano de las nuevas capitales, sobre to
en París y Berlín. Tanto simbólica como prácticamente, el dise
establecía que todo estaba «bajo control».

A la par de los cuarteles y de los campos de adiestramien
que ocupan terrenos tan extensos en las grandes capitales, van l
arsenales. En el siglo XVI se construyó un número extraordinar
de edificios con ese fin. Hacia 1540, Francisco I había hecho leva
tar once arsenales y polvorines: este proceso se desarrollaba, c

ritmo más vivaz o más lento, en todas las demás capitales. Los soldados, como ha destacado Sombart, son consumidores puros, aun cuando en la acción son productores negativos. Su demanda de alojamientos fue acompañada por una demanda de provisiones, bebidas y ropas en escala análoga. De aquí las filas de tabernas y los ejércitos de sastres en las proximidades de los cuarteles; de hecho, surge entonces un segundo ejército permanente de tenderos, sastres, taberneros y prostitutas, cuyos miembros más miserables deben su infortunio, acaso, al efecto de la interminable sucesión de conflictos militares que agitó Europa y que llegó a su culminación en el siglo XVIII (véase el eficaz resumen estadístico de Pitirim Sorokin en su obra *Dinámica social y cultural*).

No se menosprecie la presencia de una guarnición como agente de construcción de la ciudad. Un ejército permanente constituye un cuerpo de consumidores que establece una demanda en masa. En 1740, la población militar de Berlín ascendía a 21.309 hombres, sobre un total de unas noventa mil personas, casi la cuarta parte. La presencia de esta masa de seres humanos mecanizados y adiestrados para obedecer influyó necesariamente en todos los demás aspectos de la vida. El ejército, con su disciplina, proporcionó el modelo de otras formas de coerción política: la gente se habituó a aceptar el ladrido agresivo del sargento instructor; y los modales arrogantes y brutales de las clases superioras fueron imitados por los nuevos industriales, quienes gobernaban sus fábricas como déspotas absolutos. Hutton, en su historia de Birmingham, cuenta cómo el señor de la casa solariega en «1728 [...] se apoderó de un edificio público que se conocía con el nombre de Leather-Hall y lo transformó para su uso privado [...]. El alguacil exhortó a los habitantes a reclamar sus derechos pero, como no se presentara ninguno, el lord sonrió ante su negligencia y se quedó con la propiedad». Por debajo del barniz superficial de los modales barrocos de la clase superior hay una constante amenaza de desagradable

disciplina coercitiva. Estas dos cualidades recorren de cada uno
los aspectos de la vida barroca, incluso en su lujo y sus locuras.

7. La ideología del poder

Los dos brazos de este nuevo sistema son el ejército y la burocr
cia: el sostén temporal y espiritual de un despotismo centralizad
Ambos agentes debían gran parte de su influencia a un poder m
vasto y penetrante, el de la industria capitalista y las finanzas. Co
viene recordar, con Max Weber, que la administración racion
de los tributos fue un logro de las ciudades italianas en el perio
posterior a su pérdida de la libertad. La nueva oligarquía italia
fue el primer poder político que ordenó sus finanzas con arreg
a los principios de la contabilidad mercantil; y, poco después,
sutil mano italiana del experto en impuestos y administración
nanciera podía notarse en cada una de las capitales.

El paso de una economía de productos a una economía d
dinero extendió considerablemente los recursos del Estado.
monopolio de la renta, el botín de la piratería y el bandidaje,
producto del saqueo de los conquistadores, el monopolio de pri
legios especiales para la producción y la venta a través de patent
concedidas por el Estado, la aplicación de este último sistema a l
obligaciones técnicas: todos estos recursos llenaron las arcas d
soberano. Extender los límites del Estado equivalía a aumentar
población imponible; aumentar la población de la capital equiv
lía a aumentar la renta de la tierra. Ambas formas de crecimien
podían traducirse, en última instancia, en términos de dinero q
afluía al tesoro central. Ocurrió no solo que los gobiernos real
se hicieron capitalistas en sus operaciones, fundando sus propi
industrias de armas, porcelana, tapices, etc., sino que trataron
crear, con la noción de «balanza comercial favorable», un sistem

de explotación en virtud del cual cada Estado soberano recibiría más a cambio, en volumen de oro, de lo que hubiera dado: una economía colonial típica.

A su vez, el capitalismo se hizo militarista; confiaba en las armas del Estado cuando ya no podía negociar ventajosamente sin ellas: las bases mismas de la explotación colonial y el imperialismo. Sobre todo, el desarrollo del capitalismo introdujo en todas las esferas hábitos seculares de pensamiento y métodos empíricos de valoración: he aquí la urdimbre, exacta, ordenada, superficialmente eficaz sobre la que se bordaban los dibujos complicados y resplandecientes de la vida barroca. Las nuevas clases mercantiles y banqueras hacían hincapié en el método, el orden, la rutina, el poder y la movilidad, hábitos todos que tendían a aumentar el dominio práctico y efectivo. Jacob Fugger el Viejo llegó a hacerse construir un equipo de viaje especialmente diseñado, el cual contenía un servicio de comedor comprimido y eficazmente organizado: no se dejaba nada al azar.

La uniformidad del cuño que estampaba las piezas de la casa de la moneda se convirtió en un símbolo de estas cualidades que surgían en el nuevo orden. Florencia adquirió fama internacional y una posición comercial privilegiada por acuñar su florín de oro con un peso honrado uniforme. Intereses que luego serían sublimados y ampliados en el dominio de las ciencias físicas se revelaron inicialmente en la casa de cambios: la importancia asignada por el mercader a las matemáticas y al conocimiento de las primeras letras —dos elementos tan necesarios para el comercio a larga distancia por intermedio de agentes asalariados que actuaban conforme a instrucciones escritas— se convirtió en el ingrediente fundamental de la nueva enseñanza impartida en las escuelas primarias. No fue casualidad que el físico Newton llegara a ser director de la casa de la moneda o que los mercaderes de Londres contribuyeran

a fundar la Royal Society y llevaran a cabo experimentos de física. Estas disciplinas mecánicas eran, en efecto, intercambiables.

Detrás de los intereses inmediatos del nuevo capitalismo, con su amor abstracto por el dinero y el poder, tuvo lugar un cambio en todo el marco conceptual. Y, en primer término, una nueva concepción del espacio. Fue uno de los grandes triunfos del espíritu barroco organizar el espacio, hacerlo continuo, reducirlo a orden y medida y extender los límites de magnitud, abarcando lo extremadamente distante y lo extremadamente diminuto; por último, asociar el espacio con el movimiento y el tiempo.

Estos cambios fueron formulados inicialmente por los pintores, arquitectos y escenógrafos, empezando por Alberti, Brunelleschi, Uccello y Serlio. En tanto que los realistas flamencos, al trabajar en medio de adelantadas industrias del tejido, tenían una percepción segura del espacio, quedó para los italianos del siglo XV organizar el espacio conforme con líneas matemáticas, dentro de dos planos, el del cuadro y el de la línea de horizonte. No solo buscaron correlación entre la distancia, la intensidad del color y la calidad de la luz, sino también con el movimiento de los cuerpos, a través de la tercera dimensión proyectada. Esta congregación de líneas y volúmenes, hasta entonces inconexos dentro del marco rectangular barroco —a diferencia de los límites a menudo irregulares de una pintura medieval—, fue contemporánea de la consolidación política del territorio en el marco coherente del Estado. Pero el desarrollo de la línea recta y de la línea uniforme de construcción, como medio para expresar el movimiento uniforme, tuvo lugar por lo menos un siglo antes de la edificación concreta de fachadas sobre avenidas visiblemente limitadas.

De forma análoga, el estudio de la perspectiva demolió la visual cerrada, alargó la distancia hacia el horizonte y centró la atención en los planos que se alejaban, mucho antes de que se suprimiera

la muralla como rasgo de la planificación urbana. Esto constituyó un preludio estético a las grandiosas avenidas de diseño barroco, que a lo sumo tienen un obelisco, un arco o un solo edificio como punto terminal de los rayos convergentes de las líneas de la cornisa y los bordes del pavimento. El dilatado acceso y la perspectiva hacia un espacio aparentemente ilimitado —rasgos típicos del plano barroco— fueron descubiertos inicialmente por el pintor. El acto del paisaje es más importante que el objeto a que se llega: es de un interés más vivo el primer plano del palacio Farnesio que la torpe fachada que cubre la colina. La nueva ventana renacentista es netamente un marco de cuadro y el cuadro renacentista es una ventana imaginaria que, en la ciudad, hace olvidar el monótono patio que revelaría una abertura real.

Si los primeros pintores demostraron las matemáticas cartesianas antes de Descartes, conforme con su sistema de coordenadas, el sentido general del tiempo se hizo, del mismo modo, más matemático. A partir del siglo XVI el reloj doméstico gozaba de amplia difusión en las casas de las familias de clase alta. Pero mientras que el espacio barroco incitaba al movimiento, a los viajes, a la conquista de la velocidad —testimonio de esto son los coches de vela y los velocípedos, y más tarde las *promenades aériennes* y los toboganes—, el tiempo barroco carecía de dimensiones: era un continuo basado en el instante. El tiempo ya no se expresaba como un todo acumulativo y continuo *(durée)* sino como una suma de segundos y minutos: dejó de ser tiempo vital. El modo social del tiempo barroco es la moda, que cambia cada año; y en el mundo de la moda se inventó un nuevo pecado: el no estar a la moda. Su instrumento práctico fue el periodismo, que se ocupa de «acontecimientos» dispersos, sin coherencia lógica, un día tras otro, entre los que no hay un vínculo subyacente, excepto la contemporaneidad. Si en el orden espacial las pautas repetidas adquieren un nuevo significado —columnas de las fachadas de los edificios, filas de

hombres en los desfiles—, en el tiempo se pone el acento e
novedoso y no repetido. En cuanto al culto arqueológico del p
do, evidentemente no era una recuperación de la historia sin
negación. La historia real no puede recuperarse a menos que e
en una nueva vida con una forma nueva.

Las abstracciones del dinero, la perspectiva espacial
tiempo mecánico proporcionaron el marco de la nueva vida. La
periencia se redujo paulatinamente a aquellos únicos elemen
que podían separarse del conjunto y medirse por separado: fic
convencionales ocuparon el lugar de los organismos. Lo real
la parte de la experiencia que no dejaba oscuros residuos; y cua
no pudiera enunciarse en términos de sensaciones visuales
orden mecánico no era digno de expresarse. En el arte, perspec
y anatomía; en moral, la casuística sistemática de los jesuitas
arquitectura, la simetría axial, la repetición formalista y las pro
ciones fijas de los cinco órdenes; y, en materia de urbanism
plano geométrico complejo. He aquí las nuevas formas.

No se me malinterprete. La época del análisis abstracto
una época de brillante clarificación intelectual. El nuevo sist
consistente en ocuparse de fragmentos analizables matemát
mente y no de conjuntos dio el primer medio colectivo intelig
de acceso a esos conjuntos: un instrumento de ordenación tan
como la contabilidad por partida doble en el comercio. En las c
cias naturales, el método de la abstracción analítica llevó al
cubrimiento de unidades que podían ser examinadas con rapi
y precisión *precisamente* por ser fragmentarias e incompletas
ganado con el poder del pensamiento sistemático y la predicc
exacta de acontecimientos físicos se justificaría, en el siglo
con una serie de portentosos adelantos técnicos.

Pero en la sociedad el hábito de pensar en términos abst
tos tuvo consecuencias desastrosas. El nuevo orden establec
en las ciencias físicas era demasiado limitado para describir

terpretar hechos sociales, y hasta el siglo XIX el mismo desarrollo legítimo del análisis estadístico desempeñó un escaso papel en el pensamiento sociológico. Hombres y mujeres reales, corporaciones y ciudades reales, eran tratados por la ley y el gobierno como si fueran entes imaginarios; al tiempo que ingeniosas ficciones pragmáticas, como el Derecho Divino, el Gobierno Absoluto, el Estado y la Soberanía, se trataban como realidades. Exento de su sentido de dependencia del gremio y el vecindario, el «individuo emancipado» quedó disociado y extraviado: un átomo de poder que buscaba implacablemente todo el poder que le fuera posible. Con la busca de poder financiero y político, la noción de límites desapareció: límites para los números, límites para la riqueza, límites para el crecimiento de la población, límites para la expansión urbana; por el contrario, la expansión cuantitativa se volvió preponderante. El mercader nunca es demasiado rico; el Estado nunca posee demasiado territorio; la ciudad nunca es demasiado grande. El éxito en la vida se identificó con la expansión. Esta superstición todavía ejerce su influencia con la noción de una economía en crecimiento indefinido.

Botero, contemporáneo de esta evolución, observó sus consecuencias: «Los fundadores de ciudades —escribió— considerando que no sería fácil conservar y mantener las leyes y la disciplina civil donde pululara una enorme multitud de personas (pues las multitudes engendran y traen confusión), limitaron el número de ciudadanos más allá del cual suponían que la forma y el orden de gobierno que procuraban mantener dentro de sus ciudades no podría preservarse. Pero los romanos, suponiendo que el poder (sin el cual no es posible mantener una ciudad por largo tiempo) consistía en su mayor parte en la multitud de personas, procuraron engrandecer su país por todos los medios». Esto lo dice todo.

En el deseo de tener más súbditos —es decir, más carne de cañón, más vacas lecheras para el tributo y la renta nacional—,

los deseos del príncipe coincidían con los de los capitalistas que buscaban mercados más amplios y más concentrados, repletos de clientes insaciables. La política del poder y la economía del poder se reforzaban entre sí. Las ciudades crecieron, los consumidores se multiplicaron, las rentas se elevaron y los impuestos aumentaron. Ninguno de estos resultados fue accidental.

Ley, orden, uniformidad, son los productos especiales de la capital barroca: pero la ley existe para confirmar la posición jerárquica y asegurar la situación de las clases privilegiadas; el orden es un orden mecánico, que no se basa en la sangre, la vecindad y los propósitos y afectos conexos sino en el sometimiento al príncipe reinante; y en lo que concierne a la uniformidad, se trata de la uniformidad del burócrata, con sus casilleros, sus carpetas, su expediente y sus numerosos artificios para regular y sistematizar la recaudación de impuestos. El medio externo de dar vigencia a este modelo de vida es el ejército; su arma económica es la política capitalista mercantil; y sus instituciones más típicas son el ejército permanente, la bolsa, la burocracia y el tribunal.

Así, los gobernantes barrocos reimplantaron todas las instituciones de la implosión urbana inicial, incluso en ciertos casos la unión de los poderes sagrado y temporal en una iglesia estatal presidida por un rey bajo mandato divino. El viejo dios de la ciudad se convirtió ahora en una deidad nacional, del mismo modo que las antiguas murallas de la ciudad se convirtieron en las «fronteras nacionales». Ese dios renovó las demandas iniciales de tributos y de sangre humana. *Le Roi Soleil* estaba tan cercano a ser un auténtico Dios Sol como lo permitía la teología cristiana.

8. El movimiento y la avenida

Puesto que me ocupo de una época de abstracciones, me propongo seguir su estilo. Me referiré a la parte antes de pasar a considerar el todo. En primer lugar, la avenida; luego, las instituciones y los edificios separados; y solo entonces, la ciudad, como unidad estética ya que no como unidad social completa.

La avenida constituye el símbolo más importante y el dato principal de la ciudad barroca. No siempre fue posible proyectar toda una nueva ciudad al modo barroco, pero en el trazado de media docena de nuevas avenidas, o en un barrio nuevo, podría redefinirse su carácter. En la evolución lineal del plano urbano, el movimiento de vehículos de ruedas desempeñó un papel crítico; y la geometrización general del espacio, tan característica de este periodo, habría carecido totalmente de función si no hubiera facilitado el movimiento de tráfico y transporte de mercancías, al mismo tiempo que servía como expresión del sentido de vida predominante. Fue durante el siglo XVI cuando se generalizó el uso de carros y carretas dentro de las ciudades. Esto fue, en parte, resultado de avances técnicos que permitieron remplazar la anticuada rueda sólida por una rueda construida con partes separadas, eje, aro y rayo, y agregaron una quinta rueda, para facilitar la maniobrabilidad.

La introducción de estos vehículos suscitó resistencias, exactamente como tres siglos más tarde ocurriría con el ferrocarril. Evidentemente, las calles de la ciudad medieval no estaban adaptadas por su tamaño o su articulación para semejante tránsito. En Inglaterra, según nos refiere Thomas, se hicieron enérgicas protestas y se afirmó que, si se permitían en las calles los carros de los cerveceros, no podría conservarse el pavimento; en tanto que en Francia el parlamento rogó al rey en 1563 que prohibiera la circulación de vehículos por las calles de París; e incluso el mismo impulso se

manifestó una vez más, en el siglo XVIII. No obstante, el nuevo espíritu existente en la sociedad estaba de parte de los transportes rápidos. La premura en los movimientos y la conquista del espacio, el deseo febril de «llegar a algún lugar» eran manifestaciones de la invasora voluntad de poder. «El mundo —como observó Stow cuando la moda empezaba a cundir en Londres— se mueve sobre ruedas». Masa, velocidad y tiempo eran categorías del esfuerzo social antes de que Newton formulara su ley.

El movimiento en línea recta a lo largo de una avenida era no solo un ahorro sino también un placer especial: introdujo en la ciudad el estímulo y el júbilo del movimiento veloz, que hasta entones solo conociera el jinete que galopaba por los campos o por el coto de caza. Era posible aumentar estéticamente este placer mediante la disposición regular de los edificios, con fachadas y hasta con cornisas regulares, cuyas líneas horizontales tendían en dirección al mismo punto de fuga hacia el que rodaba el carruaje. Al caminar, la vista busca la variedad pero, más allá de este modo de desplazarse, el movimiento exige repetición de las unidades que se verán: solo así cada parte separada, cuando reluce al pasar, puede ser observada y conectada con las demás. Lo que resultaría monotonía en el caso de una posición fija o incluso en una procesión, se convierte en un contrapeso necesario para la marcha de caballos al galope.

Al hacer hincapié en las exigencias del tránsito de vehículos, que se tornaron urgentes en el siglo XVII, no deseo pasar por alto una necesidad característica que ya se reveló en un periodo anterior: la necesidad de avenidas para los movimientos militares. Citemos nuevamente a Alberti: este autor hacía la distinción entre calles principales y subordinadas. A las primeras las llamó —y el nombre es importante— *viae militares* o calles militares, exigiendo que estas fueran rectas. Cualquiera que haya dirigido una compañía de hombres a través de una ciudad de trazado irregular

conoce lo difícil que es conducirlos en orden marcial a través de sus tortuosidades, en particular cuando las calles no están niveladas: inevitablemente el individuo queda fuera de la formación y las filas presentan una apariencia desordenada. Para conseguir la máxima apariencia de orden y poderío en el desfile es necesario proporcionar al conjunto de soldados una plaza abierta o bien una larga avenida ininterrumpida.

Los nuevos urbanistas tuvieron constantemente presentes las necesidades del ejército: Palladio secundó a Alberti. Además de observar que los caminos serán cortos y cómodos si se los traza en línea recta, y si se los hace suficientemente anchos para que coches y caballos no se obstaculicen entre sí cuando se crucen, Palladio dice que «será cómodo que no haya tramos por los que los ejércitos no puedan marchar fácilmente». Estas calles ampliadas y uniformes, que habían de surgir como hongos en el desarrollo de vecindarios en las nuevas ciudades, y que aumentarían tan considerablemente los gastos, tenían una base puramente militar.

La definición adicional de la nueva avenida militar que da Palladio es igualmente significativa: la distinguía del tipo no militar señalando que pasan por el medio de la ciudad y llevan de una ciudad a otra y «sirven para uso universal de los viandantes. Son por las que marchan los ejércitos y por las que van los carros militares». Según esto, Palladio solo se ocupó de las calles militares porque las no militares deberían estar reguladas con arreglo a los mismos principios que aquellas y cuanto más se parezcan «tanto más loables serán». En vista de la importancia del ejército para las clases dominantes nada tiene de asombroso que el tránsito militar fuera el factor determinante en el nuevo plan urbano, desde la primera mutación, con Alberti, hasta la supervivencia última con el trazado de los bulevares de París, por parte de Haussmann.

El efecto estético de las filas regulares y de la línea recta de soldados aumenta por la regularidad de la avenida: la línea inflexi-

ble de marcha contribuye considerablemente a la exhibición del poder, y un regimiento que se mueve de este modo da la impresión de que podría atravesar una sólida muralla sin dejar de marcar el paso. Esta es, por supuesto, justamente la creencia que el soldado y el príncipe desean inculcar al populacho: contribuye a mantenerlos en orden sin llegar a una prueba concreta de fuerzas que siempre deja margen para la posibilidad de que el ejército se lleve la peor parte. Además, en calles irregulares, mal pavimentadas, donde abundan los adoquines flojos y los lugares para esconderse, las formaciones espontáneas de personas sin adiestramiento tienen una ventaja sobre los soldados disciplinados: los soldados no pueden tirar agazapados a la vuelta de la esquina, ni pueden protegerse de los ladrillos que llueven de las chimeneas que hay inmediatamente por encima de sus cabezas. Los soldados necesitan espacio para maniobrar. ¿Acaso no fueron las antiguas calles medievales de París uno de los últimos refugios de las libertades urbanas? No ha de asombrar, pues, que Napoleón III aprobara la eliminación de calles angostas y callejones sin salida, así como la demolición de barrios enteros a fin de crear avenidas anchas: estas constituían la mejor protección posible contra los ataques desde adentro. Para gobernar simplemente por coerción, sin un asentimiento afectuoso, es necesario contar con el marco urbano apropiado.

En la nueva ciudad, o en los agregados formales de viejos centros, el edificio forma un marco para la avenida y la avenida es fundamentalmente un campo de desfiles: un lugar donde pueden congregarse espectadores, en las aceras o en las ventanas, para admirar las evoluciones, los ejercicios y las marchas triunfales del ejército... quedando debidamente atemorizados e intimidados. Los edificios se levantan a cada lado, rígidos y uniformes, como soldados en formación: los soldados uniformados marchan avenida abajo, erguidos, tiesos, reiterativos: un edificio clásico en movimiento. El espectador permanece fijo en su sitio. La vida marcha

ante él, sin su licencia, sin su ayuda: él puede usar su vista, pero si desea abrir la boca o abandonar su puesto, haría mejor en pedir permiso antes.

En la ciudad medieval las clases superiores y las clases inferiores se habían cruzado en la calle y en el mercado, lo mismo que en la catedral: el rico podía ir a caballo pero debía esperar que el pobre con su hato o el mendigo ciego, a tientas con su bastón, le dejara expedito el camino. Ahora, con el desarrollo de la ancha avenida, adquiere forma en la ciudad misma la disociación entre las clases superiores e inferiores. Los ricos van en coche o a caballo; los pobres, a pie. Los ricos van por el eje mismo de la gran avenida, mientras que los pobres van por fuera, en la cuneta; y, con el paso del tiempo, se llega a establecer una franja especial para el peatón corriente: la acera. Los ricos clavan la mirada, los pobres abren la boca: la insolencia medra a expensas del servilismo.

El desfile cotidiano de los poderosos pasa a ser uno de los dramas principales de la ciudad barroca: una vida sustitutiva de ostentación, brillo y dispendio se brinda así al mozo de la carnicería que lleva un cesto sobre la cabeza, al mercader retirado que sale a dar una vuelta, a la señora que viste a la moda y que va de tiendas en busca de gangas y novedades, a la ociosa turba de mirones que abarcan toda la escala desde la elegancia raída hasta la miseria declarada, turba correspondiente a los clientes de la Roma imperial.

«¡Cuidado con los coches!», exclamaba Mercier en su *Tableau de París*, en el siglo XVIII. «Aquí viene el médico de casaca negra en su carroza, el maestro de baile en su *cabriolet*, el maestro de esgrima en su *diable*, y el príncipe detrás de seis caballos al galope, como si estuviera en campo abierto [...]. Las amenazantes ruedas de los altivos señores siguen moviéndose con tanta rapidez como siempre sobre las piedras manchadas por la sangre de sus infortunadas víctimas». No debe pensarse que se exageraba el pe-

ligro: en Francia, la diligencia, introducida en el siglo xvii, mataba más gente por año que el ferrocarril que la sucedió. Este aumento en el ritmo de la vida, este movimiento rápido, estas excitaciones y estos peligros superficiales eran el endulzamiento psicológico de la amarga píldora de la disciplina política autocrática. En la ciudad barroca cabía decir: «los carruajes se mueven velozmente», del mismo modo que se solía decir, para justificar el fascismo en Italia: «los trenes llegan a la hora».

Solo había una situación deseable en este despotismo: la del rico. Para él se trazaba la avenida, se aparejaba el pavimento y agregaban elásticos y almohadones al carruaje: los soldados marchaban para protegerlo a él. Tener coche y caballo era un rasgo indispensable de éxito comercial y social; mantener todo un establo era un signo de opulencia.

En el siglo xviii, los establos y prados de pastoreo llegaban hasta los barrios menos fragantes de las capitales, detrás de las amplias avenidas y las plazas suntuosas, llevando hasta allí el saludable aroma de la paja y de la bosta. Si las gallinas ya no cacareaban de madrugada, por la noche, desde las ventanas de atrás, podían oírse en cambio las coces de algún inquieto caballo de pura sangre: el hombre a caballo había tomado posesión de la ciudad.

9. La nueva divinidad

La bancarrota de la Iglesia medieval dejó en libertad a los «iones» que se volvieron a polarizarse en la ciudad barroca. Se puede aprehender el proceso de una figura concreta si se considera cómo cada elemento de la antigua estructura fue reclamado por una institución, una secta o un grupo específico. Sígase la desmembración: los protestantes se apoderaron del púlpito del predicador y lo convirtieron en el núcleo de sus nuevas capillas, donde no ha-

bía imágenes esculpidas que rivalizaran con el rostro del orador y donde faltaban las suntuosas ceremonias que distraían la atención de la voz apremiante. La aristocracia ordenaba al pintor y al arquitecto: el arte fue trasladado a salas y galerías especiales y, para hacer más sencillo el proceso, la nueva pintura de caballete remplazó a los frescos murales. Ángeles y santos se convirtieron en Bacos y Gracias: primero, los rostros seculares de papas, cortesanos y hombres de negocios rodearon la imagen divina; posteriormente, la desalojaron.

Otro tanto sucedió con las demás partes del edificio. El coro, que otrora cantaba himnos a Dios, fue trasladado a la sala de conciertos o a una balconada en el salón de bailes: el festival religioso se convirtió en la mascarada cortesana para celebrar un cumpleaños o una boda mundanos; mientras que el teatro, abandonando los pórticos de la iglesia, donde el clero y los artesanos de las corporaciones habían representado antaño sus misterios y dramas alegóricos, fue entregado a actores profesionales bajo los auspicios de la nobleza: sus primeras instalaciones, dudosas, están en los suburbios de la ciudad. La casa capitular, con su complemento de clero, al menos formalmente célibe, se convirtió en el aristocrático círculo de caballeros del siglo XIX: exclusivo, monástico, por más que fuera ostentosamente sibarítico: el Carlton, el Reform, el Jockey Club, el Herrenclub y sus imitadores.

Por último la nave, el desnudo lugar de asamblea, se convirtió en la bolsa. No se vaya a creer que este último es un paralelismo falso: en el siglo XVII los corredores de bolsa llevaban a cabo sus operaciones en la nave de la catedral de San Pablo y poco faltó para que los cambistas de moneda expulsaran a los representantes de Cristo del templo; hasta que al final el hedor se hizo demasiado fuerte para que lo soportara hasta una Iglesia venal. El plan no usado de Wren para la reconstrucción de Londres, después del incendio, reconoció generosamente este nuevo orden de vida. No

concedió el sitio dominante a san Pablo: proyectó de tal modo las avenidas que este honor correspondería al Royal Stock Exchange.

Esta descomposición analítica de la Iglesia dio a cada institución una oportunidad especial para florecer por derecho propio. En su aspecto positivo, esto era otro testimonio de la clarificación visual y de la inteligente especialización de funciones que caracterizó el orden barroco. Todas estas instituciones se habían separado de la Iglesia porque la vida lozana y el crecimiento eran sofocados en ella. No habría existido Shakespeare si la Iglesia hubiera conservado el control sobre el teatro, como tampoco habrían existido los grandes retratos de Rembrandt si el pintor hubiera seguido pintando grupos de complacientes notables de los gremios. Pero estos diversos fragmentos de arte y cultura estaban dispersos con respecto a la población como totalidad; dispersos y fuera de su alcance. Solo en la corte del príncipe volverían a unirse las partes para formar una nueva totalidad en beneficio exclusivo de quienes ejercían el poder.

Hemos visto en qué se convirtió la catedral medieval. ¿Pero qué fue de su Dios? En este caso, la transformación solo puede registrarse en términos blasfemos. El gobernante absoluto por derecho divino usurpó el lugar de la divinidad y reclamó sus honores; podría incluso llegar a autodenominarse *Le Roi Soleil*, atribuyéndose supersticiosamente el mito de un faraón o un Alejandro Magno. En el nuevo culto, el papel de la Virgen María, la más poderosa intercesora en el trono celestial, fue asumido por la amante del rey. Los poderes y las soberanías del nuevo cielo, indispensables para su régimen, eran los cortesanos que se apretujaban en torno al trono del monarca y proclamaban su gloria. El paralelismo no estaba ausente ni siquiera en los espíritus piadosos del siglo XVII. «Quien considere —dijo La Bruyère— que el rostro del príncipe es la suprema felicidad del cortesano, que pasa y llena toda su vida mirándolo y siendo mirado por él, podrá comprender de algún

modo cómo ver a Dios puede ser la suprema gloria y felicidad de los santos».

Eruditos aduladores escribían tratados para demostrar el vínculo directo del déspota con el cielo, sostener su omnipotencia y reclamar obediencia a sus mandatos divinos. Cuando sus actos se quedaban cortos en relación con sus pretensiones exorbitantes, el déspota, como hizo Jacobo I de Inglaterra, podía él mismo intervenir en la redacción de la alabanza necesaria. Al príncipe le recomienda Castiglione, quien escribió el tratado clásico sobre *El cortesano* que sea «muy liberal y suntuoso, y que diese a todos largamente, porque Dios, como vulgarmente se dice, es tesorero de los príncipes dadivosos». A decir verdad, el cuerno de la Fortuna tenía que ser inagotable, considerando cómo se lo exprimía en la corte: Avenel consigna que uno de los grandes *ballets*, en Versalles, en el que tomaron parte ciento cincuenta personas, costó cien mil francos. No había nada de excepcional en esto. «En 1618 —observa Allardyce Nicoll en su estudio sobre las mascaradas renacentistas— Jacobo, que de ningún modo era financieramente el más descuidado de los monarcas, dedicó cuatro mil libras, suma que equivaldría ahora a cuarenta mil, a una sola producción, mientras que en 1633 los colegios de abogados, en los preparativos para un vasto programa de festejos, consiguieron invertir más de veintiún mil libras, o sea, doscientas mil libras de nuestra moneda». Los pintores y arquitectos más dotados de la época trabajaban para ejecutar producciones memorables que se desvanecerían tras una sola representación.

El lujo pasó de las vestiduras y las diversiones a la comida, y de la comida en palacio a las comidas similares en el campo de batalla. «Hablando de cenas —observaba el duque de Saint-Simon en sus memorias— el lujo de la corte y la villa se ha extendido al ejército, en grado tal que se hallaban allí exquisiteces que eran antes desconocidas en los lugares más apacibles. Comidas calientes

se servían en cada parada durante las marchas, y las meriendas llevadas a las trincheras, durante un sitio, eran como festines, con varios platos, frutas y helados; y todo género de vinos en profusión». Esta concentrada trivialidad tuvo un efecto descorazonador en espíritus finos. Así, Francis Bacon, al describir imaginativamente el nuevo mundo de la ciencia, no pudo resistir el impulso cortesano de describir las suntuosas vestiduras con que llevaban a cabo sus tareas científicas los experimentadores de la Nueva Atlántida.

La demanda de fondos ilimitados se contagió a todas las jerarquías de la sociedad; y fue la clave de la política económica del Estado absoluto. Cuando los impuestos no proporcionaban medios suficientes para el monarca y sus favoritos, se recurría al pillaje: en reinos distantes, en el caso de Felipe II, o en monasterios más próximos, en el de Enrique VIII; cuando no bastaba con esto, el monarca le quitaba al pobre sus pocos céntimos, a fin de hacer llover el oro sobre los que ya eran ricos. A esto se debe toda la política de licencias y patentes: hasta para construir una casa hacía falta un permiso especial, que se obtenía por cierto precio.

El constante desarrollo de una burocracia encargada de controlar estas exacciones y de promover la distribución de los privilegios aumentó la carga que pesaba sobre la comunidad: el Departamento del Circunloquio era un medio oportuno para dar destino a los paniaguados y a sus hijos menores: desde San Petersburgo hasta Whitehall fue un don concomitante de la sociedad de clase alta. «Jamás la burocracia llegó a tal extremo de exageración, extravagancia y tedio —escribió Mercier— jamás los negocios se demoraron tanto como desde la creación de este ejército de empleados que son para los negocios lo que los lacayos para el servicio. Referencias, reglamentaciones, registros y formalidades de toda índole se han multiplicado con tanta profusión como poco discernimiento».

Finalmente, se llegó a esto: un país entero era gobernado en beneficio de unas cuantas docenas de familias o de unos po-

cos cientos, que poseían buena parte de la tierra —casi la mitad de Francia en el siglo XVIII— y que medraban a expensas de los inmerecidos ingresos de la industria, el comercio y los alquileres urbanos.

CAPÍTULO XIII

Corte, desfile y capital

1. La posición del palacio

La construcción urbana barroca, en el sentido formal, era una encarnación del drama y del ritual predominante que se representaba en la corte: un embellecimiento colectivo, en efecto, de los hábitos y modales de palacio. El palacio miraba en dos direcciones. Del lado urbano procedían las rentas, los tributos, los impuestos, el dominio del ejército y el control de los órganos del Estado; del lado rural procedían aquellos hombres y mujeres bien desarrollados, bien ejercitados y bien saciados sexualmente que formaban el grueso de la corte y que recibían los honores, emolumentos y gajes que el soberano otorgaba magnánimamente. El poder y el placer, un árido orden abstracto y una sensualidad refulgentes eran los dos polos de esta vida. Marte y Venus fueron las divinidades rectoras, hasta que, por fin, Vulcano dejó caer su astuta red férrea del utilitarismo sobre sus formas voluptuosas.

La corte era un mundo en sí mismo, pero un mundo en que todas las crueles realidades de la vida se mostraban a través de una lente que disminuía sus dimensiones, al tiempo que se exaltaban todas sus frivolidades. El placer era un deber, la ociosidad un servicio y el trabajo honrado la peor forma de degradación. Para hacerse aceptable en la corte barroca era necesario que un objeto o una función llevara el sello de su exquisita inutilidad. Las más

poderosas ruedas hidráulicas del siglo XVII, en Marly —donde siguen funcionando—, y las grandes bombas de agua que figuraban entre sus principales adelantos técnicos eran utilizadas tan solo para hacer funcionar las fuentes de los jardines de Versalles. La bomba de vapor de Fischer von Erlach, la primera que se utilizó en Austria, no fue aplicada a una mina sino en las fuentes de los jardines del palacio de Belvedere, en Viena; y ese significativo agente de producción que es la máquina de energía automática alcanzó su primer gran éxito aplicada a la fabricación de botones (la máquina estampadora), a las cintas (el telar automático estrecho) y a los uniformes militares (la primera máquina de coser).

El ritual de la corte constituía una tentativa por confirmar el ilusionismo del poder absoluto mediante un teatro especial. No conozco mejor descripción del ambiente ni demostración más cabal de sus narcóticas ilusiones que el panegírico que le dirigió Nicholas Breton:

«Ah, la vida galante de la Corte, donde son tantas las opciones del placer, como si sobre la tierra estuviera el Paraíso del Mundo: la majestad del soberano, la sabiduría del Consejo, el honor de los Señores, la belleza de las Damas, la atención de los funcionarios, la cortesía de los caballeros, los servicios religiosos de la mañana y de la tarde, los discursos ingeniosos, eruditos, nobles y placenteros durante todo el día, la variedad de ingenios y la profundidad de los juicios, las comidas exquisitas, dulcemente aderezadas y pulcramente servidas, los vinos delicados y los raros frutos, con música excelente y voces adorables, mascaradas y obras de teatro, bailes y cabalgatas; la variedad de juegos, deliciosos para los fines del jugador; y los acertijos, las preguntas y las respuestas; los poemas, historias y extrañas invenciones del ingenio, para sorprender el cerebro de buen entendimiento; suntuosas vestiduras, preciosas alhajas, delicadas proporciones y buenos espíritus, coches principescos, caballos majestuosos, edificios regios y singular arquitec-

tura, dulces criaturas y placer decoroso; y en el curso del amor un contenido tan rico como el que deposita el espíritu en el regazo del placer, que si me pusiera a hacer la alabanza de él durante todo el día, no habría llegado a enunciar todo su mérito al caer la noche».

No es necesario subrayar el contrapunto de las realidades: la conversación huera que pasaba por ingenio, los hijos no deseados que se colaban a través de las barreras de los anticonceptivos de moda, conocidos desde el siglo XVI por las clases superiores de Francia e Italia, la competencia educadamente implacable en pos de los cargos y las distinciones. Quedaba aún bastante plausibilidad en la meliflua composición aun cuando ya se justificaban las notas amargas. El lema escrito sobre el portón de la abadía de Telema de Rabelais era: «Haz lo que quieras». Sobre los portales del palacio había una aclaración complementaria: «Mientras le plazca al príncipe». No obstante, conviene agregar un hecho que, con excesiva frecuencia, se excluye de la concepción de esta vida barroca, ceremoniosa y sensual. Su ritual era tan tedioso que verdaderamente aburría a la gente hasta enloquecerla. La rutina cotidiana del príncipe y de su cortesano era comparable a la de un obrero de la industria del automóvil en una planta de montaje: cada detalle de dicha rutina estaba preestablecido tanto para el soberano como para su séquito. Desde el momento en que los ojos del príncipe se abrían hasta el último instante, cuando su amante dejaba su cámara, estaba, por así decirlo, en la línea de montaje.

Tal vez este tedio invasor explica no solo la esforzada trivialidad en la política del Estado barroco, sino también su componente de pura travesura, como el estallido de los escolares que han estado bajo un control demasiado severo. En gran parte las intrincadas conspiraciones eran obra de hastiados virtuosos de la diplomacia, a quienes nada les complacía más que prolongar el juego mismo. Sin duda, el eterno estar de pie, esperar, inclinarse y cepillar —del que Taine ha dado una visión inolvidable en su descripción

del *Ancien Régime*— debieron de hacerlo a contrapelo hombres y mujeres bien alimentados. No ha de asombrar, pues, que las diversiones espectaculares desempeñaran un papel tan importante en su vida.

Por desgracia, las mismas distracciones de la corte se convertían en deberes. El «rendimiento del ocio» imponía nuevos sacrificios. Las grandes cenas, los bailes y las visitas formales, tales como los desarrollaron la aristocracia y quienes, después del siglo XVII, la remedaban, solo daba satisfacción a aquellos para los que la forma es más importante que el contenido. Ser «visto», ser «reconocido», ser «aceptado», constituían ciertamente los deberes sociales supremos: la labor de toda una vida. En su última triste vulgarización, en las noticias de las actuales columnas de chismes de sociedad, esto es el papel que todavía se desempeña en los clubes nocturnos y los estrenos teatrales. Una buena proporción de la vida descrita en *La feria de las vanidades* y en *Rojo y negro*, en un extremo del siglo XIX, y por Proust en el otro, consistía en prodigarse y «hacer la corte»: vacuas formalidades. Proust observó que fue en los tiempos de Luis XIV cuando se produjo un gran cambio en la vida de la aristocracia, que otrora había tenido responsabilidades activas, graves deberes e intereses serios: las únicas cuestiones que se trataban con seriedad moral eran las que se referían a los modales.

Como en tantas otras esferas de la vida, la corte barroca se adelantó en esto al ritual y a la reacción psíquica de la metrópoli del siglo XX. Una noria similar, un aburrimiento similar, y una tentativa similar por refugiarse en las «distracciones» de la tiránica opresión que se ha convertido en rutina y de la rutina que se ha convertido en una aplastante opresión.

2. Influencia del palacio en la ciudad

La corte barroca ejerció una influencia directa en la ciudad en casi todos los aspectos de la vida: es incluso la progenitora de múltiples instituciones nuevas que la democracia reclamaría más tarde como suyas. No hubo una dominación paralela del castillo ni siquiera sobre la ciudad italiana medieval; en el mejor de los casos, las fuerzas circularon en dirección opuesta, y la nobleza feudal se hizo más urbana. Con el tiempo, a mucha distancia, el ideal democrático se pervertiría masivamente bajo el capitalismo, en un esfuerzo por popularizar la imagen de la vida cortesana como la consumación deseable de la existencia humana y el sello final del «éxito»: un lujo sofocante, el gasto para hacerse notar, el despilfarro hasta lo extravagante, un hartazgo de novedades y sensaciones, organizados en un carnaval de trivialidades, con el único propósito de mantener en funcionamiento una economía en expansión.

El precio final de estas economías en expansión, tanto en las cortes barrocas como en los hogares devoradores de mercancía de nuestra actual democracia, es una vida que se contrae: la del parásito hinchado, desvalido, dependiente y esclavo de su anfitrión.

No hay que concebir el predominio del palacio en los términos de un solo edificio con sus funciones cortesanas: el estilo de vida palaciego se difundió por doquier; a decir verdad, la palabra *palazzo*, primero en Italia, significa cualquier edificio magnífico, como el que un señor o un príncipe de los mercaderes podía ocupar. Palaciego, en términos barrocos, equivale a espaciosidad y poder autónomo. El deseo de autonomía ya había aparecido de hecho con otra forma en el siglo XIV, con la selva de torres rivales, torneadas y cuadrangulares, que convirtieron el horizonte de Lucca, Bolonia o San Gimignano en otras tantas almohadillas urbanas erizadas de alfileres. Allí el nuevo espíritu adoptó una forma cabalmente medieval para expresar el dominio. Pero, a partir del

siglo xv, se subrayó la espaciosidad horizontal: el poder se extendió. Carente de espacio en el centro, huiría a los suburbios, como Luis XIV, quien, recordando cómo había sido obligado a huir de París ante una sublevación popular en su juventud, se refugió en Versalles: una capital suburbana.

Tan espaciosos eran los interiores de los nuevos palacios que una institución de la clase superior, igualmente nueva, el hotel, no solo toma su nombre del palacio urbano en Francia, sino que también desempeña una de sus funciones principales, la de brindar una hospitalidad aparentemente libérrima... aunque con una tarifa. La formalidad y el anonimato mismo de sus planos le dieron cierta flexibilidad como alojamiento, tanto más cuanto que estaba proyectado para que cupieran en él gran número de sirvientes y cortesanos. Hasta la fecha, muchos de los mejores hoteles de lujo en Roma son antiguos palacios. Roma y Padua fueron, de hecho, las primeras ciudades donde se edificaron los nuevos hoteles de uso comercial siguiendo el modelo palaciego. El de Padua (que data de 1450, aproximadamente) tenía establos con capacidad para doscientos caballos. Los otros usos que también se dieron a estos antiguos palacios, como galerías de arte, museos, academias y edificios para oficinas, evidencian la relación orgánica entre el estilo barroco de vida y sus instituciones características.

Gracias especialmente al patrocinio de la aristocracia, el teatro adquirió en Londres, París y otras ciudades menores su forma moderna: una modificación de la antigua forma griega y romana. Siguiendo la iniciativa de Palladio en su Teatro Olímpico de Vicenza, el teatro era ahora un salón cubierto, en el que el auditorio se sentaba según su rango y sus posibilidades económicas; y donde, desde su posición fija, se convertían en los espectadores pasivos de un drama visto, por así decirlo, a través de una vidriera transparente. Tan hondo calaba el teatro en el estilo de esta época que las disecciones anatómicas constituían representaciones pú-

blicas anuales, que se llevaban a cabo en «teatros», que es como aún se denomina a veces a las salas destinadas a esos fines.

La nueva perspectiva espacial barroca se manifestó por primera vez en el teatro, en la escenografía de una calle (Serlio), y no en la ciudad real; y no por accidente los nuevos urbanistas, como Servandoni, Iñigo Jones y Bernini fueron simultáneamente escenógrafos. En realidad, la nueva ciudad en sí misma constituía un ensayo de diseño escénico formal: un telón de fondo para el poder absoluto. Cuando las finanzas reales eran inadecuadas para llevar a cabo hazañas suficientemente grandiosas en la construcción con mármol, las apariencias se falsificarían con pintura y yeso; o bien una fachada monumental ocultaría ostentosamente al edificio insignificante que había tras ella.

Ante todo, fue en el aspecto del placer y las diversiones, de la representación teatral y los espectáculos públicos donde la influencia del palacio se ejerció con más energía. El jardín de placer, como los Ranelagh Gardens de Londres, en el siglo XVII, y los jardines de Vauxhall y Cremorne, en el siglo XVIII y a principios del siglo XIX, fueron intentos de proporcionar los placeres más voluptuosos de la corte a la gente común, un precio razonable por cabeza. El ulterior equivalente francés fue el Bal Masqué, y el paralelo alemán, el Biergarten, más doméstico y ordenado. Estos jardines eran populares en todas partes donde la vida cortesana era ostentosamente visible: los célebres jardines de Tivoli, en Copenhague, aún atestiguan este hecho, si bien las cervecerías de que Nueva York se enorgulleció durante el medio siglo posterior a la guerra civil han desaparecido ya. Los jardines estaban constituidos por un gran edificio central, a menudo con vistosas decoraciones, donde se bailaba y jaraneaba y donde podían celebrarse grandes festines; un gran edificio rodeado de jardines con glorietas y bosquecillos, por los que la gente podía vagar en una hermosa tarde, comiendo, bebiendo, flirteando, copulando, contemplando fuegos artificiales

o juegos de luces; el alborozo y la licencia del carnaval, brindados diariamente. En *A Party at Vauxhall Gardens,* Oliver Goldsmith ha dejado buenas descripciones del escenario y del estado de ánimo.

Los columpios y los carruseles hicieron su aparición en estos jardines de placer. Del mismo modo, a comienzos del siglo xix, el amor aristocrático a la velocidad se manifestó en el más popular tobogán. Por lo que hace a la rotación circular de los caballitos de madera, su nombre francés, *carrousel,* revela a las claras su origen aristocrático: pues el *carrousel* era originalmente la exhibición diaria de caballos y carruajes, para los que, en un principio, se concibieron como marcos los círculos y rotondas o grandes plazas. Con los caballitos de madera el populacho podía gustar los mismos placeres. En el transcurso del siglo xix la vieja elegancia barroca desapareció: a partir tal vez de las ferias internacionales, formas de diversión más ruidosas y distracciones más sobrecogedoras, como la Rueda de Ferris, pasaron a ocupar el primer plano y, al final, como en Coney Island, solo quedó un resplandor chillón. Cabe recordar aquí las palabras de Rainer Maria Rilke respecto de Capri: «Cuando los hombres buscan el placer, el descanso o el goce, ¿los han visto alguna vez obtener resultados placenteros?».

Pero el punto de origen de la cultura urbana barroca es tan evidente como su propio camino descendente: el placer, para las masas de cualquier gran ciudad, o en el más remoto salón de baile suburbano, sigue siendo un placer barroco: espectáculo, brillo, gasto, excitaciones visuales con conquistas eróticas o posibilidades suberóticas, todo debidamente pagado, acompañado de comidas y copas en restaurantes y cafés necesariamente caros. Y cuando el jardín del placer desapareció como ente específico con la expansión y la congestión de la ciudad, el mismo elemento reingresó a la ciudad en barrios adecuados para ello, como Broadway, Piccadilly, el Soho, Montmartre y el Rembrandtplein.

Si el jardín de placer creció en una rama de la vida palaciega barroca, el museo lo hizo aún más cerca del tronco mismo: un producto de la economía de adquisición ilimitada, como el primero lo fue del consumo ilimitado. En el comienzo, sin duda, el museo procedía de motivos de curiosidad científica, como en el caso de las colecciones de Aristóteles; mientras que, en la época medieval, bajo la influencia de la teología cristiana, el museo adoptó la forma de una colección de reliquias religiosas: el diente de un santo, una ampolla con sangre, una astilla de la Vera Cruz, que naturalmente se guardaban en las iglesias. Pero el museo en el sentido moderno comenzó nuevamente con la colección de monedas e inscripciones, práctica que ya era común en Italia en el siglo xv. Estas colecciones se adelantaron en unos cuantos años a las colecciones de historia natural de un Agripa von Nettesheim, un Paracelso o un Agricola. Los escritos de este último, dicho sea de paso, decidieron al elector Augusto de Sajonia a iniciar las colecciones que luego se convertirían en los museos de Dresde.

Con el tiempo, el propósito de estas colecciones de museo se amplió. Mercier, cuando escribió *L'An 2440* (1770), una representación utópica del futuro, preveía un museo donde «todas las especies de animales, vegetales y minerales estuvieran colocadas en esas cuatro grandes alas y serían visibles de un solo vistazo». Sobre la fachada de este edificio había la siguiente inscripción: «Compendio del Universo». La ambición era admirable pero el resultado, lo hemos aprendido con pena, puede ser una invitación a indigestarse, en la medida en que se respeten las normas barrocas de adquisición, consumo y exhibición ilimitados.

Al comienzo, el amor por el arte antiguo y por las curiosidades y monstruosidades recién descubiertas, pareció igualmente ávido. Evelyn describe un palacio veneciano, repleto de estatuas romanas, pero que también contenía «cosas petrificadas, nueces, huevos cuyas yemas sonaban como cascabeles, una pera, un trozo

de carne con los huesos, un puerco espín entero». También era este el estilo de la época. Por doquier tenía lugar una búsqueda al albur de tesoros artísticos enterrados y de maravillas naturales: era una especie de primitiva «economía recolectora» del espíritu, antes de que se alcanzara el cultivo organizado.

Las grandes colecciones de arte que forman el Museo Vaticano, el Louvre, la National Gallery, el British Museum e instituciones análogas se formaron como resultado del deseo principesco de traer a casa el botín de las conquistas hechas en el extranjero y de adquirir por compra o patronazgo lo que no se podía obtener por la superioridad de las armas. Aquí también la corte y la aristocracia desempeñaron un papel fundamental. Pero la apertura del British Museum, en 1759, después de la donación de sir Hans Sloane, constituyó una piedra miliar en la cultura *popular*; pues, cuando la exhibición dejó de ser meramente una satisfacción privada del poseedor, tuvo la posibilidad de convertirse en un medio de instrucción pública. El crecimiento mismo de la colección aceleró este cambio.

En lo que atañe a la galería de arte, servir de marco para la producción artística estaba en la naturaleza misma del palacio. Solo era necesario eliminar las funciones domésticas y nombrar un guardián burocrático para que quedara efectuada la transformación. A veces, este cambio se produjo por pura autodefensa. Por ejemplo, Rafael pintó *El triunfo de Galatea* para el salón comedor de la residencia del banquero Agostino Chigi. Pero tanta gente acudía a ver el cuadro que, bajo esta presión, la sala acabó convirtiéndose en galería de arte en vida del propietario. A fines del siglo XIX, cuando la señora de Jack Gardner, en Boston, o el señor Henry Frick, en Nueva York, hicieron edificar sus mansiones ya preveían que tal sería el uso final de sus colecciones: desde el comienzo actuaron como guardianes provisionales de un edificio público.

A mitad de camino entre el placer y la curiosidad se encuentra un último legado del palacio: el jardín zoológico. La posesión de animales salvajes, en especial de los más feroces o exóticos, era todavía un atributo de los monarcas en la Edad Media, si bien la costumbre se remonta, según los datos con que contamos, a los tiempos más antiguos de la monarquía. La ampliación de estas colecciones de animales vivos, con el establecimiento de instalaciones permanentes y lugares de exhibición, formó parte del mismo movimiento general que promovió el desarrollo del museo. Como el museo, el jardín zoológico proporcionaba un destino adecuado a los hallazgos del explorador y a los trofeos del cazador. El rey por derecho divino todavía representaba su papel de cazador arquetípico, proveniente de sus antepasados de la Edad de Piedra.

He aquí otra contribución a la ciudad: un recordatorio de aquel estado salvaje que el hombre urbano, bajo la ilusión de que ha conseguido conquistar felizmente la naturaleza, olvida con excesiva facilidad. Las morisquetas juguetonas del mono, la imperturbabilidad del hipopótamo, los movimientos suaves y alegres de las focas, todos estos ejemplos de la creatividad inagotable de la naturaleza, aunque no pusieran al hombre de la ciudad en contacto con ella, tenían, por lo menos, un efecto sedante sobre el hipertenso ego urbano. No solo daban placer a los niños, sino que mantenían vivo el niño en el adulto. Hasta reliquias barrocas tan apolilladas como el oso o el monito del organillero introdujeron a menudo un toque de vivacidad animal en la grisácea calle del siglo XIX. ¿Es accidental que estos emblemas residuales de la vida cortesana barroca estuvieran presididos casi siempre por un italiano?

Una a una, estas instituciones palaciegas registraron su presencia en el nuevo plano urbano. A veces aparecían bajo auspicios privados; a veces con el apoyo regio o municipal; siempre llevando en la imagen dorada el sello original de la corte o el palacio. Pero he dejado la contribución más bella para el final. Me refiero a la

apertura del parque real: un rasgo aún más necesario debido a la edificación sobre los campos de recreo y de juego, más pequeños, que antaño rodeaban la ciudad medieval. La reelaboración y extensión del vasto parque paisajista en el corazón de la ciudad fue, tal vez, la más feliz contribución que hizo el palacio a la vida urbana. Nada ha contribuido más a salvar los centros de Londres, París y Berlín de la congestión sofocante y la desintegración final que Saint James's Park, Green Park, las Tullerías y el Tiergarten. Aunque el espacio ocupado por estos parques quizá podría haberse distribuido mejor por toda la ciudad, si no se los hubiera proyectado para comodidad del monarca sino para el vulgo, lo cierto es que, por lo menos, mantuvieron constantemente a la vista el concepto aristocrático de espacio y verdor como parte fundamental de la vida urbana: no se los cubriría sin causar un perjuicio biológico, a la par que un estado de pesadez estética y de depresión.

Pero hasta en la creación de parques el espíritu de la época se manifestaría en un momento dado. Así, cuando la Corona proyectó Regent's Park, en Londres, el mismo parque fue estimado abiertamente como un recurso para aumentar el valor de los terrenos vecinos, que eran propiedad de la Corona. Sin embargo, ni siquiera fueron capaces de aprender esta lección los especuladores comerciales que, en tan amplia medida, controlaron el ramo de la construcción en el siglo XIX: conservaron el deseo barroco de lucro, sin hacer justicia al amor barroco por el placer y la belleza, lo cual podría haber refrenado, por una parte, su rapacidad y, por la otra, haber dado mayor seguridad y duración a sus inversiones. A la larga, los extravagantes propietarios aristocráticos resultaron ser mejores hombres de negocios, e incluso mejores ciudadanos.

3. Alcoba y salón

Si la influencia de la corte fue eficaz en el conjunto de la ciudad, no lo fue menos en el hogar, por lo menos en las casas de la clase media y de los más pudientes. En ellas, para bien y para mal, prevalecieron finalmente los hábitos de la corte. Para mal, en el sentido de que se desarrolló un nuevo despotismo doméstico, que tuvo su origen en el vasto número de personas privadas de derechos civiles que acudían a las capitales para cambiar sus servicios por la pitanza. El lado bueno consistía en el perfeccionamiento estético de los modales, quizá no del todo ajeno al mejor conocimiento de las formas suaves y perfectas de la civilización china; y, sobre todo, en la difusión del aislamiento dentro del hogar, hecho que dio lugar a la aparición de un nuevo código de costumbres sexuales que adornaba los preliminares del acto sexual y tendía a prolongar el periodo de la juventud amatoria para ambos sexos. La misma palabra «cortejar» para referirse a ese juego preliminar que comprende la exhibición de ingenio y encanto, así como la de pasión física, muestra hasta qué punto nuestra vida erótica está en deuda con las prácticas de la corte: fue acuñada a fines del siglo xvi.

El cambio en la constitución del hogar se manifestó de diversas formas. En primer término, por la paulatina separación entre el lugar de trabajo y la casa, en adelante lugar destinado a comer, recibir y, de modo secundario, a educar a los niños. Las tres funciones de la producción, la venta y el consumo quedaron separadas en tres instituciones diferentes, tres conjuntos diferentes de edificios, en tres partes distintas de la ciudad. El transporte hasta y desde el lugar de trabajo fue al principio un privilegio de los ricos mercaderes de las grandes ciudades; solo en el siglo xix se filtró hasta las otras clases existentes en la ciudad y, en vez de ser un privilegio, se convirtió en una carga abrumadora. Como consecuencia de haberse convertido la casa de familia en una organización exclusivamente de consumo, el ama de casa perdió

su contacto con los asuntos del mundo exterior: o se convirtió en una especialista en la domesticidad o bien en una especialista en el sexo, o fregona o cortesana, tal vez, las más de las veces, con algo de una y otra. Con esto hace su aparición la «casa privada»: *privada de actividad* y separada espacialmente de todo medio visible de sostén. Todos los aspectos de la vida pasan, cada vez más, a participar de este aislamiento.

Este desarrollo de la domesticidad supuso, en parte, el debilitamiento del interés público entre los ciudadanos de la clase media. En particular, entre las sectas religiosas prohibidas y excluidas se dio una tendencia natural a remplazar los asuntos públicos con la vida privada. Despojado de sus antiguas libertades, a menudo incapaz hasta de votar por sus funcionarios municipales y de tomar parte en los asuntos oficiales de su ciudad, a menos que lo designara el príncipe, era natural que el interés del ciudadano se orientara hacia problemas puramente egoístas. Y si era miembro de una secta religiosa prohibida, como lo eran muchos en la clase mercantil, el incentivo era aún mayor. Los grupos excluidos rechazaron las actividades y los intereses públicos de la comunidad más grande. Tanto el sentido de ser un ciudadano como el de ser un vecino tendieron a eclipsarse. La ciudad era un asunto que a nadie correspondía.

Para compensar la falta de trabajo doméstico efectivo, se inventó un nuevo tipo de labor casera que ocupó al ocioso y enriqueció el ritual del consumo ostensible. Me refiero al cuidado del mobiliario. Los trastos del hogar medieval consistían en lo imprescindible: sillas para sentarse, camas para dormir, imágenes religiosas para rezar: esto y nada más. El mobiliario es, en realidad, una reinvención de la época barroca: pues cuando se habla de mobiliario se alude a trastos inútiles o extraordinariamente refinados, jarrones exquisitos que exigen los servicios del plumero, incrustaciones y maderas preciosas que hay que pulir, adornos de metal que hay

que mantener brillantes, cortinajes que es necesario sacudir y limpiar, *bric-à-brac* y curiosidades que hay que lavar.

La ostentación dejó atrás al uso, y el cuidado del mobiliario reclamó un tiempo que otrora se dedicaba a tejer tapices, bordar vestiduras, hacer buenas conservas caseras, perfumes y medicinas de hierbas. Estas nuevas cargas fueron impuestas a las amas de casa y a los sirvientes, en el momento mismo en que la forma de la casa había cambiado, multiplicando el número de cuartos privados a los que había que llevar leña, carbón y agua, y aumentando la altura de las casas que pasaron de los dos pisos a los cinco, uno de ellos bajo tierra.

Hasta el siglo XVII, por lo menos en el norte, la construcción y la calefacción no habían avanzado lo necesario para permitir la distribución de una serie de habitaciones privadas en la casa. Pero entonces tuvo lugar una separación de funciones dentro de la casa, así como dentro de la ciudad en conjunto. El espacio se volvió especializado, cuarto por cuarto. En Inglaterra, siguiendo el modelo de las grandes casas, se separó la cocina del fregadero, donde se hacía el trabajo sucio; y las diversas funciones sociales de la cocina fueron asumidas por el *living room* y el recibidor. El «uso de la mesa común de comedor para toda la casa —nos indica Holm— desapareció en los primeros años del siglo XVII, y en adelante la servidumbre pasó a comer abajo».

A tal punto se extendió la división entre las clases que incluso el humanitario Emerson tropezó con la rebelión de parte de sus sirvientes cuando trató de restaurar esta forma democrática y se vio obligado a abandonar el experimento. Por otra parte, al comedor ya no se podía considerar como dormitorio; y, si bien en el siglo XVII la alcoba de una dama servía aún como cuarto de recepción para sus visitantes, estuviera o no la cama instalada en un nicho especial, en el siglo XVIII hizo su aparición un cuarto especial para reunirse y conversar, el *drawing room* o salón. Y los cuartos ya

no darían los unos a los otros: estaban agrupados a lo largo del pasillo, como las casas en su equivalente público, es decir, la nueva calle con forma de corredor. La necesidad de aislamiento produjo este órgano especial para la circulación pública.

El aislamiento constituía el nuevo lujo de la gente acomodada; solo gradualmente adquieren alguno de sus rasgos los sirvientes, los ayudantes de las tiendas y los obreros industriales. Hasta en las casas distinguidas del siglo XIX los miembros del servicio doméstico a menudo dormían en la cocina o en una tarima contigua a ella; o bien lo hacían en un dormitorio común. Ahora bien, en la época medieval, el aislamiento estuvo reservado para los solitarios, para personas de vida santa que buscaban refugio contra los pecados y las distracciones del mundo exterior; de no ser este el caso, solo los señores y señoras podían soñar con él. En el siglo XVII coincidía con la satisfacción del yo individual. La cámara de la señora se convirtió en *boudoir*, literalmente un «lugar para el mal humor»; el caballero tenía su oficina o su biblioteca, igualmente inviolables; y, en París, podía incluso tener también su alcoba separada, cuando marido y mujer llevaban a cabo sus aventuras eróticas por separado. Por primera vez, no solo una cortina, sino una puerta separó a cada miembro de la casa de familia.

Aislamiento, espejos, cuartos con calefacción: estos elementos transformaron en ocupación para todo el año el acto amoroso sin tapujos que, hasta entonces, había tenido lugar exclusivamente en determinadas estaciones: otro ejemplo de la regularidad barroca. En el cuarto con calefacción no era necesario que el cuerpo se ocultara bajo una manta: el erotismo visual acrecentaba el efecto de los estímulos táctiles: el placer del cuerpo desnudo, simbolizado por Tiziano, Rubens y Fragonard formaba parte de esa dilatación de los sentidos que se dio con la dieta más generosa, el uso más libre de vinos y licores fuertes y los vestidos y perfumes más extravagantes de ese periodo.

La coquetería y el galanteo crearon esos movimientos de suspensión e incertidumbre, de requiebro y retirada que sirven como protecciones contra la saciedad: un contrapeso al sistema del hábito. Aquellos hombres y mujeres lozanos nunca se sentían tan en casa como cuando estaban en la cama. Las damas recibían las visitas en el lecho; los estadistas dictaban su correspondencia en el mismo lugar; había una corriente subterránea de interés erótico que invadía toda la casa, a veces impúdica, a veces romántica, otras veces tierna o brutal: todos los matices desde la cámara de Julieta hasta aquella en que Joseph Andrews estuvo a punto de perder su virtud.[7] Las necesidades privadas de la alcoba llegaron incluso al jardín: la casa de verano, el templo del amor o los laberintos más aristocráticos, formados por macizos de setos bien recortados; lugares alejados de los ojos curiosos y de las pisadas de advertencia de los mismos sirvientes.

4. La desaparición del baño

Entre tanto, otras innovaciones técnicas ingresaban con vacilaciones en la vivienda. La invención del inodoro, por sir John Harrington en 1596, introdujo un importante perfeccionamiento técnico en la casa; pero la moda no se difundió rápidamente, ya que incluso la letrina seca interior fue introducida en Francia en el siglo XVIII como una novedad inglesa; mientras que el palacio de Versalles, construido sin reparar en gastos, no tenía ni siquiera las instalaciones de un castillo medieval: allí se utilizaban orinales portátiles sobre ruedas. Antes de la invención del escotillón y

7 Se refiere al protagonista de la novela de Henry Fielding *The History of the Adventures of Joseph Andrews and his Friend Mr. Abraham Adams. (N. del t.)*

de la chimenea de ventilación para la letrina, la permanencia de sus emanaciones en la casa contrapesaba casi las ventajas de la reciente invención: considérese la preocupación británica, durante el siglo XIX, por los «malos desagües». Conjuntamente con la innovación eotécnica del inodoro apareció otra práctica derivada directamente de los chinos: el uso de papel higiénico, más importante para la higiene doméstica que el papel de empapelar, que apareció más o menos simultáneamente.

Pese a todo su despliegue de lujo, la ciudad barroca no soporta una inspección esmerada en cuanto a normas higiénicas y sanitarias: la ciudad medieval típica era más salubre. Por mucho que celebrara el cuerpo en la poesía y la pintura, o que se investigara sistemáticamente en la fisiología, la gente de esta época descuidaba limpiarlo con tanto esmero como lo habían hecho durante la cultura anterior. Probablemente, a fin de limitar los peligros de contraer la sífilis por contacto, el baño medieval había empezado a caer en desuso en el siglo XVI. Hasta entre los judíos, de quienes se podría haber esperado que conservaran en sus guetos estos hábitos medievales, tan cabalmente en armonía con la higiene mosaica, el baño ritual que solía tener lugar en la sinagoga —el *mikveh*— fue abandonado durante el Renacimiento. Los anabaptistas podían insistir en la inmersión total; pero, al parecer, una experiencia les valía para toda la vida.

No cabe duda de que el aumento de precio del agua caliente tuvo algo que ver con este retroceso, por lo menos entre la gente humilde: este aumento de precio se presentaba siempre que empezaba a escasear la leña en las proximidades inmediatas de las grandes ciudades. Pero el hecho en sí está fuera de dudas. En 1387 había veintinueve bañeros en Fráncfort; en 1530, ninguno. En el siglo XVII, después de un tiempo, el baño reapareció como importación del extranjero, como lujo, como medio de revigorizar el cuerpo después de la francachela: el llamado baño turco o ruso. Pero, casi

inmediatamente, estos baños se convirtieron en guaridas del placer y casas de citas: nuevamente la palabra *bagnio* se hizo equivalente de burdel. Las enfermedades sucias, como la viruela, florecieron en este periodo; y, con el hacinamiento en las ciudades, el volumen de agua que había sido suficiente cuando se instalaron las cañerías maestras en el siglo XVI resultó del todo inadecuado. Como a menudo estas cañerías maestras no eran renovadas ni extendidas, los habitantes de la ciudad dispondrían de una cantidad mucho menor de agua por cabeza en el siglo XVIII que dos o tres siglos antes. Cuando el cuarto de baño se abrió por fin camino en la vivienda, en el siglo XIX, entre las alabanzas del progreso mecánico que entonces se levantaron, solo un anticuario rezagado podría acaso reconocer que Johann Valentin Andreae había asignado uno de estos cuartos «a cada departamento de tres habitaciones» en su ciudad ideal, Cristianópolis, y que dichos cuartos habían sido comunes, en las mejores casas burguesas de Alemania, en la Edad Media.

5. Dominación y ostentación en el barroco

Aparte de la colonización de ultramar, las principales ciudades nuevas que se construyeron entre los siglos XVI y XIX fueron «ciudades residenciales» para reyes y príncipes, como Versalles, Karlsruhe y Potsdam, o ciudades de guarnición, residencias del poder real *in absentia*, como Londonderry, Philippeville y Christiansand. Solo en esas ciudades podría ejecutarse totalmente la teoría barroca del urbanismo en cada una de las esferas de la vida urbana: el intento de Christopher Wren por hacerlo en Londres, después del gran incendio de 1670, quedó frustrado por los tenaces hábitos mercantiles y los celosos derechos de propiedad.

Fuera ciudadela para su ejército o residencia permanente del príncipe y de su coste, la ciudad barroca era, en realidad, una

«obra de encargo». Las ampliaciones urbanas que se hacían con el nuevo criterio eran edificadas, por lo común, en capitales como Nápoles o Múnich o en ciudades aristocráticas como Nancy (1588) o Edimburgo (1765). En ciudades como Edimburgo y Londres, la nueva burguesía había adquirido pretensiones y posibilidades casi aristocráticas.

El patrocinio inicial confirió al propio urbanismo una asociación con el poder arbitrario que en parte explica, tal vez, la desconfianza democrática ante el proceso urbanizador en conjunto que se evidenció en el siglo XIX: la doctrina del *laissez faire* significaba no solo la libertad con respecto a las normas gremiales y a los monopolios, sino también libertad con respecto a la reglamentación central y el control de cualquier clase, incluidos los del urbanista. Los métodos del propio urbanismo, según los practicaron arbitrarios agentes del príncipe, fueron no poco responsables de este antagonismo. En 1492, por ejemplo, Ludovico el Moro ordenó a los habitantes de Vigevano que derribaran su antiguo mercado y lo reconstruyeran siguiendo los planos de su ingeniero, Ambrogio de Curtis. Excepto en el caso de la nueva catedral, la obra entera fue ejecutada en dos años, con una diligencia implacable que hubiera honrado a un barón Haussmann. Las tendencias del ingeniero militar eran tan visibles en los planos como en los métodos. Por lo cual no ha de sorprender que los principales tratados barrocos de urbanismo fueran compuestos por estos ingenieros: Martini, Perret, Speckle. Así, las propuestas más originales en materia de urbanismo, las encaminadas a separar las calles de tránsito y las vías para peatones, así como para descentralizar las ciudades hipertrofiadas transformándolas en unidades de treinta mil personas, procedieron igualmente de un genio que también practicó la ingeniería militar: Leonardo da Vinci.

Mucho antes de la invención de las excavadoras, el ingeniero militar italiano desarrolló, a través de su especialización profe-

sional en la destrucción, un hábito mental de derribar cosas, en virtud del cual procuraba barrer los obstáculos del suelo, a fin de empezarlo todo de nuevo conforme con sus inflexibles principios matemáticos. Pero a menudo estos «obstáculos» estaban representados por viviendas familiares, tiendas, iglesias, vecindarios y reliquias veneradas, es decir, la base de todo un tejido de hábitos y relaciones sociales. La supresión total de los edificios que encarnaban estas formas de vida eliminarían las cooperaciones y fidelidades de toda una vida y, a menudo, de muchas generaciones. Que al hacer una «limpieza» el urbanista tuviera que destruir órganos sociales preciosos que no sería posible remplazar con tanta facilidad como se pavimentan las calles o se edifican casas, no le parecía una consideración importante al primitivo ingeniero militar, como tampoco se lo parece a sus sucesores del siglo xx, a cargo de «obras de eliminación de tugurios» o de proyectos de autopistas.

En beneficio de la eficacia mecánica y de la armonía estética exterior, el ingeniero pasaba por alto la estructura social de la ciudad y, en su esfuerzo por acelerar el tránsito, impedía la reunión y la cooperación de aquellos a quienes se suponía que el tránsito había de servir. Así, el barón Haussmann, en el curso de las obras del bulevar Saint Michel, esa avenida triste y ruidosa, se abrió paso a través del corazón del antiguo Barrio Latino, que desde la Edad Media había sido una entidad casi autónoma. Y adoptó el método más sencillo para mejorar una de sus partes: la arrasó. No se limitó a limpiar la superficie que rodea las escuelas, sino que, de rebote, cercenó también una sección de los jardines del Palacio de Luxemburgo, sacrificando a las líneas rectas, las anchas avenidas y el movimiento sin trabas de los vehículos el carácter histórico específico del barrio y todas las complejas necesidades humanas que satisfacía.

Estos clichés barrocos del poder, con apenas el decoro de un disfraz, han subsistido hasta el siglo xx, como lo atestigua el tra-

zado de la prolongación de la Séptima Avenida a través del único barrio histórico de Nueva York, que tenía integridad y carácter, o la destrucción similar pero aún más descomunal que ha creado el malhadado bulevar Benjamin Franklin, en Filadelfia, desgarrón brutal del que la ciudad aún no se ha repuesto después de más de treinta años. Donde los términos barrocos iniciales predominaban todavía, podría tener cierta justificación este tipo de urbanismo: así ocurre en la corta avenida, simbólicamente apropiada, que comunica el Arco del Almirantazgo con el Palacio de Buckingham, en Londres, en tanto que la cresta que hay arriba está cubierta de embajadas extranjeras. Pero, en otro caso, estos planos, que sus directores consideran «modernos», no hacen otra cosa que reiterar con servil monotonía las ineptitudes sociales de un poder principesco. Estos errores se remontan hasta Bramante, pues un libelo de la época que denuncia a Bramante como hacedor de ruinas y terror de la antigua Roma, lo representa sugiriendo a san Pedro que remplace el camino proverbialmente angosto y difícil hacia el Cielo por una ancha avenida, recta y bien pavimentada.

Dado este enfoque militar y despótico, el nuevo plano se diferenciaba de la anterior espontaneidad medieval por el uso de líneas rectas y de unidades regulares de manzana en la medida de lo posible de dimensiones uniformes, excepto cuando las calles diagonales convertían las manzanas en polígonos irregulares. El nuevo orden era categóricamente extrovertido: estaba caracterizado por la plaza abierta o rotonda, con las calles que irradiaban y las avenidas que imparcialmente pasaban a través de antiguas marañas o de las nuevas parrillas, avanzando siempre hacia el horizonte sin límites. ¡Allí no había espacio interior! El plano en asterisco fue, de hecho, una contribución original del barroco, aunque, como ya indiqué anteriormente, aparece ya sugerido en términos satíricos en Aristófanes. El urbanista barroco convirtió esa ocurrencia olvidada en un hecho solemne. Pero tenía sus motivos profesionales.

Desde el punto central así establecido, la artillería podía dominar todos los accesos. El prototipo ideal del nuevo plano se basaba en consideraciones militares que se remontan hasta los trazados octogonales de Francesco Martini, concebidos hacia 1500, con las calles que irradia el centro. En 1593 la república de Venecia fundó una nueva población trazada con este criterio, Palma Nuova; y un urbanista holandés contribuyó con su equivalente en Coevorden, solo cuatro años después, la que a su vez fue seguida en 1616 por Glückstadt del Elba, a unos sesenta kilómetros de Hamburgo.

Tanto los planes ideales para poblaciones en miniatura como las formas concretas derivadas de ellos, trasladadas a proyectos más vastos, deben considerarse principalmente como ejercicios de estética militar: modelos de juguete para el desfile de las fuerzas. Aunque las poblaciones minúsculas que se edificaron totalmente según este modelo cerrado eran, por su propia definición física, incapaces de desarrollarse, establecieron una pauta conceptual que ejerció vasta influencia. Las tres grandes avenidas que parten de la Piazza del Popolo, en Roma, una concepción del papa Sixto V, fueron proyectadas de modo que facilitaran al peregrino la tarea de llegar hasta los diversos lugares sagrados e iglesias, pese a lo cual estaban concebidas con el mismo criterio militar inflexible; y no es casual que una de ellas, el Corso, se convirtiera en la principal calle de tiendas de Roma, abierta al «tráfico de carrozas».

El parque real de caza fue, como podía esperarse de una aristocracia cazadora, el antecedente del trazado en asterisco de la avenida. En el parque las extensas sendas, abiertas a través de los árboles, permitían a los cazadores a caballo congregarse en un punto central y salir galopando en todas las direcciones. Las cacerías y las cabalgatas a toda velocidad que la acompañan siguen siendo, hasta el día de hoy, el deporte privilegiado de lo que queda de la aristocracia en todos los países. El punto central de reunión, la rotonda, fue inicialmente la sede del pabellón de caza. Cuando

se trazó el plano de Versalles, se asignó al nuevo palacio el solar del viejo pabellón de caza donde Luis XIV había empezado a cortejar a su amante, Madame de la Vallière. Pero en el plano de una capital real, el lugar de reunión desempeñaba ahora otra función: el palacio congregaba las nuevas avenidas de la ciudad del mismo modo que el gobernante acumulaba el poder político que antaño había disperso entre una multitud de familias feudales y de corporaciones municipales. Todas las principales avenidas llevaban al palacio. Y, cuando uno levantaba la vista en la calle, el palacio, por lo común, cerraba la perspectiva. El acceso axial servía como foco para concentrar la atención en el príncipe.

En los países latinos, en especial, el plano en asterisco perduró durante tres siglos, como signo distintivo del diseño urbano elegante. Este tipo dejó su huella no solo en Versalles, sino también en distritos suburbanos como Garches y Meudon. Todavía en 1859 el primer premio para un plan de ensanche de Barcelona fue otorgado a un proyecto cuyas diagonales convergían hacia el núcleo histórico de la antigua ciudad. Y, aún más recientemente, para ser exactos en 1911, se trazó en Roma un nuevo barrio residencial que contaba con una plaza central, imitativa pero ya sin sentido, como espacioso punto de origen para las calles irradiadas. Hasta en el territorio fronterizo (inglés) de Canadá Superior, la pequeña población de Goderich se proyectó, en 1829, con una plaza de mercado como eje —hermoseada hoy por los árboles que la cubren— y ocho rayos, con capacidad suficiente para permitir la circulación del tráfico contemporáneo. Este tipo de proyecto fue, en realidad, imitado en una zona tan vasta que se identifica con la misma civilización occidental, en lugares tan distantes entre sí como Samarcanda y Washington. El plano de Samarcanda, tal como existía a fines del siglo XIX, era clásico en todos los sentidos; de hecho un ejemplo arquetípico del modo barroco. En el medio, una ciudadela; al este, la ciudad vieja desparramada. De la

ciudadela irradiaban las calles y las avenidas de la ciudad nueva, rumbo a poniente. ¿Era coincidencia que estas avenidas terminaran, al norte y al sur, en un cuartel y un hospital militar?

Sin embargo, el plano en asterisco tenía otro punto paralelo de origen. En los primeros planos estrellados de fortificaciones, la ciudad propiamente dicha, situada en el interior, se convertía en un polígono regular, por lo común de ocho lados; y las calles principales estaban divididas en forma de cruz o bien situadas de modo tal que convergieran en el centro, a partir de cada uno de los ángulos del octágono. Cuando este tipo de fortificación perdió su valor, el principal efecto del nuevo trazado fue convertir la ciudad misma, o el barrio, en un sector de la telaraña inicial, mientras las otras avenidas desembocaban en un parque o en el campo abierto, como en la ciudad real de Karlsruhe. Examinaremos más tarde la adaptación funcional de ese plano a la más vivaz y gentil de todas las ciudades del siglo XVII, Ámsterdam, cuya forma no se hubiera acercado nunca a su perfección original de no haber contado precisamente con esta sugestión geométrica.

Cada una de las dimensiones de la construcción fue profundamente alterada por el esquema central, con círculos o plazas abiertas, dominados por monumentos y rodeados simétricamente por edificios públicos, con avenidas que parten de dichos centros. A diferencia de la ciudad medieval, que hay que recorrer lentamente para poder apreciar sus interminables transformaciones de masa y silueta, sus detalles intrincados y sorprendentes, la ciudad barroca puede apreciarse casi de un solo vistazo. Hasta lo que no se ve puede deducirse fácilmente por la imaginación, una vez que las líneas rectoras han quedado establecidas. La avenida se convirtió nítidamente en el marco horizontal de los edificios terminales. Aunque estos edificios podían estar coronados por cúpulas, el principal efecto del proyecto consistió en aumentar la importancia de las líneas horizontales reguladoras, formadas por los dinteles,

las hiladas y las cornisas: por primera vez todos estos elementos quedaban unidos en una perspectiva cuyo efecto era intensificado por la longitud aparentemente infinita de la avenida.

No solo ocurría que las cúpulas de los edificios dominantes parecían flotar, sino que los propios edificios, cuando estaban instalados a solas en el extremo de una ancha avenida, flotaban igualmente en el espacio y a veces, como en el caso de los que enmarcan la Place de la Concorde, casi se perdían en este. Si la ciudad medieval, por su resistencia en el encierro, podía, en el peor de los casos, producir una sensación de claustrofobia, la ciudad del absolutismo produciría exactamente el efecto opuesto, el de la agorafobia: un horror al vacío eludido tan solo porque el espacio sería desgarrado en jirones por el constante movimiento de vehículos.

El movimiento rápido del espectador a través de este espacio, en un coche o a caballo, era, en realidad, de importancia fundamental para aliviar la monotonía estética de estas avenidas uniformes, con sus edificios uniformes y, en la última etapa, su aplicación demasiado uniforme de los órdenes clásicos. Para superar cierta rigidez de la arquitectura era imprescindible ligar muy de cerca el parque y la alameda a la nueva estructura urbana. Mediante el uso de este espacio verde, la Avenue de l'Observatoire y los Champs Elysées poseen una gracia que no estaba del todo ausente ni siquiera en los bulevares de la especulación del París de Haussmann.

Prescindiendo de todos los demás significados, el plano barroco representaba la conquista militar del espacio: los resultados humanos no se tenían en cuenta, excepto en la medida en que resultaban ventajosos para la clase alta. Pero, una vez que la fortificación opresora desapareció, la longitud interminable de la avenida resultó un obstáculo, pues empequeñecía al rey tanto como a sus súbditos.

He aquí la paradoja del poder. El poder político centralizado tiene su origen puramente en la fuerza y la capacidad de la perso-

nalidad dominante: llega a su negación cuando todos estos atributos y energías pasan a un mecanismo oficial, en virtud del cual el poder original se traslada a un punto distante a través de una organización burocrática y militar. Si la tiranía es consecuencia de la confusión y la ineptitud de la democracia, es igualmente cierto que la vulgarización democrática es un resultado inevitable de la fase final de la tiranía: la eficiencia despersonalizada. Después de un tiempo, el más poderoso de los emperadores, magnates financieros o dictadores no cuenta más que el hombre de la calle: ambos son engranajes, atrapados en un mismo mecanismo. El Palazzo Pitti, visto desde el otro extremo de su patio, todavía parece formidable: pero Versalles, contemplado desde gran distancia, no resulta más majestuoso que una unidad fabril horizontal, construida como una cadena de montaje de marionetas. Estas largas avenidas sirven como espejo reductor; en las dilatadas perspectivas de Versalles o San Petersburgo, la figura humana central, rey o zar, se hizo cada vez más pequeña y pronto alcanzó el punto de desaparición política.

6. Las inútiles funciones urbanas

Como ya he indicado, en el nuevo plan se sacrificaba la ciudad al tráfico: la calle, y no el vecindario o el barrio, constituyó la unidad de planificación. La avenida uniforme introdujo el movimiento y la confusión en partes de la ciudad que habían sido apacibles y autónomas. Tendió a extender el mercado a lo largo de las líneas del tránsito, en vez de crear puntos locales de concentración vecinal donde la gente pudiera congregarse; si bien en ciudades como Londres, menos sometida al imperio de las ideas barrocas que la mayoría de las grandes capitales, predominaría aún la concentración vecinal en unas cuantas callejuelas de mercado. El espacio

vital, en el plano barroco, se consideraba una inutilidad, pues la propia avenida determinaba la forma del terreno y la profundidad de la manzana.

Esta indiferencia hacia todas las funciones urbanas, con excepción de la del tráfico, iba acompañada por una exagerada valoración de la figura geométrica: un cuadrado como la nueva Freudenstadt, una figura de nueve lados con calles «radiocéntricas», como Palma Nuova, o una estrella parcial como Karlsruhe. ¿Qué significa esto? La figura abstracta delimita el contenido social, en vez de derivarse de este y, en cierta medida, de ajustarse a él. Las instituciones de la ciudad ya no generan el plan: la función del plan es, más bien, generar aquiescencia a la voluntad del príncipe en las instituciones. Había, cierto es, unas pocas excepciones, pero, por desgracia, se quedaron sobre el papel. El plano de estrella ideal concebido por Filarète era una excepción: su plaza central era rectangular, la catedral y el palacio estaban en los costados más cortos y los locales de los mercaderes y los mercados de productos alimenticios en los costados más largos. Igualmente medieval en su respeto de la función es el hecho de que cada una de las dieciséis calles radiales está cortada por plazas secundarias, ocho de ellas destinadas a iglesias parroquiales y las ocho restantes reservadas para mercados especiales, como los de la leña, la paja, el grano y el vino. Este plano, por su interés en la vida cotidiana de la parroquia, estaba animado aún por un espíritu medieval, aunque su contorno fuera barroco. Apenas hace falta añadir que la ciudad ideal de Filarète no se edificó jamás: este tipo de concepción carecía ahora de autoridad y de influencia. El príncipe y sus ayudantes tenían otras ideas en la cabeza.

La subordinación del contenido de la vida urbana a la forma exterior fue característica del espíritu barroco, pero su costo económico fue casi tan descabellado como las pérdidas sociales que acarreó. Si la topografía era accidentada, había que nivelar el

terreno a cualquier precio en materiales y mano de obra, con el único objeto de que se ajustara al proyecto: la avenida no modificará su curso ni alterará su anchura en unos cuantos metros a fin de salvar un hermoso árbol o de mantener intacto un edificio precioso. En caso de conflicto con intereses humanos, el tráfico y la geometría tenían preferencia. Es tan difícil ejecutar un plan barroco sobre contornos irregulares que la mayor parte de la nueva edificación urbana se llevó a cabo en terrenos llanos. Algunas veces, a decir verdad, el proyectista se desdecía de sus planes originales cuando, como en el caso de las avenidas que irradian desde la Piazza del Popolo en Roma, una colina resultaba ser demasiado escarpada para que la atravesara la avenida propuesta (de hecho, parece dudoso que el proyectista haya condescendido a echarle un vistazo al terreno cuando trazó su plan, lo cual es un descuido bastante frecuente en este tipo de proyectos).

Cierto que Francesco Martini hacía variar sus planos ideales mediante una aplicación ingeniosa de la geometría esférica para adaptarse a las laderas curvas, estableciendo grados tolerables para las calles; pero incluso ese ensayo de concepción tridimensional exigía que las curvas del sólido a cuyos contornos se adaptaba fueran concretamente más regulares de cuanto, por lo común, lo son en la naturaleza. No solo la indiferencia barroca ante la topografía aumentaba considerablemente el costo del desarrollo urbano; además, el incremento de vehículos con ruedas hizo subir el costo al crear la necesidad de un tipo más pesado de pavimento, así como de más empedrado en general. El ensanche y la prolongación de las avenidas añadió una carga más, y el papa Sixto IV, en 1480, solucionó sabiamente este problema al imponer una carga suplementaria a los propietarios que se beneficiaban con las mejoras introducidas en sus vecindarios. Por desgracia, este procedimiento tan sensato, al igual que su otra innovación notable —la expropiación de la tierra privada para usos públicos, como el ensanche

de calles—, no fueron adoptados seriamente por otros municipios hasta fines del siglo XIX.

Esto no equivale a decir que el orden geométrico no pueda desempeñar un papel eficaz en la planificación: muy al contrario. Una época como la nuestra, que ha sucumbido ante «formas libres» puramente caprichosas y sin sentido, tal vez tenga que volver muy pronto a valorar una disciplina más rigurosa, con su simplificación y su orden inteligibles y con sus limitaciones razonables. En materia de urbanismo la función de la geometría consiste en clarificar y orientar. Como cualquier otro tipo de abstracción útil, debe estar condicionada por la situación concreta en su totalidad y su diversidad, cediendo ante necesidades específicas cuando estas indican algún aspecto de la vida que haya escapado a la fórmula. En un periodo en que los cambios eran rápidos y cuando la costumbre ya no podía funcionar como guía suficiente, la geometría bien podía servir de expediente provisional para producir, al menos, una conformidad exterior. Por desgracia, los urbanistas barrocos dieron por sentado tácitamente que su orden era eterno. No se limitaron a ordenar el espacio sino que también trataron de congelar el tiempo. Su afán por eliminar lo viejo solo era igualado por su empecinamiento en oponerse a lo nuevo: pues solamente un orden podía armonizar con su tipo de plan, a saber, el suyo, siempre el suyo.

En resumen, un plano barroco era un logro en bloque. Debía quedar trazado de un solo golpe, fijo y petrificado para siempre, como si lo hubieran hecho, de la mañana a la noche los genios de *Las mil y una noches*. Semejante tipo de plan requiere la presencia de un déspota arquitectónico a las órdenes de un gobernante absoluto que viva el tiempo necesario para que quede terminada su concepción. Modificar este tipo de plan, introducir nuevos elementos tomados de otro estilo, equivale a romper su columna vertebral estética. Incluso el contenido superficial de un plano barroco solo

puede ser mantenido mediante severas normas administrativas. Cuando se las mantuvo, como sucedió en París, el orden pudo conservarse en la superficie durante muchas generaciones, incluso durante siglos.

Descartes sintetizaría, tal vez mejor que ningún otro autor, la simpatía del siglo XVII por la unidad exterior; precisamente él, que fue uno de los pensadores más representativos de la época, tanto por su condición de soldado como por ser filósofo matemático. «Se ve, en efecto —escribía Descartes— que los edificios que ha emprendido y acabado un solo arquitecto suelen ser más bellos y mejor ordenados que aquellos otros que varios han tratado de restaurar. [...] Esas viejas ciudades que no fueron al principio sino aldeas y que con el transcurso del tiempo se convirtieron en grandes ciudades, están ordinariamente muy mal trazadas si las comparamos con esas plazas regulares que un ingeniero diseña a su gusto en una llanura; y, aunque considerando sus edificios uno por uno, encontrásemos a menudo en ellos tanto o más arte que en los de las ciudades nuevas —aquí uno grande, allá uno pequeño— y cuán tortuosas y desiguales son por esta causa las calles, diríase que es más bien el azar, y no la voluntad de unos hombres provistos de razón, el que los ha dispuesto así. Y si se considera que en todo tiempo ha habido, sin embargo, funcionarios encargados de cuidar que los edificios particulares sirvan de ornato público, bien se comprenderá lo difícil que es hacer cabalmente las cosas cuando se trabaja sobre lo hecho por otros».

No podría haber contraste más agudo entre los dos órdenes de pensamiento, el orgánico y el mecánico, que aquí: el primero surge de la situación total, el segundo simplifica los hechos de la vida en beneficio de un ingenioso sistema de conceptos, más caro al espíritu que la vida misma. El uno trabaja en cooperación con «los materiales de otros», posiblemente orientándolos, pero ante todo reconociendo su existencia y entendiendo su propósito;

el otro, el del déspota barroco, insistiendo en *su* ley, *su* orden, *su* sociedad, lo impone una sola autoridad profesional, la cual trabaja bajo su mando. Para los que se hallaban en el seno de la vida barroca, para el cortesano y el financiero, este orden formal era, en realidad, orgánico: representaba los valores que ellos se habían creado para sí mismos, como clase. Para los que quedaban fuera, constituía una negación de la realidad.

La esencia de este modo de pensar, el símbolo más representativo del diseño barroco, tanto en sus momentos más débiles como en los más creativos, es el jardín o parque del siglo XVII. Se trata de una composición formal en el espacio, en la que los crecimientos y florescencias naturales pasan a ser tan solo detalles subordinados en un diseño geométrico: tal cantidad de alfombrado, papel de empapelar y decoración del techo, directamente extraídos de los materiales ajenos de la naturaleza. La alameda podada en la que los árboles se convierten en una suave muralla verde; el seto recortado; la deformación de la vías en beneficio de una pauta exterior de orden: he aquí algo que era a la vez magnífico y ridículo, como si Procusto hubiera contado con la imaginación de un Poussin.

Para comprender las limitaciones últimas del plan barroco, su incapacidad para ocuparse de un modo de existencia que no fuera el procedente de la corte, hay que preguntarse qué medidas se tomaban en cuanto al núcleo cívico. En el barrio, ninguna. Al mercado local y a la escuela no se les asignaban terrenos especiales en el plano; y el parque local, dentro de la gran plaza, ni siquiera sirve como pequeño terreno de juegos para los niños del vecindario, salvo en el caso de aquellos que tienen acceso legalmente, por derecho de propiedad, a la plaza. En cuanto a las instituciones cívicas del municipio, estaban subordinadas al palacio del príncipe, y la teoría de este núcleo cívico fue expuesta admirablemente por Palladio:

«Pero volviendo a las plazas principales, contiguos a ellas deben estar el palacio del Príncipe o de la Señoría, según sea principado o república, la casa de la moneda y el erario, donde se guarda el tesoro y el dinero público, y las cárceles. Estas antiguamente se hacían de tres tipos: una era para los que eran extraviados e inmodestos [...] la cual ahora se dedica a los locos; otra era para los deudores [...]; la tercera es donde están los hombres pérfidos y perversos».

El palacio, el tesoro, la cárcel y el manicomio: ¿qué edificios podrían resumir más cabalmente que estos cuatro el nuevo orden o simbolizar más eficazmente los principales rasgos de su vida política? Estos eran los predominantes. Entre ellos se extendían las fachadas tediosamente reiteradas; y tras esas fachadas subsistían, de algún modo, las partes olvidadas y negadas de la vida.

7. El foro de la moda

En un lugar, empero, la planificación barroca fue más allá de sus premisas políticas y militares; en él creó una forma independiente de los propósitos del palacio. Me refiero a la concepción del barrio residencial. La plaza abierta no había desaparecido nunca; pero, por la misma razón, nunca, ni siquiera en la Edad Media, había sido utilizada totalmente con propósitos residenciales, aunque solo fuera porque entonces el escritorio comercial y la tienda formaban parte del hogar. Pero, en el siglo xvii, resurgió con una nueva apariencia o, mejor dicho, desempeñaba ahora una nueva función urbana, la de reunir un grupo de residencias a plena vista unas de otras, ocupadas por personas de la misma profesión y posición, en general. Mario Labò tiene razón al considerar que la Strada Nuova de Génova es un barrio más que una calle; pero las nuevas plazas redefinieron este tipo de agrupación por clases.

En el tipo anterior de ciudad, especialmente en la Europa continental, los ricos y los pobres, los grandes y los humildes se habían entremezclado a menudo en un mismo barrio, y en París, por ejemplo, durante un largo tiempo siguieron ocupando los mismos edificios, los más ricos en la planta baja y los más pobres en el desván, cinco o seis pisos más arriba. Pero ahora parecería que a partir del establecimiento de Gray's Inn de Londres, en 1600, se formó un nuevo tipo de plaza: un espacio abierto rodeado únicamente por viviendas familiares, sin tiendas o edificios públicos, excepto, tal vez, una iglesia. En verdad, Gray's Inn era una forma de transición entre el recinto medieval amurallado, con jardines interiores, dedicado a un convento o a la mansión de un gran señor, y la plaza, solo rodeada por sus propias casas, concebida como parte del nuevo trazado de las calles.

La primera de las plazas francesas, en París, la Place Royale (ahora llamada Place des Vosges) fue concebida inicialmente por Enrique IV en 1604 como terreno para una nueva fábrica de alfombras, de la que llegó a construirse uno de los edificios. Pero en 1605 se amplió este proyecto para que comprendiera un barrio uniforme con la fábrica en el que pudieran alojarse los trabajadores: al parecer, se trataba de un alentador precedente para el nuevo orden industrial que, bajo los auspicios reales, estaba en proceso de montaje en las grandes fábricas de tejidos y de cerámica. Pero el mismo año esta feliz iniciativa fue abandonada en favor de otra clase de experimento: la plaza dedicada única y exclusivamente a residencias de clase alta. Así, este particular espacio abierto recuperó, en un sentido, su uso inicial, pues uno de los costados del terreno había sido el viejo Hôtel Royal des Tournelles, con su campo de torneos para los juegos caballerescos y, por un momento, volvió a ese uso festivo en 1612. Y de forma muy semejante, cabe observar, persistió en la Place Vendôme la Feria de San Ovidio, una antigua institución medieval.

En Londres, las tierras necesarias para estas nuevas plazas eran proporcionadas por las grandes fincas feudales que abarcaban amplias franjas de la ciudad. Incluso en París la nobleza feudal había establecido, por ejemplo en el suburbio próximo de Saint Germain, casas de campo con espaciosos jardines en su fondo, como el que se extiende detrás del Museo Rodin, y cuyas dimensiones palaciegas se deben a su destino original. Celia Fiennes, en sus *English Journeys*, observa que «había anteriormente en la ciudad varias casas de nobles con amplios jardines, dependencias y grandes entradas, pero últimamente se las derriba para construir calles y plazas que reciben los nombres de los nobles, y esta es la práctica de casi todos».

En realidad, estas nuevas plazas o *squares* llenaban una nueva necesidad de la clase superior o, mejor dicho, toda una serie de necesidades. Se edificaron originalmente para familias aristocráticas o de mercaderes que tenían el mismo nivel de vida y los mismos hábitos. Si las fachadas uniformes en el *square* ocultaban diferencias de opinión política y fe religiosa, tal vez precisamente había, en el siglo XVII, una necesidad redoblada de este tipo de manto clasista arbitrario para ocultar las disparidades, rivalidades y antagonismos que estaban apareciendo: la gente aristocrática presentaba un frente común de clase que dejaba ocultas sus diferencias ideológicas y partidistas. Quienes vivían en un *square* tenían conquistado, por ese hecho mismo, un suplemento de distinción; y cabe suponer que estarían en condiciones de mantener un coche y caballos, gasto que incluso un floreciente funcionario público como Samuel Pepys consideraba con algunos titubeos.

Arquitectónicamente, estos *squares* fueron algo fríos en el comienzo: daban más la impresión de ser campos para desfiles militares que esos pequeños parques urbanos en que muchos de ellos se convirtieron antes del siglo XIX, cuando la afición romántica por el Paisaje volvió a la espesura pétrea de la ciudad. Los espa-

cios abiertos de los *squares* no estaban concebidos, a decir verdad, como lugares para dar unas vueltas y descansar al aire libre, es decir, tal como se usan hoy; eran, más bien, lugares para estacionamiento de vehículos, sitios, como indicaba Evelyn en *Londinium Redivivum*, en que podían pararse los carruajes, y donde, sin lugar a dudas, en los días fríos, el cochero, mientras esperaba a su señor o a su señora, podía hacer ejercitar a los caballos impacientes. Además, con estas plazas abiertas, los huéspedes podían llegar a una gran recepción, en carruajes, sin provocar una congestión de tránsito. Así, irónicamente, lugares como la Place Vendôme (1677-1701), que ahora sirve para estacionamiento de automóviles, en un sentido se limitan a volver a su uso inicial, pero con esta diferencia: antiguamente el número de coches era limitado y muchos de ellos estarían en movimiento, en tanto que los ocupantes actuales constituyen una masa inmóvil y sólida.

En el siglo XVIII la transformación del *square* residencial fue más lejos. En el trazado de la mayor parte de ellos se había dejado espacio insuficiente para jardines traseros; en verdad, estos se convirtieron demasiado pronto en sitios utilitarios pavimentados, donde se limpiaban las alfombras y se ponía a secar la ropa interior. Cuando esta falta llegó a sentirse suficientemente, los propietarios de las casas sobre el *square* convirtieron el espacio abierto vacío en un jardín o parque colectivo. En el gran plano en perspectiva de Turgot, de 1737, la Place Royale ya aparece cercada por una verja con cuatro portones y ocho paseos rectos que convergen hacia una estatua ecuestre erigida en el centro. En Inglaterra, después que una o dos generaciones se ocupáran de plantarlos, los árboles y el pasto introdujeron una nueva belleza en el paisaje urbano y suavizaron el aire. Pero el carácter interior de los viejos jardines medievales había desaparecido: la nueva nota era de apertura visual y de aislamiento social. Las barreras sociales constituían ahora una valla invisible.

Aunque el desarrollo del *square* residencial abarcó dos siglos y medio, la forma, el tratamiento arquitectónico y la superficie de espacio abierto permanecieron consistentes, por lo menos en Londres. Berkeley Square, con sus dos hectáreas de terreno, representa tal vez el término medio. Más de dos docenas de *squares* se construyeron en el centro de Londres antes de 1827, sobre todo en Bloomsbury, Mayfair y Belgravia; abarcaban desde Covent Garden y Leicester Square (1630 y 1635), pasando por Grosvenor (1695) y Bedford (1775) hasta Boston Crescent y Belgrave Square (1820 y 1825). Con el tiempo exhibieron una gran diversidad de formas: oblongas como Torrington Square, semicirculares como Mornington Crescent, circulares como la Place des Victoires, en París, o elipses abiertas como las de la *New Town*, de Edimburgo. Hasta en los barrios que sucumbieron finalmente a nuevos usos y al empobrecimiento, estos espacios abiertos sirvieron para mantener un nivel de decoro y orden que contrastaba favorablemente con las decrépitas calles laterales.

El ejemplo dado por Londres y París fue imitado en ciudades menores. La Place Ducale, en el pueblecillo de Charleville, está arquitectónicamente cortada del mismo paño que la Place Royale de París; y en las plazas cuadradas, circulares y en forma de media luna de Bath, tal como las trazaron los Woods, alcanzaron un grado más alto de perfección que en otros lugares, en parte quizá debido a una explotación verdaderamente magnífica de los terrenos montañosos irregulares en las áreas nuevas de la ciudad. Por desgracia, como por lo común se fotografían los edificios del Royal Crescent y no la vista desde estos, quienes no han visitado Bath pueden tropezar con dificultades antes de darse cuenta de que la vasta curva del Crescent no es una forma arbitraria sino una respuesta imaginativa ante la vasta curva del paisaje que se domina desde ese punto: la vista de las colinas distantes, que debió de ser más notable antes de que los árboles que se interponen crecieran

lo suficiente como para ocultarla. En este caso, la prodigalidad barroca de espacio quedaba ampliamente justificada por el resultado estético, por no hablar de la salubridad de este plano abierto. Los críticos arquitectónicos que en los últimos tiempos han confundido el urbanismo con las grandes densidades de población y el apiñamiento de las construcciones se engañan a sí mismos al olvidar el espacio abierto de Bath: la más constantemente urbana entre las ciudades inglesas y que, en sus mejores días, se jactaba de tener la población de una villa rural mientras practicaba el tono culto de una metrópoli.

El plan de Craig para la *New Town* de Edimburgo demostró, en 1767, hasta qué punto podía llegar este nuevo orden en una dirección completamente diferente de la de los precedentes barrocos palaciegos. Ese orden y esa unidad fueron el resultado de una actitud unitaria ante la vida, de la propiedad unificada de la tierra y del control único del arquitecto y el constructor. Si se hubiera comenzado por dividir la tierra en parcelas individuales, vendiéndolas a propietarios privados rivales, cada uno de ellos orgulloso de sus propios gustos, celoso de sus propios caprichos, feroz en la defensa de su particular ideología, el resultado habría sido el caos, que, con excesiva frecuencia, predominó en la calle, urbana o suburbana, de fines del siglo XIX. Allí, en Londres, Bath o Edimburgo, y no en las ciudades residenciales de la realeza, que son sus ejemplos más famosos, como Versalles, manifestó el orden barroco sus mejores cualidades: el ordenamiento con una reverencia formal y una tranquila sonrisa. Los ingredientes estructurales eran sencillos y no debían casi nada a la ciega imitación del pasado. El espacio abierto, una figura geométrica simple: media luna, círculo, óvalo, cuadrado, limitado por una baranda que encerraba el verdor; y, para el acceso una calle en la periferia. En los costados de la plaza, un uso uniforme de materiales comunes de construcción: ladrillo, piedra o estuco; e igualmente una línea común de tejados y elementos comunes reiterados: ventanas, puertas, columnas.

Los requisitos eran tan fundamentales y el método de tratamiento tan directo, que estas casas aún son habitables hoy, cuando han pasado entre cien y trescientos años desde su construcción: puedo atestiguarlo por mi experiencia personal. Su espaciosidad, su mismo anonimato, su carencia de «exactitud funcional» por usar la expresión de Matthew Nowicki, han prolongado su vida; pues sirven igual de bien como apartamentos que como hoteles, oficinas o estudios; en realidad para casi cualquier fin, excepto el inicial, el de residencias para familias separadas. En sus expresiones más mezquinas, tanto la arquitectura como el plan evidencian buenos modales; en las mejores, satisfacen todas las exigencias de una vida ostentosa pero digna, en una época en que podía mantenerse este despliegue mediante una abundante tropa de sirvientes mal pagados. El lapso que perduró esta forma, sin cambios, atestigua sus méritos: Thomas Cubitt construía aún estas casas y plazas en Londres en la primera mitad del siglo XIX.

Sirva lo dicho hasta aquí de valoración. Pero no hay que observar demasiado de cerca, incluso en las viviendas de la clase superior, detrás de los hermosos frentes clásicos. Estas residencias tienen frente y trasera. El frente, destinado a ser visto, sigue siendo hermoso. La trasera, destinada a quedar oculto, era por lo común sórdida y a menudo directamente vergonzosa. En esto la arquitectura refleja la época: la serie de Hogarth sobre *El progreso del libertino*, lo mismo que los *Diarios* de Boswell, revelan muchos detalles que ocultan los grabados puramente arquitectónicos de la época. Obsérvense las traseras de las hermosas casas que hay en Charlotte Square, en Edimburgo: son barracones. Síganse las callejas que alejan del *square*: se encontrará un tugurio, que solo está separado por establos de las hermosas casas, un tugurio ocupado por los sirvientes y los pequeños comerciantes. Donde estos edificios no existían antes de que apareciera la gran plaza, se los creó, llegado el momento, como parte del desarrollo: las calles que hay

detrás de las fachadas algo pomposas del Regent's Park, de Nash, fueron proyectadas desde el comienzo como tugurios embutidos, por así decirlo. Prudentemente los proyectistas establecieron incluso un pequeño sector de casas más pequeñas, preparadas convenientemente para ser ocupadas por amantes y cortesanas.

Evidentemente, este urbanismo de las clases altas no podía contribuir en casi nada al orden del resto de la ciudad cuya población vivía en un nivel económico más bajo y estaba alojada, como veremos a su debido tiempo, de acuerdo con un principio diferente, en el que no entraban en consideración el gusto ni la salud ni la vida familiar. Este punto queda admirablemente ejemplificado en un diálogo del siglo XVI entre un hombre de campo y un hombre de ciudad. El primero alaba las ventajas del campo y la vida sociable de que goza allí con sus honrados vecinos: «ganaderos, carniceros, agricultores, tratantes de ganado, carpinteros, grabadores, sastres y otros hombres semejantes, compañeros muy buenos y honrados». Esa vida, que antes también existiera en la ciudad, ahora había desaparecido, pues su interlocutor le responde: «Y así lo creo, pero no en el caso de usted, que es un caballero». «¡Cómo! —exclama el hombre de campo—. ¿Querría que viviera solo? Eso sería peor que estar muerto». A lo que el caballero de la ciudad responde: «No, nada de eso, pues si usted viviera la mayor parte de su tiempo en la Corte y la ciudad, entre los mejores, siempre encontraría compañía allí, *apropiada para su estado y condición*». Incluso en sus mejores manifestaciones, el urbanismo barroco se mantuvo sobre esa estrecha base. Estaba destinado a la mejor gente: era apropiado para su condición.

8. Residuos del orden barroco

El culto barroco del poder ha sido aún más tenaz que la ideología medieval: permaneció activo y extendió su dominio a otras esferas de la vida, creando Napoleones no solo en el orden político sino también en los negocios y las finanzas, si bien su regimentación perdió de modo paulatino el sentimiento vivaz para la expresión estética que realmente poseían los grandes cultores de sus fases precedentes. A través de la acción misma de la democracia, el absolutismo barroco intensificó su dominio sobre la sociedad: no debemos olvidar que el servicio militar para la población masculina entera, no durante unos cuantos meses por año, como ocurría bajo el feudalismo, sino durante varios años seguidos, solo data de la Revolución Francesa. En los tiempos modernos ningún príncipe absoluto osaría imponer esta obligación universal: a decir verdad, apenas si había sido posible desde la época de los constructores de las pirámides.

Los ejércitos, los gobiernos y las empresas capitalistas adoptaron el espíritu y la forma característicos de este orden, con todas sus dimensiones infladas. Particularmente en materia de planificación gubernamental, la imagen barroca siguió dominando: aunque los nuevos palacios municipales de la Europa del siglo XIX siguieron a menudo los rasgos de la arquitectura medieval desde Viena hasta Mánchester, los edificios de los parlamentos (con la excepción del de Westminster), así como las oficinas del gobierno, se ejecutaron siguiendo alguna versión insípida y pomposa del barroco, a veces disecada hasta llegar a la corrección del neoclásico. Hasta el aberrante exponente del nazismo, con su regresión deliberada a los dioses salvajes de los antiguos germanos, modeló sus fantasías de poder deshumanizado en una extravagancia de vacuidad adecuadamente clásica.

En París, Madrid, San Petersburgo, Viena y Berlín el estilo barroco, tanto en arquitectura como en planificación, no solo perdu-

ró sino que encontró sus oportunidades más grandes de aplicación a gran escala. En tanto que las ciudades residenciales de la realeza dejaron de construirse después del siglo XVIII, las grandes capitales, en su crecimiento y expansión, siguieron las mismas líneas generales, a menudo con un implacable desprecio por los valores históricos que hubiera correspondido ver conservados y reverentemente afianzados en monumentos nacionales y santuarios. En verdad, algunos de los mayores éxitos de la planificación barroca quedaron reservados para el París del siglo XIX: lo cual prueba, dicho sea de paso, que una fase histórica de cultura urbana crea un arquetipo duradero que no puede situarse fácilmente dentro de los límites temporales de un periodo determinado, por motivos que ya hemos analizado.

En París, el enfoque barroco sirvió a dos jefes imperiales, Napoleón I y Napoleón III. Ambos caudillos ejecutaron y ampliaron planes para la reforma de París con los que sus predecesores menos afortunados habían debido limitarse a juguetear. En la medida en que estos gobernantes ejercieron un poder real, el propio estilo conservó bastante de su antigua vitalidad. Mientras que el plan de París, preparado por Colbert en 1665, había hecho hincapié en el «control» de la edificación y la expansión, estos nuevos gobernantes, más monárquicos que los antiguos monarcas, estaban de parte del crecimiento y la expansión. Su espíritu resultaba útil a los banqueros y especuladores que se beneficiaron con el aumento posterior de los alquileres y con las ganancias por la construcción.

Hasta entrado el siglo XX, el propio urbanismo, por lo menos en las grandes metrópolis, significó principalmente planificación barroca: desde Tokio y Nueva Delhi hasta San Francisco. El más grandioso de estos proyectos fue el plano de Chicago a cargo de Burnham y Bennett, con sus parques, sus avenidas diagonales, su supresión de la industria y sus ferrocarriles junto al río. Pero aquí como en otras partes hay que señalar las debilidades típicamente

barrocas: la falta de interés en el barrio como unidad integral, la ausencia de preocupación por la vivienda familiar, la concepción insuficiente del buen orden en el comercio y la industria como elemento necesario en cualquier logro más amplio de orden urbano. Con el mismo criterio fue concebido el centro cívico de San Francisco, al igual que los de Cleveland y Springfield, sin ningún control ulterior sobre el paisaje urbano que lo envolvía; y esto refutaba abiertamente sus pretensiones estéticas.

Algunos de los mejores así como algunos de los peores ejemplos del urbanismo barroco solo se concretaron cuando, de forma flagrante, dejaron de ser simbólica o prácticamente adecuados para la época que los construyó. Sin poderes principescos, sin estricto control de la zona circundante y sin grandes inversiones de capital, los planes barrocos no podían hacer frente a las empresas desordenadamente competidoras de la ciudad que se extendía horizontal y verticalmente. Porque, cuando se trata de proyectos barrocos, media ración resulta, en realidad, peor que nada: lo que queda sin hacer o sin modificar por el plano constituye, en sí mismo, una confesión de su debilidad.

Aparte de la incongruencia entre las formas barrocas y los propósitos y funciones de una ciudad moderna, había una debilidad más que sus defensores posteriores nunca advirtieron. Su grandeza misma se basaba en el desconocimiento, cuando no en el desdén, de las necesidades prácticas: incluso de las necesidades del tránsito. Así, su contribución más imponente, la avenida larga, recta y ancha servía, en realidad, para conectar rápidamente puntos distantes; pero la misma anchura de la avenida creaba una barrera entre sus costados opuestos; y hasta fecha más reciente, cuando se introdujeron los semáforos, el cruce de una avenida con estas características, aun cuando se contara con la ayuda de refugios para los peatones, estaba lleno de peripecias.

Para ir de tiendas, ese gran pasatiempo posterior al siglo XVII, nada como las calles angostas, cerradas al tráfico, como Old Bond Street y New Bond Street, en Londres, la Calverstraat, en Ámsterdam, o la calle Florida, en Buenos Aires. Y si la avenida es una barrera, ¿qué diremos de esas plazas vastas y ventosas como la Place de l'Étoile, cuya circunnavegación a pie constituye todo un peregrinaje? Semejantes extravagancias exigen un gran sacrificio diario, que no guarda proporción con los beneficios logrados.

¿A qué se debe, pues, el dominio activo que el plan barroco ha ejercido durante tanto tiempo sobre el espíritu del urbanista? ¿Por qué una proporción tan alta de un urbanismo superficialmente moderno sigue realizándose con espíritu barroco, con la misma extravagancia arrogante y con el mismo desdén absoluto hacia las necesidades humanas, si bien la gran avenida se ha convertido en una autopista, y la gran rotonda se ha transformado en un «trébol»? En la base de todas estas modalidades están los supuestos —y las supersticiones— del poder ilimitado. La prescripción barroca lleva consigo la misma clase de autoridad que ejercía el médico a la antigua cuando prescribía, automáticamente, una purga drástica al paciente, sin preocuparse por los síntomas o la naturaleza de la enfermedad: prometía resultados categóricos, rápidos, visibles y hasta sorprendentes.

Si se compara la hermosura geométrica de un plano barroco con la clase de remplazo y modificación pacientes, fragmentarios, que se sugieren en los planes de Rowland Nicholas para la reconstrucción de Mánchester, se descubren las ventajas plausibles de esta superficialidad administrativa. Exige conocimiento e imaginación comprender que el proceso que pondría en movimiento el urbanista de Mánchester produciría una ciudad mucho más solvente que el acto impaciente de arrasar un barrio entero, seguido de la apertura al por mayor de nuevas avenidas y de conjuntos de edificios a gran escala, acaparando perentoriamente el dinero y

los esfuerzos que también son necesarios para el tratamiento paciente, paso a paso, de otras partes de la ciudad. Lo espectacular y categórico del estilo barroco le da una ventaja, al comienzo, sobre los proyectos que tienen más en cuenta las realidades biológicas, sociales y económicas.

Y, sin embargo, había cierta dosis de profunda intuición en la célebre observación de Daniel Burnham: «No hagas planes modestos porque no tienen la capacidad de excitar la mente de los hombres». Y hay momentos en que la audacia de la estética barroca, con su implacable negación de las realidades históricas, proporciona una respuesta a las dificultades que serían insuperables si se tratara de hallar una solución fragmentaria. Nadie acusaría a W. R. Lethaby, medievalista de profesión, defensor de un localismo funcional moderno, exento de pretensiones estilísticas, de ser alguien que tenga una afición *a priori* por el diseño barroco, más bien todo lo contrario. Sin embargo, frente al desparramamiento indeciso del centro de Londres, con su enredo insoluble de callejuelas, su carencia de todo orden inteligible o propósito aparente, tan informe (señalaba él) como la niebla londinense, sugirió el plan del Golden Bow (Arco Dorado). La curva del Támesis proporcionaba la comba del Arco, con la catedral de San Pablo en un extremo y la Abadía de Westminster en el otro: la flecha era una nueva avenida, que hendía volando por el puente de Waterloo y se internaba en el corazón de Londres, apuntando hacia el British Museum.

He aquí una solución audaz, tan acertada como la Regent Street concebida y construida por Nash, para pasar a través de una espesura urbana similar. El Golden Bow no sugería la creación de una dilatada red de calles simétricas y avenidas diagonales de tránsito, según la moda parisiense de Haussmann; muy por el contrario, Lethaby especificaba que la «flecha» que abriría la vista del río debía ser un paseo para peatones, libre de vehículos. Pero aplicó este método para hacer un nuevo corte a través del desecho

urbano, casi a la manera de un cirujano que corta el tejido muerto en una herida ulcerada. No se trataba, por supuesto, del enfoque típicamente barroco: era, más bien, el del urbanista del Renacimiento, aplicado con mayor fuerza, abarcando distancias más grandes, en la amplia escala a la que los diseñadores del siglo XVII tenían aclimatado el espíritu desde hacía mucho tiempo. Pero lo que le sucedería al plan barroco al ser aplicado globalmente a una ciudad moderna puede comprobarse si se considera uno de los más grandes ejemplos del método y el estilo: el plano de Washington.

9. Las lecciones de Washington

Solo un siglo, más o menos, separa el proyecto de Versalles, la más grandiosa, si no la más grande, de las «nuevas ciudades» palaciegas de los planes del mayor Pierre Charles l'Enfant, presentados en 1791, para la construcción de Washington. En el ínterin el orden político de la sociedad occidental había sido conmovido hasta sus cimientos mismos. Tres revoluciones, la inglesa, la norteamericana y la francesa, habían puesto término a todo el aparato del poder centralizado e irrevocable, encarnado en un monarca absoluto cuyos aires y pretensiones habían empezado a rivalizar con los de su anterior prototipo egipcio. Paralelamente a la caída del absolutismo se había producido el derrocamiento del sistema feudal de propiedad, la secularización del Estado, la eliminación de las normas restrictivas impuestas por las corporaciones y los municipios; y, con ello, la abolición de los propios gremios y la transformación de la ciudad en una dependencia cuyas facultades, concedidas por el Estado, podían serle arrebatadas nuevamente.

Si algo debía modificar la pauta barroca, cabría pensar que fuera como resultado de esta recomposición global de la sociedad política. En particular en los primeros días de la república norte-

americana, cuando los poderes del Estado eran todavía nebulosos e indeterminados, limitados por las prerrogativas de los sistemas provinciales de gobierno. ¿Pero qué encontramos?

Cuando hubo que proyectar la nueva capital como sede del gobierno federal, se recurrió a un ingeniero francés para que llevara a cabo la tarea. Se trataba de un hombre muy competente, mucho más capaz y previsor que cuanto creyeron sus clientes y colegas: a decir verdad, considerando su juventud y lo limitado de su experiencia, casi un genio. L'Enfant creía, para decirlo con sus propias palabras, que el «modo de tomar posesión del distrito entero y utilizarlo en un primer momento debe dejar a la posterioridad una idea grandiosa del interés patriótico que lo promovió»; de modo que incluso sus plazas debían estar adornadas con figuras esculpidas «para incitar a la juventud de las generaciones venideras a seguir las huellas de esos sabios varones o héroes que su patria consideró justo honrar».

Pese a sus firmes convicciones republicanas, el proyecto que L'Enfant preparó para la nueva capital era, en todos sus aspectos, lo que los arquitectos y servidores del despotismo habían concebido inicialmente. L'Enfant solo podía trasladar a la nueva época la imagen estática que había sido dictada por la coerción y el control centralizados. El único rasgo que faltaba eran las fortificaciones originales del siglo XVI, puesto que, aparentemente, no había necesidad de defensa militar. Llegado el momento, esta resultaría una embarazosa imprevisión, ya que solo esas obras podrían haber salvado los nuevos edificios públicos de la destrucción perpetrada por los invasores británicos en la guerra de 1812. Aparte de esto, el plan constituía una adaptación ejemplar de los principios barrocos corrientes a una nueva situación.

Ahora bien, L'Enfant, con la perspicacia propia del auténtico urbanista, no empezó por el sistema vial sino por los principales edificios y plazas. Entre estos puntos cardinales tuvo la idea de es-

tablecer «líneas o avenidas de comunicación directa», destinadas no solo a promover el tránsito sino también a «conservar a lo largo del conjunto una reciprocidad de vista simultánea», prestando especial atención a la comodidad y las perspectivas agradables en el camino. Así, Washington se proyectó como una serie de telarañas de tránsito entrelazadas, con avenidas principales de dimensiones tan generosas como los Campos Elíseos. Las avenidas principales tenían cuarenta y ocho metros de ancho, con tres metros de pavimento a cada lado, nueve metros de acera de gravilla «con árboles plantados a ambos lados» y veinticuatro metros en el medio para el tránsito de vehículos. Incluso las avenidas menores, como las que llevaban a edificios públicos o mercados, tenían treinta y nueve metros de ancho, en tanto que las calles restantes, de veintisiete a treinta y tres metros, rivalizan con las calles trasversales más grandes que se previeron en el plan de 1811 para Manhattan y sobrepasan en generosidad a todo lo considerado en las ciudades históricas de cualquier otro lugar.

Sin duda, era la ausencia misma de edificios lo que hizo tan profundo el homenaje de L'Enfant a la avenida. Pero su trazado en damero de las calles incluía variadas dimensiones y no establecía dimensiones uniformes como las de las calles del proyecto de Penn para Filadelfia. Aparte de la irregularidad de las manzanas formadas por diagonales convergentes, sus diferencias de tamaño corresponden a alguna necesidad que L'Enfant no explicó del todo. Las variaciones de dimensión de las manzanas y las calles muestran que no se trataba de un mero plano de mesa de dibujo: al concebirlo, L'Enfant fue capaz de relacionar los elementos del proyecto con las funciones diarias que cumplían.

Si bien corresponde rendir el debido homenaje a la grandeza imaginativa de L'Enfant, por otra parte hay que observar que no fue capaz de eludir el habitual sacrificio barroco de todas las demás funciones de la ciudad al espacio, la magnificencia de la posi-

ción y el movimiento. De las veintitantas mil hectáreas abarcadas por su trazado, 1.459 correspondían al sistema vial, mientras que la tierra requerida para edificios públicos, espacios abiertos o reservas, solo abarcaba 219 hectáreas. Con cualquier criterio, esa distribución entre el espacio dinámico y el estático, entre los vehículos y los edificios, era absurda. Solo un ingeniero de caminos de la actualidad, fiel a la moda de las intersecciones descomunales, podría competir con L'Enfant en este dispendio desatinado de preciosa tierra urbana.

Como consecuencia, solo 793 hectáreas, es decir, menos de las dos terceras partes de la cantidad requerida para calles y avenidas, quedaban para ser divididas entre lotes destinados a la edificación, creando un total de 20.272 lotes de este tipo. Con un generoso cálculo de seis personas por cada vivienda, esto no daría cabida a más de ciento veinte mil personas, suponiendo que se pudiera aprovechar cada lote exclusivamente con fines residenciales. El sistema de calles, para que se justificara, reclamaba por lo menos una población de medio millón de habitantes: el plan permitía, conforme «con sus propios términos originales», una cifra del orden de los cien mil.

Esto muestra, asimismo, las limitaciones no tanto de la imaginación de L'Enfant como de la ideología en que se asentaba. Y no es una justificación del plan original decir que, con el tiempo, el tránsito y la densidad de ocupación se pusieron al día con L'Enfant y disculparon sobradamente su extravagancia. Para la época en que eso ocurrió se había hecho evidente que una vez considerado el tráfico rodado como la principal inquietud de la planificación, no quedará nunca espacio suficiente para impedir la congestión o una densidad residencial bastante elevada como para proporcionar impuestos suficientes para satisfacer sus requisitos exorbitantes.

En la superficie, Washington tenía todos los rasgos de un soberbio trazado barroco: la ubicación de los edificios públicos, las

avenidas grandiosas, los accesos axiales, la escala monumental, la envoltura de follaje. Sin tener a su disposición ni una sola ciudad importante, ni siquiera San Petesburgo, para que le sirviera de modelo, L'Enfant, empero, había conseguido vislumbrar cómo podía ser una gran capital concebida en términos barrocos. Había prestado atención al juicio de Alberti, según el cual «la ciudad o, mejor aún, la región de la ciudad constituye el más grande e importante entre los edificios públicos». E incluso había sacado el mayor partido posible de lo que era, antes de que la mano del hombre lo tocara, un lugar desalentador: las tierras bajas, limitadas por una ciénaga por el lado del Potomac, y partida en dos por un arroyo, irónicamente llamado Tíber, que bien pronto se convirtió en una cloaca. El marco se encontraba allí, pero el contenido estaba ausente. Porque faltaba una cosa: la capacidad para ejecutar el plan mediante la construcción. El orden existía sobre el papel, pero no en la realidad.

La impotencia resultaba tanto más lamentable cuanto que nadie, desde los Woods en Bath, había aceptado más anhelantemente el desafío de un terreno difícil. En vez de tratar de eliminar estas dificultades, L'Enfant trató de sacar partido de ellas. Así, su plan para una cascada que descendiera por Capitol Hill, utilizando agua del Tíber, era digna del propio Bernini. Diestramente, L'Enfant comenzó por situar los edificios públicos fundamentales, a fin de establecer los núcleos cívicos y los puntos de atracción en las situaciones más dominantes. Incluso su idea de la relación medular del Mall y Pennsylvania Avenue, pese a estar lamentablemente inflada, era del mismo orden de concepción que el Golden Bow de Lethaby. Solo cuando dejó establecida la situación de los principales edificios procedió L'Enfant a cubrir los intersticios con calles y manzanas. Edificios nacionales, incluso una Iglesia Nacional, no sectaria, para la celebración de ceremonias públicas, edificios locales para escuelas y colegios, todo fue debidamente previsto por el urbanista como elementos determinantes en el plan.

Sin lugar a dudas, un gobierno prudente y previsor no hubiera pasado por alto estas admirables sugerencias ni hubiera perdido estos terrenos; más bien habría adquirido todo el Distrito de Columbia por compra y hubiera alquilado, y no vendido, la tierra que era imprescindible para su desarrollo como capital nacional. Sin el control público de la tierra, el plan del mayor L'Enfant quedaba desbaratado, incluso antes de haberse hecho visible para el ejército enemigo.

Hoy mismo, tras la recuperación parcial de la concepción de L'Enfant, a través de la sagaz Comisión McMillan de 1901, la eficacia de algunas de las más grandiosas proposiciones de L'Enfant solo ha sido parcialmente advertida, en tanto que otras, como el Mall, revelan la esterilidad de un enfoque puramente visual del urbanismo cuando no tiene fundamentos en las funciones que desempeña: el Mall es, en realidad, un cinturón verde, a lo sumo un cortafuegos, que mantiene separadas zonas que deberían estar vinculadas más estrechamente. Al comienzo, la ciudad niña se perdía en estas faldas de mujer madura; y al llegar el momento en que podría ponérselas, el estilo de la época había cambiado para siempre.

Incluso los edificios del gobierno, con las ramas ejecutiva y legislativa situadas en extremos opuestos del grandioso eje, estaban demasiado separados como para que la vista los comunicara con eficacia. Solo el Capitolio con su cúpula, tanto por su forma como por su volumen y su posición, se salva de ser aniquilado por las distancias demasiado magníficas de L'Enfant. Al emular reverentemente la separación constitucional de poderes, L'Enfant había ido demasiado lejos; e incluso si desde un comienzo la avenida Pennsylvania hubiera sido cubierta en toda su extensión con edificios uniformes para oficinas, como los que se introdujeron tardíamente en el «Triángulo», el resultado habría sido letal.

En cuanto al Mall, que L'Enfant consideraba el lugar adecuado para las residencias de las embajadas, redujo los edificios pro-

yectados hasta hacerlos invisibles, por la amplitud misma del largo prado. Por desgracia, tan poderosa es incluso hoy la imagen del orden barroco que nadie se atreve a sugerir que esta es, tal vez, la única parte de Washington en la que convendría levantar edificios de diez o quince pisos, como único medio de redimir esta desolación espacial y de salvar el resto de Washington para una escala más humana.

En los días de su apogeo, el vigor de la planificación barroca consistía en la ejecución simultánea del plan de superficie y la estructura tridimensional de la ciudad. En Karlsruhe, Versalles y San Petersburgo, planificación y construcción progresaron a la par. En las condiciones que rigieron la labor de L'Enfant, el plano sobre el papel no tendría ninguna influencia en el contenido: las fuerzas capaces de infundir vida al proyecto o de darle muerte no estaban controladas por el urbanista ni por su cliente, el nuevo gobierno de los Estados Unidos, pobre y titubeante, entregado a una filosofía del *laissez faire* que anulaba los supuestos políticos que conformaban la base del esquema.

No cabe duda en cuanto a lo que ocurrió en Washington. La audaz concepción de L'Enfant se vio aniquilada de manera brutal; y por si no hubiera bastado con eso, con el tiempo fue desorganizada y maculada visualmente por un abundante desparramamiento de edificios descuidados e irrelevantes. Hasta el mismo día de hoy la zona que rodea las inmediaciones del Capitolio está manchada por una erupción de eccema urbano que un arquitecto barroco por lo menos hubiera podido ocultar detrás de un muro, en caso de que su cliente careciera de autoridad suficiente para demoler los edificios. Evidentemente, el plan por sí solo no podría generar la ciudad resplandeciente de blancos frentes de piedra caliza y de líneas de tejados uniformes con la que L'Enfant debió soñar. Cuando Dickens visitó Washington, en 1842, encontró que era una ciudad de «espaciosas avenidas que comienzan en nada y no llevan a

ninguna parte; calles de una milla de largo a las que solo les faltan casas, caminos y habitantes; edificios públicos que solo necesitan un público para quedar completos y ornamentos de grandes paseos que solo necesitan grandes paseos que ornamentar».

Al concebir la ciudad como conjunto, tal como sería en su forma acabada, L'Enfant demostró una gran audacia; y, en términos de principios barrocos y de propósitos barrocos —revestidos, como en los cuadros de David, con símbolos republicanos clásicos—, había hecho un plan estupendo. Pero perdió de vista los límites estrictos de su encargo. Olvidó que él mismo no podría edificar la ciudad que había proyectado y que ni siquiera los jefes políticos de su generación tenían capacidad para ello, por mucho que recordaran las figuras clásicas que se hallan en Plutarco. El propio país necesitaría, por lo menos, medio siglo de crecimiento, prosperidad y unificación antes de que pudiera empezar siquiera a rellenar aquel esquema tan amplio; y en el ínterin los comienzos más modestos que se hubieran podido hacer dentro de un marco adecuado quedarían detenidos, más que estorbados, por la grandeza misma del plan.

L'Enfant olvidó, en realidad, que el tiempo constituye un obstáculo fatídico para la concepción barroca del mundo: su orden mecánico no deja posibilidades para el crecimiento, el cambio, la adaptación y la renovación creativa. Un encargo de este tipo debe ejecutarse de una vez para siempre, en su propio momento. Si L'Enfant hubiera respetado estos estrechos límites, podría haber alcanzado tanto éxito con la distribución de los principales edificios públicos como el que Jefferson conseguiría con su proyecto para las instalaciones de la Universidad de Virginia; pero, por preverlo todo, perdió incluso lo poco que podría haber conseguido.

Solo dos cosas salvaron de la ruina total el plan de L'Enfant. Una de ellas fue la labor de Alexander Robey Shepherd, quien llevó a cabo una serie de importantes obras públicas de mejoramiento

después de la Guerra Civil. Este comisionado era conocido como *Boss* Shepherd (Jefe Shepherd); como su casi exacto contemporáneo, Haussmann tenía las dotes dictatoriales adecuadas para la ejecución de un plan barroco. Por fortuna, Shepherd tuvo también suficiente imaginación como para emprender, por fin, la plantación de árboles en las anchas calles y avenidas, según especificara L'Enfant. Estos árboles dieron al plano de superficie una tercera dimensión estabilizadora. Esa arcada natural, verde durante la mayor parte del año, oculta piadosamente algunos de los peores desastres arquitectónicos de Washington, sin mayor desmedro para los edificios decorosos. Pero en el caso de las avenidas que carecen de este embellecimiento, la sordidez resulta a menudo irremediable.

El otro hecho que salvó el plan original de L'Enfant, aunque no aumentara su belleza, fue que las superabundantes calles anchas se llenaron de suficiente tránsito de vehículos como para justificar su existencia: esto solo ocurrió con la aparición del automóvil. Si bien el tránsito de vehículos de motor se ha puesto ya a la altura del plan, colmando las arterias más extravagantes y ocultando el verdor tras un muro metálico de coches estacionados, Washington ha resultado un punto clásico de comprobación de si puede sobrevivir para otros fines una ciudad dedicada de lleno al tráfico.

Ya es evidente en Washington —y el hecho se hará cada vez más evidente a medida que la ciudad reciba la inundación de nuevas autopistas que atolondradamente echan a perder todos los panoramas y contaminan todos los accesos a sus perspectivas urbanas más hermosas— que, cuando el tránsito goza de preferencia respecto de todas las demás funciones urbanas, ya no puede desempeñar su propio papel, el de facilitar la reunión y el contacto humano. Atribuir al coche privado el derecho de ir a cualquier parte de la ciudad y de estacionar en cualquier parte equivale, ni más ni menos, a darle licencia para destruir la ciudad. El plan de

L'Enfant, por su misma incitación al tráfico, ha demostrado ser su propio y peor enemigo.

Pero obsérvese lo siguiente: la parte de Washington que se ha convertido en la zona residencial favorita no es la zona que da a las grandes avenidas de tránsito, con su ruido y sus gases ponzoñosos. Muy al contrario, es Georgetown, con sus calles angostas y su trazado más compacto, bastante modesta como para reunir, en el siglo XIX, las pequeñas viviendas de mecánicos y tenderos. Esta zona se ha convertido, en el curso de la última generación, en un barrio residencial de las clases superiores. En él, gratamente se encuentra la escala doméstica, en vez de la monumental.

Pero cuando ya se ha dicho todo, es necesario aclarar todavía que se debe considerar a Washington como un ejemplo clásico de planificación barroca. Si hubiera sido posible construir la capital en un lapso de veinte años, con adecuadas estructuras uniformes, todas ellas ocupadas, podría haber sido un milagro del planificador en solitario: una reliquia final como broche de oro de una época. Como esto resultó imposible, su mismo alcance y su misma grandeza convidaron al desorden. Estuvieron ausentes por igual el poder absoluto, la disciplina republicana y el espíritu público. La culpa no era solo de L'Enfant, sino también de aquellos que tuvieron a su cargo la ejecución de su plan, comenzando por el presidente Washington, quien sentía más respeto por Daniel Carroll, un terrateniente como era él mismo, y el más rico propietario del distrito, que por la integridad del plan de L'Enfant.

El despido de L'Enfant fue un signo de que eran los propietarios y especuladores comerciales, en vez del gobierno, quienes iban a ejercer el principal control sobre el desarrollo de la capital. Aunque L'Enfant se percataba, para decirlo con sus propias palabras, de que el «alimento de la ciudad capital, a diferencia de lo que ocurre con otras ciudades, procederá de sus edificios públicos más que de sus centros comerciales», fueron los comerciantes y los

especuladores quienes pisotearon sin cuidado alguno los mejores rasgos del plan de L'Enfant, dejando solo el esquema descolorido. Pero, excepto por su incapacidad para mantener a raya las fuerzas que desbaratarían su proyecto, no sé de ningún otro urbanista barroco, sin excluir a los que integraban el equipo de Haussmann, que haya mostrado mejor comprensión que L'Enfant de la interrelación de la topografía, el tráfico, los monumentos y los edificios públicos. Lo que faltó realmente fue una forma responsable de control político que remplazara las órdenes a menudo extravagantes e irresponsables del despotismo. Pero esto, a su vez, hubiera alterado el carácter mismo del plan.

En este sentido, la degradación del gran plan de Washington simboliza el destino de toda la estructura barroca, tal como influyó sobre la vida de los hombres en las ciudades. En un periodo de flujo y cambio, la insistencia barroca en el orden exterior y la uniformidad habían impuesto, por lo menos, una norma común, recordándole al habitante urbano de las clases superiores las interdependencias de la vida común. En Europa, una serie de leyes sobre edificación fijaron normas de construcción, limitaron las alturas e impusieron cierto grado de decoro, que limitó la competencia en niveles más bajos. En Inglaterra, y más aún en los Estados Unidos, estas normas les resultaron fastidiosas a los jefes del siglo XIX. De este modo, la sensata ley inglesa sobre edificación, de 1774, pasó a ser conocida como la «Ley Negra», sinónimo de represión burocrática y de grisácea monotonía. En nombre de la libertad, los nuevos líderes del comercio y la industria, no bien quedaron liberados de las restricciones del gusto barroco, incitaron a la incertidumbre especulativa y a la competencia desordenada. Como consecuencia, la gran marea urbana del siglo XIX llevó a un extraño fenómeno: la inmersión progresiva de la ciudad. El paisaje se cubrió con una masa cada vez más vasta de restos urbanos, arrojados por la borda en medio de la tormenta del desarrollo capitalista.

CAPÍTULO XIV

Expansión comercial y disolución urbana

1. De la plaza del mercado a la economía comercial

Ya antes de que la centralización política, en su forma más absoluta, hubiera hallado expresión en el plan barroco, el centro de gravedad había comenzado sutilmente a moverse hacia una nueva constelación de fuerzas económicas. La política estatal denominada mercantilismo, que procuraba traspasar a la dirección centralizada de la corona el proteccionismo y el control monopolista de la ciudad medieval, solo demostró ser una finta de transición, pues las nuevas fuerzas favorecían la expansión y la dispersión en todas las direcciones, desde la colonización de ultramar hasta la organización de nuevas industrias, cuyos perfeccionamientos tecnológicos cancelaban, sin más ni más, todas las restricciones medievales. La demolición de sus murallas urbanas era tanto práctica como simbólica.

La institución que representaba a estas nuevas fuerzas lleva el nombre clásico de «capitalismo», y deliberadamente me resisto a aceptar la actual moda norteamericana de darle un nuevo nombre que esté exento de todas sus desagradables asociaciones históricas. Ya en el siglo XVII el capitalismo había alterado completamente la balanza del poder. A partir de esa época el estímulo necesario para la expansión urbana provino principalmente de los comerciantes, los financieros y los terratenientes que satisfacían

sus necesidades. Solo en el siglo XIX se acrecentaron considerablemente estas fuerzas por la presión de las invenciones mecánicas y del industrialismo a gran escala.

Si bien existe un vínculo constante e íntimo entre el desarrollo del comercio y la industria, al analizar la transformación urbana conviene separar estos dos aspectos del nuevo orden capitalista. A decir verdad, no solo se trata de que conviene sino de que, históricamente, es lo que corresponde: pues no pequeña parte de las invenciones efectivas que se hicieron entre los siglos XIII y XVIII fue obra de los nuevos empresarios comerciales o de sus servidores: desde la contabilidad por partida doble, las letras de cambio y las compañías por acciones hasta el barco de tres palos, los faros, los muelles y los canales. En las bullentes ciudades portuarias, marítimas y fluviales, como Bristol, Le Havre, Fráncfort del Meno, Augsburgo, Londres, Amberes y Ámsterdam, habían entrado en vigor nuevas normas y nuevos ideales: los cálculos sobre las utilidades y la renta intervenían en todas las transacciones.

El crecimiento de la ciudad comercial constituyó un proceso lento, pues tropezó con resistencias, tanto en la estructura como en las costumbres de la ciudad medieval; aunque sacó partido de la regularidad barroca, siendo en realidad parcialmente responsable de ella, no le servían para nada las extravagancias de la ostentación principesca. Pero el resultado final del capitalismo consistió en introducir las modalidades del mercado, en forma universal, en todos los sectores de la ciudad: en adelante ninguna parte de la ciudad sería inmune al cambio, siempre que este significara lucro. Como ya hemos visto, este cambio se inició en la ciudad medieval, con el desarrollo del comercio a larga distancia. Tan bien establecido estaba este nuevo tipo de comercio, fuera del dominio de las normas corporativas específicas, que en 1293 los cambistas de Brujas establecieron su pretensión de actuar como intermediarios en toda transacción al por mayor en dicha ciudad. Y tan marcada era esta

influencia que, dos siglos antes de santo Tomás de Aquino, Alano de Lila podía decir: «Ya no el César sino el dinero lo es todo».

Con la extensión del mercado mayorista, que se ocupaba de operaciones a larga distancia por medio tanto del dinero como de los créditos, en pos de grandes ganancias a través de la especulación, se desarrolló una nueva actitud hacia la vida: una mezcla de regularidad ascética y espíritu de especulación comercial, de avaricia sistemática y orgullo presuntuoso. Si el tema rector de la Edad Media fue la protección y la seguridad, la nueva economía se fundó en el principio de los riesgos calculados. Bajo el sistema medieval el mercado había estado controlado en beneficio del productor, así como del consumidor; y los efectos de cualquier interés desmedido en el lucro se veían compensados, a la larga, por las donaciones, las obras de caridad, las devoluciones en el lecho de muerte y la ayuda fraterna a los desvalidos. Aunque la Iglesia era el receptáculo favorito de las acumulaciones de capital, ella redistribuía una parte pequeña de las ganancias colectivas al cuidar de los enfermos y los indigentes, pero no se esforzaba en establecer una redistribución más general.

Una de las grandes objeciones de Adam Smith a estas normas comerciales de la Edad Media, que todavía perduraban en el siglo XVIII, era que los del mismo oficio «se impondrían contribuciones a fin de sufragar los gastos de sus pobres, sus enfermos, sus viudas y sus huérfanos». El capitalismo eliminó esta carga de la producción: nada se interponía entre el trabajador y la inanición, excepto la voluntad de trabajar, siempre que se solicitaran sus servicios, en los estrictos términos establecidos por los nuevos empresarios. Cuanto más se pudiera hacer bajar el nivel de la vida del trabajador, mayor sería la ganancia del empresario capitalista.

Dentro del nido de la ciudad medieval, el huevo del cuclillo capitalista, aunque era más grande que el huevo normal del comerciante local, seguía tratándose como un miembro de la mis-

ma nidada: de hecho, en un comienzo el capitalismo adoptó las mismas vestiduras y modales de la época, pretendiendo evitar la usura y aceptar el concepto del justo precio, prescindiendo del interés del comprador o de la escasez del producto. Pero el tiempo, muy rápidamente después del siglo XIV, confirió preponderancia a los nuevos empresarios, de modo tal que estos no solo pasaron a encabezar gobiernos municipales y Estados más vastos, sino que su espíritu y sus hábitos de vida se aplicaron al conjunto de la economía. Estos nuevos discípulos de Midas ya no se ocupaban de mercancías y hombres, de familias y grupos, sino de magnitudes abstractas. Les interesaba casi exclusivamente lo que Tomás de Aquino llamaría la riqueza artificial, para cuya adquisición la naturaleza no había puesto límites, según él indicaba. Esta falta de límites se convirtió en una de las características no menos significativas de la ciudad comercial: en parte, explica la constante pérdida de forma que se produjo a partir del siglo XVIII.

La contabilidad capitalista creó la necesidad de una burocracia secular: un ejército de empleados y agentes pagados que llevaran las cuentas, atendieran la correspondencia e incluso proporcionaran las noticias necesarias a fin de sacar ventaja, en la medida de lo posible antes que todos los demás, de los cambios de condiciones en el mercado. Así, quizá la primera entrada visible del capitalismo en la ciudad medieval fue por vía de la escuela de primeras letras, donde los principales objetos de estudio eran los rudimentos de la lectura, la escritura y la aritmética. Este progreso se veía equilibrado por la resistencia de las ciudades comerciales a la nueva corporación intelectual, la universidad, al aparecer esta muy tardíamente en Brujas, Lubeca, Lyon, Amberes, Londres, Augsburgo y Venecia.

El control del papel, en la doble acepción de este término («inspección» y «ejercicio de la capacidad de dominar»), se convirtió en el rasgo distintivo de la nueva burocracia comercial, en un

principio modestamente alojada en las «salas de contabilidad» de las viejas casas de familia y mansiones medievales. Pero la institución que señaló el punto culminante del desarrollo de la ciudad comercial, su primera manifestación decisiva, fue la *Bourse:* así llamada por la banca inicial de Brujas, De Beurze, que comenzó a servir como centro de transacciones comerciales a gran escala en el siglo XIII.

En las nuevas bolsas se cumplían las labores de cambio, especulación y seguros y fueron las ciudades que establecieron estas lonjas —primero Brujas, luego Amberes en el siglo XVI, antes de que los españoles la arrasaran, más tarde Ámsterdam y Londres en el siglo XVII— las que crecieron más rápidamente y establecieron las nuevas formas de vida de las clases adineradas. La bolsa, la banca nacional y la lonja de los mercaderes fueron las catedrales del nuevo orden capitalista.

No fue un proceso que se diera sin tropiezos: la transformación del mercado, que, de un elemento protegido de la ciudad medieval, limitado a su esfera específica, pasó a ser una institución en expansión que imponía sus métodos y sus objetivos a todas las demás partes de la ciudad y reclamaba su parte en todas las transacciones. Cuando Enrique II presentó a la municipalidad de París una propuesta para establecer un banco a la usanza italiana, los propios mercaderes de la ciudad sugirieron que se sometiera la cuestión a los teólogos, ya que el interés propuesto del ocho por ciento les parecía lisa y llanamente usura, algo opuesto a las leyes de Dios y subversivo para la buena moral. Del mismo modo, el propio Estado, en vez de estar dispuesto a destruir las instituciones protectoras del municipio, trataba, en cambio, de ponerlas bajo un control nacional más amplio. Esta lucha de retaguardia contra las fuerzas corrosivas del capitalismo continuó dentro de la ciudad: así, el plan de Colbert para París, en 1665, acentuaba la

limitación y el control de la edificación más aún que los estatutos isabelinos, dos generaciones antes, en el caso de Londres.

Pero el capital líquido demostró ser un solvente químico: atravesaba el barniz rajado que durante tanto tiempo protegió a la ciudad medieval y roía hasta la madera desnuda, manifestándose todavía más implacable en su eliminación de instituciones históricas y de sus edificios que los más temibles gobernantes absolutos. Podría caracterizarse toda esta transformación diciendo que fue el remplazo de la concreta plaza del mercado de la ciudad medieval por el abstracto mercado «transnacional» que florecía en todo lugar donde se podía hacer un buen negocio. En el primero, mercancías concretas cambiaban de manos entre compradores y vendedores visibles, que aceptaban las mismas normas morales y se encontraban más o menos al mismo nivel; aquí, la seguridad, la equidad y la estabilidad eran más importantes que el lucro, y las relaciones personales establecidas de esa manera podían prolongarse durante toda la vida o incluso por generaciones.

En el mercado abstracto, personas que tal vez no se verían nunca se entregaban a transacciones monetarias en las que las mercancías propiamente dichas servían, más bien, como fichas: el propósito de esas transacciones era el lucro y la acumulación de más capital que se metería en otras empresas de creciente magnitud. La moral consuetudinaria, las normas corporativas y las valoraciones tradicionales servían como frenos a la empresa capitalista: otro tanto cabe decir de las grandes inversiones de capital en edificios vetustos, construidos para que perduraran a través de los siglos. A fin de disponer de un campo libre para sus intereses típicos, el capitalismo adoptó dos métodos en relación con las estructuras urbanas vigentes: o trató de evadirse a la periferia, exentos de toda restricción municipal, o bien trató de demoler las viejas estructuras o de ocuparlas con una densidad muy superior a aquella para la que se las había proyectado, en una época que, según se

suponía, era más pobre. La demolición urbana y el remplazo de edificios se convirtieron en uno de los principales rasgos distintivos de la nueva economía. Cuanto más efímero el recipiente, más rápido el reintegro del capital.

En relación con la ciudad, el capitalismo fue, desde un comienzo, antihistórico; y a medida que su fuerza se consolidaba en el trascurso de los últimos cuatro siglos, su dinamismo destructivo se acrecentaba. No había lugar para las constantes humanas en el esquema capitalista: o, mejor dicho, las únicas constantes que el capitalismo reconocía eran la avaricia, la codicia y el orgullo, el deseo de dinero y de poder.

La condición para el éxito pecuniario era despreciar el pasado, porque era un hecho consumado, y dar la bienvenida a lo nuevo, precisamente porque era un punto de partida y, por lo tanto, una oportunidad de buenos negocios. En beneficio de la expansión, el capitalismo estaba preparado para destruir el más satisfactorio equilibrio social. Exactamente del mismo modo que las nuevas ideas sobre los negocios llevaron —paso a paso después del siglo xvi, velozmente después del siglo xviii— la supresión y la destrucción de los gremios, también estas nuevas ideas dieron lugar a la demolición de los viejos edificios y a la supresión de campos de juego, jardines, huertas y aldeas que estorbaban el desarrollo de la ciudad creciente, Por muy venerables que esos antiguos usos pudieran ser o por muy saludables que fueran para la existencia de la ciudad misma, se los sacrificaría en aras del tránsito ligero o el beneficio económico.

2. La nueva libertad

Entre los siglos xiii y xviii las innovaciones del capitalismo se consolidaron en un cuerpo de doctrina y de normas para la vida

práctica: hábitos de sobriedad, de abnegación, de orden sistemático, la práctica de la postergación de los placeres del momento en pos de futuras recompensas mucho mayores, pasaron de la religión a los negocios, donde produjeron inmensas ganancias visibles. La introducción de los relojes públicos en los siglos XIII y XIV fue solo uno de los síntomas que demostraban que los negocios ya no estaban regidos por el sol y las capacidades del organismo humano. En las grandes fábricas de tejido, existentes a fines de la Edad Media, se imponía la diligencia a los operarios mediante una administración más estricta y más impersonal que la que podía ejercerse dentro de la laxa rutina íntima del pequeño taller, con sus intervalos para chismear, sus bromas pesadas y la juguetona desatención del negocio. El espíritu de ese orden anterior perduraba aún en tiempos isabelinos, como lo evidencia la pieza de Dekker titulada *The Shoemaker's Holiday*.

El capitalismo, negando la santidad de la pobreza o el sustento imaginativo del arte, solo buscaba aumentar la cantidad de los artículos de consumo y de las ganancias tangibles. En el momento crítico que siguió a la Peste Negra, cuando la población empezaba de nuevo a aumentar con un vigor que pronto compensó aquellas grandes pérdidas, la empresa capitalista y la creciente inventiva tecnológica trataron de hacer frente al desafío de los números. Para ello dedicaron a los factores económicos un grado de esfuerzo sostenido que nunca habían alcanzado antes. El éxito de la empresa capitalista generó confianza en los poderes humanos; y en un periodo de cisma religioso y de corrupción, el capitalismo apareció como una actividad saludable y liberadora, cuyas ganancias privadas darían en última instancia como resultado el beneficio colectivo. De hecho, muchas de las prácticas introducidas por el capitalismo eran saludables y de provecho permanente para toda economía humana; pero el efecto inmediato de este nuevo sistema, hacia el siglo XVII, consistió en transformar el complejo orden

social de la ciudad en las rutinas excesivamente simplificadas del mercado. Su resultado último fue una economía basada en hacer dinero, carente de fines o propósitos definibles fuera de su propia expansión posterior.

Pero estos nuevos empresarios necesitaban las antiguas ciudades, en particular las grandes capitales o sus equivalentes de provincia: pues en ellas las rentas y las ganancias estaban al alcance de la mano, ávidas de inversiones. En esas ciudades sólidamente asentadas se congregaban grandes conjuntos de consumidores, los cuales se esforzaban en obtener rango y favores mediante el despliegue de lujos, remedando a sus superiores aristocráticos; allí, también, antiguas estructuras, que representaban importantes inversiones de capital, subsistían aún y era posible darles nuevos usos sin detraer capital y trabajo de nuevas empresas mucho más lucrativas.

Las ciudades que brindaban el nuevo privilegio municipal del comercio libre y el depósito libre de mercancías, sin impuesto a las importaciones, con el objeto de fomentar las transacciones comerciales, fueron las primeras en sentir la acción de las nuevas empresas y en promover la concentración económica. Por eso Amberes y Lyon florecieron con exuberancia en el siglo XVI. Lo que el capitalista quería decir por «libertad» era la ausencia de protección, reglamentación, privilegio corporativo, límites municipales, restricciones legales y obligaciones filantrópicas. Cada empresa individual era ahora una entidad separada, que reclamaba el derecho de dictarse su propia ley, en competencia con otras partículas autónomas que también anteponían la obtención de ganancias a cualquier obligación social.

En la Edad Media por «libertad» se había entendido libertad de las restricciones *feudales*, libertad *para* las actividades corporativas del municipio, el gremio y la orden religiosa. En las nuevas ciudades comerciales o *Handelsädte* se entendía por libertad la

exención de restricciones *municipales*: libertad para las inversiones *privadas*, para el lucro privado y la acumulación privada, sin referencia alguna al bienestar de la comunidad en conjunto. Los apologistas de este orden, desde Bernard Mandeville hasta Adam Smith, suponían que la prosecución de actividades individuales originadas en la codicia, la avaricia y la ambición produciría un máximo de artículos de consumo para la comunidad en conjunto. En el periodo en que este credo constituyó la ortodoxia preponderante —en términos generales hasta el tercer cuarto del siglo XIX, cuando las normas industriales y municipales comenzaron tímidamente a mitigar la suciedad y la enfermedad resultantes—, los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres. Este hecho se expresó, con claridad meridiana, en el contraste entre los extremos oeste y este de más de una gran ciudad.

Ahora bien, igual que en el caso del desarrollo del Estado-nación, el crecimiento del capitalismo fue, en parte, un esfuerzo necesario a fin de superar las graves limitaciones de la economía medieval. En su esfuerzo por alcanzar una seguridad estática, las corporaciones medievales se habían opuesto a las nuevas invenciones y a los nuevos métodos de trabajo: se aferraban a sus secretos del oficio, sus fórmulas esotéricas y sus «misterios». Asimismo, sus miembros procuraban mantener los privilegios corporativos en el seno de familias o grupos autolimitados, levantando obstáculos al otorgamiento de la ciudadanía a los forasteros, tratando, incluso mediante conspiraciones y guerras, de reprimir la posible competencia de vecinos urbanos. En vez de aceptar los productos tradicionales de la economía regional como relativamente fijos y limitados, los nuevos aventureros mercantiles trataron de expandir la producción y ampliar los mercados: promovieron perfeccionamientos técnicos, como la máquina de hacer punto, y recurrieron ampliamente a las regiones de ultramar para la obtención de materias primas así como de productos terminados. El despacho y el

intercambio de estos artículos formó una parte cada vez mayor de las actividades de las ciudades prósperas; y, con ello, una proporción creciente de la vida económica eludió el control de las municipalidades.

Así, el capitalismo, por su naturaleza misma, minó la autonomía al igual que el autoabastecimiento locales e introdujo en las ciudades existentes un elemento de inestabilidad, o más bien de corrosión activa. Con su interés puesto en la especulación y no en la seguridad, en las innovaciones lucrativas y no en las tradiciones y continuidades conservadoras de valores, el capitalismo tendió a desmantelar toda la estructura de la vida urbana y a ponerla sobre una nueva base impersonal: el dinero y el lucro.

Todo esto tuvo un efecto directo tanto sobre las antiguas estructuras como sobre las nuevas: las antiguas se volvieron consumibles, y las nuevas fueron concebidas, casi desde el comienzo, como efímeras. El capital, más aventurero cuando era líquido y móvil, consideraba con desconfianza las grandes inversiones en equipos y edificios permanentes; e incluso después de haber logrado una forma más fluida y trasferible en la sociedad por acciones, tendió a estar a favor de los edificios de carácter utilitario, de rápida construcción y de fácil remplazo; excepto cuando la necesidad de confianza pública en la riqueza y la solidez de una institución justificaba una gran inversión en ostentosa mampostería.

El resultado de este espíritu sobre la estructura de las ciudades fue doble. Los intereses monetarios se impusieron progresivamente a los intereses de la tierra en el trazado y la edificación de los nuevos barrios de la ciudad. Lo que tal vez resulta más significativo es que toda tierra que había escapado de la posesión feudal y que estaba sometida a la venta ilimitada pasó a considerarse cada vez más como un medio para hacer dinero. La tierra feudal era arrendada por noventa y nueve o novecientos noventa y nueve años: por lo menos tres generaciones. Este sistema favorecía la

continuidad y hacía más lento el movimiento ascendente de los precios. Cuando la tierra se convirtió en un artículo de consumo, quedó exenta de todo género de control comunal.

Muchos esfuerzos se hicieron a fin de reducir el ritmo de traspaso de la tierra municipal y feudal a la propiedad individual; pero el hecho es que este cambio prosiguió sin interrupción y fueron desapareciendo las posesiones feudales, con deberes recíprocos entre terrateniente e inquilino, siendo remplazadas por la propiedad comercial, sin más obligación que el pago de impuestos. Stow nos ha dado una descripción gráfica del proceso: en Shoreditch había «una hilera de decorosas casitas con jardines para pobres familias venidas a menos, instaladas en ellas por el prior de dicho hospital (St. Mary Spittle), cada una de las cuales pagaba un alquiler de un penique por año para las navidades [...] pero, después de la supresión del hospital, estas casas, por falta de reparaciones, se arruinaron tanto en unos cuantos años que se las llamaba *Rotten Row* (La Hilera Podrida) y las pobres y maltrechas [...] casas fueron vendidas, por una pequeña cantidad de dinero, pasando de Goddard a Russell, un pañero, quien las reconstruyó y las puso en alquiler con buenas tarifas, cobrando también grandes multas a los inquilinos, casi tanto como le había costado adquirir y reconstruir las casas».

No bien se aceptaron los principios de apropiación capitalista, exentos de todo sentido de responsabilidad social, los cuchitriles contaron con autorización para prosperar. Avenel, el autor del tratado histórico clásico sobre *Money and Prices*, señala un nítido punto culminante en el siglo XVI. A partir de entonces, en Francia, los alquileres urbanos suben y exigen una parte desproporcionada del presupuesto del trabajador urbano. El cambio concreto debió de producirse en muchos lugares, en Londres, por ejemplo, antes del siglo XVI: de otra manera no podríamos explicarnos esas líneas indignadas en *Pedro el Labrador:* «Compran casas, se hacen pro-

pietarios; si vendieran honradamente no edificarían tan alto». En el siglo XVI Robert Crowley confirmaba esta observación en sus versos sobre «Rent Raisers» (Los que suben los alquileres):

> Un hombre que tenía tierras de diez libras por año
> inspeccionó las mismas y las alquiló caro;
> de modo que con diez libras hizo una veintena
> de libras más por año que lo que otro antes hiciera.

Los nuevos centros comerciales, con sus poblaciones cada vez mayores, fijaron el ritmo para la intensificación del uso de la tierra; y cuanto más limitada era la cantidad de tierra disponible, debido a la constricción natural, como en el caso de la montañosa Génova, o debido al monopolio privado, como en Viena o Londres, más altos eran los alquileres y mayores las posibilidades de beneficio mediante usos degradados y antisociales. Lo que las compañías navieras descubrieron en el siglo XIX, con su explotación de los pasajeros de proa, ya lo habían descubierto mucho antes los propietarios de terrenos: las ganancias máximas no se obtenían facilitando comodidades de primera clase para los que podían pagarlas a buen precio, sino hacinando en tugurios a aquellos cuyos peniques eran más escasos que las libras para un rico.

Antes de mediados del siglo XIX ya había muchas partes de Londres, Nueva York y París de las que se podía decir con seguridad: cuanto peor la vivienda, mayor la renta total de la propiedad. El único límite para esta feliz realización, consistente en estrujar a los pobres para lucrarse con sus necesidades, surgió cuando el costo del delito, el vicio y la enfermedad en el tugurio, reflejado en impuestos, empezó a aminorar la ganancia neta obtenida de los alquileres. En Londres esto no se produjo hasta la época victoriana, cuando se efectuó en el municipio una eliminación de cuchitriles al por mayor, en parte para adquirir nuevo espacio para la expansión comercial, pero también en parte para eludir la creciente carga de la ley de pobres de la parroquia.

La transformación de las antiguas casas más espaciosas en inquilinatos apelmazados, donde toda una familia —y a menudo más de una familia— podía hacinarse en un solo cuarto, no bastaba para dar cabida a la población creciente de las ciudades más «prósperas». Era necesario construir nuevos barrios que aceptaran desde el comienzo estas condiciones abyectas como norma.

Según la autobiografía de Roger North, la edificación para especular comenzó en gran escala en Londres con las empresas del doctor Barbone después del Gran Incendio de 1666. La disminución de viviendas que se produjo entonces le brindó una oportunidad favorable. «Él fue el inventor del nuevo método de edificación mediante la parcelación del terreno, con indicación de calles y de ubicación de las casitas, vendiendo los lotes a los trabajadores a un determinado precio por pie de frente; y lo que no pudo vender lo edificó él mismo. Esto hizo aumentar los beneficios por las hipotecas; y otros, siguiendo sus pasos, han perfeccionado el método, creando una superabundancia de casas alrededor de Londres».

En vez de ser castigado por su explotación antisocial de la tierra, el propietario de tugurios, conforme con principios capitalistas, se veía ricamente recompensado: pues los valores de sus propiedades arruinadas, en vez de ser anulados en razón de su edad y falta de cuidado, quedaban empotrados en la estructura de los valores e impuestos de la tierra. Si se proponía un nuevo uso de la tierra, solo se lo podía concretar beneficiosamente en caso de mantener un nivel de congestión propio del tugurio o bien permitiendo densidades aún mayores.

Cuanto más densa la ocupación, mayor era la renta; y cuanto mayor la renta mayor era el valor capitalizable de la tierra. Ciudades como Londres eludieron durante largo tiempo las peores consecuencias de este círculo vicioso gracias a que gran parte de la tierra correspondía a posesiones feudales con arriendos a largo plazo. Pero cuando Federico el Grande se apartó de la costumbre

germana y estableció para las tierras una base jurídica romana, en la misma situación legal que la estructura, abrió el camino para una especulación sin traba alguna sobre la propiedad inmobiliaria, la cual corrompió el trazado de Berlín hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando la municipalidad adquirió grandes franjas de tierra para viviendas.

En los suburbios de la ciudad comercial este proceso se desarrolló con ritmo acelerado. Al dividir haciendas separadas entre sí en lotes aptos para la edificación, se dio lugar al desmembramiento paulatino de la ciudad corporativa. Desde comienzos del siglo XIX *laissez faire* significaba, en términos municipales: «Que todo aquel que así lo desee, especule al alza de los valores y las rentas de la tierra». Demolida la muralla militar, desaparecieron los controles sociales a la expansión y dispersión indefinidas de la ciudad: la aceleración del transporte, primero privado y luego público, aumentó las posibilidades de rendimiento y apresuró el ritmo de toda la transformación urbana. La especulación comercial, la desintegración social y la desorganización física marcharon a la par. En el preciso momento en que se multiplicaba el número de habitantes de las ciudades, y en que estas aumentaban de tamaño en todo el dominio de la civilización occidental, la naturaleza y el propósito de la ciudad quedaron completamente olvidados: los más ignorantes estaban preparados para construir formas de vida social que los más inteligentes ya no entendían. O, mejor dicho, los ignorantes no tenían ninguna preparación para ello, pero eso no impidió que construyeran.

3. Organización del transporte y el intercambio

La movilización de las mercancías para su rápido intercambio y distribución fue el gran logro de la economía comercial: precedió

las hazañas tecnológicas de la era del carbón y el hierro, y en no poca medida las hizo posibles. En este proceso, al igual que inicialmente en el desarrollo de la ciudad antigua, el principal medio de transporte fue el agua, no solo cuando se trataba de territorios distantes sino en el interior de la misma ciudad. Todavía a comienzos del siglo XIX, en Londres, millares de barqueros llevaban pasajeros en sus chalanas por el Támesis.

Mientras que centros comerciales más antiguos como Florencia y Brujas comenzaron a decaer en el siglo XVI, los puertos marítimos y los puertos fluviales sobre las principales rutas comerciales prosperaban: como lo atestiguan Nápoles, Palermo, Lisboa, Fráncfort del Meno y Liverpool. La construcción de canales se difundió de los Países Bajos al resto de Europa; y la destreza de los holandeses para controlar y bombear el agua fue utilizada además para el desarrollo de las primeras cañerías maestras de agua en las ciudades en crecimiento. El primer transporte en embarcación por canal, con servicio cada hora, tuvo lugar entre Delft y Róterdam en el siglo XVII; pero Grenoble, según Blanchard, ya tenía transportes públicos para pasajeros y mercancías en 1623.

En lentas etapas siguieron luego los muelles, los depósitos y las instalaciones de cargo. Si bien una grúa mecánica, accionada por un molino de rueda de escalones, ya se había empleado en Brujas en la Edad Media, la maquinaria de carga y descarga se desarrolló lentamente, tal vez debido a que alrededor de los grandes puertos se contaba con un proletariado cada vez mayor, constituido por trabajadores ocasionales que no contaban con el amparo de ningún gremio. También tardó en producirse la colocación de faros; en tanto que instalaciones portuarias comparables a las del Arsenal de Venecia, con materiales para construir, reparar y equipar navíos para viajes a regiones remotas no se construyeron en escala considerable hasta el siglo XVII, cuando Ámsterdam tomó la iniciativa, seguida en el siglo XVIII por Liverpool. Si bien los

muelles de la Compañía de las Indias Orientales, en Londres, datan de 1600, solo en 1802 se construyó el segundo gran muelle, el de la Compañía de las Indias Occidentales.

Al considerar la evolución de las ciudades comerciales antes del siglo XIX, sorprende el carácter mezquino y renuente de las mejoras técnicas que se introdujeron en las ciudades propiamente dichas. Con excesiva frecuencia prevalecía el espíritu que podríamos llamar de «tapar agujeros», en comparación con las construcciones de un periodo anterior en que el comercio, en vez de ser considerado como un fin en sí mismo estaba integrado con otras actividades urbanas. En Lubeca, los depósitos para la sal, construidos en el siglo XIII, todavía estaban en pie en el siglo XX; y otro tanto puede decirse de depósitos análogos, construidos en Ámsterdam en el siglo XVII. Pero en el periodo formativo de la posterior ciudad comercial se hicieron relativamente pocas inversiones en estructuras duraderas; en este sentido, una de las primeras excepciones a esta regla fueron los grandes muelles y depósitos de Liverpool, monumentos clásicos en los que se utilizaron columnas de hierro fundido y que estaban proyectados en una noble escala; y solo en el siglo XIX produjo Londres la gran sucesión de depósitos y muelles que bordean el río, más allá de la Torre de Tilbury.

Incluso la construcción de avenidas y caminos adecuados a fin de conectar el puerto con la ciudad apareció como consideración tardía en la mayoría de las ciudades, aunque estas vías resultaban a menudo congestionadas e intransitables. En cuanto a la provisión de alojamientos decorosos para las familias de los estibadores, marineros y carreteros que trabajaban en el puerto, fue dejada a cargo de las operaciones del mercado, lo mismo que los albergues nocturnos, los burdeles y las tabernas que rodeaban los muelles. La degradación de los estibadores, los mozos de cordel y los marineros no se limitó a infectar la ribera propiamente dicha, sino que se extendió a otros sectores de la ciudad, aumentando

probablemente la propagación de plagas y, sin lugar a dudas, la de la sífilis.

Tan general fue esta degradación en las ciudades portuarias que llegó a considerarse un aspecto normal de la existencia de una ciudad marítima. Tal vez el efecto más feliz de la destrucción a gran escala de ciudades en el curso de la Segunda Guerra Mundial fue la oportunidad que dio a las autoridades de Marsella, Róterdam y Londres para volver a empezar desde un principio en sus zonas ribereñas durante tanto tiempo ulceradas.

Como tendremos ocasión de comprobar también en otros aspectos de la economía urbana capitalista, allí donde el nuevo espíritu fue modificado por una ideología más antigua, más preocupada por normas sociales y estéticas, los resultados fueron notoriamente mejores: considérese Le Havre, donde Guyon Le Roy recibió el encargo de Francisco I de edificar el puerto que había proyectado. Se trataba de una empresa para especular; y si bien arruinó al empresario original, quien no consiguió un título indiscutible sobre la tierra, fue la primera de una serie de obras públicas patrocinadas por el gobierno que dieron evidente ventaja a los puertos franceses, con su decoro y su orden, sobre sus caóticos rivales alemanes e ingleses. Los faros y malecones de Cherburgo son todavía testimonio de la previsión y la inventiva de los ingenieros de Napoleón Bonaparte y no de las bondades de la empresa comercial.

Obsérvese el sorprendente contraste entre la capacidad de experimentación del capitalismo en el curso de sus primeros tiempos —con su contabilidad por partida doble, sus letras de cambio y sus inversiones de responsabilidad limitada— y la relativa pobreza de los cambios estructurales que introdujo entonces en los nuevos sectores comerciales de la ciudad. Tal vez una de las razones de este atraso, incluso en ámbitos que habrían impulsado sus propios fines, es que los banqueros y mercaderes estaban interesados en la obtención de ganancias rápidas: aparentemente

temían que toda empresa colectiva que pudiera beneficiarles beneficiara aún más a sus competidores. La ciudad comercial era un agente para hacer dinero, y —en pos del lucro— se toleraban, o incluso se fomentaban, el menoscabo, el desorden y la ineficacia estructural como medio de disminuir los gastos generales. Ya Venecia había demostrado que la belleza y el orden no constituían vallas contra la prosperidad financiera, y Ámsterdam, en el siglo XVII, lo haría nuevamente. Estas dos ciudades fueron organizadas por hombres de negocios extremadamente eficaces, de destreza, inteligencia y codicia ejemplares, llenos de una escrupulosa falta de escrúpulos. Pero aun aquellos que profesaban admiración por sus logros no trataron de imitarlos.

4. Los especuladores y el trazado de la ciudad

Los principales atributos del nuevo espíritu comercial, el énfasis puesto en lo regular y calculable por una parte, y en la especulación aventurada y la audaz expansión por la otra, encontraron su expresión ideal en las nuevas ampliaciones urbanas. El modelo era antiguo y bien conocido. Pero el pujante capitalismo del siglo XVII trató el lote y la manzana, la calle y la avenida, como unidades abstractas para la compra y venta, sin respeto alguno por los usos históricos, las condiciones topográficas o las necesidades sociales. Excepción hecha de los casos en que antiguos derechos feudales o prerrogativas reales aminoraron la velocidad del proceso, el municipio perdió el control de la tierra necesaria para un desarrollo con su debida forma.

Si el trazado de una ciudad no tiene relación con ninguna necesidad y actividad humana, fuera de los negocios, el plano urbano puede simplificarse: el trazado ideal para el hombre de negocios es aquel que puede reducirse más rápidamente a unidades moneta-

rias uniformes para la compra y venta. Ya el vecindario o el distrito no constituye la unidad fundamental sino el lote para la edificación independiente, cuyo valor puede medirse en términos de metros de frente: esto hace ventajosa la construcción alargada de fachada estrecha y gran profundidad, que proporciona una cantidad mínima de luz y aire a los edificios, en especial a las viviendas, que se construyen en él. Tales unidades resultaban igualmente ventajosas para el topógrafo, el especulador de suelos, el constructor comercial y el abogado que redactaba la escritura de venta. A su vez, los lotes hacían ventajosa la manzana de edificios rectangular, que volvió a ser la unidad corriente de extensión de la ciudad.

Nadie que haya seguido la presente historia cometerá el error habitual de creer que la fuente original de este tipo de trazado urbano se encuentra en los Estados Unidos. El único hecho que lo hace más notorio en los Estados Unidos que en el Viejo Mundo es la ausencia, excepto en zonas como las de los establecimientos iniciales de Boston y Nueva York, de tipos anteriores de planificación urbana. A partir del siglo XVII, las extensiones de ciudades occidentales, tanto en Stuttgart y Berlín como en Londres y Edimburgo, se hicieron del mismo modo, excepto donde antiguos cursos de agua, caminos o límites de campos habían establecido líneas que no era fácil anular.

La belleza de este nuevo trazado mecánico, desde un punto de vista comercial, ha de resultar evidente. Este trazado no presenta al ingeniero ninguno de los problemas especiales que plantean las parcelas irregulares y líneas divisorias curvas. Un mozo de oficina podía calcular el número de metros cuadrados que representa la apertura de una calle o una venta de tierra; hasta un escribiente de abogado podía preparar la descripción correspondiente, para la escritura necesaria, con solo poner las dimensiones apropiadas en el documento uniforme. Por último, con escuadra y cartabón, el ingeniero municipal, sin la más mínima preparación como ar-

quitecto o como sociólogo, podía «proyectar» una metrópoli, con sus lotes uniformes, sus manzanas uniformes y sus calles de ancho uniforme, en síntesis, con sus partes estándar, comparables y remplazables.

Estos planos servían únicamente para una rápida división de la tierra, una rápida conversión de solares en lotes y una rápida venta. La carencia misma de adaptaciones más específicas al paisaje o a las necesidades humanas solo aumentaba, por su misma imprecisión e indeterminación, su utilidad general para el mercado. También la tierra urbana se convirtió ahora en un mero artículo de consumo, como ya había ocurrido con la mano de obra: su valor comercial expresaba su único valor. Concebida como una aglomeración puramente física de edificios arrendables, la ciudad proyectada con este criterio podía extenderse en cualquier dirección, limitada tan solo por insuperables obstáculos físicos y por la necesidad del transporte público rápido. Toda calle podría convertirse en una calle de tránsito; todo barrio podría convertirse en una zona comercial.

Permitir la intensificación progresiva del uso de la tierra, con un aumento correlativo de la renta y los valores inmobiliarios, constituyó, desde el punto de vista comercial, una de las virtudes específicas de este tipo inorgánico de plano. Se trataba de una nueva clase de orden urbano, en la que los negocios se anteponían a cualquier otra clase de actividad. Pero, incluso desde el punto de vista utilitario más limitado, los nuevos trazados en parrilla eran notables por su ineficacia y su derroche. Como por lo común no distinguían debidamente entre las principales arterias de tránsito y las calles residenciales, las primeras no tenían la anchura suficiente, en tanto que las segundas resultaban, por lo común, demasiado anchas para sus funciones puramente vecinales. Este exceso trasladaba los gastos de pavimento suplementarios y de líneas de

servicio demasiado largas a calles residenciales que no los podrían cubrir sin sacrificios.

La refinada humildad de la calle reglamentaria inglesa, después de 1870, constituyó una excepción; pero incluso en esos trazados tan apretados, como demostraría Raymond Unwin en su trabajo *Nothing Gained by Overcrowding*, se tiraba dinero en calles de dimensiones excesivas y en una pavimentación costosa, un dinero que podría haberse invertido mejor creando, con la misma cantidad de espacio público, zonas internas para parques y campos de juego.

Por no prestar atención a la topografía, el urbanista adepto del plano uniforme abrió el camino a lucrativas obras de «honrado» agiotaje municipal, con la nivelación, el relleno y la pavimentación de las calles. En los terrenos montañosos y empinados, como, por ejemplo, en la ciudad norteamericana de San Francisco, el trazado rectangular, por no respetar los contornos, impuso una sobrecarga constante al tiempo y la energía de los habitantes y les infligió pérdidas económicas cotidianas, mesurables en toneladas de carbón y litros de gasolina derrochados, por no hablar de la destrucción de las grandes posibilidades estéticas de una ladera inteligentemente urbanizada.

A diferencia de esto, las tortuosas calles de la Siena medieval respetaron los contornos, pero los cortaron a ciertos intervalos para abrir una vista, descendiendo abruptamente por escalinatas que servirían de atajos para los peatones. Esto demuestra admirablemente la superioridad en estética y en ingeniería de un plano orgánico, ejecutado sin tener como única finalidad el logro del número máximo de lotes vendibles y el mínimo ejercicio de la imaginación. Ya en 1865 Frederick Law Olmsted destacó estas ventajas en San Francisco... solo para que se desechara su consejo.

Con este trazado formal en blanco no se prestaba atención alguna a la dirección de los vientos, la circunscripción de los barrios

fabriles, la salubridad del suelo subyacente ni a ningún otro de los factores vitales que determinan la utilización adecuada de un solar urbano. En lo tocante a la orientación de los edificios para que recibieran el máximo posible de luz del sol en invierno, esa antigua exigencia, conocida tanto por los griegos como por los chinos, fue completamente descuidada hasta que, tardíamente, el principio fue restablecido por una serie de investigadores franceses, en particular por el urbanista Augustin Rey, a comienzos del siglo xx. Y una falta más debe señalarse: la ausencia de toda diferenciación funcional entre los barrios residencial, industrial, comercial y cívico; aunque, si se hubieran respetado sus necesidades, habrían hecho falta manzanas de diferentes longitudes y profundidades, con calles y avenidas apropiadas, conforme con sus distintas cargas de tráfico y sus edificios funcionalmente diferentes.

Todo esto significa que en el trazado en damero, según se aplicó en la ciudad comercial, ningún barrio o distrito estaba planeado adecuadamente para su función específica; en cambio, la única función considerada era la intensificación progresiva del uso, con el objeto de satisfacer crecientes necesidades comerciales y de elevar los valores de la tierra. Ahora bien, ocurre que en materia de urbanismo, este escueto orden superficial no constituye orden alguno. Ningún plan urbano tiene más valor que el de una ficción sobre el papel a menos que haya establecido, como su condición mínima, una densidad máxima de ocupación, en relación con las funciones proyectadas y los niveles de vida, y una altura y un volumen máximos de la edificación en relación con la necesidad de espacio libre y movimiento público: todo ello comprendido dentro de una secuencia cronológica de renovaciones y remplazos.

Ha de señalarse un efecto más del sistema en parrilla. Una vez fragmentada la tierra en lotes separados, cuyo tamaño hubiera sido determinado originalmente por la residencia tradicional para la familia, la acumulación de estos lotes en parcelas apropiadas

para la erección de edificios más grandes brindó un nuevo campo para la especulación sagaz y para el acaparador sin escrúpulos, en tanto que la acumulación de franjas más extensas, de una manzana entera o de un vecindario dentro de las porciones ocupadas de una ciudad, quedaba como una tarea que estaba más allá de los recursos privados más vastos, excepto cuando —como en el caso del Rockefeller Center— el solar había pertenecido como parcela unificada a una institución histórica. Incluso cuando se necesitaba la tierra para fines públicos, la compra a los múltiples propietarios separados se convirtió en uno de los grandes obstáculos para la buena administración pública, en un proceso que en muchas ciudades no solo se prestó a tediosas demoras sino también a diversas formas de sobornos y chanchullos.

La Ley Adickes, que permitió la acumulación de parcelas y su distribución prorrateada a los propietarios individuales, conforme con un plan mejor, no apareció, incluso en Alemania, hasta 1902; fue necesario que los bombardeos nazis destruyeran el centro de Róterdam, en 1940, para que se creara en esa ciudad el espíritu público necesario para que dicho sistema se aplicara en escala suficientemente grande, permitiendo la audaz reurbanización que se ha llevado a cabo allí a partir de 1945.

Conforme con principios estrictamente comerciales, el trazado en parrilla respondía, como ningún otro plan, a los valores cambiantes, la expansión acelerada y la población creciente que requería el régimen capitalista. Pero la ciudad que se planeaba siguiendo esos principios era un fracaso desde el punto de vista del resto de intereses humanos; y todo intento de mejorarla sin cambiar esos principios estaba destinado al fracaso. La planificación es, por su propia naturaleza, un proceso inclusivo, que implica la interacción de múltiples necesidades, propósitos y funciones; en tanto que la planificación que efectuaba el empresario individual constituía un esfuerzo fragmentario en pos de sus propios fines

limitados. Solo una actividad municipal, aparte de la extensión de las calles y las manzanas, era necesaria para sus propósitos: la construcción de líneas de transporte. En ese sentido, el trazado en damero llegó a su culminación ideal con el proyecto de la Ciudad Lineal, trazado por Soria y Mata. Ingeniero de transportes él mismo, Soria y Mata propuso audazmente hacer de la nueva ciudad una función de un sistema espinal de tránsito rápido, proyectando un cinturón urbano continuo, paralelo a las líneas de transporte, para conectar los antiguos centros históricos. El movimiento motorizado lo controlaría todo.

La ampliación del trazado en damero con propósitos de especulación y el sistema de transportes públicos fueron las dos principales actividades que dieron predominio a las formas capitalistas en las ciudades en desarrollo del siglo XIX. Las diligencias públicas fueron seguidas por los ferrocarriles, las balsas de vapor, los puentes, los tranvías eléctricos, los subterráneos y los trenes elevados, aunque no siempre en el mismo orden cronológico. Cada nueva ampliación de la ciudad, cada nuevo aumento de población, podían justificarse como seguro contra la inversión excesiva en estos servicios públicos y como una garantía más del aumento general de los valores inmobiliarios, no solo dentro de los límites de la ciudad, sino incluso en los territorios circundantes, que no formaban parte del municipio. Una economía en expansión reclamaba una población en expansión; y una población en expansión requería una ciudad en expansión. El firmamento y el horizonte eran los únicos límites. En términos puramente comerciales, desarrollo numérico era sinónimo de mejora. El censo de población bastaba para establecer la jerarquía cultural de una ciudad. Pronto seremos testigos de los resultados finales de este proceso con la formación de Megalópolis.

Al estimar la necesidad de nuevos subterráneos en Nueva York, por ejemplo, hace casi medio siglo, el ingeniero de la Co-

misión de Servicios Públicos proporcionó el enunciado clásico de este planteamiento: «Necesariamente todas las líneas deben estar trazadas hacia el objetivo: Manhattan. Toda línea de tránsito que lleve gente a Manhattan aumenta su valor en bienes raíces. En consideración a su situación geográfica y comercial, el valor de la propiedad en la isla de Manhattan debe aumentar exactamente en la misma medida en que aumente la población en el territorio circundante». A este ingenuo funcionario parece que no se le ocurrió que el objeto de un buen sistema de transportes podría ser la distribución más equitativa de las oportunidades industriales y comerciales, de buenas instalaciones para la vivienda e incluso de los valores de los bienes raíces, de modo tal que el proceso entero pudiera tener alguna otra mira fuera del enriquecimiento de los propietarios de tierra en Manhattan, a expensas del resto de la comunidad metropolitana.

En cuanto a su contribución a las funciones sociales permanentes de la ciudad, el anónimo trazado en damero resultó estéril. En los Estados Unidos, a veces podían preverse centros cívicos en las nuevas ciudades del siglo XIX, y así lo fueron en los planos correspondientes a Cincinnati, Saint Louis y Chicago; pero, por los días en que aumentó la fiebre de la especulación, se vendieron los terrenos asignados a tal fin, para pagar las prolongaciones del sistema vial y los pavimentos: incluso Savannah, ciudad de lento desarrollo, perdió paulatinamente la ventaja que representaba su viejo sistema de plazas urbanas. Cuando surgía la necesidad de terrenos para edificios o parques públicos, las parcelas de tierra apropiadas eran de propiedad individual, a veces ya se había edificado en ellas y sus precios habrían aumentado siempre. En este sentido, casi la única excepción que he podido encontrar es Rochester, donde un número de plazas, inicialmente trazadas por los especuladores como una atracción publicitaria en 1820, sigue formando parte del plano de la ciudad, gracias tal vez al crecimien-

to relativamente lento de esa ciudad provinciana, en comparación con ciudades terminales como Buffalo o Nueva York.

Ni siquiera había entrado en la nueva mente urbana la idea de que una ciudad no podría controlar su crecimiento sin controlar el desarrollo de sus tierras y que ni siquiera podría dejar espacio para sus mismos edificios públicos, en las ubicaciones convenientes, a menos que pudiera adquirir tierra mucho antes de que surgiera la necesidad concreta de ella. La noción misma de control público fue tabú desde el comienzo. Cuando se trataba de ganancias, se consideraba, con fidelidad a la teoría capitalista clásica, que los intereses privados eran superiores a los intereses públicos. Cierto es que los poderes del Estado o el municipio no fueron nunca rechazados completamente por la empresa capitalista. Ávidamente, el capitalismo reclamaba grandes subvenciones y subsidios, o directamente regalos enormes, como los que promovieron en su origen los ferrocarriles del Oeste y como los que ahora, con no menor imprudencia, subvencionan los transportes aéreos y coches privados.

Así, la ciudad, a partir de comienzos del siglo XIX, no se consideró una institución pública sino una empresa comercial privada que se administraría de cualquier manera, siempre que pudiera aumentar el rendimiento del capital y promover la subida de los valores inmobiliarios. El análisis de esta situación por parte de Henry George, y su audaz rectificación por Ebenezer Howard, con su propuesta de la nueva Ciudad Jardín, que corporativamente sería propietaria de toda su tierra, marca un punto culminante en la concepción de la economía municipal, así como del gobierno municipal.

5. El precio de la expansión urbana

La ley del crecimiento urbano, según era dictada por la economía capitalista, significaba la supresión inexorable de todos los rasgos

naturales que deleitan y fortalecen el alma humana en su rutina diaria. Los ríos podrían convertirse en cloacas corrientes —véase la descripción que hace William Morris de la profanación del Wandle—, las riberas podrían hacerse inaccesibles para el peatón, podrían derribarse árboles vetustos y demolerse edificios venerables para hacer más veloz el tránsito; pero, en tanto que las clases superiores pudieran recorrer en coche Central Park o dar una vuelta a caballo por la mañana por Rotten Row, pasaría inadvertida la falta de espacio para el esparcimiento y de belleza recreativa en la ciudad en su conjunto.

Hasta después de 1870, fecha para la cual el espacio necesario solo podría adquirirse con un desembolso gigantesco, no hubo un serio reconocimiento público de la necesidad de campos de juego para los niños. De ahí la función peculiar de la calle superdesarrollada en el plano comercial: se vio obligada a ocupar el lugar del jardín al fondo y de la plaza protegida en la ciudad medieval, o de la plaza abierta y el parque en el orden barroco. Así, este desierto pavimentado, adaptado básicamente para el tránsito de vehículos, se convirtió asimismo en parque, paseo y campo de juegos; es decir, en un feísimo parque, un paseo polvoriento y un peligroso campo de juegos.

Incluso allí donde no existía una ocupación excesiva de la tierra —por ejemplo, en muchas de las ciudades más pequeñas de la parte central de los Estados Unidos— la calle ancha o avenida era valorada como un símbolo de progreso; de modo que se la trazaba con una amplitud que no guardaba ninguna relación funcional con su uso presente o potencial, si bien el excesivo costo de la pavimentación y el mantenimiento se reflejarían en los aumentos de impuestos sobre las propiedades colindantes. El valor de este trazado de calles, una especie de caricatura tardía de la ampliación barroca del espacio como expresión del mandato del príncipe, era en gran parte decorativo: un símbolo de tránsito posible, de posi-

bles oportunidades comerciales, del posible paso de la residencia a un uso comercial más vasto. De este modo, la misma calle proporcionó una excusa suplementaria para los fantásticos valores de la tierra, que a veces, con optimismo, se atribuían por adelantado a propiedades rurales que se levantaban en el camino de la ciudad creciente. Y las tradiciones cívicas subsistentes en Nueva Inglaterra no se evidenciaron en ninguna parte mejor que en el hecho de que ciudades como Pittsfield y New Bedford, pese a someterse a la industrialización, se atuvieron con espíritu conservador a las calles angostas, de un ancho de nueve a dieciocho metros, y así aliviaron los impuestos de las casas y los jardines contiguos. La ciudad, incluso cuando estaba trazada en damero, conservó así algunas de las ventajas que una nueva generación de urbanistas descubriría al proyectar «aldeas-jardín» industriales, a fines del siglo XIX.

En todo el ámbito del mundo occidental, durante el siglo XIX, se fundaron nuevas ciudades y se extendieron las antiguas conforme a los rasgos que acabo de describir. El primer síntoma de prosperidad repentina sería la extensión de esqueletos de calles, consistentes en cordones de aceras y cañerías para el servicio de aguas. La multiplicación de semejantes calles extendió prematuramente la ciudad y aumentó la cantidad de costoso pavimento, y las caras alcantarillas y cañerías maestras obligaron a que el desarrollo se hiciera de la forma más onerosa posible, mediante casas esparcidas aquí y allá, al capricho del tiempo y el espacio, en vez de constituir conjuntos compactos, edificados dentro de un periodo limitado. Para todo propósito que no fuera la especulación, este sistema resultaba especialmente oneroso, y el costo de esta explotación prematura recaía sobre el resto de la ciudad.

Estos criterios pecuniarios engañosos fueron denunciados desde muy pronto. En un informe a los Comisionados de Bosques y Montes de Inglaterra, John Nash observaba que «las causas artificiales de la extensión de la ciudad son las maniobras de especu-

lación de constructores alentados y promovidos por comerciantes que trafican con los materiales de construcción y por los abogados con clientes adinerados que facilitan, y a decir verdad ponen en movimiento, el sistema entero; al dar salida a mayores rentas sobre la tierra y por muchos otros procedimientos que les permiten a sus clientes hacer un uso ventajoso de su dinero, los abogados se crean para sí mismos un negocio lucrativo».

Esta fe en un crecimiento constante e ilimitado lo invadía todo. En los Estados Unidos los empresarios urbanos apostaron por ese crecimiento y luego trataron de dar una base a sus esperanzas, para lo cual alejaron deliberadamente el comercio, la industria y la población de otras ciudades rivales, atrayéndolos a veces con regalos de lotes de tierra, incluso de edificios para fábricas, sin exigir nunca que los fabricantes que se instalaran en la ciudad garantizaran un nivel de sueldos suficientemente elevado como para impedir que los nuevos obreros se convirtieran en una carga pública. De hecho, Nueva York no solo construyó el canal de Erie para asegurar una mejor conexión con el interior, sino que se las ingenió después, imponiendo diferenciales tasas de flete, establecidas a expensas de otras ciudades, para mantener su monopolio de las rutas comerciales oceánicas y continentales.

El deseo de utilizar cada centímetro cuadrado de espacio rentable dominaba al propietario, incluso cuando el edificio era para su uso privado y no estaba destinado a la mera explotación pecuniaria. En muchas ciudades, en el transcurso del siglo XIX, esto redujo el jardín de fondo a un simple patio para secar la ropa, y a su vez este quedó reducido de tal manera que muchas costosas residencias, cerca de la Quinta Avenida, fueron construidas casi pegadas, como si se tratara de tugurios para las clases inferiores, careciendo por igual de vistas y de ventilación. Una vez más, la empresa capitalista, hipnotizada por su propia preocupación por las ganancias, se excedió en su propio juego; pues un plano congestionado no tiene

por qué producir beneficios máximos de inmediato, ni es probable que permanezca lo bastante sólido y atrayente durante un largo número de años como para asegurar su explotación lucrativa.

Los diseños espaciosos, como los de la Place Vendôme y Russell Square, todavía florecientes tras siglos de uso, han resultado mucho más económicos que los que solo buscaron cubrir la cantidad máxima de espacio rentable. Las grandes ganancias de estos últimos dependen de una rápida restitución del capital. En la economía municipal, a diferencia de la privada, lo que cuenta no son los costos iniciales de una obra, sino el coste final, prorrateado a lo largo de toda su vida.

La principal causa de estos males en materia de planificación y diseño no fue tanto la especulación en sí misma como la preocupación por el lucro, con exclusión de cualquier otra consideración humana. La construcción a gran escala por parte de los Woods, en Bath, fue llevada a cabo con incentivos comerciales pero, por fortuna, en una época en que otras motivaciones, el sentido de lo que corresponde a la propia jerarquía y posición, atemperaban el propósito comercial. Así, los Woods, lo mismo que Robert Adam en Edimburgo, pudieron trabajar con la escala barroca más generosa, considerando la calle entera como una sola unidad y tratando el espacio abierto como parte integrante del diseño en su totalidad. Cuando estos ideales aristocráticos fueron pisoteados por los filisteos ascendentes que construyeron la ciudad del siglo XIX, solo la uniformidad y la repetición del diseño barroco se conservó en la casa uniforme en hilera, de Nueva York o Londres, o en las uniformes casas de departamentos del París de Napoleón o del Berlín de Bismarck.

6. El tráfico en el tráfico

Una característica más del trazado comercial fue la propia avenida corredor: la vía pública lineal, destinada principalmente a promover la circulación de vehículos. Dentro del nuevo plan, a menudo apenas si había alguna diferenciación entre la calle y la avenida, entre la circulación vecinal y la circulación transurbana. Incluso las personas que podían permitirse las mejores residencias se establecían en las avenidas, como la Quinta Avenida en Nueva York o Broad Street en Filadelfia, en vez de hacerlo en las calles laterales, con sectores internos tranquilos. Resulta tan difícil eludir este modelo cuando dominan los principios comerciales que incluso hoy mismo un nuevo centro de tiendas, situado sobre una carretera principal en Long Island, se jacta del inconveniente de tener un kilómetro y medio de largo.

El sacrificio del vecindario a la avenida de tráfico se prolongó a lo largo de todo el siglo XIX. Incluso en un suburbio residencial como Hampstead Garden, en Londres —un bello plano con muchas innovaciones admirables—, los proyectistas colocaron la zona de tiendas a lo largo de una avenida corredor, en vez de crear un compacto centro de mercado. El tránsito generado por la ciudad comercial era tan formidable que ya en el siglo XIX, en Nueva York, las riñas de tránsito eran frecuentes y creció la demanda de modos más veloces de transporte público. Hasta entonces, en casi todas las ciudades, la mayor parte de la población iba a pie al trabajo. Esto no significaba que su trabajo quedara necesariamente dentro de su barrio, pero incluso cuando no era el caso, el obrero, y hasta el empleador, podía recorrer a pie los tres o cuatro kilómetros hasta su trabajo, por más que cuando el tiempo era malo, esto constituía un grave inconveniente para los peatones, mal alimentados y pobremente vestidos.

Con la invención de la diligencia barata, del ferrocarril y por último del tranvía, el transporte en masa apareció por primera vez

en la historia. Ya la distancia a pie no establece los límites del crecimiento humano, y el ritmo entero de ampliación de la ciudad se apresuró, puesto que ya no era avenida por avenida ni manzana por manzana, sino vía férrea por vía férrea y suburbio por suburbio, irradiando en todas las direcciones, a partir del distrito central. En algunos aspectos estas formas suplementarias de transporte, que seguía rutas no siempre coincidentes con la red de calles, compensaban las peores debilidades del sistema callejero de circulación; y en una época de pasajes baratos, dio a los obreros peor pagados un grado de movilidad que los ponía en situación de igualdad con quienes podían proporcionarse vehículos privados.

Por desgracia, el establecimiento de los transportes públicos se llevó a cabo con los mismos cánones de especulación lucrativa que regían el resto de la vida urbana: la especulación con el tránsito y la especulación con los terrenos se complementaban mutuamente y, a menudo, tenían un mismo empresario. En el preciso momento en que ocurría esto, el perspicaz Emerson, ya en 1836, reconocía la gran potencialidad de la nueva escala de espacio y tiempo: convertiría los caminos en calles y transformaría las regiones en barrios. Pero la consumación ideal de esta posibilidad, mediante el uso de la región como unidad de desarrollo, quedó sin cumplir, ya que el aumento del alcance del tráfico se utilizó como medio para aumentar el perímetro de ciudades que ya eran demasiado grandes para beneficiar a los seres humanos. El transporte público rápido, en vez de reducir el tiempo necesario para llegar al lugar de trabajo, siguió aumentando la distancia y el costo, sin ninguna ganancia en el tiempo.

Lo que es válido para la prolongación horizontal de la ciudad comercial en el siglo XIX y después, es igualmente válido para su expansión vertical por medio del ascensor. Al principio este último quedó limitado a las ciudades más grandes del Nuevo Mundo. Pero los errores radicales que se cometieron al principio, con el

fomento de los rascacielos, son ahora universales, en parte debido a que se suavizan los controles más estrictos, en parte debido a la presión comercial, en parte debido a la imitación de la moda y en parte debido al deseo del arquitecto de explotar nuevos medios tecnológicos. Todos los errores que se cometieron primeramente en las ciudades norteamericanas se ven hoy reiterados a escala igualmente horrenda, en Europa y Asia. Si el transporte rápido hizo del horizonte el límite del desparrame urbano, los nuevos métodos de construcción hicieron «del firmamento el límite», como les gustaba decir a los especuladores. Aparte de todas las funciones que pudieran cumplirse mejor apilando piso sobre piso, el edificio de gran altura se convirtió en un símbolo jerárquico de «modernidad».

La combinación de estos dos métodos de expansión y congestión, el horizontal y el vertical, produjeron las máximas oportunidades de lucro: esta fue, en realidad, la principal fuerza que lo motivó. Pero este sistema puramente mecánico de crecimiento se vuelve, al final, autolimitador; pues las desventajas del tráfico a paso de tortuga, que avanza por la ciudad a la mitad de velocidad de los vehículos de tracción animal de hace medio siglo, son resultado directo de los aumentos excesivos de densidad urbana, tanto residencial como comercial, así como del aumento del número de automóviles privados. La falta de espacio para moverse no se ve disminuida por la consagración de superficies cada vez más extensas de la ciudad a avenidas ensanchadas, autopistas, viaductos, plazas de estacionamiento y garajes: pues en muchas ciudades, va acercándose el momento en que se contará con todos los medios para circular por la ciudad y no habrá ningún motivo para ir a ella. Hoy mismo, el aire contaminado y tóxico, el hacinamiento de los residentes en una proporción de ochocientos o mil por hectárea, la vida social desmoralizada, fecunda en violencia y crímenes, han determinado un éxodo general de las zonas centrales de las ciudades. En este sentido, la enfermedad se traza sus propios límites;

pero solo porque debe destruir, llegado el momento, el organismo que la alberga.

Esta crítica de los modos y fines del capitalismo, según se manifiestan en la expansión urbana, no constituye un esfuerzo por restar importancia a los tremendos problemas de crecimiento que se le plantearon a la ciudad del siglo XIX y menos aún implica incapacidad para reconocer el valor de los nuevos perfeccionamientos técnicos que estaban a disposición de la ciudad, listos para complementar las vías terrestres y acuáticas que ya no bastaban para la vida más dinámica y variada de la ciudad moderna. Muy al contrario: el problema del crecimiento debe ser resuelto por todas las asociaciones y organizaciones corporativas, no menos que por los organismos especializados. ¿Quién esperaría seriamente una solución de cualquiera de nuestros problemas urbanos mediante una vuelta a una base tecnológica o social más primitiva?

El error del espíritu comercial progresivo consistió en dar excesiva importancia a aquellos modos de circulación que prometían el mayor rendimiento financiero: esto llevó al planificador a pasar por alto el papel del peatón y la necesidad de conservar la flexibilidad de los movimientos de masas que solo puede asegurar la circulación a pie. Al mismo tiempo, lo entregó posteriormente a la solución unidimensional del transporte privado mediante el vehículo a motor y lo llevó a concederle al propio transporte prioridad en relación con muchas otras funciones urbanas, igualmente fundamentales para la existencia de una ciudad.

Así, la hipertrofia de la red de tránsito, empeñada en aumentar la congestión lucrativa del centro, produjo en realidad, incluso en términos técnicos, una solución sumamente primitiva. Excepto en su núcleo congestionado, la ciudad resultante careció de muchos de los dones más gratos de la vida social, que aún poseían ciudades más pequeñas y aparentemente más atrasadas.

7. El encuadramiento de la congestión

En el papel, el nuevo trazado produjo a menudo una apariencia de orden y espaciosidad: pero la nueva edificación en la ciudad mercantil minó la pretensión misma de estas cualidades al introducir grados de congestión hasta entonces inauditos, universalizando malas prácticas que, en la mayoría de las ciudades antes del siglo XVII, solo habían sido, en el peor de los casos, ocasionales, casi accidentales. Con el tiempo este ordenamiento influyó en todos los sectores de la ciudad; pero primero influyó en las viviendas de los pobres.

La congestión urbana se produce naturalmente cuando un número excesivo de personas comienza a rivalizar por un número limitado de departamentos y cuartos; y cuando un proletariado comercial e industrial empezó a apiñarse en las grandes capitales de Europa en el siglo XVI, estas condiciones se volvieron crónicas. El mejoramiento urbano solo podría haber tenido lugar si se hubieran controlado en su fuente las fuerzas que arrastraban la gente a la ciudad.

La competencia por el espacio entre los pobres inmigrantes sin protección tuvo el mismo efecto en París o Edimburgo, en el siglo XVII, que en Mánchester en el siglo XVIII o que en Liverpool y Nueva York en el siglo XIX: las rentas de la tierra aumentaron y las viviendas empeoraron. En París, en el siglo XIII, una hectárea de tierra valía 2.600 francos, según Avenel; en el siglo XX, una hectárea, en el mismo distrito, valía 1.297.000 francos; aunque se deje el margen necesario para el diferente valor del dinero, el aumento resulta apabullante. ¿Quién se benefició con ese aumento? No los ocupantes. ¿Los ingresos de quiénes se mantuvieron al ritmo de ella? No los de los trabajadores.

«El trabajador de la Edad Media que tenía un ingreso anual de mil francos podía pagarse sin dificultad una casita de cien a doscientos francos por año: su situación mejoró todavía más cuando los alquileres bajaron enormemente en el siglo XV, en virtud de la abundancia de viviendas vacías, en tanto que los sueldos habían subido basta los mil doscientos francos. Pero en el momento en que el jornalero, desde 1550 hasta la culminación del siglo XVIII, no ganó más de seiscientos setenta y cinco francos por año y cuando las casas más pobres de París se alquilaban a trescientos cincuenta francos, se comprende por qué le fue necesario abandonar la costumbre de vivir bajo un techo separado».

Con las debidas variaciones, esta situación imperó a través de Europa y en los puertos marítimos más prósperos de América del Norte. Desde el punto de vista de la clase trabajadora, fue un periodo de creciente explotación y, en lo tocante a sus viviendas, un periodo de ruina y congestión crecientes. Los nuevos niveles inferiores se observan incluso en las obras típicas de filantropía. Si bien conforme a las actuales normas de vivienda las casas colectivas para los ancianos que hizo edificar Jacob Fugger en Augsburgo constituyen un grupo arquitectónico que se destaca por su hermosura, las hileras paralelas de casas solo tienen un mínimo de espacio abierto para jardines, en comparación con los espacios abiertos existentes que aparecen en un plano contemporáneo de Augsburgo: hasta las obras de caridad se habían tornado mezquinas en su utilización de la tierra, pues ahora el espacio, al igual que el tiempo, era oro.

Para comprender la causa de esta congestión, aparte del deseo de exprimir a los necesitados para sacarles ganancias; a esos necesitados que a diferencia de sus superiores económicos no podían discutir los precios y, llegado el caso, negarse a aceptarlos, es necesario darse cuenta de que en el siglo XVII la indigencia quedó aceptada como el destino normal en la vida para una parte conside-

rable de la población. Sin el aguijón de la pobreza y la inanición, no podía esperarse que trabajaran por sueldos de hambre. La miseria en el extremo inferior era la base del lujo en el extremo superior. Se ha calculado que hasta una cuarta parte de la población, en las ciudades más grandes, estaba constituida por trabajadores ocasionales y mendigos: este excedente representaba lo que el capitalismo clásico consideraría un mercado de mano de obra saludable, en el que el capitalista la alquilaba conforme a sus propios términos o despediría a los trabajadores a voluntad, sin aviso, sin preocuparse por lo que sería de ellos o de la ciudad en condiciones tan inhumanas. En un memorándum que data de 1684, el Jefe de Policía de París se refería a la «terrible miseria que aflige a la mayor parte de la población de esta gran ciudad». Entre cuarenta y sesenta y cinco mil personas estaban reducidas a la mendicidad declarada. Lo relativo a París no tenía nada de excepcional. Cuando, de muchacho, Herman Melville visitó la próspera ciudad de Liverpool, en la década de 1830, encontró, según describe en su novela *Redburn*, una mujer con dos criaturas en su pecho que agonizaba en un sótano que se abría bajo la acera. Pese a sus esfuerzos por obtener ayuda, nadie acudió a auxiliarla. Solo se los sacó de allí cuando sus cadáveres comenzaron a heder.

Pero al final, sin ninguna estratagema por su parte, el proletariado tuvo su venganza: las normas que inicialmente se aplicaron a las viviendas de los pobres fueron fijadas paulatinamente, en el trascurso del siglo XIX, a los hogares de las clases media y alta. El primer edificio para casas de inquilinato fue erigido en Nueva York, con destino al grupo de ingresos más bajos, en Cherry Street, en 1835: cubría el noventa y cinco por ciento del terreno y convertía en norma las condiciones de falta de ventilación e insalubridad. Una generación después, este nuevo tipo de vivienda se ofrecía a los grupos pudientes como el producto más elegante de la moda: el apartamento parisino. Había, sin ninguna duda, un lugar en una

ciudad como Nueva York para viviendas más pequeñas, para el soltero o la familia reducida, administrado colectivamente: el mismo apartamento con todos los cuartos en un piso constituye una organización conveniente de una vivienda modesta. Pero los nuevos apartamentos no fueron creados según el viejo plano de vivienda, con una profundidad de dos habitaciones: como las moradas de los pobres, ocupaban la mayor parte del terreno y, en vez de proporcionar la comodidad de los espacios abiertos y de los jardines colectivos, ofrecían, para la mayor parte de las habitaciones, un mero pozo de aire o, al efectuarse nuevas construcciones en el vecindario, el muro trasero de otro piso, proyectado con igual mezquindad.

Esta indiferencia ante los requisitos elementales de higiene o comodidad caracterizó el desarrollo de la ciudad comercial: de ahí el mordaz comentario de Patrick Geddes, al sintetizar en los siguientes términos el movimiento descendiente de la construcción y de la vivienda en el trascurso del siglo XIX, bajo esa preocupación unilateral por la renta y el lucro: «Tugurio, semitugurio y supertugurio: a esto se reduce la evolución de las ciudades». Al pasar el tiempo, el rendimiento de las viviendas de los ricos llegó a ser casi tan favorable, desde un punto de vista comercial, como el de las miserables casuchas o inquilinatos de los pobres.

La prueba final de esta degradación de la vivienda debido a la aplicación de normas capitalistas se tuvo, en el trascurso del siglo XIX, a través de la filantropía: en esto, la experiencia victoriana reiteró la anterior demostración de los Fugger. Cuando un grupo caritativo presentó la primera vivienda modelo en Nueva York, en la década de 1850, el plano, como algo obvio, presentaba habitaciones interiores que solo recibían luz a través de una ventana situada en un cuarto exterior. Hasta frente a las mezquinas ofertas que entonces estaban al alcance de los trabajadores mal pagados, esta vivienda modelo resultaba tan ruin que bien pronto se convirtió en el refugio preferido de ladrones y prostitutas.

Semejante caricatura podría parecer un accidente, de no haberse repetido la misma historia, en forma respetable, en las viviendas modelo construidas por George E. Peabody, en Londres, durante la segunda mitad del siglo XIX, y profusamente imitada por otros grupos y organizaciones oficiales. Los Edificios Peabody tenían un mínimo de luz, aire e higiene, pero nada más que un mínimo; porque, en vez de tener dos o tres pisos de altura, como la vivienda típica de Londres en los sectores más pobres de la ciudad, estas viviendas modelo tenían cuatro o cinco pisos de altura: incorporaban una densidad que no correspondía a las necesidades humanas sino al precio de la tierra. El patio entre los edificios estaba pavimentado de muro a muro. Esto no solo impedía la existencia hasta del más diminuto jardín, sino que se complementaba con una disposición que prohibía que los niños usaran el magro espacio para jugar en él.

A su vez, los bien intencionados esfuerzos de Peabody establecieron un patrón parasitario para las nuevas viviendas destinadas a los grupos de ingresos más bajos. Incluso cuando se dejaban espacios abiertos visuales en estos planos «modelo», con edificios que cubrían solo el quince o veinte por ciento de la superficie, la densidad de ocupación, en estructuras que tenían de diez a quince pisos de altura seguía siendo una densidad de tugurio: de setecientos cincuenta a mil personas por hectárea. Esto produce una carestía de tierra útil para parques y campos de juego en el vecindario que resulta casi tan grave como lo era en las ruines y sucias viviendas que los nuevos edificios remplazan. El hecho de que estos edificios se convirtieran con excesiva prontitud en tugurios no puede sorprender a nadie, excepto a sus miopes proyectistas, que no tienen idea de la naturaleza de un hogar o de un vecindario, por no hablar de una ciudad.

8. Las formas de adquirir y de gastar

Con la aparición de la empresa capitalista, las formas más antiguas del mercado no desaparecieron por completo en el mundo occidental, pero en gran parte quedaron limitadas a los comerciantes de víveres. Incluso en el Nuevo Mundo esos mercados se reunían a menudo bajo un mismo techo, a veces imitando concretamente los edificios de mercados europeos, como en Nueva York, Filadelfia, Washington y Baltimore; en tanto que Faneuil Hall, en Boston, puede ser considerada una continuación directa del mercado del Viejo Mundo.

En general, solo en los barrios más pobres era aún posible comprar en un carro abierto un vestido, un par de pantalones o una estufa, si bien en París, donde los hábitos medievales fueron más tenaces de lo que parecería a primera vista, las grandes tiendas se vieron obligadas a abrir puestos callejeros, por lo menos en los barrios de la clase media baja. Pero en el nuevo trazado urbano no había lugar para las plazas de mercado: ni las rotondas de tráfico del plano barroco ni la interminable avenida corredor del plano comercial estaban a favor de esa concentración de peatones.

Asimismo, la tienda al aire libre, con la salida hacia el cuarto de trabajo en la parte posterior, tendió a desaparecer: el nuevo tipo de tienda se organizó tras escaparates de vidrio, muy ensanchados para que abarcaran todo el frente y sirvieran como centro de exhibición. No se escatimaron esfuerzos para decorar elegantemente el interior, sobre todo cuando se trataba de los artículos más de moda. Adornar una tienda de repostería con grandes paños de vidrio, espejos de pared, lámparas de vidrio, veinticinco candelabros y seis grandes bandejas de plata, y pintar el techo, tallar las columnas y dorar las lámparas costaba una buena suma. Es una costumbre moderna, observa Daniel Defoe en *The Compleat English Trades-*

man, que «los comerciantes inviertan las dos terceras partes de su fortuna en arreglar sus tiendas [...]. Es poca cosa gastar doscientas o trescientas y hasta quinientas libras».

El mercado de exhibición de artículos de confección, ya no producidos por encargo, había hecho su aparición: a partir del siglo XVII se apoderó paulatinamente de un ramo tras otro, apresurando el ritmo de las ventas y dando importancia a la atracción visual ejercida sobre el comprador. El día de mercado subsistió en las zonas rurales; pero en la ciudad comercial todos los días eran días de mercado. Comprar y vender dejó de ser un tráfico incidental en el paso de los productos del productor al consumidor: se convirtió en una de las principales preocupaciones de todas las clases sociales. «Hacer la compra» descansaba sobre la base de las necesidades domésticas; «ir de tiendas» era una ocupación menos urgente, más frívola. Ir de tiendas era algo excitante: a la señora de la casa le proporcionaba una ocasión especial de vestirse, de salir, de exhibirse ella misma.

«He oído —escribe Defoe, todavía evidentemente turbado por la costumbre— que algunas señoras, y que son personas de relieve, han cogido sus coches y pasado toda una tarde en Ludgate Street o en Covent Garden, solo para divertirse yendo de una mercería a la otra, para mirar sus finas sedas y aturdir a los tenderos y burlarse de ellos, no teniendo ni la mínima ocasión, y mucho menos la intención de comprar nada».

A medida que el mercado permanente adquiría forma, tanto el productor como el consumidor tendían a volverse más anónimos: era el intermediario quien se hacía un nombre, previniendo la idiosincrasia del comprador o manipulando su gusto y juicio. Para no dar palos de ciego, un nuevo cliente y comprador asumió el control del mercado: la Señora Moda. Una vez más he de citar al incomparable Defoe: «Cada sastre inventa nuevas modas, el mercero estudia nuevos diseños, los tejedores las tejen en figuras

bellas y alegres y se almacena una gran variedad para cautivar la fantasía; el carrocero inventa nuevas máquinas, sillas, berlinas, calesines, etcétera, todo para suscitar los caprichos y el inexplicable orgullo de la nobleza [...]. El tapicero hace otro tanto en materia de mobiliario, hasta que arrastra a las alegres damas a tal exceso de locura que deben renovar los muebles de sus casas todos los años; todo lo que ha durado más de un año tiene que ser llamado viejo y se considera vulgar y mezquino que alguna persona de cierta importancia vea las mismas cosas en sus hermosos aposentos más de dos veces».

El dinero era el poder supremo: las costumbres del mercado no se limitaban a las tiendas. También aquí el vizconde D'Avenel, cuya historia de la propiedad proporciona una documentación de valor incalculable sobre artículos y precios, ha expuesto bien las cosas. «En el pasado, bajo el antiguo régimen, desde el fin de la Edad Media hasta la Revolución, cuando la fuerza no ejercía gran influencia y cuando la opinión pública contaba poco, el dinero gobernaba en Francia. Casi todas las cosas podían ser compradas: el poder y los honores, los cargos civiles y militares, y la nobleza misma, cuyos títulos eran inseparables de las tierras sobre las que descansaban. Era necesario ser rico para llegar a ser alguien y si el favor de un príncipe distinguía ocasionalmente a un hombre pobre, simultáneamente lo enriquecía, ya que las riquezas eran la consecuencia ordinaria del poder».

La vida, incluso la vida aristocrática, se expresaba con la máxima facilidad en términos de comercio y dinero. En una homilía moral del siglo XVI sobre los servidores, nótese el tropo del mismo trozo inicial: «En esta Bolsa o Lonja de Asuntos Humanos, que consisten (por así decir) totalmente en mercancías, en comprar y vender, es muy conveniente que haya todo género de condiciones y vocaciones [...] emplazadas a aparecer so pena de pérdida legal de diez libras, con dinero y efectos siempre listos, para mantener

el mercado mundano». La vida era así. A tuertas o a derechas, mediante comercio, robo, corrupción pública o empresa financiera, uno se hacía de oro: «la rapiña, la avaricia, el gasto» hacían de la vida «un mezquino artefacto de artesano, cocinero o lacayo». El soneto de Wordsworth constituía una denuncia contundente.

En las grandes capitales, demasiado vastas para que la gente conociera a sus vecinos, las normas del mercado llegaron a prevalecer en general. Mediante la ostentación la gente trataba de causar una impresión decisiva en cuanto a su posición en la vida, a su gusto, a su prosperidad: cada individuo, cada clase, se ponía una fachada. La moda es, por decirlo así, el uniforme del día y la gente acomodada llevaba este uniforme en su hogar o en la calle con la misma disciplina que el soldado en el desfile militar. Venecia había marcado el compás al dictar las modas personales, gracias al encanto tan mentado de sus cortesanas; París asumió estos deberes en el siglo XVII; y, en adelante, cada capital de nación sirvió como modelo para el resto del país. Parte de la utilidad económica de la ciudad capital, desde el punto de vista de los grandes agentes e importadores, consistía en desacreditar los productos locales, que variaban por su diseño, su color, su material, su textura y sus decoraciones, con arreglo a las tradiciones locales, y poner en circulación los que se usaban en la capital. La melosa frivolidad comercial socavó la sobriedad de la artesanía, al anular incluso las tradicionales preferencias, o idiosincrasias, del fabricante y su cliente.

Algo de esta situación ya se había hecho evidente en el siglo XVI; pues Stow se esfuerza por «responder a la acusación de aquellos hombres que acusan a Londres de la pérdida y la decadencia de muchas (o de la mayoría) de las antiguas ciudades, villas corporativas y mercados dentro de este reino [...]. En lo que concierne a los tenderos de ellas y los artesanos, no es maravilla que abandonen las villas rurales y pasen a Londres; no solo por la corte, que es en la actualidad mucho más grande y más elegante que

en otros tiempos [...] sino también en razón de ello los caballeros de todos los condados acuden volando a la ciudad, los más jóvenes para ver y demostrar vanidad, y los más viejos para ahorrarse el gasto y la carga de la hospitalidad y del mantenimiento de la casa». La rivalidad de la moda, que era la vida del comercio, fue también en gran medida la de las industrias tradicionales de las ciudades de provincia. Llegó el momento en que estas se vieron obligadas a producir para el mercado distante y anónimo a fin de no perder sus industrias por completo. El efecto de esto es observable, hasta el mismo día de hoy, en nuestro sistema no regional de producción y distribución.

En esta economía la centralización de la capital barroca, que implicaba grandes despilfarros en transportes, se convirtió en una virtud especial. «La magnitud de la ciudad de Londres contribuye muy considerablemente al Comercio interior, pues como la Ciudad es el centro de nuestro comercio, todos los productos manufacturados vienen aquí y de aquí se distribuyen por todo el país [...]. Cuántos millares —vuelve a exclamar Defoe en otra parte— podría decirse cientos de miles de hombres y caballos se ocupan en trasladar y volver a trasladar desde Londres la producción de Inglaterra y las importaciones de países extranjeros; y cuántos de ellos estarían quietos y carentes de trabajo [...]. Si esta gran ciudad fuera dividida en quince ciudades [...] que estuvieran situadas en otros tantos puntos diferentes, distantes entre sí, donde el campo, dentro de un radio de treinta o cuarenta kilómetros alrededor, les fuera suficiente y pudiera abastecerlos, y donde cada puerto importara sus propios productos del extranjero».

Este último fragmento constituye una explicación sucinta de la diferencia urbana medieval y la nueva economía comercial: no se podría encontrar una mejor. Pero en términos de energética social y vida cultural, lo que Defoe tenía por un elogio es, en realidad, una condena.

La expansión del mercado ha sido uno de los atributos más característicos del régimen comercial: interviene en toda la organización destinada a remplazar las satisfacciones directas por sucedáneos y las experiencias vitales por productos comerciales. En el siglo XVIII, los mercados públicos y las tiendas de productores de la ciudad medieval se iban convirtiendo en tiendas especializadas de funcionamiento continuo. Ya para esta fecha remota, en París, durante el reinado de Luis XV, un banquero llamado Kromm fundó una gran tienda que tenía entre doscientos y trescientos empleados. En 1844, una gran tienda moderna, la «Ville de France», se inauguró en París con un personal de ciento cincuenta empleados.

Si la vitalidad de una institución puede apreciarse a través de su arquitectura, hay que reconocer que las grandes tiendas fueron una de las instituciones más vitales en este régimen comercial. Uno de los primeros edificios grandes donde se utilizaron columnas de hierro en vez de muros de mampostería fue el de la tienda de A. T. Stewart, en Nueva York; en tanto que el proyecto de Schinkel para el edificio de una gran tienda en Berlín, en la década de 1830, si bien nunca fue ejecutado, iba mucho más allá del laborioso tradicionalismo de las demasiado alabadas tiendas Wertheim, en Berlín, proyectadas por Messel. Por último, uno de los mejores edificios utilitarios de nuestra época, innovación radical en materia de diseño, fue el edificio Schlesinger and Meyer (ahora de Carson, Pirie, Scott and Company) en Chicago, proyectado por Sullivan.

Las grandes tiendas brindaban al comprador el mayor número posible de mercancías bajo un mismo techo y diversificaban las tentaciones de comprar, al mismo tiempo que concentraban la oportunidad. Así se convirtieron, en realidad, en un mercado de muchos pisos. Más aún, sirvieron como una enorme feria mundial de artes e industrias, en la que todos los productos expuestos estaban en venta.

Pero no ha de sorprender que las principales formas arquitectónicas producidas por la ciudad comercial se basaran en unidades abstractas de espacio: el metro de fachada y el metro cúbico. Sin necesidad de una redistribución estructural de carácter fundamental, el hotel, el edificio de viviendas, las grandes tiendas y el edificio de oficinas eran convertibles entre sí. Cuando las ganancias especulativas resultantes de la venta de los edificios fueran suficientemente tentadoras, la «convertibilidad» sería suplantada, al final, por la «remplazabilidad»: las diversas partes de la estructura no se proyectarían con miras a un largo tiempo de servicio, sino a su demolición y su remplazo por una estructura aún más alta y lucrativa, dentro del lapso de una sola generación, a veces aún más rápidamente. El capitalismo, en sus efectos sobre las ciudades, es comparable con esa aberración de la fisiología humana que, en medicina, se conoce como el estómago que se digiere a sí mismo.

La empresa comercial solo produjo, en el trascurso del siglo XIX, una forma que no respondía a su gran criterio de convertibilidad y continuo aumento especulativo; y esa forma, observamos con asombro, resultó un fracaso y durante largo tiempo cesó de ser copiada o perfeccionada. Se trata de la galería de tiendas cubiertas de vidrio: una tentativa por encontrar una nueva estructura, utilizando los nuevos logros en forja de hierro y construcción de muros de vidrio que brindaba la tecnología moderna. En la primera parte del siglo XIX, ejemplos de esta clase de galerías aparecieron en todas las ciudades comerciales, desde las de Nápoles y Génova hasta la Burlington Arcade (1819) de Londres. La galería de tiendas de Bruselas es una de las más largas; mientras que la más espléndida es la gran estructura cruciforme de Milán, ese generoso punto de encuentro con sus tiendas, sus cafés y sus restaurantes. Estas nuevas estructuras tenían el mérito especial de alejar las tiendas de las calles congestionadas, con su confusión de vehículos y estrépito: un admirable ejemplo de urbanismo funcional. La

concepción de este tipo de galería no solo fue expuesta por James Silk Buckingham, proyectista de una ciudad modelo victoriana, sino también por Ebenezer Howard, en su primer bosquejo de la Ciudad Jardín, donde quiso poner todo el sector de tiendas bajo vidrio. El diseñador de una «ciudad modelo» en Pullman, Illinois, llegó a construir una galería de esta clase; y es bastante curioso que incluso se construyera una en la pequeña ciudad rural de Hitchin, cerca de Letchworth, la primera Ciudad Jardín de Howard.

Aunque la mayor parte de estas galerías de tiendas tienen todavía una próspera existencia, no se las ha imitado en abundancia; o, mejor dicho, solo con la creación de centros de tiendas antiurbanos se ha restablecido esta concepción, de forma modificada. La verdadera debilidad de la galería de tiendas, desde el punto de vista de la práctica comercial, consistía en su exactitud funcional: solo servía para su finalidad inicial y era, por su misma naturaleza, «inconvertible». Esto violaba la primera norma de diseño para la ciudad comercial.

9. El ejemplar contraste de Ámsterdam

Existe una ciudad que es testimonio del espíritu comercial en su mejor momento, antes de que se hubiera disociado por completo de los controles habituales y de las obligaciones colectivas de su prototipo medieval. Dicha ciudad es Ámsterdam. El hecho de que no se la imitara a gran escala pone en evidencia que no fue únicamente el capitalismo sino un complejo de instituciones, personalidades y oportunidades lo que, al confluir en un momento singular, hizo de esa ciudad uno de los ejemplos máximos del arte del urbanista. Aun así, sigue siendo el único logro urbano sobresaliente del capitalismo; con él rivaliza únicamente la elegante Bath.

Si se toma Ámsterdam como el ejemplo más importante de una ciudad que efectuó la transición del proteccionismo a la competencia comercial sin perder forma, no es con el objeto de menospreciar la vitalidad de algunas de las rivales de Ámsterdam, como Delft y Haarlem. Se trata, más bien, de mostrar, mediante el ejemplo más arduo, que con la expansión comercial más rápida y con el más rápido crecimiento de la población, el desarrollo físico de la ciudad posmedieval no tenía que plantear necesariamente obstáculos insuperables al diseño disciplinado. En el trascurso de su principal periodo de expansión Ámsterdam no perdió su unidad; y aunque se permitió que decayera su barrio medieval, la ciudad en conjunto no se perjudicó, excepto durante un breve lapso en el siglo XIX, cuando la rapacidad comercial y el gusto lúgubre produjeron barrios cuya fealdad e insuficiencia humana rivalizaban con los de las más típicas ciudades industriales del siglo XIX.

El desarrollo técnico de la ciudad holandesa se basaba en el maravilloso control del agua, no solo para las comunicaciones y los transportes sino también para la escultura del paisaje. Ya mucho antes de que se hubieran perfeccionado los elementos mecánicos para la excavación y el traslado de la tierra, los holandeses, mediante un empecinado esfuerzo manual, habían levantado muchas de sus ciudades sobre montículos, por encima de las aguas; y la misma aplicación de la energía colectiva les permitió proteger la tierra contra las inundaciones. El control del mar y las aguas interiores ya había comenzado a menor escala, señala Gerald Burke, en el siglo VIII; y si bien los holandeses necesitaron la colaboración del molino de viento para resolver el problema del control del agua en su tierra, gran parte de la cual está situada bajo el nivel del mar, ya en el siglo XI, es decir, aun antes de que esta máquina de bombear hubiera aparecido, se habían perfeccionado las técnicas de construcción de diques y drenaje, recuperándose así una considerable superficie de tierra.

Desde el comienzo, esta tarea exigió una administración cooperativa tanto para la construcción como para el mantenimiento de los diques: esta necesidad llevó en el siglo XIII a la creación de las Juntas de Desagüe, entes independientes que todavía funcionan en la actualidad. Como el agua está tan próxima a la superficie, las casas de las ciudades holandesas deben edificarse sobre pilotes: la dificultad para establecer estas fundaciones impidió que las ciudades holandesas se extendieran según la voluntad fortuita del propietario de la tierra. Bajo dirección municipal, la ciudad en crecimiento fue abierta, sección por sección, y equipada con servicios colectivos. Dentro de este sistema de acción colectiva y de restricción disciplinada, las fuerzas dinámicas del capitalismo actuaron, casi a pesar de sí mismas, en pos de un fin público. Por tal motivo, podría considerarse a Ámsterdam un ejemplo notable del valor de una economía mixta, en la que se complementan la empresa pública y la privada.

Ámsterdam se inició como comunidad al represar o poner un dique a un pequeño río, el Amstel. El núcleo urbano original estaba contenido dentro del canal en forma de media luna que rodeaba a la ciudad antigua, que no fue amurallada hasta 1482; pero en las ciudades holandesas el dique, en realidad, ocupó el lugar de la muralla al promover la cohesión y el esfuerzo común. Cuando el comercio se desplazó del Báltico al mar del Norte, siguiendo la inexplicable migración del arenque, Ámsterdam, a la que se llegaba por una ruta acuática protegida desde hacía tiempo, no expuesta a las tormentas ni a la piratería, comenzó a desarrollarse como puerta para el trasbordo de mercancías. Así, cuando Amberes fue desmantelada por los españoles, en el siglo XVI, la Bolsa de Ámsterdam pasó a ser el centro del mercado monetario. El crecimiento de Ámsterdam había sido constantemente impedido, al parecer por la lucha contra España, hasta el fin de dicho siglo, pero entonces, una generación después del éxodo de los españoles, el esfuer-

zo mercantil de Ámsterdam se orientó hacia su propio desarrollo urbano.

Evidentemente, no sin motivo absorbió Ámsterdam todas las lecciones comerciales que los italianos podían enseñar: las mercancías consignadas a Ámsterdam, nos informa Violet Barbour, por lo común podían contar con pronta venta, pago inmediato y amplia elección de oportunidades para la inversión de las ganancias. Allí, además, las instalaciones de almacenaje eran amplias, y los mercaderes que deseaban almacenar sus mercancías hasta que pudieran obtener mejores precios podían obtener dinero en préstamo a cambio de los recibos de los almacenes; y el dinero mismo estaba tan bien administrado que aquellos que lo invertían se contentaban con aceptar solamente un interés del dos por ciento, en lugar de buscar muchas veces esa cantidad en otras bolsas donde podía perderse el capital.

Obsérvense los resultados: una cámara de seguros se estableció en 1602, una nueva bolsa en 1608 y un banco de préstamos en 1614. La población no solo se cuadruplicó entre 1567 y 1630, pasando de treinta mil personas aproximadamente a unas ciento quince mil. La ampliación necesaria de la ciudad proporcionó la ocasión para un nuevo orden de trazado, al mismo tiempo que los medios para construir fueron proporcionados por la prosperidad de los mercados gobernantes. Ni siquiera la guerra constituyó un obstáculo para este crecimiento: Ámsterdam se había convertido en el principal mercado de grano, efectos navales y municiones, es decir, los nervios de la guerra: sus capitalistas hasta podían comerciar tranquilamente con el enemigo, de modo que, perdiera quien perdiera en el campo de batalla, los holandeses ganaban en la lonja.

La excelencia del nuevo plan tuvo su base inmediata en la ordenanza de edificación de 1565: esta resultó tan satisfactoria que permaneció en vigor hasta comienzos del siglo XIX, cuando su

abandono fue responsable, probablemente, de algunos de los aspectos más lamentables de Ámsterdam. La ordenanza exigía, entre otras cosas, que los funcionarios municipales aprobaran los pilotes antes de que se empezara a edificar, que cada construcción debía tener su propio retrete y que las calles y senderos abiertos por el concejo debían ser pagados por los propietarios de los locales, estando los costos en proporción con el ancho del frente. Con esta ordenanza se perfeccionaban las disposiciones sanitarias promulgadas en 1533, frente al problema creado por el hacinamiento de muchas familias en un mismo terreno, en virtud de las cuales era obligatoria la inspección de las cañerías de desagüe y las cloacas. En otras palabras, este plan no constituía un perfeccionamiento superficial, sino que era la expresión definitiva de una atención más cabal a las condiciones de salud y vida social.

El nuevo plan se había iniciado en 1585 con el trazado del Heerrengracht, en el terreno de los bastiones eliminados, hacia el norte: dicho canal, que servía al mismo tiempo para el tránsito y como espacio abierto, estableció una nueva dimensión para este tipo de planificación: veinticuatro metros de ancho. Este comienzo fue prolongado por Hendrikje Staets, con el «Plan de los tres canales», que fue aprobado por la municipalidad en 1607. Ni el primer canal ni el segundo, el Keisergracht (1593), proporcionaron el sistema de canales en telaraña que se construyó finalmente; pero, en el ínterin, el plan geométrico de Coevorden, el bastión de Ámsterdam, pudo causar impresión en los diseñadores. A medida que el trabajo avanzaba, por sí solo sugería el trazado de un sistema de canales concéntricos, atravesados por vías secundarias y calles dirigidos hacia el antiguo centro. Si bien en un momento, con el propósito de crear un parque, se propuso un plano que hubiera cortado esta disposición simétrica y quebrado la red de transportes, finalmente la distribución funcional y la figura geométrica fueron captados tal como eran: una unidad. Al expresarla, toda la ciudad interior adquirió su forma definitiva.

El hombre responsable principalmente de la ejecución del «Plan de los tres canales» fue Daniel Stolpaert, topógrafo y arquitecto (1615-1676), quien trasladó la imagen del papel a la realidad social multidimensional: fue él quien asignó los frentes, a lo largo de los tres canales monumentales, a grandes casas de comercio y casas de familia para los mercaderes, edificios que eran entonces de la misma escala y dignidad. También fue él quien asignó las manzanas de edificación formadas por los canales radiales y concéntricos a viviendas para la clase media inferior y los artesanos. Asimismo reservó para depósitos los frentes sobre la bahía propiamente dicha y a lo largo del Browersgracht; en tanto que trazaba las bases de la urbanización de la nueva zona situada al oeste, el Jordaan, dedicándola a la industria y a determinadas fundaciones de beneficencia. Lo que diferencia este plan de la superficial y perniciosa división en zonas al por mayor que se ha llevado a cabo en este siglo en ciudades norteamericanas es que en aquel el trazado y la construcción formaban parte de una sola operación recíproca.

Pero téngase en cuenta lo siguiente: la ejecución del plan fue obra de la empresa privada, llevada a cabo por individuos y pequeños grupos en pos de beneficios, aunque también a veces por organizaciones religiosas para proporcionar hogares para los ancianos y los desvalidos, o bien por grandes organizaciones comerciales que se proponían facilitar suficientes viviendas para sus empleados: de vez en cuando, aunque más bien excepcionalmente, la labor fue emprendida por sociedades de la vivienda. Esta aplicación constante de la planificación y la edificación impidió que el rápido crecimiento de Ámsterdam fuera tan desastroso para la buena vivienda y el orden municipal como lo fue el veloz crecimiento de Londres. Un rasgo no menos importante de este plan, y que lo vincula con el Washington de L'Enfant, fue la oportuna reserva de terrenos para iglesias y mercados locales. Si solo ese ejemplo hubiera sido seguido en planes posteriores, en otros

lugares, se habrían economizado gastos y mejorado el carácter de nuevas ciudades y extensiones urbanas.

El «plan de los tres canales» fue un milagro de espaciosidad, de concentración y de orden inteligible. Aceptó todo lo que había de válido en la planificación barroca, con una variación suficiente en las unidades, combinadas con la rica tracería de árboles a los lados de los canales, influencia que salvó del ordenamiento del clasicismo barroco. Los sucesivos cambios de dirección del plan en telaraña evitaron que la perspectiva distante resultara vacua y deprimente. Los canales tenían entre veinticuatro y veintiséis metros de ancho, y estaban separados de los edificios laterales por paseos pavimentados y arbolados. Estos edificios se levantaban sobre lotes que tenían un promedio de ocho metros de ancho, permitiendo así las amplias fachadas con tres ventanales, en las que la proporción de abertura era mucho mayor que la de pared, lo cual permitía que la luz del sol llegara hasta las profundidades de la casa. Había una distancia mínima de cuarenta y ocho metros entre los fondos de los edificios, y el espacio para jardín correspondiente a cada lote era, por lo tanto, de ocho por veinticuatro metros, aproximadamente: espacio generoso para los amantes de los jardines y para aquellos que buscaban reposo al aire libre. El máximo de superficie cubierta era del cincuenta y seis por ciento. Este plano trasladaba los encantos de las afueras, su espacio abierto, sus jardines y sus árboles al círculo más reducido de la ciudad interior.

Aquí, en los nuevos barrios de Ámsterdam, estaba la culminación estética de cinco siglos de esfuerzo colectivo por controlar el agua y crear terreno. El orden se había propagado de los *polders* a la ciudad. Nada tan cabal y uniformemente eficaz como Ámsterdam se había concretado antes, a la misma escala y en materia de urbanismo, en ningún otro lugar. Ni siquiera los mismos holandeses se mantuvieron durante largo tiempo a la altura del ejemplo que tenían ante sus propios ojos.

El orden creado por el «plan de los tres canales» permaneció durante tres siglos a la cabeza de cualquier otro plan urbano considerado en conjunto. Solo ahora se ve seriamente amenazado por la religión del automóvil, que está dispuesta a sacrificar las conveniencias y los encantos de la vida urbana a cambio del desarrollo de vías de entrada y salida de la ciudad que engullen el espacio, por más que la multiplicación misma de estas vías reduzca la velocidad efectiva del tránsito que trata de fomentar. Al igual que los bulevares de París, las hermosas vías arboladas que bordean los grandes canales han quedado reducidas a lugares de estacionamiento, lo cual constituye un espectáculo realmente deprimente.

El análisis de este problema del mantenimiento del núcleo histórico exigiría todo un capítulo. Aquí debo restringir mi admiración ante el éxito del «plan», llamando la atención hacia el lugar donde las ganancias comerciales, en vez de los fines cívicos, controlaron el desarrollo de Ámsterdam y sentaron un precedente que empeoró con el avance del capitalismo. Me refiero a la zona de Jordaan, situada al suroeste de la ciudad. Allí, en lugar de crear un nuevo barrio conforme con los mismos principios que se siguieron en la ciudad antigua, los planificadores optaron por el trazado completamente diferente de los antiguos campos, cortando diagonales angostas a través de las nuevas líneas de desarrollo establecido. Y como el concejo no adquirió esta superficie, un grupo de mercaderes la desarrolló para especular, con estrechos canales y calles, que en vez de los veinticuatro metros de ancho tienen más o menos unos seis metros. Lo que es peor, la tierra es más baja que en el resto de la ciudad, porque los urbanizadores abarataron la operación dejando de levantar el nivel del suelo de la forma acostumbrada.

En estos vecindarios encogidos, en lotes igualmente estrechos, apiñaron casas, en las que los trabajadores más pobres o los protestantes franceses inmigrantes y los judíos españoles y portu-

gueses encontraron un alojamiento escaso. En tanto que las casas de los mercaderes ostentaban un mínimo de cuarenta y ocho metros entre los «fondos», la anchura total de las manzanas para los trabajadores era solamente de treinta y seis metros. Mientras la densidad uniforme por hectárea residencial neta no pasaba por lo común de doce casas por hectárea en las ciudades holandesas pequeñas, o de cuarenta, a lo sumo, en las ciudades grandes, la densidad en las nuevas viviendas para trabajadores era varias veces mayor. Haber mejorado las cosas para la gente allí alojada hubiera exigido de los constructores olvidarse del lucro o bien el municipio —los constructores con su máscara cívica— habría tenido que facilitar un subsidio. El capitalismo, casi por definición, no tiene respuesta para este problema; a decir verdad, se negó a admitir la posibilidad de respuesta alguna, incluso en términos no capitalistas, hasta la segunda mitad del siglo XIX.

A partir del ejemplo de Ámsterdam siento la tentación de extraer dos conclusiones contradictorias. Una es la muy obvia de que los beneficios del capitalismo se limitaban a los de dentro: los mercaderes, comerciantes, financieros e inversores; y que no formaba parte de una economía capitalista proporcionar viviendas urbanas a la clase trabajadora excepto en términos que representaran una buena ganancia, es decir, mediante el hacinamiento, la tacañería, con mezquindad hasta en la provisión de luz y aire, con un empeoramiento general del medio urbano en su totalidad. En cambio, cuando los ingresos del cliente lo permitían, se le podía proporcionar buen alojamiento, siempre que el lucro no fuera el único motivo de la construcción del edificio. Lo que hizo tan excelente el barrio de los mercaderes en Ámsterdam fue el mantenimiento de la vigilancia corporativa al hacer el trazado y controlar el conjunto entero con miras al bien público: este era un feliz legado que quedaba de la antigua economía medieval. La dirección pública responsable, que trabaja para fines públicos bien concebidos, es

de importancia primordial para la función y el desarrollo de todas las comunidades urbanas.

Las peores manifestaciones del capitalismo en el desarrollo urbano surgieron cuando se tornó determinante y exclusivo, exhibiéndose en su brutal desnudez, sin ropajes históricos de ninguna especie, salvo restos andrajosos y remendados. A esas alturas, el éxito comercial se mostró tal como era, y en buena medida sigue siendo: miseria cívica. Desde el punto de vista de una economía capitalista en expansión, las perspectivas de beneficios del capitalismo, que dependían del rendimiento continuo, exigían la destrucción continua de antiguas estructuras urbanas, con el fin de su remplazo lucrativo con rentas cada vez mayores. Las grandes inversiones a largo plazo, en edificios cuyas espaciosas inmediaciones garantizaran su continuidad, no resultaban atrayentes para el inversor capitalista, una vez que este se emancipó de las consideraciones de utilidades seguras. En los barrios más pobres, siguiendo el ejemplo de Creso, su gran progenitor romano, el capitalista apresuró incluso el ritmo de destrucción al escatimar las inversiones necesarias para reparaciones y reformas. Para el siglo xx la destrucción y el remplazo incesante se convirtieron en el nuevo ritmo de desarrollo de la ciudad. En este sentido, el papel del capitalismo fue suprimir el receptáculo.

Pero durante los dos o tres siglos en los que el capitalismo se mezcló con instituciones más antiguas y recibió la influencia de ellas, su dinamismo dio origen a algunos de los mejores planos residenciales que hayan conocido las ciudades hasta hoy; y en ciudades como Bath, este nuevo orden llegó incluso hasta los sectores más humildes de la clase media. Gran parte de la nueva edificación elegante de Londres, Bath, Edimburgo y otras ciudades menores durante el siglo xviii fue, en realidad, edificación para especular: si bien algunas de sus mejores realizaciones, como la

Adelphi Terrace de Adams en Londres y su equivalente de Bullfinch, en Boston, fueron al comienzo fracasos financieros.

Por desgracia, todas las funciones urbanas originales dejaron de ocupar lugares significativos en la ciudad comercial: las instituciones más antiguas fueron empujadas a los resquicios que dejaba la empresa comercial, o bien se vieron obligadas a adoptar procedimientos propios de ese tipo de empresa, transformando sus productos tradicionales en fichas abstractas, concediendo a la publicidad, a la propaganda y a lo espectacular, los triunfos numéricos (asistencia, inscripción, contribuciones, ingresos) que en origen daban a los propósitos educativos y culturales a que estos subproductos se refieren débilmente. En nuestro tiempo, el destino último de la ciudad comercial consiste en convertirse en telón de fondo de la publicidad: destino bien simbolizado por la reciente transformación de las dos estaciones de ferrocarril de Nueva York, que han dejado de ser grandes monumentos públicos para convertirse en salones de exposición de un mercantilismo cuya ordinariez confiere, por contraste, una dignidad casi regia a los inversores que inicialmente concibieron dichas estaciones con cierto sentido de la obligación pública.

CAPÍTULO XV

Paraíso paleotécnico: Coketown

1. Los comienzos de Coketown

Hasta el siglo XIX hubo cierto equilibrio entre las diversas actividades en el seno de la ciudad. Aunque el trabajo y el comercio siempre fueron importantes, la religión, el arte y el juego reclamaban su parte completa de las energías del hombre de ciudad. Pero la tendencia a concentrarse en las actividades económicas y a considerar un derroche el tiempo o el esfuerzo invertidos en otras funciones, por lo menos fuera del hogar, había progresado ininterrumpidamente desde el siglo XVI. Si el capitalismo propendía a extender el dominio del mercado y a convertir todas las partes de la ciudad en un producto negociable, el paso del artesanado urbano organizado a la producción fabril a gran escala transformó las ciudades industriales en oscuras colmenas que diligentemente resoplaban, rechinaban, chillaban y humeaban durante doce y catorce horas al día, a veces sin interrupción en toda la jornada. La rutina esclavizadora de las minas, el trabajo en las cuales constituía un castigo intencionado para delincuentes, se convirtió en el medio normal del nuevo trabajador industrial. Ninguna de estas ciudades prestó atención al viejo dicho: *«All work and no play makes Jack a dull boy»* (Solo trabajo y nada de juegos hacen de Juanito un chico necio). Coketown se especializaba en la producción de chicos tontos.

Como testigos de la inmensa productividad de la máquina, los montones de escoria y de basura alcanzaban la dimensión de montañas, en tanto que los seres humanos cuyo trabajo hacía posible estos logros eran mutilados y muertos casi con tanta rapidez como lo hubieran sido en campos de batalla. La nueva ciudad industrial tenía muchas lecciones que enseñar; pero para el urbanista su principal lección estaba en lo que había que evitar. Como reacción contra las fechorías del industrialismo, los artistas y reformadores del siglo XIX llegaron finalmente a una mejor concepción de las necesidades humanas y de las posibilidades urbanas. En última instancia, la enfermedad estimuló los anticuerpos necesarios para curarla.

Los agentes generadores de la nueva ciudad fueron la mina, la fábrica y el ferrocarril. Pero su éxito en la empresa de desalojar todo concepto tradicional de ciudad se debió al hecho de que la solidaridad de las clases superiores se estaba rompiendo visiblemente: la corte se volvía excedentaria e incluso la especulación capitalista pasaba del comercio a la explotación industrial, a fin de alcanzar las máximas posibilidades de engrandecimiento financiero. En todos los sectores los principios anteriores de educación aristocrática y cultura rural se veían remplazados por una devoción exclusiva al poder industrial y al éxito pecuniario, disfrazados a veces de democracia.

El sueño barroco de poder y lujo por lo menos tenía conductos de salida y objetivos humanos: los placeres concretos de la cacería, de la mesa y de la alcoba estaban siempre tentadoramente a la vista. La nueva concepción del destino humano, tal como la proyectaban los utilitarios, dejaba poco espacio hasta para los deleites sensuales: se basaba en una doctrina de esfuerzo productivo, tísica avaricia y negación fisiológica; y asumió la forma de un desprecio global de las alegrías de la vida, análogo al exigido por la guerra durante un sitio. Los nuevos amos de la sociedad volvieron

despectivamente sus espaldas al pasado y a todas las acumulaciones de la historia y se dedicaron a crear un futuro que, conforme con su propia teoría del progreso, sería igualmente despreciable una vez que pasara a su vez y quedara entonces descartado con la misma falta de piedad.

Entre 1820 y 1900 la destrucción y el desorden en el seno de las grandes ciudades son como señores en un campo de batalla, en proporción al alcance mismo de sus equipos y del poderío de las fuerzas empleadas. En las nuevas provincias de la construcción urbana ahora hay que mantener la mirada fija en los banqueros, los industriales y los inventores mecánicos. Ellos fueron responsables de la mayor parte de todo lo que se hizo bien y de casi todo lo que se hizo mal. A su propia imagen crearon un nuevo tipo de ciudad, que Dickens, en *Tiempos difíciles*, llamó Coketown, es decir, Ciudad Carbón. En mayor o menor grado, toda ciudad del mundo occidental quedó grabada con las características arquetípicas de Coketown. El industrialismo, la principal fuerza creadora del siglo XIX, produjo el medio urbano más degradado que el mundo hubiera visto hasta entonces, pues hasta los barrios habitados por las clases dominantes estaban sucios y congestionados.

La base política de este nuevo tipo de colectividad urbana descansaba sobre tres pilares principales: la abolición de los gremios y la creación de un estado de inseguridad permanente para la clase trabajadora; el establecimiento de un mercado abierto competitivo para la mano de obra y para la venta de mercancías; y el mantenimiento de dependencias extranjeras como fuente de materias primas, necesarias para las nuevas industrias y como mercados listos para absorber los excedentes de la industria mecanizada. Sus fundamentos económicos fueron la explotación de las minas de carbón, la producción muy aumentada de hierro y el uso de una fuente constante y segura —aunque sumamente ineficaz— de energía mecánica: la máquina de vapor.

En realidad, estos adelantos técnicos dependieron socialmente de la invención de nuevas formas de organización y administración corporativas. La sociedad de acciones, la sociedad de responsabilidad limitada, la delegación de la autoridad administrativa bajo propiedades divididas y el control del proceso mediante presupuesto y auditorías de cuentas, eran todos ellos aspectos de una técnica política cooperativa cuyo éxito no se debió al genio de ningún individuo o grupo de individuos determinado. Lo mismo puede decirse de la organización mecánica de las fábricas, la cual aumentó considerablemente la eficacia de la producción. Pero la base de este sistema, dentro de la ideología de la época, era, según se pensaba, el individuo atomizado: custodiar su propiedad, proteger sus derechos, asegurar su libertad de elección y su libertad de empresa era obligación del gobierno.

Este mito del individuo sin ataduras era, en realidad, la democratización de la concepción barroca del príncipe despótico: ahora, todo individuo emprendedor trataba de ser un déspota por derecho propio: un déspota emocional como el poeta romántico: o un déspota práctico como el hombre de negocios. Todavía Adam Smith, en *La riqueza de las naciones,* partía de una teoría amplia de la sociedad política: tenía una concepción acertada de la base económica de la ciudad y una noción válida de las funciones económicas no lucrativas. Pero su interés dio lugar, en la práctica, al deseo agresivo de aumentar la riqueza de los individuos: este era todo el ser y el único fin de la nueva lucha por la existencia, afirmada por Malthus.

Tal vez el hecho más colosal en toda la transición urbana fue el desplazamiento de población que se produjo en todo el planeta. Y este movimiento y reasentamiento se vio acompañado por otro hecho de importancia colosal: el portentoso aumento de la población. Este aumento influyó en países industrialmente atrasados, como Rusia, con una población predominantemente rural y una

tasa elevada de nacimientos y defunciones, como también influyó en los países avanzados, principalmente mecanizados y que ya no eran de base campesina. El aumento general de la población fue acompañado por la atracción hacia las ciudades del excedente y una enorme ampliación de la superficie de los centros mayores. La urbanización aumentó en proporción casi directa con la industrialización: en Inglaterra y Nueva Inglaterra resultó finalmente que más del ochenta por ciento de toda la población vivía en centros con más de veinticinco mil habitantes.

A las tierras recién abiertas del planeta, inicialmente colonizadas mediante campamentos militares, puestos de factoría, misiones religiosas y pequeñas poblaciones agrícolas llegó una verdadera inundación de inmigrantes procedentes de países que padecían opresión política y pobreza económica. Este movimiento de la población y esta colonización de territorios asumieron dos formas: la que representaban los pioneros de la tierra y la representada por los pioneros de la industria. Los primeros cubrieron las regiones escasamente pobladas de América, Asia, Australia, Siberia y, posteriormente, Manchuria; los segundos trasladaron el excedente que ellos mismos constituían a las nuevas aldeas y ciudades industriales. En la mayor parte de los casos llegaron en oleadas sucesivas.

La migración agrícola extendida contribuyó a su vez a introducir en el sistema europeo de agricultura los recursos de partes hasta entonces inexploradas del mundo: en especial toda una serie de nuevos cultivos nutritivos, como el maíz y la patata, y ese punzante elemento de descanso y ritual social que es la planta de tabaco. Además, la colonización de tierras tropicales y subtropicales agregó otro cultivo energético que por primera vez llegaba a Europa en gran escala: la caña de azúcar.

Este enorme aumento en la provisión de alimentos fue lo que hizo posible el aumento de población. Y la colonización externa de nuevos territorios rurales contribuyó así a crear ese excedente de

hombres, mujeres y niños que se canalizó hacia la colonización interna de las nuevas ciudades industriales y los emporios comerciales. Las aldeas llegaron a ser ciudades; las ciudades se convirtieron en metrópolis. El número de centros urbanos se multiplicó; el número de ciudades con poblaciones de más de quinientos mil habitantes también aumentó. Extraordinarios cambios de escala tuvieron lugar en las masas de los edificios y las superficies que cubrían: vastas estructuras se levantaron casi de la noche a la mañana. Los hombres construían con apresuramiento y apenas si tenían tiempo de arrepentirse de sus errores cuando ya estaban derribando sus estructuras iniciales para construir de nuevo, con el mismo descuido. Los recién llegados, niños o inmigrantes, no podían esperar que se construyeran nuevas viviendas: se hacinaban en lo primero que se les ofrecía. Fue un periodo de vasta improvisación urbana: pasaban todo el tiempo tapando agujeros.

Obsérvese que el rápido crecimiento de las ciudades no fue un fenómeno que se limitara al Nuevo Mundo. De hecho, el ritmo de crecimiento urbano fue más veloz en Alemania a partir de 1870, cuando la revolución paleotécnica estaba allí en pleno desarrollo, que en países nuevos como los Estados Unidos: y ello pese a que, en esa época, los Estados Unidos recibían constantemente inmigrantes. Aunque el siglo XIX fue el primero que rivalizó con los comienzos de la Edad Media en materia de colonización a gran escala, las premisas que regían esta empresa eran mucho más primitivas que las del siglo XI. La colonización por comunidades, excepto en el caso de pequeños grupos idealistas, de los cuales el que tuvo más éxito fue el de los mormones, ya no era la norma. Cada cual miraba por sí mismo, y se construirían ciudades pensando: «El que venga detrás que arree».

Allí, en los nuevos centros industriales, se daba una oportunidad de construir con base firme y de comenzar de nuevo: una oportunidad como la que la democracia había reclamado para sí

en el siglo XVIII en materia de gobierno político. Casi sin excepción se frustró esa oportunidad. En una época de progreso técnico, la ciudad, como unidad social y política, quedó fuera del círculo de las invenciones. Excepto en el caso de innovaciones como las cañerías maestras de gas o agua y los servicios sanitarios, que a menudo se introdujeron de manera tardía, a menudo chapuceramente, y siempre mal distribuidos, la ciudad industrial no pudo señalar ningún adelanto importante en comparación con la villa del siglo XVII. A decir verdad, las metrópolis más ricas y «progresistas» se privaban a menudo de requisitos elementales de la vida, como la luz y el aire, que hasta las aldeas atrasadas poseían aún. Hasta 1838, ni siquiera Mánchester y Birmingham funcionaban políticamente como corporaciones municipales: eran amontonamientos de hombres, viveros de máquinas, y no agentes de asociación humana para promover una vida mejor.

2. Mecanización y *Abbau*

Antes de proceder a indagar cómo esta enorme marea de gente halló cabida en las ciudades, examinemos los supuestos y las actitudes con que se emprendió la nueva tarea de edificación urbana.

La filosofía de la vida predominante era un vástago de dos tipos de experiencia absolutamente diversos. El uno era el concepto riguroso de orden matemático procedente del renovado estudio de los movimientos de los cuerpos celestes: el modelo supremo de regularidad mecánica. El otro era el proceso físico de romper, pulverizar, calcinar y fundir que los alquimistas, trabajando como los operarios de minas mecánicamente adelantados de fines de la Edad Media, habían transformado de un mero proceso mecánico en la rutina de la investigación científica. Tal como lo formularon los nuevos filósofos de la naturaleza, no había lugar en este nue-

vo orden para organismos o grupos sociales y menos aún para la personalidad humana. Ni modelos institucionales ni formas estéticas, ni historia ni mitos se derivaban del análisis exterior del «mundo fisico». Solo la máquina podía representar este orden: solo el capital industrial ostentaba una forma corporativa.

Tan inmersos estamos, todavía hoy, en el medio residual de las creencias paleotécnicas que no tenemos suficiente conciencia de su profunda anormalidad. Pocos somos los que valoramos debidamente la fantasía destructiva que la mina extendió a todos los campos de actividad, sancionando lo antivital y lo antiorgánico. Antes del siglo XIX, la mina solo había sido, en términos cuantitativos, una parte subordinada de la vida industrial del hombre. A mediados de dicho siglo había llegado a estar en la base de todas sus partes. Y la difusión de la minería fue acompañada de una pérdida general de la forma a lo largo de la sociedad: una degradación del paisaje y un desarreglo no menos brutal del medio comunal.

La agricultura crea un equilibrio entre la naturaleza salvaje y las necesidades sociales del hombre. Repone deliberadamente lo que el hombre sustrae de la tierra, pues el campo arado, el huerto bien atendido, el viñedo apretado, los vegetales, los cereales y las flores, son todos ejemplos de propósito disciplinado, de crecimiento ordenado y de belleza de forma. Por su parte, el proceso de la minería es destructivo: el producto inmediato de la mina es desorganizado e inorgánico, y lo que se saca una vez de la cantera o el pozo no puede remplazarse. Añádase a esto que, en agricultura, la ocupación continua introduce mejoras acumulativas en el paisaje y una adaptación más delicada de este a las necesidades humanas, en tanto que las minas, por norma, pasan de la abundancia al agotamiento y del agotamiento a su abandono, a menudo en unas pocas generaciones. Así, la minería presenta la imagen misma de la discontinuidad humana, hoy aquí y mañana ya no, ora en un estado febril por el lucro, ora agotada y vacía.

A partir de la década de 1830, el ambiente de la mina, limitado antes al sitio original, fue universalizado mediante el ferrocarril. Adonde fueran los raíles, la mina y sus escorias iban con ellos. Mientras que los canales de la fase eotécnica, con sus compuertas, puentes y puestos de peaje, con sus cuidadas riberas y sus barcazas que se deslizaban, habían introducido un nuevo elemento de belleza en el paisaje rural, los ferrocarriles de la fase paleotécnica abrieron grandes brechas: los desmontes y terraplenes en su mayor parte permanecieron durante largo tiempo sin vegetación y no se curó la herida en la tierra. Las impetuosas locomotoras llevaron ruido, humo y escombro al corazón de las ciudades; y más de un soberbio solar urbano, como Prince's Gardens, en Edimburgo, fue profanado por la invasión del ferrocarril. Y las fábricas que crecieron a la vera de los desvíos del ferrocarril reflejaron el ambiente de desaliño del mismo. Si fue en la población minera donde el proceso característico del *Abbau* —desmantelar o «de-construir»— se vio en su mayor pureza, por medio del ferrocarril este proceso se extendió, hacia el tercer cuarto del siglo XIX, a casi todas las comunidades industriales.

El proceso de de-construir, como señaló William Morton Wheeler, no es desconocido en el mundo de los organismos. Al de-construir, una forma más avanzada de vida pierde su carácter complejo, determinando una evolución descendente, hacia organismos más simples y menos delicadamente integrados. «Hay una evolución por atrofia —observaba Wheeler— así como la hay por complicación creciente, y ambos procesos pueden darse simultáneamente y con ritmos variables en el mismo organismo».

Esto es aplicable con exactitud a la sociedad del siglo XIX, y se evidenció con toda claridad en la organización de comunidades urbanas. Estaba teniendo lugar un proceso de edificación, con creciente diferenciación, integración y ajuste social de cada una de las partes en relación con el todo: una articulación en el seno de un

medio que se ampliaba constantemente tenía lugar dentro de la fábrica y, a decir verdad, dentro del orden económico entero. Cadenas de alimentación y cadenas de producción complejas se estaban formando en todo el planeta: el hielo viajaba de Boston a Calcuta y el té hacía la travesía de China a Irlanda, mientras que máquinas, artículos de algodón y cuchillería procedentes de Birmingham y Mánchester se abrían paso hasta los rincones más remotos de la tierra. Un servicio postal universal, la locomoción veloz y la comunicación casi instantánea por telégrafo y cable sincronizaban las actividades de vastas masas de hombres que hasta entonces habían carecido de los medios más rudimentarios para coordinar sus tareas. Esto fue acompañado por una constante diferenciación de oficios, sindicatos, organizaciones y asociaciones que en su mayor parte constituían organismos autónomos, a menudo con personalidad jurídica. Este significativo desarrollo comunal estaba tapado por la teoría del individualismo atomizado, entonces en boga: de modo que solo rara vez alcanzó una estructura urbana.

Pero al mismo tiempo tenía lugar un proceso de *Abbau* o de-construcción, a menudo con un ritmo aún más rápido en otras partes del medio ambiente: se destruían bosques, se minaban los suelos, y fueron prácticamente aniquiladas especies animales enteras, como el castor, el bisonte y la paloma silvestre, en tanto que el cachalote y la ballena eran diezmados en forma alarmante. Con esto se rompió el equilibrio natural de los organismos dentro de sus correspondientes nichos ecológicos, y un orden biológico más bajo y más simple —a veces marcado por el exterminio total de las formas predominantes de vida— sucedió a la implacable explotación de la naturaleza por el hombre occidental, en beneficio de su economía de lucro momentánea y socialmente limitada.

Como veremos, esta de-construcción tuvo lugar sobre todo en el medio urbano.

3. Los postulados del utilitarismo

En la medida en que hubo alguna regulación política consciente del crecimiento y del desarrollo de las ciudades durante el periodo paleotécnico, se estableció en armonía con los postulados del utilitarismo. El más fundamental de estos postulados era una noción que los utilitaristas habían tomado, aparentemente sin saberlo, de los teólogos: la creencia en que una divina providencia regía la actividad económica y aseguraba, siempre que el hombre no interviniera presuntuosamente, el máximo bien público, a través de los esfuerzos dispersos y espontáneos de cada individuo solo interesado en lo suyo. El nombre no teológico de esta armonía preestablecida fue *laissez faire*.

Para entender el singular desorden de la ciudad industrial es necesario analizar las curiosas ideas metafísicas preconcebidas que dominaban tanto la vida científica como la práctica. «Sin designio» era una expresión laudatoria de la época victoriana. Como en el periodo de la decadencia griega, el Azar había sido enaltecido a la condición de divinidad, una divinidad que supuestamente no solo tenía el control del destino humano sino también de todos los procesos naturales. «El eje de la teoría de Darwin —escribía el biólogo Ernst Haeckel— es esta sencilla idea: que la lucha por la existencia en la naturaleza desarrolla nuevas especies *sin designio*, con tanta eficacia como el hombre produce nuevas variedades de cultivo con designio». Siguiendo el procedimiento que atribuían a la naturaleza, el industrial y el funcionario municipal produjeron la nueva especie de ciudad, un amontonamiento de hombres maldito y desnaturalizado, que en vez de adaptarse a las necesidades de la vida se adaptaba a la mítica «lucha por la existencia»; un ambiente cuyo mismo deterioro era prueba de la feroz intensidad de esa lucha. No había lugar para el urbanismo en el trazado de esas ciudades. El caos no necesita un plan.

No hace falta exponer ahora la justificación histórica de la reacción del *laissez faire:* fue una tentativa de traspasar la red de añejos privilegios, permisos y reglamentaciones comerciales que el Estado absoluto había impuesto a la decadente estructura económica y a la menguante moralidad social de la ciudad medieval. Los nuevos empresarios tenían buenos motivos para desconfiar del espíritu público de un tribunal venal o de la eficacia social de los departamentos del circunloquio de la creciente burocracia impositiva. De ahí que los utilitarios procuraran reducir las funciones gubernamentales a un mínimo: deseaban tener libertad de acción al hacer sus inversiones, al levantar industrias, al comprar tierras y al contratar y despedir trabajadores. Por desgracia, resultó que la armonía preestablecida del orden económico era una superstición: la contienda por el poder seguía siendo una contienda sórdida y la competencia individual en pos de ganancias cada vez mayores indujo a los más afortunados a adoptar la práctica poco escrupulosa del monopolio a expensas del público. Pero el designio no aparecía por ningún lado.

En la práctica, la igualdad política que lentamente fue introduciéndose en las organizaciones constitucionales de Occidente a partir de 1789 y la libertad de iniciativa que reclamaban los industriales eran aspiraciones opuestas. Para alcanzar la igualdad política y la libertad personal hacían falta poderosas limitaciones económicas y restricciones políticas. En los países donde se llevó a cabo el experimento de la igualdad, sin tratar de rectificar anualmente los efectos de la ley de la renta, el resultado fue el entorpecimiento del propósito inicial. Por ejemplo, en los Estados Unidos, la libre concesión de tierras a los colonos, con parcelas de sesenta y cinco hectáreas en virtud de la Ley de Heredad, no sentó las bases de una organización política libre: en el lapso de una generación las propiedades desiguales de la tierra y los desiguales talentos de los usuarios dieron lugar a crasas desigualdades sociales. Sin la elimi-

nación sistemática de las disparidades fundamentales que determinaban el monopolio privado de la tierra, la herencia de grandes fortunas y el monopolio de patentes, el único efecto del liberalismo económico consistía en complementar las antiguas clases privilegiadas con una más.

La libertad que reclamaban los utilitarios era en realidad libertad para lucrarse sin trabas y para el engrandecimiento privado. Las ganancias y las rentas estarían limitadas únicamente por lo que el tráfico aguantara: quedaban fuera de cuestión las rentas decorosas acostumbradas y el precio justo. Solo el hambre, la zozobra y la pobreza —comentó Townsend en su *English Poor Laws* al referirse a la legislación inglesa para pobres— podían inducir a las clases inferiores a aceptar los horrores del mar y los campos de batalla; y solo esos mismos eficaces estímulos podían «espolearlos y azuzarlos» a ingresar como operarios en las fábricas. Los gobernantes mantenían, empero, un frente clasista casi sin fisuras cuando se trataba de cualquier problema que afectara a sus bolsillos, y nunca tuvieron escrúpulos en actuar colectivamente, cuando se trataba de meter en cintura a la clase trabajadora.

Esta fe teológica en una armonía preestablecida tuvo, sin embargo, un resultado importante en cuanto a la organización de la ciudad paleotécnica. Creó la convicción natural de que toda empresa debía ser dirigida por individuos privados, con un mínimo de intervención por parte de los gobiernos locales o nacionales. La ubicación de las fábricas, la construcción de viviendas para los trabajadores e incluso el abastecinmiento de agua y la recogida de basuras eran tareas que debían estar exclusivamente a cargo de la empresa privada, en pos de su beneficio privado. Se daba por sentado que la libre competencia escogería la ubicación adecuada, establecería la cronología adecuada para el desarrollo y crearía una pauta social coherente, a partir de mil esfuerzos inconexos.

O, mejor dicho, no se consideraba que ninguna de estas necesidades mereciera una estimación racional y un logro deliberado.

Más aún que el absolutismo, el liberalismo económico destruyó el concepto de comunidad cooperativa y de plan común. ¿No esperaba acaso el utilitario que los *efectos* de un diseño racional surgieran del funcionamiento sin restricciones de fortuitos intereses privados en conflicto? Dando rienda suelta a la competencia sin restricciones, surgirían la razón y el orden cooperativo; de hecho, el plan racional, al impedir ajustes automáticos, solo podía —según se pensaba— oponerse a las acciones más altas de una divina providencia económica.

El hecho principal que conviene destacar ahora es que tales doctrinas minaron la poca autoridad municipal que subsistía y desacreditaron a la propia ciudad al no considerarla nada más que una «concentración fortuita de átomos» —según la física de la época concebía erróneamente al universo— que momentáneamente permanecían reunidos por motivos egoístas de beneficio individual. Ya en el siglo XVIII, antes de que la Revolución Francesa o la «revolución del hierro y el carbón» estuvieran consumadas, estaba de moda desacreditar a las autoridades municipales y mofarse de los intereses locales. En los Estados recién organizados, incluso en aquellos que se fundaban sobre principios republicanos, únicamente contaban para las esperanzas o los sueños de los hombres las cuestiones de importancia nacional, organizadas por partidos políticos.

El periodo de la Ilustración, según expresó en forma tajante W. H. Riebl, fue un periodo en que la gente suspiraba por la humanidad y no tenía corazón para su propio pueblo, en que filosofaban sobre el Estado y se olvidaban de la comunidad. «Ninguna época fue más pobre que el siglo XVIII en cuanto al desarrollo de un espíritu comunal común; la comunidad medieval se había desvanecido y la moderna aún no estaba en pie [...]. En la literatura satírica de la

época, siempre que se quería retratar a un mentecato se lo representaba como burgomaestre, y si se quería describir una reunión de borricos, se narraba una sesión de los concejales de la ciudad».

Lo cierto es que el crecimiento urbano había comenzado, por causas industriales y comerciales, ya antes de que la revolución paleotécnica estuviera del todo iniciada. En 1685 Mánchester tenía aproximadamente 6.000 habitantes; en 1760, entre 30.000 y 45.000. Para la primera fecha Birmingham tenía 4.000 y casi 30.000 en 1760. En 1801, la población de Mánchester era de 72.275 y en 1851 era de 303.382. Pero una vez que la concentración de fábricas promovió el crecimiento de las ciudades, el aumento de la población se hizo apabullante. Como el aumento producía extraordinarias oportunidades para hacer dinero, no había nada en las tradiciones vigentes de la sociedad que reprimiera este crecimiento; o, mejor dicho, había todo lo necesario para fomentarlo.

4. La técnica de la aglomeración

El centro industrial especializado se originó como una espora, escapándose de la ciudad medieval corporativa, ya en razón de la naturaleza de la industria —minería o fabricación de vidrio—, ya en razón de que las prácticas monopolistas de las corporaciones impedían que un nuevo oficio, como el tejido hecho a máquina, se asentara en ella. Pero en el siglo xvi también la industria manual se estaba difundiendo por los campos, en particular en Inglaterra, con objeto de sacar partido de la mano de obra rural, barata y sin protecciones. A tal punto se había desarrollado esta práctica que, en 1554, se promulgó una ley encaminada a poner coto a la decadencia de las ciudades corporativas, con la cual se prohibía que todo aquel que viviera en el campo vendiera su trabajo al por menor, excepto en las ferias.

En el siglo XVII, aún antes de la mecanización del hilado y el tejido, las industrias textiles inglesas estaban dispersas en Shropshire y Worcestershire, hallándose empleadores y obreros dispersos en aldeas y ciudades de mercado. No solo ocurría que estas industrias eludían las reglamentaciones de las ciudades: eludían también el pago de las costosas matrículas de aprendizaje y de las cuotas de beneficencia de los gremios. Sin salario establecido, sin seguridad social, el trabajador, como destacó Adam Smith, estaba bajo la disciplina del hambre, temeroso de perder su ocupación. «Si uno quiere un trabajo más o menos bien ejecutado, hay que dirigirse a los suburbios —escribe— donde los trabajadores, como no tienen privilegios exclusivos, solo pueden depender de sus capacidades, y luego hay que hacer llegar el producto a la ciudad como se pueda».

El uso creciente de la energía hidráulica en la producción incitó a trasladarse a las tierras altas, donde se contaba con fuentes de agua, representadas por pequeños y rápidos arroyos o por ríos con cascadas. Por esto la industria textil tendió a extenderse por los valles de Yorkshire o, después, a lo largo del Connecticut y el Merrimac, en Nueva Inglaterra; y como el número de sitios favorables en cada trecho era limitado, junto con la mecanización aparecieron plantas relativamente grandes, con fábricas de cuatro o cinco pisos de altura. Una combinación de tierra rural barata, una población dócil y sometida por el hambre y una fuente suficiente de energía constante cubrían las necesidades de las nuevas industrias.

Pero pasaron casi dos siglos enteros, desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII, antes de que todos los agentes de la aglomeración industrial estuvieran desarrollados en igual grado. Antes de esto, las ventajas comerciales de la ciudad corporativa contrapesaban las ventajas industriales de la energía y la mano de obra baratas que ofrecía la aldea fabril. Hasta el siglo XIX la industria permaneció descentralizada, en pequeños talleres, a la escala de la agri-

cultura: comunidades como Sudbury y villas rurales como Worcester, en Inglaterra.

En términos humanos, algunas de las peores características del sistema fabril, los largos horarios, el trabajo monótono, los salarios bajos y el abuso sistemático del trabajo infantil, se habían establecido bajo la organización eotécnica descentralizada de la producción. La explotación empezaba en casa. Pero la energía hidráulica y el transporte por los canales no causaban mayores daños al paisaje; y la minería y la fundición, mientras siguieron siendo de pequeña escala y dispersas, causaron heridas que se curaban con facilidad. Hoy mismo, en el bosque de Dean, cerca del Severn, donde las antiguas prácticas de la quema de madera para hacer carbón se mezclan con las de la minería a pequeña escala, las aldeas mineras son más decorosas que en zonas más «dinámicas», y tanto las minas como los montones de escoria quedan fácilmente ocultos por los árboles o casi borrados por otras formas de vegetación. Lo que produjo algunos de los más horrorosos efectos urbanos fue el cambio de escala, el apiñamiento ilimitado de poblaciones e industrias.

La utilización de la máquina de vapor de Watt como generadora de energía cambió todo esto: en particular, modificó la escala e hizo posible una concentración mucho más densa de industrias así como de trabajadores, al tiempo que apartaba más al propio trabajador de esa base rural que daba al habitante del *cottage* una fuente complementaria de víveres y cierto grado de independencia. El nuevo combustible aumentó la importancia de las minas de carbón y fomentó la industria allí o en lugares accesibles por canales o vías férreas.

El vapor trabajaba con más eficacia en grandes unidades concentradas, al no estar las diversas partes de la fábrica a más de medio kilómetro del centro energético: cada máquina de hilar o cada telar tenía que sacar energía de las correas y los ejes de transmisión

accionados por la máquina de vapor central. Cuantas más unidades había en un punto determinado, más eficaz resultaba la fuente de energía: de ahí la tendencia al gigantismo. Las grandes fábricas, como las que se desarrollaron en Mánchester y New Hampshire a partir de la década de 1820 —reiteradas en New Bedford y Fall River—, podían utilizar los instrumentos más nuevos para la producción de energía, en tanto que las fábricas más pequeñas se hallaban en una situación de desventaja. Una sola fábrica podría emplear a doscientos cincuenta operarios. Una docena de fábricas de estas dimensiones, con todos los instrumentos y servicios necesarios, constituía ya el núcleo de una población considerable.

En sus intentos por producir artículos hechos a máquina y a bajo precio para el consumo en el mercado mundial, los fabricantes reducían los gastos a cada paso, a fin de aumentar las ganancias. Los salarios de los obreros representaban el punto más obvio para dar comienzo a esta poda. En el siglo XVIII, como observó Robert Owen, hasta los fabricantes más esclarecidos hacían un uso inhumano de la mano de obra infantil o indigente; pero, cuando se reglamentó legalmente la edad de los niños trabajadores y disminuyó su suministro se hizo necesario recurrir a otras fuentes. Con el fin de contar con el excedente necesario de trabajadores que permitiera satisfacer la mayor demanda, en los periodos más activos era importante para la industria establecerse en las proximidades de un gran centro de población, ya que en una aldea rural el mantenimiento de los desocupados podía recaer directamente sobre el propio fabricante, quien a menudo era el propietario de las viviendas y bien podría, durante una paralización de la actividad fabril, perder el dinero de los alquileres.

El ritmo maníaco-depresivo del mercado, con sus arrebatos e interrupciones, fue el que dio tanta importancia para la industria al gran centro urbano. Porque al recurrir, según las necesidades, a un filón de mano de obra excedente, que se empleaba a intervalos,

los nuevos capitalistas conseguían rebajar los sueldos y satisfacer toda demanda súbita de mayor producción. En otras palabras, el tamaño ocupó el lugar de un mercado de mano de obra eficazmente organizado, con normas sindicales para los jornales y bolsas públicas de trabajo. La aglomeración topográfica fue el sustituto de un modo de producción bien calculado y humanamente regulado, como el que viene desarrollándose en el último medio siglo.

Si la fábrica impulsada por vapor y productora para el mercado mundial fue el primer factor que tendía a aumentar la superficie de congestión urbana, después de 1830 el nuevo sistema de transporte ferroviario contribuyó considerablemente a ella.

La energía se concentraba en las minas de carbón. Allí donde se podía extraer carbón u obtenerlo mediante medios baratos de transporte, la industria estaba en condiciones de producir regularmente durante todo el año sin paros causados por falta de energía debido a la estación. En un sistema de negocios basado en contratos y pagos a plazo fijo, esta regularidad resultaba sumamente importante. De este modo el carbón y el hierro ejercían una fuerza de gravitación sobre muchas industrias auxiliares y secundarias; primero, a través de los canales y, a partir de 1830, mediante los nuevos ferrocarriles. La conexión directa con las zonas mineras constituía una condición primordial para la concentración urbana: hasta nuestros propios días el principal artículo de consumo transportado por los ferrocarriles ha sido el carbón para calefacción y energía.

Los caminos de tierra, los barcos de vela y la tracción animal del sistema eotécnico de transportes favorecieron la dispersión de la población: dentro de una región habría muchos puntos igualmente ventajosos. Pero la relativa debilidad de la locomotora de vapor, que no podía ascender fácilmente cuestas con pendientes mayores del dos por ciento, tendió a concentrar los nuevos centros industriales en los yacimientos carboníferos y en los valles

de conexión: el distrito de Lille en Francia, los distritos de Merseburg y Ruhr en Alemania, el Black Country de Inglaterra, la región Allegheny-Grandes Lagos y la llanura costera del este en los Estados Unidos.

Así, el crecimiento de la población presentó dos rasgos característicos durante el régimen paleotécnico: una concentración general en las regiones carboníferas, donde florecieron las nuevas industrias pesadas, la minería del hierro y el carbón, las fundiciones, las cuchillerías, la producción de ferretería, la fabricación de vidrio y la construcción de máquinas. Y, por otro lado, un aumento en parte derivado de la densidad de la población junto a las nuevas vías férreas, con una notoria coagulación en los centros industriales situados a lo largo de las grandes líneas troncales y una segunda acumulación en las principales poblaciones de confluencia y terminales de exportación. Con esto coincidió una disminución de población y de actividades en el interior del país: el cierre de minas, canteras y hornos del lugar y el uso decreciente de carreteras, canales, fábricas pequeñas y molinos locales.

La mayor parte de las primeras grandes capitales políticas y comerciales, por lo menos en los países del Norte, participaron de este crecimiento. Sucedía que no solo ocupaban por lo común posiciones geográficas estratégicas: también contaban con recursos especiales de explotación debido a su intimidad con los agentes del poder político y a través de los bancos centrales y las bolsas que controlaban la circulación de las inversiones. Además, contaban con otra ventaja: durante siglos habían ido congregando una vasta reserva de miserables en el margen de subsistencia: lo que, con eufemismo, se llamaría el mercado de mano de obra. El hecho de que casi todas las grandes capitales nacionales se convirtieron *ipso facto* en grandes centros industriales contribuyó a dar mayor impulso a la política de engrandecimiento y congestión de la ciudad.

5. FÁBRICA, FERROCARRIL Y TUGURIO

Los principales elementos integrantes del nuevo complejo urbano fueron la fábrica, el ferrocarril y el tugurio. Por sí solos constituían la ciudad industrial, expresión esta que simplemente sirve para describir el hecho de que más de dos mil personas estaban congregadas en un punto que podía designarse con un nombre propio. Estos coágulos urbanos podían dilatarse cien veces, cosa que sucedió, sin adquirir más que una sombra de las instituciones que caracterizan a la ciudad en el sentido sociológico maduro, es decir, un lugar donde se concentra el legado social y en el que las posibilidades de contacto e interacción social continua elevan a un potencial más alto todas las actividades complejas de los hombres. Excepto en formas disminuidas y residuales, faltaban allí incluso los órganos característicos de la ciudad de la Edad de Piedra.

La fábrica se convirtió en el núcleo del nuevo organismo urbano. Todos los demás elementos de la vida estaban supeditados a ella. Incluso los servicios públicos, como por ejemplo la provisión de agua y el mínimo de oficinas gubernamentales necesarias para la existencia de una ciudad, se incorporaron a menudo tardíamente, a menos que hubieran sido establecidos por una generación anterior. Así, no solo el arte y la religión eran considerados por los utilitarios como meras decoraciones: durante largo tiempo la administración política inteligente permaneció en la misma categoría. En el arrebato inicial de la explotación no se previó nada en materia de policía y protección contra incendios, inspección de servicios de agua y de alimentos, de atención hospitalaria o enseñanza.

Por lo común, la fábrica reclamaba los mejores lugares: en el caso de la industria del algodón, de las industrias químicas y de

las industrias del hierro, generalmente los sitios próximos a una ribera, porque ahora se requerían grandes cantidades de agua en los procesos de producción, para abastecer las calderas de vapor, enfriar las superficies calientes y hacer las soluciones químicas y los tintes necesarios. Sobre todo, el río o canal desempeñaba aún otra función importante: era el vertedero más barato y más conveniente para todas las formas de desperdicios solubles o flotantes. La transformación de los ríos en cloacas abiertas fue una hazaña característica de la nueva economía. Resultado: envenenamiento de la vida acuática, destrucción de alimentos, contaminación de las aguas de forma tal que no resultaban aptas para bañarse.

Durante generaciones enteras, los miembros de toda comunidad urbana «progresista» se vieron obligados a pagar la sórdida conveniencia del fabricante, quien a menudo entregaba sus preciosos productos colaterales al río, por falta de conocimiento científico o de la destreza empírica necesaria para utilizarlos. Y si el río era un vertedero líquido, grandes montañas de cenizas, escoria, basura, hierro herrumbrado e incluso desperdicios bloqueaban el horizonte con su visión de materia inutilizable, abandonada en lugar inapropiado. La rapidez del consumo competía en parte con la rapidez de la producción, y antes de que se tornara lucrativa una política conservadora de utilización del metal de desecho, los residuos informes se arrojaban sobre la superficie del paisaje. En el Black Country de Inglaterra las enormes montañas de escoria se levantan todavía hoy como si fueran formaciones geológicas: esas acumulaciones de residuos disminuyeron el espacio vital disponible, proyectaron su sombra sobre la tierra y hasta hace poco presentaban el insoluble problema de su utilización o traslado.

Los testimonios que fundamentan esta descripción son abundantes; a decir verdad, todavía se los puede examinar ocularmente en las ciudades industriales más antiguas del mundo occidental, pese a los esfuerzos hercúleos que se han hecho para limpiar sus

cercanías. No obstante, permítaseme citar a un observador de antaño, Hugh Miller, autor de *Old Red Sandstone:* un hombre en perfecta armonía con su época, pero que no era insensible a las cualidades reales del nuevo entorno. Miller se refiere a Mánchester en 1862:

«Nada parece más característico de la gran ciudad fabril, aunque característico en un sentido desagradable, que el río Irwell, que atraviesa el lugar [...]. El desventurado río —una corriente bastante bonita unas cuantas millas más arriba, con árboles que cubren sus riberas y densas orlas de juncos verdes que se extienden por sus bordes— se desprestigia no bien inicia su recorrido entre los molinos y talleres de impresión. Hay miríadas de cosas sucias que se le entregan para que las lave y a él se arrojan carros enteros de venenos procedentes de la tintorerías y blanquerías para que se los lleve; las calderas de vapor descargan en él su contenido hirviente y las cloacas y los desagües sus fétidas impurezas; hasta que al final sigue su curso —aquí entre altos muros sucios, allá bajo precipicios de arcilla roja—, siendo ahora no tanto un río como una riada de estiércol líquido».

Obsérvese el efecto ambiental del «apiñamiento» de industrias que el nuevo régimen tendía a universalizar. Una sola chimenea de fábrica, un solo horno, un solo taller de tinturas, producían emanaciones que el paisaje circundante podía absorber con facilidad; en cambio, veinte de ellos, en una superficie reducida, contaminaban irremediablemente el aire o el agua. De modo que las industrias inevitablemente sucias se volvieron, a causa de la concentración urbana, mucho más temibles que antes, cuando existían en escala más reducida y estaban más dispersas por los campos. Al mismo tiempo, las industrias limpias, como la fabricación de mantas, que todavía continúa en Witney, en Inglaterra, en la que el blanqueamiento y el encogimiento se efectúan al aire libre, en campos deliciosos, conforme con los viejos métodos rura-

les, se hicieron imposibles en los nuevos centros. En estos el cloro remplazó a la luz del sol, y al saludable trabajo al aire libre que a menudo acompañaba los procesos anteriores de fabricación, con cambios de escenario así como de procedimientos que podían renovar el espíritu del obrero, le sucedió la embrutecedora rutina de un trabajo efectuado dentro de un edificio inmundo, encerrado entre otros edificios igualmente sucios. No es posible medir estas pérdidas en meros términos pecuniarios. No podemos calcular de qué modo las ganancias en materia de producción compensaron el sacrificio brutal de la vida y de un ambiente vital.

Mientras que las fábricas estaban, por lo común, instaladas cerca de los ríos o de las líneas férreas paralelas a los ríos (excepto allí donde un terreno llano invitaba a la dispersión), no se ejerció autoridad alguna para concentrarlas en una zona determinada, para aislar las industrias más nocivas o ruidosas que hubieran debido estar situadas lejos de las viviendas, o para preservar para propósitos domésticos las zonas contiguas apropiadas. Por sí sola la «libre competencia» determinaba la ubicación, sin que se considerara la posibilidad de un plan funcional; y el amontonamiento de las funciones industrial, comercial y doméstica prosiguió constantemente en las ciudades industriales.

En las regiones de topografía escabrosa, como los valles de la meseta de Allegheny, podía producirse, en cierta medida, una distribución natural en zonas, ya que solo los lechos de los ríos dejaban espacio suficiente para que se extendieran los grandes molinos; por más que esta distribución asegurase que la cantidad máxima de emanaciones nocivas se desprendería esparciéndose por las viviendas en las laderas de arriba. En caso contrario, las viviendas se situaban a menudo dentro de los espacios sobrantes entre las fábricas y los cobertizos y las estaciones del ferrocarril. Se consideraba una delicadeza afeminada prestar atención a problemas como los de la suciedad, el ruido y las vibraciones. Las casas

para los obreros, y a menudo también las de la clase media, solían edificarse pegadas a una fundición de hierro, un establecimiento de tinturas, una fábrica de gas o un desmonte de ferrocarril. Bastante a menudo se las levantaba sobre tierras llenas de cenizas, vidrios rotos y desperdicios, en las que ni siquiera la hierba conseguía arraigar; también solían estar al borde de un vaciadero o de un enorme amontonamiento permanente de carbón y escoria: día y noche el hedor de los desperdicios, las lóbregas emanaciones de los chimeneas, el ruido de la maquinaria martillando o zumbando, acompañaban la rutina doméstica.

En este nuevo plan, la ciudad propiamente dicha estaba constituida por los fragmentos desmenuzados de tierra, de extrañas formas y con calles y avenidas inconexas, que quedaban entre las fábricas, las vías férreas, las estaciones de carga y las montañas de desperdicios. En lugar de alguna clase de reglamentación o plan municipal, de carácter general, se dejaba a cargo del ferrocarril la definición del carácter y la determinación de los límites de la ciudad. Excepto en ciertas partes de Europa donde anticuadas reglamentaciones burocráticas mantuvieron, por fortuna, las estaciones de ferrocarril en las afueras de la ciudad histórica, se permitió o, mejor dicho, se invitó al ferrocarril a zambullirse en el corazón mismo de la ciudad, creando así, en las más preciosas porciones centrales, una espesura de estaciones de carga y de cambio, solo justificables económicamente en campo abierto. Estas estaciones cortaron las arterias naturales de la ciudad y crearon una barrera infranqueable entre vastos segmentos urbanos; a veces, como en el caso de Filadelfia, una auténtica muralla china.

Así, el ferrocarril no solo introdujo en el corazón de la ciudad el ruido y el hollín, sino también las instalaciones industriales y las viviendas degradadas que eran las únicas que podían prosperar en el ambiente por él engendrado. Solo la hipnosis ejercida por una nueva invención, en una época enamorada sin sentido crítico de

las nuevas invenciones, podía causar esta caprichosa inmolación bajo las ruedas del resoplante Juggernaut. Todos los nuevos ingenieros de ferrocarriles cometieron los errores que podrían deslizarse en materia de diseño urbano, pues para ellos el movimiento de trenes era más importante que los objetivos humanos a los que se dirigía ese movimiento. La dilapidación de espacio en estaciones ferroviarias situadas en el centro de la ciudad solo sirvió para promover su más rápido ensanche exterior; y esto, a su vez, como producía más tráfico ferroviario, dio la sanción complementaria del lucro a las fechorías que así se cometían.

A tal punto se había difundido la degradación del medio ambiente, a tal punto se habían habituado a esto los pobladores de las grandes ciudades en el curso de un siglo, que hasta las clases más ricas, que teóricamente podrían permitirse lo mejor, hasta el día de hoy aceptan indiferentemente lo peor. En cuanto a la vivienda, las alternativas eran sencillas. En las ciudades industriales que se desarrollaron sobre bases más antiguas, se acomodó a los obreros inicialmente en casas de familia convertidas en casas de vecindario. En estas casas reformadas, cada cuarto daría albergue a una familia entera: desde Dublín y Glasgow hasta Bombay, la norma de un cuarto por familia se mantuvo durante largo tiempo. El hacinamiento en los lechos —entre tres y ocho personas de diferentes edades dormían en un mismo jergón— agravaba a menudo el hacinamiento en esas pocilgas para seres humanos. A comienzos del siglo XIX, según un tal doctor Willan, quien escribió un libro sobre les enfermedades en Londres, se había producido un increíble estado de corrupción física entre los pobres. El otro tipo de vivienda que se brindaba a la clase trabajadora constituía, en lo fundamental, una uniformación de esas condiciones degradadas; pero tenía un defecto más: los planos de las nuevas casas y los materiales de construcción no tenían por lo común nada del decoro original de las antiguas casas burguesas: se construían sin cimientos.

Tanto en los viejos como en los nuevos barrios se alcanzó un grado tal de inmundicia como no se había conocido ni siquiera en la choza del siervo más abyecto de la Europa medieval. Resulta casi imposible enumerar objetivamente los detalles escuetos de este modo de alojamiento sin que recaiga sobre uno la sospecha de que exagera por maldad. Pero quienes hablan con ligereza de mejoras urbanas durante ese periodo o bien del supuesto ascenso del nivel de vida, rehúyen los hechos concretos: atribuyen generosamente a la ciudad en su conjunto las bondades de que solo gozó la minoría más favorecida de la clase media; y encuentran en las condiciones originales esas mejoras que tres generaciones de activa legislación y una ingeniería sanitaria generalizada han creado finalmente.

En Inglaterra, ante todo, millares de nuevas viviendas para obreros, en ciudades como Birmingham y Bradford, estaban edificadas fondo con fondo (muchas de ellas existen todavía). Por lo tanto, de cada cuatro cuartos por piso, dos carecían de luz o ventilación directa. No había espacios abiertos, excepto los escuetos pasajes entre estas hileras dobles. En tanto que en el siglo XVI constituía un delito, en muchas ciudades inglesas, arrojar basura a la calle, en estas primeras ciudades industriales este era el método corriente para librarse de ella. La basura quedaba en la calle, por inmunda que fuera, «hasta que la acumulación inducía a alguien a llevársela para abono». Naturalmente, este no faltaba en los nuevos barrios congestionados de la ciudad. Los retretes, de una suciedad indescriptible, estaban por lo común en los sótanos; también era cosa corriente tener pocilgas de cerdos debajo de las casas y los cerdos vagaban por las calles nuevamente, como no lo habían hecho en las ciudades grandes desde hacía siglos. Había incluso una deplorable escasez de retretes: el *Informe sobre el estado de ciudades grandes y distritos populosos* (1845) señala que «en una parte de Mánchester, en 1833-1844, las necesidades de

más de siete mil habitantes eran atendidas solo por treinta y tres letrinas, o sea, una letrina por cada doscientas doce personas».

Incluso con un nivel tan bajo de proyección, incluso con instalaciones tan inmundas, en muchas ciudades no se edificaba el número suficiente de casas, y entonces reinaban condiciones mucho peores. Los sótanos se usaban como viviendas. En Liverpool, la sexta parte de la población vivía en «bodegas subterráneas» y la mayoría de las restantes ciudades portuarias no se quedaban muy atrás; Londres y Nueva York rivalizaban de cerca con Liverpool; incluso en la década de 1930 había en Londres veinte mil viviendas subterráneas, calificadas desde el punto de vista médico como inadecuadas para ser ocupadas por seres humanos. Esta suciedad y esta congestión, malas en sí mismas, acarreaban otras pestes: las ratas que transmitían la peste bubónica, las chinches que infestaban las camas y hacían del sueño un tormento, las pulgas que difundían el tifus, las moscas que visitaban por igual la letrina en el sótano y la comida del bebé. Además, la combinación de cuartos sombríos y paredes húmedas constituían un medio casi ideal para el cultivo de bacterias, sobre todo si consideramos que los cuartos repletos de gente proporcionaban las posibilidades máximas de transmisión a través del aliento y el tacto.

Si la carencia de cañerías y de obras sanitarias municipales creaba espantosos hedores en estos nuevos sectores urbanos, y si la diseminación de excrementos conjuntamente con la contaminación de los pozos locales significaba una difusión correlativa de la fiebre tifoidea, la carencia de agua resultaba aún más siniestra. Eliminaba la posibilidad misma de limpieza doméstica o de higiene personal. En las grandes capitales, donde aún subsistían algunas de las antiguas tradiciones municipales, en muchas zonas nuevas no se adoptaron las medidas necesarias para la provisión de agua. En 1809, cuando la población de Londres era aproximadamente de un millón de habitantes, solo se disponía de agua,

en la mayor parte de la ciudad, en los sótanos de las casas. En algunos barrios solo se podía abrir el grifo tres veces por semana. Y si bien las cañerías de hierro hicieron su aparición en 1746, su uso fue limitado hasta que una ley especial exigió en Inglaterra, en 1817, que todas las nuevas cañerías maestras fueran de hierro, en el plazo de diez años.

En las nuevas ciudades industriales brillaban por su ausencia las tradiciones más elementales de servicio municipal. A veces barrios enteros carecían hasta de agua de pozos locales. De vez en cuando los pobres iban de casa en casa, por los barrios de la clase media, mendigando agua, del mismo modo que podían mendigar un poco de pan durante una hambruna. Con semejante falta de agua para beber y para lavarse, no ha de extrañar que la suciedad se acumulara. A pesar de su suciedad, los desagües abiertos representaban cierta abundancia municipal, por comparación. Y si este era el trato dado a las familias, no es muy necesario recurrir a los documentos para averiguar cómo lo pasaba el trabajador ocasional. Viviendas abandonadas, de titularidad incierta, se utilizaban como casas de pensión, en las que en un solo cuarto se apiñaban entre quince y veinte personas. En Mánchester, según las estadísticas policiales de 1841, había unas 109 casas de alquiler, donde personas de ambos sexos dormían entremezcladas; y había 91 refugios de mendigos. Playfair informó a la Comisión de Higiene de las Ciudades, en 1842, de que en todo Lancashire solo había «una ciudad, Preston, que tuviera un parque público, y solo una ciudad, Liverpool, con baños públicos».

Esta degradación de la vivienda era poco menos que universal entre los trabajadores, una vez que el nuevo régimen industrial quedó cabalmente establecido en las nuevas urbes. A veces, las condiciones locales permitían evitar la extrema suciedad que acabo de describir: por ejemplo, las viviendas de los obreros del metal en Mánchester, New Hampshire, eran muy superiores, por

sus características; y en las villas industriales más rurales de los Estados Unidos, en especial en el Medio Oeste, había por lo menos un poco de holgura en las habitaciones de los obreros, a quienes les quedaba también algún espacio para jardines. Pero, en cualquier punto que se considere, la diferencia solo era de grado; el *modelo* había empeorado categóricamente.

No solo ocurría que las nuevas ciudades eran en conjunto tristes y feas, con ambientes hostiles a la vida humana hasta en su nivel fisiológico más elemental, sino que también el hacinamiento estándar de los pobres se repetía en las viviendas de la clase media y en los cuarteles de los soldados, clases a las que no se estaba explotando directamente para lucrarse. Peel cita el caso de una suntuosa mansión del periodo victoriano medio en la que tanto la cocina como la despensa, la sala del servicio, el cuarto del ama de llaves y los dormitorios del mayordomo y los lacayos estaban situados en el sótano: dos cuartos al frente y dos cuartos en la parte posterior daban a un profundo sótano al fondo; todos los demás estaban «iluminados» y «ventilados» mediante ventanas fijas de vidrio situadas a gran altura en las paredes interiores. Formas correlativas de vivienda degradada se desarrollaron en Berlín, Viena, Nueva York y París, a mediados del siglo XIX. Las nuevas casas de apartamentos para la clase media daban a patios profundos y sin aire que tenían casi todas las características de los sótanos, a pesar de que técnicamente estuvieran sobre el nivel del suelo. Solo las ciudades «atrasadas» se salvaban de estas infamias.

A juzgar por la oratoria popular, el alcance de estos defectos fue escaso y, de cualquier modo, se los eliminó en el trascurso del siglo pasado, a través del avance incesante de la ciencia y el humanitarismo. Por desgracia, los oradores populares —e incluso historiadores y economistas que, teóricamente, se ocupan del mismo conjunto de hechos— no se han acostumbrado a estudiar directamente el medio ambiente: a esto se debe que ignoren la existencia

de coágulos de degradada vivienda paleotécnica que subsisten hoy casi sin modificación alguna en el mundo occidental, incluyendo casas que están espalda contra espalda, vecindarios con patios sin ventilación y alojamientos en subsuelos. Entre estos coágulos no solo se cuenta la mayor parte de las viviendas para trabajadores edificadas antes de 1900, que abarcan una gran parte de lo que se ha construido después, si bien la edificación más reciente evidencia mejoras en materia sanitaria. La masa subsistente de viviendas construidas entre 1830 y 1910 no representaba ni siquiera las normas higiénicas de esos días, y estaba muy por debajo de un nivel establecido con arreglo al actual conocimiento en materia de salubridad, higiene y cuidado de los niños, por no hablar de la felicidad doméstica.

«Tugurio, semitugurio y supertugurio: a esto se reduce la evolución de las ciudades». Sí, estas mordaces palabras de Patrick Geddes se aplican inexorablemente al nuevo medio. Hasta los críticos coetáneos más revolucionarios carecían de normas auténticas en lo tocante a edificación y vivienda: no tenían idea alguna de hasta qué punto el ambiente de las mismas clases superiores se había empobrecido. Así, Friedrich Engels, con el objeto de promover el resentimiento necesario para la revolución, no solo se oponía a todas las medidas «paliativas» destinadas a proporcionar mejores viviendas a los miembros de la clase obrera: al parecer, Engels consideraba que, llegado el momento, el proletariado solucionaría el problema apoderándose de las espaciosas residencias de la burguesía. Semejante idea era cualitativamente inadecuada y cuantitativamente ridícula. En términos sociales, se limitaba a instar, como si se tratara de una medida revolucionaria, a proseguir el mezquino proceso que se había cumplido ya concretamente en las ciudades más antiguas, a medida que las clases más pudientes dejaban sus moradas originales y las dividían para que las ocuparan los miembros de la clase obrera. Pero, sobre todo, la sugerencia

era ingenua porque no advertía que las normas a las que se ajustaban incluso las residencias nuevas más pretenciosas estaban a menudo *por debajo* de las que eran convenientes para la vida humana, en cualquier nivel económico.

En otras palabras, ni siquiera este crítico revolucionario tuvo al parecer conciencia de que los barrios residenciales de las clases altas eran, las más de las veces, intolerables supertugurios. La necesidad de aumentar la cantidad de viviendas, de dilatar el espacio, de multiplicar los equipos y de establecer instalaciones comunales era mucho más revolucionaria, por sus exigencias, que una trivial expropiación de las residencias ocupadas por los ricos. Esta última idea no constituía nada más que un gesto impotente de venganza, en tanto que la primera exigía una cabal reconstrucción del medio social entero: una reconstrucción al borde de la cual parecería estar el mundo actual, si bien incluso países adelantados, como Inglaterra, Suecia y los Países Bajos no han discernido todavía todas las dimensiones de esta transformación urbana.

6. Casas de mala reputación

Pasemos a observar más de cerca estas nuevas casas para la clase trabajadora. Cada país, cada región, cada grupo de población, tenía su propio modelo específico: las altas casas de viviendas en Glasgow, Edimburgo, París, Berlín, Hamburgo y Génova; edificios de dos pisos, con cuatro, cinco y a veces seis cuartos en Londres, Brooklyn, Filadelfia y Chicago; vastas construcciones de madera —sin medios adecuados de escape en caso de incendio— en Nueva Inglaterra, por fortuna bendecidas con pórticos abiertos; o bien angostas casas de ladrillo en hileras, que todavía se aferraban a un viejo modelo georgiano de casas en fila, como en Baltimore.

Pero en materia de viviendas para la clase obrera se dan algunas características comunes. En una manzana tras otra se repite la misma formación: ahí están las mismas calles sombrías, las mismas callejuelas repletas de basura, la misma falta de espacios abiertos para que jueguen los niños y para cultivar jardines, la misma falta de coherencia e individualidad para el vecindario local. Las ventanas son, por lo común, angostas; la iluminación en el interior es insuficiente; no se hace esfuerzo alguno por orientar el trazado de la calle en relación con la luz del sol y los vientos. La penosa limpieza grisácea de los barrios más respetables, donde viven los artesanos o empleados de oficina mejor pagados, tal vez en una hilera, tal vez en casitas semiindependientes, con un poco de hierba sucia frente a ellas o bien un árbol en un estrecho patio al fondo, es casi tan deprimente esta respetabilidad como el desaliño declarado de los barrios más pobres: a decir verdad, más deprimente todavía, pues en estos últimos hay, al menos, un toque de color y de vida, un espectáculo de títeres en la calle, la charla de los puestos de mercado, la ruidosa camaradería de la taberna o el *bistro*; en suma, la vida más pública y amistosa que se vive en las calles más pobres.

La era de las invenciones y de la producción en masa apenas si rozó la casa del obrero o sus servicios hasta fines del siglo XIX. Primero aparecieron las cañerías de hierro, luego el inodoro perfeccionado; con el tiempo, la luz de gas y la estufa de gas, la bañera fija con cañerías de agua instaladas y desagüe; un sistema colectivo de agua corriente, disponible en todas las casas, y un sistema colectivo de cloacas. Todos estos perfeccionamientos se pusieron lentamente al alcance de los grupos económicos medios y superiores a partir de 1830; una generación después de su introducción, se habían convertido en necesidades para la clase media. Pero en ningún momento, durante la fase paleotécnica, llegaron estos avances a la gran masa de la población. El problema que se

le planteaba al constructor era el de cómo alcanzar un mínimo de decoro *sin* estas nuevas instalaciones tan costosas.

Este problema siguió siendo solucionable únicamente en términos de un medio rural primitivo. Así, la división original de Muncie, en Indiana, la «Middletown» del estudio analítico de Robert Lynd, tenía ocho casas por manzana, cada una de un lote de dieciocho metros y medio de ancho por treinta y siete metros y medio de largo. Sin lugar a dudas, esto representaba mejores condiciones para los trabajadores más pobres que las que aparecieron después, cuando el aumento del precio de la tierra congestionó las casas y redujo el espacio para jardín así como el espacio para juegos, mientras que una de cada cuatro casas carecía todavía de agua corriente. En general, la congestión de la ciudad industrial aumentó las dificultades para el logro de buenas viviendas y aumentó el costo para solucionar esas dificultades.

En cuanto al mobiliario de los interiores, la descripción que hace Gaskell de la vivienda de la clase obrera en Inglaterra se refiere al nivel más bajo; pero la sordidez continuó, a pesar de mejoras secundarias, en el siglo siguiente. Los efectos de la pobreza pecuniaria se agravaban, en realidad, debido a una pérdida general del gusto, que acentuaba el empobrecimiento del ambiente al brindar espantosos papeles para empapelar, adornitos recargados, oleografías enmarcadas y muebles derivados de los peores ejemplos del sofocante gusto de la clase media: la hez de las heces.

Un amigo mío me cuenta que en una ocasión vio en China a un minero, tiznado y encorvado por el trabajo, que acariciaba tiernamente una flor de espuela de caballero mientras caminaba por la carretera; pero en el mundo occidental, hasta llegar al siglo XX, cuando el lote de jardín empezó a tener su efecto benéfico, hasta el instinto de la forma vital fresca estaba destinado a nutrirse de las deliberadas monstruosidades que los fabricantes ofrecían a los miembros de la clase trabajadora so pretexto de moda y de

arte. Incluso las reliquias religiosas de las comunidades católicas llegaron a un nivel estético tan bajo como para constituir poco menos que una profanación. Con el tiempo, el gusto por la fealdad arraigó: el trabajador no estaba dispuesto a trasladarse de su antigua morada a menos que pudiera llevarse consigo un poco de la suciedad, la confusión, el ruido y el hacinamiento con los que estaba familiarizado. Cada medida que se adoptaba para crear un ambiente mejor tropezaba con esa resistencia, lo cual constituyó un verdadero obstáculo para la descentralización.

Unas cuantas casas como estas, unas cuantas caídas como éstas en la suciedad y la fealdad, habrían constituido un baldón; pero tal vez todos los periodos podrían presentar cierto número de casas con estas características generales. Ahora, en cambio, barrios y ciudades enteros, hectáreas, kilómetros cuadrados y provincias estaban repletos de semejantes viviendas que se burlaban de cada alarde de éxito material que se atribuía el «siglo del progreso». En estos nuevos viveros se creó una raza de seres defectuosos. La pobreza y el ambiente de pobreza produjeron modificaciones orgánicas: el raquitismo en los niños, debido a la falta de luz solar, deformaciones de la estructura ósea y los órganos, un defectuoso funcionamiento de las glándulas endocrinas debido a una alimentación detestable; enfermedades de la piel por falta de la higiene elemental del agua; viruela, fiebre tifoidea, escarlatina y amigdalitis debidas a la suciedad y los excrementos; tuberculosis, fomentada por una combinación de mala alimentación, falta de sol y hacinamiento en la vivienda, por no hablar de las enfermedades profesionales, también en parte ambientales.

El cloro, el amoniaco, el monóxido de carbono, el ácido fosfórico, el flúor y el metano, sin necesidad de agregar una larga lista de unos doscientos productos químicos causantes de cáncer, invadían la atmósfera y minaban la vitalidad: a menudo en estancadas concentraciones letales, aumentando la gravedad de la bronquitis

y la neumonía, causando gran cantidad de muertes. Llegó el momento en que el sargento instructor ya no podía utilizar a los productos de semejante régimen ni siquiera como carne de cañón; y el descubrimiento médico del mal trato dado por Inglaterra a sus obreros, durante la Guerra de los Boers y la primera guerra mundial, contribuyó quizá tanto como cualquier otro factor a promover el mejoramiento de la vivienda en ese país.

Los crudos resultados de todas estas condiciones pueden seguirse en las tablas de mortalidad correspondientes a los adultos, en las tasas de enfermedad de trabajadores urbanos en comparación con los trabajadores agrícolas, en las posibilidades de vida de que gozaban las diversas clases laborales. Sobre todo, tal vez el barómetro más sensible de la eficacia del medio social en relación con la vida humana lo representa la tasa de mortalidad infantil.

Siempre que se hacía una comparación entre campo y ciudad, entre viviendas de clase media y viviendas pobres, entre distritos de poca densidad y distritos de gran densidad, la tasa más elevada de enfermedades y muertes correspondía, por lo común, al segundo grupo. Si los otros factores hubieran permanecido iguales, la urbanización por sí sola habría bastado para reducir, en parte, las ganancias potenciales en vitalidad. Los trabajadores agrícolas, por más que subsistieran a lo largo del siglo XIX, en Inglaterra, como una clase en desventaja, evidenciaron —y evidencian aún— una posibilidad de vida mucho mayor que la de los escalones más elevados de los trabajadores mecánicos de la ciudad, incluso después de la introducción de la salubridad municipal y la atención médica. De hecho, solo por la continua afluencia de nueva vida procedente del campo pudieron sobrevivir las ciudades, tan hostiles a la vida. Las nuevas ciudades fueron creadas, en conjunto, por inmigrantes. En 1851, entre 3.336.000 personas de más de veinte años que residían en Londres y otras 61 ciudades inglesas y galesas, solo 1.377.000 habían nacido en su ciudad de residencia.

Si se considera la tasa de mortalidad infantil, la comprobación resulta aún más penosa. En la ciudad de Nueva York, por ejemplo, la tasa de mortalidad infantil en 1810 osciló entre ciento veinte y ciento cuarenta y cinco por cada millar de niños dados a luz con vida; ascendió a ciento ochenta por mil en 1850, a doscientos veinte en 1860 y a doscientos cuarenta en 1870. Este proceso fue acompañado por una constante depresión en las condiciones de vida, ya que, después de 1835, se difundió el hacinamiento en las casas de vecindario recién construidas. Estos cálculos recientes corroboran lo que ya se sabe sobre la tasa de mortalidad infantil en Inglaterra, durante el mismo periodo: allí el aumento tuvo lugar después de 1820 y correspondió principalmente a las ciudades. Hay, sin duda, otros factores que también son responsables de estas tendencias retrógradas; pero, como expresión del complejo social íntegro, de la higiene, de la dieta, de las condiciones de trabajo, de los salarios, del cuidado de los niños y de la educación, las nuevas ciudades desempeñaron un papel importante para llegar a estos resultados.

Han abundado las congratulaciones injustificadas por los adelantos en materia de higiene urbana durante el industrialismo, porque quienes creían que el progreso se produjo automáticamente en todas las esferas de la vida durante el siglo XIX se negaban a aceptar los duros hechos. No se dedicaron a hacer estudios comparados entre la ciudad y el campo, entre lo mecanizado y lo no mecanizado; y contribuyeron aún más a crear confusión mediante el uso de rudimentarias tablas de mortalidad, sin las debidas correcciones respecto a grupos por edades y por sexos, con lo cual pudieron pasar por alto hechos, como la mayor densidad de adultos en las ciudades y la mayor cantidad de niños y ancianos, más expuestos a las enfermedades y a la muerte, en el campo.

A través de estas estadísticas, las tasas de mortalidad en las ciudades resultan más favorables que mediante un esmerado análisis fáctico. Hasta la fecha, apenas si se ha iniciado un estudio satis-

factorio de los nacimientos y las muertes, la salud y la enfermedad, en relación con el medio. Al amontonar las tasas urbanas y rurales en una cifra «nacional» se han ocultado las cifras relativamente peores de las «prósperas» zonas industrializadas y urbanas.

Y siguen llevándose a cabo estos análisis engañosos, que pasan por investigaciones objetivas. Así, Mabel Buer ha intentado que se retiren los cargos formulados contra la revolución industrial por haber empeorado el ambiente urbano, y para ello ha realizado un estudio sobre la disminución en la tasa de mortalidad que tuvo lugar antes de 1815, vale decir, antes de que el hacinamiento, la falta de higiene y la urbanización general de la población hubieran producido sus característicos resultados desvitalizadores. No es necesario poner en duda esta mejoría anterior, lo mismo que no es necesario olvidar la constante disminución *general* de la tasa de mortalidad en el curso del siglo XIX. Pero también hay que dejar en claro el hecho igualmente indiscutible del ulterior empeoramiento.

En vez de atribuir el avance inicial a la mecanización de la industria, hay que hacer lo que corresponde, es decir, atribuirlo a otro factor absolutamente independiente: el aumento de la provisión de alimentos, que permitió mejorar la dieta y contribuyó a aumentar la resistencia a las enfermedades. Otro factor más puede haber intervenido en esto: la mayor difusión del uso del jabón, posibilitada por el aumento de grasas disponibles. El uso del jabón en la higiene personal puede haberse extendido del lavado de los pezones de la madre que amamantaba al lavado del crío; y finalmente, por imitación, pasó de la mitad femenina de la sociedad a la masculina. Dicho aumento de uso del jabón no puede medirse fácilmente sobre la base de los inventarios comerciales; pues el jabón fue, en un comienzo, un monopolio comercial y, como tal, un artículo de lujo: el jabón ordinario era producido y consumido generalmente dentro del hogar. La difusión del hábito de lavar

con agua y jabón bien podría explicar la disminución de las tasas de mortalidad infantil, antes del siglo XIX; del mismo modo que la escasez de agua y jabón podría explicar, en parte, las lamentables tasas de mortalidad infantil en la ciudad paleoténica.

En términos generales, la pobreza higiénica estaba muy difundida. Falta de luz solar, falta de agua pura, falta de aire no contaminado, falta de una dieta variada: todas estas carencias eran tan comunes que equivalían a un estado crónico de inanición higiénica entre la mayor parte de la población. Hasta las clases más prósperas sucumbían, e incluso a veces se enorgullecían de sus deficiencias vitales. Herbert Spencer, que era un inconformista incluso con respecto a su propio credo del utilitarismo, se vio obligado a predicar a sus contemporáneos el evangelio del juego lúdico y el descanso físico; y en sus *Ensayos sobre educación* llegó hasta pedir como favor especial a los padres que les permitieran a sus hijos *comer fruta*.

7. Un primer plano de Coketown

Cabe conceder que, dado el ritmo con que se introdujo el industrialismo en el mundo occidental, el problema de construir ciudades adecuadas resultaba casi insoluble. Las premisas que hicieron posibles esas operaciones limitaban también su éxito humano. ¿Cómo construir una ciudad coherente sobre la base de los esfuerzos de un millar de individuos rivales que no conocían más ley que sus preciosas voluntades? ¿Cómo integrar nuevas funciones mecánicas en un nuevo tipo de plan que pudiera desarrollarse con rapidez, cuando la esencia misma de esa integración dependía del ejercicio de un firme control por parte de autoridades públicas que a menudo no existían o que, en caso de existir, no ejercían otros poderes que los concedidos específicamente por el Estado,

el cual ponía en la cúspide los derechos de propiedad individual? ¿Cómo facilitar una multitud de nuevos instrumentos y servicios a trabajadores que solo podían pagar el alquiler de los alojamientos más míseros? ¿De qué manera crear un buen plan físico para funciones sociales que, por su parte, quedaban abortadas?

Las ciudades que contenían aún residuos vitales de la tradición medieval, como Ulm, a causa de su lento ritmo de crecimiento y de una audaz política de propiedad municipal de la tierra a gran escala, conseguían a veces efectuar la transición con pérdidas relativamente pequeñas. En cambio, allí donde la industria surgía explosivamente, como ocurrió por ejemplo en Núremberg, las consecuencias eran tan deplorables como en las ciudades que carecían de toda envoltura histórica. Y en el Nuevo Mundo todavía en 1906 se construían ciudades (como Gary, en el estado de Indiana) sin prestar ninguna atención a las características físicas, excepto la ubicación de la planta industrial. En lo tocante a complejos industriales aún más recientes, como la metrópolis del automóvil, Detroit, no aprendieron nada de los errores del pasado: ¿acaso no afirmaba Henry Ford que la historia era una bobada? De modo que las fábricas que se levantaron en relación con las normas de ingeniería más modernas estaban instaladas en medio de un tumulto urbano, constituyendo modelos clásicos de desorganización municipal e incompetencia técnica. La misma época que se jactaba de sus conquistas mecánicas y de su presciencia científica dejaba a cargo del azar sus procesos sociales, como si el hábito del pensamiento científico se hubiera agotado en las máquinas y no fuera capaz de ocuparse de las realidades humanas. El torrente de energía que se extraía de los yacimientos de carbón descendía por las laderas con el mínimo de mejoramiento posible del medio ambiente: las aldeas industriales y las aglomeraciones fabriles eran más toscas, en términos sociales, que las aldeas feudales de la Edad Media.

El nuevo brote urbano, el conglomerado del carbón, lo que Patrick Geddes denominó conurbación no estaba ni aislado en el campo ni adherido a un antiguo núcleo histórico. Se extendía en una masa de densidad relativamente uniforme por docenas y a veces centenares de kilómetros cuadrados. No había centros efectivos en este conglomerado urbano: ninguna institución capaz de unir a sus miembros en una vida urbana activa, ninguna organización política capaz de unificar sus actividades comunes. Solo perduraban las sectas, los fragmentos, los residuos sociales de viejas instituciones, como los restos enlodados que deja esparcidos un gran río cuando termina la inundación y descienden las aguas: una vida social en la tierra de nadie. Estas nuevas ciudades no solo fueron incapaces, en su mayor parte, de producir arte, ciencia o cultura: en un comienzo, hasta fueron incapaces de importarlas de centros más antiguos. Cuando se creaba localmente un excedente, con prontitud se trasladaba a otro punto: los rentistas y financieros lo empleaban en lujos personales o en obras filantrópicas, como la sala de conciertos Carnegie, en Nueva York, que a menudo beneficiaron a las capitales mucho antes de que se hicieran otras donaciones análogas a la región de la cual procedían originalmente las riquezas.

Acerquémonos más todavía a la ciudad paleotécnica: examinémosla con la vista, con el oído, el olfato y el tacto. Los observadores de hoy, debido al creciente contraste con el ambiente neotécnico que despunta, pueden por fin ver lo que solo los poetas como Hugo, Ruskin o Morris veían cien años atrás: una realidad que los filisteos, enredados en su red utilitaria de sueños, o bien negaban como una exageración sentimental o bien saludaban con entusiasmo, como a un indiscutible signo de «progreso».

La noche caía sobre Coketown: su color predominante era el negro. Negras nubes de humo despedían las chimeneas de las fábricas, así como las playas de vías, nubes que a menudo se ex-

pandían por la población, mutilando el organismo mismo, difundiendo el hollín y las cenizas por todas partes. La invención del alumbrado artificial de gas constituyó una ayuda indispensable para esta diseminación: el invento de Murdoch se remonta a fines del siglo XVIII, y a través de la generación siguiente su uso se difundió, primero en las fábricas y luego en las residencias familiares, primero en las grandes ciudades y luego en los pequeños centros; porque, sin su ayuda, el trabajo habría tenido que suspenderse frecuentemente debido al humo y la bruma. La fabricación de gas para el alumbrado, dentro de los límites de las ciudades, se convirtió en un nuevo rasgo característico: los enormes tanques de gas erguían sus estructuras sobre el paisaje urbano, grandes moles en la escala de las catedrales: en realidad, su tracería de hierro, contra un ocasional firmamento claro de color verde limón, en la madrugada, constituía uno de los más agradables elementos estéticos en el nuevo orden.

Estas estructuras no eran necesariamente malas; de hecho, de haberse puesto el cuidado suficiente para separarlas, podrían haber resultado atractivas. Lo atroz era que, como todas las demás construcciones levantadas en las nuevas ciudades, estaban dispuestas casi al azar; las pérdidas de gas perfumaban los llamados distritos de gasógenos y nada tiene de sorprendente que estos llegaran a figurar, con frecuencia, entre las secciones más degradadas de la ciudad. Descollando sobre la ciudad, contaminando su aire, los tanques de gas simbolizan el predominio de los intereses «prácticos» sobre las necesidades vitales.

El sudario ponzoñoso de humo ya había cubierto los distritos alfareros en el siglo XVIII debido a la utilización de barnices salinos baratos; ahora se volvía más denso en todas partes, en Sheffield y Birmingham, en Pittsburg, Essen y Lille. En este nuevo medio las ropas oscuras solo constituían una coloración protectora, no era una forma de luto; la estufa negra era casi un diseño funcio-

nal: un símbolo afirmativo de la energía del vapor. Los tintes negros de Leeds, por ejemplo, convirtieron su río en una ponzoñosa cloaca oscura; en tanto que las tiznaduras aceitosas del carbón blando se difundían por todas partes; incluso quieres se lavaban las manos dejaban una orilla de grasa no disuelta en los bordes de los lavaderos. Añádanse a estas constantes manchas sobre la piel y las ropas las diminutas partículas de hierro procedentes de las operaciones de pulido y afilado, el cloro sin usar procedente de las fábricas de soda y, más tarde, las nubes de polvo acre que llegaban de las fábricas de cemento, así como los diversos subproductos de otras industrias químicas: todas estas cosas irritaban la vista, raspaban la garganta y los pulmones, aminoraban el tono general, incluso cuando no producían con su contacto una u otra enfermedad definida. En cuanto a los vahos del carbón, tal vez no sean desagradables: el hombre, con su largo pasado salvaje, sabe apreciar los olores añejos; de modo que quizá su principal defecto era que suprimía otros aromas más agradables o insensibilizaba para percibirlos.

En semejantes condiciones era necesario que uno tuviera todos los sentidos embotados a fin de sentirse feliz; y, desde luego, tenía que perder el gusto. Esta pérdida tuvo un efecto sobre la dieta: hasta la gente pudiente comenzó a comer productos en lata y alimentos pasados, porque ya no podía notar la diferencia. La pérdida del discernimiento gustativo elemental se extendió a otros dominios: también el discernimiento cromático se debilitó; se prefirieron los tonos más oscuros, los colores más sobrios y las mezclas más mortecinas, a los brillantes colores puros, y tanto los pintores prerrafaelistas como los impresionistas fueron vilipendiados por la burguesía, porque sus colores puros eran considerados «antinaturales» y «antiartísticos». Si de vez en cuando quedaba un toque de color brillante, se lo encontraba solamente en los anuncios callejeros —mostaza Coleman o azul Reckitt—,

esas superficies de papel que se conservaban joviales porque era necesario cambiarlas a menudo.

Este nuevo entorno era sombrío, incoloro, acre, maloliente. Todas estas cualidades disminuían la eficiencia humana y exigían una compensación suplementaria en materia de lavado, baño y salubridad; o, en último extremo, en materia de tratamiento médico. No era pequeño el gasto en limpieza en la ciudad paleotécnica, al menos desde que se reconoció su necesidad. Considérese un solo punto de un típico superviviente paleotécnico: Pittsburg. Su contaminación por el humo comenzó desde temprano, pues ya en un grabado que data de 1849 se advierte que está en pleno desarrollo. Una generación atrás el costo anual para mantener limpia a Pittsburg se calculaba en un millón y medio de dólares, aproximadamente, en lo tocante a trabajo suplementario de lavandería; setecientos cincuenta mil dólares en limpieza general suplementaria y sesenta mil dólares en limpieza suplementaria de cortinas. En este cálculo, que representa unos 2.310.000 dólares por año, no se tienen en cuenta las pérdidas debidas a la corrosión de edificios o los mayores gastos en pintura de las obras de carpintería, ni los gastos suplementarios en alumbrado, durante los periodos de *smog*.

Todavía después de los denodados esfuerzos que se han realizado para reducir la contaminación del humo, una sola gran fábrica de acero, situada en el corazón de Pittsburg, se sigue burlando de estos esfuerzos por mejorar las cosas; lo cierto es que la influencia de la tradición paleotécnica es tan poderosa que hace muy poco las autoridades municipales se prestaron a autorizar la ampliación de esta fábrica, en vez de exigir su traslado con firmeza. Hasta aquí, lo referente a las pérdidas pecuniarias. Pero ¿qué decir de las incalculables pérdidas por causa de enfermedad, de mala salud o de todas las formas de intoxicación psicológica que van desde la apatía hasta las neurosis declaradas? El hecho de que estas pérdidas no se prestan a las mediciones objetivas no les quita realidad.

En el trascurso del periodo paleotécnico la indiferencia ante estas formas de desvitalización se basaba principalmente en una invencible ignorancia. En *Técnica y civilización* cité las frases indignadas y sorprendidas de uno de los principales apologistas de esta civilización, Andrew Ure, ante los testimonios presentados por los astutos médicos convocados ante la Comisión Sadler de Investigaciones en las Fábricas. Dichos médicos se refirieron a los experimentos efectuados por el doctor Edwards, de París, sobre el crecimiento de los renacuajos, que demuestran que la luz del sol es de importancia fundamental para su desarrollo. De esto deducían —y hoy sabemos que estaban plenamente justificados— que es igualmente necesario para el crecimiento de los niños. La orgullosa respuesta de Ure fue que el alumbrado de gas en las fábricas bastaba como sustituto del sol. Tan desdeñosos eran aquellos utilitarios con respecto a la naturaleza y a las costumbres humanas bien probadas que criaron a más de una generación con una dieta desvitalizada, basada exclusivamente en el consumo de calorías. Dicha dieta se ha perfeccionado durante la generación pasada gracias a los nuevos conocimientos científicos, solo para ser degradada una vez más por la difusión del uso de insecticidas y exterminadores de plagas que son tóxicos, de elementos conservadores y mejoradores de los alimentos, por no hablar de venenos radiactivos igualmente fatales, como el estroncio 90. En cuanto al ambiente paleotécnico, todavía opone amplia resistencia y azota con sus plagas a decenas de millones de personas.

Aparte de la suciedad, las nuevas ciudades se enorgullecían por otra distinción, igualmente espantosa para los sentidos. Los funestos efectos de esta plaga solo han sido reconocidos en los últimos años, gracias a progresos técnicos que guardan relación con esa típica invención biotécnica que es el teléfono. Me refiero al ruido. Permítaseme citar el relato de un testigo auditivo de Birmingham a mediados del siglo XIX.

«En ninguna ciudad del mundo son más ruidosas las artes mecánicas: se martillea incesantemente sobre el yunque; hay un constante rechinar de máquinas; las llamas crujen, el agua silba, el vapor ruge y, de vez en cuando, ronco y hueco ruge el trueno de la casa de pruebas [donde se ponen a prueba las armas de fuego]. La gente vive en una atmósfera que vibra por el estrépito, y parecería que sus diversiones se han adaptado al tono general y se han vuelto tan ruidosas como sus inventos». La indiferencia ante el estrépito era un fenómeno típico. ¿Acaso los fabricantes ingleses no impidieron que Watt redujera el ruido que hacía su máquina de émbolo porque querían una prueba auditiva de su poder?

En la actualidad un gran número de experimentos ha establecido el hecho de que el ruido puede producir profundos cambios fisiológicos: la música puede mantener a raya el cómputo de bacterias en la leche; del mismo modo, algunas enfermedades bien definidas, como las úlceras de estómago y la presión arterial alta, parecen verse agravadas por la tensión de vivir, por ejemplo, al alcance de los ruidos de una autopista o de un aeródromo. Igualmente se ha establecido en forma bien clara la disminución de la eficacia en el trabajo como consecuencia de los ruidos. Por desgracia, el medio paleotécnico parecía diseñado especialmente para crear una cantidad máxima de ruido: el ulular temprano de la sirena de la fábrica, los chillidos de la locomotora, las estridencias de la antigua máquina de vapor, los resuellos y los crujidos de los ejes y las correas de transmisión, los golpes retumbantes del martillo pilón, los gruñidos y gangueos de los transportadores y los gritos de los obreros que trabajaban y «descansaban» en medio de este variado fragor. Todos estos ruidos suponían una ofensiva general contra los sentidos.

Al establecer la eficacia vital del campo en comparación con la ciudad, o de la ciudad medieval en comparación con la ciudad paleotécnica, no debe olvidarse este importante factor en la sa-

lud. Los recientes perfeccionamientos en determinados sectores, el uso de tacones y llantas de goma han disminuido la fuerza de esta sensación. El ruido que hacen en una ciudad activa los automóviles y los camiones, al ponerse en funcionamiento, cambiar marchas y adquirir velocidad, es un síntoma de su falta de madurez técnica. Si la energía que se ha dedicado a estilizar las carrocerías de los automóviles se hubiera consagrado el desarrollo de una unidad silenciosa de energía termoeléctrica, la ciudad moderna no sería tan atrasada como su predecesora paleotécnica en materia de ruido y humo. En cambio, las metrópolis «avanzadas» del reinado del motor de combustión interna, como Los Ángeles, ostentan, y a decir verdad exaltan, todos los males urbanos propios del periodo paleotécnico.

Experimentos con el sonido que se llevaron a cabo en Chicago en la década de 1930 demuestran que, si se gradúan los ruidos por porcentajes hasta el cien por ciento —que es el ruido, como el del cañoneo de la artillería, que de extenderse durante un periodo prolongado enloquecería a uno—, el campo solo tiene de un ocho a un diez por ciento de ruido, los suburbios un quince por ciento, los barrios residenciales de la ciudad un veinticuatro por ciento, los sectores comerciales un treinta por ciento y los barrios industriales un treinta y cinco por ciento. En general, estos mismos límites resultarían sin duda aplicables a cualquiera de los sectores urbanos en el curso de los últimos ciento cincuenta años, si bien es posible que antaño los límites superiores fueran más altos. Hay que recordar, asimismo, que en las ciudades paleotécnicas no se hacía nada para separar las fábricas de los hogares de los obreros; de modo que, en muchas ciudades, el ruido era omnipresente durante el día y a menudo por la noche. La era de los transportes aéreos, cuyos ruidosos aviones destruyen el valor residencial de los suburbios en las cercanías de los aeródromos, amenaza ahora con extender aún más este ataque contra la vida y la salud.

Considerando esta nueva superficie urbana en sus términos físicos más bajos, sin hacer referencia a sus servicios sociales o a su cultura, se hace evidente que antes, en el trascurso de toda la historia conocida, nunca han vivido masas tan vastas de personas en un ambiente tan ferozmente degradado, tan feo por su forma y de un contenido tan envilecido. Los esclavos de galeras en Oriente, los miserables prisioneros en las minas de plata de los atenienses, el proletariado humillado en las *insulae* de los romanos, fueron clases que, sin lugar a dudas, conocieron una degradación semejante; pero la miseria humana nunca había sido tan universalmente aceptada como algo normal: normal e inevitable.

8. El contraataque

Tal vez la contribución máxima de la ciudad industrial fue la reacción que produjo contra sus propias grandes fechorías; y ante todo el arte de la sanidad o higiene pública. Los modelos originales para estos males fueron las cárceles y los pestíferos hospitales del siglo XVIII: su mejoramiento los convirtió en plantas piloto, por así decirlo, en la reforma de la ciudad industrial. Las realizaciones del siglo XIX en materia de fabricación de grandes desagües cerámicos y de cañerías de hierro hizo posible el aprovechamiento de fuentes distantes de agua relativamente pura y la evacuación, por lo menos en una corriente vecina, de las cloacas, en tanto que los repetidos brotes de paludismo, cólera, fiebre tifoidea y otras enfermedades actuaron como estímulo para promover estas innovaciones, ya que sucesivas generaciones de especialistas en higiene establecieron, sin mayor dificultad, la relación existente entre la suciedad y la congestión, el agua y los alimentos contaminados, y estas condiciones.

En lo tocante al punto fundamental de la degradación de la ciudad, John Ruskin dio en el clavo. «Proporcionar alojamiento

[a los trabajadores] significa —escribió— una gran proporción de legislación vigorosa y una oposición fuerte a los intereses creados que se interponen en el camino; y después de esto, o antes de esto, en la medida de lo posible, una acción sanitaria y curativa en las casas con que contamos, y luego la edificación de nuevas viviendas, resistentes y hermosas, en grupos de alcance limitado, mantenidas en proporción a sus corrientes de agua y rodeadas de murallas, de modo que no haya lugar para suburbios ulcerados y calamitosos en ninguna parte, sino tan solo calles limpias y activas en el interior, y afuera el campo abierto, de manera que desde cualquier parte de la ciudad puedan alcanzarse en unos cuantos minutos de caminata un aire perfectamente fresco, la hierba y la vista del horizonte distante». Esta feliz visión atraería incluso a los fabricantes, quienes, aquí y allá, en Port Sunlight y Bournville, comenzaron a edificar aldeas industriales cuyo atractivo rivalizaría con el de los mejores y más recientes suburbios.

Importar aire fresco, agua pura, espacio abierto verde y luz solar a la ciudad pasó a ser el objetivo primordial del urbanismo inteligente: la necesidad era tan urgente que, a pesar de su pasión por la belleza urbana, Camillo Sitte insistía en la función higiénica del parque urbano, como «verdor sanitario», por usar su propia expresión: los «pulmones» de la ciudad, cuya función era nuevamente apreciada en razón de su ausencia.

El culto a la limpieza tuvo sus orígenes antes de la era paleotécnica: debe mucho a las ciudades holandesas del siglo XVII, con su abundante suministro de agua, sus grandes ventanales en las casas, que denunciaban cada partícula de polvo en el interior, y sus suelos de mosaico; por lo cual el fregado y el blanqueado del ama de casa holandesa se hicieron proverbiales. La limpieza obtuvo nuevos refuerzos científicos después de 1870. En tanto que, con su criterio dualista, se separaba el cuerpo del espíritu, podía desdeñarse su cuidado sistemático, casi como un síntoma

de preocupaciones más espirituales. Pero la nueva concepción del organismo que se desarrolló en el siglo XIX, con Johannes Müller y Claude Bernard, reunía los procesos fisiológicos y psicológicos: así, el cuidado del cuerpo se convirtió, una vez más, en una disciplina moral y estética. A través de sus investigaciones bacteriológicas, Pasteur modificó la concepción del medio externo e interno de los organismos: en la suciedad y la mugre se desarrollaban virulentos organismos microscópicos, los cuales, en buena medida, desaparecían ante el agua y el jabón y la luz del sol. Como consecuencia de esto, el granjero que hoy ordeña una vaca adopta precauciones sanitarias que no se preocupaba de tomar un cirujano londinense de mediados del siglo XIX al prepararse para llevar a cabo una operación importante, hasta que Lister le enseñó qué era lo que se debía hacer. Las nuevas normas en materia de luz, aire y limpieza que Florence Nightingale estableció para los hospitales, las impuso también en la sala de estar de su casa, con sus paredes blancas, como verdadero preludio al admirablemente higiénico *esprit nouveau* de Le Corbusier en la arquitectura moderna.

Por fin, la indiferencia de la ciudad industrial ante la oscuridad y la mugre quedaba denunciada como lo que era, un monstruoso salvajismo. Nuevos adelantos en las ciencias biológicas pusieron de relieve las fechorías del nuevo ambiente con su humo, su bruma y sus emanaciones. A medida que aumenta nuestro conocimiento experimental de la medicina, esta lista de males se alarga: ya incluye las doscientas y pico sustancias cancerígenas que, por lo común, se encuentran todavía en el aire de la mayoría de las ciudades industriales, por no decir nada del polvillo metálico y pétreo y de los gases tóxicos que elevan la gravedad y aumentan la mortalidad de las enfermedades de las vías respiratorias.

Si bien la presión del conocimiento científico contribuyó lentamente a mejorar las condiciones existentes en la ciudad en su conjunto tuvo un efecto más rápido sobre las clases cultivadas y

acomodadas: pronto entendieron la insinuación y huyeron de la ciudad para refugiarse en un ambiente que no fuera tan hostil a la salud. Una de las causas de esta aplicación tardía de la higiene moderna al diseño urbano fue el hecho de que las mejoras del equipo higiénico de las viviendas introducían una alteración radical en los costes; y estos costes se reflejaban en inversiones municipales mayores en servicios públicos y en mayores impuestos municipales para pagarlas.

Así como el industrialismo temprano, para sacar sus ganancias, estrujó no solo la economía de la máquina sino también la miseria de los trabajadores, por su parte la ciudad fabril rudimentaria había mantenido sus salarios e impuestos bajos mediante la pauperización y el agotamiento del medio. La higiene reclamaba espacio, equipos municipales y recursos naturales de los que hasta entonces se había carecido. Con el tiempo esta exigencia llevó a la socialización municipal como acompañamiento normal de la mejora de los servicios. Ni la provisión de agua pura ni la eliminación colectiva de la basura y los excrementos podían dejarse a cargo de la conciencia privada ni ser resueltas únicamente en caso de que dieran ganancias.

En los centros más pequeños podría dejarse a las compañías privadas el privilegio de mantener uno o más de estos servicios, hasta que un notorio brote de enfermedad impusiera el control público, pero en las grandes ciudades la socialización era el precio de la seguridad; y así, a pesar de las pretensiones teóricas del liberalismo, el siglo XIX se convirtió, como acertadamente destacaron Beatrice y Sidney Webb, en el siglo del socialismo municipal. Cada mejora en el interior del edificio requería su servicio de propiedad y administración colectivas: por una parte, cañerías maestras de agua, depósitos de agua, acueductos y estaciones de bombeo; por la otra, cañerías maestras de desagüe, plantas de reducción de aguas servidas y granjas que las utilizaban. Solo falta-

ba la propiedad pública de la tierra para la extensión, la protección o la colonización de la ciudad. Ese paso hacia adelante constituyó una de las contribuciones más significativas de la ciudad jardín de Ebenezer Howard.

Mediante esta socialización eficaz y de amplia difusión, la tasa general de mortalidad, así como la tasa de mortalidad infantil, tendieron a decrecer después de la década de 1870, y tan manifiestas eran estas mejoras que aumentó la inversión social de capital municipal en estos servicios. Pero los rasgos principales seguían siendo negativos: los nuevos barrios de la ciudad no expresaban, en ninguna forma positiva, haber comprendido la interacción entre el organismo como totalidad y el ambiente que las ciencias biológicas proponían. Aún hoy, en realidad, sería imposible deducir de la moda seudomoderna de las grandes ventanas de vidrio herméticamente cerradas, que Downes y Blunt ya habían establecido en 1877, las propiedades bactericidas de la luz directa del sol. Esa irracionalidad denuncia cuán superficial es aún el respeto a la ciencia por parte de muchas personas que se suponen instruidas, e incluso de técnicos.

Por primera vez las mejoras sanitarias introducidas inicialmente en los palacios sumerios y cretenses, y extendidas a las familias patricias de Roma, en fecha posterior, se ponían ahora al alcance de toda la población de la ciudad. Se trataba de un triunfo de los principios democráticos que ni siquiera los regímenes dictatoriales podían coartar: de hecho, uno de los máximos beneficios públicos conferidos por el destructor de la Segunda República francesa consistió en la tremenda limpieza de París emprendida bajo las órdenes del barón Haussmann, un servicio mucho más fundamental, y en realidad también mucho más original, que cualquiera de sus célebres actos de urbanismo propiamente dicho.

Nueva York fue la primera gran ciudad que obtuvo una amplia provisión de agua pura mediante la construcción del sistema

Croton de depósitos y acueductos, inaugurado en 1842; pero, con el tiempo, todas las grandes ciudades se vieron obligadas a seguir este ejemplo. La distribución del agua siguió siendo un arduo problema, y excepto en ciudades suficientemente pequeñas como para disponer de granjas capaces de transformar todos los residuos de esa naturaleza, hasta la fecha el problema no ha sido resuelto como se debe. No obstante, el nivel de un cuarto de baño privado e higiénico por familia —un inodoro conectado a cañerías públicas en las comunidades de edificación densa— ya estaba establecido hacia fines del siglo XIX. En cuanto a la basura, los procedimientos usuales, que consisten en arrojarla o quemarla, cuando se trata de un valioso abono agrícola, sigue siendo uno de los pecados persistentes de la administración municipal no científica.

La limpieza de las calles fue un problema más arduo, hasta que se universalizaron los adoquines y el asfalto, se eliminó la tracción animal y se hizo abundante la provisión pública de agua; pero, en última instancia, resultó más fácil solucionarlo que resolver el problema de la higienización del aire. Hoy mismo la cortina de polvo y humo que impide el paso de los rayos ultravioleta sigue siendo uno de los atributos desvitalizadores de los centros urbanos más congestionados, acrecentado, y no aminorado, por el ostentoso aunque técnicamente obsoleto automóvil, que incluso agrega un invisible veneno: el monóxido de carbono. Como compensación parcial, la introducción de agua corriente y baños en la vivienda —y la etapa intermedia de reaparición de los baños públicos, abandonados después de la Edad Media— debió de contribuir a reducir tanto las enfermedades, en general, como la mortalidad infantil, en particular.

En conjunto, la obra de los reformadores sanitarios e higienistas, de un Chadwick, una Florence Nightingale, un Louis Pasteur y un barón Haussmann, despojó a la vida urbana, en sus niveles más bajos, de algunos de sus peores terrores y degradaciones

físicas. Si el industrialismo disminuyó los aspectos creadores de la vida urbana, los efectos maléficos de sus productos residuales y excrementos fueron también reducidos con el tiempo. Hasta los cuerpos de los muertos contribuyeron a la mejora, pues formaron un cinturón verde de suburbios y parques mortuorios en torno de la ciudad en desarrollo; y una vez más, Haussmann merece un saludo respetuoso por su audaz y magistral solución del problema.

El nuevo medio industrial carecía tan evidentemente de los atributos de la salud que apenas si tiene algo de sorprendente que el contramovimiento de la higiene proporcionara las contribuciones más positivas al urbanismo durante el siglo XIX. Los nuevos ideales fueron expuestos provisionalmente, en una utopía titulada *Hygeia, or the City of Health*, publicada por el doctor Benjamin Ward Richardson en 1875. En ella se descubren residuos inconscientes de aceptación del grado existente de hacinamiento; pues mientras que, menos de una generación después, Ebenezer Howard preveía una superficie de dosmil quinientas hectáreas para albergar y cercar a treinta y dosmil personas, Richardson proponía poner cien mil personas en mil seiscientas hectáreas. En la nueva ciudad los ferrocarriles serían subterráneos, a pesar de las locomotoras de carbón, entonces corrientes; pero en las casas no se permitirían sótanos de ningún género, prohibición que obtuvo respaldo legal en Inglaterra. Mas la construcción de los subterráneos sería de ladrillo, por dentro y por fuera, para facilitar el lavado con mangueras —recurrente sueño masculino—, y las chimeneas estarían conectadas con túneles centrales que trasladarían el carbón no quemado a un horno de gas, donde se consumiría finalmente.

Por arcaicas que hoy resulten algunas de estas propuestas, en muchos aspectos Richardson no solo se adelantaba a su tiempo: estaba igualmente adelantado con respecto a nuestra época. Propuso abandonar «la vieja idea de almacenar las enfermedades a la mayor escala posible» y preconizó un pequeño hospital para

cada cinco mil personas. Del mismo modo se daría albergue en edificios de dimensiones modestas a los desvalidos, los ancianos y los incapacitados mentales. Las concepciones físicas de Richardson sobre la ciudad hoy resultan anticuadas; pero, por mi parte, sostengo que aún son dignas de atención sus contribuciones a la atención médica colectiva. Con amplia justificación racional, propuso que se volviera a las elevadas normas médicas y humanas de la ciudad medieval.

9. La ciudad subterránea

A través principalmente de las reacciones que produjo, del éxodo que generó, el régimen paleotécnico tuvo un efecto en las futuras formas urbanas. Estos contraataques fueron instigados, a partir de la década de 1880, por una transformación dentro de la propia industria, impulsada por las aplicaciones técnicas de la ciencia en los inventos; dicho cambio fue inicialmente caracterizado por Patrick Geddes como el paso de la economía paleotécnica, hasta entonces reinante y dominada por el carbón, el hierro y la máquina de vapor, a una economía neotécnica, basada en la electricidad, los metales más livianos, y el transformador y el motor eléctricos. Geddes oponía la suciedad y el desorden jactanciosos de la ciudad minera a las condiciones existentes en una planta generadora de energía hidroeléctrica, donde la necesidad de asegurar el flujo constante de corriente impone una limpieza inmaculada en todos los puntos de contacto.

Estos perfeccionamientos neotécnicos, que confluyeron en la década de 1880, fueron reforzados en la misma época por la introducción de la cirugía aséptica, que completó las reformas higiénicas iniciadas en los hospitales por Florence Nightingale y lord

Lister. Invenciones neotécnicas típicas, desde la fotografía hasta las comunicaciones radiales, surgieron directamente de descubrimientos científicos; a dichas invenciones se sumaron adelantos igualmente importantes derivados de la bacteriología y la fisiología, que establecían la importancia de la luz solar para el crecimiento saludable y la necesidad de aire puro, agua limpia, cuerpos limpios y un ambiente general limpio para impedir la propagación de las enfermedades. Muchas industrias, en vez de aferrarse a miopes prácticas tradicionales, alentaron la investigación científica, la racionalización técnica y la planificación coordinada en todos los ámbitos. Con esta nueva postura mental en las empresas comerciales, el arte perdido del urbanismo volvió una vez más a la ciudad: ya no se dejaban de lado como impertinencias afeminadas la forma y el orden, la claridad y la limpieza.

Esta transformación se ha visto retardada por empecinados prejuicios que han sacado partido de las invenciones neotécnicas para prolongar prácticas técnicas y comerciales socialmente deletéreas. Pero si la economía neotécnica no ha dado todavía nacimiento a una ciudad neotécnica completa, comparable al arquetipo paleotécnico de Coketown, es necesario buscar una causa más fundamental para ello: en la nueva economía, con su creciente productividad, su difusión en la automatización y su excedente de productos y tiempo libre, la propia industria ya no puede dominar y desplazar todos los demás aspectos de la vida; se convierte potencialmente, cuando no de hecho, en una parte contribuyente de una pauta comunal mucho más compleja. Cabe, pues, hablar de un parque industrial o un recinto comercial neotécnico; pero la ciudad multilateral donde estas unidades desempeñarían idealmente un papel no puede caracterizarse solamente por sus atributos tecnológicos. Lo más cercano a una ciudad neotécnica puede encontrarse en una comunidad tan amplia y equilibrada como lo es una de las *New Towns* de Inglaterra.

Por consiguiente, se ha desarrollado en dos direcciones la eliminación de la ciudad industrial clásica y la enmienda de sus vicios propios. En primer lugar, a través del mayor desarrollo de la tecnología, con aplicaciones más vastas de la ciencia y de la práctica perfeccionada, incluso en las industrias que antaño explotaban más a sus obreros, mancillando y desfigurando el ambiente. En segundo lugar, mediante una serie de reacciones contra los males específicos que aparecieron con el régimen de carbón y hierro de la producción capitalista clásica. Estas reacciones frente al modelo clásico de Coketown están sintetizadas, a estas alturas de los tiempos, en el concepto en desarrollo del «Estado de bienestar».

No hay mejor testimonio de las condiciones empobrecidas o simplemente malignas que genera la ciudad paleotécnica que la abundancia de leyes que se han acumulado durante el último siglo y que están destinadas a corregirlas: normas sanitarias, servicios higiénicos, escuelas públicas gratuitas, seguridad en el empleo, fijación de un salario mínimo, viviendas para obreros, eliminación de tugurios, conjuntamente con la creación de parques y campos de juego públicos, bibliotecas públicas y museos. A estas mejoras les falta todavía encontrar su expresión cabal en una nueva forma de ciudad.

Mas, no obstante, la ciudad industrial arquetípica dejó profundas heridas en el ambiente; y algunas de sus peores características han subsistido, solo superficialmente mejoradas por los medios neotécnicos. Así, el automóvil está contaminando el aire desde hace más de medio siglo sin que sus ingenieros hagan ningún esfuerzo serio por eliminar de su escape el nocivo monóxido de carbono, por más que unas cuantas bocanadas de este, en su forma para, resulten mortales; ni tampoco han eliminado los hidrocarburos no quemados que contribuyen a producir el *smog*, que cubre una conurbación tan plagada de automóviles como es Los Ángeles. Así, también, los ingenieros de carreteras que se han

atrevido a introducir sus autopistas múltiples en el corazón mismo de la ciudad y que se han preocupado por garantizar el estacionamiento de los automóviles en enormes explanadas y garajes han repetido magistralmente, ampliándolos, los peores errores de los ingenieros de ferrocarriles. De hecho, en el preciso instante en que se procedía a eliminar el tren elevado para el transporte público como un grave estorbo, estos descuidados ingenieros reinstalaban el mismo tipo de estructura anticuada para conveniencia del automóvil privado. Así, buena parte de lo que da la impresión de ser brillantemente contemporáneo no hace nada más que restablecer la forma arquetípica de Coketown, bajo una cubierta niquelada.

Pero hay un aspecto de la ciudad moderna donde la presión de Coketown se deja sentir con más fuerza todavía y en la que los efectos finales son aún más hostiles a la vida. Me refiero al entrelazamiento de imprescindibles instalaciones subterráneas, a fin de producir un resultado absolutamente gratuito: la ciudad subterránea, concebida como ideal. Como cabía esperar de un régimen cuyas invenciones clave salieron de las minas, el túnel y el subterráneo fueron sus únicas contribuciones a la forma urbana; y, lo que no deja de ser sintomático, ambos tipos de instalaciones fueron derivados directos de la guerra, primero en la ciudad antigua y luego en el complejo trabajo de zapa necesario para conquistar la fortificación barroca. Aunque en la superficie de Coketown las formas del transporte y la vivienda han sido remplazadas en buena parte, su red subterránea ha prosperado y proliferado. Las cañerías maestras de agua y desagüe, así como las grandes redes de gas y electricidad, fueron contribuciones valiosas al nivel superior de la ciudad; y, con ciertas limitaciones, podrían justificarse el ferrocarril suburbano, el túnel para automóviles y los lavabos subterráneos. Pero a esas instalaciones se han sumado luego las galerías de tiendas y almacenes y, finalmente, los refugios antiaéreos, como si el tipo de medio que sirvió para los mecanismos

físicos y los servicios públicos de la ciudad aportara otras ventajas reales a sus habitantes. Por desgracia, la ciudad subterránea exige la presencia constante de seres humanos vivos, los cuales también quedan bajo tierra; y esa imposición constituye poco menos que un entierro prematuro o, por lo menos, una preparación para la existencia en cápsulas, que es la única que quedará al alcance de quienes aceptan el perfeccionamiento mecánico como la principal justificación de la aventura humana.

La ciudad subterránea constituye una clase nueva de ambiente: una prolongación y una normalización del medio impuesto al minero —aislado de las condiciones naturales—, en todo momento bajo un control mecánico posibilitado por la luz artificial, la ventilación artificial y las limitaciones artificiales de las reacciones humanas ante las que sus organizadores consideran lucrativas o útiles. Este nuevo ambiente se constituyó paulatinamente a partir de una serie de invenciones empíricas: de ahí que, hasta en las metrópolis más ambiciosas, solo rara vez se hayan proyectado las instalaciones subterráneas (como las grandes alcantarillas de París) con miras a su reparación económica y su conexión con los edificios próximos, pese a que es evidente que, en los barrios más populosos de una ciudad, un solo túnel accesible a intervalos podría servir como arteria colectiva y, a la larga, daría lugar a grandes ahorros.

Una generación atrás, Henry Wright, al analizar el costo de la vivienda, descubrió que el precio de una habitación entera estaba enterrado en la calle, en las diversas instalaciones mecánicas necesarias para el funcionamiento de la casa. Desde entonces, el costo relativo de estas cañerías, cables y conductos subterráneos ha aumentado; en tanto que, con cada ampliación de la ciudad, lo mismo que con cada aumento de la congestión interna, el costo del sistema entero también aumenta desproporcionadamente.

Dada la presión que se ejerce para hundir más capitales en la ciudad subterránea, se dispone de menos dinero para el espa-

cio y la belleza arquitectónica sobre su superficie: en realidad, el paso siguiente en el desarrollo de la ciudad, un paso que ya se ha dado en muchas ciudades norteamericanas, consiste en extender el principio de la ciudad subterránea incluso al diseño de edificios que están visiblemente sobre la superficie del suelo, desbaratando así todo esfuerzo artístico. Con el aire acondicionado y la constante iluminación fluorescente, los espacios internos de los nuevos rascacielos norteamericanos no son muy diferentes de lo que serían si estuvieran a treinta metros por debajo de la superficie. Ninguna extravagancia en materia de equipo mecánico es demasiado grande para producir ese ambiente interno uniforme: pero el ingenio técnico que se invierte en la fabricación de estos edificios herméticamente cerrados no es capaz de crear el equivalente de un trasfondo orgánico para las funciones y actividades humanas.

Todo esto corresponde simplemente a los preparativos. Pues los sucesores de la ciudad paleotécnica han creado instrumentos y condiciones que, potencialmente, son mucho más letales que los que destruyeron tantas vidas en la ciudad de Donora, en Pensilvania, debido a una concentración de gases tóxicos, o la que, en diciembre de 1952, mató en Londres en una semana a un número de seres humanos que se calcula en unos cinco mil por encima de las defunciones normales. La explotación del uranio para producir materiales capaces de fisión amenaza, si se continúa con ella, con envenenar la litosfera, la atmósfera y la biosfera —por no hablar del agua potable—, en una forma que superará de lejos las peores fechorías de la primitiva ciudad industrial, ya que los procesos industriales prenucleares podían detenerse y sus residuos podían absorberse o cubrirse, sin causar un daño permanente.

Una vez que tiene lugar la fisión, la radiactividad liberada permanece a lo largo de la vida de los productos, una vida que a veces hay que medir en muchas centurias y hasta en milenios; no se la puede alterar ni relegar a un sitio determinado sin contami-

nar a la larga la zona donde se la arroja, ya sea esta la estratosfera o el fondo del océano. Mientras tanto, la elaboración de estos materiales letales continúa sin cesar, como preparativo para ataques militares colectivos destinados a exterminar poblaciones enteras. Para hacer tolerables estos preparativos criminalmente insanos, las autoridades públicas han acondicionado diligentemente a sus ciudadanos para que marchen a sótanos y subterráneos en busca de «protección». Solo el costo apabullante que implicaría la creación de toda una red de ciudades subterráneas que pudiera dar cabida a la población entera ha impedido hasta ahora este monstruoso abuso de la energía humana.

El industrial victoriano que exponía a sus conciudadanos al hollín y al *smog*, a una higiene pésima y a enfermedades fomentadas por el ambiente, alimentaba con todo la fe en que su obra contribuía, en última instancia, a la «paz y abundancia». Pero sus herederos en la ciudad subterránea no se hacen tales ilusiones: son presa de terrores compulsivos y de fantasías pervertidas, cuyo resultado final puede ser el exterminio universal; y cuanto más se consagren a adaptar su ambiente urbano a esta posibilidad, más seguro es que acarrearán el genocidio colectivo e ilimitado, que muchos de ellos ya han justificado en su espíritu como el precio necesario para preservar la «libertad» y la «civilización». Los señores de la ciudadela subterránea están inmersos en una «guerra» a la que no pueden poner fin, con armas cuyos efectos últimos no pueden controlar y con objetivos que no pueden alcanzar. La ciudad subterránea amenaza, por lo tanto, con convertirse en la cripta funeraria última de nuestra civilización incinerada. La única alternativa que le queda al hombre moderno consiste en salir nuevamente a la luz y tener el coraje, no de escapar a la luna, sino de volver a su propio centro humano y de dominar las compulsiones e irracionalidades belicosas que comparte con sus amos y mentores. No solo tiene que olvidarse del arte de la guerra, sino que también debe adquirir y dominar, como nunca antes, las artes de la vida.

CAPÍTULO XVI

Suburbios... y más allá

1. El suburbio histórico

Quienes, a partir del siglo XVII, encabezaron la «marcha de la civilización» tendían a despreciar el campo, que era el hogar de los agricultores atrasados, los patanes hirsutos o los aristócratas amantes de los placeres y que vivían de sus rentas feudales, no de las ganancias extraídas del comercio y las industrias. Pero hasta en los jefes y los beneficiarios del utilitarismo era frecuente el impulso a evadirse de su ambiente industrial: de hecho, tener suficientes riquezas como para escapar de él constituía un signo de éxito.

Mucho antes de que la ciudad industrial hubiera adquirido su forma, la noción de dejar atrás las complejidades de la civilización se había vuelto nuevamente atractiva para el espíritu europeo, como ya lo fuera en los días de la decadencia de Roma. Para los inquietos e intrépidos estaba la conquista y colonización de nuevas tierras, mezcladas con la atracción romántica de la espesura virgen; para ánimos más domésticos, más sosegados, estaban la pesca, las excursiones a pie, la afición a la botánica, las salidas en *picnics* familiares o la meditación solitaria en medio de los bosques. Sin esperar que Rousseau les demostrara que la mayor parte de los males de la vida provienen de los áridos rituales de una civilización demasiado refinada, muchos europeos habían comenzado a actuar conforme con esta premisa. La vida rural parecía mejor, y cuanto más se alejara uno de la ciudad, más ganaba

en salud, libertad e independencia. La mayoría de los rasgos saludables del suburbio del siglo XIX ya se habían incorporado, en realidad, a la villa rural, con un mayor respeto por la mezcla de clases sociales y la cooperación que el que era posible alcanzar en la comunidad suburbana, reservada para los miembros de una sola clase. Los mismos cuadros estadísticos de las compañías de seguros de vida establecían la superioridad del campo en términos de vitalidad animal: en Inglaterra, el campesino y el caballero rural tenían las máximas posibilidades de vida.

Si bien el surgimiento del suburbio determinó significativos cambios, tanto en el contenido social como en el orden espacial de la ciudad, la mayoría de los intérpretes de la ciudad, hasta ayer mismo, curiosamente lo pasaban por alto; e incluso los escasos autores que se han ocupado del planificación del suburbio, en particular el profesor Christopher Tunnard, lo han considerado un fenómeno relativamente reciente. Pero el hecho es que el suburbio se hace visible casi al mismo tiempo que la ciudad, y tal vez esto explica la capacidad de la ciudad antigua para sobreponerse a las condiciones antihigiénicas que reinaban dentro de sus murallas (Woolley ha encontrado pruebas de desarrollos suburbanos en la «Gran Ur», más allá de la zona edificada: se trata de edificios dispersos que llegan, como el templo de Al Ubaíd, a estar situados incluso a seis kilómetros). Si abrigamos dudas respecto al trazado y el núcleo interno de la ciudad egipcia, tanto las pinturas como los modelos funerarios nos presentan la villa suburbana con sus espaciosos jardines. En los tiempos bíblicos hallamos mención de las pequeñas chozas que se construían en medio de los campos abiertos o viñedos, tal vez para vigilar las cosechas por la noche cuando estaban prontas para la recolección, pero, sin lugar a dudas, también para refrescar el alma, fatigada de los ladrillos cocidos y los malos olores de la ciudad. Aquellos frágiles abrigos aún hoy son conmemorados en la fiesta judía de la cosecha de otoño.

A lo largo de la historia, quienes poseían o alquilaban tierra fuera de las murallas de la ciudad, apreciaba tener un refugio en el campo, pese a que no llevaran a cabo activamente faenas agrícolas: una cabaña, una choza o un abrigo a la sombra del emparrado, construido para un retiro momentáneo, cuando no para la ocupación permanente. Los primeros habitantes de la ciudad no esperaron la aparición de los transportes rápidos para aprovechar esas pausas rurales. En tanto que la ciudad siguió siendo relativamente compacta y contenida en sí misma, fue posible mantener un equilibrio entre las ocupaciones rurales y urbanas y también entre los placeres rurales y urbanos: comer, beber, bailar, las justas deportivas, hacer el amor, todas las formas de descanso tenían una peculiar aureola de festividad en el paisaje verde e iluminado por el sol. Uno de los principales castigos impuestos por el continuo crecimiento urbano fue poner este placentero escenario a gran distancia, limitándolo cada vez más a las clases dirigentes.

Hemos visto que, en periodos anteriores, los nuevos grupos e instituciones, con demandas de espacio mayores que las que podía satisfacer la ciudad densamente poblada, necesariamente se instalaban en las afueras, en pequeños núcleos suburbanos. No solo el Asclepium, en Cos, estaba fuera de la ciudad, según nos dice Sarton, sino que también el gimnasio y hasta la academia se situaban a menudo en los suburbios de la ciudad helénica, como el jardín que asociamos con el nombre del filósofo Epicuro.

También hemos visto que en el medievo, a partir del siglo XII, el monasterio se establecía a menudo fuera de las murallas de la ciudad antes de que la ciudad, por su crecimiento posterior, acabara rodeándolo. En todos los casos, la pauta suburbana era característicamente abierta: los edificios estaban acompañados por jardines, huertas y alamedas, no meramente por un espacio desierto. Grandes universidades como Oxford y Cambridge, que crecieron en villas rurales, buscaron y se forjaron la misma clase de ambiente

de parque; incluso tal vez sus esfuerzos por asegurarse el lujo del espacio intensificaran el antagonismo entre la ciudad y las togas.

La temprana aparición del suburbio apunta hacia otro hecho, aún más importante: los órganos de mantenimiento de la vida, la jardinería y la agricultura, la recreación y los juegos, los sanatorios y asilos, corresponden a la campiña circundante, pese a que las funciones que promuevan se originen en las necesidades o deficiencias de la ciudad. Cierto que hacia el siglo XVIII el movimiento romántico había producido una nueva justificación racional para explicar el éxodo suburbano, y que la ciudad, cada vez más humeante y congestionada, brindaba un nuevo acicate, pero sería un error considerar el «suburbanismo» como un mero derivado de esta ideología, que tenía raíces más antiguas y profundas. Lo que hace falta explicar no es el culto de la naturaleza que se hizo popular en el siglo XVIII, influyendo sobre todos los aspectos de la vida, desde la medicina hasta la enseñanza en las escuelas, desde la arquitectura hasta la cocina, sino, en cambio, la obstinación con que la gente se aferró, a menudo durante siglos, a un ambiente congestionado, agotado, desnaturalizado y constreñido, cuyo principal consuelo para la miseria era la compañía de otros seres igualmente miserables.

Cuando por fin hemos contado con mapas y vistas aéreas de las ciudades medievales tardías, hemos hallado pruebas detalladas de la existencia de pequeñas chozas, cabañas y villas, con amplios jardines, que se levantaban fuera de las murallas de la ciudad. Hacia el siglo XVI, la tierra utilizada en esta forma no solo servía de residencia veraniega y para el recreo. A decir verdad, ya en el siglo XIII Villani señalaba que la tierra comprendida en un círculo de cinco kilómetros, en torno a Florencia, estaba ocupada por amplias fincas con costosas mansiones; y las familias venecianas no se quedaban atrás con sus villas sobre el Brenta. Desde el comienzo, los privilegios y encantos del suburbanismo estaban reservados, en

gran parte, para la clase superior; de modo que el suburbio podría describirse, poco más o menos, como la forma urbana colectiva de la casa de campo —la casa en un parque—, ya que el modo suburbano de vida es, en muy buena medida, un derivado de la aristocrática vida de descanso, juegos y consumo que se desarrolló a partir de la existencia tosca, belicosa y tenaz de la fortaleza feudal.

Unos pocos siglos después de Villani, Stow observaba que afuera de las murallas de Londres se estaban haciendo jardincitos y caprichosas casas de campo «como vistosos desfiles estivales, con torres, torrecillas y chimeneas», doscientos años antes de que alguien empezara conscientemente a producir las villas fantásticas y otras ridiculeces del resurgimiento gótico. Se encuentra una alusión al nuevo tipo de suburbio en *The English Courtier*. «La costumbre de la mayoría de los caballeros y nobles también es alojarse (si les resulta posible) en los suburbios de la ciudad, porque, por lo general, como el aire allí corre en libertad, el lugar es saludable y, en virtud de la distancia desde el núcleo de la ciudad, el ruido no es tanto; y así, en consecuencia, hay quietud. También para comodidad encontramos muchos alojamientos, espaciosos y cómodos, con deleitables jardines y huertas. Así, con una buena administración, tenemos tan pocos motivos para temer la infección como en el campo; nuestra agua es excelente y mucho mejor que cualquiera con que contéis vosotros, y estamos en terrenos y campos sumamente agradables».

Aunque la superioridad higiénica del suburbio constituía una de sus principales atracciones, insistentemente alabada por los médicos, algo más que esto atraía hacia él a los hombres de la ciudad. Y así como se encuentran las primerísimas pruebas del movimiento de retorno a la naturaleza en las pinturas de Piero di Cosimo, también se encuentra una justificación estética y psicológica del desarrollo suburbano en el tratado sobre la construcción de Alberti. Alberti observaba que «son convenientes la absoluta

proximidad con la ciudad y la facilidad de regreso, un lugar donde pueda hacerse a placer lo que se quiera». Aquí se deja oír la genuina nota suburbana y, en verdad, Alberti se adelanta a la actual insistencia «exurbana» en el descuido indumentario, pues insiste en que «en mi opinión, no debe ser tan frecuentado que resulte imposible estar a la puerta sin la toga».

En cuanto a los atributos estéticos, tanto de la casa como del terreno, las primeras percepciones de Alberti casi podrían representar la última palabra clásica. «Harán de un lugar que sea frecuentado la cercanía de la ciudad, la luminosidad del camino, lo agradable de la zona. Causará deleite la construcción en esas condiciones, si se presentare además a los ojos de los que salen de la ciudad en todo su esplendor, como si fuera capaz de esperar en actitud cautivadora. [...] No faltarán, tanto por motivos estéticos como con vistas a la funcionalidad, prados, espacios floridos alrededor, campos soleados, el frescor umbroso de los bosques, manantiales cristalinos, riachuelos y piscinas. [...] Por lo demás, es aspecto entero de la casa y su modo de presentarse, [...] deben ser, siempre en mi opinión, absolutamente luminosos por todas partes y perfectamente visibles». Cuando pasa a preconizar las habitaciones redondas tanto como las cuadradas y que en un mismo piso debe haber cuantas habitaciones como sea posible, uno puede preguntarse qué es lo que dejó Alberti para que inventaran los arquitectos de comienzos del siglo xx. Pues aquí está, en su totalidad, el programa doméstico suburbano.

Si bien el alejamiento de la ciudad representaba manifiestas ventajas para la salud y la vida familiar, constituía también una tentativa por liberarse de las a veces abrumadoras convenciones y obligaciones de una sociedad urbana: era un esfuerzo, contando con los medios financieros necesarios, por vivir al gusto de uno, incluso si este significaba vivir a solas: el anarquismo del bolsillo bien forrado, la herejía del individuo privado que trataba, dentro

de los límites de una familia privada, de asumir las funciones de una comunidad entera. Esto se aplica tanto al poblador suburbano como a su casa; y una vez más al respecto es Alberti quien proporciona la cita clásica sobre la diferencia entre la vida de ciudad y la vida, en la casa de campo, «la cual reside en que, en la ciudad, uno está obligado a moderarse en diversos aspectos conforme al vecindario, en tanto que uno dispone de mucha más libertad en el campo».

Ser lo que únicamente se es; construirse la casa única, en medio de un paisaje único; vivir en este dominio de Arnheim[8] una vida centrada en sí mismo, donde la fantasía privada y el capricho tendrán licencia para expresarse abiertamente; en suma, retirarse como un monje y vivir como un príncipe: tal fue el objetivo de los creadores iniciales del suburbio. Se proponían, en efecto, crear un asilo en el que pudieran, como individuos, superar los vicios crónicos de la civilización, gozando al mismo tiempo de los privilegios y beneficios de la sociedad urbana. Esta utopía demostró ser hasta cierto punto realizable: tan encantadora que quienes la tramaron no pudieron ver el fatal castigo que lleva consigo, a saber, el castigo de la popularidad, la fatídica inundación de un movimiento de masas cuyo mismo número extirparía los bienes que cada individuo buscaba para su círculo doméstico y, lo que es peor, los remplazaría con una vida que no llegaba ni siquiera a ser una falsificación barata sino que más bien era su sombría antítesis.

El resultado último de la alienación suburbana de la ciudad solo se hizo visible en el siglo XIX, con la extensión del ideal democrático a través de la multiplicación de copias y la producción en serie. Con el movimiento de masas hacia las zonas suburbanas se

---

8 Alusión al cuento de Poe *El dominio de Arnheim*, que describe un entorno suburbano espléndidamente diseñado. *(N. del t.)*

produjo una nueva especie de comunidad, que caracterizaba por igual a la ciudad histórica y al refugio suburbano arquetípico: una multitud de casas uniformes, indiferenciables, alineadas inflexiblemente a distancias uniformes, junto a caminos uniformes, en una devastación comunal sin árboles, habitadas por gentes de la misma clase, con los mismos ingresos, más o menos de la misma edad, que ven los mismos programas de televisión, comen los mismos alimentos prefabricados e insípidos que sacan de los mismos frigoríficos, ajustándose en todo aspecto, exterior e interior, a un molde común, manufacturado en la metrópolis central. Así, el efecto último de la huida al suburbio es, en nuestra época, irónicamente un ambiente uniforme de poca calidad y del que no es posible escapar. Lo que ha ocurrido en el caso del éxodo suburbano en los Estados Unidos amenaza con producirse ahora, debido a los mismos agentes mecánicos y con un ritmo igualmente acelerado, en todo el mundo, a menos que se adopten las más enérgicas medidas para contrarrestar este proceso.

Pero antes de enfrentarnos con esta caricatura final de la vida suburbana sin trabas, vivida de acuerdo con la naturaleza, en beneficio de la salud y de la crianza de los niños, consideremos más de cerca el desarrollo concreto del receptáculo suburbano. Pues hemos de ver que de esta ruptura de las antiguas formas urbanas, de la libertad caótica y la soltura espacial de la comunidad suburbana, salieron los primeros cambios fundamentales de la estructura de la ciudad, los cuales rivalizaron inconscientemente con los cambios que se han venido produciendo en toda nuestra concepción del universo. La textura abierta de cestería que es propia del suburbio tiene poca semejanza con el sólido recipiente de piedra de la cultura neolítica tardía. Aunque el suburbio carece de muchos de los atributos de la ciudad antigua, ha servido como campo experimental para el desarrollo de un nuevo tipo de plan abierto y para una nueva distribución de las funciones urbanas.

Así, el suburbio ha preparado el camino para un mejor orden en la planificación, que aún no está plenamente expresado ni logrado en ninguna parte, en el que por igual las funciones estáticas y dinámicas, las funciones del recipiente y del imán, encontrarán nueva expresión. Aunque el suburbio como tal pertenece al pasado y ya ha quedado envuelto por la conurbación, algunas de las lecciones que los urbanistas contemporáneos aprendieron por primera vez en los suburbios deben incorporarse al nuevo concepto de ciudad.

2. Fases del crecimiento suburbano

A partir del siglo XIII, el miedo a la peste inspiró éxodos periódicos de la ciudad; y, en ese sentido, cabe decir que el suburbio moderno comenzó como una especie de pabellón de aislamiento rural. Hoy mismo, en una encuesta sobre los motivos del suburbanita para trasladarse de Cleveland a las afueras, el porcentaje más elevado de razones de este traslado, el sesenta y uno por ciento, fue «para vivir en un vecindario más limpio y saludable», mientras que solo el cuarenta y ocho por ciento de las respuestas daba como razones las mejores escuelas o la posibilidad de ser propietarios de sus hogares, y solo el veintiocho por ciento señalaba el deseo de contar con un patio o un jardín.

De modo que, en todas las épocas, el miedo a las infecciones de la ciudad y la atracción del campo abierto han proporcionado estímulos tanto negativos como positivos. Ambos actuaban, muy a las claras, sobre las damas y los caballeros de *El Decamerón* de Boccaccio, que había huido de Florencia, azotada por la peste, amenazada igualmente por los cuerpos de los muertos y los excrementos de los vivos, para refugiarse en una villa campestre a las alturas de Fiésole, cuya ubicación evidencia que los etruscos tenían más sentido de lo que es un sitio salubre que los romanos que fundaron Florencia.

Agua y aire puros, liberación de los broncos ruidos humanos, campos abiertos para cabalgar, cazar, practicar la arquería, hacer caminatas: he aquí las cualidades que la aristocracia siempre valoró en todas partes; y tal vez estos elementos son responsables de su eficacia física y de su seguridad, que contrastan con las incapacidades y deformaciones del ganapán urbano especializado, quien pasa demasiado tiempo encerrado en el taller, el despacho o la biblioteca. En los días de la reina Isabel, las grandes casas de la aristocracia se extendían a los lados del Strand de Londres y sus jardines llegaban hasta la ribera, en tanto que una franja de tierra para la labranza las separaba del Temple y de la ciudad atareada, al este. Los hoteles de la aristocracia en París, sobre la Rive Gauche, también tenían una amplitud suburbana, a pesar de que sus patios y mansiones rodeados por muros, formando una fachada continua sobre la calle, ocultaran los generosos jardines.

Permítaseme subrayar la demanda de espacio que modificó toda la escala de la planificación, una vez que la fortificación protectora dejó de tener importancia fundamental para la seguridad. Al margen de todo lo que representara el suburbio, exigió una ampliación de las superficies de verdor abierto y de jardines como pertenencias legítimas de la ciudad. Lo que otrora solo podían reclamar los reyes era ahora prerrogativa de cualquier hombre común que consiguiera hacerse con la tierra necesaria. Cuanto más congestionados los antiguos barrios de la ciudad, cuanto más apiñadas sus casas y calles, tanto mayor era el alivio visual que brindaba la apertura del suburbio; en realidad, parte de su valor estético —por así decir su virtud psicológica peculiar— procede de los recorridos diarios de ida y vuelta a la ciudad, con su sucesión de apertura y encierro, de libertad y sujeción, de fácil movimiento y tránsito atascado, espaciosidad y amontonamiento. Estos contrastes agudizan todos los valores estéticos intrínsecos del suburbio.

Cuando en el siglo XVIII se convirtieron en fenómenos crónicos el hacinamiento de las grandes metrópolis y las ciudades industriales en expansión, la necesidad de alejarse de la ciudad se tornó, pues, más imperiosa e innegable. Si uno no se marchaba de la ciudad por propia iniciativa, las órdenes del médico lo moverían a trasladarse por un tiempo a un centro de salud, a los baños termales o a un retiro junto al mar, o bien a instalarse con carácter permanente en un suburbio situado más allá de la ciudad ennegrecida. Soame Jenyns observaba en 1795 que las esposas de los comerciantes que se sentían sofocadas por el humo de Londres debían tener sus villas en Clapham; y Hampstead era un lugar todavía más favorecido para los que podían darse el lujo de instalarse allí, pues su situación elevada aún le permite gozar de aire fresco cuando el resto de Londres se ahoga y boquea entre las brumas. A mediados del siglo XIX la amenaza de la pobreza añadió otro incentivo al éxodo. «Nada —señalaba un autor en la *Quarterly Review* en 1850— ha contribuido tanto a alejar a los más prósperos de las moradas de los pobres como el miedo a su suciedad y su falta de salud».

Este movimiento suburbano se desarrolló con más lentitud en las zonas urbanas estrictamente industriales, donde la vegetación ahogada por el humo crecía con dificultad, en las que parques y jardines potenciales eran aprovechados como basureros y donde, de hecho, la acumulación de chimeneas de fábricas producía emanaciones suficientes para corromper todo el interior de un país. Pero el suburbio prosperó en torno a la ciudad con una población más mezclada, con sus infiltraciones de aristocracia rural y de gente acomodada; y con el tiempo, como ocurrió en Edgbaston, en Birmingham, abarcó a los más curtidos Bounderbys y Gradgrinds.[9] Al

9 Personajes de Dickens, símbolos de los rasgos más grotescos de la ascendente burguesía industrial. *(N. del t.)*

principio, no cabe duda, las posibilidades de vivir en los suburbios estaban limitadas a los que, como el padre de John Ruskin, podían hacer alarde de un caballo, un coche y un cochero, o que, por lo menos, podían pagar el costoso viaje colectivo en el coche público; pero, a fines del siglo XVIII, en Londres —y luego, por supuesto, en otras partes—, un nuevo entorno estaba modelándose en las afueras: Barnes, Saint John's Wood, Hampstead, y más tarde Bedford Park, Putney y Hammersmith. Los ferrocarriles y los transportes metropolitanos en masa contribuyeron únicamente a extender la base económica de un movimiento que se había iniciado entre las clases altas mucho antes de su invención.

Por un tiempo el trazado de las calles de estos nuevos distritos de villas siguió siendo regular y apenas diferente del de la parte central de la ciudad. Un primitivo suburbio victoriano tenía pocos rasgos característicos en su orden formal, excepto la amplitud del espacio destinado a jardines, e incluso en esto no difería de las nuevas instalaciones de un lugar de descanso independiente y de retiro de jubilados como Malvern. Las casas eran las habituales casas urbanas espaciosas, de plantas regulares, a menudo cuadradas, y con cuartos de techos altos: villas siguiendo el estilo de Palladio, cuando el gótico o bien —en los Estados Unidos— los templos seudogriegos, remedaban la dignidad marmórea en medio de una extensión de césped como no la hubo nunca en Grecia. Pero a mediados del siglo XIX el impulso romántico de la arquitectura paisajista comenzó a influir en la arquitectura general y en el urbanismo, favoreciendo lo «natural», es decir, lo espontáneo, lo accidental, lo caprichoso y silvestre. Los nuevos urbanistas aplicaron el principio del *laissez faire* tanto al entorno como a los edificios de los hombres. El orden romántico era una rebelión contra el orden: un alivio de las exigencias implacables de una rutina diaria, monótona y excesivamente reglamentada. Esta exageración del capricho y la espontaneidad, con su rechazo de los tradicionales elemen-

tos orientadores y de las disciplinas artesanales, llegó, por último, hasta el dominio de la educación de los jóvenes.

El artista romántico prefería una tosca originalidad a un pulcro conformismo, aun cuando esa tosquedad solo fuera tolerable colectivamente mediante una absoluta separación especial del resto de la comunidad. Solo en el parque paisajista podrían ser llevados hasta su límite ideal estos principios de lo deliberadamente accidental y de lo intencionalmente extravagante; de modo que la nueva forma del suburbio pasó a ser la de edificios dispersos en un parque. En todo sentido, el parque precedió a la nueva forma urbana y le dio ciertas características que nunca antes se habían deseado o ideado. Esta libertad abrió el camino para nuevas invenciones. En su sistema de circulación, el Central Park de Olmsted y Vaux era superior a cualquier convencional plano urbano bidimensional; pues el hacer uso, siempre que les fuese posible, de pasajes subterráneos y aéreos, proporcionó cuatro redes de tráfico independientes: caminos para peatones, caminos de herradura para jinetes, calzadas para coches y calles transversales para el tránsito urbano. Por sus disposiciones para una circulación sin obstáculos y cruces seguros, este plan hizo una contribución incomparable al urbanismo.

En cumplimiento de principios románticos, deliberadamente se quiso dar más naturalidad a la casa suburbana, al terreno y al jardín. La calle evitó las líneas rectas, incluso allí donde la naturaleza no ofrecía curvas: podía torcerse para salvar un árbol o incluso para preservar los contornos robustos de una ladera. A fines del siglo xix este impulso de respeto a la naturaleza llevó a tratar variaciones secundarias de contorno como líneas orientadoras definitivas, en beneficio de la irregularidad que producían: un reproche exagerado a la onerosa práctica de los ingenieros municipales, que consistía en hacer caso omiso de ellas por completo.

Ahora bien, ocurre que a menudo las formas naturales simples son menos costosas que sus sustitutos mecánicos: esto constituía un descubrimiento nada desdeñable, en una época que prefería las verjas de hierro a los cercos de ligustro, el pavimento al césped o las flores de papel y de cera a las que crecían en la tierra. Esto sigue siendo digno de ser recordado en nuestra época, ahora que los arquitectos trazan sus edificios sin prestar atención a la orientación, la vista o el «microclima» con el objeto de justificar un sistema de aire acondicionado mecánicamente complejo, y que encierran herméticamente sus construcciones entre paredes de vidrio y ventanas venecianas que eliminan todos los valores higiénicos derivados de la luz solar directa y del aire naturalmente puro.

En contraste con el espurio «romanticismo de la máquina» actual, los arquitectos y urbanistas del primer movimiento romántico eran más científicos y racionales. Como en el plano suburbano se economizaba en materia de instalaciones mecánicas, quedaba espacio para funciones más vitales. La casa suburbana estaba a menudo orientada conscientemente en busca de la luz solar, de las brisas de verano, de una vista; en tanto que las plantaciones de árboles y matorrales servían como protecciones contra el viento para el jardín y la casa. Por respeto a todo un conjunto de intereses biológicos y domésticos, la vivienda suburbana alcanzó una nueva forma, más en armonía con la vida familiar en todas sus etapas de desarrollo.

En realidad, del suburbio salió una nueva arquitectura doméstica, orgánicamente en armonía, tanto por su función como por su imagen, con la vida que se desarrollaba en su interior y con el paisaje que la rodeaba: casas y jardines que llevaron a una perfección consciente las virtudes tradicionales de la granja, pero con el añadido de nuevas instalaciones que solo son posibles en nuestra época. Al economizar en pavimento, aceras, altas paredes de mampostería, calles y avenidas innecesariamente anchas, el di-

señador suburbano ahorró dinero para árboles, jardines, bosques y campos de juego. Al instalar las casas en manzanas de muchas hectáreas, entre dos y cinco veces mayores que las manzanas urbanas corrientes, la nueva densidad residencial suburbana de una a treinta casas por hectárea, se mantuvo, en parte, gracias al propio plan. Desde H. H. Richardson hasta Frank Lloyd Wright las expresiones más elegantemente originales de la forma moderna se lograron en la casa suburbana.

En estos nuevos suburbios las clases medias resolvieron el problema de la creación de un ambiente urbano favorable para la salud y la educación de los niños como nunca antes había sido resuelto, excepto en la villa rural o en la aldea, casi igualmente abiertas. Por sí sola, la apertura del espacio constituyó una parte fundamental de la solución. Pero el cambio de escala y la dispersión de las construcciones planteó un viejo problema rural, el del aislamiento; y para alcanzar cierto grado de ventaja social, aumentó la necesidad del transporte privado en vehículos, ya que, una vez más, la dispersión misma de las viviendas hacía prohibitivo todo sistema de transporte público para tramos cortos.

Al final, cuando el crecimiento suburbano ya no encontró trabas, el plano abierto convirtió en necesidad imprescindible la locomoción rápida y un extravagante sistema vial, a expensas de la mayor parte de las demás cualidades que, inicialmente, hicieron atrayentes los suburbios. Así, al superar las dificultades de la ciudad superpoblada y excesivamente dilatada, el suburbio demostró que era una solución provisional, a la par que costosa. No bien la pauta suburbana se universalizó, las virtudes de que se jactaba en un comienzo empezaron a desaparecer.

Mientras que el suburbio siguió siendo un anexo conveniente de la ciudad, el papel que desempeñó, aunque momentáneo, fue a menudo saludable. Pero ya desde temprano, la popularidad

del modo de evasión minó algunos de los resultados que aspiraba a obtener, sobre todo en lo tocante a la intimidad y privacidad. Lo que Francis Parkman dijera con respecto a la marcha de los pioneros hacia el Oeste resultaba igualmente aplicable a los suburbios: «Los hijos de la civilización, atraídos por la fascinación de una vida más novedosa y audaz, se encaminaron en tropel a las espesuras del Oeste y sus multitudes mismas echaron a perder el encanto que los había atraído». Esa forma de plaga suburbana fue visible desde temprano. Los valores inmobiliarios subieron en las zonas recién invadidas, una vez que hubo acceso a ellas por los ferrocarriles: cuanto mejores eran los servicios de transporte, más elevadas resultaban las tasaciones y más dilatado el anillo suburbano. A medida que la ciudad se movía hacia los suburbios, la nota rural se desvanecía; y llegó un momento en que el suburbanita no tuvo las ventajas ni de la sociedad ni de la soledad. Ya en el siglo XIX eran evidentes las debilidades sociales de los suburbios: se pagaba un alto precio por el aire fresco.

Pero hubo un momento en que las libertades compensatorias del suburbio hicieron pensar que suponían la respuesta a los problemas crecientes de la ciudad creciente: si no se podía conquistar la ciudad, por lo menos podía escaparse de ella. Si no más, el suburbio constituía una protesta contra la inevitabilidad de lo inevitable. J. M. Richards, en su nostálgico *jeu d'esprit* de tiempos de guerra, *Castles on the Ground*, hizo justicia tanto al estado de ánimo como al producto: la soñadora e imprevisible arquitectura suburbana, la súbita elevación de un gablete, la combadura de un mirador o de una torre, el chisporroteo de una cháchara llena de errores gramaticales en un habla extranjera, la erupción de un oasis de rocas tapizadas de flores en medio del césped satinado, excursiones baratas a tierras distantes o a otras épocas. ¿Qué eran todas estas ingeniosas exhibiciones domésticas, sino el servicio que

los suburbios prestaban a «cada cual según su humor»?[10] Dickens caricaturizó todas estas extravagancias privadas en *Grandes esperanzas*, al presentar al Old'Un, el viejo padre del señor Wemmick, con su casa con torreones, foso y puente levadizo, y una salva a la puesta del sol con un cañón de juguete. Pero algo que se había perdido en la ciudad estaba reapareciendo aquí en una forma inocente: la capacidad de vivir una vida imaginaria, más próxima a la esencia íntima de uno, que la que impone la rutina cotidiana.

Así, en su forma primera, el suburbio reconoció las variedades del temperamento humano, la necesidad de cambio, contraste y aventura; y, sobre todo, un entorno que responda visiblemente a los esfuerzos personales, como responde hasta el más modesto jardín. Aquí nada parecía demasiado absurdo y todo se intentaba en materia de arquitectura y jardinería: prácticamente no había nada que fuera demasiado privado o neurótico como para que no pudiera expresarse de forma abierta. El capricho doméstico compensa el rigor productivo y la monotonía utilitaria.

En suma: el primitivo suburbio romántico constituyó un esfuerzo de la clase media por encontrar una solución privada para la depresión y el desorden propios de la metrópolis degradada: una efusión del gusto romántico, pero también una evasión de la responsabilidad cívica y de la previsión municipal. Los instintos que promovieron este éxodo eran válidos: atrapados en el nuevo naufragio urbano, la vieja voz de orden: «Las mujeres y los niños primero» tenía sentido. La vida estaba realmente en peligro en este nuevo medio urbano del industrialismo y el comercio, y toda prudencia aconsejaba huir, con todas las pertenencias, como Lot y su familia habían huido del bochornoso infierno de Sodoma y Gomorra. Pero, por desgracia, esta sensata consigna no se aplica-

---

10 Referencia a la obra *Every Man in his Humor*, del dramaturgo isabelino Ben Jonson. *(N. del t.)*

ba a las mujeres y a los niños de la clase obrera, pese a las muchas esperanzas formuladas por voces piadosas a mediados del siglo XIX, por quienes pensaban que los billetes baratos y los trenes especiales para obreros resolverían en seguida el problema de la vivienda de los pobres y permitirían a todos pasar parte del día en un ambiente rural. Y lo que aún es más desgraciado es que, a medida que la clase media baja siguió el éxodo, acarreó consigo su ambiente deprimente, aunque respetable.

Para la minoría afortunada, el suburbio satisfizo las necesidades de la procreación y el cuidado de los niños: el predominio femenino en esta comunidad, durante el día, estableció una suerte de retorno al matriarcado arcaico, con un espíritu más juguetón y descansado. Aparentemente, por un tiempo, los suburbanitas tuvieron una mano levantada sobre su destino: la enfermedad, el desorden, la prostitución, el delito y la violencia eran cosas que quedaban lejos, en una metrópolis emponzoñada. Pero solo parte de la vida tenía lugar aquí: todas esas fuerzas promotoras y generadoras, todas esas tensiones y luchas dialécticas que hicieran excitante y significativa la vida concreta en la ciudad, quedaban ahora relegadas a las novelas. Lo que hacía falta no era un plano que acentuara más el aislamiento de la ciudad, sino una vuelta al núcleo original, con un nuevo método para contener y distribuir sus grandes números, de modo que, en el corazón mismo de la ciudad, se perpetuaran de forma más adecuada y duradera los logros del suburbio.

Si consideramos el suburbio en sus mejores manifestaciones, proporcionó el escenario de un parque a la vivienda familiar y a todas las actividades domésticas asociadas con ella. En la cocina, en el jardín y en el taller podían ahora llevarse a cabo, como un alivio de la rutina colectiva de la ciudad —sombría, monótona, encerrada—, todas esas actividades que antaño habían sido las exigencias de la vida rural. Durante un breve lapso, viejos hábitos

urales se abrieron camino hasta los suburbios, de modo que Rus-in, por ejemplo, no solo recordaría el marco rural de la casa de sus adres en Denmark Hill, sino también los generosos huertos de ortalizas, el caballo y el establo, e incluso los pollos y lechones que nriquecían la mesa. Se trataba, en efecto, de una reproducción co-oreable de la anterior cultura de la casa de campo, pero con excur-iones diarias a la ciudad, en vez de una escapada por estación.

Comenzando como mecanismo de escape, el suburbio se ha onvertido en su opuesto mismo. Aparte de unas cuantas activida-les residuales de aficionado en el jardín, el taller y la cocina, todo o que queda del impulso inicial hacia la autonomía y la iniciati-a es el acto de conducir el automóvil privado; pero esto mismo onstituye una condición obligatoria e ineludible de la existencia uburbana; y astutos ingenieros ya amenazan con eliminar el con-rol individual mediante un sistema automático. El costo actual e esta forma de «libertad» en los Estados Unidos —cuarenta mil nuertos y más de un millón de personas heridas o mutiladas para iempre, año a año— debe deducirse en parte de la columna del ctivo del movimiento suburbano.

. El modo de vida suburbano

n el comienzo, el suburbio fue la expresión de un nuevo modo e vida, menos esforzado, menos reglamentado, menos estéril menos formal en todos los sentidos que los centros urbanos rientados hacia la producción; y a medida que se ha ido acen-uando el consumo, en virtud de nuevos triunfos en materia de roducción, este nuevo modo de vida ha tendido a tornarse más niversal y ya no es una mera expresión de descontento frente a la iudad desordenada; pues hasta minúsculas ciudades históricas, omo Villeneuve-les-Avignon, tienen hoy su orla suburbana.

Por la naturaleza misma de la retirada se podría identificar al suburbio a través de toda una serie de características sociales conexas. Y en primer lugar, por ser una comunidad segregada, apartada de la ciudad, no solo en el espacio, sino por la estratificación de las clases: una especie de gueto dedicado a la élite. El relamido espíritu victoriano —«solo nos juntamos con los nuestros»— está en la base de la concepción del suburbio y la opone a la ciudad; pues la ciudad es, por su naturaleza misma, un ambiente indiferenciado y multiforme. A decir verdad, puede darse el caso de que pequeños grupos formen islotes sociales dentro de una ciudad, como las diversas tribus tendían a hacerlo en las primeras ciudades del Islam, o también como personas procedentes de una aldea griega o polaca pueden constituir nidos colectivos momentáneos en una misma manzana de Chicago o Nueva York. Pero la metrópolis era una mezcla de gentes que procedían de diversos lugares, trabajaban en diferentes ocupaciones, se encontraban con otras personalidades, reuniéndose y mezclándose, cooperando y chocando entre sí, los ricos con los pobres, los orgullosos con los humildes.

Excepto cuando el suburbio abarcaba un núcleo inicial de pequeña villa, tendió a conservar el carácter de comunidad de una sola clase, con un margen suficiente de comerciantes y sirvientes que lo mantuvieran en funcionamiento, estando a menudo estos últimos condenados a recurrir a la metrópolis central como dormitorio. En la práctica, la segregación equivale a la asociación compulsiva o, por lo menos, a la cohabitación; pues, si queda alguna opción, esta se halla fuera de la comunidad inmediata. A esto se debe que la gran libertad residual del suburbanita sea la de la locomoción. En cuanto a los estímulos estéticos e intelectuales, el suburbio sigue dependiendo de la gran ciudad: el teatro, la ópera, la orquesta sinfónica, la galería de arte, la universidad y el museo ya no forman parte del entorno cotidiano. El problema de

restablecer vínculos, sobre una base regional y ya no metropolitana, constituye uno de los principales problemas del urbanismo en nuestra época.

El suburbio no se limitó a mantener a distancia las empresas más activas, más sucias y más productivas, sino que también alejó las actividades creativas de la ciudad. Allí la ciudad cesó de ser un drama, lleno de desafíos, tensiones y dilemas imprevistos: se convirtió en un ritual insulso de derroche competitivo. «La mitad de sus dificultades —escribía Rudyard Kipling a William James en 1896— es la maldición de los Estados Unidos: el puro tedio, desesperanzado y bien ordenado; y eso va a llegar a ser algún día la maldición del mundo». Kipling puso ya muy pronto el dedo en la llaga del modo suburbano de vida.

Así, los auténticos beneficios biológicos del suburbio se veían minados por sus defectos psicológicos y sociales: sobre todo, la irrealidad de su retiro. En la ciudad, los pobres salían en manifestación; los mendigos extendían sus manos en la calle; las enfermedades se propagan rápidamente de los barrios pobres a las residencias de la gente acomodada a través de los chicos de los recados, las lavanderas, las costureras y otros miembros necesarios del personal doméstico; la vista, a menos que se la desviara cuidadosamente, podía descubrir, en un paseo de cinco minutos en cualquier dirección; un tugurio, o por lo menos un muchacho procedente de allí, sucio y harapiento.

Hasta en los días de apogeo de Coketown, los espíritus sensibles e inteligentes no podían permanecer largo tiempo en un medio tal sin unirse para hacer algo que mejorara las cosas: así, pronunciarían discursos e iniciarían agitaciones públicas, celebrarían reuniones y organizarían desfiles, redactarían demandas y asediarían a los legisladores, extraerían dinero de los ricos y prestarían ayuda a los pobres, fundando cocinas populares y casas perfeccionadas, obteniendo la aprobación de leyes sobre la vivien-

da y adquiriendo tierra para parques, estableciendo hospitales centros de salud, bibliotecas y universidades, en las que la com nidad entera desempeñaba una parte y obtenía un beneficio.

En el suburbio, en cambio, uno podía vivir y morir sin est pearse la imagen de un mundo inocente, excepto cuando algu sombra de su mal caía sobre una columna del periódico. Así, suburbio servía como asilo para conservar la ilusión. Allí la c mesticidad podía florecer, olvidándose de la explotación que e en gran parte, su propia base. Allí la individualidad podía prosp rar, ajena a la reglamentación que reinaba más allá. No se trata tan solo de un ambiente centrado en el niño: era un ambier basado en una concepción pueril del mundo, en el que se sacr caba la realidad al principio del placer.

Como tentativa de recuperar lo que faltaba en la ciudad p dría justificarse ampliamente el éxodo suburbano, puesto que preocupaba por necesidades humanas primordiales: Pero hal otro aspecto: la tentación de apartarse de las realidades desagrad bles, de rehuir los deberes públicos y de encontrar el significa entero de la vida en el grupo social más elemental, la familia incluso en el individuo, aún más aislado y centrado en sí mism Lo que en realidad era un comienzo se consideraba un fin.

En muchos lugares puede ponerse fecha al giro hacia la cuidad juguetona y la irresponsabilidad cívica. En una conver ción privada, el gran juez Brandeis me señalaba que recordaba época, a finales del siglo xix, en que los ciudadanos adinerados Boston les decían a sus hijos, cuando estos llegaban a la madur «Para ti lo único que hay en Boston son enormes impuestos y d gobierno político. Cuando te cases, busca un suburbio y hazte u casa allí, entra en el Country Club y haz girar tu vida alrededor club, el hogar y los hijos».

El consejo fue muy seguido, no solo por los patricios de B ton y Filadelfia sino también por sus equivalentes, en much

otras grandes ciudades del mundo occidental. Si bien, por una parte, el resultado fue una vasta dispersión de suburbios para las clases altas en la primera y la segunda oleada de derrame metropolitano, por otra parte este éxodo apresuró también la corrupción interna de la ciudad y colaboró en su destrucción.

Solo como guardería infantil resultó el suburbio un ambiente más adecuado, en especial en los primeros días del suburbio ferroviario, cuando cada población estaba rodeada por un ancho cinturón de bosques y campos. Allí los niños podían jugar tranquilamente, sin necesidad de vigilancia; y alrededor de las escuelas suburbanas había un espacio para juegos tan amplio que se convirtió en el requisito ideal para todas las escuelas futuras: espacio para pistas de tenis y de croquet, para el cricket o el béisbol, el fútbol o los bolos. Emerson había señalado claramente estas ventajas en su *Diario* en 1865: «No hay policía más eficaz que una buena colina y un vasto prado en las proximidades de una aldea, donde los muchachos pueden correr, jugar y gastar sus energías superfluas». El suburbio estableció este espacio para juegos como una parte fundamental de la ciudad, que no sería desalojada, a pesar de los altos precios de la tierra. Esto constituye una contribución perdurable.

Pero, demasiado pronto, al separarse de la ciudad, la parte se convirtió en sustituto del todo, así como una sola etapa de la vida, la infancia, se convertía en el modelo de las siete edades del hombre. A medida que los ocios aumentaban en general, el juego se convertía en la ocupación seria de la vida; y el campo de golf, el Country Club, la piscina y el guateque también se convertían en las falsificaciones frívolas de una vida más variada y profunda. Así, al reaccionar contra las desventajas de la ciudad congestionada, el propio suburbio se convirtió en una comunidad excesivamente especializada, cada vez más entregada al descanso y el juego como fines en sí mismos. Pronto el juego obligatorio pasó a ser la alternativa aceptable del trabajo obligatorio, y con escasos

beneficios en cuanto a libertad o estímulo vital. En consecuencia, los dos modos de vida se mezclaron entre sí, pues tanto en el suburbio como en la metrópolis, la producción en masa, el consumo en masa y la recreación en masa produjeron un mismo tipo de ambiente *standard* y desnaturalizado.

Hasta los niños sufrieron las consecuencias de esta transformación de la comunidad entera en un mero parque de diversiones, pues una comunidad tan segregada, compuesta por estratos económicos segregados, con pocos contactos diarios visibles con la realidad del mundo laboral, imponía una excesiva carga educativa a la escuela y a la familia. La más mínima aldea donde la gente todavía cultiva la tierra, pesca y caza, la más grisácea ciudad industrial cuya población aún se dedica a empresas productoras fundamentales, tiene posibilidades educativas de las que carece el suburbio. Al final, cada vez se redujeron más las diferencias funcionales entre el suburbio contemporáneo y la gran ciudad, ya que en estos medios, aparentemente tan diferentes, la realidad ha ido reduciéndose progresivamente a lo que se filtra a través de la pantalla del aparato de televisión.

Pero tanto la infancia como el suburbio son etapas de transición: por lo cual una comunidad urbana bien planeada debe disponer de un lugar para otras etapas de la vida y otros modos de vivir. Un suburbio universal es una pesadilla casi equivalente, desde un punto de vista humano, a una megalópolis universal: y, no obstante, nuestro actual crecimiento urbano, fortuito o mal orientado, ha tendido incesantemente hacia esa proliferante vacuidad. Un trazado a gran escala de autopistas, aeródromos, lugares de estacionamiento y campos de golf envuelve un modo de vida a pequeña escala, y que cada vez se encoge más.

Pero, en su esfuerzo inicial, cuando el suburbio se acercó más a la meta romántica, hizo una aportación positiva a la concepción naciente de la ciudad como ambiente mixto, con una trama

entretejida con la del campo; y es necesario, en vez de desecharlas, valorar, adaptar y perfeccionar selectivamente muchas de esas contribuciones. En tanto que el suburbio conservó sus jardines domésticos y el acceso al campo abierto, mantuvo un nivel de higiene y bienestar biológico muy superior al de la sucia y congestionada ciudad.

4. Las pobres ventajas del hacinamiento

En el proceso de hibridación del maíz resulta, a menudo, que una especie achaparrada y aparentemente débil es más productiva, en combinación con otra de características más normales, que dos variedades igualmente bien desarrolladas. Esta extraña fuente de vigor híbrido parece existir igualmente en el caso del suburbio. Lo que constituía básicamente un modo de vida urbana achaparrada, que solo favorecía una función, produjo, en combinación con las oportunidades rurales, toda una serie de mejoras relativas al plan de la ciudad existente.

Por su libre uso del espacio, el suburbio constituía el extremo opuesto de la mayoría de las ciudades históricas de Occidente. En estas encontramos espacios abiertos dispersos, detrás de los edificios y entre ellos, y a veces superficies considerables cultivadas dentro de las murallas. Por su parte, en el suburbio hay edificios dispersos en medio de espacios abiertos; el jardín, el parque, la avenida de árboles, el camino de acceso, forman una continuidad estética. Ya no hay hileras de edificios que formen muros ininterrumpidos ni calles que constituyan pasadizos cerrados: el edificio, divorciado de su estrecha asociación con la calle, queda en el regazo del paisaje y este lo absorbe deliberadamente. Con esta apertura de la densa trama de la ciudad tradicional se produjo un cambio necesario en las dimensiones de la manzana residencial.

A mediados del siglo XIX ya había aparecido la supermanzana suburbana, esa superficie de dimensiones mucho mayores que las de la manzana urbana corriente. El acceso a su interior era facilitado por callejones sin salida o por angostas calles en forma de U y L, destinadas a un uso local limitado. Esta innovación no solo permitió la existencia de grandes jardines y liberó del perturbador tránsito callejero: también permitió economizar en materia de construcción de costosas carreteras. Por otra parte, el diseñador de suburbios, siguiendo los contornos y estrechando los caminos de servidumbre, se evitó desembolsos de capital y de mantenimiento, al mismo tiempo que preservaba el carácter de parque en el ambiente entero. Al parecer, estas innovaciones se produjeron espontáneamente en diversos lugares, pero en forma tan inconsciente y con tan poca apreciación teórica, hasta hace una generación, que resulta difícil fecharlas.

Pese a lo cual no hay en todo el urbanismo del siglo XIX, ni siquiera en las obras que se ejecutaron bajo la dirección de Haussmann, nada comparable por la frescura de la forma y la audacia del diseño de las mejores muestras de los suburbios, desde el Riverside de Olmstead, cerca de Chicago, hasta su Roland Park, cerca de Baltimore, desde Llewellyn Park en Nueva Jersey hasta el soberbio logro de Unwin y Parker, con su Hampstead Garden Suburb, en el que los edificios son parte integrante del diseño entero.

Tan encantador resultaba el medio físico de los mejores suburbios que, durante largo tiempo, distrajo la atención de sus deficiencias sociales y descuidos. Al apartarse del plan corriente en parrilla y de las rentas elevadas de la tierra, al aceptar la colaboración de la naturaleza, en vez de extirpar toda huella de carácter ambiental, los nuevos urbanistas y arquitectos desarrollaron una nueva forma para la ciudad o, por lo menos, el esquema general de una nueva forma. Este logro merece una monografía histórica que aún no se ha escrito y de la que la obra *New Towns for Ame-*

rica, de Clarence Stein, sería un capítulo. Aquí me ocuparé tan solo de las conclusiones generales que pueden extraerse de las mejores prácticas en materia de suburbios.

La idea que parece haber guiado intuitivamente a los más eficaces diseñadores de suburbios tal vez se expuso racionalmente por primera vez en un modesto folleto de Raymond Unwin, titulado *Nothing Gained by Overcrowding*.[II] Unwin comenzaba por examinar la típica calle secundaria inglesa, producto de las más antiguas reglamentaciones municipales de Inglaterra, que establecían las dimensiones mínimas de anchura de la calle, patios, luz de día e instalaciones sanitarias para cada casa; pero, según se vería luego, con disposiciones superfluas en materia de tráfico; una tendencia desgraciada que ha llegado incluso hasta los diseños de vecindarios en las recientes *New Towns* británicas. Unwin demostró que este plan utilitario, aparentemente mezquino, preveía un número extravagante de calles, debidamente pavimentadas para un intenso servicio, a un costo excesivo. Por falta de otros espacios, estas calles de tránsito se convertían en campos de juego de los niños. Unwin mostró, asimismo, que si se reducía el número de calles innecesarias y se dedicaban las superficies correspondientes a jardines internos, por igual precio podía obtenerse casi el mismo número de casas, cada una de ellas con más tierra utilizable para el jardín y con inmediaciones más agradables.

Tal era, en realidad, lo que el planificador de suburbios había hecho con frecuencia. Pero, por lo común, se atribuían al poco precio inicial de la tierra economías que, en realidad, se debían a los bajos costos de desarrollo, debido a la eliminación de aceras, calles demasiado anchas, pavimento innecesariamente pesado y —a veces— evitando los sistemas municipales de desagüe me-

---

II Que hemos traducido en el epígrafe como «Las pobres ventajas del hacinamiento». *(N. del t.)*

diante el uso de pozos negros domésticos, cosa que solo era posible llevar a cabo en las comunidades abiertas, con poca densidad de población. Unwin demostró que la pesadez de los barrios congestionados de Londres, Mánchester, Filadelfia y Chicago, incluso cuando estaban integrados únicamente por viviendas unifamiliares, podría explicarse en parte debido a la mala urbanización que llevaba a derrochar capital en servicios que se reducirían mediante un plan más imaginativo, orientado hacia la satisfacción de las necesidades humanas.

Este análisis tenía también cierto mérito retrospectivo: no solo explicaba el éxito de innovaciones en urbanismo, como eran la supermanzana y el callejón sin salida, sino que también mostraba la eficacia de esos planes monásticos y universitarios, conforme a la pauta medieval —el Temple y el Gray's Inn, en Londres, así como los colegios más antiguos de Oxford y Cambridge—, que habían creado sectores contenidos en sí mismos, apartados del tránsito de vehículos.

Unwin hizo un descubrimiento de primer orden al percatarse de que los agradables espacios abiertos, parques y campos de juego no constituían un lujo propio de las clases altas, sino que podían incorporarse, sin gastos suplementarios, en las urbanizaciones más modestas, con tal de que se ahorrara en servicios públicos innecesarios. Con esto se tenía una receta para hacer florecer el pétreo desierto urbano, siempre que uno no detestara, como el pintor Mondrian, el espectáculo de cosas que crecen en la ciudad. Pero la nueva prescripción no se administraba por sí sola. Para conservar la baja densidad en la tierra abierta hace falta un eficaz control público de la explotación de la tierra, basado en la propiedad nacional o municipal de la misma, o bien la promulgación de normas firmes de densidad de población en zonas urbanizadas para uso residencial, así como el control legal para impedir una edificación privada que carezca de superficies abiertas adecuadas.

Además, las principales corrientes de tráfico directo deben encaminarse alrededor de las zonas residenciales, por caminos que no desempeñen funciones locales. Así, para que resultaran eficaces, las lecciones positivas de la planificación suburbana requerían un tipo de gobierno municipal cuyo desarrollo ha sido lento. Una de las pruebas más categóricas de tal gobierno consiste en que su plan estaría orientado hacia la eliminación del suburbio propiamente dicho y a la organización de nuevas comunidades de carácter más elevado y complejo.

5. El suburbio como unidad vecinal

El hecho de que los suburbios fueran inicialmente comunidades pequeñas y autónomas tuvo también otro efecto sobre su desarrollo: contribuyó a que renaciera una nueva conciencia de algo que se había perdido con el rápido crecimiento de la ciudad: el sentimiento de vecindario. Si nos remontamos hasta sus orígenes, este resulta ser el viejo componente aldeano, tan fundamental para una vida urbana equilibrada como lo son sus centros de cultura superior y de asociación consciente.

En muchas comunidades suburbanas, la ausencia misma de toda estructura de gobierno local promovió la organización vecinal; de modo que Robert Wood, en sus análisis de los suburbios en los Estados Unidos, trabajo curiosamente ambivalente y que se contradice a sí mismo, señalaba con acierto que el suburbio restablecía, en ciertos aspectos, las primeras nociones de participación democrática e iniciativa local. Aunque las asambleas comunales de Nueva Inglaterra habían sido antaño ejemplos concretos de este órgano de asociación cívica, no se lo había incorporado nunca a la estructura política más vasta; y con el crecimiento de la ciudad se había producido, por consiguiente, un paso constante de la comu-

nidad primaria de la familia y el vecindario a asociaciones secunda
rias y selectivas, más intencionales, que velaban por los interese
más especializados del ciudadano, pero no estaban relacionada
con su vida doméstica.

Muy a las claras, durante el siglo pasado, la familia y la aso
ciación vecinal, en gran parte, se convirtieron en hechos residua
les en las grandes metrópolis. El exceso de población, la constant
afluencia de extranjeros, los cambios frecuentes de domicilio, l
ausencia de límites reconocibles o de centros comunales de re
unión, todo esto aminoró los procesos estabilizadores de la vida de
vecindario. No obstante, en ciudades tan unificadas como París
Chombart de Lauwe y sus colegas han mostrado que la vida enter
de una familia de la clase obrera se centra en su «barrio», siend
casi tan arraigada y casi tan inmune a las influencias exteriore
como si se desarrollara en una aldea a cientos de kilómetros de l
Place de la Concorde. Si bien los residentes de un suburbio podía
esquivar los tremendos desafíos políticos que lanza una ciudad e
desarrollo, con frecuencia asumían responsabilidades activas e
sus comunidades locales, aunque solo fuera para asegurarse un
buena provisión de agua o escuelas bien administradas.

En la escala de valores que elaboró el psicólogo Edward L
Thorndike, los suburbios de los Estados Unidos descuellan mu
por encima de las demás comunidades en lo que concierne a cua
lidades deseables, siguiéndolos las ciudades pequeñas, mientra
que las ciudades industriales se encuentran muy al final de la lis
ta. (Por curioso que parezca, las ciudades más grandes ocupan u
puesto intermedio). No cabe duda de que la escala de Thorndik
favorecía, en cierta medida, justamente los rasgos en que sobre
sale el suburbio. Pero en cualquier escala que hiciera caso omis
de las funciones específicas de la ciudad, el suburbio ocuparí
probablemente un lugar destacado.

Algunas de las actividades del suburbio de clase media se debían, sin duda, al grado elevado de instrucción de sus miembros y al tiempo libre, relativamente abundante, de que gozaban las mujeres de la comunidad. Así, estas se aproximan, en términos modernos, a las condiciones exigidas para la ciudadanía en la *polis* griega: ocio, exención de las tareas más bajas e interés en el bien público.

«La villa suburbana surge —según observa Robert Wood— equipada con un electorado limitado, una homogeneidad, un tipo de actitud cívica y una cantidad de ocio tales que tiene la probabilidad de poner en vigor la democracia de ciudad pequeña para más gente y más gobiernos como no ha sido posible en cien años. En una mayoría aplastante, los suburbios son de tamaño relativamente pequeño y su población es manejable, dado su número». Así, aunque el motivo del éxodo suburbano fuera en gran parte escapista, estimulado por los desórdenes morales y la suciedad ambiental de la ciudad, uno de sus éxitos no menos importantes fue de carácter político. En términos políticos, podría definirse el suburbio como un intento por reducir la comunidad urbana funcional a una medida lo bastante pequeña como para que una sola familia la administre.

El suburbio restableció superficialmente el sueño de la democracia jeffersoniana, casi borrado por las proclividades oligárquicas del capitalismo, y proporcionó las condiciones esenciales para su éxito: la pequeña comunidad cara a cara, es decir, constituida por personas identificables entre sí y participantes como iguales en la vida colectiva. En el suburbio, tanto la jardinería como la política eran actividades para aficionados, al alcance de todos. Y en tanto que la comunidad mantuvo su limitación natural de superficie y número de integrantes, siguió promoviendo esta vida vecinal. Por lo tanto, no fue casual que Clarence Perry elaborara el concepto de unidad vecinal tras experimentar las ventajas de un ambiente suburbano bien concebido, como residente

del suburbio modelo de Forest Hills Garden, en Long Island. Lo que hizo Perry fue hacer más explícita, en una estructura mejor definida, la vida que allí le había resultado satisfactoria.

El interés inicial de Perry en el principio vecinal comenzó en el terreno político. Pero se le había adelantado el movimiento de las *Settlement Houses*, el cual proporcionó a los tugurios de ciudades como Londres, Chicago y Pittsburg algo que incluso faltaba en sus mejores sectores: un núcleo social organizador, el cual facilitaba los medios necesarios para trabajar y cooperar en todo tipo de actividad vecinal. Perry fue un líder de este movimiento, que se había iniciado en la ciudad industrial de Rochester, en el Estado de Nueva York, a fin de volver a infundir cierta vitalidad a la vida política norteamericana a través de centros comunales. Él y sus compañeros de tareas esperaban introducir en cada una de las comunidades norteamericanas lo que, al parecer, habían estado a punto de conseguir las nuevas *Settlement Houses*.

El centro comunal constituía un lugar para la discusión, el debate y la acción cooperativa, en lo referente a todos los problemas públicos: su finalidad era restablecer la iniciativa, la autoconciencia y la autodirección en el grupo local, lo cual implicaba un desafío a las fidelidades partidistas, las decisiones unilaterales y el control remoto. Una vez establecido, el centro comunal podía embarcarse en múltiples actividades, como lo habían hecho Toynbee Hall y Hull House, fomentando la participación en el teatro de aficionados, el cultivo de artes y oficios, formando un centro de la vida espiritual y cultural del vecindario, tal como antaño lo fuera la iglesia.

A partir de 1920 la concepción del centro comunal pareció empezar a languidecer como movimiento y parecieron apagarse las esperanzas que suscitó. Pero, en parte, esto se debía a su éxito mismo; pues, en el transcurso de los años siguientes, se había vuelto corriente en Estados Unidos proyectar las escuelas con ins-

talaciones adecuadas para centros comunales de adultos, aprovechables incluso durante la mañana. En cualquier caso, Perry promovió la concepción en su conjunto al proyectar una estructura unificada que resultaría más favorable para las actividades y funciones vecinales, y que aun así intervendría, a diferencia del suburbio, de forma activa en el programa urbano más general.

El principio de la organización vecinal consistía en poner a un paso de distancia todas las instalaciones de que diariamente tenían necesidad el hogar y la escuela, excluyendo de esta zona para peatones las arterias de tráfico pesado por las que circulaban personas o mercancías ajenas al vecindario. Una vez establecida la distancia que se recorre cómodamente a pie como criterio mismo de la comunidad cara a cara, se decidía que ningún campo de juego para los niños de la escuela debía estar a más de medio kilómetro de las casas a las que correspondía; y el mismo principio se aplicó, con variaciones, a la distancia de la escuela primaria y la zona local de comercio. Tanto la población como la dispersión periférica de una comunidad de esta naturaleza estaban limitadas y podrían definirse físicamente por un sistema vial o un cinturón verde, o bien por ambos a un mismo tiempo. Perry fijó la población de este vecindario urbano en unos cinco mil habitantes: el tamaño necesario para proporcionar toda la gama de servicios y dependencias locales, dejando siempre margen para una generosa circulación a través de los límites; pues solo los opositores sectarios de la concepción de la unidad vecinal la consideran algo cerrado herméticamente y destinado a impedir el contacto con el resto de la ciudad. Con su concepción de vecindario, Perry había identificado la célula social fundamental de la ciudad y dejaba establecido el principio del desarrollo celular.

En efecto, con ideas modernas y medios modernos, y sobre todo con conciencia de su arte, Clarence Perry había restablecido uno de los elementos más antiguos de la ciudad, que ya encontra-

mos en la antigua Mesopotamia: el barrio. Pero trasladó el pape
del templo o de la iglesia, como núcleo de atracción, a la escuel
y el centro comunal, e incorporó el campo de juegos y el parqu
como parte fundamental del plan entero, restituyendo así a la ciu
dad algunos de los elementos rurales que aquella había abandona
do de forma excesivamente complaciente. Al restablecer la escal
del peatón y disminuir la cantidad de transporte innecesario, e
plan vecinal se proponía liberar las arterias de tráfico, para su pe
netración más eficaz en zonas más extensas, sin los interminable
tramos de cruce y pérdidas de tiempo que implica una dispersió
fortuita de las instalaciones urbanas.

En tres comunidades diferentes, una de ellas trazada con u
sistema de calles en parrilla, la segunda en una ondulada tierr
agrícola y la tercera en una colina, Henry Wright y Clarence Stei
demostraron el valor de las ideas formuladas por Perry, así com
la posible aplicación universal de esa experiencia que había pro
yectado conscientemente en un nuevo trazado urbano.

A partir de estas aplicaciones concretas se desarrollaron do
nuevas características en materia de planificación. Una de ella
fue la separación entre las avenidas de transporte y los caminos
calles locales, según preconizaba Perry: esta idea fue llevada has
ta su conclusión lógica en Radburn, donde los senderos para lo
peatones y los caminos para vehículos forman dos sistemas inde
pendientes, según se ha indicado anteriormente. La otra fue la de
parque vecinal, ora concebido como un cinturón verde alrededo
del vecindario, según ocurre en gran número de *New Towns* in
glesas, ora como una cinta verde interior que une las superman
zanas, según ocurre en Radburn. En el plan para Chandigarh, Le
Corbusier llevó a cabo sabiamente, con su estilo cartesiano más
sistemático, el plan Radburn, que originalmente concibieron para
esta capital Albert Mayor y Matthew Nowicki. Hasta el presente
aparte de las *New Towns* británicas, se trata de la aplicación más

amplia que haya tenido la concepción del desarrollo celular del vecindario en un plan urbano orgánico y unificado.

Así, una de las más notables innovaciones del urbanismo moderno procede directamente de innovaciones físicas y sociales que se hicieron en la planificación inicial del suburbio romántico. Y contribuyó a popularizar el movimiento suburbano el deseo de este ambiente más apropiado para las actividades domésticas, en especial las de una familia en desarrollo, con las actitudes personales que solo son viables en una comunidad pequeña. Por desgracia, el mismo suburbio ha perdido las condiciones que conservaban el paisaje a su alrededor y permitían la asociación espontánea y las empresas colectivas. Lo que el suburbio conserva en la actualidad, en gran parte son sus debilidades originales: el esnobismo, la segregación, la aspiración a escalar socialmente y la irresponsabilidad política.

En un estudio llevado a cabo en Boston recientemente, se comprobó que solo un residente de sexo masculino de cada tres invierte algún tiempo en actividades comunales o cívicas en su suburbio residencial y que, asimismo, el ciudadano no participa activamente en su asociación profesional o comercial. En efecto, el suburbanita renuncia a las obligaciones de la ciudadanía por ambos extremos, y cuanto más se aleja del centro, más disociado se vuelve. Ni el vecindario ni la ciudad dan cohesión al suburbio de la «era del automóvil». Los centros suburbanos de tiendas, las fábricas, oficinas comerciales e institutos de investigación suburbanos proporcionan un mínimo de elementos para la asociación, en tanto que imponen, en virtud de su distribución fortuita, un máximo de esfuerzos, tanto si a estos se los cuenta en tiempo, kilómetros o costo.

Estas partículas veloces son la radiactividad de la explosión metropolitana. Ya ni el imán urbano ni el receptáculo urbano las mantienen unidas; son, más bien, emblemas de la «ciudad que

desaparece». Pero este movimiento a partir del centro no entraña una esperanza ni una promesa de vida en un nivel más elevado. Así como nuestro universo tecnológico en expansión aparta cada vez más nuestra existencia diaria de su centro humano, el universo urbano en expansión también aleja cada vez más sus fragmentos separados de la ciudad, dejando al individuo probablemente más disociado, solitario y desvalido que nunca. La movilidad obligatoria proporciona menos oportunidades para la asociación, y no más, que la estabilidad obligatoria que era propia de la ciudad amurallada.

Lo que se inició como una huida de la ciudad, por parte de las familias, se convirtió en una retirada más general que ha producido, más que suburbios independientes, un cinturón suburbano que se dilata. Mientras que las grandes instituciones de la metrópolis se han vuelto perfectamente organizadas, mediante el control burocrático a gran escala, la contabilidad mecanizada y el control financiero centralizado han esparcido sus fragmentos —grandes tiendas, hoteles, oficinas de seguros, laboratorios y bancos— por todo el panorama metropolitano: a veces, manifiestamente, para abreviar la distancia al trabajo de los propietarios y administradores. En sí mismo esto equivale a reconocer que el tedioso recorrido diario al trabajo no solo se ha tornado intolerable, sino también innecesario. Por desgracia, la suma de todas estas dispersiones no produce una nueva constelación urbana. Si bien potencialmente proporcionaban los elementos para un nuevo tipo de ciudad con muchos centros, administrada a escala regional, hasta ahora su efecto ha consistido en corroer y minar los antiguos centros, sin formar una pauta de suficiente coherencia como para seguir desempeñando sus funciones culturales esenciales, en un nivel más o menos comparable al de antes. Dentro de una generación, cuando pierdan el ímpetu que ahora les viene de la ciudad histórica, el perjuicio consiguiente será grave. Libradas a su propio juego,

como ya lo demuestra Los Ángeles, estas fuerzas destruirán automáticamente la ciudad.

6. Línea férrea, cinturón verde y proliferación automovilística

Los suburbios construidos entre 1850 y 1920 debieron su existencia fundamentalmente al ferrocarril, si bien los más próximos al centro de la ciudad estuvieron a partir de 1895 también en deuda con el tranvía eléctrico y el tren subterráneo. A veces, los especuladores en bienes raíces promovían el medio de locomoción rápido pero, con la misma frecuencia, eran los magnates de la energía eléctrica y los transportes —como los Van Sweringens en Cleveland (Shaker Heights) e Insull en Chicago (Niles Center)— quienes promovían los suburbios. La audaz iniciativa de Frank Pick como director principal del London Underground contribuyó no poco al desarrollo suburbano de Londres en el siglo xx.

El primer tipo de suburbio, más dependiente del ferrocarril, gozaba de una especial ventaja que solo pudo apreciarse plenamente una vez que hubo desaparecido. Estos suburbios, tendidos a lo largo de una vía férrea, eran discontinuos y estaban debidamente espaciados; y sin la ayuda de legislación alguna, su población, lo mismo que su superficie, era limitada, ya que los más extensos solo llegaban rara vez a los diez mil habitantes y estaban más generalizados los de menos de cinco mil. En 1950, por ejemplo, Bronxville, en el Estado de Nueva York, típico suburbio de las clases altas, tenía 6.778 habitantes, en tanto que Riverside, en Illinois, fundado ya en 1869, solo tenía 9.153.

El tamaño y la escala de los suburbios de la unidad vecinal no eran del todo el resultado de su planificación abierta, que favorecía las bajas densidades. Como contaban con los servicios de

una línea férrea, cuyas paradas estaban separadas entre sí por distancias de cinco a ocho kilómetros, había un límite natural para la expansión de cualquier comunidad. Era necesario que las casas estuvieran situadas «a una corta distancia que se recorriera fácilmente a pie desde la estación del ferrocarril», como señalarían los prospectos de publicidad, y solo quienes tenían la fortuna necesaria para permitirse el lujo de un coche o un caballo se atrevían a adentrarse más a campo abierto.

Debido a sus estaciones espaciadas, el suburbio de ferrocarril no pudo expandirse ni aumentar excesivamente el número de sus habitantes, y un cinturón verde natural, que a menudo todavía hoy se cultiva en forma de huertas, subsistió entre los suburbios y aumentó la superficie disponible para la recreación. De vez en cuando, en unas pocas zonas afortunadas como Westchester, entre 1915 y 1935, cada avenida ajardinada, como la Bronx River Parkway, acompañada por una franja continua de parque para los peatones, libre aún de una corriente constante de tráfico metropolitano, aumentaba la perfección del conjunto suburbano. Con prescindencia de lo que se pueda decir en cuanto a las desventajas sociales, este constituía, en muchos aspectos, un medio físico idílico. Pero duró menos de una generación.

Posiblemente fue la existencia misma de estos cinturones verdes naturales, que aislaban las comunidades suburbanas pequeñas, autónomas pero estrechamente ligadas entre sí, lo que inspiró al economista inglés Alfred Marshall a sugerir para su país, en 1899, «un impuesto nacional sobre el aire fresco», como medio para asegurar la existencia permanente de cinturones verdes entre las poblaciones. «Necesitamos —observaba Marshall— aumentar los campos de juego en medio de nuestras ciudades. Necesitamos, asimismo, impedir que una población se prolongue hasta otra o que invada una aldea vecina; necesitamos mantener

franjas rurales intermedias para las granjas, por ejemplo, al igual que campos públicos de esparcimiento».

Consejo más oportuno y perspicaz no pudo habérseles brindado a los gobiernos municipales: de hecho, pasado más de medio siglo, todavía es oportuno y mucho más urgente. Que no fuera seguido inmediatamente por los urbanistas y funcionarios municipales, que aún diste mucho de ser apreciado y aplicado en la mayor parte de los centros urbanos en desarrollo, es un baldón para dichas profesiones y para nuestra inteligencia cívica colectiva (el movimiento de las *New Towns*, en Inglaterra, y la política previsora seguida en unas pocas ciudades notables, como Róterdam, Ámsterdam y Estocolmo, contrasta con la trágica incapacidad de Nueva York para proteger a Westchester y Long Island, o de San Francisco, para proteger la Bay Region, y más todavía los viñedos y los huertos de Santa Clara Valley: esto, por señalar dos tristes ejemplos entre docenas y docenas).

Si se hubiera escuchado con prontitud el consejo de Marshall se podría haber operado un cambio radical en la pauta urbana al adoptar una legislación apropiada en materia de distribución en zonas y de la tierra, y previendo lo necesario para la adquisición, a gran escala, de tierra pública para la urbanización siempre que se produjera una novedad en materia de construcción de carreteras principales. No solo habría sido posible impedir la consolidación y extensión de vastas masas de viviendas suburbanas y subsuburbanas sino que también podríamos haber adoptado medidas positivas para la modelación de una forma más orgánica a escala regional, que estuviera en armonía con nuestros medios modernos de transporte y comunicación.

En vez de crear la ciudad regional, las fuerzas que inyectaban automáticamente carreteras, autopistas y urbanizaciones en el campo han producido la exudación urbana informe. Quienes

recurren a la magia verbal para convertir estos conglomerados en entidades orgánicas no hacen otra cosa que engañarse a sí mismos. Hay que hacer caso omiso de la naturaleza compleja de la ciudad para llamar Megalópolis a la masa resultante, o sugerir que el cambio en la escala espacial con el transporte veloz basta por sí solo para producir una forma urbana nueva y mejor. El actual entrelazamiento de tejido urbano que muchos sociólogos interpretan como una fase final del desarrollo urbano en realidad no es una nueva especie de ciudad sino una anticiudad. Y lo mismo que sucede en el caso del concepto de antimateria, la anticiudad aniquila a la ciudad siempre que choca con esta.

Lo que le ha ocurrido al suburbio ya es cosa que pertenece a los anales históricos. No bien el automóvil se popularizó, la escala pedestre del suburbio desapareció, y con ella casi toda su individualidad y su encanto. El suburbio dejó de ser una unidad vecinal: se convirtió en una masa difusa, de poca densidad, envuelta por la conurbación y envolviéndola a su vez. Para lograr su propio tipo de perfección semirrural el suburbio necesitaba su misma pequeñez, así como también necesitaba su escenario campestre. Cuando se superó el límite, el suburbio dejó de ser un refugio respecto de la ciudad y pasó a formar parte de la metrópolis ineludible, *la ville tentaculaire*, cuyos distantes espacios abiertos y parques públicos eran, en sí mismos, nuevas manifestaciones de la ciudad congestionada. Este hecho no dejará de ser exacto por más que el transporte de retropropulsión acerque tanto una zona situada a dos mil kilómetros, como hoy lo está una zona situada a cien kilómetros. Porque cuando se conquista espacio también se aumenta la población a la que ese espacio distante es accesible. La ganancia neta en perspectiva es considerablemente inferior a cero.

En tanto que la estación de ferrocarril y las distancias de andar a pie controlaron el crecimiento suburbano, el suburbio tuvo una forma. La misma concentración de tiendas e instalaciones de

estacionamiento en las proximidades de la estación de ferrocarril en los mejores suburbios promovió incluso una nueva clase de zona comercial, más concentrada que el mercado lineal a lo largo de una avenida. Se trataba de un prototipo espontáneo del centro comercial suburbano, cuyas comodidades para el estacionamiento de vehículos lo colocaban en posición ventajosa con respecto a los establecimientos urbanos más centrales, una vez que el coche privado pasó a ser el principal medio de transporte. Pero el automóvil no se ha contentado con suprimir los límites primitivos y destruir la escala pedestre. O bien ha duplicado el número de coches que son necesarios por familia o bien ha convertido al ama de casa suburbana en un chófer de dedicación exclusiva.

Estas obligaciones se hicieron aún más imperativas en razón de que el advenimiento del automóvil fue acompañado por la destrucción deliberada del sistema de transportes eléctricos (por raíles). En las partes más urbanizadas de los Estados Unidos el transporte eléctrico, a menudo con su propio derecho privado de vía, al igual que el ferrocarril de vapor, alcanzó promedios de velocidad muy superiores a los de los actuales autobuses. En vez de servir como complemento del transporte público por raíles, el automóvil privado se convirtió, en buena medida, en un tosco sustituto de aquel. En lugar de mantener un sistema complejo de transportes, que ofrecieran diversas opciones en materia de ruta y de velocidad según las ocasiones, el nuevo desparramamiento suburbano ha pasado a depender abyectamente de una sola forma, el automóvil privado, cuya difusión ha devorado el único bien del que podía jactarse el suburbio con razón: el espacio. En vez de edificios imantados a un parque, lo que hoy tenemos son edificios levantados en zonas de estacionamiento.

Mientras que el suburbio estuvo solamente al servicio de una minoría favorecida, no perjudicó al campo ni amenazó a la ciudad. Pero ahora que el movimiento hacia el anillo exterior se ha

convertido en un movimiento de masas, tiende a destruir el valor de ambos ambientes, produciendo nada más que un monótono sustituto, exento de forma y todavía más exento de los valores suburbanos originales. Nos hallamos ante una curiosa paradoja: la nueva forma suburbana ha producido una pauta antiurbana. Con la desaparición de las distancias de andar a pie ha desaparecido el paseo como medio normal de circulación humana: el automóvil lo ha hecho peligroso y la extensión del suburbio lo ha vuelto imposible.

Como resultado de ello, a la saludable afirmación de Unwin —«No se gana nada con el hacinamiento»— se debe ahora responder con una amonestación que la limita: «Algo se pierde al espaciar demasiado». Esto es válido para todos y cada uno de los rasgos del conglomerado suburbano. La otrora modesta carretera cuya anchura romana de cuatro metros y medio permaneció en vigencia uniformente casi hasta la invención de la avenida ajardinada, exige ahora miles de hectáreas, con derechos de vías más extensos que los que requerían las líneas principales de ferrocarril en el apogeo de su desarrollo.

Para asegurar la circulación ininterrumpida de tráfico, incluso en zonas rurales, se diseñan enormes «tréboles» y «rizos», destruyendo así todavía más espacio abierto. Y en vez de estaciones de carga y de depósito de trenes en las distantes terminales de un sistema ferroviario, la misma dispersión del tráfico automóvil exige comodidades semejantes alrededor de cada edificio en cuyo interior se congrega gente. Así, todas las nuevas fábricas u oficinas, todas las nuevas grandes tiendas o centros comerciales que se establecen en medio del campo abierto, exigen aparcamientos tan extensos que quienes dejan sus automóviles en el borde tienen que hacer una caminata incluso más larga hasta llegar a la tienda que la que tendrían que hacer en una ciudad densamente poblada una vez que se hubieran bajado del autobús o del metro,

por más que retiene obstinadamente la ilusión de que el automóvil los deja en la puerta.

Todo esto queda a enorme distancia de aquel goce aristocrático del espacio visual que proporcionaba la ciudad del barroco tardío con sus plazas abiertas, sus rotondas y sus dilatadas perspectivas para los paseos de carruajes a lo largo de avenidas cubiertas de árboles. En la nueva distribución urbana, el derroche de espacio ha pasado a ser un sustituto del diseño cívico inteligente, de la organización municipal prevista o de la economía racional. Cada edificio se desparrama en ociosos trazados de una sola planta por el máximo posible de superficie edificable, aislándose de sus vecinos, en caso de haberlos, por una zona de aparcamiento que se agranda constantemente, a medida que el transporte en masa cae cada vez más en desuso. No obstante, cuando la fábrica libera a sus trabajadores, al final del día, la congestión derrochadora de tiempo que se produce en la salida puede estar a la misma altura que la que se da en la gran ciudad.

Con el actual régimen suburbano, cada una de las funciones urbanas sigue el ejemplo de la carretera: devora espacio y consume tiempo con un desgaste y una frustración crecientes, en tanto que, bajo el plausible pretexto de aumentar el margen de velocidad y comunicación, en realidad obstaculiza y niega la posibilidad de reuniones y encuentros fáciles, porque dispersa al azar los fragmentos de una ciudad por una región entera.

En el fondo de este extravío de la técnica moderna hay una falacia que llega hasta el corazón mismo de toda la ideología subyacente: la idea de que el poder y la velocidad son deseables por sí mismos y que el tipo más reciente de vehículo rápido debe remplazar a todas las demás formas de transporte. El hecho es que la velocidad en la locomoción debe ser una función del objetivo humano. Si lo que uno quiere es charlar con amigos en un paseo urbano, una velocidad de cinco kilómetros por hora resultará

excesiva; en tanto que si un cirujano va urgentemente a ver a un paciente que está a mil quinientos kilómetros, quinientos kilómetros por hora puede ser demasiado poco. Pero lo que sus propios axiomas cegadores les impide ver a nuestros expertos es que no puede crearse un sistema adecuado de transporte sobre la base de un solo medio limitado de locomoción, por grande que sea su velocidad teórica.

Lo que requiere una red eficaz es el mayor número posible de modos diversos de transporte con velocidades y volúmenes variables, para funciones y objetivos diferentes. El modo más rápido de traslado de cien mil personas, dentro de una superficie urbana limitada, con ochocientos metros de radio, pongamos por caso, es a pie: y el modo más lento de trasladarlas consistiría en meterlas a todas en automóviles. Toda la población diurna de la Boston histórica, yendo a pie, podría congregarse en Boston Common probablemente en menos de una hora, si las calles estuvieran libres de tráfico de automóviles. Si se la transportara en coche, llegar a reunirse le llevaría muchas horas, y a menos que abandonaran sus vehículos no estacionables, no llegarían nunca a su destino.

Nuestros ingenieros viales y nuestras autoridades municipales, hipnotizados por la popularidad del automóvil privado y sintiendo la obligación de contribuir a que la General Motors prospere, aunque de esto resulte el caos general, han estado en conspiración abierta para desmantelar todas las diversas formas de transporte que son necesarias para la existencia de un buen sistema, y han reducido nuestros medios al automóvil privado (para recreo, comodidad y transporte) y al avión. Han llegado incluso a duplicar las vías ferroviarias y a repetir todos los errores de los primeros ingenieros de ferrocarriles, al apiñar en ciudades moribundas una población a la que los automóviles privados no pueden dar abasto a menos que se derribe la propia urbe para permitir el movimiento y el estacionamiento de los coches.

Si los expertos técnicos y los funcionarios administrativos hubieran conocido su oficio, habrían adoptado medidas especiales para preservar métodos más eficaces de transporte en masa, a fin de mantener tanto la existencia de la ciudad como el uso de las otras formas de transporte que ahorran más tiempo. Para contar con una estructura urbana completa, que sea capaz de funcionar plenamente, es necesario encontrar conductos adecuados para todas las formas de transporte: las necesidades de una comunidad moderna solo pueden satisfacerse mediante la articulación deliberada del peatón, el sistema de transporte en masa, la calle, la avenida, la vía rápida y el aeropuerto. Y esto es lo único que conseguirá satisfacerlas.

Al preferir el camión al ferrocarril para el tráfico a larga distancia, hemos remplazado un servicio seguro y eficiente por otro más peligroso e ineficaz. Si queremos mejorar nuestro sistema de carreteras, debemos empeñarnos en mantener sobre los raíles la mayor parte de la carga de mercancías que sea posible. Entre los motivos importantes para salvar el servicio ferroviario de pasajeros y cargas figura el de asegurar la libre circulación de vehículos, privados por las carreteras. Del mismo modo, si las autopistas que hemos construido alrededor de nuestras ciudades han de funcionar como tal, se debe mejorar y ampliar el tráfico en masa, en vez de permitir que desaparezca.

La única cura eficaz para la congestión urbana consiste en comunicar de tal modo las zonas industriales y comerciales con las zonas residenciales que una gran parte de su personal pueda ir a pie o en bicicleta al trabajo, o bien coger un autobús público o el tren. Al meter todas las formas de tráfico en autopistas, les imponemos una carga que necesariamente hará que el tráfico se mueva a paso de tortuga; y si tratamos de corregir esto multiplicando las autopistas, lo único que conseguiremos es contribuir a aumentar el desastre urbano total porque arrojamos las diversas partes de la

ciudad cada vez más lejos, en una masa informe de tejido semiurbano que se extiende en una fina capa. La disociación espacial de las funciones en los suburbios lleva a una paralización extrema de las diversas partes: zonas residenciales segregadas sin tiendas locales; centros comerciales segregados, sin industrias; plantas industriales segregadas, sin instalaciones para las comidas, a menos que las proporcione la administración. Al eludir las complejas formas de cooperación de la ciudad, los suburbios recuperan los vicios iniciales de la superespecialización y el control rígido.

De más está decir que un urbanismo eficaz debe prever un lugar para el automóvil. Pero esto no significa en absoluto que se deba permitir que penetre en todas las partes de la ciudad y permanezca en ellas, aunque desbarate todas las demás actividades. Tampoco significa que el coche deba dictar todo el plan de vida; ni que deba permitirse que sus fabricantes se burlen de las necesidades de la ciudad con sus modelos de vehículos cada vez más anchos y más largos. Muy al contrario, ha llegado el momento de diferenciar entre dos funciones del automóvil: la de movimiento urbano y la del movimiento a escala nacional. Para este último, un coche grande, con abundante espacio para trasladar a una familia y un equipaje resulta admirable. Sin embargo, debe fomentarse que semejantes vehículos se queden en las afueras de la ciudad, estableciéndose para ello grandes impuestos por el privilegio de estacionarlos dentro de la misma; en tanto que debería favorecerse, en particular, el diseño y la distribución de pequeños coches eléctricos para el movimiento interurbano corriente, a fin de complementar y no de remplazar el transporte de masa. He aquí las características de un coche urbano: velocidad moderada, motor silencioso y facilidad de aparcamiento.

Es una tecnología absurdamente empobrecida la que solo tiene una respuesta para el problema del transporte; y es una

mezquina forma de urbanismo la que permite que esa respuesta se imponga a todo su plan de existencia.

7. El suburbio de masas como anticiudad

Con el reparto actual, hemos cambiado nuestro mayorazgo urbano por un despreciable revoltijo de automóviles. Es un negocio tan malo como el del plato de lentejas de Esaú. Acaso las generaciones venideras se maravillarán ante nuestra condescendencia —a decir verdad, nuestra presteza— para sacrificar la educación de nuestros hijos, el cuidado de los enfermos y los ancianos, el desarrollo de las artes, por no hablar del fácil acceso a la naturaleza, en bien del desequilibrado sistema de monotransporte que recorre las zonas de poca densidad a cien kilómetros por hora, pero que reduce la velocidad a apenas seis en las zonas de gran densidad. Pero nuestros descendientes entenderán, tal vez, nuestra curiosa afición a invertir miles de millones de dólares para poner una víctima expiatoria en órbita planetaria, si advierten que a nuestras ciudades las está destruyendo el mismo ritual supersticioso: el culto a la velocidad y al espacio vacío. Exentos de presupuestos municipales que alcancen para satisfacer cumplidamente todas las necesidades de la vida que pueden concentrarse en la ciudad, hemos optado por una sola función, el transporte, o mejor dicho por una sola parte de un sistema de transportes adecuados: la locomoción por medio del automóvil.

Al permitir que decayera el transporte en masa y construir autopistas para salir de la ciudad y aparcamientos en su interior, con el fin de fomentar el uso máximo del automóvil privado, nuestros ingenieros de caminos y urbanistas han contribuido a destruir el tejido vivo de la ciudad y a limitar las posibilidades de crear un organismo urbano más vasto a una escala regional. El transporte

colectivo a cortas distancias, de menos de un kilómetro, debería contar principalmente con el peatón. Al desalentar y eliminar al peatón, al no conseguir extender y perfeccionar el transporte masivo, nuestros funcionarios municipales e ingenieros viales han creado una situación que exige densidades residenciales sumamente bajas. También aquí el monopolio del espacio privado no solo reduce los medios sociales de la ciudad sino que sacrifica el espacio público abierto al espacio privado.

Los agentes de los suburbios de masas han cimentado la absurda creencia de que el espacio y la locomoción rápida son los principales ingredientes de una buena vida. Ese hábito de la edificación de poca densidad es el legado residual del movimiento romántico inicial, y a esta altura de los tiempos constituye uno de los obstáculos principales para ensamblar de nuevo las partes de la ciudad y reunirlas en una nueva pauta que ofrezca recursos mucho más ricos para vivir que la metrópolis congestionada y desordenada o bien que las zonas adyacentes a las que solo se llega por autopistas. La *reductio ab absurdum* de este mito es, claramente, Los Ángeles. En esa ciudad se ha mantenido la norma suburbana del espacio abierto, con las casas espaciadas entre sí, a menudo tan espaciadas que solo se encuentran unas diez por hectárea; igualmente, el automóvil privado ha suplantado como principal medio de transporte a lo que era, más o menos una generación atrás, un sistema sumamente eficaz de transporte público.

Los Ángeles se ha convertido ahora en una masa indiferenciada de casas, separadas en sectores propios por autopistas múltiples que tienen rampas y viaductos que crean sus propios embotellamientos. Por estas autopistas solo circula una pequeña fracción del tráfico por hora que antaño era llevado por el transporte público, con un promedio de velocidad mucho menor, en un ambiente contaminado por el *smog*, que es producido por los escapes letales de los coches, tecnológicamente atrasados. Más de un tercio de la

zona de Los Ángeles está consumido por estos grotescos servicios de transporte; *dos tercios* del centro de Los Ángeles están ocupados por calles, avenidas, aparcamientos y garajes. Esto es una venganza contra el espacio que quiere devorarse. La última etapa del proceso ya hace señas a los espíritus verdaderamente «progresistas»: expulsar a los habitantes que quedan y entregar la zona entera a vehículos propulsados automáticamente liberados de todo objetivo humano racional.

Incluso en el caso de una ciudad tan espaciosa como Washington, solo la inicial zona central tiene una densidad residencial de veinte o más familias por hectárea: en los difusos suburbios el promedio está por debajo de veinte y una veloz oleada está poniendo una zona aún mayor bajo una densidad de menos de diez familias por hectárea. Esto es ruinoso para el modo de vivir urbano y para el esparcimiento; pues el empeño de establecer autopistas que sirvan a las zonas distantes no solo esterilizará cada vez más la tierra, sino que diseminará servicios sociales que deberían concentrarse en nuevas ciudades, organizadas de modo tal que difundan y amplifiquen los servicios centrales.

La conclusión se impone por sí sola. Cualquier intento de crear un sistema adecuado de transportes, sin crear por anticipado reservas suficientes de tierra pública, sin establecer una densidad conveniente de ocupación urbana equilibrada «que sea superior el actual nivel suburbano», sin proporcionar una red regional en gran parte independiente de las grandes carreteras troncales, degradará el paisaje sin aportar ningún beneficio permanente a sus nuevos habitantes.

Para conservar las ventajas con que inicialmente contaba el suburbio romántico, debemos adaptarlas a la construcción de ciudades. Para conservar las ventajas que por primera vez se descubrieron en la ciudad cerrada, debemos crear un molde más poroso y rico en su variedad social y estética. Las densidades residenciales

de aproximadamente doscientas personas por hectárea neta, excluyendo calles y aceras, permitirán la existencia de jardines privados aprovechables y fomentarán los pequeños parques públicos interiores, destinados a reuniones y descanso. Esto se puede conseguir sin que para ello sea necesario erigir esas empinadas rampas, estériles y mutiladoras de espacio que ahora se exhiben, tanto en Europa como en América, como la contribución suprema de la arquitectura «moderna». Si nos preocupan los valores humanos no podemos permitimos ya ni los suburbios desparramados ni la metrópolis congestionada, y menos aún podemos permitirnos unos suburbios congestionados, cuya apertura visual depende del aislamiento celular y el ordenamiento de las familias integrantes en estructuras hechas en serie.

8. Familias en el espacio

Tal como ha funcionado bajo el impacto de la religión y la mitología actuales de la máquina, el suburbio de masas ha extirpado la mayor parte de las libertades y los goces que esperaban encontrar mediante su éxodo de la ciudad, los discípulos iniciales de Rousseau. En vez de concentrar la atención en el niño en el jardín, ahora tenemos la imagen de «familias en el espacio». Porque cuanto mayor sea la dispersión de la población, mayor también será el aislamiento de cada unidad doméstica y más esfuerzo costará hacer privadamente, aun cuando se dispone de la ayuda de múltiples máquinas e instalaciones automáticas, lo que solía hacerse en compañía, a menudo entre conversaciones y cantos, gozando de la presencia física de otros.

El ama de casa de ciudad, que hace medio siglo conocía a su carnicero, su verdulero y su lechero, así como al resto de sus proveedores locales, que los conocía como personas individuales, con

historias y biografías que se entretejían con la suya propia en un contacto diario, tiene ahora la ventaja de una sola expedición semanal a un supermercado impersonal, donde solo por casualidad es posible que se encuentre con una vecina. Si es de posición acomodada, la rodearán aparatos eléctricos o electrónicos que ocupan el lugar de seres de carne y hueso: sus verdaderas compañeras, sus amigas, sus mentoras, sus amantes, sus abastecedoras de una vida no vivida, son las sombras en la pantalla de televisión o voces aún más impersonales, a las que puede contestar, pero sin hacerse oír; porque, tal como está desarrollado, se trata de un sistema unidireccional. Cuanto mayor sea la zona de expansión, mayor será la dependencia de un centro distante de abastecimiento y de un control remoto.

En el borde de los suburbios de masas incluso las ventajas del grupo vecinal primario desaparecen. El costo de esta separación espacial de los demás no guarda proporción alguna con sus supuestas bondades. El producto final es una vida encapsulada, que transcurre cada vez más en un automóvil, o en medio de la oscuridad ante un aparato de televisión: y pronto, con un poco más de automatización del tránsito, principalmente trascurrirá en un automóvil, recorriendo distancias aún mayores, bajo control remoto, de modo que el otrora conductor podrá entregarse de lleno a su aparato de televisión, habiendo perdido ya hasta la libertad de controlar el volante. A decir verdad, cada elemento de esta vida circulará por conductos oficiales y estará bajo fiscalización, sin que en ninguno de sus extremos los toque la mano humana o el espíritu humano. Quienes aceptan esta existencia podrían estar metidos igualmente en un proyectil lanzado al espacio, tan exiguas son sus opciones, tan limitadas y deficientes son las reacciones que quedan a su alcance. Aquí estamos, realmente, ante «la muchedumbre solitaria».

Los organizadores de la ciudad antigua tenían algo que aprender de los nuevos amos de nuestra sociedad. Concentraban

a sus súbditos dentro de un espacio amurallado, bajo la vigilancia de guardianes armados dentro de la ciudadela, para mantenerlos más controlados. Este método es hoy anticuado. Con los actuales medios de comunicación de masas a larga distancia, el aislamiento diseminado viene a resultar un método aún más eficaz para mantener una población bajo control. Vedados, en la medida de lo posible, el contacto directo y la asociación cara a cara, todo conocimiento y dirección pueden ser monopolizados por órganos centrales y transmitidos a través de canales resguardados, que son demasiado costosos para que los utilicen los pequeños grupos o los sujetos particulares. Para ejercer la libertad de palabra en esta comunidad esparcida y disociada, hay que «comprar tiempo» en el aire o «comprar espacio» en el diario. Cada miembro de los suburbios queda aprisionado por la misma separación que valoró: se le alimenta por medio de un conducto angosto, como una línea de teléfono, una onda de radio, o un canal de televisión. De más estaría decir que esto no es resultado de la conspiración consciente de una astuta minoría: se trata de un subproducto orgánico de una economía que sacrifica el desarrollo humano al proceso mecánico.

En una comunidad bien organizada, todos estos avances tecnológicos podrían contribuir admirablemente a extender el alcance de la vida social: en las comunidades desorganizadas de hoy reducen el margen eficaz de la persona. En semejantes condiciones, nada puede suceder espontánea o autónomamente, a menos que se cuente con una dosis importante de ayuda mecánica. ¿No explica esto, en cierta medida, la pasividad y la docilidad que se han deslizado en nuestras existencias? Un testigo presencial me ha contado que la señal con que se inició en Caracas la reciente revolución que depuso una dictadura brutal fue dada por los toques de bocina de los automóviles. Esos toques de bocina, cada vez más fuertes, cada vez más próximos, convergiendo desde todos los puntos de la ciudad hacia el palacio, sumieron en el terror

a los gobernantes. También eso constituía un fenómeno urbano. El suburbio brinda pocas facilidades para reunirse, conversar, debatir en público y actuar colectivamente; favorece el conformismo silencioso, no la rebelión o el contraataque. Por eso se ha convertido en la residencia favorita de un nuevo tipo de absolutismo, que es invisible pero omnipotente.

Podría sentirme intranquilo en cuanto a la validez de este análisis si el profético Tocqueville no lo hubiera anticipado hace largos años en su obra *La democracia en América*. El autor francés trató de imaginar «con qué nuevos rasgos podría el despotismo implantarse en el mundo»; «veo una inmensa multitud de hombres —dice— parecidos y sin privilegios que los distingan incesantemente girando en busca de pequeños y vulgares placeres, con los que contentan su alma, pero sin moverse de su sitio. Cada uno de ellos, apartado de los demás, es ajeno al destino de los otros; sus hijos y sus amigos forman para él toda la especie humana; por lo que respecta a sus conciudadanos, están a su lado y no los ve; los toca y no los siente; no existe sino en sí mismo y para él mismo, y si bien le queda aún la familia, se puede decir que ya no tiene patria».

Tocqueville estaba describiendo, por anticipado, el modo de ser y los hábitos de vida en los suburbios, hábitos que se han abierto camino hasta las ciudades y que han hecho que hasta las naciones democráticas se sometan, a lo sumo con algún murmullo, a todo género de compulsión y de corrupción totalitarias. Lo que este gran filósofo político preveía con presciencia, observadores menos dotados pueden hoy verlo con sus ojos reales. Se trata de la última fase de la disolución de la ciudad. La expansión de nuestra tecnología solo sirve para acelerar el ritmo de esta transformación. Lo que quede, si no tiene lugar una reacción, no merecerá ser salvado. Porque cuando el recipiente cambia con tanta rapidez como su contenido, nada puede salvarse.

9. Planificación para el crecimiento urbano

Por fortuna la reacción se inició hace ya más de medio siglo, y se dirigió contra el éxodo suburbano y contra la congestión metropolitana que lo inspiraba. La primera interpretación previsora de la situación urbana en general, en concepto de nuevos procesos y potencialidades ya visibles en la civilización, fue llevada a cabo por dos notables observadores de fines del siglo XIX. Estos consideraron las fuerzas formadoras en conjunto, y se ocuparon de la relación de la ciudad con el campo y con la región como una parte integrante de su propia vida y como un fenómeno de importancia fundamental en todo plan más vasto de perfeccionamiento urbano.

La primera de estas contribuciones fue la efectuada por el geógrafo Piotr Kropotkin, en su notable libro titulado *Campos, fábricas y talleres*. Adelantándose casi medio siglo al pensamiento económico y técnico contemporáneo, el sabio ruso captó el hecho de que la flexibilidad y la adaptabilidad de la comunicación eléctrica y de la energía eléctrica, junto con las posibilidades de una agricultura intensiva y biodinámica, habían sentado las bases de un desarrollo urbano más descentralizado en pequeñas unidades, que responderían al contacto humano directo y gozarían tanto de las ventajas rurales como de las urbanas. Kropotkin veía que la industria ya no estaba atada a la mina de carbón, por más que el carbón siguiera siendo una fuente de energía; y que tampoco estaba atada a los ferrocarriles y las grandes ciudades, pues, en adelante, no hacía falta equiparar eficacia o economía con grandes unidades de producción. Kropotkin previó lo que muchas grandes corporaciones solo descubrirían en el curso de la segunda guerra mundial, a saber, que incluso cuando el montaje total fuera de grandes dimensiones, la distribución de operaciones industriales especiales

en partes hacía dudoso, a menudo, el ahorro que se atribuía a la organización concentrada a gran escala, tendencia industrial que justificaba otras formas de gigantismo metropolitano. Cuanto más delicada la tecnología, mayor la necesidad de la iniciativa humana y de la destreza que se conservaban en el pequeño taller. El transporte eficaz y la buena organización resultaban a menudo superiores a la mera congregación física de hombres y herramientas bajo un solo techo.

Kropotkin se percató de que los nuevos medios de transportes y comunicaciones rápidos, juntamente con la transmisión de energía eléctrica por una red, en vez del uso de una línea unidimensional, ponía a la pequeña comunidad en igualdad de condiciones con la ciudad congestionada en materia de medios técnicos fundamentales. Como confirmación de todo esto, ocupaciones rurales antes aisladas y que estaban por debajo del nivel económico y cultural de la ciudad, podían gozar de las ventajas de la inteligencia científica, la organización en grupo y actividades animadas que originalmente había constituido un monopolio de la gran urbe; y con esto desaparecería también la rígida división entre lo urbano y lo rural, entre el trabajador industrial y el trabajador agrícola. Kropotkin comprendió estas consecuencias antes de la invención del automóvil, la radio, el cinematógrafo, la televisión y la comunicación telefónica internacional, si bien cada uno de estos inventos contribuiría a confirmar su penetrante diagnóstico, al equiparar las ventajas de la metrópolis central y las pequeñas comunidades, otrora periféricas y absolutamente dependientes. Con la pequeña unidad como base, veía la oportunidad de una vida local más responsable y sensible, de mayor alcance para los agentes humanos que quedaban olvidados y frustrados por las organizaciones de masas.

Ebenezer Howard, influido por Kropotkin, así como también lo había sido por anteriores escritores utópicos como Thomas

Spence y James Silk Buckingham, hizo dar un gran paso adelante a estas ideas. Detrás de la nueva concepción de la ciudad jardín, veía «las espléndidas posibilidades de una nueva civilización basada en el servicio a la comunidad». Se dio cuenta de que el crecimiento de la gran ciudad no mejoraba en nada las cosas, pues a cada nuevo aumento de población, el tráfico se volvía más congestionado, las instituciones centrales menos accesibles y la mayor parte de su población sacaba tan poco beneficio de sus instituciones de cultura superior como si estuvieran absolutamente fuera de su órbita. Howard pensaba que había sonado la hora de establecer una nueva pauta de desarrollo de la ciudad: una pauta que recurriera a los medios técnicos modernos para cubrir el vacío creciente entre el campo, con sus medios económicos y sociales disipados, y la ciudad, con sus ventajas biológicas y naturales igualmente agotadas: proponía superar por una parte la apoplejía imperante en el centro urbano y, por la otra, la parálisis en las extremidades, mediante una nueva pauta de crecimiento urbano. A diferencia de los defensores de la expansión urbana continua, rechazaba el suburbio como transacción aceptable; a decir verdad, apenas lo tuvo en cuenta. Howard vio que el alivio de la congestión no consistía en extender las zonas residenciales de la ciudad, sino en descentralizar todas sus funciones. Al rechazar la forma provisional y transitoria, del suburbio, aspiraba a un matrimonio estable entre la ciudad y el campo, no a una aventura de fin de semana.

En *Garden Cities of Tomorrow,* Howard reintrodujo en el urbanismo el antiguo concepto griego de un límite natural del crecimiento de todo organismo u organización y restableció la medida humana en la nueva imagen de la ciudad. Para conseguir esto introdujo asimismo la práctica griega, que había sido reformulada en nuevos términos por Robert Owen y Edward Wakefield, de la colonización por comunidades totalmente equipadas desde un comienzo para el desempeño de todas las funciones urbanas funda-

mentales. Frente a la insensata congestión de la gran metrópolis, con sus tugurios, su contaminación industrial y sus recorridos cada vez más largos hasta el lugar de trabajo, Howard propuso un tipo de ciudad más orgánico: una ciudad limitada desde el comienzo en número de habitantes, densidad de población y superficie, organizada para el cumplimiento de todas las funciones esenciales de una comunidad urbana: el comercio, la industria, la administración y la instrucción; equipada, asimismo, con un número suficiente de parques públicos y jardines privados para preservar la salud y hacer que todo el entorno sea agradable. Para conseguir y expresar esta reunión de ciudad y campo, Howard rodeó su nueva ciudad con un cinturón verde agrícola permanente. Esta «muralla» horizontal bidimensional no solo serviría para conservar próximo el medio rural sino también para impedir que otros establecimientos humanos se confundieran con ella; asimismo, cosa nada desdeñable, serviría, como la antigua muralla vertical, para acentuar el sentido de unidad interna. Aparte del concepto en su conjunto, el principio del establecimiento de cinturones verdes permanentes alrededor de las comunidades urbanas constituía una importante contribución. Posiblemente el mejor nombre para esas comunidades hubiera sido el de «ciudades con cinturón verde».[12]

Ciertos aspectos de esta nueva forma ya estaban prefigurados en el primitivo suburbio autónomo, a partir de Riverside, en Illinois; pero la principal contribución de Howard no consistió tanto en remodelar la forma física de la ciudad como en desarrollar sus conceptos orgánicos subyacentes; porque, si bien no era un biólogo como Patrick Geddes, supo considerar la ciudad a

---

12 El autor hace alusión a las tres «Greenbelt Towns» que, inspiradas en los principios de Howard, fueron construidas, mucho después en los Estados Unidos, al comienzo del gobierno de Roosevelt. *(N. del t.)*

partir de los criterios biológicos fundamentales de equilibrio dinámico y equilibrio orgánico: equilibrio entre campo y ciudad en una pauta ecológica más vasta, y equilibrio entre las variadas funciones de la ciudad; y, sobre todo, equilibrio a través del control positivo del crecimiento mediante la limitación de la superficie, el número de habitantes y la densidad de ocupación, y la práctica de la reproducción (colonización) cuando la comunidad estuviera amenazada por un aumento indebido de tamaño, que solo podría determinar una pérdida de su función. Para que la ciudad mantuviera sus funciones promotoras de vida para sus habitantes, debía por derecho propio exhibir el autocontrol orgánico así como su autonomía ante cualquier otro organismo.

En otras palabras, Howard trató de dar al nuevo tipo de ciudad todas las ventajas que poseía la gran ciudad antes de que su expansión sin control la pusiera fuera de los medios o fuera del alcance de sus habitantes. Advirtió que, cuando ha alcanzado un tamaño óptimo, la ciudad no necesita aumentar su superficie y su población sino formar parte de un sistema más vasto que tenga la ventaja de los grandes números y de los servicios extensivos. A diferencia de quienes huían de la ciudad, Howard, natural de Londres, no menospreciaba estas ventajas urbanas, así como, en su calidad de prolífico inventor de máquinas, tampoco menospreciaba los adelantos de la nueva tecnología. Rechazando el modelo del suburbio, consideraba que la industria debería ser parte integrante de la ciudad y que el taller y la fábrica —no contaba en este caso con las industrias químicas, los altos hornos y las minas de carbón— deberían, por lo común, estar a una distancia prudencialmente corta de cada casa. Calculaba que con una población de treinta y dos mil habitantes, dos mil de los cuales se encontrarían en el cinturón agrícola, la nueva ciudad proporcionaría diversidad de empresas, población variada con diversas vocaciones y una próspera vida social.

Howard propuso poner a prueba la posibilidad de creación de una forma urbana viable mediante la erección de un modelo experimental, tan superior por su organización social y su trazado físico a las aldeas, ciudades rurales, suburbios, conurbaciones industriales o congestionadas metrópolis existentes, que establecería un nuevo modelo para la futura construcción de ciudades: en lugar de la aglomeración, planeaba la dispersión; en lugar de concentración monopolista, descentralización; en lugar de desorganización, un tipo superior de unidad. Una vez establecida la viabilidad de su concepción, otros adelantos se harían posibles: porque siendo la tierra propiedad corporativa o municipal, lo cual resultaría necesario al fundar una nueva comunidad, el inmerecido aumento del beneficio, que hasta ahora había pasado al terrateniente individual y había tendido a promover una hipertrofia lucrativa, se dedicaría a mejoras en la comunidad, reduciendo los impuestos o aumentando los servicios.

Convirtiendo la expansión urbana constante en una descentralización ordenada en ciudades «autónomas», Howard pensaba que sería posible detener la congestión y la expansión ininterrumpidas de Londres. De este modo, con el correr del tiempo, una proporción suficiente de la población metropolitana quedaría trasladada a tierras de menor precio y esto haría posible la reconstrucción del centro histórico con un criterio más abierto y un mayor respeto por la salud, la conveniencia social y el esparcimiento. El éxito de la nueva ciudad jardín restituiría al centro superpoblado el aire fresco, la luz del sol y la belleza, de los que había sido despojada en gran parte por su propio crecimiento desordenado.

Dentro de la concepción de Howard, la ciudad jardín constituía una invención sensata, lo mismo que el ferrocarril, basada en la combinación de diferentes factores, unos prácticos y otros ideales, en un conjunto viable. La misma sencillez de las premisas de Howard daba claridad y nitidez a sus propuestas concretas. No

esperó a contar con un análisis total de la situación urbana, como el que Charles Booth inició con su demasiado exhaustivo estudio sobre Londres, ni tampoco se puso a aguardar una conversión en masa de la nación a su punto de vista, tal como había sido la aspiración de su contemporáneo Henry George con su programa de reforma agraria: antes de pasar a la acción, tampoco esperó a que el automóvil abriera una salida técnica para evadirse de la congestión de la ciudad. Howard hizo lo que hace hoy un ingeniero capaz cuando se propone crear un nuevo tipo de estructura, cuya complejidad produce esfuerzos y tensiones que resultan incalculables sobre la base de la experiencia y de las formas tradicionales: creó un pequeño modelo y lo puso a prueba; o, mejor dicho, persuadió a otras personas, que disponían de capital suficiente y tenían fe en él, para que se le unieran en el experimento: la construcción de la primera ciudad jardín de Letchworth, que se inició en 1904. Pasado el tiempo correspondiente a media generación, dio comienzo a otra ciudad jardín, Welwyn; y la nueva pauta de crecimiento dejó sentadas las bases de lo que ya constituye un movimiento persistente hacia la integración urbana.

Este experimento conllevaba años de indagación estadística y de lecturas de informes esmeradamente recopilados y astutamente inconclusos, calculados con cuidado para impedir la adopción de medidas. A decir verdad, a la larga, la construcción de la nueva ciudad demostró ser mucho más económica, así como mucho más eficaz, que el tipo de «investigación urbana» exhaustiva que es hoy tan popular; pues dentro de un lapso prudencial, la nueva comunidad saldó el costo de su promoción y respondió, más categóricamente que todas las formulaciones puramente hipotéticas, a la pregunta de si una nueva unidad urbana de este tipo podía sobrevivir, por más que fuera contra la corriente de los cánones establecidos de especulación de tierras y dominio metropolitano. Cuando se consideran los obstáculos institucionales y psicológicos

que se oponían a la demostración de Howard, esta se destacaba como una muestra consumada de buen gobierno, en pie de igualdad con la fundación de las comunidades mormonas en el estado de Utah o con la Cooperative Wholesale Society de Inglaterra.

Al elaborar su nuevo programa Howard se atuvo a los elementos básicos y no trató de dar a los detalles arquitectónicos y urbanísticos el sello de su imaginación. No venía a proponer un nuevo plan para la ciudad —se abstuvo cuidadosamente de confundir los problemas fundamentales con una u otra imagen visual determinada—, sino un nuevo programa para la organización equilibrada y el crecimiento controlado de las ciudades, dentro de un proceso general que podría hacerse cargo de un aumento indefinido de la población nacional. Howard formuló su diagnóstico y su programa por medio de una serie de diagramas esclarecedores; pero hasta el proyecto mismo que representa la distribución de las partes físicas de la ciudad estaba cuidadosamente rotulado como «Solamente un diagrama». Su concepción de la comunidad equilibrada se prestaba para diversas formas urbanas, desde la de su predecesor utopista Charles Fourier hasta la de Le Corbusier; y más de una vez, a menudo so pretexto de refutar a Howard o de demoler la concepción de la ciudad jardín, los principios de equilibrio y de totalidad funcional que enunciara Howard han sido reinventados o reformulados sin un reconocimiento hacia Howard como el que en cambio él nunca dejó de consignar cuando se trataba de sus predecesores.

Buena parte de los elementos que integran la propuesta de Howard ya eran familiares; ni en sus ideas ni en sus iniciativas prácticas trató de partir de cero: su ciudad ideal era una combinación de lo posible y de lo práctico, suficientemente ideal como para ser deseable, suficientemente próxima a la práctica contemporánea como para ser realizable. Su genio consistió en combinar los órganos existentes de la ciudad en una composición más

ordenada, basada en el principio de la limitación orgánica y del crecimiento controlado. Su punto de partida no fue la inercia de la desintegración sino el análisis de las funciones humanas vitalizadoras, en relación con los medios urbano y rural. Aunque este análisis no fue profundo, tuvo el mérito de hacer justicia a la diversidad e interrelación de las actividades urbanas. Lo que había de significativo en la ciudad jardín no era la mera presencia de jardines y espacios abiertos: lo radicalmente nuevo era el método racional y ordenado para habérselas con la complejidad, a través de una organización capaz de establecer el equilibrio y la autonomía, y para mantener el orden a pesar de las diferencias, así como la coherencia y la unidad a pesar de la necesidad de crecimiento. Tal era la concepción transformadora.

El nombre que eligió Howard para este nuevo concepto urbano resultó desfortunado: no solo por la prioridad que al respecto tenía, desde mucho antes, la deslucida metrópolis de Chicago, sino también porque la existencia de jardines, pese a que fueran elementos integrales de la nueva ciudad, no constituía su rasgo distintivo, puesto que ya caracterizaban, de forma aún más exuberante, a muchos suburbios contemporáneos. En su libro, Howard sugirió una densidad de ciento setenta y cinco a doscientas cincuenta personas por hectárea, si se deduce esta cifra de los tamaños de manzanas y lotes que sugiere. Ahora bien, esa es una densidad genuinamente urbana, aproximadamente la del plan de 1811 para Nueva York, cuando a ambos lados de sus nuevas calles había edificios de dos y tres pisos. Esta densidad es superior a la del suburbio habitual: cinco veces mayor que la de muchas zonas del Los Ángeles de hoy. Por desgracia, estudiosos superficiales, evidentemente desconocedores de la labor de Howard, siguen cometiendo el error de llamar ciudades jardín a los suburbios o de llamar «plano de tipo ciudad jardín» al plano suburbano abierto; y, lo que es todavía peor, críticos que deberían estar mejor infor-

mados se refieren a menudo a las ciudades jardín clásicas, como Letchworth y Welwyn, o a las *New Towns* británicas, que son de cosecha más reciente, como si solo fueran suburbios, por la sencilla razón de que están trazadas dentro de un marco abierto, tal vez demasiado abierto.

Pero, conforme a la concepción de Howard, la ciudad jardín era, ante todo, una ciudad: un nuevo tipo de unidad cuya pauta orgánica se extendería al final del modelo particular a toda una constelación de ciudades similares. Por su urbanización, y no por su horticultura, la ciudad jardín se apartaba audazmente del método establecido de construcción y planificación.

Vista con la perspectiva histórica, más de medio siglo después de su presentación, la propuesta de Howard ha demostrado ser más realista —y enormemente más fértil— que la ciudad lineal de Soria y Mata o que cualquiera de las ulteriores *Roadtowns,* que hacían del transporte el único elemento determinante del plano de la ciudad. Lo que Le Corbusier ha presentado como un perfeccionamiento, la llamada ciudad jardín vertical, solo es, en realidad, un suburbio en vertical, cuya misma forma de alternar edificios aislados de gran altura con terreno abierto sin cultivar prostituye la palabra ciudad. En la ciudad jardín inglesa los jardines en realidad abundan, llenos de árboles, flores y vegetales; pero la nueva fórmula de Howard se particularizó, precisamente porque él se negó a atenerse a una imagen física particular de la ciudad, a un método particular de planificación o a un tipo particular de edificio. Las formas específicas de una ciudad, como la que concebía Howard, serían resultantes del paisaje y del clima, de las industrias y los medios tecnológicos disponibles, y por sobre todo, de las artes de los constructores y los habitantes; en cuanto a los elementos ideales, los expresó casi como abstracciones matemáticas.

No se trata de que Howard fuera infalible. En su representación inicial de la futura descentralización de Londres, Howard

—acaso afortunadamente para su experimento— menospreció la fuerza gravitatoria de un gran centro metropolitano en una economía orientada por el dinero, donde el arte comercial es el arte supremo, donde el éxito exige la exaltación de la muchedumbre, y donde los alquileres elevados y la congestión costosa tienen un valor jerárquico. Sin duda Howard acertaba al pensar que muchos productos y servicios metropolitanos esenciales eran subproductos de la congestión y que, como el largo recorrido hasta el lugar de trabajo, quedarían muy reducidos o incluso desaparecerían en la nueva ciudad. Pero su propuesta concreta de crear una comunidad autónoma de treinta y dos mil habitantes como alternativa a la vida sobrecargada de Londres en sí misma no hacía justicia a las complejidades sociales y técnicas de la cultura actual. No obstante, estaba en lo cierto al considerar que treinta y dos mil habitantes constituían una unidad experimental suficientemente grande para poner a prueba la validez de este nuevo método de crecimiento urbano; y si bien su vida estuvo dominada por la necesidad de dar este primer paso y seguir adelante, su visión fue más allá de esa limitación práctica.

Si hiciera falta algo para demostrar de una vez por todas el alcance y la penetración realmente extraordinarios del pensamiento de Howard, bastaría con su capítulo sobre las ciudades sociales. Para Howard, la ciudad jardín no implicaba ni aislamiento ni encierro provinciano, a la manera de una amodorrada villa rural, en una región remota e inaccesible. A Howard no le desconcertaba el hecho de que una minoría de los habitantes de su ciudad nueva tuviera que ir, por motivos profesionales, de vez en cuando o incluso diariamente, a Londres, pues bastaba que hubiera suficiente concentración de oportunidades económicas e intereses sociales para mantener a la mayoría de los habitantes plenamente ocupados durante casi todo el tiempo, en un ambiente que poseía muchos valores urbanos positivos que la propia Londres ya no podría

proporcionar ni siquiera a los más ricos. Como para adelantarse a la tentación de considerar a la ciudad de tamaño limitado como una entidad capaz de contener y transmitir en su totalidad nuestra cultura moderna, Howard intentó dar con una pauta equivalente, basada en la organización descentralizada y no en la congestión.

Con su concepto de las ciudades sociales, ya antes de que se fundara la primera ciudad jardín, Howard prolongó este desarrollo hasta su fase siguiente. Para que la ciudad jardín no dependiera, en lo tocante a sus funciones superiores, de la metrópolis sobrecargada, rebajando su posición a la de mero satélite, era necesario que las *New Towns* más pequeñas, una vez que se alcanzara un número suficiente, se agruparan deliberadamente para constituir una nueva organización política y cultural, a la que dio el nombre de «ciudad social» —lo que Clarence Stein y sus colegas llamarían luego ciudad regional—, a fin de mancomunar sus recursos y de proporcionar los servicios que solo son posibles mediante el gran número: un colegio técnico o una universidad, un hospital especializado o una orquesta sinfónica profesional. Howard destacaba que diez ciudades, con una población de treinta mil habitantes cada una, conectadas por transportes públicos veloces, federadas políticamente y asociadas culturalmente, podrían gozar de todas las ventajas que haría posible una sola ciudad de trescientos mil habitantes; y podrían gozar de estas ventajas sin las debilidades propias de la unidad más vasta. Lo que antaño se conseguía mediante una edificación densa podría ahora lograrse mediante una organización densa, gracias al transporte rápido y la comunicación instantánea.

Con este proyecto de federación, un aspecto de su pensamiento que se ha pasado por alto durante demasiado tiempo, Howard aprehendía intuitivamente la forma potencial de la ciudad espiritualizada del futuro, que unirá los ingredientes urbano y rural en un complejo regional poroso, con centros múltiples

pero capaz de funcionar como una totalidad. Si el primer paso consistía en erigir un modelo experimental de la nueva unidad urbana, para demostrar la viabilidad de la descentralización y del crecimiento autocontrolado, el paso siguiente consistía en crear un nuevo tipo de comunidad urbana a gran escala, en la cual la ciudad jardín se convertiría en un miembro cooperante.

El pensamiento de Howard se expresaba a través de las piadosas simplezas del racionalismo victoriano, matizadas por una benevolencia cristiana; y si bien él era un predicador persuasivo, que desarmaba por su propia sencillez personal, este hecho hace que sus conceptos más originales parezcan más anticuados de lo que en realidad son. En realidad, su visión se adelantaba no solo al pensamiento vigente sobre la naturaleza y el destino de las ciudades; fue más allá que algunos de sus servidores devotos; e incluso hoy mismo a muchos les resulta más fácil dejar de lado las consecuencias plenas de su pensamiento que seguirlas hasta el fin. Aunque el principal mérito de la ciudad jardín, desde el punto de vista de Howard, consistía en establecer la posibilidad de un método más orgánico de crecimiento urbano, el cual no reproduciría fragmentos inconexos de orden urbano sino conjuntos unificados, reuniendo valores urbanos y rurales, tuvo también otra función: llamó la atención de la mayoría sobre la naturaleza esencial de la ciudad y fomentó el examen del proceso entero de desarrollo urbano, actividad que hasta entonces había brillado por su ausencia.

Por encima de todo, al concebir una ciudad de estructura corporativa y unificada, Howard resaltó el hecho de que el crecimiento de una ciudad debe quedar a cargo de una autoridad pública representativa; y que los mejores resultados solo se pueden obtener si esta autoridad cuenta con el poder necesario para reunir y conservar la tierra, proyectar la unidad, distribuir cronológicamente el orden de construcción y proporcionar los servicios necesarios. Los agentes más esenciales del desarrollo urbano no quedarían a car-

go de las inversiones individuales, ya las hicieran especuladores o propietarios, interesados en lotes específicos, casas específicas y terrenos comerciales específicos; pues el ejercicio individual de la previsión o el espíritu público no podrían producir el equivalente de un conjunto coordinado y significativo. Tampoco se reconocería solamente la responsabilidad de la ciudad, en lo tocante al bienestar de sus habitantes, cuando el esfuerzo privado sin control hubiera creado el máximo desorden.

La insistencia de Howard en la unidad, el equilibrio y el autocontrol perdura como una contribución saludable a todo género de renovación urbana; y no es casual que los más nobles ejemplos de diseño cívico con que cuenta el siglo xx se encuentren en ciudades como Ámsterdam, Fráncfort del Meno y Estocolmo, donde la tradición medieval de responsabilidad corporativa no ha sido completamente destruida por el tropel de especuladores y por el liberalismo ideológico del siglo xix. Tal vez solo al proponer la construcción de una nueva ciudad hizo reconocer todas las funciones, actividades y propósitos de una ciudad plenamente desarrollada, puesto que muchos de estos habían caducado, en tanto que otros habían sido exagerados burdamente con el crecimiento incontrolado de las ciudades existentes.

Tan antipático resulta el enfoque orgánico de Howard para la ideología y las prácticas dominantes en nuestra época que muchas personas de gran competencia en la práctica del urbanismo siguen considerando que su programa es totalmente quimérico, condenado al fracaso por la naturaleza misma de nuestra economía tecnológica. Tal es la dimensión de este punto ciego que desechan como irreales todas las pruebas de su éxito. Pero lo cierto es que en la primera parte de su existencia, las propuestas «impracticables» de Howard se concretaron en la fundación de dos ciudades jardín: Letchworth y Welwyn; y ambas comunidades, iniciadas como empresas privadas, con limitadas perspectivas de

ganancias, no solo consiguieron sobreponerse a la indiferencia y la oposición, sino que han influido en las técnicas de la vivienda y del urbanismo en muchas regiones, desde Escocia hasta la India. Fue el éxito de estas ciudades lo que indujo a la comisión parlamentaria presidida por sir Anthony Montague Barlow a recomendar la descentralización industrial en las ciudades jardín, como remedio para la congestión creciente en Londres; y esto llevó a su vez a la *New Towns Acts* (Ley de Ciudades Nuevas) de 1946, por la que se proyectaba un anillo de nuevas ciudades alrededor de Londres y otras diversas partes de Inglaterra.

No cabe duda de que se trata de un modo singular de «fracasar». ¿Dónde hay otra concepción reciente del mejoramiento urbano que haya llevado al trazado y la construcción de quince ciudades nuevas, solo en Inglaterra, por no hablar de fundaciones análogas ya realizadas o en curso, en Suecia, los Países Bajos, Italia y la Unión Soviética? Restar importancia a este logro, diciendo que la congestión de Londres no ha disminuido, supone pasar por alto el hecho de que en Gran Bretaña, gracias a la concepción de Howard, medio millón de personas viven ahora en condiciones físicas y biológicas enormemente superiores a las de la mayoría de los londinenses: condiciones, si no mejores, iguales a las reinantes en los suburbios más ricos del pasado, puesto que contienen más ingredientes sociales de genuina vida urbana.

El hecho de que el programa de ciudades nuevas se suspendiera abruptamente en el momento en que era necesaria una crítica esmerada de sus logros, así como nuevos experimentos sobre la organización formal de ciudades nuevas, fue un fracaso de la imaginación política británica, no de las *New Towns* en sí mismas, y menos aún de las premisas sobre las que se erigieron.

Premisas y programa exigían una revisión a la luz de nuevas experiencias: queda aún por reconocerse la necesidad de crear *New Towns* a escala regional y de idear una nueva clase de au-

toridad administrativa, con facilidades para la construcción y la administración, en la misma escala de las grandes autoridades portuarias y del London County Council. Pero los que proclaman el fracaso en los comienzos de un movimiento, tal vez con la esperanza de que sus protestas lleven realmente al fracaso, evidencian en realidad que este nuevo modo de crecimiento urbano presenta un desafío decisivo a sus espíritus complacientes y a sus premisas dogmáticas.

Lo que Howard llamaba «conglomerado urbano», fijado en una matriz verde permanente para formar una nueva unidad ecológica y política, constituía en realidad la forma embrionaria de un nuevo tipo de ciudad que superaría las limitaciones espaciales de la ciudad histórica, incluso las de la metrópolis, y que al mismo tiempo se salvaría de la expansión ilimitada y la difusión fortuita de la conurbación. Henry Wright y sus colaboradores de la Comisión del Estado de Nueva York para la Vivienda y la Planificación Regional dieron el paso siguiente en la definición de esta nueva unidad urbana, donde las partes visibles forman un conjunto invisible pero de apretada malla.

Al analizar el crecimiento urbano del Estado de Nueva York, Wright señalaba que la continuación del crecimiento metropolitano de las ciudades agonizantes de Nueva York y Buffalo contribuiría a aumentar sus ya enormes defectos, en tanto que era posible proyectar un nuevo tipo de difusión urbana. Este sería diferente del primer periodo de construcción de comunidades descentralizadas, cuyo foco de atracción era la aldea y que se basaban en el canal, el ferrocarril local (todavía no unificado en un sistema), la utilización de la energía hidráulica y la carretera para vehículos de tracción animal. La nueva pauta urbana sería más limitada, retiraría una población permanente de las montañas Adirondack, a las que les restituiría su condición de bosques y zona de esparcimiento, y reduciría la nueva región de asentamiento a una ancha franja que

correría a lo largo del Hudson y los valles Mohawk, remontándose luego por la zona favorable, pero mal utilizada, que colinda con el lago Erie. Esto representaba la nueva región de establecimiento urbano, favorable para la renovación de comunidades más viejas, cuya vitalidad estaba gastada por la centralización metropolitana, y para la fundación de nuevas comunidades de tamaño limitado, establecidas en próspera tierra agrícola, y conectadas entre sí por una nueva red de carreteras basada en el uso del automóvil.

Si en el Estado de Nueva York se hubiera contado con la iniciativa política y económica necesaria para seguir esta nueva pauta, tanto las grandes ciudades como el resto del Estado se habrían beneficiado de este desarrollo. En cambio, todos los planes que se han llevado a cabo desde entonces están marcados por el propósito de intensificar la pauta de congestión metropolitana. Así, la autopista directa de Nueva York a Buffalo se limita a repetir la línea férrea y atraviesa los servicios públicos esenciales del ferrocarril; mientras que, con arreglo al plan de Wright, las nuevas carreteras sin poblaciones proyectadas en 1929 por Benton MacKaye, en vez de seguir la línea interna de transporte, podrían haber costeado la franja de asentamiento urbano, sirviendo como columna vertebral de un sistema regional de distribución. Esto hubiera permitido un acceso máximo a las zonas montañosas y de recreo que están situadas más allá, y un sistema útil de transporte privado y público, usando el canal, el río, el ferrocarril, la carretera y el aire. Ya es hora de ampliar el concepto de ciudad equilibrada y pensar en la región equilibrada y remodelada deliberadamente como una obra de arte.

Sobre esta base podrían haberse creado cuatro o cinco entidades regionales nuevas, centradas en ciudades existentes, pero esparcidas de manera mucho más amplia y capaces de orientar el crecimiento ulterior hacia comunidades equilibradas. Así se hubiera llevado hasta su conclusión el concepto de las ciudades so-

ciales que expuso Howard. En cambio, los esfuerzos conjuntos de la Comisión de Carreteras y de la Autoridad del Puerto de Nueva York han estado dedicados a aumentar la congestión terminal y sacar ganancias del aumento del desorden.

Por desgracia es difícil que aparezca una imagen viable de ciudad que abarque todas las potencialidades ideales de la cultura moderna, hasta que la planificación haya superado las limitadas premisas y las mezquinas preocupaciones del ingeniero y el burócrata. Estos dos grupos, que prácticamente ejercen el poder en todas partes, han producido una estructura urbana que refleja, hasta lo caricaturesco, los patentes defectos de sus propias estructuras de personalidad. Sus métodos segmentados de pensamiento, sus rutinas compulsivas, sus deshumanizadoras aspiraciones últimas, se proyectan igualmente en el trazado fortuito de rascacielos y arterias para coches, como los que se encuentran en Nueva York, Londres, o Río de Janeiro, donde la tecnología se dedica a asegurar el caos lucrativo, o bien la vacuidad reglamentada de la «Ciudad del Porvenir» de Le Corbusier —una variante «ideal», sobre el papel, de esta estructura burocrática básica—, de la que han estado surgiendo imitaciones en Brasilia, Berlín occidental y en extravagantes conjuntos de viviendas de gran altura en todas partes. Todas estas imágenes inhumanas de la ciudad suponen gratuitamente, con Max Weber, que la personalidad burocrática es el tipo humano definitivo hacia el que tiende la evolución social.

Hasta el momento, pues, las propuestas formuladas por Howard no han conseguido detener, y ni siquiera retardar, los procesos automáticos que están en acción en nuestra civilización. La causa subyacente de este fracaso es que la civilización occidental sigue viéndose arrastrada por la inercia de tres siglos de expansión: expansión de la tierra, expansión de la industria y expansión de la población; y estos movimientos se han desarrollado con un ritmo que habría hecho difíciles la organización pública y el con-

trol, aunque se hubiera reconocido la necesidad de una economía vital más estable. Desde el comienzo esos tres movimientos exhibieron características irracionales y destructoras, y en vez de haber disminuido durante la vida de las dos últimas generaciones, se han intensificado. A medida que la ansiedad y el desorden se extienden, disminuye la posibilidad de lograr la distribución ordenada, el equilibrio dinámico y el crecimiento normal. La actual dispersión suburbana sin plan, acompañada de congestión y debilidad metropolitanas, constituye un sustituto innoble del orden cívico y del diseño regional.

Es necesario aceptar estos hechos. Pero la reacción frente a la actual desintegración puede estar ya en curso, oculta, como el cristianismo estuvo oculto durante dos siglos enteros bajo la panoplia del Imperio Romano. Si llega a ocurrir que las fuerzas integradoras se reafirman, todas las comunidades tendrán que tomar en consideración el teorema de Howard: toda ciudad, todo órgano de la comunidad e incluso toda asociación y organización tienen un límite de crecimiento físico, cuyo corolario es que cualquier plan para superar ese límite debe transponerse en una forma ete-realizada.

Esto es tan válido para el hospital o el instituto de investigaciones centralizado en exceso, como ya ha quedado en evidencia en los centros comerciales mastodónticos. Al planear efectivamente las nuevas dimensiones y los nuevos propósitos de la ciudad, rebasaremos sin duda la visión de Howard, pero, aún así, tendremos hacia él una deuda de gratitud, porque fue el primero que bosquejó la base de este orden más vasto.

CAPÍTULO XVII

El mito de Megalópolis

1. Aumentos de poder

El aumento de la superficie de la tierra arable, el perfeccionamiento de la agricultura, la expansión de la población y la multiplicación de las ciudades han sido fenómenos paralelos en el curso de la historia, pero nunca tanto como durante el siglo pasado. Muchos países entran ahora en una época en que no solo la población urbana será mayor que la población rural, sino en que la superficie ocupada por el crecimiento urbano rivalizará con la dedicada a cultivos. Uno de los síntomas de este cambio ha sido el aumento en número, superficie y población de las grandes ciudades. Rápidamente se convierte Megalópolis en una forma universal, y la economía predominante es una economía metropolitana, en la que no es posible ninguna empresa eficaz sin un vínculo estrecho con la gran ciudad.

¿Representa esto una etapa final del desarrollo urbano? Tal vez los que creen que no hay alternativas ante la actual proliferación del tejido metropolitano pasan fácilmente por alto el resultado histórico de semejante concentración de poder urbano: olvidan que esto ha señalado, reiteradamente, la última etapa en el ciclo clásico de la civilización, antes de su desorganización y decadencia completas. Sin duda no hay evidencia alguna de estabilidad en una civilización que, en un lapso de cuarenta años, ha sufrido dos

guerras mundiales y ha puesto fin prematuramente a la vida de unos sesenta millones de personas, según el cálculo más moderado; una civilización que ha resucitado las formas más bárbaras de opresión, tortura y exterminio total, y que ahora amenaza con aniquilar, en futuras luchas por «extender el comunismo» o «conservar la libertad», la población de continentes enteros, haciendo quizás que el planeta, en su totalidad, sea permanentemente inhabitable. Esta civilización metropolitana contiene en su seno las fuerzas explosivas que arrasarán todas las huellas de su existencia; y hacer planes para el futuro, sin tener en cuenta este hecho, equivale a manifestar uno de los síntomas típicos de ese divorcio de la realidad que ha caracterizado a la actual explotación de los agentes científicos del exterminio y la destrucción en masa.

Antes de que nos sea posible evaluar los recursos más vitales que están a disposición de la humanidad, que por último pueden salvarla del abuso irracional de la ciencia y las invenciones tecnológicas, debemos considerar más de cerca las fuerzas que han producido esta economía metropolitana y que han medrado a expensas de su éxito orgullosamente desastroso. Acaso la conciencia de la evolución histórica de las ciudades llevará a la comprensión que hasta ahora ha faltado, y permitirá introducir nuevas medidas de control en sus procesos, sin las cuales son automáticos porque son inconscientes. Incluso muchos factores actuales, que ahora parecen ciegos y espontáneos, resultarán, en realidad, esfuerzos conscientes y deliberados por estimular un crecimiento que debe reprimirse o por concentrar funciones y poderes que deben repartirse.

Como ya he sugerido, posiblemente una de las causas del reiterado ciclo urbano de crecimiento, expansión y desintegración reside en la naturaleza misma de la civilización. Hemos visto que, en muchos casos, la ciudad tiende a encerrar la vida orgánica y multilateral de la comunidad en formas petrificadas y superespe-

cializadas, que alcanzan la continuidad a expensas de la adaptación y del crecimiento posterior. La misma estructura de la ciudad, con el recipiente pétreo que domina al imán, pudo ser en el pasado, en no poca medida, responsable de esta resistencia. Al final ha hecho de la desintegración física —a través de la guerra, el fuego o la corrosión económica y las plagas— el único modo de abrir la ciudad a las nuevas exigencias de la vida.

Si esto es cierto, la necesidad primordial de la ciudad consiste hoy en una intensificación del conocimiento colectivo de sí misma, en una comprensión más profunda de los procesos de la historia, como primer paso hacia la disciplina y el control. Se trata de un conocimiento como el que alcanza el paciente neurótico al enfrentarse con un trauma infantil largo tiempo sepultado, que se ha interpuesto como un obstáculo en el camino de su crecimiento e integración normales.

Ciudades como Roma, que históricamente cumplieron el ciclo entero de su desarrollo antes de reanudar nuevamente su crecimiento en una etapa más baja, proporcionan abundancia de datos para estudiar el surgimiento y la caída de Megalópolis. Pero, por desgracia, esos datos están demasiado dispersos y buena parte de ellos son demasiado ilegibles para que proporcionen una comprensión cabal de los hechos. Aunque en nuestro tiempo Varsovia, Berlín, Tokio y muchas otras ciudades han estado cerca de la extinción física, suficiente tejido vivo de la cultura se preservó en otras partes para hacer posible su rápida reconstrucción, con múltiples perfeccionamientos secundarios, aunque sin ninguna modificación funcional decisiva. La persistencia de estos recipientes hipertrofiados indicaría que constituyen manifestaciones concretas de las fuerzas predominantes en nuestra actual civilización; y el hecho de que los mismos síntomas de hipertrofia y superconcentración existen en la Unión Soviética «comunista» y en los Estados Unidos «capitalistas» muestra que estas fuerzas

son universales y que actúan casi sin respeto alguno por las ideologías o las metas ideales reinantes.

Si bien es necesario reconocer los hechos, resultaría prematuro creer que estos procesos son definitivos e irreversibles: ya hemos examinado una cantidad abundante de datos que demuestran que, incluso en culturas mucho menos entregadas al crecimiento cuantitativo que la nuestra, llega un momento en que el órgano canceroso destruye al organismo a expensas del cual ha alcanzado esas dimensiones tan abultadas. Mientras tanto, el nacimiento normal, el crecimiento y la renovación pueden cambiar el equilibrio en otras partes.

Los sociólogos y los economistas que fundan sus proyectos de futura expansión económica y urbana sobre la base de las fuerzas que ahora están en acción, proyectando solamente aquellos cambios que puedan resultar de la aceleración de dichas fuerzas, tienden a llegar a una megalópolis universal, mecanizada, estándar y efectivamente deshumanizada, como meta final de la evolución urbana. Ya extrapolen a partir de 1960 o prevean 2060, su meta es, en realidad, *1984*. So pretexto de una descripción estadística objetiva, estos especialistas en ciencias sociales dejan, en realidad, fuera de su análisis los datos observables de la biología, la antropología o la historia que destruirían sus premisas o rectificarían sus conclusiones. Aunque rechazan la doctrina escolástica de las causas finales, estos observadores han convertido prácticamente la propia Megalópolis en una causa final.

Buena parte del pensamiento actual sobre el posible desarrollo de las ciudades se basa en los supuestos ideológicos sobre la naturaleza y el destino del hombre que hoy están de moda. Debajo de su interés superficial por la vida y la salud yace un profundo desdén hacia los procesos orgánicos que implican el mantenimiento de la compleja asociación de todas las formas orgánicas, en un medio favorable a la vida, en todas sus manifestaciones. En vez de

considerar la relación del hombre con el aire, el agua y la tierra, al igual que con todos los elementos orgánicos asociados, como la más antigua y más fundamental entre todas sus relaciones —que no debe limitarse o borrarse, sino más bien profundizarse y extenderse, tanto en pensamientos como en actos—, la tecnología popular de nuestra época se dedica a urdir medios para remplazar formas orgánicas autónomas con ingeniosos sustitutos mecánicos (¡controlables!, ¡lucrativos!).

En vez de llevar vida a la ciudad, de modo que hasta su habitante más pobre no solo tenga sol y aire sino también alguna oportunidad de tocar, sentir y cultivar la tierra, estos ingenuos apóstoles del progreso optan por llevar la esterilidad al campo y, en última instancia, la muerte a la ciudad. La «ciudad del futuro» que proyectan es una entidad reducida al nivel más bajo posible de vida activa, autónoma y plenamente sensitiva: solo se pretende que la vida se ajuste a los requisitos de la máquina. Como veremos, esto llevaría las actuales fuerzas que están en acción en Megalópolis hasta su meta final, a saber, la aniquilación total del hombre. Semejantes profecías tienden a autojustificarse. Cuanto más se cree en ellas, mejor actúan. Pero, cuanto más velozmente actúan, más pronto pueden llegar a una horrenda culminación.

En la actualidad, el fin de nuestra civilización megalopolitana entera está demasiado patentemente a la vista. Hasta la interpretación errónea de un grupo de puntos en una pantalla de radar podría desencadenar una guerra nuclear que haría desaparecer toda nuestra civilización urbana, no dejando nada que sirviera para reemprender la aventura: nada más que la muerte por inanición, pandemia o el cáncer inexorable producido por el estroncio 90, para los triplemente miserables refugiados que pudieran sobrevivir. Erigir cualquier género de esperanzas para el futuro sobre semejante estructura es algo que solo podría ocurrírseles a los «expertos» bien adiestrados, pero de talla infrahumana, que

la han ideado. Aunque este destino no sea el que nos aguarde, ya están en acción muchas otras formas de muerte, igualmente siniestras, aunque más solapadas y lentas.

Pero el proceso cíclico en medio del cual nos encontramos no es necesariamente fijo y fatal. De este hecho debe partir todo plan sensato. Nuestra presente cultura mundial, con sus fuentes históricas cada vez más profundas y sus contactos cada vez más amplios, precisamente porque tiene una amplitud mundial, es mucho más rica en potencialidades aún por emplear que todas las civilizaciones anteriores.

En todos los dominios nuestro problema consiste en aminorar la velocidad o hacer que se detengan las fuerzas que ahora nos amenazan: interrumpir el cielo de expansión y desintegración, estableciendo para ello nuevas premisas, más próximas a las exigencias de la vida, que nos permitirán cambiar nuestra dirección y, en muchos sectores, empezar de nuevo. La misma existencia de las villas nuevas de Inglaterra y Suecia, por más que ellas no han alterado hasta ahora la pauta metropolitana imperante, testimonia, con todo, la posibilidad de un modo diferente de crecimiento urbano. Ese pequeño síntoma puede ser el presagio de una transformación más vasta.

En el presente capítulo me propongo considerar con más detenimiento algunos de los tremendos aspectos negativos de la civilización metropolitana. Esto servirá como preludio para un nuevo análisis del papel que desempeña la ciudad como imán, recipiente y transformador en la cultura moderna.

2. «La esclavitud de los grandes números»

La base de la aglomeración metropolitana se encuentra en el tremendo aumento de población que se produjo en el trascurso del

siglo XIX: este quizá superó, tanto relativa como absolutamente, el que tuvo lugar en la época neolítica e hizo posible las conquistas iniciales del urbanismo. Los pueblos de linaje europeo se multiplicaron de los doscientos millones, que aproximadamente eran durante las guerras napoleónicas, hasta llegar a seiscientos millones en el momento del estallido de la primera guerra mundial. Este linaje, que solo abarcaba una sexta parte de la población de la Tierra en la época de Malthus, se elevó aproximadamente a una tercera parte de ella en poco más de un siglo, si bien en el ínterin algunos de los otros pueblos que cayeron bajo su influencia, como la población de las Indias Orientales holandesas, también se reprodujeron y sobrevivieron como nunca había sucedido antes.

En 1800 no había en todo el mundo occidental una sola ciudad que llegara al millón de habitantes: la más grande, Londres, solo tenía 959.310, en tanto que París tenía poco más de medio millón, mucho menos que Ámsterdam en la actualidad. Para 1850, Londres tenía más de dos millones de habitantes y París más de un millón, y si bien la población de otras ciudades también aumentó rápidamente, no tenían rivales importantes. Pero en 1900 había once metrópolis de más de un millón de habitantes, entre las que se contaban Berlín, Chicago, Nueva York, Filadelfia, Moscú, San Petersburgo, Viena, Tokio y Calcuta.

Treinta años después, como resultado de una febril concentración de capital y dirección financiera, junto con los lucrativos medios mecánicos para la congestión y la extensión urbanas, había veintisiete ciudades con más de un millón de habitantes, que iban desde Nueva York hasta Birmingham, en Inglaterra, e incluían metrópolis en todos los continentes, incluso en Australia. A mediados del siglo XX había surgido una multitud de nuevas zonas metropolitanas, acompañadas de cinturones suburbanos, que incluían a muchas más dentro del cuadro metropolitano general.

El aumento de las ciudades con una población de más de cien mil habitantes fue igualmente acentuado, y también estas ciudades más pequeñas tenían sus anillos suburbanos: incluso en zonas como Carolina del Norte, donde se presentó una oportunidad casi providencial de establecer un equilibrio regional en constelaciones separadas de ciudades, ninguna de las cuales podría tener más de cien mil habitantes, estas entidades separadas tendieron a confundirse en una masa urbana indiferenciada e informe, o sea, en una conurbación. Para 1930, casi la mitad de la población de los Estados Unidos vivía en un radio de treinta a ochenta kilómetros de ciudades con una población de más de cien mil habitantes; en tanto que, en 1950, se la hallaría en 163 zonas urbanas con 50.000 habitantes o más, haciendo un total de 83.929.863 personas. Tendencias análogas predominaron en todas partes: hacia 1950, el 13,1% de la población mundial vivía en ciudades de 100.000 habitantes o más, en comparación con un 1,7 en 1800.

Esta alteración de las cifras, de la escala y de la superficie sometida a la urbanización determinó cambios cualitativos en todos estos centros y además extendió la esfera de influencia urbana, trasladando los productos, los hábitos y los valores ideológicos de la ciudad a aldeas que hasta entonces habían sido casi autónomas y que seguían todavía una rutina de vida básicamente similar, por su contenido, a la de la cultura neolítica. Hasta las principales herramientas de la vida primitiva en la selva, el hacha y el machete de los indios sudamericanos, ya no se fabricaban en las proximidades sino que venían de Newark o Sheffield. Estos cambios influyeron también en el margen natural de la dimensión que podían alcanzar las ciudades: pues este varía, aparentemente, en número de habitantes y distribución, según el tamaño de la ciudad más grande de la serie. Por encima de todo, esta construcción y multiplicación de ciudades alteró todo el equilibrio entre la población urbana y la agrícola. Antaño las ciudades fueron islas que surgían

en un vasto mar rural. Pero ahora, en las partes más pobladas de la tierra, las zonas agrícolas productivas tendían a convertirse en islas verdes aisladas, que lentamente desaparecían bajo un mar de asfalto, cemento, ladrillos y piedra, el cual ora cubría enteramente el suelo, ora reducía su valor para cualquier otro fin que no fuera el de seguir pavimentando, entubando y edificando.

Presentar una relación de todos los factores que determinaron este cambio equivaldría a trazar una imagen mucho más completa del desarrollo de nuestra civilización mecánica en el trascurso de los tres últimos siglos que el que he intentado hacer aquí: que mi exposición en *Técnica y civilización* sirva como complemento de los capítulos anteriores de este libro. Pero, en resumen, puede decirse que, mediante un proceso de sustitución y crecimiento forzado, los procesos mecánicos suplantaron a los procesos orgánicos, en un ámbito tras otro; y que el resultado total consistió en desplazar las formas vivas y fomentar solo las necesidades y los deseos humanos que podían anexarse lucrativamente al mecanismo productivo, ya en pos de lucro y poder, como en el primitivo capitalismo de riesgo, ya en pos de seguridad y lujo, como en el capitalismo de bienestar, o en pos de la seguridad y el poder conjuntamente, como en el capitalismo monopolista de Estado de los llamados países comunistas.

En cualquier caso, el resultado final fue más o menos el mismo. Junto con este cambio se produjo un movimiento hacia fuentes de abastecimiento más distantes y de las ciudades productoras a los centros financieros, donde se manipulaba el mercado y se gastaban las ganancias. La «libre competencia» que fue la consigna que rompió los antiguos monopolios feudales y municipales cedió ante esfuerzos a gran escala por lograr el monopolio total o casi total, llamado ahora «oligopolio», de modo tal que una minoría de organización pudiera controlar el mercado y fijar los precios, casi con tanto éxito como si se tratara de una sola unidad. La

gran metrópolis fue, por una parte, un agente de este proceso y, por la otra, un símbolo de su éxito aplastante.

Este movimiento general introdujo los diversos sectores de la sociedad moderna dentro del mismo gran recipiente urbano; y, de este modo, anuló en no poca medida la separación entre los diversos grupos y clases dirigentes. Terratenientes, industriales, financieros, fuerzas armadas y burocracia formaron una coalición en los principales países occidentales para lograr un máximo de explotación pecuniaria, así como un máximo de control político eficaz. Agentes oficiales del poder comenzaron a orientar los «intereses nacionales» hacia el industrial y el financiero, pues, como observó Cecil Rhodes, «la expansión lo es todo».

Así, las fuerzas específicas que promovían naturalmente la expansión de la metrópolis fueron acrecentadas por un impulso general en la misma dirección. El industrial, abadonando su credo del *laissez faire* y la libre empresa, llegó a confiar en sus aliados imperialistas para que protegieran la industria de las inestabilidades del mercado: de ahí que todas las formas de «protección», desde los impuestos y subvenciones hasta los ejércitos y las armadas que abrían mercados cerrados y cobraban deudas.

Si la forma inicial de la ciudad se logró mediante la unión de las economías paleolítica y neolítica, la de la metrópolis última parecería ser el resultado de las fuerzas que se independizaron en formas institucionales muy rápidamente a partir del siglo XVII: una economía productiva (industrial) que utiliza energías en una escala mayor que nunca y una economía de consumo (comercial) hasta entonces confinada a la corte y la aristocracia, que multiplicó velozmente las comodidades y los lujos al alcance de unos pocos y que, paulatinamente, ensanchó el círculo de consumidores.

Ambas economías se tornaron hiperactivas bajo la presión de continuas invenciones: el poder, la velocidad, la cantidad y la

ıovedad se convirtieron en fines en sí mismos, y no se hizo nin-gún intento efectivo por controlar el poder y la cantidad en rela-ión con las necesidades humanas, excepto en la producción y el onsumo en expansión. Así, las grandes metrópolis reunieron en ın vasto complejo la ciudad industrial, la ciudad comercial y la iudad regia y aristocrática, cada una estimulando a las demás y xtendiendo su influencia sobre ellas.

Las normas de la fábrica y del mercado pasaron rápidamente todas las demás instituciones de la metrópolis. Tener el museo nás grande, la universidad más grande, el hospital más grande, ıs tiendas más grandes, el banco más grande o la corporación nanciera más grande equivalía a satisfacer el requisito urbano ltimo: y producir el máximo número de invenciones, el máximo úmero de monografías científicas y el máximo número de libros e convirtió en un signo de éxito metropolitano comparable con l que representaba el número máximo de toneladas de hierro n Pittsburg o Essen. En suma, toda institución metropolitana ue tiene éxito repite en su organización el inexplicable gigantis-no del conjunto. Al reaccionar contra las antiguas condiciones e carestía y escasez, la economía metropolitana pasó, así, al otro xtremo y concentró su atención en la cantidad, sin preocuparse e su distribución, de la necesidad de regular el ritmo, o asimilar ı novedad. Lo orgánico, lo cualitativo y lo autónomo quedaron educidos a una posición secundaria, cuando no se los aplastó en odos los terrenos.

Desde mucho tiempo atrás la ciudadela y la muralla eran lementos arcaicos en las grandes capitales; pero, en el momento nismo en que desaparecían, surgió una red de controles de orga-ización en la capital dominante, ramificándose por doquier me-iante la comunicación instantánea; una red que desempeñaría s mismas funciones, pero con más eficacia. Porque justamente ı la medida en que estos nuevos poderes eran tenebrosos, eté-

reos, y por ende imposibles de identificar o combatir, eran tanto más eficaces. Resultaba posible abrir una brecha en la muralla o matar el rey pero ¿cómo se podría atacar un consorcio internacional? Solo cuando una capital nacional entraba en conflicto con otra capital se ponía en evidencia que aún seguían en acción todas las fuerzas arcaicas y destructoras de las antiguas ciudadelas, las cuales, a decir verdad, se habían agrandado terriblemente, volviéndose cada vez más irracionales.

El crecimiento y la multiplicación de las grandes metrópolis eran, por una parte, las pruebas de esta tendencia general hacia la concentración monopolista y, por la otra, el medio por el que esta se efectuaba. Hasta en la más autocomplaciente ciudad provinciana, la pauta de la vida institucional se tornó cada vez más la de la metrópolis: las consignas de la política de fuerza, los estallidos orgiásticos de nacionalismo y la aceptación general de las marcas de fábrica comerciales y culturales de la metrópolis, hasta llegar a la exclusión ruborizada de los productos locales, se volvieron fenómenos casi universales hacia comienzos del siglo xx.

Para gran consternación de Herbert Spencer y de sus seguidores, que creían cándidamente que el industrialismo contribuía a la paz, se hizo evidente, ya a fines del siglo xix, que lo que había sucedido era exactamente lo opuesto: el industrialismo había aumentado la magnitud y la eficacia destructiva de la guerra, al proporcionarle los beneficios de la producción en masa y la mecanización. Una vez más, el soldado apareció en el centro de la ciudad, y con él los colores de la vida que, retirándose del medio insensato de la ciudad industrial, entraron nuevamente a la metrópolis, con los vistosos uniformes de guardias y coraceros. Ningún aspecto de la vida podía eludir este encuadramiento general. Bajo la superficie pacífica y la rutina ordenada de la metrópolis, todas las dimensiones de la violencia se habían extendido súbitamente. A medida que estas fuerzas se desarrollaban, la metrópolis se

convertía cada vez más en un medio para aumentar la variedad de las experiencias violentas, y todo ciudadano se convirtió en un conocedor de las artes de la muerte.

Permítaseme subrayar que esta descripción negativa de la organización metropolitana no lo dice todo. Debe juzgarse lo que ha sucedido en el trascurso del siglo pasado y lo que hoy nos amenaza tan ferozmente no solo por las transformaciones concretas que han tenido lugar sino también por muchas espléndidas potencialidades que, a la larga, pueden superarlas y elevar todo el nivel de la vida a un plano más alto. Por desgracia, algunas de esas potencialidades ya han sido eliminadas. Así, la conservación y la transmisión de culturas primitivas, por las contribuciones que podrían haber hecho para superar las esterilidades que ahora son tan penosamente evidentes en la nuestra, no se intentaron hasta que ya el daño hecho era irreparable. Así también, múltiples procedimientos y descubrimientos humanitarios en materia de medicina e instrucción pública, que han sido pervertidos por la civilización metropolitana, todavía esperan, para rendir todos sus servicios, una cultura orientada hacia fines más humanos. Pero si la historia de la ciudad del siglo XIX es, como bien ha dicho Lavedan, la historia de una enfermedad, la de la ciudad del siglo XX podría llamarse la historia de un extraño tratamiento médico con el que se procuró aliviar los síntomas, pero se cuidó atentamente de mantener todas las condiciones que causaban la enfermedad, con lo que, en realidad, se lograron reacciones secundarias tan deplorables como el propio mal.

Salvando unas cuantas excepciones notables, como Patrick Geddes, Piotr Kropotkin, Ebenezer Howard y Max Weber, en vano se buscará una comprensión plena de los procesos normales que promueve la ciudad. Aunque hay multitud de estudios sobre el desorden y la decadencia de la urbe, los pocos que intentan ocuparse de la salud de la ciudad y de establecer mejores normas para

el crecimiento y el desarrollo son aún, en su mayor parte, ingenuamente utópicos por su fe ilimitada en los dudosos imperativos de una economía en expansión y por atribuir una importancia y una suficiencia absolutas al papel que ciencia y técnica desempeñarían en el desarrollo futuro de la ciudad.

Sí: la metrópolis actual, hasta en su forma más confusa y corrompida, revela ciertos logros en la difusión de la cultura humana, los cuales apenas si existían en tiempos anteriores, cuando todas las formas más elevadas eran un monopolio de la ciudadela y el templo. El núcleo metropolitano histórico todavía tiene que desempeñar una función, cuando sus miembros hayan comprendido que ni su monopolio inicial ni su desintegración actual pueden mantenerse indefinidamente. Si es lícito tomar en préstamo un cliché de la física moderna, el gran problema de hoy consiste en trasmutar la masa física en energía psíquica. Debemos inventar nuevos medios para convertir la congestión automática en movilización significativa: para eterealizar el recipiente, repolarizar el imán y extender el campo. Acaso estas posibilidades se harán más concretas si examinamos los esfuerzos que se han malbaratado.

3. La burocracia tentacular

La atracción hipnótica que ejerce la gran ciudad parte de su posición inicial como instrumento del Estado nacional y como símbolo de su poder soberano. Se trata de una de las primeras entre todas las funciones urbanas. Excepción hecha de Washington y Camberra, las ciudades que inicialmente dieron la pauta del crecimiento desordenado y desenfrenado fueron las capitales nacionales o imperiales: por su grandeza y su riqueza atrajeron población y comercio, alejándolos de los centros más pequeños, cuyos

modos tradicionales de vida se vieron obligados a ceder ante el inmenso prestigio del rey y la corte.

Pero el poder político y militar deben sostenerse por una organización económica. Los medios para la creciente aglomeración urbana fueron las rutas mundiales de comercio que se abrieron a partir del siglo XVI, atravesando los territorios por medio de canales y ríos; después, en el siglo XIX, por sistemas ferroviarios continentales y, por último, en el siglo XX, líneas aéreas cuya misma velocidad en los vuelos sin escalas hicieron que se desdeñasen los conglomerados urbanos más pequeños, favoreciendo una mayor concentración en las escasas terminales.

Estos diversos medios llevaron a la metrópolis un caudal infinito de alimentos y materias primas procedentes de regiones remotas. «Todos los caminos llevan a Roma», y se abandonaron los ferrocarriles que fomentaban la difusión regional o bien se los dejó envejecer y se los empujó a la ruina, a fin de favorecer las vías rápidas y los aeropuertos congestionados. Hasta las recientes autopistas que en potencia constituyen admirables agentes de difusión han sido proyectadas —hábilmente mal proyectadas, sería más exacto decir— con este objetivo.

La condición política que apresuró el ritmo de esta concentración, y la estableció asimismo en centros secundarios, está representada por la creciente importancia del propio proceso de administración en todo tipo de empresas: en la industria, los negocios, la filosofía, la enseñanza. En sus últimas fases, el crecimiento de la gran ciudad es un subproducto del crecimiento y la influencia creciente de la burocracia, que ha impuesto en todas las esferas los controles y la regimentación que ya hemos examinado al ocuparnos de la ciudad barroca.

No bien se contó con los medios de comunicación instantánea, se tuvo un nuevo incentivo para concentrar los órganos de

administración: ahora, en un solo punto podía dirigirse la producción, establecerse el itinerario de las mercancías, hacer los pedidos o cancelarlos, realizar las ventas, extender créditos y satisfacer las órdenes de pago. El control remoto, que inicialmente se concretó en los ejércitos, mediante la división entre oficialidad y tropa, se había extendido ahora a las operaciones comerciales. Tras la fabricación de la máquina de escribir en la década de 1870 y la difusión coincidente de la veloz taquigrafía, podía llevarse a cabo, por escrito, una proporción cada vez mayor de transacciones comerciales. Los medios de comunicación, los medios mecánicos de elaboración y reproducción de los registros permanentes, los sistemas mecánicos de contabilidad y control, son todos elementos que contribuyeron al surgimiento de una vasta burocracia comercial, capaz de vender en territorios cada vez más remotos, al establecer una identidad entre los modelos metropolitanos de moda y la civilización misma o cualquier cosa a la que se pudiera llamar «vida real».

Ya a mediados del siglo XIX la palabra burocracia se había convertido, a decir verdad, en un descorazonador sinónimo de ineficacia tortuosa. A Dickens no le hicieron falta poderes inventivos especiales para crear a su sir Tite Barnacle y el Departamento del Circunloquio. Todo el mundo experimentaba, a través de las esferas del gobierno y de las finanzas, la dificultad para conseguir que las cosas se hicieran por acción directa. Hasta el acto civil más simple necesitaba sanciones legales, documentos, verificaciones. Desde la búsqueda de un testamento hasta el establecimiento de los derechos civiles en el matrimonio, nada podía hacerse sin la ayuda y el lento consentimiento de funcionarios especiales. Los abogados, que conocían las formas prescritas y las minucias técnicas, pasaron a constituir una buena parte de la creciente población profesional: sus servicios eran necesarios para el cumplimiento, y aún más para el sutil quebrantamiento, de la ley.

En todo este desarrollo la burocracia política sirvió como un blanco especial para la detracción crónica: se suponía que ella poseía el monopolio de los métodos dilatorios y que prestaba una atención prolija a las formas con la que solo se conseguía hacer perder el tiempo. Pero la autojustificada indignación del hombre de negocios ante el monstruoso crecimiento de la burocracia política carecía totalmente de humor. Con esta actitud pasaba por alto que el mayor desarrollo de la burocracia durante el siglo pasado tuvo lugar en el propio ámbito de los negocios: todo esto ponía en ridículo el incremento mezquino de la burocracia gubernamental. Es evidente que ninguna gran empresa corporativa, con una red mundial de agentes, corresponsales, mercados, fábricas y financieros podía existir sin confiar en los servicios de todo un ejército paciente de empleados rutinarios en la metrópolis: estenógrafos, encargados de archivos y de la contabilidad, jefes de oficina, jefes de ventas, directores de publicidad, contables y sus diversos ayudantes, hasta llegar al quinto vicepresidente, cuya firma o visto bueno pone el sello final de responsabilidad a una acción.

El alojamiento de esta burocracia en edificios de oficinas, apartamentos y suburbios residenciales constituyó una de las principales tareas de la expansión metropolitana. Su transporte hasta el lugar de trabajo o desde él, dentro de un lapso limitado, planteó uno de los arduos problemas técnicos que tuvieron que afrontar el urbanista y el ingeniero. Y no solo ocurría que la burocracia misma necesitaba espacio de oficina y espacio doméstico: los subproductos de su rutina exigían una proporción creciente de nuevas instalaciones: archivos, cámaras acorazadas, lugares de almacenaje vivo y de almacenaje muerto, terrenos de exhibición y cementerios de documentos, donde los registros comerciales son ordenados alfabéticamente, con miras a la posibilidad de su futura explotación, su futura utilización como fuentes de referencia, futuras acciones judiciales y futuros contratos.

En la década de 1880, en los Estados Unidos, esta época encontró su forma en un nuevo tipo de edificio para oficinas: simbólicamente, se trata de una especie de archivo vertical para seres humanos, con ventanas uniformes, una fachada uniforme e instalaciones uniformes que se levantan piso tras piso, en competencia por el aire y la luz —y sobre todo por el prestigio financiero— con otros rascacielos. Las abstracciones de las grandes finanzas produjeron su representación material exacta en estos edificios, y la tendencia a multiplicar los servicios burocráticos y a extender el sistema de controles de largo alcance no ha llegado, todavía hoy, a su término; porque, a medida que los miembros aumentan y se tornan más complejas las transacciones, los procesos burocráticos mecánicos deben remplazar el contacto humano directo y la relación personal. Así, por ejemplo, en tanto que en Inglaterra y Gales el empleo total, entre 1931 y 1951, aumentó en un ocho por ciento, el empleo en oficinas aumentó en un sesenta y tres por ciento; y, en Londres, el número de personas empleadas en oficinas es el doble del promedio nacional.

Producida esta evolución, una nueva trinidad se enseñoreó del escenario metropolitano: las finanzas, los seguros y la publicidad. Por medio de estos agentes, la metrópolis extendió su dominio a regiones subordinadas, tanto dentro de su territorio político como en dominios distantes: directa o indirectamente, apresuraron la afluencia de tributos hacia los grandes centros. Las empresas económicas, el poder político y la autoridad social, que antaño estaban divididos a todo lo largo y lo ancho del país, se concentraron ahora en las nuevas Romas. Para obtener dinero hay que ir a la metrópolis: para ejercer influencia hay que lograr una posición financiera prominente en la metrópolis. Aquí y allá, un lobo solitario, como Henry Ford padre, permaneció momentáneamente fuera del sistema, o bien, como Walther Rathenau, trató de controlarlo en pos de fines humanos más elevados. Pero ese aislamiento o ese control

serían, en gran parte, ilusorios. Obsérvese cómo el propio Ford, quien una vez fabricara un coche adaptado a las necesidades populares y a la vida rural, sucumbió finalmente ante el hechizo del estilo metropolitano.

Organización monopolista, crédito financiero y prestigio pecuniario: he aquí los tres lados de la pirámide metropolitana (y cada uno de ellos tiene su equivalente en las economías planificadas y estatizadas de los países «comunistas»). Cuanto acontece en la gran ciudad se remonta, en última instancia, a uno u otro de estos elementos. La metrópolis es el depósito natural del capital en esta fase económica, pues sus bancos, sus oficinas de consultores y sus bolsas de valores sirven como punto de recolección de los ahorros del país circundante, y en el caso de capitales mundiales, del capital excedente de los financieros del exterior. Tanto accionistas como industriales tienden hacia la metrópolis. Cuanto más constante es la necesidad de capital de crédito, más importante también será para el prestatario estar próximo a los grandes bancos que pueden hacerle adelantos.

La concentración de poder financiero en bancos nacionales o seminacionales, como el augusto Banco de Inglaterra, y en las manos de banqueros privados sin responsabilidad política, como las bancas de Rothschild y Morgan, fue uno de los primeros rasgos característicos de este régimen: pero, a su vez, surgieron redes bancarias aún más grandes, de alcance nacional; de modo que, tarde o temprano, una gran parte de la población, en calidad de accionistas, ahorradores, prestatarios o especuladores, fue apresada por la estructura metropolitana. Como vio Balzac claramente en los comienzos mismos de esta concentración, el banquero era el señor supremo. Directa o indirectamente, el banquero manipulaba los títeres que aparecían en el escenario político: contribuía a engrosar los fondos de los partidos políticos y su aprobación era

tan necesaria para el éxito de una orientación política o de una empresa industrial como fatídico era su veto.

Ahora bien, las hipotecas sobre los bienes raíces metropolitanos, cuyos valores están «asegurados» por la prosperidad y el crecimiento continuos de la metrópolis, se convirtieron en puntales de los bancos de ahorro y las compañías de seguros. A fin de proteger sus inversiones, estas instituciones deben combatir todo intento de disminuir la congestión, ya que esto también desinflaría los valores que se basan en ella. Obsérvese cómo el programa de remplazo y remodelación de los tugurios, trazado por el gobierno de Roosevelt después de 1933, fue minado por el hecho de que la Administración creó, al mismo tiempo, otro organismo, cuyo principal objetivo era mantener intacta la estructura existente de hipotecas y tipos de interés. Esta política hizo imposible disminuir la carga de los valores inmobiliarios urbanos que estaban inflados y fijar la deuda urbana en relación con el nivel general de precios. Obsérvese, además, cómo las generosas disposiciones del gobierno federal para suprimir en parte los elevados valores inmobiliarios de los tugurios, en beneficio de la renovación urbana, no han tenido como consecuencia establecer densidades más bajas y mejores condiciones para la gente pobre así desalojada, sino, a menudo, densidades aún más altas y ganancias mayores al dar vivienda a grupos de ingresos más elevados. (Sintomáticamente, los principales beneficiarios no han sido los habitantes de los tugurios sino los financieros y constructores que especularon).

Aunque se basa en la expansión dinámica, el sistema entero se vuelve acumulativamente rígido e incapaz de hacer frente a nuevas situaciones: no puede maniobrar ni retroceder. A decir verdad, no es su parte menos rígida la compulsión de llevar a cabo los procesos de expansión. En el orden medieval, las fatalidades e inseguridades de la vida eran compensadas por la organización de corporaciones y sociedades fraternales. En el régimen metro-

politano, estos servicios están principalmente a cargo de corporaciones financieras especiales, a saber, las compañías de seguros. Una u otra forma de seguros cubren los incendios, las inundaciones, la enfermedad, la incapacitación, los accidentes y la muerte. Con los cálculos que se hacían para averiguar las tasas de seguros tuvieron lugar los primeros progresos de la sociología estadística; y con una labor intensiva en favor del mantenimiento de la salud y la profilaxis de enfermedades, ciertas grandes organizaciones, como la Metropolitan Life Insurance Company, han puesto en evidencia el valor monetario de las mejoras en estos aspectos mediante la instrucción y la ayuda médica.

Por desgracia, dentro del sistema metropolitano vigente, las aseguradoras constituyen un intento por lograr la seguridad, acumulando en un punto, para ello, el número máximo de riesgos, A corto plazo, la compañía de seguros puede ser solvente: a la larga, se convierte en uno de los elementos que contribuyen a la bancarrota del régimen en su conjunto. Mientras el mecanismo productivo funciona bien, la afluencia de productos y servicios es ininterrumpida. Pero una sequía, un ciclón, un seísmo o una saturación de artículos de consumo, por no hablar de las guerras, hará temblar la instalación; y la imposición de estas implacables pretensiones metropolitanas se interpone en el camino del ajuste político racional. Si esto era válido antes del invento de las armas nucleares, ¿qué podremos decir ahora de esta forma de seguridad? Si el sistema tuviera en realidad una base racional, todos los fondos excedentes de las organizaciones de seguros estarían dedicados al riesgo único que hoy hace que resulten microscópicos todos los demás riesgos: el seguro de paz mundial, prudente propuesta que el filósofo Josiah Royce formuló ya hace mucho tiempo.

Para completar el proceso de monopolio metropolitano es necesario llevar aún más lejos su control unilateral: para ello se compran y ensamblan empresas locales, formando cadenas de hoteles

o grandes tiendas que pueden ponerse bajo un control centralizado y ordenarse para obtener ganancias monopolistas. Un paso más es necesario para perfeccionar este control: el monopolio efectivo de la publicidad, las noticias, los anuncios, la literatura periódica y, sobre todo, los nuevos canales de comunicación de masas, la radio y la televisión. Estos diversos sectores tienen variados puntos de origen y representan diferentes intereses iniciales; pero, históricamente, han estado ligados entre sí de forma débil desde un comienzo, y al final convergen dentro del marco metropolitano.

Todos estos medios persiguen un objetivo común: dar el sello de autenticidad y valor al estilo de vida que emana de la metrópolis. Establecen la marca del país, controlan el mercado nacional y hacen que toda variación relacionada con la pauta metropolitana parezca deplorablemente provinciana, rústica y, lo que es más atroz, pasada de moda. La meta final de este proceso sería una población unificada, homogénea, absolutamente estándar, cortada siguiendo el molde metropolitano y educada para que solo consuma los productos que ofrecen los que controlan y acondicionan, en beneficio de una economía que se dilata continuamente. En países como los Estados Unidos, donde esta evolución ha sido más veloz, esa meta ya está claramente a la vista. ¿Se ha de asombrar uno de que durante la última década se gastara en este país en publicidad algo así como el doble por familia que en instrucción pública primaria y secundaria? Control sin monarquía; conformismo sin discusión; poder sin intervención de la personalidad.

Donde los órganos de las finanzas y la publicidad se concentran, las clases poseedoras, sin que interese su punto de origen, se reúnen por igual; porque el ritual de sus vidas, tal como son vividas en público para satisfacción de las revistas y los programas de televisión, constituye un elemento fundamental del hechizo pecuniario. Montesquieu, al observar este régimen en una fase primitiva, describía las consecuencias sociales con su perspicacia y precisión

habituales. «El lujo —señalaba— se encuentra también en proporción con el número de habitantes de las ciudades y, en especial, de la capital; de modo que está en proporción con las riquezas de los Estados, la desigualdad de las fortunas privadas y el número de personas residentes en lugares determinados». La concentración de los ricos es un fenómeno metropolitano típico. El ritual principesco del consumo ostentoso, que ya no se limita a la corte real, hace surgir las industrias suntuarias especiales de la metrópolis: ropa, alimentos, adornos y cosméticos. Debido a la naturaleza universal de las normas metropolitanas, las modas exóticas de los ricos son copiadas y reproducidas en gran escala, para beneficio de todo el populacho: y este es, en verdad, un pilar necesario para una economía en expansión.

Si bien la codicia, la avaricia y la soberbia constituyen las principales motivaciones del régimen metropolitano, a la segunda o tercera generación de estar haciendo dinero la filantropía se convierte en un negocio auxiliar de gran prestigio. En los países donde el recargo del impuesto sobre la renta es elevado, las fundaciones caritativas y educativas se prestan para el nuevo arte de dar dinero y retener al mismo tiempo un firme control sobre su utilización, de modo que se proteja el sistema que lo hace posible. Así como unos pocos centenares de grandes empresas controlan más o menos la mitad del capital financiero en los Estados Unidos, también un grupo relativamente pequeño, procedente de las clases financiera y administradora, controla los órganos de la cultura. Cuando han de promoverse nuevas orientaciones en las actividades de las artes y las ciencias, los promotores recurren a los bolsillos repletos de la metrópolis: allí, casi siempre, se establece la nueva fundación.

Así, una multitud de asociaciones y organizaciones de alcance nacional e internacional tienen, naturalmente, sus sedes en Nueva York, Londres o París. Allí, patrones y clientes se encuentran; y allí el mecenazgo competidor aumenta la oportunidad de que hallen

sostén los intereses especiales. Como una parte desproporcionada de poder, influencia y riqueza se ha extraído del interior del país, al provinciano que quiere recuperar alguna de estas cosas le es necesario dejar su tierra e ir a luchar por un puesto en la metrópolis.

Además, una tercera condición incita a la insensata aglomeración de habitantes. Victor Branford sugería que el desarrollo de las burocracias imperiales, siendo resultado de la centralización política en la guerra, constituía uno de los agentes que transformaban la ciudad industrial o hacían ceder su poder e influencia ante la metrópolis. La guerra es el invernadero de la burocracia política. En el trascurso del siglo XIX, mientras la población se acumulaba más y más en unos cuantos grandes centros, estos se vieron obligados a confiar más plenamente en distantes fuentes de suministros: extender la base de abastecimiento y proteger la «línea de la vida» que liga la fuente con la boca voraz de la metrópolis se convirtieron en las funciones del ejército y la armada.

En la medida en que la metrópolis, por las buenas o por las malas, es capaz de controlar fuentes distantes de alimentos y materias primas, el crecimiento de la capital puede continuar indefinidamente. Incluso en un país como Estados Unidos, las zonas rurales alejadas fueron tratadas durante mucho tiempo como posesiones coloniales, privándolas los banqueros metropolitanos del capital necesario para construir sus propias fábricas de acero e incluso para promover el consumo local. Fue necesaria la Segunda Guerra Mundial para obligar a establecer fábricas de acero en la costa del Pacífico.

No hay que suponer que ese empeño para fomentar la aglomeración, y la congestión es absolutamente espontáneo. Por el contrario, se hicieron —y siguen haciéndose— enérgicos esfuerzos para asegurarlas. Deliberadamente se proyectaron los sistemas ferroviarios de modo tal que pasajeros y mercancías tuvieran necesariamente que pasar a través de la metrópolis, antes de se-

guir el viaje. Cada gran metrópolis se aposenta como una araña en el centro de una red de transportes, por más que los ferrocarriles ya han sido sacrificados en aras del automóvil y el avión. Además, en los Estados Unidos, como ya lo señalara hace mucho Warren Thompson, la estructura de la tasa ferroviaria no se basa en el costo real de servicio; los gravámenes se equiparan arbitrariamente, de modo que las grandes ciudades gocen de un subsidio a expensas de ciudades rivales que tal vez están más cerca del punto de embarque, pese a que el costo de manejo de la carga en las grandes ciudades ha sido siempre, en razón de la misma congestión, desmedidamente alto, siendo ahora casi prohibitivo.

La subvención pública del transporte aéreo persigue el mismo fin: alcanzar el grado máximo de congestión y anular las mismas mejoras que, potencialmente, han introducido los progresos tecnológicos. Así, muchas de las alabadas ventajas de la metrópolis, con su control de todos los recursos de la tecnología, resultan ilusorias: como la Reina Roja de *Alicia en el país de las maravillas,* con gran esfuerzo y máxima velocidad, la metrópolis apenas consigue permanecer en la misma posición: de hecho, muchos de sus servicios han retrocedido durante el último medio siglo. La destreza tecnológica no es una cura para la incompetencia política y la falta de inventiva social.

4. La supresión de los límites

Consideremos ahora la situación de la metrópolis en términos más generales; lo que se ha dado en llamarse explosión urbana es, en realidad, síntoma de un estado más general: la supresión de los límites cuantitativos. Esto señala el paso de un sistema orgánico a un sistema mecánico, del desarrollo intencional a la expansión sin sentido.

Hasta el siglo XIX, las limitaciones del transporte local tanto como regional imponían una restricción natural al crecimiento de las ciudades. Hasta los centros más grandes, como Roma, Babilonia, Alejandría y Antioquía, estuvieron obligados a respetar ese límite. Pero hacia la mitad del siglo XIX la tendencia al monopolio metropolitano se vio reforzada por la utilización efectiva del carbón y el hierro, y por la difusión del ferrocarril: en concepto de necesidades puramente físicas, la superficie de radicación coincidió con los yacimientos de carbón, los de hierro y la red ferroviaria. A comienzos de este siglo, Patrick Geddes destacó la importancia de los nuevos mapas demográficos, los cuales revelaban un espesamiento y una dispersión generales de la masa urbana: mostró que condados y provincias enteros se estaban urbanizando y propuso diferenciar estas formaciones difusas mediante un nombre que las distinguiría de la ciudad histórica: el de «conurbación».

Mientras tanto, las fuerzas iniciales que crearon la conurbación se veían reforzadas por la red de energía eléctrica, el ferrocarril eléctrico y, más recientemente, por el automóvil y la autopista: de modo que el movimiento que al principio estaba en gran parte limitado a la superficie accesible al ferrocarril está produciéndose ahora en todas partes. En tanto que la primera extensión del sistema fabril produjo una multitud de ciudades nuevas y aumentó de forma considerable la población de los centros existentes, la actual difusión de la superficie de radicación detuvo en buena medida este crecimiento y aumentó enormemente la producción de tejido urbano más o menos indiferenciado, sin relación alguna con un núcleo coherente por dentro o con un límite exterior de cualquier clase.

Es de temer que el resultado sea la conurbación universal. Quienes hace medio siglo desconocían la definición de Geddes, han redescubierto recientemente el fenómeno mismo, considerándolo como si fuera una novedad absoluta. Algunos han llegado

a dar a la conurbación el nombre inapropiado de «Megalópolis», por más que represente, en realidad, el extremo opuesto de la tendencia que dio origen a la ciudad original de ese nombre. La ciudad histórica hipertrofiada era todavía, residualmente, una entidad: la conurbación es una nulidad y se vuelve cada vez más nula a medida que se va extendiendo.

Tal vez se entenderá mejor lo que significa esta eliminación de límites si nos referimos a la extensión de centros históricos. Cuando Roma estaba circundada por la muralla Aureliana, en el año 274 d. C., apenas abarcaba algo más de ocho kilómetros cuadrados. La superficie actual de Londres es ciento treinta veces mayor que dicha cifra; en tanto que, *grosso modo*, es seiscientos cincuenta veces mayor que la superficie del Londres medieval, que cubría doscientos setenta y tres hectáreas. La conurbación de Nueva York es todavía más extensa: abarca unos 4.045 kilómetros cuadrados. Si no interviene la voluntad del hombre para detener la eliminación del campo y para establecer límites al crecimiento y a la colonización de las ciudades, toda la franja costera desde Maine hasta Florida podría convertirse en una conurbación casi indiferenciada. Pero llamar a esta masa «ciudad regional», o afirmar que representa la nueva escala de radicación a que debe adaptar sus instituciones y sus necesidades personales el hombre moderno, equivale a ocultar las realidades de la situación humana y a permitir que fuerzas aparentemente automáticas se conviertan en un sustituto de los propósitos humanos.

Estas vastas masas urbanas son comparables a un ejército derrotado y desorganizado que ha perdido a sus jefes, cuyos batallones y compañías están dispersos, despojados de sus pabellones y huyendo en todas direcciones. *Sauve qui peut*, sálvese quien pueda. El primer paso para encarar esta situación, aparte del establecimiento de un comando general, consiste en reagrupar unidades que puedan gobernarse eficazmente. Solo cuando entendamos la

función de las unidades más pequeñas y podamos disciplinarlas estaremos en condiciones de comandar y desplegar el ejército en su totalidad, en una superficie más vasta. La escala de distancias ha cambiado y la «ciudad regional» es una realidad potencial; más aún, una necesidad vital. Pero la condición para el éxito en estas empresas consiste en nuestra capacidad para reconocer e imponer limitaciones orgánicas. Esto significa el remplazo de la economía metropolitana orientada por la máquina por otra economía orientada hacia los bienes y las metas de la vida.

Aunque la supresión de los límites constituye una de las mayores hazañas de la economía metropolitana, esto no implica la renuncia al poder por parte de los jefes: pues hay una condición contrapuesta a esta supresión, la cual está representada por la tramitación de todas las operaciones a través de la metrópolis y de sus mecanismos cada vez más complejos. La metrópolis es, en realidad, un centro de elaboración y de tramitación, donde una gran variedad de productos, materiales y espirituales, se divide mecánicamente y se reduce a un número limitado de artículos estándar, envasados uniformemente y distribuidos a través de canales controlados por los que llegan a destino con el rótulo metropolitano autorizado.

Este «procesado» ya ha pasado a ser la forma principal de control metropolitano; y la necesidad de su aplicación constante ha originado todo un conjunto de invenciones mecánicas y electrónicas, desde cajas registradoras hasta computadoras electrónicas que manipulan todas las operaciones, desde la teneduría de libros hasta los exámenes universitarios. Los intereses y las aptitudes que no se prestan al procesado se rechazan automáticamente. Tan complejos, tan detallados y tan costosos son los mecanismos de dicho procesado, que no es posible emplearlos sino a una escala muy grande; y de aquí que eliminen todas las actividades de carácter caprichoso, inconsecuente o humanamente sutil: de ahí que las respuestas de «sí o no» eliminen esas diferencias más delicadas y

exactas que, a menudo, se encuentran en uno u otro punto, más o menos próximo o remoto, de la respuesta espuriamente «acertada». Así, hay que eliminar todo lo que sea local, pequeño, personal y autónomo. Cada vez más, quien controla el mecanismo de procesado controla la vida y los destinos de quienes deben consumir sus productos y que, en términos metropolitanos, no pueden buscar otros. Porque el procesado y el envasado no terminan en la cadena de producción, sino que, en última instancia, rehacen la personalidad humana.

En síntesis, el monopolio de poder y conocimiento que se estableció inicialmente en la ciudadela ha reaparecido, de forma muy ampliada, en las últimas fases de la cultura metropolitana. Al final, todo aspecto de la vida debe quedar bajo control: tiempo controlado, movimiento controlado, asociación controlada, producción controlada, precios controlados, fantasía controlada, ideas controladas. Pero el único objetivo del control, aparte del lucro, el poder y el prestigio de los que lo ejercen, consiste en acelerar el propio proceso de control mecánico.

Es fácil reconocer a los sacerdotes de este régimen: todo el sistema, en sus fases finales, depende de la proliferación de un conocimiento secreto y por ende controlable; y la misma división del trabajo que hace posible la investigación científica especializada restringe también el número de personas que son capaces de pegar los fragmentos. ¿Pero dónde están los nuevos dioses? El reactor nuclear es la sede de su poder; la transmisión por radio y los cohetes son sus medios angélicos de comunicación y transporte; pero más allá de estos agentes secundarios de la divinidad, está la propia Sala de Control, con su Divinidad Cibernética que impone Sus relampagueantes decisiones y Sus respuestas infalibles: la omnisciencia y la omnipotencia, triunfantemente desposadas con la ciencia. Frente a este monopolio electrónico de las facultades más elevadas de la humanidad, lo humano solo puede resurgir en

el nivel más primitivo. Sigmund Freud detectó los comienzos del arte creador en el orgullo del niño por sus movimientos intestinales. Hoy podemos detectar su manifestación final en pinturas y esculturas cuyos contenidos delatan un orgullo análogo y un grado análogo de autonomía... así como un producto análogo.

Una de las antiguas prerrogativas de los dioses era la de crear al hombre de su carne, como Atum, o a su imagen y semejanza, como Jehová. Cuando los sacerdotes científicos acreditados hayan avanzado un poco más en sus actividades actuales, también se procesará el nuevo homúnculo de tamaño natural; ya pueden verse modelos anticipadores en nuestras galerías de arte. Este homúnculo se parecerá muchísimo a un hombre embutido en un «traje espacial»: externamente, un enorme insecto escamoso. Pero el rostro interior será incapaz de expresión, tan incapaz como el rostro de un cadáver. ¿Y quién reconocerá la diferencia?

5. Gigantismo proliferante

Sobrevuélese Londres, Buenos Aires, Chicago o Sydney, u obsérvense las ciudades esquemáticamente, por medio de un mapa urbano y un plano de manzanas. ¿Cuál es la forma de la ciudad y cómo se define? El receptáculo inicial ha desaparecido por completo: la división neta entre ciudad y campo ya no existe. A medida que se dirige la mirada hacia la brumosa periferia, no pueden reconocerse formas definidas, excepto las que ha hecho la naturaleza: lo que se contempla es, más bien, una masa uniforme y continua, aquí protuberante o arrugada con edificios, allá rota por un jirón de verde o una cinta inflexible de cemento armado. La falta de forma del conjunto se refleja en cada parte, y cuanto más cerca se está del centro, menos pueden distinguirse las partes más pequeñas, por lo regular.

Incapaz de dividir sus cromosomas sociales y de dividirlos para formar células nuevas, portadora cada una de ellas de cierta parte del legado original, la ciudad sigue creciendo inorgánicamente, más aún, cancerosamente, mediante una ruptura ininterrumpida de viejos tejidos y un desarrollo hipertrófico de nuevo tejido informe. En un lugar, la ciudad ha absorbido aldeas y pequeñas villas reduciéndolas a nombres de lugares, como Manhattanville y Harlem, en Nueva York; en otro, con más acierto, ha dejado los órganos de gobierno local y los vestigios de una vida independiente, contribuyendo incluso a su resurrección, como Chelsea y Kensington, en Londres; pero, sin embargo, ha incluido esas zonas urbanas en su organización física, edificando sobre la tierra libre que antaño servía para asegurar su identidad e integridad. A veces, el sistema vial en expansión forma una pauta ordenada, otras veces solo produce un loco embrollo que ni siquiera sirve para el tráfico: pero la diferencia entre uno y otro tipo de orden es tan solo una diferencia en el grado de desparramamiento, de confusión y de de-construcción.

Cuando uno se aleja del centro, el crecimiento urbano se vuelve cada vez más sin sentido y discontinuo, más difuso y sin eje, excepto allí donde alguna ciudad superviviente ha dejado la huella original de una vida más ordenada. Los viejos vecindarios y distritos, células sociales de la ciudad, que aún mantienen hasta cierto punto la pauta aldeana, se convierten en vestigios. La vista humana no puede abarcar de una ojeada esta masa metropolitana. Ningún lugar de congregación, excepto la totalidad de sus calles, puede dar cabida a todos sus ciudadanos. Y el espíritu humano solo puede abarcar un fragmento de las complejas actividades minuciosamente especializadas de sus habitantes. La pérdida de la forma, la pérdida de la autonomía, la frustración y el hostigamiento constantes en las actividades cotidianas, por no hablar de gigantescos derrumbes y obstrucciones, son fenómenos que

se convierten en atributos normales del régimen metropolitano. Hay un nombre especial para el poder cuando se concentra a semejante escala: impotencia.

El gigantismo de la metrópolis no es únicamente resultado del progreso tecnológico. Pese a la creencia popular, el crecimiento de las grandes ciudades precedió a los decisivos avances técnicos de los dos últimos siglos. Pero la fase metropolitana solo se universalizó cuando se hicieron adecuados los medios técnicos de congestión y cuando su utilización se volvió lucrativa para quienes los fabricaban o empleaban. En cambio, la metrópolis moderna constituye un ejemplo sobresaliente de un peculiar retraso cultural en el dominio de la técnica: esto es, la prolongación mediante procedimientos técnicos sumamente perfeccionados de las formas y los fines anticuados de una civilización socialmente atrasada. Las máquinas y los servicios que se prestarían para la descentralización, en un orden centrado en la vida, se convierten aquí en un medio para aumentar la congestión o para proporcionar un ligero paliativo momentáneo... por cierto precio.

La forma de la metrópolis es, pues, su falta de forma, lo mismo que su meta es su propia expansión sin sentido. Quienes trabajan dentro de los limites ideológicos de este régimen solo poseen una concepción cuantitativa del perfeccionamiento: aspiran a hacer sus edificios más altos, sus calles más anchas y sus zonas de estacionamiento más amplias; querrían multiplicar puentes, carreteras y túneles, facilitando la entrada y la salida de la ciudad, pero reduciendo la cantidad de espacio disponible en el interior de la misma, excepto el espacio necesario para el propio transporte. El proyecto de un rascacielos de una milla de alto que hizo Frank Lloyd Wright constituyó la última reducción al absurdo de toda esta teoría del desarrollo urbano. La forma última de una ciudad semejante estaría representada por una hectárea de edificación por cada cuatro kilómetros cuadrados de avenidas de tránsito lige-

ro y zonas de estacionamiento. En muchos lugares se va rápidamente hacia esta situación.

Cuando el mal y el remedio no pueden diferenciarse, se puede tener la seguridad de estar ante un proceso profundamente arraigado. Una economía en expansión, dedicada al beneficio económico y no a la satisfacción de las necesidades vitales, crea por fuerza una nueva imagen de la ciudad, la de una mandíbula que se abre cada vez más, consumiendo lo que rinde la producción industrial y agrícola en expansión, obediente a las presiones de la publicidad y de un adoctrinamiento constante. Hace dos siglos era indiscutible la necesidad de esta economía, que aún subsiste en muchos países que son víctimas de la pobreza, a fin de elevar a la población por encima del margen de la inanición y la depresión irremediable. Pero en los países occidentales, en particular en los Estados Unidos, el problema de la escasez se ha resuelto, aparte de la distribución y la relación con las necesidades orgánicas, solo para crear un nuevo conjunto de problemas que resultan igualmente embarazosos: los del hartazgo y la saciedad. Por consiguiente, la expansión se ha convertido ya en un fin en sí mismo: para hacerla posible los amos de esta sociedad recurren a todos los artificios imaginables de derroche.

Porque, desgraciadamente, cuando una economía queda uncida a la expansión, los medios pasan rápidamente a ser fines y «el camino se convierte en la meta». Lo que es aún más desgraciado, las industrias que se ven favorecidas por esta expansión deben dedicarse, para mantener su ritmo de producción, a la elaboración de productos de fácil consumo, ya sea por su naturaleza o porque se los fabrica de forma tan endeble que es necesario remplazarlos al poco tiempo. Por la moda y el envejecimiento prefabricado, las economías de la producción mecánica, en vez de producir ocios y riquezas duraderas, quedan debidamente anuladas por el consumo obligatorio aunque a una escala cada vez mayor.

Es más, la ciudad misma se vuelve consumible, y hasta vendible: el recipiente debe cambiar tan rápidamente como su contenido. Este último imperativo mina una de las principales funciones de la ciudad: la de ser agente de la continuidad humana. La memoria viva de la ciudad, que antaño unía generaciones y siglos, desaparece: sus habitantes viven en una autoaniquiladora continuidad de instantes sucesivos. Ni el más mísero salvaje de la Edad de Piedra vivió en una comunidad tan indigente y desmoralizada.

Ahora bien, los procesos orgánicos son intencionales, persiguen objetivos y se autolimitan: de hecho, todos los organismos tienen en su interior controles que sirven para coordinar la acción y limitar el crecimiento. La economía en expansión, lo mismo que el sistema tecnológico, sobre el que se basa en tan considerable medida, carece de estas limitaciones: su forma de estabilización consiste en multiplicar el número de consumidores e intensificar sus necesidades. Pero para asegurar la continua productividad, limita dichas necesidades a las que pueden satisfacerse rentablemente mediante la máquina. Así, esta economía produce automóviles y frigoríficos en cantidad, pero no tiene motivos para proporcionar duraderas obras de arte, bonitos jardines u ocios sin trabas y sin gastos. Nuestra organización económica está mejor equipada para destruir categóricamente el producto que para vedar o limitar la producción en la fuente.

La imagen del industrialismo moderno que Charles Chaplin trasladó del pasado a los *Tiempos modernos* es exactamente lo opuesto de la realidad metropolitana. Representó al obrero como a un esclavo a la antigua, encadenado a la máquina, alimentado mecánicamente, mientras sigue haciéndola funcionar. Esa imagen corresponde a Coketown. El obrero actual, en la metrópolis, ha sido liberado paulatinamente del proceso productivo: la noria podía ser el símbolo de la fábrica del siglo XIX, con su labor incesantemente repetida y demoledora; pero los servicios sociales, los

auxiliares mecánicos y la automatización completa han eliminado ese horror. El trabajo ya no es tan brutal en las industrias livianas, pero la automatización lo ha vuelto todavía más tedioso. La energía y la aplicación que antaño se dedicaban al proceso productivo ahora deben consagrarse al consumo.

A través de un millar de ingeniosos accesorios y controles, visibles y subliminales, los obreros de una economía en expansión están atados a un mecanismo de consumo: se les asegura el medio de vida, siempre que devoren sin la debida selectividad todo lo que la máquina les ofrece, y siempre que no reclamen nada que no sea producido por esta. Toda la organización de la comunidad metropolitana está destinada a matar la espontaneidad y el gobierno de sí mismo. Uno se detiene ante la luz roja y sigue cuando ve la luz verde. Se ve lo que se supone que hay que ver, se piensa lo que se supone que hay que pensar: las contribuciones personales, lo mismo que los impuestos sobre la renta y los seguros sociales, se deducen en la fuente. Escoger, seleccionar, diferenciar, ejercer prudencia, continencia o previsión, llevar el autocontrol hasta el punto de la abstinencia, tener normas ajenas al mercado y establecer otros límites que los del consumo inmediato: he aquí otras tantas herejías que podrían desafiar el mito megalopolitano en su conjunto y desinflar su economía. En semejante sociedad «libre», hay que considerar a Henry Thoreau un enemigo público mayor que Karl Marx.

La metrópolis, en su fase final de desarrollo, se convierte en una maquinaria colectiva para hacer funcionar este sistema irracional y para dar, a quienes en realidad son sus víctimas, la ilusión de poder, riqueza y felicidad y estar en el pináculo mismo de los logros humanos. Pero en los hechos su vida está constantemente en peligro, su riqueza es insípida y efímera, su ocio es espectacularmente monótono y su ridícula felicidad está teñida de constantes presagios, por otra parte muy justificados, de violencia y muer-

te repentina. Cada vez más se sienten «extraños y asustados», en un mundo que no han construido ellos mismos; un mundo que cada vez responde menos al control humano directo y cada vez más exento de significado humano.

6. Las sombras del éxito

Para creer, por lo tanto, que la cultura humana haya llegado a una maravillosa culminación definitiva en la metrópolis moderna es necesario apartar la vista de los sombríos detalles de la rutina diaria. Y precisamente para eso se adiestra al súbdito de la metrópolis: no vive en el mundo real sino en un mundo de sombras, proyectado constantemente a su alrededor por medio de papel, celuloide y luces diestramente manipuladas: un mundo en el que está aislado de las mortificaciones de la vida por el vidrio, el celofán y el «pliofilm». En síntesis, un mando de ilusionistas profesionales y sus crédulas víctimas.

El crujir de papeles es el ruido subyacente en la metrópolis. Lo que es visible y real en este mundo es solo aquello que se ha trasladado al papel o que se ha volatilizado aún más en un microfilm o una cinta magnetofónica. El chismorreo básico en la metrópolis ya no es el de las personas que se encuentran cara a cara en un cruce de calles, a la hora de la comida o en la plaza del mercado: unas cuantas docenas de personas que escriben en los periódicos, una docena o algunos más que hablan por la radio y la televisión, proporcionan la interpretación diaria de los movimientos y acontecimientos, con pulida destreza profesional. Así, hasta las más espontáneas actividades humanas quedan bajo la vigilancia profesional y el control centralizado. La difusión de todo género de procedimientos de multiplicación otorga a los productos del espíritu más efímeros y mediocres una durabilidad momentánea

que no se merecen: se imprimen libros enteros para justificar la deshilvanada vacuidad de las grabadoras.

Todas las actividades principales de la metrópolis están conectadas directamente con el papel y sus sustitutos plásticos, y la impresión y el embalaje figuran entre sus principales industrias. Las actividades que se llevan a cabo en las oficinas de la metrópolis están conectadas directamente con el papel: máquinas tabuladoras, diarios, libros de cuentas, ficheros de tarjetas, escrituras, contratos, hipotecas, memoriales, actas judiciales, y así, también, prospectos, anuncios, revistas y periódicos. Ya en el siglo XVIII Mercier había observado la existencia de esta forma metropolitana de la Peste Blanca. Los métodos modernos de reproducción no han atenuado la enfermedad: solo han cambiado los lentos métodos poco eficaces del pasado, que a menudo bastaban para los fines perseguidos, por registros más exactos, cuya complejidad y cuyo costo están fuera de toda proporción con el valor de lo que se registra. Lo que solo era un tenue chorro en los días de Mercier se ha convertido ahora en una devastadora inundación de papel.

A medida que la rutina de cada día se cumple, la montaña de papel asciende más y más: los cestos para la basura quedan colmados, se vacían y vuelven a llenarse. La cinta telegráfica exuda su cotización de valores y su información sobre novedades; los estudiantes, en las escuelas y universidades, llenan sus cuadernos, digieren y vomitan el contenido de los libros, del mismo modo que el gusano de seda se alimenta de hojas de mora y fabrica su capullo, desenrollándose a sí mismos en los días de examen. En el teatro, la literatura, la música y los negocios las reputaciones se hacen... sobre el papel. El estudioso con sus diplomas y publicaciones, la actriz con sus recortes de los diarios y el financiero con sus acciones y sus poderes miden su fuerza y su importancia por la cantidad de papel que pueden controlar. Cómo asombrarse, entonces, de que alguna vez los anarquistas lanzaran esta sombría consigna: «¡Que-

mad los documentos!». Porque eso arruinaría este mundo entero más rápidamente que el diluvio universal, si bien no de modo tan fatídico como una lluvia de bombas de hidrógeno.

Que la vida es una oportunidad para vivir y no un pretexto para proporcionar noticias a los diarios, entrevistas a la televisión o un espectáculo para muchedumbres de mirones que no tienen nada en la cabeza, son ideas que no se le ocurren al espíritu metropolitano. Para este, el espectáculo es la realidad, y «¡el espectáculo debe continuar!».

De modo que este mundo metropolitano es un mundo donde carne y hueso tienen menos realidad que tinta y celuloide. Es un mundo donde las grandes masas de la población, incapaces de alcanzar un medio de vida más pleno y satisfactorio, viven su vida por vía interpuesta, en calidad de lectores, espectadores, oyentes y observadores pasivos. Viviendo así, año tras año, de segunda mano, alejados de la naturaleza que está fuera de ellos y no menos alejados de la naturaleza que llevan en su interior, nada tiene de asombroso que trasfieran cada vez más las funciones de la vida, incluso el mismo pensamiento, a las máquinas que sus inventores han creado. En este ambiente desordenado solo las máquinas conservan algo de los atributos de la vida, en tanto que los seres humanos se ven paulatinamente reducidos a ser un manojo de reflejos, sin impulsos propios o metas autónomas: el «hombre conductista».

7. Congestión y descongestión

Los hechos de la congestión metropolitana son innegables y visibles en todos los aspectos de la vida en la ciudad. La congestión se encuentra en las constantes interrupciones del tránsito, resultante de la acumulación de vehículos en centros que solo podrían man-

tener la libertad de movimiento si se utilizaran las piernas humanas. Se la encuentra en el ascensor repleto de las oficinas o en el tren subterráneo, donde el apiñamiento es aún mayor y donde hiede a cuerpos humanos. Falta de espacio en la oficina, falta de espacio en la escuela, falta de espacio en la casa, incluso falta de espacio en los cementerios, entre los muertos. La forma que alcanza la metrópolis es la de muchedumbre: la playa junto al mar, donde los nadadores están codo contra codo, o la masa de espectadores que asiste al combate de boxeo o colma el estadio de fútbol. Con el aumento de automóviles privados, las calles y avenidas se convierten en lugares de estacionamiento, y para que de algún modo aquellos puedan avanzar, se abren enormes avenidas de tráfico ligero a través de la ciudad, con lo cual se aumenta la demanda de zonas de aparcamiento y garajes. En el acto de hacer accesible el corazón de la metrópolis, los planificadores de la congestión ya se las han ingeniado para hacerlo casi inhabitable.

El costo de la congestión, al impedir las actividades económicas esenciales de la zona metropolitana, se ve acrecentado por el costo de los métodos puramente mecánicos para superar esta congestión. Estos costos, incluso en el caso de que fueran humanamente tolerables, habrían sido rechazados desde hace largo tiempo, debido a su extravagancia financiera, si las normas económicas racionales hubieran intervenido para algo en la formación del mito metropolitano.

Los límites estrictamente físicos de la expansión metropolitana se fijan principalmente por tres condiciones: la cantidad de agua que puede aprovechar una masa de población sin pasar, en detrimento del vecino, los límites que le corresponden; la cantidad de tierra disponible antes de que una metrópolis se funda con la siguiente; y, por último, el coste del transporte, tanto en tiempo como en dinero, ya que, con el simple aumento de la distancia a partir del centro, se llegará a un punto en que la gravitación

de la metrópolis se debilitará tanto que favorecerá el transporte a otros centros más accesibles, siempre que brinden ventajas económicas equivalentes. Pasemos a examinar cómo actúan estas limitaciones.

En primer término, la demanda de agua. A medida que la metrópolis se hace más populosa, las fuentes y los pozos locales son abandonados paulatinamente y se prefieren los ríos, cuyas aguas contaminadas envenenaban, todavía a mediados del siglo XIX, más de una gran ciudad, como París, Londres y Roma. Hoy mismo, sin la administración de cloro, el agua para beber sería de consumo peligroso en la mayor parte de las grandes ciudades, en especial durante los meses de invierno. Además del sistema de Croton, inaugurado en 1842, hace poco más de medio siglo Nueva York llegó, en busca de agua, hasta los Catskills, situados a ciento sesenta kilómetros de distancia. Cada kilómetro adicional de túnel y cañería, cada depósito adicional, aumenta el costo por unidad; pero un año de sequía, como el que sufrió Nueva York en 1951, puede poner a la ciudad muy cerca del punto crítico. Mientras tanto, la misma dispersión de la metrópolis no solo cierra fuentes locales de abastecimiento sino que, al recubrir los pantanos y talar la vegetación de los flancos de las colinas, disminuye la cantidad de agua de lluvia; en tanto que el uso industrial del agua, además de su difundida utilización en los Estados Unidos para los sistemas de acondicionamierito del aire, hace más inminente la falta de agua, incluso con los niveles actuales de población.

La única perspectiva para aliviar esta escasez crónica en las aglomeraciones metropolitanas consistiría en la destilación del agua de mar en cantidades industriales; pero por más que esto resultara posible mediante la utilización de energía solar o nuclear barata, probablemente esa agua no resultaría más potable que la que actualmente se destila a bordo de los barcos; y por muy barata que fuera la energía usada para llevar a cabo esta transformación,

el costo del proceso constituiría un nuevo aumento en el costo ascendente del agua.

El costo del sistema de transporte interno en una gran ciudad es igualmente crecido, pero algunos de los factores más importantes eluden el cálculo exacto. El desembolso inicial de capital para los sistemas subterráneos, los túneles, puentes y carreteras accesorias, con las difíciles excavaciones que implican, es necesariamente elevado; pero esto solo forma una parte de la carga total. Año tras año, debe añadirse el costo del carbón y la electricidad que se consumen en el acarreo de cuerpos humanos: sobre todo, al costo humano debe añadirse, en desgaste fisiológico, el tedio, las vejaciones y la depresión que produce este diario ir y venir entre el lugar donde se duerme y el lugar donde se trabaja: minutos y horas que, en los momentos de mayor tráfico, no pueden aprovecharse ni siguiera para lograr una anestesia mediante la lectura del periódico. Súmese a esto la fatiga del viaje, el peligro de contagio de enfermedades infecciosas en vehículos atestados, las perturbaciones de las funciones gastrointestinales causadas por la tensión y la ansiedad de tener que llegar a tiempo a la oficina o la fábrica. Ciertamente, cualquier plan para mejorar la calidad de la vida en las zonas metropolitanas exigiría, como requisito mínimo, la disminución del tiempo y la distancia necesarios para el transporte diario.

Emerson decía que la vida es cuestión de tener buenos días, pero también es cuestión de tener buenos minutos. ¿Quién podría decir qué compensaciones necesita el trabajador metropolitano para aliviar la tensión y la depresión de los veinte, cuarenta, sesenta o más minutos que pasa todas las noches y todas las mañanas en su recorrido por esas cloacas metropolitanas de hombres, incluso cuando son tan eficaces como las de Londres o París o tan lujosas como la de Moscú? Por contraste, una caminata hasta el trabajo, de un par de kilómetros al día, es en casi todas las estaciones un tónico para el trabajador sedentario, quien desempeña un

papel tan importante en las oficinas y las fábricas metropolitanas, sentado ante la máquina de escribir, la linotipia, la máquina de coser o el archivo.

Podría haberse evitado buena parte de las dificultades del transporte urbano construyendo dentro de la región metropolitana centros secundarios, basados en la circulación a pie. (En ciudades que son multicentradas y que han sido en parte descentralizadas, como Londres, mediante la reagrupación política en distritos semiautónomos, aproximadamente un cuarenta por ciento de la población nocturna, según Westergaard, tiene empleos dentro de la jurisdicción de sus autoridades locales). Se debe disminuir el número de viajes innecesarios —y las distancias excesivas— para que sean veloces y eficaces los recorridos necesarios por la metrópolis. Esto se puede conseguir solo si se acercan más el trabajo y el hogar. A tal fin, el plan Barbican es, en el caso de Londres, un complemento necesario de la política de las *New Towns*, aunque, por desgracia, está concebido con una densidad que puede desbaratar su objetivo.

Lo que es válido en lo concerniente al ir y venir diario de la gente por el centro de la metrópolis se aplica igualmente al transporte de mercancías; porque la congestión no solo disminuye la velocidad del tráfico de las mercancías por las calles sino que también aumenta el tiempo necesario para descargarlas; y ambas cosas elevan el costo. La multiplicación de vehículos a motor que pueden desarrollar grandes velocidades ha determinado, en realidad, que se haga más lento el transporte y ha aumentado los gastos. Los vehículos de tracción animal que había en Nueva York, según un estudio sobre el tráfico hecho en 1907, se movían con una velocidad promedio de dieciocho kilómetros y medio por hora; hoy, los automóviles tienen, de día, una velocidad promedio de unos nueve kilómetros y medio por hora; y a medida que aumenta la densidad de la edificación por hectárea, tanto en los sectores comerciales

como en los residenciales, hasta esta velocidad disminuirá. En cuanto a los gastos que implica semejante congestión, cabe recordar que un cálculo moderado, que se hizo en la década de 1920, la estimaba en 150.000.000 dólares por año. En la actualidad las mercancías enviadas de un distrito a otro de Nueva York deben pagar un sobrecargo de transporte; y han alcanzado dimensiones astronómicas las cifras totales, aumentadas por el peaje que se paga a los sindicatos auspiciados por mafias, las cuales imperan en el ramo de los transportistas como en el de los estibadores.

Pero si los costos de la congestión metropolitana son tremendos, igualmente formidables son los costos de la descongestión. En los Estados Unidos, con la ávida connivencia de las autoridades municipales, una proporción siempre creciente de la población se esparce por el campo, buscando, como hemos visto, las condiciones necesarias para la vida hogareña, el espacio y la libertad de movimiento, que se han tornado imposibles dentro del núcleo central, y esperando también, pero en vano, que los valores de la tierra y los impuestos más bajos que caracterizan a las zonas adyacentes se mantendrán permanentemente, incluso después de haberse efectuado las mejoras cívicas necesarias. Y, en el mundo entero, esta misma clase de dispersión urbana está teniendo lugar en la actualidad, con un ritmo que se acelera. Tratando de superar la congestión, los líderes de esta dispersión han procedido como si el espacio ilimitado fuera el sustituto eficaz de una comunidad bien organizada y bien diseñada.

El principal factor que impide que esta dispersión sea de carácter absolutamente fortuito son las autopistas y los accesos que la han hecho posible: son fuelles que contribuyen a soplar el polvo urbano, alejándolo más del centro, una vez que haya sido eliminado el terreno principal de la vida común. «El impulso de la tecnología —señala un observador reciente de *La ciudad abandonada*— parece orientarse persistentemente hacia infraestructuras que permi-

tan alcanzar grandes velocidades, con lo cual nos encaminaremos cada vez más hacia afuera». Esta opinión es tan compartida que el autor no se preocupa por corroborarla. Por eso no explica por qué el empuje de la tecnología debe, por sí solo, determinar las necesidades humanas y ser tratado como un objetivo final, ante el cual deben inclinarse todos los demás propósitos humanos. Intentar esta explicación equivaldría a poner en tela de juicio las premisas, o más bien los dogmas sagrados, sobre las que se ha erigido la economía de la metrópolis.

8. El recipiente que revienta

A estas alturas debe de ser un hecho evidente que la congestión y la expansión son, en realidad, movimientos complementarios en la metrópolis, a pesar de que supongan el comienzo y el fin del ciclo megalopolitano. Las metrópolis dominantes del mundo representaron enormes concentraciones de poder político, financiero y tecnológico, que, en su mayor parte, se desarrollaron precisamente en este orden: con el tiempo, se vieron reforzadas por concentraciones religiosas y educativas de la misma magnitud. Tan eficaz era este monopolio, tan firme este modo de control, tan ricas sus recompensas, que por un tiempo ocultaron las penas humanas correspondientes a esta congestión urbana: condiciones que deberían haber sido un baldón se convirtieron en condecoraciones o poco menos.

Cosa extraña: la mayor justificación de la congestión metropolitana ha pasado casi inadvertida. En virtud de la acción de estas fuerzas, la gran ciudad, en el siglo XIX, sirvió, por la variedad y el tamaño mismos de su población, para promover funciones que nunca habían sido sustentadas en una escala más o menos comparable: me refiero a las corporaciones y sociedades de personas

con los mismos ideales, dedicadas al cultivo de intereses especiales que abarcaban todos los aspectos de la vida humana. Hasta entonces la iglesia, la universidad, la escuela y el gremio habían sido los principales focos de actividades organizadas, aparte de la ciudad misma. Pero a partir de comienzos del Renacimiento, estas nuevas asociaciones comenzaron a florecer y asumieron mil formas diferentes: sociedades científicas, museos, círculos sociales, asociaciones de seguros, partidos políticos, grupos económicos, sociedades históricas, y congregaciones de toda índole.

Aunque la metrópolis del siglo XIX se jactaba de su individualismo, era, en realidad, más importante por su margen y diversidad de asociaciones corporativas voluntarias. Consúltese la guía de teléfonos clasificada de una ciudad norteamericana importante, en su sección de clubes y asociaciones: el enorme número de asociaciones que se encontrará allí es, en parte, un subproducto de la concentración metropolitana, y florecieron mientras una buena parte de sus miembros podía reunirse fácilmente, por lo menos una vez por semana o por mes. Con ese sólido núcleo de participación se hicieron posibles las organizaciones más vastas, de alcance nacional o internacional.

Del mismo modo que la concentración de poder político y económico en la ciudadela produjo instituciones urbanas y beneficios sociales que los gobernantes no se habían propuesto directamente, esta proliferación de clubes y sociedades generó algo semejante. Por muy vasta que fuera la metrópolis, en su seno siempre se podía encontrar, por lo menos, un puñado de personas con ideas semejantes, a fin de dar realce y defender cualquier interés concebible. Esto constituyó una contribución preciosa al desarrollo humano; y, en buena parte, el mértio que se ha asignado a nuestras invenciones tecnológicas y nuestras organizaciones industriales en materia de creatividad y productividad podría atribuirse, en primer término, a estos órganos de asociación.

En suma, por más que la congestión de la metrópolis te
diera a suprimir o destruir el tejido orgánico de los vecindarios
las comunidades más pequeñas, contribuyó a crear nuevos órg
nos de naturaleza más especializada y más selectiva, posibilitad
por estar al alcance de una población inusitadamente grande. Es
guarda una relación importante con la futura reconstrucción
ciudades y regiones.

Nos hallamos hoy ante una situación de la que, en la medi
de mi conocimiento, no hay precedentes en la historia. Si bien
recipiente metropolitano ha reventado, los imanes institucion
les conservan aún, en buena parte, su inicial poder de atracció
En todas las zonas metropolitanas la población se desparrama p
nuevas zonas suburbanas, exurbanas y rurales con rapidez much
mayor que la que emplea para acumularse en el depósito que es
en el centro. Pero el depósito propiamente dicho, el núcleo m
tropolitano, no está quedándose vacío. Ahora bien, hasta 1940,
perspectiva de una disminución del crecimiento de la població
que hacia 1980 se acercaría a la estabilidad, en más de un pa
parecía nítida: tan constante y segura había sido la disminución e
Inglaterra, por ejemplo, que los mejores planes de edificación
postguerra tomaron como condición fundamental —y útil contr
bución— para la reconstrucción, conforme con una pauta men
congestionada, la existencia de una población urbana menor.

Pero las tasas generales y urbanas de crecimiento han exp
rimentado una súbita inversión, en el curso de los últimos vein
años, incluso en zonas sumamente industrializadas, mientras c
incide con este fenómeno un movimiento ascendente, aún m
pronunciado, en otras economías más primitivas. En los país
técnicamente más avanzados, esto ha sido fomentado por el ca
bio general de empleo, por el paso de las ocupaciones agrícolas
industriales a los puestos administrativos y a las profesiones. E
ciertos casos, como el de Londres, las crecientes oportunidad

de empleo que brindan las actividades de gestión han dado realce a las atracciones novedosas del centro, con sus oportunidades de consumo competidor y excitantes formas de derroche. Esto ha contrarrestado eficazmente la tendencia de muchas industrias a trasladarse al campo: es más, en Inglaterra ha servido para alejar la industria de los más lóbregos centros fabriles de Lancashire y West Riding, aunque solo fuera para satisfacer a los miembros del personal administrativo y técnico... así como a sus esposas.

En consecuencia, no se ha dado una disminución sustancial de la población metropolitana, aparte de la aniquilación o la evacuación momentánea durante la guerra: más bien lo contrario. Pero el ritmo de crecimiento ha sido más veloz en las zonas alejadas; y, como para intensificar el problema urbano, las ciudades de provincia y los centros regionales, que a menudo podían jactarse de contar con mejores viviendas, espacio más abundante para parques y zonas de recreo más accesibles que la gran ciudad, se han convertido por su parte en nuevos focos para el crecimiento metropolitano. Estas ciudades empiezan a evidenciar las mismas deficiencias ambientales, los mismos presupuestos desequilibrados y el mismo gasto y charlatanería aplicados a planes mecánicos para remediar las cosas, en vez de hacer mejoras humanas positivas, como las que pregonaron sus rivales históricos más grandes. Así, la nueva forma megalopolitama tiende a tornarse rápidamente universal.

Es importante reconocer en lo que concierne a todo este proceso que, aunque el transporte rápido y la comunicación al instante han alterado la escala del desarrollo urbano, en cambio no han modificado hasta ahora la pauta. En realidad, todo este vasto cambio ha tenido lugar dentro de un marco urbano arcaico. Rápidos adelantos tecnológicos en pos de objetivos arcaicos o humanamente primitivos: tal es la naturaleza misma de la fase final de la desintegración megalopolitana, tan visible en su urba-

nismo de soluciones provisionales como en sus planes últimos
genocidio atómico, bacteriano y químico. Incluso la excesiva ta
de natalidad puede constituir un síntoma de este agraviamien
porque, como observó W. M. Wheeler con respecto de las soc
dades de insectos, la reproducción desordenada acompaña a
paralización de otras formas de desarrollo biológico.

Pero la continua expansión de la metrópolis en la inforr
conurbación megalopolitana y la multiplicación y extensión de
tas conurbaciones revelan cuán profundo es el mal que hoy aqu
a todas las sociedades. Por eso es inútil esperar que el probler
pueda resolverse a través de las autoridades locales incluso si
trata de una autoridad tan colosal y competente como el Lond
County Council. Tampoco es un problema que pueda arrostra
con éxito mediante una mera extensión del alcance de la acc
política, creando para ello gobiernos metropolitanos. Ya a med
dos del siglo XIX Filadelfia estableció una unidad administrat
de este tipo, transformando un gran distrito en una ciudad, m
cho antes de que la mayor parte de las poblaciones que la integ
ban fueran algo más que pequeñas aldeas. Esta zona de gobier
metropolitano no puede diferenciarse ahora de las que perma
cieron sin ser unificadas, excepto allí donde la independencia
estas últimas ha preservado, por fortuna, una proporción algo m
yor de individualidad y autonomía. Los problemas internos de
metrópolis y sus zonas subsidiarias son reflejo de una civilizac
entera uncida a la expansión por medios estrictamente raciona
y científicos, con objetivos que se han vuelto paulatinamente m
vacuos y triviales, más pueriles y primitivos, más bárbaros y c
siempre irracionales.

Se trata de una cuestión que hay que encarar en su pu
de partida; en tanto que la mayor parte de nuestros actuales
nes, incluso los que pretenden imponer uno u otro plan glo
de administración política a zonas urbanas aún más vastas,

equivalentes a devolver el contenido del Vesubio al cráter una vez que se ha producido la erupción o, con no menos realismo, a pretender que la tierra endurecida por la lava solo necesite reunirse en campos más grandes para que resulte lucrativo un nuevo plan de cultivos.

No es posible renovar la ciudad remplazando viejas estructuras con nuevos edificios, que solo confirman la pauta arcaica del crecimiento urbano y que descansan únicamente sobre los cimientos ideológicos igualmente obsoletos del «progreso mecánico». Mientras las actuales fuerzas continúen en acción, se extenderá la superficie de la desorganización urbana; y, en el acto de extenderse indefinidamente, consecuente con el «impulso de la tecnología» y el deseo de lucro inmediato, una metrópolis se fundirá físicamente con la otra. En ese proceso, cada metrópolis perderá el paisaje vecino que le servía para la instrucción y el recreo, al mismo tiempo que perderá todo residuo de individualidad urbana.

Así, el esfuerzo mismo por huir de Megalópolis bloquea todos sus caminos. Nada puede ocurrir en este nuevo tipo de sociedad infraurbana, a menos que sea posible llevarlo a cabo mediante una organización de masas que actúe a través de un aparato uniforme, controlado desde un cuartel general. Como ya no tendrá importancia el lugar donde se sitúe este centro de control remoto, la razón última de existencia de la gran ciudad se desvanecerá en el momento mismo en que adopte la forma de una conurbación ilimitada. A esas alturas ya estará preparado el escenario para el «hombre posthistórico».

Los que piensan que no hay alternativas para este destino urbano y que no hay modo humano de salida pueden llegar a estar en lo cierto en su cálculo de las probabilidades. Pero si es así, lo será porque nuestros contemporáneos tienen una comprensión limitada de las fuerzas de la historia, un entendimiento escaso de las funciones de la ciudad y una tendencia ingenua a valorar en exceso

los instrumentos de la tecnología, considerándolos independien- mente de toda relación con las necesidades humanas. En el fon[do] son las víctimas de una metafísica seudocientífica que es inca[paz] de interpretar procesos orgánicos o de fomentar el desarrollo d[e la] vida humana.

Los mismos defectos de la ideología predominante de nu[es]tros dirigentes tenderán a producir el cumplimiento de sus p[ro]fecías, justificando así sus lúgubres planes. Aquellos que ejer[cen] el control ya han producido, con exquisita ironía, un mecanis[mo] colectivo que en realidad no está bajo control; y una vez puesto [en] marcha, el tipo de espíritu que lo ideó es incapaz de recupera[r el] mando. Se consuelan de su impotencia con el curioso dictam[en] de que «no se puede hacer retroceder las agujas del reloj». P[ero] esta desacertada metáfora revela el error de base. ¿Quién confia[ría] en la exactitud de un reloj si no pudieran volverse atrás sus agu[jas,] un reloj sujeto a un solo tipo de regulación: andar más rápido?

Cuanto más automáticas se vuelven nuestras organiza[cio]nes, más necesario se hace un sistema de regulación; y ese si[ste]ma, al igual que el del reloj, debe ajustarse a una norma exter[na] independiente del mecanismo. En el caso de un reloj, la rotac[ión] de la tierra; en el caso de las instituciones humanas, la natural[eza] entera del hombre, no solo esa parte de la misma que se ha dej[ado] fascinar por la máquina y que se ha sometido a las necesida[des] de dicha máquina. En el caso de las ciudades, para corregir [los] defectos de nuestra civilización supermecanizada hemos de co[ns]truir un sistema de control con muchos centros, con un desarro[llo] suficiente de la moralidad, la inteligencia y la dignidad que per[mi]ta detener los procesos automáticos —mecánicos, burocrátic[os,] organizativos—, cada vez que la vida humana esté en peligr[o o] que la personalidad humana se vea amenazada por la pérdida [de] valores y opciones.

9. El destino de Megalópolis

Al seguir el crecimiento de la cultura megalopolitana hasta su conclusión, llegamos a toda una serie de procesos terminales, y sería simplista creer que tienen alguna posibilidad de seguir existiendo indefinidamente. Una vida que carece de todo significado, valor o propósito, excepto el de mantener el mecanismo de la respiración y la ingestión en funcionamiento, vale poco más que una vida en un pulmón de acero, la cual solo es soportable mientras el paciente tenga todavía una esperanza de mejorar y escapar de él.

El régimen metropolitano amenaza hoy con llegar a su culminación en una guerra insensata, una guerra de exterminio total, cuyo único objetivo sería aliviar las ansiedades y los miedos producidos por la entrega total de las ciudadelas a las armas de aniquilación y exterminio. Así, el poder absoluto se ha convertido, en realidad, en nihilismo absoluto. Un excesivo desarrollo científico y tecnológico, exento de la influencia de los valores y propósitos humanos, ha sometido a países como los Estados Unidos y Rusia a mecanismos colectivos de destrucción, tan rígidos que no es posible modificarlos o ponerlos bajo control sin desmantelarlos por completo. Hasta la inteligencia animal instintiva se vuelve inoperante en este sistema: la fidelidad a la máquina derriba todas las garantías de vida, incluso la antigua ley del instinto de conservación. En beneficio de la locomoción rápida, en los Estados Unidos matamos directamente a unas cuarenta mil personas por año y herimos de gravedad a varios cientos de miles más. Para llegar a ejercer un poder nuclear absoluto, nuestros jefes están descaradamente dispuestos a sacrificar entre cincuenta y setenta y cinco millones de sus conciudadanos en el primer día de una guerra nuclear sin cuartel, y a mutilar o incluso posiblemente a eliminar, en

última instancia, la especie humana. La frase ilusoria que se emplea para disfrazar estos planes psicóticos es «seguridad nacional» o bien, lo que es aún más absurdo, «supervivencia nacional».

Ahora bien, en todos los organismos están constantemente en acción los procesos anabólico y catabólico, creador y destructor. La vida y el crecimiento no dependen de la falta de condiciones negativas sino de un suficiente grado de equilibrio y de un suficiente excedente de energía constructiva que permita reponerse continuamente, absorber novedades, regular cantidades y establecer relaciones de toma y daca con todos los demás organismos y comunidades necesarios para mantener el equilibrio. Los factores negativos de la vida metropolitana podrían haber facilitado las condiciones para un desarrollo más elevado si los términos mismos de la expansión no les hubieran dado la primacía y hubieran tendido a hacer permanente su dominación, con procesos cada vez más destructivos.

Cuando escribí a mediados de los años treinta *La cultura de las ciudades*, las fuerzas externas que amenazaban la civilización metropolitana eran claramente visibles: a tal punto, que a esas alturas del análisis las expuse en forma de un «Esquema sucinto del infierno». Enseguida traté de aclarar más la descripción mediante un resumen de la interpretación que hizo Patrick Geddes del ciclo urbano de crecimiento, desde la aldea (eópolis) hasta la megalópolis y la necrópolis. Ese ciclo describe el curso de todas las metrópolis históricas, incluso las que resurgieron de sus ruinas y cementerios. Incluso en 1938, cuando apareció el libro, dicha caracterización le pareció a más de un crítico innecesariamente pesimista y, más aún, pérfidamente exagerada y morbosamente irreal. Por aquel entonces, eran muchos los que estaban seguros de que ningún peligro peor que el desempleo crónico amenazaba al mundo occidental; sobre todo, estaban seguros de que la guerra y la destrucción de ciudades eran cosas muy improbables.

Pero hoy la única sección de mi capítulo original sobre la metrópolis que no podría volver a publicarse, más que como curiosidad histórica, es precisamente el «Esquema sucinto del infierno»; y precisamente porque todas sus previsiones se vieron copiosamente confirmadas. Si bien una predicción que se cumple naturalmente ya no nos interesa, recuerdo este hecho consumado para que el lector no descarte, con igual creencia en su irrealidad, la presente descripción de nuestra situación, aún más horrenda. Me permitiré recordarle que demasiado pronto aumentaron las tensiones y estalló la guerra, con la destrucción de gran parte de Varsovia en 1939 y del centro de Róterdam en 1940. En cinco años, zonas urbanas mucho más vastas fueron totalmente destruidas y grandes poblaciones exterminadas, desde Londres hasta Tokio, desde Hamburgo hasta Hiroshima. Aparte de los millones de personas —solo las víctimas judías son unos seis millones de muertos— asesinados por los alemanes en sus campos de exterminio suburbanos, por inanición o cremación, ciudades enteras fueron convertidas en campos de exterminio por los desmoralizados estrategas de la democracia. La matanza al azar y la muerte ilimitada pusieron su sello final a las realidades de la expansión megalopolitana.

Aunque la destrucción fue muy grande, subsistieron, por fortuna, amplias zonas de tejido sano. Mediante una inmensa acumulación de recursos, a la que en muchos países contribuyeron las generosas iniciativas del plan Marshall, se emprendió con éxito la enorme tarea de reconstruir ciudades y sistemas de transportes. A veces, esto se manifestó en una tarea sentimental de restauración imitativa, de *Bilder aus der Vergangenheit*, de imágenes del pasado, como en tantas poblaciones de Alemania; otras veces produjo algún audaz esfuerzo de racionalización chapada a la antigua, como en la reconstrucción de Cherburgo; a veces, como en Róterdam o Coventry, se convirtió en un enérgico esfuerzo por dar una forma novedosa al núcleo urbano, que haría justicia, en

términos arquitectónicos estrictamente contemporáneos, a valores tradicionales descuidados en el siglo XIX. En dos países, Suecia e Inglaterra, se hizo un esfuerzo aún mayor para concebir una nueva pauta urbana que se apartara de la concentración automática y de la dispersión igualmente automática de la gran ciudad. En el caso de las *New Towns* inglesas quedó ampliamente demostrada la viabilidad de la dirección y el control del crecimiento urbano en comunidades relativamente autónomas y equilibradas.

Y, cosa notable, la rehabilitación integral de las ciudades de Europa, en un nivel superior al que habían alcanzado en el pasado, tuvo lugar en menos de doce años. Esa movilización casi sobrehumana de energías demostró que la reconstrucción y la renovación urbana, en una escala mucho mayor, podría lograrse, en el lapso de una sola generación, siempre que la economía se orientara directamente hacia las necesidades humanas y que la mayor parte de la renta nacional no se distrajera en las prolijas dilapidaciones y las destrucciones con plan prefijado que exigía la economía metropolitana en expansión, sobre todo sus preparativos incesantes para el genocidio y el suicidio colectivo.

Por desgracia, no bien la economía se recuperó y retornó a sus objetivos iniciales, reaparecieron también todas sus características irracionales: para seguir andando, una parte cada vez mayor de sus energías debe disiparse en la construcción de pirámides. En ninguna parte se han revelado más cabalmente las irracionalidades del mito metropolitano vigente que en el desarrollo de las llamadas armas «absolutas» para el ilimitado genocidio nuclear, bacteriano y químico. La construcción de dichas armas entre las «potencias nucleares» le ha conferido al «impulso mortal» la jerarquía de una política nacional fija y ha convertido el campo universal de exterminio en el remate ideal de toda esta civilización.

Incluso en caso de que las naciones adopten oportunas medidas encaminadas a eliminar los arsenales de estas armas, pa-

sará mucho tiempo hasta que se disipen los perniciosos efectos morales de esta política: la delincuencia adulta, en escala no solo contemplada sino concretamente preparada en detalle, exige contramedidas terapéuticas, que pueden exigir un siglo entero para evidenciar algún efecto positivo. He aquí el último y peor legado de la ciudadela (léase «Pentágono» y «Kremlin») a la cultura de las ciudades.

En unos pocos años, nuestra civilización ha alcanzado el punto que Henry Adams previó, con pavoroso poder profético, hace más de medio siglo. «Al actual ritmo de progreso, a partir de 1600 —escribió Adams—, no hará falta otro siglo ni medio siglo para trastocar el pensamiento. En ese caso, el derecho desaparecerá como teoría o principio *a priori* y cederá su puesto a la fuerza. La moralidad se convertirá en policía. Las bombas alcanzarán una violencia cósmica. La desintegración se impondrá a la integración». Ya se ha cumplido esta profecía en todas sus partes; y es inútil que especulemos sobre el porvenir de las ciudades mientras no hayamos calculado las fuerzas de aniquilación y exterminio que ahora, casi automáticamente y con un ritmo que se acelera de continuo, contribuyen a generar una quiebra aún más general.

Así, la civilización metropolitana representa y lleva hasta su conclusión la contradicción radical que ya hemos hallado en el transcurso de la vida de la ciudad desde el momento de su fundación: una contradicción que surge del origen dual de la ciudad y de la perpetua ambivalencia de sus objetivos. De la aldea, la ciudad conserva su condición de ambiente acunador y promotor de la vida, estable y seguro, arraigado en las relaciones recíprocas del hombre con otros organismos y comunidades. De la aldea, también, tiene los hábitos y valores de una democracia sin jerarquías, en la que cada miembro desempeña su papel apropiado, en cada etapa del ciclo vital.

Por otra parte, la ciudad debe su existencia, y más aún su engrandecimiento, a los intentos que se concentran en dominar a otros hombres y en someter, mediante la fuerza colectiva, todo el medio ambiente. Así, la ciudad se convirtió en un medio de acumulación de poder, proyectado por funcionarios reales que recogían las energías dispersas de pequeñas comunidades en un enorme depósito, regulando colectivamente su acumulación y circulación, y orientándolas por nuevos canales, a veces favoreciendo las unidades más pequeñas, mediante la benéfica remodelación del paisaje, pero eventualmente desencadenando sus energías en asaltos destructivos contra otras ciudades. La liberación y la esclavización, la libertad y la compulsión, han estado presentes desde el comienzo en la cultura urbana.

De esta tensión interna han surgido algunas de las expresiones creadoras de la vida urbana, pero solo una tensión como la que encontramos en el poder político bien distribuido en pequeñas comunidades, como en la Holanda del siglo XVII o en Suiza, o los ideales de la vida que regulan constantemente las manifestaciones excéntricas de poder. Nuestra civilización actual es como un gigantesco automóvil que avanza por una carretera de dirección única a una velocidad cada vez mayor. Por desgracia, tal como ahora está construido, este coche carece de volante y de frenos, y la única forma de control que puede ejercer el conductor consiste en hacer que el auto corra más, si bien, en su fascinación por la máquina y su compromiso de alcanzar la más alta velocidad posible, se ha olvidado por completo del propósito del viaje. Este estado de sometimiento abyecto a los mecanismos económicos y tecnológicos que ha creado el hombre moderno se oculta curiosamente bajo los rótulos de progreso, libertad y dominio de la naturaleza por el hombre. Como consecuencia de ello, todo lo permisible se ha convertido en una compulsión morbosa. El hombre moderno ha conseguido dominar a todas las criaturas

por encima del nivel de los virus y las bacterias... excepto a sí mismo.

Nunca antes ejerció la «ciudadela» un poder tan atroz sobre el resto de la especie humana. Durante la mayor parte de la historia la aldea y el campo subsistieron como una reserva constante de vida nueva, en verdad constreñida por las pautas ancestrales de la costumbre que contribuyeron a humanizar al hombre, pero con un sentido de las limitaciones y las posibilidades humanas. Por graves que fueran los errores y las aberraciones de los gobernantes de la ciudad, siempre eran corregibles. Incluso si se destruían poblaciones enteras, quedaban siempre más de nueve décimas partes de la especie humana fuera del círculo de la destrucción. Hoy ha desaparecido este factor de seguridad: la explosión metropolitana ha llevado los venenos ideológicos y químicos de la metrópolis a todas las partes del mundo, y el daño final puede ser irreparable.

Repito que estas posibilidades últimas no se hicieron visibles por primera vez con el uso de las armas nucleares: eran evidentes para espíritus dotados e inquietos, como Burckhardt en la década de 1860, y como Henry Adams a comienzos de este siglo.

Contemporáneo de Adams, Henry James presentó la situación humana en una imagen que curiosamente conserva hoy su eficacia: la de la «Familia Feliz» y la «Máquina Infernal». «La máquina, tan arraigada que acaso no sea posible alejarla, y la familia que sigue tan tranquila, y que, mientras sigue comprando y vendiendo, charlando y bailando, corre el peligro de volar por los aires». La máquina a que James se refería era la maquinaria política de Filadelfia, ejemplo clásico de corrupción y criminalidad; pero solo un observador demasiado ingenuo podría dejar de ver que la afirmación de James vale también para otros mecanismos desmoralizados de nuestra civilización metropolitana. Manifestaciones de criminalidad e irracionalidad que antaño eran locales amenazan hoy a nuestro planeta entero, bonitamente disfrazadas

de sólidas empresas comerciales, progreso tecnológico, eficacia comunista o buen gobierno democrático. No tiene, pues, nada de asombroso que los populares existencialistas, reflejando nuestra época, equiparen «realidad» con «absurdo». Gran parte de la pintura y la escultura de la generación última anticipa simbólicamente los catastróficos productos terminales de esta cultura orientada hacia la muerte: un desmembramiento y una deshumanización totales en un vacío exento de vida y de forma. Algunas de las mejores manifestaciones de este arte, como las arcaicas figuras con cabeza de alfiler que esculpe Henry Moore, profetizan un nuevo comienzo en un nivel tan primitivo que, en él, la mente apenas si ha empezado a funcionar.

Ahora bien, si todo el panorama fuera tan sombrío como la descripción que he hecho en este capítulo, no se justificaría la existencia de este libro; o, mejor dicho, se trataría de una contribución tan irracional como tantas otras irracionalidades y futilidades a las que me he referido. Si he insistido debidamente en las desintegraciones del escenario metropolitano, lo he hecho por un solo motivo: solo quienes tengan conciencia de ellas estarán en condiciones de orientar nuestras energías colectivas hacia procesos más constructivos. No fueron los testarudos romanos del siglo v de la era cristiana, que aún se jactaban de los logros de Roma y proveían otro milenio de éxitos, quienes comprendieron qué era lo que reclamaba la situación: por el contrario, aquellos que rechazaron las premisas romanas y dieron una nueva base a su vida fueron los que construyeron una nueva civilización que, a la larga, superó los mejores adelantos de Roma, incluso en ingeniería y gobierno.

Y otro tanto se aplica a nuestra época: los que actúan dentro del mito metropolitano, considerando sus tumores cancerosos como manifestaciones normales de crecimiento, seguirán aplicando cataplasmas, ungüentos, conjuros publicitarios, magia de relaciones públicas y remedios mecánicos de charlatanes, hasta que el

paciente se les muera ante sus ojos miopes. Buena parte de las reformas y revisiones urbanas que se han llevado a cabo en el curso de estos últimos cien años, sin exceptuar en absoluto a esta última generación —la demolición de tugurios, las viviendas modelo, el embellecimiento de la arquitectura cívica, la extensión suburbana, la «renovación urbana»—, se ha limitado a continuar con formas superficialmente nuevas la misma concentración sin sentido y la misma de-construcción orgánica que inspiró el remedio.

No obstante, en medio de todo esta desintegración, han aparecido nódulos nuevos de crecimiento y, cosa aún más significativa, ha empezado a surgir una nueva pauta de vida, que se basa en premisas que difieren radicalmente de las de los antiguos constructores de ciudadelas o de las de sus equivalentes modernos, los fabricantes de proyectiles teledirigidos y los exterminadores nucleares. Si podemos distinguir los contornos principales de esta economía multidimensional y orientada hacia la vida, habremos de estar también en condiciones de describir la naturaleza y las funciones de la ciudad que surge y la pauta futura de asentamiento humano. Sobre todo debería anticipar el próximo acto del drama humano, suponiendo que la humanidad logre eludir la trampa letal que le ha tendido nuestra ciega adhesión a una tecnología desequilibrada, antiorgánica y orientada hacia el poder.

10. Función cultural de la ciudad mundial

Como ya hemos hecho frente a lo peor, estamos por fin en situación de entender la función positiva de la metrópolis histórica, no como foco de una economía nacional o imperial, sino en su función potencial mucho más importante, la de centro mundial. Avanzando a ciegas para desempeñar este papel fundamental, pero que todavía no ha representando, la metrópolis intentó lograr, median-

te una mera acumulación de fuerzas, funciones e instituciones, lo que solo puede alcanzarse mediante una reorganización total.

Los motivos conscientes que concentraron tanto poder en unos cuantos grandes centros no bastarían para explicar su enorme fuerza de atracción o el papel que desempeñan en la cultura de nuestra época. Y lo cierto es que la magnitud y la congestión metropolitana tienen en realidad una justificación más profunda, aunque no se la reconozca plenamente: es el foco de aquellas actividades que, por primera vez, están acercando a todas las tribus y naciones de la humanidad a una esfera común de cooperación e interacción. Lo que Henry James dijo sobre Londres puede decirse igualmente de sus grandes rivales: la metrópolis «es la mayor concentración de vida humana, el compendio más completo del mundo. En ella la especie humana está mejor representada que en cualquier otra parte». Su nueva misión consiste en transmitir hasta la mínima unidad urbana los recursos culturales que contribuyen a la unidad y la cooperación mundiales.

Así, los mismos rasgos que siempre han hecho ver a las gentes del interior una cosa ajena y hostil en la metrópolis son una parte fundamental de la función de la gran ciudad, que ha reunido, dentro de un margen relativamente estrecho toda la diversidad y variedad de culturas especiales: en la que pueden encontrarse, al menos como muestras, todas las razas y culturas, junto con sus idiomas, sus costumbres, sus vestimentas y sus comidas típicas; en la que los representantes de la humanidad se han visto cara a cara por primera vez en un terreno neutral. La complejidad y el amplio carácter cultural de la metrópolis encarnan la complejidad y la diversidad del mundo en su conjunto. Inconscientemente, las grandes capitales han venido preparando a la humanidad para las asociaciones y unificaciones más vastas que la moderna conquista del tiempo y el espacio han hecho probables, cuando no inevitables.

Aquí tenemos, también, la razón esencial de la institución más típica de la metrópolis, tan característica de su vida ideal como lo fue el gimnasio de la ciudad helénica o el hospital de la ciudad medieval. Me refiero al museo. Una institución que surgió de las necesidades mismas de su propio crecimiento excesivo.

Inevitablemente, el museo ha adquirido muchas de las características negativas de la metrópolis: sus adquisiciones al azar, su tendencia a la hipertrofia y la desorganización, su hábito de medir su éxito por el número de personas que atraviesan sus puertas. Demasiado a menudo el tamaño físico sirve como sustituto de una organización adecuada, al igual que en el mercado de trabajo, y se confunde la expansión mecánica con la relevancia. Pero, en su forma racional, el museo no solo sirve como equivalente concreto de la biblioteca, sino también como método para tener acceso, a través de especímenes y muestras que han sido seleccionados, a un mundo cuya inmensidad y complejidad no podría apresar ni remotamente el poder humano. En esta forma racional, como instrumento de selección, el museo constituye una contribución indispensable a la cultura de las ciudades; y cuando pasemos a considerar la reconstitución orgánica de las ciudades veremos que el museo, al igual que la biblioteca, el hospital y la universidad, tendrá una nueva función en la economía regional. Ya muchos museos, mediante exhibiciones ambulantes y departamentos de extensión, han comenzado a superar sus limitaciones megalopolitanas.

Pero si la gran ciudad es en muy buena medida responsable de la invención y la extensión pública del museo, en un sentido, una de sus funciones principales es servir de museo: por derecho propio, la ciudad histórica contiene, en virtud de su amplitud y de su largo pasado, una colección más amplia y más variada de especímenes culturales que la que puede encontrarse en otras partes. Aquí o allá, en algún lugar de su superficie congestionada, puede encontrarse cada variedad de las funciones humanas, cada expe-

rimento de asociación humana, cada proceso tecnológico, cada modalidad de arquitectura y urbanismo.

Esa inmensidad y esa capacidad de conservación constituyen dos de los valores máximos de la gran ciudad. Con el amplio margen de experiencia humana que brinda la metrópolis dinámica y aun saludable, rivalizan su densidad y profundidad, su capacidad de presentar, sedimento tras sedimento, la historia y la biografía humanas, no solo a través de sus propios registros y monumentos, sino también a través de lo que sus grandes recursos le permiten extraer de zonas distantes. Una civilización tan compleja y multilateral como la nuestra reclama una organización urbana estable de este tipo, que sea capaz de atraer y mantener en estrecha colaboración a muchos millones de seres humanos, a fin de que desempeñen todas sus actividades. Pero lo que constituye, por una parte, la capacidad cultural amplia de la ciudad la convierte, a través de las necesidades mismas de condensación y almacenaje, en un agente de digestión y selección. Si todos los materiales de nuestra cultura estuvieran demasiado esparcidos, si no fuera posible reunir en un sitio los datos y artefactos importantes, clasificándolos y preparándolos para su redistribución, dichos materiales solo poseerían una pequeña parte de la influencia que de hecho ejercen.

Si bien la gran ciudad es el mejor órgano de la memoria que el hombre haya creado hasta ahora, también es —hasta que se desorganiza demasiado— el mejor agente de discriminación y valoración comparada, no solo porque exhibe tantísimos productos para que uno elija sino también porque crea espíritus de vasto alcance, que son capaces de vérselas con ellos. Sí: la capacidad comprensiva y el gran número son a menudo necesarios; pero no basta con el gran número. Florencia, con unos cuatrocientos mil habitantes, desempeña mayor número de funciones propias de la metrópolis que muchas otras ciudades cuya población es diez veces mayor. En la actualidad uno de los principales problemas de

la cultura urbana consiste en aumentar la capacidad digestiva del receptáculo, sin permitir que la estructura física se convierta en una masa colosal, apelmazada y autodestructora. La renovación del núcleo metropolitano interno es imposible sin una transformación mucho mayor a escala regional e interregional.

II. La Ciudad Invisible

Hay otro aspecto de esta reorganización del complejo metropolitano que deriva de la desmaterialización o eterealización de las instituciones existentes: es el que ya ha creado en parte la Ciudad Invisible. Esto, en sí mismo, constituye una expresión del hecho de que el nuevo mundo en que hemos comenzado a vivir no solo está abierto en la superficie, mucho más allá del horizonte visible, sino que también está abierto interiormente, atravesado por rayos y emanaciones invisibles, y respondiendo a estímulos y fuerzas que están muy por debajo del umbral de la observación ordinaria.

Muchas de las funciones originales de la ciudad, otrora monopolios naturales, que exigían la presencia física de todos los participantes, se han transformado ahora en formas susceptibles de transporte veloz, de multiplicación mecánica, de transmisión electrónica y distribución a escala mundial. Si en una aldea remota se puede ver la misma película o escuchar el mismo programa de radio que en el centro más congestionado, nadie tiene necesidad de vivir en dicho centro o de visitarlo a fin de participar en esa actividad específica. En cambio, debemos tratar de establecer una relación recíproca entre las unidades mayores y menores, una relación basada en que cada cual desempeñe el tipo de tarea que le corresponde por naturaleza. La ciudad visible se convierte entonces en el lugar indispensable de reunión de las funciones que se desempeñan mejor cuando están superpuestas o a corta distancia

entre sí: un lugar donde las reuniones, los encuentros y los desafíos, lo mismo que ocurre entre las personalidades, complementan y reducen nuevamente a dimensiones humanas la vasta red impersonal que ahora se extiende en torno a él.

Permítaseme que me aproxime a las relaciones más abstractas de la ciudad invisible mediante un paralelismo con la nueva relación en un plano más visible: una muestra pequeña pero adecuada. Esparcidos por Francia, a menudo en remotos monasterios y aldeas, hay muchos ejemplos soberbios de primitivas pinturas al fresco. Bajo el precedente régimen metropolitano, muchas de esas pinturas hubieran sido trasladadas —con frecuencia no sin dañarlas— desde su emplazamiento original, para alojarlas en un museo de París. Esto habría dejado un horrible agujero en el lugar de origen y hubiera privado a los habitantes de una posesión con un valor tanto comunal como económico, sin proporcionar en París un sentido auténtico de su montaje original. Hoy se ha establecido un programa más eficaz. En el Museo de Murales que hay en el Palais de Chaillot se ha reunido un gran número de admirables reproducciones de esas pinturas. En una sola tarde es posible ver más pinturas que en dos semanas de viaje por el interior. Para los que desean un contacto más íntimo con el original, en su marco histórico, se han identificado las pinturas y señalado las localidades de donde proceden; de modo que se las ha hecho más accesibles sin disociarlas caprichosamente de su marco y propósito originales.

He aquí el primer paso hacia una espiritualización o volatilización más general. Con las diapositivas en colores de que se dispone en la actualidad, el proceso podría llevarse aún más lejos: cualquier pequeño museo o biblioteca de provincias está en condiciones de pedir en préstamo y exhibir en una sala de proyecciones una colección aún más grande de murales. Ha desaparecido el primitivo monopolio local debido al aislamiento, y ha desapare-

cido el monopolio metropolitano hecho mediante la requisa y la explotación. Este ejemplo es aplicable a muchas otras actividades. La misión ideal de la ciudad consiste en promover este proceso de circulación y difusión culturales, y esto devolverá a múltiples centros urbanos, hoy subordinados, una gran variedad de actividades que otrora fueron canalizadas en beneficio exclusivo de la gran ciudad.

Este ejemplo resulta tanto más eficaz cuanto que el concepto del museo como guía de los recursos regionales, y no como sustituto de estos, se desarrolló de forma espontánea, y casi con toda seguridad sin pensar en momento alguno en un sistema ideal de cooperación interurbana. En esta última generación se han notado en la industria y el comercio muchos síntomas de procesos análogos, descentralizándose hasta cierto punto funciones que, hasta entonces, estaban sumamente concentradas en unos cuantos puntos. Se han organizado a escala continental cadenas de bancos, mercados, grandes tiendas, hoteles y unidades fabriles; y aunque el objetivo de esta difusión es, con excesiva frecuencia, establecer monopolios financieros y asegurarse ganancias no competitivas —a veces tan solo para dar margen de acción a voraces individualidades—, el método de organización, en especial en las zonas metropolitanas, indica que el proceso coincide con el de muchas otras actividades. Los medios técnicos que se han desarrollado para conseguir el control corporativo se prestarían también para una economía que promoviera una acción más autónoma dentro de la unidad pequeña, y un sistema recíproco y bilateral de comunicación y dirección.

No es accidental, pues, que las antiguas funciones del recipiente urbano hayan sido complementadas por nuevas funciones, ejercidas a través de lo que prefiero designar con el nombre de parrilla funcional: el marco de la ciudad invisible. Como el viejo recipiente, también la nueva parrilla, en todas sus formas, tanto en la industrial como la cultural o la urbana, se presta por igual para

el buen y el mal uso. Pero lo que es todavía más importante es el hecho de que la forma ha aparecido en tantos lugares diferentes, como una respuesta orgánica a las necesidades del presente. La nueva imagen de la ciudad tiene que ser, en parte, una expresión de estas nuevas realidades. Al respecto, tanto la antigua metrópolis como las nuevas conurbaciones fracasan deplorablemente porque tienden a borrar, en vez de integrar, los elementos esenciales de la ciudad.

Tecnológicamente, dos de los ejemplos más perfectos de esta nueva red se tienen en nuestros sistemas de energía y de comunicaciones; particularmente en el trazado de las líneas de energía eléctrica. Un sistema centralizado de energía tiene límites muy definidos de expansión. Más allá de un punto determinado, no solo ocurre que las pérdidas por la transmisión son excesivas sino que un fallo en la estación central o un corte local de los cables de transmisión puede causar graves perjuicios en todas partes. Por el contrario, la red de energía eléctrica es más bien una red de estaciones generadoras, unas grandes y otras pequeñas, unas hidráulicas y otras de carbón, esparcidas por una vasta superficie, a menudo de miles de kilómetros cuadrados. Algunas de estas estaciones, por sí solas, solo podrían abastecer a su comunidad inmediata; otras tienen mayor alcance.

En este sistema cada unidad tiene cierto grado de autonomía y autodirección, suficiente para las circunstancias normales. Pero como están ligadas entre sí, las estaciones generadoras forman un sistema total cuyas partes, aunque son relativamente independientes, pueden, si es necesario, trabajar como un conjunto y suplir lo que falta en uno u otro sector. La petición de auxilio puede hacerse en cualquier parte de la red y puede recurrirse al sistema entero para que lo satisfaga. Si bien el todo está a disposición de la parte, es el usuario local quien determina cuándo se la usará y cuánto se tomará. Por sí sola, ninguna central de energía

eléctrica, por grande que fuera, poseería la eficacia, la flexibilidad o la seguridad de la red entera, ni tampoco sería capaz de ulterior crecimiento, a menos que siguiera la pauta de la red.

Esta pauta no es puramente tecnológica, pues tiene un paralelismo en el dominio de la cultura, en particular en el funcionamiento del sistema nacional de préstamos de libros en Inglaterra. Si una persona no encuentra el libro que necesita en la filial de la biblioteca que hay en una pequeña población, puede hacer una petición que será transmitida al centro bibliotecario regional, situado en la población principal del condado. La biblioteca regional cuenta con un catálogo de todas las bibliotecas participantes en este sistema que hay en la región, a las que puede recurrir, en caso de que no se halle el libro en la biblioteca regional central. Si no tiene éxito, el pedido se remite al centro nacional, que dispone de los recursos totales de las bibliotecas que forman parte del sistema.

Así, aunque no tenga a mano un vasto acervo bibliográfico, cada unidad de este sistema dispone de una colección de libros mucho más vasta que la que puede ofrecer al lector hasta la ciudad más grande. Con nuestros actuales recursos para catalogar, reproducir y transportar rápidamente, una aldea rural podría disponer de medios para el estudio y la investigación como pocas metrópolis pueden tenerlo; al menos si las naciones tuvieran para los presupuestos de las bibliotecas la mitad de la generosidad que exhiben cuando se trata de instalaciones militares.

Obsérvese la innovación en ambos ejemplos. Los grandes recursos ya no dependen de la congestión topográfica o de un control centralizado, situado en la cumbre. Tanto en el caso de la red de energía eléctrica como en el del sistema de préstamos de las bibliotecas, se dispone de los medios más amplios, no acumulándolos en un punto, sino articulándolos en un sistema que le permite a cada usuario, siempre que use una unidad organizada en su zona, recurrir a este o aquel recurso según sus necesidades. Es

importante tener en cuenta esta aclaración: medios de esta magnitud no serían viables económicamente si el individuo intentara, por su sola iniciativa, satisfacer sus necesidades, tratando a larga distancia con el órgano central: solo mediante la difusión y la articulación puede funcionar eficazmente el sistema entero. Otra ventaja que brindan estas redes es que permiten que unidades de diferentes dimensiones no solo participen sino que ofrezcan sus ventajas exclusivas al conjunto: por ejemplo, una pequeña biblioteca que atesora una preciosa colección de manuscritos no tiene que entregarlos a la institución más grande, a fin de asegurarse de su uso adecuado; puede constituir una parte eficaz del conjunto, formulando exigencias, comunicando sus deseos, influyendo en las decisiones, sin que la devore la organización más grande. Esto le devuelve a la región su debida autonomía, sin impedir —de hecho, más bien alentando— los procesos universales.

He aquí un modelo para la nueva constelación urbana que es capaz de preservar las ventajas de las unidades más pequeñas y de gozar del gran alcance de la organización metropolitana. En un mundo bien ordenado no habría límites físicos, culturales o políticos para este sistema de cooperación, que pasaría a través de los obstáculos geográficos y de las fronteras nacionales con tanta facilidad como los rayos X pasan a través de los objetos sólidos. Considerando incluso los actuales medios de telefotografía así como los rápidos transportes, tal sistema podría abarcar, con el tiempo, el planeta entero. Una vez que la técnica se haya liberado de los costosos preparativos globales para el genocidio, que ahora agobian a los imperios y grandes Estados nacionales, o de la producción indecente de mercancías vendibles que están destinadas, ante todo, a una obsolescencia prematura y a dar un rápido beneficio inmediato, quedarían abundantes medios para perfeccionar estas asociaciones interculturales en gran escala; y la nueva ciudad regional, visible e invisible, sería el principal instrumento.

Todo esto apunta hacia un método más orgánico de creación y difusión de los productos de la ciudad que los practicados por la metrópolis histórica o por la actual conurbación. Las limitaciones originales de la ciudad, en el pasado impuestas por su monopolio de la comunicación y el control político, no pueden superarse mediante un simple aumento de las cifras o una mera extensión de las carreteras y los edificios. Ningún perfeccionamiento orgánico es posible sin una reorganización de sus procesos, funciones y propósitos, y una redistribución de su población que favorezca la relación bilateral, la relación de «tú y yo», así como el control local de las necesidades locales. En vez del recipiente de la Edad de Piedra, es la red eléctrica lo que proporciona la nueva imagen de la ciudad invisible y los múltiples procesos a los que sirve y que promueve. Esta evolución no solo transformará la pauta de la propia ciudad sino también todas las instituciones, organizaciones y asociaciones que componen la ciudad. Con esta innovación radical, si las grandes universidades, bibliotecas y museos, fueran capaces de autorregeneración podrían abrir camino, como hicieron sus predecesores al crear la ciudad antigua.

Los materiales de construcción que son necesarios para el nuevo orden urbano están al alcance, si es que he interpretado correctamente los hechos. Pero es grande la posibilidad de que sigan siendo estropeados y pervertidos por los sistemas políticos vigentes. Sigue siendo ominosa la perspectiva de una extensión generalizada de nuestros actuales medios mecánico-electrónicos, sin que se haya producido algún cambio en el objetivo social o algún intento por traducir el producto, en términos más elevados de asociación humana. Países como la Unión Soviética, teóricamente inmunes a las habituales seducciones y corrupciones de las empresas capitalistas contemporáneas, están evidentemente expuestos a las mismas tentaciones —bajo disfraces igualmente virtuosos— de promover el control burocrático del poder y la au-

toridad centralizada a expensas de la libre asociación humana y el desarrollo autónomo.

Pero la promesa fundamental de este nuevo orden ya fue expresada, un siglo atrás, por Emerson. «Nuestra civilización y estas ideas —observó— están reduciendo la tierra a un cerebro. Véase cómo el telégrafo y el vapor antropoformizan la tierra». Este concepto fue desarrollado independientemente, en nuestros tiempos, por Teilhard de Chardin; pero tampoco él comprendió el carácter ambiguo de esta promesa, ni vio la necesidad de evitar estos nuevos peligros.

Nuestra civilización hace frente a la prolongación y el engrandecimiento infatigables de un sistema supraorgánico sumamente centralizado, el cual carece de centros integrantes autónomos que sean capaces de seleccionar, de ejercer control y, sobre todo, de adoptar decisiones independientes y de ofrecer una réplica. La respuesta eficaz para este problema, que se encuentra en el corazón mismo de nuestra futura cultura urbana, depende del desarrollo de una concepción del mundo más orgánica, que haga justicia a todas las dimensiones de los organismos vivos y las personalidades humanas. Los pensadores que harán por esta concepción orgánica y humana lo que Galileo, Bacon y Descartes hicieron por nuestros conceptos científicos y tecnológicos, ahora insuficientes e incluso peligrosamente anticuados, están desde hace mucho tiempo entregados a esta tarea. Pero tal vez sea necesario que pasen uno o dos siglos antes de que sus contribuciones destronen a nuestras divinidades cibernéticas y restablezcan en el centro de nuestra existencia las imágenes, las fuerzas y los objetivos de la Vida.

CAPÍTULO XVIII

Visión retrospectiva y perspectiva

CUANDO TOMÓ FORMA LA ciudad antigua congregó muchos órganos dispersos de la vida común y dentro de sus murallas promovió su interacción y su fusión. Las funciones colectivas que desempeñaba la ciudad eran importantes, pero más significativos aún fueron los objetivos comunes que surgieron a través de métodos más rápidos de comunicación y cooperación. La ciudad mediaba entre el orden cósmico, revelado por los sacerdotes astrónomos, y las empresas unificadoras de la monarquía. El primero adquirió forma dentro del templo y su espacio sagrado, las segundas dentro de la ciudadela y entre los límites de las murallas de la ciudad. Al polarizar aspiraciones humanas hasta entonces inactivas y reunirlas en un núcleo político y religioso central, la ciudad adquirió la capacidad necesaria para manipular la inmensa abundancia generadora de la cultura neolítica.

Mediante el orden establecido de este modo, se consiguió, por primera vez, la colaboración efectiva de grandes conjuntos de seres humanos. Organizados en grupos de trabajo disciplinados, desplegados por las órdenes emanadas del centro, los pobladores urbanos iniciales de la Mesopotamia, Egipto y el valle del Indo controlaron las inundaciones, repararon los daños causados por las tormentas, represaron las aguas, remodelaron el paisaje, construyeron una gran red hidráulica de comunicaciones y transportes, y llenaron los depósitos urbanos con energías humanas que que-

daban disponibles para otras empresas. Con el tiempo, los señores de la ciudad crearon una estructura interna de orden y justicia que dio a las poblaciones mezcladas de las ciudades, mediante un esfuerzo consciente, algo de la estabilidad moral y el apoyo mutuo propios de la aldea. Dentro del teatro de la ciudad se representaron nuevos dramas de la vida.

Pero frente a estos avances debemos colocar las contribuciones más sombrías de la civilización urbana: la guerra, la esclavitud, la superespecialización profesional y, en muchos lugares, una orientación persistente hacia la muerte. Estas instituciones y actividades, formando una «simbiosis negativa» han acompañado a la ciudad a través de la mayor parte de su historia y subsisten hoy mismo en forma acentuadamente brutal, sin sus sanciones religiosas originales, como la mayor amenaza que pesa sobre el desarrollo futuro de la humanidad. En cierto grado, tanto los aspectos positivos como los aspectos negativos de la ciudad antigua se han transmitido a todas las estructuras urbanas posteriores.

Mediante su concentración de poder físico y cultural, la ciudad elevó el ritmo del comercio humano y tradujo sus productos en formas que pudieran almacenarse y reproducirse. A través de sus monumentos, de sus registros escritos y de sus hábitos ordenados de asociación, la ciudad extendió el alcance de todas las actividades humanas, proyectándolas hacia el pasado y hacia el porvenir. Gracias a sus medios de almacenaje (edificios, cajas fuertes, archivos, monumentos, tablillas, libros), la ciudad se hizo capaz de transmitir una cultura compleja de generación en generación, pues no solo disciplinó los medios físicos sino también los agentes humanos necesarios para prolongar y extender esta herencia. Este sigue siendo el don máximo de la ciudad. En comparación con el complejo orden humano de la ciudad, nuestros actuales mecanismos electrónicos, indudablemente ingeniosos, destinados a acumular y transmitir información, son rudimentarios y limitados.

De la inicial integración urbana de santuario, ciudadela, aldea, taller y mercado, todas las formas posteriores de la ciudad han tomado, en cierta medida, su estructura física y sus pautas institucionales. Muchas partes de esta estructura son aún de importancia fundamental para la asociación humana eficaz, y no menos las que surgieron originalmente del santuario y de la aldea. Sin la participación activa del grupo primario, en la familia y en el barrio, es dudoso que puedan transmitirse de los viejos a los jóvenes, sin recaídas en el salvajismo, los mandamientos morales elementales: el respeto por el vecino y la reverencia ante la vida.

En el otro extremo, también es dudoso que esas cooperaciones variadísimas, que no se prestan a la abstracción y la simbolización, puedan seguir floreciendo sin la ciudad, puesto que solo una pequeña parte del contenido de la vida puede ponerse por escrito. Una porción demasiado importante quedaría reducida al mantenimiento de los registros sin la superposición de muchas actividades humanas diferentes, de muchos niveles de experiencia, dentro de una superficie urbana limitada, donde están constantemente al alcance. Cuanto más extensa sea la superficie de comunicación y mayor el número de participantes, más necesidad habrá de establecer numerosos centros permanentes y accesibles de contacto directo y reuniones frecuentes en todos los niveles humanos.

La recuperación de las actividades y valores esenciales que incorporaron inicialmente las ciudades antiguas, sobre todo las de Grecia, constituye, por lo tanto, una condición primordial para el ulterior desarrollo de la ciudad en nuestra época. Nuestros complejos rituales de mecanización no pueden ocupar el lugar del diálogo humano, del teatro, del círculo vivo de compañeros y asociados, de la compañía de los amigos. Estos elementos apoyan el crecimiento y la reproducción de la cultura humana: es más, toda la compleja estructura pierde sentido, más aún, se vuelve activamente hostil a los objetivos de la vida.

En la actualidad las dimensiones físicas y el alcance humano de la ciudad han cambiado; y la mayor parte de las funciones y estructuras internas de la ciudad deben remodelarse para que promuevan eficazmente los objetivos más vastos que es necesario lograr: la unificación de la vida interna y externa del hombre, así como la paulatina unificación de la humanidad misma. El papel activo de la ciudad, en el futuro, será el de llevar al grado máximo de desarrollo la divinidad y la individualidad de las regiones, las culturas y las personalidades. Se trata de objetivos complementarios: su alternativa es la actual destrucción mecánica del paisaje y de la personalidad humana. Sin la ciudad, el hombre moderno carecería de defensas eficaces frente a esos factores mecánicos colectivos que, incluso ahora, se preparan para hacer superflua toda vida auténticamente humana, excepto en el caso del desempeño de unas pocas funciones subordinadas que la máquina no domina todavía.

En nuestra época los procesos crecientemente automatizados de producción y expansión urbana han desalojado a las metas humanas a cuyo servicio, según se supone, deben estar. Para nuestros contemporáneos con espíritu de masa, la producción cuantitativa se ha convertido en la única meta que impera: valoran la cantidad sin la calidad. Las mismas expansiones y explosiones vacuas prevalecen en lo que concierne a la energía física, la productividad industrial, las invenciones, el conocimiento y la población. Y a medida que estas actividades aumentan su volumen y su ritmo, se alejan cada vez más de todo objetivo humanamente deseable. Como consecuencia de esto, la humanidad se ve amenazada por inundaciones mucho más grandes que las que logró controlar el hombre antiguo. Para salvarse debe volver su atención a los medios de controlar, dirigir, organizar y supeditar a sus propias funciones biológicas y a sus propios propósitos culturales las fuerzas insensatas que, por su misma superabundancia, minan su

vida. Debe refrenarlas e incluso eliminarlas completamente cuando, como ocurre en el caso de las armas nucleares y bacterianas, amenazan su existencia misma.

Ahora ya no se trata de poner bajo control humano un valle fluvial sino el planeta entero: en vez de una indómita corriente de agua, se trata de explosiones de energía mucho más alarmantes y perniciosas que pueden llegar a trastornar el sistema ecológico entero, del cual dependen el bienestar y la propia vida del hombre. La necesidad primordial de nuestra época consiste en trazar canales que orienten las energías excesivas y las vitalidades impetuosas que se han apartado de las normas y los límites orgánicos: el control de las inundaciones culturales, en todos los terrenos, reclama la construcción de terraplenes, represas y lagos artificiales que moderen las corrientes y las hagan pasar a los receptáculos finales, las ciudades y las regiones, los grupos, las familias y las personalidades, que serán entonces capaces de utilizar esta energía para su crecimiento y desarrollo. Si estuviéramos dispuestos a restablecer la habitabilidad de la tierra y a cultivar los espacios vacíos del alma humana, no nos preocuparían tanto esos estériles proyectos escapistas de exploración del espacio interplanetario o esas políticas todavía más rigurosamente deshumanizadas que se basan en la estrategia del exterminio colectivo a gran escala. Es hora de volver a la tierra y hacer frente a la vida en toda su fecundidad, diversidad y creatividad orgánicas, en vez de refugiarse en el mundo disminuido del hombre posthistórico.

Por desgracia, el hombre moderno aún tiene que dominar las peligrosas aberraciones que adquirieron forma institucional en las ciudades de la Edad de Bronce y que dieron un destino destructivo a nuestros más altos logros. Como los señores de la edad de bronce, seguimos considerando el poder como la principal manifestación de divinidad o, de no ser así, como el principal agente del desarrollo humano. Pero el «poder absoluto», al igual que las

«armas absolutas», pertenecen al mismo plano mágico-religioso que el sacrificio humano ritual. Ese poder destruye la cooperación simbiótica del hombre con todos los demás aspectos de la naturaleza, así como la del hombre con otros hombres. Los organismos vivos solo pueden aprovechar limitadas cantidades de energía. «Demasiado» o «demasiado poco» son fórmulas igualmente letales para la existencia orgánica. Los organismos, las sociedades y las personas, al igual que las ciudades, son delicados procedimientos para regular la energía y ponerla al servicio de la vida.

La principal función de la ciudad es convertir el poder en forma, la energía en cultura, la materia inerte en símbolos vivos del arte, la reproducción biológica en creatividad social. Las funciones positivas de la ciudad no pueden desempeñarse sin establecer nuevas disposiciones institucionales que sean capaces de manipular las vastas energías con que ahora cuenta el hombre: disposiciones tan audaces como las que en el origen transformaron la aldea hipertrofiada y su fortaleza en la unidad urbana y altamente organizada.

Difícilmente podría contemplarse la posibilidad de estos cambios necesarios si no fuera porque las instituciones negativas que acompañaron el surgimiento de la ciudad han venido marchitándose durante los últimos cuatro siglos, y hasta hace poco daban la impresión de estar próximas a perderse en el limbo. La monarquía de derecho divino ha desaparecido prácticamente, incluso como idea moribunda; y las funciones políticas que antaño eran ejercidas exclusivamente por el palacio y el templo con la ayuda coercitiva de la burocracia y el ejército fueron asumidas durante el siglo XIX por una multitud de organizadores, corporaciones, partidos, asociaciones y comités. Del mismo modo, las condiciones que Aristóteles estipulara para la abolición de la esclavitud ya han quedado satisfechas en gran parte mediante el aprovechamiento de fuentes inorgánicas de energía y la invención de máquinas

y servicios automáticos. Así, la esclavitud, el trabajo forzado, la expropiación legalizada y el monopolio clasista del conocimiento han ido cediendo ante los embates de la mano de obra libre, la seguridad social, el aprendizaje universal de las primeras letras, la instrucción gratuita, el acceso abierto al conocimiento y los comienzos del ocio universal, tal como es necesario para una amplia participación en los deberes políticos. Si bien vastas masas de población viven todavía en Asia, África y América del Sur en condiciones primitivas y con una pobreza deprimente, el mismo colonialismo implacable del siglo XIX llevó a esos pueblos las ideas que los liberarían. «El corazón de las tinieblas» fue atravesado por un rayo de luz, desde Livingstone hasta Schweitzer.

En suma, las condiciones de opresión que limitaron el desarrollo de las ciudades, en el transcurso de la historia, han comenzado a desaparecer. La propiedad, las castas y hasta la especialización profesional han perdido —mediante el impuesto a los réditos graduado y la «revolución de los gestores»— la mayor parte de sus fijaciones hereditarias. Lo que Alexis de Tocqueville observara hace un siglo es hoy más cierto que nunca: la historia de los últimos ochocientos años es la historia de la nivelación progresiva de las clases. Este cambio es válido igualmente en los sistemas capitalista y comunista, en una forma que acaso hubiera chocado a Karl Marx pero que, en cambio, no habría asombrado a John Stuart Mill, pues este autor previó las condiciones de equilibrio dinámico en que los avances de la economía maquínica podrían ponerse por fin positivamente al servicio del hombre. Solo hasta ayer, pues, parecía que la simbiosis negativa que acompañó al surgimiento de la ciudad estaba condenada. La tarea de la ciudad emergente consistía en impartir una forma ideal a estas condiciones de vida categóricamente superiores.

Por desgracia, las malignas instituciones que se desarrollaron paralelamente a las ciudades antiguas han sido resucitadas

y exaltadas en nuestra época: de modo que el resultado último es dudoso. Los gobernantes totalitarios han reaparecido, a veces elevados, como Hitler, a la categoría de divinidades, o momificados después de la muerte, para que se les rinda culto según el estilo faraónico, como Lenin y Stalin. Sus métodos de coerción y terrorismo sobrepasan los actos más repugnantes de los antiguos gobernantes, y la venerable práctica de exterminar poblaciones urbanas enteras ha vuelto a ser ejercida por los jefes electos de Estados democráticos, quienes han esgrimido los poderes de destrucción instantánea que otrora estaban reservados a los dioses. En todas partes el conocimiento secreto ha puesto término a la crítica eficaz y al control democrático; y la emancipación del trabajo manual ha determinado un nuevo tipo de esclavización: la abyecta dependencia de las máquinas. Todos los monstruosos dioses del mundo antiguo han reaparecido, enormemente engrandecidos y exigiendo el sacrificio humano total. Para apaciguar a sus súper-Moloch, en los templos nucleares, naciones enteras están dispuestas, negligentemente, a arrojar a sus hijos a esta pira tremenda.

Si estas tendencias desmoralizadoras se prolongan, las fuerzas que hoy están en acción pueden resultar incontrolables y mortíferas; porque a menos que se los desligue de sus antiguas ataduras y se los consagre a fines humanos, los poderes de que ahora dispone el hombre han de llevar de su actual estado de sospechas y odios paranoicos a un frenesí último de destrucción. Por otra parte, si las principales instituciones negativas de la civilización siguen derrumbándose —es decir, si las pasajeras convulsiones del totalitarismo señalan, en realidad, la agonía del viejo orden—, ¿es probable que la guerra eluda el mismo destino? La guerra fue uno de los «genes letales» transmitidos por la ciudad de siglo en siglo, siempre haciendo daño pero nunca hasta el punto de poner fin a la civilización. Ese periodo de tolerancia ya ha terminado. Si la civilización no elimina la posibilidad de guerra nuestros agen-

tes nucleares destruirán la civilización, y tal vez exterminarán a la humanidad. Las vastas poblaciones rurales que antaño constituían reservas de vida perecerán, llegado el caso, con las de las ciudades.

Pero, por otra parte, si las fuerzas de la vida se aunaran, estaríamos al borde de una nueva implosión urbana. Según nos cuenta un antiguo escriba egipcio, cuando las ciudades fueron fundadas por primera vez la misión del fundador era «poner a los dioses en sus altares». La tarea de la ciudad venidera no es esencialmente diferente: su misión es poner los más elevados intereses del hombre en el centro de todas las actividades, unir los fragmentos dispersos de la personalidad humana, convirtiendo hombres artificialmente desmembrados —burócratas, especialistas, «expertos», agentes despersonalizados— en seres humanos enteros, reparando el daño ocasionado por la separación profesional, por la segregación social, por el cultivo excesivo de una función privilegiada, por sentimientos tribales y nacionalismos, por la falta de participaciones orgánicas y propósitos ideales.

Antes de que el hombre moderno conquiste el control de las fuerzas que amenazan su existencia, debe asumir nuevamente la posesión de sí mismo. Esto señala la principal misión de la ciudad del futuro: la de crear una estructura regional y cívica visible, proyectada de modo que el hombre se sienta en armonía con su yo más profundo y con su mundo más amplio, apegado a imágenes de educación humana y de amor.

Por consiguiente, ahora no debemos concebir la ciudad fundamentalmente como un lugar de negocios o de gobierno, sino como un órgano esencial para la expresión y la realización de la nueva personalidad humana, esto es, la del «hombre de un solo mundo». La antigua separación entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre de ciudad y el hombre de campo, entre el griego y el bárbaro, entre el ciudadano y el extranjero, ya no puede man-

tenerse: en materia de comunicaciones, el planeta entero va convirtiéndose en una aldea y, como consecuencia de ello, el barrio o el distrito más pequeño debe proyectarse como un modelo experimental del mundo más vasto. Lo que ahora debe encarnarse en la ciudad no es la voluntad de un solo gobernante deificado, sino la voluntad individual y colectiva de sus ciudadanos, orientada hacia el logro del autoconocimiento, el autogobierno y la autorrealización. La instrucción, y no la industria, será el centro de sus actividades; y cada proceso y cada función será valorada y aprobada exactamente en la medida en que promueva el desarrollo humano, en tanto que la ciudad proporcionará un vívido teatro para los espontáneos encuentros, desafíos y abrazos de la vida cotidiana.

Aparentemente, la inercia de la civilización actual lleva hacia una catástrofe nuclear de proporciones mundiales; e incluso si se aplaza ese acontecimiento fatídico, acaso pase un siglo o más antes de que pueda desecharse la posibilidad de que se produzca. Pero, por fortuna, la vida posee un atributo previsible: está llena de sorpresas. En el último momento —y nuestra generación puede estar, en realidad, cercana al último momento—, los propósitos y proyectos que redimirán nuestro actual dinamismo sin sentido pueden salir vencedores. Cuando eso ocurra, obstáculos que ahora parecen insuperables se diluirán, y las enormes sumas de dinero y energías, los colosales esfuerzos de la ciencia y la técnica, que ahora se dedican a la construcción de bombas nucleares, cohetes espaciales y otros cien instrumentos de un ingenio infernal relacionados directa o indirectamente con objetivos deshumanizados y desmoralizados, quedarán disponibles para volver a cultivar la tierra y reconstruir las ciudades y, sobre todo, para reconstituir la personalidad humana. Si llega el día en que se eliminen los sueños estériles y las sádicas pesadillas que obsesionan a la élite gobernante, se producirá tal liberación de vitalidad humana que, a su lado, el Renacimiento parecerá poco menos que un aborto.

Sería una locura tratar de predecir cuándo o cómo puede producirse semejante cambio, y, no obstante, sería aún menos realista descartarlo como posibilidad, tal vez incluso como posibilidad inminente, pese al dominio que ejerce todavía el mito de la máquina sobre el mundo occidental. Por fortuna, los preparativos para un paso de la economía del poder a una economía de la vida vienen realizándose desde hace largo tiempo, y no bien se produzca la reorientación de las ideas y los propósitos fundamentales, es posible que la sigan rápidamente las transformaciones políticas y físicas necesarias. Muchas de las mismas fuerzas que ahora están orientadas hacia la muerte se polarizarán entonces hacia la vida.

Al analizar la aparente estabilización de la tasa de natalidad, que se manifestaba en toda la civilización occidental antes de 1940, el autor de *La cultura de las ciudades* observaba entonces que «es fácil imaginar un nuevo culto a la vida familiar, que se desarrollará como reacción ante una catástrofe muy destructiva y exigirá una revisión veloz de los planes para la vivienda y el desarrollo urbano: un generoso impulso hacia la procreación podría chocar en la práctica con las ideas de la gente prudente, resuelta a conservar un equilibrio recién alcanzado».

Para muchos sociólogos profesionales, cautivados por las suaves curvas de sus gráficos de población, esto sonaba como una posibilidad descabellada y, más aún, absolutamente inimaginable antes de la Segunda Guerra Mundial. Pero tal reacción espontánea tuvo lugar concretamente poco después del estallido de la guerra y ha continuado, pese a diversas predicciones de «expertos» en sentido contrario, durante los últimos veinte años. Mucha gente que debería haberse mantenido vigilante frente a la posibilidad de aniquilación de la humanidad por las explosiones nucleares se ha ocultado esa horrenda perspectiva mediante una excesiva ansiedad con respecto a la «explosión demográfica» sin la más leve

sospecha, aparentemente, de que la amenaza de despoblación y la de superpoblación podrían estar en realidad vinculadas.

Hoy, este resurgimiento de la actividad reproductiva podría explicarse, en parte, como una profunda respuesta instintiva frente a la muerte prematura de decenas de millones de personas en todas partes del planeta. Pero aún es más posible que se trate de la reacción inconsciente ante la probabilidad de un estallido aniquilador de genocidio nuclear a escala planetaria. En tal caso, cada criatura que nace es un voto desesperado en favor de la supervivencia: la gente a quien le resulta imposible hacer constar eficazmente su protesta política contra el exterminio, protesta mediante un acto biológico. En los países donde se carece de ayuda estatal, los jóvenes padres aceptan a menudo severas privaciones y la falta de descanso, en vez de aceptar la privación de vida mediante la renuncia a tener hijos. La reacción automática de toda especie amenazada por el exterminio asume la forma de una excesiva reproducción. Este constituye un dato fundamental de la ecología.

Ninguna economía orientada hacia el lucro y dominada por el placer puede hacer frente a estas exigencias. Si la misma actitud se extendiera a los órganos de instrucción, arte y cultura, que son los medios de reproducción suprabiológica del hombre, se alteraría toda la perspectiva de este último; porque entonces el servicio público se antepondría al lucro privado y se dispondría de fondos públicos para la construcción y la reconstrucción de pueblos, barrios, ciudades y regiones, con cánones más generosos que los que pudieron permitirse en el pasado las aristocracias. Semejante cambio infundiría nuevamente la disciplina y el encanto del jardín a todos los aspectos de la vida; y podría contribuir a equilibrar la tasa de natalidad más que cualquier otra medida colectiva, en virtud de su preocupación por la calidad de la vida.

Como hemos visto, la ciudad ha experimentado gran número, de cambios en el trascurso de los últimos cinco mil años; y no

cabe duda de que le están reservados nuevos cambios. Pero las innovaciones que se necesitan urgentemente no consisten en la extensión y el perfeccionamiento del equipo físico; menos aún en la multiplicación de las invenciones electrónicas automáticas para dispersar los órganos subsiguientes de la cultura en un polvo suburbano informe. Al contrario: solo se obtendrán avances importantes si se aplican el arte y el pensamiento a los intereses humanos centrales de la ciudad, con una nueva devoción por los procesos cósmicos y ecológicos que abarcan a todos los seres. Debemos devolver a la ciudad las funciones maternales y protectoras de la vida, las actividades autónomas y las asociaciones simbióticas que desde hace largo tiempo han quedado descuidadas o suprimidas. Pues la ciudad debe ser un órgano de amor, y la mejor economía de las ciudades consiste en el cultivo de los hombres.

La ciudad adquirió forma primeramente como hogar de un dios; como un lugar donde se representaban los valores eternos y donde se revelaban posibilidades divinas. Si bien han cambiado los símbolos, subsisten las realidades tras ellos. Ahora sabemos, mejor que nunca, que las potencialidades ocultas de la vida van mucho más allá de la orgullosa álgebra de la ciencia contemporánea; y que sus promesas, en cuanto a las futuras transformaciones del hombre, son tan encantadoras como inagotables. Sin las perspectivas religiosas que alentó la ciudad, es dudoso que se hubiera desarrollado algo más que una pequeña parte de las capacidades del hombre para vivir y aprender. El hombre crece según la imagen de sus dioses y hasta la medida que ellos establecen. La mezcla de divinidad, poder y personalidad que determinó la existencia de la ciudad antigua debe ser reconsiderada en los términos de la ideología y la cultura de nuestra época, al verterlas en nuevos moldes cívicos, regionales y planetarios. A fin de desbaratar las fuerzas insensatas que hoy amenazan a la civilización desde dentro, es necesario que vayamos más allá de las iniciales frustra-

ciones y negaciones que han perseguido a la ciudad a lo largo de su historia. De no ser así, los dioses estériles del poder, que no se dejan contener por los límites orgánicos o los objetivos humanos, volverán a hacer al hombre a su imagen sin rostro y pondrán fin a la historia humana.

La misión final de la ciudad consiste en promover la participación consciente del hombre en el proceso cósmico e histórico. A través de su estructura compleja y duradera, la ciudad acrecienta enormemente la capacidad del hombre para interpretar estos procesos y toma en ellos una parte activa, formativa, de modo que cada fase del drama que en ella se representa tenga, hasta el máximo grado posible, la iluminación de la conciencia, el sello del propósito, el color del amor. Esa exaltación de todas las dimensiones de la vida, a través de la comunión emotiva, la comunicación racional, el dominio técnico y, sobre todo, la representación dramática, ha sido la función suprema de la ciudad en la historia, y sigue siendo el principal motivo para que la ciudad continúe existiendo.

Láminas

§ 1. Ceremonias y monumentos conmemorativos

El entierro ceremonial de los muertos en tumbas señaladas por un montón de piedras, un árbol o una roca enhiesta, constituyó, tal vez, el primer lugar de reunión permanente de los vivos: el hogar de los espíritus ancestrales, el altar de un dios, el embrión de una ciudad. Como la tumba, la cueva es también un regazo al que el hombre primitivo retorna en busca de seguridad y retiro: aquí, en las cavernas de Lascaux, posiblemente se ejecutaban ritos mágicos y los artistas de la cultura auriñaciense adornaron los muros con pinturas. Es un prototipo del arte monumental, cuya soberbia calidad de representación estilizada, lo mismo en Lascaux que en Altamira, contrasta con la tosquedad de la superficie del muro y con las herramientas y los utensilios primitivos. Los aspectos simbólicos de las primitivas cuevas ceremoniales en las montañas fueron conservados en los grandes monumentos egipcios, hasta en los corredores de entrada, estrechos y tortuosos. La montaña, que se alza sobre las tumbas, era para los egipcios una expresión de crea-





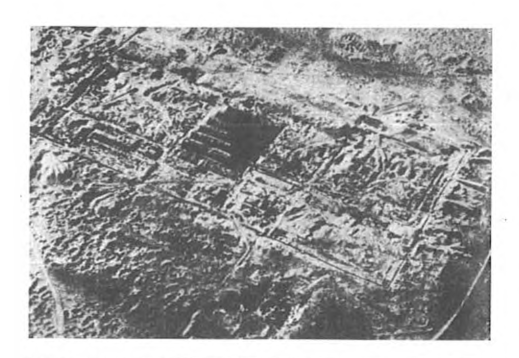
tividad divina a la vez que un símbolo de lo eterno: una forma sagrada trasladada a una pirámide de factura humana para atestiguar el poder del faraón. La pirámide, el zigurat, la torre, la cúpula y el chapitel, todos ellos cargados de significado religioso, formaron el núcleo sagrado de la ciudad durante la mayor parte de la historia. La tumba, el altar y el centro ceremonial se adelantaron al mercado, al taller y al fuerte: era su propósito realzar el significado y los valores de la vida, asegurando la participación colectiva, el sacrificio voluntario y la continuidad piadosa.

(§ 1) Superior: Entrada a las cavernas de Lascaux. Inferior: Pirámide y esfinge en Guiza, cuyo tamaño y perfección técnica refleja la exaltación general del poder en la primera fase de la implosión urbana. Fotografía de G. E. Kidder Smith.

§ 2. Núcleo urbano

Las ruinas más antiguas que pueden identificarse como ciudades solo revelan los elementos dominantes originales: el templo y el palacio, y a veces el granero, dentro de la ciudadela amurallada o recinto sagrado. Este fue el núcleo activador en la implosión urbana. Las únicas «ciudades» arcaicas completas, construidas con materiales permanentes, son las «ciudades de los muertos» como la que se encuentra en Saqqara, edificada en torno a la tumba piramidal escalonada de Zoser, hacia aproximadamente 2.700-2.500 (§ 2, superior). Como los egipcios se esmeraban en reproducir en miniatura en sus tumbas todos los elementos necesarios para la vida diaria, muchos egiptólogos consideran que hay motivos para suponer que esta «ciudad» mortuoria reproducía, con igual fidelidad, el trazado y los edificios de su contraparte secular. Corrobora, asimismo, esta probabilidad la reproducción en piedra del palacio real, el cual, posiblemente, estaba construido con ladrillos secados al sol, material menos perdurable, conjuntamente con un templo sagrado, los edificios oficiales, capillas de divinidades nacionales y un almacén. En los tiempos faraónicos, el trazado ortogonal regía igualmente para el recinto sagrado amurallado, la aldea de los trabajadores o el barrio de los sacerdotes. El mismo tipo de orden, con el mismo núcleo institucional, prevaleció en centros del Nuevo Mundo como el de Chichén Itzá, conjuntamente con el templo piramidal. En el centro religioso de Xochicalco, siglos IX a X de nuestra era (§ 2, in-

ferior), encontramos los componentes clásicos de la ciudad histórica: un recinto sagrado en una colina empinada, también fortificada, ligada al núcleo religioso por un camino pavimentado rodeado de muros; posiblemente circundado por un grupo de aldeas y dominios feudales que, al igual que en Egipto, no han dejado huellas. Este núcleo cultural trasmitió los elementos políticos, científicos y religiosos de la ciudad, esto es, su legado civilizador. Esta pauta general perduró con variaciones secundarias en todas partes y en todas las épocas. La permanencia, la continuidad y la acumulación asumen aquí forma arquitectónica.





Arriba: Pirámide del rey Neterkhet-Zoser, aproximadamente 2700 a. C., tomado de *Fouilles à Saqqarah*, tomo II, de Jean Philippe Laver. Abajo: Xochicalco, México. Fotografía: Compañía Mexicana Aerofoto, S. A.

§ 3. Escala monumental

Del cuarto milenio en adelante, la exaltación del poder y de la personalidad fueron a la par, lo que dio lugar a un horizonte de esfuerzos más amplios en materia técnica y una nueva escala de expresión artística. El monumentalismo surge de la misma concentración de esfuerzo social, económico y religioso que creó la ciudad, como el recipiente de una civilización compleja, diferenciada de la población rural hogareña, que es su prototipo más sencillo, derivada principalmente de necesidades del campo. Es posible que las imágenes cósmicas de un poder divino realzado



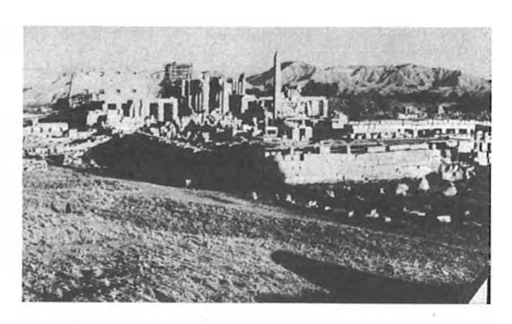
precedieran a la institución del gobierno absoluto: un dios, por ejemplo, tenía el título de «señor de las cuatro comarcas» antes de que un rey acadio, Naram-Sin, lo adoptara. La exaltación de Amenofis III, en el templo mortuorio de Luxor —obsérvese la figura humana del centro—, tiene su paralelo en nuestra época en los cartelones, más efímeros, que inflaban las imágenes fotográficas de un Hitler o un Stalin: intentos de sugerir proporciones divinas que bastan para ocultar la fragilidad, la falibilidad o la mortalidad meramente humanas (opónganse estos monumentos e inscripciones pomposos a los de las tumbas griegas del siglo v, trazados a la medida del hombre). Ramsés II mutiló estas figuras y las reemplazó con su propio nombre, creando un precedente en materia de reelaboración de la historia escrita que aún hoy siguen fielmente los regímenes totalitarios.

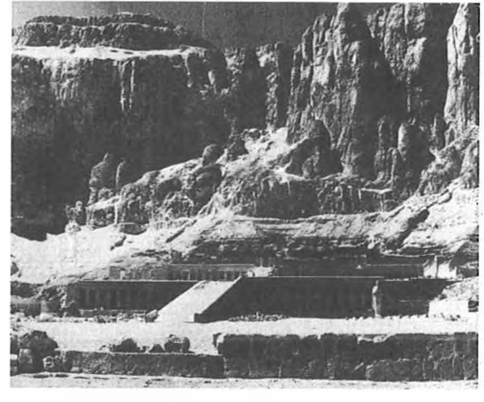
Superior: Estatuas en Luxor. Fotografía: Ewing Galloway, Nueva York.

§ 4. Ciudades orientadas por tumbas

«Cada faraón establecía su residencia cerca del sitio escogido para su tumba, donde, durante la mayor parte de su vida, se proseguía la labor de construcción de la pirámide y de su templo, mientras el gobierno funcionaba en la ciudad vecina. Pero después de su muerte el lugar era dejado en manos de los sacerdotes y funcionarios que mantenían su culto y administraban su dominio mortuorio, a menos que el nuevo rey decidiera continuar residiendo allí, porque el desierto contiguo ofrecía un lugar adecuado para su propia tumba. Hasta mediados del segundo milenio antes de Cristo (cuando Tebas asumió un carácter metropolitano) no hubo capital verdaderamente permanente en Egipto». Hasta aquí, Henri

Frankfort. Estas ciudades sepulcrales de los reyes fueron, así, la forma más primitiva de *Residenzstadt* permanente, como Versalles o Karlsruhe; pero esto no significa que carecieran de talleres, mercados o instalaciones de embarque en su vecindad: por sí solo el numeroso clero aseguraba una gran cantidad de consumidores, que necesitaban disponer, en las cercanías, de artículos de consumo y servicios. Centros de culto religioso como Menfis y Abidos, y los centros funerarios de los reyes, como Tebas, la de las muchas tumbas, tenían una existencia continua. La parte más secular de la población presentaba, probablemente, un tipo análogo de orden espacial, expresado en edificios de escala más modesta. El blanco templo de piedra caliza de la reina Hatshepsut, en Tebas (1520-1480 a. C.), una especie de acrópolis invertida bajo del acantilado, fue construido cuando ya hacía mucho tiempo que habían pasado de moda las pirámides. El arquitecto real, Senmout, dio a este templo una serenidad y una austeridad casi helénicas, tanto en la forma como en el trazado. Construido sobre una serie de terrazas, que no se ven en la fotografía, los edificios forman cuadrángulos abiertos, lo que supone una innovación con respecto al espacio cerrado y densamente ocupado de los templos ortodoxos: una temprana mutación que aparentemente no fue copiada. Obsérvese el gran templo y la capilla mortuoria en Tebas (superior): es un recinto religioso dedicado a la principal ocupación de la vida, esto es, a la preparación para la muerte y a asegurarse la inmortalidad mediante todos los recursos de la imitación y de la magia. El obelisco, que tiene más de veintinueve metros de altura, fue uno de dos que se cortaron en un solo bloque en el trascurso de





siete meses, trasportados por agua y erigidos después de la construcción del edificio circundante. El punto de intersección de las funciones y los poderes de la ciudad egipcia no estaba en la plaza del mercado sino en la tumba y en el templo.

(§ 4) Superior: Templo y capilla mortuoria en Karnak. Inferior: El templo de la reina Hatshepsut en Der-el-Bahri. Una descripción más completa se encontrará en la *History of Egypt*, de J. H. Breasted. Fotografías de G. E. Kidder Smith.

§ 5. Reales destructores y hacedores

La paleta de Narmer celebra el éxito de la Primera Dinastía en la empresa de unificar las «Dos Tierras», esto es, el Alto y el Bajo Egipto, si bien existían, probablemente, poblaciones rurales y la monarquía había estado establecida durante cientos y aun durante miles de años, en otras partes, y tal vez incluso en el valle del Nilo. En tallas más antiguas, como la paleta de los cazadores y el mango del cuchillo de marfil procedente de Gebel el Arak, se pueden ver grupos de cazadores y guerreros, destaca Frankfort, entregados a una tarea en común. Pero en la paleta de Narmer, como en la maza del «Escorpión», el rey ha desplazado al grupo cooperativo. Él solo abre un canal o conquista una ciudad. En el reverso de la paleta de Narmer, que aquí se muestra (§ 5, a la derecha), el rey blande una maza y somete a su enemigo; en el anverso, sus víctimas decapitadas, tal vez los reyes de las regiones conquistadas, atestiguan su proeza. La diminuta figura rectangular (abajo a la derecha) parece representar una ciudadela o una ciudad, pues es del mismo orden que las ciudades que se ven en la paleta de El Cairo (dinastía arcaica), exhibida al lado de la réplica de la paleta de Narmer en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York (§ 5). Si bien los reyes no eran los únicos constructores de ciudades, el extremo inferior del anverso no deja duda de que eran los destructores oficiales de ciudades. Aquí el rey, en forma de toro, derriba en su embestida una ciudad amurallada. Aunque, por lo común, los egiptólogos dan el nombre de fuertes a estas estructuras amuralladas, atribuyéndoles las funciones de los baluartes militares especializados, en el Reino Medio, hay buenos motivos para suponer que eran, en realidad, ciudades; tanto más cuando su forma corresponde al jeroglífico redondo original que

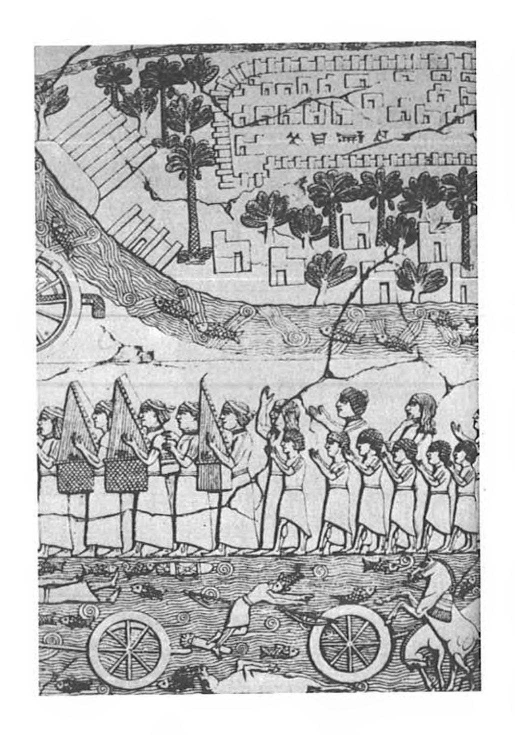


sirve para designar a las ciudades. El recinto circular era, posiblemente, una forma neolítica primitiva (maternal), anterior a las divisiones rectangulares (de orientación masculina) de los campos arados. El muro que se ve en la paleta de Narmer es el mismo tipo que se encuentra, tres mil años después, en la pintura del vuelo de Ícaro, en Pompeya. He aquí un testimonio sucinto, aunque demasiado condensado, de la relación de la monarquía con la guerra y el control urbano.

(§ 5) Paleta de Narmen. A la derecha: Reverso. A la izquierda: Anverso. Tomada de *Birth of Civilization in the Near East* de Henri Frankfort. Cortesía de la Indiana University Press.

§ 6. El trauma de la civilización

Con el surgimiento de la monarquía, la violencia organizada se convirtió en el arte supremo de las ciudades; y sobre todo porque las múltiples frustraciones y angustias internas que aparecían en una comunidad compleja estimulaban agresiones que podían volverse contra ese «Enemigo» que es el Extranjero. Cuando la ciudad se hace visible en el arte mesopotámico

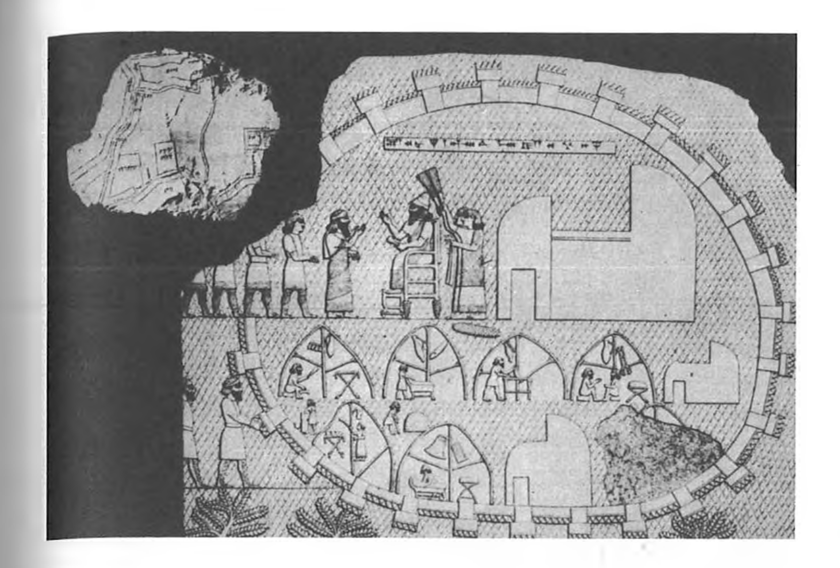


ya está cabalmente desarrollada, tanto como *Kulturstad* que como *Polizeistad*, en gran parte dedicada al control interno y al predominio externo. El relieve que aquí se presenta, que forma parte de una serie de monumentos asirios semejantes, dados a conocer por el arqueólogo victoriano Austen Henry Layard, revela las consecuencias de la conquista urbana: la procesión triunfal, los carros de guerra desenfrenados, los cadáveres que flotan en el río. Es un relieve que pertenece a una larga serie de piedras y columnas talladas que representan asaltos a ciudades y matanzas de sus habitantes. Pero el trazado de la ciudad amurallada resulta instructivo: considérese el río protector y el canal, el plan rectangular, la pesada muralla, los variados tipos de casa, la ubicación regular e irregular de los edificios en el interior; asimismo, los edificios independientes, aparentemente más importantes, que hay fuera de las murallas, rodeados de palmeras y, sin duda, de jardines. Se trata, quizá, de un barrio o suburbio de villas para la clase superior, como en Egipto. Se ha interpretado que el edificio sobre el montículo, fuera de la muralla y próximo a la puerta, es el depósito o el asilo del puerto.

Tomado de *The Monuments of Nineveh*, de A. H. Layard.

§ 7. La ciudad y el barrio fabril

Así como la paleta de Narmer da la primera imagen de la ciudad, la pequeña y notable tableta de Nippur (1500 a. C., aproximadamente) presen-



ta el primer plano cartográfico de una ciudad que haya sido desenterrado hasta ahora. He aquí Nippur, con sus canales y el Éufrates mismo, sus murallas y sus puertas, su templo (la Casa de la Montaña) y, en los suburbios, su elevado santuario; y todo está aparentemente trazado a escala. El otro aspecto del trabajo urbano, las actividades de los grupos organizados de trabajos forzados, que cavaban canales y fosos y levantaban los montículos sobre los que se edificaban las ciudades y los templos, podría verse profusamente ilustrado a través de monumentos mesopotámicos y egipcios. Estos bosquejos de los principales elementos de la ciudad, según los interpreta S. N. Kramer, solo excluyen un rasgo fundamental: la ciudadela; lo cual acaso se explica por la preeminencia de Nippur como centro sagrado del culto o, tal vez, por su destrucción. ¿Acaso la zona que Kramer interpreta como un «parque central» era originalmente una ciudadela que, debido al desuso, se había convertido en un paseo público, más o menos como sucedería en el caso de la colina Palatina de Roma? La imagen principal, en la que aparece el rey sentado en un trono, dentro de las murallas de una ciudad conquistada, procede de Nínive. Obsérvense las murallas circulares y los contrafuertes. El edificio grande es, tal vez, el palacio, al que son llevados los cautivos con las brazos atados. Lo que parece aún más significativo es que se haya representado un ba-

rrio fabril con sus instrumentos y diversas ocupaciones. Aunque Layard interpretó estos talleres como tiendas, el método empleado para su construcción puede indicar que eran chozas, cubiertas de juncos, como las que el viajero encuentra aún en Basora. Ya se trate de tienda o de choza, de campamento o de ciudad, el espacio dedicado a los oficios en un monumento conmemorativo de esta naturaleza indicaría la importancia de los mismos en la economía urbana.

(§ 7) A la izquierda: Mapa de Nippur procedente de la colección Hilprecht, en la Universidad Friedrich Schiller de Jena. Interpretación de S. N. Kramer en *History Begins at Sumer*, apéndice A. (§ 7) A la derecha: Senaquerib dentro de las murallas de una ciudad conquistada, mostrando tres casas y seis chozas o tiendas. De *The Monuments of Nineveh*, de Layard, lámina 77, primera serie.

§ 8. La montaña sagrada: Delfos

Delfos no solo era el ombligo del mundo helénico sino el núcleo cívico activo que daba medida y orden a sus ciudades. Entronizada en una montaña sagrada, el Parnaso, Delfos no es una reproducción en miniatura hecha por el hombre. El culto primordial de la tierra, con sus serpientes,







sus pesados vapores y su Pitonisa oracular, ha desaparecido, pero los terremotos que una y otra vez destruyeron los templos son aún una posibilidad. Estas oscuras fuerzas de la tierra y el inconsciente humano solo acentúan la santidad y la paz que impregna el paisaje, donde los olivares de Anfisa se extienden como un lago verde que corre hasta el mar. Las tres partes de la antigua comunidad se levantan sobre tres plataformas angostas. En el centro, el templo de Apolo y el teatro de su colega divino, Dionisos: un recinto sagrado rodeado por un muro rectangular. Muy por encima, el estrecho estadio abierto en el flanco de la montaña, donde se celebraban los juegos Píticos y donde los chicos de la aldea juegan al fútbol todavía hoy. Abajo, la fuente de Castalia, entre las rocas y el camino sagrado que pasa por los pequeños edificios del «Tesoro» y lleva al gimnasio, terminando en el *tholos* circular. Aquí estaba el núcleo cultural de la ciudad griega. Sin los medios para mantener una población permanente, Delfos siguió siendo un centro ritual, un objeto de peregrinaje, un lugar aparte que, como Olimpia, nunca se convirtió en una ciudad propiamente dicha.

(§ 8) Izquierda: El teatro de Dionisos, con restos del templo de Apolo al pie. Derecha: El camino de descenso, hacia el nivel más bajo, con el «Tesoro» ateniense. Arriba: El nivel más bajo, el *tholos*, que no es incluido aquí tanto por sus ruinas como porque da un atisbo del glorioso escenario en que estaba engastada Delfos. Por cortesía del Museo de Delfos.

§ 9. El poder y la forma de Atenas

Con su Acrópolis, que domina toda la llanura, pero a buena distancia del mar, Atenas es la ciudad griega arquetípica. La propia Acrópolis es una roca dispuesta como fortaleza, una auténtica ciudadela, pero es, asimismo, un *temenos*, un recinto sagrado de los dioses, con sus antiguos pozos de inhumación y cuevas en el costado de la colina, y gran número de santuarios sagrados y monumentos conmemorativos, ahora arrasados, cuya existencia justifica, en parte, la distribución irregular de los edificios. Las procesiones religiosas que subían serpenteando estas alturas entraban en contacto con la tierra y el cielo, con el mar distante y de la ciudad cercana, como un acompañamiento de su ritual cívico. Sus dioses, si bien eran caprichosos e inescrutables como sus predecesores mesopotámicos, eran más amistosos: nos lo dicen sus cómodas posturas de descanso en el friso panateneico. La belleza del Partenón, y más particularmente de ese delicado friso, ha oscurecido la calidad arquitectónica de la Acrópolis como conjunto. El efecto estético de las estructuras situadas en el extremo superior es realzado por la aspereza de su base rocosa, azulada y rosada, y las imponentes murallas de la fortificación. El conjunto es una erupción salida de grandes profundidades, que finalmente se enfrió formando unos cuantos cristales inmensos y perfectos, sumamente matizados. El empinado ascenso a los Propileos (inferior) subraya la monumentalidad de los edificios, generando en el devoto que sube un propósito y una humildad apropiados; observación esta bien copiada en el Lincoln Memorial, en Washington. Pero la escala humana fue conservada



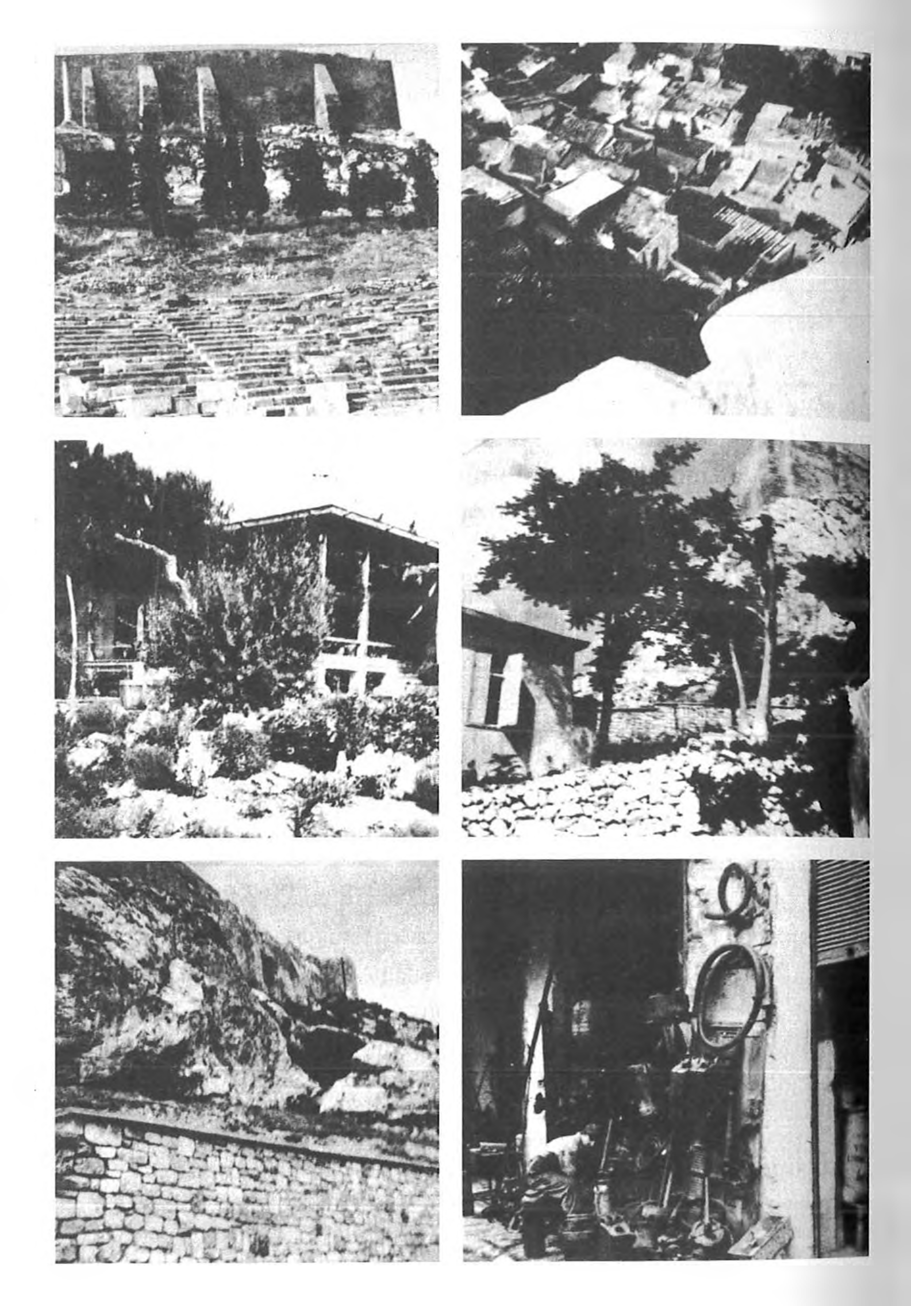


en fuentes, estelas y lápidas, tan delicadamente incisivas en sus tallas como en sus leyendas.

(§ 9) Superior: La Acrópolis con los Propileos (a la izquierda), el Partenón (en el centro) y el Monte Licabeto (a la derecha), a la distancia. Inferior: Entrada a los Propileos. Fotografías: Ewing Galloway.

§ 10. Antiguas usanzas y tiempos modernos

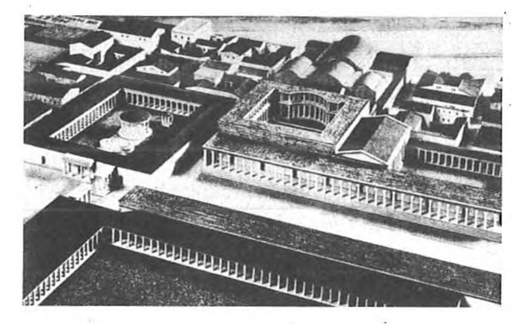
Si bien no deja pasmado ver los asientos de piedra del teatro de Dionisos, en la ladera meridional de la Acrópolis (§ 10, izquierda), uno se siente casi más próximo a la ciudad del siglo v a. C. cuando se inclina sobre el parapeto oriental de la Acrópolis (superior derecha) y descubre un amontonamiento de casas de un piso como el que podría haberse encontrado allí en los días de Solón o incluso de Pericles. La vista desde el costado sudeste (en el centro a la derecha) que muestra la Acrópolis en su función de poderosa ciudadela, también retrotrae en el tiempo, más aún que el monumento Corágico, que se encontrará, trasladado de su asiento original en la Acrópolis, en un pequeño parque de la vecindad, hacia el este. En cuanto al pabellón abierto (en el centro a la izquierda) con su jardín y su vecina iglesia de piedra, en el camino que lleva hacia el Pnyx, tiene un toque del siglo vi a. C., sencillo y «primitivo» pero delicadamente proporcionado, que revela un espíritu contemporáneo profundamente impregnado de cultura antigua, pero exento de toda tentación de imitar lo inimitable. Este grupo mezcla lo sagrado y lo secular, como en la antigua ágora. La cueva (inferior izquierda) recuerda un prototipo más antiguo de la capilla; en tanto que la tienda abierta (inferior derecha), que no dista mucho del ágora original sobre el flanco noroeste de la Acrópolis, es el equivalente moderno de las que se encuentran en los vasos griegos, por más que los trabajadores metalúrgicos de hoy puedan estar haciendo una vasija de aluminio. Estos fragmentos de la vida contemporánea revelan la continuidad del recipiente urbano, mejor que la laboriosa reconstrucción de la Stoa de Attalos, en el ágora; si bien esa contribución norteamericana sirve admirablemente como museo, lleno de objetos que brinda la vida cotidiana, desde una parrilla para salchichas hasta un asiento de letrina hecho en cerámica, con agujeros para

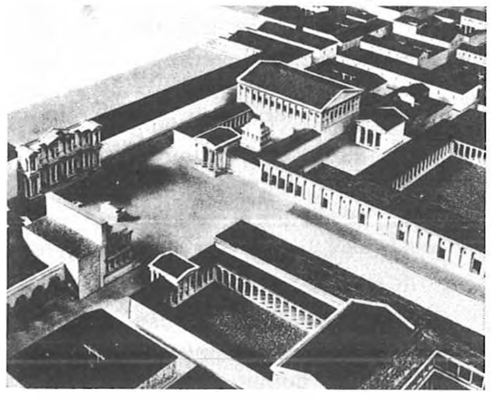


las piernas del niño y una representación ática de una madre que, ansiosamente, estimula al niñito que está sentado. A comienzos del siglo XIX toda esta zona fue despoblada, pero las funciones originales fueron a menudo retomadas cerca del mismo punto, lo que dio a Atenas casi tanta continuidad como a Erbil o Damasco.

(§ 10) En el centro, a la izquierda: Los edificios y la notable arquitectura del paisaje en esta zona se deben a Demetrius Pikionis. Aquí, y en su proyecto de pequeñas zonas de recreo en Phylothei, establece una nueva norma de belleza para los campos de juego, con la que solo pueden rivalizar las obras de Harry Sims Bent, en Honolulu.

§ 11. Orden milesio





Como única posibilidad, recurro a un modelo para ilustrar los restos demasiado quebrados de la ciudad griega. Afortunadamente, este tipo de proyecto pierde poco en una representación de esta clase, por más que ganaría con la presencia de figuras humanas. He aquí la amplia avenida, la calle con columnatas, el cuadrángulo cerrado, el lugar de reunión abierto y los edificios correspondientes: el templo (*Delphinion*) y el gimnasio. He aquí el prototipo vivo de la Grecia pálida y ordenada que otrora amaba la imaginación académica. Los edificios públicos de la ciudad ya no se consideraban entidades independientes, asociadas con

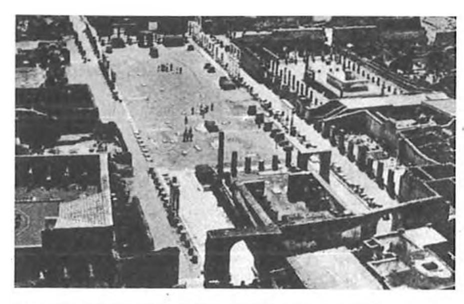
sitios históricos o sagrados; pasaban a ser partes de grupos arquitectónicos unificados, formando conjuntos estéticos, cuyo acceso era controlado por calles igualmente regulares: en un sentido, el marco tenía más importancia que el cuadro. Este orden, abierto e inteligible casi de un vistazo, era, sin duda, una ayuda para el visitante y el mercader, quienes formaban una parte nada desdeñable de la población diaria de atareadas metrópolis como Mileto.

(§ 11) Superior: *Delphinion* y gimnasio. Abajo: Plaza frente al *bouleuterion* (ayuntamiento). Tomados de *L'Urbanisme dans la Grece Antique,* de Reland Martin. Por cortesía de Éditions A. & Picard & Cie.

§ 12. Un núcleo clásico: Pompeya

Debido a sus dos grandes desgracias, la segunda fatal —el haber sido totalmente sepultada bajo cenizas volcánicas en el año 79 de nuestra era— Pompeya tiene la particularidad de ser la única ciudad del mundo antiguo que se ha conservado intacta, con todas sus casas, sus calles y sus edificios no tocados por el tiempo, excepto en los casos en que la negligente curiosidad de los investigadores del siglo XVIII los abrió indiscretamente y se llevó fragmentos que podrían haberse conservado mejor en el lugar. Aproximadamente un tercio de la superficie, que tiene un total de sesenta y cinco hectáreas, queda todavía por excavar. Como ha sido relativamente fácil conocerla bien, Pompeya se ha visto desacreditada como ciudad «sin interés», como un lugar común. Pero eso es esnobismo de la arqueología: en realidad, Pompeya queda como un testimonio vivo del encanto y la gloria de la vida urbana grecorromana en el primer siglo de nuestra era, tanto más valioso en virtud de su origen variado (oscos, samnitas, griegos) y de su vida múltiple. ¿Qué ciudad moderna, con una población de veinte a treinta mil personas, puede ofrecer un grupo tan bien ordenado de edificios públicos alrededor de un foro tan decoroso; tantos hermosos ejemplos de baño, teatro, odeón, circo y gimnasio o, en general, una apuesta tan declarada por la vida en común? Ostia, el puerto marítimo de Roma, revela ahora, por fin, muchas de las mismas ventajas; de modo que debemos considerar que las características admirables de Pompeya son absolutamente típicas de los municipios más pe-

queños, aunque los «apartamentos con jardín» de Ostia, al igual que los barrios obreros más congestionados de Herculano, muestran que la amplitud de Pompeya se debía, tal vez, a su alto nivel general de prosperidad como centro regional. Como en otras ciudades latinas, el núcleo central era el foro, cuyas dimensiones eran, en Pompeya, de ciento cuarenta por treinta y siete metros. Al foro, en el que estaba prohibido el tráfico rodado, se entraba a través de arcadas; constituía este un paseo para peatones, alrededor del cual estaban concentrados los tribunales, los templos y el mercado público. Dentro de este perímetro se daban mayores facilidades para la concentración y la asociación cívicas. Desde la avenida de las Tumbas, que señala un acceso, hasta la torre de Mercurio, establecida en la muralla; desde las villas suburbanas en la periferia —como la Casa de los Misterios— hasta los diversos edificios y espacios abiertos en el interior, se obtiene una impresión nítida del diseño urbanista romano en su forma más perfecta y acabada.

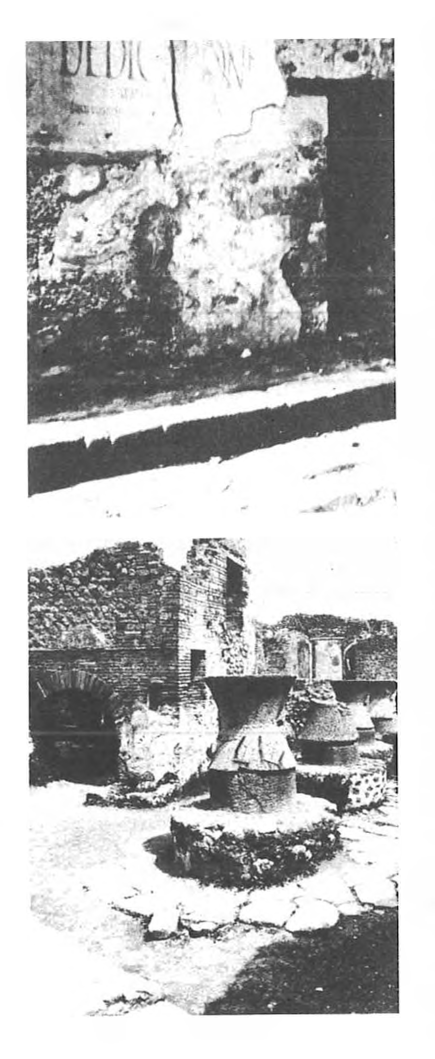




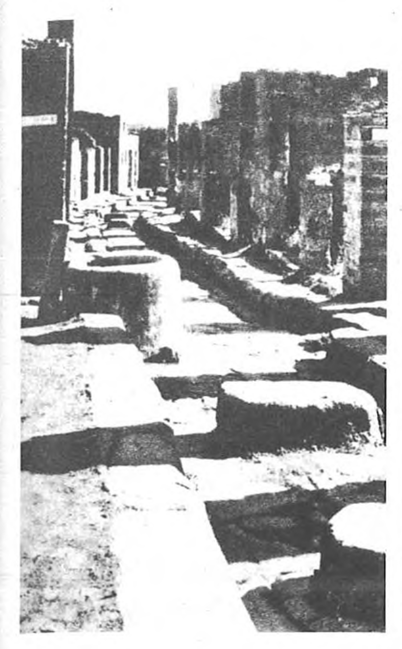
Superior e inferior: Vistas del Foro desde arriba, que muestran el Templo de Júpiter en el extremo más próximo. Extraídas de *Pompeii*, por Amedeo Maiuri. Por cortesía del Istituto Geografico de Agastinie, Novara.

§ 13. La vida diaria de Pompeya

Las ruinas de Pompeya han preservado muchas de las intimidades de su vida cotidiana: sin excluir los letreros y anuncios, así como los garabatos



pueriles en sus incitantes muros lisos (arriba a la izquierda), particularmente en la calle comercial conocida con el nombre de Calle de la Abundancia. Aquí hallamos anuncios electorales de candidatos a cargos públicos, mensajes entre enamorados, fragmentos del chismorreo local, citas de Virgilio y Propercio: un total de unas quince mil inscripciones, complementadas por rótulos de tiendas que representan las faenas de los artesanos. La obra de Helen Tanzer titulada *Common People of Pompeii* aprovecha copiosamente los datos que brindan estas inscripciones. Por primera vez uno tiene una imagen completa de las ocupaciones cotidianas y de los lugares donde se desarrollaban, a veces en viejas residencias convertidas, cuando aumentó la población, en un taller de bataneros, en una panadería con hileras de molinillos para contar con harina recién molida (inferior) o en un restaurante, con el patrón viviendo en la trastienda o en el piso de arriba. Obsérvese una de las calles angostas (pág. 977, izquierda) destinadas a cargadores y bestias de carga, con sus aceras elevadas y sus peldaños para los peatones, su fuente y su pesado pavimento de piedra, el cual, en las vías más anchas para carretas, estaba acanalado para (o por) los vehículos. Si bien Pompeya presenta muchas casas clásicas de ciudad, cada una de ellas con su espacioso patio interior (el atrio), sus fuentes, estatuas y pinturas morales, no es la casa menos interesante este modesto burdel (pág. 977, derecha), con un segundo piso que sobresale, descrito a menudo, entre cuchicheos y risitas, como lleno de imágenes obscenas «solamente para hombres». En realidad, las únicas decoraciones de

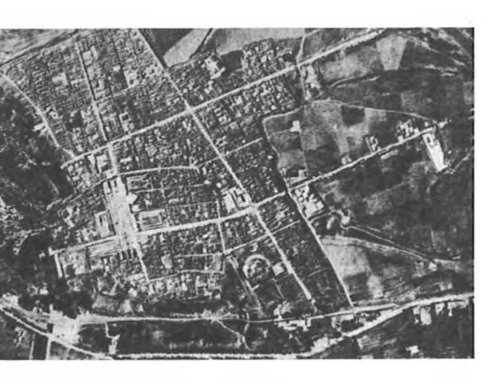



los pequeños cubículos, con sus camas de piedra, son plaquitas puestas sobre las puertas que ilustran sobriamente las posiciones clásicas de la relación sexual: un poco superfluas, pero encantadoras. Como las pinturas pompeyanas en general, estas placas testimonian cierta delicadeza de gusto que es propia del período y de la provincia.

Arriba, a la derecha: Fotografía: Ewing Galloway.

§ 14. Pompeya y Pavía

Pompeya ya existía en el siglo VII —a decir verdad, algunas bóvedas sepulcrales desenterradas recientemente en el flanco de la montaña indican que fue poblada con mucha anterioridad— cuando los griegos comenzaron a colonizar la Italia meridional. En algún momento del desarrollo de Pompeya debió decretarse su trazado más ordenado en man-





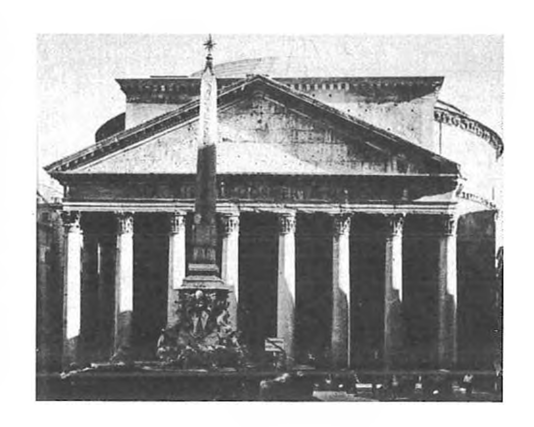
zanas rectangulares, posiblemente después de la victoria romana sobre los samnitas. Las variaciones en el trazado de las calles, en anchura, en dirección o en ambas casos al mismo tiempo, como ocurre en la Via dell'Abondanza, sugieren un lento crecimiento orgánico. Las manzanas oblongas abarcan de noventa a ciento quince metros de largo por unos treinta de ancho, y las manzanas cuadradas tienen más o menos unos sesenta metros en uno y otro sentido. Obsérvese que las plazas y los edificios públicos (el foro y el teatro) están correctamente situados en un costado de las arterias. Cuando los romanos comenzaron a construir ciudades coloniales, extendieron su orden rectangular a la zona rural circundante, introduciendo así el sistema de la «centuriación», semejante al sistema norteamericano del siglo XIX con secciones (una milla cuadrada, es decir, algo más de dos kilómetros cuadrados) y cuartos de secciones (un cuarto de milla cuadrada). La unidad básica era el *heredium*, equivalente a 0,54 hectáreas; y un centenar de *heredia* constituía otra *centuria*. Esto produjo un típico dibujo geométrico en el paisaje, que aún hoy es visible desde el aire. Las auténticas poblaciones coloniales, que eran proyectadas como unidades completas, muestran un orden más estricto, como lo atestiguan las ruinas de Tangad. En lo fundamental, todos los elementos del plano romano, con sus pequeñas manzanas cuadradas, son aún visibles en Pavía: obsérvese el cruce, característico de cardo y decumano. El puente principal que atraviesa el Ticino, que aquí aparece, está en el mismo lugar donde se hallaba situado el puente romano original, que llevaba a

la arteria principal; y la actual población de la ciudad, aproximadamente de cincuenta mil habitantes, toca el límite máximo de las antiguas ciudades de colonización. El hecho de que esta siga siendo esencialmente la misma ciudad que aparece en un grabado de 1599 —excepto en lo que atañía a la edificación parcial sobre la gran *piazza* en el lugar donde estaba el antiguo foro— permitió que Pavía, al igual que muchas otras ciudades europeas pequeñas, mantuviera la estación y las playas del ferrocarril a cierta distancia de su zona edificada. El vigor y la continuidad maravillosos de esta pequeña ciudad contrastan favorablemente con la ciudad de Roma, hipertrofiada y desintegrada. Pavía señala una victoria notable para el principio formulado por Howard del plan de dispersión en los pequeños centros urbanos.

(§ 14) Superior: Pompeya vista desde el aire en la década de 1930. Fotografía oficial, por cortesía del Ministerio del Aire de Italia. Abajo: Pavía. Derechos de autor reservados para la Corona Británica.

§ 15. Templo y supermercado

El Panteón (abajo), el más hermoso monumento autónomo que haya dejado Roma, simboliza los mejores aspectos de su poder y de su ambición. El interior, con su cúpula abierta al cielo, inspira un sentimiento religioso de tal profundidad que, a su lado, San Pedro resulta un monumento de vulgaridad espectacular, sin que consiga redimirlo la Capilla Sixtina. En el Panteón se ponían a la vista los dioses de los países y las ciudades que Roma conquistaba; era, pues, en su tiempo una especie de museo vivo de religiones comparadas, algunas de las cuales, como los cultos de Isis y Serapis, o bien la religión mitraica de la salvación, resultaron más atrayentes que los dioses de







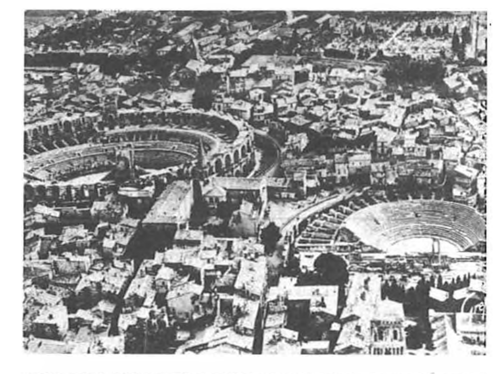
Roma, antes de que el cristianismo los barriera. El mercado de Trajano (izquierda), con su concentración de tiendas en tres niveles, rivaliza con cualquier supermercado norteamericano de hoy, si bien la disposición de las tiendas en la terraza más alta (derecha) podría indicar una propiedad individual más diversificada. Como al parecer la clientela romana era tan intrépida para las escaleras como lo siguen siendo hoy los italianos, el mercado de Trajano resulta un milagro de trazado compacto. Tanto el Panteón como el mercado cubren el vacío entre la Roma antigua y la medieval, al convertirse el primero en una iglesia cristiana, cosa que sigue siendo, y al ser ocupado el segundo por residencias, como lo atestiguan las casas sobre el mercado. Esta «improvisación», mediante el uso de las antiguas estructuras casi sin modificar para satisfacer necesidades y propósitos nuevos, alivió la pobreza y la sordidez del período de transición entre los siglos v y x, o, en el caso de Roma, el siglo xv. Mientras tanto, la Roma de la República y la Roma de los césares dejaron tras de sí espectros que no solo rondaban las ruinas sino que hacían rechinar sus cadenas en muchas ciudades distantes donde, otrora, se había hecho sentir el poderío romano. Siempre que el poder centralizado y el orden se han unido en Occidente, por lo común los ha acompañado cierta ima-

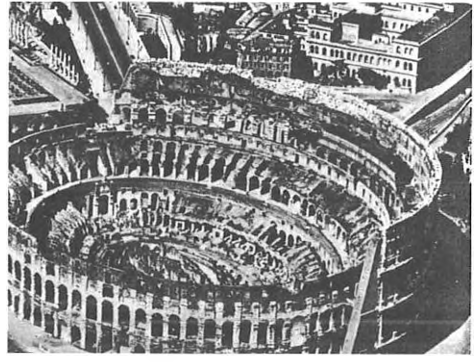
gen del estilo imperial romano, incluso en lugares tan remotos como Nueva Delhi.

(§ 15) Pág. 979: El Panteón. Fotografía de G. E. Kidder Smith. (§ 15, pág. 980): Mercado de Trajano, al otro lado del *Forum Romanum*, visto desde abajo y desde arriba. La forma de las tiendas abiertas que aún es visible a lo largo de la Via Biberatica fue trasmitida a la Edad Media.

§ 16. Receptáculos de muchedumbres

Al juntar una vista del Coliseo romana (abajo) y otra del sector del teatro y el anfiteatro en Arlés (arriba), se tiene con los ojos semicerrados una imagen sintética equivalente a la que las águilas habrían recibido al sobrevolar la Roma del siglo III. Había bastantes anfiteatros y eran suficientemente grandes como para contener, junto con los circos, los teatros y los baños, la mayor parte de la población de la ciudad; más que lo que se puede decir hasta de la más abundante provisión de edificios de ese tipo, en nuestros días. Aquellos que ocupaban las filas superiores del circo no solo tenían que hacer una ascensión que los dejaba sin aliento, sino que tenían una vertiginosa sensación de distancia cuando llegaban a lo más alto. A partir de Julio César, Roma dejó de verse incordiada durante el día por los vehículos con ruedas, pero los sectores residenciales, dentro

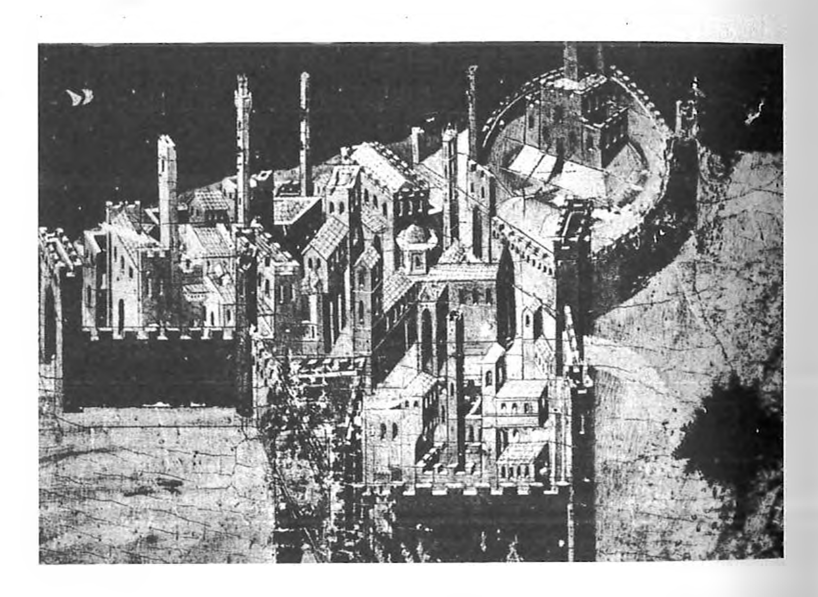




de la Muralla Aureliana, estaban a corta distancia. La congregación y dispersión de las muchedumbres asistentes, aunque sin lugar a dudas era lenta, no resultaba tan tediosa como la salida de estructuras análogas en nuestro tiempo, por medio de lugares de estacionamiento y de autopistas ficticiamente rápidas, en las que la velocidad disminuye directamente en relación con la densidad de ocupación de la tierra y la carga inmediata. La reaparición de estos anfiteatros y estadios en la ciudad moderna no solo significa el resurgimiento del atletismo sino también de formas de deporte más brutales, como compensación parcial por la existencia superregimentada que impone la economía metropolitana.

§ 17. Arquetipo medieval

La pintura de Siena, por Lorenzetti di Ambroggio, presenta el arquetipo de la ciudad medieval (italiana). Excepto por el carácter específico de los edificios, con su acento en la verticalidad, se trata del arquetipo de la ciudad histórica de todas las épocas, con todos sus elementos propios, como la ciudadela fortificada, la muralla que circunda la ciudad y sus grandes portales. Al reducir el número de edificios y hacer un escorzo

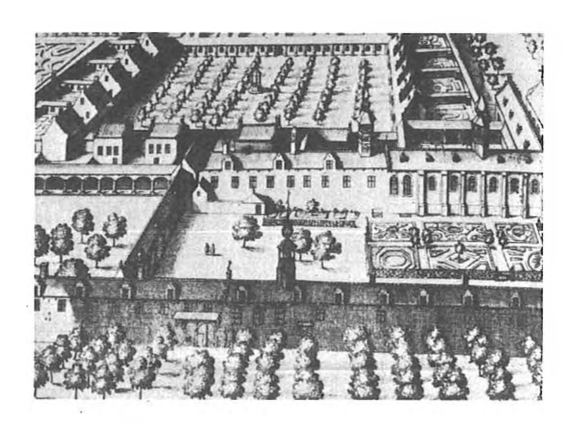


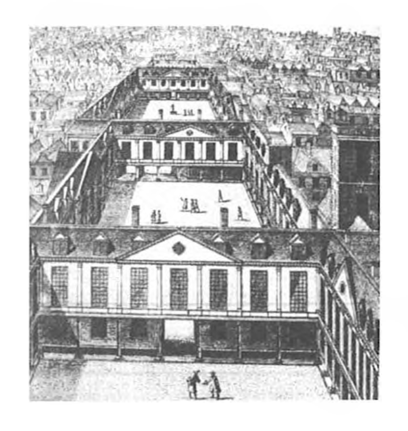
del plano horizontal, el artista no solo ha subrayado las torres sino el efecto general de verticalidad, perdiéndose así toda noción de jardines o plazas interiores, de modo que la visión resulta casi profética de cambios posteriores. Tanto en el ayuntamiento de Florencia como en el de Siena se pueden ver muchas imágenes de ciudades, incluyendo la famosa alegoría del Buen y el Mal Gobierno que hay en Siena. La frecuente representación de ciudades en el arte medieval, en vistas íntimas así como en vistas panorámicas, mucho antes de los grandes atlas y guías del siglo XVI o de grabados posteriores, indica un interés amoroso por la ciudad como obra de arte deliberada.

Foto por cortesía del Instituto Fotocromo Italiano S. A. Florencia.

§ 18. Orden monástico

A partir del siglo XII, el monasterio hizo sentir su presencia en todas partes, como muestra el plano de Valenciennes (abajo). Como incluso en Italia pocos monasterios medievales escaparon a la destrucción, la dislocación o el «mejoramiento» después del siglo XVI, he optado por reproducir, como ejemplo, una cartuja más reciente de Amberes, la cual muestra, como ocurre con muchos otros planos «barrocos» semejantes, cuán poco influyó al principio el nuevo orden espacial abierto sobre el plan medieval tradicional, si bien tanto los detalles ornamentales como estructurales se modificaron rápidamente. La antigua vista de St. Thomas' Hospital muestra una combinación análoga de interioridad y apertura. Estos cuadrángulos encerrados bien pueden haber sugerido las plazas residenciales que aparecieron en el siglo XVII; pero la introducción del tránsito de vehículos en esas plazas sacrificó su





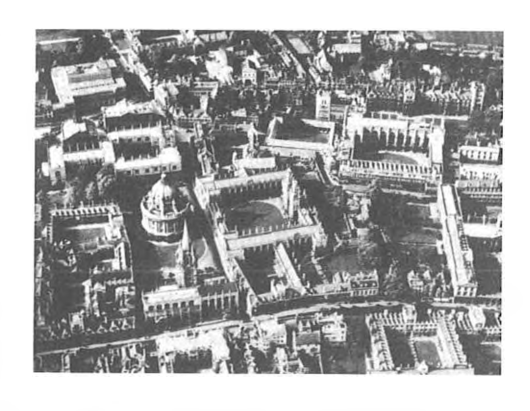
paz y su quietud al movimiento y el espectáculo. El espacio interior no reapareció hasta el diseño radicalmente nuevo y perfeccionado de Landbroke Grove, en Londres, a mediados del siglo XIX. Este fue uno de los puntos culminantes del urbanismo residencial victoriano y el antepasado directo de uno de los aspectos principales del plano de Radburn, a saber, el ininterrumpido cinturón verde interior.

(§ 18, pág. 983) Cartuja de Amberes. Arriba: St. Thomas' Hospital. Extraído de *The Vanished City*, por Robert Carrier. Londres, Hutchinson & Co.

§ 19. Oxford «medieval»

Hasta en tiempos de Duns Escoto, Oxford, aun sin ser tan bella como en el siglo XVII, debió de ser una «ciudad de torres y ramas entre ellas, con ecos de cucos, enjambres de campanas, encantada por la alondra, llena de nidos, rodeada por el río». El verdor en gran parte sobrevive, aunque es hoy amenazado por las autopistas inmediatas y por una fábrica de automóviles demasiado floreciente que procura devolver, en forma de becas para la investigación y en edificios, lo que su «orla vil de ladrillo» ha robado al entorno. Desde lejos, puede verse tanto lo antiguo como lo nuevo, desde el tanque victoriano de gas (§ 19, izquierda) hasta el prado de Christ Church y la distante torre de Magdalen College (§ 19, arriba). Los colegios autónomos de Oxford, que se caracterizan por ser un conjunto de



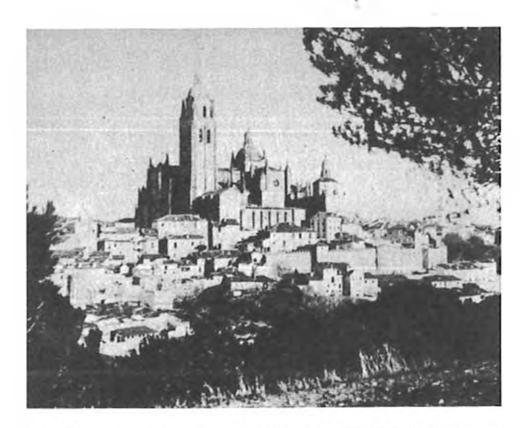


edificios que forman una serie de cuadrángulos conectados entre sí, a manera de claustros alrededor de prados abiertos o jardines, crean un grupo de supermanzanas por las que solo pueden circular peatones, excepto en circunstancias especiales. El recinto del colegio se apartó de las dimensiones de manzana establecidas por los urbanistas milesios y romanos, liberando los edificios de su rígida sucesión a lo largo de la calle-pasadizo. Se trata del prototipo histórico tanto de la supermanzana como de la urbanización de recinto. Donde se lo ha prolongado hasta días más próximos, como en los grandes colegios de abogados (*Inns of Court*) de Londres o en el Harvard College Yard, su aislamiento del tránsito y el ruido, y su libertad para practicar una distribución funcional de los edificios, ha resultado una adaptación sumamente satisfactoria a las necesidades modernas. La idea de que el urbanismo se identifica con la edificación pared contra pared, o bien con la ausencia de árboles y jardines, se basaba en un conocimiento limitado de lo que son las ciudades o si no en una definición limitada del urbanismo. Tanto Cambridge como Oxford, al igual que la Venecia medieval, han puesto en evidencia un método superior para planificar y agrupar sectores urbanos sumamente individualizados.

(§ 19) Abajo: Fotografía: Aerofilms and Aero Pictorial, Ltd., Londres. Arriba: Fotografia: Aerofilms, Ltd., Londres.

§ 20. Predominio y encierro

La catedral de Segovia data de comienzos del siglo XVI, si bien su muro se remonta al siglo XI. Pero, por la gran altura de su torre, que tiene algo más de cien metros y por su relación con el resto de la ciudad, ejemplifica a la perfección la relación medieval entre la Iglesia y la comunidad. Obsérvese que la orientación de los edificios sagrados medievales es de carácter





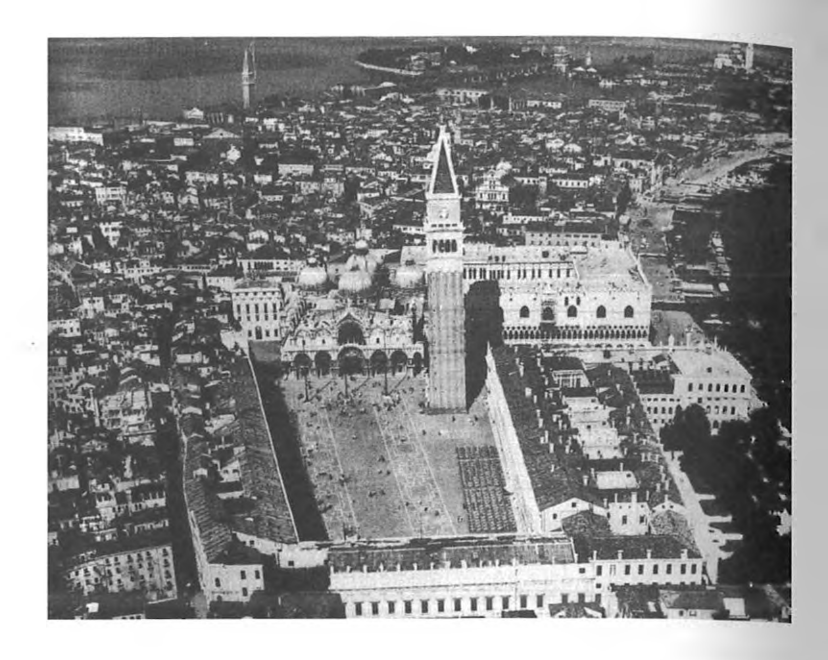
cósmico-religioso, corriendo la nave de este a oeste, cualquiera sea la orientación del resto de bloques y edificios. Aunque la fábrica sagrada se yergue soberana, casi nunca ocupa el puesto matemáticamente central; la centralidad es un atributo del barroco. Si los recursos que se aplicaron a la construcción de catedrales, como las de Segovia y Chartres, se hubieran dedicado a actividades económicas, distribuyéndoselos equitativamente, habrían proporcionado a todos los miembros de la comunidad unas cuantas libras más de carne por año. Así, los miembros del gremio de carniceros, quienes contribuyeron con tanta generosidad para la construcción de la catedral de Chartres, podrían haberse puesto algo más gordos y haberse ataviado con más lujo si se hubieran guardado su dinero para usos privados. Pero la catedral extendió todas las dimensiones de la vida comunal, incluso para los pobres, mucho más allá del tiempo de sus constructores y donantes. El Hogar de las Beguinas, en Ámsterdam, obra de una orden lega, con muchas fundaciones en todas partes de los Países Bajos —hay una particularmente hermosa en Brujas—, ejemplifica otro aspecto del cercado medieval, con los generosos espacios abiertos que acompañaban, por lo común, esta edificación asociada. La escala humana de los hospitales medievales y los hogares para ancianos contrasta favorablemente con las áridas manzanas tan típicas del siglo XIX y más recientes aún. Obsérvese que la capilla forma parte integrante del diseño.

Superior: Segovia. Fotografía: Ewing Calloway. Inferior: Hogar de Beguinas. Ámsterdam.

§ 21. Las piedras de Venecia

En su apogeo, entre la terminación del Palacio Ducal y la construcción del Palacio del Viejo Procurador, Venecia fue una de las ciudades más bellas del mundo, teniendo tal vez, como única rival, a Pekín. El Gran Canal, cuando pasa entre los antiguos palacios al oeste y Santa Maria della Salute y la antigua Aduana, no es solo un canal sino también un espejo encantador. La Venecia medieval también se adelantó brillantemente a las mejores invenciones del urbanismo del siglo xx. La actual separación entre el voluminoso tráfico rápido por el Gran Canal y el tránsito más lento por la red de canales secundarios, conjuntamente con la red de calzadas, se anticipó al plan de Radburn, constituyendo una magnífica innovación. Las lagunas entre las islas sirvieron como equivalente ácueo de los «cinturones verdes» abiertos. La principal vía de tránsito, el Gran Canal, que forma la U en la foto de abajo, muestra la relación ideal de una arteria de este tipo con la ciudad, a saber, una relación tangencial o periférica, sin acercarse nunca a los delicados órganos internos de la ciudad, excepto a través de frecuentes arterias y capilares menores (véase el magistral análisis de Benton MacKaye [1929] sobre la estructura complementaria de la carretera sin ciudad y la ciudad sin carretera). El escarnio de este principio racional de la planificación por «progresistas» ingenieros de caminos ha llevado el desorden y la ruina a las ciudades que han sido víctimas de sus vanidosas chapuzas. La vista más cercana de la plaza de San Marcos pone en evidencia el orden orgánico que allí prevalece, un orden al que cada época ha hecho su contribución muy individualizada, en un conjunto urbano que no resulta desorganizado sino perfeccionado por esta diversidad histórica. La calidad arquitectónica impuesta allí no es única: se la encuentra repetida, con variaciones menores, en el *campo* (plaza vecinal) de la parroquia o en el *sexto* con su alto *campanile*, su escuela, a veces su *scuola* o casa de las corporaciones, su fuente o pozo ya fuera de





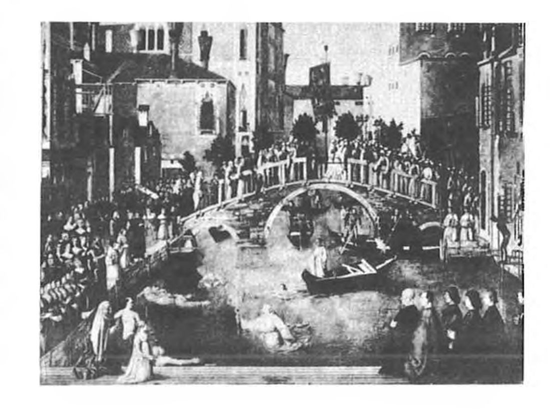
uso, su mercado local y su *trattoria* o café. Cada barrio o parroquia reproduce, a una escala más modesta, los órganos esenciales de la gran ciudad que todo lo abarca, con las posibilidades máximas para la reunión y la asociación en cada nivel humano, y todo a una distancia que fácilmente se cubre a pie hasta el centro. Los *campi* son fácilmente identificables, incluso en esta vista aérea escorzada por las torres de iglesia o los espacios abiertos, los cuales, por sí solos, alivian la densidad ya demasiado alta de la edificación. El estanque de agua y las cobertizos que hay directamente por encima del *campanile* de San Marcos pertenecen al barrio del Arsenal: la primera zona industrial especializada, sin grandes modificaciones en relación con la que se muestra en el § 34, tal como era siglos atrás. Para resolver el problema de su actual congestión, sin renunciar a todos los valores que le dan su preeminencia como magnífica obra de arte colectiva, Venecia necesita, en vez de una reedificación en gran escala, lo que Patrick Geddes llamaba «cirugía conservadora», esto es, la extirpación del tejido urbano muerto, su reemplazo con estructuras modernas en la misma escala y, sobre todo, la apertura de espacios internos. El crecimiento posterior en torno a este centro comercial e industrial aún

activo exige la construcción de ciudades satélites con arreglo a un plan regional coordinado. Prudentemente, la municipalidad ha encargado el proyecto de la primera «ciudad nueva» de esta naturaleza.

Fotografías por cortesía de la Municipalidad de Venecia.

§ 22. Ceremonia y juego

Venecia era una ciudad festiva, cuyo colorido, vitalidad y música, imposibles de trasmitir por escrito, impregnan aún hoy todos sus barrios; y sus máximos artistas, como Giovanni Bellini y Tintoretto, han dejado un registro completo de las espléndidas ceremonias cuyo perfume todavía se percibe vagamente en el vacío salón de los banquetes del Palacio del Dogo. Dos de estos cuadros de Giovanni Bellini, en los que aparecen los canales, los puentes y los muelles, tales como eran cuando se los usaba constantemente, le dirán más al lector sobre la excelencia de aquella vida que cualquier comentario mío o del mismo Ruskin. El cuadro (abajo a la derecha) de un artista del siglo XVIII nos trae a la memoria otro aspecto de la vida veneciana, a saber, la popular *commedia dell'arte*, improvisada y espontánea, cuya trasformación literaria por Goldoni representó, por así decirlo, el diálogo final de esta ciudad agonizante, la cual «otrora había tenido en feudo al magnífico Oriente». El aspecto más sombrío de esta imagen, la infernal prisión a la que se llegaba a través del Puente de los Suspiros, donde se encerraba y torturaba a las víctimas de la Inquisición, todavía puede visitarse libremente. Véanse asimismo los grandes modelos de las galeras venecianas en el Museo del Arsenal, que trasmiten fielmente el tétrico horror de los esclavos remeros que impulsaban las arrogantes flotas de Venecia. Pero la pintura, la arquitectura y la música de Venecia no eran






solo expresiones de su refulgente vitalidad sensual: hay en Tintoretto profundidades que se adelantan a Rembrandt, y la iglesia de Palladio, en el islote de San Giorgio, tiene en su interior una pureza casi sin rival. A pesar de toda su vanidad y villanía, la vida alcanzó algunos de sus momentos más altos en Venecia. Si las virtudes cívicas de Venecia hubieran sido entendidas e imitadas, las ciudades más recientes estarían mejor trazadas.

Fotografías por cortesía de la Academia y la Municipalidad de Venecia.

§ 23. Ideales cristianos

Alkmaar, formidable centro de producción de quesos, reclama nuestra atención, aunque solo sea porque su trazado regular en parrilla, al igual que el de Middelburg o Delft, pone en evidencia que este antiguo sistema no quedó limitado en la Edad Media a las ciudades fortificadas de frontera. Pero el desconocida Maestro de Alkmaar, pintor nada desdeñable, nos ha dejado preciosos atisbos arquitectónicos sobre la ciudad me-

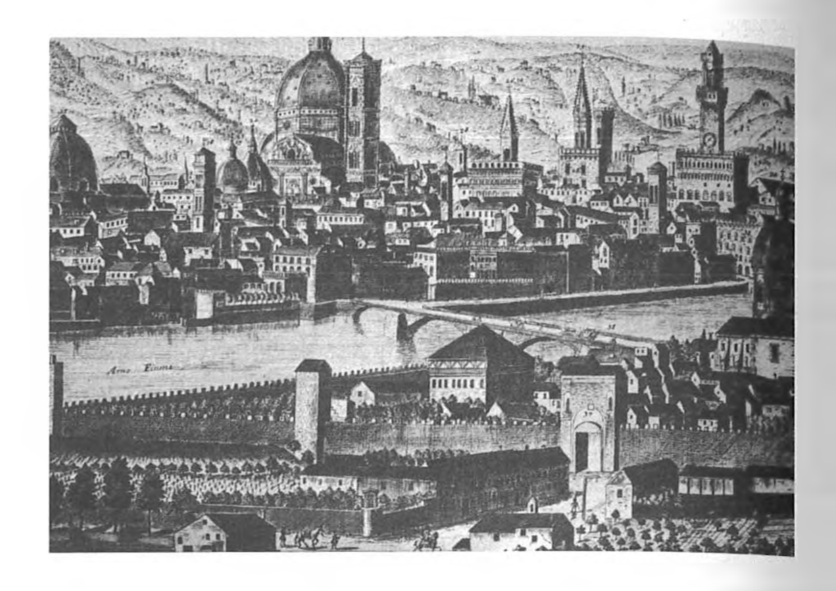


dieval: casas burguesas con sus ventanas admirablemente funcionales, mantenidas con el aseo y el acicalamiento que se descubre más adelante en Vermeer y De Hoogh. Estos cuatro ejemplos, extraídos de sus *Siete obras pías* que se conservan en el Rijksmuseum (Ámsterdam) muestran igualmente las intenciones más santamente cristianas de la ciudad medieval —dar de comer al hambriento, cuidar a los enfermos y heridos—, los actos de caridad que se tornaron imperativos, a partir del siglo XV, debido a la división más cortante entre las clases y el desarrollo de un proletariado comercial e industrial que ya no podría retornar al campo. Obsérvese la cama bien tendida y la chimenea abierta en el hospital. Es un perfecto equivalente de lo que presenta Carpaccio al ilustrar el sueño de Santa Úrsula.

Fotografías por cortesía del Rijksmuseum, Ámsterdam.

§ 24. Florencia

Pesa al enorme desarrollo de las empresas industriales, en sus inmediaciones, Florencia conserva, en su centro, la misma masa de edificios que aparece en este grabado del siglo XVIII (pág. 992). La cúpula de la catedral sigue dominando el paisaje, a medida que uno se acerca a la ciudad desde lejos, en particular desde las alturas de Fiésole, y hasta el presente no se ha permitido la erección de edificios de gran altura con fines lucrativos,

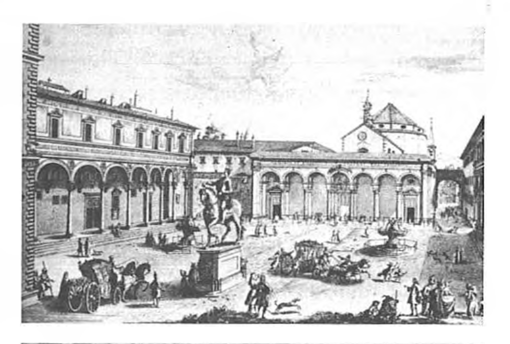


como los que se han apoderado de la zona que se extiende alrededor de los grandes edificios góticos de Milán. En ninguna otra ciudad que yo conozca se usa aún activamente y en tanta proporción el «pasado utilizable», no con un espíritu beato de conformismo sino como una función ininterrumpida de la vida cotidiana. Consecuencia de esto es que los hombres que marchan con indumentaria renacentista en el día de San Juan, desde Santa Maria Novella hasta la Señoría, tienen las mismas caras que se ven en los cuadros del Renacimiento y llevan sus ropas sin embarazo, como si nunca hubieran dejado de ponérselas. Pero la confusión pendenciera y la asesina imbecilidad de la Florencia medieval, entregada a atacar a sus vecinos y a devorar su propia cama, como aquella horrenda criatura que nos describe Dante, dejó su huella en los torvos palacios, que son ejemplos de brutalidad renacentista. Excepción hecha del primer plano, se trata más o menos de la misma Florencia que hoy puede verse desde el otro lado del río, ya que la ciudad interior, que aún ostenta su antiguo trazado romano de calles en el centro mismo, ha resistido la corrosión del tiempo mucho mejor que Londres o París. La Signoria, el Bargello y la Loggia dei Lanzi nos ligan todavía con la ciudad de Dante y Giotto, cuya torre se levanta frente a la Catedral; pero la ciudad que aquí aparece, en una representación que data del siglo XVIII, es en lo fundamental la misma

que conocieron Miguel Ángel y Leonardo da Vinci. Aunque las colinas están exageradas, muestran la magnitud del movimiento suburbano al que, desde hace tiempo, se entregan las clases altas, por más que, como revela un plano de la ciudad trazado en 1783, aún había considerable espacio abierto en los suburbios de la ciudad, situados en el interior de las murallas; espacio abierto que, en realidad, constituía un cinturón verde interior que se iniciaba detrás de Santa María Novella.

§ 25. Compostura renacentista

Como marco para edificios públicos, la Piazza SS. Annunziata (superior) perdura como ejemplo clásico de diseño urbano tridimensional. Aún quedan por digerirse en debida forma algunas de sus lecciones. Aquí, dos destacados arquitectos se enfrentan desde uno y otro lado de la calle, cuando uno se acerca a la iglesia: Brunelleschi establece el ejemplo del orden en su Hospital de Niños; San Gallo, con la urbanidad de modales renacentistas, se ajusta a las mismas líneas en su orfanato. La iglesia proyectada por Michelozzo y que está ubicada al final de la plaza es, acaso, más baja y menos distinguida de lo que correspondería, pues ni siquiera sus arcos tienen el ancho debido. Pero el hecho de que estas pequeñas diferencias no fueran eliminadas sistemáticamente, de que las calles de acceso, excepto la principal, no den un acceso axial, evidencia siempre la libertad medieval en el tratamiento de estas cuestiones. En un punto, esta





plaza, como los edificios de los Uffizi (§ 25, inferior), establece un grato precedente que sería de singular valor en la actualidad. Estos edificios se encuentran situados en la vía pública, sobre pedestales propios. Ni el tránsito ni los coches estacionados estropean el aspecto estético o la perspectiva de la *loggia*. Del mismo modo, el espacio hundido frente a los Uffizi, que hoy se usa como aparcamientos, libera al edificio de la presencia de automóviles, lo cual no ocurriría de tratarse de un paseo a nivel del terreno. Para apreciar cuánto se gana con esto, basta compararlo con el ocultamiento de la Place Vendôme de París perpetrado hoy por las hileras de autos a la altura de la vista (§ 30). La Piazza SS. Annunziata no constituye una composición impecable, puesto que la larga fachada de la iglesia, que no oculta suficientemente la inarmónica parte trasera, solo podría haber sido salvada si se la hubiera puesto sobre un pedestal todavía más alto que el de los otros dos edificios. Pero las otras dimensiones de la elevación y del espacio abierto son admirables. En lo que concierne a los Uffizi, la vista a través del arco redondo, ese genuino motivo de la primera parte del Renacimiento que se reitera en muchas obras menores de decoración, evidencia en Florencia la nueva concepción del espacio en lo que humanamente tiene de mejor, antes de que se volviera demasiado frecuente y fatigosa.

§ 26. Espacio triplemente utilizable

La Piazza Navona (§ 26, izquierda) tomó su forma de un antiguo hipódromo romano y su apertura sobrevivió a la mina y a la desaparición de la estructura original (todavía en el siglo XVIII, un dibujo de Giuseppe Zocchi muestra una *piazza* de Florencia usada como hipódromo, también en torno a un obelisco situado en cada extremo). La iglesia y las fuentes de Bernini le infundieron vida estéticamente, pero esa vida, como lo indica este grabado del siglo XVIII, siguió siendo multilateral, puesto que se la utilizaría como un paseo de enamorados, como mercado, como campo de juegos para los niños del vecindario y, a ambos lados de la plaza, se instalarían restaurantes en la acera, en los que podrían cenar, charlar y beber tres generaciones juntas de familias enteras. Hoy hemos especializado las sencillas funciones de la vida de modo tal que un urbanista casi no se atrevería a sugerir el establecimiento de un campo de



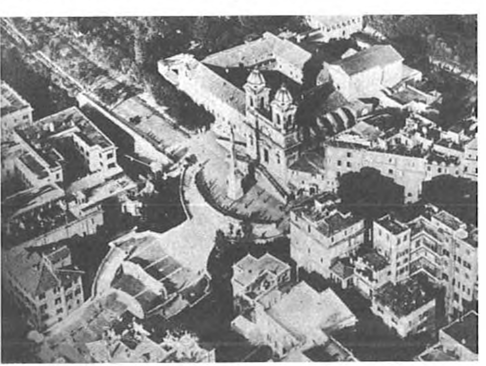


juegos tan sobrecargado por otras instalaciones ni otras combinaciones tan improvisadas de espacio y funciones sin diferenciar. Pero esta superposición de actividades humanas que sirven para diversos propósitos es característica de la ciudad clásica y sigue siendo una de sus mayores contribuciones, entre otras cosas por su economía espacial. A falta de este espacio humanizado adaptable, los planificadores se refugian ahora en extravagancias absurdas, como las que se muestran en el § 48. El espacio abierto en torno al Duomo de Florencia (arriba a la derecha), que aparece con la torre de Giotto y el baptisterio, tenía principalmente importancia para las grandes procesiones religiosas, como la que aquí se muestra. Pero también esta era una de las muchas funciones que podían cumplir las plazas de iglesias y las plazas del mercado del ayuntamiento: como las procesiones seculares y las representaciones teatrales, por no hablar, ay, de las ejecuciones públicas. Como nota estética final, obsérvese que el obelisco situado en el extremo más remoto de la Piazza Navona sirve como equivalente de una torre a medio camino, mostrando que el ojo barroco sentía aún la necesidad de sutiles acentos verticales, propios de la Edad Media.

§ 27. Dinamismo barroco

La columnata de San Pedro que hizo Bernini: el urbanismo barroco en toda su magnificencia. Por su alcance, su escala y su orden, la columnata borra el confuso contorno y no solo proporciona a la catedral un acceso adecuado sino también un escenario capaz de contener las muchedumbres que participan en sus ceremonias al aire libre. Esta fotografía (imagen superior) fue tomada antes de la eliminación de los edificios que antaño bloqueaban el eje, y del ensanche de la plaza frente a la columnata. En vez de una súbita apertura del espacio, ahora la catedral entera es visible desde la proximidad del Tíber; pero quienes añoran el contraste medieval entre encierro y apertura deben consolarse pensando que la nueva avenida revela, una vez más, la cúpula de Miguel Ángel, que la prolongación de la nave, contraviniendo el proyecto, había ocultado desde este punto de mira. La escalinata de la Plaza España (inferior) constituye un ejemplo igualmente decisivo del mismo principio de urbanismo; además, pone en evidencia que, mediante concentración y vitalidad estética, un espacio relativamente pequeño puede suscitar usos y goces que no serían posibles en una superficie mucho más vasta, pero estéticamente subdesarrollada. Por lo común, el urbanismo barroco conseguía sus mejores efectos cuando mayores eran los obstáculos que se le oponían, en los edificios vecinos apiñados o con la topografía irregular; y, con excesiva facilidad, se tornaba vacuo y pomposo cuando el urbanista disponía de recursos ilimitados y no debía superar ningún obstáculo natural o humano.

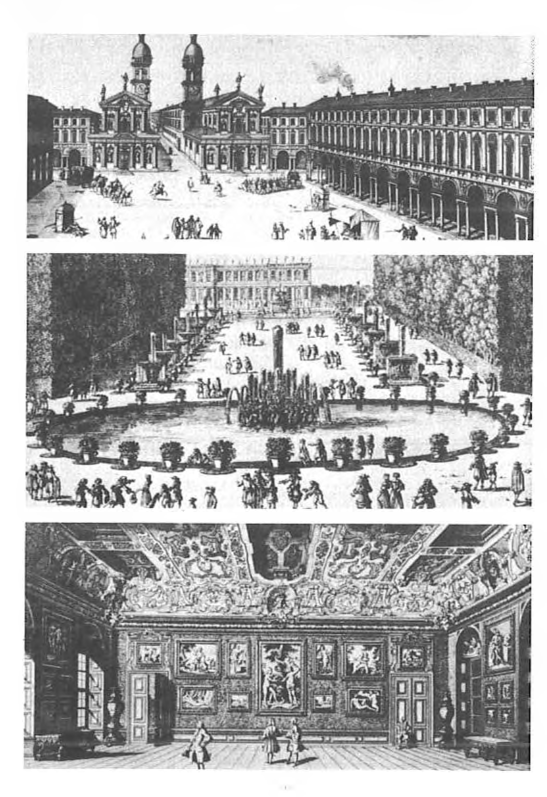




(§ 27) Superior: Fotografía, por Burton Holmes, tomada de Ewing Galloway. Inferior: Fotografía de Alinari.

§ 28. Formalismo barroco

La Piazza San Carlo, en Turín (imagen superior), es uno de los ejemplos más perfectos del urbanismo barroco y, por fortuna, subsiste intacta. Pero cuando se la compara con la Piazza SS. Annunziata de Florencia se ve que si se ha ganado, también se ha perdido, ya que el orden matemático del diseño, sin ruptura en la línea del techado, sin alteración en los elementos que se repiten y sin cambio en las dimensiones, ha creado una cosa perfecta a expensas de la vida, sacrificio este que solo es justificable por un objetivo religioso trascendente. Aquí, al igual que en la Piazza del Popolo, en Roma, la culminación del formalismo barroco consiste en el establecimiento de dos iglesias idénticas a uno y otro lado del eje, sin otra finalidad que conservar la simetría. El gusto barroco llega a su máximo desafío de lo orgánico en la poda de setos y hasta de paseos arbolados para transformarlos en precisas fachadas arquitectónicas, como en Versalles. En pos de la uniformidad, los déspotas barrocos le ponen uniformes a todas las cosas: edificios, calles, árbo-

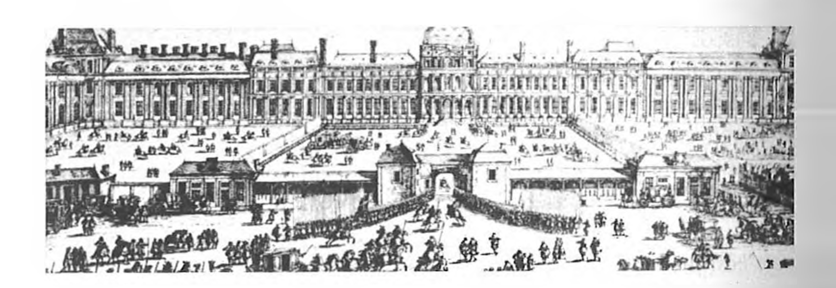


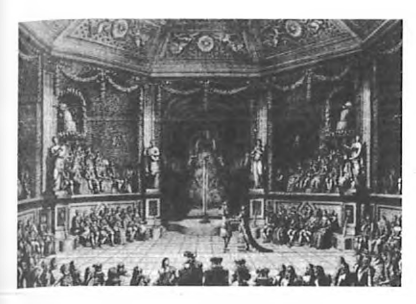
les y hombres. Esta regimentación hubiera resultado intolerable de no haber sido por el otro aspecto de la vida barroca, a saber, su exuberancia sexual y su éxtasis sensual, simbolizados por las típicas columnas espirales y las escaleras en espiral, por su soberbio despliegue del desnudo en la pintura y la escultura, así como por las fuentes de un Bernini. Las Academias de Ciencias o Letras y la Galería de Arte representaban estos dos polos de la ciudad barroca: el mecánico y el sensual, la reglamentación y el alboroto retozón. Pero la galería de arte palaciega (§ 28, inferior) indica que, una vez más, el muro se había vuelto tan importante como el cuadro.

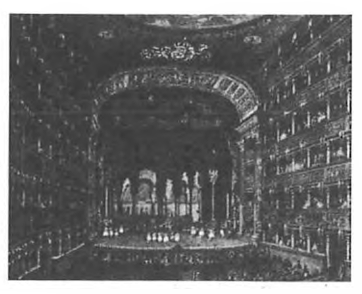
§ 29. La vida cortesana

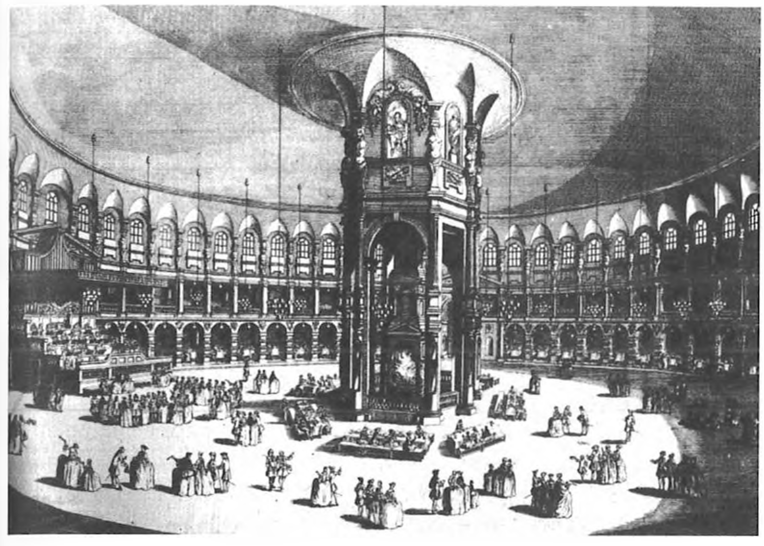
El plan de vida barroca exigía espacio para hacer maniobras y ostentar, tanto si se trataba de carruajes deslumbrantes como de soldados en marcha. Bajo la influencia de la corte, las artes del espectáculo florecieron. No solo el teatro sino también un arte nuevo del barroco, la ópera, que sintomáticamente introdujo al ejecutante solista, la *prima donna*. El jardín de placer reclamaba espacios que la ciudad del siglo XIX regatearía, excepto en sus distantes suburbios; pero el suntuoso pabellón, en Ranelagh Gardens, fue repetido con muchas variaciones. La vulgarización final fue el parque de diversiones, el Coney Island.

(§ 29) Inferior: Patio interior del Louvre, en una escena diaria típica. Pág. 999, izquierda: Representación teatral en la corte, aún no del todo organizada. Derecha: El teatro San Carlo en Nápoles, famoso por sus óperas, con la tí-





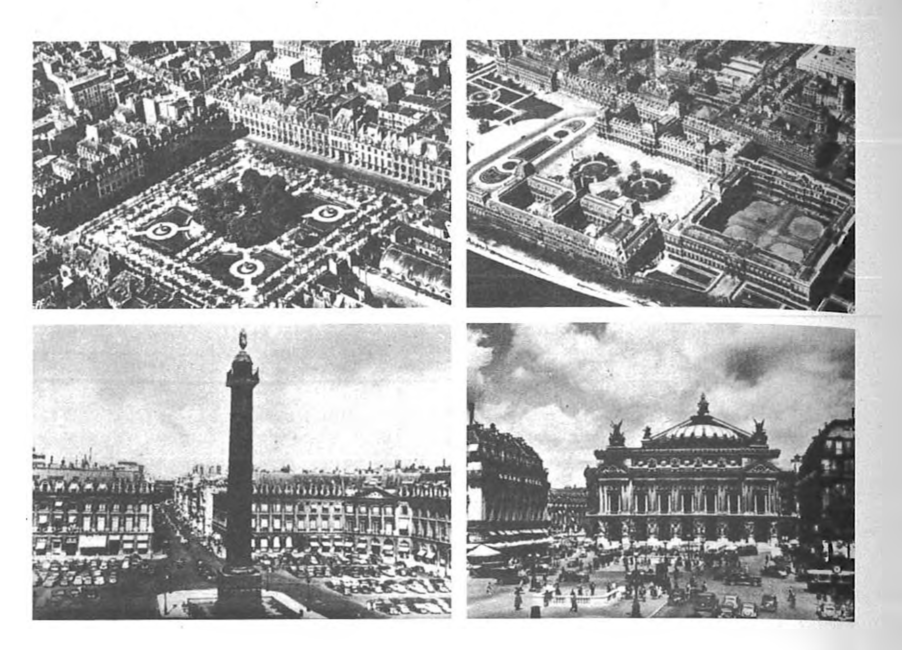




pica disposición de los asientos en herradura. Inferior: Rotonda en Ranelagh Gardens: obsérvese la calefacción realmente central.

§ 30. Generosidad aristocrática

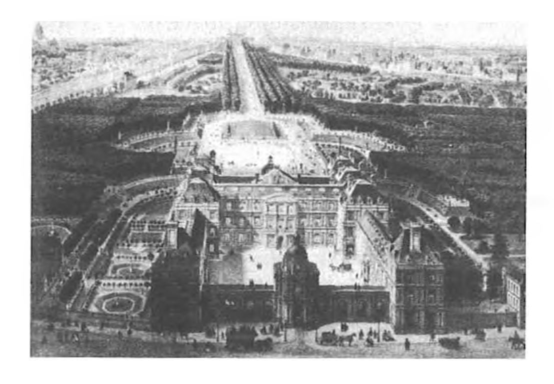
La Place Royale, hoy Plaza de los Vosgos (§ 30, superior izquierda), constituía una auténtica plaza residencial, pero la vista que los habitantes tenían antaño de las casas de los demás está ahora bloqueada por hileras de árboles y un macizo central. La casa de Victor Hugo, en esta plaza,

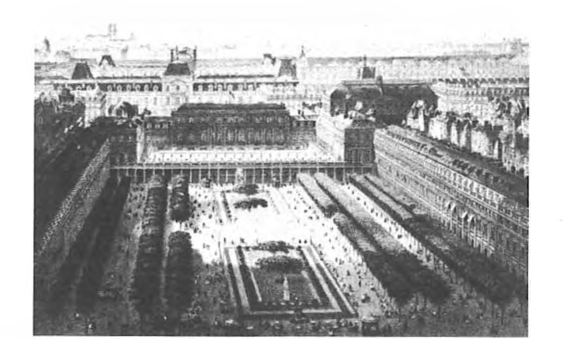


.hoy convertida en museo, da acceso al visitante al medio doméstico de la plaza original. El origen de este tipo de plaza en los patios interiores, abiertos pero desnudos, de los grandes palacios se hace evidente en la vista aérea del Louvre (arriba, derecha), y el ulterior desarrollo de la plaza hasta convertirse en una pequeña *cité*, como el Palais Royal, en el extremo superior de esta fotografía, pone en evidencia un conveniente paso más —el aislamiento de los ruidos de la calle, el polvo y los vehículos—, que, sin embargo, no se dio a menudo (véase el § 31). La tercera jugada francesa fue la Place Vendôme (inferior izquierda), que originalmente se proyectó para residencias de las clases altas, pero que ahora está dedicada a usos comerciales más lujosos. El plan de Haussmann para la Avenue de l'Opéra (inferior derecha) era digno de los espléndidos edificios de Garnier, que son tal vez las obras más frescas y coloridas de arquitectura barroca que pueda mostrar el siglo XIX; pero el urbanista anuló las intenciones de Garnier al abrir los otros costados de la Plaza de la Ópera al tráfico, una contribución nula a la arquitectura o a la música.

§ 31. Perspectivas palaciegas

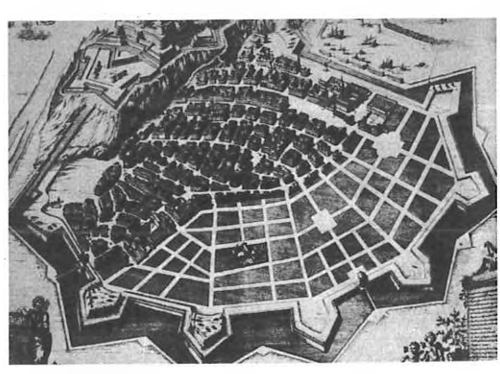
Después de decir lo peor sobre el formalismo barroco, se deben recordar todavía dos, por lo menos dos, maravillosas excepciones: los jardines Boboli, en Florencia, y el Jardin du Luxembourg, en París (superior). Esta vista, que termina en la Avenue de l'Observatoire, es tan seductora a pie como cuando se la aprecia desde el aire; o, mejor dicho, mucho más, puesto que el espacio abierto central proporciona uno de los más alegres marcos urbanos para el descanso. Aquí, el orden estético más estricto fomenta el grado máximo de espontaneidad juguetona y de deleite visual, hecho que tal vez debería ser digerido por los educadores «progresistas» y los artistas «avanzados» que han hecho tedioso el juego y sin sentido la creatividad al abolir las reglas y suprimir todas las restricciones. En cuanto al Palais Royal (inferior), ha tenido sus altibajos, lo mismo que la Plaza de los Vosgos, pero nunca cayó tan bajo como las grandes mansiones que todavía se levantan en el ahora polvoriento barrio del Marais, alrededor de St. Gervais, al este, las cuales no conservaron suficiente espacio abierto como para protegerse colectivamente. Los árboles y las fuentes aún subsisten milagrosamente y, a decir verdad, el diseño entero se mantiene ileso y encantador, si bien ya no bulle en él la vida que tenía en los días de Diderot.





§ 32. Extensión y enquistamiento

El plano de Niza (imagen superior) maestra tres etapas clásicas en la construcción de las ciudades; aunque, si me hubiera sido posible obtener un grabado igualmente nítido, habría preferido presentar a Edimburgo, pues en el canal entre la Ciudad Nueva y la Ciudad Vieja, Edimburgo presenta una cuarta etapa: la humeante espesura de la era del ferrocarril. El castillo en la cima de la colina es la típica formación de la acrópolis, con el risco empinado que sirve como muro protector; la población de abajo muestra la extensión natural, manzana tras manzana, de la comunidad portuaria, con su bahía artificial y su explanada, así como su sistema irregular de calles que se vuelve gradualmente más ordenado. El diseño barroco se aprecia en la extensión urbanística regular y casi simétrica, con avenidas radiales, bastiones en punta de lanza y canales que repiten la pauta del nuevo trazado de la ciudadela en las alturas. Compárese esto último con la proliferación aún mayor de óvalos y cuadrados en la Ciudad Nueva de Edimburgo. Conforme con sus proyectos, estas fortificaciones permitían un amplio crecimiento. Opóngase esto a Valenciennes (inferior), ciudad medieval incrustada entre fortificaciones y comandada por una ciudadela igualmente compleja. En estas condiciones, el crecimiento urbano quedaba limitado. Si el lector observa con una lupa, podrá notar que una nueva estructura, típica del barroco, se ha incorporado a esta ciudad:





les casernes, es decir, los cuarteles del ejército. Además de los que hay en la ciudadela, existen otros tres. Obsérvese, asimismo, el espacio para los ejercicios militares en la Plaza de Armas, al frente de la ciudadela, mucho mayor que la plaza principal colindante con el ayuntamiento, en el centro, el mercado de ganado, abajo, o el mercado de pescado, no lejos del ayuntamiento, sobre el canal. En otros puntos del plano, señalados por conglomerados de cuadrados, hay, por lo menos, ocho monasterios y conventos, con sus amplios espacios abiertos y jardines. El plano, por sus manzanas de tamaños y formas diferentes, así como por su sistema vial igualmente diferenciado y complejo, dividido por un canal serpenteante, denota un lento crecimiento orgánico; si bien sería imposible mostrarlo en esta pequeña escala, no cabe duda de que las manzanas grandes contaban con amplios jardines interiores, a juzgar por muchos otros planos contemporáneos, como el de Romilly. Ya se había iniciado un movimiento suburbano fuera de las fortificaciones, hacia la izquierda: el Faubourg Notre Dame, arriba, esparcido a lo largo de un camino y de forma oblonga y larga con jardines rectangulares bien definidos, y el Faubourg de Cambrai, barrio más pequeño que, aparentemente, se hallaba esparcido en un campo abierto. En síntesis, una representación perfecta de una ciudad medieval metida en un corsé barroco. Aunque las nuevas fortificaciones, no controlan el trazado de la ciudad como en la obra maestra de Vauban, Neuf Brisach, la ciudadela en Valenciennes fue proyectada por él. Todo el sistema constituye aquí uno de los últimos ejemplos clásicos de este arte refinado, pero que pronto se agotó; aunque su eficacia militar en Valenciennes quedó demostrado todavía en 1793, cuando hicieron falta cuarenta y tres días de bombardeo por una fuerza aliada de ciento cuarenta mil soldados con cuatrocientos cañones para conseguir la rendición de una guarnición superviviente de tres mil hombres.

§ 33. La aldea decorosa

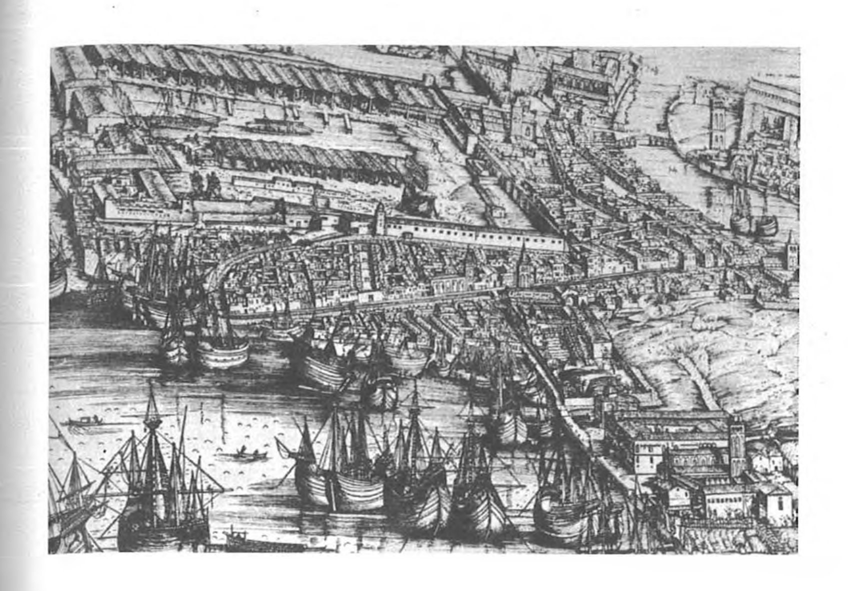
Algunos de los más hermosos ejemplos de planificación y arquitectura en la Edad Media tardía los constituyen las aldeas de Cotswold, como Chipping Camden y Burford, si bien sus equivalentes pueden encontrarse en muchas otras regiones. Chipping Camden, que aparece aquí, es un ejemplo perfecto de «aldea longitudinal», que se ensancha en el





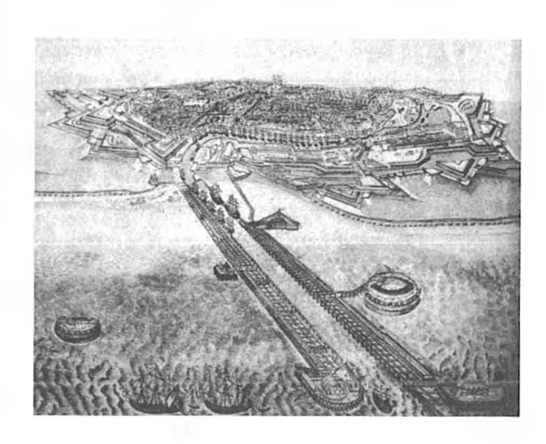
centro, dejando así el espacio necesario para un mercado. Los lotes largos y angostos, que también son típicos, determinaron la extensión de la superficie de edificación mediante espacios laterales, lo cual, con el tiempo, llevó a la congestión, sin un ulterior desarrollo de las manzanas. La vista de la calle (arriba) demuestra que las casas en hilera no tienen necesariamente por qué ser monótonas, cuando no están mecánicamente concebidas: obsérvese que el solo hecho de colocar la ventana del piso bajo por encima del nivel de la vista, en el segundo panel de ventanas, sugiere una plena intimidad interior, sin un largo jardín al frente. William Morris consideraba que Bybury, otra aldea de Costwold, era la más bella en Inglaterra: contiene ejemplos de trazado de los terrenos y agrupación de las casas que establecieron un canon estético y social para arquitectos como Ashbee, Voysey, Unwin y Parker. De estas villas hubieran tenido mucho que aprender los arquitectos suburbanos de fines del siglo XIX, en materia de combinación de lo urbano y lo abierto, pero no aprovecharon la lección al concentrar su atención en los accidentes pintorescos de los gabletes, los miradores y los entrepaños, dejando de lado, con excesiva frecuencia, otros elementos más fundamentales.

Inferior: Fotografía: Aerofilm, Ltd., Londres.



§ 34. El comercio se impone

El comercio ultramarino a gran escala se reanudó con la penetración veneciana y genovesa de Levante, pero no se convirtió en un factor predominante en el desarrollo urbano hasta el siglo XVII, ni produjo esas enormes ciudades portuarias como Londres, Liverpool, Hamburgo, Róterdam, Marsella y Nueva York hasta el siglo XIX. El espíritu de competencia y la ideología liberal de las clases mercantiles, a partir del siglo XVII, retrasaron la construcción de grandes instalaciones colectivas con un plano adecuado y coherente; por curioso que parezca, los ejemplos clásicos de recinto portuario bien planificado, con instalaciones para la construcción de barcos, su reparación, tiendas, carga y almacenaje fueron los



primeros: el barrio del Arsenal en Venecia (§ 34, superior), fundado en 1104, y tras este, los de Ámsterdam. La construcción de las instalaciones de los muelles y el malecón en la bahía de Dunquerque (inferior) sirven como recordatorio de actividades similares en muchos otros puertos, que culminaron con el gran puerto de Londres, cuya gigantesca organización inspiró a Hippolyte Taine una espléndida descripción en su *Historia de la literatura inglesa*, pasaje que solo la falta de espacio me impide citar aquí. Finalmente, la necesidad de un planificación y de un desarrollo más coherente promovió, en un rasgo típico del genio político británico, una forma nueva de autoridad portuaria, que combinaba las virtudes de la empresa privada y de la responsabilidad y la dirección públicas: la Autoridad del Puerto de Londres, establecida en 1908. Este tipo de corporación, imitado en otras partes, fue un modelo para las autoridades de fomento de las *New Towns* británicas y sugiere la posibilidad de crear autoridades para planes regionales con criterios jurídicos y administrativos análogos.

(§ 34) Superior: El Arsenal en Venecia: obsérvese la muralla, los cobertizos para la construcción, el dique seco, etc. Se trata de un ejemplo clásico de un barrio industrial bien proyectado. Inferior: Dunquerque, en el siglo XVIII, con el nuevo malecón, las instalaciones portuarias y las fortificaciones.

§ 35. Cómo se adquieren las cosas y cómo se gasta

El patio del Royal Exchange de Londres (§ 35, superior) podría considerarse un claustro del comercio: un testimonio más de la persistencia de las formas medievales con fines no medievales. La edificación de bolsas en el siglo XVII señaló el paso de una economía de productos, facilitada por el dinero, a una compañía del dinero que solo accesoriamente se interesaba en los productos. La especulación arriesgada y el rápido rendimiento se convirtieron en la clave de la gran riqueza. Cuando Wren trazó su plan para la ciudad de Londres, después del gran incendio, colocó el Banco de Inglaterra, y no la catedral de San Pablo en el centro: esto representaba una planificación orgánica, en los términos del nuevo capitalismo. El espacioso interior que aquí se muestra (centro) sirvió como modelo de instituciones posteriores: los grandes bancos nacionales eran, por así decirlo, los cen-

tros de culto religioso del capitalismo. El recorrido de tiendas (inferior) convirtió el acto de comprar en una absorbente ocupación diaria, y el nuevo escaparate, con su exhibición de mercancías bajo el vidrio, promovía el «ir de compras». La combinación del ritual de ir de tiendas con el tránsito de vehículos convirtió a todas las avenidas en avenidas de tiendas. Esa forma alargada, de la que se tiene una de las peores muestras en la calle Oxford de Londres, llevó el comercio a todos los barrios de la ciudad, en vez de concentrarlos en plazas de mercado y en calles cortas y estrechas. Ello introdujo la confusión y la suciedad en los sectores domésticos y a medida que las calles se alargaban, aumentaba la cantidad de espacio comercial competitivo sin prestar atención a su servicio o incluso al lucro mismo. Al final, el único ritual de la ciudad comercial consiste en ganar y gastar; excepto para esos fines, se desvalorizaron paulatinamente todas las funciones culturales de la ciudad.

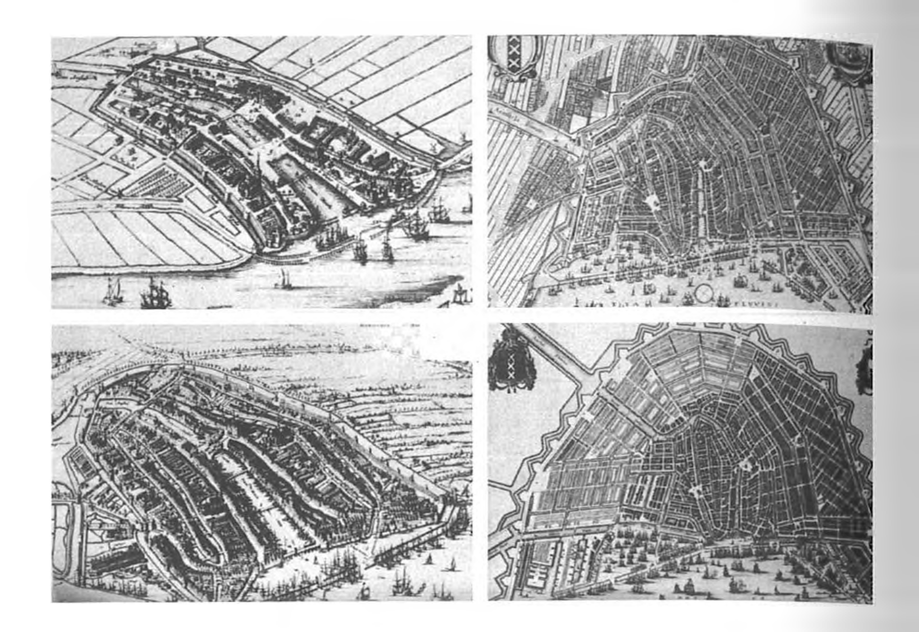






§ 36. Planificación orgánica: Ámsterdam

Primera etapa (§ 36, superior izquierda): La población pesquera y naviera situada en la desembocadura del Amstel, en un sitio semejante a los de Ginebra o Zúrich, ya ha comenzado la labor de resguardar con diques y

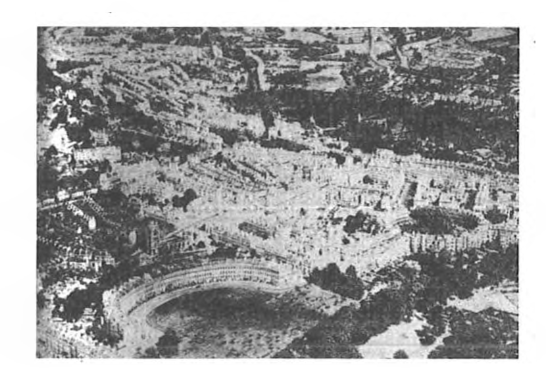


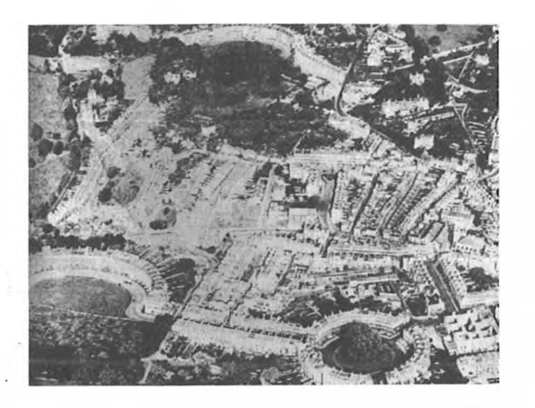
rellenar el Amstel: un canal y un muro protegen a la ciudad por tres costados. Segunda etapa (inferior izquierda): Utilización adicional del canal como medio de trasporte urbano: extensión de manzanas angostas, paralelas a la principal arteria de agua, con desarrollo de las instalaciones de embarque y multiplicación de los molinos de viento en las afueras. El hacinamiento hace desaparecer los jardines en la población original, si bien se mantienen en las manzanas nuevas. Tercera etapa (superior derecha): Establecimiento del lugar central (el Dam, sede del Palacio) a la izquierda, con nuevas talles que llevan hacia éi, en desarmonía con el trazado original. Edificación de barrio obrero (el Jordaan) en pequeñas manzanas con calles angostas, también inarmónicas, pero siguiendo la línea original de los campos. Esto impidió, por desgracia, la terminación simétrica del plan en la zona más pobre. Cuarta etapa (inferior derecha): A pesar de la confusión inicial y del desarrollo desequilibrado, un audaz plan en telaraña crea un sistema semicircular de canales conectados entre sí, con rutas de agua y calles arboladas que convergen por igual hacia la bahía. El surgimiento de esta forma geométrica, a partir de la tercera etapa, representa una fusión del crecimiento orgánico y la forma mecá-

nica, en la que el uno y la otra se ven llevados a un mayor grado de perfeccionamiento. ¿Qué urbanista podría haber imaginado este resultado en la primera etapa? Con un sistema de tránsito unificado, pero variado, con canales que mantenían la apertura, con hileras de casas y jardines primorosos, Ámsterdam rivalizó con Versalles en cuanto a belleza, sin sacrificio de la conveniencia. Como ocurre con la mayor parte de las ciudades históricas, esta gran obra de arte urbano está ahora congestionada y contaminada por el tránsito de automóviles que ha convertido sus paseos en espacios de aparcamiento de vehículos, reduciendo todo tránsito al ritmo del peatón, sin restablecer ninguna de las atracciones de que disfruta este. La extensión de Ámsterdam, a partir del siglo XIX, no previó nada en lo tocante a la descentralización del comercio y la industria en centros secundarios igualmente orgánicos; ello tiene principalmente la culpa de las actuales dificultades de Ámsterdam, porque hasta hay una congestión de tráfico de bicicletas. Aunque se la ha elogiado como correspondía por su amplio plan de viviendas municipales, que data de 1920, es muy poco lo que en el urbanismo y la arquitectura, más recientes de Ámsterdam, tiene la magistral calidad que creó la ciudad del siglo XVII.

§ 37. El orgullo de Bath

Los balnearios y las fuentes termales como lugares de curación no habían dejado de existir nunca por entero, pero en el siglo XVIII estos lugares adquirieron nueva vida cuando comenzaron a acudir a ellos los miembros de las clases superiores, tal vez movidos por los excesos invernales de comida y bebidas espirituosas. En tanto que el peregrino medieval visitaba altares religiosos, en beneficio de su salud espiritual, su equivalente barroco visitaba fuentes termales con la es-





peranza de reponer su salud física. Los baños y las aguas medicinales y curativas constituían un excelente pretexto para otro tipo de vida. Allí se tenían al alcance todos los placeres barrocos típicos: el juego, el boato, el flirteo, las intrigas eróticas, los bailes, la música y, a veces, el teatro. De hecho, una pequeña corte, regida por un príncipe autodesignado, especialista en ropas y modales, déspota de la moda: el *dandy*, personificado históricamente en dos figuras: «Beau» Nash y «Beau» Brummel. Por consenso, la más hermosa de todas estas ciudades es Bath, fundada mucho antes por los romanos. Detrás de la curva en ángulo recto del río Avon, la población romana, con sus pequeñas manzanas trazadas en damero, había crecido en torno de las fuentes termales. Próxima a dicho sitio se instaló la abadía medieval. En el siglo XVIII, tras haberla auspiciado Carlos II, la gente a la moda iba a Bath por las aguas. Esto determinó una serie de mejoras fragmentarias en la vieja población, que indujo a los propietarios de la vecindad a entregarse a un conjunto de planes más audaces para el trazado de vecindarios residenciales. Aquí, en tres grandes prolongaciones espinales, Gay Street, el Circus y el Royal Crescent, con la contigua plaza Queen en el extremo sur de Queen Street, se tiene en miniatura el nuevo orden de planificación en sus manifestaciones más cautivadoras. Hoy mismo, después de un siglo y medio de trasformación, el corazón de Bath posee cualidades de diseño que no sobrepasan ni siquiera los mejores ejemplos en París, Nancy, Londres o Edimburgo. La excelencia de Bath demuestra las ventajas de una disciplina estricta, cuando esta tiene la flexibilidad necesaria para adaptarse al desafío de las realidades geográficas e históricas. La situación del Royal Crescent, en una altura que domina el valle entero, protegido por el parque que se extiende abajo, muestra que no se trataba de una mera aplicación de una figura geométrica arbitraria; y si bien nada en el resto de la ciudad del siglo XVIII llega a este nivel de planificación, la edificación ulterior de Bath, hasta los mismos días de la Regencia, nunca se alejó demasiado de su norma. No menos

notable que la conservación de los aledaños como parques fue la generosa dotación para jardines, en la parte trasera, jardines que son visibles a través de sus portones de hierro, espaciosos y de rica textura, según se ve en el plano de 1786 y que aún hoy, a menudo, se conservan hermosos. Se trata de un ejemplo superior de planificación abierta, combinada con una estrecha relación urbanística de los edificios, que son tratados como elementos en una composición continua. En suma, el urbanismo del siglo XVIII resultaba en Bath tan estimulante y curativo como las aguas, y el dinero que se invirtió en ella dio ganancias mucho mayores en vida, salud e incluso en rentas que otras cantidades análogas, hundidas en obras más sórdidas. Pero las normas de Bath no sobrevivieron al estilo barroco de vida. Con el tiempo, hombres de negocios sumamente astutos desplazaron a los terratenientes, cuyo espíritu público y cuyo dominio estético hicieron posible el noble urbanismo de Bloomsbury, la *New Town* de Edimburgo y Bath.

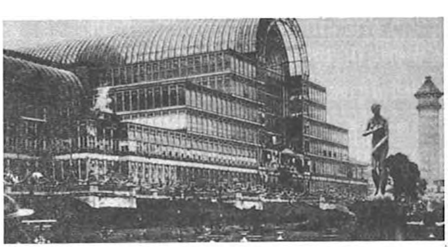
(§ 37) Pág. 1009: Bath en relación con su paisaje. La hermosa vista de las colinas desde el Royal Crescent, en el extremo inferior, queda ahora ocultada por los árboles que hay en primer plano, pero, originalmente, fue culpable del trazado semicircular. Pág. 1010: La vista de Bath, desde más cerca, muestra los amplios jardines individuales detrás del Royal Crescent y del Circus, así como también las zonas de parque que ponen en relieve y embellecen las calles urbanas. Fotografías: Aerofilms, Ltd., Londres.

§ 38. Bajo un mismo techo

Así como «de puerta a puerta» y «sin que lo pare el semáforo» representan las metas finales y las exigencias incondicionales de la motorización actual, prescindiendo, para el logro de estos fines, de lo que le ocurra al paisaje y a la ciudad, del mismo modo, «bajo un mismo techo» constituía la expresión ideal del urbanista paleotécnico del siglo XIX. El acero y el vidrio ejercían efectos hipnóticos sobre los espíritus «progresistas» del siglo XIX y aún los tienen sobre sus sucesores. Esta forma ideal derivaba del invernadero y fue utilizada eficazmente para tal fin por Joseph Paxton, el diseñador del maravilloso Cristal Palace (§ 38, centro), donde se celebró la gran exposición de 1851. La arcada cubierta de vidrio, como la del famoso

punto de reunión de Milán (superior), inspiró el diseño de las primeras grandes tiendas, donde aún se ponían más mercaderías bajo un techo, al principio con una gran claraboya en el patio central. En Las Halles de París (inferior) la forma de invernadero fue también aprovechada racionalmente en contraste con las estaciones ferroviarias cubiertas de vidrio que, desgraciadamente, retenían y concentraban el humo acre de las locomotoras de vapor. El deseo de universalizar estas envolturas surge en la mayor parte de los casos de una insistente comezón tecnológica y no de un objetivo específicamente cívico o humanista. Los actuales proyectos para poner una ciudad entera bajo una cúpula de vidrio o plástico suprimirían, como si no tuvieran importancia alguna, todos los cambios estimulantes en el firmamento y el tiempo, en el paso del interior al exterior, de la sombra a la luz, y asimismo en las formas de expresión arquitectónica, que hacen de la ciudad un ambiente tan vivificador. «Todo bajo un mismo techo» puede resultar nada más que un disfraz de la forma final de la anticiudad: «todo en un refugio subterráneo». Esto significaría el control ambiental con una venganza, una venganza biológica y psicológica. La proyección última de este *mundo feliz*, en un 1984 esterilizado y superdimensional, puede verse en el § 64.



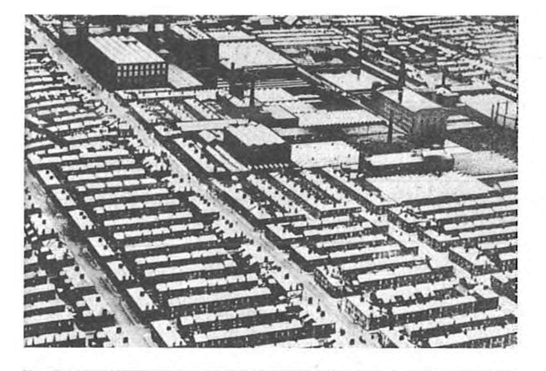


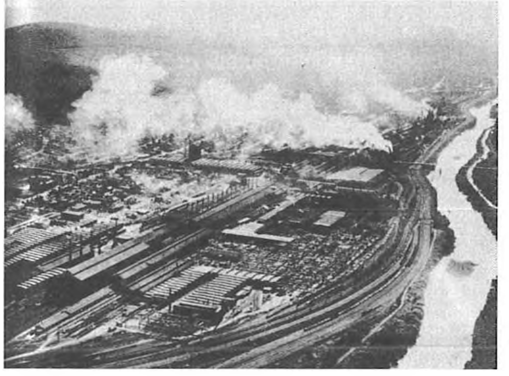


Arriba: Fotografía: Eving Galloway.

§ 39. Coketown industrial

Cuando Schwinkel visitó Mánchester, saludó en la arquitectura escueta de sus grandes fábricas de ladrillo la forma primitiva de un nuevo estilo arquitectónico, intuición esta que no solo en vio confirmada en muchos molinos y fábricas sino también en la extensión de los mismos principios estéticos utilitarios a los grandes rascacielos primitivos, con armazón de acero, construidos en Chicago en la década de 1880; y su redescubrimiento y reformulación tardíos por Loos, Gropius y Le Corbusier una generación después. Las fábricas de tejidos de algodón (superior), con los tanques de gas a la derecha, muestran los nuevos elementos preponderantes en la ciudad industrial: las próximas viviendas para obreros representan el nuevo mínimo de orden y decoro en la higiene, introducido paulatinamente en el curso de la segunda mitad del siglo XIX; al igual que el hacinamiento, con su derrochona multiplicación de calles costosas y avenidas pavimentadas. La claridad de la fotografía, que no da ningún indicio del humo y la suciedad reinante, indica posiblemente un paro en las actividades. Este dista mucho de ser el peor ejemplo de la falta de respeto paleotécnico hacia la vida. Véase otra demostración, que data de una fecha más remota: el deleite del empresario de pompas fúnebres, § 41 (superior). La población metalúrgica norteamericana (inferior) muestra la típica invasión de la ribera del río por el ferrocarril y la gran fundición de hierro, la contaminación del aire por el humo y las emanaciones. En el trazado de las primiti-



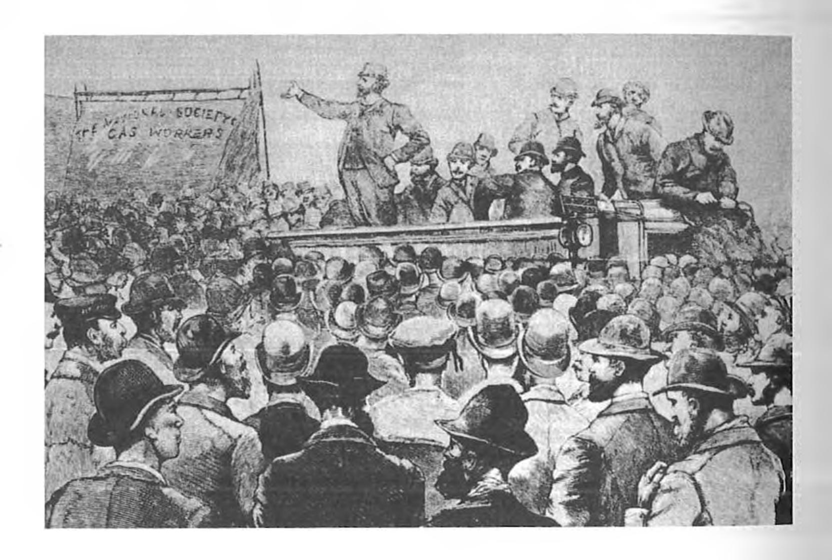


vas poblaciones industriales no se prestó atención alguna a la ubicación de las industrias nocivas para la salud en relación con los vientos reinantes, a su aislamiento de los sectores residenciales y al establecimiento de métodos para hacer desaparecer la basura que no obstruyeran el paisaje ni contaminaran las corrientes. (En § 53 y 48, abajo a la derecha, pueden verse mejores trazados neotécnicos.) A pesar de estos graves defectos, el confinamiento de las poblaciones siderúrgicas en los fondos de valle, a menudo angostos, que se encuentran a la largo del Monongahela y el Allegheny mantuvieron arboladas las colinas, accesibles a estas pequeñas comunidades, proporcionando zonas naturales de recreo para la caza y la pesca que, por su mismo crecimiento, destruyeron las ciudades más grandes, como Pittsburg y Cleveland.

Fotografías: Ewing Galloway.

§ 40. Infierno paleotécnico

Tal vez solo quienes han intervenido en acciones dė combate han tenido alguna experiencia comparable con las realidades de la ciudad industrial



del siglo XIX, antes de las trasformaciones efectuadas por el movimiento sindicalista, el movimiento cooperativo, las instalaciones y reglamentaciones sanitarias colectivas y la legislación de bienestar social. La vida cívica y religiosa de estos centros se desarrollaba en feas capillas de ladrillo, sombríos locales de metalúrgicos y en los locales aún más sórdidos de los sindicatos, apenas identificables, antes del fin del siglo XIX, por algún encanto arquitectónico exterior. El único drama vivificador estaba representado por las luchas en la política nacional y por la violencia todavía más dramática de los paros y las huelgas. Tipifica este momento el mitin de la Gas Workers' Union en huelga en la década de 1880. Tan grande era el terror de un levantamiento de la clase obrera, por parte de sus explotadores, que deliberadamente se esparcieron cuarteles del ejército por las ciudades industriales de Inglaterra: un verdadero ejército de ocupación. La edificación análoga de arsenales de las milicias, construcciones de gran solidez defensiva, tuvo lugar en los Estados Unidos entre las décadas de 1870 y 1890. En este entorno, la ceguera crónica ante la belleza era casi tan flagrante como su ausencia general: acaso se trataba de una anestesia protectora. Al respecto, William Morris tuvo un destello de inspiración demoníaca cuando le escribió a la esposa de George Howard, en agosto de 1874: «Tampoco envidio el triunfo que el espíritu moderno se atribuye por haber hecho el mundo (o una pequeña parte de este) más tranquilo y menos violento, pero pienso que esta



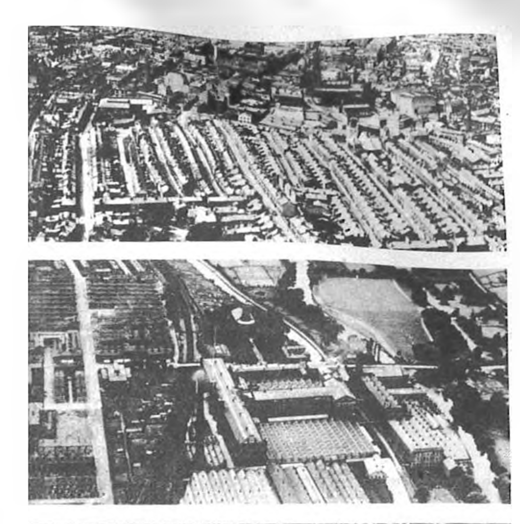


ceguera ante la belleza atraerá una especie de venganza algún día: ¿quién sabe? Hace años, los espíritus de los hombres estaban llenos de arte y de los espectáculos honrosos de la vida, y tenían poco tiempo para la justicia y la paz; y la venganza que cayó sobre ellos no consistió en el aumento de la violencia, que no les importaba, sino en la destrucción del arte que les importaba. Así, acaso los dioses están nuevamente preparando perturbaciones y terrores para el mundo (o para nuestro pequeño rincón del mundo), de modo que, con todo, pueda llegar a ser bello y dramático».

(§ 40) Pág. 1014: Mitin de huelguistas al aire libre. Pág. 1015: Tugurio y mercado público en Londres: dos imágenes, en una serie de representaciones del infierno paleotécnico que pone en evidencia las mejoras dotes de Gustave Doré. Todas las ilustraciones proceden del *Illustrated London News*.

§ 41. Aldea industrial modelo

Ni las autoridades municipales ni los jefes de la industria consideraban apropiado ocuparse de la población industrial en conjunto, y por esto los empresarios filantrópicos volvieron a una pauta local más sencilla. Algunas de las primeras viviendas para obreros en Lowell (Massachusetts) y Mánchester (New Hampshire) establecieron una norma de decoro humano y orden arquitectónico en estas industrias eotécnicas (con energía hidráulica), que solo rara vez se ha alcanzado en poblaciones más grandes. El líder inicial en el movimiento de la vivienda comunal fue Robert Owen, cuyo éxito como fabricante no fue, por desgracia, confirmado por sus experimentos comunales. En Francia, la influencia utópica de Fourier, igualmente señalada, llevó a la construcción efectiva de, por lo menos, un falansterio por el gran fabricante de hierro Godin, en Guise. Se trata de una forma primitiva y más modesta de la unidad de habitación de Le Corbusier, una especie de «aldea en el aire» con todos los defectos de una pequeña comunidad y pocas de sus ventajas. De la drástica necesidad de mejoras da testimonio la fotografía superior, pues las casas que aparecen en el primer plano están construidas espalda contra espalda y la mitad de cada casa queda despojada de luz, aire fresco y vistas. Me reservo el nombre de la población, porque viviendas igualmente degradadas (y la habitación en el sótano) pueden hallarse también en muchas otras





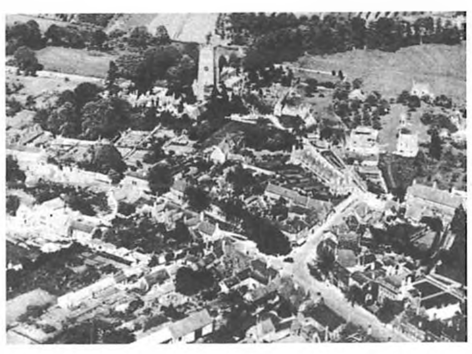
zonas industriales. El primer líder práctico en materia de urbanismo y viviendas mejores fue sir Titus Salt, el fundador de Saltaire, en 1851. Al lector puede resultarle difícil diferenciar esta vivienda modelo, en el extremo superior izquierdo (centro), de la que aparece en el § 39. Pero obsérvese el parque y los campos de juego, a la derecha, bordeados por el canal y el río Aire. Estos elementos fueron establecidos desde el comienzo y se mantienen todavía, si bien a la luz de ulteriores necesidades esta zona no debería haber quedado tan completamente separada del sector residencial: parte de su superficie bien podría haberse preservado a fin de permitir la existencia de jardines domésticos más extensos. Saltaire no solo resultó notable por sus casas con tres dormitorios, sino también por el establecimiento de casas de baño, lavaderos públicos e incluso asilos para los ancianos. La iniciativa de Salt fue seguida por otros fabricantes de miras amplias en Bournville, Port Sunlight, Earswick, Essen, Pullman y muchos otros puntos. El gran perfeccionamiento en el trazado de las viviendas de los tres primeros sitios, en relación con Saltaire, tuvo un efecto benéfico para la construcción ulterior de casas obreras. Port Sunlight, cerca de Birkenhead (inferior), a pesar de su escala de aldea, muestra con precisión casi cómica, en su acceso barroco y anticuado al centro cívico, la influencia del absolutismo monárquico, incluso bajo un disfraz industrial. Pero obsérvese el tamaño generoso de los interiores de las manzanas residenciales, que están divididos en jardines repartidos,

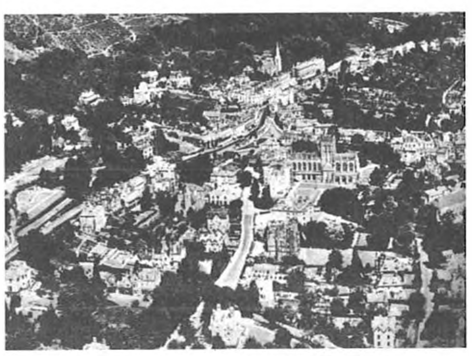
por desgracia con un completo sacrificio del jardín privado como espacio exterior.

(§ 41) Superior: Población industrial en Inglaterra. Fotografía: Aerofilms, Ltd., Londres. En el centro: Fábrica y viviendas en Saltaire. Fotografía: Aerofilms, Ltd., Londres. Inferior: Port Sunlight. Fotografía por gentileza de Unilever, Ltd.

§ 42. Poblaciones en la tierra verde

La vista de cerca de Chipping Camden (superior), ya presentada en el § 33, muestra la misma combinación de espacios abiertos, jardines y parques que posteriormente, se consideraría propia del suburbio, si bien queda mejor calificada cuando se la denomina «plan abierto». Lo que los románticos llamaban «vuelta a la naturaleza» en realidad no solía ser más que un regreso a la población rural. La clase alta británica, con sus casas de campo próximas a aldeas como esta, y sus casas de ciudad cerca de St. James o Green Park, gozaban de lo mejor de ambos mundos; lo que, en parte, puede explicar sus éxitos en materia de buena educación y política. Great Malvern (inferior) muestra la transición indolora de la inicial población rural desarrollada alrededor de un priorato benedictino (su iglesia se ve claramente, cerca del centro) al balneario de fines del siglo XVIII, especializado en la entonces popular hidroterapia. Las mansiones «góticas victorianas», edificadas entre 1840 y 1900, estaban



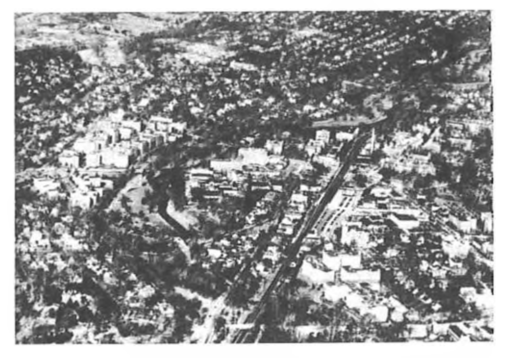


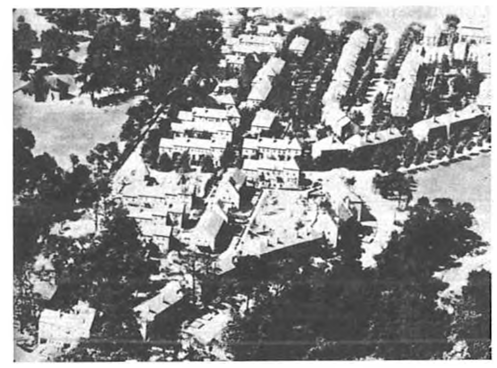
ubicadas en espacios abiertos tan amplios como los de cualquier suburbio contemporáneo, y tal vez contribuyeron a acentuar el gusto creciente por este modo de vivir. Los mismos motivos tuvieron un efecto en el diseño de «aldeas modelo», como muestra la lámina anterior. Tanto la población rural como el espacio de reposo establecieron un positivo canon cualitativo en materia de agua, luz solar, jardín y lugar de recreo, que no podía quedar limitado para siempre a la clase alta o al campo. Conforme con este canon podrían juzgarse los atentados a la higiene y a la estética de la ciudad industrial y de la metrópoli comercial. Ya en 1685, cuando William Penn proyectó Filadelfia, esta imagen rural sirvió de modelo, pues él especificó que la nueva urbe debía ser «una ciudad en la tierra verde».

Fotografías: Aerofilms, Ltd., Londres.

§ 43. La conquista de los suburbios

Bronxville (§ 43, superior) brinda una imagen clásica del último medio siglo de desarrollo suburbano. Empezó como «suburbio de cinturón verde», con un hermoso centro comercial situado convenientemente alrededor de la estación de ferrocarril (centro), en contraste con los centros comerciales aislados y demasiado extendidos que aparecerían una o dos generaciones después. Las iniciales casas de familia, rodeadas de árboles, alejadas de las calles y los caminos arbolados, representan con pureza el ideal romántico, y todavía pueden verse en las afueras algunas partes del cinturón verde. Pero tenía una nueva característica que destacaba sus ventajas: la franja verde que se curva a partir del fondo hacia arriba, debajo de la vía férrea y la autopista, es la Bronx River Parkway, la primera avenida ajardinada regional, concebida inicialmente como un medio de embellecer las hasta entonces desaliñadas y a veces sórdidas riberas del río Bronx: primordialmente, un hermoso parque en forma de franja, proyectado para hacer caminatas y *picnics* y acompañado solamente por un modestísimo camino para automóviles. La continuidad de espacio y movimiento, y el aislamiento en cuanto a los edificios y el tráfico directo, hicieron de esta el prototipo de posteriores avenidas ajardinadas y vías rápidas, algunas de ellas tan hermosas como la cercana Taconic Parkway, una obra maestra de diseño vial y paisajista, proyectada de forma tal que siguiera las lo-



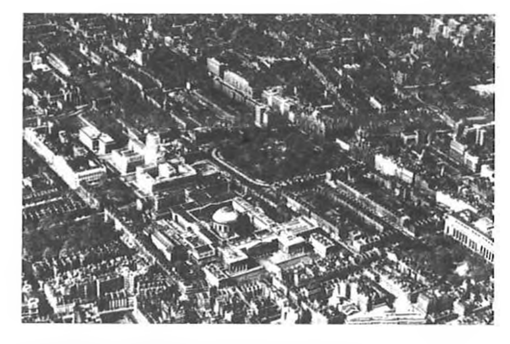


mas y evitara el asentamiento del fondo. Mientras tanto, las virtudes rurales del suburbio determinaron una presión para obtener nuevos solares que aumentó los valores de la tierra e hizo aparecer los voluminosos edificios metropolitanos de apartamentos. Sin control público y plan regional, en una escala que supera de lejos los poderes de las autoridades locales, en una generación más, esta zona apenas podrá diferenciarse de cualquier otra porción congestionada de la conurbación. Paradójicamente, el paisaje rural, el parque para peatones y el jardín doméstico solo pueden recuperarse cuando el suburbio desequilibrado y socialmente segregado se convierte en una comunidad urbana equilibrada, trabajando gran parte de su población dentro de la zona vecina. Cuando la presión de la población sigue siendo alta, la manera más eficaz de conseguirlo consiste en reorganizar tanto la ciudad como el suburbio en unidades vecinales más orgánicas, como la de Chatham Village, Pittsburg (inferior), que, a la densidad y al carácter urbano añade los espacios abiertos y las zonas locales de parque. Como Chatham Village sigue siendo uno de los grandes logros de la última generación en materia de urbanización y trazado arquitectónico, resulta inexplicable que no haya incitado a imitarla, aunque solo fuera en el plano local; tanto más inexplicable cuanto que ha sido, desde el comienzo, un absoluto éxito financiero, con una larga lista de demandantes de viviendas.

(§ 43) Superior: Bronxville, Nueva York. Fotografía de Fairchild Aerial Surveys, Inc., Nueva York. Inferior: Chatham Village, Pittsburg. Fotografía por gentileza de Clarence S. Stein.

§ 44. Bloomsbury y Hampstead Garden

Bloomsbury (superior) fue uno de los grandes triunfos del urbanismo y de la arquitectura en Inglaterra. Tan poderosa fue su influencia que hasta un constructor comercial del siglo XIX como Thomas Cubitt imitó el ejemplo de los grandes propietarios. La sucesión de *squares* (plazas) que aquí se ve, con Russell Square al medio, demuestra una vez más el modo en que los espacios abiertos bien trazados sirven como prevención para la aridez y el desorden. El recinto universitario, con el British Museum en primer plano como punto focal, saca partido plenamente de este orden y lo realza: la torre de la Universidad de Londres, que se yergue sola, domina el sector según corresponde, si bien el exceso de edificación de torres y estructuras de gran elevación, que ahora tiene lugar en todas partes de Londres, anulará con el tiempo la espaciosidad de estos sectores, arrojando una carga demasiado pesada de gente a los *squares* y demasiado tráfico a las calles. El suburbio de Hampstead Garden (inferior) fue la culminación de un siglo de planificación abierta. Aquí, Unwin y Parker, aprovechando la lección de los errores que se habían cometido al proyectar Letchworth





Garden City, consiguieron un plan mucho más coherente que, empero, permitía una rica variedad de marcos arquitectónicos en generosos jardines privados y dejaba abundante espacio público utilizable, representado por campos de juego y bosques. El suburbio de Hampstead Garden prolongó las innovaciones introducidas por Olmsted en Riverside, Illinois, y Roland Park, Maryland: la supermanzana, el tranquilo *cul-de-sac* e incluso el parque en franja y el patio común en el interior de la manzana; si bien lo último ya había sido, en realidad, admirablemente anticipado en el primitivo plan victoriano de Landbroke Grove, en Londres, curiosamente pasado por alto por diseñadores más tardíos. Hampstead Garden abrió también el camino a posteriores innovaciones llevadas a cabo por Ernst May en Fráncfort, en particular en Fráncfort-Römerstadt, y por Wright y Stein en los Estados Unidos. Al evitar las anchuras de calle y los jardines frontales excesivos, resulta superior como estructura compacta y de carácter urbano a muchas de las *New Towns* construidas medio siglo después. En el diseño de Wythenshawe, cerca de Mánchester, Barry Parker añadió una innovación más, la avenida ajardinada, que separó los vecindarios pero favoreció la construcción de pequeños centros de tiendas en su punto de conjunción.

(§ 44) Superior: Fotografía: Aero Pictorial, Ltd. Londres. Abajo: Por gentileza del London County Council. Huntington Aerosurveys, Ltd., Londres.

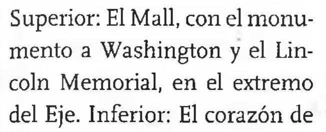
§ 45. Barroco tardío: Washington

El magnífico alcance del trazado de Washington se ve mejor desde el aire, lo cual oculta la forma bárbara en que se mutiló el plano de L'Enfant, primero mediante la erección de horrendos edificios y ahora mediante la introducción de avenidas de tráfico ligero en el corazón de la ciudad. Y estos solo son dos de los múltiples errores que viciaron el noble plano de Washington. La incapacidad para proporcionar suficiente espacio para oficinas que ocuparía la creciente burocracia a ambos lados de la avenida Pennsilvania, la incapacidad para limitar la altura de los edificios comerciales, la incapacidad para mantener las estaciones ferroviarias en las afueras de la zona central, demostraron hasta qué punto carecían de espíritu público o de entendimiento económico los ejecutores «prácticos» del

plan de L'Enfant. La redención parcial de su concepción fue iniciada por la comisión Macmillan, con la rehabilitación del Mall, la edificación del Lincoln Memorial y la ejemplar trasformación de la curva del Potomac en parque, por desgracia sin contar con la plaga del automóvil. Cuando en 1959 la Roosvelt Memorial Commission buscó un sitio al que se pudiera llegar a pie, sin peligro de perder la vida, en un punto libre de las distracciones visuales y auditivas del tránsito de coches, no pudo encontrarse ninguno.



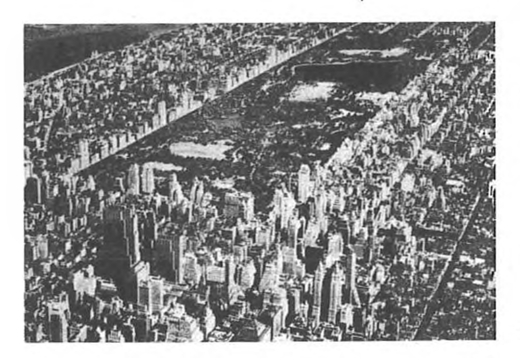




Superior: El Mall, con el monumento a Washington y el Lincoln Memorial, en el extremo del Eje. Inferior: El corazón de Washington, con el Capitolio Nacional al centro, la Union Station a la derecha, y la Casa Blanca más allá del «Triángulo», a la derecha del monumento a Washington. Fotografías de Fairchild Aerial Surveys, Inc., Nueva York.

§ 46. Caos estandarizado

Si bien las más significativas innovaciones, técnicas y arquitectónicas del rascacielos se realizaron en Chicago, a partir de 1880, los beneficios de la congestión fueron explotados con más avidez aún en Nueva York, tanto en viviendas como en edificios para oficinas instalados en rascacielos. Las arterias de tránsito de la ciudad fueron proyectadas en 1811 para una población que se alojaba principalmente en edificios de dos y tres pisos, como en el sector de la izquierda (§ 46, superior). En efecto, la edificación de





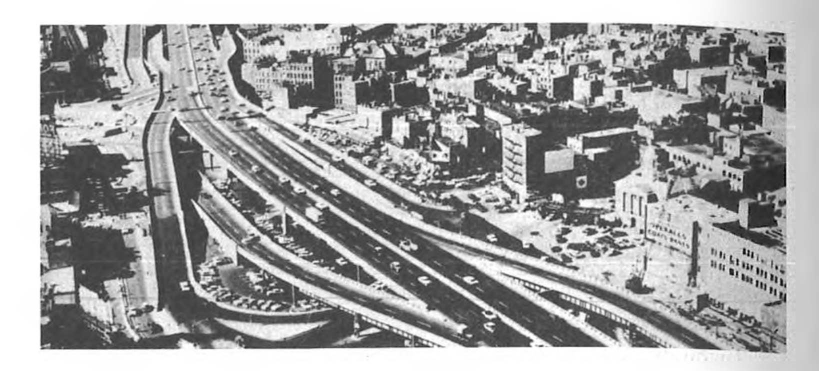
rascacielos, cuyo número de pisos oscila entre los diez y los cuarenta, superpuso de tres a doce ciudades en la misma superficie, de modo que aun si el tránsito de vehículos privados hubiera permanecido en un nivel preautomovilístico, las calles habrían estado insalvablemente congestionadas. El edificio más alto (cubierto de sombra) hacia el extremo inferior (arriba) es el edificio RCA, el rasgo dominante del Rockefeller Center, cuya minúscula plaza, con su pista de patinaje hundida, sirve como uno de los pocos puntos de Manhattan donde la gente puede reunirse para conversar y pasar el rato, comparable en este sentido con la escalinata de la plaza España de Roma. El éxito popular análogo de Mellon Square, en Pittsburg, ha demostrado la avidez de este sentido gregario espontáneo que siente la «muchedumbre solitaria». El magnífico Central Park de Olmsted (centro), con sus múltiples sistemas independientes de circulación, perfeccionó la inicial sugestión de Leonardo de Vinci para Milán y se adelantó al Plan de Radburn, por no hablar de Le Corbusier, en casi un siglo. Los tugurios de Nueva York, en el siglo XIX, igualaban totalmente, por su congestión, saneamiento deficiente y alquileres altos, a los barrios más sórdidos de Berlín, Bombay, Glasgow, Génova o Nápoles. A esas inmundas casas de vecindario se las está reemplazando con viviendas más decorosas, con luz, aire e instalaciones sanitarias superiores. El ejemplo en primer plano (inferior), Stuyvesant Town, fue edificado por una compañía privada de seguros, con la generosa ayuda del estado; pero su densidad residencial de trescientas noventa y tres personas por acre (0,4047 hectárea) sigue siendo la de un tugurio. A pesar de sus espacios

abiertos internos, estas viviendas necesitarían ochenta acres más de terreno para contar con el espacio de parque y campo de juegos que, en la actualidad, se considera conveniente, es decir, diecinueve más que el conjunto entero, sin los edificios. Este hecho suelen pasarlo por alto con esmero quienes confunden el espacio abierto visual proporcionado por los edificios de gran altura con el espacio abierto funcional y utilizable, en escala con el número de habitantes por acre. La multiplicación de estas descomunales enclaves de congestión en todas las partes de la ciudad, a veces explotados privadamente, otras veces ejecutados como empresas públicas para la vivienda, siempre con ayuda del gobierno en virtud de la legislación de «renovación urbana», no puede justificarse como una contribución a una vida social significativa y valiosa o como una pauta deseable para la cooperación humana. Una ciudad entera construida sobre esta base constituiría una pesadilla burocrática de ineficacia e inhumanidad.

Fotografías: Ewing Galloway.

§ 47. Devastación urbana

Actualmente, el medio más divulgado para destruir una ciudad consiste en la introducción de autopistas de múltiples carriles, en especial elevados, en el núcleo central. ¡Esto empezó a hacerse no bien se decidió demoler como estorbos los trenes elevados de pasajeros! Si bien Los Ángeles brinda el ejemplo más enorme de demolición urbana por la construcción desenfrenada de autopistas, Boston es, tal vez, una víctima que da aún más pena, ya que era más lo que tenía que perder, pues se jacta de poseer un valioso núcleo histórico, donde todos los edificios están a un paso, y de un sistema metropolitano de tránsito que, ya en la década de 1890, era un modelo de unificación eficaz. Tal como ocurre con los actuales planes militares basados en la exterminación nuclear, los urbanistas de Boston tratan de cubrir sus errores repitiéndolos en escala más vasta. El resultado final será semejante al que se ha logrado en Greensboro, en Carolina del Norte (§ 47, inferior), a la que se le ha dado el sobrenombre de «ciudad aparcamiento», lo que es injusto, porque todas las ciudades se están convirtiendo rápidamente en lo mismo, incluso Ámsterdam y París, dedicando todo su espacio a los autos y no dejando ninguno para







alguna de las otras funciones de la ciudad. Así, las bombas que devastaron la City de Londres durante la *Blitzkrieg* (en el centro) no causaron más perjuicios que el que ocasiona ahora, día a día, el trazado ilimitado de autopistas y aparcamientos, basado en el programa nacional de carreteras proyectado sobre los mismos supuestos del monotransporte de «puerta a puerta». Una sola función subordinada de la ciudad se ha convertido en el único motivo de su existencia; o, mejor dicho, en la justificación triunfante de su existencia. Con las autopistas, lo mismo que con la construcción de rascacielos, encontramos una soberbia destreza técnica en materia de organización mecánica.y diseño práctico, unida a la incompetencia social y al analfabetismo cultural.

Superior: Carretera elevada de múltiples carriles en Boston, con embotellamientos prefabricados, donde se la conecta con la red callejera. Fotografía: Ewing Galloway. En el medio: Zona bombardeada alrededor de la catedral de San Pablo, Londres. Fotografía: British Official. Por gentileza de la Oficina Británica de Información. Inferior: Greensboro (Carolina del Norte). Fotografía: Ewing Galloway.

§ 48. LOS DEVORADORES DE ESPACIO

Los medios y funciones esenciales de la ciudad —cooperación, comunicación y comunión, reunión, mezcla y movilización— reclaman un recipiente donde gran variedad de actividades puedan desarrollarse simultáneamente. Este recipiente, a fin de ser suficientemente económico en espacio, exige una red de trasporte diversificada. Donde solo se dispone de un medio de trasporte, la actividad debe ser expelida, incluso cuando se trata de movilizaciones ocasionales, como la que puede verse en el Rose Bowl de Pasadena (arriba). La idea de que ningún norteamericano camina de buena gana, ni siquiera un cuarto de kilómetro, es irónicamente refutada por las formidables distancias que, de hecho, cubre recorriendo los centros comerciales y los aparcamientos. De más está decir que estos desiertos pavimentados permanecen costosamente ociosos y vacíos cuando no tienen lugar las actividades de la muchedumbre. Las carreteras públicas de Los Ángeles (segunda imagen) ejemplifican el cáncer del monotrasporte en sus fases más avanzadas: la autopista de carriles múltiples y los terrenos para el estacionamiento de vehículos han devorado casi por completo el tejido







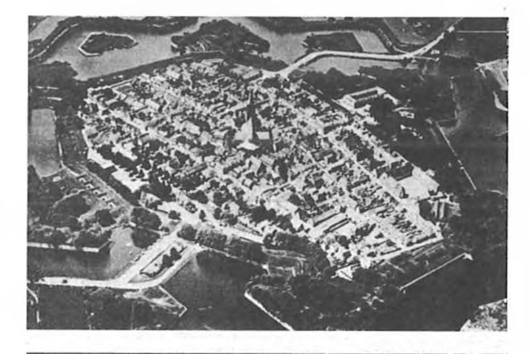


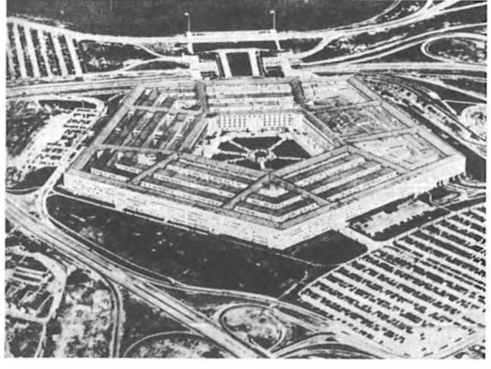
vivo de la ciudad. En pos de una circulación de tránsito sin trabas los ingenieros de carreteas producen enormes «hojas de trébol» (§ 48, tercera imagen), incluso en zonas de poca densidad y con poco tránsito directo, donde no hay ningún motivo para que la circulación ulterior no se vea detenida, de vez en cuando, como en una calle de ciudad. Ahorrar tiempo dilapidando espacio no es, de ningún modo, una economía pública en zonas como la región de la bahía de San Francisco, que están amenazadas por una grave carestía de tierras agrícolas y de recreo y por tremendos excesos de tiempo para un ocio inútil. Aunque el «parque industrial» equivalente norteamericano de la «hacienda comercial» inglesa (§ 48, imagen inferior) constituye un ejemplo superior de planificación neotécnico, hallándose admirablemente aislado de la comunidad vecina y conectado con eficacia por las carreteras, lo barato y lo ventajoso de la construcción de un piso ha fomentado el desorden en el plan. Aquí, los edificios sobre soportes hubieran permitido acomodar debajo los automóviles, protegiéndolos del calor en verano y de la nieve en invierno y, asimismo, hubieran dejado libre el espacio para establecer una zona de recreo para el mediodía, con resultados benéficos desde el punto de vista del trabajo y la producción. En esas zonas, las autoridades públicas bien podrían establecer impuestos diferenciales que favorecieran la edificación industrial más alta, que economiza tierra, y desalentaran a los diseñadores de edificios bajos, excepto en el caso de fábricas que necesitaran instalaciones de máquinas excepcionalmente pesadas. Pero en los Estados Unidos tragarse el espacio se ha convertido casi en un pasatiempo nacional. Las demandas de espacio que hacen los aeropuertos utilizados por los aviones a reacción son tan copiosas que solo se las puede satisfacer en el campo abierto, a tal distancia de las ciudades principales que queda anulado lo que se gana en velocidad entre ciudades tan distantes como Nueva York y Chicago. Las normas que Frank Lloyd Wright proyectó en *The Disappearing City* —por lo menos casi media hectárea de tierra por familia— son consideradas universalmente deseables, aunque no alcanzables. Como consecuencia de esto, la ciudad misma está desapareciendo rápidamente: «perdidas en el espacio» sus partes dispersas.

(§ 48) Superior: Fotografía de Fairchild Aerial Suaveys, Inc., Nueva York. Segunda y tercera imagen: Fotografías por gentileza del Estado de California, Departamento de Obras Públicas. Abajo: Fotografía: Ewing Galloway.

§ 49. Sublimación y regresión.

Naarden, en los Países Bajos (superior). Una extravagancia militar convertida finalmente en una oportunidad cívica. Por fortuna, la fortificación barroca externa consistía, en gran parte, en terraplenes, por lo cual su eliminación eventual en el siglo XIX inspiró a menudo su sublimación en un hermoso cinturón de parque, no solo en Naarden sino también en Bremen, Cracovia y muchas otras ciudades. El Pentágono, en Alexandria, al otro lado del Potomac, frente a Washington (inferior). Un capricho barroco sin valor alguno, resucitado en la década de 1930 por los ingenieros militares de los Estados Unidos y exaltado hasta las proporciones de una catástrofe arquitectónica. La energía nuclear ha agravado este error y trasformado su gigantesca ineptitud cómica en una amenaza trágica, pues aquí la ciudadela ha vuelto a la vida una vez más, aumentadas todas sus antiguas dimensiones y todos los errores elevados a la décima potencia. Las fantasías de un poder absoluto que abrigó la Edad de Bronce, la práctica del exterminio humano ilimitado que caracterizó a la Edad de Bronce, las obsesiones, los odios y las sospechas incontrolables de los dioses y los reyes de la Edad de Bronce han vuelto a arraigar aquí en una forma que imita —y trata de superar— al Kremlin de Iván el Terrible y de sus sucesores en nuestros tiempos. Con esta recaída en menos de una década, ha reaparecido la comunicación unilate-





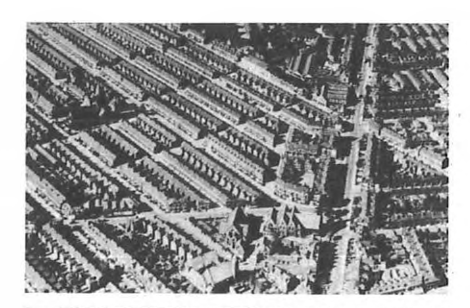
ral, el monopolio sacerdotal del conocimiento secreto, la multiplicación de los organismos secretos, la supresión de la libre discusión e incluso la protección del error frente a la crítica y la denuncia públicas, a través de una política militar y exterior «bipartidaria» que, en la práctica anula la reacción pública y convierte la disidencia racional en equivalente a falta de sentimiento patriótico, cuando no en traición. Desmantelar esta ciudadela regresiva va a resultar una faena mucho más ardua que la demolición de las anteriores fortificaciones barrocas. Pero, hasta su realización, tendrán que esperar todos los planes más ambiciosos para el desarrollo urbano y humano.

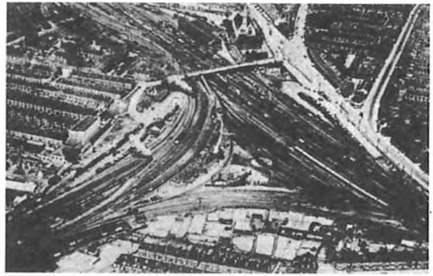
(§ 49) Superior: Fotografía por gentileza de la Oficina de Información de los Países Bajos. Inferior: Fotografía: Ewing Galloway. Mi crítica más detallada de la psicopatología crónica de nuestra época moralmente desorientada se encontrará en *The Morals of Extermination*, aparecida en el número de octubre de 1959, en la revista *Atlantic Monthly*. Véase, asimismo, mi libro *In the Name of Sanity*.

§ 50. *Plus ça change...*

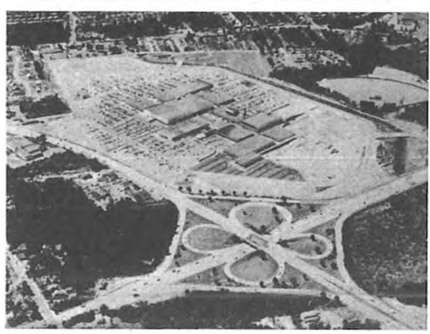
(Superior) Vivienda de clase obrera del siglo XIX. Grisácea, repetitiva, concebida mecánicamente, congestionada, con todo el espacio asignado a la calle y ninguno al jardín o al campo de juegos. (Segunda imagen) Los ferrocarriles se apropiaron coordinadamente de grandes porciones de tierra cerca del centro y llevaron suciedad y ruido al barrio residencial. (Tercera imagen) Este ejemplo de vivienda suburbana del siglo XIX está considerablemente por encima de la gran masa de viviendas de este tipo existente en torno de la mayor parte de los centros metropolitanos de los Estados Unidos; a pesar de las excavadoras, han quedado unos cuantos árboles, hay más espacio alrededor de las casas y el constructor ha proporcionado incluso una parcela de espacio abierto público. Romanticismo residual. Pero considerando el gran número de precedentes superiores con que se cuenta en materia de urbanización y agrupación de las casas (véanse los § 44, 51 y 60), el resultado obtenido aquí se limita a reiterar los errores cometidos en la era ferroviaria, en un punto más alto de la espiral. En lo concerniente al centro comercial y su apar-

camiento, así como a la autopista (abajo), también estos elementos exhiben los vicios paleotécnicos típicos, solo levemente disfrazados: la devastación espacial y la desintegración cívica con objeto de acelerar el rendimiento tecnológico y comercial. El monotrasporte genera un aislamiento monofuncional. Mientras tanto, el humo que sale de los incineradores de basuras y las emanaciones de los automóviles y aviones a reacción —por no hablar de las formas coetáneas de contaminación industrial— producen *smog*, tan perjudicial para la salud como la anterior cortina de humo.









Superior: Vecindario de Mánchester. Fotografía: Aerofilms, Ltd., Londres. Segunda imagen: Playas del ferrocarril en Doncaster. Fotografía: Aerofilms and Aero Pictorial Ltd., Londres. Tercera imagen: Fotografía de *The New York Times*. Inferior: Garden State Plaza en Paramus (Nueva Jersey). Fotografía de Fairchild Aerial Surveys, Inc., Nueva York.

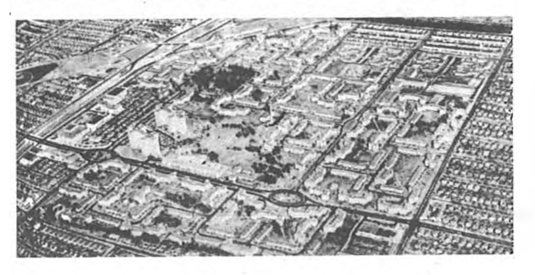
§ 51. Innovaciones urbanas

El Plan de Radburn (§ 51, superior), la primera gran innovación en urbanismo desde la fundación de Venecia, fue inspirada por una

sugestión de un lego, que concibió su nuevo trazado como una «villa para la era del automóvil» (véase *New Towns for America*, de Clarence Stein). Pero la adaptación al automóvil solo fue uno de sus múltiples rasgos distintivos: también utilizó la separación del tráfico mediante pasajes aéreos y subterráneos, practicada inicialmente por Olmsted en Central Park; la supermanzana suburbana, con un uso más sistemático del callejón sin salida para el logro de aislamiento y tranquilidad; la franja arbolada continua (también invención de Olmsted); la separación entre los caminos de acceso vecinales y las arterias principales de tránsito, según está delineada en el concepto de unidad vecinal de Perry; y la escuela y la piscina que están instaladas en el parque, como núcleo cívico de un barrio. Estas trasformaciones radicales quedaron algo ocultas por la conservación de la casa suburbana convencional; pero, incluso en la fotografía es evidente la diferencia entre la unidad básica de Radburn y el trazado convencional semisuburbano, en la parte superior. Si Radburn hubiera llegado a ser una ciudad de cinturón verde plenamente desarrollada, en vez de ser liquidada para hacer frente a la depresión, podría haber tenido un efecto inmediato comparable al de Letchworth y Welwyn en el diseño de las *New Towns* británicas. Una comparación con el § 60 pondrá en evidencia las virtudes especiales del Plan de Radburn, que los urbanistas europeos han tardado en reconocer. La adopción del mismo esquema por Le Corbusier, que Mayer y Nowicki confeccionaron para su Chandigarh, le ha conferido finalmente







el sello de su reputación a un plan que la gente mal informada puede creer que inventó él. Baldwin Hills Village (§ 51, centro) demuestra la eficacia de la «planificación en recinto», dentro de una supermanzana aislada del tráfico directo, con el garaje privado en la periferia, quedando la franja entera fuera de las calles superfluas que son visibles, arriba, en la urbanización comercial de tipo corriente. Se trata de un ejemplo notable de planificación eficaz, ya que el parque interior es para los seres humanos y no para los coches. Aquí la densidad se podría haber triplicado sin perjudicar la apertura del plan. Estas supermanzanas contrastan favorablemente con la aridez de las planchas de gran altura, con sus espacios abiertos de estética informe y sus espacios abiertos, por lo común sin jardines (extremo inferior). Una unidad residencial (Fresh Meadows, Long Island) diestramente proyectada para aminorar la velocidad del tráfico de vehículos a motor, sin efectuar la separación total lograda en Radburn. Los amplios espacios abiertos, la conservación de un bosquecillo de robles a la izquierda, la supresión de calles innecesarias, el establecimiento de adecuados mercados vecinales próximos, así como de un centro general de tiendas que está al servicio de toda la zona, el uso de garajes colectivos, en vez de ratoneras individuales o de derrochonas plazas de aparcamiento, muestra que la combinación de la apertura y de la urbanidad deben ser características de una ciudad bien proyectada, en contraste con la uniformidad de la zona circundante, antieconómica y antiestética. Los puntos más flojos de todo el diseño son las dos altas casas de departamentos, de concepción mezquina y mal situadas, en tanto que las casas de tres pisos son excelentes. El Rochamptom Estate del London County Council, con su combinación de apartamentos en las alturas y de casas más bajas y de *maisonettes*, muestra un manejo más acertado de unidades grandes.

(§ 51) Superior: Fotografía de Fairchild Aerial Surveys, Inc., Nueva York. Centro: Fotografía por gentileza de Clarence S. Stein. Inferior: Fotografía por gentileza de la New York Life Insurance Company.

§ 52. Planificación en recinto

El planificación en recinto ha sobrevivido hasta los tiempos modernos en ejemplos tan acertados como Harvard Yard (superior) que es, también, una supermanzana, aislada del tráfico directo. El mismo trazado ordenado, aunque variado, de edificios sería aplicable igualmente a un grupo de edificios de viviendas. El valor de Harvard Yard depende de la exclusión del automóvil: la posibilidad de esto, sin renunciar a la comodidad, no solo quedó demostrada en Radburn sino también en Sunnyside Gardens y Baldwin Hills. Por la ausencia de este control, muchos de los edificios más hermosos de Harvard, antaño rodeados por prados abiertos, como Austin Hall, se están hundiendo ahora en un mar de automóviles. La Harvard Business School, al otro lado del río Charles (abajo), es también un recinto autónomo, pero lo paga con los automóviles que le quitan espacio. Dicho sea de paso, la zona de bosque tupido que aparece arriba, a la izquierda, señala uno de los ejemplos más encantadores de trazado suburbano espontáneo de mediados del siglo XIX, con supermanzanas y *cul-de-sacs,* trazados antes de que Olmsted practicara el arte. Al igual que en el caso de los colegios de Oxford y Cambridge, ninguna otra parte de la planificación fragmentaria de Harvard, ni siquiera el Graduate Center, ha sido tan hermosa ni tan económicamente justificable como la del Yard. Hoy la única opción que queda es entre la congestión desorganizadora y la colonización bien dirigida: nuevas Harvards en zonas conexas de Nueva Inglaterra o, tal vez, en otras





partes del país. ¿Continuarán esta y otras grandes universidades siendo fieles al erróneo ejemplo de Roma o aprenderán la lección de Delfos, que la propia población de Cambridge siguió en el siglo XVII?

(§ 52) Superior: Harvard Yard. Fotografía de Felt. Por gentileza de Harvard University. Inferior: Fotografía: Ewing Gallowy.

§ 53. Zonificación funcional

La ciudad es, fundamentalmente, un lugar para el desarrollo de actividades diversificadas y mezcladas; pero en el caso de industrias como las del cemento y los productos químicos, las plantas siderúrgicas y los mataderos, resulta conveniente el aislamiento espacial, lo cual justifica los recorridos relativamente largos hasta el lugar de trabajo. Hasta en las fábricas eléctricas (centro) la necesidad de desvíos de las vías férreas y de una organización fabril en gran escala exige que la zona entera quede libre del trazado callejero y separada, al menos por una franja de parque, del resto de la ciudad. Esta delimitación industrial de zonas y desarrollo corporativo de las fábricas ha constituido una de las características más eficaces de las *New Towns* británicas, comenzando por Welwyn Garden City. La separación entre la planta siderúrgica (arriba) y las viviendas obreras contrastan gratamente con lo que se ve en el § 39; por más que las carreteras siguen siendo de una anchura antieconómica, los jardines y cam-





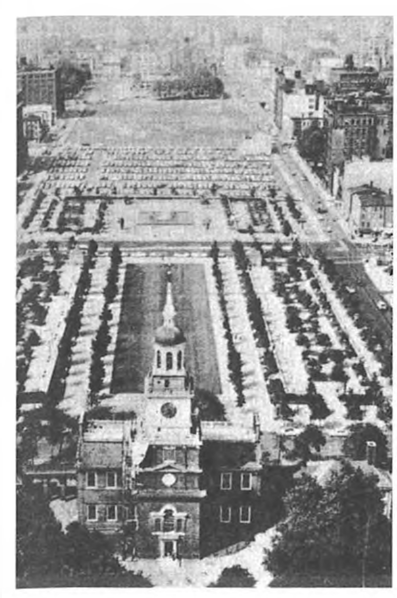
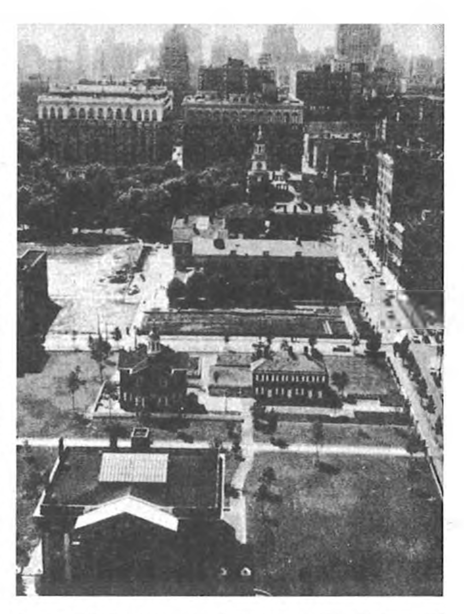


pos de juego, característicos de la mayor parte de las viviendas subvencionadas por el Estado en Gran Bretaña, desde 1920, constituyen una contribución de importancia vital a la amenidad y a la salud. La hacienda comercial (Parque industrial) de Slough (§ 53, abajo) es una de los varias que se iniciaron en Inglaterra, como el enorme fundo de Trafford Park, en Mánchester, en la década de 1890. Cuando se los proyecta como parte integrante de una población o un grupo de poblaciones constituyen una valiosa contribución al orden urbano. En los Estados Unidos, el uso de la zonificación con fines no funcionales, en especial en los sectores residenciales, genera, por la común, monotonía arquitectónica, incomodidad práctica y segregación social. La combinación funcional resulta, a veces, tan imperativa como la separación funcional.

(§ 53) Superior y centro: Fotografía de Ewing Galloway. Inferior: Fotografía de Aerofilms, Ltd., Londres.

§ 54. Conservación y renovación

Como líder en materia de urbanismo, Filadelfia ocupa hoy el puesto que Boston ocupó en la década de 1890. La renovación del núcleo histórica en torno del Independence Hall ha proporcionado un estímulo que se ha difundido por el antiguo barrio residencial contiguo de Society Hill, y ahora promete llevar a la rehabilitación del distrito comercial central. La recolonización del recinto histórico con edificios residenciales en estructuras restauradas del siglo XVIII y de comienzos del siglo XIX se ha combinado con nuevos edificios de viviendas; por desgracia, las dimensiones de estas últimas reflejan la escala comercial, basada en las grandes rentas, y no la escala doméstica, basada en las necesidades humanas. El acceso barroco formalista a Independence Hall (§ 54, arriba a la izquierda) muestra cuánto más fácil es abrir el espacio que encerrarlo en una forma orgánica. Pero los pequeños parques y campos de juegos del vecindario (inferior izquierda), conectados por paseos arbolados para peatones, merecen la más amplia imitación en Filadelfia y otras partes. La nueva apreciación del orden y la apertura, registrada inicialmente en el recinto histórico, se ha extendido ahora al barrio comercial, donde la previsión de la Comisión de Urbanismo sacó partido de la demolición

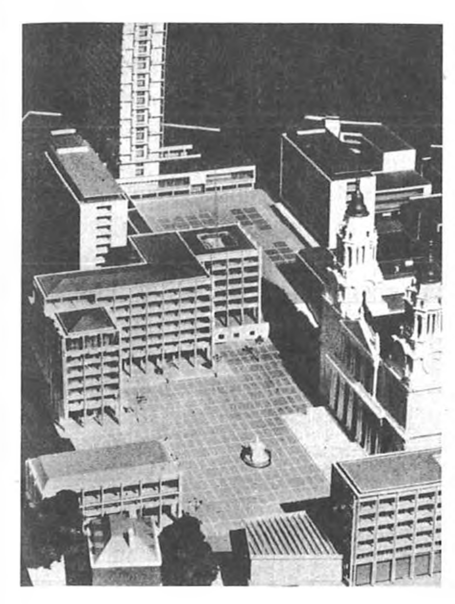


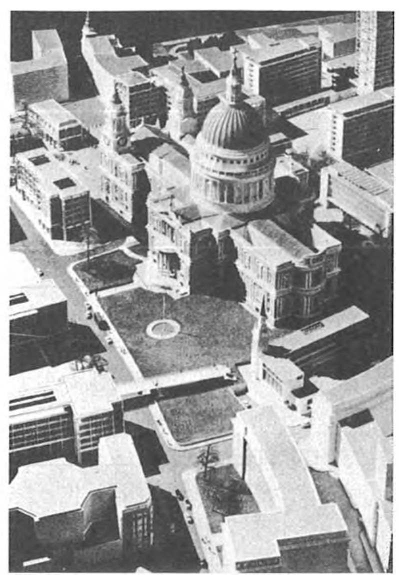
del viaducto ferroviario y sus terminales, para crear un nuevo centro comercial y sector de hoteles, proyecto en que actuaron felizmente de concierto la empresa privada y el espíritu público. La mediocridad de la forma arquitectónica se ve redimida, en parte, por el orden abierto y el uso inteligente de los espacios internos. El núcleo cívico de Filadelfia, pese a haber sido debilitado por el éxodo a los suburbios, ha comenzado a ejercer, a través del museo de bellas artes, el sistema de bibliotecas, las universidades y el propio recinto histórico, un poder de atracción a lo largo del valle del Delaware. Esto no solo debería dar lugar a la renovación interna de la ciudad sino también al mantenimiento de la matriz verde y al paso de la conurbación congestionada del pasado a la nueva parrilla urbana y regional.

(§ 54) Superior izquierda: Independence Hall, con el nueva acceso formal. Superior derecha: El núcleo histórico, mostrando Carpenters' Hall, un Guild Hall colonial (con torrecilla) en el centro y más allá del Second Bank of the United States de William Strickland (templo griego), la American Philosophical Society y la torre de Independence Hall. Inferior izquierda: Pequeño parque vecinal, en el sector histórico, cuya rehabilitación comenzó con el establecimiento de jardines en los viejos edificios utilizados por las compañías de seguros que todavía están concentradas en este barrio. Inferior derecha: Penn Center: inicialmente bosquejado en plano y modelo por la Comisión Municipal de Urbanismo. Todas las fotografías por gentileza de la Comisión Municipal de Urbanismo, cuyo director ejecutivo es Edmund N. Bacon.

§ 55. Núcleo histórico

Debido en parte al valor de la tierra, a las diversas propiedades corporativas y a las continuas necesidades comerciales de la City de Londres, sus urbanistas de la postguerra no intentaron, como los conservadores del núcleo histórica de Filadelfia, convertir la zona que rodea la catedral de San Pablo en un gran parque. Pero la tentación de tratar a los edificios situados inmediatamente en tomo a San Pablo como a una composición barroca formalista estuvo presente en el comienzo, y las mismas premisas estéticas fomentaron una vehemente oposición posterior al mejor plan que aquí se muestra. En vez de diseñar el sector que rodea inme-





diatamente a San Pablo de forma tal que «armonizara» en los detalles exteriores con la catedral, según la moda seguida con excesiva frecuencia en Filadelfia, por firmas comerciales que están próximas al Independence Hall, sir William Holford sugirió que aquí se forjara un engaste que contrastara audazmente con la joya arquitectónica que contiene. Hasta evitó la tentación de imponer alturas uniformes y fachadas regulares; pero logró una gran variedad en los edificios, con espacios abiertos hasta entonces inalcanzables, haciendo variar las alturas, en proporción con la cantidad de terreno cubierto, produciendo diversidad de accesos y una sucesión de perspectivas abiertas y bloqueadas que hacen honor a los dones de la complejidad y la sorpresa que son característicos de Londres. Compárese este plan orgánico, con su flexibilidad funcional y su variedad estética, sus espacios bien cubiertos y sus vallados amigables, con la uniformidad letal, la aridez visual, la escala inhumana y, lo que aún es peor, la falta de sentido humano que se observa en la serie de grandiosos planes urbanos que Le Corbusier ha presentado desde la década de 1920. En este plan para el recinto de San Pablo se han ajustado las necesidades y los intereses comerciales a las demás actividades humanas, en tanto

que en las «ciudades ideales» de Le Corbusier y sus imitadores (hasta llegar a Chandigarh) prevalece absolutamente una regimentación burocrática. Por desgracia, la imaginación de Le Corbusier, profundamente en armonía con las tendencias negativas que actúan en la sociedad contemporánea, ha sido durante toda una generación la más poderosa influencia separada sobre la arquitectura y el urbanismo en todo el mundo. Aquí, en cambio, lo que hay de válido en el pensamiento de Le Corbusier ha sido asimilado admirablemente, poniéndolo en una relación orgánica con todo el margen de actividades urbanas. Aquí, también, la conservación y el realce de un monumento histórico no ha producido una serie de falsificaciones estúpidas, sino sugerencias de un nuevo orden de urbanismo y edificación que serán aplicables en todas partes.

(§ 55) Izquierda: Plazoleta y entrada a la catedral de San Pablo. (§ 55) Derecha: Vista lateral desde el este. Fotografía de modelos por gentileza de la *Town Planning Review* (véase Holford en la bibliografía).

§ 56. Ciudad universitaria

La función más importante de la ciudad, aparte del mismo drama cotidiano —la de extender y trasmitir el legado cultural— se lleva a cabo ahora, principalmente, en ciudades universitarias, del orden de Berkeley, que aparece aquí, y Cambridge. Berkeley —así llamada como homenaje al gran filósofo, en recuerdo de su poema «On the Founding of an Institution of Learning in America»— fue proyectado en 1858; a mediados de la década de 1860, F. L. Olmsted fue invitado a proyectar el campus. Por desgracia, el dinero necesario para el desarrollo de la Universidad se obtuvo mediante la venta de lotes contiguos al recinto de la misma, con el resultado de que la ciudad ha perdido ahora su identidad física, entremezclándose con su vecina más grande, Oakland. El examen atento de la imagen mostrará que la universidad y la población de abajo ofrecen un ejemplo de casi todos los elementos culturales de la ciudad histórica: templo, terreno de juego, gimnasio, *campanile*, teatro, ayuntamiento, «palacio», parque e incluso (¡en los dormitorios!) monasterio. En la economía emergente, con su perspectiva de una sobreabundancia anual de productos consumibles y de un excedente de ocio lúgubremente vacuo, la

universidad ocupa una posición clave, pues la escuela surgió del margen de ocio de la *polis* griega y en la era que se inicia, la *paideia* o educación en el sentido más amplio, tal como se la emplea en la clásica exposición de Werner Jaeger, se convertirá en la ocupación esencial en la vida. Con su larga memoria, sus conexiones internacionales de vital importancia y su dedicación disciplinada a la comunicación y a la cooperación intelectuales, la universidad se ha convertido en el núcleo central de la nueva red urbana y cultural. Pero al prolongar las actividades intelectuales del antiguo templo, la universidad conserva todavía señales de su origen. Aunque promueve el saber de los escribas e indagadores, el «nuevo saber», que surgió con la ciudad antigua, solo ha comenzado a dar un lugar a las artes más antiguas que precedieron al templo: la pintura, el ritual, la danza, la música e incluso la religión. Además, por su interés exclusivo en el desarrollo del conocimiento sistemático, la universidad ha llegado a caricaturizar muchos de los peores aspectos de la ciudad histórica: la intensa división profesional, la superespecialización y la subordinación jerárquica, bajo una invasiva disciplina burocrática. Mientras tanto, el universo en expansión del conocimiento, sujeto a fuerzas análogas a las que ha producido la expansión tecnológica automática, ha perdido su punto humano central de referencia, por lo cual se ha producido una incapacidad para valorar, asimilar y dar mayores usos humanos a sus productos más valiosos. El resultado ha sido el aplastamiento del hombre entero y la progresiva deshumanización del hombre fraccionado, entregado a hacer su contribución fraccionada al conocimiento, incapaz de abarcar una situación en conjunto o de dar una respuesta completa,



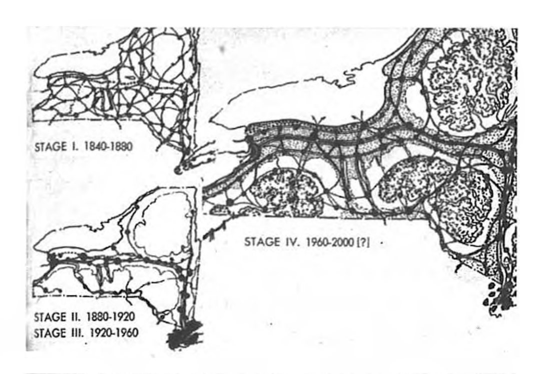
con las emociones, los sentimientos y la imaginación tan disciplinados como sus reacciones intelectuales. Tales como están constituidas ahora, hasta las más grandes universidades —y la Universidad de California, en Berkeley, es una de las grandes— ostentan los actuales vicios metropolitanos en la hipertrofia y la congestión, la disociación y la desorganización. Para que la universidad actúe como el núcleo organizador en la nueva implosión urbana, no solo debe descentralizar y reorganizar sus instalaciones sobre una base regional, como lo están haciendo ahora muchas universidades estatales norteamericanas, sino también experimentar una trasformación interna: pasar de la pedagogía a la *paideia*, de la ciencia a la sabiduría, del desapego al compromiso. De este modo, surgirá un nuevo sistema del saber, una nueva actitud hacia todas las manifestaciones de la vida, tan diferente de la ciencia y la tecnología fundadas por Galileo, Bacon, Descartes y Newton como estas lo son de la teología de Tomás de Aquino. Sin esta Gran Restauración, nuestros planes para el desarrollo urbano seguirán siendo estériles y superficiales.

(§ 56) Fotografía: Fairchild Aerial Surveys, Inc., Nueva York.

§ 57. Parrilla regional

Este análisis del crecimiento de las comunidades urbanas en el Estado de Nueva York, obra principalmente de Henry Wright, empieza con la culminación de la fase inicial de la colonización. La pauta de la población indica la actividad y el intercambio de magnitud estatal, basado en mil cuatrocientos kilómetros de canales, cinco mil ruedas hidráulicas y cuatrocientas pequeñas poblaciones industriales. Si bien el ferrocarril complementó al canal y la carretera, también siguió una pauta regional, con muchas pequeñas líneas transversales. Con el tiempo, esas líneas fueron absorbidas por unas cuantas líneas ferroviarias troncales, pero continuaron en funcionamiento, aunque debilitadas, hasta la tercera década del siglo xx. El segundo fue un período de concentración a lo largo de las principales rutas de trasporte, que favoreció a la metrópoli y fomentó su congestión. Esta se inició con el establecimiento de un servicio naviero regular entre Nueva York y Liverpool en 1816, y fue promovido por la construcción del canal Erie, a lo largo del valle de Mohawk, yen-

do a terminar en Buffalo, lo cual le dio a Nueva York una conexión acuática directa con los Grandes Lagos y su correspondiente región interior. El ferrocarril, siguiendo la misma ruta al nivel de las aguas, reemplazó en gran parte al canal hacia 1880. El tren de vapor y el tranvía eléctrico promovieron por igual la concentración dentro de las ciudades más grandes o iniciaron la dispersión suburbana. En 1925 Wright representó una posible distribución de ciudades, que aquí se muestra, con mayor concentración que en el primer período y menor que en el segundo. Entre 1920 y 1960, al hacerse efectiva la reserva de la Adirondack State Forest, parte de la población se retiró de esa zona, pero la congestión metropolitana prosiguió con más rapidez que nunca en las zonas de Nueva York y Buffalo. Para representar el concepto de la red urbana y cultural, me he vuelto hacia el diagrama de Wright, por considerarlo su más próximo equivalente, aunque, naturalmente, requiere ulterior desarrollo. Este diagrama indica cómo podría lograrse el equilibrio regional mediante una distribución ordenada de la población y la industria en muchas comunidades más pequeñas, con tamaños y funciones variables, como la que se muestra (inferior) en el valle de Mohawk. Mediante organización y asociación deliberadas, hasta la más pequeña entre estas comunidades podría gozar de ventajas metropolitanas, de las que en la actualidad no goza ni la misma metrópoli, al par que conservaría un entorno más rico, con oportunidades más abundantes y variadas de educación y recreación.

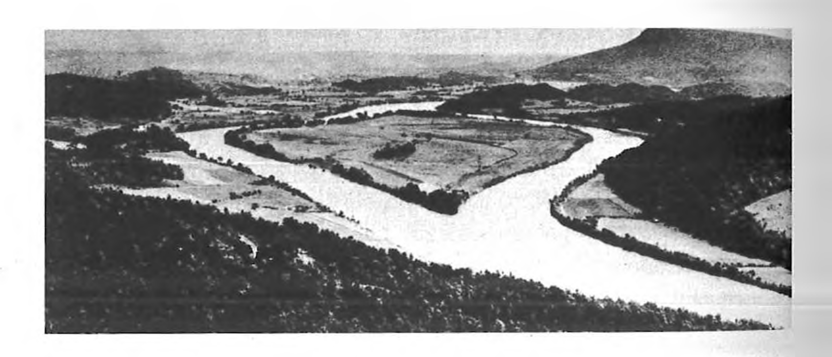




(§ 57) Superior: Diagnóstico histórico y plan para el Estado de Nueva York, por Henry Wright. Informe final de la New York State Housing and Regional Planning Commission, Albany, 1926. Inferior: Pequeña población en el valle de Mohawk. Fotografía: Ewing Galloway.

§ 58. Matriz verde

El mantenimiento del marco regional, la matriz verde, es de importancia fundamental para la cultura de las ciudades. Allí donde este marco se ve afeado, mutilado o destruido, necesariamente se sigue la decadencia de la ciudad, pues la relación es simbiótica. La dificultad para mantener este equilibrio ha aumentado momentáneamente, no solo por el crecimiento desenfrenado de tejido urbano de poca densidad por todas partes, que salpica con incontables puestos junto a los caminos, «moteles», garajes, agencias de venta de automóviles y lotes para construcción, sino también por la rápida industrialización de la agricultura, que ha dejado de ser un modo de vida para convertirse en un negocio de elaboración mecánica, que no difiere, por su contenido, su propósito o su perspectiva, de cualquier otra ocupación metropolitana. La reocupación y la reconstrucción del paisaje, como una fuente de valores esenciales en una vida equilibrada, es una de las condiciones más importantes para la renovación urbana. La supuesta necesidad del urbanista de elegir entre cinturones verdes y cuñas verdes es como la otra opción vigente entre los bloques de apartamentos de gran altura para ciudades centrales y viviendas bajas para una







familia en las comunidades periféricas: un dilema gratuito y una falsa alternativa. Lo que es de importancia fundamental es la conservación de la matriz verde en que están instaladas las comunidades urbanas, grandes o pequeñas: sobre todo, existe la necesidad de impedir que el crecimiento sin control del tejido urbano arrase esta matriz y desequilibre toda la pauta ecológica de ciudad y campo. Con el aumento del ocio se ha tornado más importante que nunca conservar el fondo natural, no solo manteniendo zonas con suelos ricos para la agricultura y la horticultura, así como zonas de rasgos topográficos notables para el recreo y el recogimiento, sino también aumentar las oportunidades de actividad personal, como aficionado, en materia de horticultura, jardinería paisajista, crianza de animales y observación científica. La Tennessee Valley Authority compartía la debilidad de los estudios e informes estatales de planes regionales que la sucedieron en la década de 1930, por cuanto estaba orientada casi exclusivamente al control de la corriente, la producción de energía y la conservación del suelo, careciendo totalmente de una política urbanista. Si los directores iniciales hubieran prestado más atención al éxito de la pequeña población industrial de Kingsport (Tennessee), proyectada en 1915 por John Nolen, bajo la dirección de la empresa privada, habrían coordinado sus espléndidas mejoras regionales con la renovación y la extensión de las pequeñas comunidades existentes y la construcción de otras nuevas; o, por lo menos, habrían llamado la atención sobre la necesidad de una legislación orientada hacia esos fines. La falta de esto resulta particularmente deprimente en regiones relativamente subdesarrolladas, como el valle del Tennessee y las zonas contiguas, en Carolina del Norte, donde todos los errores y absurdos que han producido las enormes conurbaciones disociadas del pasado se reiteran hoy con fatuidad.

(§ 58) Pág. 1044: Paisaje del Valle del Tennessee. Fotografía por gentileza de la Tennessee Valley Authority. (§ 58) Superior: Instalaciones para el recreo acuático, Gentileza del Museum of Moderm Art, Nueva York. Inferior: Kingspont (Tenn.), Fairchild Aerial Surveys, Inc., Nueva York.

§ 59. La escala humana

La escala humana no es nunca absoluta: pues no solo está determinada por las dimensiones normales del cuerpo humano sino también por las funciones que se facilitan y por los intereses y propósitos que se satisfacen. Así, un grupo de edificios altos (§ 59, superior izquierda), como las muy espaciosas casas de apartamentos cerca del Centrum de Vällingby pueden mantener todavía la escala humana, especialmente porque los edificios más bajos, en el centro comercial que se ve en primer plano, la loma de casas bajas que hay al fondo y los árboles a la izquierda disminuyen la carga estética del gran tamaño, del mismo modo que un trasformador disminuye la corriente eléctrica para adaptarla a un voltaje local. Vällingby, situada a catorce kilómetros del centro de Estocolmo, aunque no fue proyectada para que tuviera una base industrial y comercial para más del veinticinco por ciento de su residentes, constituye un paso ejemplar hacia la descentralización y la reintegración metropolitana dentro de una matriz verde permanente. El centro cuenta con teatro, cine, salas de reunión, ayuntamiento, biblioteca e incluso un centro juvenil, además de edificios altos y bajos para viviendas; en tanto que, a su alrededor, las zonas residenciales más abiertas están esparcidas entre parques y bosques. Las oficinas y el centro comercial están colocados a horcajadas del sistema eléctrico de trasporte rápido y, si bien el centro, aquí igual que en Róterdam, dispone de espacio para el estacionamiento de automóviles privados, los diseñadores han previsto toda una red de trasportes, con la debida atención al tránsito público rápido. El centro comercial de múltiples niveles en Coventry (inferior izquierda), con sus árboles y parterres de flores, su paseo bien resguardado y su relación agradable de edificios es, por consenso, uno de los más hermosos que se haya construido en el mundo; pero cuando se presentó por primera vez, en 1946, sus rasgos más eficaces, su vallado y su aislamiento de recinto, tropezaron con la









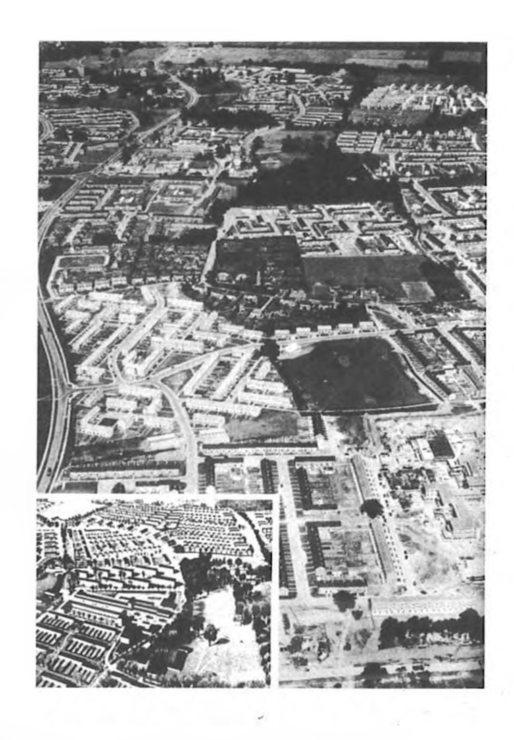
oposición de los «intereses comerciales» que confundían malos hábitos con buenas razones. La vivienda, en la imagen derecha, dos vistas de la misma propiedad cerca de Richmond, muestra cómo la escala humana puede mantenerse con una densidad residencial considerablemente superior a la que se favorece tanto en los suburbios como en las *New Towns*, cuando el arquitecto está liberado de prescripciones arbitrariamente uniformes, en lo tocante a espacios para jardín, alejamiento de los caminos y trazados viales anticuados; y una vez también que se libera de imágenes formalistas como la de la losa de gran altura, cuyo costo extravagante no se ve compensado por beneficios sociales o estéticos.

(§ 59) Superior izquierda: Vällingby Centrum. Fotografía de Lennart af Petersens, Estocolmo. Inferior izquierda: Centro comercial de Coventry. Fotografía por gentileza del Departamento de Arquitectura y Urbanismo de la ciudad de Coventry, arquitecto municipal: Arthur Ling. Derecha superior e inferior: Parkleys, Ham Common, Surrey. Departamentos de dos y tres pisos, densidad residencial: aproximadamente ochenta personas cada media hectárea. Fotografía por gentileza de Erie Lyons.

§ 60. Hacia las «ciudades sociales»

Harlow, una de las más hermosas *New Towns* británicas, constituye, en más de un sentido, un sueño realizado: el sueño de la Ciudad Jardín que tuvo Howard, realizado por primera vez en Letchworth y Welwyn, el sueño que tuvo Unwin de la ciudad verde y abierta, con una densidad residencial de doce a catorce familias cada media hectárea, el sueño que tuvo Clarence Perry de la organización urbana por vecindario, el sueño que tuvo sir F. J. Osbon de las *New Towns*, después de la guerra y, no menos importante, el sueño de sir Patrick Abercrombie de la Gran Londres de postguerra. Como muestra la figura inserta, Abercrombie propuso los centros comerciales de vecindario, si bien con más casas de apartamentos que las que han considerado conveniente construir las New Towns Corporations. Los amplios espacios para juego en las *New Towns* son prescritos para las escuelas británicas, en virtud de la ley de postguerra sobre la educación, pero los más grandes bien podrían haber estado situados en el cinturón verde periférico. Sostengo que, para los fines urba-

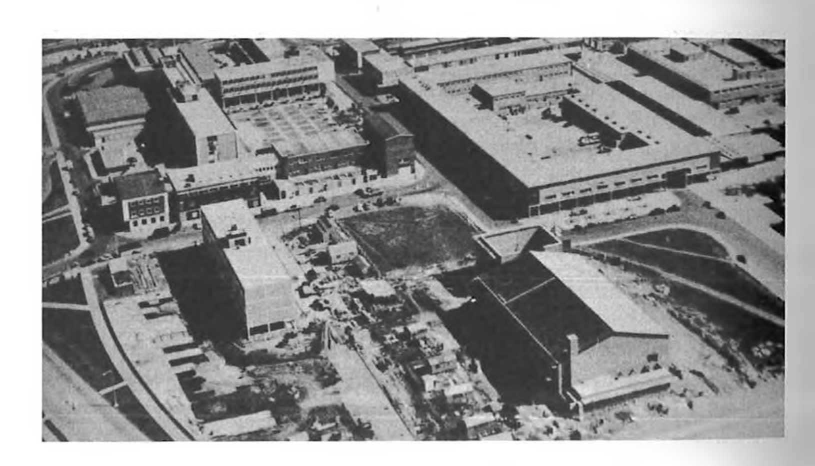
nos del acceso y la fácil reunión, las franjas continuas de parque, como existen en Radburn, habrían sido preferibles a las anchas parcelas de verde; en tanto que el uso más sistemático de la supermanzana y el callejón sin salida habrían producido una estructura más compacta, con un aislamiento residencial más eficaz aún. Pero, como en la mayoría de las *New Towns*, el sector fabril es soberbio. Estas ciudades nuevas, exentas de zonas apestadas, de tugurios, de fábricas o depósitos mal situados, de las molestias del humo, del desequilibrio de funciones, de desorden y derroche, de sacrificio del bien del conjunto en beneficio o por el prestigio de una sola parte, son ciudades de un orden superior; demuestran que la mera competencia técnica puede ser enormemente realzada por la coordinación económica y la dirección pública. Estos perfeccionamientos no se contaminarán ni borrarán con el tiempo: están arraigados en la pauta misma, como, después de medio siglo de existencia, lo demuestra Letchworth Garden City. Harlow es uno de los integrantes de un conglomerado de ciudades que se extiende desde Essex hasta Hertfordshire: un conglomerado urbano embrionario o una «ciudad social» a la que todavía queda por conferir una plasmación política plena. La construcción de las quince *New Towns*, bajo las difíciles condiciones económicas que predominaron durante una década a partir de 1945, fue uno de los grandes logros de la administración municipal británica. Por un momento, las necesidades de la vida, alentadas por los sacrificios en tiempos de la guerra, prevalecieron sobre las atracciones y perversiones de una economía monetaria.



(§ 60) Harlow. Iniciada en 1947. Población en 1960: aproximadamente cincuenta mil habitantes. Población máxima prevista: ochenta mil. Fotografía por gentileza de la Harlow Development Corporation. (Intercalado) Sección de una *New Town*, tomada del *Greater London Plan* de Patrick Abercrombie.

§ 61. El núcleo cívico

A diferencia de lo que ocurría en la ciudad antigua, el núcleo de la ciudad contemporánea es, ante todo, secular: es el reflejo de la tecnología y la economía predominantes. Pero, dentro de este núcleo, un nuevo orden y un nuevo decoro han comenzado a prevalecer, como lo revelan claramente estas fotografías del Town Center, de Harlow. Si bien las estipulaciones relativas a las escuelas y los campos de juego de las *New Towns* han sido tan ejemplares como la planificación de las zonas industriales de la *New Town*, fue un descuido absoluto el no establecer nuevos colegios, universidades y escuelas técnicas en estas comunidades o no prever nada para su ulterior creación (véase imagen § 56). No obstante, está llevándose a cabo una nueva integración de las funciones de la ciudad, tanto en los centros vecinales como en el Town Center o casco urbano (abajo). Obsérvese la combinación de tiendas, oficinas comerciales y profesionales, y edificios municipales que se muestra aquí, con una plaza abierta admirablemente diseñada —hablo como testigo— para la celebración de ceremonias



públicas. Ningún centro comercial aislado puede compararse en punto a comodidad, eficacia o interés humano con las complejas actividades de un genuino centro cívico. El urbanismo no puede reducirse a «vivienda, trabajo, recreo y circulación», según la fórmula del urbanista corriente; más bien la ciudad entera debe ser concebida, principalmente, como escenario para la ciudadanía activa, para la educación y para una vida personal rica y autónoma.





(§ 61) Pág, 1050: Harlow. Casco urbano. Superior e inferior: Centro de la villa, renovación del paseo para peatones y de la plaza abierta en estilo contemporáneo, cerrado al tráfico rodado. Todas las fotografías por gentileza de la Harlow Development Corporation. Urbanista: Frederick Gibberd.

§ 62. Por el terror hacia el triunfo

La escultura de Ossip Zadkin (§ 62 superior), colocada en una plaza que da a la bahía interna de Róterdam, simboliza la agonía de la ciudad, cuyo núcleo interior fue demolido, con el exterminio de treinta mil personas, por bombas alemanas en mayo de 1940. Este acto de barbarie fue precedido por la destrucción de Varsovia, en 1939, y repetido y muchas veces exaltado en los ataques nazis contra Londres, Coventry, Mánchester y Liverpool, solo para alcanzar una culminación cuantitativa con la adopción, por parte de la democracia, de los mismos métodos en sus ataques a Berlín, Hamburgo, Dresde, Tokio, Hiroshima y Nagasaki, entre muchas otras ciudades, en un holocausto urbano universal. No todas las ciudades se pusieron a la altura de la exigencia que significaba su destrucción con tanta decisión y tanta destreza como Róterdam. Reuniendo



las antiguas propiedades, se hizo posible proyectar nuevamente el centro (abajo) para la instalación de comercios y viviendas. Al frente de las grandes tiendas (La Colmena), en el centro de la fotografía, se levanta la magnífica escultura de Naum Gabo, un tributo a la destreza y a la audacia del astillero de Róterdam, donde fue construida, y a la imaginación del director de urbanismo que reclama una interrupción visual en ese punto de la imagen de la calle. El grupo bajo y extenso de edificios que hay atrás forma parte del paseo comercial del Lijnbaan. Detrás de este aparece un grupo de bloques de viviendas de gran altura, cuyos patios interiores vacíos podrían haber sido mejorados mediante una disposición más libre de los recintos y la intervención de estructuras más bajas. Pero el objetivo principal, la restauración de la ciudad como lugar de reunión, donde se congregan diversas funciones humanas, se logró admirablemente.

Superior: Escultura por Zadkine, en Róterdam, cerca del muelle, donde los botalones y las grúas hacen eco a la distancia a los brazos levantados. Foto Openbare Werken, Róterdam. Inferior: Centro comercial y político de Róterdam. Cornelius van Traa, urbanista. Fotografía por gentileza del Servicio de Informaciones de los Países Bajos. Aerofoto *Nederland*.

§ 63. Resurgimiento cívico

No basta la palabra «renovación» para describir el resurgimiento de Róterdam; pero ninguna fotografía, y ni siquiera escultura por sí sola, ni ningún edificio aislado, pueden dar una sensación adecuada de las energías concentradas en ella. La escultura de Zadkine se muestra aquí en su contexto viva (superior), con una parte del gran puerto al fondo. El monumento, como corresponde a una escultura conmemorativa tan cargada de emociones dolorosas, ha sido colocado en un punto un poco inaccesible y remoto, que hay que visitar deliberadamente. No se pasa todos los días, distraídamente, ante él. El Lijnbaan (centro y abajo), ejecutado con materiales modestos y en modesta escala, destinado a albergar buen número de pequeñas tiendas, restaurantes y cines, es ejemplar en casi todos los aspectos: entre los que no debe dejarse de lado el de que uno de sus paseos termina visualmente en el ayuntamiento, que sobrevivió al bombardeo. Los macizos de flores y los bancos (centro), junto con el café al aire libre, rodeado de cristales, subraya sus valores recreativos y sociales; en tanto que el estrecho paseo, como el del Calverstraat, en Ámsterdam, facilita la tarea de ir de tiendas. En vez de apresurar la huida de la ciudad, el núcleo de la Róterdam histórica incita a volver. Pero estos núcleos solo pueden conservarse vivos si se tienen en cuenta todos los factores que influyen en la vida de la ciudad. Sin embargo, muchos problemas ingentes, como la previsión del aumento de población y los preparativos para la paz,







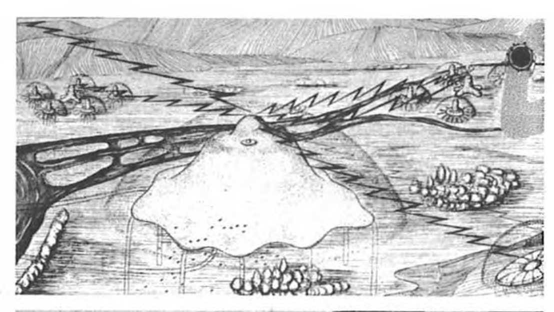
van más allá de los poderes y funciones de la sola ciudad. La edificación de gran altura es tan ineficaz para solucionar el problema de la población como los refugios subterráneos para proteger del exterminio nuclear y bacteriano a una ciudad.

(§ 63) Superior: Plaza y muelle. Centro: Lijnbaan, proyectado por Bakemaa y Van der Broek. Macizos de flores como parte integrante del paseo para peatones. Inferior: Paseo con café al aire libre rodeado de escaparates. Fotografías por gentileza del Servicio de Información de los Países Bajos.

§ 64. Colmena o ciudad

Uno de los principales problemas que hoy se le plantean a la humanidad es el de si nuestra tecnología científica debe ser controlada y dirigida en beneficio de la vida o bien si la vida debe ser reglamentada y reprimida, a fin de fomentar la expansión incesante de la tecnología. Sin conciencia deliberada, a decir verdad casi automáticamente, la civilización occidental ha avanzado mucho por el segundo camino en el curso del último medio siglo. Su resultado último debe aproximarse a la colmena subhumana, representada aquí por un grupo de técnicos japoneses como la «supercomunidad del siglo XXIV», en la que todas las funciones del organismo humano y de la personalidad humana han sido absorbidos por un aparato colectiva, que actúa como un superorganismo que todo lo abarca y solo deja a los seres humanos una existencia epifenoménica y sin sentido, como si se tratara de células flotantes. El Grupo Independiente de Estudio para la Organzación de la Vida observa que la «sección de control del supermecanismo crea un control mutuo multidimensional que asegura que la vida humana en todas las partes del globo estará llena de cálida solidaridad y armonía». ¡Claro que sí! Frente a esta termitera humana simuladora de vida, diseñada tan ingeniosamente para poner fin a las trasformaciones del hombre mediante en salto suicida final hacia un supermecanismo que acciona en el superespacio, invocaré el espíritu sonriente de *Erewhon*, pues tal vez Samuel Butler fue el primer hombre que percibió el destino último de una tecnología deshumanizada: un mundo en el que el hombre solo funcionará como un medio mecánico para generar otra máquina. Si prevalece la vida, la ciudad del futura tendrá, co-

mo unas pocas ciudades contemporáneas tienen ya, las cualidades que se muestran en esta pintura china del Festival de Primavera: con las infinitas permutaciones y combinaciones que hacen posibles los diversos paisajes, las ocupaciones varias, las variadas actividades culturales y los múltiples atributos personales de los hombres. No la colmena perfecta, sino la ciudad viva.





Superior: Imagen de una supercomunidad. Artículo publicado por el Grupo Independiente de Estudio de la Organización de la Vida en el *Kokusai-Kentiku*, enero de 1960. Por la comprensión de esta tesis le debo mucho a una traducción especial hecha por Donald L. Philippi. Inferior: Lámina del Rollo de Ch'ing Ming. Colección A. W. Bahr, Fletcher Fund, 1947. Por gentileza del Metropolitan Museum el Art. Un análisis crítico de los mitos y dogmas tecnocráticos predominantes se hallará en mis obras *Arte y técnica* y *Las trasformaciones del hombre*, en particular, en este último, en el capítulo sobre «El hombre posthistórico».

Bibliografía

Un asterisco (*) antes del título indica un libro particularmente importante para profundizar más en el tema principal, aunque muchas otras obras de igual importancia no estén así señaladas. Por favor, ténganse en cuenta las siguientes abreviaturas:

AR: *Architectural Review*

JAIA: *Journal of the American Institue of Architecture*

JAIP: *Journal of the American Institute of Planners*

JRIBA: *Journal of the Royal Institute of British Architects*

JSAH: *Journal of the Society of Architectural Historians*

JTPI: *Journal of the Town Planning Institute*

TCP: *Town and Country Planning*

TPR: *Town Planning Review*

Abercrombie, Patrick. *Town and Country Planning*. Nueva York, 1933 [Ed. cast. *Planeamiento de la ciudad y el campo*, trad. Santiago Esteban de la Mora, Espasa-Calpe, 1936].

Breve esbozo introductorio (Home University Series).

—*Ideal Cities*. En TPR, marzo de 1921.

Resumen de la ciudad ideal de James Silk Buckingham, que influyó en Howard. Parte de una serie de Abercrombie dedicada a las ciudades ideales.

—*Greater London Plan. 1944*. Londres, 1945.

Inmenso avance respecto a todos los planos anteriores de áreas metropolitanas. Basado en concepciones de planificación comunitaria, y de relación entre campo y ciudad, emana claramente de las propuestas de Howard y las amplía hábilmente. La influencia de estas concepciones es visible en las «nuevas ciudades» actualmente en construcción.

ABERCROMBIE, Patrick, y J. H. FORSHAW. *County of London Plan: Prepared for the London Country Council.* Londres, 1943.

Lleno de sugerencias detalladas admirablemente, pero lastrado por una premisa poco meditada: la necesidad y la pertinencia de retener la masa de población existente en el condado de Londres.

ABRAMS, Charles. *Revolution in Land.* Nueva York, 1939.

ABROSIMOV, Pavel, *et al* (eds.). *Construction and Reconstruction of Towns: 1945-1957.* 3 vols. Moscú, 1958.

Preparados para el v Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos, los primeros dos volúmenes están en inglés y ruso.

ACKERMAN, Phyllis. *The Symbolic Sources of Some Architectural Elements.* En JSAH, diciembre de 1953. (Véase también Lethaby).

ADAM, Charles C. *The Relation of General Ecology to Human Ecology.* En *Ecology*, julio de 1935.

Sobre todo, ejemplos y precedentes ingleses.

—*Regional Plan of New York and Its Environs.* Vol. II: *The Building of the City.* (Véase *Regional Survey of New York and Its Environs*).

ADDISON, William. *English Spas.* Londres, 1951.

*ALBERTI, León Bautista. *Ten Books on Architecture.* Florencia, 1485. Traducido al italiano por Cosimo Bartola (1568) y al inglés por James Leoni (1726). Londres, 1955 [Ed. cast. *De Re edificatoria*, trad. Javier Fresnillo Núñez, Akal, 2007].

La excepcional labor teórica anterior a Camillo Sitte. Con su prolongado énfasis en las condiciones naturales y los requisitos funcionales, tanto biológicos como económicos, este tratado es más una formulación explícita de ideas medievales en términos renacentistas que una expresión de las nuevas concepciones de la regimentación humana y espacial.

*ALBRIGHT, W. F. *The Archaeology of Palestine.* Harmondsworth, 1956. Primera ed.: 1949 [Ed. cast. *Arqueología de Palestina*, trad. David Romano, Garriga, 1962].

—*From the Stone Age to Christianity*. Nueva York, 1957 [Ed. cast. *De la Edad de Piedra al Cristianismo. El mapa histórico y actual de la Biblia*, Sal terrae, 1959].

Magistral en todos los aspectos, incluyendo la filosofía de la historia.

ALEXANDERSSON, Gunnar. *The Industrial Structure of American Cities: A Geographic Study of Urban Economy in the United Statess*. Lincoln, Nebraska, 1956.

ALIHAN, Milla Aissa. *Social Ecology: A Critical Analysis*. Nueva York, 1938.

Aunque la perspectiva sea crítica, la autora pierde demasiado tiempo en el área más bien estrecha que había desalojado previamente la Escuela de Chicago.

ALLEE, Warder Clyde. *Animal Aggregations: A Study in General Sociology*. Chicago, 1931.

—*Animal Life and Social Growth*. Baltimore, 1932.

ALLEN, Edith Louise. *American Housing as Affected by Social and Economic Conditions*. Peoria, 1930.

Un esbozo que requiere ser rellenado.

ALLEN, George Cyril. *The Industrial Development of Birmingham and the Black Country: 1860-1927*. Ilustrado. Londres, 1929.

Valiosos datos paleotécnicos.

ANDERSEN, Hendrik Christian. *Creation of a World Center of Communication*. Cuatro partes en 2 volúmenes. París, 1913-1918.

Un primer esfuerzo por visualizar los órganos de una cultura mundial.

ANDERSON, William (ed.). *Local Government in Europe*. Nueva York, 1939.

ANDRAE, W. *Dar Wiederstehende Assur*. Leipzig, 1938.

—*The Story of Uruk*. En *Antiquity*, junio de 1936.

ANDREAE, Johann Valentin. *Christianopolis*. Trad. F. E. Held. Nueva York, 1916 [Ed. cast. *Cristianópolis*, trad. Emilio García Estébanez, Akal, 2010].

Una utopía del medievo tardío, particularmente interesante por sus informaciones incidentales acerca de las ciudades.

*ARISTÓTELES. *Política*. Atenas, siglo IV a. C. [Ed. cast. *Política*, trad. Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez, Alianza, 1998].

La Política *sigue mereciendo una lectura atenta tanto por su metodología como por su intuición cívica.*

Armillas, Pedro. *Meso-American Fortification*. En *Antiquity*, junio de 1951.

Aronovici, Carol. *Community Building: Science, Technique, Art*. Nueva York, 1956 [Ed. cast. *La construcción de la comunidad*, trad. Carlos Coire, Endeba, 1965].

Un manual exhaustivo, en el sentido de la práctica norteamericana.

Arts and Crafts Exhibition Society. *Art and Life, and the Building and Decoration of cities: A Series of Lectures by Members*. Londres, 1897.

Véase especialmente la conferencia de Lethaby.

Ashby, Thomas. *The Capitol, Rome: Its History and Development*. En tpr, junio de 1927.

Ashby, Thomas, y Rowland Pierce, S. *The Piazza del Popolo: Rome*. En tpr, diciembre de 1924.

Astengo, Giovanni. *Town and Regional Planning in Italy*. En tpr, julio de 1952.

Atkinson, William. *The Orientation of Buildings: or Planning for Sunlight*. Nueva York, 1912.

Pionero estudio moderno. (Pero véase Rey, Augustin).

—*Atlas portratif ou le théâtre de la guerre en Europe: contenant les cartes géographiques avec le plan des villes et forteresses les plus exposées aux révolutions présentes*. Ámsterdam, 1702.

*Auzelle, Robert. *Encyclopédie de l'Urbanisme*. París, 1950-.

Soberbia colección de fotografías y planos en una serie de fascículos que presentan generalmente elementos individuales, pero en ocasiones planos y perspectivas de conjunto. Particularmente valioso porque todos los dibujos están a la misma escala y por consiguiente pueden compararse. La selección es amplia pero poco sistemática, con una atención quizá inmerecida a obras recientes relativamente carentes de importancia.

*Avenel, barón Georges de. *Historie économique de la proprieté des salaires, des denrées et de tous les prix en général depuis l'an 1200 jusqu'en l'an 1800*. 7 vols. en sexto. París, 1894-1926.

Una obra de erudición exhaustiva: indispensable. (Véase especialmente el vol. v, libro v, capítulos 5 y 6).

—*Histoire de la fortune française; la fortune privée à travers sept siècles*. París, 1927.

(Véanse los capítulos 9 y 10 sobre los precios y alquileres de las casas).

Ayyar, C. O. Venkatarama. *Town Planning in Ancient Dekkan*. Con una introducción de Patrick Geddes. Madrás, s. d.

El autor recupera antiguos textos tamiles para hacer una descripción del desarrollo de las ciudades en el sur de India. Ilustra la naturaleza universal del patrón que se pudo discernir por primera vez en Mesopotamia. Un temprano ensayo en un campo que urge volver a cultivar.

BADAWY, Alexander. *Orthogonal and Axial Town Planning in Egypt*. En *Zeitschrift für Agyptische Sprache und Altertumes Kunde*. Bd. 85. Erster Heft. Berlín, 1960.

Valioso. (Pero véase también Fairman, H. W.).

BAILEY, Francis A. *The Origin and Growth of Southport*. En TPR, enero de 1951.

BALZAC, Honoré de. *Le Père Goriot*. París, 1835 [Ed. cast. *Papá Goriot*, trad. Cristina Piña y Mariano Fiszman, Losada, 2010].

—*Le Cousin Pons*. París, 1847 [Ed. cast. *El primo Pons*, trad. Carlos Pujol Jaumandreu, Pre-Textos, 1999].

Dos magníficos ejemplos de las Scènes de la vie parisiense. *No por casualidad, como observó Brunetière, Balzac fue contemporáneo de Auguste Comte.*

BANNISTER, Turpin C. *Early Town Planning in New York State*. En JSAH, enero-abril de 1943.

BARBOUR, Violet. *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth Century. The John Hopkins University Studies in Historical and Political Sciences*. Serie LXVII, n.° 1.

Valioso. (Véase Burke, Gerald).

*BARDET, Gaston. *Pierre sur Pierre. Construction du Nouvel Urbanisme*. París, 1946.

Estudios sobre planificación urbana sensatos, vívidos y humanos, que contrastan con las exposiciones de Le Corbusier.

—*L'Urbanisme*. París, 1947.

—*Mission de l'Urbanisme*. París, 1947.

—*Que est-ce l'Urbanisme?* París, 1947.

—*Naissance et Méconnaissance de l'Urbanisme*. París, 1951.

Rico en los datos históricos y en la perspectiva.

BARLOW, sir Anthony Montague (presidente). *Report of Royal Commission on Distribution of Industrial Population*. H. M. Stationery Office, Londres, 1940.

Contribución propia de un estadista que ejerció una influencia decisiva a la hora de sentar las bases de la estrategia de las «nuevas ciudades».

BARTHOLOMEW, Harland, y Jack Word. *Land Uses in American Cities*. Cambridge, Massachusetts, 1955.

BATES, Martson. *The Forest and the Sea: A Look at the Economy of Nature and the Ecology of Man*. Nueva York, 1960.

Recomendado para planificadores y administradores que alteran la ecología humana sin tener en cuenta o evaluar los resultados de sus intervenciones.

BAUER, Catherine. *Modern Housing*. Boston, 1934.

Demasiado bueno para dejarse de lado solo por las limitaciones debidas su fecha de publicación.

—*Housing in the United Status*. En *International Labor Review*, julio de 1945.

—*Social Questions in Housing and Town Planning*. Londres, 1952.

—*Economic Progress and Living Conditions*. En TPR, enero de 1954.

BAXTER, Sylvester. *Greater Boston: A Study for a Federalized Metropolis Comprising the City of Boston and Surrounding Cities and Towns*. Boston, 1891.

Propuesta clásica para la organización urbana a escala federal que mantiene y utiliza las autoridades existentes, siguiendo la organización del Concejo de la Ciudad de Londres. Si se hubiera seguido la vía de Baxter a su debido tiempo, Boston podría haber concluido la obra que tan bien había comenzado en la unificación metropolitana del tránsito, el suministro de agua y los parques. Obsérvese la fecha.

BECATTI, G., y G. Calza. *Ostia*. Roma, 1955.

BEHRENDT, Walter Curt. *Die einheitliche Blockfront als Raumelement im Stadtbau: Ein Beitrag zur Stadtbaukunst der Gegenwart*. Berlín, 1911.

—*Die Holländische Stadt*. Berlín, 1928.

Rico en la perspectiva y las ilustraciones.

—*Modern Building: Its Nature, Problems and Forms*. Nueva York, 1937.

Sin parangón por claridad, concisión y hondura.

BELLAMY, Edward. *Looking Backward: 2000-1887*. Primera edición, Boston, 1888. Nueva edición. Boston, 1931.

Anticipación parcial de la organización urbana neotécnica (mecánica).

BALLET, Daniel, y Will Darville. *Ce que doit être la cite moderne: son plan, ses aménagements, ses organes, son hygiene, ses monuments et sa vie*. París, 1914.

Disección de lo que se consideraban mejoras antes de la Primera Guerra Mundial.

BELOCH, K. J. *Antike und Moderne Gorsztädte.* En *Zeitschrift für Sozialwissenschaften.* Breslau, 1898.

BELOW, Georg Anton Hugo von. *Das ältere Duetsche Städtewesen und Bürguertum.* En *Monographien zur Welgeschichte,* vol. VI. Bielefeld, 1898.

—*Mittelalterliche Stadtwirtschaft und Gegenwärtige Kriegswirtschaft.* En *Kriegswirtschaftliche Zeitfragen.* Vol. x. Tubinga, 1917.

—*Die Enstehung des Modernen Kapitalismus und die Haupstädte.* En *Schmolles Jahrbuch.* Vol. XLIII, pt. I. Múnich, 1919.

—*Aus Sozial- und Wirtschaftsgeschichte; Gedächtnisschrift füe Georg von Below.* Stuttgart, 1928.

(Véase el capítulo de Hapke y Schneider).

BENNET, H. S. *Life on the English Manor: A Study of Peasant Conditions, 1150-1400.* Cambridge, 1948.

(Véase el capítulo sobre la ciudad como «camino de libertad»).

BENNET, John W., y Melvin M. Tumin. *Social Life: Structure and Function: An Introductory General Sociology.* Nueva York, 1952.

Buen capítulo acerca de la ciudad, pero carece de análisis de los dinámicos procesos sociales: vecindad, esparcimiento, trabajo, reunión, documentación, almenaje, celebración, etc.

BENOÎT, Fernand. *Avignon: au Double Visage.* París, 1940.

BENOÎT-LEVY, Georges. *La Ville et son Image.* París, 1910.

BÉRARD, Jean. *L'Expansion et la colonization grècques jusqu'aux guerres médiques.* París, 1960.

Excelente. Es parte de un estudio más amplio que quedó inconcluso debido a la muerte del autor.

BERESFORD, M. W. y J. K. S. St. Joseph. *Medieval England: An Aerial Survey.* Cambridge, 1958.

Valioso.

BERESFORD, Maurice. *History on the Ground: Six Studies in Maps and Landscapes.* Londres, 1957.

Al igual que el estudio de Kampffmeyer, este da cuenta de la fuerte impresión que causó el movimiento de las ciudades-jardín en una sola década.

BERNOULLI, Hans. *Die Stadt und Ihr Boden (Towns and the Land).* Erlenbach-Zúrich, 1946.

BLANCHARD, Raoul. *Grenoble: Étude de Géographie Urbaine*. Tercera edición, 1935. (Primera ed.: 1911).

—*Annecy: Étude de Géographie Urbaine*. Annecy, 1917.

Ambos estudios son productos ejemplares de la gran escuela francesa de geografía urbana.

BLACKENHAGEN, Peter H. von. *The Imperial Fora*. En JSAH, diciembre de 1954.

BLOMFIELD, Reginald. *Sébastien le Prestre de Vauban: 1633-1707*. Londres, 1938.

Esencial para comprender la planificación en el siglo XVIII.

BLUMENFELD, Hans. *Form and Function of Urban Communities*. En JSAH, enero-abril de 1943.

—*Russin City Planning of the 18th and Early 19th Centuries*. En JSAH, enero de 1944.

—*Theory of City Form*. En JSAH, julio-diciembre de 1949.

—*Scale in Civic Design*. En TPR, abril de 1953.

Los estudios de Blumenfeld son sobresalientes por su alcance tanto teórico como práctico.

BOEKLE, Erich, y Werner Lindner. *Die Stadt: Ihre Pflege und Gestaltung*. Múnich, s. d.

BOËTHIUS, Axel. *The Golden House of Nero*. Nueva York, 1960.

Datos valiosos acerca de la Roma antigua y su influencia en los edificios medievales.

BOGUE, Donald J. *Population Growth in Standard Metropolitan Areas: 1900-1950*. Washington, 1953.

—*Metropolitan Growth and the Conversion of Land to Non-Agricultural Uses*. Chicago, 1956.

—*The Structure of the Metropolitan Community: A Study of Dominance and Subdominance*. Ann Arbor, 1950.

BOLKESTEIN, H. *Economic Life in Greece's Golden Age*. Edición holandesa: 1923. Trad. inglesa: Leiden, 1958.

BONNER, Robert J. *Aspects of Atenían Democracy*. Berkeley, 1933.

BOOTH, Charles. *Life and Labour in London*. 17 vols. Comenzado en 1889. Londres, 1902.

Una investigación monumental, exhaustiva en los detalles pero tan difícil de abarcar en su conjunto como la ciudad que describe.

Booth, Charles, y otros. *New Survey of London Life and Labour*. Vols. I-IV. Londres, 1930-1933.

Bossert, H. Th., y W. Zschietzschmann. *Hellas and Rome: The Civilisation of Classical Antiquity*. Nueva York, 1936.

Con 575 reproducciones, algunas de las cuales no se encuentran en obras similares.

Botero, Giovanni. *A Treatise Concerning the Causes of the Magnificence and Greatness of Cities*. Trad. inglesa: Londres, 1606 [Ed. cast. en los *Diez libros de la razón de Estado; Cuatro libros de las causas de la grandeza y magnificencia de las ciudades*, trad. Antonio de Herrera y Tordesillas, Dirección de Estudios y Documentación, Secretaría General del Senado, 2001].

Bowra, sir Maurice, y otros. *Golden Ages of the Great Cities*. Nueva York, 1952.

Estampas históricas, algunas excelentes, especialmente las de Runciman sobre Constantinopla.

Bradford, John. *Ancient Landscapes: Studies in Field Archaeology*. Londres, 1957.

En gran medida trata de los patrones urbanos antiguos tal como los ha revelado la fotografía aérea.

Braidwood, Robert J. *The Near East and the Foundations of Civlization*. Condon Lectures. Eugene, Oregon, 1952.

—*Jericho and Its Settinf in Near Eastern History*. En *Antiquity*, XXXI, 1957.

Parte de una «reevaluación agonizante» que requiere una diferenciación más adecuada de las etapas del crecimiento urbano.

—*Near Eastern Prehistory*. En *Science*, 20 de junio de 1958.

Cuidados estudio de la transición de la recolección de alimentos a la comunidad rural. (Véase también Sauer, Carl).

Branford, Victor V. *Outlines of the Sociology of London: An Introduction to the Study of Social Science*. Londres, 1908.

Conferencias pioneras de la universidad de Londres a cargo del temible colega de Geddes.

—*Civics and Eugenics: An Introduction to the Science of Sociology*. Londres, 1909.

—*The Drift to Revolution*. Londres, 1919.

Uno de los Papers of the Present *que editó Branford. Brillante.*

—*Westminster: Spiritual and Temporal*. Londres, 1920.

Sigue siendo sugerente.

—*Sociological View of Westminster*. En *Sociological Review*, julio de 1930.

Branford, Victor V. y Patrick Geddes. *The Comino Polity*. Londres, 1917.

—*Our Social Inheritance*. Londres, 1919.

El capítulo de Branford sobre Westminster está lleno de intuición. Mis propios paseos con Branford en torno a Westminster en 1920 dejaron huella en todo mi pensamiento posterior.

*Braunfels, Wolfgang. *Mittelalterliche Stadtbaukunst in der Toskana*. Berlín, 1953.

En muchos sentidos, la mejor monografía sobre la ciudad medieval, basada en documentos originales y que abarca muchos aspectos además del arte de la construcción de ciudades: pero con carencias acerca del desarrollo del plano como conjunto. Esta omisión tal vez lleve a un exceso de énfasis en el papel del maestro constructor de la catedral como arquitecto general de la urbe.

Breasted, James Henry. *The conquest of Civilization*. Nueva York, 1926 [Ed. cast. *La conquista de la civilización*, trad. G. Sans Huelin, Espasa-Calpe, ¿1926?].

Todavía una buena introducción a las civilizaciones de la Antigüedad, aunque esté escrito como un manual, y por supuesto necesita una revisión a la luz de la obra de la última generación (Véanse Frankfort y Childe).

—*The Dawn of Consciente*. Nueva York, 1938.

Importante análisis de la moralización del poder en Egipto, que conduce a nuevos concepciones de la ley, la justicia y la rectitud.

Bredius, Abraham, y otros. *Amsterdam in de Zeventiende Eeuw*. 3 vols. La Haya, 1897-1904.

Breton, Nicholas. *The Court and the Country*. Londres, 1618.

Brett-James, N. G., y M. B. Honeybourne. *Precincts and Trade Quarters*. En AR, noviembre de 1946.

Bridenbaugh, Carl. *Cities in the Wilderness: The First Century of Urban Life in America, 1625-1742*. Nueva York, 1938.

—Vol II. *Cities in Revolt: Urban Life in America, 1743-1776*. Nueva York, 1950.

Excelente estudio, si bien desdichadamente flojo en lo que se refiere a los atributos físicos y estéticos. Posee datos importantes sobre las primeras huidas de la ciudad.

Briggs, Martin S. *Town and Country Planning*. Londres, 1948.

Brinckmann, A. E. *Deutsche Stadtbaukunst in der Vergangenheit.* Segunda edición revisada. Fráncfort del Meno, 1921.

Brugman, H., y C. H. Peters. *Oud-Nederlandsche Steden in Haar Onststaan, Groei en Ontwikkleing.* 3 vols. Leiden, 1909-1911.

*Brunhes, Jean. *Human Geography: An Attempt at a Positive Classification: Principles and Examples.* Trad. inglesa. Nueva York, 1920 [Ed. cast. *Geografía humana*, ed. abreviada, trad. Joaquina Comas Rosa, Juventud, 1964].

Buber, Martin. *Paths to Utopia.* Trad. inglesa. Boston, 1958 [Ed. cast. *Caminos de utopía*, Movimiento Cultural Cristiano, 1993].

Buchanan, C. D. *Mixed Blessing: The Motor Car in Britain.* Londres, 1958.

Un balance sobrio. (Para una exposición más satírica, véase The Insolent Chariots *de John Keats).*

Bücher, Karl. *Die Bevölkerung von Frankfurt-am-Main in* xiv *Jahrhundert.* Tubinga, 1886.

Estadísticas sobre ocupaciones, junto con otras más amplias. Importante como introducción a las estadísticas municipales en general.

Buckingham, James Silo. *Nacional Evils and Practical Remedies.* Londres, 1849.

Contiene el plan de una ciudad modelo que influyó en Howard.

Buer, Mabel Craven. *Health, Wealth & Population in the Early Days of the Industrial Revolution.* Londres, 1926.

Imagen distorsionada de la higiene medieval y confusa en su interpretación de la industria paleotécnica posterior. Pero útil en su descripción del interregno principalmente eotécnico.

Bunin, H. *The Reconstruction of Urban Centres.* En ar, mayo de 1947.

Bunting, Bainbridge. *The Plan of the Back Bay Area in Boston.* En jsah, mayo de 1954.

Burckhardt, Jacob. *The Civilization of the Renaissance in Italy.* Traducido a partir de la quinta edición. Nueva York, 1929 [Ed. cast. *La cultura del Renacimiento en Italia*, trad. Juan Barja, Teresa Blanco y Fernando Bouza Álvarez, Akal, 2004].

Aún sugerente, aunque ya no sea adecuado. Pese a que el núcleo conceptual era endeble, dio lugar a un entendimiento novedoso.

Burgess, Ernest W., y otros. *Environment and Education. Supplementray Educational Monographs*, n.° 54. Chicago, 1942.

—*The Urban Community*, Chicago, 1927.

Burke, Gerald L. *The Making of Dutch Towns: A Study in Urban Development from the Tenth to the Seventeenth Centuries*. Londres, 1956.

Necesario durante mucho tiempo y admirablemente realizado.

Burke, Thomas. *The English Townsman: As He Was and As He Is*. Londres, 1946.

Burnham, Daniel H., y Edward H. Bennett (Charles Moore, ed.). *Plan of Chicago*. Chicago, 1909.

Magnífico en sus líneas maestras, estrecho en sus objetivos sociales.

Bushnell, Horace. *Work and Play*. Nueva York, 1864.

Discurso sobre los planos de la ciudad para la Public Improvement Society de Hartford. Véanse las pp. 308-336; obsérvese la fecha de edición.

Bylinkin, N. *Reconstruction and Housing*. En AR, mayo de 1947.

Cacheux, Émile. *État des sanitations suvrières a la fin du XIXe siècle*. París, 1891.

Documentación utilísima de males y remedios.

Cadoux, G. *La Vie des Grandes Capitales: Études Comparatices sur Londres-Paris-Berlin-Vienne-Rome*. Segunda edición. París, 1913.

Sobre el agua y el transporte.

Caemmerer, H. P. *Washington: The National Capital*. Washington, 1932.

Calza, Raissa, y Ernest Nash. *Ostia*. 163 láminas. Florencia, s. d. (¿1959?).

Campbell, Argyll, y Leonard Hill. *Health and Environment*. Londres, 1925 (IV, V).

Hasta la fecha, uno de los mejores libros sobre un asunto que aún no ha sido lo bastante explorado.

Carcopino, Jérôme de, *Daily Life in Ancient Rome: The People and the City at the Height of the Empire*. Traducción inglesa. New Haven, 1940 [Ed. cast. *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, trad. Mercedes Fernández Cuesta, Temas de hoy, 1998].

Trata la fisiología de Roma, al igual que Homo trata su anatomía.

Carden, Robert Walter. *The City of Genoa*. Londres, 1908.

Carne, Elizabeth T. *Country Towns: And the Place They Fill in Modern Civilization*. Londres, 1868.

Carol, Hans, y Max Werner. *Staedte wie wir sie wuenschen: ein Vorschlag zur Gestaltung schweizerischer Grosstadt-Gebiete, dargestellt am Beispiel von Stadt und Kanton Zuerich*. Zúrich, 1949.

Análisis afinado del crecimiento de un área metropolitana, con propuestas constructivas para un desarrollo más ordenado y satisfactorio. Basado en Zúrich, pero con un enfoque más amplio.

CARRIER, Robert, y Oliver Lawson Dick. *The Vanished City: A Study of London*. Londres, 1957.

Reproducciones de imágenes viejas con comentarios.

CARRINGTON, R. C. *Pompeii*. Oxford, 1936.

Descripción compacta, con planos, de sus bien conservadas ruinas. (Véase Mairui).

CERDÀ, Ildefonso. *Teoría general de la urbanización*. Madrid, 1867.

CHADWICK, Edwin. *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population of Great Britain*. Londres, 1842.

Un resumen clásico de horrores paleotécnicos. Los apologistas de este periodo lo desdeñan a conciencia o minimizan su importancia.

CHADWICK, Edwin. (B. W. Richardson, ed.) *The Health of Nations*. 2 vols. Londres, 1887.

Resúmenes y extractos de numerosos artículos de Chadwick.

CHAMPDOR, Albert. *Babylon*. Nueva York, 1958 [Ed. cast. *Babilonia*, trad. Jaime Elías, Orbis, 1988].

Excelente. Segundo volumen de una serie nueva y útil, «Ciudades y templos de la Antigüedad».

CHANCELLOR, Edwin Beresford. *The History of the Squares of London: Topographical and Historical*. Londres, 1907.

—*The Pleasure Haunts of London During Four Centuries*. Nueva York, 1925.

Lleno de datos valiosos.

CHAPMAN, Brian y J. M. *The Life and Times of Baron Haussman: Paris in the Second Empire*. Londres, 1957.

Útil.

CHAPMAN, Edmund H. *City Planning under Industrialization: The Case of Cleveland*. En JSAH, mayo de 1953.

*CHILDE, V. Gordon. *Man Makes Himself*. Londres, 1936.

Childe dio a los complejos cambios que tuvieron lugar en torno al tercer milenio antes de Cristo el nombre de «revolución urbana». Se destacó entre los arqueólogos por la atención que concedió a la ciudad en su conjunto, en

contraste con los que no pueden ver la ciudad por los edificios y sus artefactos, pero quizá sobrevaloró los factores técnicos y económicos y no logró distinguir lo suficiente el papel activo de la religión.

—*Prehistoric Communities of the British Isles.* Londres, 1940.

—*What Happened in History.* Harmondsworth, 1942 [Ed. cast. *Qué sucedió en la historia*, trad. Elena Dukalsky, Crítica, 2002].

Compacta investigación acerca del crecimiento de la civilización antigua. (Pero véase también Frankfort, Breasted, Mortimer Wheeler, Woolley y otros).

—*Progress in Archaeology.* Londres, 1944.

—*Cave Men's Building.* En *Antiquity*, marzo de 1950.

Informe sobre el hallazgo de Gorodtsov del caserío y los edificios paleolíticos.

—**The Urban Revolution.* En TPR, abril de 1950.

Interpretación condensada pero profusamente concreta del origen de la ciudad, con el énfasis en el asentamiento de los artesanos especializados que habían llevado una vida nómada hasta ese momento, pero con una sola referencia de pasada al papel de la ciudadela. (Admirable: pero véase Frankfort).

—*The Dawn of European Civilization.* Sexta ed. revisada. Nueva York, 1958.

Chombart de Lauwe, Paul H., y otros. *Paris et l'agglomération Parisienne.* 2 vols. Vol. I: *L'Espace social dans une grande cité.* Vol. II: *Méthodes de recherches pour l'étude d'une grande cité.* París, 1952.

Admirable tanto en el enfoque como en el método.

—*Chroniken der deutschen Städte von 14. bis 16. Jahrhundert.* Lubeca. 5 vols. Transcripción de las crónicas originales, editada por la comisión de historia de la Real Academia de las Ciencias, Múnich. Leipzig, 1884-1911.

Existen crónicas igual de voluminosos de otras ciudades.

Churchill, Henry S. *The City Is the People.* Nueva York, 1945.

Clapham, John Harold. *An Economic History of Modern Britain.* 2 vols. Cambridge, 1930-1932.

Una enmienda a las simplistas explicaciones desfavorables; pero a su vez demasiado simplificadora en su optimismo demasiado estudiado.

Clark, J. G. D. *Prehistoric Europe: The Economic Basis.* Londres, 1952 [Ed. cast. *La prehistoria*, trad. Fernando Santos Fontenla, Alianza, 1981].

(Pero véase también: A History of Technology, *editada por Charles Singer* et al.).

Clarke, Maude Violet. *The Medieval City State: An Essay on Tyranny and Federation in the Later Middle Ages.* Londres, 1926.

Clay, Rotha Mary. *The Medieval Hospitals of England.* Londres, 1909.

Collins, George R. *The Ciudad Lineal of Madrid.* En JSAH, mayo de 1959.

—*Linear Planning Throughout the World.* En JSAH, octubre de 1959.

Colvin, Brenda. *Land and Landscape.* Londres, 1948.

Útil argumentación introductoria.

Commelin, Caparus. *Bescrijvinge van Amsterdam.* 2 vols. Ámsterdam, 1693-1694.

Constans, L. A. *Arlès Antique.* En *Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome*, n.° 119. París, 1921.

Contenau, Georges. *Everyday Life in Babylon and Assyria.* Nueva York, 1954 [Ed. cast. *La vida cotidiana en Babilonia y Asiria*, trad. Pablo Herrero, Mateu, 1962].

Excelente, aunque escaso en la presentación de la ciudad debido a la ausencia de pruebas (aún por descubrir).

Cooley, Charles Horton. *Social Organization: A Study of the Larger Mind.* Nueva York, 1909.

Subraya el papel del grupo primario.

—*Human Nature and the Social Order.* Ed. revisada. Nueva York, 1922.

A cargo de uno de los sociólogos norteamericanos más sabios.

Coolidge, John. *Mill and Mansión: A Stduy of Architecture and Society in Lowell, Massachusetts, 1820-1850.* Nueva York, 1942.

Orientación básicamente estética, pero es una contribución útil a la historia y la planificación urbana del periodo fabril.

Coon, Carleton S. *The Story of Man: From the First Human to Primitive Culture and Beyond.* Nueva York, 1954 [Ed. cast. *La historia del hombre. Desde los orígenes de la humanidad a nuestros días*, trad. Arturo Valls Medina, Guadarrama, 1968].

Fiable cuando trata los restos que han sobrevivido; un tanto dogmático acerca de cuestiones respecto a las cuales expertos igual de competentes pueden

disentir. Como Teilhard de Chardin, ve la unificación mundial como el siguiente paso en el desarrollo humano. El último capítulo está lleno de palabras sabias.

COPPOLANI, Jean-Yves. *Le Réseau urbain de la France: sa structure et son aménagement.* París, 1959.

COSTE-MESSELIÈRE, Pierre de la. *Delphes.* París, 1957.

Las 246 fotografías de Georges de Mire son soberbias, ya que revelan aspectos que el visitante no suele ver.

COULBORN, Rushton. *The Origin of Civilized Societies.* Princeton, 1959.

Un problema importante, pero formulado de una manera inadecuada.

COULTON, George Gordon. *The Medieval Village.* Cambridge, 1925.

No aborda el diseño ni el carácter físico.

—*Medieval Panorama.* Cambridge, 1939.

Bueno en general, entre otras cosas por la imagen de la ciudad inglesa en la Edad Media. Sigue, quizá demasiado de cerca, la estela de Maitland.

COUNAERT, Émile. *Les Ghildes Medievales: (v-xiv siècles).* En *Revue Historique,* enero-marzo y abril-junio de 1948.

COURT, W. H. B. *The Rise of the Midland Industries: 1600-1838.* Londres, 1939.

*CREUTZBURG, Nikolau. *Kultur im Spiegel der Landschaft: das Bild der Erde in seiner Gerstaltung durch den Menschen: Ein Bilderatlas.* Lepizig, 1930.

Magnífico libro de imágenes que debería formar parte de la formación de cualquier planificador. (Pero véanse los estudios posteriores de Chombart de Lauwe y Gutkind).

CROWE, Silvia. *Tomorrow's Landscape.* Londres, 1956.

Excelente esbozo introductorio.

—*The Landscape of Power.* Londres, 1958.

Aborda el formidable problema estético de la generación de estaciones, torres de alta tensión, aeropuertos, etc.

CROZET, R. *Une Ville neuve du xvi^e siècle: Vitry-le-François.* En *La Vie urbaine,* agosto y ocubre de 1923.

CURIE-SEIMBRES, M. A. *Essai sur les villes fondées dans le sud-ouest de la France aux XIII et XIV siècles sous le nom générique de bastides.* Toulouse, 1880.

Estudio pionero. (Véase Tout).

DAHIR, James. *The Neighborhood Unit Plan: Its Spread and Acceptance : A Selected Bibliography with Interpretive Comments.* Nueva York, 1947.

Valioso.

—*Region Building.* Nueva York, 1955.

D'Ambrosio, Raffaele. *Alle Origini della Città: Le Prime Esperienze Urbane.* Nápoles, 1956.

·*El primer libro después de Fustel de Coulanges en abordar de manera extensiva los orígenes de la ciudad y recopilar los datos existentes.*

Dasman, Raymond F. *Environmental Conservation.* Nueva York, 1959.

Davidsohn, Robert. *Geschichte von Florenz.* 4 vols. en octavo. Berlín, 1896-1927.

Un estudio exhaustivo.

Davis, William Stearns. *A Day in Old Rome.* Nueva York, 1925.

Un libro de texto, pero se sirve bien de sus fuentes.

Defoe, Daniel. *The Complete English Tradesman.* Cuarta ed. Londres, 1738. También en 2 vols. Londres, 1726-1732.

Inapreciable.

DeForest, Robert Weeks, y Lawrence Vailler. *The Tenement House Problem.* 2 vols. Nueva York, 1903.

Un llamativo hito de las reformas en la vivienda.

Delcourt, Marie. *Les Grands Sanctuaires de la Grèce.* París, 1947.

No tan bueno como Dempsey, aunque su enfoque sea más amplio.

Demangeon, A. *Paris: La Ville et sa banlieue.* París, 1933.

Dempsey, T. (rev.). *The Delphic Oracle: Its Early History, Influence and Fall.* Oxford, 1918.

De Voe, Thomas F. *The Market Book.* Nueva York, 1862.

Dewhirst, Robert K. *Salaire.* En tpr, julio de 1960.

Dickens, Charles. *Skecthes by Boz.* Londrees, 1836 [Ed. cast. *Cuentos de Boz,* trad. Rosendo Llatas, Montaner y Simón, 1969].

Aquí y en sus esbozos posteriores, Dickens plasmó muchas impresiones valiosas de Lonres. (Véase Mayhew).

—*Hard Times.* Londres, 1854 [Ed. cast. *Tiempos difíciles,* trad. Ángel Meléndez Gracia, rba, 2010].

Clásico retrato de Coketown, con los personajes arquetípicos de Gradgrind, Bounderby y M'Choakumchild.

Dickinson, Robert E. *The West European City.* Londres, 1951.

Diedrich, Eugen. *Deutsches Leben in der Vergangenheit in Bildern: Ein Atlas mit 1760 Nachbildunngen*. 2 vols. Jena, 1908.

Historia gráfica de la vida social alemana: inmensamente satisfactorio para quienes puedan leer imágenes como si fueran letras.

Dill, Samuel. *Roman Society: In the Last Century of the Western Empire*. Segunda ed., revisada. Londres, 1899.

—*Roman Society: From Nero to Marcus Aurelius*. Londres, 1905.

Magistral.

Dobriner, William M. (ed.). *The Suburban Community*. Nueva York, 1958.

Recopilación de ensayos representativos, pero, como ocurre con la mayor parte de la sociología norteamericana, se apoya en la perspectiva de una sola generación, hasta ahora sin una comprensión sensible de los aspectos físicos de la comunidad. (Véase Douglas, Harlan Paul).

Dodd, George. *Days at the Factories: or, the Manufacturing Industry of Great Britain Described*. Serie i. Londres, 1843.

Dohlmann, Robert von. *Aus Altertum und Gegenwart*. Múnich, 1911.

(Véase el capítulo v: «Die Wohnungsnot des Antiken Grosstadte.»)

Doob, Leonard W. *The Plans of Men*. New Haven, 1940.

Dopsch, Alfons. *The Economic and Social Foundation of European Civlization*. Viena, 1923-1924. Trad. inglesa. Nueva York, 1937 [Ed. cast. *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea. De César a Carlomagno*, trad. José Rovira Armengol, fce, 1951].

Aunque S. W. Maitland empezó a corregir la pésima imagen tradicional de la Edad Oscura antes de la mitad del siglo xix, la reevaluación de Dopsch de las pruebas inició un nuevo periodo. Subraya las continuidades precarolingias pero tiende a minimizar el hiato poscarolingio.

Dorau, Herbert B., y A. G. Hincan. *Urban Land Economics*. Nueva York, 1928.

Amplio pero convencional. (Véase Hurd).

Doty, Duane. *The Town of Pullman: Its GRowth with Brief Accounts of Its Industries*. Pullman, Illinois, 1893.

Dougill, Wesley. *Wythenshawe: A Modern Satellite Town*. En tpr, junio de 1935.

La pionera aplicación por parte de Barry Parker a la planificación de un barrio en Wythenshawe no se ha ponderado lo suficiente.

Douglass, Harlan Paul. *The Little Town: Especially in Its Rural Relationships.* Nueva York, 1919.

—*The Suburban Trend.* Nueva York, 1925.

Uno de los primeros estudios, y no de los peores; útil por el balance comparativo de la situación suburbana y de las diferencias en el método sociológico en periodos de tiempo de más de una generación.

Doxiadis, K. A. *The Greek City Plan.* En *Landscape*, otoño de 1956.

—*The Science of Ekistics.* En *Architectoniki*, enero-febrero de 1959.

(Véase también el Informe sobre los procedimientos de la Escuela de Verano de Planificación Urbana y Rural, *Southampton, 1959).*

—*Raumordnung im Greischischen Städtebau*, Berlín, 1938.

Tal vez el primer intento de hacer justicia estética a los principios del diseño espacial en la planificación helenística.

Dubash, Peshoton S. G. *Hygiene of Town Planning and Vegetation.* Londres, 1919.

Du Camp, Maxime. *Paris: ses organes, ses fonctions et sa vie: dans la seconde moitié du XIX[e] siècle.* Sexta ed. 6 vols. París, 1875.

Una de las pocas obras de envergadura, si bien no exhaustiva, sobre las instituciones cívicas —por ejemplo, las eclesiásticas se omiten— que resulta aún más valiosa por sus excelentes introducciones históricas.

Duncan, Otis Daley, y Albert J. Reiss jr. *Social Characteristics of Urban and Rural Communities, 1950.* En *The United States Census Monograph series.* Nueva York, 1956.

De elevado interés inmediato.

Dunham, H. Warner., y Robert E. Paris. *Mental Diseases in Urban Areas.* Chicago, 1939.

Durero, Alberto. *Unterricht zur Befestigung der Städte, Schlösser und Flecken.* Primera ed.: 1527. También Berlín, 1840 y París, 1870.

Dyos, H. J. *The Growth of a Pre-Victorian Suburb: South London, 1580-1836.* En TPR, abril de 1954.

Valioso. Indica una carencia de estudios semejantes que abarque el periodo 1836-1936.

Eberstadt, Rudolph. *Handbuch des Wohnungswesen und der Wohnungsfrage.* Segunda ed. Jena, 1910. Cuarta ed. Jena, 1920.

Un compendio amplio.

—*Dis Spekulation im Neuzeitlichen Städtebau.* Jena, 1907.

Réplica a los economistas que justificaban el «libre mercado» del suelo.

—*Neue Studien ubre Städtebau und Wohnungswesen.* Vol. I. *Städtebau und Wohnungswesen in Belgien. Wiener Wohnverhältnisse.* Jena, 1912. Vol. II. *Städtebau und Wohnunswesen in Holland.* Jena, 1914. Vol. III. *Die Kleinwohnungen und das Städtbauliche System in Brüssel und Antwerpen.* Jena, 1919.

Importante disertación acerca de los nuevos y viejos tipos de vivienda, con valiosos planos de fundaciones de albergue para indigentes del medievo tardío.

EBERT, Max (ed.). *Reallexikon der Vorgeschcichte.* Berlín, 1924-1932.

Un libro de referencia enciclopédico de arqueología antigua: los artículos sobre «Haus», vol. II, y «Siedlung», vol. XII, son de valor, pero el de la «Stadt», vol. XII, es casi incalculable.

*EGLI, Ernst. *Geschichte des Städtebaues. Erste Band: Die Alte Welt.* Zúrich, 1959.

Amplio y detallado. Completa áreas tratadas de forma somera en Lavedan, pero no es tan exhaustivo en su juicios sobre planificación urbana ni está tan profusamente ilustrado.

—*Flugbild Europas.* Zúrich, 1958.

Soberbias perspectivas aéreas de ciudades y paisajes.

EHRENBERG, Richard. *Capital and Finance in the Age of the Renaissance: A Study of the Fuggers and their Connections.* Nueva York, s. d.

Hace mucho por iluminar el papel desempeñado por Amberes, Lyon y Ámsterdam como emporios comerciales en esa era de transición; particularmente, la influencia del libre mercado bajo la égida de la bolsa. (Véase Barbour, Violet).

ELIADE, Mircea. *The Myth of the Eternal Return.* Nueva York, 1954 [Ed. cast. *El mito del eterno retorno*, trad. Ricadro Anaya, Alianza, 2011].

—*Patterns in Comparative Religion.* Traducción del *Traité d'histoire des religions.* Nueva York, 1958 [Ed. cast. *Tratado de historia de las religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*, trad. A. Medinaveitia, Eds. Cristiandad, 2009].

El capítulo sobre «Lugares sagrados» ofrece una clave esencial para entender tanto la forma como el propósito de la ciudad antigua.

—*The Sacred and the Profane*. Nueva York, 1959.

ELIOT, Charles W. (Comité de la Sociedad Americana de Arquitectos del Paisaje). *Preservation of Open Spaces*. En *Landscape Architecture*, enero de 1958.

—*Encyclopédie, ou dictionnaire raisonée des sciences, des arts et des métiers. Récueil de planches*. 33 vols. París, 1751-1777.

Desdeña la ciudad como tal: una omisión significativa. Pero las ilustraciones de la vida urbana, sobre todo en el apartado industrial, son importantes.

ENGELS, Friedrich. *The Condition of the Working-Class in England in 1844*. Leipzig, 1845. Traducción inglesa. Londres, 1887 [Ed. cast. *La condición de la clase obrera en Inglaterra*, trad. Fina Warshaven y Laura V. de Molina, Júcar, 1980].

Retrato terrible pero fuera de toda duda. (Para contemplar un lado más favorable, véase Clapham).

ENGERAND, Fernand. *Les Amusements des villes d'eaux à travers les âges*. París, 1936.

Útil descripción de balnearios, baños e instalaciones con agua corriente.

English Courtier, The, and the Country Gentleman: Of Civil and Incivil Life. Londres, 1586.

English Sanitary Institutions: Reviewed in Their Course of Development and in Some of Their Political and Social Relations. Londres, 1890.

Exhaustivo y excelente.

*ENNEN, Edith. *Frühgeschichte der Euroäischen Stadt*. Bonn, 1953.

La mejor descripción de la transición románica a la ciudad medieval plenamente formada.

ESPINAS, Georges. *La Vie urbaine de Douai au Moyen Âge*. 4 vols. París, 1913.

Los últimos dos volúmenes presentan las pruebas y documentos históricos.

—*Les Origines du capitalisme*. Vol. III. *Deux fondations de villages dans l'Artois et la Flandre Française (x-xv siècles): Saint Omer*. Lannoy-du-Nord. París, 1946.

Admirable ensayo de convertir el plano de la ciudad en una fuente de historia.

ESTEVE, Gabriel Alomar. *Teoría de la ciudad. Ideas fundamentales para un urbanismo humanista*. Madrid, 1947.

ÉTIENNE, Charles, y John Liebault. *Maison Rustique, or the Countrey Farme*. Londres, 1616.

Evans, Arthur John. *The Palace of Minos.* Londres, 1921-1935.

Trata los descubrimientos que reabrieron la historia de Creta.

Evelyn, John. *Fumifugium: or The Inconveniente of the Aer and Smoake of London Dissipated.* Londres, 1661. Reimpreso en Londres, 1933.

Tempranas propuestas de zonificación, con miras a suprimir una molestia que ha persistido en Londres desde los inicios de la Edad Media.

—*London Revived: Consideration for its rebuilding in 1666.* Editado por E. S. de Beer. Oxford, 1938.

Reimpresión de una versión del Londinium Redivivum, *las propuestas de Evelyn para restaurar Londres «para la mayor belleza, comodidad y magnificencia» después del Gran Incendio. No solo son interesantes por derecho propio los tres planes alternativos, con su disposición de iglesias parroquiales a intervalos regulares, sino que los detalles también arrojan luz sobre la escena urbana actual, en su desorden y su miseria industrial primitiva.*

Eyre, Edward (ed.). *European Cilization: Its Origin and Development.* 7 vols. Oxford, 1935.

Fairman, H. W. *Town Planning in Pharaonic Egypt.* En tpr, abril de 1949.

Esquemático pero útil. A cargo del profesor que ocupaba la cátedra Brunner de la Universidad de Liverpool.

Fawcett, C. B. *A Resident Unit for Town and Country Planning.* Londres, 1944.

Feder, Gottfried. *Die Neue Stadt.* Berlín, 1939.

Federal Housing Administration. *The Structure and Growth of Residential Neighborhodds in American Cities.* Washington, 1939.

Descripción realista de las modalidades de crecimiento de la ciudad norteamericana.

Ferguson, William Scout. *Greek Imperialism.* Boston, 1913.

Estudio político en profundidad.

Fiennes, Celia. *The Journals of Celia Fiennes.* Londres, 1949.

Atisbos notables o, mejor dicho, informes detallados sobre lugares y ciudades, desde Land's End hasta Scarborough, incluyendo una visión detallada de Bath, de 1685 a 1698.

Finegan, Jack. *Light from the Ancient Past.* Princeton, 1946.

Fish, T. *The Place of the Small State in the Political and Cultural History of Ancient Mesopotamia. Boletín de la Biblioteca John Rylands,* marzo de 1944.

—*The Cult of King Dung, During the Third Dynasty of Ur*, Mánchester, 1927.

Pruebas de la devoción hacia el rey como un dios en Lagash, Umma, Dreben y Ur.

FISHER, F. J. *The Development of the London Food Market: 1540-1640*. En *Economic History Review*, abril de 1935.

FLETCHER, Josep S. *Memorials of a Yorkshire Parish*. Londres, 1917.

FLORENCE, Philip Sargant. *Economic Advantages and Disadvantages of Metropolitan Concentration*. En *Columbia Conference on The Metropolis and Modern Life*. Nueva York, 1954.

FOLLET, Mary Parker. *Creative Experience*. Nueva York, 1924.

Estudio pionero del grupo autónomo.

FORD, James, y otros. *Slums and Housing: with Special Referente to New York City: History; Conditions; Policy*. 2 vols. Cambridge, Massachusetts, 1936.

FOURASTIÉ, Jean. *Machinisme et bien-être*. París, 1951.

Posee análisis breves pero certeros sobre la ciudad contemporánea.

FOURIER, François Marie Charles. *Le Nouveau monde industriel et sociétaire*. 1 vol. París, 1829. 2 vols. París, 1840.

Un libro cuya vasta influencia apenas se ha estimado o entendido como merece. El falansterio de Godin en Guise emana directamente de él, y todavía hoy engendra una progenie tan extraña como las maisons d'unité d'habitation *de Le Corbusier.*

FOURNEL, Victor. *Le Vieux Paris*. Tours, 1887.

*FOWLER, W. Warde. *The City-State of the Greeks and Romans*. Primera ed.: 1893. Decimosexta ed.: 1952.

Aún valioso.

FRANKFORT, Henri. *The City of Akhenaten*. 3 vols. Londres, 1923.

—**Kingship and the Gods: A Study of Ancient Near End Religion at the Integration of Society and Nature*. Chicago, 1948 [Ed. cast. *Reyes y dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza*, trad. Belén Garrigues Carnicer, Alianza, 1998].

Brillante estudio, profuso en conocimiento al detalle y rico en sus hipótesis. (Pero véase Hocart para una interpretación más amplia, que saca a la luz similitudes entre culturas).

—*_Town Planning in Ancient Mesopotamia._ En TPR, julio de 1950.

Este artículo, junto con los de Childe y Fairman, son de lejos las mejores introducciones de la ciudad antigua en Oriente Próximo

—*_The Birth of Cilization in the Near East._ Bloomington, 1954.

Excelente como presentación y como interpretación.

—_The Art and Architecture of the Ancient Orient._ Baltimore, 1955 [Ed. cast. _Arte y arquitectura del Oriente antiguo,_ Cátedra, 2008].

FRANKLIN, Alfred Louis August. _La Vie privée autrefois ; arts et métiers, modes, moeurs, usages des Parisiens du_ XII[e] _au_ XVIII[e] _siècle._ 27 vols. París, 1887-1902.

Extremadamente útil.

FREEMAN, Edward, y W. Hunt (eds.). _Historic Towns Series._ 2 vols. Londres, 1889-1893.

Uno de los primeros espasmos del movimiento de las ciudades, con manifestaciones paralelas en Alemania, Holanda y Estados Unidos.

FREEMAN, Kathleen. _Greek City-States._ Londres, 1950.

Historia detallada de nueve ciudades, de Turios a Bizancio.

FREEMAN, T. W. _Geography and Planning._ Londres, 1958.

*FRIEDLÄNDER, Ludwig. _Town Life in Ancient Italy._ Trad. de _Staedetwesen im Italien im Ersten Jahrhundert._ 1879, a cargo de W. E. Waters. Boston, 1902.

—_Roman Life and Manners Under the Early Empire._ Trad. de la séptima ed. de _Sittengeschichte Roms._ 4 vols. Londres, 1936.

Los vols. I _y_ II _poseen datos más relevantes acerca de la ciudad romana que cualquier otra obra genérica._

FRIEDMANN, Georges (ed.). _Villes et campagnes; civilisation urbaine et civilisation rurale en France._ París, 1953.

Estimulante informe polifacético de una conferencia sociológica en torno a los problemas históricos y contemporáneos de la ciudad y el campo, muchos de los cuales apenas han sido abordados por las instituciones académicas.

FRITSCH, Theodor. _Die Stadt der Zukunft (Gartenstadt)._ Leipzig, 1912.

FRY, E. Maxwell. _Chnadigarh: The Capital of the Punjab._ JRIBA, enero de 1955.

Descripción del audaz plan de Le Corbusier para una Ciudad Nueva, basado en el principio de Radburn: mucho más significativo que Brasilia.

*Fustel de Coulanges, Numa Denis. *The Ancient City: A Study on the Religion, Laws and Instituions of Greece and Rome.* París, 1864. Nueva York, 1956 [Ed. cast. *La ciudad antigua,* trad. Alberto Faro, Edaf, 2007].

La primera obra que enfatizó debidamente los cimientos religiosos de la ciudad: sigue siendo un hito inexcusable en toda la bibliografía al respecto. Lleno de observaciones pertinentes dignas de una reflexión e investigación más profunda.

Gadd, C. J. *Ideas of Divine Role in the Ancient East.* Londres, 1948.

—*History and Monuments of Ur.* Nueva York, s. d.

Basado en los documentos. (Pero véase también Kramer y Woolley).

Gaffney, M. Mason. *Urban Expansion-Will It Ever Stop?* En *United States Yearbook of Agriculture.* Washington, 1958.

Galpin, Charles Josiah. *Social Anatomy of the Rural Community.* En *Univesity of Wisconsin Bulletin,* n.° 34.

—*Rural Relations of the Villages and the Small City.* En *University of Wisconsin Bulletin,* n.° 41.

Ganshof, François Louis. *Étude sur le développement des villes entre Loire Rhin au Moyen Âge.* Bruselas, 1943.

Gantner, Joseph. *Die Schweizer Stadt.* Múncih, 1925.

Grundformen der Europäischen Stadt. Viena, 1928.

Intento valioso pero en cierto modo demasiado formalizado por establecer la filiación histórica de las formas urbanas modernas.

Gardner, Edmund G. *The Store of Siena and San Gimignano.* Londres, 1905.

Uno de los libros más interesantes en esta solvente Serie de ciudades medievales.

Garnier, Charles, y A. Amman. *L'Habitation humaine.* París, 1892.

Por un «historiador que sabía poco de arquitectura y un arquitecto que sabía poco de historia» (prólogo). Se subraya, por supuesto, la casa aislada, pero va un paso más allá de Histoire de la habitation humaine *de Viollet-le-Duc.*

Garnier, Tony. *Étude pour la construction des villes.* París, 1917.

—*Les Grandes travaux de la ville de Lyon.* París, 1924.

—*Une Cité industrielle.* París, 1932

Este proyecto, desarrollado entre 1901-1904, corre paralelo en el tiempo y en la meta a la ciudad-jardín de Howard; y en el aspecto arquitectónico tenía

la ventaja del vigoroso empleo racional por parte de Garnier de las formas modernas. Pero se publicó con retraso, y lo redescubrió una generación más joven, que reclamó para él una distinción como idea que en realidad le correspondía a Howard. La obra de Garnier hay que compararla más bien con la de Le Corbusier, a la que supera decisivamente con motivo de su perspectiva social y humana.

GARVAN, Anthony. *Architecture and Town Planning in Colonial Connecticut.* New Haven, 1951.

Ejemplar. Valioso por la luz que arroja sobre la urbanización colonial en general.

GASKELL, P. *Artisans and Machinery: The Moral and Physical Condition of the Manufacturating Population Considerad with Reference to Mechanical Substitutes for Human Labour.* Londres, 1836.

Gaskell, que escribe en la creencia en el orden establecido, presenta una imagen demoledora de los inicios de la industria paleotécnica, cuyos defectos le sublevaban.

GEDDES, Patrick. *City Development: A Study of Parks, Gardens and Cultura Institutes.* Edimburgo, 1904.

Informe para los miembros del consejo de administración de Carnegie sobre el desarrollo de Dunfermline. El comienzo de la carrera de Geddes como planificador profesional.

—*Civics as Applied Sociology.* Partes I y II. En *Sociological Papers.* Vols. I y II. Londres, 1905-1906.

—*A Suggested Plan for a Civic Museum.* En *Sociological Papers.* Vol. III. Londres, 1907.

—*Citites: Being an Introduction to the Study of Civics. University of London Extension Lectures Syllabus.* Londres, 1907.

—*City Deterioration and the Need of City Survey.* En *The Annals of the American Academy of Political and Social Science,* julio de 1909.

—*The Civic Survey of Edinburgh.* Edimburgo, 1911.

Desde los años noventa del siglo XIX, Geddes fue un partidario incansable de las investigaciones urbanas como paso previo a una planificación y un diseño de la ciudad inteligentes; y este folletito indica cuánto puede orientarse alguien que sepa de esta cuestión. (Véase también Poëte, Marcel).

—**Cities in Evolution*. Londres, 1915. Nueva ed.: Londres, 1949 [Ed. cast. *Ciudades en evolución*, Ediciones Infinito, 1960].

El escrito más popular y asequible de Geddes acerca de las ciudades; formado fundamentalmente por artículos dispersos, pero con un punto de vista unitario. La nueva edición omite algunas aportaciones característicamente geddesianas, pero añade otros materiales inéditos.

—*Town Planning in Patiala State and City*. Lucknow, 1922.

—**Town Planning Toward City Development: A Report to the Durbar of Indore*. 2 vols. Indore, 1918.

Entre 1914 y 1924, Geddes hizo o revisó planos para unas cincuenta ciudades en India y Palestina. El Informe sobre Indore *es la expresión más completa de sus métodos de planificación urbana y de su sociología y filosofía. El vol. II, que trata de los cimientos culturales, es particularmente recomendable.*

Geddes, Patrick, y Victor Branford. Véase Branford.

Geisler, Walter. *Die Deutsche Stadt: Ein Beitrag zur Morphologie der Kulturlandschaft*. Stuttgart, 1924.

George, M. Dorothy. *London Life in the XVIII Century*. Nueva York, 1925.

«Retrato de las condiciones de vida y trabajo de las clases más pobres» profusamente documentado.

George, Pierre. *La Ville: le fait urbain à travers le monde*. París, 1952.

Una investigación mundial de las ciudades, con muestras representativas de todos los lugares del mundo. Sugiere, tanto por su éxito como por sus limitaciones, la necesidad de una enciclopedia mundial de las ciudades.

—*La Campagne: la fait rural à travers le monde*. París, 1956.

Gerard, P. (ingeniero civil). *How to Build a City: Designed for the consideration of founders of towns, architects, civil engineers, sanitary organizations, municipal authorities, builders, and especially the managers of the various railroads to the Pacific*. Filadelfia, 1872.

*Gerkan, Arnim von. *Grieschische Städteanlagen*. Berlín, 1924.

Estudio de los rasgos principales de la urbe griega, con referencia en particular al plano helenístico más ordenado que se atribuye a Hipódamo. Von Gerkan coteja la planificación y las concepciones arquitectónicas griegas con el orden romano-itálico. El estudio más agudo y amplio disponible a día de hoy; magistral, de hecho. (Pero véase también Wycherley y Roland Martin).

GERLACH, Walter. *Die Entsthungszeit der Stadtbefertigungen in Deutchsland: Ein Betrag zur Mittelalterlichen Verfassungsgeschichte.* En *Leipziger Historische Abhandulgen.* Vol. XXXIV. Leipzig, 1913.

Análisis de diversos conceptos de ciudad y aldea en la Edad Media alemana.

*GIBBERD, Frederick. *Town Design.* Nueva York, 1953. Ed. revisada y ampliada: 1960 [Ed. cast. *Diseño de núcleos urbanos. Escenología y plástica,* trad. José Víctor Rivarola, Ed. Contemporánea, 1961].

Un libro sobresaliente, a cargo de un destacado arquitecto y planificador en activo. Hace para nuestro periodo lo que hicieron Sitte y Unwin para el suyo, recurriendo a material histórico y contemporáneo. (Véase también Rasmussen).

GIEDION, Sigfried. *Space, Time and Architecture; the Growth of a New Tradition.* Primera ed.: 1941. Tercera ed.: 1954 [Ed. cast. *Espacio, tiempo y arquitectura. Origen y desarrollo de una nueva tradición,* trad. Jorge Sainz, Reverté, 2010].

Brillante: pero a menudo descuidado a la hora de presentar hechos y juicios.

GIERKE, Otto. *Political Theories of the Middle Age.* Trad. inglesa. Cambridge, 1900.

—*Natural Law and the Thoery of Society: 1500 to 1800.* 2 vols. Trad. inglesa. Cambridge, 1934 [Ed. cast. *Teorías políticas de la Edad Media,* trad. Piedad García-Escudero, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010].

De Das Deutsche Genossenschaftsrecht*: una de las mejores expresiones iniciales de la moderna teoría sociológica de los grupos. (Véase también Maitland, Follett y Cooley).*

GILBERT, William. *The City: An Inquiri into the Corporation, its Livery Companies, and the Administration of their Charities and Endowments.* Londres, 1877.

GIOVANONNI, G., y otros. *L'urbanistica dall'antichità ad oggi.* Florencia, 1943.

GIRY, A. *Histoire de la villa de Saint Omer.* París, 1877.

Fuente importante de datos sobre las «libertades avanzadas» de las ciudades medievales.

GIRY, A., y A. Reville. *Emancipation of the Medieval Towns.* Trad. inglesa. En *Historical Miscellany.* Nueva York, 1907.

Traducido del capítulo VII *de la* Histoire générale *de Lavisse y Rambaud. Sigue siendo uno de las mejores descripciones de la emergencia de las ciudades medievales como entidades corporativas, con la debida distinción de las diferencias entre norte y sur, los viejos cimientos romanos y las nuevas ciudades y todas las diversas circunstancias locales de tradición, costumbres, leyes e historia.*

GLASS, David. *The Town*. Londres, 1935.

GLASS, Ruth. *Social Aspects of Town Planning*. En TPR, marzo de 1945.

GLEICHEN-RUSSWURM, Alexander von (ed.). *Kultur- und Sittengeschichte aller Zeiten und Völker*. 24 vols. en doceavo. Hamburgo, 1929.

Valioso por sus muchas ilustraciones.

GLIKSON, Artur. *Regional Planning and Development*. Leiden, 1955.

Tal vez el mejor tratado en inglés sobre la filosofía de la planificación regional desde el solitario clásico de Benton MacKaye, The New Exploration; *particularmente bueno en sus consideraciones ecológicas y sus detallados análisis de los problemas de planificación en Israel y Holanda. (Véase también Thomas, William L. jr.)*

—*Notes on the Relation of Regional Planning to Conceptions of Technological Progress*. La Haya, 1957.

GLOTZ, Gustave. *The Greek City; and Its Institutions*. París, 1928. Trad. inglesa. Nueva York, 1930 [Ed. cast. *La ciudad griega*, trad. Vicente Clavel, Ed. Cervantes, 1929].

GLUECK, Nelson. *Rivers in the Desert: A History of the Negev*. Nueva York, 1959.

Importante por su estudio de la conservación del agua mediante cisternas y estanques subterráneos en una tierra por otra parte inadecuada para la ocupación humana.

GODFREY, Hollis. *The Health of the City*. Boston, 1910.

Un tratamiento limpio y temprano del aire, las basuras, el ruido y la vivienda.

GOETHE, Johann Wolfgang von. *Dichtung und Wahrheit*. Trad inglesa. Londres, 1848 [Ed. cast. *Poesía y verdad*, trad. Rosa Sala Rose, Alba, 1999].

Véanse los muchos pasajes admirables sobre los elementos de las urbes medievales que han pervivido.

GOMME, George Lawrence. *The Village Community: With Its Special Referente to the Origin and Form of Its Survivals in Britain*. Nueva York, 1890.

GOODMAN, Percival y Paul. *Communitas; Means of Livelihood and Ways of Life.* Chicago, 1947.

Hipótesis y críticas utópicas y novedosas.

GOTHEIN, Marie Luise. *A History of Garden Art.* 2 vols. Londres, 1928.

Tiene más de medio siglo, pero sigue siendo valioso, aunque esté pidiendo un sucesor a gritos.

GOTTMAN, Jean. *Megalopolis, or the Urbanization of the North-Eastern Seaboard.* En *Economic Geography*, julio de 1957.

—*Revolution in Land Use.* En *Landscape*, invierno de 1958-1959.

GOUHIER, Jean. *Le Mans: naissance d'une grande cité au milieu du XX^e^ siècle.* París, 1953.

GOULD, Elgin R. L. *The Housing of the Workin People: A Special Report of U. S. Committee of Labor.* Washington, 1895.

GRAHAM, Edward H. *Natural Principles of Land Use.* Nueva York, 1944.

GRAHAM, Michael. *Human Needs.* Londres, 1951.

Una exposición novedosa a cargo de un naturalista que se encuentra igual de cómodo en el mar, en tierras de pasto, en un montón de escombro o en las guaridas de los hombres.

GRAS, Norman S. B. *An Introduction to Economic History.* Nueva York, 1922.

Muestra el paralelismo del desarrollo económico y urbano. Sigue la línea general de Bücher, pero da la impresión de que el metropolitanismo es la etapa final.

—*History of Agriculture in Europe and America.* Nueva York, 1925.

Uno de los pocos libros disponibles sobre un asunto estrechamente relacionado con la construcción de las primeras ciudades, historia que ha sido objeto de menos atención aún que las ciudades.

GRAVIER, Jean-François. *Paris et le désert français.* París, 1947.

Admirable estudio del problema de conseguir un equilibrio urbano y regional: el fruto de dos generaciones de estudio en un área en que los franceses han sido eminentes.

GRAY, Richard. *The Future of the Backs: University Development in Cambridge.* En TPR, enero de 1956.

GREEN, Alice Stopford. *Town Life in the Fifteenth Century.* 2 vols. Londres, 1894.

Clásico.

GREGOROVIUS, Ferdinand Adolf. *History of the City of Rome in the Middle Ages.* 8 vols. Stuttgart, 1859-1872. Trad. inglesa. 13 vols. Londres, 1894-1902.

GRENIER, Albert. *Bologne: Villa-novienne et Étrusque: VIII-IV siècles avant notre ère.* En *Bibliothèque Fraçaise d'Athène et de Rome.* París, 1912.

GRIFFITH, Ernest S. *The Modern Development of City Government.* 2 vols. Oxford, 1907.

(Véase Robson, William A).

GRISEBACH, August. *Die alte deutsche Stadt in ihrer Stammeseigenart.* Berlín, 1930.

Abundantemente ilustrado; sobre todo con una amplia variedad de tipos de casas.

GROPIUS, Walter. *Rebuilding Our Communities.* Chicago, 1945.

*GROSS, Charles. *The Gild Merchant: A Contribution to British Municipal Historay.* 2 vols. Oxford, 1890.

Una obra sólida en que las conclusiones del primer volumen cuentan con el respaldo de un segundo volumen de citas a partir de fuentes originales.

GROSSTADT, Die. *Vorträge und Aufsätze zur Städteausstellung.* Dresde, 1903.

Incluye ensayos de Bücher y Ratzel y Simmel; este último, sobre «La gran ciudad y la vida espiritual».

GRUNSFELD, Ernest A., y Louis Wirth. *Plan for Metropolitan Chicago.* En TPR, abril de 1954.

GUT, Albert. *Der Wohnungsbau in Deutschland nach dem Weltkriege.* Múnich, 1928.

Descripción con abundantes ilustraciones de las primeras viviendas en la Alemania de posguerra, sobre todo según criterios tradicionales.

GUTKIND, E. A. *Creative Demobilisation.* Vol. I. *Principles of National Planning.* Vol. II. *Case Studies in National Planning.* Londres, 1934.

Enfoque amplio y lleno de material importante, pero en cierto modo perentorio en su manejo de los problemas políticos y educativos de la planificación a gran escala.

—*Revolution of Environment.* Londres, 1946.

—*Community and Environment: A Discourse on Social Ecology.* Londres, 1953.

—*The Expanding Environment: The End of Cities; The Rise of Communities.* Londres, 1953.

Cercano en espíritu y perspectiva a The Disappearing City *de Frank Lloyd Wright, pero sobre una base más firme de erudición y experiencia en la planificación.*

—*Our World from the Air: An Internacional Survey of Man and His Environment.* Prólogo de G. P. Gooch; introducción de Lewis Mumford. Nueva York, 1953.

Excelente estudio de ciudades y paisajes, indispensable para quienes deseen pensar con claridad y agudeza sobre estas cuestiones.

HAARHOFF, T. J. *The Stranger at the Gate: Aspects of exclusiveness and cooperation in Ancient Greece and Rome.* Nueva York, 1938.

Significativa investigación de un erudito sudafricano, que generaliza el problema del apartheid.

HACKETT, Brian. *Man, Society and Environment.* Londres, 1950.

Un primer intento por abarcar un asunto todavía no bien explorado por las ciencias preliminares. Una visión de conjunto, a menudo endeble en los detalles.

HAHN, Eduard. *Die Entstehung der Pfugkultur unseres Ackerbaus.* Heidelberg, 1909.

Importante.

HALLENBECK, Wilbur. *American Urban Communities.* Nueva York, 1951.

HALLER, William, jr. *The Puritan Frontier: Town Planning in New England Colonial Development 1630-1660.* Nueva York, 1951.

HAMMARSTRAND, Nils. *Pietro Cataneo. A Resurrected Writer on City Planning.* En JAIA, diciembre de 1925.

Los pioneros estudios de Hammarstrand en este diario entre 1923 y 1926 deberían haberse recopilado hace mucho tiempo.

HAMMOND, John Lawrence y Barbara. *The Skilled Labourer (1760-1832).* Londres, 1911.

Estudios gráficos bien documentados: indispensable para comprender la ciudad paleotécnica.

HARRISON, Jane. *Ancient Art and Ritual.* Londres, 1913.

*HASKINS, Caryl P. *Of Societies and Men.* Nueva York, 1951.

Recomendado.

HASSERT, Kurt. *Die Städte: Geogrpahish Betrachtet.* Leipzig, 1907.

Admirable estudio pionero.

HAVERFIELD, Francis J. *Ancient Townplanning.* Oxford, 1913.

Útil en ciertos puntos pese a la fecha de edición.

HAWKES, Jacquetta. *Man on Herat.* Nueva York, 1955.

HAWLEY, Amos H. *The Changing Shape of Metropolitan America: Deconcentration since 1920.* Glencoe, Illinois, 1937.

—*Human Ecology: A Theory of Community Structure.* Nueva York, 1950.

HAWORTH, Lawrence L. *An Instituional Theory of the City and Planning.* En el JAIP, 1957.

HAYES, William C. *The Scepter of Egypt.* 2 vols. Cambridge, Massachusetts, 1959.

Una obra de envergadura, basada en la colección del Museo Metropolitano de Nueva York.

*HEGEMANN, Werner. *Der Städtebau: nach den Ergebnissen der Allgemeinen Städtebau-Austellung.* 2 vols. Berlín, 1911.

El mejor documento sobre planificación y alojamiento urbano relativo al periodo previo a la Primera Guerra Mundial.

—*City Planning: Housing.* 3 vols. Nueva York, 1938.

—*Der neue Bebauungsplan für Chicago.* Berlín, s. d.

HEGEMANN, Werner y Elbert Peets. *The American Vitruvius.* Nueva York, 1922.

Voluminoso estudio de la planificación histórica. Sigue teniendo valor.

*HEICHELHEIM, Fritz M. *An Ancient Economic History: From the Paleolithic Age to the Migrations of the Germanic, Slavic and Arabic Nations.* Vol. I. Leiden, 1958.

Rico en detalles, exhaustivo en su bibliografía, pero desafortunadamente traducido con un literalismo que raya en el iletrismo.

HEIL, B. *Die Deutschen Städte und Bürger im Mittelalter.* Leipzig, 1912.

HEILIG, Wilhelm. *Stadt- und Landaukunde.* Berlín, 1935.

HEITLAND, William Emerton. *The Roman Fate.* Cambridge, 1922.

—*Last Words on the Roman Municipalities.* Cambridge, 1928.

Extremadamente sugerente.

HERLIHY, David. *Pisa in the Early Renaissance: A Study of Urban Growth.* New Haven, 1958.

Útil en cuanto a la historia política y económica; pero apenas aborda la forma física.

*HERÓDOTO. *History*. Trad. literal de Henry Cary. Londres, 1891 [Existen numerosas traducciones al castellano de la *Historia*. Por ejemplo, la de Carlos Schrader, Gredos, 2007].

Heródoto ha capeado las correcciones del arqueólogo, y su obra vuelve a emerger como una introducción indispensable a la historia y la leyenda del mundo antiguo.

HERRON, Ima Honaker. *The Small Town in American Literatura*. Durha, Carolina del Norte, 1939.

HEYNE, Moritz. *Das Deutsche Wohungswesen von den ältesten geschichtlichen zeiten bis zum 16. Jahrhundert*. Vol. 1. En *Fünf Bücher Deutscher Hausaltertümer*. Leipzig, 1899.

Valioso.

HIBBERT, Arthur, y Ruthardt Oehme. *Old European Cities*. Londres, s. d.

Veinticuatro mapas del siglo XVI, con textos extraídos del Civitates Orbis Terrarum, *de George Braun y Franz Hogenberg. (Véase Merian).*

HIGBEE, Edward. *The Squeeze: Cities Without Space*. Nueva York, 1960.

HILBERSEIMER, Ludwig. *The New City: Principles of Planning*. Chicago, 1944 [Ed. cast. *La arquitectura de la gran ciudad*, trad. Pedro Madrigal Devesa, Gustavo Gili, 1979].

Formalista.

—*The Nature of Cities: Origin, Growth, and Decline; Pattern and Form; Planning Problems*. Chicago, 1955.

Un intento sincero y bien concebido de superar las limitaciones de la obra anterior.

HILL, Ida Thallon. *The Ancient City of Athens: Its Topography and Monuments*. Londres, 1953.

Una guía valiosa para todo lo que se sabe.

*HIORNS, Frederick R. *Town-building in History: An outline review of conditions, influence, ideas, and methods affecting «planned» towns thorugh five thousand years*. Londres, 1956.

Amplio en su enfoque, convencional en su juicio tanto histórico como estético. Pero ya que no hay traducción inglesa de Poëte y Lavedan, posee un valor real, incrementado por sus amplias y variadas ilustraciones.

HOCART, A. M. *Kinas and Councillors: An Essay in the Comparative Anatomy of Human Society*. El Cairo, 1936.

Interpreta la ciudad como un centro fundamentalmente ritual, con el plano rectangular orientado hacia la expresión de necesidades rituales. Aparte de que Hocart omite la planificación romana, que habría servido de confirmación a sus tesis, su lectura parece merecer una mejor consideración que la que quieren concederle muchos antropólogos y arqueólogos.

HODGSON, Francis. *Vence in the Thirteenth and Fourteenth Centurias (1204-1400)*. Londres, 1910.

(Véase Molmenti).

HOFFBAUER, Theodor J. H. *Paris à travers les âges: aspects successifs des monuments et quartiers historiques de Paris depuis le* XIII*e siècle jusqu'à nos jours. Fidèlement restitués d'après les documents authentiques.* 2 vols. París, 1875-1882.

Ilustraciones excelentes. Contribución de autoridades como La Croix y Franklin. (Véase Poëte y Bardet).

HOLE, Christina. *English Home Life: 1500-1800*. Londres, 1947.

—*English Custom and Usage*. Tercera ed. Londres, 1950.

HOLFORD, William. *Green Cities of the 20th Century*. En JTPI, mayo-junio de 1947.

—*St. Paul's Report on the Surroundings of St. Paul's Cathedral in the City of London*. En TPR, julio de 1956.

Una perspectiva nueva del difícil problema de mantener con vida las estructuras históricas de gran importancia estética en una economía dinámica en exceso: especialmente bueno debido al rechazo que muestra Holford ante el tópico con que él mismo se acercó a la cuestión.

—*The Tall Building in the Town*. En JTPI, marzo de 1959.

Apreciable resumen histórico, aunque deja de lado una consideración de importancia: una concentración de gran densidad produce el efecto de obstruir un tráfico que ya sería poco fluído a una densidad mucho más baja.

—*Trading Estates*. En JTPI, marzo de 1939.

La propia urbanización de Team Valley de Holford creó un nuevo criterio.

HOLSTI, Rudolph. *The Relation of War to the Origino f the State*. Helsingfors, 1913.

Una aportación olvidada que hoy necesita ser expresada de nuevo y ampliada.

Homo, Léon. *Rome Impériale et l'Urbanisme dans l'Antiquité.* París, 1951 [Ed. cast. *La Roma imperial y el urbanismo en la Antigüedad,* trad. José Almolina, Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, 1950].

Estudio exhaustivo que aborda todos los aspectos de la vida municipal, las carreteras, el alcantarillado, la policía, etc., para la que hay documentos suficientes. Bibliografía útil. (Respecto al aspecto social del urbanismo, véase Friedländer).

Honeybourne, M. B., y N. G. Brett-James. *Precincts and Trade Quarters.* En AR, noviembre de 1946.

Hoover, Edgar M., y Raymond Vernon. *Anatomy of Metropolis: The Changing Distribution of People and Jobs within the New York Metropolitan Region.* Cambridge, Massachusetts, 1959.

Parte de un estudio más amplio.

Houston, J. M. *A Social Geography of Europe.* Londres, 1953.

Trata el paisaje rural y los tipos de casas, así como la morfología de las ciudades.

—*The Scottish Burgh.* En TPR, julio de 1954.

*Howard, Ebenezer. *Garden Cities of Tomorrow.* Londres, 1902. Título de la primera ed.: *Tomorrow: A Peaceful Path to Land Reform.* Nueva ed., con un prólogo de F. J. Osborn e introducción de Lewis Mumford. Londres, 1946.

Un estudio minucioso de este clásico es importante para cualquier estudiante de desarrollo urbano que se precie. Aparte de la influencia práctica directa que ya ha ejercido, ha tenido un efecto indirecto en la planificación en muchos otros sentidos. Pero sus teoremas más fundamentales, acerca de las maneras más constructivas de limitar y aumentar el tamaño de las unidades urbanas, aún no han sido plenamente comprendidos. (Véase Osborn, F. J. Purdom, C. B., Stein, Clarence S., y Rodwin, Lloyd).

Howe, Frederick. *The Modern City and Its Problems.* Nueva York, 1915.

Una obra innovadora en una década que comenzó con un interés renovado en el desarrollo urbano en Estados Unidos. (Véase Yeomans, Alfred).

Hoyt, Homer. *One Hundred Years of Land Values in chicago: 1830-1933.* Chicago, 1933.

Estudio de la relación del crecimiento urbano con el valor de la tierra vista en su perspectiva histórica.

—*Forces of Urban Centralization and Decentralization.* En *American Jorunal of Sociology*, mayo de 1941.

HOZNY, Bedrich. *Ancient History of Western Asia, India and Crete.* Trad. inglesa. Nueva York, 1953.

HUGHES, Thomas, y E. A. G. Lamborn. *Towns and Town Planning, Ancient and Modern.* Oxford, 1923.

Útil en su día, hoy obsoleto. (Para una investigación en inglés, véase Hiorns, Frederick R).

HUGO-BRUNT, Michael. *George Dance, the Younger: as Town Planner (1768-1814).* En JSAH, diciembre de 1955.

HUIZINGA, Johann. *The Waning of the Middle Ages.* Trad. inglesa. Nueva York, 1924 [Ed. cast. *El otoño de la Edad Media*, trad. José Gaos, Alianza, 2001].

Aborda las complejidades y contradicciones del imaginario medieval en fase de desintegración.

—**Homo Ludens: A Study of the Play-Element in Cultura.* Londres, 1944 [Ed. cast. *Homo Ludens*, trad. Eugenio Imaz, Alianza, 2000].

Original e importante.

HUNTINGTON, Ellsworth. *The Human Habitat.* Nueva York, 1927.

Quizá el más profundo, si no el más original, de los numerosos estudios del autor.

HURD, Richard Melanchthon. *Principles of City Land Values.* Primera ed.: Nueva York, 1903. Cuarta ed.: Nueva York, 1924.

Merecidamente valorado en un campo en que durante mucho tiempo ha sido la única referencia. Muchas ilustraciones de las primeras etapas del crecimiento de las ciudades norteamericanas. De un industrial que entendía realmente de su trabajo. Todavía tiene valor.

HÜRLIMANN, Martin. *Berlin: Berichte und Bilder.* Berlín, 1934.

HUTCHINSON, R. W. *Prehistoric Town-Planning in Crete.* En TPR, octubre de 1950.

—*Prehistoric Town-Planning in and around the Aegean.* En TPR, enero-abril de 1953.

De lejos las mejores explicaciones disponibles de los predecesores de la ciudad griega. (Véase Wycherley para los ejemplos griegos tardíos).

HUTTON, William. *The History of Birmingham.* Cuarta ed. Londres, 1819.

—*A Journey from Birmingham to London*. Birmingham, 1785.

Hyde, Francis E. *The Growth of a Town: A study of the economic forces controlling the development of Stony Stratford in the Middle Ages*. En TPR, julio de 1949.

Ikle, Fred Charles. *The Effect of War Destruction upon the Ecology of Cities*. En *Social Forces*, mayo de 1951.

Reanudación del patrón original por parte de los habitantes que regresan a sus moradas tras una guerra.

Informe Scott. *Report of Comittee on Land Utilization in Rural Areas*. H. M. Stationery Office. Londres, 1942.

Centrado especialmente en las salvaguardas para la agricultura y los intereses rurales necesarios para aplicar la política del Informe Barlow de dispersión industrial.

Jackson, J. B. (ed.). *Landscape: Magazine of Human Geography*, 1951-actualidad.

Esta publicación trimestral rara vez deja de presentar uno o más artículos de importancia sobe la ciudad y el paisaje.

Jacobsen, Thorkild. *Mesopotamia: The Cosmos as a State*. En *The Intellectual Adventures of Ancient Man*. Chicago, 1946.

Ofrece la interpretación de Jacobsen de la democracia rural primitiva en Mesopotamia mediante el análisis de documentos religiosos posteriores.

James, Edmund. *The Growth of Great Cities in Area and Population*. En *The Annals of American Academy of Political Science*, enero de 1899.

Aún valioso.

James, Edwin Oliver. *The Ancient Gods: The History and Diffusion of Religion in the Ancient Near East and the Eastern Mediterranean*. Londres, 1960 [Ed. cast. *Los dioses en el mundo antiguo. Historia y difusión de la religión en el Antiguo Oriente Próximo y el Mediterráneo Oriental*, trad. Carlos Alonso del Real, Guadarrama, 1962].

Útil introducción general.

*James, Henry. *The American Scene*. Nueva York, 1907.

Comentario e interpretación de la urbe, sin rival en delicadeza y profundidad.

Jastrow, Morris, jr. *The Civilization of Babylonia and Asiria*. Filadelfia, 1915.

Un hito. (Pero véase Kramer, Childe, Frankfort, Contenau).

JEFFERSON, Mark. *Distribution of the World's City Folks.* En *Geographical Review,* julio de 1931.

JEREMIAH, Keith. *A Full Life in the Country. The Sudbury and District Survey and Plan.* Londres, 1948.

JOHNSON-MARSHALL, Percy. *Comprehensive Redevelopment.* En JRIBA, abril-diciembre de 1959.

*JONES, A. H. M. *The Greek City: From Alexander to Justinian.* Oxford, 1940.

—*Athenian Democracy.* Oxford, 1957.

Defensa de las realidades de la democracia ateniense frente a los burdos ataques de sus enemigos declarados, desde Platón y el Viejo Oligarca en adelante. Útil contrapeso, aunque no sea toda la verdad.

JONES, Thomas Jesse. *The Sociology of a New York City Block.* Nueva York, 1904.

Estudio pionero.

JONES, Victor. *Metropolitan Government.* Chicago, 1942.

Aunque obsoleto por los cambios estadísticos desde su redacción, sigue teniendo valor.

JURGENS, Oskar. *Spanische Städte: Ihre Baulich Entwicklung und Ausgestaltung.* Hamburgo, 1926. En *University of Hamburg Abhandlungen,* Bd. 23 [Ed. cast. *Ciudades españolas. Su desarrollo y configuración urbanística,* trad. M.ª Teresa Pumarejo, Instituo Nacional de Administración Pública, 1992].

La primera parte son descripciones sistemáticas de veintisiete ciudades españolas; la segunda aborda su planificación y construcción. Bibliografía útil pero ilustraciones inadecuadas.

JUSTEMENT, Louis. *New Cities for Old.* Nueva York, 1946.

JUVENAL. *Works.* Loeb's classics. Nueva York. [Hay muchas traducciones. La última edición de Gredos es de 2011].

Importante como fuente, en cuanto uno condesciende con su tono satírico. Véase especialmente su texto sobre la ciudad.

KAMPFFMEYER, Hans. *Die Gartenstadt Bewegung.* Leipzig, 1909.

Un estudio temprano y excelente.

KARAN, Pradyuma Prasad. *The Pattern of Indian Towns: A Study in Urban Morphology.* En JAIP, 1957.

KELLOGG, Paul U. (ed.). *The Pittsburg Society.* 6 vols. Nueva York, 1909, 1914.

Investigación monumental de una ciudad industrial representativa: una inspección no muy diferente de la posterior Middletown, *pero con más énfasis en el punto de vista y los intereses específicos de los obreros sociales. Aun careciendo del aspecto cívico y urbano, es no obstante una de las demostraciones más notables del método de investigación.*

Kenyon, Kathleen M. *Digging Up Jericho.* Londres, 1957 [Ed. cast. *Desenterrando a Jericó,* trad. Víctor O. Moya, FCE, 1966].

Descripción de lo que parece ser, si la datación es correcta, el primer asentamiento urbano en Oriente Próximo: un descubrimiento que puede revolucionar la arqueología y la cronología de esta área y del desarrollo urbano en general.

Kidder Smith, G. E. *Sweden Builds.* Primera ed. Nueva York, 1950. Segunda ed., 1957.

Abundante en fotografías admirables así como en planos, particularmente buenos acerca de la nueva ciudad de Vällingby en Suecia.

—*Italy Builds: Its Modern Architecture and Native Inheritance.* Nueva York, 1955.

Rara combinación de buena fotografía y comprensión arquitectónica, y además con sensibilidad por los valores humanos subyacentes.

Kirsten, Ernst, y Wilhelm Kraiker. *Griechenlandkunde: Ein Führer zu Klassischen Stätten.* Heidelberg, 1957.

Un Pausanias moderno: de valor incalculable. (Pero la Guide bleue *a Grecia también es excelente).*

Kite, Elizabeth S. *L'Enfant and Washington: 1791-1792.* Baltimore, 1929.

Kizer, Benjamin H. *Regional Planning in the Columbia River Area.* En tpr, julio 1951.

Kligman, Miriam. *Human Ecology and the City Planning Movement.* En *Social Forces,* octubre de 1945.

Koenigsberger, Otto H. *New Towns in India.* En tpr, julio de 1949.

Kohl, Johann Georg. *Der Verkehr und die Ansiedlungen der Menschen in Ihrer Abhängigkeit von der Gestaltung der Erdoberfläche.* 1841. Segunda ed. Leipzig, 1850.

Sombart se burla de esta obra, pero su énfasis en el transporte como uno de los factores críticos en el desarrollo de la ciudad no es descabellado.

Korn, Arthur. *History Builds the Town.* Londres, 1953.

Abundantes ilustraciones.

Kouenhoven, John A. *The Columbia Historical Portrait of New York.* Nueva York, 1953.

Rico en datos pictóricos.

Kraeling, Carl H., y Robert M. Adams (eds.). *City Invisible: A Symposium on Urbanization and Cultural Development in the Ancient Near East. Held at The Oriental Institute of the Unviersity of Chicago, Dec. 4-7, 1958.* Chicago, 1960.

Un simposio fascinante que apenas hace justicia a su título, pero al menos sirve de introducción a la cuestión.

Kramer, Samuel Noah. *History Begins at Sumer,* Nueva York, 1959 [Ed. cast. *La historia empieza en Sumer,* trad. Jaime Elías Cornet y Jorge Braga Riera, Alianza, 2010].

Muchas pistas sobre la ciudad tanto en el texto como en traducciones, a cargo de un especialista en este campo. Véase su traducción en Pritchard, J. B.

*Kropotkin, Piotr. *Fields, Factories, and Workshops: or Industry Combined with Agricultura, and Brainwork with Manual Work.* Primera ed. Boston, 1899. Ed. revisada: Londres, 1919 [Ed. cast. *Campos, fábricas y talleres,* trad. A. López White, Júcar, 1978].

—*Mutual Aid.* Londres, 1904 [Ed. cast. *La selección natural y el apoyo mutuo,* trad. Susana Pinar, Los libros de la catarata, 2009].

Kuhn, Emil. *Ueber die Enstehung der Staedt der Alten: Komenverfassung und Synoikismos.* Leipzig, 1878.

Casi tan sorprendente por su asunto y la elevada calidad de su pensamiento como la obra de Fustel de Coulanges, sobre todo si tenemos en cuenta la fecha.

Labò, Mario. *Strada Nuova.* En *Scritti di store dell'arte in onore di Lionello Ventura.* Roma, 1956.

Descripción del nuevo barrio aristocrático de Génova que diseñó Galeazzo Alessi.

Lanciani, Rodolfo Amadeo. *Ancient Rome in the Light of Recent Discoveries.* Octava ed. Boston, 1892.

—*New Tales of Old Rome.* Londres, 1901.

—*Ancient and Modern Rome.* Londres, s. d. (¿1927?).

Muy útil para orientarse, por parte de un investigador pionero.

Larrabee, Eric, y Rolf Meyersohn (eds.). *Mass Leisure.* Glencoe, Illinois, 1959.

(Véase también Mass Culture, *de los mismos editores).*

LARSEN, J. A. O. *Representative Government in Greek and Roman History*. Berkeley, 1955.

Análisis novedoso e importante.

LARWOOD, Jacob (seudónimo de H. D. J. van Schevichaven). *The Story of the London Parks*. Londres, 1881.

LAVEDAN, Pierre. *Qu'est-ce que l'urbanisme? Introduction à l'histoire de l'urbanisme*. París, 1926.

Una introducción a los documentos, planos y demás fuentes para una historia del urbanismo, antes que al propio asunto. Más para el especialista que para el estudiante general.

—**Histoire de l'Urbanisme*. Vol. I. *Antiquité, Moyen Âge*. París, 1926. Vol. II. *Renaissance et Temps Modernes*. París, 1941. Vol. III. *Époque Contemporaine*. París, 1952.

Obra clásica sobre la historia del arte del planificador de la ciudad, profuso en documentación, ilustraciones y planos.

—*Géographie des Villes*. París, 1936. Ed. revisada: 1959.

—*Représentation des Villes dans l'Art du Moyen Âge*. París, 1954.

—*Urbanisme et architecture: études écrites et publiées en honneur de Pierre Lavedan*. París, 1954.

LAYARD, Austen Henry. *The Monuments of Nineveh: From drawings made on the spot*. En dos series. Londres, 1853.

Todavía valioso.

LEBRETON, Jean. *La Cité naturelle: Recherche d'un urbanisme humain*. París, 1945.

Harto más sensato que las ideas, mucho mejor publicitadas, de Le Corbusier.

*LE CORBUSIER. *Urbanisme*. París, 1924. Trad. inglesa. *The City of The Future*. Nueva York, 1930.

Propuesta de una metrópolis elaboradamente mecánica, con rascacielos espaciosamente separados y vías de tráfico rodado en plataformas múltiples: más cercano a un orden real que los estridentes proyectos de los arquitectos de los rascacielos neoyorquinos del mismo periodo, pero con la misma orientación burocrática. A pesar de su árida concepción de la ciudad —o debido a ella—, el tratado más influyente de su generación.

—*Précisions*. París, 1930 [Ed. cast. *Precisiones respecto a un estado actual de la arquitectura y del urbanismo*, trad. Johanna Givanel, Apóstrofe, 1999].

El meollo de las conferencias sudamericanas de Le Corbusier, con esquemas aún más extravagantes para una ciudad de carreteras y rascacielos.

—*La Ville radieuse: Collection de l'équipement de la civilisation machiniste.* Boulogne, 1934.

Quizá sintomático de una transformación de la ideología puramente mecánica a una perspectiva más biotécnica.

—*Concerning Town Planning.* Trad. de Clive Entwistle. New Haven, 1948 [Ed. cast. *A propósito del urbanismo,* trad. Roser Berdagué, Poseidón, 1980].

Breve recapitulación de las tesis de Le Corbusier, aún sin modificar por su obra en Chandigarh.

Le Corbusier, y François de Pierrefeu. *The Home of Man.* Londres, 1948 [Ed. cast. *La casa de los hombres,* trad. Roser Berdagué, Apóstrofe, 2008].

Lee, Rose Hun. *The City.* Chicago, 1955.

Lestocquoy, J. *Les Villes de Flandre et de l'Italie sous le gouvernement des patriciens (XI-XV siècles).* París, 1952.

Excelente análisis del papel de la pujante clase de mercaderes en ciertas ciudades de Italia y los Países Bajos. Pero debido a su exceso de concentración en dicho aspecto, desdeña el papel de los obreros y artesanos industriales.

Lethaby, W. R. *Architecture, Nature, and Magic.* Nueva York, 1956.

Nueva edición de 1928 de un estudio que se publicó por vez primera en 1892, analizando las fuentes mágicas y religiosas de la arquitectura.

—*Form in Civilization.* Londres, 1922. Segunda ed. Nueva York, 1957.

Valiosísimo por sus cualidades humanas más prácticas, de las que carece grandemente nuestra propia época.

—*Of Beautiful Cities.* En *Art and Life, and the Building and Decoration of Cities.* Londres, 1897.

Lettmayer, Ferdinand. *Wien um die Mitte des XX. Jahrhunderts: Ein Querschnitt.* Viena, 1958.

Colosal investigación cooperativa de esta ciudad decapitada pero aún vital.

Letts, Malcolm. *Bruges and Its Past.* Segunda ed. Brujas, 1926.

Levy, Gertrude Rachel. *The Gate of Horn: A Study of the Religious Conceptions of the Stone Age, and their Influence upon European Thought.* Londres, 1948.

Particularmente bueno en su interpretación del material paleolítico, en cavernas y laberintos.

Maclear, Anne Bush. *Early New England Towns.* En *Studies in History, Economics and Public Law.* Nueva York, 1908.

Maitland, Frederic William. *Township and Boroug: together with an appendix of notes relating... to Cambridge.* Cambridge, 1898.

Maiuri, Amedeo. *Pompeii.* Séptima ed. Roma, 1954.

Guía detallada.

—*Pompeii.* Novara, 1957.

Exhaustivo y bien ilustrado.

—*Herculaneum.* Quinta ed. Roma, 1958.

Mann, Peter H. *The Socially Balanced Neighborhood Unit.* En tpr, julio de 1958.

Marsh, George Perkins. *The Earth as Modified by Human Action.* Tercera ed. Nueva York, 1888.

Una obra pionera que demostró el papel activo del hombre en el cambio de la faz de la tierra y estableció su responsabilidad moral por sus prácticas frecuentemente destructivas. (Véase Sauer, Carl, y Thomas, W. L.).

Marshall, John Hubert. *Mohenjo-Daro and the Indus Cilization.* 3 vols. Londres, 1927.

Martin, Alfred von. *Deutsches Badewesen in vergangenen Tagen.* Jena, 1906.

*Martin, Roland. *L'Urbanisme dans la Grèce antique.* París, 1956.

Prolonga y profundiza el trabajo de von Gerkan y otros, corrigiendo concepciones previas acerca de la obra de Hipódamo, y subrayando la naturaleza funcional de la planificación urbana griega. Bien ilustrado.

Maunier, René. *Essais sur les groupements sociaux.* París, 1929.

—*L'Origine et la fonction économique des villes: étude de morphologie sociale.* París, 1910.

Importante no tanto por lo que concluye como por lo que intenta.

Mayhew, Henry. *London Labor and the London Poor.* 4 vols. Londres, 1861-1862.

Periodístico pero lleno de material interesante.

Mayo, W. L. B., S. D. Adshead, Patrick Abercrombie y W. H. Thompson. *The Thames Valley from Cicklade to Staines: A Survey of Its Existing State and Some Suggestions for Its Future Preservation.* Londres, 1929.

McAllister, Gilbert, y Elizabeth Glen. *Town and Country Planning: A Study of Physical Environment: The Prelude to Post-War Reconstruction.* Londres, 1941.

McClenahan, B. A. *Communality; the Urban Substitute for the Traditional Community*. En *Sociology and Social Research*, marzo-abril de 1946.

McDonald, William A. *The Political Meeting Places of the Greeks*. En *The Johns Hopkins University Studies in Archaeology*, n.° 34, Baltimore, 1943.

Excelente.

McKelvie, Blake. *Rochester: The Water-Power City*. 2 vols. Nueva York, 1954.

Meakin, Budgett. *Model Factories and Villages*. Londres, 1905.

Meiggs, Russell. *Roman Ostia*. Oxford, 1960.

Meikelham, Robert. *On the History and Art of Warming and Ventilating Rooms and Buildings*. 2 vols. Londres, 1845.

Importante: un libro raro en un campo poco explorado. Requiere un sucesor aún más exhaustivo.

Mercier, Louis Sébastien. *The Picture of Paris: Before and After the Revolution. Paris: 1781-1788*. Trad. Londres, 1929.

—*Memoirs of the Year 2500*. Trad. Liverpool, 1802 [Ed. cast. *Año dos mil cuatrocientos cuarenta*, trad. Joaquín Rodríguez Plaza, varios editores, 1987].

Utopía interesante por sus detalles históricos.

Merian, Matthaeus. *Topographia Bohemiae, Moraviae et Silesiae*. Fráncfort-am-Main, 1650.

—**Topographia Germaniae*. Fráncfort-am-Main, 1642. Reimpreso en pequeño formato. Múnich, 1935.

Bellos grabados en madera de ciudades, con datos curiosos y a veces históricamente informativos. Una de las grandes fuentes de conocimiento respecto al estado de la ciudad medieval tardía. La colina y la iglesia ocupaban el lugar del avión para el artista. (Allí donde están disponibles, también vale la pena consultar las obras de W. J. Blaeu, Sebastian Munster y John Speed).

Metz, Friedrich. *Die Hauptstaedt*. Berlín, 1930.

Meuriot, Paul. *Des agglomerations urbaines dans l'Europe contemporaine: essai sur les causes, les conditions, les conséquences de leur développement*. París, 1898.

Estudio estadístico de las concentraciones urbanas en el siglo XIX*, con referencia especial a Francia.*

—*Du Concept de ville autrefois et aujourd'hui*. En *La Vie urbaine*. París, 1919.

MEYERSON, Martin, y Barbara Terret (eds.). *Metropolis in Ferment*. En *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, noviembre de 1957.

Véase particularmente el ensayo de John Ely Burchard sobre «La estética urbana». (Cf. Robert Mitchell más adelante).

MICHELL, H. *The Economics of Ancient Greece*. Nueva York, 1940.

Exhaustivo. (Véase Alfred E. Zimmern para una explicación menos detallada en un marco social más amplio).

—*Mirabilia Romae: Indulgentie et Reliquia ad Urbis Rome in Latino*. Roma, c. 1495.

Conocido como la primera guía «moderna». (¡Pero véase Pausanias!).

MITCHELL, Robert B., y Chester Rapkin. *Urban Traffic: A Function of Land Use*. Nueva York, 1954.

MITCHELL, Robert B. (ed.). *Building the Future City*. En *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, noviembre de 1945.

Excelente resumen para su época, aunque preste poca atención a las funciones estéticas e intelectuales de la ciudad.

MOLMENTI, Pompeo G. *Venice, Its Individual Growth from the Earliest Beginning to the Fall of the Republic*. 6 vols. Trad. Chicago, 1906-1908.

Admirable.

MOOKERJI, Radhakumud. *The Nile and Egyptian Civilization*. Nueva York, 1927.

—*Villes neuves et chartes d'immunité dans l'ancien Empire*. En *Journal Asiatique*, julio-agosto de 1912, marzo-abril de 1916 y noviembre-diciembre de 1917.

Importante.

MORGAN, Arthur E. *The Community of the Future*. Yellow Springs, Ohio, 1957.

Balance de las cualidades y funciones de la comunidad reducida, a escala de aldea.

*MORLEY, Sylvanus Griswold. *The Ancient Maya*. Stanford, 1946 [Ed. cast. *La civilización maya*, trad. Adrián Recinos, FCE, 1947].

Notable. Tiene un capítulo adecuado sobre las ciudades mayas, cuya existencia suele discutirse.

MUKERJEE, Radhakamal. *Regional Sociology*. Nueva York, 1926.

Buena síntesis.

—*Man and His Habitation: A Study in Social Ecology*. Londres, 1940.

Muller, Émile. *Habitations ouvrières et agricoles.* París, 1856.

Muller, Émile y Émile Cacheux. *Les Habitations ouvrières en tous pays.* Primera ed. París, 1879. Segunda ed. 1903.

Estudio exhaustivo de los modelos de vivienda para la clase obrera; la segunda edición muestra muchos de los planos que se exhibieron en la Exposición de París de 1900. (Véase Hole, Christina).

Mumford, Lewis. *City Development: Studies in Disintegration and Renewal.* Nueva York, 1945.

—*The Culture of Cities.* Nueva York, 1938 [Ed. cast. *La cultura de las ciudades,* trad. Carlos María Reyles, Emecé Editores, 1945].

Véase especialmente los capítulos sobre regionalismo.

—*The Transformations of Man.* Nueva York, 1957 [Ed. cast. *Las transformaciones del hombre,* trad. María Raquel Bengolea, Editorial Sur, 1960].

Una introducción esencial a este volumen. Véase particularmente los capítulos sobre el hombre civilizado y posthistórico.

—*The Fourth Migration.* En *Survey Graphic,* mayo de 1925.

—*A World Center for the United Nations.* En jriba, agosto de 1946.

—*Planning for the Phases of Life.* En tpr, abril de 1949.

—*The Modern City.* En *Form and Functions of 20th Century Architecture.* Vol. iv. Nueva York, 1952.

—*The Neighborhood and Neighborhood Unit.* En tpr, enero de 1954.

—*A New Approach to Worker's Housing.* En *International Labour Review,* febrero de 1957.

Análisis crítico de la alternativa tan trivial como superficial entre las viviendas metropolitanas de muchos pisos y las casas suburbanas unifamiliares de bajo coste.

—*University city.* En *City Invencible.* Ed. de Kraeling, Carl, y Robert Adams. Chicago, 1960.

Munster, Sebastian. *Cosmographia.* Basilea, 1552.

Valioso.

Munter, Georg. *Die Geschichte der Idealstadt.* Berlín, 1928.

Muntz, E. E. *Urban Sociology.* Nueva York, 1938.

Mylonas, George E. *Ancient Mycenae: The Capital City of Agamemnon.* Princeton, 1957.

NATIONAL COUNCIL OF SOCIAL SERVICE. *The Size and Social Structure of a Town.* Londres, 1943.

Útil estudio de un asunto muy descuidado.

NATIONAL RESOURCES COMITÉ. *Urban Planning and Land Policies.* 2 vols. Washington, 1943.

El vol. II contiene descripciones de las nuevas comunidades americanas y europeas.

NEUMANN, Erich. *The Origins and History of Consciousness.* Nueva York, 1954.

Aunque vulnerable ante una crítica metodológica severa, está lleno de intuiciones audaces y a menudo fértiles, que un criterio más riguroso podría haber reprimido.

—*The Great Mother: An Análisis of the Archetype.* Nueva York, 1955 [Ed. cast. *La gran madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas del inconsciente,* trad. Rafael Fernández de Maruri, Trotta, 2009].

El concepto de arquetipo como agente dinámico es elusivo, y casi desafía a una presentación sistemática, si bien aporta muchas pistas al estudio del desarrollo humano.

NEW YORK STATE HOUSING AND REGIONAL PLANNING COMMISSION. *Final Report.* Albany, 1926.

Un hito del regionalismo en la política norteamericana. Con Clarence S. Stein como presidente y Henry Wright como consejero de planificación, la comisión llevó a cabo una serie de investigaciones importantes, que culminaron en este informe. (Véase también MacKaye, Wright, Stein).

NICHOLAS, R. *City of Manchester Plan.* Londres, 1945.

Notable por incorporar la dimensión temporal, con al avance por etapas de los procesos de planificación, en lugar de la demolición total y la consiguiente sustitución. Uno de los primeros informes en reconocer las secuencias de tiempo y los procesos orgánicos en el desarrollo urbano. Metodológicamente, una contribución notable que aún no se ha asimilado como corresponde.

NOLEN, John. *New Towns for Old.* Boston, 1927.

NOUGIER, Louis-René. *Géographie Humaine Historique.* París, 1959.

Recomendado.

OBERHUMMER, Eugen. *Der Stadtplan: Seine Entwicklung und geographische Bedeutung.* Berlín, 1907.

Ejemplos extraídos ampliamente de ciudades antiguas.

Olmsted, Frederick Law. *Public Parks and the Enlargement of Towns.* Cambridge, Massachusetts, 1870.

Uno de las primeras y mejores exposiciones de la planificación integral de parques.

Olmsted, Frederick Law jr. y Teodora Kimball. *Frederick Law Olmsted, Landscape Architect: 1822-1903.* 2 vols. Nueva York, 1928.

Artículos profesionales y datos biográficos significativos, pero demasiado centrado en Central Park. Hace falta con urgencia un estudio exhaustivo de la vida y obra de Olmsted.

Osborn, F. J. *New Towns after the War.* Londres, 1918. Ed. revisada: 1942.

Propuesta de estadista, no menos oportuna en 1942 que en 1918, de proporcionar alojamiento no mediante ampliaciones urbanas o reconstrucciones internas insulsas y esporádicas, sino mediante comunidades equilibradas o ciudades-jardín.

—*Tranports, Town Development and Territorial Planning of Industry,* n.º 20, New Fabian Research Bureau. Londres, 1934.

Crítica solvente de las tendencias centralizadoras, con sugerencias para una nueva política precursora de las líneas maestras del Informe Barlow (véase).

—*The Planning of Greater London: with foreword by Sir Raymond Unwin.* Londres, 1938.

Breve pero efectiva crítica de la caótica expansión de Londres, con propuestas concretas para rectificarla: propuestas cuya sabiduría no sólo se adelantó a la situación que causó el Blitz *alemán sino que contenían una forma integral de combatirlo.*

—*The Future of Town and Countryside.* En *The Political Quarterly,* enero-marzo de 1943.

—*Green-belt Cities: The British Contribution.* Londres, 1946.

Después del propio libro de Howard, el mejor resumen introductorio a la idea de ciudad-jardín.

—*Progress of the New Towns.* En TCP. Londres, enero de 1950.

Informe interno de editores y otros.

Osterweis, Rollin G. *Three Centurias of New Haven: 1638-1938.* New Haven, 1953.

Owen, Robert. *A New View of Society.* Londres, 1813 [Ed. cast. *Una nueva visión de la sociedad,* trad. Robert Mettini, Hacer, 1982].

OWEN, Wilfred. *The Metropolitan Transportation Problem.* Washington, 1956.

Bueno. (Pero véase también Mitchell y Rapkin).

—*Cities in the Motor Age.* Nueva York, 1959.

Compendio de las aportaciones a un simposio sobre planificación de autopistas y desarrollo metropolitano.

PAGE, J. W. *From Hunter to Husbandman.* Londres, 1939.

PALLADIO, Andrea. *The Architecture of Palladio in Four Books.* Venecia, 1581. Trad. Londres, 1742 [Ed. cast. *Los cuatro libros de la arquitectura,* Juan del Ribero Rada, Akal, 2003].

Claves indispensables para el plano barroco.

PALLIN, H. N. *Anatema over Storstaden (Anatema on the Great Cities).* En *Bulletin 19 of the Institutionen Vagbyggnad och Kommunikationsteknik.* Estocolmo, 1943.

A juzgar por el sumario en inglés, una explicación de la expansión y destrucción de las grandes ciudades, desde el punto de vista del dinamismo económico en una economía pecuniaria. Asimismo, una crítica sarcástica de La cultura de las ciudades.

PARK, Robert. *Human Communities: the City and Human Ecology.* Glencoe, Illinois, 1952.

Valiosas contribuciones por parte de uno de los líderes de la Escuela de Chicago en sociología urbana.

PARK, Robert E., E. W. Burgess, y R. D. McKenzie. *The City: with a Bibliography by Louis Wirth.* Chicago, 1925.

Artículo sobre la ciudad como formación ecológica.

PARKE, H. W., y D. E. W. Wormell. *The Delphic Oracle.* Vol. 1: *History.* Oxford, 1956.

El mejor libro disponible, aunque —debido a su enigmático asunto— naturalmente deja en suspenso muchos problemas acuciantes y probablemente irresolubles. (Pero véase Dempsey).

PARKING, Maurice F. *City Planning in Soviet Russia.* Chicago, 1953.

PARROT, André. *Ziggurats et Tour de Babel.* París, 1949 [Ed. cast. *La torre de Babel,* trad. José Ramón Bargas, Garriga, 1962].

PASSARGE, S. *Stadtlandshaften der Erde.* Hamburgo, 1930.

*Pausanias. *Descriptions of Greece.* 6 vols. Trad. anotada por J. G. Frazer. Londres, 1898 [Ed. cast. *Descripción de Grecia*, trad. M.ª C. Herrero, Gredos, 1999].

El Baedeker *del mundo romano del siglo II, animado para los romanos y a menudo lastrado para la posteridad por sus voluminosos comentarios sobre historia local, leyendas y mitos. Pero una mina para quienes lo estudien con atención.*

Pearson, S. Vere. *London's Overgrowth: And The Causes of Swollen Towns.* Londres, 1939.

Peel, J. *Topographia Galliae.* Ámsterdam, 1660-1663.

Peets, Elbert. *Haussmann.* En TPR, junio de 1927.

—*Current Town Planning in Washington.* En TPR, diciembre de 1931.

Peets, Elbert, y Werner Hegemann. *The American Vitruvius.* Nueva York, 1922 [Ed. cast. *El Vitruvio americano*, trad. Santiago Castán, Fundación Caja de Arquitectos, 1993].

Rico compendio de urbanismo histórico.

Pepler, George L. *Open Spaces.* En TPR, enero de 1923.

Perkins, J. B. Ward. *Early Roman Towns in Italy.* En TPR, octubre de 1955.

Importante.

Pernoud, Régine. *Les Villes marchandes aux XIVe et XVe siècles. Impérialisme et capitalisme au Moyen Âge.* París, 1948.

Sobre todo centrado en lo político y económico.

Perret, Jacques. *Des Fortifications et artifices.* Fráncfort-am-Main, 1602.

Demuestra cuán completamente se sacrificó la urbe como entidad a la defensa frente a la artillería.

Perrot, Georges, y Charles Chipiez. *A History of Art in Ancient Egypt.* Londres, 1883.

—*A History of Art in Chaldea and Assyria.* 2 vols. Nueva York, 1884.

Perry, Clarence. *The Neighborhood Unit: A Scheme of Arrangement for the Family-Life Community.* En Vol. VII del *Regional Survey of New York and Its Environs.* Nueva York, 1929.

Resumen clásico a cargo de un pionero en el movimiento del commmunty center. *(Véase la bibliografía de Dahir. También el análisis de Bardet de los «escalones» de la comunidad).*

—*Housing for the Machina Age*. Nueva York, 1939.

Peterson, Arthur Everett, y George W. Edwards. *New York as an Eighteenth Century Municipality*. 2 vols. Nueva York, 1917.

Vestigios medievales en el Nuevo Mundo.

Peterson, Eller Theodore, y otros. *Cities Are Abnormal*. Norman, Oklahoma, 1946.

Más que un título ingenioso.

Petit-Dutaillis, Ch. *Les Communes françaises au XII^e^ siècle*. En *Revue du droit français et étranger*, 1945, 1946.

Petrie, William Flinders. *Deshasheh*. Londres, 1898.

—*The Revolutions of Civilization*. Londres, 1911.

—*Some Sources of Human History*. Nueva York, 1919.

Estos dos libritos recogen la experiencia y el conocimiento de este temible arqueólogo, que ahora desdeña la generación que se encuentra bajo la sombra de su gigantesca figura. El estudiante serio no debe despreciarlo.

Pevsner, NiKolaus. *Model Houses for the Laboring Classes*. En AR, mayo de 1943.

Pichon, Armand. *Urbanisme et société: suivi d'une note sur la ville et le sacré*. París, 1942.

Pinkney, David H. *Napoleon III and the Re-building of Paris*. Princeton, 1958.

Uno de los numerosos libros dedicados a la valoración y rehabilitación no solo de Napoleón III sino del temible Haussmann: un acto de justicia pospuesto por sus ignominiosos finales.

Pirenne, Henri. *Medieval Cities: Their Origins and the Revival of Trade*. Princeton, 1925 [Ed. cast. *Las ciudades de la Edad Media*, trad. Francisco Calvo Serraller, Alianza, 2001].

A pesar de su excelente erudición básica, una interpretación errada, que atribuye al comercio internacional un papel en la producción urbana y el crecimiento de la población que no pudo tener, y de hecho no tuvo. Desafortunado por su influencia en Carl Stephenson (véase) y otros.

—*Les Villes et les institutions urbaines*. 2 vols. Bruselas, 1939.

Recopilación de obras sobre la ciudad, incluyendo: Les Villes du Moyen Âge, *1927;* Histoire de la constitution de la ville de Dinant au Moyen âge, *1889;* Les Anciennes démocraties des Pays-Bas, *1910; y artículos varios.*

PIRENNE, Jacques. *Les Villes dans l'ancienne Egypte.* En *La Ville.* Vol. VII. *Recueils de la Société Jean Bodin.* Véase Société Jean Bodin.

Valioso pero limitado a los aspectos económicos y sociales, especialmente durante los periodos feudales. (Véase Fairman).

POËTE, Marcel. *Comment s'est formé Paris.* París, 1925.

Un libro diminuto dotado del conocimiento de toda una vida. Véase más abajo.

—**Introduction à l'urbanisme: l'évolution des villes: la lechón de l'Antiquité.* París, 1929.

Recomendado. El primer tercio analiza los componentes sociales, económicos y geográficos del plano de la ciudad; el resto es un estudio específio de la ciudad en la civilización antigua, egipcia, mesopotámica y grecorromana. El punto de vista es orgánico e histórico.

—**Une Vie de cité Paris: de sa naissance à nos jours.* 3 vols., texto; un vol., ilustraciones. París, 1924-1931. Vol. II. París, 1927.

Una obra monumental de primer orden.

—*Urban Development.* En TPR, julio de 1950.

*PÖHLMANN, Robert. *Die Uebervölkerung der Antiken Grosstädte: in Zusammenhange mit der Gesammtenwicklung städtischer Civilisation.* Leipzig, 1884.

Estudio de la hipertrofia de las metrópolis antiguas vistas desde la perspectiva de la congestión del siglo XIX.

POLANYI, Karl, C. A. Avenberg, y H. W. Pearson (eds.). *Trade and Market in the Early Empires.* Glencoe, Illinois, 1957 [Ed. cast. *Comercio y mercado en los imperios antiguos,* trad. Alberto Nicolás, Labor, 1976].

Admirable en su intento de interpretar los primeros sistemas económicos sin superponer conceptos más tardíos de comercio y precio. Pero confuso en su empeño por identificar el sistema de mercado con el mercado formal, y discutible en otros puntos.

POPE, Arthur Upham. *Persepolis as a Ritual City.* En *Archaeology,* vol. 10, n.° 2, verano de 1957.

Importante en su énfasis en el significado ritual de la ciudad, todavía en tiempos de Darío.

POWELL, Lyman P. (ed.). *Historic Towns of New England.* Nueva York, 1898.

—*Historic Towns of the Middle States.* Nueva York, 1899.

—*Historic Towns of Southern States.* Nueva York, 1900.

PRATT, Edward Ewing. *Industrial Causes of Congestion of Population in New York City.* Nueva York, 1911.

PRESS, Hugo. *Die Enwicklung des Deutschen Städtwesens.* Vol. I. Leipzig, 1906.

Excelente.

PREUSSER, Conrad. *Die Wohnhäuser in Assur.* En *Ausgrabungen der Deutschen Orient-Gesellschaft in Assur,* n.° VI. Berlín, 1954.

PRINCETON UNIVERSITY CONFERENCE. *Urban Development and Urban Transportation.* Princeton, 1957.

PRITCHARD, James B. *The Ancient Near East in Pictures.* Nueva York, 1954.

—**Ancient Near Eastern Texts.* Segunda ed. Princeton, 1955 [Ed. cast. *La sabiduría del Antiguo Oriente,* trad. J. A. Galarraga, Garriga, 1966].

Aunque seleccionadas por su relación con el Antiguo Testamento, este es el mejor conjunto de traducciones al inglés de todo tipo de documentos de la época: una mina de materiales importantes de la que me he servido con reconocimiento. Bellamente complementada por el libro de fotografías.

PRITCHETT, Herman C. *The Tennessee Valley Authority: A Study in Public Administration.* Chapel Hill, Carolina del Norte, 1943.

*PURDOM, C. B. *The Garden City: A Study in the Development of a Modern Town.* Londres, 1913.

Un estudio pionero de uno de los colegas más dotados de Howard.

—*The Building of Satellite Towns: A Contribution to the Study of Town Development and Regional Planning.* Londrfes, 1925. Ed. revisada: 1949.

Agudo y exhaustivo, si bien a veces caprichoso en la documentación. (Véase Osborn).

—*Britain's Cities To-morrow.* Londres, 1942.

—*How Should We Rebuild London?* Londres, 1945.

—(Ed.). *Towns Theory and Practice.* Londres, 1921.

Simposio de varios escritores, incluyendo capítulos importantes a cargo de sir Raymond Unwin que anuncia su plan regional de Londres.

QUARONI, Ludovico. *Una città eterna. Quattro lezioni da 27 secoli.* En *Urbanistica,* junio de 1959.

Gran interpretación del desarrollo de Roma.

QUEEN, Stuart Alfred, y Lewis Francis Thomas. *The City: A Study of Urbanism in the United States.* Nueva York, 1939.

RADIG, Werner. *Frühformen der Hausentwicklung in Deutschland.* Berlín, 1958.

Buen resumen crítico de las primeras obras sobre las viviendas primitivas, acompañado de una presentación bien ilustrada de hallazgos posteriores.

RALEIGH, Walter. *Observations Concerning the Causes of the Magnificence and Opulency of Cities.* En *Works.* Vol. II. Londres, 1751.

Aún hoy no carece de interés.

RANNELLS, John. *The Core of the City.* Nueva York, 1956

Un intento estadístico de descubrir un foco central de activismo urbano.

RAPKIN, Chester, y William C. Grigsby. *Residential Renewal in the Urban Core.* Filadelfia, 1960.

RAPPAPORT, Philipp. *Sitten und Siedlungen im Spiegel der Zeiten.* Stuttgart, 1952.

RASMUSSEN, Steen Eiler. *London: The Unique City.* Nueva York, 1937 [Ed. cast. *Londres, ciudad única,* trad. Moisés Puente, Fundación Caja de Arquitectos, 2010].

Interpretación favorable de la vida y las formas arquitectónicas de las grandes capitales más admirables.

—*Towns and Buildings.* Cambridge, Massachusetts, 1951.

Bellamente imaginado, percibido con agudeza, encantadoramente ilustrado, a cargo de un arquitecto que también es, en el sentido más hondo de la palabra, un humanista.

—*The Dutch Contribution.* En TPR, octubre de 1953.

—*Neighborhoord Planning.* En TPR, enero de 1957.

RAVAL, Marcel. *Histoire de Paris.* París, 1948 [Ed. cast. *Historia de París,* trad. Zoe Ramírez, Salvat, 1950].

RECLUS, Elisée. *The Evolution of Cities.* En *Contemporary Review,* febrero de 1895.

REDFIELD, Robert. *The Primitive World and Its Transformations.* Ithaca, 1933.

Excepcional.

REED, Henry Hope, y Christopher Tunnard. *American Skyline.* Nueva York, 1956.

El primer relato del desarrollo de la ciudad norteamericana, particularmente estimulante y colorido porque muestra fuentes literarias inexploradas

hasta ahora. Antihistórico en su aceptación de formas históricas de imitación como antídoto contra el diseño moderno, basto y carente de imaginación. Un libro cuyos defectos contrarrestan en cierto modo sus excelencias. (Véase Tunnard, Christopher).

—*Regional Survey of New York and Its Environs.* 8 vols. Nueva York, 1927-1931.

Reichow, Hans Bernard. *Organische Stadtbaukunst.* Braunschweig, 1948.

—*Die Autogerechte Stadt: ein Weg aus dem Verkehrs-Chaos.* Ravensburg, 1959.

Elaboración alemana de la idea de Radburn.

Reid, James S. *The Municipalities of the Roman Empire.* Cambridge, 1913.

Todavía útil.

Reiss, Albert J. jr. y Paul K. Hatt. *Cities and Society. The Revised Reader in Urban Sociology.* Glencoe, Illinois, 1957.

Renard, G. F., y G. Weulersse. *Life and Work in Modern Europe: Fifteenth to Eighteenth Centuries.* Londres, 1926.

Reps, John W. *Planning in the Wilderness: Detroit, 1805-1830.* En tpr, enero de 1955.

—*William Penn and the Planning of Philadelphia.* En tpr, abril de 1956.

—*Town Planning in Colonial Georgia.* En tpr, enero de 1960.

—*The Green Belt Concept.* En tcp, julio de 1960.

Revesz-Alexander, Magda. *Die Alten Lagerhäuser Amsterdam: eine Kunstgeschichtliche Studie.* Primera ed. Ámsterdam, 1928. Segunda ed.: La Haya, 1954.

Rey, Augustin. *The Healthy City of the Future.* En tpr, julio de 1915.

Principalmente, sobre la orientación de la luz solar, por parte de uno de los pioneros en este tardío redescubrimiento de unos principios que ya conocían Jenofonte y sus contemporáneos.

Rey, Augustin, Justin Pidoux, y Charles Barred. *La Science des plans des villes.* París, 1928.

Amplio; pero necesita ser reformulado.

Richards, J. W. *A Theoretical Basis for Physical Planning.* En ar, febrero-marzo de 1942.

—*Castles on the Ground.* Londres, 1946.

Richardson, Benjamin War. *Hygeia: A City of Health.* Londres, 1876.

Aunque en su programa de hospitalización Richardson siga adelantándose a las comunidades contemporáneas, algunas de sus recomendaciones más «avanzadas» están hoy llamativamente por debajo del promedio.

RIDER, Bertha Carr. *The Greek House: its history and development from the Neolithic period to the Hellenistic Age*. Cambridge, 1916.

Más completo de lo que podría dar a entender la fecha de publicación.

RIEHL, Wilhelm Heinrich. *Kulturstudien aus drei Jahrhunderten*. Stuttgart, 1859.

Véanse los ensayos sobre «Das Lanschaftliche» y «Augsburgen Studien».

—*Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Social-Politik*. Vol. I: *Land und Leute*. Vol. II: *Die bürgerliche Gesellschaft*. Vol. III: *Die Famille*. Vol. IV: *Wanderbuch (als zweiter Theil zu Land und Leute)*. Sexta ed. Stuttgart, 1866-1882.

Obra importante de un gran historiador de la cultura del mismo nivel que De Sanctis en Italia. Véanse especialmente los capítulos sobre la ciudad en los vols. I y IV, y sobre la casa en el vol. III.

RIEMER, Svend. *The Modern City*. Nueva York, 1952.

RIESMAN, David. *The Suburban Dislocation*. En *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, noviembre de 1957.

—*The Lonely Crowd*. Nueva York, 1950 [Ed. cast. *La muchedumbre solitaria*, trad. Noemí Rosemblat, Paidós, 1981].

RIVET, Paul. *Maya Cities*. Nueva York, 1954.

ROBERTS, Lewes. *The Treasure of Trafficke*. Londres, 1641.

ROBINSON, Charles Mulford. *The Improvement of Towns and Cities*. Nueva York, 1901.

—*Modern Civic Art, or The City Made Beautiful*. Nueva York, 1903.

Un libro excelente en su día y que todavía vale la pena consultar.

—*The Width and Arrangement of Streets: A Study in Town Planning*. Nueva York, 1911.

Estudios pioneros que siguen a Olmsted.

ROBSON, William A. *The Government and Misgovernment of London*. Londres, 1939.

Penetrante.

ROBSON, William A. (ed.). *Great Citites of the World: Their Government, Politics and Planning*. Nueva York, 1955.

ROCHETTE, M. Raoul. *Histoire critique de l'établissement des colonies grècques.* 4 vols. París, 1815.

Tan bueno en su día que al parecer desalentó posteriores investigaciones.

RODGERS, Cleveland, y Rebecca Rankin. *New York: The World's Capital City.* Nueva York, 1948.

RODWIN, Lloyd. *The British New Towns Policy: Problems and Implications.* Cambridge, Massachusetts, 1956.

Balance académico que elogia la política de las New Towns *británicas, aunque no se libre del todo de prejuicios confusos en lo que concierne a las intenciones originales de Howard y a unas conclusiones prematuras sobre el resultado final de dicha política. (Véase el contraataque de F. J. Osborn en* Land Economics, *agosto de 1956).*

ROGERS, E. N., J. Tyrwhitt, y J. L. Sert (eds.). *The Heart of the City.* Nueva York, 1952 [Ed. cast. *El corazón de la ciudad,* trad. Jaime Esteve y J. J. Permayer, Ed. Científico-Médica, 1961].

ROMANELLI, Pietro. *The Palatinate.* Roma, 1956.

—*The Roman Forum.* Roma, 1959.

ROPER, Marion Wesley. *The City and the Primary Group.* Chicago, 1935.

ROSENAU, Helen. *The Ideal City.* Londres, 1959 [Ed. cast. *La ciudad ideal,* Jesús Fernández Zulaica, Alianza, 1999].

Excelente en intención, decepcionante en ejecución.

ROSENSTOCK, Eugen. *Werkstatt aus Siedlung: Untersuchungen Uber den Lebenstraum des Industrie Arbeiters.* Berlín, 1922.

ROSTOVTZEFF, Michael I. *Out of the Past of Greece and Rome.* New Haven, 1932.

Véanse los capítulos sobre «Emergencia de una ciudad» y «Ciudades caravana».

—*The Social and Economic History of the Hellenistic World.* 3 vols. Oxford, 1941.

Escasas referencias a la ciudad.

ROSTOVTZEFF, Michael I., y otros. *Urban Land Economics.* Ann Arbor, 1922.

Obsérvese sobre todo el texto «Ciudades del mundo antiguo» de Rostovtzeff y «La tierra urbana en la Edad Media» de Mary Shine.

ROUPNEL, Gaston. *La Ville et la campagne au XVII[e] siècle.* París, 1922.

ROUSE, Clive. *Old Towns of England.* Londres, 1936.

ROUSSEL, Pierre. *Delos: Colonie Athènienne*. En *Bibliothèque Française d'Athènes et de Rome*. París, 1916.

ROWNTREE, B. Seebohm. *Poverty: A Study of Town Life*. Nueva York, 1901.

—*Poverty and Progress*. Londres, 1942.

Dos estudios de York, con una generación de diferencia. Importante.

ROYAL INSTITUTE OF BRITISH ARCHITECTS. *Transactions: the Town Planning Conference, London 10-15 October 1910*. Londres, 1911.

Una conferencia que marcó época, cuyos artículos rivalizan con los de reuniones posteriores en Amberes y Berlín. Véase Hegemann.

RUSKIN, John. *The Stones of Vence*. 2 vols. Londres, 1851 [Ed. cast. *Las piedras de Venecia*, trad. Mariví Pla, Consejo General de Arquitectura Técnica de España, 2000].

Tanto la interpretación social de la arquitectura como la interpretación arquitectónica de las sociedades tienen aquí su origen esencial, pero el desdén hacia al conjunto cívico muestra las limitaciones propias de este periodo.

RUSSEL, Josiah Cox. *Late Ancient and Medieval Population*. Filadelfia, 1958.

RYERMAN, D. (ed.). *Country Towns in a Future England*. Londres, 1944.

Inicios de una expresión colectiva de las reivindicaciones de las ciudades rurales británicas frente a las grandes urbes.

*SAARINEN, Eliel. *The City: Its Growth, its Decay, its Future*. Nueva York, 1943.

Nítido alegato a favor de una reorganización descentralizada de los grandes centros, a cargo de un distinguido planificador y arquitecto.

SAMONÀ, Giuseppe. *L'urbanistica e l'avvenire della città*. Bari, 1959.

SANDERS, S. E., y A. J. Rabuck. *New City Patterns: The Analysis of and a Technique for Urban Reintegration*. Nueva York, 1946.

*SAUER, Carl O. *Agricultural Origins and Dispersals*. Bowman Memorial Lectures, serie II. Nueva York, 1952.

Amplia observación y agudo razonamiento que reinterpreta todo el proceso de domesticación y asentamiento humanos. Una aportación extraordinaria de un decano de los geógrafos americanos, con un dominio de los descubrimientos más vastos que lo vincula estrechamente con George Perkins Marsh.

SAVAGE, Wm. *The Makin of Our Towns*. Londres, 1952.

SAVOIA, Umberto. *Turin, the «Regular» Town*. En TPR, junio de 1927.

SCHAAL, Hans. *Ostia: Der Wlthafen Roms*. Bremen, 1957.

SCHEDEL, Hartmann. *Das Buch der Chroniker (The Nuremberg Chronicle)*. Núremberg, 1493.

Profusamente ilustrado con grabados en madera de ciudades hechos por Michael Wohlgemuth. La técnica es basta y la precisión en los hechos, discutible: por ejemplo, un mismo grabado se utiliza una y otra vez para representar varias ciudades.

SCHEVILL, Ferdinand. *History of Florence: From the Founding of the City through the Renaissance*. Nueva York, 1936.

SCHLESINGER, Arthur Meier. *The Rise of the City: 1878-1898*. Nueva York, 1933.

Intrepretación sensata de la historia norteamericana con una mirada hacia diversas menifestaciones urbanas; pero sin la aprehensión de la ciudad como un ente. (Véase Bridenbaugh).

SCHMOKEL, Hartmut. *Ur, Assur und Babylon: Drei Jahrtausende im Zweistromland*. Stuttgart, 1955.

Estudio historico con vistazos ocasionales a la ciudad. (Véase Contenau).

SCHMOLLER, G. *Deutsches Städtwesen in Alterer Zeit*. En *Bonner Staatsissenschaftliche Untersuchungen*. Heft 5. Bonn, 1922.

SCHNEIDER, Arthur. *Stadtumfange in Altertum*. En *Geog. Zeitschrift*, I, 1895.

SCHULTZ, Alwin. *Das hausliche Leben der Europäischen Kulturvolker vom Mittelalter bis zur zweiten Hälfte des XVIII Jahrhunderts*. Múnich, 1903.

*SCHULTZE-NAUMBURG, Paul. *Kulturarbeiten*. Vol. 1: *Hausbau*. Vol. 2: *Garten*. Vol. 3: *Dorfer und Kolonien*. Vol. 4: *Städtebau*. Vol. 5: *Kleinburgenhauser*.

—*Die Gestaltung der Landschaft durch den Menschen*. Vol. 7. Parte 1: *Wege und Strassen*. Parte 2: *Die Pflanzenwelt und ihre Bedeutung im Landschafsmilde*. Vol. 8. Parte 3: *der Geologische Aufbau der Landschaft und die Nutzbarmachung der Mineralien*. Parte 4: *Die Wasserwirtschaft*. Vol. 9. Parte 5: *Industrie*. Parte 6: *Siedelungen*. Múnich, 1916.

Una obra de importancia fundamental sobre la transformación habilidosa y ordenada del medio ambiente por parte del hombre. Uno de los monumentos más originales de su generación.

SCHUMACHER, Fritz. *Dartstellungen des Soziologischen Zustandes im Hamburgisch-Preussischen Landesplanungsgebiet*. Hamburgo, 1931.

—*Wesen und Organisation der Landesplanung im Hamburgisch-Preussischen Planungsgebiet*. Hamburgo, 1932.

Dos partes de una serie de informes sobre planificación del territorio en el área de Hamburgo, de un arquitecto-planificador que sobresale de su generación en Alemania.

—*Das Werden einer Wohnstadt: Bilder vom neuen Hamburg.* Hamburgo, 1932.

Schwann, Bruno. *Town Planning and Housing Throughout the World.* Berlín, 1935.

Un simposio internacional. (Véase Hegemann para tener acceso a uno mejor y anterior).

Scout, Mel. *The San Francisco Bay Area: A Metropolis in Perspective.* Berkeley, 1959.

Estudio bien pulido, que valdría la pena imitar en otras áreas urbanas.

Scotto, Francesco. *Itinerario d'Italia: dove si decrivono tutte le principali città d'Italia.* Roma, 1747.

Seidensticker, Wilhelm. *Umbau der Städte.* Essen, 1959.

Self, Peter. *Cities in Flood: The Problems of Urban Growth.* Londres, 1957 [Ed. cast. *Los problemas del crecimiento urbano y su tratamiento actual en Gran Bretaña,* trad. Manuel Pérez Olea, Instituto de Estudios Políticos, 1958].

Presentación inteligente y bien rematada del complejo asunto del crecimiento urbano.

Sert, José Luis. *Can Our Cities Survive? An ABC of Urban Problems.* Cambridge, Massachusetts, 1942 [Edición original en catalán *Poden sobreviure les nostres ciutats? Un* ABC *dels problemes urbans, anàlisi i solucions*].

*Desarrollo de un estudio en colaboración realizado por el Congrès Internacional des Architectes Modernes (*CIAM*), lastrado por las limitaciones originales del programa, que restringían las funciones de la ciudad al alojamiento, el transporte, el esparcimiento y los negocios.*

—*The Human Scale in City Planning.* En *The New Architecture and City Planning* (Paul Zucker, ed.). Nueva York, 1944.

Sestieri, Pellegrino Claudio. *Paestrum.* Roma, 1958.

Shambaugh, Bertha. *Amana that was and Amana that is.* Iowa City, 1927.

Descripción de la comunidad utópica de mayor éxtio, notable por sus planes tanto cívicos como regionales. Urge un estudio más completo mientras todavía haya documentación disponible. La omisión de este experimento extraordinaro es un reproche a los estudios académicos.

SHARON, Arieh. *Planning in Israel*. En TPR, abril de 1952.

—*Collective Settlements in Israel*. En TPR, enero de 1955.

SHARP, Thomas. *Town and Countryside: Some Aspects of Urban and Rural Development*. Nueva York, 1933.

Vigoroso libro que polemiza sobre los principios de la planificación rural y urbana por parte de un planificador solvente, levemente lastrado por una animosidad perversa contra la ciudad-jardín, que compara con una mala concepción de suburbios abiertos.

—*Town Planning*. Harmondsworth, 1940.

—*Catedral City: A Plan for Dirham*. Londres, 1945.

—*Exeter Phoenix: A Plan for Rebuilding*. Londres, 1946.

Ambos estudios son admirables en forma y contenido: si bien acentúan los aspectos estéticos y físicos de la planificación, no desdeñan los elementos sociales y políticos.

SHILLABAR, Carolina. *Edward I: Builder of Towns*. En *Speculum*, n.° 3, 1947.

SIEDLER, E. Jobst. *Makischer Städtebau im Mittelalter: Beitrage zur Geschichte der Entstehung, Planung und baulichen Entwicklung der markischen Stadte*. Berlín, 1914.

Profunda obra sobre las ciudades de la colonización alemana.

SIEFFERT, P. Archangelus. *Altdorf: Geschichte von Abtei und Dorf*. Estrasburgo, 1950.

Aunque esta comunidad monástica nunca se desarrolló en una ciudad, su historia ilustra un proceso que se llevó más adelante en otros lugares. El estudioso que complemente esta obra prestará un servicio a la historia urbana.

SIGERIST, Henry E. *Landmarks in the History of Hygiene*. Nueva York, 1956.

SIMMEL, Georg. *The Great City and Cultural Life*. En *Die Grosstadt*, Dresde, 1903.

SIMON, Ernest (Lord Simon of Wythenshawe). *The Re-Building of Manchester*. Nueva York, 1854.

Documentación importante.

SINCLAIR, Robert. *Metropolitan Man: The Future of the English*. Londres, 1937.

SINGER, Charles, E. J. Holmyard, y A. R. Hall (eds.). *A History of Technology*. Vol. I: *From Early Times to Fall of Ancient Empires*. Vol. III. *The Mediterranean Civilizations and the Middle Ages*. Oxford, 1954.

Abundante material útil en estos volúmenes, si bien no en los tres restantes.

SISI, Enrico. *L'urbanistica negli studi di Leonardo da Vinci.* Florencia, 1953.

Reúne todas las anotaciones dispersas de Leonardo, hasta ahora disponibles únicamente en referencias dispersas de sus Cuadernos.

SISMONDI, Jean C. L. *History of the Italian Republics in the Middles Ages.* Corregido y completado por William Boulting. Londres, 1895. Primera ed. en 16 vols. en 1815 [Ed. cast. *Historia de las repúblicas de Italia, o del origen, progresos y ruina de la libertad italiana,* trad. Francisco Fecio, Librería de Rosa, 1837].

*SITTE, Camilo. *Der Stadtebau nach seinen kunstlerischen Grundsatzen.* Viena, 1899. Quinta ed. 1922. Trad. abreviada. Nueva York, 1935 [Ed. cast. *La construcción de ciudades según principios artísticos,* Emilio Canosa, Ed. Canosa, ¿1929?].

Análisis de las formas urbanas desde el punto de vista estético y social: el primer balance real del método de diseño de la ciudad medieval, particularmente en las plazas, con su disposición frecuentemente asimétrica.

SJOBERT, Gideon. *The Preindustrial City: Past and Present.* Glencoe, Illinois, 1960.

SLY, John Fairfield. *Town Government in Massachusetts, 1620-1930.* Cambridge, 1930.

SMAILES, A. E. *The Geography of Towns.* Londres, 1953.

Admirable introducción. (Véanse también Griffith, Taylor, Dickinson, y Hassert).

SMITH, Adam. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations.* 2 vols. Londres, 1776 [Ed. cast. *La riqueza de las naciones,* trad. Carlos Rodríguez Braun, Alianza, 2007].

Los capítulos I y III del libro III muestran que Smith poseía una comprensión fundamental de la economía política en su sentido más pleno, incluyendo la economía de las ciudades y las obras públicas. El abandono de esta perspectiva por parte de los economistas posteriores fue sintomático. Pero Marshall, y aún más Bücher, Sombart y N. S. B. Gras han contribuido a restaurar la ciudad.

SMITH, E. Baldwin. *Architectural Symbolism of Imperial Rome and the Middle Ages.* Princeton, 1956.

SMITH, Robert. *Colonial Towns of Spanish and Portuguese America.* En JASH, diciembre de 1955.

SMITH, Wilfred. *Industry and the Countryside.* En TPR, octubre de 1954.

Snow, W. Brewster (ed.). *The Highway and the Landscape*. New Brunnswick, Nueva Jersey, 1959.

Société Jean Bodin, La. *La Ville*. Primera parte. *Institutions administratives et judiciaires*. Bruselas, 1954. Segunda parte. *Institutions économiques et sociales*. Bruselas, 1955.

Estos artículos, de diversos estudiosos, abarcan un amplio marco histórico y geográfico.

Sombart, Werner. *Der Moderne Kapitalismus*. 4 vols. Múnich, 1902-1927.

Véase el vol. II, segunda parte, sobre el «Ursprung und Wesen der Modernen Stadt», para conocer su teoría de la ciudad: también el capítulo 25, vol. III (primera mitad) para la relación de los movimientos de población y la construcción de ciudades. Sombart, como Bücher, Schmoller y Max Weber, tiene mucho que decir sobre la ciudad; y su idea de la ciudad ante todo como un grupo de consumidores es histórica y lógicamente correcta, en oposición al énfasis que suele hacerse en el mercado y la función de intercambio como elemento principal.

—*Der Begriff der Stadt und das Wesen der Stadtebildung*. En *Brauns Archiv*, vol. 4, 1907.

—*Krieg und Kapitalismus*, Múnich, 1913 [Ed. cast. *Guerra y capitalismo*, Julián Marías, Svmma, 1943].

—*Luxus und Kapitalismus*, Múnich, 1913 [Ed. cast. *Lujo y capitalismo*, trad. Javier Eraso Ceballos, Sequitur, 2009].

Ambos libros arrojan abundante luz sobre la ciudad barroca.

Soria y Mata, Arturo. *La ciudad lineal*. Madrid, 1931.

Propuesta ya en 1882. (Para una explicación completa, véase Collins, George).

*Sorre, Max. *Les Fondements de la géographie humaine*. Vol. I: *Les Fondements biologiques*. Vol. II: *Les Fondements techniques*. Vol. III: *L'Habitat*. París, 1950-1952.

Admirable en todos los aspectos de la geografía humana.

Speed, John. *England, Wales, Scotland and Ireland*. Londres, 1627 [Ed. cast. *Nuevo atlas del Reyno de Inglaterra*, 1627].

Speiser, Ephraim Avigdor. *The Beginning of Civilization in Mesopotamia*. En *The Beginning of Civilization in Orient*. American Oriental Society Symposium. Baltimore, 1939.

(Véanse también su traducción en Pritchard).

SPENGLER, Oswald. *The Decline of the West.* Múnich, 1920. Trad. 2 vols. Nueva York, 1928 [Ed. cast. *La decadencia de Occidente*, trad. Manuel G. Morente, Espasa-Calpe, 2007].

SPIELVOGEL, Samuel. *A Selected Bibliography in the City and Regional Planning.* Washington, 1951.

Todavía útil, sobre todo en áreas omitidas o pobremente representadas en estas notas.

STALEY, Eugene. *World Economy in Transition.* Nueva York, 1938.

STAMP, L. Dudley. *Man and the Land.* Londres, 1955.

STANISLASVKI, D. *The Origin and Spread of the Grid Pattern Towns.* En *Geographical Review*, 1946.

—*Early Spanish Town Planning in the New World.* En *Geographical Review*, 1947.

STARKEY, Thomas. *England in the Reign of Henry VIII: A Dialogue between Cardinal Pole and Thomas Lupset.* Escrito entre 1536 y 1538. Londres, 1878.

*STEIN, Clarence S. *New Towns for America.* Nueva York, 1951.

Un estudio crítico de la serie de experimentos en vivienda y planificación en que Stein desempeñó un papel señero, desde los Jardines de Sunnyside a Radburn, desde Green Belt a Baldwin Hills Village. Indispensable para el estudiante concienzudo. (Véase Wright, Henry).

—*Stockholm Builds a New Town.* En *Planning*, 1952 [Ed. cast. *Estocolmo construye una nueva población*, trad. Jeanette Garzón, 1954].

STEPHENSON, Carl. *Borough and Town: A Study of Urban Origins in England.* Cambridge, Massachusetts, 1933.

Un estudio exhaustivo, con las debidas referencias al crecimiento de la ciudad medieval en el continente, pero por desgracia demasiado influido por Pirenne.

STEPHENSON, Flora y Gordon. *Community Centres.* Londres, 1946.

STEPHENSON, Gordon. *Town Planning, Contemporary Problem of Civic Design.* En TPR, julio de 1949.

—*Design in Its Relation to Economic Factors.* En TPR, enero de 1953.

—*The Wrexham Experiment.* En TPR, enero de 1954.

STEPHENSON, Gordon, y otros. *The Planning of Residencial Areas.* En JRIBA, febrero de 1946.

STEWART, Cecil. *Naarden–Stellar City.* En JTPI, abril de 1953.

Estudio de uno de los diseños más perfectos que han sobrevivido de fortificación barroca; una verdadera ciudad en forma de lirio. Véase el ∫ 49 de este libro.

Stöckli, Arnold. *Die Stadt: Ihr Wesen und Ihre Problematik; eine Soziologische und Stadtebauliche Betrachtung*. Colonia, 1954.

Stokes, I. N. P. *Iconography of Manhattan*. 6 vols. Nueva York, 1915-1928.

Guía de incalculable valor, desafortunadamente publicado en una edición limitada.

*Stow, John. *A Survey of London: Contenying the Originall, Antiquity, Increase, Modern Estate, and Description of That City, etc.* Primera ed. Londres, 1528. Segunda ed. 1603. (Reimpreso en la serie Everyman). Sexta ed., revisada y editada por John Strype. 2 vols. Londres, 1754-1755.

Uno de los clásicos de la historiografía urbana.

Sullenger, T. Earl. *Sociology of Urbanization: A Study in Urban Society*. Ann Arbor, 1956.

Tait, James. *Mediaeval Manchester and the Beginning of Lancashire*. Mánchester, 1904.

—*The Medieval English Borough: Studies on Its Origins and Constitutional History*. Mánchester, 1936.

Tanzer, Helen H. *The Common People of Pompeii: A Stduy of the Graffiti*. En *The Johns Hopkins University Studies in Archaeology*, n.° 29. Baltimore, 1939.

A partir de las firmas, las notas y los escritos dispersos que han quedado en abundancia en las paredes de la ciudad destruida, el autor recopila una imagen de la vida diaria de esta urbe menor, que en parte compensa la falta de otras referencias literarias de la vida en la Roma provinciana.

Tappan, Henry P. *The Growth of Cities*. Nueva York, 1855.

Tarn, W. W. *Hellenistic Civilisation*. Londres, 1927. Tercera ed. revisada, con G. T. Griffith, 1952 [Ed. cast. *La civilización helenística*, trad. Juan José Utrilla, fce, 1969].

Tiene todo un capítulo sobre las ciudades griegas de este periodo, más una buena disertación acerca de «La monarquía, la ciudad y la liga». Admirable. (Pero para arrojar una luz especial sobre el papel de los reyes, véase Jones, A. H. M.).

Taylor, E. A. *The Relation of Open Country Population to Villages and Cities*. Ithaca, 1934.

TAYLOR, Graham Romeyn. *Satellite Cities: A Study of Industrial Suburbs.* Nueva York, 1915.

Un estudio temprano de la descentralización interna de la metrópolis mediante la construcción de un cinturón para la industria pesada. Demuestra que las tendencias que hoy son tan palpables en realidad llevan mucho tiempo actuando.

TAYLOR, Griffith. *Environment, Village and City: A Genetic Approach to Urban Geography; with Some Referente to Possibilism.* En *The Annals of the Association of American Geographers*, marzo de 1942.

—*Urban Geography: A Study of Site, Evolution, Pattern and Classification in Villages, Towns and Cities.* Londres, 1949.

TAYLOR, William Cooke. *Notes on a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire in a Series of Letters to His Grace the Archbishop of Dublin.* Londres, 1842.

—*Factories and Factory System: from Parliamentary Documents and Personal Examination.* Londres, 1844.

TERPENNING, Walter A. *Village and Open Country Neighborhoods.* Nueva York, 1931.

Un estudio pionero que sigue requiriendo ser seguido y ampliado.

THACKRAH, Charles Turner. *The Effects of the Principal Arts, Trades, and Professions, and of a Civic Status and Habits of Living, on Health and Longevity with a Particular Referente to the Trades and Manufacturers of Leeds.* Londres, 1831.

Valioso por la luz que arroja sobre ciertos detalles de la ciudad industrial.

THOMAS, James Henry. *Town Government in the Sixteenth Century.* Londres, 1933.

*THOMAS, William L. jr. (ed.). *Man's Role in Changing the Face of the Earth.* Chicago, 1956.

Este libro es el acta exhaustiva de un simposio memorable, dedicado en su espíritu a George Perkins Marsh y presidido por su distinguido sucesor, Carl Sauer. Véanse especialmente los artículos siguientes: Brown, Harrison, «Desposesión tecnológica»; Glikson, Artur, «Uso recreativo de la tierra»; Harris, Chauncey, «La presión del uso de tierra residencial e industrial»; Klim, Lester, «Puertos y canales del hombre»; Landsberg, H. E., «El clima de las ciudades»; Mumford, Lewis, «Historia natural de la urbanización»; Sauer, Carl O., «La intervención del hombre en la tierra»; Thompson, Warren A., «La espiral de población».

THOMPSON, Homer A. *Stoa of Attalos*. En *Archaeology*, otoño de 1949.

Examen detallado de la aportación de Pérgamo a la Atenas helenística.

—*The Agora at Athens and the Greek Market Place*. En JSAH, diciembre de 1954.

THOMPSON, J. Eric S. *The Rise and Fall of Maya Civilization*. Norman, Oklahoma, 1954.

Complementa a Morely, pero no es tan completo en su tratamiento de la ciudad. (Véase Rivet).

THOMPSON, Robert Ellis. *The History of the Dwelling House and Its Future*. Filadelfia, 1914.

Un primer intento basado en datos insuficientes: la cuestión aún aguarda su maestro.

THORNBURY, Walter. *Old and New London: A Narrative of its History, its People, and its Places*. 6 vols. Londres y Nueva York, s. d.

Por lo que se deduce de pruebas internas, el último capítulo se escribió en 1878. Su proximidad con algunos de los materiales compensa en ocasiones su ausencia de cuidado académico.

THORNDIKE, Edward L. *Your City*. Nueva York, 1939.

Un sugerente intento de aplicación de una escala de valores a los logros relativos de las ciudades norteamericanas.

THORNDIKE, Lynn. *Sanitation, Baths, and Street-cleaning in the Middle Ages and Renaissance*. Reimpreso a partir de *Speculum*. Cambridge, Massachusetts, 1928.

Importante juicio crítico que debería suprimir la ignorancia y las interpretaciones erradas en un campo en que la erudición popular americana, aún hoy, sigue siendo deficiente.

TOMKINSON, Donald. *The Marseilles Experiment*. En TPR, octubre de 1953.

—*The Landscape City*. En JTPI, mayo de 1959.

TOUT, Thomas Frederick. *The Collected Papers of Thomas F. Tout: with a Memoir and Bibliography*. Mánchester, 1934.

Véanse especialmente los capítulos sobre la planificación urbana medieval y sobre el origen de la burocracia inglesa. Mientras que el estudio de Tout de las nuevas ciudades y bastidas exploró un terreno desconocido, su aportación se ve debilitada por el hecho de que sostuvo una idea restringida en cuanto a lo que constituye el plan.

Toutain, J. *Les Cités romaines de la Tunisie: Essai sur l'histoire de la colonisation romaine dans l'Afrique du Nord.* París, 1896.

Admirable.

Town and Country Planning Association (entonces Garden City Association). *Evidence to Barlow Royal Commission.* Londres, 1938.

Remite la tesis de la ciudad-jardín a la política de planificación. Hallazgos influidos por la Comisión.

Town Planning Institute. *Report on Planning in the London Region.* Londres, 1956.

Breve pero completo.

Town Planning Review, The. Liverpool, 1911-actualidad.

De un valor incalculable.

Toy, Sidney. *A History of Fortification: from 3000 BC to AD 1700.* Londres, 1955.

Sugerente pero incompleto; sirve como ejemplo de ello la omisión de Vauban, el hombre que consumó y socavó este arte.

Toynbee, Arnold Joseph. *A Study in History.* 10 vols. Londres, 1934.

Bueno en su análisis del entorno general, pero hasta ahora inadecuado por su incapacidad en reconocer la importancia radical de la ciudad y el claustro en el desarrollo tanto de las formas institucionales como de la personalidad. (Véase Spengler).

Tucker, T. G. *Life in Ancient Athens.* Nueva York, 1906.

Elemental pero todavía útil.

Tunnard, Chritopher. *The City of Man.* Nueva York, 1953.

Abundante material novedoso sobre la ciudad y su planificación durante los últimos siglos, a menudo con una presentación brillante. Crítico en su justa medida respecto a la perspectiva antiestética de gran parte de lo que hoy pasa por planificación urbana y arquitectura moderna: sin embargo, con una tendencia a perdonar con demasiada bondad las carencias de un eclecticismo nostálgico que se evade de los desafíos inexcusables de nuestra época por la continuidad y el orden racional. En tanto que los caprichos de juicio hacen que el libro sea estimulante, quizá no convenga ponerlo en manos de lectores que carezcan de un maestro. Aun así, su excelencia compensa sus defectos. (Véase Reed, H. H.)

Trywhitt, Jacqueline (ed.). *Patrick Geddes in India.* Londres, 1947.

Una selección admirable.

—*Size and Spacing of Urban Communities.* En JAIP, verano de 1949.

*Unger, Eckhard. *Das Stadtbild von Assur.* En *Der Alte Orient*, vol. 27, n.º 3.

Repaso del diseño y los contenidos de la ciudad de Asur basada en excavaciones y en el texto de una descripción de la ciudad a partir del siglo VII a. C. Esta combinación de pruebas es a la vez rara e importante. (Véase Heródoto).

United States Public Health Service. *Air Pollution in Donora, Pa.* Public Health Bulletin, n.º 306. Washington, 1949.

United States Resettlement Administration. *Greenbelt Towns: A Demonstration in Suburban Planning.* Washington, 1936.

Unwin, Raymond. *High Building in Relation to Town Planning.* En JAIA, marzo de 1924.

Un artículo clásico.

—*Nothing Gained by Overcrowding.* Londres, s. d. (c. 1903).

Otro clásico, que sentó las bases de los planos abiertos de las urbanizaciones de Gran Bretaña desde 1920. Lo que es más significativo, mostró el despiadado sacrificio de espacio recreativo en beneficio de calles y carreteras en la mayoría de las planificaciones del momento, lo que despejaba así el camino a la supermanzana de Stein y Wright.

—*The Housing Problem: How Planned Distribution to the Art of Designing Cities and Suburbs.* En el *Journal of the Royal Sanitary Institute*, n.º 10, 1936.

—*Town Planning in Practice: An Introduction to the Art of Designing Cities and Suburbs.* Primera ed. Londres, 1909. Reedición: 1932 [Ed. cast. *La práctica del urbanismo. Una introducción al arte de proyectar ciudades y barrios*, trad. Joaquín Sabaté y Bel, Gustavo Gili, 1984].

Sucesor de Olmsted, Unwin fue (junto con su colega, Barry Parker) el planificador urbano más relevante de su generación. Este libro es un compendo de su trasfondo y su experiencia; pero las aportaciones más eficientes de Unwin fueron en el terreno de la planificación abierta. Urge de manera apremiante un balance generoso de su vida y obra.

—*Urban Redevelopment: The Pattern and the Background.* Conferencia pronunciada ante el Town Planning Institute, 12 de julio de 1935.

Urbanismo et Habitation. Número especial, julio-diciembre de 1953.

Sobre Haussmann y su planificación.

Urbanistica. Rivista trimestrale dell'Istituto Nazionale di Urbanistica. Turín, 1930-actualidad.

A lo largo de los años, esta revista ha publicado una serie de monografías importantes, con buenas ilustraciones, mapas y planos, que abordan el desarrollo de las ciudades, sobre todo, pero no en exclusiva, en Italia. Recomendada.

Uthwatt, Informe. *Report of Expert Comité on Compensation and Betterment.* H. M. Stationery Office. Londres, 1942.

Análisis magistral del problema de los incrementos y reducciones de los valores de la tierra que conllevan la planificación dispersa y los cambios de población.

Vance, Rupert B., y Nicholas J. Demerath (eds.). *The Urban South.* Chapel Hill, Carolina del Norte, 1954.

Van der Bent, T. J. *The Problem og Higiene in Man's Dwellings.* Nueva York, 1920.

Vandier, J. *D'Archéologie egyptienne.* París, 1955.

Van Traa, Ir. C. (ed.). *Rotterdam: de geschiednenis van tien jaren weder opbouw.* Róterdam, 1955.

La reconstrucción de Róterdam.

Vernon, Raymond. *Metropolis: 1985.* Nueva York, 1960.

Volumen sumario de una serie de estudios detallados sobre el Nueva York metropolitano. Véase, para establecer una comparación, el estudio de la región de Nueva York de Thomas Adams y sus colegas.

Vidal de la Blanche, Paul Marie Joseph. *Principles of Human Geography.* Trad. Nueva York, 1926.

Vie urbaine, La. Publicación periódica, 1919-actualidad.

Publicada por primera vez por el Institut d'Urbanisme de la Universidad de París.

Vigman, Fred K. *The Crisis of Cities.* Washington, 1955.

Villes d'art célèbres, Les. 76 vols. París, 1906-1936.

Útil sobre todo por la documentación gráfica. (Véase también Hürlimann).

Violich, Francis. *Cities of Latin America: Housing and Planning to the South.* Nueva York, 1944 [Ed. cast. *Desarrollo de la comunidad y el proceso de planificación urbana en la América Latina,* trad. Sergio Seelenberger, University of California, 1974].

Reconocimiento pionero.

VISSER, Elizabeth. *Polis en Stad.* Ámsterdam, 1947.

VOELCKER, H. (ed.). *Die Stadt Goethes: Frankfurt am Main im XVIII Jahrhundert.* Fráncfort del Meno, 1932.

VOIGT, A. H. y P. Goldner. *Kleinhaus und Mietskaserne.* Berlín, 1905.

Defensa de la especulación de la tierra y de viviendas. Eberstad lo llamó «catecismo de la especulación».

VOLCKERS, Otto. *Darf und Stadt: Eine deutsche Fibel.* Leipzig, 1944.

Muestra la estrecha relación entre aldea y ciudad en el patrón y el diseño en Europa central.

WADE, Richard C. *The Urban Frontier: The Rise of Western Cities 1790-1830.* Cambridge, Massachusetts, 1960.

WAGNER, Martin. *Wirtschaftlicher Staedtbau.* Stuttgart, 1911 [Ed. cast. *Construcción económica de ciudades,* trad. José López Zanon, Dosset, 1957].

Wagner, en su día planificador urbano de Berlín, poseía tanto la competencia técnica como la visión teórica.

WAGNER, Otto. *Die Grosstadt: eine Studie.* Viena, 1911.

WALES, H. G. Quaritch. *The Mountain of God: A Study in Early Religion and Kingship.* Londres, 1953.

WALKER, Robert A. *The Planning Function in Urban Government.* Chicago, 1941.

WARNER, W. L., y Paul S. Lunt. *The Social Life of a Modern Community.* New Haven, 1941.

WATTJES, J. H., y P. A. Warners. *Amsterdam: vie eeurwen boukwunst.* Ámsterdam, 1956.

Sinopsis en inglés. Estudio de cuatro siglos de arquitectura que por desgracia se detiene en el siglo XIX.

WEBB, Sydney y Beatrice. *The Manor and the Boroughs.* Partes 1 y 2. Nueva York, 1908.

—*English Local Government from the Revolution to the Municipal Corporation Act. The Story of the King's Highway.* Nueva York, 1913.

*WEBBER, Adna Ferrin. *The Growth of Cities in the Nineteenth Century: A Study in Statistics.* Nueva York, 1899.

Clásica obra pionera; pero la cuestión merece ser reestudiada cuidadosamente en su conjunto.

WEBER, Adolf. *Die Grostadt: und ihre Sozialen Probleme.* Leipzig, 1908.

WEBER, Alfred. *Theory of the Location of Industries.* Chicago, 1929.

Intento de resolver la distribución teórica desde el punto de vista de los costes de transporte y mano de obra, la producción regional y los factores acumulativos en el seno de la industria. (Pero véase la obra posterior de Florence P. Sargant).

WEBER, Max. *Wirtschaft und Gessellschaft.* 2 vols. Segunda ed. Tubinga, 1925 [Ed. cast. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva,* trad. José Medina Echavarría, FCE, 2002].

La segunda parte del vol. 1 tiene un capítulo sobre la ciudad.

—*The City*. Trad. Glencoe, Illinois, 1958.

Excelente en su momento (1921) pero ya no es adecuado como teoría general de la ciudad. Véase Sjobert, Gideon.

WEEDEN, William B. *Economic and Social History of New England, 1620-1789.* 2 vols. Boston, 1890.

Extraordinariamente bueno, aún hoy.

WEHRWEIN, George S., y Richard T. Ely. *Land Economics.* Nueva York, 1940.

*WELLS, Herbert George. *Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress upon Human Life and Thought.* Londres, 1902.

Los capítulos sobre locomoción y la probable difusión de grandes ciudades son hitos en la profecía social.

—*A Modern Utopia.* Londres, 1905 [Ed. cast. *Una utopía moderna,* Jorge A. Sánchez Rottner, Océano de México, 2000].

—*Tono-Bungay*. Londres, 1909.

—*New Machiavelli.* Londres, 1911.

Meritorias descripciones de Londres, en este y en Tono-Bungay.

WEST MIDLAND GROUP. *Conurbation: A Planning Survey of Birmingham and the Black Country.* Londres, 1948.

WESTEGAARD, John. *Journeys to Work in the London Region.* En TPR, abril de 1957.

Importante porque saca a la luz muchos factores que se desdeñan en el estudio de Kate Liepman.

WETZEL, Friedrich. *Die Stadtmauern von Babilón.* Leipzig, 1930.

Véase el artículo de Eckhard Unger que incluye este volumen: «Zur Topographie Babylon nach der Keilinscriftlichen Ueberlieferung».

*WHEELER, Mortimer. *The Indus Civilization.* En *The Cambridge History of India.* Cambridge, 1953.

Excelente resumen del conocimiento actual, por parte del en su día solvente director general de la arqueología en la India.

WHEELER, Norman Morton. *The Social Insects and Their Origin and Evolution.* Nueva York, 1928.

—*Emergent Evolution and the Development of Societies.* Nueva York, 1928.

Breve pero importante disertación de la doctrina de la emergencia, tal como se aplica a las sociedades.

WHITAKER, Charles Harris. *From Remeses to Rockefeller.* Nueva York, 1934.

Una interpretación social de la arquitectura, por parte de un crítico estimulante cuya obra como director del Journal of the American Institute of Architects *situó sobre nuevas bases el movimiento por la vivienda y la planificación comunitaria.*

WHITE, Richard W. *A Study of the Relationship between Mental Health and Residencial Environment.* Cambridge, Massachusetts, 1957.

WHITE, William H., jr. *The exploding Metropolis.* Nueva York, 1958.

Defiende la ciudad como punto de encuentro frente a los suburbios y las aglomeraciones de rascacielos.

WIBBERLEY, G. P. *Agricultura and Urban Growth: A Study of the Competition for Rural Land.* Londres, 1959.

WIENER, Norbert. *The Human Use of Human Beings.* Primera ed. Nueva York, 1950. Ed. revisada: 1954.

Importante respecto a la ciudad como centro de comunicación.

WIESE, Leopold von. *Ländliche Siedlungen.* En *Handworteburch der Soziologie.* Stuttgart, 1931.

WILLEY, Gordon R. (ed.). *Prehistoric Settlement Patterns in the New World. Viking Fund Publication in Anthropology*, n.° 23. Nueva York, 1956.

Estudios de muchas autoridades, y el editor no es la menor de ellas, en un campo que los antropólogos habían desdeñado hasta la fecha.

WILLIAM, James M. *An American Town.* Nueva York, 1906.

Un estudio pionero. (Véase Lynd, Robert).

WILLIAM-ELLIS, Clough. *England and the Octopus.* Londres, 1928.

Ataque viril contra los destructores del paisaje.

Wilson, John A. *The Burden of Egypt: An Interpretation of Ancient Egyptian Culture.* Chicago, 1951 [Ed. cast. *La cultura egipcia,* trad. Florentino M. Torres, fce, 1988].

El énfasis en la movilidad y la adaptación corrige la visión, popular en su día, de una cultura completamente rígida e inmovilizada.

Wirth, Louis. *Community Life and Social Policy: Selected Papers.* Chicago, 1956.

Incluye sus notables artículos sobre «Localismo, regionalismo y centralización», «La región metropolitana como unidad de planificación» y «El urbanismo como modo de vida». Uno de los mejores productos de la escuela de sociología de Chicago, pero con una perspectiva abierta favorable a la gran ciudad.

Wittfogel, Karl A. *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power.* New Haven, 1957 [Ed. cast. *Despotismo oriental: estudio comparativo del poder totalitario,* trad. Francisco Presedo, Guadarrama, 1960].

Los primeros capítulos sobre la relación entre la civilización hidráulica y el crecimiento del poder estatal tienen relevancia por la interpretación del auge de la ciudad.

Wolf, Gustav. *Die Schöne Deutsche Stadt.* Vol. i: *Mitteldeutsch.* Múnich, 1911. Vol. ii: *Suddeutsch.* Múnich, 1912. Vol. iii: *Nordeutsch.* Múnich, 1913.

Wood, Edith Elmer. *The Housing of the Unskilled Wage Earner.* Nueva York, 1919.

—*Slums and Blighted Areas in the United States.* Washington, 1936.

—*Introduction to Housing: Facts and Principles.* Washington, 1940.

Sucinto resumen a cargo de un celoso trabajador en pro de la mejor de la vivienda. (Véase Bauer, Catherine).

Wood, Robert C. *Suburbia: Its People and Their Politics.* Boston, 1959.

Novedoso estudio de los suburbios como encarnación moderna de la comunidad reducida; pero ambivalente en sus valores y, curiosamente, contradictorio en sus propias conclusiones.

Woolley, Leonard (sir). *Excavations at Ur: A Record of Twelve Years' Work.* Londres, 1954.

Ampliación y revisión de hallazgos que se publicaron por primera vez en Ur or the Chaldees. *(Véanse las interpretaciones más generales de Childe y Frankfort).*

—*Alalakh: An Account of the Excavations at Tell Atchana in the Hatay, 1937-1949.* Oxford, 1955.

WOOLSTON, Howard. *The Urban Habit of Mind.* En *American Journal of Sociology*, marzo de 1912.

—*Metropolis: A Study of Urban Communities.* Nueva York, 1938.

WRIGHT, Frank Lloyd. *The Disappearing City.* Nueva York, 1932.

Breve exposición de un tipo posible de organización urbana en que la agricultura sería la dedicación fundamental y un acre, la superficie mínima ocupada por una familia. Anticipación clara (románticamente racionalizada) de la actual expansión periurbana.

—*Frank Lloyd Wright on Architecture: Selected Writings, 1894-1940.* Editado con una introducción de Frederick Gutheim. Nueva York, 1941. [En castellano existe una *Antología. Frank Lloyd Wright: sus ideas y realizaciones,* trad. Ricardo J. Velzi, Víctor Leví, 1962].

—*The Living City.* Nueva York, 1958.

*WRIGHT, Henry. *Report of the Commission of Housing and Regional Planning for the State of New York.* Albany, 1926.

El estudio pionero en Estados Unidos sobre el trasfondo regional del desarrollo urbano. (Pero véase también los informes clásicos de Abercrombie sobre Doncaster y el Deeside).

—*Re-Housing Urban America.* Nueva York, 1934.

Estudio inicial de uno de los planificadores más capacitados de su generación. (Véase Stein, New Towns for America).

WRIGHT, Henry Myles. *The Motor Vehicle and Civic Design.* En JRIBA, enero de 1957.

WRIGHT, Lawrence. *Clean and Decent: The Fascinating History of the Bathroom and the Water Closet.* Londres, 1960 [Ed. cast. *Pulcro y decente. La interesante y divertida historia del cuarto de baño y del WC,* trad. Julio Gómez de la Serna, Noguer, 1962].

El contenido es más académico que el título: una eficaz primera inmersión.

*WYCHERLEY, R. E. *How the Greeks Built Cities.* Londres, 1949.

La mejor obra en inglés hasta la fecha. Su énfasis en los componentes de la ciudad griega, las fortificaciones, las murallas, los gimnasios, la stoa, *etc., hacen de él un complemento indispensable a Lavedan, que desdeña algunos de estos elementos. (Pero véase Martin, Roland).*

—**Hellenic Cities.* En TPR, julio de 1951.

Resumen de hallazgos que en How the Greeks Built Cities *se expresan con mayor detenimiento.*

—*Hellenistic Cities.* En TPR, octubre de 1951.

Valioso. (Pero véase Martin, Roland, y Tarn, W. W.).

WYMER, Norman. *English Town Crafts: A Survey of Their Development from Early Times to the Present Day.* Londres, 1949.

YADIN, Yigael. *The Earliest Record of Egypt's Military Penetration into Asia. Some aspects of the Narmer Palette.* En *Israel Exploration Journal*, Jerusalén, 1955.

YEOMANS, Alfred. *City Residential Land Development.* Chicago, 1916.

Procede de una importante competición celebrada por el Chicago City Club para alentar planes para el desarrollo de una unidad vecinal por cada cuarto de sección. Quizá fuera la intervención de la guerra lo que impidió que esta competición tuviera la influencia que podría haber ejercido en el diseño de barrios posterior.

YLVISAKER, Paul N. *Innovation and Evolution: Bridge to the Future Metropolis.* En los *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, noviembre de 1957.

YOUNG, George Malcolm (ed.). *Early Victorian England: 1830-1865.* 2 vols. Nueva York y Londres, 1934.

Excelente.

—*Country and Town: A Summary of the Scott and Uthwatt Reports.* Harmondsworth, 1943.

ZEILLER, Martin. *Topographia Franconiae.* Fráncfort del Meno, 1648.

—*Topographia Helvetiae, Rhaetiae et Valesaiae.* Fráncfort del Meno, 1654.

Libros de viajes ilustrados, de valor incalculable por sus grabados en madera de vestigios medievales. (Véase Merian).

ZEVI, Bruno. *Architecture as Space.* Nueva York, 1957 [Ed. cast. *Espacios de la arquitectura moderna*, trad. Roser Berdagué, Poseidón, 1980].

Admirable análisis de la construcción que sirve tanto para ciudades como para edificios.

ZIMMERMAN, Carle C. *The Changing Community.* Nueva York, 1936.

Un estudio de la comunidad local, valioso por sus breves encuestas de comunidades actuales, pero lastrado por una terminología aún más ambigua que la de Pareto.

*ZIMMERN, Alfred E. *The Greek Commonwealth.* Oxford, 1911. Quinta ed. revisada. Oxford, 1931.

Magnífica investigación de la polis *griega, todavía sin parangón.*

—*Solon and Croesus; and other Greek Essays.* Oxford, 1928.

Contiene algo del material que quedó fuera de The Greek Commonwealth; *incluyendo un cuidadoso estudio sobre el estatus del trabajo esclavo.*

ZIMMERN, Helen. *The Hansa Towns.* Nueva York, 1889.

ZUCKER, Paul. *Entwicklung des Stadtbildes: die Stadt als Form.* Viena, 1929.

Buena bibliografía de la literatura anterior y documentación gráfica.

—*New Architecture and City Planning.* Nueva York, 1944.

—*Town and Square: From the Agora to the Village Green.* Nueva York, 1959.

Obra exhaustiva sobre un asunto importante, profusamente ilustrado y con una bibliografía excelente.

Agradecimientos

DADO QUE SOY GENERALISTA, y no especialista en un único campo, el estudio de las ciudades ha abarcado sólo una parte de la vida que he dedicado a pensar. Pero este interés me ha ocupado la mayor parte de mi vida; y no puedo enumerar todas mis deudas intelectuales y personales sin exponerme a concitar un tedio homérico. Durante el último cuarto de siglo, desde la publicación de *La cultura de las ciudades*, estas obligaciones se han multiplicado; y ahora dudo más que nunca en repasar el listado de los estudiosos, planificadores, arquitectos, funcionarios municipales y miembros de las instituciones que me han ayudado en este trabajo. Que no piensen que mi silencio conlleva ninguna especie de falta de humildad o gratitud. Debo contentarme con encender una vela en «el altar de los muertos»: Victor Branford, Patrick Geddes, Henry Wright, Charles Harris Whitaker, Raymond Unwin, Walter Curt Behrendt, Barry Parker, Patrick Abercrombie, Matthew Nowicki y Alexander Farquharson. Pero mis deudas inmediatas son más fáciles de delimitar y reconocer: la libertad de viajar, investigar y reflexionar que me ha permitido dedicar los últimos cuatro años a este libro se la debo a una beca de investigación John Simon Guggenheim (1956), a la cátedra Bemis en el Massachusetts Institute of Technology (1957-1960) y a la cátedra de investigación Ford en el Institute for Urban Studies de la Universidad de Pennsylvania (1959-1961). A los responsables de estas concesiones les doy las gracias con todo cariño.

L. M.

Índice onomástico[1]

1 No incluye los nombres ni de las «Láminas» ni de la «Bibliografía». (*N. del e.*)

Índice de localidades[1]

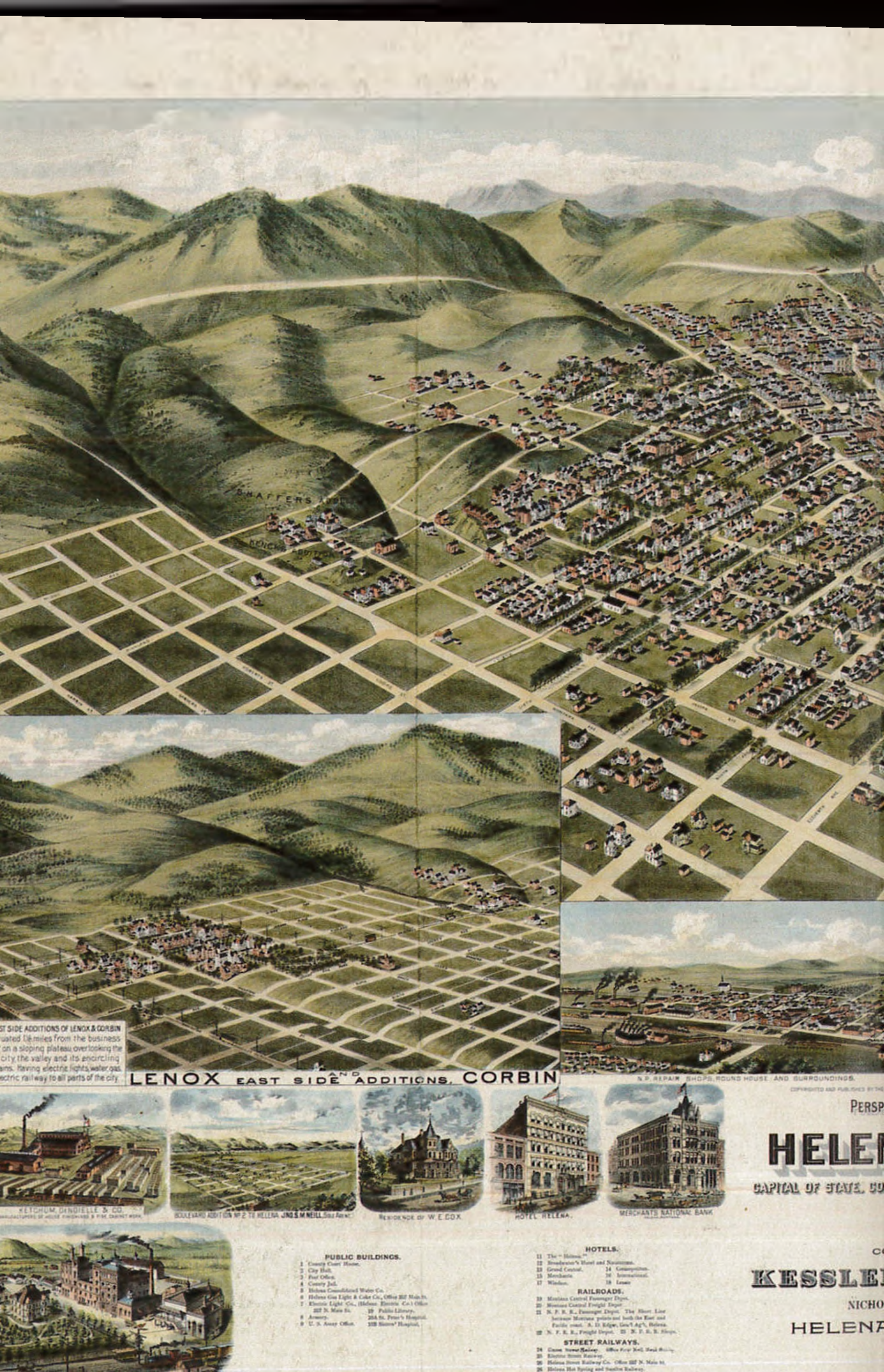
1 Se incluyen únicamente nombres de ciudades, asentamientos y, en algunos casos excepcionales, barrios, excluyendo comarcas, regiones, países y organismos supraestatales. No se incluyen los nombres de las localidades ni de las «Láminas» ni de la «Bibliografía». (*N. del e.*)

Índice

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII


SHAFFERS ADDITION
ST SIDE ADDITIONS OF LENOX & CORBIN
uated 1½ miles from the business
on a sloping plateau overlooking the
city, the valley and its encircling
ains. Having electric lights, water, gas,
ectric railway to all parts of the city.
LENOX EAST SIDE AND ADDITIONS, CORBIN
N. P. REPAIR SHOPS, ROUND HOUSE AND SURROUNDINGS.
KETCHUM, DINDIELLE & CO.
BOULEVARD ADDITION Nº 2 TO HELENA JNO S. M. NEILL Sole Agent
RESIDENCE OF W. E. COX.
HOTEL HELENA.
MERCHANTS NATIONAL BANK
PERSP
HELE
CAPITAL OF STATE, CO
KESSLE
NICHO
HELENA
PUBLIC BUILDINGS.
HOTELS.
RAILROADS.
STREET RAILWAYS.


DAVIS ST.

«Más que una historia de la ciudad, es filosofía moral de alto nivel y poesía trágica».

The New York Times Book Review

«*La ciudad en la historia* debería figurar como una de las principales obras de erudición del siglo xx».

The Christian Science Monitor

En *La ciudad en la historia* Lewis Mumford arranca de una interpretación radicalmente innovadora sobre el origen y la naturaleza de la ciudad, y sigue su evolución en Egipto y Mesopotamia pasando por Grecia, Roma y la Edad Media hasta llegar al mundo moderno. En lugar de aceptar que el destino de la ciudad sea la tendencia a la congestión metropolitana, la expansión descontrolada de los suburbios y la desintegración social, Mumford esboza un orden que integre las instalaciones técnicas con las necesidades biológicas y las normas sociales. Tan convincente como exhaustiva, esta obra de Mumford «es mucho más que el estudio de la cultura urbana a lo largo de los siglos, es una revitalización de las civilizaciones» (*Kirkuk Reviews*).

Este libro, que nunca antes se había editado en España, fue reconocido como una obra excepcional desde el momento de su publicación en 1961 y fue ampliamente laureado y galardonado con diversos premios, entre ellos el National Book Award de 1962. Es un libro fundamental, una de las [illegible] importantes del siglo xx.

ISBN: 978-84-939437-8-3

Una editorial con menos proyección que un cinexín